# LEON URIS

# EXODO



Tras la II Guerra Mundial, el «*Exodo*», un barco repleto de judíos provenientes de la devastada Europa, intenta llegar a Palestina. Las autoridades británicas intentan retenerlo, aunque acabarán cediendo.

A través de la odisea de esos hombres y mujeres, de su ilusión y de su convicción de crear un Estado propio y de terminar su histórica condición de «pueblo errante», asistimos a la fundación del Estado de Israel y a los hechos que siguieron a la declaración de independencia: la guerra con los árabes, que no reconocían la existencia de un Estado sionista en los territorios de Palestina, el terrorismo por ambas partes y la imposible mediación de las autoridades británicas.

Lectulandia

Leon Uris

# Exodo

**ePub r1.0**
**JeSsE** 26.12.13

Título original: *Exodus*
Leon Uris, 1958
Traducción: Baldomero Porta Gou
Retoque de portada: JeSsE

Editor digital: JeSsE
ePub base r1.0

DEDICO ESTA OBRA

A MI HIJA KAREN,

A MIS HIJOS MARK Y MICHAEL

… Y A SU MADRE

## ADVERTENCIA

*La mayoría de los acontecimientos mencionados en EXODO pertenecen a la Historia y son conocidos de todo el mundo. Muchas de las escenas que aparecen en esta novela han sido creadas, siguiendo la trama del argumento, como formando parte de hechos reales e históricos.*

*Acaso haya muchas personas, todavía con vida, que tomaron parte en acontecimientos similares a los descritos en este libro. Es posible, por lo tanto, que algunas puedan ser confundidas con personajes de esta novela.*

*Permítanme puntualizar reiteradamente que todos los personajes de EXODO son creación del autor y completamente imaginarios.*

*Excepción hecha, claro está, de los hombres públicos mencionados por sus nombres respectivos, tales como Churchill, Truman, Pearson y otros, relacionados con este capítulo particular de la Historia.*

*EL AUTOR*

## DOY LAS GRACIAS…

*El espacio recorrido reuniendo materiales para EXODO se aproximó a los ochenta mil kilómetros. Los metros de cinta magnetofónica usada, el número de entrevistas, las toneladas de libros de consulta utilizados, el número de clichés impresionados y el de billetes gastados forman cantidades igualmente impresionantes.*

*En el transcurso de dos años, centenares de personas me sacrificaron su tiempo y sus energías y me honraron con su confianza. En cada palmo de mi camino gocé de la doble bendición de conseguir una cooperación sin par y una confianza sin límites.*

*Es una pena, pero por ser tan grande el número de personas a las que debería dar las gracias, no puedo mentarlas aquí una por una. Semejante lista ocuparía por sí sola un volumen entero.*

*Pero no podría preciarme de agradecido si no reconociera los esfuerzos de los dos hombres que fueron los verdaderos causantes de que EXODO se convirtiera en realidad.*

*Confío no sentar un precedente peligroso dando públicamente las gracias a mi agente. EXODO tuvo su origen en conversación sostenida durante un almuerzo y se convirtió en un proyecto concreto gracias a la insistencia tenaz de Malcolm Stuart, quien se negó a abandonar el propósito a pesar de una docena de contratiempos.*

*Debo dar las gracias humildemente a Ilan Hartuv, de Jerusalén. Él me preparó el terreno y viajó conmigo, sin separarse un momento de mi lado, por todo Israel, en tren, avión, jeep «Vauxhall», jeep «Austin», y a pie. A veces fue un viaje duro de verdad. Pero lo que más debo agradecerle a Ilan es que quisiera compartir conmigo su profundo conocimiento del tema.*

# LIBRO PRIMERO

## *AL OTRO LADO DEL JORDÁN*

> *Hasta que el Señor haya dado el descanso a tus hermanos, así como a ti, y hasta que, además, ellos posean la tierra que el Señor vuestro Dios les ha dado al otro lado del Jordán, y entonces repondrás a cada uno en sus posesiones, las cuales os he dado Yo.*
>
> *La palabra de Dios según le fue dada a Moisés en el Deuteronomio.*

# CAPÍTULO PRIMERO

*NOVIEMBRE, 1946*

BIENVENIDOS A CHIPRE…

*Guillermo Shakespeare*

El avión se meció por la pista hasta pararse delante del enorme rótulo: «BIENVENIDOS A CHIPRE». Mark Parker miró por la ventanilla y vio en la distancia la maravilla del aserrado Pico de los Cinco Dedos, de la cordillera que corría junto a la costa septentrional. Dentro de una hora, aproximadamente, estaría franqueando el paso con su coche, camino de Kyrenia. Mark Parker salió al pasillo, se arregló el nudo de la corbata, bajóse las mangas de la camisa y se puso la chaqueta. «Bienvenidos a Chipre… Bienvenidos a Chipre…». La frase cruzaba una y otra vez por su cerebro. Y él se decía que era de «Othello», pero no conseguía recordar la cita entera.

—¿Algo que declarar? —le preguntó el inspector de Aduanas.

—Dos libras de heroína sin desmenuzar y un manual de arte pornográfico —respondió, buscando con la mirada a Kitty.

«Todos los americanos son unos comediantes», pensó el inspector de Aduanas, haciéndole pasar. Una empleada del Gobierno cuya misión consistía en atender a los turistas se le acercó.

—¿Es usted míster Parker?

—Presente.

—Mistress Kitty Fremont ha telefoneado diciendo que le es imposible venir a recibirle al aeropuerto y que vaya usted directamente a Kyrenia, al Hotel Dome. Ha hecho reservar un cuarto para usted.

—Gracias, ángel. ¿Dónde encontraré un taxi para Kyrenia?

—Yo puedo procurárselo, señor. Será cosa de pocos minutos.

—¿Podré tomar una infusión por ahí?

—Sí, señor. El bar está al final del pasillo.

Mark se apoyó en el mostrador bebiendo a sorbitos el café humeante… «Bienvenidos a Chipre… Bienvenidos a Chipre…». Vaya, ni que le hubiera ido en ello la vida habría sabido recordar el final.

—¡Caramba! —exclamó una voz estentórea—. En el avión ya creí reconocerle. ¡Usted es Mark Parker! Apuesto a que no me recuerda.

«Ha de encajar en uno de los siguientes escenarios —pensó Mark—: Fue en: Roma, París, Londres, Madrid… Y ahora busquemos cuidadosamente el lugar: Bar José, James Pub, Jacques Hideaway, Joe's Joint. Y en aquella ocasión yo escribía crónicas de guerra, de revolución, de insurrecciones… Y aquella noche particular yo estaba con: una rubia, una morena, una pelirroja (o quizá con aquella descarada de las dos cabezas)».

Mark Parker tenía ahora al desconocido nariz contra nariz y burbujeando de entusiasmo.

—Yo fui aquél que pidió un «Martini» y no tenían limones. ¿Me recuerda ahora? —Mark bebió otro sorbo de café y se dispuso a sufrir un nuevo asalto—. Ya sé que esto se lo dicen a todas horas, pero a mí me gusta de veras leer las crónicas que escribe usted. Vamos, diga, ¿qué hace en Chipre? —El desconocido guiñó el ojo y le dio un codazo en las costillas—. Un trabajo secreto, apostaría cualquier cosa. ¿Por qué no nos vamos los dos a beber unas copas? Yo me hospedo en el «Palace», en Nicosia. —Y le plantó una tarjeta comercial en la mano—. Además, tengo aquí muy buenas relaciones. —Y volvió a guiñar el ojo.

—Eh, míster Parker. El coche le espera.

Mark dejó la taza sobre el mostrador.

—Encantado de volver a verle —le dijo al desconocido. Y se alejó a toda prisa. Al salir echó la tarjeta en una papelera.

Mientras el taxi se alejaba del aeropuerto, él se arrellanó en el asiento y cerró unos instantes los ojos. Se alegraba de que Kitty no hubiera podido ir a recibirle. ¡Había pasado tanto tiempo…! ¡Había tantas cosas que decir, tantas cosas que recordar…! Al pensar que volvería a ver a Kitty, un estremecimiento de emoción recorrió su ser. Kitty hermosa; hermosa Kitty. Y cuando el taxi cruzaba las puertas del recinto exterior, Mark estaba ensimismado, sumergido ya en sus pensamientos.

Katherine Fremont. Era una de esas grandes tradiciones americanas, tales como el pastel de manzanas de mamá, los *hot dogs* y los Dodgers de Brooklyn. Porque Kitty Fremont era la proverbial «hija de los vecinos». Era el prototipo de la chica con trencitas, pecas y tirantes correctores en la dentadura; pero, de acuerdo con el modelo, un día los tirantes desaparecieron, el lápiz labial vino a remplazarlos, el suéter se puso turgente, y hete allí que el patito feo quedó convertido en un cisne. Mark sonrió. ¡Qué hermosa era Kitty en aquellos tiempos, siempre tan limpia y lozana!

Y Tom Fremont. Tom Fremont era otra de las tradiciones americanas. Era el muchacho típico, de sonrisa infantil, capaz de correr los cien metros en diez segundos, de meter el balón en el cesto desde diez metros de distancia, de cortar una alfombra y de montar un «Ford» modelo «A» pieza a pieza con los ojos vendados. Tom Fremont había sido el mejor compañero de Mark Parker desde tan antiguo como

a éste le alcanzaba la memoria y por todo el tiempo que le abarcaba el recuerdo. «Nos debieron de destetar juntos», pensó Mark.

Tom y Kitty…, pastel de manzana y mantecado…, *hot dogs* y mostaza. El muchacho americano cien por cien, la muchacha americana cien por cien, y el ambiente, cien por cien americano del Medio Oeste, en Indiana. Sí, Tom y Kitty casaban tan bien el uno al lado de la otra como la lluvia y la primavera.

Kitty había sido siempre una chica muy callada, muy profunda, muy pensativa. En sus ojos había una pincelada de tristeza. Una tristeza que quizá no viese nadie sino Mark, porque precisamente Kitty era la alegría misma para todos los que la rodeaban. Kitty había sido una de esas admirables columnas de fortaleza. Siempre estuvo con las dos manos en el timón, siempre tuvo en los labios la palabra precisa, siempre fue buena y considerada. Pero la tristeza estaba ahí… Mark Parker lo veía, si los otros no.

Se preguntaba a menudo qué era lo que la hacía tan deseable. Acaso fuera el verla fuera de su alcance. Era como el champaña en hielo… Tenía la mirada y la palabra capaces de hacer añicos de un hombre. De todas formas, Kitty siempre había sido la novia de Tom, y a él no le quedó nunca otro posibilidad que la de envidiar a su amigo.

En la Universidad del Estado, Tom y Mark ocupaban la misma habitación. El primer año Tom no podía sobreponerse al pesar de verse separado de Kitty. Mark recordaba las horas interminables pasadas escuchando los tristes lamentos de su amigo y consolándole. Llegado el verano, Kitty se fue a Wisconsin acompañada de sus padres, los cuales, considerando que su hija todavía estaba en la edad de la segunda enseñanza, quisieron mitigar el ardor del amorío con una separación. Tom y Mark emprendieron el camino hacia Oklahoma, a trabajar en los campos petrolíferos.

Al reanudar el curso, Tom se había enfriado notablemente. Era imposible vivir en compañía de Mark sin contaminarse de su manera de ser. Las cartas de Tom y de Kitty fueron espaciándose, separadas cada vez por períodos más largos, y las citas de Tom con sus condiscípulas se hicieron más frecuentes, separadas cada vez por intervalos más cortos. Empezó a parecer que entre el héroe estudiante y la muchacha confinada en su casa quedaba rota toda relación.

En su último año de estudios, no faltaba sino que de la mente de Tom se borrase hasta el recuerdo de Kitty. Tom se había convertido en el Bello Brummell de la Universidad, papel muy adecuado para el magnífico delantero del equipo de baloncesto. Mark, por su parte, se contentaba calentándose al sol de la gloria de Tom y ganándose la reputación de ser uno de los peores estudiantes de periodismo en toda la historia de aquel centro docente.

Kitty ingresó entonces en la Universidad.

¡Aquello fue el rayo!

Mark la veía un millar de veces y cada vez se quedaba tan maravillado como la

primera. En esta ocasión Tom la miró con el mismo entusiasmo. Se fugaron un mes antes de que él consiguiera el título. Tom y Kitty, Mark y Ellen, un «Ford» modelo «A» y cuatrocientos dólares con diez centavos cruzaron la línea del Estado en busca de un juez de paz. La luna de miel la vivieron en el asiento trasero del «Ford», atascado en el barro de un camino de tercer orden, mientras el coche rezumaba como un tamiz bajo el aguacero. Fue un principio agorero para la pareja de americanos típicos.

Tom y Kitty mantuvieron su matrimonio secreto hasta un año después de haber conseguido él el título. Kitty se quedó en la Universidad para terminar los estudios preparatorios para enfermera. Sí, también Kitty y la profesión de enfermera parecían dos cosas inseparables, iba pensando Mark.

Tom adoraba a Kitty. Él siempre había sido un poco loco y demasiado independiente, pero sentó la cabeza y se convirtió en el marido modelo, fiel y abnegado. Inició su carrera como dirigente subalterno en una gran empresa de propaganda. Tom y Kitty se trasladaron a Chicago. Kitty trabajaba en el Hospital de Niños. Ascendían paso a paso, a la manera americana típica. Primero un piso; luego una casita. Un coche nuevo, plazos mensuales, grandes esperanzas. Kitty quedó embarazada.

Las divagaciones de Mark se interrumpieron cuando el taxi aminoró la marcha en los suburbios de Nicosia, la capital asentada en la uniforme y parda llanura, entre las dos cordilleras, la septentrional y la meridional.

—¿Habla inglés, chofer? —preguntó.

—Sí, señor.

—En el aeropuerto han puesto un rótulo: «Bienvenido a Chipre». ¿Cómo dice la frase entera?

—Que yo sepa —contestó el chofer—, no se proponen otra cosa que mostrarse corteses con los turistas.

Entraron en Nicosia sin novedad. La falta de relieve, las casas de piedra amarilla con sus tejados rojos, el mar de palmeras datileras, todo le recordaba Damasco. El camino corría por la vera de la antigua muralla veneciana, construida formando un círculo perfecto, que rodeaba la vieja ciudad. Mark veía los minaretes gemelos levantándose como sendas espirales sobre la línea del horizonte en el sector turco de la población. Eran los minaretes de Santa Sofía, la magnífica catedral de los cruzados convertida en mezquita musulmana. A medida que iban recorriendo la muralla, dejaban atrás los enormes baluartes en forma de punta de lanza. De su visita anterior a Chipre, Mark recordaba que aquellos baluartes sobresalían de la muralla en número de once. Estaba a punto de preguntarle al chofer por qué eran once precisamente, pero desistió.

En cosa de pocos momentos estuvieron fuera de Nicosia, dirigiéndose hacia la

parte norte de la llanura. Dejaban atrás un pueblo tras otro, todos monótonamente iguales, todos compuestos de cabañas de adobes. Cada pueblo tenía una fuente con una inscripción pregonando que había sido construida gracias a la generosidad de Su Majestad el rey de Inglaterra. En los campos descoloridos, los labradores estaban atareados recogiendo la cosecha de patatas, trabajando detrás de esas bestias inestimables que son los mulos de Chipre.

El taxi aceleró nuevamente la marcha, y Mark volvió a entregarse a sus divagaciones.

… Mark y Ellen se habían casado poco después que Tom y Kitty. Fue un error desde el primer día. Eran dos personas excelentes que no estaban hechas la una para la otra. El buen criterio callado y cariñoso de Kitty Fremont impidió que Mark y Ellen se separasen. Ambos podían acudir a ella y desahogar su pecho. Kitty conservó aquel matrimonio unido hasta mucho después de haberse roto en el mismo todo lazo afectivo. Luego el extrañamiento se hizo inevitable, y se divorciaron. Mark agradecía en el alma el no haber tenido hijos.

Después del divorcio se fue hacia el Éste, habiendo pasado de ser el peor estudiante del mundo a ser el peor periodista del Universo. Convirtióse en una de esas aves de paso que pueblan el mundo de las letras. Y no era por estupidez ni por falta de talento, sino debido a una incapacidad total por encontrar su puesto en la vida. Mark pertenecía al tipo del hombre creador, y la monotonía de la información rutinaria cotidiana mataba en él los mejores impulsos. Sin embargo, no sentía el deseo de probar fortuna en el campo de la literatura puramente creativa. Sabía que su personalidad no llenaba las exigencias requeridas para un novelista. Con ello continuaba siempre en el limbo, sin ser carne ni pescado.

Cada semana recibía carta de Tom, unas cartas saturadas de entusiasmo, de la energía que le infundía el ascenso continuado hacia la cúspide. Otra cosa saturaba además las cartas de Tom: el amor a Kitty y a su hijita, Sandra.

Mark recordaba también las cartas de Kitty. Eran la contrapartida, tranquila y serena, de las efervescencias de Tom. Kitty siempre le tuvo al corriente de la vida de Ellen, hasta que ésta volvió a casarse.

En 1938 se le abrió el mundo a Mark Parker. El Sindicato Americano de Noticias tenía que cubrir un puesto en Berlín, y Mark pasó súbitamente del lamentable papel de «vago del periodismo» a la respetable función de «corresponsal en el extranjero».

En esta especialidad demostró ser un buen operario. Pudo satisfacer parte de su afán creador cultivando un estilo que le identificaba como individuo, que le permitía ser Mark Parker y no otro. No era un adivino que supiera lo que había de ocurrir en cualquier parte del mundo, pero poseía, ciertamente, el gran instinto del cronista internacional de gran talla: ese olfato especial que le hace percibir un buen relato ya mientras se está fraguando.

El mundo era una francachela. Mark Parker recorrió Europa, Asia y África de uno a otro extremo. Poseía una credencial, tenía un trabajo que le gustaba, disponía de buen crédito en el «Bar José», en la «James Pub», y en los «Hideaway» de Joe y de Jacques, y una lista interminable de candidatas para su club de la rubia, la morena o la pelirroja del mes en curso.

Cuando estalló la guerra, Mark husmeó por toda Europa. Pensaba con gusto en el momento en que pudiera aposentarse por unos días en Londres, donde le estaría aguardando un montón de cartas de Tom y Kitty.

A principios de 1942, Tom Fremont se alistó en el Marine Corps. Murió en Guadalcanal.

Dos meses después de la muerte de Tom, su hija, Sandra, murió de poliomielitis.

Mark pidió un permiso de urgencia para regresar a casa, pero cuando llegó allá Kitty Fremont había desaparecido. La buscó infructuosamente hasta que tuvo que regresar a Europa. Parecía que Kitty hubiese sido borrada de la faz de la tierra. Mark no se lo explicaba. Sin embargo, aquella tristeza que siempre había visto en los ojos de Kitty semejaba una profecía cumplida.

Apenas terminada la guerra, reanudó la búsqueda; pero el tiempo había borrado el rastro.

En noviembre de 1945, el Sindicato Americano de Noticias le envió nuevamente a Europa para informar sobre los juicios por crímenes de guerra de Núremberg. Por aquel entonces se le podía considerar ya un buen artesano en su profesión. Le daban el título de cronista del extranjero «distinguido». En Núremberg siguió, mandando una brillante serie de crónicas, hasta que los nazis más destacados fueron llevados a la horca, hacía de ello sólo unos pocos meses.

El Sindicato le concedió unas vacaciones muy necesarias antes de transferirle a Palestina, donde parecía estar concitándose una guerra local. Con objeto de disfrutar del permiso al estilo típico de Mark Parker, fue a la caza de una francesita apasionada, una empleada de las Naciones Unidas, a quien había conocido anteriormente y que había sido trasladada al Destacamento de las Naciones Unidas de Atenas.

Lo demás vino luego como llovido del cielo. Estaba él sentado en el «American Bar», matando el tiempo con un grupo de colegas, cuando, sin saber cómo, la conversación derivó hacia una enfermera americana que realizaba una tarea fantástica con los huérfanos griegos de Salónica. Uno de los corresponsales había llegado recientemente de allí con unos reportajes sobre el orfanato en cuestión.

La enfermera se llamaba Kitty Fremont.

Mark preguntó al momento y descubrió que Kitty se encontraba en Chipre, de vacaciones.

El taxi empezó a correr cuesta arriba, saliendo de la llanura por una carretera

estrecha y ondulante que cruzaba el puerto de los Montes Pentadaktilos. Venía el crepúsculo. Al llegar a la cima Mark ordenó al chofer que arrimase el coche a la orilla de la carretera e hiciera alto.

Cuando el taxi hubo parado, bajó y se puso a contemplar la pequeña ciudad de Kyrenia, preciosa, brillante como una joya, acurrucada junto al mar a los pies de la montaña. Arriba y a la izquierda estaban las ruinas del Castillo de San Hilarión, poblado por el recuerdo de Ricardo Corazón de León y su bella Berengaria. Mark tomó nota mentalmente de que tenía que volver allí en compañía de Kitty.

Llegaron a Kyrenia al oscurecer. La pequeña ciudad era una combinación de blanco yeso y tejados de rojas tejas, con el castillo arriba y el mar al lado. Kyrenia era una cosa pintoresca y exótica y singular hasta tal grado que era imposible imaginarla más pintoresca, más exótica o más singular. Pasaron por la diminuta bahía, llena de lanchas de pesca y pequeños yates, protegida por los dos brazos del muro marino. En uno de ellos se encontraba el muelle. En el otro levantábase un antiguo baluarte o fortaleza, el Castillo de la Virgen.

Kyrenia venía siendo desde hacía tiempo refugio de artistas y de oficiales retirados del Ejército inglés. Era, sin duda, uno de los lugares más tranquilos de la tierra.

Una manzana más allá de la bahía se encontraba el «Hotel Dome». La mole de su edificio parecía demasiado enorme y fuera de lugar para el resto de la ciudad, chiquita, soñolienta. Sin embargo, el «Dome», habíase convertido en una encrucijada de caminos del Imperio británico. En todos los rincones del mundo donde ondeaba la Union Jack se le conocía como punto de cita de los súbditos de Inglaterra. Formaba un apiñamiento de habitaciones, terrazas y galerías orientadas cara al mar. Un largo muelle de un centenar de metros o más, unía el hotel con una diminuta isla utilizada por los bañistas, tanto por los que preferían tomar baños de agua como por los que los tomaban de sol.

El taxi se detuvo. El botones del hotel recogió el equipaje de Mark. Éste pagó al taxista y dirigió una mirada a su alrededor.

Estaba en noviembre, pero todavía hacía calor y el cielo estaba sereno. ¡Qué lugar tan apropiado para reunirse con Kitty Fremont!

El dependiente del mostrador de recepción le entregó un mensaje.

> Querido Mark:
>
> Estaré atascada en Famagusta hasta las nueve. ¿Querrás perdonarme? Con cariño.
>
> Kitty.

—Quiero unas flores, una botella de whisky escocés y un cubo de hielo —ordenó

Mark.

—Mistress Fremont ha cuidado de prepararlo todo —dijo el dependiente entregando una llave al botones—. Tienen los dormitorios contiguos y mirando al mar.

El periodista observó una mueca de malicia en la faz del empleado. Era la misma mueca que había visto en centenares de hoteles en centenares de casos parecidos. Pero cuando se disponía a poner las cosas en su punto decidió dejar que el dependiente pensara lo que se le antojase.

Mientras acababa de oscurecer embebióse en la contemplación del mar. Luego se preparó un vaso de whisky con agua, que fue sorbiendo mientras tomaba un baño caliente.

Las siete… Dos horas de espera todavía.

Abrió la puerta del cuarto de Kitty. Olía bien. El traje de baño y unas medias recién lavadas colgaban sobre la bañera. Junto a la cama había unos zapatos cuidadosamente alineados, y encima del tocador lo necesario para el maquillaje. Mark sonrió. Hasta estando ella ausente su personalidad fuera de lo común parecía llenar la habitación.

Mark volvió a su cuarto y se tendió sobre la cama. ¿Cómo la habrían tratado los años? ¿Qué huellas habría dejado en ella la tragedia vivida? Kitty, hermosa Kitty… ¡Ah, ojalá estés como antes! Mark calculó que se hallaban en noviembre de 1946… ¿En qué fecha la había visto por última vez? En mil novecientos treinta y ocho… inmediatamente antes de trasladarse él a Berlín. Ocho años. Ahora Kitty tendría veintiocho.

La excitación y la tensión se adueñaron de él. Estaba cansado y empezó a dormitar.

El tintineo de los cubitos de hielo —dulce sonido para Mark Parker— le sacó de un profundo sueño. Restregóse los ojos y extendió el brazo buscando a tientas un cigarrillo.

—Duerme como si estuviera narcotizado —dijo una voz con marcado acento inglés—. He pasado cinco minutos llamando. El botones me ha abierto la puerta. Espero que no le sabrá mal que me haya servido un poco de whisky.

Aquella voz pertenecía al mayor Fred Caldwell, del Ejército británico. Mark bostezó, desperezóse a fin de despertar por completo y miró el reloj. Eran los ocho quince.

—¿Qué diablos hace usted en Chipre? —inquirió.

—Creo que es lo que debía preguntar yo.

Mark encendió un cigarrillo y miró a Caldwell. El mayor no le inspiraba ni afecto ni odio. La palabra apropiada hubiera sido «desprecio». Era la tercera vez que se encontraban. Caldwell había sido ayudante del coronel, luego ascendió a brigadier,

Bruce Sutherland, un buen oficial de campo del Ejército británico. La primera vez que se encontraron, fue en las tierras bajas de Holanda, durante la guerra. En una de sus crónicas, Mark señaló un error cometido por los ingleses a consecuencia del cual un regimiento entero quedó completamente destrozado. La segunda vez se encontraron en los juicios de Núremberg, donde Mark estaba como enviado especial del «ANS», es decir, del Sindicato de Noticias.

Hacia el final de la guerra las tropas de Sutherland fueron las primeras que entraron en el campo de concentración alemán de Bergen-Belsen. Tanto Sutherland como Caldwell habían ido a Núremberg requeridos como testigos.

Mark entró en el cuarto de baño, se lavó la cara con agua fría y fisgoneó en busca de una toalla.

—¿En qué puedo servirle, Freddie?

—El «CID[1]» ha telefoneado esta tarde a nuestro cuartel general para avisarnos de su llegada. Creo que no se le habían concedido credenciales.

—Diantre, son ustedes un hato de truhanes recelosos. Lamento desilusionarle, Freddie. Estoy aquí de vacaciones, en ruta para Palestina.

—No he venido en visita oficial, Parker —puntualizó Caldwell—; digamos nada más que nuestras relaciones anteriores nos dejaron un poco vidriosos.

—Recuerdan demasiado lo pasado —contestó Mark, empezando a vestirse.

Caldwell le preparó un trago. Mark entretanto estudiaba al oficial y se preguntaba por qué sería que Caldwell siempre le abordaba por el lado malo. En su persona se veía aquella arrogancia que imprimía el sello de una raza especial: los colonizadores. Caldwell era un tipo cargante, murrio y de cortos alcances. Una partida de tenis con traje blanco…, un ponche de ginebra y agua tónica y los nativos que se fastidien. Y lo que realmente irritaba a Mark era aquella conciencia tan especial de Freddie Caldwell, o la falta absoluta de ella. Para Caldwell el significado de «bien» o «mal» había que buscarlo en un manual del Ejército o en una orden.

—¿Están ustedes en Chipre encubriendo algún trabajo sucio?

—No sea impertinente, Parker. Esta isla nos pertenece y queremos saber qué busca en ella.

—Ve usted…, esto es lo que me gusta de los ingleses. Un holandés me habría gritado de mal talante que me fuese al diablo. Ustedes en cambio dicen invariablemente: «Haga el favor de irse al diablo». Le dije antes que estaba de vacaciones. Y vengo a reunirme con una antigua amiga.

—¿Quién es?

—Una muchacha llamada Kitty Fremont.

—Kitty, la enfermera. Sí, una mujer que quita el hipo, de verdad. Hace unos días nos encontramos en casa del gobernador. —Mirando a la puerta que comunicaba con el cuarto de Kitty, y que estaba precisamente abierta. Freddie Caldwell arqueaba las

cejas en una mueca interrogativa.

—Ea, vaya a darle un baño a su cochina mente —recomendóle Mark—. Hace veinticinco años que Kitty y yo somos amigos.

—Entonces, como dicen ustedes los americanos, todo está en forma.

—En efecto, y como desde este momento su visita de usted se convierte en una visita de cortesía, haga el favor de salir.

Freddie Caldwell sonrió, dejó el vaso y se metió el flexible bastón debajo del brazo.

—Freddie Caldwell —increpóle Mark—, me gustaría volver a verle cuando de su rostro se haya borrado para siempre esa sonrisa.

—¿De qué diablos está hablando?

—Vivimos en mil novecientos cuarenta y seis, mayor. Muchísima gente leyó los tópicos de la pasada guerra y los creyó. Ustedes llegan con un dólar de menos y una hora de retraso. Van a perder la partida que se disputará a tiros… Primero será la India, luego África, luego Oriente Medio. Yo estaré allí para presenciar cómo pierden el mandato de Palestina. Hasta de Suez y de Transjordania les echarán a patadas. El sol se pone sobre el Imperio, Freddie… ¿Y cómo lo hará su esposa sin cuarenta negritos a los cuales poder azotar?

—Leí sus crónicas sobre los juicios de Núremberg, Parker. Le domina a usted esa terrible tendencia de todos los americanos a recargar los tonos dramáticos. Callosos, deberíamos llamarles. Por lo demás, amigo mío, yo no tengo esposa.

—En verdad, ustedes son corteses.

—Recuérdelo, Parker, está de vacaciones. Daré recuerdos de su parte al brigadier Sutherland. Que lo pase bien.

Mark sonrió y se encogió de hombros. Y en aquel momento le vino a la mente el rótulo del aeropuerto… BIENVENIDOS A CHIPRE: GUILLERMO SHAKESPEARE. La cita completa era: «Bienvenidos a Chipre, cabras y micos».

# CAPÍTULO II

Durante las mismas horas en que Mark Parker aguardaba el momento tanto tiempo aplazado de su encuentro con Kitty Fremont, otros dos hombres esperaban una reunión muy distinta en un lugar diferente de Chipre. Esperaban en un bosque, a cuarenta millas de Kyrenia, al norte de la ciudad portuaria de Famagusta.

El cielo estaba nublado, la atmósfera cargada, ni un rayo de luz se derramaba de lo alto. Los dos hombres guardaban un silencio absoluto atisbando por entre las tinieblas hacia la bahía situada unos centenares de metros más abajo. Se encontraban en una casa blanca, abandonada, de la colina, en medio de un bosque de pinos, eucaliptos y acacias. Salvo por un leve aliento de aire y por la respiración contenida, irregular, de los dos hombres, la quietud era casi tan absoluta como la oscuridad.

Uno de los dos hombres era un guardabosques greco-chipriota, y estaba nervioso.

El otro aparecía tan tranquilo como una estatua, sin apartar nunca la vista de la dirección del agua. Se llamaba David Ben Ami. Su nombre significaba David, Hijo de Mi Pueblo.

Las nubes empezaron a separarse. Una leve claridad descendió sobre las quietas aguas de la bahía, sobre el bosque y sobre la casa blanca. Aquella luz jugueteaba sobre el rostro de David Ben Ami, quien estaba asomado a la ventana. Tenía un tipo más bien menudo y poco más de veinte años. Hasta bajo aquella menguada claridad su cara magra y sus ojos profundos manifestaban la sensibilidad de un hombre de letras.

A medida que las nubes se separaban, la claridad se extendía poco a poco por los alrededores de la casa blanca, cubiertos de destrozadas columnas de mármol y de fragmentos de estatuas.

Piedras quebradas. Restos mortales de la ciudad de Salamis, la que fue grande y poderosa en tiempos de Jesucristo. ¡Cuánta historia dormía debajo de aquel suelo y por todos los campos de mármol! Salamis, fundaba en una época de la que apenas quedaba recuerdo por el guerrero Teucer, a su regreso de la guerra de Troya. Cayó aterrada por un temblor de tierra, y volvió a levantarse; cayó otra vez por la espada de los árabes, bajo la bandera del Islam, y ahora para no volver a levantarse más. La luz danzaba sobre la vasta extensión de terreno cubierto de miles de columnas destrozadas, donde en otro tiempo hubo un gran foro griego.

Las nubes se cerraron. Volvió a imperar la oscuridad.

—Hace rato que debería estar aquí —susurró nervioso el greco-chipriota.

—Escuche —respondió David Ben Ami.

De la distancia, allá en el mar, venía el ruido débil de una lancha a motor. David Ben Ami levantó sus gemelos de campo, confiando en que se produciría un claro en las nubes. El sonido del motor aumentó de volumen.

Un destello de luz rayó el agua en dirección a la casita blanca de la ladera del monte. Luego otro. Y otro.

David Ben Ami y el guardabosque salieron y echaron a correr monte abajo, por entre las ruinas y los árboles hasta llegar a la orilla del agua. Ben Ami devolvió la señal con su linterna.

El ruido del motor cesó.

La confusa figura de un hombre se deslizó por el costillaje de la lancha y se puso a nadar hacia la costa. David Ben Ami amartilló su revólver «Sten» y paseó la mirada arriba y abajo de la playa por si aparecía alguna patrulla inglesa. La figura llegó adonde el agua era menos profunda y vino andando.

—¡David! —gritó desde el agua.

—Ari —contestó éste—; por aquí, de prisa.

Ya en la playa, los tres hombres corrieron hasta dejar atrás la casita blanca, internándose por un camino polvoriento. Un taxi les aguardaba entre la maleza. David Ben Ami dio las gracias al guardabosque chipriota, y él y el hombre llegado en la lancha partieron a toda velocidad en dirección a Famagusta.

—Se me han mojado los cigarrillos —dijo Ari.

David Ben Ami le dio un paquete. Una breve llama iluminó la cara del llamado Ari. Era un hombre alto y recio, en completo contraste con el menudo Ben Ami. Tenía un rostro hermoso, pero en sus ojos se notaba una dureza inconmovible.

Era Ari Ben Canaan, el agente más destacado de la Mossad Aliyah Bet, la organización ilegal.

## CAPÍTULO III

Llamaron a la puerta del cuarto. Mark Parker abrió. Ante sus ojos estaba Katherine Fremont, todavía más hermosa de como él la recordaba. Se miraron largo rato en silencio. Mark estudió con atención la cara y los ojos de la mujer. Se la veía ahora tierna y compasiva, con esa expresión que sólo se adquiere a copia de profundos sufrimientos.

—¡Debería retorcerte el pescuezo por no haber contestado mis cartas! —exclamó.

—Hola, Mark —susurró únicamente ella.

Se abrazaron, se estrecharon con fuerza. Luego, durante la primera hora, hablaron poco, contentándose con mirarse, dirigirse rápidas sonrisas, estrecharse las manos alguna que otra vez y darse cariñosos besos en la mejilla.

Durante la comida conversaron sobre temas intrascendentes, en especial de las aventuras de Mark como corresponsal en el extranjero. Luego el periodista advirtió que Kitty procuraba dirigir la conversación de forma que no tuviera que hablar en ningún momento de nada referente a sí misma.

Vino el plato final del postre. Mark se sirvió el último vaso de cerveza, y a continuación se produjo otro de aquellos múltiples y penosos ratos de silencio.

Ahora Kitty se sentía cada vez más inquieta bajo la mirada interrogativa de su compañero.

—Vámonos —dijo éste—, demos un paseo hasta llegar a la bahía.

—Voy a buscar el chal —aceptó ella.

Pasearon en silencio por el muelle flanqueado de blancos edificios hasta internarse por la escollera y llegar al faro que se alzaba en la angosta boca de la bahía. El cielo nuboso no les permitía ver sino las siluetas confusas de las pequeñas embarcaciones ancladas. Los dos se quedaron unos momentos contemplando cómo el faro enviaba sus guiños luminosos mar adentro, guiando a un barco barredero hacia el refugio de la bahía. Un leve soplo de viento se enredaba por los áureos cabellos de Kitty, quien se apretó el chal contra los hombros. Mark encendió un cigarrillo y se sentó en el muro. Reinaba un silencio de muerte.

—Mi venida sólo ha servido para hacerte sufrir —dijo él por fin—. Mañana me marcho.

—No quiero que te vayas. —Kitty fijó la mirada a lo lejos, en dirección al mar—. No sé lo que me pasó al recibir tu cable. Abrí la puerta a una infinidad de recuerdos que he tratado desesperadamente de ahogar. Con todo yo sabía que, un día, llegaría este momento… y en cierto modo lo temía… y en cierto modo me alegro de que haya llegado.

—Han pasado ya cuatro años desde la muerte de Tom. ¿Es que no vas a sobreponerte jamás al pesar?

—Sí, son muchas las mujeres que pierden al marido en la guerra. Yo lloré mucho a Tom. Estábamos muy enamorados; pero en seguida me di cuenta de que seguiría viviendo. Ni siquiera sé cómo murió.

—No fue un episodio complicado —explicó Mark—. Tom pertenecía a la Infantería de Marina, y con otros diez mil del mismo Cuerpo fue a tomar una playa. Una bala hizo blanco en él y murió. No hubo lugar para heroicidades, ni para medallas… ni para pedir: «Dile a Kitty que la adoro». Simplemente, una bala se hundió en su cuerpo, y murió al instante… No hubo más.

La sangre se retiró de la faz de Kitty. Mark encendió un cigarrillo y se lo dio.

—¿Y por qué murió Sandra? ¿Por qué hubo de morir también mi hija?

—No soy Dios. No puedo responderte.

Kitty se sentó al lado de Mark en el muro, apoyó la cabeza en el hombro de su amigo y exclamó dando suspiros entrecortados:

—Creo que ya no hay lugar para mí en el mundo.

—¿Por qué no me lo cuentas todo?

—No puedo…

—Pues yo me figuraba que ya era hora que me lo contases.

Media docena de veces trató Kitty de hablar, pero su voz se quebraba en murmullos incoherentes. Llevaba los años de terror encerrados en lo más íntimo de su ser. Luego arrojó el cigarrillo al mar y miró a Mark. Él tenía razón; él era la única persona en el mundo a la cual podía confiarse.

—Qué terrible golpe fue —dijo—, cuando recibí el telegrama anunciándome lo de Tom… ¡Le quería tanto! Dos… dos meses más tarde nada más, murió Sandra de poliomielitis. No… no recuerdo muchas cosas. Mis padres me llevaron a Vermont y me internaron.

—¿En un asilo?

—No…, este nombre se lo dan cuando se trata de gente pobre… Al mío lo llamaban una casa de reposo para recobrarse de una crisis. No sé cuántos meses pasé allí. No recordaba casi nada. Día y noche estaba como sumida en una niebla. Es un estado que se llama melancolía… —De pronto la voz de Kitty se hizo firme. Habíase abierto la válvula de escape y el tormento encontraba su vía de salida—. Un día el velo que cubría mi mente se levantó y recordé que Tom y Sandra habían muerto. En mi pecho quedó clavado el dolor. Cada detalle, cada incidente de cada uno de los minutos del día me los recordaba. Cada vez que oía una canción, cada vez que escuchaba una risa… cada vez que veía a un pequeño. Cada aliento que entraba en mi pecho era una herida. Y rogué…, rogué, Mark, que volviera a sumergirme en aquella niebla. Sí, sí; recé pidiendo volverme loca para no recordar.

Kitty se había puesto en pie, alta y erguida. Por sus mejillas rodaban lágrimas.

—Corrí a Nueva York. Quise enterrarme entre las multitudes. Tenía cuatro

paredes, una silla, una mesa, una lámpara oscilante… —interrumpióse con carcajada breve e irónica—. Hasta había un rótulo intermitente de neón en mi ventana. Todo un cuadro, ¿verdad? Caminaba sin rumbo horas y horas por las calles hasta que las caras no eran sino una mancha borrosa ante mis ojos, o me sentaba y pasaba días enteros mirando por la ventana. Tom, Sandra, Tom, Sandra… la obsesión no me abandonaba ni un momento.

Kitty sintió a Mark a su espalda. Sus manos le oprimían los hombros. Allá en el mar el barco barredero iba acercándose a la boca formada por las dos escolleras. Kitty rozó su mejilla contra la mano de su amigo.

—Una noche bebí demasiado. Ya me conoces… soy una bebedora terrible. Vi a un muchacho con un uniforme verde como el de Tom. Tenía un aire ausente, y era alto y esbelto… como Tom. Bebimos juntos… Desperté en un cuartucho sucio de un hotel barato. Dios sabe en qué calle. Yo estaba todavía medio borracha. Dando traspiés me acerqué al espejo y me miré. Iba desnuda. El muchacho estaba desnudo también… patiabierto en la cama.

—Kitty, por amor de Dios…

—No te alarmes, Mark, déjame terminar. Allí me quedé, mirándome en aquel espejo… no sé cuánto rato. Había llegado al fondo de mi vida. Ninguna situación podía ser demasiado baja para mí. En aquel momento… en aquel segundo consideré que había llegado al fin. El muchacho seguía inconsciente… extraño… Ni siquiera sé cómo se llamaba. Vi sus hojas de afeitar en el cuarto de baño… y el tubo del gas en el techo… y por espacio de un minuto o de una hora…, no sé el tiempo que pasaría, estuve mirando a la acera desde aquel décimo piso. El hilo de mi vida se había acabado, pero no tuve el valor de cortarlo. Y entonces ocurrió una cosa extraña, Mark. En aquel momento comprendí que, a pesar de todo, sin Tom, sin Sandra, seguiría viviendo, y, de súbito, el dolor desapareció.

—Kitty, querida. ¡Con lo que yo ansiaba encontrarte y ayudarte!

—Lo sé. Pero era una batalla que tenía que librar yo sola, supongo. Volví a mi tarea de enfermera; me entregué a ella como loca. Apenas hube terminado en Europa, me encargué de ese orfanato griego… con una jornada de veinticuatro horas diarias. Por supuesto, era lo que necesitaba: trabajar hasta el límite. Ah, Mark… he… he empezado un centenar de cartas dirigidas a ti. Lo cierto es que he vivido presa de un exceso de espanto hasta este mismo minuto. Ahora estoy contenta; estoy contenta porque ya terminó.

—Y yo estoy contento por haberte encontrado —respondió Mark.

Ella giró sobre sus talones y le miró cara a cara.

—… He ahí pues lo que ha sido de Kitty Fremont —concluyó.

Mark la cogió de la mano y empezaron a desandar el camino, volviendo hacia el muelle. Del «Hotel Dome» llegaba hasta ellos un sonido de música.

## CAPÍTULO IV

El brigadier Bruce Sutherland estaba sentado detrás de la enorme mesa escritorio, como comandante militar de Chipre, en su casa de la calle Hipócrates, de Famagusta, a sesenta kilómetros de Kyrenia. Salvo por unos pocos signos delatores —un pequeño cinturón de grasa en el talle y el encanecimiento del cabello en las sienes—, su aspecto desmentía muy bien los cincuenta y cinco años. Su erguida postura delataba a la legua su condición de militar.

Un golpe seco sonó en la puerta, y el mayor Freddie Caldwell, su ayudante, entró.

—Buenas noches, Caldwell. ¿Ya de regreso de Kyrenia? Coja una silla.

Sutherland apartó los papeles de la mesa, estiróse, se quitó las gafas y escogiendo una pipa del estante la hundió en una tabaquera de picadura Dunhill. Caldwell dio las gracias por el cigarro que le regalaba su general, y los dos hombres no tardaron en haber llenado la habitación de una densa humareda. El criado griego apareció, obedeciendo a una llamada del timbre.

—Dos de ginebra y agua tónica.

Sutherland se levantó y se puso a plena luz. Llevaba una chaqueta smoking de terciopelo rojo. En seguida se sentó en un sillón de cuero, delante de las altas estanterías de libros.

—¿Ha visto a Mark Parker?

—Sí, señor.

—¿Y qué le parece?

Caldwell se encogió de hombros.

—Según presenta las cosas no podemos acusarle de nada. Está aquí camino de Palestina… y ha hecho escala para ver a la enfermera americana, Katherine Fremont.

—¿Fremont? Ah, sí, aquella encantadora dama que conocimos en casa del gobernador.

—Sí, sí, eso decía yo, señor, todo parece muy inocente… No obstante, Parker es un periodista y no podemos olvidar los quebraderos de cabeza que nos proporcionó allá en Holanda.

—¡Bah, qué caramba! —replicó Sutherland—. Todos dimos tropezones en la guerra. La casualidad quiso que él descubriera uno que habíamos dado nosotros. Por fortuna ganaron los nuestros, y no creo que haya diez personas que se acuerden de aquello.

Entretanto llegó la ginebra y el agua tónica.

—¡A la salud!

Sutherland dejó el vaso y se atusó el blanco bigote. Fred Caldwell no había quedado convencido.

—Señor —insistió—, en caso de que Parker sienta curiosidad y empiece a

fisgonear de un lado para otro, ¿no le parece prudente destinar a un par de agentes del «CID» para que le vigilen?

—Mire, déjele en paz. Basta con darle un «no» a un periodista para poner en acción todo un avispero. Los relatos sobre refugiados han pasado ya de moda; no creo que le interesen los campamentos que tenemos aquí. A pesar de todo, no vamos a correr el riesgo de excitar su curiosidad prohibiéndole esto o aquello. Si tengo que hablarle sinceramente, le diré que considero un error el haber ido usted a verle.

—Pero, brigadier…, después de aquellos conflictos en Holanda…

—¡Traiga el tablero de ajedrez, Freddie!

Sutherland pronunció el diminutivo «Freddie» en un tono que no dejaba lugar a réplicas. Caldwell refunfuñó entre dientes, y los dos hombres plantaron las piezas. Luego hicieron los movimientos de apertura; pero Sutherland notaba que su ayudante no estaba contento. Él, por su parte, dejó la pipa y se arrellanó en el sillón.

—Mire, Caldwell, diversas veces he tratado de hacerle comprender que lo que tenemos aquí, bajo nuestro mando, no son campos de concentración. Los refugiados de Caraolos están en Chipre a la espera, meramente, aguardando hasta que las cabezas duras de Whitehall decidan lo que van a hacer con el mandato de Palestina.

—Pero esos judíos son tan ingobernables… —replicó Caldwell—. En verdad, yo me pronunciaría en pro de un poco de disciplina a la manera antigua.

—No, Freddie, en esta ocasión no. Estas gentes no son criminales, cuentan con la simpatía mundial. La tarea de usted y mía consiste en evitar que se produzcan disturbios y rebeliones, en procurar que no haya nada que pueda ser utilizado como propaganda contra nosotros. ¿No lo comprende?

Caldwell no lo comprendía. Caldwell seguía aferrado a la idea de que el brigadier debía ser mucho más duro con los refugiados. Pero en una discusión nadie convence a un general si no es otro general de mayor graduación. Y el problema era tan complicado que… Caldwell adelantó un peón.

—Usted mueve, señor —dijo.

Caldwell levantó los ojos del tablero. Sutherland parecía completamente abstraído, sin acordarse tan sólo de la presencia de su ayudante. Era un fenómeno que en los últimos tiempos venía produciéndose cada vez con mayor frecuencia.

—Usted mueve, señor —repitió Caldwell.

La cara de Sutherland tenía una expresión angustiada. «Pobre hombre», pensó Caldwell. El brigadier había vivido con su esposa Neddie por espacio casi de treinta años, y de pronto Neddie le había abandonado y huido a París con un amante bastante más joven que ella. Fue un escándalo que conmovió los círculos militares durante meses enteros, y que, sin duda, Sutherland todavía tomaba muy a pecho. Sí, un golpe terrible para el brigadier. ¡El que había sido siempre un hombre tan bueno! Innumerables arrugas se dibujaban ahora en la blanca faz de Sutherland, y las

delgadas y rojas venitas de su nariz empezaban a ponerse brillantes. En aquel momento representaba sus cincuenta y cinco años y aún más.

Bruce Sutherland no estaba pensando en Neddie, como Caldwell creía. Su pensamiento estaba en los campamentos de refugiados de Caraolos.

—Usted mueve, señor.

—*Y así perecerán tus enemigos, Israel*… —murmuró Sutherland.

—¿Qué decía, señor?

## CAPÍTULO V

Mark acompañó a Kitty otra vez a la mesa. Ambos habían quedado sin aliento.

—¿Sabes el tiempo que hacía que no había bailado una samba? —dijo ella.

—Pues para ser una vieja picarona no lo haces tan mal.

Mark echó una ojeada por todo el salón, lleno de oficiales vistiendo los uniformes caqui del Ejército o las blancas prendas de la Armada y hablando con su entonación inglesa, ora alta, ora baja. Sitios como aquél le gustaban. El camarero trajo otros dos vasos, y brindaron.

—Por Kitty…, esté donde esté —dijo—. Bien, señora, ¿a dónde irá cuando se marche de aquí?

Kitty se encogió de hombros.

—Canastos, no lo sé, Mark. En Salónica mi misión ha terminado, y me siento ya inquieta. Tengo una docena de ofertas que puedo aceptar en diversos puntos de Europa a las órdenes de las Naciones Unidas.

—Sí, fue una guerra deliciosa —dijo Mark—. Dejó huérfanos a millares.

—El caso es que ayer mismo me hicieron una proposición verdaderamente buena para continuar en Chipre.

—¿En Chipre?

—En los alrededores de Famagusta hay unos campos de refugiados. Una mujer americana vino a verme. Parece que esos campos están sobrepoblados y quieren inaugurar otros en la carretera de Larnaca. Querían que me encargara de ellos. —Mark arrugó el ceño—. Éste es uno de los motivos que me han impedido acudir a recibirte al aeropuerto. Hoy he ido a Famagusta a ver la mujer.

—¿Y qué le has dicho?

—Le he dicho que no. Son refugiados judíos. Me figuro que los niños judíos son casi exactamente iguales que los demás, pero prefiero no mezclarme con ellos. Parece que esos campamentos son el centro de un sinfín de intrigas políticas, y, además, no están colocados bajo los auspicios de las Naciones Unidas.

Mark se quedó callado, pensando. Kitty hizo un guiño malicioso y le dio unos golpecitos con el dedo en el labio superior.

—No te pongas tan serio… ¿Quieres saber el otro motivo de no haber ido a recibirte al aeropuerto?

—Te portas como si no estuvieras en tus cabales.

—Hasta yo empiezo a experimentar esta sensación. Bien, míster Parker, estuve en Famagusta despidiendo a mi amiguito. Ya me conoces… un amante se va por mar mientras otro llega por el aire.

—Puesto que tú misma lo has sacado a colación…, ¿quién era el sujeto que te acompañó a Chipre?

—¿Te gustaría saberlo?

—Claro que sí.

—El coronel Howard Hillings, del Ejército británico.

—¿Hubo algún negocio sucio entre los dos?

—No, caramba. Se portó con tanta corrección que daba asco.

—¿Dónde conociste a ese individuo?

—En Salónica. Él estaba al frente de la misión inglesa en aquel sector. Cuando yo me hice cargo del orfanato andábamos escasos de todo; nos faltaban camas, medicamentos, provisiones, mantas… Con lo cual, yo acudí a él y fue tan amable que llegó a cortar compresas por sí mismo, y nos hicimos amigos para siempre, siempre jamás. Es en verdad un hombre inapreciable.

—Sigue. La cosa se pone interesante.

—Hace unas semanas tuvo noticias de que le trasladaban a Palestina y de que le concederían un permiso, y me pidió que viniera aquí a pasarlo juntos. Ya sabes, yo estuve trabajando tan intensamente que ni me acordaba de que en dieciocho meses no había tenido un solo día de descanso. Sea como fuere, el caso es que interrumpieron sus vacaciones y ha tenido que presentarse en Famagusta para salir hoy por mar en dirección a Palestina.

—¿Alguna perspectiva de convertirte en la señora Hillings?

Kitty movió la cabeza negativamente.

—Yo le aprecio mucho. Y él me trajo aquí buscando un escenario adecuado para pedirme que fuese su esposa…

—¿Y…?

—Yo amé a Tom. Jamás volveré a experimentar el mismo sentimiento.

—Tienes veintiocho años, Kitty. Es una edad muy indicada para jubilarse.

—No me quejo. He encontrado algo que me satisface. Oye, Mark, tú también vas a Palestina. Aquí son muchos los oficiales que marchan trasladados allá.

—Habrá guerra en Palestina, Kitty.

—¿Por qué…? No lo comprendo.

—Ah, por muchos motivos. Un sinfín de gentes en el mundo entero han decidido gobernar sus destinos por sí mismas. En este siglo las colonias han pasado de moda. Nuestros amigos ingleses están aguantando una casa que se derrumba. Mira, te presento al soldado del nuevo imperio —dijo Mark sacando un dólar del bolsillo—. Tenemos millones de estos soldados verdes avanzando hacia todos los confines del mundo. Es la mayor fuerza de ocupación que hayas visto nunca. Será una conquista incruenta… Pero Palestina…, ¡ah, ése es otro caso! Se trata de una aventura que casi tiene algo de aterrador. Un puñado de hombres se ha propuesto resucitar una nación que ha estado muerta durante dos mil años. Jamás ha ocurrido otra cosa semejante. Y lo que es más, yo creo que lo conseguirán. Son esos mismos judíos a los cuales tú no

aprecias.

—Yo no he dicho que no aprecie a los judíos —protestó Kitty.

—No quiero discutir contigo ahora. Puesto que has estado unos días en Chipre, concentra tu pensamiento, cariño. ¿Has visto u oído algo que pudiera parecerte… cómo te diré…, fuera de lo normal?

Kitty se mordió el labio como para recordar mejor y suspiró.

—Sólo los campos de refugiados. Me han dicho que están que no cabe un alfiler, y en deplorables condiciones. ¿Por qué me lo preguntas?

—No lo sé. Digamos únicamente que he tenido la corazonada de que algo muy importante ocurre en Chipre.

—¿Por qué no confiesas que eres curioso y entrometido por la misma naturaleza de tu profesión?

—Se trata de algo más que esto. ¿Conoces al mayor Fred Caldwell? Es el ayudante del brigadier Sutherland.

—¡Vaya pelmazo! Le conocí en casa del gobernador.

—Ha venido a mi cuarto a verme antes de llegar tú. ¿Por qué he de encontrarme con el ayudante de un general sentado en mi regazo a los diez minutos de haber aterrizado traído por un objeto que a los demás les ha de parecer trivial? Te lo aseguro, Kitty, aquí hay algo que lleva de coronilla a los ingleses… No acierto con lo que pueda ser, pero te apuesto diez contra cinco a que se trata de algo relacionado con esos campos de refugiados. Oye… ¿querrías hacerme el favor de trabajar en ellos unas semanas?

—Ciertamente, Mark. Si te interesa, sí.

—Bah, al diablo con ello —exclamó entonces el periodista, dejando el vaso sobre la mesa—, tú y yo estamos de vacaciones. Dijiste bien…, soy curioso y entrometido por profesión. Olvídalo, y bailemos.

## CAPÍTULO VI

Enclavada en la calle Arsinos, en Famagusta, frente a la muralla de la ciudad vieja, había una casa suntuosa perteneciente a un greco-chipriota apellidado Mandria, propietario de la Compañía Naviera Chipre-Mediterránea así como de gran número de los taxis que circulaban por la isla. Mandria y David Ben Ami aguardaban ansiosos mientras Ari Ben Canaan se aseaba y se ponía ropas secas, después de haber ganado la costa a nado.

Ambos sabían que la presencia de Ari Ben Canaan en Chipre significaba que había que realizar una misión importantísima para la Mossad Aliyah Bet. Desde muchos años los ingleses seguían la política de suprimir o limitar todo lo posible la inmigración de judíos en Palestina. Para ejecutar esta política contaban con la Royal Navy. Por su parte, la Mossad Aliyah Bet era una organización de judíos de Palestina que se ocupaba de introducir solapadamente otros judíos en la vieja patria. En consecuencia, tan pronto como la armada inglesa cogía los botes de la Mossad tratando de burlar el bloqueo trasladaba los refugiados a los campos de concentración de Chipre.

Ya cambiado de ropa, Ari Ben Canaan entró en el aposento y saludó a Mandria y a David Ben Ami con una inclinación de cabeza. El palestino era un hombre alto: sobrepasaba el metro ochenta y cinco, y bien constituido. El y Ben Ami eran amigos íntimos, pero guardaban las formas delante de Mandria, el chipriota, el cual no era miembro de su organización sino simpatizante nada más.

Ari encendió un cigarro y enfocó el asunto sin rodeos.

—El cuartel general me ha enviado para llevar a cabo una fuga en masa de los campos de detención. Los motivos son, para todos nosotros, evidentes. ¿Qué opinas tú, David?

El menudo joven de Jerusalén se paseó por la estancia con aire pensativo. Había sido enviado a Chipre unos meses atrás por el ejército secreto de los judíos de Palestina, llamado Palmach. El y docenas de otros miembros del Palmach se introdujeron clandestinamente en los compartimientos de refugiados, sin que se enterasen los ingleses, y montaron escuelas, hospitales y sinagogas, construyeron desagües y aseos y organizaron trabajos de artesanía. Los refugiados devueltos de Palestina a Chipre eran gente sin esperanza. La aparición de los jóvenes miembros del ejército judío les infundió nueva esperanza y nueva moral. Utilizando palos por rifles y piedras por granadas, David Ben Ami y otros *palmachniks*[2] enseñaban la instrucción militar a miles de hombres y mujeres de entre los refugiados. A pesar de no tener sino veintidós años, David era el comandante del Palmach en Chipre. Si los ingleses habían olido la presencia de palestinos en el interior de los campos se lo callaron, contentándose con realizar la labor de vigilancia en el exterior, pues no

tenían deseo ninguno de meterse en aquellos compartimientos saturados de odio.

—¿Cuántos quieres que escapen? —preguntó David.

—Unos trescientos, poco más o menos.

David movió la cabeza tristemente.

—Tenemos abiertos unos pocos túneles, pero desembocan en el mar. Como habrás notado al venir esta noche, aquí las mareas son traidoras y sólo los buenos nadadores pueden arriesgarse a salir por los túneles. Segunda posibilidad: nosotros entramos y salimos por las zanjas de saneamiento. En ellas la vigilancia es poca; pero no se puede soñar en hacer salir por allí un tan gran número de personas. Tercera: uniformes ingleses y papeles falsos… También por este procedimiento son pocas las personas que podemos hacer entrar y salir a la vez. Por último: a veces encerramos a algunos de nuestros miembros dentro de cajas y las enviamos al muelle. Míster Mandria, aquí presente, es el dueño de la compañía naviera y sus empleados están alerta por si descubren alguna de dichas cajas. En este momento, Ari, no veo medio ninguno que permita organizar una fuga en masa.

—Alguno encontraremos —replicó Ben Canaan con aplomo—, pero no disponemos sino de unas semanas para completar esta tarea.

Mandria, el griego, se puso en pie y movió la cabeza negativamente.

—Míster Ben Canaan, usted ha venido nadando esta noche a pedirnos un imposible… y quiere que lo hagamos en unas semanas. En mi corazón —y Mandria se llevó la mano al corazón—, yo me digo que sí que lo haremos, ¡pero!…, en mi cabeza —y Mandria se golpeó el cráneo con el índice—, sé que es imposible hacerlo. —El chipriota se cogió las manos por detrás y empezó a pasear por el comedor. Luego giró sobre sus talones e hizo un gesto ampuloso y teatral con el brazo—. Créame, míster Ben Canaan, ustedes los del Palmach y los de la Mossad pueden contar con los griegos de Chipre, que les ayudaremos hasta nuestra última gota de sangre. ¡Estamos por ustedes! ¡Estamos con ustedes! ¡Estamos detrás de ustedes! ¡No obstante…! Chipre es una isla, rodeada de agua por todas partes, y los ingleses ni son estúpidos ni se duermen. Yo, Mandria, estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por ustedes; pero debo advertirle que no conseguirá hacer salir trescientas personas de Caraolos. Hay unas alambradas de diez pies rodeando los compartimientos, y los guardias llevan fusiles… llenos de balas.

Ari Ben Canaan se levantó y se inclinó hacia los otros dos. Había hecho caso omiso de la mayor parte de la declamación de Mandria.

—Necesitaré para mañana por la mañana un uniforme inglés, documentación y un chofer. Usted, míster Mandria, puede empezar a buscar una embarcación. Que oscile entre cien y doscientas toneladas. David, necesitaremos un falsificador experto.

—En el compartimiento de los niños tenemos a un muchacho considerado como un verdadero artista, pero no quiere trabajar. Lo demás es materia tosca.

—Mañana iré a Caraolos y hablaré con él. De todas formas, me proponía echar un vistazo al campo.

Mandria estaba entusiasmado. ¡Qué hombre de acción era aquel Ari Ben Canaan! ¡Busque un barco! ¡Procúreme un uniforme y un chofer! ¡Qué interesante se había vuelto la vida desde que la Mossad y el Palmach habían aparecido en Chipre, y cómo le gustaba a él tomar parte en aquel juego del gato y el ratón con los ingleses! Llevado por su entusiasmo se puso en pie y estrechó con fuerza la mano de Ari Ben Canaan.

—¡Nosotros los chipriotas estamos con ustedes! ¡Su batalla es nuestra batalla!

Ben Canaan le miró con disgusto.

—Míster Mandria —dijo—, conste que su tiempo y sus esfuerzos se los cobra con creces.

Un silencio glacial descendió sobre el aposento. Mandria se volvió blanco como el papel.

—¿Cree usted…, se atreve usted a creer, señor, que yo, yo, Mandria, haría esto por dinero? ¿Se figura que me arriesgaría a diez años de cárcel y a ser desterrado de mi país? Desde que empecé a colaborar con su Palmach se me han ido en ello más de cinco mil libras.

David apresuróse a intervenir:

—Creo que deberías pedirle excusas a míster Mandria. Lo mismo él que sus taxistas y sus obreros del muelle afrontan toda clase de riesgos. Sin la ayuda de los griegos nuestra labor resultaría poco menos que imposible.

Mandria se dejó caer en un sillón, profundamente ofendido.

—Sí, míster Ben Canaan, nosotros les admiramos. Nosotros pensamos que si ustedes consiguen arrojar a los ingleses de Palestina quizá nosotros podamos echarlos también de aquí, de Chipre, algún día.

—Le pido perdón, míster Mandria —dijo Ari—. Debo de estar sobreexcitado. —Pero recitó las dos frases sin el menor acento de sinceridad.

Un estridente sonar de sirenas en el exterior interrumpió la conversación. Mandria abrió las puertas vidrieras que daban al balcón y salió con David a mirar. Ari Ben Canaan se quedó detrás de ellos. Un coche acorazado y armado de ametralladoras abría paso a un convoy de camiones que subían de los desembarcaderos. Eran veinticinco camiones, escoltados por *jeeps* también armados con ametralladoras.

Los camiones iban cargados de refugiados del barco «Puerta de Esperanza», que desde Italia hasta Palestina había intentado burlar el bloqueo inglés. El «Puerta de Esperanza» había sido aprisionado por un destructor, remolcado hasta Haifa, y los refugiados trasladados inmediatamente a Chipre.

El chillido de las sirenas crecía en intensidad a medida que el convoy se acercaba a la casa de Mandria. Los camiones pasaban en fila india. Los tres hombres pudieron

ver desde el balcón el montón confuso de carne andrajosa y mísera que constituía su carga. Transportaban un hato de gente derrotada, aturdida, agostada, exhausta, que había llegado al final de su capacidad de resistencia. Las sirenas siguieron chillando; el convoy cruzó la Puerta del Campo de la antigua muralla y se lanzó por la carretera, rumbo a los campos de detención de Caraolos. Los camiones se perdieron de vista, pero el griterío de las sirenas se prolongó todavía largo rato.

Las manos de David Ben Ami habíanse cerrado en fieros puños; sus dientes se apretaban con frenesí en una faz lívida de rabia impotente. Mandria no podía recatar sus lágrimas. Sólo Ari Ben Canaan no manifestaba ninguna emoción. Los tres hombres volvieron a entrar en el comedor.

—Sé que ustedes dos tienen muchas cosas que contarse —dijo Mandria entre sollozos—. Espero que su habitación le parecerá confortable, míster Ben Canaan. Por la mañana le tendremos preparado el uniforme, la documentación y el chofer. ¡Buenas noches!

En seguida que David y Ari se vieron solos se arrojaron el uno en brazos del otro. El más fornido de los dos cosió al otro y lo depositó en el suelo como si fuese un niño. Después de examinarse mutuamente en la mirada y de felicitarse por su respectivo buen aspecto se estrecharon fuertemente en otro abrazo.

—¡Jordana! —exclamó David, ansiosamente—. ¿No la viste antes de partir? ¿Te dio algún mensaje?

Ari se rascó la barba, haciéndose el desentendido para sacarle de sus casillas.

—Ea, déjame ver si recuerdo…

—Ari, por favor… Hace meses que no he recibido carta…

Ari suspiró y sacó un sobre que David le arrebató de las manos.

—La he puesto en una bolsa de goma. Esta noche, mientras venía nadando, no se me ocurría otra cosa sino que tú me romperías el cuello si se humedecía el papel.

David no le escuchaba. Forzando la vista, iba leyendo pausadamente a la media luz las palabras de una mujer que sufría por la ausencia de su amante. Luego dobló el papel cuidadosamente y se lo puso en el bolsillo del pecho para leerlo y releerlo innumerables veces, porque quizá pasasen meses enteros hasta que ella pudiese mandarle otra carta.

—¿Cómo está? —preguntó.

—No sé lo que ve mi hermana en ti. ¿Jordana? Jordana es Jordana. Es brava y hermosa y te ama en exceso.

—¿Y mis padres…, y mis hermanos…, cómo están los amigos del Palmach… y qué…?

—Espera un minuto, espera un minuto. Permaneceré aquí algún tiempo. Una pregunta cada vez, y nada más.

David volvió a desplegar la carta y la leyó de nuevo. Los dos hombres

permanecieron callados. Poco después sus miradas se fijaban, a través de la puerta vidriera, en la antigua muralla del otro lado de la calle.

—¿Cómo marchan las cosas en nuestra tierra?

—¿Cómo marchan? Lo mismo que siempre. Bombas, tiros. Exactamente igual que ha ocurrido todos los días desde nuestra infancia. Nunca varía. Cada año llegamos a una crisis que ha de barrernos inexorablemente… para desembocar luego en otra crisis peor que la anterior. La patria es la patria —concluyó Ari—, sólo que esta vez habrá guerra —y rodeando con un brazo los hombros de su poco corpulento amigo concluyó—: Todos estamos muy orgullosos del trabajo que has llevado a cabo con esos refugiados de Caraolos.

—Hice todo lo que cabía esperar, tratando de instruir soldados con palos de escoba. Para esa gente Palestina está a un millón de kilómetros de distancia. No conservan esperanza alguna. Oye, Ari…, no quiero que vuelvas a zaherir a Mandria. Es un amigo formidable.

—No puedo soportar que nadie se asigne el papel de protector nuestro, David.

—Pero nosotros no podemos realizar aquí nuestra misión sin su ayuda y la de todo el pueblo griego.

—No te dejes engañar por los Mandrias que hay en todas las partes del mundo. Derraman lágrimas de cocodrilo y honran de boquilla a los millones de víctimas que hemos tenido, pero cuando llegue la hora de la batalla final nos quedaremos solos. Mandria nos venderá lo mismo que los demás. Seremos engañados y traicionados como lo hemos sido siempre. No tenemos otros amigos que los de nuestra misma raza, recuérdalo.

—Te equivocas —contradijo vivamente David.

—David, David, David. Hace más años de los que yo quisiera recordar que pertenezco a la Mossad y al Palmach. Tú eres joven todavía. Ésta es la primera misión de gran importancia que desempeñas. No permitas que el sentimiento nuble tu lógica.

—Pues yo «quiero» que el sentimiento nuble mi lógica —replicó el joven—. Mis entrañas arden cada vez que veo algo como el convoy que ha pasado hace poco. ¡Nuestros hermanos encerrados en jaulas como animales!

—Nosotros ponemos en práctica toda clase de proyectos —dijo Ari—. Unas veces triunfamos, otras fracasamos. Procura obrar siempre con la mente bien serena.

Todavía en aquellos momentos se oía el lamento de las sirenas, traído por la brisa. El joven de Jerusalén encendió un cigarrillo y se quedó un momento inmóvil, pensando:

—Nunca puedo dejar de creer —dijo en tono solemne—, que estoy escribiendo un capítulo de una historia que empezó hace cuatro mil años. —Y girando sobre sus talones miró excitado a su atlético amigo—. Fíjate, Ari. Tomemos el punto por donde

has salido del mar esta noche. Allí hubo en otro tiempo la ciudad de Salamis. Y fue en Salamis donde comenzó, en el siglo primero, la revolución de Bar Kochba. Bar Kochba arrojó a los romanos de nuestro país y reinstauró el reino de Judá. Cerca de los campos de detención hay un puente; lo llaman el Puente de los Judíos. Hace dos mil años que lleva este nombre. Son cosas que yo no puedo olvidar. En el mismo punto exacto en que hace dos mil años luchamos contra el Imperio romano luchamos ahora contra el Imperio británico.

Ari Ben Canaan, una cabeza más alto que David Ben Ami, le sonrió a éste como sonreiría un padre a un hijo demasiado arrebatado por el entusiasmo.

—Termina la historia —le dijo—. Después de la revolución de Bar Kochba las legiones romanas volvieron y degollaron a nuestro pueblo, una ciudad tras otra. En la batalla final, en Beitar, la sangre de las mujeres y niños asesinados formó un río carmesí que corrió por espacio de dos kilómetros. Akiva, uno de los dirigentes, fue despellejado vivo, y Bar Kochba fue llevado a Roma cargado de cadenas a morir en la cueva de los leones. ¿O fue Bar Giora el que murió en la cueva de los leones en otra revolución? Con esas revoluciones me armo un lío; a veces confundo la una con la otra. Ah, sí, la Biblia y nuestra historia están llenas de relatos maravillosos y de milagros oportunos. Pero ahora vivimos en la realidad del día de hoy. No tenemos ningún Josué que le mande al sol que se pare y que haga derrumbar murallas. Los tanques ingleses no quedarán atascados en el barro como las carrozas cananeas, ni el mar se cerrará sobre la Armada británica como se cerró sobre el ejército del Faraón. El tiempo de los milagros pasó ya, David.

—¡No pasó! Nuestra misma existencia es un milagro. Los romanos, los griegos, y hasta Hitler, desaparecieron, y nosotros continuamos existiendo. Hemos seguido existiendo después de la muerte de todos nuestros opresores, y existiremos todavía cuando el Imperio británico haya fenecido. Esto es un milagro, Ari.

—Bien, David… una cosa puedo afirmar respecto a nosotros. Los judíos: sabemos discutir. Ea, durmamos un rato.

## CAPÍTULO VII

—Usted mueve, señor —replicó Fred Caldwell.

—Sí, sí, perdóneme. —El brigadier Sutherland estudió el tablero y adelantó un peón. Caldwell adelantó un caballo y Sutherland replicó adelantando el suyo—. ¡Maldita sea! —murmuró el brigadier al notar que se le había apagado la pipa. Y volvió a encenderla.

Los dos hombres levantaron la vista al oír el silbido débil pero persistente de las sirenas. Sutherland dirigió la mirada al reloj de pared. Serían los refugiados del barco clandestino «Puerta de Esperanza».

—«Puerta de Esperanza», «Puertas de Sión», «Tierra Prometida», «Estrella de David» —recitó Caldwell con una risita—. Una cosa le diré. Es innegable que les dan unos nombres pintorescos a sus barquitos.

A Sutherland se le ensombreció la frente. Quiso estudiar el próximo movimiento en el tablero de ajedrez, pero las sirenas no dejaban el oído en paz. Los ojos de su cuerpo permanecían fijos en las piezas del ajedrez, pero los de su mente contemplaban el convoy de camiones cargados de caras atormentadas, las ametralladoras, los coches acorazados…

—Si no le sabe mal, Caldwell, voy a retirarme.

—¿Se siente indispuesto, señor?

—No. Buenas noches.

El brigadier salió a buen paso del aposento, cerró la puerta de su dormitorio y se desabrochó la chaqueta. El chillido de las sirenas parecía de una potencia insoportable. Sutherland cerró la ventana con furia para ahogar el ruido, pero así y todo seguía llegando hasta él.

Bruce Sutherland se plantó delante del espejo y se preguntó qué le ocurría desde algún tiempo a aquella parte. Sutherland… de los Altos de Sutherland. Otra distinguida carrera en una serie de carreras distinguidas que se sucedían y prolongaban igual que la misma Inglaterra.

Pero durante aquellas últimas semanas en Chipre algo había ocurrido. Algo que destrozaba su ser. El general continuaba de pie ante el espejo contemplando sus propios ojos, humedecidos, y se preguntaba dónde había empezado todo aquello.

> «Sutherland: Buen compañero para tenerle en el equipo de uno, *decía el anuario de Eton*. Un hombre con todas las cualidades, ese Sutherland. Familia decente, preparación adecuada, carrera digna.
>
> »¿Al Ejército? Buena elección, amigo Brucé. Nosotros los

> Sutherland servimos en el Ejército desde hace siglos…
>
> »Excelente matrimonio. Neddie Ashton. La hija del coronel Ashton, una elección inteligente. Buena alcurnia la de Neddie Ashton. Una anfitriona ideal, dicha joven. Sus amistades se cuentan entre lo más selecto. Ella te ayudará en tu carrera. ¡Espléndida unión! Los Ashton y los Sutherland».

«¿Dónde se escondía la grieta?», preguntábase Sutherland. Neddie le había dado dos hijos preciosos. Albert era un verdadero Sutherland. Era ya capitán en el antiguo regimiento de su padre. Y Martha había hecho un espléndido matrimonio.

El brigadier abrió el armario y se puso el pijama. Palpóse la capa de grasa del vientre. No estaba demasiado mal para un hombre de cincuenta y cinco años. Todavía tenía energías.

Con la Segunda Guerra mundial, Sutherland había ascendido rápidamente, en comparación con la lentitud con que se progresaba en el servicio en tiempos de paz. Había estado en la India, en Hong Kong, en Singapur y en el Oriente Medio. Pero había sido precisa una guerra para demostrar su temple. En la guerra demostró ser un comandante de Infantería excepcional. El día de la victoria le encontró con los galones de brigadier.

Sutherland se puso las zapatillas, sentóse con gesto pausado en una profunda butaca, disminuyó la intensidad de la lámpara y se abandonó a los recuerdos.

Neddie había sido siempre una buena esposa. Era una buena madre, una incomparable ama de casa, una mujer cortada ex profeso para el servicio colonial en el Ejército. Él, Bruce, fue muy afortunado. ¿Cuándo se produjo pues una grieta entre los dos? Sí, lo recordaba. Ocurrió en Singapur, hacía muchos años.

Había conseguido la graduación de mayor cuando conoció a Marina, la eurasiana de piel color aceituna. Marina…, formada y nacida para el amor. Todo hombre lleva una Marina escondida en lo más íntimo de sus pensamientos; pero él encontró la suya de carne, fue una mujer real. Risas, y fuego, y lágrimas, y pasión. Estar con Marina era como estar sobre un volcán pronto a entrar en erupción. Bruce enloqueció por ella; la deseó ardientemente, con frenesí. Le hizo escenas de celos terribles, sólo para terminar, casi sollozando, pidiéndole perdón. Marina… Marina… Marina…, ojos negros y cabello del color de ala de cuervo. Marina le atormentaba. Marina le embelesaba. Marina sabía hacerle remontar hasta cumbres que él jamás había sabido que existieran. ¡Ah, qué divinos momentos los de sus citas…!

Sus manos la cogían por el cabello y la obligaban a echar la cabeza atrás, y sus ojos se cebaban en aquellos rojos labios sensuales… «Te amo, perra maldita…, te amo».

«Yo te amo a ti, Bruce», susurraba ella.

… Bruce Sutherland recordaba la indignada expresión petrificada en el rostro de Neddie cuando ésta le acusó, presentándole pruebas de su devaneo.

«No diré que tu traición no me haya herido en lo más vivo —dijo Neddie, demasiado orgullosa para derramar lágrimas—, pero estoy dispuesta a perdonar y a olvidar. Hemos de pensar en los hijos. Hemos de pensar en tu carrera… y en nuestras familias. Quiero ver de continuar contigo como si no hubiera pasado nada, Bruce, pero tienes que jurarme que no volverás a ver nunca jamás a esa mujer y que presentarás una solicitud inmediatamente pidiendo el traslado».

«Esa mujer, esa mujer, como la llamas tú —pensó Bruce—, es mi amor. Ella me ha dado lo que ni tú ni un millar de Neddies sabríais o podríais dar nunca. Ella me ha dado lo que ningún hombre tiene derecho a esperar en este mundo».

«Quiero que me respondas ahora, en seguida, Bruce».

¿Responder? ¿Qué podía responder? Un hombre puede tener a una Marina por una noche, por un momento, pero aquello no es real. Sólo hay una Marina para un hombre… una por toda una vida. ¿Arruinar su carrera por una muchacha eurasiana? ¿Cubrir de oprobio el nombre de Sutherland?

«No volveré a verla jamás, Neddie», prometió.

Y no la volvió a ver jamás…, pero jamás dejó de pensar en ella. Quizá todo hubiera empezado así.

Ahora el chillido de las sirenas llegaba muy apagado. «El convoy ha de estar muy cerca de Caraolos», pensó Sutherland. Pronto se callarían las sirenas y podría dormir. Y entonces se puso a pensar en el retiro, que le llegaría dentro de cuatro o cinco años. La casa familiar de Altos de Sutherland sería demasiado grande. Quizá una villa en el campo. Pronto sería cuestión de pensar en un buen par de perros de caza, en reunir catálogos de rosas y en formar una biblioteca. Habría llegado la hora de afiliarse a un club decente, en Londres. Albert, Martha y los nietecitos le servirían de mucho consuelo en su retiro. Quizá… quizá se buscase también una querida.

Costaba creer que después de casi treinta años de matrimonio hubiera de retirarse sin la compañía de Neddie. ¡Había sido siempre tan sosegada, tan reservada, tan distinguida! Había demostrado tanta comprensión cuando su aventura con Marina… Y de súbito, después de toda una vida de virtud sin mancha, Neddie se lanzó con frenesí a rescatar los pocos años de mujer que le quedaban y se fugó a París con un muchacho diez años más joven que ella. Todo el mundo se puso de parte de Bruce, si bien a él no le importaba mucho. Hacía largo tiempo que no tenía ningún contacto con Neddie, y el sentimiento que le inspiraba era muy escaso. ¡Que siguiera sus impulsos! Por algo eran dos personas de mundo. Acaso después la admitiera nuevamente a su lado… o quizá fuese mejor tomar una amante.

Las sirenas del convoy callaron por fin. En el cuarto reinaba un silencio absoluto,

salvo por el sordo murmullo del oleaje rompiendo contra la costa. Bruce Sutherland abrió la ventana y respiró el aire fresco, acerado, de noviembre. Luego entró en el cuarto de baño, lavó el puente de cuatro dientes y lo dejó dentro del vaso de antiséptico. «¡Qué pena —pensó—, haber perdido estos cuatro dientes!». Hacía treinta años que pronunciaba el mismo lamento. Fueron consecuencias de un partido de rugby. Después examinó los que conservaba en la boca para convencerse de que continuaban en buen estado.

Por último abrió el botiquín y recorrió con la mirada la fila de frasquitos, cogió un botecito de polvos somníferos y se disolvió una dosis doble. Aquellos días le costaba mucho dormirse.

Mientras bebía la poción su corazón empezó a galopar. Sutherland comprendió que le esperaba otra noche terrible; luchó desesperadamente por cerrar el paso a los pensamientos que penetraban sigilosamente en su cerebro, o por ahogarlos; se cubrió la cabeza con las sábanas y suspiró porque el sueño viniera rápido… Pero la ronda fatídica empezaba ya a dar vueltas en torbellino por su mente…

… Bergen-Belsen… Bergen-Belsen… Bergen-Belsen…

Núremberg… NÚREMBERG… ¡NÚREMBERG!…

«Pase al estrado y diga su nombre».

«Bruce Sutherland, Brigadier general, comandante de…».

«Describa a su modo…».

«Mis tropas entraron en Bergen-Belsen a las cinco y veinte de la tarde del 5 de abril».

«Describa a su modo…».

«El Campo número Uno era un cercado de cuatrocientos metros de ancho por kilómetro y medio de largo. Aquel espacio encerró ochenta mil personas, en su mayor parte judíos húngaros y polacos».

«Describa a su modo…».

«La ración del Campo número Uno consistía en diez mil hogazas de pan a la semana».

«Identifique…».

«Sí, eso son aplasta-testículos y tornillos de oreja para tortura…».

«Describa…».

«El censo que hicimos puso de relieve que había treinta mil muertos en el Campo número Uno, incluyendo cerca de quince mil cadáveres dispersos por todas partes. Había veintiocho mil mujeres y doce mil hombres todavía con vida».

«¡DESCRIBA…!».

«Hicimos esfuerzos desesperados, pero los supervivientes estaban tan depauperados y tan enfermos que en el espacio de unos pocos días después de nuestra llegada murieron otros trece mil».

«¡DESCRIBA…!».

«La situación en el campo era tan desesperada que cuando nosotros llegamos los vivos comían la carne de los cadáveres».

Apenas Bruce Sutherland hubo completado sus declaraciones en los juicios de Núremberg contra los criminales de guerra, recibió un mensaje urgente ordenándole regresar inmediatamente a Londres. El mensaje procedía de un antiguo y querido amigo del Departamento de Guerra, el general sir Clarence Tevor-Browne. Sutherland tuvo la sensación de que se trataba de algo que se salía de lo ordinario.

Trasladóse a Londres en avión al día siguiente y se presentó en aquel enorme y desgarbado edificio de la esquina de Whitehall y Great Scotland Yard que albergaba la Oficina Británica de Guerra.

—¡Bruce, Bruce, Bruce! ¡Entra, entra, hombre! ¡Cuánto me alegro de verte! He seguido tus declaraciones ante el tribunal de Núremberg. Un menester feo de verdad.

—Me alegro de que haya terminado —contestó Sutherland.

—Lamento lo de Neddie… Si puedo servirte en algo…

Sutherland movió la cabeza negativamente.

Tevor-Browne abordó por fin el motivo de haberle llamado a Londres.

—Bruce —le dijo—, te he llamado porque ha surgido la necesidad de hacer una designación bastante delicada. Debo recomendar a un candidato y quiero poner tu nombre. Pero preferí hablarlo contigo primero.

—Adelante, sir Clarence.

—Mira, Bruce, los judíos que escapan de Europa han creado un gran problema. Simplemente, inundan Palestina. Los árabes están cada vez más intranquilos ante la multitud que penetra en el mandato. Nosotros hemos decidido montar unos campos de retención en Chipre a fin de contener a esa gente… por lo menos como medida pasajera, hasta que Whitehall decida lo que tenemos que hacer con el mandato de Palestina.

—Comprendo —dijo Sutherland con voz apagada.

Tevor-Browne continuó:

—Se trata de un asunto un tanto peliagudo en todos sus aspectos y debe ser llevado con mucho tacto. Ea, nadie quiere tratar como a un rebaño a un montón de refugiados misérrimos; además de que… lo cierto es que gozan de grandes simpatías en muchos círculos dirigentes, especialmente en Francia y en América. En Chipre habrá que resolver las cosas a la callada. No queremos que ocurra nada que pueda crear una opinión desfavorable.

Sutherland se acercó a la ventana y se puso a seguir con la mirada los enormes autobuses de dos pisos que cruzaban el puente de Waterloo.

—Yo creo que ese proyecto es un error desde el principio hasta el fin —afirmó.

—No somos ni tú ni yo quienes hemos de decirlo, Bruce. Whitehall ha dado

órdenes concretas. Nosotros no hacemos otra cosa que cumplirlas.

—Vi a esos prisioneros en Bergen-Belsen. Deben de ser los mismos que ahora tratan de entrar en Palestina. Hace treinta años que vamos rompiendo una tras otra todas las promesas que hemos hecho a los palestinos —concluyó volviendo a su silla.

—Oye, Bruce —adujo Tevor-Browne—, tú y yo miramos este asunto bajo el mismo punto de vista; pero estamos en minoría. Ambos hemos servido en el Oriente Medio. Permíteme que te diga una cosa. Toda la guerra me la he pasado sentado en este despacho y no han cesado de llegar noticias, en procesión, comunicándonos las traiciones de los árabes. El jefe de Estado Mayor egipcio vendiendo secretos a los alemanes; el Carro engalanado para saludar a Rommel como a su libertador; el Muftí de Jerusalén convertido en un agente nazi… Y así podría continuar durante horas enteras. Pero tú tienes que mirar la cuestión desde el ángulo que la enfoca Whitehall, Bruce. No podemos arriesgar nuestro prestigio y nuestro dominio en el Oriente Medio por unos miles de judíos.

Sutherland exhaló un suspiro.

—Y éste es el mayor error que cometemos, sir Clarence. A pesar de todo, el Oriente Medio lo perderemos.

—Estás muy enojadizo, Bruce.

—Ya sabe, existe lo justo y lo injusto.

El general sir Clarence Tevor-Browne contrajo los labios en un asomo de sonrisa y movió la cabeza tristemente.

—Bruce, he aprendido poco en mis años; pero de una cosa si me he dado cuenta. La política extranjera de este país, lo mismo que la de cualquier otro, no se basa en la justicia y la injusticia. ¿Justicia, injusticia? No somos ni tú ni yo los que hemos de discutir las que encierra este problema. El único reino movido por la justicia es el reino de los cielos. Los reinos de la tierra marchan con petróleo. Y los árabes tienen petróleo.

Bruce Sutherland se quedó callado. Luego movió la cabeza asintiendo.

—El único reino movido por la justicia es el reino de los cielos —repitió—. Los reinos de la tierra se mueven con petróleo. Ha recogido usted una gran enseñanza, sir Clarence. Parece que la vida misma se encierra en esas frases. Todos…, personas…, naciones…, vivimos según la necesidad y no según la verdad.

Tevor-Browne se inclinó hacia su amigo.

—Por alguna razón, en el secreto de sus designios, Dios ha echado sobre nuestros hombros el peso de un imperio que gobernar.

—Y nuestra razón no debe discutir el porqué —murmuró Sutherland—. Pero parece que no pueda olvidar los mercados de esclavos de la Arabia Saudí, ni la primera vez que me invitaron a presenciar cómo le amputaban las manos a un hombre por el delito de robo; y tampoco puedo olvidar a los judíos de Bergen-Belsen.

—No conviene ser soldado y tener conciencia. No te obligaré a ocupar ese puesto en Chipre.

—Iré. Claro que iré. Pero, dígame, ¿por qué me ha elegido a mí?

—La mayoría de nuestros compañeros simpatizan con los árabes sin otra razón que la de que nuestra política se ha inclinado tradicionalmente de parte de los árabes, y los soldados no están en condiciones de hacer otra cosa que seguir la política oficial. Pero yo no quiero enviar a nadie a Chipre que nos enajene el afecto de aquellos refugiados. Su problema reclama comprensión y compasión.

Sutherland se puso en pie diciendo:

—A veces se me ocurre pensar que el haber nacido inglés es una maldición casi tan terrible como el haber nacido judío.

Sutherland aceptó el nombramiento, pero con el corazón henchido de miedo. Se preguntaba si Tevor-Browne estaba enterado de que él llevaba sangre judía.

Aquella decisión, aquella terrible decisión que había tomado hacía ya tiempo volvía ahora a su memoria y le atormentaba.

Recordaba que después habíase habituado a buscar consuelo en la Biblia. Vino aquella procesión de años vacíos al lado de Neddie… vino la pérdida de la muchacha eurasiana a la que amaba, y todo parecía ahondar más y más en su pecho el afán de hallar la paz de espíritu en alguna parte. ¡Con qué gusto leía un soldado como él las descripciones de las grandes campañas de Josué, de Gedeón y de Joab! Y aquellas mujeres magníficas: Ruth… Ester… y Sara… y Deborah. Deborah, la Juana de Arco, la libertadora de su pueblo.

Recordaba el estremecimiento que recorría su ser al leer las palabras: *Despierta, despierta, Deborah; despierta, despierta*.

¡Deborah! Así se llamaba su madre.

Deborah Davis fue una mujer hermosa y singular. No había que extrañar que Harold Sutherland quedara cegado por ella. La familia Sutherland vio con ojos tolerantes que Harold fuese quince veces a presenciar *The Taming of the Shrew*[3] para contemplar a la hermosísima artista Deborah Davis, y sonreían con benevolencia al ver que había gastado en flores y regalos bastante más de la cantidad que tenía asignada. Pensaban que todo se reduciría a un capricho de adolescente, y que pronto lo habría superado.

Pero Harold no pudo olvidar a Deborah Davis y la familia dejó de ser tolerante. Por su parte, Deborah desobedeció la orden que le comunicaron, de presentarse en Altos de Sutherland. Fue entonces cuando el padre de Harold, sir Edgar, se trasladó a Londres para hablar con aquella joven incomprensible que se negaba a presentarse en la casona nobiliaria. Deborah, que era tan inteligente y perspicaz como hermosa, deslumbró a sir Edgar y le ganó por completo.

Y en aquel mismo punto y lugar el padre decidió que su hijo había tenido una

suerte loca. Al fin y al cabo, la tradición indicaba que los Sutherland habían demostrado siempre una notable inclinación hacia las actrices y algunas de ellas habían resultado luego las damas de más relieve en la larga historia de la familia.

Quedaba, por supuesto, el espinoso detalle de que Deborah Davis fuese judía; pero el problema quedó zanjado cuando se declaró dispuesta a instruirse en las doctrinas de la Iglesia de Inglaterra.

Harold y Deborah tuvieron tres hijos. Una fue Mary, la única chica; otro fue el huraño e irresponsable Adam, y el otro fue Bruce. Bruce era el mayor y el favorito de Deborah. El muchacho adoraba a su madre. Pero a pesar de la intimidad existente entre ambos, jamás hablaron de la infancia de Deborah, ni de los padres de ésta. Él no sabía sino que su madre había sido muy pobre y había huido para trabajar en el escenario.

Pasaron los años. Bruce siguió la carrera de las armas y se casó con Neddie Ashton. Vinieron los hijos; Albert y Martha. Harold Sutherland murió, y Deborah entró en la senectud.

Bruce recordaba muy bien el día en que aquello había ocurrido. Él acababa de llegar a los Altos de Sutherland para una larga visita, acompañado de Neddie y los pequeños. Deborah solía estar siempre en el jardín de las rosas, o en el conservatorio, o correteando de un lado para otro; desempeñando sus tareas, sonriente, graciosa, feliz. Sin embargo, aquel día, al llegar él con el coche no estaba allí para recibirle ni la encontraban por ninguna parte. Al fin hallóla sentada, a oscuras, en su saloncito. Era un proceder tan impropio de su madre que Bruce se alarmó. Deborah estaba inmóvil como una estatua, con la vista fija en la pared, ajena a todo lo que la rodeaba.

Bruce la besó dulcemente en la mejilla y se arrodilló a su lado.

—¿Le ocurre algo, madre?

Ella se volvió lentamente y susurró:

—Hoy es Yom Kippur, el Día de la Expiación.

Sus palabras helaron la sangre en las venas de Bruce.

Discutió el problema con Neddie y con su hermana Mary, y decidieron que, desde la muerte de su padre, su madre había estado demasiado sola. Por lo demás, Altos de Sutherland era excesivamente grande para ella. Debía trasladarse a un piso de Londres de forma que estuviese más cerca de Mary. Por otra parte, Deborah se hacía vieja. A ellos les costaba darse cuenta, porque parecía tan hermosa como cuando eran niños.

Bruce y Neddie partieron hacia el Oriente Medio, donde había sido destinado el primero. Mary les escribía unas cartas regocijadas, diciendo que madre seguía muy bien; y las cartas de Deborah encarecían la dicha que representaba para ella estar cerca de la familia de Mary.

Pero cuando Bruce regresó a Inglaterra la historia era muy diferente. Su madre

tenía setenta años y se portaba de un modo cada vez más extraño. Se iba sumiendo en la senilidad. No recordaba lo sucedido el día anterior, pero hablaba de acontecimientos inconexos acaecidos cincuenta años atrás. Mary se asustaba; porque Deborah jamás había hablado a sus hijos de su pasado. Y lo que más la alarmaba eran las extrañas desapariciones de su madre.

El regreso de Bruce alegró grandemente a Mary. Bruce era el hermano mayor, el favorito de mamá, y, además, un hombre de criterio seguro y sereno. Un día Bruce siguió a su madre en uno de sus misteriosos paseos… y fue a parar a una sinagoga de Whitechapel.

Bruce estudió el problema a conciencia y decidió dejar tranquila a su madre. Era muy vieja, y a él no le parecía digno enfrentarla con hechos ocurridos hacía cincuenta años. Era mejor dejarlo todo envuelto en el silencio.

A los setenta y cinco años Deborah yacía en su lecho de muerte. Bruce llegó a Inglaterra casi en el último momento.

La anciana sonrió al ver a su hijo sentado en el borde de la cama.

—Ahora eres teniente coronel…, tienes buen aspecto… Bruce, hijo mío…, ya no me quedan muchas horas…

—Cállese ahora, madre. Dentro de pocos días volverá a estar levantada y corriendo por ahí.

—No, tengo que decirte una cosa. Deseaba tanto ser la esposa de tu padre…, tanto y tanto deseaba ser la dueña de Altos de Sutherland… que hice una cosa terrible, Bruce. Negué a mi pueblo. Les negué en vida… Y ahora quiero estar con ellos. Bruce… Bruce, prométeme que me enterraréis al lado de mi padre y de mi madre…

—Lo prometo, madre.

—Mi padre…, tu abuelo… tú no le conociste. Cuando… cuando yo era niña me tenía en su regazo y me decía: «Despierta, despierta, Deborah; despierta, despierta…».

Fueron las últimas palabras que pronunció Deborah Sutherland.

Bruce Sutherland, aturdido por el dolor, pasó una hora larga sentado al lado del cuerpo sin vida de su madre. Luego el aturdimiento empezó a fundirse bajo el cautiverio atormentador de una duda que no lograba ahuyentar de su mente. ¿Debía considerarse obligado por una promesa hecha a una moribunda? ¿Por una promesa que tuvo que hacer contra su voluntad? Si no la cumplía, ¿rompería el código del honor al que se había sometido siempre? ¿No era cierto que la mente de Deborah Sutherland habíase extraviado poquito a poco, pero cada vez más, durante los últimos años? Si no había vivido nunca como judía, ¿por qué había de morir como tal? Deborah había sido una Sutherland y nada más.

¡Qué terrible escándalo desencadenaría si enterraba a su madre en un triste y

mísero cementerio judío de los barrios pobres de Londres! Madre había muerto. Los vivos —Neddie, Albert y las familias de Martha y de Mary, y también Adam— recibirían una profunda herida. Había que salvaguardar a los vivos.

Al despedirse con un beso de su madre y salir del cuarto había tomado ya una decisión.

Deborah fue llevada a reposar en el panteón de la familia en Altos de Sutherland.

¡Las sirenas del convoy de refugiados!

Las sirenas chillaban cada vez más fuerte hasta perforarle los tímpanos. *Bergen-Belsen…, Mariana…, Neddie…, camiones de ganado…, los campos de Caraolos… A mi madre le prometí…, a mi madre le prometí…*

Un estallido de truenos conmovió la casa hasta sus mismas bases; fuera, el mar se enfureció y sus olas asaltaron la costa y corrieron casi hasta la casa. Sutherland arrojó las sábanas lejos de sí y se tambaleó, como borracho, por la habitación. En la ventana quedóse como petrificado. ¡Rayos! ¡Truenos! ¡Y las olas embravecidas subiendo cada vez a mayor altura!

—¡*Dios…, Dios…, Dios…, Dios*…!

—¡Brigadier Sutherland! ¡Brigadier Sutherland! ¡Despierte, señor! ¡Despierte, señor!

El criadito griego le zarandeaba con fuerza.

Sutherland abrió los ojos y miró a su alrededor con aire demente. Tenía el cuerpo cubierto de sudor; el corazón le latía con penosa violencia. Le faltaba el aire. El criadito corrió a traerle un brandy.

El brigadier se puso a contemplar el mar. Hacía una noche quieta; el agua, lisa como un cristal, lamía dulcemente la costa.

—Ya me encuentro bien —dijo—. Ya me encuentro bien…

—¿Está seguro, señor?

—Sí.

La puerta se cerró.

Bruce Sutherland se dejó caer en una silla, hundió la cara entre las manos y, llorando, murmuró repetidamente:

—Mi madre en los cielos…, mi madre en los cielos…

## CAPÍTULO VIII

Bruce Sutherland durmió el sueño de los atormentados, de los condenados.

Mandria, el chipriota, se revolvía, se revolcaba en un sueño excitado, de puro entusiasmo.

Mark Parker dormía con el sueño del hombre que ha realizado una misión.

Kitty Fremont dormía con una paz de espíritu que no había conocido en muchos años.

David Ben Ami se durmió después de haber leído tantas veces la carta de Jordana que se la sabía de memoria.

Ari Ben Canaan no dormía. Vendrían tiempos adecuados para semejantes lujos; aquél no lo era. Había muchas cosas que descifrar y poco tiempo para imponerse de ellas. Toda la noche estuvo examinando mapas, documentos y escritos, reuniendo todos los hechos relativos a Chipre, a los movimientos de los ingleses y a los individuos de su propia raza retenidos allí. Se zambullía en los montones de dalos con un cigarrillo o una taza de caté continuamente en la mano. Su persona exudaba una atmósfera de tranquilo sosiego, de seguridad.

Los ingleses habían afirmado muchas veces que los judíos de Palestina estaban a la altura de cualquiera en cuestiones de espionaje. Los judíos tenían la ventaja de que todo judío de cualquier nación en cualquier parte del mundo era una fuente potencial de información y de protección para un agente de la Mossad Aliyah Bet.

Al despuntar el alba Ari despertó a David y, después de un rápido desayuno, salieron en uno de los taxis de Mandria hacia los campos de detención de Caraolos.

Los compartimientos propiamente dichos se extendían en un área de muchas millas, abrazando la bahía, a mitad de camino entre Famagusta y las ruinas de Salamis. Las zanjas de saneamiento servían de punto de contacto entre los refugios y los chipriotas. Los ingleses los vigilaban poco, porque el destacamento situado allí estaba compuesto por gente «de confianza». Con ello tales zanjas se convertían en mercados donde los objetos de cuero y las obras de arte hechos en el campo eran trocados por pan y ropas. David condujo a Ari por las excavaciones, donde las transacciones de primeras horas de la mañana entre griegos y judíos estaban ya en marcha. Desde allí entraron en el primer compartimiento.

Ari se quedó inmóvil contemplando las inacabables vallas de alambre espino. A pesar de estar ya en noviembre el calor era sofocante y el viento arrastraba remolinos de polvo. Los compartimientos de tiendas extendíanse uno tras otro a lo largo de la bahía, todos emplazados en un sector poblado de acacias de copas bajas. Cada compartimiento quedaba encerrado por alambradas de tres a tres y medio metros de espesor. En las esquinas había torres de vigilancia provistas de reflectores, ocupadas por centinelas ingleses armados con ametralladoras. Un perro flaco se puso a seguir a

los dos recién llegados. A uno y otro costado, sobre las costillas, tenía pintada la palabra «BEVIN», cortesía dedicada al ministro inglés de Asuntos Exteriores.

En cuantos compartimientos visitaron se repetía el mismo cuadro: estaban atestados de gente misérrima y colérica. Casi todo el mundo iba vestido con camisas y pantalones cortos de color encarnado, toscamente cosidos, hechos con trozos de tela arrancada del interior de las tiendas. Ari estudiaba las caras, saturadas de odio, de recelo y de abandono.

En cada nuevo compartimiento recibía un repentino abrazo de un muchacho o una muchacha de poco menos o poco más de veinte años, introducido allí en secreto por el Palmach de Palestina para hacer labor entre los refugiados. Y apenas le tenían rodeado entre sus brazos empezaban a dirigirle preguntas acerca de su patria. Cada vez Ari rogaba que le soltasen, prometiendo celebrar dentro de pocos días una reunión con todos los miembros del Palmach. Cada jefe de dicha organización le acompañaba por el compartimiento que tenía a su cargo, y Ari le dirigía alguna que otra pregunta.

Pero la mayor parte del tiempo permanecía callado. Sus ojos escudriñaban las interminables barreras de alambre espinoso buscando algún punto por el cual poder hacer salir a trescientas personas.

Muchos de los compartimientos agrupaban gente de la misma nacionalidad. Había compartimientos de polacos, de franceses, de checos. Los había de judíos ortodoxos, y los había formados por gente que se reunía empujada por la similitud de creencias políticas. Sin embargo, la mayor parte estaban ocupados por meros supervivientes de la guerra, sin otra característica especial que la de ser judíos que querían ir a Palestina.

La miseria, la miseria uniforme les hacía a todos parecidos.

David acompañó a Ari hasta un puente de madera que ponía en comunicación dos grandes sectores del campo, cruzando por encima de los muros de alambre. Sobre el puente había un rótulo que decía: BIENVENIDOS A BERGEN-BEVIN.

—Parece una ironía amarga este puente, Ari —dijo David—. En Polonia, en el *ghetto* de Lodz, había uno exactamente igual.

David estaba ya echando espuma. Cargaba en cuenta a los ingleses las condiciones infrahumanas del campo, el hecho de que los prisioneros de guerra alemanes que había en Chipre tuvieran más libertad, la falta de alimentos y de cuidados médicos, y, en resumen, la terrible injusticia que estaban cometiendo. Ari no le escuchaba. Estaba demasiado abstraído en el estudio de la estructura y la distribución del lugar. Luego pidió a David que le enseñase los túneles.

El joven le acompañó a un compartimiento de judíos ortodoxos, junto a la bahía. Cerca del muro de alambre de espino había una fila de retretes exteriores. En la primera de aquellas chozas un rótulo rezaba: BEVINGRADO. Ari se enteró entonces

de que el quinto y el sexto de aquellos retretes no eran tales. Los agujeros de los asientos respectivos cruzaban por debajo de la muralla de alambre y se prolongaban por sendos túneles hasta la bahía. Ari movió la cabeza negativamente; aquello servía muy bien para unas pocas personas de una vez, pero no para una fuga en masa.

Habían transcurrido varias horas. Terminaban casi la inspección. Por fin, estallando de ansiedad, David preguntó:

—Bien, ¿qué te parece?

—Me parece —contestó el otro—, que Bevin no goza por aquí de muchas simpatías. ¿Qué otras cosas hay por ver?

Al entrar en el compartimiento de los niños, nuevamente se le echó encima un miembro del Palmach. Pero ahora él correspondió al abrazo con calor y con una sonrisa en el rostro, porque se trataba de un antiguo y entrañable amigo, Joab Yarkoni. Con sus brazos forzudos, hizo dar varias vueltas a Yarkoni, le dejó otra vez de pie en el suelo y le abrazó nuevamente. Joab Yarkoni era un judío marroquí de cutis moreno que había emigrado a Palestina muy joven. Sus negros ojos centelleaban y el enorme cepillo del bigote parecía quitarle la mitad de la cara. Joab y Ari habían vivido muchas aventuras juntos, pues si bien el primero contaba poco más de veinte años, era uno de los agentes más destacados de la Mossad Aliyah Bet, y conocía al dedillo los países árabes.

Yarkoni había sido desde el principio uno de los activistas más astutos y atrevidos de la Mossad. Su hazaña mayor permitió a los judíos de Palestina iniciar el cultivo e industria de las palmeras datileras. Los árabes del Irak guardaban celosamente sus palmeras, pero Yarkoni consiguió hacer pasar en secreto unos centenares de plantas jóvenes del Irak a Palestina.

David Ben Ami había confiado a Yarkoni el mando del compartimiento de los niños por ser el menos vigilado. Los dos habían sabido sacar partido inmediatamente de tal circunstancia, estableciendo allí el cuartel general del Palmach.

De noche el terreno de juego se convertía en campo de entrenamiento militar para los refugiados. Las salas de clase perdían su carácter de escuelas corrientes y vulgares para transformarse en centros de perfeccionamiento sobre psicología de los árabes, geografía de Palestina, táctica, identificación de armas, y otro centenar de aspectos de la preparación para la guerra.

Todo refugiado instruido militarmente por el Palmach había de someterse a la prueba del interrogatorio. Se simulaba, que el refugiado había entrado en Palestina, pero había sido detenido por los ingleses. El instructor del Palmach le sometía a un interrogatorio encaminado a demostrar que aquella persona no se encontraba en el país legalmente. El refugiado había de contestar a un millar de preguntas sobre geografía e historia de Palestina, a fin de «probar» que residía allí desde muchos años.

Cuando un «candidato» completaba el curso satisfactoriamente, el Palmach organizaba su fuga, por lo común utilizando el compartimiento de los niños, o los túneles, hacia la casa blanca, del monte de Salamis, desde donde le introducían clandestinamente en Palestina. Varios centenares de refugiados habían sido evacuados de este modo, en grupos de dos y de tres.

A los agentes del CID no les pasaba por alto que dentro del compartimiento de los niños ocurrían cosas anormales, y de vez en cuando introducían espías entre los maestros u otros empleados que acudían del exterior; pero los *ghettos* y los campos de concentración habían criado una generación de niños que sabían tener la boca cerrada y los intrusos eran descubiertos invariablemente en el corto espacio de uno o dos días.

Ari terminó la inspección del compartimiento examinando las escuelas. Una de las salas de clase era, en realidad, el cuartel general del Palmach. La mesa del maestro escondía en su interior un aparato de radio secreto y una pequeña emisora gracias a los cuales mantenían contacto con Palestina. Debajo de los tablones del suelo tenían escondidas armas que empleaban en los cursos de instrucción militar. En aquella sala falsificaban papeles y salvoconductos.

Ari examinó el utillaje para las falsificaciones y movió la cabeza negativamente.

—Esta imitación es terriblemente mala —dijo—. Sois unos chapuceros, Joab.

Yarkoni se limitó a encogerse de hombros. Ari continuó:

—Durante unas semanas necesitaremos un experto. Me has dicho, David, que tenéis uno aquí.

—Es cierto. Se trata de un muchacho polaco llamado Dov Landau; pero se niega a trabajar.

—Dejadme hablar con él.

Al entrar en la tienda de Dov Landau, Ari ordenó a sus dos acompañantes que aguardasen fuera. Sus ojos toparon con un muchacho rubio, encanijado, vigilante y receloso por semejante invasión de sus dominios. Ari conocía aquella expresión en la mirada; eran unos ojos saturados de odio. Estudió la línea de la boca —una curva con las puntas hacia abajo— y la expresión sarcástica de los apretados labios, formando aquella expresión de maldad que constituía el sello de tantas y tantas personas de las que habían pasado por los campos de concentración.

—Te llamas Dov Landau —dijo Ari, mirándolo a los ojos de hito en hito—. Tienes diecisiete años y eres polaco. Te has formado en los campos de concentración y eres un falsificador, un imitador y un duplicador formidable. Yo me llamo Ari Ben Canaan. Soy de Palestina y pertenezco a la Mossad Aliyah Bet.

El muchacho escupió en el suelo.

—Mira, Dov, yo no quiero suplicar, ni tampoco amenazar. Lo que te ofrezco es una simple transacción…, llamémoslo un pacto de asistencia mutua.

Dov Landau replicó con una expresión de burla y de odio:

—Quiero decirle una cosa, míster Ben Canaan. Ustedes no son mejores que los alemanes o los ingleses. Si sienten un afán tan terrible por hacernos entrar allá no es por nada más sino para que les salvemos de que los árabes les corten el cuello. Déjeme que le asegure que yo entraré en Palestina, de todos modos, y que cuando esté me uniré a un grupo ¡que me permita matar y matar!

El estallido venenoso escupido por el muchacho no hizo cambiar de expresión a Ari.

—Bien. Veo que nos entendemos perfectamente. A ti no te gustan los motivos por los cuales yo quiero que vayas a Palestina y a mí no me gustan los motivos por los cuales tú quieres ir allí. Estamos de acuerdo, empero, en una cosa: tu sitio es aquél y no éste.

El muchacho semicerraba los párpados de puro recelo. Aquel Ben Canaan no era como los demás.

—Llevemos la cosa un poco más allá —añadió Ari—. No vas a entrar en Palestina por el simple recurso de permanecer sentado en tu camastro. Tú me ayudas y yo te ayudaré. Lo que ocurra una vez estés allá es asunto tuyo.

Dov Landau parpadeaba de sorpresa.

—He ahí la cuestión —continuó Ari—. Necesito documentos falsificados. Durante las próximas semanas los necesitaré a montones, y los muchachos que hay aquí no son capaces ni de falsificar su propia firma. Quiero que tú trabajes para mí.

La táctica rápida y directa de Ari había desconcertado por completo al muchacho, que se obstinaba todavía en descubrir alguna escondida añagaza en aquella proposición.

—Lo pensaré —dijo.

—Claro, piénsalo. Te doy treinta segundos.

—Y si me niego. ¿Qué hará? ¿Probará de convencerme a palos?

—Dov, te he dicho que nos necesitamos el uno al otro. Déjame que te hable claro. Si ahora no colaboras conmigo, yo me encargo personalmente de procurar que seas la última persona que salga del campo de detención de Caraolos. Con treinta y cinco mil refugiados delante de ti, cuando puedas llegar a Palestina serás demasiado viejo y estarás demasiado débil para levantar una bomba de mano. El plazo de treinta segundos ha concluido.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de usted?

—Porque yo te digo que sí, que puedes.

Una leve sonrisa cruzó por la faz del muchacho, quien expresó su asentimiento con un movimiento de cabeza.

—Está bien. Trabajarás a las órdenes tanto de David Ben Ami como de Joab Yarkoni. No quiero que a ninguno de los dos les crees conflictos. Si surge algún

problema, pregunta por mí. Quiero que te presentes en el cuartel general del Palmach dentro de media hora, que revises la instalación que tienen y que le digas a David qué materiales particulares necesitarás.

Ari dio media vuelta, salió de la tienda y fue adonde le esperaban David y Joab.

—Dentro de media hora se presentará para empezar el trabajo —les dijo.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Psicología infantil. Me vuelvo a Famagusta —contestó—. He de veros esta noche en casa de Mandria. Que esté Zev Gilboa también con vosotros. No os molestéis en acompañarme, sé el camino.

David y Joab siguieron, fascinados, con la mirada a su amigo, el incomparable Ari Ben Canaan, mientras éste cruzaba el patio de juego en dirección a las excavaciones de saneamiento.

Aquella noche Mandria, el chipriota, esperaba en su salón, acompañado de David, de Joab y de un nuevo elemento llamado Zev Gilboa, otro miembro del Palmach. Era un labrador de Galilea, de anchas espaldas. Lo mismo que Yarkoni, llevaba un bigote grande como un cepillo y contaría veinte años y unos pocos más. De los soldados palestinos del Palmach que actuaban dentro de Caraolos, Zev Gilboa era el mejor. David le había confiado la tarea de dirigir la instrucción militar de los refugiados. A base de mucho celo, empleando armas improvisadas y utilizando por la noche el campo de juego de los niños, había enseñado a sus aspirantes casi todo lo que se les puede enseñar, utilizando armas de verdad. Los palos de escoba eran rifles, las piedras eran granadas, los muelles de los camastros eran bayonetas. Había organizado cursos de combate mano a mano y de esgrima. Y lo mejor de todo era que insuflaba en los decaídos refugiados un ánimo tremendo.

Se hacía tarde. Mandria se puso a pasear nerviosamente.

—No sé nada más sino que esta tarde le he proporcionado un taxi y un chofer —dijo.

—Tranquilícese, míster Mandria —dijo David—. Es muy posible que no vuelva hasta dentro de tres días. Ari tiene un extraño estilo de trabajar. Nosotros ya estamos acostumbrados.

Pasó la media hora. Los tres hombres empezaron a acomodarse para descabezar el sueño. Al cabo de media hora comenzaban a dormitar y una hora después los tres dormían profundamente.

A las cinco de la mañana, Ari Ben Canaan entraba en la habitación. Tenía los ojos legañosos a consecuencia de una noche pasada recorriendo la isla. Desde su llegada a Chipre sólo había dormido cortos ratos. El y Zev Gilboa se abrazaron a la manera tradicional del Palmach; luego se puso a trabajar sin pedir excusas ni dar ninguna explicación por haber llegado con ocho horas de retraso.

—Míster Mandria, ¿nos ha encontrado ya la embarcación?

Mandria se quedó atónito.

—¡Míster Ben Canaan! —exclamó, dándose una palmada en la frente—. Hace menos de treinta horas que ha desembarcado usted en Chipre y ha pedido un barco. Yo no los construyo, señor. Mi Compañía, la «Naviera Chipre-Mediterránea», tiene oficinas en Famagusta, Larnaca, Kyrenia, Limasol y Paphos. No hay ningún otro puerto en Chipre. Y todas mis oficinas buscando una embarcación para usted. Si la hay en todo Chipre se le comunicará, señor.

Ari no hizo caso del sarcasmo de Mandria y se volvió hacia los otros.

—Zev, supongo que David te ha contado lo que vamos a hacer. —El labrador galileo movió la cabeza afirmativamente—. De ahora en adelante vosotros tres, muchachos, trabajáis a mis órdenes. Nombrad sustitutos que ocupen vuestros puestos en Caraolos. Oye, Joab, ¿cuántos chicos hay en el compartimiento que gocen de buena salud y estén entre los diez y los diecisiete años?

—Ah, pues… probablemente de seis a setecientos.

—Escoge trescientos de los más fuertes. Ponles en las mejores condiciones físicas.

Zev asintió. Ari se puso en pie.

—Dentro de media hora volverá a ser de día. Necesitaré un taxi para salir otra vez, míster Mandria. Me parece que el chofer que me llevó ayer está un poco fatigado.

—Le llevaré yo mismo —respondió Mandria.

—Bien. Apenas empiece a clarear, partiremos. Perdónenme. Quiero repasar unos papeles en mi cuarto. —Y salió tan repentinamente como había entrado.

Los demás se pusieron a hablar todos a la vez.

—De modo que la fuga será de trescientos chicos —dijo Zev.

—Eso parece —convino Mandria—. ¡Qué hombre tan raro! Confía en milagros…, no explica nada…

—Al contrario —intervino David—. Ari no cree en milagros. Por esto trabaja tan intensamente. A mí se me antoja que el asunto tiene más alcance de lo que él nos explica. Tengo la impresión de que la fuga de los trescientos muchachos representa una parte nada más del plan que lleva en la cabeza.

Joab Yarkoni sonrió.

—Hace demasiado tiempo que conocemos a Ari Ben Canaan para querer adivinar lo que tenga en el pensamiento. Le conocemos también desde bastante tiempo para estar seguros de que sabe bien lo que se propone. A su debido tiempo nos enteraremos del fin que persigue.

Al día siguiente, Mandria condujo a Ari de una a otra parte de Chipre en una correría que parecía sin objetivo. Desde la larga bahía del Éste fueron al Cabo Greco, dejando atrás Sala mis y Famagusta. En Famagusta, Ari había estudiado la vieja

muralla y el sector de la bahía. En todo el día apenas dirigió la palabra a Mandria, excepto para hacerle de vez en cuando atinadas preguntas. Al chipriota le parecía que aquel atlético palestino era el hombre más frío que hubiese conocido nunca. Pero a pesar de que le inspiraba una cierta hostilidad no podía dejar de admirarle por su absoluta concentración en la tarea que estaba realizando y su vigor sobrehumano. Mandria se decía que había de ser un hombre entregado por entero a una causa…; aunque al mismo tiempo resultaba pasmoso no descubrir en él ni el menor rastro de sentimiento.

Desde Cabo Greco recorrieron la bahía del Sur, en el bajo vientre de Chipre, y luego treparon hacia las altas y dentelladas montañas donde los hoteles turísticos se preparaban va para la temporada de esquí y otros deportes de invierno. Si Ben Canaan había encontrado algo interesante no lo demostraba en absoluto. Cuando regresaron a Famagusta, pasada la media noche, Mandria estaba exhausto, pero todavía hubo que celebrar otra reunión de Zev, David y Joab. Luego, Ari se entregó a una nueva sesión de estudio que se prolongó hasta el día siguiente.

Por la mañana del cuarto día después de la llegada de Ari Ben Canaan a Chipre, a Mandria le telefonearon desde su oficina de Larnaca para comunicarle que acababa de arribar de Turquía un barco que respondía a sus especificaciones y que era posible contratarlo. Mandria llevó a Ari a Caraolos donde recogieron a David y a Joab y los cuatro partieron para Larnaca.

Zev Gilboa se quedó, pues ya estaba seleccionando los trescientos muchachos e iniciando para ellos cursos especiales de preparación.

Mandria conducía el taxi por la carretera Famagusta-Larnaca muy orgulloso de sí mismo. A mitad de camino, unos trabajos que estaban realizando en un gran campo de la izquierda de la carretera llamaron la atención de Ari, el cual pidió a Mandria que parase, y saltó con objeto de echar un vistazo. Los obreros trabajaban febrilmente en la construcción de lo que parecía unos barracones militares.

—Los ingleses están habilitando nuevos compartimientos de detención. Los de Caraolos se hallan completamente saturados —explicóle David.

—¿Por qué no me lo habíais dicho? —reconvino Ari.

—No lo habías preguntado —respondió Yarkoni.

—El cálculo más aproximado que podemos hacer es que dentro de dos o tres semanas empezarán a trasladar aquí el exceso de población de Caraolos —concluyó David.

Ari subió otra vez al coche y prosiguieron la marcha. Joab Yarkoni, el que renunciaba a deducir los propósitos de su amigo, hubo de fijarse no obstante en que aquellos nuevos compartimientos tenían intrigado a Ari. Joab casi hubiera dicho que oía el rechinar de las ruedas de su cerebro.

El coche penetró en las estrechas y tortuosas calles de Larnaca y se dirigió hacia

la carretera de la costa, flanqueada por limpias y blancas casas de dos pisos. Pasaron delante de la Taberna de las Cuatro Linternas, donde les esperaba el turco propietario del barco, un hombre llamado Armatau. Ari se empeñó en que pasaran por alto la ronda de copas, el tanteo del precio y el regateo general que formaban parte tan importante de la mayoría de las transacciones normales. Quiso ver el barco inmediatamente.

Armatau les acompañó al otro lado de la calle hacia el larguísimo muelle que penetraba más de ochocientos metros aguas adentro, y mientras dejaban atrás una docena o más de barcos barrederos, lanchas y barcos de vela él charlaba por los codos, volviendo la cabeza para mirar a sus acompañantes, asegurándoles que el barco que iban a inspeccionar era, sin duda alguna, un rey del mar. Al fin se detuvieron cerca del extremo del muelle ante un remolcador de salvamento, viejo y con el maderamen gastado que llevaba en la proa el nombre, bastante descolorido, de «Afrodita».

—¿Verdad que es hermoso? —preguntó con los ojos brillantes. Pero luego contuvo la respiración aprensivamente viendo que cuatro pares de ojos glaciales escudriñaban el viejo lanchón de proa a popa—. Claro —añadió entonces— que no es un crucero moderno.

El ojo experto de Ari estimó que el «Afrodita» tendría unos cuarenta y seis metros de eslora y desplazaría alrededor de las doscientas toneladas. Por su aspecto y por su forma se le podían calcular casi cuarenta y cinco años de antigüedad.

—Bueno, ¿y quién es Afrodita? —preguntó Joab Yarkoni.

—Afrodita era la diosa del amor. Nació de la espuma del mar a poca distancia de aquí, hace cinco mil años —respondió David.

—Vaya, pues, en verdad que la pobre Afrodita ha sufrido un gran cambio en su vida —comentó Joab.

El turco tragaba saliva y procuraba encajar las bromas sonriendo. Ben Canaan dio media vuelta para mirarle cara a cara.

—Una cosa me interesa, Armatau. De aquí a Palestina hay doscientas millas. Esta embarcación tiene que hacer un viaje allá. ¿Sí o no?

Armatau levantó los brazos al cielo.

—¡Por el honor de mi madre! —exclamó—. Yo he hecho con ella trescientos viajes de Chipre a Turquía. Míster Mandria es el propietario de la Compañía naviera. Él lo sabe.

—Es cierto —reconoció Mandria—. Es un barco viejo, pero de confianza.

—Acompañe a mis dos amigos a bordo y enséñeles los motores, míster Armatau.

Cuando los otros tres hubieron abandonado el puente, Mandria le dijo a Ari:

—Por más que sea turco, Armatau es digno de crédito.

—¿Qué velocidad podrá alcanzar este barquito? —preguntó Ari.

—Cinco nudos probablemente… Si el viento le favorece. El «Afrodita» no tiene prisa.

Examinaron el interior de la embarcación. Su madera estaba medio consumida; hacía mucho tiempo que ya no valía la pena pensar en reparaciones. Sin embargo, a pesar de todas las cualidades negativas, aquel barquito tenía un aspecto robusto; daba la sensación de que conocía las tretas del mar, contra el cual había ganado muchas batallas.

En media hora, David y Joab hubieron completado su inspección.

—Este barco es una ruina de pies a cabeza —dijo David—, pero estoy seguro de que resistirá.

—¿Podemos meter trescientas personas a bordo? —inquirió Ari.

David se rascó la barba.

—Pues… quizá, con un calzador…

Ari se dirigió entonces a Mandria:

—Tendremos que proceder a muchas reformas. Por supuesto, es necesario no llamar la atención.

Mandria sonrió. Estaba en sus glorias.

—Como quizá ustedes sepan muy bien, soy un hombre magníficamente relacionado. Todo consiste en saber qué mano hay que engrasar y uno puede estar seguro de que nada se verá, ni oirá, ni trascenderá.

—David. Envía esta misma noche un mensaje a Palestina. Diles que necesitamos un capitán y una dotación de un par de hombres.

—¿Con tres bastará?

—No hay inconveniente en que os lo explique. Vosotros dos y Zev os vendréis a Palestina conmigo en ese pobre lanchón. Nosotros completaremos el personal. ¡Joab!, a ti siempre te han gustado las mujeres maduras. Mira, ahora tienes una. Quedas encargado de reparar y aprovisionar a la señora «Afrodita». —Por último dirigióse nuevamente a Armatau, que seguía pasmado por la rapidez con que Ari sabía hacer preguntas y dar órdenes—. Muy bien. Armatau, puede usted respirar tranquilo; ha hecho usted trato; pero no al precio que pide. Entremos en Las Cuatro Linternas y dejemos resuelto este detalle.

Ari saltó desde el puente del muelle, y luego tendió la mano a Mandria.

—Tú, David, y tú, Joab, regresad como podáis a Famagusta. Cuando hayamos concluido el negocio, míster Mandria me llevará a Kyrenia.

—¿Kyrenia? —exclamó Mandria, alarmado—. ¿Es que ese hombre no se cansa nunca? Kyrenia está al otro lado de la isla —protestó.

—¿Tiene alguna avería el automóvil? —preguntó Ari.

—No…, no… Iremos a Kyrenia.

Ari echó a andar acompañado de Mandria y del turco.

—¡Ari! —llamóle David—, ¿qué nombre le pondremos ahora a la señora «Afrodita»?

—Tú eres el poeta. Tú decides.

Joab y David vieron desaparecer a los tres hombres por el otro extremo del muelle. De súbito, sus respectivos rostros se convirtieron en sendos poemas de sonrisas. Los dos jóvenes se arrojaron el uno en brazos del otro.

—¡Vaya con el granuja de Ari! ¡Qué bonita manera ha escogido de decirnos que regresemos a la patria!

—Ya le conoces. Es el que se burla de los sentimientos y las emociones —dijo David.

Los dos jóvenes suspiraron dichosos y por un momento sus pensamientos volaron hacia Palestina. Después examinaron la «Afrodita» al detalle. En verdad, la pobre se hallaba en lamentable estado.

Mientras iban por el puente inspeccionando el viejo armazón, Joab propuso:

—Se me ocurre un nombre muy apropiado. ¿Por qué no le llamamos «Bevin»?

—Yo tengo otro mejor —contestó David—. Desde ahora en adelante, esta chalana será conocida por «Exodo».

## CAPÍTULO IX

Mark dirigió el coche que había alquilado fuera de la carretera, y paró. Habían subido a la cima de las montañas que se levantaban junto a Kyrenia. Una peña enorme y amuescada, de varios centenares de metros de altura, se levantaba ante ellos, formando un agudo pico. Sobre éste se alzaban las ruinas del castillo de San Hilarión. Era un castillo de cuento de hadas que aun medio derrumbado ponía de manifiesto el poder y el esplendor del período gótico.

Mark cogió a Kitty de la mano, acompañándola hacia el pico, cuyos taludes remontaron hasta llegar a la muralla exterior y poder contemplar los patios del castillo.

Luego recorrieron los departamentos reales, los grandes salones, los establos, el monasterio y las fortificaciones. El silencio era absoluto, sepulcral, pero aquellos suelos parecían respirar, tener vida, estar poblados de fantasmas del pasado susurrando la historia de días remotos henchidos de amores, de odios, de guerras, de intrigas…

Casi una hora estuvieron Mark y Kitty trepando lentamente por el pico, hasta su cima. Cuando por fin llegaron a ella, entresudados y sin aliento, contemplaron deslumbrados el incomparable panorama que se extendía a sus pies. Debajo había una peña cortada a pico formando un despeñadero de novecientos metros sobre Kyrenia. En el horizonte divisaron la línea de la costa de Turquía, y a derecha e izquierda el verde lozano de los bosques y de los repechos cubiertos de viñedos y las casas que parecían suspendidas sobre el borde de las peñas. Abajo, las hojas de los vergeles de olivos, movidas por el céfiro que jugueteaba con ellas, formaban un cabrilleo de plata.

Mark contempló a Kitty, destacando sobre el fondo del cielo, en el momento en que una nube pasaba por detrás de ella. «¡Qué hermosa es!», pensó. Kitty Fremont era la única mujer a la que consideraba diferente. No sentía deseos de poseerla. Mark Parker respetaba pocas cosas de este mundo; no obstante, quería respetar a Kitty. Por lo demás, era también la única mujer en cuya compañía se sentía a gusto, porque entre ellos no cabían ficciones, ni afán de impresionar, ni juegos frívolos.

Ambos se sentaron en un enorme pedrusco y siguieron contemplando las maravillas que les rodeaban. El castillo, el mar, el cielo, las montañas…

—Yo creo —dijo Mark, por fin—, que éste es el panorama más bello del mundo.

Kitty asintió con un movimiento de cabeza.

Habían pasado juntos unos días inolvidables. Desde la llegada de Mark, Kitty parecía cambiada. Habíase beneficiado del milagroso tratamiento de la confesión.

—En estos momentos se me ha ocurrido un pensamiento perverso —dijo—. Estaba pensando que me alegro mucho de que el coronel Howard Hillings fuese

trasladado a Palestina y que te tenga a ti para mí exclusivamente. ¿Cuánto tiempo puedes quedarte, Mark?

—Pocas semanas. Mientras tú lo desees.

—No quiero que volvamos a estar jamás muy alejados el uno del otro.

—Ya sabes que en el «Dome» todo el mundo cree que entre nosotros hay algo —dijo él.

—¡Estupendo! —exclamó Kitty—. Esta noche pondré en mi puerta un rótulo con grandes letras rojas que diga: «Amo locamente a Mark Parker».

Permanecieron sentados allí todavía una hora y luego, muy a su pesar, emprendieron el descenso antes de que llegara la noche.

Poco después de que Mark y Kitty hubieran regresado al hotel, Mandria cruzaba Kyrenia hasta llegar a la bahía y paraba en el muelle. El y Ari saltaron al momento del coche y se encaminaron hacia los desembarcaderos. Ari miraba al otro extremo de la bahía. Sus ojos se fijaban en la torre del Castillo de la Virgen, situado junto al mar. Los dos hombres llegaron allá, entraron en el castillo, subieron a la torre y desde aquella magnífica atalaya, pudieron ver perfectamente todo aquel sector. Ari lo estudió con su mutismo habitual.

La bahía tenía dos escolleras. Una partía del Castillo de la Virgen, y de la torre en donde estaban ahora. Frente a ellos se encontraban las casas del muelle, desde las cuales partía otra escollera mar adentro, de tal modo que el ramal derecho y el izquierdo del rompeolas formaban casi un círculo, puesto que les faltaba poco para llegar a juntarse. Entre los dos quedaba una pequeña brecha, que era la entrada de la bahía. El interior de la misma resultaba muy reducido; no tendría más allá de unos centenares de metros de diámetro y estaba ocupado por una multitud de embarcaciones pequeñas.

—¿Cree usted que podremos hacer entrar el «Afrodita» dentro de este puertecito? —preguntó Ari.

—El meterlo dentro no será problema —respondió Mandria—, pero el hacerle dar un giro de ciento ochenta grados y sacarlo nuevamente, sí lo será.

Ari se quedó callado, enfrascado en sus pensamientos, mientras retrocedían hacia el taxi. Sus ojos no se apartaban de la pequeña bahía. Cuando subieron al coche empezaba a oscurecer.

—Puede volverse a Famagusta cuando quiera —dijo Ari—. Yo tengo que ver a una persona aquí, en el «Hotel Dome», y no sé cuánto rato tardaré. Regresaré a Famagusta por mis propios medios.

A Mandria le hubiera molestado verse despedido como un taxista cualquiera, pero ya se estaba acostumbrando a recibir órdenes de Ben Canaan. Hizo girar, pues, la llave del contacto y apretó el pedal de arranque.

—Mandria. Ha sido usted un colaborador inapreciable. Gracias.

El chipriota sonrió, pasmado, mientras Ari se alejaba. Eran las primeras palabras afectuosas que escuchaba de sus labios. Le habían sorprendido y conmovido.

Las melodías de un vals de Strauss llenaban el comedor, derramándose dulcemente sobre el murmullo de las voces inglesas, el tintineo de los vasos y el susurro del mar que llegaba del exterior. Mark bebió unos sorbitos de café, se limpió los labios con la servilleta. De pronto, su mirada quedó fija —por encima del hombro de Kitty— en la figura que había aparecido en el umbral. Un hombre de notable estatura estaba diciendo algo al oído del jefe de los camareros y éste señalaba hacia la mesa de Mark. Los ojos de éste se dilataron al reconocer a Ari Ben Canaan.

—Mark, pones una cara como si estuvieras viendo un fantasma —dijo Kitty.

—Lo veo, en efecto, y se dirige hacia acá. Vamos a pasar una velada muy interesante.

Kitty volvió la cabeza y descubrió a Ari Ben Canaan de pie, junto a su mesa.

—Veo que me recuerda usted, míster Parker —dijo el recién llegado, tomando asiento sin esperar a que le invitasen—. Usted debe de ser mistress Katherine Fremont.

Las miradas de Ari y de Kitty se encontraron y permanecieron lijas una en la otra unos instantes. Hubo unos minutos de penoso silencio. Luego, Ari miró en su derredor y llamó a un camarero, ordenándole que trajese *sándwiches*.

—Te presento a Ari Ben Canaan —estaba diciendo Mark—, un muy antiguo conocido mío. Veo que, al parecer, usted, Ari, conoce a mistress Fremont.

—Ari Ben Canaan —repitió Kitty—. ¡Qué nombre tan raro!

—Es hebreo, mistress Fremont. Significa: «León, hijo de Canaan».

—Resulta muy embrollado.

—Al contrario. El hebreo es un idioma perfectamente lógico.

—Es curioso, a mí no me lo hubiera parecido —replicó Kitty, con un deje de sarcasmo.

Mark miró al uno y a la otra. Hacía unos segundos que se conocían y ya estaban enzarzados en la esgrima y las maniobras verbales que él mismo había practicado tan a menudo. Evidentemente, Ben Canaan había herido una cuerda, fuese dulce o fuese amarga, del corazón de Kitty —se dijo Mark—, porque sacaba en respuesta las uñas.

—Es raro que no le parezca lógico —contestaba en aquel instante Ari—. A Dios, el hebreo le pareció tan lógico que hizo escribir la Biblia en este idioma.

Kitty sonrió y asintió. La orquesta inició los compases de un «foxtrot».

—¿Baila, mistress Fremont?

Mark se arrellanó en el asiento y siguió con la mirada a Ben Canaan, que acompañaba a Kitty hacia la pista de baile, la rodeaba con el brazo y la gobernaba con una gracia alada y suave. Por el momento, a Mark no le gustaba la centella que, evidentemente, había saltado en el mismo segundo en que su amiga y el palestino se

habían encontrado: era penoso haber de considerar a Kitty como una simple mortal entregada a los juegos propios de los mortales. La pareja pasó bailando cerca de su mesa. La faz de Kitty parecía tener una expresión deslumbrada, nada corriente en ella.

Luego, Mark se puso a pensar en sí mismo. Desde el momento de saltar del avión había tenido la sensación de que algo se preparaba en Chipre. Ahora, la aparición de Ari Ben Canaan, le confirmaba en su sospecha. Mark conocía lo suficiente al palestino para saber que era uno de los principales agentes de la Mossad Aliyah Bet. Comprendía también que los judíos establecerían contacto con él para algún fin, puesto que Ben Canaan había ido en su busca. ¿Y Kitty? ¿Supo Ari su nombre porque estaba con él, o se conocían ya de alguna otra parte?

A pesar de ser una mujer de buena estatura, entre los brazos de Ari Ben Canaan, Kitty sentíase pequeña, perdida. Invadíala una extraña sensación. La aparición de aquel hombre guapo y elegante la había sacado de su guardia. Ahora, entre sus brazos, pocos segundos después de haberle conocido, sentíase… como indefensa. Era una sensación atractiva; lo había sido muchos, muchísimos años. Pero al mismo tiempo se acusaba a sí misma de estar cometiendo más bien una insensatez.

La música cesó y la pareja volvió a la mesa.

—Pensaba que ustedes, los palestinos, no bailaban sino la *hora* —dijo Mark.

—Yo he tenido demasiados contactos con la cultura de ustedes —contestó Ari.

Llegaron los *sándwiches* que había pedido y los devoró con apetito voraz. Mark esperó pacientemente a que revelase el objeto de su visita. Entretanto observaba a Kitty con atención. Su amiga iba recuperando el dominio de sí misma, aunque miraba a Ari por el rabillo del ojo como si estuviera recelosa y pronta para el ataque.

Por fin, Ari terminó de comer y dijo, con toda naturalidad:

—Tengo que hablar con ustedes dos.

—¿Aquí, en medio de todo el Ejército británico?

Ari sonrió y, volviéndose hacia Kitty, le dijo:

—Parker no ha tenido ocasión de explicarle, mistress Fremont, que, en determinados centros, las actividades a que me dedico son consideradas *sub rosa*. Cada dos por tres, los ingleses nos hacen el honor de llamarnos «clandestinos». Una de las primeras cosas que procuro inculcarle a un miembro nuevo de nuestra organización es el peligro que encierra el celebrar reuniones secretas a medianoche. Yo diría que no hay sitio mejor en el mundo entero para discutir el asunto que me trae que este hotel.

—Subamos los tres a mi cuarto —dijo Mark.

Apenas hubieron cerrado la puerta tras ellos, Ari abordó la cuestión sin pararse en rodeos:

—Parker, usted y yo estamos en situación de proporcionarnos recíprocamente una

buena oportunidad.

—Continúe.

—¿Están informados sobre los campos de detención de Caraolos?

Mark y Kitty movieron la cabeza afirmativamente.

—Hace poco he trazado todos los planes para que se fuguen trescientos muchachos encerrados en ellos. Los traeremos aquí y les haremos subir a un barco en el puerto de Kyrenia.

—Bah, hace años que ustedes meten clandestinamente refugiados en Palestina. Es una noticia gastada, Ben Canaan.

—Será una noticia sensacional, si usted procura que lo sea. ¿Recuerda la conmoción que produjo nuestro barco ilegal «Tierra Prometida»?

—Sin duda.

—Los ingleses se vieron bastante mal parados entonces. Tenemos la impresión de que si pudiéramos provocar otro incidente de la importancia de aquél lograríamos modificar su política inmigratoria.

—Me ha desorientado —dijo Mark—. Si consigue usted preparar una fuga en masa, ¿cómo hará entrar a los fugados en Palestina? Y sí todo marcha sobre ruedas, ¿qué sensación va a producir el reportaje?

—Ahí está el secreto —replicó Ari—. Los que se fuguen no irán más allá de la bahía de Kyrenia, donde subirán al barco. No pienso intentar el viaje a Palestina.

Mark se acercó, interesado. El plan de Ben Canaan tenía más enjundia de lo que parecía al principio.

—Supongamos —prosiguió Ari— que yo saco trescientos huérfanos de Caraolos y los embarco en Kyrenia. Supongamos que los ingleses lo descubren a tiempo que usted ha escrito ya el reportaje y lo tiene aguardando en París o en Nueva York… Y que en el mismo momento en que los muchachos suben al barco su información se publica en primera página.

Mark soltó un leve silbido. Como la mayoría de corresponsales americanos, veía con simpatía las reclamaciones de los refugiados. Él se beneficiaría del reportaje; Ben Canaan, de la propaganda. ¿Resultaría una aventura demasiado grande y se vería comprometido? No cabía la posibilidad de pedir instrucciones, ni la de discutir el caso con otra persona. Tenía que tomar una decisión según su propio criterio. Ari le había presentado el plato en el punto preciso para abrirle el apetito. Si le dirigía más preguntas al palestino se arriesgaba a que pudieran acusarle de haber tenido parte en el hecho. El periodista miró a Kitty. Ésta parecía completamente desorientada.

—¿Cómo se las arreglará para sacar trescientos muchachos de Caraolos y llevarlos a Kyrenia?

—¿Debo entender con esto que acepta la proposición?

—Entienda con esto que me gustaría saberlo. No me comprometo a nada. Si

decido no aceptar le doy palabra de honor de que cuanto me diga no saldrá de este cuarto.

—Me considero satisfecho —contestó Ari. Y, apoyándose en el borde del aparador, explicó su plan punto por punto.

Mark fruncía el ceño. Era un proyecto atrevido, audaz, fantástico incluso. Y sin embargo… de una simplicidad admirable. Él, por su parte, había de escribir un reportaje y hacerlo salir de Chipre de forma que llegase a la oficina del Sindicato de Noticias en París o en Londres. Gracias a una consigna convenida de antemano el reportaje había de ser publicado en el preciso momento en que la fuga tuviera lugar. Ari terminó su exposición; Mark meditó el plan un buen rato.

Luego encendió un cigarrillo, paseó por la habitación y disparó una docena de preguntas al palestino. Ari parecía haber tenido en cuenta todos los aspectos de la aventura. Sí, existía la posibilidad de sacar de ella una serie de relatos sensacionales. A continuación el periodista trató de calcular la viabilidad del atrevido plan. En el mejor de los casos no tenía más que un cincuenta por ciento de probabilidades de éxito. Mark no dejó de tomar en consideración que Ari poseía una inteligencia extraordinaria y que conocía el pensamiento de los ingleses de Chipre. Sabía también que Ari contaba con la colaboración del personal más adecuado y capaz de llevar adelante su propósito.

—Cuente conmigo —concluyó.

—Muy bien. Ya me figuraba que vería las ventajas que ofrece el proyecto —contestó el judío. Y volviéndose a Kitty, le preguntó—: Mistress Fremont, hará cosa de una semana le ofrecieron el empleo de atender a los niños en su compartimiento del campo. ¿Lo ha decidido ya?

—He decidido no aceptarlo.

—¿Querría volver a pensarlo ahora… para ayudar a Parker, por ejemplo?

—Pero ¿qué misión le tiene reservada a Kitty? —preguntó Mark.

—Todos los maestros, enfermeras y sanitarios que entran y salen del campo son judíos, y no será pecar de recelosos si sacamos la conclusión de que los ingleses sospechan de ellos —respondió Ari.

—Sospechar, ¿de qué?

—De que cooperan con la Mossad. Usted es cristiana, mistress Fremont. Nosotros opinamos que una persona de sus antecedentes y de su religión gozaría de mayor libertad de movimientos.

—En otras palabras, usted quiere que Kitty actúe de enlace.

—Algo por el estilo. Dentro del campo prepararemos un buen número de papeles que nos hacen muchísima falta.

Mark le advirtió:

—Creo mejor recordarle que los ingleses no me miran con mucha simpatía. El

ayudante de Sutherland vino a meter la nariz por aquí al minuto de llegar yo. No creo que ello me perjudique para nada, pero si Kitty entra a trabajar en Caraolos sospecharán que está a mis órdenes.

—Al contrario. Ellos darán por cosa segura que usted no la enviaría allá.

—Quizá tenga razón.

—Claro que la tengo —afirmó Ari—. Supongamos que a mistress Fremont la cogen con unos documentos falsificados. No le pasará nada en absoluto, como no sea el encontrarse en una situación un tanto embarazosa y el verse acompañada de otra persona y con un billete gratuito para salir de Chipre.

—Un momento nada más —intervino Kitty—. Estoy escuchando cómo ustedes dos disponen de mí. Lamento mucho haber tenido que oír lo que se ha dicho aquí esta noche. No iré a trabajar a Caraolos, míster Ben Canaan, ni querré mezclarme para nada en el plan formado por usted.

Ari volvió la vista al instante hacia Parker, el cual se limitó a decir, encogiéndose de hombros:

—Es una muchacha obstinada.

—Yo pensaba que usted era una amiga de míster Parker.

—Lo soy —replicó Kitty—. Y comprendo su interés.

—Pues yo no comprendo que usted no lo comparta, mistress Fremont. Estamos a finales del 1946. Dentro de pocos meses hará dos años que terminó la guerra en Europa, y seguimos teniendo gente encerrada entre alambradas y viviendo en unas condiciones espantosas. Hay muchachos en Caraolos que ignoran que exista un mundo más allá de las vallas del alambre. Si no resquebrajamos la política de los ingleses es muy posible que continúen detrás del alambre hasta el final de sus vidas.

—He ahí el caso, precisamente —replicó Kitty, con pasión—; todo lo relacionado con Caraolos forma parte al mismo tiempo de un gran problema político. Yo estoy segura de que los ingleses tienen sus motivos y no quiero ponerme de parte de unos ni de otros.

—Mistress Fremont, fui capitán en el Ejército británico; tengo la Cruz Militar al Valor. Repitiendo un viejo tópico, le diré que algunos de mis mejores amigos son ingleses. En realidad tenemos aquí docenas de oficiales y soldados ingleses que no pueden digerir lo que ocurre en Palestina y que cooperan con nosotros veinticuatro horas diarias. Éste no es un problema político, sino de humanidad.

—Dudo de la sinceridad de usted. ¿Por qué ha de querer arriesgar las vidas de trescientos muchachos?

—La vida de la mayoría de seres humanos tiene un objetivo —replicó Ari—; en Caraolos no hay objetivo ninguno. En cambio el luchar por la propia libertad sí que constituye un objetivo. Tenemos en Europa un cuarto de millón de personas que quieren entrar en Palestina. Si le dieran a escoger, cualquiera de ellas, sin distinción,

embarcaría en la nave que zarpará de Kyrenia.

—Es usted un hombre muy inteligente, míster Canaan. Yo no puedo discutir con usted, no tengo su lista de respuestas preparadas.

—Creía que era usted enfermera —replicó él, con sarcasmo.

—El mundo está lleno de sufrimientos. Puedo prestar mis servicios en un millar de sitios que los necesitan tanto como Caraolos y sin las implicaciones de aquí.

—¿Por qué no visita Caraolos y luego me lo cuenta?

—No caeré en sus trampas, ni aceptaré sus retos. He servido en el relevo de noche de un hospital de Cook County y la mayoría de noches, si todas no, he tenido que recoger cadáveres del suelo del recibidor. No podrá enseñarme nada en Caraolos que no haya visto ya.

La habitación quedó en silencio. Ari Ben Canaan dio un largo suspiro y levantó los brazos en ademán de rendirse.

—Lo siento —dijo—. Me pondré en contacto con usted dentro de pocos días, Parker —añadió. Y se encaminó hacia la puerta.

—Míster Ben Canaan —le detuvo Kitty—, ¿está completamente seguro de que no iré a explicar esta historia a nuestros comunes amigos?

Ari retrocedió e inclinó la cabeza para mirarla de hito en hito. En aquel mismo instante ella comprendió que había hablado a la ligera. Una sonrisa cruel contraía el rostro del palestino.

—Trata usted de hacer valer sus derechos de mujer siendo quien diga la última palabra. Muy pocas veces me equivoco al juzgar a las personas. No puedo permitírmelo. Me gustan los americanos. Me gustan porque tienen conciencia. En cuanto la suya empiece a remover los mejores sentimientos de su corazón, me encontrará en casa de míster Mandria y yo sentiré vivo placer acompañándola a visitar el campo de Caraolos.

—Está muy seguro de sí mismo, ¿verdad?

—Digamos que, en este preciso momento, de los dos, el que está más seguro de sí mismo soy yo —replicó Ari. Y salió de la habitación.

Después de la partida de Ari, fue preciso largo rato para que el impacto producido por su visita empezase a desvanecerse. Por fin, Kitty se quitó los zapatos de una sacudida y se sentó en la cama.

—¡Vaya! Ya dijiste tú que se nos preparaba una velada interesante.

—Creo que has hecho bien colocándote al margen de esta cuestión.

—¿Y tú?

—Para mí es la tarea que trae el día. Podría convertirse en un asunto de gran importancia.

—¿Y si te hubieses negado a complacerle?

—¡Ah!, hubieran encontrado otro corresponsal en cualquier parte de Europa

dispuesto a trasladarse a Chipre. Son gente de muchos recursos. Ha querido la casualidad que yo estuviera más a mano.

—Mark —pidió Kitty, con aire pensativo—, ¿me he portado como una tonta?

—No me figuro que te hayas portado más tontamente de lo que se portaron centenares de mujeres en ocasiones parecidas.

Mark pronunció la frase pausadamente, con intención de que Kitty viera que no había sabido disimular cuán atraída se había sentido por Ari.

—Es un hombre estupendo. ¿Dónde le conociste?

—La primera vez fue en Berlín, a principios de 1939. Era el primer puesto que me había asignado el Sindicato de Noticias. Él había venido, enviado por la Mossad Aliyah Bet, con la misión de sacar de Alemania tantos judíos como pudiese antes de que estallara la guerra. Ari tenía veinte años aproximadamente. Luego volví a verle en Palestina. Entonces formaba parte del Ejército británico…, era durante la guerra. Le habían encargado alguna tarea secreta. Y desde la guerra se le ha nombrado continuamente, debido a sus correrías por toda Europa con objeto de comprar armas e introducir clandestinamente refugiados en Palestina.

—¿Crees sinceramente que será capaz de llevar a cabo ese plan tan absolutamente fantástico que se ha trazado?

—Es un hombre inteligente.

—Ea…, debo decir una cosa. Ese Ben Canaan no actúa como ninguno de los judíos que haya conocido yo en toda mi vida. Ya me comprendes. Al decir judíos nunca te los imaginas haciendo trabajos como el suyo…, ni combatiendo, ni en nada de parecido género.

—¿Cómo te los imaginas, Kitty? Según la antigua y beatífica versión de Indiana, ¿eh? El muchachito judío llamado Maury que va a casarse con la muchachita judía que se llama Sadie…

—¡Déjate de burlas, Mark! He trabajado ya con bastantes médicos judíos para saber que son gente arrogante y agresiva. Nos miran por encima del hombro…

—¿Con qué? ¿Con un complejo de inferioridad?

—Esto lo aceptaría si lo dijeses de Alemania.

—¿Qué te propones sostener, Kitty? ¿Que nosotros somos puros?

—Lo que digo es que ningún judío americano se cambiaría por un negro, o un mejicano, o un indio, en este sentido.

—Y yo te digo que a un hombre no es preciso lincharle para arrancarle el corazón. Ah, sí, seguro, los judíos americanos lo pasan bien; pero ha bastado una multitud de gente que pensaba como tú y han bastado dos mil años de cargar con todos los sambenitos para hacer mella en ellos. ¿Por qué no lo discutes con Ben Canaan? Parece que conoce la manera de gobernarte.

Kitty saltó de la cama, enojada. Luego, ambos soltaron la carcajada. Ellos eran

Mark y Kitty y no podían estar enfadados de verdad.

—¿Qué es exactamente esa Mossad Aliyah Bet?

La palabra Aliyah significa levantarse, subir, ascender. Cuando un judío se va a Palestina se le considera y se le llama un *Aliyah*…, uno que se ha remontado más alto de lo que estaba. La palabra *aleph*, o la letra *a* solamente, servía para designar la inmigración legal. *Bet*, o la letra *b*, significa la ilegal. Por lo tanto, «Mossad Aliyah Bet» significa: Organización para la Inmigración Ilegal.

—¡Bondad divina! —exclamó Kitty, sonriendo—. ¡Qué lógico es el idioma hebreo!

Durante los dos días que siguieron a la visita de Ari Ben Canaan, Kitty estuvo desazonada e inquieta. No quería confesarse a sí misma que deseaba vivamente volver a ver al fornido palestino.

Mark, que la conocía bien, adivinaba su irritación, pero fingía seguir comportándose como si Ben Canaan no hubiese entrado jamás en escena.

Kitty no conocía la verdadera causa de su inquietud; sólo sabía que la visita de Ben Canaan le había producido una poderosa impresión. ¿Sería a causa de aquella conciencia que Ari conocía tan bien? ¿O sería que se arrepentía de su estallido antijudío?

Con una naturalidad casi —pero no del todo— absoluta, Kitty preguntó a Mark cuándo pensaba volver a entrevistarse con Ari. Otra vez insinuó con muy poca perspicacia que sería interesante ir a ver los panoramas de Famagusta. Y luego se enfadaba consigo misma y decidía borrar todo recuerdo del judío.

La tercera noche, a través de la puerta que comunicaba sus habitaciones, Mark pudo oír las pisadas de Kitty yendo y viniendo por el cuarto.

Kitty se sentó a oscuras en un sillón excesivamente muelle, fumando un cigarrillo y decidió discutir el problema consigo misma hasta ponerlo completamente en claro.

No quería dejarse arrastrar contra su voluntad hacia el extraño mundo de Ben Canaan. Su manera de enfocar la vida había sido siempre sensata, hasta calculadora. «Kitty es una chica de mucho sentido», solían decir de ella.

Cuando se enamoró de Tom Fremont y se puso en campaña para conquistarle, lo había hecho tras de una meditación pausada y serena. Después gobernó un hogar sensato, preparando comidas sensatas de acuerdo con un presupuesto sensato. Luego decidió tener un hijo en el momento más adecuado y Sandra nació en primavera; cosa sensata de verdad. Kitty sofocaba, pues, los arranques repentinos en favor de las decisiones planeadas.

Aquellos dos días recién transcurridos le parecían un completo desatino. Un hombre raro aparecía como llovido del cielo y le contaba una historia todavía más rara. Kitty veía ante sí el hermoso rostro de Ari Ben Canaan con aquellos ojos penetrantes que parecían leerle el pensamiento y sonreírse con una sonrisa burlona.

Recordaba la sensación experimentada estando entre sus brazos cuando bailaban.

Todo aquello no tenía ninguna lógica. No la tenía porque, en primer lugar, ella siempre se había sentido incómoda entre judíos; así se lo había confesado a Mark. Entonces, ¿por qué el estado de espíritu que la atormentaba, en lugar de menguar, acentuábase cada vez más?

Al cabo de mucho rato de meditaciones, Kitty comprendió que continuaría atormentada por aquella desazón hasta que viese de nuevo a Ari y visitara el campo de Caraolos. Se dijo que la mejor manera de despejar la nube consistiría en volver a verle y en convencerse de que ningún lazo espiritual la unía a aquel hombre, sino que, simplemente, había sido juguete por unas horas de un capricho pasajero. Derrotaría a Ben Canaan con sus propias armas y en su propio campo.

La mañana siguiente, a la hora del desayuno, Mark no experimentó sorpresa cuando Kitty le pidió que le preparase una entrevista con Ben Canaan a fin de visitar el campo de Caraolos.

—Cariño, yo aprobaba la decisión que tomaste la otra noche. Me gustaría que la mantuvieras.

—Ni yo misma comprendo bien lo que hago —respondió ella.

—Ben Canaan empleó un ardid infalible. Sabía que cambiarías de parecer. No seas tonta. Si vas a Caraolos, te habrás metido en el lío. Mira…, hasta yo voy a salirme de este enredo. Nos marcharemos de Chipre inmediatamente…

Kitty negó con la cabeza.

—Te estás dejando llevar por la curiosidad —insistió el periodista—. Siempre has sido una mujer inteligente. ¿Qué te pasa ahora?

—Esto parece raro viniendo de mí, ¿verdad, Mark?, pero casi siento como si una fuerza extraña me empujara. Créeme, iré a Caraolos a poner punto final a todo esto… y no a empezar algo nuevo.

Mark se dijo que Kitty había caído en la trampa, por más que ella quisiera aparentar que no. Y pidió al Cielo que el futuro que la esperaba, fuese cual fuese, la tratase con benevolencia.

## CAPÍTULO X

Kitty entregó el pase al centinela y penetró en Caraolos por el compartimiento 57, que era el más próximo al de los chiquillos.

—¿Es usted mistress Fremont?

Kitty se volvió, movió la cabeza afirmativamente y fijó la mirada en la faz de un muchacho que le ofrecía la mano, diciéndose en seguida que tenía una expresión sumamente acogedora.

—Soy David Ben Ami —presentóse él—. Ari me ha encargado que viniera a su encuentro. Él llegará dentro de poco.

—¿Qué significa Ben Ami? Me intereso por los apellidos hebreos.

—Significa Hijo de mi Pueblo —respondió el joven—. Confiamos en que usted nos ayudará en la «Operación Gedeón»…

—¿La «Operación Gedeón»?

—Sí, éste es el nombre que damos al plan de Ari. ¿No recuerda los Jueces de la Biblia? Gedeón hubo de seleccionar un grupo de soldados para ir contra los medianitas y escogió trescientos. Nosotros hemos escogido también trescientos para ir contra los ingleses. Me temo, empero, que quizá esté forzando un poco los parecidos para establecer el paralelismo. De ahí que Ari me acuse siempre de ser demasiado sentimental.

Kitty venía preparada para una tarde difícil y ahora se veía desarmada por aquel joven de aire dulce. El día se acercaba a su fin; una brisa fresca levantaba remolinos de polvo. Kitty se puso el abrigo con capuchón. Al otro lado del compartimiento divisó la gigantesca figura de Ari Ben Canaan que acudía a reunirse con ella. Kitty respiró profundamente y se esforzó por combatir la misma descarga eléctrica que había sentido la primera vez que le vio.

Ari se paró delante de ella y se saludaron con una inclinación de cabeza. Kitty le había mirado con ojos glaciales. Sin pronunciar una sola palabra le daba a entender que había venido aceptando un desafío y que no tenía intención de perderlo.

El compartimiento 57 lo llenaban principalmente ancianos y personas muy religiosas. Kitty y sus dos acompañantes pasaron, caminando despacio, por entre dos filas de tiendas ocupadas por gente sucia, desgreñada. Ben Ami explicó que la falta de agua hacía virtualmente imposible el lavarse. La alimentación era también insuficiente. Los moradores de aquellas tiendas parecían débiles algunos, coléricos otros, confundidos, y todos atormentados por los espectros de sus muertos.

Se detuvieron delante de una tienda abierta en la que una anciana arrugada trabajaba en una tabla de madera. Ari cogió ésta para que Kitty la viese. Eran dos manos, unidas en oración y atadas con alambre de espino. Ari observaba atentamente a la muchacha, tratando de descubrir en ella una prueba indicadora de que empezaba

a rendirse.

Sí, la gente aparecía allí escuálida, sucia, derrotada, pero Kitty estaba dispuesta a ver cosas mucho peores. Empezaba ya a convencerse de que Ari Ben Canaan no poseía ningún poder misterioso sobre ella.

Poco después se detuvieron para observar el interior de una tienda más grande, utilizada como sinagoga. Sobre la entrada había una tosca representación del «Menorah», el candelabro ritual. Kitty abrió los ojos con pasmo ante el lúgubre cuadro de unos ancianos que recitaban extrañas oraciones balanceando el cuerpo adelante y atrás. Le parecía encontrarse en otro mundo. Su mirada se quedó clavada en uno singularmente sucio y con una gran barba, que lloraba y gemía en voz alta con vivo dolor.

Kitty sintió el contacto de la mano de David alejándola de allí.

—Es, sencillamente, un pobre viejo —le dijo—. Le está explicando a Dios que ha llevado una vida de buen creyente…, que ha guardado los Mandamientos, adorado el Sagrado Tora y obedecido las Escrituras aun en medio de terribles dificultades. Y le pide a Dios que, puesto que ha sido un buen hombre, le dé la libertad.

—Los ancianos que tenemos aquí —intervino Ari—, no comprenden bien que el único Mesías que les libertará será una bayoneta calada en la punta de un rifle.

Kitty miró a Ari. En aquel hombre se notaba una energía destructiva, letal. Ari percibió el desdén que había inspirado a Kitty. Sus manos oprimieron los brazos de la mujer.

—¿Sabe acaso lo que es un *sonderkommando*?

—Ari, por favor… —suplicó Kitty.

—Un *sonderkommando* es una persona obligada por los alemanes a trabajar en el interior de sus crematorios. Me gustaría enseñarle otro viejo que hay aquí. En Buchenwald hubo de sacar los huesos de sus nietos del interior de un crematorio y llevarlos lejos con una carretilla. Dígame, mistress Fremont, ¿vio algo mejor en el hospital de Cook County?

Kitty sintió que se le revolvía el estómago. El resentimiento se apoderó de ella y con los ojos húmedos de cólera, replicó:

—Usted sería capaz de aprovechar cualquier detalle.

—Yo sería capaz de aprovechar cualquier detalle para hacerle comprender lo desesperados que estamos.

Ari y Kitty se miraron fijamente, enojados y sin decir palabra.

—¿Quiere ver el compartimiento de los niños, o no? —preguntó él, por fin.

—Sí, terminemos de una vez —respondió ella.

Cruzaron el puente que salvaba el muro de alambre comunicando con el departamento de los niños y contemplaron la desamparada cosecha de la guerra. Kitty recorrió el edificio hospital, dejando atrás las largas salas de tuberculosos y entrando

en las de huesos deformados por el raquitismo, de pieles amarillas por la ictericia y llagas enconadas causadas por la intoxicación de la sangre. Cruzó después un departamento cerrado lleno de jóvenes que tenían la mirada fija e inexpresiva de la demencia.

Recorrieron luego las tiendas de los grados escolares de 1940-45. Había allí la matrícula de los *ghettos*, los estudiantes de los campos de concentración, los eruditos de los montones de ruinas. Huérfanos de madre, de padre, de hogar… Cabezas rapadas de los despiojados…, harapos… Caras marcadas por el terror, incontinentes de orina…, niños que dormían dando alaridos… Niños ululadores, adolescentes de rostro despectivo que habían conservado la vida merced a la astucia.

Terminaron la inspección.

—Tienen un excelente equipo de personal sanitario —dijo Kitty—, y el compartimiento de los niños está dotado con lo mejor.

—Nada de todo lo que hay se lo debemos a los ingleses —replicó Ari—. Todo procede de donativos de personas de nuestra raza.

—Usted ha dado ahora con el quid de la cuestión —repuso ella—. A mí no me importa si los elementos de que disponen han caído o no del ciclo como un maná. He venido aquí a impulsos de mi conciencia de mujer americana. Y he quedado satisfecha. Desearía marcharme.

—Mistress Fremont… —intervino David Ben Ami.

—¡David! No discutas. A ciertas personas, nuestra sola presencia les repugna. Acompaña a mistress Fremont hasta la salida.

David y Kitty se alejaron por una calle de tiendas. Ella volvió un poco la cabeza y vio a Ari con la mirada fija en su espalda. Quería salir cuanto antes mejor. Quería volver al lado de Mark y olvidar en absoluto aquel triste, lamentable asunto.

De una espaciosa tienda que tenía en aquel instante a su lado salió el estallido de una franca carcajada. Era la risa de unos chiquillos felices; sonaba como fuera de lugar en Caraolos. Kitty se detuvo llena de curiosidad delante de la tienda y escuchó. Una muchacha estaba leyendo un cuento. Tenía una voz hermosa.

—He ahí una chica excepcional —dijo David—. Realiza un trabajo fantástico con esos pequeños.

Los niños estallaron otra vez en carcajadas.

Kitty se acercó a la tienda y levantó el cierre de lona. La muchacha estaba sentada sobre una caja de madera, cerca de una lámpara de petróleo y de espaldas a Kitty. La rodeaban una veintena de chiquillos que la miraban con ojos muy abiertos. Al entrar David y Kitty los pequeños alzaron la vista hacia ellos.

La muchacha dejó de leer, volvióse y se levantó para saludar a las recién llegados. La llama de la lámpara osciló empujada por la ráfaga de aire que entraba por la puerta de la tienda, haciendo danzar sobre el suelo el grupo de siluetas infantiles.

Kitty y la muchacha quedaron cara a cara. Kitty abría mucho los ojos, víctima de una profunda impresión.

De pronto salió precipitadamente de la tienda; detúvose al instante, volvióse y se quedó mirando a la muchacha desde el exterior. Varias veces hizo ademán de ir a decir algo, pero volvía a sumirse en un deslumbrado silencio.

—Quiero ver a esta muchacha… a solas —dijo por fin, con voz ahogada.

Ari, que se había reunido con ellos, hizo un signo afirmativo a David.

—Acompaña a la chica al edificio-escuela. Nosotros os esperamos allí.

Ari encendió la linterna de la escuela y cerró la puerta. Kitty se había quedado sin palabras y con el rostro pálido.

—Esa chica le recuerda a alguna otra persona —dijo él, bruscamente. Al mirar por la ventana vio las sombras de David y la muchacha cruzando el compartimiento. Entonces dirigió otra mirada a Kitty y salió.

Abrióse la puerta; la nerviosidad de Kitty iba en aumento. La muchacha entró con paso pausado. Kitty estudiaba su cara resistiendo la tentación de estrechar a la muchacha entre sus brazos.

La chica la miraba a ella con curiosidad, aunque al mismo tiempo como si se diese cuenta hasta cierto punto de lo que pasaba por el interior de aquella mujer, sus ojos expresaban compasión.

—Me llamo… Katherine Fremont —dijo Kitty, con voz insegura—. ¿Hablas inglés?

—Sí.

¡Qué preciosa muchacha! Tenía unos ojos luminosos, centelleantes. Ahora, mientras tendía la mano a Kitty, sus labios se abrían en una sonrisa.

Kitty le acarició la mejilla, pero luego dejó caer la mano.

—Soy…, soy enfermera. Quería hablar contigo. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Karen —respondió la muchacha—. Karen Hansen Clement.

Kitty se sentó en la camilla y le pidió que la imitase.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis, mistress Fremont.

—Llámame Kitty, te lo ruego.

—Está bien, Kitty.

—Me han dicho que… cuidas de los chiquillos.

La chica asintió con la cabeza.

—Es maravilloso. Mira…, yo quizá venga a trabajar aquí… y…, y, bueno, me gustaría saber todo lo relativo a ti. ¿Te molestaría explicarme tu vida?

Karen sonrió. Ya le había puesto cariño a Kitty y conocía por instinto que aquella mujer quería, necesitaba mucho afecto.

—Originariamente —empezó Karen—, procedo de Alemania… De Colonia,

Alemania… Pero de esto hace mucho tiempo…

# CAPÍTULO XI

*COLONIA, ALEMANIA, 1938*

La vida es una maravilla si una es una señorita de siete años y su papá es el famoso profesor Johann Clement y es la época del Carnaval en Colonia. En la época del Carnaval hay muchas cosas extraespeciales, pero una cosa siempre extraespecial es dar un paseo con papá. Una puede pasear bajo los tilos por las orillas del Rhin o puede corretear por el parque zoológico, que tiene las jaulas dé monos más preciosas del mundo entero; o pasear por delante de la Catedral y levantar la vista hacia aquellas torres gemelas de más de ciento cincuenta metros de altura que se diría que perforan el cielo. Y lo mejor de todo es pasear por el bosque municipal muy a primeras horas de la mañana con papá y «Maximilian». «Maximilian» es el perro más notable de Colonia, aunque tenga un aspecto un tanto raro. Naturalmente, a «Maximilian» no se le deja entrar en el zoo.

A veces una se lleva también en sus paseos a Hans, pero los hermanitos pequeños suelen resultar una molestia.

Si una es una niña de la edad dicha, ama también a su mamaíta, y desea que mamá vaya a pasear un bebé y esos días se siente un poco malhumorada. Sería muy agradable que ahora viniera una hermanita, porque con un hermanito hay bastante para agotarle a una su capacidad de resistencia.

El domingo todo el mundo, excepto el pobre «Maximilian», que ha de vigilar la casa, monta en el coche, y papá lo guía por la orilla del Rhin hasta Bonn, donde vive abuelita. Muchos de los tíos y tías y primos pequeños se reúnen todos los domingos, y abuelita ha preparado un centenar de pastelitos y hasta quizá más.

Cuando llega el verano, pronto se hace una excursión maravillosa por toda la costa del Norte y a través de la Selva Negra, o hacia el «Hotel Park» de Brenner, en los manantiales de Baden-Baden. ¡Vaya nombre divertido: Baden-Baden!

El profesor Johann Clement es un hombre tremendamente importante. En la Universidad todo el mundo se quita el sombrero y se inclina y saluda: «Buenos días, herr doctor». Por la noche vienen otros profesores y sus esposas y a veces, quince o veinte estudiantes se amontonan en el estudio de papá. Y cantan, y discuten y beben cerveza toda, toda la noche. Antes de empezársele a hinchar el abdomen, a mamá le gusta bailar y bromear con ellos.

¡Ah, cuántos sabores y olores y sensaciones y sonidos divinos, incomparables hay para una niña de siete años que vive feliz!

Los mejores ratos se los proporcionaban las noches en que no venían visitas y papá no tenía que trabajar en su despacho ni dar ninguna conferencia. La familia

entera sentábase delante del hogar. Era un encanto estar sentada sobre las piernas de papá y contemplar las llamas y oler el aroma de su pipa y escuchar su voz dulce y profunda mientras le leía un cuento de hadas.

En aquellos años de 1937 y 1938 ocurrían muchas cosas raras que una no comprendía del todo. La gente parecía asustada de algo y hablaba en susurros…, especialmente en sitios como la Universidad. Pero… estas cosas parecen sin importancia cuando llega la época del Carnaval.

El profesor Johann Clement, tenía mucho en qué pensar. Con tanta demencia por todo su alrededor uno había de conservar la cabeza bien sentada. Clement opinaba que un científico podía tabular el curso de los acontecimientos relativos al hombre lo mismo que podía formar diagramas de los movimientos y las olas del mar. Existían oleadas de pasión y de odio y oleadas de completa demencia. Estas oleadas llegaban a un punto máximo y luego se disolvían en la nada. Toda la humanidad vivía en aquel mar, excepto unas pocas individualidades refugiadas en islas tan elevadas y secas que quedaban siempre fuera del alcance de la corriente humana de la vida. La Universidad —decíase Johann Clement— era una de tales islas, uno de tales santuarios.

Una vez, durante la Edad Media, levantóse una oleada de odio y de ignorancia mientras los cruzados mataban judías. Pero pasó la época en que se acusaba a los judíos de desencadenar la peste y de envenenar los manantiales de los cristianos. Durante el Siglo de las Luces que sucedió a la Revolución Francesa, los mismos cristianos arrancaron las puertas de entrada a los *ghettos*. En aquella nueva era la grandeza de Alemania y los judíos habían sido dos cosas inseparables. Los judíos subordinaban sus propios problemas a los problemas de la humanidad; se fundían en la sociedad mayor. ¡Y cuántos grandes hombres salieron de esa conjunción! Heine, y Rothschild, y Karl Marx, y Mendelssohn, y Freud. La lista era interminable. Aquellos hombres, igual que el mismo Johann Clement, eran alemanes primero, después y siempre.

El antisemitismo estaba unido íntimamente con la historia del hombre, razonaba consigo mismo Johann Clement. Formaba una parte del vivir, era casi como una verdad científica. Lo único que variaba era su intensidad y su contenido. Ciertamente, él se daba cuenta de que vivía en un ambiente mucho mejor que los judíos de la Europa oriental y que los que se hallaban en condiciones semibárbaras en África. Los «juramentos de humillación» y la matanza de Francfort pertenecían a otra edad.

Por más que Alemania cabalgase sobre otra oleada él no se volvería de espaldas y echaría a correr. Ni dejaría de estar convencido de que el pueblo alemán, con su gran herencia cultural, acabaría por desembarazarse de los elementos anormales que se habían apoderado temporalmente del Gobierno del país.

Johann Clement iba contemplando cómo caía golpe tras golpe. Primero se

desataron las atrocidades verbales, luego vinieron las acusaciones y las insinuaciones escritas. Después se produjo el *boicot* a los negocios y a los profesionales hebreos, después todavía las humillaciones públicas: las palizas y el tirar de las barbas a los judíos. A continuación vino el terror nocturno de las Camisas Pardas. Por último vinieron los campos de concentración.

Gestapo, SS, SD, KRIPO, RSHA… Pronto cada familia alemana estuvo bajo la vigilancia nazi, y la argolla de la tiranía se cerró más y más hasta ahogar y matar la última voz de protesta.

Pero todavía el profesor Johann Clement, como la mayoría de los judíos de Alemania, siguió creyéndose inmune a la nueva amenaza. Su abuelo había establecido una tradición en la Universidad. La Universidad era la isla, el santuario de Johann Clement, quien se identificaba a sí mismo como absolutamente alemán.

Hubo un domingo concreto que una no olvidaría jamás. Todo el mundo se había reunido en casa de abuelita, en Bonn. Hasta tío Ingo había venido del lejano Berlín. Todos los niños fueron dejados a jugar fuera y la puerta de la sala de estar se había cerrado.

De regreso a Colonia, ni papá ni mamá pronunciaron una sola palabra. A veces las personas mayores se portan como chiquillos. Apenas llegar a casa Hans y una misma, habían sido enviados a la cama sin un momento de pausa. Pero ya eran muchas, cada vez más, las conversaciones secretas como aquélla y si una se ponía junto a la puerta y abría nada más que una pizquita lo oía todo. Mamá estaba terriblemente trastornada; papá, tan tranquilo como siempre.

—Johann, querido, hemos de pensar en un traslado. Esta vez no nos pasarán por alto. La situación se pone de tal modo que me da miedo salir a la calle con los niños.

—Acaso sea tu embarazo lo que te hace pensar que las cosas están peor.

—Hace cinco años que vas diciendo que mejorarán. Y no mejorarán.

—Mientras permanezcamos en la Universidad… estamos a salvo.

—En nombre de Dios, Johann… ¡Deja de vivir en el paraíso de los tontos! No nos queda ningún amigo. Los estudiantes ya no vienen nunca a esta casa. Todas las personas que conocemos están demasiado amedrentadas para dirigirnos la palabra.

Johann Clement encendió la pipa y suspiró. Miriam se acurrucó a sus pies y apoyó la cabeza en su regazo, y él le acarició el cabello. Junto a ellos «Maximilian» se estiraba y refunfuñaba delante del fuego.

—Mucho me gustaría ser tan valiente y tan comprensiva como tú —suspiró Miriam.

—Mi padre y mi abuelo enseñaron aquí. Yo nací en esta casa. Mi vida, las únicas cosas que he querido, las únicas cosas que he amado siempre, están en estas habitaciones. Mi única ambición es que después de mí, Hans las ame del mismo modo. A veces me pregunto si he sido leal contigo y con los niños…, pero hay algo

en mi interior que no me permite huir. Un tiempo más, Miriam… esto pasará…, esto pasará…

*19 DE NOVIEMBRE, 1938*

> *¡200 sinagogas allanadas!*
> *¡200 viviendas judías destrozadas!*
> *¡8000 tiendas judías saqueadas y arruinadas!*
> *¡50 judíos asesinados!*
> *¡3000 judíos terriblemente apaleados!*
> *¡20 000 judíos arrestados!*

> ¡DESDE HOY EN ADELANTE NINGÚN JUDÍO PUEDE DIRIGIR NEGOCIOS NI EMPRESAS!
>
> ¡DESDE HOY EN ADELANTE NINGÚN NIÑO JUDÍO PUEDE ENTRAR EN UNA ESCUELA PÚBLICA!
>
> ¡DESDE HOY EN ADELANTE NINGÚN NIÑO JUDÍO PUEDE ENTRAR EN UN PARQUE PUBLICO O JARDÍN DE RECREO!
>
> ¡UNA MULTA ESPECIAL DE CIENTO CINCUENTA MILLONES DE DÓLARES QUEDA IMPUESTA POR LA PRESENTE SOBRE TODOS LOS JUDÍOS DE ALEMANIA!
>
> ¡DESDE HOY EN ADELANTE TODOS LOS JUDÍOS DEBEN LLEVAR UNA BANDA AMARILLA EN EL BRAZO CON LA ESTRELLA DE DAVID!

Costaba creer que las cosas pudieran ponerse peor. Pero la marea subió más y más, hasta que las olas llegaron a abatirse un día sobre la isla de Johann Clement; el día en que Karen entró corriendo en casa con la cara cubierta de sangre y las palabras: «¡Judía! ¡Judía! ¡Judía!», estallando en sus orejas.

Cuando un hombre tiene unas raíces tan profundas y una fe tan firme, destruir su fe supone desencadenar en él una catástrofe espantosa. Johann Clement no sólo había sido un estúpido, sino que, además, había puesto la vida de su familia en peligro. Buscando un camino para salir de aquel atolladero fue a parar a la Gestapo de Berlín. De regreso de Berlín permaneció dos días y dos noches encerrado en su despacho, inclinado sobre su mesa escritorio, con los ojos fijos en el documento que tenía ante sí. Era un papel mágico que la Gestapo le había ofrecido. Firmando aquel papel se libraría él mismo y libraría a su familia de todo daño posterior. Era un salvoconducto hacia la vida. Lo leyó y releyó una y mil veces hasta saberse de memoria todas las

palabras de todas sus páginas.

«… Yo, Johann Clement, después de la pesquisa anteriormente reseñada y habida cuenta de los innegables hechos aquí contenidos, tengo la convicción absoluta de que los datos relativos a mi nacimiento fueron falsificados. Yo no pertenezco ahora ni he pertenecido nunca a la religión judía. Soy ario y…».

¡Fírmalo! ¡Fírmalo! Un millar de veces cogió la pluma para escribir su nombre en el papel. ¡No era ocasión para actitudes heroicas! El jamás había sido un verdadero judío… ¿Por qué no firmar?… ¡Si era lo mismo! ¿Por qué no firmar?

La Gestapo había puesto claramente de manifiesto que Johann Clement no tenía sino una alternativa. Si no firmaba el documento inmediatamente y prolongaba las pesquisas, su familia sólo podría abandonar Alemania a condición de que él se quedara como rehén político.

La tercera mañana salió de su estudio, demacrado, y fijó la mirada en los ojos ansiosos de Miriam. Luego se acercó a la lumbre y echó el documento a las llamas.

—No puedo —murmuró—. Debes trazar planes para huir inmediatamente de Alemania con los niños.

Un miedo terrible le invadía ahora por cada momento que su familia permanecía allí. Cada llamada a la puerta, cada campanilleo del teléfono, cada pisada le traían un terror nuevo, jamás conocido por él.

Trazó sus planes. Primero la familia iría a vivir con algún colega, en Francia. Miriam había llegado casi al final de su embarazo y no podía hacer largos viajes. Cuando hubiera nacido el niño y ella hubiese recobrado las fuerzas, continuarían hasta Inglaterra o América.

No había que perder por completo las esperanzas. En cuanto la familia estuviera a salvo podría pensar en sí mismo. En Alemania actuaban unas cuantas sociedades secretas especializadas en sacar del país a los científicos germanos. A él le habían indicado una que actuaba en Berlín, un grupo de judíos de Palestina que se daban el nombre de Mossad Aliyah Bet.

Los baúles estaban hechos, la puerta de la casa cerrada. Marido y mujer pasaron aquella última noche sentados en silencio esperando angustiados un milagro súbito que les concediese un respiro.

Pero aquella noche, la víspera del día de la salida, Miriam Clement empezó a sentir los dolores del parto. Como no le permitieron ir a un hospital tuvo que dar a luz en su propio dormitorio. Tenían otro hijo. El alumbramiento había sido difícil y complicado; Miriam necesitaba varias semanas de convalecencia.

¡El pánico se apoderó de Johann Clement! En sueños y despierto veía a su familia encerrada en la trampa sin medio ninguno de evitar el holocausto inminente.

Movido por un ansia frenética corrió al número 10 de la Meinekestrasse, de Berlín, el edificio en donde se albergaba la Mossad Aliyah Bet. El edificio era una

confusión, un griterío de gente que quería salir de Alemania.

A las dos de la madrugada le hicieron entrar en una oficina donde un hombre muy joven y muy cansado le saludó. Aquel hombre se llamaba Ari Ben Canaan y era un palestino encargado de facilitar la fuga de los judíos alemanes.

—Prepararemos su salida, doctor Clement —suspiró—. Vuélvase a casa; nos pondremos en contacto con usted. Tendré que conseguir un pasaporte, un visado… Habré de sobornar a determinadas personas. Necesitamos algunos días.

—No es para mí. Yo no puedo irme, ni puede mi esposa. Tengo tres hijos. A ellos debe hacer salir.

—Debo hacerles salir —repitió Ben Canaan, imitando el tono y el gesto—. Doctor, usted es un hombre importante. A usted puedo ayudarle. A sus hijos no.

—¡Debe hacerlo! ¡Debe hacerlo! —gimió el padre.

Ari Ben Canaan pegó un puñetazo sobre la mesa y se puso en pie de un salto.

—¿No ha visto la multitud que espera fuera? ¡Todos quieren salir de Alemania! —Inclinándose sobre la mesa, Ben Canaan acercó su rostro a una pulgada del de Johann Clement—. Cinco años enteros les hemos pedido, les hemos suplicado que abandonasen Alemania. Ahora, aun en el caso de que pudieran salir, los ingleses no les dejarían entrar en Palestina. «Somos alemanes…, somos alemanes…, no nos harán nada…», decían ustedes. ¿¡Qué puedo hacer yo ahora, en nombre de Dios!?

Ari estiró el cuello para deshacer el nudo que sentía en la garganta y se dejó caer sobre la silla. Sus ojos se cerraron un momento; su rostro se contrajo de cansancio. Cogió de encima de la mesa un legajo de papeles y los hojeó.

—He conseguido visados para que puedan salir de Alemania cuatrocientos niños. Algunas familias de Dinamarca se han declarado dispuestas a hacerse cargo de ellos. Hemos organizado un tren. Incluiré a uno de sus hijos.

—Yo… yo… tengo tres hijos…

—Y yo diez mil. Pero no tengo visados. Ni nada con qué luchar contra la Marina inglesa. Le recomiendo que envíe al mayor, que sabrá valerse más por sí mismo. El tren sale mañana noche de la estación de Postdam en Berlín.

Medio dormida, Karen apretaba contra sí su muñeca de trapo predilecta. Papá estaba arrodillado delante de ella.

—Será un viaje espléndido, Karen. Exactamente igual que ir a Baden-Baden.

—Pero yo no quiero ir, papá.

—Bien, mira… Fíjate en todos estos simpáticos niños y niñas que irán contigo.

—Pero yo no les quiero a ellos conmigo. Te quiero a ti, a mamá, a Hans y a «Maximilian». Y quiero volver a ver a mi hermanito pequeño.

—Eh, eh, oye, Karen Clement. Mi niña nunca llora.

—No…, no…, prometo que no lloraré… Papá…, papá…, ¿os veré pronto?

—Pues, sí…, haremos todo lo posible…

Una mujer se detuvo detrás de Johann Clement y le tocó en el hombro.

—Lo siento —dijo—. Ha llegado la hora de partir.

—Yo la subiré.

—No, lo siento. No puede subir al tren ningún padre.

Johann Clement asintió bajando la cabeza, dio un rápido abrazo a Karen y se quedó atrás mordiendo la pipa con tal rabia que le dolían los dientes. Karen se cogió a la mano de la mujer, luego se detuvo y se volvió para entregar la muñeca de trapo a su padre.

—Papá…, toma mi muñeca. Ella cuidará de ti.

Docenas y docenas de padres acongojados se agolpaban contra los costados del tren y los pequeños que partían se agolpaban en las ventanillas, gritando, mandando besos, haciendo adioses, esforzándose por lanzar una última y fugitiva mirada.

Johann Clement miraba, pero no pudo ver a su hija.

La mole de acero rechinó y se puso en movimiento. Los padres la seguían, corriendo, gritando los adioses finales.

Johann Clement se quedó inmóvil a la orilla de la multitud.

Al pasar el último vagón vio a Karen de pie, tranquila, en la plataforma posterior. La niña se llevó la mano a los labios y le envió un beso, como si supiera que no le volvería a ver.

El padre siguió con la mirada aquella figurita que se Hacía más pequeña, más pequeña, cada vez más pequeña. Y que luego se disipó. Entonces bajó la vista a la muñequita de trapo que tenía en la mano.

—Adiós, vida mía —dijo en un murmullo.

## CAPÍTULO XII

Aage y Meta Hansen habitaban una casa preciosa en los suburbios de Aalborg, Eran, para una niña, lo más conveniente, puesto que no tenían hijos. Los Hansen eran mucho más viejos que los Clement: Aage tenía el pelo ya bastante canoso y Meta no se podía ni comparar en belleza a Miriam; pero a pesar de todo Karen encontró en ellos el calor y la protección de un hogar ya desde el mismo instante en que cogieron su cuerpecito soñoliento y lo depositaron en su coche.

El viaje en tren hasta Dinamarca la había dejado aturdida. Karen no recordaba otra cosa que los sollozos ahogados de los niños que tenía a su alrededor. Lo demás era contusión: gente que les hacía formar en filas…, gente que ponía a cada uno un rótulo…, caras extrañas…, un lenguaje extraño… Luego: salas de espera…, autobuses…, más rótulos…

Al final la dejaron sola en el cuarto donde Meta y Aage Hansen esperaban ansiosos. Aage se arrodilló y la levantó en brazos y la llevó al coche y Meta la mimó y la acarició todo el trayecto hasta Aalborg y Karen comprendió que estaba en buenas manos.

Aage y Meta se quedaron, expectantes, en la puerta mientras Karen entraba de puntillas, con cautela, en el cuarto que le habían preparado; un cuarto lleno de muñecas y de juguetes y de vestidos y de recuerdos y de todo o casi todo lo que una chiquilla pudiera llegar a desear. Y entonces Karen vio todavía el cachorrillo lanoso que la esperaba en su cama. Arrodillóse a su lado, acaricióle y el perrito le lamió la cara y ella sintió el contacto de la naricilla húmeda contra su mejilla. Karen volvió la vista hacia los Hansen y les sonrió. Ellos también sonrieron.

Las primeras noches sin papá ni mamá fueron espantosas. Sorprendía ver lo mucho que echaba de menos a Hans. Karen mordisqueaba la comida y se quedaba sentada, sola y calladita en su cuarto, con el perrito, al que había puesto el nombre de «Maximilian». Meta Hansen lo comprendía. Por la noche se tendía al lado de Karen y la tenía en brazos y la consolaba hasta que los sollozos apagados, suaves de la niña se disolvían en el sueño.

Durante la semana siguiente vino una procesión continuada de visitantes trayéndole regalos. Todos parecían ocuparse mucho de ella y parloteaban en una lengua que Karen seguía sin comprender todavía. Los Hansen estaban muy orgullosos y ella hacía lo posible por mostrarse agradable con todo el mundo. Al cabo de unos días más se aventuró a salir de casa.

Karen se había encariñado terriblemente con Aage Hansen. Aage fumaba en pipa como papá y le gustaba pasear. Aalborg era una población interesante. Igual que Colonia, tenía un río, llamado el Limfjorden. Míster Hansen era un abogado de mucha fama; parecía tan importante como papá…, pero es que como papá había

pocos.

—Escucha, Karen —dijo una noche Aage—. Hace casi tres semanas que estás con nosotros y nos gustaría hablar contigo de una cosa muy importante.

El abogado se llevó las manos a la espalda, púsose a pasear por la habitación y se expresó de una manera apropiada para que ella le comprendiese. Le explicó que en Alemania se estaba muy mal y que su mamá y su papá creían conveniente que por el momento se quedase con ellos, con los Hansen. Aage Hansen siguió hablando y le dijo que ellos sabían que jamás podrían ocupar el puesto de sus verdaderos padres, pero que no habiéndoles dado Dios hijos propios eran muy dichosos teniéndola a ella y querían que ella también fuera muy feliz con ellos.

Sí, Karen lo comprendía todo muy bien y les dijo a Aage y a Meta que no le dolía vivir con ellos por el momento.

—Y, mira, Karen, querida, si nosotros nos quedamos contigo por una temporadita y como te queremos tanto, tanto, habíamos pensado…, ¿te gustaría quedarte tú nuestro nombre?

Karen lo pensó. Le parecía que Aage tenía otros motivos además. Su pregunta había traslucido aquel tono tan propio de las personas mayores…, un tono como el de papá y mamá cuando hablaban a puerta cerrada. Y Karen movió la cabeza afirmativamente y dijo que también a ella le agradaría.

—¡Magnífico! Entonces tu nombre es Karen Hansen.

La cogieron de la mano como hacían cada noche, la acompañaron al cuarto y encendieron la lámpara nocturna. Aage jugó con ella y le hizo cosquillas, y «Maximilian» se mezcló en el alboroto. Karen rió. Luego se acostó y rezó sus oraciones.

—… Dios bendiga a mamá y a papá, y a Hans, y a mi nuevo hermanito, y a todos mis tíos y tías, y a mis primos…, y Dios bendiga a los Hansen, que son tan buenos…, y Dios bendiga a los dos «Maximilian»…

—Vuelvo dentro de unos momentos para hacerte compañía —le dijo Meta.

—Está bien. Pero no es preciso ya que me haga compañía. «Maximilian» cuidará de mí.

—Buenas noches, Karen.

—Oiga, Aage.

—Di.

—¿Es que los daneses también odian a los judíos?

> Queridos doctor Clement y señora:
>
> Hace ya seis semanas que Karen está con nosotros. ¡Qué niña tan excepcional es! Su maestra nos dice que hace grandes progresos en la escuela. Sorprende la rapidez con que aprende el danés. Supongo que se

debe al hecho de encontrarse entre niñas de su edad. Tiene ya muchísimas amigas.

El dentista nos aconsejó que le arrancásemos un diente a fin de dejar sitio para otro. Fue cosa de nada. Tenemos el proyecto de hacerla empezar pronto a tomar lecciones de música; en cartas sucesivas les hablaremos de ello.

Cada noche en sus oraciones…

Había también una carta de Karen en grandes letras mayúsculas: AMADOS MAMA, PAPA, HANS, «MAXIMILIAN» Y MI NUEVO HERMANITO PEQUEÑO: OS AÑORO MUCHO MÁS DE LO QUE SABRÍA DECIROS…

El invierno es tiempo de patinar por las orillas heladas del Limfjorden y de construir castillos de nieve y de ir en trineo y de sentarse delante de una gran lumbre y de que Aage le frote a una los piececitos helados.

Pero el invierno pasó y el Limfjorden desató nuevamente sus ondas y el campo estalló en un abrirse de flores silvestres. Y vino el verano y se fueron todos a la playa de Blokhus, sobre el Mar del Norte y Karen, Meta y Aage se internaron cien millas en el mar con una embarcación de vela.

La vida resultaba completa y magnífica en compañía de los Hansen. Karen tenía una infinidad de amigas «íntimas» y gozaba infinito yendo de compras con Meta al mercado del pescado, tan impregnado de olores, o estando a su lado en la cocina y aprendiendo a guisar. Meta tenía un don para muchas cosas, como el coser o el ayudarla en los estudios, y era un consuelo incomparable, sentada al lado de su cama, cuando a Karen le entraba una fiebre repentina o cuando le dolía la garganta.

Aage siempre tenía para ella los brazos abiertos y una sonrisa en los labios y parecía casi tan sabio y tan bueno como su propio papá. Pero también sabía ser muy severo cuando la ocasión lo requería.

Un día Aage le pidió a Meta que entrase en su despacho, mientras Karen estaba en su lección de danza. Aage se mostraba pálido y excitado.

—Acabo de llegar de la Cruz Roja —le dijo a su mujer—. Han desaparecido todos. Por completo, sin dejar rastro. La familia entera. No consigo noticia de ninguna clase de Alemania. Lo he probado todo…

—¿Qué opinas, Aage?

—¿Qué se puede opinar? Que les han matado a todos en un campo de concentración… o cosa peor.

—¡Oh, Dios mío!

No tuvieron valor para decir a Karen que su familia entera había desaparecido. Karen empezó a sospechar cuando las cartas de Alemania se interrumpieron, pero el miedo le impidió hacer preguntas. Amaba a los Hansen y confiaba en ellos

implícitamente. El instinto le decía que si no le hablaban de su familia algún motivo tendrían para ello.

Además, por otra parte, se estaba produciendo un extraño fenómeno. Karen echaba mucho de menos a sus familiares, pero en cierto modo las imágenes de su madre y de su padre parecían volverse cada vez más y más vagas. Cuando un niño de ocho años lleva tanto tiempo apartado de sus padres, cuesta más y más recordarlos. Karen se reprochaba a veces el no saber recordar con más nitidez.

Al final del año apenas guardaba memoria de cuando no era una niña danesa llamada Karen Hansen.

*NAVIDAD DE 1939*

Rugía la guerra en Europa; había pasado un año desde que la niña llegó a casa de los Hansen. Su voz argentina entonaba un himno dulce y Meta la acompañaba al piano. Después de los cantos, Karen fue al armario de su cuarto donde había escondido el regalo de Navidad que confeccionara en la escuela y se lo entregó con gesto satisfecho. El paquete llevaba una dedicatoria trazada por su mano que decía: A MAMA Y A PAPA DE SU HIJA, KAREN.

*8 DE ABRIL, 1940*

La noche estaba poblada de amenazas. Una aurora húmeda trajo el sonido escalofriante de las botas militares que marcaban el paso pisoteando la frontera. Con la primera luz del día atracaron en Dinamarca barcaza tras barcaza de soldados cubiertos con los grises cascos de acero, barcazas que habían cruzado por canales e islas cubiertos de niebla. El Ejército alemán penetraba silenciosamente, con la eficacia de un robot, y se dispersaba por todo lo largo y lo ancho del país.

*¡9 DE ABRIL, 1940!*

La gente se lanzó a la calle en tropel.

«Aquí la Radio del Estado danés. ¡Hoy a las cuatro quince el Ejército alemán ha cruzado nuestra frontera por Saed y Krussa!».

Completamente desconcertados por la rapidez de rayo de aquel golpe magistralmente ejecutado, los daneses se pegaban a sus receptores de radio esperando la palabra del rey Christian. Y la proclama llegó. Dinamarca capitulaba sin disparar un tiro en su propia defensa. El aplastamiento de Polonia le había enseñado que la

resistencia era inútil.

Meta Hansen sacó a Karen de la escuela y preparó el equipaje para huir a Bornholm o a otra isla lejana. Aage la calmó y la persuadió para que esperase tranquilamente a ver qué pasaba. Se precisaban semanas y hasta meses para que los alemanes tuvieran el gobierno en marcha.

La vista de la cruz gamada y de los soldados alemanes abrió en la mente de la niña una riada de recuerdos. Y con ellos volvió el miedo. Aquellas primeras semanas todo el mundo parecía desorientado; pero Aage conservaba la calma.

La administración alemana y las fuerzas de ocupación hacían promesas deslumbrantes. Decían que los daneses también eran arios. Eran, indudablemente, como hermanos menores y el principal móvil de la ocupación había sido el de protegerles de los bolcheviques. Dinamarca —decían— continuaría en libertad de dirigir sus asuntos internos y se convertiría en un protectorado modelo. Con esto, cuando se hubo calmado la primera sorpresa, reinstauróse una apariencia de normalidad.

El venerable rey Christian reanudó sus paseos cotidianos a caballo desde el Palacio Amalienborg, de Copenhague. Cabalgaba gallardamente solo por las calles y su pueblo seguía su ejemplo. La orden del día era la resistencia pasiva.

Aage había tenido razón. Karen volvió a la escuela y a sus lecciones de baile y la vida siguió su curso en Aalborg casi como si nada hubiera pasado.

Vino el año 1941. Ocho meses de ocupación alemana. Cada día resultaba más obvio que entre los alemanes y los habitantes de su «protectorado modelo» la tensión iba en aumento. El rey Christian seguía irritando a los conquistadores a fuerza de desaires. Del mismo modo, la gente ignoraba a los alemanes todo lo que podía, o, peor aún, se mofaba de su pomposidad y se reía de sus proclamas. Cuanto más reían los daneses más se enfurecían los alemanes.

Todas las ilusiones que hubieran podido hacerse los primeros al principio de la ocupación quedaron pronto desvanecidas. En el plan magistral de los alemanes la maquinaria danesa, los alimentos daneses y la geografía danesa tenían un destino señalado: Dinamarca había de convertirse en otro engranaje de la máquina de guerra alemana. En consecuencia, siguiendo el ejemplo de sus camaradas escandinavos en Noruega, a mediados de 1941, los daneses habían formado un grupo clandestino reducido pero resuelto.

El doctor Werner Best, gobernador alemán de Dinamarca, se pronunciaba en favor de una política de moderación para el «protectorado modelo», siempre y cuando los daneses cooperasen pacíficamente. Las medidas contra ellos resultaban benignas en comparación con las de otros países ocupados. A pesar de todo, el movimiento clandestino crecía por momentos. Aunque los miembros de la resistencia no podían hacerse la ilusión de enfrentarse en combate con las tropas alemanas, ni de

planear un levantamiento general, encontraron una manera de dar salida a su odio contra los alemanes con el sabotaje.

El doctor Werner Best no se dejó ganar por el pánico. Con toda calma se puso a la tarea de organizar simpatizantes nazis entre los daneses a fin de combatir aquella nueva amenaza. El HIPO, un Cuerpo promovido por los alemanes, fue una cuadrilla de terroristas daneses a los cuales se asignó la misión de realizar acciones punitivas contra sus propios conciudadanos. A cada acto de sabotaje respondía una represalia de los grupos del HIPO.

Mientras transcurrían los meses y los años de la ocupación alemana, Karen celebró su decimoprimero y su decimosegundo aniversarios en el remoto Aalborg, donde la vida parecía completamente normal. Las noticias de los sabotajes y el estallido ocasional de los disparos o de alguna explosión eran sólo otros tantos motivos momentáneos de excitación.

En Karen empezaba a florecer la femineidad. Sintió las primeras emociones y las primeras desesperaciones que da el querer profundamente a otra persona que no sean los padres o una amiga. El joven Mogens Scrensen, el mejor jugador de fútbol de la escuela, era el galán de Karen, la cual constituía el centro de las envidias de todas las otras muchachas.

Sus aptitudes para la danza indujeron a la profesora a insistir cerca de Meta y de Aage para que la dejasen presentar como aspirante al Ballet Real de Copenhague. Decía la profesora que era una chica con grandes facultades y que parecía expresar por medio de la danza una sensibilidad muy superior a sus años.

Con la llegada del 1943, los Hansen se pusieron más y más inquietos. El movimiento clandestino danés estaba en contacto con el Alto Mando aliado al que proporcionaba informaciones vitales acerca de las fábricas de material de guerra y de los depósitos de municiones en el interior de Dinamarca. Cooperaba también, además, señalando el emplazamiento de tales blancos a los bombarderos «Mosquito» de la RAF inglesa.

Los miembros del HIPO y otros terroristas patrocinados por los alemanes acentuaron las represalias. Al ver que la actividad arreciaba. Aage empezó a reflexionar. En Aalborg todo el mundo conocía el origen de Karen. Si bien por el momento no se había tomado ninguna medida contra los judíos daneses, podía producirse cualquier día un estallido repentino. Por lo demás, podía estar seguro de que los del HIPO habían comunicado a los alemanes todos los datos relativos a Karen. Al final, Meta y Aage decidieron vender su casa de Aalborg y trasladarse a Copenhague bajo el pretexto de que al marido se le ofrecía allá una mejor oportunidad y de que Karen podría perfeccionarse más en el «ballet».

En el verano de 1943, Aage entró a formar parte de una firma de abogados de la capital, entre cuyo millón de habitantes confiaban poder pasar perfectamente

inadvertidos. Un certificado de nacimiento y otros documentos falsos debían demostrar que Karen era verdaderamente hija suya. Karen hubo de despedirse de Mogens Scrensen y sufrió el dolor de sentirse el corazón destrozado.

Los Hansen encontraron un piso precioso situado en la Sortedams Dosseringen, que era una calle bordeada de árboles que miraba al lago artificial, cruzada por numerosos puentes por los cuales se iba a la ciudad vieja.

Vencidas las dificultades de la readaptación, Karen se prendó de Copenhague. Era un país de hadas sobre la faz de la tierra. En compañía de Aage y de Meta pasaba horas y horas deambulando para contemplar las maravillas de la ciudad. Los lugares hermosos eran innumerables: en los contornos del puerto, más allá de la estatua de la Pequeña Sirena, a lo largo de Langelinie, o cruzando los jardines florecientes de la Ciudadela, o los de Christiansborg Palace; amén de los canales y de las pequeñas y estrechas avenidas formadas por las antiguas casas de ladrillo de cinco pisos. Había también las riadas interminables de bicicletas y aquel incomparable mercado de pescado de Gammel Strand, tan grande y ruidoso que hubiera cubierto de vergüenza al de Aalborg.

Pero la joya de la corona de aquel país de hadas que se llamaba Copenhague era el «Tivoli», un laberinto de luces giratorias, de calzadas, de teatros, de restaurantes, de kilómetros de parterres de flores, con la banda infantil, y el Wivex Restaurant, y los castillos de fuegos artificiales y el estallido continuo de las carcajadas. Karen no tardó en maravillarse de haber podido vivir en otra parte que no fuese Copenhague.

Un día, Karen bajó por la calle corriendo, subió las escaleras de dos en dos, y abrió de un empujón la puerta del piso y echó los brazos al cuello de Aage, que estaba tratando de leer el diario.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Papá!

Y arrastrándole fuera de su asiento empezó a bailar por el cuarto. Luego le dejó, aturdido, en el centro de la estancia y se puso a danzar por encima de los muebles, saltando de nuevo hacia él y volviendo a rodearle con sus brazos. Meta apareció sonriente en el umbral.

—Tu hija está tratando de explicarte que ha sido admitida en el Ballet Real.

—Vaya, vaya, esto está muy bien —dijo Aage.

Aquella noche, cuando Karen estuvo dormida, Meta pudo derramar por fin su orgullo en los oídos de su marido.

—Dicen que es una entre un millar. Con cinco o seis años de preparación intensiva puede llegar a la misma cumbre.

—Esto está muy bien…, esto está muy bien —iba diciendo Aage, procurando disimular lo orgulloso que también él se sentía.

Pero en Copenhague no todo eran países de hadas, dichas y felicidades. Cada noche sacudían el suelo explosiones provocadas por el movimiento clandestino,

explosiones que iluminaban el firmamento; y la danza de las llamas y el estampido y el traqueteo de las ametralladoras llenaban los aires.

¡*Sabotaje*!

¡*Represalia*!

Los hombres del HIPO se pusieron a destruir metódicamente lugares y cosas que fueran una fuente de placer para los daneses. Los terroristas, protegidos por los alemanes, hacían volar teatros y cervecerías y otros lugares de esparcimiento. El movimiento clandestino danés devolvía el golpe cebándose en las fábricas que alimentaban a los alemanes de máquinas de guerra. De este modo los días y las noches no tardaron en verse sacudidos por el trueno de la destrucción y por los cascotes que cruzaban el aire.

Durante los desfiles de los alemanes las calles quedaban desiertas. Los daneses se volvían de espaldas a las ceremonias de los ocupantes. En cambio, en todas las fiestas nacionales danesas, las calles se llenaban de una multitud callada y entristecida. Los paseos cotidianos a caballo del anciano rey se convirtieron en una señal para que centenares y centenares de daneses se reunieran y corrieran tras él prorrumpiendo en saludos y vítores. La situación se caldeaba, se caldeaba, ¡y por fin estalló! La mañana del 29 de agosto de 1934 entró en escena con una explosión que se oyó por todo Seeland. ¡La Flota danesa se había echado a pique a sí misma en un esfuerzo por bloquear los canales de navegación!

Los enfurecidos alemanes lanzaron sus fuerzas contra el edificio del Gobierno y contra el palacio real de Amalienborg. La guardia del rey les hizo frente. Libróse una batalla encarnizada, pero todo terminó con gran rapidez. Soldados alemanes sustituyeron a la guardia del rey. Una veintena de generales de campos alemanes y de oficiales de las SS y de la Gestapo bajaron a Dinamarca a poner a los daneses en cintura. El Parlamento danés quedó disuelto y se proclamó una docena de rencorosos decretos. El «protectorado modelo» dejó de ser un «modelo», si es que alguna vez lo había sido.

Los daneses replicaron a estas medidas incrementando los actos de sabotaje. Arsenales, factorías, depósitos de municiones, puentes, volaban hechos trizas. A los alemanes se les ponían los nervios de punta. El sabotaje danés empezaba a causarles pérdidas de consideración.

Del Alto Mando alemán en el Hotel d'Angleterre salió el decreto: TODOS LOS JUDÍOS DEBEN LLEVAR UNA BANDA AMARILLA EN EL BRAZO CON LA ESTRELLA DE DAVID.

Aquella noche, la radio clandestina transmitió un mensaje a todos los daneses. «Desde el Palacio de Amalienborg el rey Christian ha dado la contestación siguiente a la orden de los alemanes de que los judíos han de llevar la Estrella de David. El rey en persona llevará la primera Estrella de David, y espera que todos los daneses leales

procederán igual».

Al día siguiente en Copenhague la población en peso llevaba bandas amarillas en los brazos con la Estrella de David.

Al otro día los alemanes derogaron la orden.

Si bien Aage no participaba en las actividades del movimiento clandestino, los demás miembros de la razón social de la que formaba parte ocupaban puestos dirigentes, por lo cual de vez en cuando sabía noticias de sus actuaciones. A finales del verano de 1943, su inquietud llegó a tal extremo que resolvió que él y Meta habían de tomar una decisión con respecto a Karen.

—Tenlo por seguro —le dijo a su esposa—. En cuestión de pocos meses, los alemanes recogerán a todos los judíos. No sabemos el momento preciso en que la Gestapo dará el golpe.

Meta Hansen se fue a la ventana y fijó una mirada inexpresiva en el lago y en el puente que comunicaba con la ciudad vieja. Era al atardecer; Karen volvería pronto de la escuela de danza. La mente de Meta estaba ocupada por infinidad de cosas que había estado planeando para celebrar la fiesta del decimotercer cumpleaños de Karen. Sería una espléndida solemnidad; habría catorce invitados de la edad de Karen y tendría lugar en los «Jardines Tivoli».

Aage encendió la pipa, contempló el retrato de Karen sobre su mesa y suspiró.

—Yo no renuncio a ella —dijo Meta.

—No tenemos derecho a…

—Ahora es diferente. Karen no es una judía danesa. Nosotros tenemos documentos acreditativos de que es hija nuestra.

Aage apoyó la mano en el hombro de su esposa.

—Puede darse el caso de que alguno de Aalborg informe a los alemanes.

—No se tomarán tanta molestia por una simple niña.

—¿Todavía no conoces a esa gente?

Meta se volvió con viveza.

—¡La bautizaremos y la adoptaremos legalmente!

Aage movió la cabeza con aire triste. Su esposa se dejó caer sobre un sillón y se mordió el labio. La mano se le había puesto blanca por la fuerza con que se cogía del brazo del asiento.

—¿Qué ocurrirá, Aage?

—Están preparándose para llevar a todos los judíos a las playas de Seeland, junto a los estrechos. Estamos comprando cuantas embarcaciones podemos para hacer viajes hacia Suecia. Los suecos han enviado aviso de que admitirán a todo el mundo y se encargarán de atenderles.

—¡Ah, cuántas noches he permanecido despierta, pensando en esto! He procurado convencerme de que corre mayores riesgos si tiene que huir; una y otra vez

me digo que está más segura aquí con nosotros.

—Piensa lo que dices, Meta.

La mujer miró a su marido con una expresión angustiada y resuelta que él no le había visto nunca hasta entonces.

—Jamás la entregaré, Aage. Sin ella no puedo vivir.

Todos los daneses que fueron requeridos cooperaron en un esfuerzo gigantesco. La población judía en peso de Dinamarca fue trasladada secretamente al norte de Seeland y enviada al refugio seguro de Suecia.

A últimos de aquel mes, los alemanes revolvieron Dinamarca para apresar a los judíos. No encontraron ninguno.

Si Karen continuó indemne en Copenhague, en casa de los Hansen, la responsabilidad de tal decisión había cargado sobre los hombros de Meta un peso aterrador. Desde aquel segundo la ocupación alemana convirtióse para ella en una pesadilla prolongada. Una docena de rumores nuevos la sumergían continuamente en el pánico. Tres o cuatro veces huyó con Karen de Copenhague corriendo a buscar albergue en casa de unos parientes de Jutlandia.

Aage se puso a colaborar más y más con el movimiento clandestino. Ahora se pasaba tres y cuatro noches a la semana fuera de casa. Aquellas noches eran para Meta largas y horribles.

Los saboteadores, actualmente bien organizados y dirigidos, volvían sus energías contra los transportes alemanes. Cada media hora caían bombas sobre una línea de ferrocarril. La red ferroviaria del país no tardó en quedar sembrada de fragmentos de trenes destrozados.

Los del HIPO se vengaron volando los amados «Jardines Tivoli».

Los daneses decretaron una huelga general contra los alemanes. Se lanzaron a la calle y levantaron barricadas por todo Copenhague, enarbolando banderas danesas, americanas, inglesas y rusas.

¡Los alemanes declararon a Copenhague en estado de sitio!

Desde el cuartel general en el Hotel d’Angleterre, el doctor Werner Best chiflaba con rabia:

—¡La chusma de Copenhague ha de probar el látigo!

La huelga general fue vencida, pero el movimiento clandestino perseveró en sus acciones destructivas.

*19 SETIEMBRE, 1944*

Los alemanes internaron a toda la fuerza de policía danesa por no haber sabido dominar al pueblo y por su abierta simpatía hacia los actos realizados contra las

tropas de ocupación. El movimiento clandestino, en una incursión audaz, destruyó las oficinas que contenían los archivos alemanes.

Además manufacturaba armas pequeñas y pasaba combatientes a Suecia para que se alistaran en las Fuerzas Danesas Libres. Por otra parte, volvía su cólera contra los miembros del HIPO, abatiendo una rápida y justiciera mano contra algunos de sus miembros así como contra los daneses traidores.

Los del HIPO y la Gestapo trataron de dar con los responsables desencadenando una oleada de asesinatos de represalia cometidos al azar.

Entonces empezaron a aparecer por la frontera, derramándose hacia el interior de Dinamarca, los refugiados alemanes, gente que se había quedado sin hogar a consecuencia de los bombardeos aliados. Esparciéronse en grandes enjambres por todo el país, cogiendo alimento y cobijo sin pedirlo; robando y saqueando a los daneses, los cuales les volvieron la espalda con desprecio absoluto.

En abril de 1945 circulaban toda clase de rumores.

*4 MAYO, 1945*

—¡Mamá! ¡Papá! ¡La guerra ha terminado! ¡La guerra ha terminado!

## CAPÍTULO XIII

Los vencedores entraron en Dinamarca: los yanquis, los ingleses y las Fuerzas Danesas Libres. Fue una gran semana, una semana de expiación para los del HIPO y los daneses traidores, y para el doctor Werner Best y la Gestapo. Una semana de alegría ensordecedora, delirante, coronada por la aparición del anciano y achacoso rey Christian para la reapertura del Parlamento. El rey habló con voz orgullosa, pero fatigada y quebrada por la emoción.

Para Meta y Aage Hansen, empero, la semana de la liberación no fue una semana de alegría, sino de pesar. Siete años atrás habían salvado a una niña de un gran peligro, habíanla criado y educado y la niña habíase convertido en un capullo en flor. ¡Qué preciosa era! Karen era sinónimo de gracia, belleza y alegría. Tenía una voz pura y dulce, y danzaba con alas mágicas en los pies. Pero había llegado el Día del Juicio…

En una ocasión, alocada por la congoja, Meta Hansen había jurado que jamás la entregaría a nadie. Ahora, Meta Hansen sería víctima de su honradez. Ya no había alemanes que combatir, sólo podía combatir contra su propia bondad cristiana. Y Aage sería víctima, no podía ser menos, de su sentido danés del honor. La liberación echaba sobre ellos el miedo a las noches pobladas de recuerdos y a los días vacíos de objetivo que les aguardaban, privados de la compañía de Karen. Los siete años últimos habíanles envejecido terriblemente. El fenómeno se puso más de relieve cuando se vieron libres de la tensión producida por la guerra. Por duros que hubiesen sido los momentos de prueba, hasta entonces siempre había quedado un resquicio para la risa; ahora que Dinamarca reía se habían terminado para ellos las carcajadas. Los Hansen no pensaban en otra cosa que en ver a Karen, en escuchar su voz, en pasar horas en su cuarto, en un intento desesperado de reunir recuerdos y más recuerdos que poblasen luego su soledad.

Karen sabía lo que se avecinaba. Amaba a los Hansen. Aage siempre había obrado de acuerdo con la equidad. Tenía que esperar a que hablase él primero. Durante dos semanas después de la liberación, la tristeza fue en aumento. Por fin, una noche, después de otra comida silenciosa, Aage se levantó de la mesa quitándose la servilleta. Su bondadosa cara estaba arrugada y su voz era un murmullo monótono.

—Hemos de tratar de encontrar a tus padres, Karen. Es lo más digno —y salió precipitadamente del comedor.

Karen volvió la mirada hacia la puerta por donde había desaparecido el anciano y luego hacia Meta, que estaba sentada al otro lado de la mesa.

—Yo les amo a ustedes —dijo. Y echó a correr hacia su cuarto y se arrojó sobre la cama sollozando, furiosa contra sí misma por hacer sufrir a aquellos dos ancianos. Pero también se odiaba por otra razón: quería enterarse de su pasado.

Unos días después acudieron a la Organización Internacional de Refugiados.

—Ésta es mi hija adoptiva —dijo Aage.

La encargada de estudiar el caso ocupaba aquel puesto sólo desde las pocas semanas transcurridas después de la liberación, pero ya empezaba a pesarle la presencia de parejas como los Hansen acompañadas de algún adolescente como Karen. Día tras día la mujer veíase obligada a participar en la tragedia. En Dinamarca, en Suecia, en Bélgica y en Francia, parejas como los Hansen, que habían escondido, albergado y alimentado niños, se presentaban ahora a recoger su amarga recompensa.

—Deben prepararse para una tarea larga y difícil. En Europa las personas desplazadas son millones. No tenemos la menor idea del tiempo que se precisará para volver a reunir a las familias.

Los Hansen dejaron en su poder una relación de todos los detalles conocidos, una lista de todos los parientes que sabían, y las cartas. Karen tenía una familia muy numerosa y su padre había sido un hombre eminente. La empleada les dio una ligera esperanza.

Pasó una semana, dos, y tres…, junio…, julio. Meses de tormento para Aage y Meta. Solían pararse en el umbral del cuarto de Karen cada vez con más frecuencia. Era un rincón hogareño, coquetón, amable, que olía bien. Había allí los patines para hielo de Karen, sus zapatillas de «ballet» y retratos de condiscípulas y de bailarinas famosas. Estaba el retrato de su galán, un muchacho llamado Petersen.

Al final la Organización de Refugiados les llamó.

—De momento nos enfrentamos con un hecho concreto —les dijo la empleada—, y es que todas nuestras pesquisas iniciales han resultado perfectamente infructuosas. Ahora bien, no hay que dar este resultado como definitivo, sino como indicador de que nos espera una tarea larga y difícil. Si fuese yo quien tuviera que decidir, prohibiría en absoluto a Karen irse a Alemania sola; ni acompañada de míster Hansen le dejaría emprender el viaje. En el interior de Alemania hay un caos total y no encontrarían allá un solo dato que no podamos conseguir desde aquí. —La mujer les miró entonces cara a cara—. Debo advertirles una cosa. Cada día recibimos más noticias de que ha ocurrido algo horrible. Mataron a muchos judíos. Empezamos a tener la sensación de que el número de víctimas asciende a millones.

Fue otro respiro para los Hansen, pero ¡a costa de cuán lúgubre idea! ¿Podrían retener a la muchacha a su lado únicamente porque los cincuenta miembros de su familia hubieran encontrado la muerte? Los Hansen se sentían empujados en dos direcciones contrarias. La solución la dio la misma Karen.

A pesar del amor que les había profesado, y del que ellos le tenían a ella, entre Karen y sus protectores había existido siempre una barrera invisible. En los primeros tiempos de la ocupación alemana, Aage le recomendó que no dijese nunca a nadie

que era judía, porque con ello podía poner en peligro su vida. Karen obedeció la orden como obedecía todas las decisiones de Aage, porque le amaba y confiaba en él. Pero aun obedeciéndola no sabía dejar de preguntarse por qué era ella diferente de las otras personas, y cuál sería aquella diferencia que ponía en peligro su vida misma. Era una pregunta que jamás se permitió hacer y que, por lo tanto, quedó sin respuesta. Por lo demás, había sido mantenida lejos de todo contacto con los judíos. Ella se sentía igual que los demás y tenía el mismo aspecto de los demás; y sin embargo, la barrera invisible estaba allí.

Muy posiblemente aquel interrogante hubiera muerto en la mente de la muchacha, a no ser porque los Hansen, sin advertirlo, lo mantuvieron vivo. Aage y Meta eran adictos a las tradiciones de la Iglesia Luterana Danesa, y hasta muy devotos. Cada domingo asistían con Karen a los oficios divinos y cada noche antes de acostarse Aage leía un trozo del Libro de los Salmos. Karen guardaba como un tesoro la pequeña Biblia que los Hansen le regalaron en su décimo cumpleaños y le gustaban con delirio aquellos relatos magníficos y fantásticos; especialmente los de los jueces, de Samuel y de los reyes, llenos del maravillado asombro de los grandes amores, de las guerras y de las pasiones. ¡Leer la Biblia era igual que leer los cuentos del mismo Hans Christian Andersen!

Pero la lectura de la Biblia fue también una fuente de confusiones para Karen. ¡Cuántas veces había querido discutirlo a fondo con Aage! Jesús nació judío como todos los demás de allá; su madre, sus discípulos, todos fueron judíos. La primera parte de la Biblia, la más fascinadora para la mente de Karen, se ocupaba por entero de los judíos. ¿No decía una y mil veces que eran el pueblo elegido por Dios para hacer cumplir Sus Leyes?

Si esto era verdad, ¿por qué resultaba tan peligroso ser judío, y por qué los judíos eran tan odiados? A medida que fue entrando en años, Karen se metió en mayores profundidades. Leyó que Dios castigaba a menudo a los judíos cuando eran malos. ¿Habían sido muy malos?

Karen era una chica curiosa por temperamento; estas preguntas contestadas la dejaban cada vez más perpleja. La Biblia convirtióse en su secreta obsesión. En la soledad de su cuarto estudiaba con detención sus pasajes con la esperanza de hallar alguna respuesta al gran enigma.

Otra cosa ocurrió en su decimocuarto cumpleaños. A aquella edad, las muchachas danesas eran confirmadas en el templo con extraordinaria ceremonia y solemnidad. Pero, a pesar de que Karen había vivido como una danesa y como una cristiana, los Hansen vacilaban en lo tocante a su confirmación. Marido y mujer discutieron el asunto y llegaron a la conclusión de que no podían asumir la responsabilidad de modificar un hecho que había sido decidido por Dios. Así, pues, le dijeron a Karen que, a causa de la guerra y de la incertidumbre de los tiempos, aplazarían la

confirmación. Pero Karen sabía cuál era el motivo verdadero.

Al llegar a casa de los Hansen necesitaba amor y cobijo. Ahora sus necesidades habían aumentado, y entre ellas se contaba la de identificarse a sí misma. El misterio de su familia y de su pasado corría paralelo al ser judía. Para ocupar definitivamente y para siempre su puesto como danesa tenía que poder cerrar la puerta sobre aquellas preguntas candentes. Y era incapaz de lograrlo. Su vida se apoyaba en algo pasajero; un muro invisible —su pasado y su religión— se levantaba entre ella y los Hansen.

Mientras la guerra se acercaba a su término, Karen comprendía que tendría que separarse de sus protectores y con ánimo sensato se dispuso a resistir el golpe de la separación inevitable. Hacer de Karen Hansen era lo mismo que entregarse a un juego. Cada vez sentía con más urgencia la necesidad de volver a ser Karen Clement. Quiso reconstruir hilos de su vida pasada, recordar a su padre, a su madre, a sus hermanos. A su mente acudieron trozos y jirones de recuerdos, como nebulosas confusas e inconexas. Infinitas veces se esforzó por imaginar cómo sería el reunirse de nuevo con ellos. Y el afán no la abandonó ya ni por un instante.

Cuando la guerra hubo terminado, estaba decidida y preparada por completo. Unos meses después del final de la contienda, una noche les anunció a los Hansen que había resuelto marcharse para buscar a sus padres. Les dijo que había visto a la empleada de la Oficina de Refugiados y que la probabilidad de encontrar a los Clement sería mucho mayor si iba personalmente a indagar a un campo de Suecia para personas desplazadas. En realidad, las posibilidades eran las mismas que no moviéndose de allí; lo cierto era que no quería seguir prolongando la angustiada duda en que vivían los Hansen.

Después de llorar por Aage y por Meta más que por sí misma, prometiéndoles y dejándoles con una muy pobre esperanza de que volvería a reunirse con ellos, Karen Hansen Clement, de catolice años de edad, se lanzó a integrarse en la riada de gente errante producida por la resaca de la guerra.

## CAPÍTULO XIV

La realidad no tuvo compasión para el sueño. El primer mes pasado lejos de Dinamarca fue una pesadilla. El miedo atormentaba a Karen, que había vivido siempre bien cuidada y protegida, pero una determinación tenaz la hizo perseverar en su propósito, la llevó siempre adelante.

Dirigióse primero a un campo de concentración de Suecia y luego a un castillo de Bélgica que albergaba ejércitos enteros de gente sin meta y sin un céntimo: los moradores de los campos de concentración, los fugitivos, los que se habían escondido y los que habían sido escondidos por otros, los que habían luchado en los bosques y en las montañas, y los que habían formado parte de las legiones de trabajadores forzosos. Cada nuevo día era agitado por nuevos rumores y nuevas historias de horrores. Cada nuevo día le traía a Karen una nueva sucesión de dolorosas sorpresas. Veinticinco millones de cadáveres yacían en el velatorio de la guerra.

La pista la llevó al campo de desplazados de La Ciotat en el Golfo de León, al Sur de Francia, a pocas millas de Marsella. La Ciotat era un lugar insano, con deslucidos barracones de ladrillo que parecían atascados en un mar interminable de barro. El número de refugiados se multiplicaba día por día. El campo estaba supersaturado de gente, falto de todo; se hubiera dicho que el espectro de la muerte rondaba a sus moradores. Para éstos, Europa se había convertido en un ataúd.

¡Genocidio! ¡Una danza de la muerte con seis millones de bailarines!

Karen oyó pronunciar los nombres de Frank, de Mueller, de Himmler, de Rosenberg, de Streicher, de Kaltenbrunner, de Heydrich. Oyó pronunciar miles de nombres de personajes de menor relieve: Ilsa Kosch, que se cubrió de infamia confeccionando pantallas con pieles humanas tatuadas; Dieter Wisliczeny, que representaba el papel de carnero manso que conduce a las ovejas al matadero; o Kramer, que se divertía azotando mujeres desnudas y algunas de cuyas «obras de arte» Karen tuvo ocasión de ver. El nombre del mayor de todos aquellos matarifes salía a relucir una y otra vez: Eichmann, el alemán de Palestina, que hablaba el hebreo como su propia lengua y fue maestro en el genocidio.

Karen lamentó el día en que abrió la puerta marcada con la palabra *Judío*, porque detrás de ella aleteaba la muerte. Una tras otra, las defunciones de tíos, tías y primos fueron confirmándose.

Genocidio… llevado a cabo con la precisión y la perfección de una máquina. Al principio, los esfuerzos de los alemanes habían sido torpes. Mataban con rifle. Resultaba demasiado lento. Luego organizaron sus transportes y a sus hombres de ciencia para el gran esfuerzo. Camiones revestidos de acero fueron diseñados para encerrar prisioneros en ellos y matarlos por medio de gas en ruta hacia los puntos destinados a cementerios. Pero también este procedimiento se reveló lento. Después

vinieron los crematorios y las cámaras de gas, capaces de matar a dos mil personas en media hora, y a diez mil en una buena jornada, en uno de los campos de concentración grandes. Hechas las pruebas de las instalaciones y del plan a seguir, el genocidio continuó entonces por multitudes.

Y Karen se enteró de que miles de prisioneros se acogieron a la pronta misericordia de morir lanzándose contra las alambradas electrificadas para sustraerse a las cámaras de gas.

Y Karen se enteró de los cientos de miles de seres que fueron víctimas de las enfermedades y del hambre, cadáveres demacrados, arrojados a montones en zanjas anónimas, mezclados con maderos y rociados con gasolina.

Y Karen se enteró de la comedia de engaños representada para separar a las madres de sus hijos con la pamplina de la reacomodación; y de los trenes abarrotados de ancianos, enfermos y débiles. Y se enteró de las cámaras de desinsectación donde daban pastillas de jabón a los prisioneros. Las cámaras eran de gas; el jabón era piedra.

Y Karen se enteró de madres que escondieron a sus hijos entre sus ropas, las cuales colgaban de unos clavos antes de entrar en las cámaras. Pero los alemanes conocían el ardid y siempre encontraban a las infelices criaturas.

Y Karen se enteró de los miles que habían tenido que arrodillarse, desnudos, junto a las fosas que ellos mismos habían cavado. De los padres que habían cubierto los ojos de sus hijos con las manos mientras las pistolas alemanas se pegaban a la parte posterior de la cabeza de unos y otros y vomitaban su carga.

Y supo de Fritz Gebauer, *Haupsturmfuehrer* de las SS, que se especializó en estrangular mujeres y niños sin otro instrumento que sus propias manos y que se recreaba viendo morir a los niños dentro de barriles de agua helada.

Y supo de Frank Warzok, que se divertía haciendo apuestas sobre el tiempo que podía vivir un ser humano colgado por los pies.

Y supo del *Obersturmbannfuehrer* Rokita, el descuartizador de cadáveres.

Y supo de Steiner, quien abría agujeros en las cabezas y estómagos de los prisioneros y arrancaba uñas, y arrancaba ojos y gozaba colgando de perchas a mujeres desnudas, por el cabello, y haciéndolas oscilar como péndulos.

Y supo del general Frank Jaeckeln, realizador de la carnicería de Babi Yar. Babi Yar era un suburbio de Kiev. En dos días acorralaron allí a treinta y tres mil judíos y los mataron a balazos entre los gritos de aprobación y entusiasmo de muchos ucranianos.

Y tuvo noticia del Instituto Anatómico de Estrasburgo, del profesor Hirt y su equipo de científicos, y pudo ver resultados de sus trabajos en los cuerpos de mujeres deformes, víctimas de sus experimentos.

Y tuvo noticia del más importante de todos los centros científicos: Dachau. Se

enteró de que allí el doctor Heisskeyer cogía niños y les inyectaba gérmenes de la tuberculosis para observar cómo morían. El doctor Schultz estaba interesado en las intoxicaciones de la sangre. El doctor Rascher se proponía ahorrar vidas de aviadores alemanes y para ello realizaba experimentos sometiendo a conejitos de Indias humanos a las mismas condiciones que rigen en las grandes altitudes hasta que morían helados. Y entretanto su agonía era cuidadosamente observada a través de ventanas especiales. Hubo otros experimentos acerca de lo que los alemanes llamaban «la verdad en la ciencia», los cuales alcanzaron quizá su punto álgido en el intento de implantar esperma animal en hembras humanas.

Y Karen supo de Wilhaus, el comandante del campo de Janowska, quien encargó al compositor Mund que escribiera el «Tango de la Muerte». Las notas de aquella canción eran los últimos sonidos que oían los doscientos mil judíos «liquidados» en Janowska. Se enteró de que su diversión favorita consistía en levantar niños al aire y ver cuántas balas podía meter en sus cuerpos antes de que llegaran al suelo. Su esposa, Otilia, era también una tiradora excelente.

Y Karen tuvo noticias de los guardias lituanos, de los alemanes, que se contentaban matando gente a palos y a patadas, y de los Ustashis croatas y de la saña con que se encarnizaron también en cientos de miles de prisioneros.

Y Karen lloró y se quedó confusa, aturdida, y su mente se pobló de angustias y temores. Pasaba las noches sin dormir; los nombres de parajes y localidades perforaban su cerebro. A su madre y su padre y sus hermanos, ¿los habrían enviado a Buchenwald? ¿O habrían hallado la muerte entre los horrores de Dachau? ¡O acaso hubiera sido en Chelmo, con su millón de muertos, o en Maidanek, con sus setecientos cincuenta mil! O en Belzec o en Treblinka, con sus hileras de camiones, o en Trawniki, o en Poniatow, o en Krivoj Rog. ¿Habrían caído, tumbados a balazos, en las fosas de Krasnik, o habrían sido quemados en la hoguera, en Klooga, o descuartizados por los perros en Diedzyn, o muertos en el tormento en Stutthof?

¡El látigo! ¡El baño de hielo! ¡La descarga eléctrica! ¡El hierro candente! ¡Genocidio!

¿Fue en el campo de Choisel, en el de Dora, o en el de Neuengarnme, o fue en Gross-Rosen? ¿O acaso escucharon el «Tango de la Muerte» en Janowska?

¿Estaba su familia entre los cadáveres derretidos para grasa en la fábrica de jabón de Dantzig?

La muerte seguía cebándose más y más en el campo de personas desplazadas de La Ciotat, cerca de Marsella, Francia.

… Y Karen seguía enterándose de otros nombres de lugares de la tierra: Danagien, Eivari, Goldpilz, Vievara, Portkunde.

No comía, no podía dormir…: Kivioli, Varva, Magdeburgs Plaszow, Szebnie, Mauthasen, Sachsenhausen, Oranienburg, Landsberg, Bergen-Belsen, Reindsforf,

Bliziny.

¡Genocidio!

¡Fossenberg! ¡Ravensbrück! ¡Natzweiler!

Pero todos estos nombres quedaban pequeños al lado del mayor de todos ellos: ¡*Auschwitz*!

¡Auschwitz con sus tres millones de muertos!

Auschwitz con sus almacenes atiborrados de gafas.

Auschwitz con sus almacenes llenos de botas y de prendas de vestir y de pobres muñecas de trapo.

¡Auschwitz con su almacén de cabello humano para la manufactura de colchones!

Auschwitz, donde se quitaban metódicamente los dientes de oro a los cadáveres y se los fundía para enviar el metal al instituto Científico de Himmler. ¡Auschwitz, donde si encontraban un cráneo particularmente bien conformado lo conservaban como pisapapeles!

Auschwitz, donde trituraban con martillos machos los huesos de los cadáveres quemados, pulverizándolos luego para que no fueran jamás un recuerdo acusador, una traza de la muerte.

Auschwitz, que tenía un rótulo sobre la entrada principal:

EL TRABAJO LIBERA.

Karen Hansen Clement se hundió en una profunda melancolía. Escuchó hasta que no podo escuchar más. Vio hasta que no pudo mirar más. Estaba exhausta y aturdida; su sangre había perdido el afán de seguir circulando. Luego, como sucede tan a menudo cuando uno ha llegado al extremo de su resistencia, se produjo en ella un movimiento ascensional y emergió a la luz.

Esta transformación comenzó en el momento en que sonrió acariciando la cabecita de un huérfano y el niño percibió la gran compasión que llenaba su alma. Karen sabía dar a los pequeños lo que ellos más anhelaban: ternura. Y los niños iban tras ella como un rebaño. Parecía saber por instinto cómo limpiar una naricilla sucia, besar un dedo lastimado, o sosegar un llanto, y sabía contar cuentos y cantar al piano en diversas lenguas.

Y Karen se lanzó a cuidar de los niños con un fervor que la ayudó a olvidar un poco el dolor que la consumía. Parecía que jamás agotaba la paciencia ni el tiempo para entregarse a su labor.

Su decimoquinto cumpleaños lo empezó y lo terminó en La Ciotat. Además de su incorregible testarudez, a Karen la sostenían dos grandes esperanzas. Su padre era un hombre eminente y los alemanes habían tenido un campo, para darse «prestigio», donde no se mataba ni torturaba a los prisioneros. Era el campo de Theresienstadt, en Checoslovaquia. Si le habían enviado allá, como era muy posible, cabía esperar que

continuase vivo. La segunda esperanza, bastante más endeble, se cifraba en que muchos científicos alemanes habían sido sacados clandestinamente del país, después de haber entrado en campos de concentración. Combatiendo estas dos esperanzas se alzaba el hecho indiscutible de que le constaba que más de la mitad de su familia había muerto.

Un día, varias docenas de nuevos moradores entraron en el campo y de la noche a la mañana pareció que aquello había sufrido una transformación. Aquellos moradores nuevos eran palestinos de la Mossad Aliyah Bet y del Palmach que venían a hacerse cargo de la organización interior.

Unos días después de su llegada, Karen bailó para sus pequeñuelos… Era la primera vez que bailaba, aquel verano… Desde aquel momento la reclamaban continuamente y pasó a ser una de las figuras más populares de La Ciotat. Su renombre se extendió hasta Marsella, donde la invitaron a bailar en una presentación anual navideña de «Cascanueces».

*NAVIDAD DE 1945*

El zarpazo de la soledad en la Navidad primera que pasaba lejos de los Hansen fue terrible. La mitad de los niños de La Ciotat habían ido a Marsella a verla bailar en una función especial. Aquella noche, Karen danzó como no había danzado nunca.

Terminada la función, una muchacha palestina del Palmach, llamada Galil, que era jefe de sección en la Ciotat; le pidió que aguardase hasta que hubiera salido todo el mundo. Las lágrimas surcaban las mejillas de Galil.

—Karen. Acabamos de recibir noticias confirmadas de que tu madre y tus dos hermanos fueron exterminados en Dachau.

Karen se hundió en un pesar todavía más profundo que anteriormente. El espíritu intrépido que la había mantenido en pie y en marcha desapareció. Comprendió que la maldición de haber nacido judía habíala conducido a la locura de abandonar Dinamarca.

Todos los pequeños de La Ciotat tenían una cosa en común. Todos creían que sus padres estaban vivos. ¡Todos aguardaban el milagro que no llegaba nunca! ¡Qué tonta había sido creyendo en milagros!

Cuando recuperó la conciencia de sí misma, varios días después, discutió el asunto con Galil. No se sentía con fuerzas para esperar allí, sentada, hasta que recibiera la noticia de que también su padre había muerto.

Galil, la muchacha palestina, su única confidente, fue del parecer de Karen, a semejanza de todos los judíos, debía ir a Palestina. Era el único sitio donde un judío podía vivir con dignidad, argumentaba Galil. Pero con su fe destruida, Karen estaba a punto de cerrar la puerta sobre el judaísmo, puesto que no le había traído sino

calamidades y la había dejado convertida en Karen Hansen, una muchacha danesa.

Por la noche se hacía la misma pregunta que todo judío se había hecho desde la destrucción del Templo de Jerusalén y la dispersión de su pueblo hacia los cuatro puntos cardinales como errantes eternos, dos mil años atrás. Karen se preguntaba: «¿Por qué yo?».

Cada día la acercaba más al momento en que se decidiría a escribir a los Hansen pidiéndoles que la dejasen regresar a su lado para siempre.

Entonces, una mañana, Galil entró corriendo en el barracón de Karen y casi la arrastró hacia el edificio de la administración, donde le presentaron al doctor Brenner, un refugiado nuevo de La Ciotat.

—¡Ah, Dios mío! —gritó Karen, al escuchar la noticia—. ¿Está seguro?

—Sí —respondió Brenner—. Estoy completamente seguro. Mire, niña, conocí a sus padres en los viejos tiempos. Yo vivía en Berlín; era maestro. Nos escribíamos a menudo y nos encontrábamos en algunas asambleas. Sí, querida, estábamos en Theresienstadt juntos y le vi por última vez sólo unas semanas antes de terminar la guerra.

## CAPÍTULO XV

Una semana después, Karen recibió carta de los Hansen comunicándole que la Organización de Refugiados había hecho indagaciones para saber su paradero y que les habían preguntado si sabían algo de su madre y hermanos.

Daban por supuesto que tales indagaciones procedían de Johann Clement o de alguna persona delegada por él. De ahí Karen dedujo que a su padre le habían separado de su mujer y sus hijos y que no estaba enterado de que hubieran muerto. La carta siguiente de los Hansen la informó de que ellos habían contestado, pero que la Organización de Refugiados había perdido el contacto con Clement.

¡Pero estaba vivo! ¡Ahora ya valía la pena haber sufrido todos los momentos de los meses horribles pasados en los campos de Suecia, de Bélgica y en La Ciotat! Y otra vez halló el coraje suficiente para indagar sobre su pasado.

A Karen la intrigaba que La Ciotat se sostuviera gracias al dinero enviado por los judíos de América. Al fin y al cabo, allí había de todo menos americanos. Interrogó a Galil, y ésta le contestó, con un gesto displicente:

—El Sionismo es una primera persona que pide dinero a una segunda persona para darlo a una tercera persona que lo enviará a una cuarta persona en Palestina.

—Está muy bien —dijo Karen— que tengamos amigos que se mantengan unidos.

—También tenemos enemigos que se mantienen unidos —contestó Galil.

Ciertamente, los moradores de La Ciotat tenían el mismo aspecto y la misma conducta que toda la demás gente, decíase Karen. Muchos de ellos parecían tan perplejos por el hecho de ser judíos como lo estaba ella misma.

Cuando hubo aprendido el hebreo lo suficiente para valerse por sí misma, aventuróse por el compartimiento religioso a fin de observar los estrambóticos ritos, los trajes y los rezos de aquellas personas que, verdaderamente, eran diferentes. En la inmensidad del mar del judaísmo una muchacha de quince años corre el riesgo de ahogarse. La religión se fundamentaba en una colección completa de leyes, algunas escritas y otras orales, que regulaban hasta las cuestiones más nimias, como, por ejemplo, la manera de rezar montando un camello. Lo más sagrado entre lo sagrado eran los cinco libros de Moisés, el Tora.

Y Karen dirigió nuevamente su atención a la Biblia. Esta vez lo que leía parecía arrojar una luz nueva y tener para ella un nuevo significado y se quedaba meditando horas enteras líneas como el lamento del profeta Isaías: *«Buscamos a tientas la pared, como los ciegos; andamos a tientas como si no tuviéramos ojos: tropezamos en el mediodía como si juera de noche; nos encontramos en lugares desolados como si hubiéramos muerto. Rugimos como osos y gemimos doloridos como tórtolas…, buscamos la salvación, pero está lejos de nosotros*».

Aquellas palabras parecían definir la situación en La Ciotat. La Biblia estaba llena de relatos de cautiverio y de libertad, y Karen trataba de aplicárselas a sí misma y a su familia.

*«Mira desde los cielos y ve cómo nos hemos convertido en el desprecio y la burla de las naciones; somos contados como ganado y llevados al matadero para ser degollados y destruidos o para ser golpeados y acusados. Sin embargo, a pesar de todo esto, no hemos olvidado Tu nombre; te lo imploramos: no nos olvides…».*

Y otra vez el sendero desembocaba en la confusión. ¿Por qué habría permitido Dios que seis millones de personas de su pueblo muriesen asesinadas? Karen llegó a la conclusión de que únicamente la experiencia de la vida le daría, algún día, la respuesta.

Los moradores de La Ciotat hervían de deseo de abandonar Europa e irse a Palestina. La única fuerza capaz de evitar que constituyesen una turba frenética era la presencia de los *palmachniks* de Palestina.

A ellos les importaba poco la guerra de intrigas que ardía entre los ingleses y la Mossad Aliyah Bet. Les importaba poco la desesperada lucha de los ingleses por seguir aferrados al Oriente Medio, ni el petróleo, ni los canales, ni la cooperación tradicional con los árabes.

Las esperanzas de cada uno de ellos habían renacido por un breve instante cuando, un año atrás, el partido laborista subió en avalancha al poder y con él volvieron las promesas de hacer de Palestina un mandato modelo, abierto a la inmigración. Incluso se resucitó el propósito de convertir Palestina en un miembro de la Commonwealth británica.

Pero las promesas se las llevó el viento en cuanto el Gobierno laborista escuchó la voz del oro negro que burbujea debajo de las arenas árabes. Las decisiones quedaron en el aire, pendientes de nuevos estudios, nuevas comisiones, nuevas discusiones… como venía sucediendo desde veinticinco años atrás.

Sin embargo, nada podía aplacar el afán de los judíos de La Ciotat por ir a Palestina. Los agentes de la Mossad Aliyah Bet se desparramaban por toda Europa en busca de judíos supervivientes, conduciéndoles a través de fronteras amigas valiéndose del soborno, la falsificación, el robo, es decir de cualquier medio… menos de la fuerza.

Se estaba librando una partida gigantesca en la que la escena se trasladaba de una nación a otra. Desde el comienzo mismo, Francia e Italia se aliaron con los refugiados en abierta cooperación con la Mossad. Mantuvieron abiertas sus fronteras a los judíos sin hogar y establecieron campos para ellos. Pero como Italia, ocupada por los ingleses, veíase severamente coartada en su libertad de acción, Francia devino

el mayor centro de refugiados.

Lugares como La Ciotat no tardaron en quedar abarrotados de gente. La Mossad respondió con la inmigración ilegal. Todos los puertos de Europa fueron visitados por agentes de la Mossad Aliyah Bet, los cuales empleaban el dinero que les enviaban los judíos de América comprando y adaptando barquitos pequeños para burlar el bloqueo de Palestina establecido por los ingleses. Éstos no sólo utilizaban su Marina contra la Mossad sino también sus embajadas, sus consulados y sus centros de contraespionaje.

Pequeños y rezumantes barcos de la Mossad Aliyah Bet, sobrecargados de gente desesperada, partían en dirección a Palestina sólo para ser apresados apenas penetraban en la zona de las tres millas. A los refugiados se les internaba entonces en otro campo todavía, pero éste en Atlit, en la misma Palestina.

Luego que Karen hubo sabido que su padre vivía prendió también en ella el afán de entrar en Palestina. Parecíale natural que su padre se fuese allá.

Aunque no tenía sino quince años, pasó a engrosar el grupo del Palmach, cuyos miembros organizaban por las noches fuegos de campamento, narraban maravillosas historias de la Tierra de Leche y Miel y cantaban deliciosas canciones orientales sacadas directamente de la Biblia. Bromeaban, se pasaban la noche entera forjándose tremendas fantasías y solían gritar:

—¡Danza, Karen, danza!

La nombraron jefe de sección, encargándola de cuidar de un centenar de niños y de prepararles para el momento en que un barco de la Mossad los cargase con objeto de burlar el bloqueo y penetrar en Palestina.

El cupo de entrada fijado por los ingleses era de mil quinientas personas al mes; además, siempre escogían personas ancianas, o demasiado jóvenes para luchar. Los hombres se dejaban barba y se teñían el pelo de blanco para parecer viejos; pero generalmente tales astucias resultaban infructuosas.

En abril de 1946, nueve meses después de haber salido Karen de Dinamarca, un día Galil le comunicó la gran noticia.

—Dentro de pocos días llegará un barco de la Aliyah Bet, y tú y tu sección embarcaréis en él.

El corazón de Karen por poco no le desgarra el vestido.

—¿Qué nombre lleva?

—«Estrella de David» —contestó Galil.

## CAPÍTULO XVI

El CID inglés conocía de antiguo al vapor volandero del Egeo «Karpathos». En el mismo instante que, en Salónica, la Mossad Aliyah Bet adquirió el «Karpathos», los hombres del CID lo supieron. Y siguieron los movimientos del viejo vapor volandero, de cuarenta y cinco años y ochocientas toneladas, hacia El Pireo, el puerto de Atenas, donde subió a bordo una dotación de miembros de la Aliyah Bet americanos que puso el barco rumbo a Génova, Italia. Se mantuvieron con el ojo vigilante mientras el «Karpathos» era convertido en un barco de pasajeros para los inmigrantes, y supieron el instante exacto en que partió rumbo al golfo de León.

Toda la costa meridional francesa hormigueaba de agentes del CID. La Ciotat quedó sometida a una vigilancia que se prolongaba veinticuatro horas al día por si se descubrían señales de movimiento en gran escala. Una docena de oficiales franceses de mayor y menor graduación se dejaron sobornar. Whitehall presionó a París para impedir que el «Karpathos» penetrase en aguas territoriales francesas. Pero las presiones y los sobornos británicos no surtieron efecto. La colaboración francesa con la Aliyah Bet se mantuvo inquebrantable. El «Karpathos» entró en la zona de las tres millas.

Quedaba preparada la escena para la segunda fase del juego. Con objeto de engañar y desorientar a los ingleses, desde La Ciotat se procedió a realizar media docena de salidas de ensayo. Los transportistas franceses regalaron camiones, conducidos por choferes de la misma nacionalidad. Cuando los ingleses estuvieron completamente desorientados tuvo lugar la verdadera salida. Mil seiscientos refugiados, entre los que se contaba la sección de Karen, fueron sacados a toda prisa de La Ciotat y llevados a un punto secreto de concentración, en la costa. El Ejército francés cerró todo el sector al tráfico exterior. Los camiones descargaron en una playa tranquila a los refugiados, que fueron trasladados en botes de goma al anciano «Karpathos», que esperaba a cierta distancia mar adentro.

La hilera de botes de goma fue de la playa al barco y del barco a la playa toda la noche. Las manos robustas de la tripulación americana ayudaban a los fugados a subir a bordo. Grupos del Palmach que aguardaban en el barco acompañaban a los ocupantes de cada bote al sitio que se les había destinado de antemano. Una mochila, una botella de agua y la obsesión de salir de Europa… He ahí todas las posesiones de los refugiados.

Los pequeños de Karen, los más jóvenes, fueron los primeros que embarcaron y se les destinó un sector especial de la bodega. Les colocaron debajo de cubierta y cerca de la escalera de subida a la misma. Karen procedió inmediatamente a tranquilizarles. Por fortuna la mayoría estaban demasiado agotados por el nerviosismo y el cansancio y se quedaron dormidos al instante. Unos pocos se

pusieron a llorar y Karen estuvo al momento a su lado para consolarles.

Transcurrió una hora, luego dos, y tres, y la bodega empezó a llenarse en exceso. Y los refugiados siguieron bajando hasta que quedó tan atestada que nadie podía moverse más de un par de centímetros en ninguna dirección.

Entonces se pusieron a llenar la cubierta. Cuando no cupo nadie más les hicieron invadir el puente.

Bill Fry, el americano capitán del barco, bajó por la escalera, contempló la apretada masa humana de la bodega y soltó un silbido. Era un hombre recio con una barba muy poblada. Sus dientes mordían invariablemente una colilla apagada de cigarro puro.

—Vaya, el departamento de bomberos de Boston pondría el grito en el cielo si viese un aposento como éste —murmuró.

De pronto cerró los labios y se puso a escuchar. Entre las sombras una voz dulce estaba cantando una nana. Bill se abrió paso por la escalera, acercóse, pisando cuerpos tendidos, y enfocó a Karen con una pila de bolsillo. ¡Por un instante creyó estar viendo la Madonna! Bill Fry entornó los ojos. Karen levantó la vista y le indicó con un gesto que apartase de ella el foco de luz.

—Eh, niña…, ¿hablas inglés? —preguntó la voz áspera del capitán.

—Sí.

—¿Quién es el jefe de sección de esos pequeños?

—El jefe de sección de estos pequeños soy yo y le agradeceré que baje la voz. Bastante me ha costado apaciguarlos.

—Hablaré tan fuerte como me dé la gana. Soy el capitán. Tú no eres mayor que muchos de esos pequeños.

—Si usted gobierna su barco tan bien como gobierno yo mi sección —atajóle enojada Karen—, seguro que por la mañana estaremos en Palestina.

El capitán se rascó el poblado mentón y sonrió. Karen se dijo que no se parecía en nada a los altaneros capitanes de barco daneses y que su brusquedad era fingida.

—Eres una niña simpática. Si necesitas algo sube a verme al puente. Y sé más respetuosa.

—Gracias, capitán.

—Eso está bien. Pero llámame Bill. Todos somos de la misma tribu.

Karen le siguió con la mirada mientras subía la escalera y pudo ver el primer destello del día naciente. El «Karpathos» no hubiera podido embarcar ni una persona más; eran mil seiscientos refugiados, ocupando todos los sitios disponibles. El áncora, medio comida por el orín, rechinó y fue a chocar contra el maderamen del barco. Aquellos motores de cuarenta y cinco años empezaron a toser, a chisporrotear y, por fin, de mala gana, entraron en actividad. Un banco de niebla les abrigaba, como si Dios en Persona quisiera esconderles, y el barco se alejó pausadamente de las

costas de Francia a su velocidad máxima de siete nudos. ¡El primer asalto lo había ganado la Mossad Aliyah Bet! Una bandera judía, azul y blanca, fue izada en el mástil, y el «Karpathos» cambió este nombre por el de «Estrella de David».

El buque saltaba angustiosamente. La falta de ventilación en la excesivamente abarrotada bodega era causa de que todo el mundo se pusiera pálido. Karen colaboraba con los equipos del Palmach en repartir limones y aplicar compresas a fin de evitar una epidemia general de vómitos. Cuando los limones no hicieron efecto hubo de trabajar sin descanso con el estropajo. Y descubrió que la mejor manera de mantener la calma consistía en cantar, en inventar juegos y en contar historias divertidas.

Karen conservó a los pequeños bajo su dominio, pero al llegar el mediodía el calor se hizo más insoportable, el aire más viciado, en la semioscuridad de la bodega y el mal olor del sudor y de los vómitos pronto se tornó irresistible. Los hombres se ponían en calzoncillos; las mujeres en bragas y los cuerpos de unos y otros brillaban, mojados por el sudor. Entonces empezó una ola de desvanecimientos. Pero sólo se subía al puente a los inconscientes. Muy sencillo, no había sitio para los demás.

Tres médicos y cuatro enfermeras, todos de La Ciotat, trabajaban febrilmente.

—Metedles alimento en el estómago —ordenaban.

Karen instaba, mimaba, e introducía comida en la boca de sus niños. Al atardecer estaba distribuyendo sedativos y dando baños de esponja. Los lavaba brevemente porque el agua escaseaba.

El sol se hundió por fin en el horizonte; un aliento de aire penetró en la bodega. Karen trabajó hasta el agotamiento; tenía la mente demasiado nebulosa para pensar con claridad. Se durmió a medias, con recelo, quedando alerta en su mente un reflejo instintivo que la despertaba al momento cada vez que uno de sus niños lloraba. Su oído recogía también el menor crujido del viejo barco que iba caminando rumbo a Palestina. Hacia la mañana hundióse por completo en un sueño profundo pero agitado por las pesadillas, lleno de una angustiosa confusión.

Un rugido repentino despertóla con sobresalto. Levantó la vista hacia la escalera; era de día. Karen se abrió paso entre el racimo humano. Todo el mundo señalaba al cielo, donde un enorme cuatrimotor de bombardeo se acercaba hacia ellos.

—¡Es inglés! ¡Es un «Lancaster»!

—¡Que todo el mundo vuelva a su sitio y conserve la calma! —gritó el altavoz.

Karen corrió nuevamente hacia la bodega, donde los niños lloraban atemorizados y se puso a cantar a voz en grito, invitando a los pequeños a acompañarla:

*¡Adelante! Adelante, hacia Palestina*
*nos lanzamos, alegre el corazón.*
*¡Adelante! Adelante, hacia Palestina*

*¡Venid a entonar nuestra canción!*

—Que todo el mundo conserve la calma —recomendaba el altavoz—. No hay peligro.

Al mediodía un crucero británico, el HMS[4] «Defiance» apareció en el horizonte avanzando en dirección al «Estrella de David». Un pequeño y ligero destructor, el HMS «Blakely», se unió al «Defiance».

—Nuestra escolta real ha salido a recibirnos —anunció Bill Fry por el altavoz.

Según las reglas del juego, la competición había terminado. La Mossad Aliyah Bet había sacado otro barco de Europa llevándolo a alta mar. Los ingleses lo habían descubierto y lo estaban siguiendo. En el instante en que el «Estrella de David» entrase dentro del límite de tres millas a partir de la costa sería abordado por un grupo inglés de desembarco y remolcado hacia Haifa.

Desde el puente del «Estrella de David» los refugiados lanzaban gritos contra los barcos de guerra y maldecían a Bevin. Al poco rato enarbolaban un gran letrero que decía: ¡HITLER NOS MATABA Y LOS INGLESES NO QUIEREN DEJARNOS VIVIR! El «Defiance» y el «Blakely» no hicieron ningún caso y contra lo que todos deseaban, tampoco desaparecieron.

Cuando hubo calmado de nuevo a los pequeños, Karen tuvo más todavía en qué pensar. Muchos empezaban a encontrarse mal por falta de aire. La niña subió a cubierta y se abrió paso por entre el laberinto de brazos, piernas y mochilas hasta el puente del capitán. Cogido al timón, Bill Fry iba sorbiendo café y bajando la vista a la masa humana apretujada en cubierta. El jefe del Palmach estaba discutiendo con él.

—¡Jesús! —gruñía Bill—. De una cosa nunca andan escasos los judíos, y es de conversación. Las órdenes no se dan para que se discutan, sino para que se cumplan. ¿Cómo diantre queréis conseguir ninguna victoria, muchachos, si habéis de perder el tiempo discutiéndolo todo? ¡Ahora el capitán de este barco soy yo!

El estallido de Bill apenas si hizo ninguna impresión en el jefe del Palmach, quien terminó su argumento y se alejó.

Bill se quedó refunfuñando entre dientes. Al encender la colilla de un cigarro puro vio a Karen, muy modosilla, de pie en el umbral.

—Eh, cariño —le dijo sonriendo—. ¿Café?

—Sí, aceptaría contenta un sorbo.

—Tienes mala cara.

—Los pequeños no me dejan dormir.

—Claro… ¿qué tal te va con ellos?

—Eso es lo que venía a decirle a usted. Algunos se han puesto muy mal y además en la bodega hay algunas mujeres embarazadas.

—Lo sé, lo sé.

—Creo que deberían subir a cubierta, por turnos.

Bill señaló con el dedo hacia el apiñado racimo de cuerpos humanos:

—¿A dónde?

—Le basta con encontrar a unas cuantas personas que estén conformes en permutar los puestos.

—Bah, mira, pequeña, me sabe mal defraudarte, pero tengo muchas cosas en que pensar. No es tan fácil. No podemos ponernos a pasear gente de un lado para otro en esta lata de conservas.

La faz de Karen conservó su tierna dulzura y su voz no reveló el menor enojo.

—Voy a bajar y subiré a mis pequeños a cubierta —dijo volviéndose de espaldas y dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Eh, ven acá! ¿Cómo es posible que una chiquilla que parece tan buenecita como tú se vuelva tan mala? —Bill se rascó la mejilla—. ¡Está bien! ¡Está bien! Subiremos a tus pequeños. ¡Jesús! ¡Por todas partes lo mismo: discusiones, discusiones y discusiones!

Aquella noche Karen subió a sus pequeños a la cola de milano del barco. Con el aire fresco, delicioso, todos se entregaron a un profundo y tranquilo sueño.

Al día siguiente el mar estaba terso como un cristal. El alba trajo otros aviones ingleses de patrulla, además de la escolta, que ya les parecía familiar, del «Defiance» y el «Blakely».

Un estremecimiento de emoción recorrió el barco entero cuando Bill anunció que estaban a menos de veinticuatro horas de Eretz Israel: La Tierra de Israel. La misma tensión, cada vez en aumento, trajo una extraña calma que se prolongó hasta muy avanzado el día. Hacia el atardecer el «Blakely» se acercó mucho al «Estrella de David». Una voz inglesa estentórea saltó por encima del agua desde el altavoz del buque de guerra.

—Barco de inmigrantes. Aquí, el capitán del «Blakely». Quiero hablar con vuestro capitán.

—Hola, «Blakely» —respondió de mala gana la voz de Bill Fry—; ¿qué se propone?

—Nos gustaría enviarle un emisario a bordo para hablar con usted.

—Puede hablar ahora mismo. Aquí todos estamos en el ajo y no tenemos secretos.

—Muy bien. Algo después de la media noche entrarán en aguas territoriales de Palestina. En aquel momento pensamos abordarles y remolcarles hacia Haifa. Quisiéramos saber si lo admitirán sin poner resistencia.

—Oiga, Cunningham. Vea cuál es la situación. Tenemos a bordo algunas mujeres embarazadas y unos cuantos enfermos y les agradeceríamos que los admitiesen en su barco.

—No tenemos instrucciones sobre este punto. ¿Aceptarán que les remolquemos o no?

—¿A dónde ha dicho?

—A Haifa.

—¡Que me cuelguen! Nos habremos desviado de la ruta. Éste es un yate de recreo de los Grandes Lagos.

—¡Nos veremos obligados a abordarles por la fuerza!

—¡Cunningham!

—Diga.

—Informe a sus oficiales y a la tripulación… ¡de que pueden irse todos al diablo!

Llegó la noche. Nadie durmió. Todo el mundo esforzaba la vista a través de la obscuridad por si conseguía entrever la costa, dar la primera mirada a Eretz Israel. Resultaba imposible ver nada. La noche era neblinosa, sin luna ni estrellas y el «Estrella de David» bailaba sobre el agitado oleaje.

A eso de las doce un jefe de sección del Palmach tocó a Karen en el hombro.

—Karen —le dijo—, ven conmigo a la caseta del timón.

Cruzaron la cubierta por entre los cuerpos tendidos, hasta la caseta del timonel, abarrotada ya por veinte hombres de la tripulación y los jefes de sección del Palmach. El interior de la misma estaba obscuro como boca de lobo, salvo por una luz azulada procedente de la brújula. Cerca de la rueda del timón Karen logró divisar la áspera silueta de Bill Fry.

—¿Estamos todos?

—Todos los que deben estar.

—Muy bien, poned atención. —La voz de Bill parecía salir de las mismas tinieblas—. He discutido la situación con los jefes del Palmach y con mis hombres y hemos llegado a una decisión. A todo lo largo de la costa, Palestina queda cubierta y escondida… por un compacto banco de niebla. Nosotros tenemos un motor auxiliar capaz de aumentar nuestra velocidad hasta los quince nudos. Dentro de dos horas habremos penetrado en aguas territoriales. Si continúa este tiempo hemos decidido emprender la carrera y embarrancar al sur de Cesarea.

Un murmullo de excitación se levantó del recinto.

—¿Conseguiremos alejarnos de esos buques de guerra?

—Antes de terminar la aventura esa gente va a creer que esta bañera es el «Ave de la Tormenta» —replicó Fry con pasión.

—¿Y el radar? ¿No nos verán en sus pantallas?

—Sí…, pero no nos seguirán hasta demasiado cerca de la costa. No correrán el riesgo de embarrancar un crucero.

—¿Y la guarnición británica de Palestina?

—Hemos establecido contacto con el Palmach de tierra firme. Nos esperan. Estoy

seguro de que les proporcionarán a los ingleses una velada interesante. Todos vosotros, jefes de sección, habéis sido entrenados en La Ciotat para operaciones de desembarco. Todos sabéis lo que puede ocurrir y lo que tenéis que hacer. Karen y las otras dos jefes que tienen pequeños… será mejor que os quedéis para recibir órdenes especiales. ¿Alguna pregunta?

Nadie hizo ninguna.

—¿Alguna opinión en contra?

No hubo ninguna.

—¡Vaya, que me cuelguen! ¡Buena suerte, y que Dios os bendiga a todos!

# CAPÍTULO XVII

Una niebla arrastrada por el viento se arremolinaba alrededor del antiguo y abandonado puerto de Cesarea, Palestina (con sus montones de derribos, sus muros derrumbados y su bahía cubierta de musgo), que cuatrocientos años antes de la era cristiana estuvo en actividad.

Durante cinco siglos largos, Cesarea —edificada por Herodes en honor de César — había sido la capital de la Palestina romana. Todo lo que ahora quedaba de ella eran ruinas. El viento ululaba y agitaba el agua en una atorbellinada espuma y la abatía contra las rocas, que sobresalían de la superficie hasta muy adentro del mar.

Aquí la revuelta contra la tiranía de Roma había terminado con la degollación de veinte mil hebreos; y su gran sabio, el rabí Akiva, que había llamado al pueblo a las armas para luchar por la libertad al lado de Bar Kochba, encontró el martirio. El río Cocodrilo todavía seguía corriendo hacia el mar, cerca de donde Akiva fue desollado vivo.

Unos cuantos metros al sur de las ruinas se alzaban los primeros edificios de una población judía dedicada a la pesca en colectividad y que llevaba el nombre de Sdot Yam (Campos del Mar). Aquella noche no dormía ningún pescador, como tampoco ninguna mujer.

Todos estaban acurrucados entre las ruinas, en silencio, conteniendo el aliento, y esforzaban la vista mirando hacia el mar. Eran doscientos, y con ellos se habían mezclado otros doscientos soldados del Palmach.

Una señal luminosa brilló un segundo en la antigua Torre de Druso, que se levantaba lamida por el oleaje, y todo el mundo se puso en tensión.

A bordo del «Estrella de David», Bill Fry mordía con fuerza la colilla del cigarro y sus manos se crispaban sobre la rueda del timón del viejo barco, al que hacía avanzar en zigzag, lentamente por estrechos derroteros, dejando atrás peligrosos arrecifes y escollos traidores. Sobre cubierta, los refugiados se apiñaban contra la barandilla y se preparaban para la lucha.

¡El «Estrella de David» se estremeció y crujió al chocar su maderamen con una áspera roca! ¡Un solitario cohete de señales subió por el aire! ¡Había empezado el zafarrancho!

Todo el mundo saltó por los costados, hundiéndose en el agua, que les llegaba hasta los hombros y emprendieron la tarea de avanzar palmo a palmo por entre el oleaje hacia la orilla, distante varios centenares de metros.

Al estallar el cohete, los pescadores y los soldados del Palmach habían salido de sus escondites y corrido a meterse en el agua, yendo al encuentro de los refugiados. Muchos resbalaban y caían en hoyos profundos, o se veían tumbados por una ola repentina, topando con resbaladizas rocas, pero nada fue capaz de detenerles. ¡Los

dos grupos se encontraron! Las manos vigorosas de los de la costa cogían a los refugiados y los sacaban del agua.

—¡De prisa! ¡De prisa! —les ordenaban—. ¡Quitaos las ropas y poneos éstas al momento!

—¡Arrojad todos los documentos de identificación!

—Los que estén vestidos que nos sigan… ¡Venga…, venga…, venga…!

—¡Silencio! ¡Sin ruido!

—¡No encendáis ninguna luz!

Los refugiados despojaban sus cuerpos de las ropas empapadas y se ponían los uniformes azules de los pescadores.

—Mezclaos…, mezclaos todos…

Desde la cubierta del «Estrella de David», Karen iba entregando niños, uno por uno, por encima de la borda, a los *palmachniks* con toda la celeridad que éstos podían trasladarlos a la orilla y volver. Para transportar a los niños con aquel oleaje se necesitaban hombres fuertes, de pie seguro.

—Más de prisa… más de prisa…

Se oían los incontenibles gritos de emoción de los que se postraban sobre el sagrado suelo para besarlo.

—Tendréis tiempo sobrado para besar la tierra, pero ahora no…, ¡adelante!

Bill Fry, de pie en su puente, iba dando órdenes a grito pelado con el megáfono. En el espacio de una hora casi todo el mundo había abandonado el «Estrella de David» excepto unas pocas docenas de niños y los jefes de sección.

Treinta kilómetros al norte de allí una unidad del Palmach lanzaba un asalto devastador contra unos almacenes británicos del sur de Haifa, en un esfuerzo por distraer las tropas inglesas de aquel sector de la operación de desembarco de Cesarea.

En la playa, los pescadores y los del Palmach se movían con rapidez. Algunos de los refugiados fueron internados en la población; otros, subidos en camiones que se adentraron en seguida en el país.

Cuando el último niño fue entregado por encima de la barandilla del «Estrella de David», Bill Fry arrancó la escalera de cubierta y ordenó a los jefes de sección que saltasen por la borda.

Karen sintió que el agua helada se cerraba sobre su cabeza; se puso de puntillas, balanceóse sin encontrar pie durante un momento, pero en seguida se orientó. Unas brazadas nadando la llevaron a un punto donde ya podía andar. Allá delante, en la playa, oía gritos confusos en hebreo y en alemán. Habiendo dado con una enorme roca trepó por ella a gatas. Una oleada volvió a echarle al agua. Entonces renovó sus esfuerzos por llegar a tierra firme, arrastrando los pies laboriosamente por un fondo pegajoso y movedizo que parecía sujetarla. Otra vez a gatas consiguió llegar cerca de la misma orilla.

¡Un penetrante sonido de sirenas!

¡Un estallido ensordecedor de disparos de rifle!

¡En la playa todo el mundo se estaba dispersando!

Karen jadeaba, faltándole el aliento, al mismo tiempo que se ponía en pie, con agua hasta la rodilla, apretándose el costado. Delante mismo de ella tenía una docena de soldados ingleses, vestidos de caqui, empuñando sendas trancas.

—¡No! —chilló—. ¡No! ¡No! ¡No!

Y se lanzó contra el cordón dando alaridos, arañando, pegando puntapiés con frenesí. Una mano firme la cogió por detrás y la sumergió en el agua. Los dientes de la niña se hundieron en la mano. El soldado dio un grito de dolor y la soltó. Karen se lanzó adelante otra vez, luchando como una salvaje. Otro soldado levantó la tranca y la abatió con un golpe sordo contra su cabeza. Karen profirió un gemido, quedóse inerme y se desplomó sin sentido en el agua.

Karen abrió los ojos. La cabeza le dolía horriblemente. Pero sonrió al ver sobre ella la poblada barba y los enrojecidos ojos de Bill Fry.

—¡Los niños! —gritó entonces, intentando lanzarse fuera del camastro.

Las manos de Bill la sujetaron.

—Sosiégate. La mayoría escaparon. Algunos están aquí.

Karen cerró los ojos, suspiró y volvió a tenderse.

—¿Dónde nos encontramos?

—En un campo de detención inglés…, en Atlit. Ha sido una jugada formidable. Más de la mitad del personal ha podido escapar. Los ingleses se pusieron tan furiosos que nos han rodeado a todos y nos han traído aquí. Vinimos todos: tripulación, pescadores, refugiados…, todos mezclados en ese revoltijo… ¿Cómo te encuentras?

—Muy mal. ¿Qué ocurrió?

—Quisiste derrotar al Ejército británico con tus solos medios.

Karen apartó la manta, sentóse otra vez y se tentó el chichón de la cabeza. Tenía el vestido todavía mojado. Luego se puso en pie y se fue con paso un tanto inseguro hasta la entrada de la tienda. Desde allí divisó varios centenares de tiendas parecidas y un muro de alambre de espino. Al otro lado del alambre, centinelas ingleses montaban la guardia.

—No sé lo que se apoderó de mí —dijo—. Jamás en mi vida había golpeado a nadie. Vi aquellos soldados allí…, que no querían dejarme pasar. Y no sé cómo, la cosa más importante que hubiera ocurrido nunca ocurrió en aquel momento. Yo tenía que poner el pie en Palestina. Tenía que pisar la tierra de Palestina o morir… No sé qué me pasó. —Y se sentó al lado de Bill.

—¿Quieres comer algo, niña?

—No tengo hambre. ¿Qué harán con nosotros?

Bill se encogió de hombros.

—Dentro de pocas horas será de día. Nos abrirán proceso y se pondrán a preguntarnos un montón de tonterías. Ya sabes cómo tienes que contestar.

—Sí…, a todo lo que me digan no me cansaré de repetir que ésta es mi patria.

—De todos modos te tendrán aquí un par de meses o tres, y luego te soltarán. Por lo menos estás en Palestina.

—¿Y usted?

—¿Yo? Ea, a mí me expulsarán, lo mismo que la última vez. Encontraré otro barco de la Mossad…, intentaré de nuevo burlar el bloqueo…

Karen empezó a sentir un dolor lancinante en la cabeza y se tendió en el lecho; pero no podía cerrar los ojos. Largos minutos estuvo estudiando la cara, poblada de pelo entrecano, de Bill.

—Bill…, usted, ¿por qué está aquí?

—¿Qué quieres decir?

—Usted es americano. La situación de los judíos americanos es diferente.

—Bah, todo el mundo se empeña en ver en mí a un héroe. —El capitán se tentó los bolsillos y sacó unos cuantos cigarros. El agua los había estropeado—. Mira, niña, vinieron los de la Aliyah Bet y se fijaron en mí. Me dijeron que necesitaban marinos. Yo lo soy…, lo he sido toda la vida. He recorrido toda la escala desde grumete hasta capitán. He ahí lo que hay. Vine porque me pagaron.

—Bill…

—¿Qué?

—No le creo.

Por lo visto, Bill Fry no se convencía ni a sí mismo.

—Es difícil explicarlo, Karen —dijo, poniéndose en pie—. Amo a América. No trocaría lo que tengo allá por cincuenta Palestinas.

Karen semiincorporóse, apoyándose en un codo. Bill se puso a pasear por la tienda, intentando coordinar sus pensamientos.

—Nosotros somos americanos, pero de otra clase. Quizá seamos nosotros mismos los que nos diferenciamos…, quizá nos diferencien los demás… No tengo la inteligencia necesaria para poner estas cosas en claro. Toda la vida me han dicho que soy un cobarde, porque soy judío. Deja que te lo diga, niña. Cada vez que el Palmach hace volar algún depósito de los ingleses o les saca el demonio del cuerpo a unos cuantos árabes se conquista mi respeto y mi admiración. Desmiente a los que me dicen que los judíos somos cobardes. Estos muchachos de aquí están librando una batalla en defensa de mi propia dignidad… ¿Lo comprendes?

—Creo que sí.

—Pues que me cuelguen si lo entiendo yo.

Bill se sentó al lado de Karen y le examinó el chichón de la cabeza.

—No tiene muy mal aspecto. Les he dicho a esos canallas ingleses que debían

llevarte a un hospital.

—No tiene importancia —contestó la muchacha.

A últimas horas de aquella noche, el Palmach realizó una incursión en el campo de Atlit y otros doscientos refugiados escaparon por la brecha que abrió una explosión en las alambradas. Karen y Bill Fry no estuvieron entre los fugados.

Cuando llegó a Whitehall la información completa sobre el episodio del «Estrella de David», los ingleses comprendieron que tenían que cambiar su política inmigratoria. Hasta la fecha, los barcos clandestinos habían transportado a los refugiados en cantidades de unos pocos centenares. Aquél había conducido a cerca de dos mil y la mayoría habían conseguido escapar en el desembarco en Cesarea y en la incursión subsiguiente realizada contra Atlit. Los ingleses se enfrentaban con el hecho de que el Gobierno francés apoyaba abiertamente a los judíos y con que de cada seis judíos de Palestina uno había entrado ilegalmente.

Es decir, que los británicos se encontraban en un enredo. Estaban tanto o más lejos que nunca de la solución final al problema de Palestina; de ahí que decidieran sacar a los judíos detenidos fuera del país y no seguir reteniéndoles en Atlit. Los campos de Chipre fueron establecidos como resultado directo de la presión provocada por la inmigración ilegal y específicamente por el éxito de la expedición del «Estrella de David».

Karen Hansen Clement fue enviada a Chipre en un barco prisión e internada en el campo de Caraolos. Pero mientras el Karpathos: «Estrella de David» seguía empotrado entre las rocas de la costa de Cesarea y el oleaje lo hacía añicos, la Mossad Aliyah Bet aceleraba sus movimientos, trazando planes para que otros barcos y mayores cantidades de refugiados siguieran su estela.

Durante otros seis meses, la jovencita permaneció entre los remolinos de polvo de Caraolos, trabajando con sus pequeños. El tiempo pasado en campos de concentración y de internamiento no había endurecido su alma ni agriado su carácter en lo más mínimo. Karen sólo vivía en espera del momento en que pudiera volver a ver Palestina… Eretz Israel… También para ella estas palabras mágicas se convirtieron en una obsesión.

Varias horas habían pasado desde el instante en que Karen terminó de explicar su historia a Kitty Fremont. Mientras iba narrando sus aventuras, un lazo de unión habíase establecido paulatinamente entre las dos. Cada una de ellas había percibido la soledad y la necesidad de compañía que sentía la otra.

—¿No has tenido ninguna otra noticia de tu padre? —preguntó Kitty.

—No. Desde La Ciotat, no, y de aquello hace mucho tiempo.

Kitty dirigió una mirada a su reloj.

—Santo Cielo…, es más de media noche.

—No me he dado cuenta del tiempo —dijo Karen.

—Yo tampoco. Buenas noches, niña.

—Buenas noches, Kitty. ¿Volveré a verla?

—Quizá… No lo sé.

Kitty salió al exterior y se alejó del edificio. Ahora, los miles de tiendas estaban silenciosas. Un reflector de la torre de vigilancia paseaba su chorro de luz por el oleaje de lona. El polvo del suelo se levantaba en torno a sus pies, como siguiéndola. Kitty se cruzó el abrigo. La alta figura de Ari Ben Canaan acercóse, se detuvo y le ofreció un cigarrillo. Luego, los dos cruzaron en silencio el puente de acceso al compartimiento de los niños, Kitty se paró un momento para mirar atrás; finalmente, siguió andando por el sector destinado a los ancianos, en dirección a la puerta principal.

—Trabajaré para ustedes con una condición —dijo, al cabo—, y es que aquella muchacha no entre en el número de los que se fuguen. Debe quedarse aquí conmigo.

—Convenido.

Kitty se volvió y encaminóse a buen paso hacia la garita del centinela.

## CAPÍTULO XVIII

El plan que David había bautizado con el romántico nombre de «Operación Gedeón» entró en vigencia. En Caraolos, Dov Landau falsificó un gran paquete de comunicaciones de embarque y de tarjetas de identidad del Ejército inglés y lo entregó a Kitty Fremont, quien lo sacó del campo y lo dio a Ari Ben Canaan.

La entrega de las comunicaciones de embarque permitió a Ben Canaan completar la primera fase de su proyecto. Durante sus recorridos de exploración por Chipre habíase familiarizado con un gran depósito inglés de provisiones de la carretera de Famagusta, cerca de Caraolos. Aquel depósito consistía en un área cercada que abarcaba considerable extensión de terreno, llena de camiones y otro material rodado y una docena de almacenes enormes. Durante la guerra había sido una de las bases de avituallamiento más importantes entre las que los aliados tenían en el Oriente Medio. Todavía ahora, parte de los géneros que contenía eran distribuidos a las fuerzas inglesas de aquella porción de mundo. Otra parte había sido declarada sobrante y adquirida por consignatarios particulares. Intenso o no, en el depósito a la bahía de Famagusta siempre se veía movimiento.

La «Chipre-Mediterránea», la Compañía naviera de Mandria, era la agente del Ejército británico en Chipre. En calidad de tal, Mandria tenía una relación completa de los diversos materiales almacenados en el depósito y de las existencias de cada uno de ellos. Tenía también una provisión adecuada de comunicaciones de embarque.

El jueves, a las ocho de la mañana, Ari Ben Canaan y trece *palmachniks*, todos vistiendo uniformes británicos y provistos de documentación de dicha nacionalidad, pararon el camión inglés en que iban delante de la puerta principal del depósito. Zev Gilboa, Joab Yarkoni y David Ben Ami formaban parte de aquel «pelotón de trabajo».

Ari, que llevaba una documentación identificándole como «capitán Caleb Moore», presentó al comandante del depósito una lista de materiales a entregar. El «pelotón de trabajo» de Ari había sido destacado para recoger lo reseñado en la lista y transportarlo a los muelles de Famagusta con objeto de cargarlo en el barco de vapor «Achan».

Tan perfectos eran los papeles falsificados, que el comandante no se acordó ni por un momento de que Caleb era un espía de Moisés citado en la Biblia y de que el «Achan», un buque inexistente, llevaba el mismo nombre del israelita que robó el tesoro de Jericó.

Lo primero que pedían las comunicaciones de embarque eran doce camiones y dos *jeeps*, que fueron sacados del apartamiento correspondiente y anotados como material entregado al «capitán Caleb Moore». Luego, el «pelotón de trabajo» fue de un almacén a otro, cargando sus doce camiones nuevos con todo lo necesario para

que el *Afrodita* «Exodo» hiciera su viaje a Palestina con trescientos niños fugados de Caraolos.

Joab Yarkoni, como encargado de poner el barco en condiciones, había compuesto una lista de cosas necesarias, la cual incluía un receptor y una transmisora de radio del último modelo, alimentos en conserva, material médico, pilas eléctricas, armas cortas, cubos de agua, mantas, equipos para acondicionamiento de aire, un sistema de altavoces y un centenar de otras cosas diversas. Joab estaba muy triste porque Ari se había obstinado en que se quitase el enorme y negro bigote. No corrió mejor suerte el de Zev, pues Ari temía que aquellos adornos capilares les identificasen como palestinos.

Además de las provisiones para el «Exodo», David careó unas toneladas de lo que se necesitaba con más urgencia en Caraolos.

Zev Gilboa por poco no se cae al suelo cuando vio al arsenal inglés. Durante los años que llevaba perteneciendo al Palmach sólo había conocido escasez de armas; la vista de tantos y tan preciosos morteros, ametralladoras y fusiles casi era más de lo que podía resistir.

El «pelotón de trabajo» se movía con la precisión de un reloj. Por las listas de Mandria, Ari sabía dónde estaba cada cosa. Joab Yarkoni redondeó el trabajo de aquella tarde corriendo unas cuantas cajas de whisky escocés, unas cuantas de brandy, unas cuantas de ginebra y unas cuantas de vino… para fines medicinales.

Los doce camiones nuevos quedaron abarrotados de provisiones que se suponía habían de ser trasladados a la bahía de Famagusta, donde camiones y provisiones serían careados en el «Achan». Ari dio las gracias al comandante inglés por su excelente cooperación y el «pelotón de trabajo» salió, seis horas después de haber entrado.

Los *palmachniks* estaban entusiasmados por la facilidad de su victoria inicial, pero Ari no les dio tiempo ni para descansar ni para vanagloriarse. Aquello no era sino el principio.

El próximo paso de la «Operación Gedeón» consistía en hallar una base para los camiones y el material que habían robado. Ari tenía la solución. Había descubierto un campo inglés abandonado, en las proximidades de Famagusta. Al parecer, habíalo utilizado en otro tiempo una pequeña unidad auxiliar. La valla continuaba en pie, las barracas de madera que sirvieron de oficinas y las garitas continuaban allí. La instalación eléctrica seguía intacta.

Por la noche y durante otras dos, todos los *palmachniks* de Caraolos fueron a dicho campo a trabajar febrilmente, embreando tiendas, limpiando el suelo y procurando por todos los medios dar la sensación de que volvía a estar en servicio.

Los doce camiones y los dos *jeeps* fueron pintados del color caqui del Ejército británico. En las puertas de todos los vehículos, Joab Yarkoni dibujó una insignia, que

podía tomarse muy bien por una de las miles que utilizaba el Ejército, y las letras: «Compañía de Transporte HMJFC núm. 23».

La oficina de la «compañía» poseía suficientes papeles y documentos ingleses, así auténticos como falsificados, para darle una apariencia absolutamente satisfactoria.

A los cuatro días el pequeño campamento, con sus doce camiones, parecía una cosa perfectamente natural y no llamaba la atención. Habían cogido suficientes uniformes del depósito para vestir adecuadamente de soldados a los *palmachniks*, amén de todo lo necesario para equipar por completo el campamento.

Como toque final, Joab Yarkoni puso un rótulo sobre la entrada que decía: «Compañía de Transporte HMJFC núm. 23». Todo el mundo exhaló un suspiro de alivio al ver el rótulo instalado dando una denominación oficial al lugar.

Zev lo contempló un rato y preguntó, rascándose la cabeza:

—¿Qué significan esas HMJFC?

—*His Majesty's Jewish Forces on Cyprus*[5]… ¿Qué otra cosa podía ser? —respondió Joab.

La trama de la «Operación Gedeón» había quedado montada. Ari Ben Canaan había tenido la audacia de formar una unidad ficticia del Ejército británico. Vestido con uniforme inglés, había establecido el cuartel general de la Mossad Aliyah Bet a plena luz del día en la carretera de Famagusta, e iba a ejecutar las fases finales de su plan utilizando equipo también inglés. El juego era peligroso; sin embargo, Ari defendía la teoría bien simple de que el actuar con naturalidad era el mejor medio que tenía un agente secreto para no ser descubierto.

La fase siguiente de la operación quedó lista cuando tres americanos de un barco mercante desembarcaron en Famagusta y subieron al «Exodo». En otro barco llegaron dos desterrados españoles: era frecuente que marineros españoles tripulasen los barcos de la Mossad Aliyah Bet. De modo que el «Exodo» tenía va una tripulación que quedaría completada por Ari, David, Joab y Zev.

Hank Schlosberg, el patrón americano y Joab se pusieron a la tarea de reformar el «Exodo» convirtiéndolo en un transporte de emigrantes. Larnaca era un puerto pequeño y Mandria demostró saber muy bien la manera precisa de rodear de silencio toda actividad inusitada que tuviera lugar en el «Afrodita», anclado en el extremo del muelle.

Primero las cabinas, la bodega y la cubierta fueron despejadas de camarotes, arcones, estantes, muebles y adornos. El barco quedó con sólo el casco desde un extremo a otro. Sobre cubierta se construyeron dos casetas de madera para servir de cuartos de aseo, una para los chicos y otra para las chicas. La sala de rancho de los marineros fue convertida en hospital; no habría sala de rancho ni cocina; no se consumiría otra cosa que botes de conservas. La cocina se destinó a arsenal y almacén. Los departamentos de la tripulación fueron igualmente suprimidos: la

tripulación dormiría en el entrepuente. Colocóse luego la instalación de altavoces. El viejo motor fue repasado por completo y, para el caso de que fallara, plantóse un mástil con una vela.

Entre los trescientos muchachos los había de la secta ortodoxa, lo cual planteaba un problema particular. Yarkoni tuvo que localizar al jefe de la comunidad judía de Chipre para que le hiciera preparar y envasar suficiente «kosher» de acuerdo con las leyes dietéticas de la secta.

En seguida fueron averiguados con toda exactitud los metros cúbicos que tenía la bodega y los metros cuadrados de la cubierta. En la bodega se construyeron unos estantes separados cuarenta y cinco centímetros uno de otro. Tales estantes servirían de camastros y le proporcionarían a cada muchacho el espacio suficiente para reposar tendido de espaldas, o cara a tierra; pero no le concederían el placer de tumbarse del otro lado. Calculando el promedio de estatura de los muchachos, fue fijado en un metro cuarenta y ocho y señalado en los estantes. Marcóse también el espacio de la bodega correspondiente a la cubierta, y el de ésta, concediendo a cada muchacho el espacio suficiente para moverse cinco centímetros hacia uno y otro lado mientras durmiese.

Los salvavidas fueron reparados. En los costados del barco se abrieron grandes agujeros a los que adaptaron tubos construidos de modo que llevaran a la bodega el aire empujado por unos ventiladores eléctricos. Asimismo, colocaron los aparatos de acondicionamiento de aire cogidos en el depósito inglés. Para evitar una epidemia generalizada de vómitos, sería preciso hacer circular aire ininterrumpidamente por los abarrotados compartimientos.

El trabajo progresaba a buena marcha. La vista de media docena de hombres trabajando en el viejo remolcador de salvamento parecía un cuadro perfectamente natural en la bahía de Larnaca.

El cargar las provisiones constituía otro problema. Ari no quería correr el riesgo de enviar los camiones pintados de caqui al embarcadero, pues comprendía que no podían dejar de llamar la atención. Cuando la mayoría de los trabajadores de reforma estuvieron listos, el «Exodo» salía sigilosamente todas las noches de Larnaca acudiendo a las inmediaciones de una cueva situada unas millas más allá de la Bahía Meridional, donde se daban cita también los camiones de la «Compañía de Transporte HMJFC núm. 23», cargados de provisiones de las cogidas en el depósito del Ejército. Una corriente continua de botes de goma iba y venía toda la noche desde la costa al barco, hasta que, palmo a palmo, el «Exodo» estuvo perfectamente abastecido.

Entretanto, Zev Gilboa llevaba adelante en el compartimiento de los niños de Caraolos la parte que le habían asignado en la «Operación Gedeón». Después de separar cuidadosamente trescientos muchachos y muchachas de los más fuertes, se

los llevaba por tandas al patio de juego y les endurecía mediante ejercicios adecuados, enseñándoles también a luchar con cuchillo y con palo, a manejar armas cortas y a tirar granadas. Nunca descuidaba colocar vigilantes por todo el campo, y a la vista de un centinela inglés, una señal convenida cambiaba los juegos de guerra en juegos de paz. Tres segundos les bastaban a los muchachos para dejar de ejercitarle en el combate por cuadrillas y ponerse a cantar canciones escolares. Los grupos que no estaban en el campo de juego solían encontrarse en la escuela aprendiendo los accidentes del terreno de Palestina y la manera de responder a las supuestas preguntas del «Intelligence Service».

Por la noche, Zev solía llevárselos todos al patio de juego, donde encendían una hoguera y él y otros elementos del Palmach tejían historias y les explicaban a los muchachos lo maravillosamente bien que estarían en Palestina y que nunca jamás querrían volver a vivir detrás de las murallas de alambre de espino.

Ciertamente, la «Operación Gedeón» tuvo un tropiezo, pero se produjo entre los lugartenientes más inmediatos de Ari: David y Joab.

Aunque David era un muchacho sensato y un hombre de letras, cuando se lanzaba a una aventura no le temía a nada ni a nadie. Y ahora estaba lanzado. La primera expedición al depósito inglés había resultado tan bien que él, Joab y Zev consideraban un sacrilegio dejar allí ni siquiera un cordón de zapatos. David quería enviar los camiones de la «Compañía de Transporte núm. 23» al depósito todo el día, sin descanso, y llevarse todo lo que no estuviera sujeto con clavos. Zev hasta pensaba en la posibilidad de cargar cañones. Hacía tanto tiempo que resistían con tan poca cosa, que aquella inesperada ganga constituía una tentación demasiado grande.

Ari argüía que la codicia podía echar a perder todo el plan. Los ingleses estaban dormidos, pero no muertos. Los camiones de la «Compañía de Transporte núm. 23» debían aparecer de vez en cuando para dar a su presencia un aire de naturalidad, pero el intento de limpiar el depósito sólo podía conducir a que les detuvieran a todos.

A pesar de lo cual, no lograba apaciguar a sus compañeros, los cuales forjaban planes cada vez más temerarios. Joab llegó tan lejos en su atrevimiento que hasta se permitió invitar a algunos oficiales británicos a almorzar en la «Compañía de Transporte núm. 23». Ari acabó la paciencia y tuvo que amenazar con enviarles a todos a Palestina para meterles en cintura.

Al cabo de poco más de dos semanas desde el comienzo de la «Operación Gedeón» todo estaba listo para la partida. La señal para las fases finales del plan —la publicación del reportaje de Mark Parker y la marcha de los trescientos muchachos a Kyrenia— habían de darla los mismos británicos. La última maniobra la llevarían a cabo cuando los ingleses abriesen los nuevos campos de refugiados de la carretera de Larnaca y empezaran a trasladar allí a los moradores de Caraolos.

# CAPÍTULO XIX

Caldwell, el ayudante de Sutherland, entró en la oficina del mayor Allan Alistair, que era el jefe del «Intelligence Service» en Chipre. Alistair, un hombre de hablar suave y aspecto tímido que contaría poco más de los cuarenta años, cogió un montón de papeles que tenía en la mesa y salió al pasillo detrás de Caldwell, dirigiéndose los dos a la oficina de Sutherland.

El brigadier les suplicó que se sentasen y con un movimiento de cabeza concedió la palabra al jefe del servicio de espionaje. Alistair se rascó la punta de la nariz y echó un vistazo a sus papeles.

—La actividad de los judíos en el compartimiento de los niños en Caraolos, ha sufrido últimamente un incremento tremendo —empezó, en un semimurmullo—. Nosotros consideramos que puede terminar en una revuelta o fuga.

Sutherland se puso a tamborilear con los dedos sobre la mesa con aire impaciente. Alistair, con sus maneras silenciosas y sus murmullos, le ponía siempre nervioso. Entretanto, el mayor iba leyendo monótonamente otras varias páginas de información.

—Apreciado mayor Alistair —le dijo Sutherland, cuando hubo terminado—, ha estado quince minutos leyéndome datos y el tema de su relación se resume en que usted sospecha que los judíos están incubando un peligroso complot. Durante las dos semanas pasadas ha intentado usted situar dos hombres en el compartimiento de los niños y otros cinco en otros puntos del interior de Caraolos. Todos y cada uno de sus profesores de espionaje han sido descubiertos por los judíos al cabo de una hora y expulsados de allí. Me ha leído un par de páginas de mensajes que ha interceptado y que no sabe descifrar, y sostiene que proceden de una emisora que no consigue localizar.

Alistair y Caldwell cruzaron una rápida mirada como diciéndose: «El viejo va a ponerse insoportable otra vez».

—Pidiéndole mil perdones al brigadier —dijo Alistair, inclinándose—, debo recordar que buena parte de la información que nosotros proporcionamos es siempre especulativa. Sin embargo, hemos suministrado en este caso datos concretos acerca de los cuales no se ha tomado medida alguna. Sabemos positivamente que el campo de Caraolos está bajo la influencia de los agitadores del Palmach de Palestina, los cuales utilizan el patio de juego para instruir militarmente a los refugiados. También sabemos que los palestinos introducen secretamente sus hombres en Chipre por un lugar próximo a las ruinas de Salamis. Tenemos motivos sobrados para sospechar que Mandria, el griego, colabora con ellos.

—¡Maldita sea! Todo lo que me dice lo sé —exclamó Sutherland—. Ustedes, señores, olvidan que lo único que salva a los refugiados de convertirse en una turba

salvaje es la presencia entre ellos de esos palestinos, los cuales se encargan de las escuelas, las cocinas, los hospitales y todo lo demás del campo. Más aún, ellos conservan la disciplina y evitan las fugas dejando entrar y salir a determinadas personas únicamente. Arrojemos a los palestinos y habremos desatado la tormenta sobre nuestras cabezas.

—Entonces, contrate a unos cuantos informadores, señor, y sepa por lo menos qué se proponen.

—Comprar a un judío para que proporcione informes es imposible —objetó Alistair—. Esa gente permanece unida como uña y carne. Cada vez que creemos haber encontrado a uno nos envía a la caza de patos silvestres.

—Pues restalle el látigo sobre ellos; métales el temor de Dios en el cuerpo —espetó Caldwell.

—Freddie, Freddie, Freddie —regañó, con desaliento, Sutherland, encendiendo la pipa—. Nos resultaría imposible atemorizar a esa gente. Son licenciados de los campos de concentración. ¿Se acuerda de Bergen-Belsen, Freddie? ¿Le parece que podríamos tratarles peor?

El mayor Alistair empezaba a arrepentirse de haber pedido a Fred Caldwell que le acompañase. El pensamiento de Caldwell demostraba no saber apreciar las cosas en perspectiva.

—Brigadier —apresuróse a decir—, aquí todos somos soldados. Con todo, yo no sería sincero si le comunicase que en Caraolos todo sigue en calma y que me parece prudente continuar cruzados de brazos aguardando que estalle el conflicto.

Sutherland se puso en pie, llevóse las manos a la espalda y comenzó a pasear pensativamente por el aposento. Después de dar varias chupadas a la pipa, golpeóse ligeramente los dientes con la embocadura de la misma.

—Mi misión en Chipre consiste en mantener esos campos sosegados hasta que nuestro Gobierno decida lo que se propone hacer en relación con el mandato de Palestina. No vamos a tomar ninguna medida que nos ponga en riesgo de desencadenar una propaganda adversa.

Fred Caldwell estaba colérico. Simplemente, no comprendía qué motivos inducían a Sutherland a permanecer inactivo, dejando que los judíos concitaran la tormenta. Aquello quedaba fuera de su alcance.

Allan Alistair sí lo comprendía; pero no estaba de acuerdo. Era partidario de un contragolpe que desbaratase los planes de los judíos en Caraolos. Sin embargo, lo único que podía hacer era presentar los informes resultantes de sus averiguaciones; corría a cargo del brigadier Sutherland el tomar las medidas oportunas. A su criterio, Sutherland se mostraba inexplicablemente blando.

—¿Hay algo más? —preguntó el brigadier.

—Sí, otro problema todavía, señor. —Alistair hojeó sus papeles—. Me gustaría

saber si el brigadier ha estudiado los informes acerca de esa mujer americana, Katherine Fremont, y del corresponsal de Prensa Mark Parker.

—¿Qué hay respecto a ellos?

—Pues, señor, ignoramos si ella es su amante; pero nos llama la atención que haya entrado a trabajar en Caraolos coincidiendo con la llegada del periodista a Chipre. Por nuestra experiencia anterior sabemos que Parker tiene tendencias antibritánicas.

—Tonterías. Es un reportero excelente. En los juicios de Núremberg hizo un trabajo estupendo. En Holanda nosotros cometimos un error a consecuencia del cual tuvimos elevadas pérdidas, y él lo descubrió y lo publicó. Era su misión.

—¿Acertamos, señor, al suponer como muy posible que mistress Fremont haya entrado a trabajar en Caraolos para ayudar a Parker a exponer públicamente las condiciones del campo?

—Mayor Alistair, confío en que si alguna vez le juzgan por asesinato, el Jurado no le condenará a muerte sin otras pruebas que las que usted me ha presentado a mí. —En las mejillas de Alistair aparecieron unas manchitas encarnadas—. Se da la casualidad de que esa tal Fremont es la mejor enfermera pediatra de todo el Oriente Medio. El Gobierno griego la ha mencionado por la relevante labor desplegada en un orfanato de Salónica. También esto figura en su informe de usted. Con Mark Parker son amigos desde la infancia. Igualmente figura en su informe que los encargados de velar por la salud de los judíos solicitaron sus servicios. Dígame, mayor Alistair…, usted lee los informes que redacta, ¿verdad?

—Pero…, señor…

—Todavía no he terminado. Demos por supuesto que sus peores sospechas están bien fundadas. Demos por supuesto que mistress Fremont se dedica a recoger datos para facilitarlos a Mark Parker. Digamos que Mark Parker escribe una serie de artículos sobre Caraolos… Caballeros, estamos a finales del 1946… Hace año y medio que ha terminado la guerra. La gente en general está cansada, hastiada de historias de refugiados; ya casi la dejan indiferente. En cambio, lo que causaría sensación sería que nosotros expulsásemos de Chipre a una enfermera y a un periodista, americanos los dos. Caballeros, se levanta la sesión.

Alistair recogió sus papeles a toda prisa. Fred Caldwell había estado todo el rato agitado por una cólera, ora ardiente, ora glacial.

—¡Yo propongo que matemos a unos cuantos de esos miserables para enseñarles quién es aquí el que dirige la función! —gritó el mayor, poniéndose en pie casi de un salto.

—¡Freddie! —Caldwell, que estaba ya en la puerta, se volvió—. Si siente una impaciencia tan grande puedo hacer de modo que le trasladen a Palestina. Allí los judíos están armados y no se encuentran detrás de una valla de alambre. Hombrecitos

como usted los comen para desayuno.

Caldwell y Alistair se alejaron a paso vivo por el corredor. Freddie refunfuñaba entre dientes.

—Venga a mi oficina —dijo Alistair.

Freddie se desplomó sobre una silla y levantó los brazos al cielo. Alistair cogió un abrecartas de encima de la mesa y empezó a golpearse con él la palma de la otra mano, al mismo tiempo que paseaba nervioso por la habitación.

—Se lo digo; a ese viejo deberían recompensarle sus servicios y concederle el retiro —afirmó Caldwell.

Alistair volvió a su mesa mordiéndose el labio con aire dubitativo.

—Freddie, hace varias semanas que lo estoy pensando. Sutherland ha demostrado ser una persona completamente imposible. Voy a escribir una carta personal al general Tevor-Browne.

Caldwell enarcó las cejas.

—Eso es un poco arriesgado, amigo.

—Hemos de hacer algo antes de que esta isla sanguinaria estalle en nuestras manos. Usted es el ayudante de Sutherland. Si me apoya yo le garantizo que no habrá repercusiones.

Caldwell estaba harto de su jefe. Además, Alistair era pariente, por parte de su mujer, de Tevor-Browne. Caldwell movió la cabeza afirmativamente.

—Y podría añadir unas palabras de recomendación a mi favor.

Unos golpecitos en la puerta dieron entrada a un cabo que traía otro manojo de papeles. Después de entregarlos a Alistair, el cabo volvió a salir. Alistair hojeó los papeles y exhaló un suspiro.

—¡Como si no tuviera bastantes cosas en qué pensar! Ahora actúa en la isla una red organizada de ladrones. Y son tan endiabladamente listos que no sabemos lo que roban.

El general Tevor-Browne recibió el informe urgente y confidencial de Alistair unos días después. Su primera reacción fue la de llamar a Caldwell y Alistair a Londres y ponerles de vuelta y media por aquel acto equivalente casi a una insubordinación; pero en seguida comprendió que Alistair no le habría enviado una carta como aquélla si no hubiera estado sinceramente alarmado.

Si Tevor-Browne quería seguir el consejo de su pariente ordenando una rápida incursión a Caraolos para desbaratar los planes que pudiesen tener los judíos, había de moverse presto, pues —si bien él no lo sabía— Ari Ben Canaan había fijado el día, la hora y el minuto para sacar a los muchachos de Caraolos.

Los ingleses anunciaron que las nuevas acomodaciones de las cercanías de Larnaca estaban a punto y dentro de pocos días iba a comenzar una nueva evacuación general de muchos de los compartimientos demasiado abarrotados de Caraolos. Los

refugiados serían trasladados en camiones a un promedio de trescientos a quinientos diarios por un período de diez días. Ari escogió para su propósito el día sexto.

Nada de túneles, nada de cajas, nada de zanjas de saneamiento. Simplemente, Ari se presentaría en Caraolos y se llevaría a los muchachos en camiones ingleses.

# CAPÍTULO XX

PARA ENTREGAR PERSONALMENTE
A KENNETH BRADBURY,
JEFE DE LA OFICINA DE LONDRES
DEL A. N. S.

*Querido Brand:*

*Esta carta y el reportaje adjunto te serán entregados por F. F. Whitman, piloto de la «British Intercontinental Airways».*

*El día D de la «Operación Gedeón» será el que hace cinco a partir de la fecha. Avísame por cable en seguida que hayas recibido el reportaje. En este asunto he tenido que actuar según mi propio parecer. Se me antoja que puede convertirse en una cosa importante.*

*El día D te enviaré un cable. Si firmo MARK significará que todo habrá salido bien y que no habrá inconveniente en publicar mi relato. Si firmo PARKER retén el reportaje, pues ello significará que algo habrá salido mal.*

*He prometido quinientos dólares a F. F. Whitman si te entregaba esta carta en mano sin contratiempo. Te ruego que le pagues, ¿quieres?*

*MARK PARKER*

MARK PARKER
HOTEL DOME
KYRENIA, CHIPRE

TÍA DOROTHY LLEGO SIN NOVEDAD A LONDRES Y TODOS ESTUVIMOS MUY CONTENTOS AL VERLA. ESPERANDO RECIBIR NOTICIAS TUYAS.

*BRAD*

El reportaje de Mark aguardaba a buen recaudo en la oficina de Londres del ANS, para ser publicado cuando se diera la señal.

Al empezar a trabajar en Caraolos, Kitty dejó el «Hotel Dome» para trasladarse al «King George», de Famagusta. Mark decidió continuar en el «Dome» a fin de estar sobre el teatro de operaciones cuando llegara el «Exodo».

Dos veces había ido en coche a Famagusta para ver a Kitty. Las dos veces estaba ella en el campo. Mandria le confirmó a Mark lo que él ya sospechaba. La joven refugiada trabajaba de ayudante de Kitty. Se pasaban todo el día juntas. Mark se puso inquieto. A Kitty le habría convenido tener más cordura y no querer resucitar a su hija

en la persona de aquella muchacha. A Mark le parecía descubrir en todo ello un sentimentalismo enfermizo. Y por si fuera poco, había que añadirle el negocio de sacar de Caraolos papeles falsificados.

Faltaban pocos días para que la «Operación Gedeón» entrase en la fase final. El nerviosismo hacía mella en Mark, y la extraña conducta de Kitty, todavía más. Por último decidió enviarle aviso para encontrarse a una hora determinada en el «King George» de Famagusta.

Mientras Mark Parker guiaba el coche hacia dicha ciudad, sentía sus nervios a punto de estallar. Todo había resultado demasiado sencillo. Ben Canaan y su cuadrilla de bandidos habían burlado a los ingleses desde todos los puntos del compás. Éstos se daban cuenta de que se tramaba algo, pero ni por sus vicias parecían capaces de descubrir al equipo extraño que laboraba entre ellos. Mark se maravillaba de la destreza y de la sutilidad de Ben Canaan y del valor de sus *palmachniks*. La reforma y el acondicionamiento del «Exodo» y la preparación de los muchachos habían sido realizados a placer. Indudablemente, aquél sería el mayor éxito de su carrera periodística; pero le inquietaba el estar mezclado por completo en el asunto.

Al llegar a Famagusta aparcó el automóvil junto a la pared lateral del «Hotel King George», muy parecido al «Dome» en el detalle de estar enclavado en una playa y poseer terrazas que daban sobre el mar. Allí encontró a Kitty contemplando el agua.

—Hola, Mark —saludóle ella, sonriendo. Y mientras él se sentaba a su lado, le besó en la mejilla.

Mark pidió unas bebidas y encendió dos cigarrillos, uno para sí mismo y otro para Kitty. Ésta estaba radiante. Parecía diez años más joven que el primer día que se encontraron en Kyrenia.

—Debo confesar que pareces el retrato mismo de la felicidad —dijo, en deferencia a la agriada expresión de su amigo.

El camarero les sirvió.

—¿Estás como sobre alfileres, esperando el gran momento? —inquirió Kitty.

—Claro, ¿por qué no? —replicó él.

Sus ojos se encontraron por encima de los bordes de los respectivos vasos. Kitty bajó los suyos al momento.

—Está bien, míster Parker. Se te ve más encendido que una señal luminosa. Sería mejor que empezases a hablar; no sea que estalles.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enfadada conmigo? ¿Ya no me tienes ningún aprecio?

—¡Misericordia divina, Mark! No te creía tan susceptible. He trabajado mucho…, aparte de que convinimos que sería mejor que durante estas dos semanas pasadas no nos viésemos con excesiva frecuencia, ¿verdad?

—Me llamo Mark Parker. Habíamos sido amigos. Solíamos discutir juntos nuestras cosas.

—No sé a dónde quieres ir a parar.

—Karen…, Karen Clement Hansen. Una refugiada de Dinamarca, pasada por Alemania.

—No creo que haya nada que discutir…

—Yo creo que sí.

—Es simplemente, una muchachita encantadora a la cual tengo gran simpatía. Ella es mi amiga y yo lo soy suya.

—Jamás supiste mentir demasiado bien.

—¡No quiero hablar de ello!

—Te estás buscando un disgusto. La otra vez terminaste desnuda en una cama con un soldado de Marina. Esta vez creo que tendrás el valor de suicidarte.

Los ojos de Kitty rehuyeron la mirada colérica de Mark.

—Hasta hace pocas semanas he sido siempre muy sensata —objetó.

—¿Quieres saldar la cuenta entera toda de una vez?

Kitty puso sus manos sobre la del periodista.

—Es una cosa inexplicable; es como si hubiese nacido de nuevo. ¡Ah, qué muchacha tan singular, Mark!

—¿Y qué harás cuando se marche en el «Exodo»? ¿La seguirás a Palestina?

Kitty aplastó el cigarrillo y apuró el vaso de cóctel. Sus ojos se entornaron en una expresión que Mark conocía ya.

—¿Qué has hecho? —le preguntó, alarmado.

—No se marchará en el «Exodo». Es la condición que puse para trabajar a las órdenes de Ari Ben Canaan.

—Ah, que tonta, Kitty…, qué tonta…

—¡Basta ya! —exclamó la mujer—. Basta de sacar consecuencias raras de mi proceder. He vivido sola, ansiando poseer la clase de afecto que esta muchacha puede dar. Y yo puedo ofrecerle la clase de comprensión y de camaradería que ella necesita.

—Tú no quieres ser su compañera. Tú quieres ser su madre.

—Y si fuera así, ¿qué? No hay nada malo en ello.

—Mira… dejemos de chillarnos…, soseguémonos. No sé qué propósitos te habrás hecho, pero su padre probablemente vive. Si no vive, esa muchacha tiene una familia en Dinamarca. Y todavía, dejando de lado los dos puntos anteriores, tercer inconveniente del caso: esa chica está envenenada lo mismo que los envenenan a todos. Quiere ir a Palestina.

La faz de Kitty se nubló; en sus ojos apareció un retorno de la tristeza. Mark se arrepintió de haber hablado de aquel modo.

—Hice mal no consintiendo que partiera con el «Exodo». Yo quería tenerla conmigo unos meses…, ganarme su confianza por entero…, hacerle comprender cuán hermoso sería irnos a América. Si pudiera pasar unos meses con ella estaría

segura de mí misma…

—Kitty…, Kitty…, Kitty. Esa chica no es Sandra. Desde el preciso momento que terminó la guerra anduviste buscando una Sandra. La buscabas ya en el orfanato de Salónica. Y quizá por esto tuviste que aceptar el reto de Ben Canaan, porque en Caraolos había niñas y pensaste que una de ellas podría ser Sandra.

—Por favor, Mark…, no sigas.

—Muy bien. ¿Qué quieres que haga?

—Averigua si su padre vive. Si no vive, quiero adoptarla y llevármela a los Estados Unidos.

—Haré lo que pueda —prometió él. Y en aquel instante divisó a Ari Ben Canaan, vestido de capitán Caleb Moore, que se dirigía hacia la terraza donde estaban ellos.

Ari se acercó a buen paso a su mesa y se sentó. Era el mismo de siempre, tan frío y tan inexpresivo como de costumbre. A Kitty se le iluminó el rostro desde el primer momento de verle.

—David acaba de llamarme desde Caraolos. Ha surgido algo que requiere mi atención inmediata. Creo que, dadas las circunstancias, sería conveniente que usted me acompañase —le dijo a Kitty.

—¿Qué es? —preguntaron a coro ésta y el periodista.

—No lo sé exactamente. Se trata del muchacho llamado Landau, el que falsifica los papeles. Se niega a seguir trabajando hasta que haya hablado conmigo.

—¿Y para qué me necesita usted a mí? —preguntó Kitty.

—Su amiga, Karen, la danesita, es casi la única persona que puede hablarle.

Kitty palideció.

—Hemos de tener los papeles completos antes de seis horas —explicó Ari—. Es posible que la necesitemos a usted para parlamentar con el muchacho por mediación de Karen.

Kitty se levantó con torpeza de la silla y siguió ciegamente a Ari. Mark movió la cabeza con tristeza, y sus acongojados ojos quedaron fijos largo rato en el vacío umbral.

# CAPÍTULO XXI

De pie en el aula de clase que servía de cuartel general al Palmach, Karen miraba con aire enojado a un muchacho de cara sumisa, cabello rubio y aspecto dulce. Era un chico más bien bajo para sus diecisiete años y su sumisión era engañosa. Sus ojos azules, glaciales, irradiaban tormento, confusión y odio. El muchacho estaba junto a una pequeña alcoba que guardaba los papeles e instrumentos que empleaba en sus falsificaciones. Karen se acercó a él y con el dedo índice le dio unos ligeros golpecitos en el labio superior.

—¡Dov! ¿En dónde te has metido y qué has hecho? —El muchacho curvó los labios y soltó un sonido inarticulado—. Deja ya de gruñirme como una bestia —ordenó ella—. Quiero saber qué has hecho.

Dov parpadeó nervioso. Cuando Karen estaba enfadada era inútil querer discutir.

—Les he dicho que quería hablar con Ben Canaan.

—¿Por qué?

—¿Ves estos papeles? Son falsificaciones de los impresos mimeografiados de los ingleses. Ben Ami me ha dado una lista de trescientos muchachos de nuestro compartimiento para ponerlos en estos papeles a fin de que sean trasladados a Larnaca. Pero no es el nuevo campo adónde irán sino a embarcar en un barco de la Mossad que esperará en algún sitio. Irán a Palestina.

—¿Y qué tiene esto de particular? Ya sabes que jamás discutimos las disposiciones de la Mossad o del Palmach.

—Esta vez yo sí las discuto. Nuestros nombres no figuran en la lista. No quiero arreglar estos papeles si no nos permiten marchar a nosotros también.

—Tú no sabes con certeza si existe el tal barco. Y suponiendo que existiera, si nosotros no figuramos en la lista, sus razones tendrán para no incluirnos. Ambos tenemos trabajo aquí en Caraolos.

—A mí no me importa si me necesitan o no me necesitan. Me prometieron llevarme a Palestina, y allá iré.

—¿No piensas que estamos en deuda con esos muchachos del Palmach por todo lo que han hecho por nosotros? ¿No te queda el menor sentido de nobleza?

—Lo que han hecho por nosotros…, lo que han hecho por nosotros… ¿Y tú no sabes todavía por qué se parten el pecho para introducir judíos en Palestina? ¿Crees de veras que lo hacen porque nos aman? Lo hacen porque necesitan gente para luchar contra los árabes.

—¿Qué me dices de los americanos y de todos los otros que no han de luchar contra ningún árabe? ¿Por qué nos ayudan?

—Te lo diré. Con esto tranquilizan sus conciencias. Se sienten culpables por no haber ido a parar a las cámaras de gas.

Karen apretó los puños y los dientes y cerró los ojos para no dejarse llevar por la ira.

—Dov, Dov, Dov. ¿No conoces otro sentimiento sino el odio?

Se encaminó hacia la puerta.

El muchacho echó a correr y le cerró la salida.

—Otra vez estás enojada conmigo —le dijo.

—Sí, lo estoy.

—Eres el único amigo que tengo, Karen.

—Tú no piensas en otra cosa que en ir a Palestina para unir, te a los terroristas y matar… —Karen retrocedió hacia el interior de la estancia, sentóse en un pupitre y suspiró. Ante ella una pizarra ostentaba en grandes letras mayúsculas la siguiente frase: LA DECLARACIÓN BALFOUR DE 1917 PROMETIÓ A LOS JUDÍOS UNA PATRIA EN PALESTINA—. Yo también quiero ir a Palestina —susurró—. Lo quiero con un afán capaz de matarme. Mi padre está allá, esperándome… Sí, sé que me espera.

—Vuélvete a tu tienda y aguárdame —le dijo Dov—. Ben Canaan no tardará en estar aquí.

Cuando la muchacha hubo salido, Dov estuvo diez minutos paseando nervioso por la sala y enfureciéndose cada vez más.

Abrióse la puerta. La recia figura de Ari Ben Canaan cruzó el umbral, seguida de David Ben Ami y de Kitty Fremont. David entornó la puerta y echó la llave. El recelo semicerraba los ojos de Dov.

—No quiero a esa mujer aquí —dijo.

—Yo sí —respondió Ari—. Habla.

Dov parpadeó vacilante. Sabía que no lograría alternar la postura de Ben Canaan. Entró pues en la alcoba y cogió de un manotazo el montón de impresos mimeografiados de traslado.

—Creo que viene a Chipre un barco de la Mossad Aliyah Bet y que esos trescientos muchachos embarcarán en él.

—Es una buena teoría. Sigue —ordenóle Ari.

—Usted y yo hicimos un trato, Ben Canaan. Y no pienso arreglarle estos papeles a menos que pueda añadir mi nombre y el de Karen en la lista. ¿Quieren más aclaraciones?

Ari miraba a Kitty por el rabillo del ojo. David Ben Ami tomó la palabra.

—¿No has pensado, Dov, que nadie sino tú sabe hacer este trabajo y que te necesitamos aquí? ¿No se te ha ocurrido que tanto tú como Karen sois mucho más útiles aquí que en Palestina?

—¿Y no se le ha ocurrido a usted que a mí me importa un comino? —replicó Dov.

Ari bajó los ojos para disimular una sonrisa. Dov era rudo y listo y llevaba el juego con una decisión implacable. Los campos de concentración habían criado verdaderas manadas de gente ruin.

—Parece que tienes todos los triunfos en la mano —dijo—. Pon tu nombre en la lista.

—¿Y el de Karen?

—Éste no entró en nuestro trato.

—Pues ahora hago un trato nuevo.

Ari se le acercó con aire amenazador.

—Esto no me gusta, Dov.

El muchacho retrocedió unos pasos.

—¡Pégueme si quiere! ¡He sido azotado por técnicos en la materia! ¡Puede matarme! No tengo miedo. Después de haber…

—Deja ya de recitarme propaganda sionista —atajóle Ari—. Vete a tu tienda y aguarda allí. En el término de diez minutos te daremos una contestación.

Dov abrió la puerta y salió corriendo.

—¡El muy canalla! —exclamó David.

Ari le hizo una rápida señal con la cabeza indicándole que saliera. En el mismo instante en que la puerta se cerró tras él, Kitty cogió a Ben Canaan por la camisa.

—¡La muchacha no se irá en ese barco! ¡Usted lo juró! ¡Karen no se marchará en el «Exodo»!

Ari la tomó por las muñecas.

—No pienso hablar con usted si no recobra la compostura. Bastantes quebraderos de cabeza tenemos ya sin los que pueda darnos una mujer histérica.

Kitty se soltó las manos de un furioso tirón. Ari le dijo luego:

—Escúcheme. Jamás había soñado en semejante contingencia. Faltan menos de cuatro días para llegar al final de nuestra aventura. Ese muchacho nos tiene cogidos por el cuello y él lo sabe. No podemos dar un paso si no nos completa esos papeles.

—¡Hable con él… prométale lo que sea…, pero deje a Karen aquí!

—Si pensara que ha de servir para algo, hablaría con él hasta quedar sin aliento.

—Por favor…, Ben Canaan…, el chico aceptará un compromiso. No insistirá en que se marche Karen.

Ari movió la cabeza negativamente.

—He conocido a centenares de muchachos como él y he visto que casi no les queda nada de seres humanos. El único sentimiento honrado que Dov conserva se lo inspira Karen. Usted sabe tan bien como yo que a ella le será fiel…

Kitty se apoyó contra la pizarra que tenía escritas las palabras: LA DECLARACIÓN BALFOUR DE 1917 PROMETIÓ A… El hombro de su vestido borró las rayas de yeso. Ben Canaan tenía razón: lo sabía. Dov Landau era

incorregible, era un caso perdido, pero sentía una extraña adhesión hacia Karen. Mark lo había previsto perfectamente. Había sido una tonta, una tonta de remate.

—No hay sino un recurso —dijo Ari—, hable usted con esa muchacha y comuníquele sus sentimientos respecto a ella. Dígale por qué quiere que se quede en Chipre.

—No puedo —murmuró Kitty—. No puedo. —Y dirigió a Ben Canaan una mirada patética.

—No hubiera querido que ocurriese una cosa así —lamentóse él—. Lo siento de verdad, Kitty. —Era la primera vez que la llamaba por su diminutivo.

—Lléveme al lado de Mark —pidióle ella.

Salieron al pasillo.

—Ve a ver a Dov —le dijo Ari a David—, dile que aceptamos sus condiciones.

Cuando Dov supo la noticia corrió entusiasmado a la tienda de Karen.

—¡Nos vamos a Palestina! —exclamó.

—¡Oh, querido! —fue todo lo que la muchacha supo decir—. ¡Oh, querido!

—Debemos guardarlo en secreto. De los pequeños, tú y yo somos los únicos que lo sabemos.

—¿Cuándo partimos?

—Dentro de pocos días. Ben Canaan vendrá con unos camiones. Todos los que vayan con los camiones vestirán el uniforme de soldados británicos. Simularán que nos llevan al campo nuevo de Larnaca.

—Oh, querido…

Los dos adolescentes salieron de la tienda dándose la mano. Mientras paseaban por debajo de las acacias, Dov fijaba la mirada en la lejanía, por encima del oleaje de lona. Luego se fueron muy despacio hacia el patio de juego, donde Zev tenía a un grupo de chiquillos y les enseñaba a batirse a cuchilladas.

Dov Landau se alejó al cabo de un rato caminando junto a la valla de alambre espinoso. Los centinelas británicos daban unos pasos para allá, unos pasos para acá, montando la guardia. Allá al fondo del largo muro de alambre había una torre, una ametralladora y un reflector.

Alambre espinoso…, armas…, soldados…

¿Cuándo estuvo fuera de un cercado de alambre? Hacía tanto tiempo que costaba recordarlo.

Alambre de espino…, armas…, soldados… ¿Existía una vida real al otro lado de aquello? Dov se quedó inmóvil, con la vista fija en el exterior. ¿Alcanzaría su memoria a fechas tan remotas? Hacía tanto tiempo, tantísimo tiempo…

# CAPÍTULO XXII

*VARSOVIA, POLONIA, VERANO DE 1939*

Mendel Landau era un humilde panadero de Varsovia. Comparado con el doctor Johann Clement venía a ser el extremo opuesto del universo, en todos sentidos: social, económico, intelectual… En realidad entre ellos no habría existido nada en común, excepto el hecho de ser ambos judíos.

En calidad de tales, cada uno de ellos había de buscar su propia respuesta en lo tocante a las relaciones entre él mismo y el mundo que le rodeaba. El doctor Clement se adhería hasta el fin a los ideales de la asimilación. A pesar de ser un hombre humilde, Mendel Landau había meditado también el problema profundamente; pero él había llegado a una conclusión absolutamente distinta.

Al revés de lo que ocurría con Clement, el temperamento de Mendel Landau le llevaba a sentirse un intruso. Hacía varios siglos que los judíos de Polonia estaban sujetos a una u otra suerte de persecuciones, fluctuando desde los malos tratos a los asesinatos en masa.

Originariamente los judíos fueron a Polonia huyendo de la persecución de los cruzados, escapando de Alemania, Austria y Bohemia.

Mendel Landau, como todo judío polaco, sabía muy bien lo que había venido después de la fuga a Polonia. Vino que les acusaron de asesinatos rituales, de brujería, y que les odiaron como competidores en las artes y oficios.

La serie ininterrumpida de tribulaciones llegó a su cenit una Pascua de Resurrección, durante la cual las turbas corrían por las calles arrancando a los judíos y a sus familias de sus casas, y matando al momento a todos los que no aceptaban el bautismo.

Los judíos pagaban un impuesto especial. Los judíos tenían que llevar una banda de tela amarilla para señalarse a sí mismos como una raza aparte. Los códigos contenían mil y una leyes dirigidas a suprimir a los judíos. Los judíos fueron internados en *ghettos* cerrados con objeto de aislarles de la sociedad en cuyo seno vivían.

Pero en aquellos *ghettos* ocurrió un fenómeno extraño. En lugar de desaparecer lentamente, la fe y la cultura de los judíos, y el número mismo de ellos, se multiplicaron. Apartados por la fuerza del mundo exterior, los judíos buscaron cada vez más una orientación, una guía, en las leyes de Moisés, las cuales se convirtieron entre ellos en un poderoso lazo de unión. Dentro de los *ghettos* se gobernaban por sí mismos y cada uno de los allí encerrados acabó por sentirse identificado con todos los demás y emparentado con ellos por un parentesco tanto familiar como de

comunidad, el cual parentesco continuó existiendo aun después de ser suprimidos los *ghettos*.

Para los que gobernaban Polonia, los *ghettos* no eran sino una parte del programa que aplicar a los judíos. Además se les prohibía a éstos poseer fincas rústicas y dedicarse a una docena de artes y oficios en los cuales hubieran podido crear una competencia económica.

Encerrados en sus *ghettos*, los judíos constituían unas «cabezas de turco» al alcance de la mano en las que vengar cualquier desastre que sufriera la nación. Excitadas por un odio ciego y exasperadas por el miedo, las turbas penetraban periódicamente en los *ghettos* y mataban y azotaban a los judíos y destrozaban sus casas y posesiones, hasta el extremo de que el apalear judíos se convirtió en un pasatiempo aceptado, si no honorable, de los polacos.

Cuatro siglos de cebarse en los judíos culminaron en los hechos de 1648. Durante una sublevación de los cosacos, medio millón de judíos fueron sacrificados. El frenesí de sus matadores era tal que muchas veces a los niños judíos los arrojaban a unas zanjas y los enterraban vivos.

La Edad de las Tinieblas, que había llegado a su fin en la Europa occidental, parecía perdurar todavía en los *ghettos* polacos. La tragedia inenarrable del 1648, unida a los siglos de persecución incesante, creó dentro de los muros de los *ghettos* extraños fenómenos.

A lo largo de la historia de aquel pueblo desdichado, siempre que la situación se hacía insostenible y las esperanzas habíanse desvanecido casi por completo, surgía de su mismo seno una docena de sedicentes mesías que se proclamaban a sí mismos salvadores de su raza. En la más negra de las coyunturas, después de las carnicerías de 1648, un nuevo grupo de «mesías» hizo su aparición. Cada uno de ellos aseguraba haber sido enviado en cumplimiento de las profecías de Isaías. Cada uno de ellos tuvo un nutrido grupo de seguidores.

Junto con los mesías apareció también el misticismo judío, una especie de culto dedicado a buscar en la Biblia explicaciones a los años de sufrimiento. Arrastrados por el desesperado anhelo de salvación, los místicos urdieron extravagantes interpretaciones de la Biblia, basadas en el misticismo, la numerología o, simplemente, en las fantasías que suscitaba en sus cerebros el exceso de su deseo. Por medio de un laberíntico sistema llamado la Cábala, confiaban descubrir el camino por el cual Dios les alejaría de los desiertos de la muerte.

Y mientras unos se proclamaban mesías y los cabalistas hurgaban en busca de significados ocultos, todavía una tercera secta levantóse en los *ghettos*: la de los Hasidim, los cuales se sustraían a los rigores de la existencia corriente entrenándose a una vida dedicada por entero al estudio y a la oración. Sumergiéndose en el rezo conseguían éstos levantarse por encima de los sufrimientos de la realidad circundante

y elevarse hasta el éxtasis religioso.

Mesías… Cabalistas… Hasidim…, todos hijos de la desesperación.

Mendel Landau sabía todo esto. Sabía también que había habido períodos más luminosos durante los cuales el peso se aligeraba y las leyes se suavizaban. La historia de la misma Polonia estaba cubierta de huellas de sangre. Los polacos habían luchado por su libertad en una serie de guerras, revoluciones y asaltos al Poder. A Polonia le habían arrancado a pedazos sus tierras fronterizas, y cuando no estaba sufriendo una invasión vivía bajo la amenaza inminente de que se produjera. En estos combates de los polacos, los judíos habían empuñado las armas y luchado al lado de aquéllos, poniendo la causa de la nación por encima de la suya propia.

Mucho de lo que Mendel Landau sabía había pasado ya a ser historia antigua. Ahora estábamos en 1939 y Polonia era una república. Mendel y su familia ya no vivían en un *ghetto*. En el país había más de tres millones de judíos. Constituían una parte considerable de la vida nacional.

Con todo, la opresión no había terminado con el advenimiento de la república; sólo había variado de intensidad. Los judíos seguían pagando impuestos especiales. Todavía existían las restricciones de tipo económico. Muchos polacos acusaban aún a los judíos de ser los causantes de las inundaciones, cuando llovía demasiado, y de las sequías, cuando llovía poco.

El *ghetto* había desaparecido, pero para Mendel Landau cualquier parte de Polonia en que viviera era un *ghetto*. Tenían república, ciertamente, pero después de 1936 Mendel Landau había visto *pogroms*[6] y algaradas antijudías en Brzesc, Czestochows, Brzytyck, Minsk, Mazowiecki, y conocía la mueca repugnante de los maleantes especializados en saquear y destrozar tiendas judías y en cortar barbas de judío.

De aquí que Mendel Landau y Johann Clement llegasen a conclusiones distintas. Después de siete siglos en Polonia, Mendel Landau seguía siendo un intruso y lo sabía.

Él era un hombre simple y más bien modesto. Su esposa, Leah, era la más sencilla de las mujeres, una esposa y una madre siempre entregada al trabajo.

Mendel Landau quería dejarles algo en herencia a sus hijos. Él no sentía el fervor de los Hasidim por el rezo; tampoco creía en mesías, ni en la numerología de la Cábala.

Mendel sólo conservaba cierta medida de fe en su religión. Celebraba las fiestas judías de modo parecido a como muchos cristianos celebran la Pascua o la Navidad. Aceptaba la Biblia más por su valor histórico, como relato de las vicisitudes de su pueblo, que como la base de un culto. De modo que no podía ofrecer a sus hijos ni siquiera una religión profundamente arraigada.

Lo que les dio, en cambio, fue una idea. Era una idea remota, era un sueño, era

una cosa nada realista. Les legó la idea de que, algún día, los judíos habían de volver a Palestina y restaurar su antiguo Estado. Sólo formando una nación podrían reconquistar la igualdad.

Mendel Landau trabajaba de panadero. Su mundo se reducía a proporcionar alimento, cobijo, educación y amor a una familia. Ni en los momentos más arrebatados confiaba en ver Palestina, ni en que la vieran sus hijos. Pero creía en la idea.

Mendel no estaba solo entre los judíos polacos. Entre los tres millones y medio que vivían en dicha nación había centenares de miles que seguían la misma estrella; ellos dieron origen al manantial del sionismo. Había sionistas religiosos, sionistas laboristas, pequeños grupos de sionistas militares y sionistas comerciantes, es decir, de la clase media.

Perteneciendo Mendel a un Sindicato, su familia formaba parte de un grupo de sionistas laboristas denominado Los Redentores. Toda la vida social de los Landau giraba en torno de Los Redentores. De vez en cuando llegaban oradores de Palestina, se hacía trabajo de proselitismo, había libros y panfletos, discusiones, canciones y danzas, y sobre todo una esperanza inextinguible que mantenía viva la idea. Los Redentores, al igual que otros grupos sionistas, dirigían centros agrícolas en los que adiestraban a los muchachos de ambos sexos a cultivar el suelo. Y de vez en cuando enviaban un grupo a Palestina a cultivar las tierras recién adquiridas.

Seis miembros componían la familia Landau. En primer lugar, Mendel y su esposa, Leah. Venía luego el hijo mayor, Mundek, un guapo mozo de dieciocho años, que tenía también el oficio de panadero. Mundek era un cabecilla nato: era uno de los jefes de sección de Los Redentores. Después venían las dos chicas. Ruth, que tenía diecisiete años, era exageradamente tímida, como lo había sido Leah. Estaba enamorada de Jan; otro dirigente de Los Redentores. Rebeca tenía catorce años. Y en último lugar venía Dov, el pequeño de la familia. Tenía diez años, el cabello rubio y los ojos grandes; y era demasiado joven para pertenecer a Los Redentores. Dov miraba a su hermano como a un ídolo. Mundek adoptaba con él un aire protector, permitiéndole asistir a las reuniones de su grupo.

*1 DE SETIEMBRE, 1939*

Después de provocar una serie de incidentes fronterizos, los alemanes invadieron Polonia. Mendel Landau y su hijo mayor, Mundek, fueron llamados a filas.

La Wehrmacht dejó a Polonia hecha jirones en una campaña de sólo veintiséis días de duración. Mendel Landau murió en el campo de batalla junto con otros treinta mil y pico de judíos que vestían el uniforme de Polonia.

Como vivían en tiempos de grandes calamidades, los Landau no pudieron

permitirse el lujo de un duelo prolongado. De regreso de la gallarda, aunque estéril, defensa de Varsovia, Mundek pasó a ser la cabeza de la familia.

En el mismo instante en que los alemanes entraban en Varsovia Los Redentores se reunieron para discutir el plan de acción que debían adoptar en las nuevas circunstancias. La mayoría de judíos polacos, más confiados que realistas, creyeron que no les pasaría nada y adoptaron la actitud de «esperar y ver». Los Redentores y otros grupos sionistas desparramados por toda la nación no fueron tan ingenuos. Sabían con certeza que la ocupación alemana les pondría ante graves peligros.

Los Redentores y muchos de tales grupos sionistas decidieron permanecer en contacto y actuar colectivamente, como formando una sola organización. Algunos grupos prefirieron marchar en busca de la pretendida seguridad, del ilusorio refugio que les proporcionaría la Unión Soviética, la cual, al invadir Polonia los alemanes, habíase adelantado a engullir la mitad de aquella nación. Otros grupos iniciaron un trabajo clandestino, y otros todavía laboraban para la puesta en marcha de un «ferrocarril subterráneo» que les permitiera escapar.

Los Redentores decidieron por votación continuar en Varsovia, montando una resistencia en el interior de la ciudad y seguir en contacto con otros grupos de correligionarios diseminados por toda Polonia. Aunque no había cumplido los diecinueve años, Mundek fue elegido jefe militar. Jan, el amor secreto de Ruth, fue nombrado lugarteniente suyo.

Apenas los alemanes se hubieron establecido en el poder y hubieron nombrado gobernador a Hans Frank, promulgaron una serie de leyes contra los judíos. Se les prohibía su culto: se limitaba su libertad de viajar; se les careaba con terribles impuestos. Los judíos eran expulsados de todos los cargos públicos, tanto como funcionarios como si se trataba de cargos electivos. A los judíos se les expulsaba de la industria del pan. A los judíos se les expulsaba de todos los lugares públicos. A los judíos se les expulsaba de las escuelas.

Se hablaba de reinstaurar el *ghetto*.

Al mismo tiempo que ponían en vigor dichas leyes, los alemanes se embarcaron en una campaña de «ilustración» del pueblo polaco. Tal campaña alentaba y propagaba la opinión ya en boga de que los judíos habían desencadenado la guerra, e incluso, más adelante, sostuvo que eran los verdaderos responsables de la invasión, que había sido llevada a cabo con objeto de salvar a Polonia de los «judíos bolcheviques». Varsovia y otras ciudades estaban embadurnadas de cartelones representando a barbudos judíos atropellando monjas y otras escenas de la «depravación» judía. En su campaña los alemanes incitaban a los polacos a cortar barbas, a profanar sinagogas, a cometer toda clase de indignidades contra los judíos.

*BERLÍN, ALEMANIA*

En Berlín los jefes nazis luchaban a brazo partido con el problema judío. Surgían varias teorías. Heydrich, el jefe de las SD, se pronunciaba en favor de retener a los judíos para obtener rescate y luego deportarlos en masa. Schacht, el mago de las finanzas, prefería apoderarse poco a poco de sus disponibilidades financieras. Muchos eran los proyectos sometidos a discusión. Incluso se resucitó el antiguo proyecto de embarcar a todos los judíos y llevarlos a Madagascar. Otros habrían preferido enviarlos a Palestina, pero el bloqueo inglés lo hacía imposible.

El coronel de las SS, Eichmann, habíase dedicado desde antiguo a trabajos de «redistribución» de judíos. Había nacido en Palestina y hablaba el hebreo correctamente; por lo cual parecía la persona más indicada para encargarse de la solución final del problema judío. El cuartel general fue establecido en el número 46 de la Kurfuerstenstrasse. Lo primero que se puso automáticamente de relieve fue que hasta que se diese con la solución final era imprescindible echar mano de un programa de reacomodación. La mayoría de jefes nazis convinieron en que Polonia era el lugar ideal para reacomodar judíos. En primer lugar porque vivían ya en ella tres millones y medio. En segundo, lugar porque allí, contrariamente a lo que ocurriría en la Europa occidental, tal política no provocaría mucha indignación pública, o quizá ninguna.

Hans Frank, el gobernador alemán de Polonia, se opuso a que le enviaran más judíos. Bastante se había esforzado él por matar de hambre a los que tenía, además de haber colgado y fusilado a cuantos le fue posible. Pero los dirigentes máximos de Berlín desoyeron las protestas de Frank.

Los alemanes barrieron toda Polonia en busca de judíos. Grupos de asalto entraban en villas, pueblos y ciudades pequeñas y, sin previo aviso, rodeaban y reunían a todos los judíos, cargándolos en seguida en trenes de mercancías, a menudo sin permitirles que se llevaran nada y enviándolos a centros más populosos.

Unos pocos judíos se enteraron por adelantado de aquellos «rodeos» y buscaron la salvación, unos en la huida, otros comprando la hospitalidad de hogares cristianos. Pocos fueron los polacos que se expusieron a correr el riesgo de acoger a un judío. Algunos les arrancaron hasta el último céntimo y luego los entregaron a los alemanes para cobrar la recompensa.

En cuanto los judíos estuvieron «reacomodados», salió un edicto ordenando que llevasen todos una banda blanca en el brazo con la Estrella de David.

Polonia no era Dinamarca. Los polacos no se opusieron al edicto y los judíos llevaron la banda blanca en el brazo y hasta una Estrella de David en la espalda.

*VARSOVIA, INVIERNO DE 1939*

Días duros y amargos para la familia Landau. La muerte del padre, el rumor, otra vez circulante, de que reinstaurarían el *ghetto*, el programa alemán de reacomodación y la escasez amargaban y dificultaban la existencia.

Una mañana, a primeros del 1940, llamaron a la puerta del hogar de los Landau. La Policía Azul polaca, que colaboraba con los alemanes, esperaba en la calle. Con bruscos modales informaron a Leah Landau de que disponía de dos horas para recoger sus posesiones y trasladarse a otro sector de Varsovia que había sido destinado para los judíos. No les indemnizarían por la casa y apenas les daban tiempo para reunir lo que Leah había ahorrado en veinte años de casada. Los Landau, así como todos los otros judíos de Varsovia, fueron reacomodados en un sector del centro de la ciudad cercano a la línea principal del ferrocarril.

Mundek y Jan no se durmieron y consiguieron reservarse todo un edificio de tres pisos, que serviría de hogar y de cuartel general a una centena de miembros de Los Redentores. Los cinco de la familia Landau disponían de una sola habitación, amueblada con catres y con dos sillas. El cuarto de baño y la cocina tenían que compartirlos con otras diez familias.

Los judíos quedaron comprimidos en un área reducidísima; de una longitud de sólo seis manzanas de edificios (desde la calle Jerozolimska hasta el cementerio); y de una anchura de seis manzanas nada más. Los Redentores quedaron situados en el distrito de Brushmaker, en la calle Leszno. Leah había conseguido esconder unas cuantas joyas y objetos de valor que quizá fuesen útiles más tarde, si bien de momento no se encontraban en apuros económicos, puesto que Mundek seguía trabajando de panadero y Los Redentores aprovechaban mejor los recursos alimenticios poniéndolos en común.

Los judíos de las provincias venían en riada a Varsovia. Llegaban en largas hileras, transportando todo lo que les habían permitido llevarse en carritos de mano o en carretillas. O saltaban a rebaños de un tren y de otro, y de otro, en el apeadero contiguo al sector destinado a los de su raza, cuya reducida área quedó abarrotada de gente. La familia de Jan se juntó con la de Landau. Ahora eran nueve en un solo cuarto. El idilio entre Jan y Ruth convirtióse en un secreto a voces.

Los alemanes ordenaron a los judíos que eligieran un concejo para gobernar su sector, pero apenas nombrado lo utilizaron como instrumento que hiciera cumplir sus órdenes. Otros que creyeron mejor «hacerse amigos» de los alemanes ingresaron en un cuerpo de policía especial formado por judíos. Entretanto, la población de aquel reducido sector había subido hasta más de medio millón de personas.

Al final de 1940, un año después de la conquista de Polonia, los alemanes destinaron a muchos judíos a los batallones de trabajos forzados. En Varsovia hicieron construir una pared de tres metros de altura rodeando todo el sector judío. Todavía, encima de la pared extendieron líneas de alambre espinoso. Las quince

salidas del recinto estaban guardadas por Polacos Azules y por lituanos. ¡*El ghetto había retornado a Polonia*! Entre el sector judío y el exterior cesó el tráfico casi por entero. Mundek, que había seguido trabajando fuera, estaba ahora sin empleo. En el *ghetto*, las raciones quedaron reducidas en tal grado que apenas permitían sostenerse. Las únicas familias que parecía que acaso seguirían consiguiendo alimentos eran las de los que tenían «tarjetas» de trabajo y formaban parte de uno de los doce batallones de trabajos forzados, o estaban empleados en la industria.

La instauración del *ghetto* desató el pánico. Algunos judíos empezaron a trocar sus fortunas por alimentos; otros probaron de escapar y refugiarse en casas de familias cristianas. Pero la mayoría de los fugados no encontraban otra cosa que la muerte, o la traición de los del otro lado de la muralla. En el interior de ésta, la vida se convirtió paulatinamente en una lucha terrible, día tras día, por subsistir.

Mundek Landau asumió un papel dirigente. Gracias a su categoría entre Los Redentores obtuvo licencia del Concejo Judío para gobernar una de las pocas panaderías del *ghetto*. De este modo y merced a no haberse apartado de la acción conjunta, su grupo consiguió seguir viviendo y alimentándose.

Pero no todo eran tinieblas dentro del *ghetto*. Una orquesta sinfónica realmente magnífica daba conciertos semanales, las escuelas funcionaban normalmente, se formaban pequeños grupos teatrales. Uno podía asistir siempre, según sus gustos, a debates o a conferencias. Se imprimía un periódico interior y se creó una moneda del *ghetto*, que se convirtió en un medio legal de intercambio. En secreto, se celebraban funciones religiosas. Los Redentores jugaban un papel preponderante en la creación y el funcionamiento de todos aquellos servicios y actividades. Pero, aunque el pequeño Dov habría querido participar más activamente en las tareas de Los Redentores, su familia le obligaba a dedicar todo el tiempo posible a la escuela.

*MARZO, 1941*

Dieciocho meses después de la invasión de Polonia, la decisión final que había de resolver el problema judío la dio el mismo Adolfo Hitler. Fue una orden verbal. Seis semanas después el jefe de las SD, Heydrich, comunicó la decisión del *führer* en una conferencia secreta de oficiales de las SS, de las SD y de otras organizaciones nazis, habidas en Gross-Wansee.

La solución final era el genocidio.

El coronel Eichmann, de las SS, quedó encargado de borrar a los judíos de la faz de Europa.

En el espacio de unos pocos meses, los *Einsatzkommandos* —Comandos de Acción— fueron movilizados en *Einsatzgruppen* —Grupos Especiales de Acción— y estos grupos recorrieron Polonia, los Países Bálticos y el territorio ocupado por Rusia

en su misión de genocidio. Los esfuerzos iniciales de los Grupos Especiales de Acción seguían siempre una misma pauta. Rodeaban a los judíos, les llevaban a un paraje solitario y les obligaban a cavar sus propias fosas. Luego los desnudaban, les hacían arrodillar al borde de la fosa y les disparaban un tiro en la cabeza.

Las actividades de los Grupos Especiales de Acción llegaron a su punto culminante en la ciudad rusa de Kiev, en un suburbio llamado Babi Yar, donde en el período de dos días reunieron a treinta y tres mil judíos y los tumbaron a balazos en el fondo de las inmensas excavaciones.

Los *Einsatzgruppen* cosecharon grandes éxitos porque la población local no dificulto lo más mínimo su tarea, dado que, hasta cierto punto, compartía los sentimientos de los alemanes con respecto a los judíos. La matanza de Babi Yar fue llevada a cabo entre los gritos de entusiasmo de muchos ucranianos que aplaudían el procedimiento.

Pero pronto se puso en evidencia que los métodos de los *Einsatzkommandos* no eran suficientes para completar el plan de genocidio total. El matar a tiros resultaba un procedimiento lento y chapucero. Por otra parte, los judíos no colaboraban en el plan muriéndose de hambre en número suficiente.

Eichmann, Paul Blobel, Himmler, Streicher y unas docenas de jefes nazis elaboraron un gran plan magistral, Era un plan que requería una previa y cuidadosa selección de lugares escondidos pero próximos a estaciones de ferrocarril y centros de población. Los ingenieros diseñarían los campos a construir al más bajo precio en tales lugares a fin de que las ejecuciones pudieran ser llevadas a cabo por grupos.

Los jefes y funcionarios mayores de los antiguos campos de concentración establecidos en el interior de Alemania serían designados para encargarse de los nuevos establecimientos.

*INVIERNO DE 1941*

El *ghetto* de Varsovia presenció muertes en número todavía superior a las simas de Babi Yar. La gente moría de hambre y de frío por decenas, por centenares, por millares. A centenares morían los niños que de tan débiles no podían llorar; a centena, res morían los ancianos que de tan débiles no podían rezar. Cada mañana las calles del *ghetto* aparecían sembradas de nuevos cadáveres. Los equipos sanitarios recorrían las calles con palas y amontonaban los cadáveres en carretillas. Niños de pecho, chiquillos, hombres, mujeres… eran llevados con las carretillas a los crematorios para ser incinerados.

Dov tenía ahora nueve años. Cuando la panadería de Mundek cerró, Dov abandonó la escuela y vagó por las calles en busca de alimento. Hasta grupos tales como Los Redentores se encontraban en una situación apuradísima. Dov aprendió las

tretas necesarias para conservar la vida en un *ghetto*. Iba de un lado para otro, escuchaba y obraba con la astucia de un animal salvaje. La olla de los Landau permanecía vacía durante largos intervalos de tiempo. Cuando ninguno de los miembros de la familia afiliados a Los Redentores pudo organizar una comida colectiva, Leah trocó una de las joyas que tenía en reserva por alimento.

El invierno fue largo y cruel. En cierta ocasión, después de haber pasado cinco días sin comer, los Landau pudieron saborear por fin un ágape; pero en la muñeca de Leah no lucía ya su brazalete de boda. Entonces su suerte mejoró notablemente: Los Redentores se apoderaron de un caballo. Era viejo, todo huesos y su religión lo prohibía como alimento, pero les supo a gloria.

Ruth tenía diecinueve años. Cuando se casó con Jan, aquel invierno, estaba demasiado delgada para ser bonita de verdad. Pasaron la luna de miel en la habitación única que compartían con los otros cuatro miembros de la familia Landau y los tres restantes de la del novio. Pero por lo visto la joven pareja halló el modo de pasar unos ratos a solas en alguna parte, porque en primavera, Ruth estaba embarazada.

Una de las misiones más importantes que tenía a su cargo Mundek era la de mantener contacto con el exterior. Con dinero era posible sobornar a los agentes de la Policía Azul polaca y a los lituanos; pero Mundek consideraba mejor ahorrarlo para cosas más importantes. Por ello emprendió la tarea de establecer rutas para salir y entrar en el *ghetto* «por debajo del muro», utilizando las cloacas. Andar por Varsovia resultaba peligroso; nunca faltaban grupos de maleantes polacos con el ojo avizor por si descubrían judíos fugitivos, a fin de arrancarles dinero, o de entregarlos a los alemanes y cobrar la recompensa.

Los Redentores habían perdido así cinco de sus miembros, que fueron capturados al otro lado del muro. El último, cogido por los maleantes y entregado a la Gestapo, que lo llevó a la horca, fue Jan, el marido de Ruth.

El pequeño Dov era diestro en el arte de sobrevivir. Un buen día se presentó a Mundek con la petición de que le confiara la misión de enlace, pasando por las cloacas. Al principio, Mundek no quiso ni tomarlo en consideración; pero Dov insistió. Su cabello rubio y sus ojos azules hacían que fuese de todos ellos el que tenía menos aspecto de judío. Su corta edad alejaría más todavía las sospechas. Mundek sabía que su hermano era reservado y competente, pero su corazón se resistía a encomendarle una tarea tan peligrosa. Sin embargo, al perder el sexto y el séptimo correos que envió, decidió permitir que Dov hiciese una prueba. Decíase que, al fin y al cabo, todos sin excepción se pasaban un día tras otro coqueteando con la muerte. Leah se hizo cargo de la situación y no se opuso.

Dov se acreditó como el mejor correo del *ghetto*, estableciendo una docena de rutas distintas «por debajo del muro». Entre las aguas fétidas, pútridas, fangosas que corrían por el subsuelo de Varsovia, aquel niño se encontraba como en su casa. Cada

semana emprendía la travesía por la oscuridad hundiéndose hasta los hombros en la charca repugnante y se encaminaba hacia el número 99 de la calle de Zabrowska, donde vivía una mujer a la cual él conocía por el solo nombre de Wanda. Después de engullir una comida volvíase a la cloaca llevando consigo pistolas, municiones, dinero, partes de radio y noticias de otros *ghettos* y de los partisanos.

Cuando no estaba en su viaje semanal, a Dov le gustaba quedarse en el local de Los Redentores, donde Mundek y Rebecca pasaban la mayor parte de su tiempo. El trabajo de Rebecca consistía en falsificar pasaportes y salvoconductos. A Dov le gustaba mirar cómo lo hacía y pronto empezó a ayudarla. No tardaron en descubrir que poseía una extraordinaria aptitud para sacar copias y duplicados. Tenía el ojo fino y el pulso seguro; a la edad de doce años destacó pronto como el mejor falsificador que tenían Los Redentores.

*FINALES DE LA PRIMAVERA DE 1492*

Los alemanes dieron un paso considerable hacia la «solución final» del problema judío creando varios campos destinados al exterminio en masa de este pueblo. A fin de despejar a los del sector ríe Varsovia, aislaron una porción de terreno en un paraje escondido a la vista, llamado Treblinka. Allí dos grandes edificios contenían trece cámaras de gas. Había también alojamiento para los trabajadores y para el personal alemán, y grandes parcelas de suelo reservadas para quemar los cadáveres. Treblinka, uno de los primeros campos de su género, fue una avanzadilla de otros modelos más eficaces que vinieron después.

*JULIO, 1942*

Julio les trajo un día de luto a todos los judíos. Los del *ghetto* de Varsovia, así como los de otros *ghettos* polacos, tuvieron quizá mayores motivos de plañirse que los demás miembros de su raza. Fue el día de Tisha B’Ab, la festividad anual judía que conmemora la destrucción del Templo de Jerusalén por los babilonios y los romanos. La caída de Jerusalén en poder de los asaltantes romanos había señalado el fin de los judíos como nación. Desde aquella fecha habían tenido que dispersarse por todos los confines de la tierra. Desde aquel día en adelante fueron una Diáspora.

El Tisha B’Ab de 1942 coincidió con los pasos definitivos hacia la «solución completa» del problema judío.

Mientras los judíos de Varsovia lloraban sus desgracias antiguas y presentes, patrullas alemanas penetraron en el *ghetto* y se detuvieron delante del edificio que albergaba al Concejo Judío. Según todas las apariencias, estaban procediendo a otro

«rodeo» con objeto de recoger hombres para los batallones de trabajos forzados. Pero esta vez algo siniestro se olía en la atmósfera. Los alemanes sólo querían personas muy ancianas o muy jóvenes. El pánico se extendió por el *ghetto* al ver que cogían a los ancianos en rebaño y los metían dentro del edificio y que andaban buscando niños, a la mayoría de los cuales tenían que arrebatar de los brazos de sus madres.

La masa humana que reunieron la concentraron en la Umschlaplatz y de allí la condujeron a la calle Stawski, junto a los apeaderos del ferrocarril donde había una serie de vagones preparados, aguardando. Allí se congregó una muchedumbre aturdida y desorientada. Algunos padres se vieron separados de sus hijos a punta de fusil, y en diversas ocasiones los alemanes tiraron a matar.

Los niños iban riendo y cantando. Los guardias alemanes les habían prometido una merienda en el campo. ¡Todo un acontecimiento! Muchos de ellos no recordaban haber estado fuera del *ghetto*.

Mientras el tren corría hacia Treblinka, la «solución final» se acercaba por momentos. Tisha B'Ab, 1942.

Dos semanas después, Dov Landau regresaba del piso de Wanda en el número 99 de la calle Zabrowska con una noticia aterradora. Aquella información aseguraba que los judíos recogidos el día de Tisha B'Ab y en otros cinco «rodeos» consecutivos habían sido exterminados dentro de cámaras de gas en un lugar llamado Treblinka. Posteriores informes recibidos de otros *ghettos* de diversos puntos de Polonia daban cuenta de la existencia de otros campos parecidos: Belzec y Chelmo en el sector de Cracovia, y Maidanek cerca de la ciudad de Lubein estaban en funcionamiento, o les daban los últimos toques para entrar en actividad. El informe añadía que, al parecer, había en construcción otra docena de tales campos.

¿Asesinatos en masa dentro de cámaras de gas? ¡No parecía posible! Mundek, como jefe de Los Redentores, se reunió con media docena de otros grupos sionistas del *ghetto* y decidieron dar la orden de que todo el mundo se sublevase inmediatamente y cruzara al otro lado del muro.

Aquella orden tuvo más valor sentimental que práctico. Los judíos no tenían con qué luchar. Más aún, todos los que poseían la tarjeta de miembros de un batallón de trabajadores se habían convencido a sí mismos de que aquel documento equivalía a un pasaporte hacia la vida.

La causa principal de que no pudiera producirse ninguna sublevación estaba en que, fuera del *ghetto*, no habrían encontrado ningún apoyo en toda Polonia. En Francia, el Gobierno de Vichy había desestimado en absoluto la petición de los alemanes de que les entregasen todos los judíos franceses. En Holanda el sentimiento unánime de todos los ciudadanos fue el de esconder a sus judíos. En Dinamarca, el rey no solamente despreció los edictos de los alemanes, sino que los daneses evacuaron a toda su población judía al refugio de Suecia.

Si los polacos no estaban de acuerdo con la exterminación de sus judíos, tampoco les repugnaba. Y si les repugnaba no hicieron nada que lo diera a entender. Sólo una minoría muy reducida quiso esconder en su casa a un judío fugitivo.

Dentro del *ghetto,* cada grupo organizado adoptaba una filosofía distinta. Los religiosos y los socialistas discutían. Los conservadores y los del ala izquierda discutían. A los judíos les gusta discutir. En la vida de los *ghettos* las discusiones y los debates habían constituido siempre un gran pasatiempo. Pero ahora había llegado la hora del gran peligro, del mayor peligro. Los Redentores de Mundek habían unido todos los grupos distintos para formar un mando único. La unión de organizaciones llevaba un mensaje del ZOB al movimiento clandestino polaco, pidiendo ayuda y armas. La mayoría de aquellos mensajes quedaron sin respuesta. Las pocas que llegaron fueron evasivas.

Durante todo aquel terrible verano, mientras los alemanes seguían capturando judíos para llevarlos a Treblinka, el ZOB trabajó desesperadamente para evitar el aniquilamiento total.

Un día, a primeros de setiembre, Dov hizo un viaje a Varsovia particularmente peligroso. Al salir de casa de Wanda se vio acosado por cuatro golfos que le persiguieron hasta un callejón sin salida exigiendo que les enseñase documentos demostrativos de que no era judío. El muchacho se había puesto de espaldas a la pared y sus verdugos iban a echársele encima con intención de bajarle los pantalones y ver la circuncisión, manera segura de identificar a un judío. Cuando empezaron a extender los brazos para cogerle, Dov sacó una pistola que llevaba al *ghetto* y con ella mató a uno de los truhanes y puso en fuga a los otros. Luego huyó como una flecha y no tardó en hallarse en el seguro cobijo de las cloacas.

Ya en el local de Los Redentores, el muchacho se derrumbó bajo los efectos de una crisis demorada. Mundek trató de consolarle. Dov siempre se sentía animoso, en la misma gloria, con su hermano cerca. Mundek se hallaba a punto de cumplir los veintiún años, pero estaba flaco y tenía siempre el aire fatigado. Había sido un buen jefe; había trabajado hasta el borde del agotamiento. Había conservado el grupo de Los Redentores casi indemne y no había dejado que decayera ni por un momento su espíritu de lucha. Los dos hermanos hablaron sosegadamente. Dov se calmó. Mundek le rodeó los hombros con el brazo y se fueron a su habitación. Mundek habló a su hermano del niño que tendría Ruth dentro de pocas semanas y del indecible placer que experimentaría Dov al ser tío. Por supuesto, todos los miembros de Los Redentores se llamarían tíos y tías del pequeño, pero Dov sería el único que podría darse tal nombre de verdad. En el grupo había habido muchos casamientos, y habían nacido ya tres niños: tres nuevos miembros de Los Redentores. El de Ruth sería el más hermoso de todos. Sí, le decía Mundek a Dov, las perspectivas se presentaban brillantes, porque habían encontrado otro caballo y celebrarían un verdadero

banquete. Las piernas de Dov dejaron de temblar. Al llegar a la cima de las escaleras, el hermano menor le sonrió al mayor y le dijo que le amaba mucho, muchísimo…

Y en el mismo instante que abrieron la puerta y vieron la expresión de la faz de Rebecca conocieron que había ocurrido un desastre. Mundek consiguió por fin que su hermana se expresara de un modo coherente.

—Mamá y Ruth… —sollozó—. Se las han llevado de la fábrica. Han invalidado sus tarjetas de trabajo y las han trasladado a Umschlagplatz.

Dov giró sobre sus talones con ademán de lanzarse hacia la puerta. Mundek le sujetó. El chiquillo chillaba y pataleaba.

—¡Dov! ¡Dov! ¡Ahora no podemos hacer nada!

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Yo quiero ir con mamá!

—¡Dov! ¡Dov! ¡No podemos ni soñar en arrebatársela!

Ruth, embarazada de ocho meses, escapó a las cámaras de gas de Treblinka. Murió entre los dolores del parto (y su hijo murió también), en un vagón de ganado tan abarrotado de gente que no le fue posible tenderse en el suelo.

En Treblinka, el coronel de las SS, Wirth, comandante del campo, estaba furioso. Se había producido otra avería en el mecanismo del grupo principal de cámaras de gas mientras un nuevo tren cargado de judíos del *ghetto* de Varsovia entraba en ruta hacia allí. Wirth se enorgullecía de que Treblinka fuese en cabeza de todos los campos de Polonia en lo tocante a dispensar «tratamiento especial». Y sus ingenieros le informaron de que sería imposible tenerlo todo funcionando de nuevo antes de que llegase el tren de Varsovia.

Para empeorar las cosas, el coronel de las SS, Eichmann, e Himmler, habían de llegar en breve en una jira de inspección personal. Wirth había tenido el propósito de proceder a «tratamientos especiales» con gas, en honor de ambos.

Ahora en cambio se veía obligado a reunir todos los camiones de gas viejos y arrinconados que pudo encontrar en el sector y enviarlos al apeadero a esperar el tren. Por lo común en aquellos camiones cargaban veinte personas; pero ahora se trataba de un caso de urgencia. Forzando a sus víctimas a levantar los brazos por encima de la cabeza, los alemanes conseguían hacer sitio para siete u ocho judíos más. Luego descubrieron que entre las cabezas de los ocupantes y el techo del vehículo quedaba un espacio de varios centímetros. En aquel espacio amontonaron de ocho a diez niños.

Leah Landau seguía atontada de dolor por la muerte de Ruth cuando el tren paró en un apeadero cercano a Treblinka. Ella y otros treinta infelices fueron sacados del vagón de ganado y obligados con porras, látigos y perros a subir a uno de los camiones que aguardaban y a tener los brazos en alto. Cuando no cupo ni un alfiler, las puertas de hierro del camión se cerraron. El motor se puso en movimiento y en cuestión de segundos la caja metálica quedó llena de monóxido de carbono. Todo el

mundo había dejado de existir cuando el vehículo llegó a Treblinka y se paró junto a una de las zanjas abiertas, donde descargaban los cadáveres y los despojaban de los dientes de oro.

En una cosa por lo menos Leah Landau había estafado a los alemanes: hacía mucho tiempo que se había extraído las piezas de oro de la boca y las había trocado por alimentos.

El invierno venía de nuevo y los «rodeos» de los alemanes se hacían cada vez más frecuentes.

El *ghetto* entero se trasladó a unos subterráneos, llevándose llegaron a ser verdaderos nidos fortificados. Tales nidos subterráneos se extendieron y algunos, como el de Los Redentores, llegaron a ser verdaderos nidos fortificados. Tales niños surgieron primero a docenas, luego a centenares y una red de túneles de comunicación empezó a cruzarse por debajo de tierra.

Las redadas de los alemanes y de los Polacos Azules y los lituanos, colaboradores de los primeros, sacaban menos y menos judíos para Treblinka.

Los alemanes se pusieron furiosos. Los refugios subterráneos estaban tan bien escondidos que casi era imposible localizarlos. Al final, el comandante de Varsovia fue personalmente al *ghetto* con objeto de hablar con el jefe del Concejo Judío. Estaba enojado y exigió al Concejo que colaborase con los alemanes a fin de acelerar el programa de reacomodación, localizando a los cobardes que se escondían para rehuir «el trabajo honrado». Hacía más de tres años que el Concejo Judío se encontraba cogido en la trampa, en la desgarradora necesidad, por una parte, de hacer cumplir los edictos de los alemanes, y por la otra de salvar a su propio pueblo. En esta ocasión, poco después de la demanda de asistencia del comandante alemán, el jefe del Concejo Judío se suicidó.

El invierno había llegado nuevamente al *ghetto*.

Los Redentores de Mundek quedaron encargados de la defensa de una sección del distrito de Brushmaker. Dov pasaba el tiempo en las cloacas o en el refugio falsificando salvoconductos para viajar. Por aquellos tiempos sus viajes «por debajo del muro» le permitían hacer una o dos comidas decentes por semana en casa de Wanda. Ahora, en sus viajes, sacaba del *ghetto* a los ancianos y a los inútiles para la lucha. De regreso traía armas y los partes de radio.

Durante el invierno de 1943, el promedio de defunciones llegó a ser espantoso. De las quinientas mil almas que los alemanes habían concentrado en el *ghetto*, al final del año sólo quedaban con vida unas cincuenta mil.

Un día, a mediados de enero, Mundek y Rebecca cogieron a Dov aparte antes de que descendiese a la cloaca para su acostumbrado viaje a casa de Wanda.

—Estos días parece que no tenemos ocasión de sentarnos los tres en compañía y hablar de nuestras cosas —dijo Mundek.

—Dov —intervino entonces Rebecca—, todos los del grupo examinamos la cuestión mientras tú estabas en Varsovia, la última vez, y llegamos a un acuerdo. Quedó decidido que queremos que te quedes al otro lado del muro.

—¿Habéis de encargarme de algún trabajo especial? —preguntó Dov.

—No…, no me comprendes.

—¿Qué quieres decir?

—Queremos decir que hemos decidido enviar a determinados miembros fuera del *ghetto* para que se queden allá —explicó Rebecca.

Dov seguía sin comprender. Sabía que Los Redentores le necesitaban. En todo el ZOB nadie conocía las rutas de las cloacas tan bien como él. Y si el ZOB se preparaba para la defensa…, entonces su presencia sería más valiosa que nunca. Por otra parte, los documentos y los salvoconductos que él había falsificado habían contribuido a sacar de Polonia a más de un centenar de personas. Dov dirigió a su hermana y a su hermano una mirada inquisitiva.

Rebecca le puso un sobre en la mano.

—Aquí tienes documentos y dinero. Quédate con Wanda hasta que encuentre una familia cristiana que te acepte en su seno.

—Esto no lo habéis decidido por votación. Esto es una idea tuya y de Mundek. No quiero irme.

—Te irás; es una orden —dijo el hermano mayor.

—No es una orden —replicó el pequeño.

—¡Es una orden mía como jefe de la familia Landau!

Los tres estaban de pie en la reducida habitación de tierra, en un ángulo del refugio. Reinaba un profundo silencio.

—Es una orden —repitió Mundek.

Rebecca rodeó a Dov con sus brazos y le acarició el rubio cabello.

—Te has hecho muy mayor, Dov. Y no hemos tenido mucha ocasión de mimarte, ¿verdad que no? Cien veces te he visto marchar por el albañal; cien veces te he visto llegar trayéndonos alimentos que habías tenido que robar. No te hemos proporcionado una infancia muy regalada, que digamos.

—No es culpa vuestra.

—Dov —insistió Mundek—. Por favor, no nos niegues a tu hermana y a mí esto que te pedimos. Hemos podido darte muy poco. Debes permitir que veamos si te regalamos el don de vivir.

—Mundek, Rebecca; con tal de que pueda estar con vosotros, no me importa.

—Por favor…, por favor…, compréndenos. Uno de la familia Landau debe vivir. Nosotros queremos que tú vivas por todos.

Dov miró a aquel hermano a quien tanto adoraba. Los ojos de Mundek tenían una expresión suplicante.

—Comprendo —murmuró—. Viviré.

Luego dirigió una mirada al sobre y lo metió dentro de una bolsa de lona para que no se mojara en la cloaca. Rebecca oprimió la cabeza del hermano pequeño contra su pecho.

—Nos encontraremos en Eretz Israel —dijo.

—Sí…, en la tierra de Israel.

—Has sido un buen soldado, Dov —afirmó Mundek—. Estoy orgulloso de ti. *Shalom l'hitraot*.

—*Shalom l'hitraot* —repitió Dov.

Dov Landau paso su decimotercer cumpleaños en las cloacas del subsuelo de Varsovia, con las piernas hundidas en la inmundicia, camino del piso de Wanda, sintiendo un peso en el pecho que casi le aplastaba el corazón. En otro día y en otro mundo habría sido su *bar mitzvah*.

*18 DE ENERO DE 1943*

Tres días después de haber salido Dov para acogerse a la seguridad pasajera del piso de Wanda, los alemanes, los Polacos Azules y los lituanos convergieron en el *ghetto*. No quedando ya más que cincuenta mil judíos, empezaron a recoger cuantos podían para la última fase de la «solución final».

Pero los alemanes y sus cohortes toparon con una lluvia de balas de las posiciones defensivas del ZOB, y tuvieron que huir, dejando un elevado número de bajas.

¡La noticia se extendió por Varsovia como un incendio!

¡Los judíos habían iniciado un levantamiento!

Aquella noche, todos los oídos de Varsovia estaban atentos a la emisora clandestina del ZOB, que repetía la siguiente llamada una y otra, y otra, y otra vez:

«¡Camaradas polacos! ¡Hoy asestamos un golpe contra la tiranía! ¡Pedimos a todos nuestros hermanos fuera del *ghetto* que se levanten y ataquen al enemigo! ¡Uníos a nosotros!».

La llamada cayó en oídos sordos. Pero en el cuartel general del ZOB, en la calle Mila, habían izado la bandera de la Estrella de David. A su lado ondeaba la bandera de Polonia. Los judíos quisieron luchar hasta la muerte bajo una bandera que les habían negado en vida.

## CAPÍTULO XXIII

A los alemanes les fastidiaba que los hubiesen arrojado del *ghetto*. Konrad, el jefe del destacamento de seguridad de la Gestapo en aquella zona, informó a Hans Frank, gobernador de Polonia, que la cuestión quedaría saldada en cosa de dos o tres días. A la población polaca, a la que anteriormente se le había dicho que los judíos eran cobardes, se le explicó ahora que la lucha había sido obra de unos cuantos lunáticos y otros cuantos desviados sexuales; la misma calaña de individuos que violaban muchachas polacas.

El ZOB, entretanto, asumió el gobierno del *ghetto* y se apoderó del Concejo Judío. Los combatientes tomaron una venganza despiadada y rápida sobre todos los que habían colaborado con los alemanes: luego pasaron a ocupar nuevamente sus posiciones defensivas.

Hans Frank decidió no hacer el juego al ZOB atacando otra vez el *ghetto*. Los alemanes determinaron minimizar la lucha pasada, presentarla como un accidente nimio, ridículo, y desencadenaron una ofensiva de propaganda pidiendo a los moradores del *ghetto* que se prestaran voluntariamente a una nueva reacomodación, garantizándoles que recibirían un trato satisfactorio a cambio de «un trabajo honrado».

El ZOB publicó entonces una orden advirtiendo a los judíos que continuaban en el *ghetto* que se dispararía contra cualquiera que intentase acceder a la petición de los alemanes. Ya no habría más evacuaciones.

Al cabo de dos semanas de tranquilidad, los alemanes volvieron a meter patrullas dentro del *ghetto* a fin de apresar judíos. Esta vez entraron poderosamente armados, avanzando con extrema cautela. Los del ZOB abrieron fuego desde posiciones cuidadosamente preparadas y otra vez sus enemigos huyeron al otro lado del muro.

Los alemanes se dijeron que tenían que meditar bien el asunto. Su Prensa y su Radio se mostraban indignadas contra los judíos bolcheviques, causantes de aquellos contratiempos. Mientras los alemanes gemían, el ZOB fortalecía sus puntos de resistencia y seguía solicitando desesperadamente la ayuda del movimiento clandestino polaco, ampliando tal petición al público en general. Pero nadie les proporcionó arma ninguna; el movimiento clandestino no hizo nada por ayudarles, y sólo unas cortas docenas de voluntarios entraron por debajo del muro para luchar a su lado.

Los jefes alemanes planearon un asalto tremendo y devastador destinado a eliminar los últimos restos del *ghetto*. El día escogido para el ataque fue el de la Pascua judía, la festividad que conmemora el éxodo de los judíos de Egipto, capitaneados por Moisés.

A las tres de la madrugada, tres mil soldados escogidos de las SS, reforzados con

Polacos Azules y lituanos, formaron un cordón alrededor del *ghetto* entero. Docenas de reflectores entrecruzaban sus chorros de luz en un intento de descubrir blancos para los morteros y la artillería ligera alemana. El fuego se prolongó hasta clarear el día.

Al alba, las SS desencadenaron su asalto por encima del muro. Convergiendo desde diversos puntos, penetraron hasta el mismo corazón del *ghetto* sin encontrar resistencia.

Pero entonces, desde barricadas disimuladas, desde las ventanas y desde los tejados de las casas, los miembros del ZOB —hombres y mujeres— soltaron un fuego de barrera a quemarropa sobre los alemanes, que se encontraron de pronto rodeados, metidos en una trampa. Y que, por tercera vez, tuvieron que escapar.

Cegados por una furia loca, volvieron entonces con tanques, y los tanques fueron recibidos con una lluvia de botellas de gasolina que convirtieron a los monstruos de acero en féretros llameantes. Con los tanques inutilizados, las SS alemanas tuvieron que huir nuevamente; esta vez dejando en las calles varios centenares de cadáveres.

Los combatientes del ZOB aprovecharon aquel momento para salir de sus escondites y apoderarse de las armas de los muertos así como de sus uniformes.

Konrad fue destituido y el general de las SS, Stroop, fue designado para reemplazarle. Tenía órdenes de destruir el *ghetto* de un modo tan absoluto que ya jamás nadie se atreviese a desafiar el poder de los nazis.

Stroop desencadenó un ataque tras otro, un día tras otro día. En cada nuevo ataque echaba mano de una estrategia diferente, hiriendo desde un punto distinto. Todos los ataques y todas las patrullas corrían la misma suerte. Todos eran rechazados por los elementos del ZOB, que luchaban como locos…, casa por casa, cuarto por cuarto, palmo a palmo. No querían que los cogiesen vivos. Minas de fabricación casera, astutas trampas, contraataques violentos, y un derroche de valor primitivo rechazaban a los alemanes cada vez que ponían el pie dentro del *ghetto*. Diez días pasaron; los alemanes ansiaban desesperadamente poder ufanarse de una victoria. Para ello desencadenaron un ataque conjunto contra un hospital judío, que estaba aislado, mataron a tiros a los enfermos, volaron el edificio y proclamaron que habían destruido el cuartel general del ZOB.

A su vez, los grupos del ZOB se vestían con los uniformes de los soldados alemanes que habían matado, y protegidos por semejante disfraz engañaban al enemigo, lo metían en trampas y le esperaban en emboscada. Cruzaban también fuera del *ghetto* una y otra vez, hiriendo a los alemanes por la espalda mediante incursiones en sus arsenales.

Los alemanes perseveraron en sus ataques y pronto, a copia de una enorme desproporción de hombres y armas, hicieron sentir su peso. El ZOB no podía sustituir a un combatiente caído; en cuanto una posición defensiva quedaba destruida no había

más recurso que el de retroceder; no podían suministrarse munición con la misma celeridad que la gastaban. No obstante, a pesar de tenerlo todo de su parte, los alemanes no conseguían retener un punto seguro en el interior del *ghetto*. El ZOB empezó a dar la orden a muchos judíos que no formaban parte de las unidades combatientes de que escapasen al interior de Varsovia, porque no había fusiles suficientes para todo el mundo.

Llevando un uniforme capturado, Mundek lanzó un ataque contra la Prisión Pawiak y liberó a todos los internados.

Los tres días de limpieza prometidos por Konrad se habían prolongado hasta dos semanas. El decimotercer día, contando desde el del primer asalto alemán, Rebecca Landau estaba luchando en un edificio a poca distancia del cuartel general de Los Redentores. Un mortero certero mató a todos los defensores, excepto a ella. Luego, a copia de un continuado fuego de mortero, las paredes del edificio se derrumbaron y Rebecca tuvo que salir a la calle. Al ver que los alemanes la rodeaban, cortándole toda posibilidad de retirada, sacó una granada de mano que llevaba debajo de las ropas, echó a correr hacia un grupo de tres alemanes, quitó el seguro y causó la muerte de los tres soldados y de sí misma.

Al cabo de tres semanas, Stroop se vio obligado a cambiar de táctica. Había tenido un elevado número de bajas y los nazis no conseguían esconder la valiente acción de los judíos con un diluvio de tropas y armamento que rodeaba el *ghetto* y declaró el estado de sitio. Luego trajo artillería pesada y con ella, disparando casi a cero, hizo destruir todos los edificios que los judíos habían utilizado tan eficazmente como posiciones defensivas. Por la noche, los bombarderos «Heinkel» sembraron todo el sector de bombas incendiarias.

Mundek regresó al edificio subterráneo de Los Redentores después de una reunión de dirigentes en el cuartel general del ZOB. El y sus combatientes estaban medio muertos de agotamiento, de hambre y de sed. Muchos sufrían terribles quemaduras. Todos se agruparon a su alrededor.

—La artillería alemana ha derrumbado casi todos los edificios y lo que queda en pie está en llamas —les anunció.

—¿Hemos podido establecer contacto con el movimiento clandestino?

—Ah, sí…, hemos establecido contacto, pero no nos ayudarán. No podemos esperar más alimentos, municiones y ama que los que tenemos a nuestro alcance. Nuestras comunicaciones han quedado casi destruidas. En resumen, amigos míos, ya no podemos seguir luchando de acuerdo con un plan preestablecido. Cada refugio depende de sí mismo. Probaremos de seguir en contacto con el ZOB mediante enlaces, pero cuando vuelvan los alemanes cada uno de nosotros ideará las emboscadas y los encuentros que mejor le parezcan.

—¿Cuánto tiempo podremos resistir de este modo, Mundek? Sólo quedamos

treinta y tenemos diez pistolas y seis rifles.

Mundek sonrió.

—Polonia entera sólo resistió dieciséis días. Nosotros hemos igualado ya la hazaña. —Luego señaló las guardias, racionó las pocas provisiones que quedaban y dispuso que al amanecer saliera una patrulla.

Ryfka, una de las muchachas, cogió un andrajoso acordeón y se puso a tocar una melodía lenta, suave. En aquel refugio húmedo y fangoso Los Redentores sobrevivientes formaron un extraño coro de voces anhelantes. Cantaban una canción que habían aprendido cuando niños en las asambleas de Los Redentores. Una canción que les decía que la tierra de Galilea, de Eretz Israel era muy hermosa y que el trigo crecía en los campos y la espiga se doblaba dulcemente bajo el soplo del viento. Allí, en un nido subterráneo del *ghetto* de Varsovia, cantaban a los campos de Galilea, que sabían que no verían jamás.

—¡Alerta! —gritó un centinela al ver a una figura que avanzaba dando rodeos por entre las llamas y los cascotes.

Las luces se apagaron; el refugio quedó oscuro y silencioso. Se oyó una llamada según la clave establecida. La puerta se abrió; las luces se encendieron otra vez.

—¡Dov! ¡En nombre de Dios! ¿Qué haces aquí?

—¡No me mandes otra vez que me marche, Mundek!

Los dos hermanos se abrazaron. Dov lloró. Le daba un placer inmenso sentirse estrechado de nuevo por los brazos de Mundek. Todo el mundo rodeó a Dov mientras el muchacho les comunicaba las trágicas noticias de que el movimiento clandestino polaco se negaba definitivamente a ayudarles y de que, fuera, todo el mundo guardaba silencio acerca del levantamiento.

—Al venir acá —concluyó Dov—, las cloacas estaban llenas de gente tendida en la inmundicia. Se encuentran demasiado débiles para continuar de pie. En Varsovia nadie les quiere.

Y de este modo, el pequeño Dov regresó al *ghetto*. Y se produjo un extraño acontecimiento. De toda Varsovia y de sus alrededores empezaron a venir judíos que habían conseguido escapar y vivir como cristianos. Venían a defender la última trinchera. Habían llegado a la conclusión de que era un privilegio poder morir con dignidad.

*MAYO, 1943*

El furioso bombardeo cesó por fin.

Los incendios se apagaron.

Stroop metió sus tropas de las SS dentro del *ghetto*, pero esta vez teniendo todos los triunfos en la mano. Los judíos no disponían de posiciones defensivas, ni de

comunicaciones, ni de planes fijados de antemano, y casi habían agotado los alimentos, el agua y las armas. Los alemanes operaron sistemáticamente, aislando una sola sección cada vez y limpiando los nidos uno por uno mediante el fuego de la artillería y los lanzallamas, hasta que aquella sección quedaba completamente destruida.

Ponían todo su empeño en coger prisioneros vivos con el propósito de someterlos al tormento hasta que revelasen el emplazamiento exacto de los refugios; pero los luchadores del ZOB preferían arder vivos antes que rendirse.

Los alemanes levantaron las tapas de las cloacas y llenaron éstas de gas tóxico; con lo cual las viscosas aguas no tardaron en estar cubiertas de cadáveres.

Y todavía el ZOB seguía luchando. Cuando veían una patrulla alemana aislada salían raudos de sus nidos en un asalto mortal. Escuadras suicidas se lanzaban a una muerte segura. Las bajas de los alemanes crecían y crecían; llegaron a sumar millares.

Pero Stroop continuaba implacablemente. Cuando dejaron de formar una fuerza combatiente articulada, los judíos perseveraron en la lucha guiándose sólo por el instinto.

El 14 de mayo, Mundek reunió a los doce Redentores que quedaban en su grupo y les dio a escoger entre dos posibilidades. Una consistía en quedarse y luchar hasta el último hombre. La segunda consistía en probar de huir por los albañales, siguiendo a Dov, que quizá lograse llevarles a sitio seguro, y desde allí intentar la remota posibilidad de llegar hasta una unidad de partisanos. Dov le había convencido de que era capaz de dirigirles dando un rodeo que les mantuviera apartados de las cloacas que los alemanes habían inundado de gas.

Dov emprendió nuevamente la travesía «por debajo del muro», pero al acercarse al número 99 de la calle Zabrowska el instinto le advirtió que ocurría algo anormal. Sus ojos vivos descubrieron a una docena de hombres que estaban observando aquel número desde diversos puntos bien situados. Dov no sabía si la Gestapo había cogido o no a Wanda, pero comprendía que sería expuesto entrar en el edificio.

Era algo entrada la noche cuando estuvo de regreso en el *ghetto*. Hasta a él se le hacía difícil localizar el refugio, pues no quedaban ya ni calles ni edificios para orientarse; sólo derribos. Al acercarse percibió el olor, ahora ya familiar, de carne quemada. Al descender al subterráneo encendió una vela que siempre llevaba consigo para andar por los albañales. Su llama oscilante poblaba las paredes de danzantes sombras. Así recorrió el refugio de un extremo a otro, arrodillándose cada vez que encontraba un cadáver. El chorro directo de los lanzallamas había quemado de tal modo aquellos cuerpos todavía humeantes que le fue imposible identificarlos. Dov Landau se preguntaba cuál sería el de su adorado hermano Mundek…

15 de mayo de 1943. La radio del ZOB emitió su último mensaje: «¡Ésta es la voz del *ghetto* de Varsovia! ¡Por amor de Dios, ayudadnos!».

16 de mayo de 1943. Cuarenta y cinco días habían transcurrido desde el primer ataque de los alemanes. Habían pasado cuatro meses desde la fecha en que el ZOB se levantó y los expulsó del *ghetto*. Como gesto final, el general Stroop, de las SS, voló con dinamita la Gran Sinagoga de la calle Tlamatzka, que había sido durante muchísimo tiempo el símbolo del judaísmo en Polonia. Como el Templo de Salomón se había desplomado ante el poder de los romanos, así se desplomó la Sinagoga de Tlamatzka. Los alemanes anunciaron que el problema del *ghetto* de Varsovia había alcanzado la solución final.

La devastación había sido completa. En todo el sector no quedaba en pie nada que se levantase a mayor altura que la de los ojos de un hombre. Stroop anunció que habían capturado dieciséis pistolas y cuatro rifles. Y, además, que las ruinas de los edificios proporcionarían un excelente material. No hubo prisioneros.

Pero aun en aquella matanza, la más meticulosa de todas las habidas, hubo combatientes del ZOB que se resistieron a morir. Hasta entre los escombros continuó la batalla. Los judíos que por milagro habían sobrevivido, empezaron a reunirse, y de dos en dos, o de tres en tres formaron «cuadrillas de ratas» y atacaron, de noche, a las patrullas alemanas. Los alemanes y los Polacos Azules juraban que en el *ghetto* había fantasmas.

Dov encontró a otros seis judíos. Juntos recorrieron un refugio tras otro hasta estar armados todos. De nada servía que se trasladaran de un sitio a otro; el hedor y la vista de la muerte estaban por todas partes. De noche, Dov les conducía por los albañales «debajo del muro», fuera del *ghetto*, y realizaban rápidas incursiones contra las tiendas de comestibles.

Los judíos se habían sublevado en una docena de lugares por toda Polonia, pero todos sus levantamientos hallaron la misma suerte. ¡Demasiado pocos!

Mientras había luz del día, Dov y sus seis compañeros permanecían en el subsuelo, en un refugio que se habían construido. Por espacio de cinco meses, largos y llenos de zozobras, Dov no vio la luz del día, ni la vio ninguno de sus compañeros. Éstos murieron todos: tres en una incursión en Varsovia, dos suicidándose, y el tercero de hambre.

Dov fue el único que quedó con vida. Al final del quinto mes una patrulla alemana le encontró a punto de morir. No tenía ni la apariencia de un ser humano. Le reanimaron lo suficiente para poder arrastrarle al cuartel central de la Gestapo y someterle a interrogatorios, que terminaban siempre en palizas. La Gestapo no le pudo arrancar ni una palabra. Dov Landau, de trece años de edad, ratón de *ghetto*, ratón de albañal, ratón de ruinas y falsificador experto, quedó señalado para una reacomodación. Destino: ¡Auschwitz!

# CAPÍTULO XXIV

A Dov Landau lo cargaron junto con otros sesenta judíos en un vagón descubierto. La Gestapo se negó a creer que hubiera podido conservar la vida por espacio de cinco meses sin auxilio exterior ninguno entre las ruinas del *ghetto* de Varsovia. El tren emprendió la marcha hacia el Sur, atravesando los helados campos en el corazón del invierno, en dirección a Auschwitz.

*BERLÍN, ALEMANIA, 1940*

El teniente coronel de las SS Karl Hoess entró en la oficina del coronel del mismo Cuerpo, Eichmann, encargado de aplicar la solución final al problema judío. Eichmann le enseñó a Hoess el plan magistral en el que habían culminado los esfuerzos cerebrales de la plana mayor de los oficiales nazis.

El continente europeo entero quedaba cubierto por una red de campos de concentración y de cárceles políticas. Todos los países ocupados estaban bien saturados de establecimientos de la Gestapo.

Otra red de trescientos campos «combinados» abarcaba toda Europa. La mitad de estos campos quedaba reservada para los judíos.

Al teniente coronel de las SS Karl Hoess le impresionó profundamente aquel complicado plan dirigido a cometer un genocidio.

A pesar de todos aquellos campos y de haberlos distribuido en sitios cuidadosamente seleccionados, los proyectistas comprendían que iban a topar con un problema especial, y he ahí el motivo de que llamasen a Hoess a Berlín. Los nazis sabían que encontrarían grandes dificultades si intentaban hacer funcionar campos de exterminio en la Europa occidental. Por otra parte, Polonia ocupaba una posición casi equidistante de la Europa occidental y de los Balcanes. Era preciso pues montar un último campo de gran capacidad, uno que sirviera de «modelo supremo». Además de los judíos había que dar un destino a los rusos, a los franceses, y a otros prisioneros de guerra, a los partisanos, a los enemigos políticos —en las naciones ocupadas—, a los religiosos fanáticos, especialmente a los cristianos de la fe Católica, a los gitanos, a los criminales, a los francmasones, a los marxistas, a los bolcheviques y a los alemanes que se manifestaban en favor de la paz, del liberalismo, del sindicalismo, o que habían tenido expresiones derrotistas. Había además los sospechosos de ser agentes extranjeros, las prostitutas, los homosexuales y otros muchos elementos indeseables. A todos era preciso eliminarlos para convertir Europa en un lugar donde los arios pudieran vivir satisfechos.

El campo que mencionaba Eichmann sería el que encerrase a toda esta gente.

Eichmann informó a Hoess de que se le recompensarían los años de fieles servicios como nazi, dándole el mando del nuevo campo. Eichmann señaló en el mapa una ciudad pequeña cercana a la frontera checa. Era una ciudad llamada Auschwitz.

El tren que transportaba a Dov Landau, dirigiéndose hacia el Sur, con destino a Auschwitz, se detuvo en Cracovia, un centro ferroviario. En un apeadero de los suburbios de dicha ciudad le engancharon otros vagones. Eran vagones de ganado cargados de judíos de Yugoslavia y Holanda, vagones cubiertos, con judíos de Checoslovaquia, y vagones abiertos con judíos de Italia; todos destinados a una reacomodación. Hacía un frío terrible. El viento glacial y la nieve azotaban a Dov, de pie en el vagón descubierto, sin otro abrigo que los míseros jirones de su camisa y el poco de calor que le daban los amontonados cuerpos de sus compañeros de viaje.

*BERLÍN, ALEMANIA, 1940-41*

Cuando los nazis eligieron a Hoess para comandante del campo de Auschwitz, la mayor casa de limpieza, la más importante empresa de exterminio, conocían muy bien el calibre del hombre que tenían a sus órdenes. Hoess venía avalado por una larga carrera en la gerencia de los campos de concentración; una carrera que empezaba en 1934, en los primeros tiempos de la subida al poder de Hitler. Más recientemente había sido el segundo comandante del campo de concentración de Sachsenhausen. Hoess era un hombre meticuloso y sistemático que cumplía las órdenes sin ponerlas en tela de juicio. Otra gran condición, el exceso de trabajo no le enojaba.

De modo que en el sector de Auschwitz los alemanes procedieron a limpiar una extensa área de casas de campo y de poblaciones que luego aislaron con una valla. Los hombres más expertos en la construcción, ingenieros, científicos y peritos en transportes, junto con lo más selecto de las tropas de asalto, fueron a trabajar en aquel proyecto colosal. A dos millas del sector principal del campo eligieron un espacio llamado Birkenau para el emplazamiento de las cámaras de gas. Birkenau quedaba bien escondido y disponía de apeaderos de ferrocarril propios. Tal emplazamiento fue elegido a causa de lo bien comunicado por tren que estaba con la Europa occidental, la Europa oriental y la Europa meridional. La pequeña ciudad de Auschwitz era una población completamente anónima, dormida en una hondonada eternamente cubierta de barro, en la entrada del distrito minero de Silesia. Al erigir aquel complicado campo, los nazis tuvieron que vencer las mayores objeciones de sus colegas.

El Ejército germano necesitaba todos los ferrocarriles y todo el material rodado disponible para una guerra en el frente oriental, y no le gustaba aquella estupidez de emplear los valiosos elementos del ferrocarril para pasear judíos por toda Europa. Pero los nazis sostuvieron impertérritos que el alcanzar la solución final en el

problema judío era tan importante como la misma marcha de la guerra. La disputa fue sometida al juicio de Hitler, el cual se puso de parte de las SS, las SD, la Gestapo y otros elementos nazis, y contra el Alto Mando del Ejército.

Después de asumir la jefatura del campo de Auschwitz, Hoess fue a Treblinka a estudiar los métodos de exterminación. De lo que allí observó dedujo que el comandante de Treblinka, Wirth, coronel de la SS, era un aficionado torpe, y así lo expresó. En Treblinka verificaban las ejecuciones con monóxido de carbono, que resultaba poco eficaz; la maquinaria se averiaba continuamente y consumía un petróleo muy necesario para otros menesteres. Por otra parte, Wirth actuaba sin sujetarse a ningún sistema ni emplear ninguna treta para engañar a las víctimas, con lo cual los judíos estaban rebelándose continuamente. Y en último lugar, Hoess opinaba que el campo de Treblinka lo habían hecho muy pobre, pues en él sólo se podía exterminar a trescientas personas a la vez.

Cuando inauguraron en Auschwitz las cámaras de Birkenau, Hoess realizó una extensa tanda de ensayos con los primeros «huéspedes». El y sus científicos llegaron a la conclusión de que el Cyklon B, un ácido prúsico en bruto, era lo que realizaba mejor el trabajo. En consecuencia lo encargó en grandes cantidades a la Compañía Internacional de Insecticidas de Hamburgo.

Las cámaras de Birkenau las habían diseñado de modo que pudieran encerrar a tres mil personas de una vez, con lo cual, si las condiciones atmosféricas lo permitían, era posible exterminar con toda comodidad y eficacia diez mil seres humanos al día.

El tren en que viajaba Dov Landau, compuesto por cerca de cincuenta vagones, se detuvo en la estación de Chrzanow, la última antes de llegar a Auschwitz. De cada cinco personas que transportaba, una había fallecido ya. A otros cientos de ellas se les había helado la carne, pegada a las paredes de los vagones, y no podían separarse de donde estaban sin dejar enganchados allí trozos de sus brazos o de sus piernas. Muchas mujeres arrojaban a sus hijos a la orilla de la vía pidiendo a gritos a los curiosos que miraban que los recogiesen y los escondiesen. Los muertos eran retirados y amontonados en otros seis vagones recién enganchados a la cola del tren. Dov, aunque muy quebrantado, seguía con el espíritu despierto y alerta. Sabía perfectamente lo que había que esperar y que si jamás había utilizado sus facultades ahora era el momento en que más le convenía utilizarlas. El tren se puso en marcha nuevamente. Faltaba una hora nada más para llegar a Auschwitz.

*AUSCHWITZ, 1941-42*

Hoess puso su esfuerzo en perfeccionar el funcionamiento de Birkenau. En primer lugar ideó un sistema para engañar a las víctimas que las tendría sosegadas

hasta el último minuto. Hermosos árboles, prados y parterres de flores fueron plantados rodeando los edificios que contenían las cámaras de gas. Por todas partes había rótulos en varias lenguas que decían: CENTRO SANITARIO. Y el engaño mayúsculo consistía en decirles a las víctimas que habían de darles una ducha desinfectante y ropas nuevas antes de enviarles a trabajar en los campos de cultivo de Auschwitz y sus alrededores.

Debajo y alrededor de las cámaras de gas habían construido bonitos vestuarios, con los colgaderos numerados donde dejar la ropa. A todos les recomendaban encarecidamente que «recordasen su número». Para facilitar el «despiojamiento» les cortaban el cabello y antes de entrar a la «ducha» sanitaria les hacían entregar las gafas.

Luego le daban a cada uno una pastilla de jabón, con un número grabado. Y por fin les hacían marchar, desnudos, tres mil a la vez por unos largos pasillos en cuyas paredes aparecían de trecho en trecho grandes puertas, que al abrirse descubrían enormes «salas de duchas».

La mayoría de los huéspedes estaban demasiado atontados para darse cuenta perfectamente de lo que ocurría y entraban muy sosegados en los cuartos. Pero algunos empezaban a examinar la pastilla de jabón y descubrían que era de piedra. Otros advertían que los tamices de las duchas eran ficticios y que no había desagüe para el líquido.

En el último minuto se producía a menudo un movimiento de pánico, pero los alemanes estaban ya preparados y sus tropas de asalto hacían entrar a los renuentes, a copia de porrazos y latigazos, en las salas de ducha.

Luego cerraban herméticamente las puertas de hierro.

Echaban uno o dos botes de Cyklon B en cada «sala de duchas»… y a los diez o a los quince minutos la función había terminado.

Luego venían los *Sonderkommandos*, es decir, las escuadras de limpieza formadas por moradores de Auschwitz. Éstos vaciaban las cámaras de gas y llevaban los cadáveres a los crematorios. Pero antes de quemarlos había que quitarles las sortijas y los dientes de oro, con objeto de fundirlos y enviar el metal a Berlín. Los cráneos bien conformados eran aprovechados a veces para venderlos a los guardias alemanes, que los utilizaban como pisapapeles.

Los retratos de familia y las cartas de amor que quizá hallasen entre las ropas interesaban poco. Los soldados alemanes preferían desgarrar los forros de las prendas de vestir buscando las joyas que acaso hubiera escondidas en los mismos, pues de vez en cuando, ciertamente, encontraban alguna. Tampoco era raro que hallasen algún niño de pecho oculto entre las ropas, y entonces lo guardaban para la «ducha» siguiente.

Hoess era muy bueno para sus soldados. Cuando llegaba a Birkenau un tren largo

y tenían que trabajar mucho les repartía raciones suplementarias y traguitos de ginebra de Holanda. Su instalación funcionaba con gran eficacia, y él jamás parecía malhumorado. Ni siquiera se alteró cuando el coronel Eichmann le descargó encima un cuarto de millón de judíos húngaros, prácticamente sin previo aviso.

Hoess excitaba a sus científicos y a sus ingenieros para que investigasen cómo realizar la tarea con mayor eficacia todavía y a un coste más bajo. Sus arquitectos habían dibujado los planos de unas ampliaciones en las que se había tenido en cuenta hasta el último detalle. Uno de ellos era el de una cámara de gas cuyo suelo se levantaría como la plataforma de una prensa hidráulica hasta otro piso donde estaría el crematorio. Otros planos dibujados permitían aumentar la capacidad de Birkenau hasta cuarenta mil ejecuciones por día.

El mayor atascadero de Birkenau venía de la dificultad en desembarazarse de los cadáveres. Al principio los llevaban directamente desde las cámaras de gas a grandes zanjas donde los cubrían con cal. Pero el hedor se hizo insoportable. Entonces las tropas de las SS obligaron a los *Sonderkommandos* judíos a rellenar las zanjas y a quemar los cadáveres, cuyos huesos trituraban después. También en este caso, el quemar los cadáveres a campo abierto producía unos hedores tan desagradables que fue preciso construir hornos crematorios.

El tren que transportaba a Dov Landau cruzó Auschwitz y paró en el apeadero de Birkenau.

## CAPÍTULO XXV

Dov estaba medio muerto de hambre y morado del frío, pero los años de contacto constante con el peligro y la muerte habían aguzado sus instintos de tal modo que hasta en aquel estado conservaba las facultades despiertas y prontas a luchar por sobrevivir. Dov sabía que la primera hora de estancia en aquel lugar traería la sentencia de vida o de muerte.

Los alemanes abrieron las puertas de los vagones de ganado y de los de mercancías. A los que como Dov iban en vagones descubiertos les ordenaron con ásperos gritos guturales que saltasen por encima de la barandilla. Las míseras víctimas se arrastraban por el andén teniendo ante sí una fila de soldados de asalto armados con porras, pistolas, látigos y con perros carniceros que tiraban de las correas que los sujetaban. Los látigos restallaban en el aire frío, arrancando alaridos de dolor. Las trancas se abatían con sordo golpe sobre los cráneos y las pistolas rugían contra los cuerpos demasiado débiles para caminar.

Los alemanes formaron a los prisioneros en columna de cuatro en fondo, ocupando toda la longitud del andén, y los dirigieron hacia una inmensa sala de la estación. La columna avanzaba a un paso lento pero incesante.

Dov miraba a su alrededor. A la izquierda tenía los trenes. Más allá de los trenes, al otro lado de la sala de la estación, pudo observar una hilera de camiones aguardando. Como no eran camiones de caja cubierta y cerrada, Dov dedujo que no serían los de gas. A su derecha, al otro lado de la fila de guardias. Dov vio los bien cuidados prados, los árboles que rodeaban las cámaras de gas de ladrillo de Birkenau. El muchacho estudió la forma de los edificios, se fijó en sus chimeneas cónicas y comprendió que el terreno que tenía a la derecha contenía las cámaras exterminadoras.

La columna seguía avanzando. Un mareo nacido del miedo se apoderó de su ser. Un hombre tropezó y cayó, impotente para levantarse. Los alemanes soltaron un par de perros que enseñaban los dientes y que en un santiamén lo hubieron hecho pedazos. Los alaridos de aquel desgraciado hicieron temblar a Dov. El muchacho hizo un esfuerzo por dominarse; sabía que no debía manifestar miedo ninguno.

Su fila entró en la sala de la estación. Allí la larga columna se partía en cuatro hileras independientes, cada una de las cuales avanzaba hacia una mesa escritorio colocada en el fondo de la sala. Detrás de cada mesa se sentaba un médico alemán, rodeado de una docena de guardias y ayudantes. Dov fijó la atención en la mesa que tenía al frente tratando de descubrir qué ocurría.

El médico dirigía una rápida mirada a la persona que se acercaba a su mesa, fuese hombre fuese mujer, y luego le ordenaba siguiese en una de tres direcciones.

La primera de tales direcciones era una salida a la derecha de la sala. Dov se puso

a contar; de cada diez personas a siete las mandaba en aquella dirección. Esas personas eran ancianos y niños, u otras que parecían en malas condiciones físicas. Aceptando la suposición que había hecho de que los edificios de la derecha eran cámaras de gas, Dov llegó a la conclusión de que los que hacían salir por la derecha iban a ser exterminados inmediatamente.

La segunda dirección era la que conducía a una salida en la parte izquierda de la sala. Esa salida daba al exterior, donde aguardaba la hilera de camiones. De cada diez, unos dos individuos marchaban en aquella dirección y siempre eran individuos que parecían fuertes y bien conservados. Dov dedujo que los enviaban a un campo de trabajo.

¡La puerta de la derecha llevaba a la muerte; la de la izquierda llevaba a la vida!

Había todavía un tercer grupo. Una de cada diez personas, y hasta quizá más, iban a parar a ese tercer grupo. Eran en su mayoría mujeres jóvenes, algunas muy hermosas, pero también se incluían en él algunos adolescentes. Dov daba por seguro que a las muchachas las utilizarían como prostitutas de campaña y a los muchachos para manejos homosexuales con los oficiales alemanes.

Dov inspiró profundamente una docena de veces mientras su hilera iba avanzando. Era un manojo de huesos y sabía que no tenía muchas probabilidades de ser enviado hacia la puerta de la izquierda destinada a trabajar en el campo.

En la hilera vecina una mujer lanzó un alarido. Media docena de guardias convergieron hacia ella, la echaron al suelo y le desgarraron las faldas de un par de tirones. La mujer había pretendido esconder un niño.

—A la derecha…, derecha…, derecha… derecha… —iba ordenando el médico a las víctimas.

Dov Landau se paró delante de la mesa.

El médico levantó los ojos y le miró.

—Sal por la puerta de la derecha —le dijo.

Dov sonrió dulcemente.

—Está usted cometiendo una equivocación, doctor —respondió con una calma infinita—. Soy un imitador y un falsificador experto. Escriba su nombre en ese pedazo de papel y se lo demostraré.

El médico se echó atrás estupefacto. La sangre fría de Dov le impresionó, porque, evidentemente, el muchacho sabía lo que le aguardaba. El chavalillo había parado súbitamente, por un momento, el monótono desfile de la muerte. El médico se recobró de la sorpresa; una mueca cruel contrajo sus labios. Dos guardias cogieron a Dov con intención de arrastrarle fuera de allí.

—¡Aguarden! —ordenó el médico. Dirigió otra mirada a Dov y le mandó que se acercase. Por un segundo sintióse, empero, cansado de tonterías. Aquel muchacho había recurrido a una mentira inteligente. Iba a ordenar otra vez que saliese por la

puerta de la derecha, pero la curiosidad le dominó. Y garabateó su nombre en un cuaderno de notas.

Dov trazó seis duplicados de la firma y le devolvió el cuaderno, preguntando:

—¿Cuál es la que ha escrito usted?

Media docena de guardias asomaron la cabeza por encima del hombro del doctor y miraron pasmados. El médico contempló de nuevo a Dov, susurró algo a un guardia, que se marchó inmediatamente y luego le ordenó en tono seco al muchacho judío:

—Quédate ahí a un lado.

Dov se quedó de pie junto a la mesa viendo cómo la hilera de gente iba desfilando. Así pudo presenciar cómo los condenaban a un promedio de cuatro por minuto.

También fijaba la mirada en los ojos de los guardias, en sus trancas y en los perros, que enseñaban los dientes. Volvía la vista luego hacia la puerta de la derecha, y por lo bajito, entre dientes, silbaba una tonada estremecida.

Pasaron cinco minutos. Pasaron diez. La hilera que entraba desde el andén parecía no tener que terminar nunca.

El guardia regresó acompañado de un individuo al que Dov tomó por un oficial de alto rango, pues llevaba el pecho cubierto de medallas. El médico le entregó el cuaderno con las firmas, y el oficial las estudió durante un minuto largo.

—¿Dónde aprendiste esto? —preguntó secamente el oficial.

—En el *ghetto* de Varsovia.

—¿Qué clase de trabajo haces?

—Pasaportes, salvoconductos de viaje, cualquier clase de documentos. Sé sacar un duplicado de todo lo que se presente.

—Sígueme.

Dov salió por la puerta de la izquierda. Mientras subía al coche y lo llevaban hacia Auschwitz le parecía recordar las palabras de Mundek: «Uno de los Landau ha de sobrevivir a todo esto». Unos momentos después el automóvil cruzaba la puerta principal de Auschwitz. Sobre la entrada del campo un rótulo decía: EL TRABAJO LIBERA.

El compartimiento mayor estaba emplazado en un trozo de suelo que era como un mar de lodo. Uno tras otro se alzaban los barracones con armazón de madera, aislados entre sí por altas vallas de alambre de espino electrificado.

Aquella explanada de barracones alimentaba de mano de obra una treintena de campos de trabajo forzado subsidiarios. Cada morador de los barracones llevaba un uniforme a rayas blancas y negras con una banda de color, identificadora, en el brazo y sobre el lado izquierdo del pecho. Los homosexuales llevaban una banda rosada; las prostitutas del Ejército, negra; los criminales, verde; los clérigos llevaban bandas

violeta; los rusos y los polacos las llevaban moradas, y los judíos la Estrella de David tradicional.

Dov recibió otra insignia en Auschwitz. Era un número tatuado en su antebrazo izquierdo. Dov Landau era un judío vestido a rayas blancas y negras y señalado con el número 359 195.

EL TRABAJO LIBERA. Dov Landau celebró su decimocuarto cumpleaños en Auschwitz, y el regalo que recibió fue el de conservar la vida. Podía considerarse muy afortunado porque entre las decenas de miles de prisioneros de aquel campo, el pequeño grupo de falsificadores del que formaba parte se contaba entre lo más selecto. A su sección particular le habían confiado la tarea de grabar e imprimir billetes falsos de uno y de cinco dólares de los Estados Unidos, que serían usados por los agentes alemanes en las naciones occidentales.

Al cabo de un cierto tiempo en Auschwitz, Dov se preguntaba si no habría sido mejor morir en Birkenau. Aquí los prisioneros recibían escasísimo alimento, quedaban convertidos en esqueletos vivientes, y pasaban las cinco horas de descanso que les concedían cada noche en una especie de estantes. Las enfermedades se cebaban en ellos. Los alemanes los atormentaban, los enloquecían, los azotaban y los degradaban; los hacían objeto de todas las atrocidades que el cerebro humano sea capaz de concebir.

Aquí cada nuevo día aparecían docenas de prisioneros que se habían ahorcado empleando sus propios cinturones o que habían buscado el remedio pronto y consolador de los alambres electrificados. Los palos de castigo no descansaban ni un momento, y era corriente que los guardias se relevasen en la tarea de azotar en público nalgas desnudas.

Aquí la colonia de penados vivía en celdas individuales completamente obscuras y se le daba por todo alimento hortalizas excesivamente cargadas de sal, a fin de producirles una sed insaciable.

Aquí, en la Manzana X, el doctor Wirthe utilizaba mujeres como conejillos de Indias; el doctor Schumann esterilizaba por castración y mediante los Rayos X, Clauberg extirpaba ovarios, y el doctor Dehring realizó diecisiete mil «experimentos» de cirugía sin anestésico.

Eso era Auschwitz y ésa la vida que había recibido en regalo Dov Landau. EL TRABAJO LIBERA.

«Uno de los Landau ha de sobrevivir a todo esto», había dicho Mundek. ¿Cómo era la fisonomía de Mundek? Apenas lo recordaba. ¿Y la de Ruth, y la de Rebecca, y la de madre, y la de padre? A su padre no le recordaba en absoluto. Los recuerdos de Dov se volvieron cada día más nebulosos hasta que no supo evocar sino la muerte y el terror e ignoró que hubiese una vida en la que la muerte y el terror no existían.

Transcurrió un año. Los trenes entraban y salían de Birkenau. Las defunciones en

los campos de trabajo de los alrededores de Auschwitz a consecuencia de las torturas, las enfermedades y el hambre alcanzaban números casi tan espantosos como las provocadas por el gas en Birkenau. Pero, con todo, Dov logró, no se sabe cómo, conservar el juicio y aquel instinto animal que le empujaba a sobrevivir.

Y aun en aquella sima, la más negra que haya existido, penetraban algunos rayos de esperanza. Había la orquesta de los presos. Existía una floreciente actividad clandestina y hasta disponían de un receptor de radio. Y aun allí un hombre podía encontrar la manera de acercarse a una mujer.

*VERANO DE 1944*

Una extraña noticia circulaba por Auschwitz. Dov podía levantar a menudo los ojos al cielo y contemplar bombarderos rusos; y la radio secreta empezó a dar noticias de derrotas alemanes. Una esperanza, si bien muy vaga, abríase camino tímidamente por entre el estiércol y las torturas.

Pero cada nueva victoria aliada desataba en los guardias germanos una sed de sangre tan grande que ahora los prisioneros casi esperaban con temor las noticias de las derrotas alemanas. En Birkenau la actividad subió de punto hasta el extremo que las cámaras funcionaban casi sin interrupción las veinticuatro horas del día.

*OTOÑO DE 1944*

Se había generalizado ya la creencia de que los alemanes perderían la guerra. En todos los frentes cosechaban desastres. Pero cuantas más batallas perdían más aumentaba su hambre de exterminio. El coronel Eichmann echaba mano de todos los recursos posibles para terminar su misión de genocidio.

*OCTUBRE DE 1944*

Los *Sonderkommandos* de Birkenau se sublevaron con furia indomable y volaron uno de los crematorios. Cada día que llegaba los *Sonderkommandos* se apoderaban de guardias y de perros de las SS y los echaban a los hornos. Por fin los alemanes los ejecutaron a todos, sin dejar uno y pidieron que les enviasen de Auschwitz un grupo nuevo.

Con la espalda contra la pared, Eichmann hizo un gesto final. Dio órdenes para que veinte mil hombres, la flor y nata de la judería, que habían permanecido hasta entonces en el campo de Theresienstadt bajo garantía de que serían debidamente

protegidos, fuesen trasladados a Birkenau a fin de proceder a exterminarlos.

El impuesto a la muerte pagado por los judíos en Birkenau subió y subió hasta que la cuenta alcanzó a un millón de polacos, cincuenta mil alemanes, cien mil holandeses, ciento cincuenta mil franceses, cincuenta mil austríacos y checos, cincuenta mil griegos, doscientos cincuenta mil búlgaros, italianos, yugoslavos y rumanos, y otro cuarto de millón de húngaros.

Y todos los días, mientras duró la macabra carrera hacia el exterminio total, había que pedir más y más *Sonderkommandos*.

*NOVIEMBRE DE 1944*

La oficina de falsificaciones de Auschwitz quedó cerrada bruscamente y todo el mundo fue a parar a Birkenau a trabajar como *Sonderkommando*.

El nuevo empleo de Dov consistía en esperar en el pasillo de las cámaras hasta que la ducha de gas había terminado. El y otros *Sonderkommandos* aguardaban inactivos hasta que los gritos de agonía y los golpes frenéticos a las puertas metálicas habían cesado. Luego dejaban transcurrir todavía otros quince minutos para que se marchase el gas. Entonces se abrían las puertas de las cámaras. Dov tenía que entrar provisto de sogas y ganchos para desenredar la maraña repulsiva de brazos y piernas y arrastrarlos fuera para cargarlos y llevarlos al crematorio. Sacadas las víctimas tenía que volver a entrar a limpiar y adecentar la sala para la nueva hornada que estaba ya preparándose en los vestuarios.

Tres días trabajó Dov en aquella sangrienta tarea. En aquellos tres días hasta la última partícula de su energía se desplomó; aquella voluntad terca y desafiante de vivir que le había sostenido hasta entonces parecía desvanecerse. Vivía temiendo el instante en que la puerta de hierro de la cámara de gas se abriría y él se encontraría cara a cara con el revoltijo de cadáveres. Aquello le daba un miedo más espantoso que el recuerdo del *ghetto* o de las cloacas. Comprendía que no podría resistir la visión de aquel cuadro muchas veces más.

¡Los alemanes dieron orden de desmantelar los crematorios y de volar las cámaras de gas! Los aliados avanzaban por el Oeste y los rusos venían por el Éste. Ahora los nazis hacían esfuerzos sobrehumanos por esconder sus crímenes. Por toda Polonia exhumaban zanjas de cadáveres, cuyos huesos trituraban y esparcían. Los transportes, que el Ejército necesitaba desesperadamente, los empleaban para llevar a los judíos supervivientes al interior de Alemania.

*22 DE ENERO, 1945*

El Ejército ruso entró en Auschwitz y en Birkenau y liberó a los prisioneros. La orgía de asesinatos había terminado. Dov Landau, de quince años de edad, era uno de los cincuenta mil judíos polacos que habían quedado con vida, de entre un total de tres millones y medio. Había cumplido la promesa hecha a su hermano.

## CAPÍTULO XXVI

A los médicos militares rusos que examinaban a Dov les maravillaba que hubiese sido capaz de resistir tantos años de privaciones y castigos sin contraer ninguna enfermedad ni ninguna deformación crónicas. Estaba débil y poco desarrollado, y jamás tendría muchas energías, pero con un cuidado adecuado le pondrían en condiciones aceptables.

El daño sufrido por su mente era, empero, harina de otro costal, Dov había conservado la vida gracias a un espíritu y una voluntad indomables. Ahora que podía relajar los nervios, después de seis años de tensión constante, una riada de recuerdos inundaba su cerebro día y noche. Se volvió huraño, se sumió en la melancolía y su estado mental acercóse peligrosamente a la estrecha raya fronteriza que separa a los cuerdos de los dementes.

El alambre espinoso lo habían arrancado, las cámaras y los hornos crematorios habían desaparecido; pero los recuerdos no le abandonarían nunca. Y por todas partes parecía seguirle aquel hedor espantoso. Siempre que se miraba el brazo, con el número tatuado en azul, revivía el segundo grotesco en que las puertas de las cámaras de gas se abrían de par en par. Una y otra vez veía a su madre y a Ruth sacadas de una cámara parecida, en Treblinka, Una y otra vez volvía a verse acercando la oscilante llama de la vela a los cadáveres humeantes de aquel refugio del *ghetto* de Varsovia, intentando adivinar cuál era el de Mundek. Siempre y siempre, incesantemente, veía las calaveras que los alemanes usaban como pisapapeles, tomándolas por la de su madre y la de su hermana.

Los judíos que habían quedado en Auschwitz se juntaron y se amontonaron en varios barracones. Dov no podía comprender que existiese un mundo de los vivos libre de depravación y tormentos. Ni siquiera la noticia de la rendición de Alemania provocó en Auschwitz escenas de alegría; no cabía la alegría en aquella victoria.

La memoria de Dov Landau se intoxicaba de odio. Lamentaba que las cámaras de gas estuviesen destruidas, porque la imaginación le pintaba columnas y columnas de soldados alemanes de las SS junto con perros avanzando a la fuerza y metiéndose en su interior.

La guerra había terminado; pero nadie sabía qué hacer o a dónde ir. ¿Varsovia? Varsovia estaba a doscientos sesenta kilómetros y los refugiados taponaban las carreteras. Y aunque pudiese llegar a Varsovia, luego, ¿qué? El *ghetto* era un montón de derribos y su madre, su padre, sus hermanos y Mundek, todos, todos habían muerto. Dov se pasaba un día y otro y el venidero sentado a la ventana, sin pronunciar una palabra, con los ojos fijos en la eterna mortaja suspendida sobre aquella comarca de Silesia.

Uno tras otro los judíos de Auschwitz se aventuraban a marchar a sus casas. Uno

tras otro regresaban con una última desilusión, definitiva, descorazonadora. Los alemanes se habían ido, pero los polacos continuaban su obra. En Polonia no se lloraba a los tres millones y medio de asesinados, antes al contrario, las ciudades estaban llenas de cartelones y la gente gritaba: «¡Los judíos nos echaron encima esta guerra…! ¡La guerra empezó para que los judíos pudieran obtener ganancias…! ¡Los judíos son los causantes de todos nuestros males!».

No, no había lágrimas para los muertos, sino un cargamento de odio contra los escasos supervivientes. La gente destrozaba las tiendas judías y apaleaba a los judíos que intentaban reinstalarse en sus casas y propiedades.

*VERANO DE 1945*

Un hombre entró en Auschwitz y fue saludado con muecas de recelo. Tendría poco más de veinte años. Era recio; llevaba un gran bigote negro y una camisa blanca como la nieve con las mangas subidas por encima de los codos. Andaba con un paso resuelto que parecía decirle a todo el mundo que él era un hombre libre. Se convocó una asamblea al aire libre y todos le rodearon.

—Me llamo Bar Dror, Shimshon Bar Dror —gritó él—. Y me envían de Palestina para llevaros a vosotros ¡a la Patria!

Por primera vez en el recuerdo de muchos hubo un estallido de felicidad y se derramaron lágrimas de gozo. Bar Dror hubo de contestar a un millón de preguntas. Muchos cayeron de rodillas y le besaron las manos; otros se contentaron tocándole, escuchándole, mirándole. ¡Un judío libre de Palestina! ¡Shimshon Bar Dror —Sansón, Hijo de la Libertad— había venido para llevarlos a la Patria!

Bar Dror se hizo cargo del compartimiento y su primera providencia consistió en tomarse una revancha. Les explicó a sus protegidos que pasaría algún tiempo hasta que pudieran salir de allí, pero que mientras la Mossad Aliyah Bet buscaba la manera de sacarles, convenía que vivieran como seres humanos dignos de tal nombre.

Una nueva oleada de vida transformó el compartimiento. Bar Dror organizó juntas encargadas de adecentar el paraje. Organizaron una escuela, formaron un grupito escénico y una pequeña orquesta, hubo bailes, imprimieron un boletín con las noticias del día y se desarrollaron interminables discusiones sobre Palestina. Shimshon incluso inició una granja modelo cerca del compartimiento para que los moradores del mismo empezaran a entrenarse en las tareas agrícolas.

Cuando hubo prendido el nuevo espíritu y el campo se gobernó por sí mismo, Shimshon Bar Dror emprendió una serie de viajes para recoger a otros judíos y traerlos a la base.

Mientras Shimshon Bar Dror y otros agentes de la Mossad Aliyah Bet trabajaban incansablemente para reunir judíos y sacarlos de Polonia, otra potencia laboraba con

el mismo ahínco para retenerlos allí.

Las embajadas y los consulados ingleses de toda Europa hacían presión sobre los gobiernos de los diversos países para que cerrasen sus fronteras a aquellos refugiados. Los británicos sostenían que toda la actividad desplegada por los judíos no era sino un complot del sionismo mundial para imponer su propia solución en el problema del mandato de Palestina.

Mientras se libraba esta secreta y apasionada batalla entre los ingleses y la Mossad Aliyah Bet, el Gobierno polaco publicó un decreto incomprensible; un decreto ordenando que todos los judíos tenían que continuar en Polonia. El Gobierno polaco se apoyaba en el argumento de que si a los pocos judíos supervivientes se les permitía salir del país, su marcha confirmaría a los ojos del mundo que los polacos continuaban las persecuciones contra ellos —como así era en efecto— aun después del programa de exterminio de los alemanes. De este modo los judíos quedaron encerrados dentro de un país que no les quería y sin poder entrar en el que sí les quería en su seno.

El invierno llegó a Auschwitz y la moral descendió al nivel del suelo. Toda la excelente labor de Bar Dror había sido en balde. Los palestinos organizaron mítines para explicar la batalla política que ardía a su alrededor; pero los sobrevivientes no querían escuchar. La política no les importaba.

En el corazón del invierno acudió otro enviado de la Aliyah Bet, y éste y Bar Dror decidieron jugárselo todo a una carta. Llamaron a los jefes de sección y les dijeron que se preparasen para abandonar el campo.

—Vamos a dirigirnos hacia la frontera checa —anunció Bar Dror—. No es un viaje largo, pero será penoso. No podremos marchar a una velocidad mayor que la que lleve el compañero que ande más despacio y tendremos que evitar las carreteras importantes. —Bar Dror abrió un mapa y trazó una ruta que les llevaría a cruzar los Montes Cárpatos y el Paso de Jablunkov, en un recorrido de ciento doce kilómetros.

—¿Qué ocurrirá cuando lleguemos a la frontera? —preguntó alguno.

—Tenemos agentes de la Aliyah Bet comprando a las patrullas de vigilancia. Si conseguimos llegar a Checoslovaquia estaremos en sitio seguro, de momento. Juan Masaryk es un amigo. No permitirá que nos expulsen de su país.

Abandonaron Auschwitz en mitad de la noche, apartándose de la carretera principal… Una hilera trágica de supervivientes que se arrastraba adelante; los fuertes sosteniendo a los débiles y llevando en hombros a los niños. La desordenada procesión cruzó caminos y campos de nieve, forzando sus atormentados cuerpos durante seis días de prueba. Luego se internaron entre los vientos despiadados de los Montes Cárpatos, con los palestinos conservándolos vivos a todos por milagro y acercándose más y más a la frontera.

Entretanto otros agentes de la Aliyah Bet corrían febrilmente distribuyendo

cantidades para sobornar a los guardias polacos. De este modo cuando la lamentable caravana llegó a la frontera, los guardias, con los bolsillos llenos, volvieron la espalda y la riada de judíos se derramó hacia el interior de Checoslovaquia.

Y siguieron andando bajo el frío glacial hasta haber salvado el Paso de Jablunkov y reunirse al otro lado, agotados, con los pies sangrando, muertos de hambre y necesitados de asistencia médica. La Mossad Aliyah Bet había organizado un tren especial. Los fugitivos encontraron el él calor, alimento y servicio médico. La primera etapa del peligroso viaje había terminado.

Cuando un judío entraba en Palestina legalmente entregaba el pasaporte a la Aliyah Bet para que pudiera utilizarlo de nuevo. Quinientos de tales pasaportes fueron distribuidos entre los fugados de Auschwitz. Además de los pasaportes la Aliyah Bet había reunido visados para Venezuela, Ecuador, Paraguay y otras naciones sudamericanas. Tales «documentos» servirían para pararles los pies a los ingleses durante un tiempo.

Los agentes del CID británico tuvieron noticia de los quinientos judíos llegados de Polonia y comunicaron la información al Foreign Office, en Whitehall. Whitehall envió un despacho urgente a su embajador en Praga ordenándole exponer el asunto al ministro checo de Asuntos Exteriores, Masaryk, pidiéndole que no dejara circular aquel tren. Conseguida inmediatamente la entrevista, el embajador solicitó de Masaryk que se devolviesen los judíos a Polonia, haciendo notar que la actuación de la Mossad era ilegal desde el principio hasta el fin, contraria a las leyes polacas y que aquella fuga habíala organizado el sionismo con el intento de forzar una solución en el mandato de Palestina.

Masaryk sonrió.

—No sé mucho de tubos de conducción de petróleo, señor embajador, pero sí sé de canales de conducción de hombres —replicó.

Todo el mundo sabía que Masaryk no se recataba de hablar en favor de los judíos. El embajador dio a entender que Inglaterra quizá manifestase su disgusto de un modo más «práctico».

—Señor embajador —replicó nuevamente Masaryk—, yo no voy a doblegarme ante ésta ni ante ninguna otra amenaza de los ingleses. Mientras sea ministro de Asuntos Exteriores de Checoslovaquia, las fronteras de mi país están abiertas a los judíos con o sin visados, con o sin pasaportes.

El embajador comunicó a Whitehall que no había modo de detener el tren, el cual rodó hacia Bratislava, la ciudad donde convergen y se unen las fronteras de Hungría, Austria y Checoslovaquia.

Otra vez los ingleses intentaron detenerlo; pero esta vez penetró en Austria bajo la protección de un comandante militar americano simpatizante con los judíos.

En Viena los viajeros se pararon para disfrutar de un descanso que les hacía

mucha falta y ser visitados por los médicos. En una instalación gigante de reavituallamiento fundada por los judíos americanos para ayudar a los supervivientes de Europa les proporcionaron ropas nuevas.

En Italia, que sería la parada siguiente, la Mossad Aliyah Bet contaba con las simpatías del pueblo y de los funcionarios italianos, pero el hecho de que el país estuviera ocupado por los ingleses dificultaba los movimientos.

Por paradoja, parte de las fuerzas británicas de ocupación la formaban unidades de judíos palestinos. El mando británico consideraba desde hacía tiempo a la Brigada de Palestina, del Ejército inglés, cuyas unidades estaban estacionadas por toda la Italia ocupada, como fuerzas modelo. Los agentes de la Aliyah Bet llegados de Palestina se introdujeron en tales unidades y los soldados judíos pronto estuvieron atareados montando campos de refugiados, ayudando al fletamiento de barcos ilegales y en otras tareas por el estilo. A efectos oficiales, aquellas unidades obedecían a las jerarquías del Ejército, pero a efectos prácticos estaban bajo el mando de la Aliyah Bet y del Palmach. Shimshon Bar Dror había sido sargento en una de aquellas unidades, lo cual le permitía utilizar su documentación británica para ir y venir de Polonia reuniendo refugiados.

Había llegado la primavera cuando el grupo de Dov de refugiados de Auschwitz subió a otro tren que se internó por los Alpes austríacos y penetró en Italia por el Paso del Brennero.

El tren se detuvo cerca del lago de Como, en las afueras de Milán, en una estación muy solitaria. Por más que les habían advertido de antemano que se encontrarían con soldados llevando uniformes ingleses, estuvo a punto de producirse un estallido de pánico entre ellos. Aquellos tristes supervivientes no podían comprender que hubiera hombres con uniforme de combatientes llevando al mismo tiempo en el brazo una Estrella de David. La Estrella de David había sido siempre la insignia de *ghetto*. Hacía cerca de dos mil años que, excepto en las sublevaciones de los *ghettos*, ningún judío había peleado bajo una Estrella de David.

Bajaron del tren con aprensión. Los soldados se mostraban afectuosos; algunos de ellos hablaban *yiddish*, todos hablaban hebreo, y les trataban con mucha dulzura, pero parecían una raza diferente de judíos.

Una semana después de su llegada, en la oscuridad de la noche, miembros de la Brigada de Palestina fueron con camiones ingleses a buscar al pequeño grupo de Dov, compuesto por unas cien personas, que aguardaban en un reducido campamento. El convoy voló luego a un secreto lugar de cita situado en la costa, donde encontraron a otros trescientos refugiados reunidos de diversos campos. Un barquito pequeño salió del vecino puerto de La Spezia a buscarlos.

El barco echó el ancla a cierta distancia de la costa y fue cargado por medio de botes de goma. Luego se hizo a la mar, salió del límite de las tres millas y pronto fue

descubierto y seguido por la Armada británica, siempre alerta.

Una cosa desorientaba del «Puertas de Sión». A diferencia de todos los otros barcos de refugiados, éste no ponía rumbo a Palestina, sino hacia el Golfo de León, en la costa meridional de Francia. Ni los ingleses ni los refugiados embarcados a bordo del «Puertas de Sión» tenían la más ligera idea de que aquel barquito formase parte de un complot colosal.

# CAPÍTULO XXVII

Bill Fry, sentado a una mesa del «Miller Brother's Restaurant», de Baltimore, Maryland, echó un puñado de conchas de ostra en un grande y humeante tazón de sopa de almejas y se puso a agitar el líquido. Jugueteó un momento con la sopa, pero no tenía apetito.

«¡Jesús! —exclamó, para sus adentros—. No sé si seré capaz de conducir aquel orinal al otro lado del Océano Atlántico».

Bill Fry se había conquistado la fama de ser el capitán más afortunado de la Mossad Aliyah Bet. La treta de embarrancar el «Estrella de David» en Cesarea había abierto una era nueva en la guerra de la inmigración ilegal y había obligado a los ingleses a establecer los campos de detención en Chipre. Aquél fue un momento crucial, pues la Mossad había enviado un barco de refugiados tras otros a Palestina con la misma rapidez que los ingleses los hacían retroceder de nuevo y ahora se estaba incubando otra crisis. Las embarcaciones ilegales enviadas por la Mossad Aliyah Bet habían sido tantas que los campos de Chipre estallaban ya de tanta gente.

Entusiasmados por el éxito y resueltos a quebrar la política inglesa de exclusión, los de la Mossad idearon un plan loco y escogieron a Bill Fry para ejecutarlo.

De toda la flota ilegal empleada hasta la fecha, la unidad mayor había sido el «Estrella de David», que transportó menos de dos mil personas. Los otros barcos habían llevado pasajes oscilando entre unos pocos cientos y el millar. La Mossad se figuraba que si conseguía burlar el bloqueo con un barco que transportase más de cinco mil refugiados habría asestado un golpe contundente a los ingleses.

He ahí, pues, que le confió a Bill la misión de encontrar un barco que sirviera para el propósito, equiparlo y embarcar cinco mil refugiados del gran centro de La Ciotat, en el Sur de Francia.

Creyóse conveniente comprar la nave en los Estados Unidos, donde los ingleses no recelarían nada. En cambio, los agentes del CID vigilaban estrechamente todos los puertos europeos. Los agentes de la Mossad actuaban en los puertos de América del Sur; Bill Fry en persona revolvía los del Golfo de Méjico y toda la costa Éste de los Estados Unidos. Poco a poco, fueron viendo que con el dinero que podían gastar no iban a encontrar ningún primor de barco. De ahí que Bill hubiese comprado un poco al azar y ahora estuviese bastante preocupado. Había adquirido un navío de vapor viejo y obsoleto que sólo había prestado servicio en la bahía de Chesapeake, en un viaje quincenal entre Baltimore y Norfolk. Es decir, que el «General Stonewall Jackson», un crucero de placer de dimensiones exageradas, jamás había navegado por el mar libre. Lo único que Bill podía decir en su favor era que lo había comprado barato.

El camarero, con su chaqueta blanca impecable, se detuvo junto a la mesa del

capitán.

—¿Tiene algo malo la sopa, señor?

—¿Eh? ¡Ah!, no, diantre, está muy bien. —Y se metió una cucharada en la boca.

¿Habría sido un error comprar aquel anticuado barco de pasajeros de la bahía? En aquellos momentos lo estaban repasando y adaptando en Newport News, Virginia, de modo que pudiese albergar seis mil ochocientos cincuenta refugiados.

Bill suspiró. Había que considerar también la otra cara de la medalla. ¡Imaginemos que lograse sacar siete mil refugiados de Europa en un viaje afortunado! ¡Casi sería suficiente para hacer estallar la política británica!

Bill apartó de si el tazón de sopa y pidió la cuenta. Luego volvió a encender la apagada colilla de cigarro puro que había dejado en el cenicero y releyó una vez más el telegrama recibido de Newport News: «EL “JACKSON” ESTA LISTO».

El día siguiente, en la citada ciudad, Bill reunió su tripulación compuesta de palestinos del Palmach y de la Aliyah Bet, judíos americanos, desterrados españoles simpatizantes con la causa judía, italianos y franceses, inspeccionó el buque y luego emprendió un pequeño viaje de prueba por la parte baja de la bahía. Después revisó por completo las máquinas y salió al Océano Atlántico.

Al cabo de tres horas, el «Jackson» tuvo avería en las máquinas y hubo de regresar a Newport News.

En el transcurso de las tres semanas siguientes, Bill realizó otras tres tentativas. Apenas se alejaba de su medio habitual, el barco empezaba a rebelarse y había de ser conducido en seguida a puerto.

Bill anunció a los de la Aliyah Bet que había cometido un error. Simplemente, el «Jackson» no podía emprender la travesía. Los de la Aliyah Bet insistieron en que lo tuviera otra semana en reparación e hiciera una última prueba.

En la quinta tentativa la tripulación entera contenía el aliento mientras el obsoleto vapor pasaba con una tos asmática por delante de Cabo Henry internándose en las profundas aguas del Atlántico… y seguía tosiendo mar adentro.

Veintidós días después, el «Stonewall Jackson» marchaba jadeando por el Golfo de León hasta la rada francesa de Tolón, situada a cuarenta millas de Marsella y a veinte nada más del enorme campo de refugiados de La Ciotat.

En Francia había una huelga de transportistas, con lo cual los agentes del CID inglés, que vigilaban el campo de refugiados, habían relajado por unos momentos su atención, presuponiendo que sin camiones no se produciría ningún movimiento. Por otra parte, no se tenía noticia de la llegada de ningún barco ilegal a puertos europeos desde que el «Puertas de Sión» había anclado en Port-de-Bouc algunas semanas antes.

Los ingleses se dejaron coger dormidos.

No tuvieron noticias de antemano del «Jackson» porque había sido adquirido y

reformado en los Estados Unidos, y además porque hasta la fecha la Aliyah Bet no había poseído ningún barco capaz de cruzar el Atlántico. Cuando el buque de Bill estuvo a punto de llegar a Tolón, la Aliyah Bet se entrevistó con el Sindicato de Transportistas franceses y les expuso la situación. El jefe del Sindicato reunió en secreto a varios conductores y unos cuantos camiones, los cuales, en mitad de la huelga, entraron y salieron de La Ciotat hasta haber transportado seis mil quinientos refugiados a Tolón, entre ellos a Dov Landau.

Los agentes del CID descubrieron el secreto en el último instante y corrieron a Tolón, donde sobornaron con muy crecidas cantidades a los oficiales del puerto a fin de que retardasen la salida del «Jackson» el tiempo suficiente para ponerse ellos en contacto con Londres pidiendo instrucciones.

La Mossad Aliyah Bet abrió entonces su bolsa sobre las manos de los oficiales para que el barco pudiera hacerse a la mar, y el «Jackson», rebautizado ahora con el nombre de «Tierra Prometida», izó la bandera blanca y azul de la Estrella de David en la cima más alta de su mástil en abierto desafío.

Precipitadas reuniones tuvieron lugar en el Almirantazgo, en Chatham House y en Whitehall. Los aprietos en que aquella situación ponía a la política inglesa saltaban a la vista; era obvio; había que detener el «Tierra Prometida» a toda costa. Los ingleses dirigieron rencorosas amenazas a los franceses. Barcos de guerra británicos aguardaban a la altura de Tolón. Los franceses contestaron dando permiso al «Tierra Prometida» para zarpar.

El «Tierra Prometida» zarpó de Tolón entre los gritos de entusiasmo de los refugiados que lo ocupaban. Pero apenas hubo pasado el límite de las tres millas, dos cruceros británicos que le aguardaban, el «Apex» y el «Dunston Hill», se pusieron a darle escolta.

Durante tres días y medio a partir de aquel suceso, Bill Fry encaminó el «Tierra Prometida» hacia Palestina, derechamente. La larga y delgada chimenea iba echando bocanadas de humo, las máquinas rezongaban, las cubiertas rebosaban y los perros guardianes ingleses vigilaban.

El «Apex» y el «Dunston Hill» permanecían en contacto constante por radio con el Almirantazgo de Londres. Cuando el «Tierra Prometida» llegó a cincuenta millas de la costa de Palestina, los ingleses faltaron a las reglas del bloqueo ilegal. El «Apex» se acercó al barco de vapor y envió una salva por encima de sus viejas amuras. Las sirenas del crucero se pusieron a ulular y su altavoz envió una llamada por encima de las olas: «¡Barco ilegal! ¡Párese para ser abordado!».

Bill Fry mordió el cigarro puro con rabia, y cogiendo un megáfono, subió al puente.

—Estamos en alta mar —gritó—. ¡Si nos abordan aquí será un acto de piratería!

—Lo sentimos, amigos, nos limitamos a obedecer órdenes. ¿Acogerán

pacíficamente a una patrulla de abordaje?

Bill volvió la vista hacia el jefe del Palmach, que estaba a su lado.

—Vamos a ofrecerles una recepción a esos bastardos.

El «Tierra Prometida» puso las calderas a todo vapor en un intento de alejarse de los cruceros. El «Apex» imitó la maniobra y luego embistió vivamente, de forma que su proa de acero se hundió en el centro del casco del barco de vapor, por encima de la línea de flotación, arrancándole astillas. El impacto hizo vibrar toda la armazón del «Tierra Prometida». Entonces el «Apex» abrió luego de ametralladora a fin de barrer la cubierta de refugiados, dejándola libre para el abordaje.

Soldados ingleses de Infantería de Marina provistos de caretas antigás y armados con armas pequeñas se derramaron por cubierta y retrocedieron hacia la superestructura. Los del Palmach extendieron a su paso rollos de alambre espino y a continuación les obsequiaron con un diluvio de piedras seguido de uno de agua propinado por las mangueras a presión.

El contraataque rechazó a los ingleses hacia las amuras, desde donde siguieron luchando con armas cortas contra los del Palmach, al mismo tiempo que pedían refuerzos. Otros infantes, éstos armados de cortaalambres, subieron a cubierta. Contando con estos nuevos refuerzos, los ingleses emprendieron otro ataque contra la superestructura. De nuevo fueron rechazados por las mangas de agua. Todavía volvieron los ingleses al asalto protegidos por el fuego de cobertura de las ametralladoras del «Apex», y llegaron a las barreras de alambre, que empezaron a cortar, a tiempo para recibir los chorros de vapor hirviente que les dirigieron los del Palmach, los cuales pasaron ahora al contraataque, haciendo retroceder a los ingleses y dominándoles hasta tal punto que les arrojaron al mar uno por uno.

El «Apex» suspendió el ataque para pescar a sus hombres de entre las olas, y el «Tierra Prometida» volvió a continuar su ruta con un gran agujero en el costado. El «Dunston Hill» corrió a su alcance, meditando si sería conveniente embestirlo de nuevo. Pero un golpe más podía hundir muy fácilmente al barco de vapor. Era un riesgo demasiado grande para afrontarlo. En vez de ello, el «Dunston Hill» dirigió el fuego de sus ametralladoras de grueso calibre contra las cubiertas del barco de inmigrantes, dejándolas libres de refugiados y de miembros del Palmach. La fuerza de abordaje del «Dunston Hill» subió utilizando escalas por la parte central del navío. Siguió entonces una furiosa lucha cuerpo a cuerpo. Manejando incesantemente las porras y ayudándose de algún disparo de pistola, los ingleses se abrieron paso hacia la escalera de acceso al puente del capitán.

Entretanto, el «Apex» se había recobrado de la sorpresa y corría a entrar otra vez en escena. El barco de vapor quedó encerrado entre los dos cruceros. El grupo del «Apex» volvió a subir a cubierta protegiéndose con una barrera de gases lacrimógenos; y las fuerzas del Palmach cogidas entre los nuevos asaltantes y la

infantería del «Dunston Hill» empujando desde el lado opuesto, tuvieron que retroceder.

Dov Landau participaba en la lucha; junto con otros refugiados guardaban el extremo superior de la escalera contigua al puente del capitán. Media docena de veces obligaron a los ingleses a descender; pero al final fueron desalojados por los gases lacrimógenos y el fuego de las armas cortas.

Ahora, los británicos eran dueños de la cubierta. Al mismo tiempo que unos reforzaban sus posiciones y tenían inmovilizados a los refugiados y a los del Palmach bajo la amenaza de las armas de fuego, otro grupo se lanzó contra la caseta del timón para hacerse con el mando del buque.

Bill Fry y cinco de sus subalternos recibieron a los tres asaltantes primeros con pistolas y furiosos puñetazos. Y a pesar de encontrarse ya completamente acorralado, Bill siguió peleando hasta que los ingleses le arrancaron del timón y le dejaron inconsciente a fuerza de golpearle con las porras.

Después de cuatro horas de lucha, con cuatro hombres muertos y una veintena de heridos, los ingleses quedaron dueños del «Tierra Prometida». Los judíos habían tenido quince muertos; entre ellos el capitán americano Bill Fry.

En el puerto de Haifa, en Palestina, cuando el «Dunston» llegó remolcando el «Tierra Prometida», las autoridades inglesas dieron orden de mantener el asunto en secreto. El viejo barco de vapor se bandeaba peligrosamente. Toda el área de los muelles de Haifa quedó inundada de tropas británicas. Allí estaba la Sexta División Aerotransportada, con sus hombres armados hasta los dientes. Pero al proponerse mantener el episodio en secreto, los ingleses no sabían que los judíos habían dado por radio un relato detallado del abordaje del «Tierra Prometida».

Mientras los barcos se acercaban a Haifa, los judíos de Palestina decretaron una huelga general. En el área de los muelles fue preciso emplear soldados y tanques para formar una barrera entre los refugiados y los encolerizados judíos palestinos.

Cuatro barcos-prisión, el «Empire Monitor», el «Empire Renown», el «Empire Guardian» y el «Magna Charta», aguardaban para proceder al traslado de los refugiados del «Tierra Prometida». Pero en el mismo instante en que el antiguo barco de viajeros de la bahía de Chesapeake entraba remolcado en el puerto, ¡el sector de la bahía e incluso la ciudad entera de Haifa temblaron por la sacudida de una explosión terrible! ¡El «Empire Monitor» volaba hecho pedazos! Hombres ranas del Palmach se habían acercado por debajo del agua y habían colocado una mina magnética en su flanco.

El «Tierra Prometida» se arrimó al muelle y la operación de transbordo empezó al momento. La mayoría de refugiados se habían quedado sin ganas de luchar y pasaron sumisamente a unos cobertizos de desinsectación donde les desnudaron, los rociaron, les registraron por si llevaban armas, y luego los embarcaron rápidamente en los tres

barcos-prisión restantes. Formaban una procesión trágica.

Dov Landau y otros veinticinco se encerraron dentro de una bodega, se armaron con tubos metálicos y desafiaron a los ingleses hasta el último instante. Los ingleses llenaron la bodega de gas y Dov fue sacado del «Tierra Prometida» entre cuatro soldados, todavía resistiéndose, maldiciendo y peleando. Fue a parar detrás de los barrotes de una celda del «Magna Charta».

Los barcos-prisión quedaron más abarrotados todavía de lo que estuvo el «Tierra Prometida», y aquella misma noche zarparon de Haifa con los dos cruceros, «Dunston Hill» y «Apex», como escolta.

Si los ingleses llevaban a los refugiados a Chipre, a sobresaturar aquellos campos ya excesivamente llenos, los judíos habrían conseguido su objetivo. Seis mil quinientos judíos más habrían salido de Europa e ido a sumarse al número siempre creciente de los que aguardaban en Chipre el momento de ser trasladados a Palestina.

«Los refugiados del llamado "Tierra Prometida" que han sido embarcados en el "Empire Guardian", el "Empire Renown" y el "Magna Charta" han de ser devueltos al puerto de partida, es decir, a Tolón, Francia. De hoy en adelante, todos aquéllos que quieran eludir ilegalmente el bloqueo, serán devueltos a sus puertos de origen».

Los *palmachniks* y los de la Mossad Aliyah Bet que iban con los refugiados sabían muy bien lo que tenían que hacer. Si los desembarcaban de nuevo en Tolón y los ingleses conseguían alejar la tormenta, la inmigración ilegal habría terminado para siempre.

También en Tolón fue dada la orden de guardar silencio acerca de lo que ocurría, cuando los barcos de prisioneros entraron en el Golfo de León y echaron el ancla a cierta distancia de la costa.

Simultáneamente, los jefes del Palmach de cada uno de los barcos-prisión entregaron a los capitanes de los mismos sendos mensajes, todos concebidos en los siguientes términos: «Sólo desembarcaremos arrastrados a la fuerza».

El almirante de los barcos-prisión se dirigió por radio al Almirantazgo de Londres pidiendo instrucciones. Whitehall ejercitó inmediatamente toda la presión diplomática que pudo, llegando a todos los extremos, menos al de romper la alianza anglo-francesa. El Gobierno francés fue severamente advertido de que no intentara tan siquiera ponerse de parte de los judíos y se le conminó a que consintiera que los ingleses desembarcaran a los prisioneros por la fuerza. El ir y venir de mensajes e instrucciones entre Londres y los barcos-prisión y entre Londres y París se prolongó durante cuatro días, al cabo de los cuales el Gobierno francés entregó al inglés una decisión dramática.

«El Gobierno de Francia no querrá ser parte ni consentirá en que se desembarque a la fuerza a los refugiados. Si éstos desean volver a Francia por su propia voluntad serán recibidos con placer».

Los franceses se habían puesto al lado de los judíos aun a riesgo de romper sus relaciones con los ingleses. La noticia llenó de alborozo a los refugiados, que renovaron como un solo hombre la decisión de no bajar de los barcos. Los ingleses, al recobrarse del golpe, les anunciaron que, o desembarcaban allí o continuarían en el Golfo de León hasta que se consumieran.

Los judíos se prepararon para continuar indefinidamente a bordo del «Empire Guardian», el «Empire Renown» y el «Magna Charta». Los *palmachniks* organizaron escuelas, enseñaban hebreo, recogían noticias, iniciaron un teatro… En resumen, procuraban por todos los medios que la vida siguiera un curso normal. El Gobierno francés estableció una corriente continua y cotidiana de barcazas entre Tolón y los barcos para proveer a los refugiados de alimentos sanos y proporcionarles atenciones médicas. Entretanto, docenas de niños vinieron al mundo. Al final de la semana, los refugiados seguían firmes en su postura.

En tierra firme, los periodistas estaban intrigados por la presencia de los tres barcos y enojados en extremo por la cortina de silencio que los rodeaba. Una noche, un miembro de la Aliyah Bet, que iba a bordo del «Empire Guardian», fue a nado hasta la costa y relató la historia detallada a la Prensa francesa.

El relato se extendió por toda Francia, Italia, Holanda y Dina, marca, y en los cuatro países citados, los periódicos llenaron de insultos a los ingleses.

Londres se dispuso a resistir inconmovible la oleada de indignación del Continente. La tenían prevista. En realidad estaban preparados de antemano para todo, menos para la terquedad de los refugiados. Las condiciones de vida en los barcos eran pésimas. La atmósfera era sofocante y el porcentaje de enfermos muy crecido. Con todo, los refugiados se negaban a desembarcar. Las tripulaciones inglesas, que no se atrevían a bajar a los departamentos celulares de los buques, empezaban a dar muestras de desasosiego. Al final de la segunda semana, los judíos seguían firmes en su actitud y el clamor de la Prensa llegaba a su punto máximo.

Pasaron tres semanas. Pasaron cuatro semanas.

El episodio empezaba a perder interés. Entonces llegó a la costa el primer judío desembarcado sin ofrecer resistencia. Era cadáver. El furor de la Prensa y el público recrudeció. Los capitanes de los tres buques comunicaron que los refugiados parecían más decididos que nunca, y la presión sobre Whitehall se intensificaba por momentos. Si había que llevar otros cadáveres a tierra, el asunto tomaría un cariz feo.

Los forjadores de la política decidieron ensayar otra jugada y pidieron que los refugiados enviasen delegaciones para discutir el problema. Su plan consistía en hallar una fórmula de compromiso que les permitiese salir del atolladero, pero sin perder la faz. Los jefes del Palmach de los tres barcos dieron todos idéntica respuesta:

«No nos conformaremos con otra cosa que no sea ir a Palestina».

El incidente entró en su sexta semana. Cuando hubo que llevar el segundo

cadáver a tierra, los ingleses plantearon un ultimátum a los judíos: o se decidían a desembarcar o tendrían que sufrir las consecuencias. No ponían en claro cuáles serían las consecuencias, pero al ver que los refugiados continuaban impertérritos, los ingleses tuvieron que recurrir a la acción directa:

«El "Empire Guardian" y el "Empire Renown" zarparán de Tolón inmediatamente. Ambos partirán con destino a Hamburgo, en la zona británica de ocupación. Los judíos transportados por dichos buques serán desembarcados pacíficamente o de otro modo y quedarán detenidos en Dachau hasta nuevo aviso».

Mientras los dos barcos cruzaban el Estrecho de Gibraltar en su travesía hacia Alemania, la Mossad Aliyah Bet ultimaba febrilmente sus planes para cargar quince mil refugiados más en dos navíos y enfilar rumbo a Palestina. Pues cuando el «Renown» y el «Guardian» recalaron en la costa alemana, la indignación mundial contra los ingleses alcanzó su punto culminante. La Mossad Aliyah Bet había ganado una sombría batalla.

Haciendo un último gesto para salvar la faz, los ingleses permitieron que el tercer barco, el «Magna Charta», descargase sus refugiados en Chipre, donde fueron internados en Caraolos. Dov Landau tuvo la suerte de pasar su decimosexto cumpleaños en Caraolos y no en Dachau, pero por aquellas fechas el muchacho era la misma personificación del odio.

# CAPÍTULO XXVIII

Dov Landau pasó todavía el cumpleaños decimoséptimo encerrado en Caraolos. Y celebró la llegada de aquel día del mismo modo que celebraba la llegada de los otros: tendido en la cama, con la vista fija en el vacío, permaneciendo todas las horas sin excepción con los labios cerrados. Desde que le sacaron a la fuerza de la bodega del «Tierra Prometida» no había dirigido la palabra a nadie. Las largas semanas pasadas en la bahía de Tolón habían multiplicado su odio.

En Caraolos una docena de personas encargadas de la buena marcha del campo, médicos, maestros y *palmachniks* trataron de acercarse a él y hacer brecha en aquel muro de amargura, pero Dov no se fiaba de nadie ni quería a nadie a su lado.

De día se pasaba las horas tendido en el camastro. Por la noche se esforzaba cuanto podía en alejar el sueño, porque el sueño le traía invariablemente la pesadilla del momento aquél en que se abrían las puertas de la cámara de gas de Auschwitz. Y durante horas interminables permanecía con la vista fija en las cifras azules situadas en su antebrazo izquierdo: 359 195.

Enfrente de su tienda, al otro lado de la calle, vivía una muchacha, la más hermosa que hubiera visto en su vida. Claro que en los lugares donde él había estado las mujeres no podían parecer hermosas. Aquella muchacha cuidaba de una colección de chiquillos más jóvenes. Cuando le veía siempre le dirigía una sonrisa y no parecía enojada con él ni que le mirase con altanería, como le miraban todos los demás. Aquella muchacha se llamaba Karen Hansen Clement.

Karen había visto a Dov y había preguntado por qué no asistía a la escuela ni tomaba parte en ninguna de las demás actividades. Le contestaron que no se acercase a él porque se le tenía por un «incurable» y hasta era posible que fuese peligroso.

Karen tomó esto como un reto. Sabía que Dov había estado en Auschwitz; motivo de más para que le inspirase una compasión ilimitada. En otras ocasiones había conseguido resultados pasmosos con otros chicos, y aunque comprendía que acaso fuese mejor dejar en paz al vecino de enfrente, cada vez que iba a su tienda y miraba la del muchacho su curiosidad aumentaba más y más.

Un día que Dov estaba tendido sobre su catre y bañado en sudor, porque hacía un tiempo muy caluroso, sintió de pronto la presencia de alguien cerca de sí y se levantó de un salto instintivamente.

Al ver a Karen de pie junto a él, sus nervios se pusieron tensos como una flecha.

—He pensado que quizá querrías prestarme tu cubo para el agua —le dijo ella—. El mío está agujereado y los camiones cisternas no tardarán en llegar.

Dov la miró fijamente y se puso a parpadear con aire nervioso.

—Decía que podrías prestarme el cubo para el agua —insistió Karen.

Dov lanzó un gruñido.

—¿Qué significa esto? ¿Sí o no? ¿No sabes hablar?

Los dos adolescentes se quedaron mirándose como un par de gallos de pelea. En aquel momento, Karen se arrepentía de haber entrado. Luego, inspirando profundamente, añadió:

—Me llamo Karen. Soy tu vecina.

Dov siguió sin contestar. La miraba fijamente y con los ojos muy abiertos y enojados.

—Bien… ¿puedo utilizar tu cubo o no?

—¿Has venido aquí a darme jarabe de pico?

—He venido a pedirte prestado el cubo. En verdad que no eres persona con la cual valga la pena malgastar jarabes —replicó la chica.

Dov giró sobre sus talones, fue a sentarse en el borde del camastro y se puso a morderse las uñas. El aire resuelto de la muchacha le desarmaba por completo. Luego señaló el cubo. Karen lo cogió. Dov la observó con una rápida mirada de soslayo.

—¿Cómo te llamas? Me gustaría poder darte un nombre cuando venga a devolverte el cubo.

El muchacho no contestó.

—¿Qué dices?

—¡Dov!

—Yo me llamo Karen. Quizá tú puedas llamarme por mi nombre y nos saludemos diciéndonos: «¡Hola!». Por lo menos hasta que aprendas a sonreír.

Dov se volvió pausadamente; pero la muchacha se había marchado. Se acercó a la puerta de la tienda y la vio yendo hacia el tanque inglés del agua, que había cruzado la entrada del campo hacía un instante. Karen era hermosa.

Era la primera vez en muchos meses que un acontecimiento exterior había perforado el absoluto ensimismamiento de Dov Landau. Karen era completamente distinta a todos los demás que habían ido a visitarle. La había visto brusca, mordaz y miedosa; y a pesar de todo ello su persona irradiaba también una profunda ternura. Y no había empezado a derramar sobre él un recitado de palabras que no sentía. También estaba detenida en Caraolos, pero no se quejaba ni parecía enojada como los demás. Y tenía la voz muy dulce y muy firme a un tiempo.

—Buenos días, Dov —dijo Karen—. Muchas gracias por haberme dejado utilizar tu cubo.

Dov respondió con un gruñido.

—Ah, sí, tú eres un chico que en vez de hablar gruñe. En mi grupo de párvulos tengo un pequeñito que lo hace igual. Pero él se figura que es un león.

—¡Buenos días! —gritó entonces Dov con toda la potencia de sus pulmones.

Dov supo a qué hora se levantaba Karen por las mañanas. Supo a qué horas solía ir a tender la ropa y a qué horas iba o venía de dar clase. Un día entró furtivamente en

la tienda de Karen y examinó su cubo para el agua. No tenía agujero alguno.

Dov solía pasar todo el día tendido en su camastro aguardando ansiosamente el momento en que oiría el sonido de los pasos de Karen bajando por la orilla de la calle. Entonces corría de puntillas hacia la puerta de la tienda y le dirigía una rápida y disimulada mirada. Con frecuencia ocurría que Karen también miraba en su dirección y los ojos de ambos se encontraban durante breves segundos. Luego Dov se enfadaba consigo mismo por haberse dejado ganar por lo que él consideraba una debilidad y por haberla demostrado.

Los días siguieron transcurriendo, pero ahora con un carácter distinto. Dov continuaba callado y huraño, pero sus pensamientos dejaban a veces de concentrarse en el odio y la muerte, y oía a los chiquillos jugando en el patio cercano y escuchaba la voz de Karen hablándoles. Aquel fenómeno maravillaba a Dov. En todo el tiempo que llevaba en Caraolos jamás había oído a los niños jugando sino después de haber conocido a Karen.

Una noche estaba él junto a las alambradas mirando cómo los reflectores paseaban sus chorros de luz por encima de las tiendas, Muchas noches se distraía del mismo modo, porque todavía le daba miedo dormirse. Aquella noche los del Palmach habían encendido un fuego de campamento en el patio de juego y cantaban y bailaban al amor de la lumbre. También él en otros tiempos solía cantar aquellas mismas canciones y bailar aquellas danzas en las fiestas de Los Redentores, pero ahora no quería oírlas. Porque a tales fiestas siempre había ido acompañado de Mundek, Ruth y Rebecca.

—Hola, Dov.

El muchacho dio media vuelta y vio junto a sí la silueta vaga de Karen. La brisa hacía ondear su cabello, mientras sus manos se ocupaban sujetando apretado a los hombros un chal lleno de jirones.

—¿Quieres venir conmigo al fuego de campamento? —La muchacha se le acercó más. Él se volvió de espaldas—. Tú me aprecias, ¿verdad que sí? Puedes decirme algo. ¿Por qué no vienes a la escuela y te unes a nuestro grupo de amigos?

Él movió la cabeza negativamente.

—Dov… —susurró la chica.

El muchacho giró sobre sus talones y se enfrentó con ella, que tenía los ojos húmedos.

—¡Pobre Dov! —le chilló, furioso—. ¡Pobrecito Dov, que está loco! ¡Tú eres exactamente igual que todos los demás! ¡Sólo que sabes hablar mejor! —Y la cogió de un zarpazo y le rodeó el cuello con las manos, y sus dedos le oprimieron la garganta—. Déjame en paz…, déjame en paz…

Karen le miró de hito en hito.

—Quita las manos de ahí… al instante.

Dov dejó caer las manos.

—Sólo quería asustarte —le dijo—. No pensaba hacerte daño.

—Pues no me has asustado —replicó ella. Y se marchó.

Después de aquel incidente Karen pasó una semana sin mirarle ni dirigirle la palabra. Un terrible desasosiego se apoderó de Dov, que ya no era capaz de pasar las horas en un silencio huraño y malsano. Ahora se pasaba el día paseando de uno a otro extremo de su tienda. ¿Por qué había consentido que aquella muchacha se introdujese en sus pensamientos? ¡Ahora ya no era capaz de pensar!

Una mañana, mientras Karen estaba en el campo de recreo, uno de sus pequeños, jugando, cayó y se puso a llorar. Karen se arrodilló a su lado, lo rodeó con sus brazos y le acarició hasta consolarle. En determinado momento, sin saber por qué, hubo de levantar la vista. Dov estaba de pie, a su lado.

—Hola —le dijo éste, apresuradamente, alejándose de allí.

A pesar de las continuas advertencias que le hacían muchos, aconsejándole que no se metiese con Dov, Karen sabía que había empezado a introducir un rayo de luz en una terrible oscuridad. Sabía que aquel muchacho estaba desesperado y que ansiaba manifestarse, y que aquel «hola» era su manera de expresar que lamentaba su acción del otro día.

Unos días después, al atardecer, Karen encontró un dibujo sobre su cama. Lo acercó a la luz de la vela y vio la imagen de una muchacha arrodillada teniendo a un niño entre sus brazos; al fondo, unas alambradas. Karen cruzó la calle de tiendas y entró en la de Dov. Al verla, él se volvió de espaldas.

—En verdad, eres un gran artista —dijo Karen.

—Debería serlo —replicó Dov—. He tenido ocasión de practicar mucho. Washington y Lincoln eran mi especialidad.

El adolescente se sentó en el camastro mordiéndose el labio. Estaba inquieto. Karen se sentó a su lado. Dov experimentaba una sensación rara; jamás se había encontrado tan cerca de una muchacha, como no fuera, en otro tiempo, de sus hermanas. Los dedos de Karen se posaron sobre el tatuaje azul de su brazo izquierdo.

—¿Auschwitz?

—¿Por qué te ocupas de mí?

—¿No se te ha ocurrido nunca que podría ser que me gustases?

—¿Gustarte?

—Sí, sí. Cuando no contraes la cara en una mueca, lo cual ocurre con poca frecuencia, debo confesarlo, eres muy guapo, y cuando no gruñes tienes una voz muy bonita.

Los labios del muchacho temblaban.

—A mí…, a mí… me gustas tú. Tú no eres como los otros. Tú me comprendes. Mi hermano Mundek también me comprendía.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete. —Dov se puso en pie de un salto y se volvió de espaldas—. ¡Odio a esos malditos ingleses! No son mejores que los alemanes.

—¡Dov!

La súbita explosión del muchacho terminó con la misma rapidez que había empezado.

Sin embargo, aquello era un principio. Dov había soltado vapor. Era la primera vez en más de un año que pronunciaba más de una o dos palabras. Luego, Karen le vio retraerse de nuevo dentro de su extraño mundo.

Dov deseaba ver a Karen a menudo porque percibía su ternura y porque ella sabía escucharle y comprenderle. Siempre ocurría igual: él hablaba sosegadamente durante un rato; luego estallaba en un párrafo corto, vehemente, impulsivo, y después se replegaba de nuevo dentro de sí mismo.

Karen empezó a tener confianza en él, y le explicaba que ella se reuniría de nuevo con su padre en Palestina. Desde que se había separado de los Hansen había tenido siempre tanto trabajo cuidando pequeños que jamás había trabado una amistad profunda con nadie. Dov parecía orgulloso de que Karen le contase todas aquellas cosas y, por raro que pueda parecer, ella encontraba placer en su conversación.

Y un día se produjo un acontecimiento importantísimo. Dov Landau volvió a sonreír.

Cuando conversaban los dos, hubiera querido decir cosas bonitas. La manera de hablar de Karen… acerca de los Hansen…, de los daneses…, de los niños que amaba…, de la esperanza de volver a reunirse con su padre…, despertaba en él el afán de saber hablar también del mismo modo. Pero entre sus recuerdos no hallaba ninguno que fuera bonito, y los tiempos anteriores a la guerra, anteriores al 1939, resultaban tan remotos que no lograba recordar nada en absoluto de ellos.

Karen ponía mucho cuidado en no referirse a temas que Dov no mencionase; jamás le hizo preguntas sobre Auschwitz o sobre el *ghetto*.

Al cabo de varias semanas, un día Karen fue a verle con un objetivo concreto.

—Tengo que pedirte un favor, Dov.

El muchacho se puso receloso al momento.

—Los elementos de la Mossad saben que estuviste en Auschwitz y han descubierto además que eres un falsificador experto.

—¿Y entonces…?

—Ha llegado de Palestina un agente nuevo. Joab Yarkoni me ha dicho que quiere hablar contigo. Se llama Ari Ben Canaan. Necesita pasaportes y documentos; de modo que tu colaboración podría serle muy útil.

—¡He ahí, pues, el caso! ¡He ahí por qué buscaste mi amistad! Para conseguir que trabaje.

—¡Oh, cállate, Dov! Ni tú mismo crees lo que estás diciendo…

—Bien… —refunfuñó el muchacho—, si tan necesario les soy, que vengan y me lo pidan ellos personalmente.

—¿Y cómo quieres que nadie te pida nada si no aceptas la conversación?

—¿Y por qué he de trabajar yo para ellos?

—Porque ellos trabajan para ti.

—¡Pamplinas! Trabajan para salvar su propio pellejo.

—Muy bien. Tómalo como tú quieras. No serán peores que los alemanes; de modo que si pudiste fabricar dólares para aquella gente, puedes, en verdad, fabricar pasaportes para la Mossad.

—Eres muy lista; siempre tienes una respuesta precisa.

—Piensa, Dov, que jamás te he pedido un favor. ¿Qué debo decirles?

—Diles que quizá acepte, pero que hay que poner un montón de cosas en claro.

Karen le cogió la mano, sonriendo.

—¿Por qué no les dices tú mismo que te las aclaren? Ben Canaan te está esperando.

—Que venga aquí.

Aunque Dov no lo confesase, Ari Ben Canaan le ganó la voluntad. Ben Canaan era un hombre que iba al grano, sin rodeos y que le había dicho claramente que si no colaboraba con él sería el último judío que saliese de Caraolos. Pero más aún, a Dov le gustaron las dotes de mando de aquel hombre, las mismas que había poseído Mundek. Y se puso a trabajar en una de las salas de clase. No obstante, para todos los moradores de Caraolos, exceptuando a Karen, Dov Landau seguía siendo un incorregible. Sólo hablaba cuando estaba encolerizado. Continuamente había que recurrir a Karen para que calmase sus repentinos estallidos.

Karen, en cambio, veía en él cosas que no veía nadie más: una energía y un orgullo admirables. Y todavía otras que no habría sabido explicar y por las cuales le quería mucho.

Dos semanas y media después de llegar Ben Canaan a Chipre, David Ben Ami le dio a Dov una lista de trescientos nombres de niños y muchachos que había que poner en documentos perfectamente parecidos a las órdenes inglesas de traslado. ¡Dov comprendió que se trataba de una fuga! Pero ni su nombre ni el de Karen figuraban en la lista de trasladados.

Por ello le dijo a David que quería hablar con Ben Canaan, y entonces fue cuando exigió de Ari que él y Karen habían de entrar en la lista de los trasladados. Ari aceptó la condición.

# CAPÍTULO XXIX

Ya sólo faltaban veinticuatro horas para los pasos finales de la «Operación Gedeón».

Ari Ben Canaan convocó una reunión de sus subalternos en casa de Mandria, el colaborador chipriota.

David Ben Ami le entregó los documentos de traslado recién completados por Dov. Ari los examinó y comentó que aquel muchacho era un verdadero artista. Aquellos papeles hubieran engañado al más experto. David manifestó haber tenido en cuenta todos los detalles, desde la defensa hasta el de proveerse de kosher para alimento de los chicos de la secta ortodoxa.

Joab Yarkoni, el marroquí, informó que todos los camiones estaban en buen estado y que podían salir del campamento de la «compañía de Transporte núm. 23» y presentarse en Caraolos a los veinte minutos. Dio también los tiempos invertidos para ir desde Caraolos a Kyrenia por las diversas rutas que habían ensayado previamente.

Zev Gilboa dijo que los trescientos dos muchachos estarían a bordo de los camiones a los pocos minutos de haber llegado el convoy a Caraolos. Poco antes de la salida instruiría a los muchachos acerca de lo que iban a intentar.

Hank Schlosberg, el americano patrón del barco, dijo que sacaría al «Exodo» del resguardo de Larnaca al amanecer y pondría rumbo a Kyrenia, donde estaría al menos una o dos horas antes de la señalada para la llegada del convoy de camiones.

Mandria notificó a los demás que tenía una red de vigías apostados por la carretera escogida para la fuga, los cuales avisarían al convoy de toda actividad de los ingleses que se saliera de lo habitual. Tenía también otros vigilantes en una docena de carreteras distintas. Dijo luego que él aguardaría, según se habla convenido, en su casa de Famagusta y que apenas pasara el convoy telefonearía a Mark Parker, en Kyrenia.

Ari se levantó y miró a sus lugartenientes. Todos, sin excepción, estaban bastante nerviosos. Hasta Yarkoni, habitualmente tan plácido, tenía los ojos fijos en el suelo. Ari no les felicitó, ni les deseó buena suerte. Para felicitaciones quedaba tiempo sobrado: y en cuanto a la suerte sería preciso que la conquistasen.

—Yo no quería realizar la fuga sino hasta dentro de tres días, cuando los mismos ingleses empiecen a sacar pequeños del compartimiento de los niños. Sin embargo, hemos recibido informes advirtiéndonos que el mayor Alistair sospecha nuestras actividades. Hasta tenemos motivos para creer que ha ido a Londres a pedir instrucciones acerca de la conducta a seguir con respecto al brigadier Sutherland. Por esto debemos actuar inmediatamente. Nuestros camiones llegarán a Caraolos a las nueve en punto. Confío en que a las diez habremos cargado a los muchachos y pasaremos por delante de su casa de usted en Famagusta. En cuanto hayamos dejado

atrás la carretera de Larnaca nos quedarán dos horas cruciales. No tenemos motivo ninguno para suponer que el convoy haya de sufrir ninguna detención. Pero… hemos de actuar sin perder de vista que sospechan de nosotros. ¿Alguien quiere hacer alguna pregunta?

David Ben Ami, el sentimental, no pudo dejar pasar la ocasión sin proponer un brindis. Ari toleró aquel capricho de su joven amigo.

—*Le chaim* —dijo David, levantando el vaso.

—*Le chaim* —contestaron los demás.

—Les he oído pronunciar muchas veces estas dos palabras, muchachos —dijo Mandria—. ¿Qué significan?

—Significan: «A la vida» —respondió David—, que para un judío no es pedir poco.

—A la vida —repitió Mandria—. Es bonito.

Ari se acercó a él y le abrazó al estilo del Palmach, diciéndole:

—Ha sido usted un verdadero amigo. Ahora tengo que ir a ver a Parker.

Las lágrimas corrieron por las mejillas del chipriota. Sabía que Ari no habría hecho objeto de aquella muestra de afecto sino a uno de los suyos; por lo tanto si la había recibido él era porque le habían aceptado plenamente como a tal.

Una hora después, Ari, vestido de capitán Caleb Moore, se reunió con Mark en la terraza del «Hotel King George». Mark era un saco de nervios.

Ari se sentó, rechazó un cigarrillo y pidió al camarero lo que deseaba beber.

—¿Qué? —preguntó Mark con impaciencia.

—Mañana. A las nueve estaremos en Caraolos.

—Creía que aguardarían hasta que los ingleses empezasen a despejar el compartimiento de los niños.

—Habría sido mejor, pero no podemos esperar. Un amigo del CID nos ha dicho que Alistair ha olido algo. Pero, tranquilícese —añadió Ari—. Ya casi hemos terminado. Los ingleses todavía no saben lo que están buscando. Y ahora usted lo comprende todo, sin duda alguna.

Mark movió la cabeza asintiendo. Enviaría un cable pidiendo que le prolongasen las vacaciones. Bradbury, en Londres, conocería por la firma, «Mark», que la «Operación Gedeón» había tenido éxito y publicaría el reportaje que Parker le había enviado una semana antes por conducto de un piloto de la aviación comercial.

—Supongamos que a las diez Mandria no me llama por teléfono…

Ari sonrió.

—En tal caso le aconsejaría que si no quiere dar la noticia de que me han ahorcado, escape de Chipre cuanto antes.

—No estaría mal —respondió el periodista. Y apuró su vaso.

—Incidentalmente —prosiguió Ari, desviando la mirada hacia el mar—, desde

que nos vimos obligados a incluir a Karen en la lista de los que han de embarcar en el «Exodo», Kitty no ha estado por el campo.

—Es cierto. Está conmigo en el «Dome».

—¿Cómo se encuentra?

—¿Y cómo cree que ha de encontrarse? Se siente desdichada. No quiere que Karen marche en el «Exodo». ¿Se lo reprocha?

—No se lo reprocho sino que la compadezco.

—Eso está muy bien. No sabía que usted compadeciese a nadie.

—La compadezco por haberse dejado dominar por las emociones.

—Lo olvidaba. Las emociones humanas son una cosa que usted desconoce por completo.

—Y usted está nervioso, Mark.

Al periodista, la palidez de Ari le ponía frenético. Recordaba el dolor de Kitty al volver a Kyrenia y decirle que Karen se marcharía en el barco.

—¿Qué quiere usted? Kitty ha sufrido mucho más de lo que una persona tiene derecho a sufrir.

—¿Ha sufrido? Me gustaría saber si Kitty Fremont conoce el significado de esta palabra.

—Maldito sea, Ben Canaan, maldito sea. ¿Y por qué ha de figurarse que ustedes los judíos poseen el monopolio de los sufrimientos?

—Por fortuna a usted no le pagan para que me tenga aprecio; y yo no sabría citar otra cosa que me importase menos.

—Claro, ¿acaso sería posible? Mire, a mí me gusta la gente que tiene debilidades humanas.

—Yo nunca las tengo, durante las horas de trabajo.

El periodista se puso en pie con intención de marcharse. El judío le cogió por el brazo con mano poderosa. Por primera vez Mark le vio perder su aire complaciente. La cólera llameaba en los ojos de Ari Ben Canaan.

—¿Qué diablos se imagina usted que es esto? ¿Una merienda en el prado de la señora duquesa? ¡Mañana vamos a enfrentarnos con el Imperio británico!

El palestino soltó el brazo del periodista, lamentando haberse dejado llevar unos momentos por el mal genio. En aquel instante Mark le compadeció un poco. Quizá Ari supiera disimularlo mejor, pero también en él empezaba a hacer mella la tensión.

Unas horas después Mark estaba de regreso en el «Hotel Dome» de Kyrenia y llamaba a la puerta de Kitty. Su amiga consiguió saludarle con una media sonrisa que no lograba disimular el enrojecimiento de los ojos.

—Mañana.

Kitty se quedó paralizada por unos segundos.

—¿Tan pronto?

—Temen que los ingleses sospechen algo.

Kitty se acercó a la ventana y se puso a contemplar el muelle y la isla. La tarde estaba transparente como un cristal; veíase incluso la silueta neblinosa de la costa turca.

—Estaba tratando de reunir el coraje suficiente para hacer las maletas y marchar de Chipre.

—Oye —le dijo Mark—, en cuanto esto haya estallado tú y yo saldremos para la Riviera a pasar unas semanas.

—¿Para recoger los cascotes? Creía que tenías que ir a Palestina.

—Después de esta aventura dudo que los ingleses me permitan entrar. Lamento haberte metido en semejante asunto, Kitty.

—No fue tuya la culpa, Mark.

—Recitas bien el papel, pero sin mucha convicción. ¿Serás capaz de sobreponerte a este golpe?

—Sí, creo que sí. Debí figurármelo. Tú quisiste advertirme. Por lo menos, en todo momento supe que pisaba un suelo muy inseguro. Es curioso, Mark, ¿recuerdas cómo discutimos la noche que conocí a Ben Canaan? Yo te decía que los judíos son diferentes a las otras personas. Y es cierto; no son iguales que nosotros.

—Poseen una inclinación insaciable a meterse en líos. Es su deporte favorito —dijo Mark saltando de la cama, en cuyo borde se había sentado frotándose las sienes—. Ea…, sea como fuere no estará de más que comamos. Yo tengo hambre.

Apoyada contra el marco de la puerta, Kitty miraba como Mark se lavaba la cara con agua fría. Cuando vio que buscaba la toalla a tientas le puso una en la mano.

—Oye, Mark. Los del «Exodo» correrán un grave peligro, ¿verdad?

El periodista dudó unos momentos. Era inútil engañarla sobre aquel detalle concreto.

—Será una bomba flotante.

A Kitty se le encogió el corazón.

—Dime la verdad. ¿Podrán llevar la tentativa adelante?

—Con ese monstruo mecánico que es Ari Ben Canaan dirigiendo la función, tienen muchas posibilidades.

El sol se hundió. Vino la noche.

Mark y Kitty estaban sentados, sin pronunciar palabra, en el cuarto de la segunda.

—De nada sirve que pasemos en vela toda la noche —dijo él por fin.

—No te vayas —le pidió Kitty—; me tenderé sobre el cobertor, sin desnudarme. —Y cogiendo un par de píldoras somníferas del botiquín de noche, apagó la luz y se tendió.

Mark continuó sentado junto a la ventana mirando cómo las olas azotaban la playa.

Habían transcurrido veinte minutos. El periodista volvió los ojos hacia su amiga y vio que se había sumido en un sueño inquieto y agitado. Entonces se acercó a la cama, cubrió a Kitty con una manta y volvió a sentarse donde estaba antes.

En Caraolos, Dov y Karen estaban sentados en el camastro del muchacho, demasiado excitados para dormir. Hablaban en susurros. De todos los chiquillos ellos eran los únicos que sabían lo que les traería el nuevo día.

Karen procuraba calmar a Dov. Pero él seguía explicando en voz baja lo que haría cuando llegase a Palestina. Se uniría a los terroristas y mataría soldados británicos. Karen consiguió sosegarle como sólo ella era capaz de hacerlo y finalmente le convenció de que debía tenderse.

Mientras él cerraba los ojos, Karen se puso en pie y una extraña sensación recorrió su cuerpo. Una sensación rara y amedrentadora. Dov significaba para ella mucho más de lo que se había figurado hasta aquel momento. Primero le había inspirado compasión. Pero ahora la tenía bajo su poder. Karen no lo comprendía. Hubiera querido poder ir a consultarlo con Kitty. Pero Kitty no estaba ya.

—¿Karen?

—Estoy aquí, Dov.

Las horas de la noche pasaban acompasadamente.

En la «Compañía de Transportes HMJFC número 23», tres hombres estaban tendidos en sus colchonetas, pero con los ojos muy abiertos.

Por primera vez en casi un año, Zev Gilboa se atrevía a pensar en la primavera de Galilea. Pensaba en su esposa, en su hijo y en su hacienda. Su hijo tenía pocos meses cuando el Palmach le envió a él a Chipre.

Joab Yarkoni también pensaba en su granja, que se diferenciaba de la de Zev en que ésta abrazaba el mar un buen trecho al norte de la Llanura de Sharon. La granja de Yarkoni llevaba el nombre de Sdot Yara, que significaba Campos del Mar, porque su cosecha principal consistía en pescado. A Yarkoni le gustaba en extremo pasear durante horas enteras por las ruinas de Cesarea y hacer excavaciones en busca de antigüedades. Y ahora confiaba en que quizá el Palmach le permitiese pasar una temporadita allá. Y saldría con su barco de pesca, y volvería a ver a su hermana y a su hermano.

… Y David Ben Ami pensaba en su amada Jerusalén. Amaba a Jerusalén casi tanto como a Jordana, la hermana de Ari. Ahora las vería a las dos… hasta que le destinasen para otra misión. Vería las rocosas montañas de Judea donde vivían sus seis hermanos, y donde la ciudad se levantaba por encima de la peña. David se incorporó un poco, apoyándose en el codo y releyó el ajado papel que le había traído Ari. ¡Jordana! ¡Jordana! Su corazón galopaba locamente. ¡Jordana, amor mío!

Aquellos tres hombres sabían que su estancia en Palestina podía ser breve, porque los tres pertenecían al Palmach y a la Mossad, y era posible que los necesitasen en

otra parte del mundo. Pero aquella noche pensaban en su hogar…

El brigadier Bruce Sutherland sufría otra de sus pesadillas. Se vistió, salió de su casa, solo, y empezó a deambular por Famagusta en el corazón de la noche. Recorrió la vieja muralla de la ciudad, con los ojos vueltos a la parte antigua de ésta, con sus centenares de iglesias y catedrales, con sus ruinas de castillos y sus recuerdos de glorias pasadas. Siguió caminando hasta llegar a la Torre de Othello y trepó a su cima para contemplar la bahía. Estaba cansado, muy cansado; se preguntaba si volvería a conocer alguna vez en su vida una noche en la que pudiera cerrar los ojos y abandonarse a un sueño profundo.

El mayor Alistair cayó dormido sobre su mesa de trabajo. La mayor parte de la noche se la había pasado hojeando y leyendo informes, noticias y datos recogidos, haciendo un esfuerzo por ver de deducir exactamente qué era lo que tramaban los judíos en Caraolos.

Mandria paseaba nervioso por el cuarto en donde la Mossad y el Palmach habían celebrado tantas reuniones. Sí, hacía pocas semanas solamente que Ari Ben Canaan y David Ben Ami habían contemplado desde aquel balcón el paso de un convoy de judíos sacados del barco ilegal «Puerta de Esperanza». Mañana saldría él al balcón y pasaría otro convoy. Éste pondría el remate al plan atrevido y fantástico de Ben Canaan La audacia de la Mossad había agitado extraordinariamente la imaginación de los grecochipriotas. De éstos, los que, como Mandria, colaboraban con los judíos, empezaban en pensar con un movimiento clandestino propio que acabase con el dominio inglés en Chipre.

Sólo un hombre dormía profundamente. Ari Ben Canaan descansaba como un niño bien alimentado y que no tiene ninguna preocupación en este mundo.

Un rayo de luz caía sobre la cara de Mark Parker. El periodista abrió los ojos y bostezó. Había quedado dormido junto a la ventana y estaba con los ojos encima del alféizar de la misma. Sentía el cuerpo envarado; los cigarrillos y el whisky le habían dejado la boca espesa. Al dirigir una mirada a su alrededor, vio a Kitty durmiendo profunda y tranquilamente en la cama Entonces bajó la persiana, salió del cuarto, se afeitó y después de estar unos segundos debajo de una ducha helada se sintió mejor. Luego se vistió, regresó al cuarto de Kitty, sentóse con cuidado en el borde de la cama y se puso a acariciar dulcemente el cabello de su amiga. Kitty se revolvió y abrió los ojos lentamente. Al ver a Mark sonrió y se desperezó contenta. De pronto, su cara cambió de expresión; el miedo se había adueñado de su fisonomía.

A las nueve menos veinte, Ari Ben Canaan, vestido de capitán Caleb Moore, subió al *jeep* que abría la marcha del convoy de doce camiones de la Compañía de

Transportes número 23. En cada camión iba de chofer un *palmachnik* vistiendo el uniforme del Ejército británico. El convoy partió a toda prisa de su campamento y veinte minutos después se encontraba delante del edificio que alojaba las oficinas administrativas de Caraolos, al exterior de los compartimientos encerrados por las murallas de alambre.

Ari entró en el edificio y llamó a la puerta del comandante del campo, con el cual había tenido buen cuidado de trabar relación durante las tres semanas anteriores.

—Buenos días, señor —saludó.

—Buenos días, capitán Moore. ¿Qué le trae por aquí?

—Hemos recibido un despacho especial del cuartel general, señor. Parece que el campo de Larnaca queda listo antes de lo que esperaban. Me mandan que traslade allá a unos cuantos chiquillos hoy mismo. —Y Ari puso los documentos falsificados sobre la mesa del oficial.

Éste repasó las hojas de papel.

—Esto no figura en el programa de traslados —dijo—. No pensábamos sacar de aquí a ningún muchacho hasta dentro de tres días.

—Son bromas del Ejército, señor —dijo Ari.

El oficial se mordió el labio, levantó la vista hasta Ari y volvió a examinar las hojas de transferencia. Luego cogió el teléfono:

—Oiga… Aquí Potter. El capitán Moore tiene orden de sacar trescientos muchachos del compartimiento número 50. Nombre un pelotón que le ayude a reunirlos.

En seguida cogió la pluma, puso su rúbrica en los papeles y firmó otra media docena de hojas, autorizando la entrada en el compartimiento y dando permiso para sacar de él a los pequeños.

—Dese prisa, se lo ruego, Moore. Ha de llegar otra caravana dentro de una hora y nos exponemos a que queden las carreteras embotelladas.

—Sí, señor.

—Ah, sí…, Moore. Muchas gracias, amigo, por el whisky que envió al club.

—Fue un placer, señor.

Ari recogió los papeles de encima de la mesa del comandante. Éste exclamó en un suspiro:

—Vienen judíos, se van judíos.

—Sí, señor —asintió Ari—. Vienen… y se van.

En el cuarto de Mark habían servido la mesa del desayuno delante de la ventana. El periodista y Kitty mordisqueaban el alimento. El cenicero de Mark rebosaba de colillas.

—¿Qué hora es? —preguntó Kitty por decimoquinta vez.

—Las nueve treinta, casi.

—¿Qué estarán haciendo ahora?

—Si se mueven según el horario previsto, estarán cargando a los muchachos en los camiones. Mira —dijo entonces Mark, señalando hacia el mar. El remolcador de salvamento «Afrodita», rebautizado con el nombre de «Exodo», viraba y se acercaba lentamente hacia la entrada de la bahía.

—Buen Dios —exclamó Kitty—. ¿Aquello es el «Exodo»…?

—En efecto.

—Dios mío, Mark. ¡Si parece que va a partirse a trozos!

—Lo parece, realmente.

—Pero ¿cómo van a embarcar trescientos muchachos en aquel vejestorio?

Mark encendió otro cigarrillo. Le daban ganas de ponerse a caminar por el aposento, pero no quería que Kitty pudiese adivinar el miedo que sentía.

Las nueve treinta.

Las nueve cuarenta.

El «Exodo» pasaba entre el faro y el castillo, por la estrecha abertura que quedaba entre los dos brazos del dique, penetrando en el puerto de Kyrenia.

Las nueve cincuenta.

—Mark, siéntate, por favor. Me pones nerviosa.

—Mandria debería llamar por teléfono muy pronto. En cualquier momento ya… en cualquier momento.

Las diez.

Las diez y cinco minutos.

Las diez y seis minutos.

Las diez y siete minutos.

—¡Maldita sea! ¿Dónde está el café que he pedido? Kitty, ¿quieres hacer el favor de llamar desde tu cuarto? Diles que suban el café.

Las diez y cuarto. Subieron la cafetera que Mark había pedido.

Las diez y diecisiete minutos. La excitación de Mark parecía ir en descenso. Sabía que si no recibía ninguna comunicación de Mandria en el intervalo de diez minutos, sería que habría surgido algún obstáculo.

Las diez y veinte. ¡El timbre del teléfono sonó!

Mark y Kitty se miraron un instante. Mark se secó el sudor de la palma de la mano, inspiró profundamente y levantó el receptor.

—Diga…

—¿Es míster Parker?

—Al habla.

—Un momento, señor. Le llaman de Famagusta.

—Diga…, diga…, diga…

—¿Parker?

—Al habla.

—Aquí Mandria.

—¿Qué ocurre?

—Han pasado hace un instante.

Mark dejó el receptor en su sitio con gesto pausado.

—Los ha sacado de Caraolos sin contratiempo. En estos instantes marchan por la carretera de Larnaca. Dentro de unos quince minutos cogerán un desvío y enfilarán hacia el norte. Tienen que salvar unos ochenta kilómetros, con sólo un paso montañoso. Esto si no se ven obligados a torcer el rumbo. Si todo marcha bien… deberían estar aquí poco después del mediodía.

—Casi desearía que no marchase todo bien —afirmó Kitty.

—Ven. No vale la pena aguardar aquí.

Mark cogió los anteojos de campaña y bajó las escaleras al lado de Kitty. En el mostrador de recepción pidió un impreso para un cablegrama.

*KENNETH BRADBURY*
*JEFE DEL SINDICATO AMERICANO DE NOTICIAS, LONDRES*
*DAN UN BAILE. SOLICITO PROLONGACIÓN VACACIONES POR UNA SEMANA. AVISA.*

*Mark*

—Envíelo con urgencia. ¿Cuánto tardará en llegar?

El empleado leyó el mensaje.

—Estará en Londres dentro de unas horas.

Mark y Kitty salieron del «Dome» y se encaminaron hacia el muelle.

—¿Qué mensaje has enviado? —preguntó Kitty.

—Esta noche, si no hay novedad, desde Londres transmitirán mi reportaje a una serie de periódicos.

En el muelle estuvieron unos momentos contemplando cómo amarraban el desvencijado remolcador de salvamento a un embarcadero. Luego Mark se llevó a Kitty lejos de allí. Cruzaron la bahía y treparon por los contrafuertes del Castillo de la Virgen. Desde aquel punto podían ver a un tiempo la bahía y la carretera de la costa, por donde había de llegar el convoy.

A las once quince, Mark enfocó la carretera con sus anteojos, recorriendo lentamente con la mirada aquella cinta que discurría a trechos por la orilla del mar y a trechos se escondía y volvía a reaparecer, rodeando montículos. El paso montañoso estaba demasiado lejos para distinguirlo. ¡De pronto, se quedó inmóvil! Había

divisado un leve reguero de polvo y una hilera de camiones que parecían más pequeños que hormigas. Mark dio un codazo a Kitty y le entregó los gemelos. Ella los enfocó hacia los camiones que reseguían el lomo de aquella larga culebra acercándose hacia Kyrenia.

—Les costará cosa de una media hora el llegar.

Bajaron del contrafuerte, volvieron a cruzar el puerto y se pararon en la punta del muelle, distante sólo unos cinco minutos, andando, del Hotel Dome. Cuando el convoy pasaba por delante del hospital, en las afueras de la ciudad, Mark cogió a Kitty de la mano y regresaron al hotel.

Desde una cabina telefónica del Dome, Mark puso un aviso urgente al Intelligence Service inglés de Famagusta.

—Desearía hablar con el mayor Alistair —dijo falseando la voz mediante el recurso de poner un pañuelo sobre el micrófono y hablando con acento inglés.

—Diga, por favor, quién es usted y de qué quiere hablarle al mayor Alistair.

—Oye, amigo —replicó Mark—, trescientos judíos se han fugado del campo de Caraolos. Y ahora no pierdas el tiempo preguntando tonterías y ponme al habla con Alistair.

Se oyó el timbre del aparato del escritorio del mayor.

—Aquí Alistair —dijo el murmullo de voz del jefe del servicio de información.

—Soy un amigo —dijo Mark—. Le comunico que varios centenares de judíos se han fugado de Caraolos y en estos precisos instantes están subiendo a un barco en el puerto de Kyrenia.

Alistair golpeó la palanquita varias veces.

—Oiga, oiga…, ¿quién es usted? Oiga…, oiga… —Entonces dejó el aparato y lo levantó nuevamente—. Aquí Alistair. Me han comunicado que se ha producido una fuga de judíos. En estos momentos estarían embarcando en Kyrenia. Dé la alerta, rápido. Mande al comandante de Kyrenia que proceda en seguida a una investigación. Si la noticia es cierta, debería usted avisar a las unidades navales que se dirijan hacia aquel sector.

Alistair dejó el aparato y echó a correr por el pasillo hacia el despacho de Sutherland.

El convoy se detuvo en el muelle. Ari Ben Canaan saltó del *jeep* que iba en cabeza, y el chofer arrancó de nuevo y se marchó con el vehículo. Los camiones se acercaron uno por uno al «Exodo». Los chiquillos, dando pruebas de haber aprovechado el adiestramiento de Zev, reaccionaban automáticamente, pasando con gran rapidez y en silencio de los camiones a la embarcación. A bordo, Joab, David y Hank Schlosberg, el capitán, los acomodaban en los sitios que tenían destinados en la bodega y sobre cubierta. La operación era realizada con calma y sin pronunciar una palabra.

En el muelle se habían reunido unos cuantos espectadores curiosos que contemplaban la escena boquiabiertos. Unos pocos soldados ingleses que había entre ellos se rascaban la cabeza y se encogían de hombros. En seguida que un camión quedaba vacío partía sin pérdida de tiempo hacia las montañas de los alrededores de San Hilarión, donde lo dejarían abandonado. En aquel momento, la Compañía de Transportes número 23 había completado su misión y dejaba de existir. Joab dejó una nota en su camión dando las gracias a los ingleses por los servicios que les habían prestado aquellos vehículos.

Ari subió a bordo del «Exodo». Uno por uno, los camiones iban descargando los niños. No se necesitaron más de veinte minutos para realizar la operación de embarque. Zev, David y Hank Schlosberg manifestaron que todos los muchachos estaban a bordo. A una orden de Ari, Hank apartó al barco del muelle y puso las máquinas en marcha.

—Hablad con los muchachos —mandó entonces Ari—, y explicadles exactamente lo que estamos haciendo y qué conducta esperamos de ellos. Todo aquél que crea que no podrá resistirlo que me lo comunique en la caseta del timonel y será devuelto a Caraolos. Explicadles que, si se quedan, sus vidas corren peligro. Ni vosotros ni ninguno de los muchachos debe hacer la menor presión sobre los que deseen marchar para que se queden.

Mientras los *palmachniks* bajaban a informar a los muchachos, el «Exodo» se apartaba hasta mitad de la bahía y echaba el ancla.

¡En un instante todo el sector de Kyrenia vibraba con el ulular de las sirenas! Ari dirigió sus anteojos de campaña hacia los montes y la carretera de la costa y divisó docenas de camiones y de *jeep* ingleses convergiendo hacia la ciudad. Y no pudo contener una carcajada al ver los camiones de la Compañía de Transporte número 23 trepando monte arriba para ser abandonados. En su marcha alejándose de Kyrenia se cruzaron con el convoy de soldados que venía en dirección contraria.

Ari miró hacia abajo. Sobre cubierta, los muchachos parecían tranquilos.

¡Los ingleses se derramaban por todo el sector del puerto! Uno tras otro, los camiones cargados de soldados irrumpían en el muelle. Varios oficiales extendían el brazo señalando en dirección al «Exodo» y dando órdenes a gritos. Los soldados empezaron a correr por ambos brazos del rompeolas y a emplazar ametralladoras y morteros cerca de la pequeña entrada del puerto a fin de que si el «Exodo» intentaba salir no le fuese posible.

Seguían llegando camiones. El muelle quedó acordonado; los curiosos fueron empujados atrás. Ari observaba cómo aumentaban por momentos las fuerzas inglesas. Al cabo de una hora, el puerto contenía un enjambre de quinientos soldados armados de todas armas. Un par de botes torpederos se situaron a la salida del puerto. En el horizonte apareció un trío de destructores cortando el agua velozmente hacia Kyrenia.

¡Las sirenas continuaban chillando! ¡La ciudad, pequeña y tranquila, se convertía en un campamento militar! Luego llegaron al muelle unos cuantos tanques y unas piezas de artillería remplazaron a los morteros y las ametralladoras que guardaban la entrada del puerto.

Otro bramido de sirena trajo un coche transportando al muelle al brigadier Sutherland, a Caldwell y a Alistair. El mayor Cooke, comandante del sector de Kyrenia, dio las novedades a Sutherland.

—Es aquel barco de allá, señor. Está completamente abarrotado de judíos. Pero no tienen ninguna posibilidad de escapar.

Sutherland recorrió el puerto con la mirada.

—He reunido aquí fuerzas suficientes para hacer frente a una división Panzer[7] —dijo—. Es preciso que los ocupantes de aquella embarcación estén locos. Monten en seguida un juego de altavoces.

—Sí, señor.

—Si usted me pidiera consejo, le recomendaría que los sacase del agua volando el buque.

—No se lo he pedido —replicó secamente el brigadier—, Cooke, haga acordonar este sector. Organice un grupo de abordaje. Que lleven gases lacrimógenos y armas cortas, para el caso de que los otros no quieran bajar por su propio acuerdo. Freddie, vaya corriendo al Dome y comunique al cuartel general que quiero un corte absoluto de noticias de Prensa.

Alistair había permanecido callado y estaba examinando el remolcador de salvamento.

—¿Qué deducciones saca usted, Alistair?

—No me gusta este asunto, señor —respondió el aludido—. Esa gente no intentaría una fuga en pleno día si no tuviese alguna otra idea en la cabeza.

—Vamos, Alistair. Usted en todas partes ve complots terribles.

Mark Parker se había abierto paso entre los guardias y se acercó a los dos jefes.

—¿Qué significa todo ese ruido? —preguntóle a Alistair.

Apenas Alistair vio al periodista comprendió que su sospecha era acertada.

—Vamos, Parker —le dijo—, sea buen chico y díganoslo todo. Vaya, vaya, amiguito, la próxima vez que me hable por teléfono dele un cepillado a su acento inglés.

—No sé de qué me está hablando, mayor.

El brigadier Sutherland empezaba a coger el hilo del asunto. Dirigió una mirada al remolcador, luego a Parker y después a Alistair y comprendió que la Mossad Aliyah Bet le había cogido por sorpresa. Sus mejillas se colorearon.

—Dentro de diez minutos tendremos los grupos de abordaje preparados, señor —informóle el mayor Cooke—. Sumarán doscientos hombres, y los transportaremos

con unos cuantos barrederos que pronto estarán aquí.

Sutherland ni siquiera le oyó.

—¡Dónde está el altavoz, maldita sea!

Diez minutos después, su mano se agarraba a un micrófono. La bahía quedó en silencio. Los grupos de abordaje estaban preparados esperando el momento de ir al centro del puerto y subir al «Exodo».

—¡Eh, los del barco! Habla el brigadier Sutherland, comandante militar de Chipre —clamó su voz, reproducida por una sucesión de ecos—. ¿Me oyen bien desde ahí?

En la timonera del «Exodo», Ari Ben Canaan puso en marcha la instalación de altavoces.

—Hola, Sutherland —respondió—. Aquí el capitán Caleb Moore, de la Compañía de Transporte número 23 de las Fuerzas Judías de Su Majestad en Chipre. Encontrarán ustedes sus camiones arriba en San Hilarión.

Sutherland se puso pálido. Alistair se quedó con la boca abierta.

—¡Eh, oigan! —gritó con enojo la voz de Sutherland—. Les damos diez minutos de tiempo para regresar junto al muelle. Si no obedecen les enviaremos un grupo de abordaje perfectamente armado y les obligaremos a venir por la fuerza.

—¡Oiga, Sutherland! Aquí el «Exodo» al habla. Hay trescientos chiquillos a bordo de este buque y tenemos los cuartos de máquinas llenos de dinamita. Si uno de los soldados de usted pone el pie en nuestro barco, o si disparan ustedes una sola ráfaga de tiros, ¡nosotros mismos haremos estallar la dinamita y nos volaremos!

En aquel instante, el reportaje de Mark Parker era cablegrafiado desde Londres hacia todos los lugares del mundo.

Sutherland, Alistair y los quinientos soldados del muelle se quedaron sin palabra viendo subir una bandera a la cima del mástil del «Exodo». Era una Union Jack británica, y en su centro tenía pintada una enorme cruz gamada nazi.

¡La batalla del «Exodo» estaba en marcha!

# CAPÍTULO XXX

¡EXCLUSIVA! DAVID CONTRA GOLIAT EN VERSIÓN 1946

*POR EL CORRESPONSAL DEL SINDICATO AMERICANO DE NOTICIAS, MARK PARKER*

*KYRENIA, CHIPRE (ANS)*

*Escribo este reportaje desde Kyrenia. Kyrenia es una bahía chiquita y preciosa como una joya, en la costa septentrional de Chipre, colonia de la Corona Británica.*

*Chipre ha ocupado un lugar señalado en los fastos de la Historia. La isla está llena de recuerdos de su pasado esplendoroso, desde las ruinas de Salamis a las catedrales de Nicosia y Famagusta y a la multitud de castillos que pregonan las gestas de los cruzados.*

*Pero ningún episodio de su policroma historia iguala el crudo dramatismo de la escena que tiene lugar en estos momentos mismos en esta quieta e ignorada ciudad de reposo. Desde hace unos meses, Chipre es el centro de detención de los judíos que trataron de burlar el bloqueo inglés y entrar en Palestina.*

*Trescientos muchachos comprendidos entre los diez y los diecisiete años se han fugado hoy del campo británico de Caraolos empleando recursos todavía no determinados, y, cruzando la isla, han llegado a Kyrenia, donde les aguardaba un remolcador de salvamento —transformado en buque de pasajeros— para llevarlos en secreto a Palestina.*

*Casi todos los fugados son licenciados de los campos de concentración y de exterminio alemanes. El remolcador de salvamento, adecuadamente rebautizado con el nombre de «Exodo», ha sido descubierto por el Intelligence Service británico antes de que pudiera salir del puerto.*

*Con sus trescientos refugiados a bordo, el barco está anclado en el centro del puerto, que mide unos trescientos metros nada más de diámetro, y ha desafiado todos los esfuerzos ingleses por conseguir que los muchachos desembarquen y regresen a Caraolos.*

*Un portavoz del barco ha anunciado que la bodega está llena de dinamita. Los chicos han hecho el pacto suicida de volar el barco si los ingleses intentan subir al mismo.*

*LONDRES*

El general sir Clarence Tevor-Browne dejó caer el ejemplar del periódico sobre su mesa, encendió un cigarrillo y estudió los informes reunidos. El relato de Mark Parker estaba causando sensación no solamente en Europa, sino también en los Estados Unidos. Tevor-Browne había recibido una comunicación de Sutherland pidiendo instrucciones. El brigadier no quería asumir la responsabilidad de dar la orden de abordar el «Exodo».

Tevor-Browne sabía que parte de la culpa la tenía él. Él personalmente había escogido a Bruce Sutherland para el puesto de comandante militar, y no había tenido la ocurrencia de actuar inmediatamente después de haber recibido la carta de Alistair advirtiéndole que si no substituían a Sutherland ocurriría algo grave.

Humphrey Crawford entró en la oficina de Tevor-Browne. Crawford era un hombre de cara fofa, empleado en la sección de Oriente Medio de la Oficina de Colonias, que servía de enlace entre el Ejército y los dirigentes políticos de Whitehall y Chatham House.

—Buenas tardes, sir Clarence —dijo con aire nervioso—. Ya es tiempo de que nos reunamos con Bradshaw.

Tevor-Browne se levantó y reunió unos cuantos papeles.

—No podemos tener al viejo Cecil Bradshaw aguardando.

El despacho de Cecil Bradshaw estaba en el Instituto de Relaciones Internacionales de Chatham House. Durante treinta años Bradshaw había sido uno de los principales directores de la política inglesa para el Oriente Medio.

Terminada la Primera Guerra Mundial, Inglaterra y Francia se disputaban la intervención en el Oriente Medio. Cuando los ingleses consiguieron el mandato de Palestina, Bradshaw había sido uno de los que, junto con Winston Churchill, habían propugnado la creación de un Estado árabe desgajando de dicho mandato la mitad de su territorio. El Estado que nació de su intervención se llamó Transjordania. El único propósito que les movió al darle el ser, fue el de convertirlo en una base británica. Las subvenciones inglesas hicieron posible la formación del ejército árabe-inglés, la «Legión Árabe», y la creación de un rey en Transjordania. Este rey fue el árabe hashimita Abdullah, enemigo mortal de Saud, de la Arabia Saudí.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, el partido laborista subió al poder, prometiendo, entre otras cosas, que ayudaría a constituir un hogar nacional judío en Palestina y un refugio para los supervivientes de Europa. Cecil Bradshaw dirigía la poderosa facción de Chatham House que convenció al nuevo ministro de Asuntos Exteriores de que aquellas promesas eran muy atractivas, pero nada prácticas, y de que los intereses británicos estaban al lado de los árabes. Los vastos territorios árabes eran ricos en petróleo y contenían un canal de vital importancia.

El general sir Clarence Tevor-Browne y Humphrey Crawford fueron introducidos en el despacho de Cecil Bradshaw. Éste, un hombre obeso que pasaba de los sesenta

años, estaba de pie mirando la pared, dándoles la espalda, sobre la que se cogían, una con otra, sus regordetas manos. Humphrey Crawford se sentó, muy nervioso, en el borde de una silla. Tevor-Browne se arrellanó en un hondo sillón de cuero y encendió un cigarro.

Bradshaw habló como dirigiéndose a la pared.

—Les felicito, caballeros —dijo con una voz vibrante de sarcasmo y estremecida por la cólera—. Veo que hoy somos la noticia de actualidad. —En este punto se volvió de cara y se dio unos golpecitos sobre el redondo estómago, sonriendo—. Ustedes esperaban encontrarme echando espumarajos. De ningún modo, señores, de ningún modo. Whitehall ha telefoneado esta mañana. Como era de esperar, el Ministro ha echado en mi regazo el asunto ése del «Exodo». —Bradshaw se sentó detrás de la mesa, dio una mirada a los informes y se quitó las gafas, de gruesa montura de concha, con un gesto rápido—. Dígame, sir Clarence, su personal del Intelligence Service, ¿estaba muerto, o no fue sino que había salido a jugar al tenis? Ah, y creo que tendrá que dar unas cuantas explicaciones acerca de Sutherland. Fue idea de usted el nombrarle.

Tevor-Browne no se dejó amedrentar.

—Creo que el establecer campos en Chipre fue idea de usted. ¿Qué explicación daría usted ahora?

—Caballeros —apresuróse a intervenir Crawford para evitar una pelea—, en el asunto del «Exodo» nos encontramos en una situación peculiar. Es la primera vez que una noticia de esta clase trasciende a la Prensa americana.

Bradshaw soltó una carcajada jadeante. Las hinchadas mejillas de manzana se le pusieron como amapolas.

—Con todo lo que ha charlado Truman, los americanos sólo han dado entrada en su país a diez mil judíos desde el final de la guerra. Ciertamente, Truman se pronuncia en favor del sionismo… siempre que Palestina no esté en Pennsylvania. Todo el mundo se lanza en alas del idealismo, pero nosotros seguimos siendo los que tenemos un millón de judíos en nuestras manos; un millón de judíos que pueden dar al traste con todas nuestras posiciones en Oriente Medio. —Bradshaw volvió a ponerse las gafas—. «Estrella de David», «Moisés», «Palmach», «Puertas de Sión», «Puertas de Esperanza», y ahora el «Exodo». Los sionistas son muy inteligentes. Hace veinte años que nos endosan en Palestina el papel de malvados. Introducen en los artículos del mandato y en la Declaración Balfour palabras que jamás se dijeron. A copia de discutir son capaces de convencer a un camello de que no es un camello sino un mulo. ¡Buen Dios! Si estoy dos horas con Chaim Weizmann casi me siento inclinado a declararme sionista yo mismo. —Cecil Bradshaw se quitó las gafas otra vez—. Ya conocemos sus simpatías, Tevor-Browne.

—Recojo la alusión, Bradshaw. Quizá sea yo uno de los pocos cabezas duras que

afirman que el único recurso que nos queda para continuar firmes en Oriente Medio consiste en formar una Palestina judía fuerte y poderosa. Y no hablo de lo que les conviene a los judíos, sino de lo que nos conviene a los ingleses…

Bradshaw le interrumpió:

—De momento, ocupémonos del asunto del «Exodo». Las implicaciones saltan a la vista. Cuando lo del «Tierra Prometida», cedimos; pero esta vez no vamos a ceder. Ese bote está en nuestras aguas y no en aguas francesas. No subiremos a bordo, no los enviaremos a Alemania, no los hundiremos. Continuarán inmóviles en Kyrenia hasta que se pudran. Que se pudran (¿lo oye bien, Tevor-Browne?), que se pudran. —Y a medida que se ponía colérico, sus manos empezaron a temblar.

Tevor-Browne cerró los ojos.

—En el terreno moral no podemos librar esta batalla. No tenemos motivo alguno para impedir a trescientos muchachos que se criaron en campos de concentración que entren en Palestina. Petróleo…, canales…, árabes…, ¡que se vayan todos al diablo! ¡No tenemos motivo! Ya nos pusimos en ridículo al enviar a Alemania a los refugiados del «Tierra Prometida».

—¡Conozco sus simpatías!

—¡Caballeros!

Tevor-Browne se puso en pie y se inclinó sobre la mesa de Bradshaw.

—Tenemos una manera de triunfar en el caso presente del «Exodo». Los judíos han planeado el incidente desde el principio al fin con objeto de desatar una campaña de propaganda. Vuelva sus propios naipes contra ellos mismos. Dé permiso para que el «Exodo» salga inmediatamente. Esto es precisamente lo que ellos no quieren.

—¡Jamás!

—¿No sabe ver, señor, que les está haciendo el juego?

—¡Mientras yo esté en Chatham House, ese barco no saldrá!

# CAPÍTULO XXXI

*MARK PARKER*
*HOTEL DOME*
*KYRENIA, CHIPRE*

REPORTAJES GANAN IMPORTANCIA. ENVÍA MÁS.

*Ken Bradbury, ANS Londres*

*KYRENIA, CHIPRE (ANS)*
*POR MARK PARKER*

*Resulta un cuadro ridículo. Mil soldados armados, tanques, artillería y un destacamento naval, todos contemplando impotentes un remolcador de salvamento completamente desarmado.*

*La batalla del «Exodo» termina su primera semana en un empate. Tanto los ingleses como los refugiados se mantienen tercos en su respectiva postura. Hasta la fecha, nadie ha osado abordar el barco de pasajeros ilegal, cuyos ocupantes han amenazado con hacerse volar por su propia mano; pero desde el muelle se le ve sólo a unos centenares de metros y unos gemelos de campo nos lo traen a la distancia de la longitud de un brazo.*

*Al parecer, la moral de los trescientos muchachos del «Exodo» continúa siendo fenomenal. Han pasado la semana en medio de la bahía unos ratos cantando y otros dando silbidos o gritando palabrotas a los soldados británicos apostados en el muelle y en las escolleras.*

Las crónicas de Mark salían diariamente, cada una añadiendo interesantes detalles a los ya conocidos.

Al tomar la decisión de hacer del «Exodo» un caso de prueba. Cecil Bradshaw sabía que se desataría una tempestad de críticas adversas. La Prensa francesa puso, como de costumbre, el grito en el cielo; pero esta vez se despachó con una colección de insultos tan gordos que no se habían oído iguales en toda la historia de la alianza anglo-francesa. El relato del incidente se extendió por toda Europa, y hasta la misma Prensa inglesa se dividió en dos bandos y puso en tela de juicio el buen criterio de Whitehall al no permitir que el «Exodo» saliera hacia Palestina.

Bradshaw era un político experto y había capeado muchos temporales. La de ahora era una tempestad en un vaso de agua, y pronto se habría despejado, estaba

seguro. A fin de acelerar el proceso, envió a Kyrenia a un trío de periodistas que contrarrestasen las crónicas de Parker, y media docena de expertos trabajaban sin descanso en la tarea de explicar cuál era la posición inglesa. Los ingleses tenían buenos argumentos en la mano y los presentaban con habilidad, pero les resultaba difícil neutralizar el sentimiento que forzosamente habían de despertar en el público un grupo de chiquillos refugiados.

*«Si los sionistas son tan sinceros, ¿por qué ponen en peligro las vidas de trescientos chiquillos inocentes? Este incidente, desde el principio al fin, no es sino un complot siniestro puesto en práctica con una sangre fría inconcebible a fin de atraerse simpatías y alterar la solución final del mandato de Palestina. Es obvio que nos enfrentamos con un grupo de fanáticos. Ari Ben Canaan es un agitador sionista profesional con un historial de muchos años de actividades ilegales».*

Periodistas de media docena de nacionalidades distintas aterrizaron en el aeródromo de Nicosia y pidieron permiso para entrar en el sector de Kyrenia. Un buen número de periódicos gráficos enviaron también parejas de corresponsales. El Hotel Dome tomó el aspecto de ser el centro de reunión de una pequeña convención política.

En los cafés de París se acusaba abiertamente a los ingleses.

En las tabernas de Londres se defendía a los ingleses.

En Estocolmo había sermones.

En Roma, debates.

En Nueva York se apostaba cuatro contra uno a que el «Exodo» no saldría del puerto.

Al final de la segunda semana, Ari permitió que Mark subiese al barco. Mark escogió el momento que le pareció más candente y lo preparó mediante señales preconvenidas Y como era la primera persona ajena al «Exodo» que subía a bordo, sus tres primeros reportajes los publicaron los periódicos en primera página.

ENTREVISTA EXCLUSIVA CON EL PORTAVOZ DEL «EXODO», ARI BEN CANAAN:

*KYRENIA, CHIPRE (ANS)*

*Hoy me he convertido en el primer corresponsal que ha interrogado a Ari Ben Canaan, el portavoz de los muchachos embarcados en el «Exodo». He confrontado a Ben Canaan con la riada de informaciones de los ingleses asegurando que es un agitador profesional y cargándole con otras acusaciones salidas de Whitehall. Hemos hablado en la timonera, el único lugar del buque que no desborda de gente. Los muchachos parecían continuar con el mejor de los espíritus, pero sus organismos*

*empiezan a manifestar los efectos de un encierro de dos semanas.*

*A Ben Canaan, con sus treinta años, su aventajada estatura, su cabello negro y sus ojos de un azul de hielo, se le podría tomar por uno de los capitanes del cine. Me ha expresado su gratitud hacia las personas que en el mundo entero ven su causa con simpatía y me ha asegurado que los chiquillos resisten muy bien. Contestando a mis preguntas, me ha dicho: «Los ataques personales contra mí, no me importan. Me gustaría saber si los ingleses han añadido que durante la Segunda Guerra Mundial luché en su Ejército y alcancé el grado de capitán. Admito que soy un agitador sionista y continuaré siéndolo hasta que ellos cumplan sus promesas en lo tocante a Palestina. Si mis actividades son ilegales o no, es cuestión de opiniones».*

*Le he acosado a preguntas acerca de los argumentos que esgrimen los ingleses y sobre la importancia del «Exodo». Y me ha dicho: «A los judíos se nos culpa de muchas cosas»; ya estamos acostumbrados a ello. En todo lo que se refiera al mandato de Palestina y no pueda ser explicado lógica y razonablemente, siempre sacan la vieja excusa de que se trata de un complot siniestro del sionismo. Me sorprende de veras que no hayan echado la culpa a los sionistas de los conflictos que tienen actualmente en la India. Afortunadamente para nosotros, Gandhi no es judío.*

*»Whitehall echa mano de ese fantasma, fatigado de tanto salir a escena, de los misteriosos sionistas para encubrir tres décadas de actuaciones indignas, de mentir tanto a los árabes como a los judíos, de ventas, de engaños y de traiciones en el mandato. La primera promesa a la que faltaron fue la Declaración Balfour de 1917, en la cual anunciaron la creación de un hogar nacional judío, y desde entonces no han dejado de faltar continuamente a su palabra. El último engaño ha sido obra del partido laborista, el cual antes de las elecciones prometió abrir las puertas de Palestina a los supervivientes del régimen de Hitler.*

*»Las lágrimas de cocodrilo de Whitehall por los pobres niños a quienes convertimos en víctimas me dejan pasmado. Todos los chicos, sin excepción, que se encuentran en el “Exodo” están por su propia voluntad. Todos sin excepción quedaron huérfanos por obra del hitlerismo. Casi todos han pasado casi seis años de su vida en campos de concentración, ora alemanes, ora británicos.*

*»Si Whitehall se interesa de tal modo por el bienestar de estos niños, le reto a que abra las puertas de Caraolos a los periodistas a fin de que puedan realizar una inspección. Aquello es un campo de concentración; ni más, ni menos. Allí tienen encerradas a las personas detrás de muros de alambre espinoso, bajo la amenaza de las ametralladoras y sin proporcionarles ni alimento, ni agua ni cuidado médico suficientes. A aquellos prisioneros no se les acusa de ningún delito; a pesar de lo cual, están detenidos allí contra su voluntad.*

*»Whitehall dice que nosotros queremos conseguir, mediante la violencia, que tengan que dar una solución injusta al mandato. De seis millones de judíos que había*

*en Europa, queda un cuarto de millón.*

*»El cupo de judíos que los ingleses permiten entrar en Palestina es de setecientos al mes. ¿Es ésta la "solución justa" que nos ofrecen?*

*»Y por último, yo les discuto a los ingleses el derecho de estar en Palestina. ¿Tienen más derecho ellos que los supervivientes de Hitler? Permita que le lea una cosa.*

*Con estas palabras, Ben Canaan ha cogido una Biblia de encima de la mesa de la timonera, la ha abierto por el libro de Ezequiel y ha leído:*

> *«Así dijo el Señor Dios: Cuando habré reunido la casa de Israel de entre los pueblos por los que están dispersos y estaré santificado en ellos a la vista de las naciones, entonces ellos vivirán en la tierra que di a mi siervo Jacob y en la que han vivido vuestros padres, y ellos vivirán en aquella tierra, y vivirán ellos y sus hijos y los hijos de sus hijos para siempre».*

*Ari Ben Canaan ha dejado la Biblia, diciendo: «Los caballeros de Whitehall deberían estudiar mejor sus argumentos. Yo le digo al ministro de Asuntos Exteriores lo mismo que un gran hombre dijo a otro opresor hace tres mil años: "DEJA PARTIR A MI PUEBLO"».*

Al día siguiente de terminar su reportaje con ese «Deja partir a mi pueblo», Mark se extendió en detalles de la «Operación Gedeón», explicando cómo los judíos habían empleado camiones ingleses para llevar a cabo la fuga. El prestigio inglés sufrió un rudo golpe.

Aconsejado por Mark, Ari permitió que otros periodistas subieran a bordo del «Exodo», y luego todos reclamaron con insistencia que les dejasen entrar en el campo de Caraolos.

Cecil Bradshaw había esperado duras críticas, pero no había calculado que pudiera desatarse tamaño furor. Un mitin sucedía a otro, pues por aquellos momentos, los ojos del mundo entero se volvían hacia la bahía de Kyrenia. Permitir ahora que el «Exodo» saliese a la mar sería un desastre total.

El general sir Clarence Tevor-Browne voló en secreto a Chipre a tomar el mando de la isla y a ver si podía hacerse algo.

Su aparato aterrizó de madrugada en el aeródromo de Nicosia entre un buen despliegue de precauciones. El mayor Alistair se reunió con él y los dos militares subieron a un coche del Ejército, que arrancó inmediatamente en dirección al cuartel general de Famagusta.

—Quería hablar con usted, Alistair, antes de relevar en el mando a Sutherland

Naturalmente, recibí su carta de usted; puede expresarse con entera libertad.

—Pues, señor, yo diría que a Sutherland le ha vencido la fatiga nerviosa —respondió el mayor—. Algo le ha pasado a este hombre. Caldwell me dice que no duerme como no sea entre pesadillas. Se pasa la noche andando hasta la madrugada y la mayor parte de los días los dedica a leer la Biblia.

—¡Qué pena! —exclamó Tevor-Browne—. Bruce ha sido un soldado sin tacha. Confío en que lo que digamos no saldrá de entre nosotros. Debemos procurar que no le den un disgusto a ese hombre.

—Naturalmente, señor —convino Alistair.

KYRENIA, CHIPRE (AP)
EXCLUSIVO

*El general sir Clarence Tevor-Browne, de merecida fama, aterrizó de incógnito anoche en el aeródromo de Nicosia. Sir Clarence vestía traje de paisano, y su llegada fue mantenida en secreto. Su aparición en la escena confirma cuánto le preocupa a Whitehall el asunto del «Exodo». Y podría indicar un cambio de política, si es que no significa un cambio en el mando.*

Mark subió al «Exodo» y pidió que trajesen a Karen a la caseta del timón. Mientras se abría paso por la abarrotada cubierta, su faz adquirió una expresión preocupada. Los chicos tenían un aspecto demacrado y olían mal por falta de agua para lavarse.

Ari estaba en la timonera con su aire plácido de siempre. Mark le entregó unos cigarrillos y unas cuantas botellas de coñac.

—¿Qué tal están las cosas por aquí? —preguntó el judío.

—No parece que la llegada de Tevor-Browne traiga ningún cambio de política. Las noticias sobre este caso siguen ocupando las cabeceras de los periódicos. Esto ha tenido más resonancia de la que yo esperaba. Oiga, Ari, hasta aquí todo ha salido estupendamente tanto para usted como para mí. Usted ha conseguido lo que se proponía al empezar, o sea, ponerles un ojo morado a los ingleses, pero me han asegurado que ellos no retrocederán.

—¿Qué quiere decir con todo eso?

—Quiero decir que usted podría rematar la aventura dejándose llevar por los sentimientos humanitarios y haciendo regresar el barco al muelle. ¡Menudo reportaje enviaríamos cuando los ingleses les condujeran nuevamente a Caraolos! A la gente se le desgarraría el corazón.

—¿Le ha enviado Kitty con ese programa?

—¡Bah, déjese de tonterías! ¿Quiere? Le basta fijarse en esos chiquillos.

Empiezan ya a desmoronarse.

—Todos sabían los riesgos que iban a correr.

—Hay otra cosa, además, Ari. Me temo que esta historia ha alcanzado su punto máximo de difusión e intriga. Actualmente estamos en primer plano, pero supongamos que mañana Frank Sinatra le suelta un gancho de izquierda a cualquier periodista en un club de noche y ya nos han echado de la primera página.

Karen entró en la timonera.

—¿Qué tal, míster Parker? —saludó con voz dulce.

—Hola, cariño. Aquí tienes una carta de Kitty y un paquete.

La muchacha cogió la carta y entregó al periodista una suya para Kitty. El paquete lo rechazó lo mismo que había rechazado los anteriores.

—Dios mío, yo no tengo valor para decirle a Kitty que esa chica no quiere aceptar los paquetes. ¡Si precisamente está enferma! ¿No ha visto los círculos que se le forman debajo de los ojos? Dentro de pocos días tendrá un verdadero problema en este barco.

—Estábamos hablando de mantener vivo el interés del público. Una cosa debe grabarse bien en la cabeza, Parker: no volveremos a Caraolos Hay en Europa un cuarto de millón de judíos aguardando una respuesta, y nosotros somos los únicos que podemos dársela. A partir de mañana, declararemos la huelga del hambre. Todo el que muera lo colocaremos sobre cubierta para que los ingleses lo vean.

—¡So vampiro! ¡So vampiro asqueroso!

—Llámeme como quiera, Parker. ¿Cree usted que me divierte matar de hambre a ese puñado de huérfanos? Deme alguna otra cosa con la cual poder luchar. ¡Deme algo para disparar contra aquellos tanques y aquellos barcos de guerra! Todo lo que poseemos se reduce a nuestro coraje y a nuestra fe. Hemos vivido dos mil años recibiendo palos y afrentas. ¡Esta lucha hemos de ganarla nosotros!

# CAPÍTULO XXXII

*¡HUELGA DEL HAMBRE EN EL «EXODO»!*

Los muchachos se pronuncian por morir de inanición antes que regresar a Caraolos.

Después de dejar transcurrir un par de semanas en actitud pasiva, esperando a que el incidente cobrara resonancia, Ari engañó a todo el mundo desencadenando una ofensiva. Ahora ya no se trataba del juego de «esperar y ver»; los muchachos iban a forzar una decisión.

Un gran rótulo apareció en los costados del «Exodo», redactado en inglés, francés y hebreo. Decía así:

*Huelga del Hambre: Hora n.º 1*
*Huelga del Hambre: Hora n.º 15*

Dos chicas y una muchacha de diez, doce y quince años, respectivamente, fueron traídos a la antecubierta del «Exodo» y dejados en el suelo, inconscientes.

*Huelga del Hambre: Hora n.º 20*

En la antecubierta había diez muchachos tendidos.

—¡Por amor de Dios, Kitty, deja de pasearte y siéntate!

—Hace ya más de veinte horas que dura. ¿Cuánto tiempo más querrá ese hombre que se prolongue tal situación? Yo no tengo valor para ir al muelle a mirar. ¿Está Karen entre los muchachos que han perdido el conocimiento?

—Te he repetido diez veces que no.

—Para empezar, no son muchachos robustos, y en segundo lugar, llevan dos semanas hacinados en el buque. No puede quedar en sus cuerpos ni una partícula de energía. —Kitty chupó nerviosamente el cigarrillo y se mesó los cabellos—. Aquel hombre es una bestia. Una bestia sin corazón.

—He aquí una cosa que me ha dado que pensar. La he meditado profundamente —dijo Mark—. Yo me pregunto si nosotros comprendemos de veras la causa que empuja con tal fuerza a esa gente. ¿Has visto Palestina alguna vez? La parte sur es un desierto que no vale nada; el centro es un terreno desgastado por la erosión, y el norte, una extensión pantanosa. Huele mal, el sol la abrasa… y está en medio de un mar de cincuenta millones de enemigos implacables. Y sin embargo, los judíos Se parten el pecho por ir allá. Le llaman «El país de la leche y la miel», y cantan

fantasías sobre presas de agua y riegos por aspersión. Hace dos semanas le dije a Ben Canaan que los judíos no poseen el monopolio del sufrimiento, pero empiezo a preguntarme si no me equivoqué. Empiezo a preguntarme cómo es posible que haya algo que les duela tan en el alma para darles ese impulso incontenible.

—No le defiendas, Mark, ni defiendas a ninguno de ellos.

—Trata de tener presente una cosa. Ben Canaan no podría obrar de este modo sin la adhesión absoluta de los muchachos, los cuales comparten por completo, su manera de pensar.

—Eso es lo que fastidia —dijo Kitty—: Su fidelidad; la fidelidad increíble que los une.

Sonó el teléfono. El periodista lo cogió, respondió y volvió a colgar.

—¿Qué era? ¡Quiero saber lo que era, Mark!

—Han subido a unos cuantos chiquillos más a cubierta, inconscientes. Una media docena.

—¿Está… está Karen?

—No lo sé. Voy a verlo.

—Mark.

—¿Qué?

—Quiero subir al «Exodo».

—Es imposible.

—No puedo resistir más —aseguró la mujer.

—Si vas allá, te desmoronas.

—No, Mark, es diferente. Si yo supiera que Karen sigue con vida y en estado satisfactorio, podría resistirlo. Te juro que sí. Lo noto en mí misma. Pero no sé resignarme a permanecer inactiva sabiendo que ella está muriendo. No, esto no puedo consentirlo.

—Aun en el caso de que consiguiera que Ben Canaan admitiese tu presencia en el «Exodo», los ingleses no te dejarían ir al barco.

—Debes lograrlo —insistió ella, con vehemencia—. Debes lograrlo.

Kitty se había puesto de espalda contra la puerta, cerrándole la salida. Su faz manifestaba una decisión inquebrantable. Mark bajó la vista y prometió:

—Haré lo que pueda.

*Huelga del Hambre: Hora n.º 35*

Airadas turbas se manifestaban en París y en Roma delante de las embajadas británicas. Grandes rótulos y apasionados oradores pedían que se dejase partir al «Exodo». Las porras de la policía y los gases lacrimógenos se encargaban en París de dispersar a la multitud. En Copenhague, en Estocolmo, en Bruselas y en La Haya tenían lugar manifestaciones parecidas. Pero éstas de tipo más ordenado.

Ari Ben Canaan fijó la mirada en sus lugartenientes. Ante sí tenía las caras sombrías de Joab, David, Zev y Hank Schlosberg.

Zev, el granjero galileo, fue el primero en tomar la palabra.

—Yo soy un soldado. Yo no puedo contemplar impasible cómo esos muchachos mueren de inanición.

—En Palestina —replicóle Ari—, los muchachos de su misma edad están ya combatiendo en Gadna.

—Una cosa es combatir y otra dejarse morir de hambre.

—Es, simplemente, otra manera de luchar —observó Ari.

Joab Yarkoni había colaborado con Ari y había servido con él en la Segunda Guerra Mundial.

—Jamás he tomado partido contra ti, Ari. Pero en el preciso momento en que uno de los muchachos que tenemos aquí muera, es posible que todo lo que hemos hecho hasta ahora caiga como una maldición sobre nuestras propias cabezas.

Ari volvió la vista hacia Hank Schlosberg, el capitán del barco. El americano se encogió de hombros.

—Usted manda, Ari, pero la tripulación empieza a dar señales de nerviosismo. Ellos no se contrataron para esto.

—En otras palabras —concluyó entonces Ari—, queréis rendiros.

El silencio de los otros confirmó su aserto.

David, el erudito, estaba empapado del Tora y de los libros sagrados. Vivía en un contacto con Dios que los otros no compartían, pero que todos respetaban.

—Seis millones de judíos perecieron en las cámaras de gas sin saber por qué morían —dijo—. Si aquí en el «Exodo» morimos trescientos, sabremos ciertamente por qué. Y el mundo también lo sabrá. Cuando formábamos una nación, hace dos mil años, y cuando nos rebelamos contra el yugo de los griegos y de los romanos, nosotros los judíos establecimos la tradición de luchar hasta el último hombre. Así lo hicimos en Arbela y en Jerusalén. Así lo hicimos en Beitar, en Herodium y en Machaerus. En Masada resistimos a los romanos durante cuatro años y cuando entraron en el fuerte, nos encontraron a todos cadáveres. Ningún pueblo de ninguna parte del mundo ha luchado por su libertad como hemos luchado nosotros. Nosotros luchamos por expulsar a los griegos y a los romanos de nuestro suelo hasta que fuimos dispersados hacia todos los puntos cardinales. Sin embargo, durante dos mil años no tuvimos la oportunidad de luchar como nación. Cuando, en el *ghetto* de Varsovia, se nos presentó dicha oportunidad, hicimos honor a nuestra tradición. Yo afirmo que si abandonamos este barco y volvemos por propia decisión a la cárcel de alambre de espino habremos faltado a la fe que debemos a Dios.

—¿Hay alguien que tenga algo más que decir? —preguntó Ari.

*Huelga del Hambre: Hora n.º 47*

Oscurecía cuando Kitty subió a bordo del «Exodo». El mal olor resultaba irresistible. Por toda la cubierta, en los botes salvavidas y en la superestructura vio Kitty el apiñamiento de cuerpos humanos. Todo el mundo estaba tendido y absolutamente inmóvil a fin de conservar las energías.

—Quiero ver a los muchachos que se han desvanecido —pidió.

David la acompañó a la amura, donde había varias filas de chiquillos inconscientes, sumando un total de sesenta. David se arrodilló acercando la linterna a los cuerpos yacentes mientras Kitty iba de uno a otro tomándoles el pulso y mirándoles las pupilas. Media docena de veces creyó desmayarse, sintiendo que le estallaba el corazón al volver cara al cielo a una chiquilla que tuviese algún parecido con Karen.

David la acompañó por la abarrotada cubierta, pasando por encima de los cuerpos tendidos. Los chicos la miraban sin fijarse, con ojos apagados. Tenían el cabello desgreñado y la cara cubierta de suciedad.

Después, David la condujo hacia la escalera que comunicaba con la bodega. Kitty estuvo a punto de vomitar al encontrarse envuelta por aquel aire tan mal oliente. A la media luz que reinaba allí, pudo contemplar el lúgubre cuadro de los chiquillos apilados en estantes, uno encima de otro.

En la cubierta de la bodega, los cuerpos tendidos formaban montones. Kitty encontró a Karen entre una confusión de brazos y piernas. Cerca de ella dormía Dov. Estaban tendidos sobre un montón de harapos y debajo de sus cuerpos, el suelo aparecía sucio, viscoso.

—Karen —susurró la visitante—. Karen, soy yo, Kitty.

La muchacha abrió los ojos parpadeando. Debajo de ellos habíanse formado enormes círculos negros. Los labios los tenía secos, agrietados.

Estaba demasiado débil para sentarse.

—¿Kitty?

—Sí, soy yo.

Karen abrió los brazos y Kitty la estrechó largos momentos contra su pecho.

—No se vaya, Kitty. Tengo mucho miedo.

—Estaré cerca de ti —murmuró la mujer, soltándola.

Luego fue a la enfermería y examinó la limitada provisión de medicamentos, exhalando un suspiro desalentado.

Kitty trabajaba febrilmente en la tarea de cerrar el paso a la muerte; pero era lo mismo que querer llenar un océano con un dedal. Apenas había logrado reanimar a un chiquillo, otros tres se ponían enfermos de consideración. Por otra parte, no disponía

ni de medicamentos ni de agua ni de otros elementos necesarios para conseguir resultados apreciables. El alimento, el arma más eficaz, estaba prohibido.

*Huelga del Hambre: Hora n.º 81*

En la cubierta del «Exodo» había setenta niños tendidos en estado de coma.

En los muelles del puerto de Kyrenia, se levantaban de las filas inglesas enojados murmullos de insubordinación. Muchos de los soldados no podían soportar más aquel espectáculo y pedían que les relevasen, aun a riesgo de ser llevados ante un Tribunal Militar. Los ojos de todo Chipre estaban fijos en Kyrenia.

Karen Hansen Clement fue llevada a la amura del barco, inconsciente.

*Huelga del Hambre: Hora n.º 83*

Kitty entró en la timonera y se dejó caer, exhausta, sobre una silla. Había trabajado sin interrupción durante treinta y cinco horas y tenía la mente embotada, confusa. Ari le llenó una copa de coñac fuerte.

—Vamos, beba —le dijo—. Usted no está en huelga.

Kitty engulló el licor. Una segunda copa le devolvió el sentido. Entonces miró a Ari con una mirada larga y dura. Era un hombre resistente. El asedio casi no había dejado huella ninguna en él. Kitty fijó la vista en aquellos ojos fríos y se preguntó qué pensamientos, qué planes, qué tretas cruzarían por aquel cerebro. Y se preguntó si estaba amedrentado, o si ni siquiera conocía el miedo; si estaba triste, o si estaba conmovido.

—Esperaba que habría subido a verme mucho antes —le dijo él.

—No voy a suplicarle, Ari Ben Canaan… Ben Canaan, y luego, Dios… por este mismo orden, ¿no es cierto? Bien, tenemos a una docena de chiquillos en peligro inminente de muerte. Me limito a darle las novedades como una buena *palmachnik*. Van a morir, míster Ben Canaan. ¿Está satisfecho de su mando?

—Me han insultado otras veces, Kitty. No me importa. ¿Es su corazón humanitario de usted tan grande que llora por todos esos chiquillos, o suplica por la vida de una sola?

—No tiene derecho a preguntarlo.

—Usted ruega por la vida de una muchacha. Yo pido por las vidas de un cuarto de millón de personas.

Kitty se puso en pie.

—Será mejor que vuelva a la tarea. Ari, usted sabía la causa que me movía a subir a bordo del «Exodo». ¿Por qué me lo ha permitido?

Ari volvióse de espaldas y se puso a mirar por la ventanilla hacia donde el crucero y los destructores montaban guardia.

—Quizá porque quería verla —contestó.

*Huelga del Hambre: Hora n.º 85*

El general sir Clarence Tevor-Browne paseaba de un extremo a otro del despacho de Sutherland. El humo de su cigarro llenaba la habitación. El general se detuvo varias veces a mirar por la ventana en dirección a Kyrenia.

Sutherland sacudió la ceniza de la pipa y examinó la hilera de *sándwiches* de la bandeja que reposaba sobre la mesita de café.

—¿Por qué no se sienta y toma un bocado y un sorbito de té, sir Clarence?

Tevor-Browne dirigió una mirada a su reloj de pulsera y dio un suspiro. Sentóse, cogió un *sandwich*, lo miró con atención, lo mordisqueó y volvió a dejarlo, diciendo:

—Al comer me da la sensación de que estoy cometiendo un delito.

—He ahí un asunto feo para un hombre de conciencia que esté mezclado en él —afirmó Sutherland—. Dos guerras, once destinos en el extranjero, seis condecoraciones y tres encomiendas. Y ahora un puñado de chiquillos desarmados se cruza en mi camino e interrumpe mi marcha. Un punto final precioso a una carrera de treinta años de servicio, ¿no es eso, sir Clarence?

Tevor-Browne bajó los ojos.

—Ah, ya sé que tiene usted ganas de hablar conmigo —añadió Sutherland.

Tevor-Browne se sirvió el té suspirando con alguna turbación:

—Mira, Bruce, si de mi dependiese…

—Tonterías, sir Clarence. No le dé pena. Soy yo quien la siente. Le he dejado a usted en mal lugar. —Sutherland se puso en pie, sus ojos se humedecieron—. Estoy cansado.

—¿Tienes algún plan?

—Estos meses pasados en Chipre han influido grandemente en mí, sir Clarence, y en particular las semanas últimas. Quizá usted no lo crea posible, pero yo no tengo la impresión de haber sufrido una derrota. Al contrario, me da la sensación de haber conquistado algo muy importante. Algo que perdí hace muchísimo tiempo.

—¿Qué es ello?

—La verdad. ¿Se acuerda de cuando acepté este destino? Usted me decía que el único reino que se gobierna según las normas de lo justo y lo injusto, es el reino de los cielos y que los reinos de la tierra marchan con petróleo.

—Lo recuerdo bien —asintió Tevor-Browne.

—Sí —prosiguió Sutherland—. Desde el comienzo del incidente del «Exodo» he reflexionado mucho sobre aquellas palabras de usted. Toda mi vida he conocido la verdad y he distinguido el bien del mal. La mayor parte de hombres los distinguimos perfectamente. Pero conocer la verdad es una cosa, y vivirla…, crear el reino de los cielos en la tierra es otra. ¿Cuántas veces en el transcurso de su vida no realizará un

hombre actos que repugnan a su moralidad, a fin de subsistir? ¡Cuánto he admirado a los pocos moradores de este mundo que fueron capaces de sostener sus convicciones frente a las calumnias, a los tormentos y hasta a la muerte! ¡Qué maravillosa sensación de paz interior han de experimentar! Ha de ser una sensación que nosotros, los mortales ordinarios, no conoceremos jamás. Gandhi es uno de tales hombres. Me iré a vivir en aquella cinta de tierra que los judíos llaman su reino de los cielos en la tierra. Quiero conocerla toda… Galilea, Jerusalén…, toda entera.

—Te envidio, Bruce.

—Quizá me establezca cerca de Safed, en el monte Canaan.

El mayor Alistair entró en la oficina. Estaba pálido; al entregar a Tevor-Browne una nota para que éste la leyese, su mano temblaba visiblemente. Tevor-Browne leyó la nota, la releyó y ni se atrevía a dar crédito a sus ojos.

—Dios de misericordia, sálvanos a todos —murmuró, pasando el papel a Bruce Sutherland.

*URGENTE*

*Ari Ben Canaan, portavoz del «Exodo», ha anunciado que a partir de mañana, cada mediodía subirán diez voluntarios al puente y se suicidarán ante las miradas de toda la guarnición británica. Esta manifestación de protesta continuará hasta que se permita al «Exodo» salir para Palestina, o hasta que no quede a bordo nadie con vida.*

Bradshaw, acompañante de Humphrey Crawford y media docena de ayudantes, salió precipitadamente de Londres en busca de la calma de una casa solariega, tranquila y aislada. Tenía catorce horas de tiempo para actuar antes de que empezaran los suicidios en el «Exodo».

Sus cálculos habían fallado terriblemente desde el principio al fin. En primer lugar, no había sabido prever la tenacidad y la resolución de los chiquillos que ocupaban el barco. En segundo lugar, tampoco había previsto la tremenda oleada de propaganda que aquel incidente había desatado. Y por último, jamás se le había ocurrido que Ben Canaan tomara la ofensiva y forzase los acontecimientos como lo estaba haciendo. Bradshaw era un hombre tozudo, pero conocía cuándo había sufrido una derrota, y ahora dirigía todos sus esfuerzos a solucionar el asunto de modo que pudiera salvar la faz.

En consecuencia, ordenó a Crawford y a sus ayudantes que se dirigieran por cable o por teléfono a una docena de los dirigentes judíos más destacados de Inglaterra, Palestina y los Estados Unidos, pidiéndoles que intervinieran Los palestinos, en particular, quizá lograsen que Ben Canaan desistiese. Por lo menos, podrían detener la acción el tiempo necesario para que él presentase varias proposiciones distintas. Si

conseguía que Ben Canaan aceptase una negociación, prolongaría las conversaciones hasta que al «Exodo» lo hubiera corroído el agua. Al cabo de seis horas, recibió las respuestas de los dirigentes judíos. Todos contestaban al unísono: «NO QUEREMOS INTERCEDER».

A continuación, Bradshaw se puso en contacto con Tevor-Browne, en Chipre, dándole instrucciones para que informase al «Exodo» de que los ingleses estaban elaborando un compromiso y solicitara que el plazo para el comienzo de los suicidios se prolongase por veinticuatro horas.

Tevor-Browne siguió las instrucciones recibidas y retransmitió a Inglaterra la respuesta de Ben Canaan.

*URGENTE*

*Ben Canaan nos ha informado que no hay nada que discutir. Dice que no hay sino una alternativa: o el «Exodo» sale a la mar, o no sale. Impone, además, las condiciones de que concedamos una amnistía total y completa a los palestinos que se encuentran a bordo. Ben Canaan ha resumido así: Dejad partir a mi pueblo.*

*Tevor-Browne*

Cecil Bradshaw no podía dormir. Iba y venía, iba y venía por la habitación. Faltaba poco más de seis horas para que los chiquillos del «Exodo» empezaran las tandas de suicidios. Sólo le quedaban tres horas para tomar una decisión y presentarla al Gabinete. No era posible llegar a un compromiso.

¿Se las había con un loco? ¿O acaso aquel Ari Ben Canaan era un hombre cerebral, astuto y sin corazón, que le había hundido cada vez más profundamente en una trampa?

¡DEJAD PARTIR A MI PUEBLO!

Bradshaw se acercó a la mesa y encendió la lámpara.

*URGENTE*

*Ari Ben Canaan, portavoz del «Exodo», ha anunciado que a partir de mañana, cada mediodía subirán diez voluntarios al puente y se suicidarán…*

Se suicidarán…, se suicidarán…, se suicidarán…

La mano de Bradshaw temblaba con tal violencia que se le cayó el papel.

Sobre la mesa había también una docena de comunicaciones de varios gobiernos europeos y americanos. En ese lenguaje cortés que usan los diplomáticos, todos ellos expresaban gran preocupación por el *impasse* en que se encontraba el asunto del «Exodo». Por otra parte, había recibido sendas notas de los gobiernos árabes diciendo que si se permitía al «Exodo» salir para Palestina, cada árabe lo consideraría como

una afrenta personal.

Cecil Bradshaw estaba aturdido. Los últimos días habían sido un infierno en vida ¿Cómo había empezado todo aquello? Treinta años de dirigir la política para el Medio Oriente y ahora se encontraba en un conflicto terrible a causa de un remolcador de salvamento desarmado.

¿Qué rara treta del destino le había echado sobre los hombros el manto de opresor? Nadie podía acusarle, en verdad, de ser antijudío. Secretamente, Bradshaw admiraba a los judíos de Palestina y comprendía el significado de su regreso. Recordaba a gusto las horas pasadas discutiendo con los sionistas en torno de las mesas de conferencia, haciendo frente a sus más brillantes polemistas. Cecil Bradshaw creía de todo corazón que los intereses de Inglaterra estaban al lado de los árabes. Sin embargo, el mandato había crecido hasta tener medio millón de judíos. Y a los árabes nadie les arrancaba la idea de que los ingleses impulsaban la formación de una nación judía en el centro de todos ellos.

Durante los largos años de su actuación, Bradshaw había sido realista y sincero consigo mismo. ¿Qué estaba ocurriendo? Ahora le parecía ver a sus propios nietos tendidos sobre la cubierta del «Exodo». Bradshaw conocía la Biblia tan bien como cualquier inglés bien educado, y como la mayoría de ingleses, poseía un tremendo sentido del honor, aunque no era profundamente religioso. ¿Sería posible que al «Exodo» lo sostuvieran unas fuerzas místicas? No, él era un diplomático práctico y no creía en lo sobrenatural.

Y no obstante, tenía a sus órdenes un ejército y una marina y poder sobrado para triturar al «Exodo» y a todos los otros barquitos ilegales que transportaban judíos…, pero no sabía resolverse a hacerlo.

¡También el Faraón de Egipto había tenido un gran poder en su mano! El sudor corría por el rostro de Bradshaw. ¡Todo aquello carecía de lógica! Estaba cansado; había soportado una tensión demasiado grande. ¡Qué tontería!

¡DEJAD PARTIR A MI PUEBLO!

Bradshaw fue a la librería, cogió una Biblia y casi presa del pánico se puso a leer las páginas del «Exodo» y la descripción de las Diez Plagas que Dios envió al país de Egipto.

¿Sería él aquel Faraón? ¿Corría sobre Inglaterra una lluvia maldita? Bradshaw se volvió a su cuarto y probó de descansar, pero un martilleo acelerado y seco iba perforando su fatigado cerebro… Deja partir a mi pueblo…, Deja partir a mi pueblo…

—¡Crawford! —chilló—. ¡Crawford!

Crawford entró corriendo sujetándose el albornoz.

—¿Me llamaba?

—Crawford, comunique al momento con Tevor-Browne en Chipre. Dígale…,

dígale que permita que el «Exodo» salga para Palestina.

# LIBRO SEGUNDO

## *LA TIERRA ES MÍA*

[8]*… pues la tierra es mía: pues vosotros sois extraños y moradores que están conmigo. Y en todo el país que poseéis, deberéis asegurar la redención de la tierra.*

*La palabra de Dios según fue dada a Moisés en el Levítico*

## CAPÍTULO PRIMERO

¡La batalla del «Exodo» había terminado!

Al cabo de unos segundos, los hilos del teléfono y los cables transmitían las palabras: «El "Exodo" partirá». Al cabo de unos minutos aparecían en grandes titulares por el mundo entero.

En Chipre, el pueblo manifestaba una alegría sin límites y en todo el mundo se dio un gran suspiro de alivio.

En el «Exodo», los muchachos estaban demasiado agotados para celebrar el acontecimiento.

Los ingleses rogaron insistentemente a Ari Ben Canaan que acercase el remolcador de salvamento al muelle para que se pudieran proporcionar atenciones médicas a los chiquillos y se procediese al reavituallamiento y a la inspección del buque. Ben Canaan aceptó, y en cuanto el «Exodo» estuvo amarrado al desembarcadero, Kyrenia se convirtió en un hormiguero de actividad febril. Una veintena de médicos militares ingleses subieron al barco al momento y sacaron a los casos más graves. En el Hotel Dome se estableció un hospital improvisado a toda prisa. Al muelle llegó un alud de provisiones de boca, ropas y suministros diversos. Dentro del barco caía un verdadero diluvio de regalos de los habitantes de Chipre. Ingenieros reales examinaban el viejo remolcador de proa a popa, remendando grietas, repasando el motor, restaurando todo el navío. Equipos sanitarios lo dejaron impoluto.

Después del primer examen aconsejaron a Ari que aguardase varios días a fin de que los chiquillos estuvieran suficientemente fuertes y el barco en condiciones para hacer la travesía de día y medio que les separaba de Palestina. La pequeña comunidad judía de Chipre envió una delegación a Ari, rogándole que permitiese a los niños celebrar en Chipre, antes de partir, la primera noche de Chanukah, el Festival de las Luces, pues tal festividad empezaría dentro de pocos días. Ari accedió.

Únicamente después de haberse asegurado y reasegurado de que el estado de Karen no era grave, permitióse Kitty el placer de un buen baño caliente, un grueso bistec, media pinta de whisky escocés y un sueño satisfecho y profundo de diecisiete horas de duración.

Al abrir los ojos de nuevo, tuvo Kitty que plantearse claramente un problema que no podía seguir ignorando. Veíase en la precisión de decidir entre poner fin para siempre al episodio de Karen o seguir a la muchacha a Palestina.

A últimas horas de la tarde, cuando Mark se presentó en su cuarto a tomar el té, la prueba que estaba sufriendo no se reflejaba en el exterior de Kitty. Lo cierto era que las largas horas de sueño le habían dado un aspecto muy atractivo.

—¿Todavía enfebrecidos los gabinetes de lectura?

—La verdad es que no —respondió el periodista—. Los reyes y los capitanes se marchan ya. Las noticias sobre el «Exodo» son viejas de un día actualmente…, son mero papel para envolver pescado. Ah, sí, me figuro que podremos llamar la atención por última vez con un grabado en primera página cuando el barco llegue a Haifa.

—La gente es voluble.

—No, no es eso, Kitty. Es únicamente que el mundo tiene la costumbre de seguir en marcha.

Kitty bebió unos sorbos de té y se sumió en el silencio. Mark encendió un cigarrillo y levantó los pies dejándolos reposar en el alféizar de la ventana. Simulando que los dedos de la mano eran una pistola, entreteníase apuntando por encima de las puntas de los zapatos en dirección al muelle.

—¿Qué harás ahora, Mark?

—¿Yo? El bueno de Mark Parker ha malbaratado toda posibilidad de ser bien recibido en los dominios del rey. Me iré a los Estados Unidos y quizá luego lance unos disparos sobre el blanco asiático. Al fin y al cabo ya sentía la quemazón de darme una vuelta por allá… Me han dicho que las cosas no marchan bien.

—¿Es que los ingleses no te dejarían entrar en Palestina?

—Ni por azar. Me tienen en muy poca estima. Si no se tratase de gente tan correcta diría que me odian a muerte. Y francamente, no se lo censuro.

—Dame un cigarrillo.

Mark encendió uno y se lo entregó. Luego siguió ganando tiempo con el juego de hacer como si se practicase en el tiro al blanco con su pistola imaginaria.

—¡Maldito seas, Mark! Me fastidia esa manera taimada que tienes le leer mis pensamientos.

—Has estado muy ocupada, chiquilla. Has ido a las autoridades británicas a pedirles permiso para entrar en Palestina. Y como esos ingleses son tan caballeros te han abierto la puerta con una reverencia. Tú eres ni más ni menos que una muchacha americana intachable que cumple con su deber. Por supuesto, el CID ignora el papelito de enlace que representaste en favor de la Aliyah Bet. Bien…, ¿y qué? ¿Irás o no?

—Dios mío; no lo sé.

—¿Quieres decir que todavía no te has convencido a ti misma?

—Quiero decir que no lo sé.

—Si es así, ¿qué partido quieres que tome yo?

—Tú podrías dejar de portarte como un Buda mundano que mira desde las alturas a los pobrecitos y atormentados mortales, y podrías dejar de zaherirme, Mark.

Mark bajó los pies del alféizar de la ventana.

—Ve… vete a Palestina. Esto es lo que quieres que te aconseje, ¿verdad?

—Todavía no me siento a gusto entre judíos… No puedo remediarlo.

—Sin embargo, te sientes muy bien al lado de aquella chica, ¿no es cierto? ¿Todavía te recuerda a tu hija?

—En verdad que no; ahora ya nunca. Karen tiene una personalidad demasiado acusada para poder confundirla con ninguna otra persona. Pero la amo y la quiero, si es esto lo que pretendías significar.

—Tengo que hacerte una pregunta comprometida, mistress Fremont…

—Adelante.

—¿Estás enamorada de Ari Ben Canaan?

¿Si amaba a Ari Ben Canaan? Kitty sabía la profunda impresión que le hacía siempre que le tenía cerca, o le hablaba a ella, o la miraba, y hasta cuando pensaba en él. Sabía que jamás había conocido a otro hombre exactamente igual que Ari. Sabía que la oscura calma y el tremendo poder del judío le inspiraba un miedo innegable. Sabía que admiraba la audacia y el valor de aquel hombre. Sabía que había momentos en que le aborrecía como no había aborrecido jamás a otro ser humano. ¿Pero amarle…?

—No lo sé —murmuró—. Del mismo modo que no puedo entrar por el camino del amor…, parece como si tampoco pudiera alejarme de él, y sin que yo sepa por qué…, sin que sepa por qué…

Un rato después, Kitty pasó una hora larga con Karen en la sala de hospital que habían improvisado en el segundo piso del hotel. Karen se había restablecido notablemente. Hay que decirlo, a los médicos les sorprendía el efecto casi mágico que las dos palabras «Eretz Israel» producían en casi todos los muchachos. Un efecto mucho más poderoso que ninguna medicina. Mientras estaba sentada al lado de Karen, Kitty iba contemplando los rostros de los adolescentes atendidos en aquel hospital. ¿Qué eran? ¿De dónde venían? ¿A dónde iban? ¡Qué pueblo tan raro, tan raro…, y qué rara, tan rara obsesión les empujaba!

Entre Karen y Kitty se producían largos intervalos de silencio durante los cuales ninguna de las dos osaba abordar el tema de la partida hacia Palestina. Al final, Karen se quedó dormida. Kitty la miraba absorta. ¡Qué hermosa era…! ¡Oh, sí, qué hermosa! Y no pudo contener el impulso de besarle la frente y de acariciarle el cabello. Karen sonrió en sueños.

Luego, Kitty salió al corredor. Dov Landau paseaba de un lado para otro. Ambos se detuvieron, ambos se miraron y después Kitty se alejó sin pronunciar palabra.

Mientras se dirigía hacia el muelle, el sol se ponía. Al otro lado de la calle, Zev Gilboa y Joab Yarkoni vigilaban el embarque de suministros a bordo del remolcador de salvamento. Kitty dirigió una rápida mirada a su alrededor por si lograba divisar a Ari. No se veía por ninguna parte.

—¡*Shalom*, Kitty! —le gritaron Zev y Joab.

—¡Eh! —respondió ella.

Y siguió andando por el muelle en dirección al faro. Como la atmósfera se enfriaba, se puso el suéter.

—Debo saberlo…, debo saberlo —repetíase una y otra vez a sí misma.

David estaba sentado en el borde de la escollera. Parecía abstraído en sus pensamientos, con la vista fija en el agua, arrojando chinas distraídamente. Cuando Kitty llegó a su altura, David levantó los ojos y sonrió.

—*Shalom*, Kitty. Parece reposada.

Kitty se sentó a su lado. Ambos dejaron pasar unos momentos admirando el mar.

—¿Pensando en el hogar? —preguntó ella, luego.

—Sí.

—Jordana…, éste es el nombre, ¿verdad?… ¿Es la hermana de Ari?

David contestó con un movimiento afirmativo.

—¿La verá?

—Si soy afortunado pasaremos un corto tiempo juntos.

—David…

—Siga.

—¿Qué será de los muchachos?

—Cuidaremos bien de ellos. Son nuestro futuro.

—¿Existe algún peligro?

—Sí, existe un gran peligro.

Kitty volvió a quedar largos momentos en silencio…

—¿Embarcará con nosotros? —inquirió David.

Kitty sintió que el corazón fallaba un latido.

—¿Por qué lo pregunta?

—Empieza a parecer natural que la veamos entre nosotros. Además, Ari dijo algo en este sentido.

—Sí…, si le interesa, ¿por qué no lo pregunta él mismo?

David se echó a reír.

—Ari nunca pregunta nada.

—David —dijo ella de pronto—, debe ayudarme. Estoy terriblemente desorientada. Usted parece ser el único dotado de un poco de comprensión…

—Si está en mi mano, la ayudaré.

—En toda mi vida jamás he convivido mucho con judíos. Son ustedes una clase de personas que me aturden y confunden…

—Más todavía nos aturdimos y confundimos a nosotros mismos —contestó David.

—¿Puedo decirle una cosa sinceramente? Me siento como forastera…

—No tiene nada de extraño. Les pasa lo mismo a muchos. Hasta a los pocos a quienes damos el nombre de «amigos»; incluso a aquéllos que nos han demostrado

una lealtad rayana en el fanatismo. Yo creo que algunos se sienten responsables de todos los crímenes cometidos contra nosotros. Otros quisieran ser judíos…, aunque sólo Dios sabe por qué.

—Pero… un hombre como Ben Canaan… ¿Quién es? ¿Quién es de verdad? ¿Es una persona real?

—Ari es muy real. Es el producto de un aborto histórico.

David y Kitty se pusieron a caminar en dirección al hotel, pues era ya hora de cenar.

—Es difícil saber por dónde hay que empezar —dijo el joven judío—. Supongo que para explicar bien y por completo la historia de Ari Ben Canaan deberíamos empezar por Simón Rabinsky, que vivió en la Demarcación judía. La Demarcación era una región del Suroeste de Rusia que incluía Ucrania. Supongo que deberíamos empezar antes de que principie este siglo. Creo que el año del gran acontecimiento fue 1884.

# CAPÍTULO II

*ZHITOMIR, RUSIA, 1884*

Simon Rabinsky era zapatero. Su esposa se llamaba Rachel y era una mujer buena y devota. Simón tuvo dos hijos que fueron sus mayores tesoros.

Yakov, el más joven, tenía catorce años. Era un chaval decidido, de lengua pronta y mente despierta, que se ponía a discutir a la menor provocación.

Jossi, el mayor de los dos hermanos, tenía dieciséis años. La presencia de Jossi era inconfundible. Era un gigante forzudo de más de metro ochenta y cinco de altura con una cabeza cubierta de cabello rojo como la llama, al igual que su madre, Rachel. Jossi tenía de manso todo lo que Yakov tenía de apasionado. Jossi era callado, reflexivo, dulce. En suma, el fecundo cerebro de Yakov puesto en el cuerpo poderoso de Jossi hubiera podido producir muy bien un superhombre.

La familia Rabinsky era extremadamente pobre Vivían en aquella parte de Rusia que incluía la Besarabia, Ucrania, Crimea y trozos de la Rusia Blanca y que era conocida por la Demarcación de Asentamiento Judío. Los límites de la misma fueron establecidos en 1804 señalándola como la única región de Rusia en donde los judíos podrían residir. En realidad se trataba de un *ghetto* enorme, cayendo Moscú y Petrogrado fuera de sus límites, excepto para los judíos ricos, los cuales quizá consiguieron, a copia de sobornos, enviar a un hijo o a una hija fuera de la Demarcación.

El establecimiento de la Demarcación judía no fue sino un incidente más de una larga historia de discriminación. Los judíos se asentaron en Rusia por vez primera en el sector de Crimea en los tempranos días del siglo primero. Los Khazars que gobernaban dicho sector se aficionaron de tal modo al judaísmo que lo adoptaron como su propia religión. El reino de los Khazars fue, en realidad, un Estado judío. En el siglo diez los rusos del Norte, que habían ascendido a una posición preponderante, barrieron a los Khazars, los dispersaron hasta no quedar de ellos ni el rastro y empezaron una solapada lucha contra los judíos.

Mientras Rusia hacía sentir su poder por el Norte, la espada flamígera del Islam subía por el Sur. Durante los períodos en que los musulmanes dominaron trozos de Rusia, los judíos vivieron las épocas de mayor esplendor y prosperidad, puesto que habían sido un factor importante que ayudó al movimiento ascendente del Islam.

Con la derrota final de los musulmanes, en Rusia el poder quedó por entero en manos de los zares y de la Iglesia Griega. Durante la Edad Media, los «herejes» judíos ardieron a centenares en la hoguera pública. Alguien cuidaba de meter en la cabeza de los campesinos ignorantes la fábula de que los judíos eran magos y brujos

y empleaban sangre de cristianos para sus ritos.

Los siglos de atropellos incesantes llegaron a su cenit en el reinado de Catalina I, durante el cual se desató una serie de *pogroms* —algaradas antijudías— contra los que no quisieron aceptar la religión ortodoxa griega. Pero como todos los intentos para convertirlos fracasaron, Catalina I expulsó de Rusia a un millón de judíos, la mayoría de los cuales se fueron a Polonia.

Luego vino la época de las guerras y las conquistas en la que Polonia fue conquistada y reconquistada, partida y repartida. Y de este modo, Catalina II heredó el millón de judíos expulsados anteriormente por Catalina I.

Todos estos acontecimientos condujeron directamente a la creación de la Demarcación Judía. En 1827, los judíos fueron expulsados sin piedad de las poblaciones menores y conducidos a los barrios, ya superpoblados, que en las grandes ciudades ocupaban los de su raza. El mismo año, el Zar instituyó un cupo de jóvenes judíos y que había de entregar anualmente al Ejército a fin de que sirvieran en sus filas por un período de veinticinco años.

Simón Rabinsky, el zapatero de Zhitomir, su virtuosa esposa Rachel y sus hijos Yakov y Jossi vivían prisioneros de la Demarcación y de un único medio de subsistencia Entre las comunidades judías y el resto del pueblo ruso no existía ningún contacto de tipo social y muy escasos de tipo comercial. El único visitante que en fechas fijas venía del exterior era el recaudador de impuestos, el cual era capaz de llevarse unos candelabros sagrados lo mismo que las camas, las almohadas y los zapatos. Otros visitantes frecuentes, pero que no se sujetaban al calendario, eran las turbas salvajes de cosacos, campesinos y estudiantes que lanzaban alaridos, sedientos de sangre judía.

Divorciados de la sociedad mayor, los judíos se sentían poco o nada obligados con la «Madre Rusia». El lenguaje que usaban para hablar y escribir no era el ruso, sino el *yiddish*, una especie de alemán bastardo. El que empleaban para rezar era el hebreo antiguo. Los judíos hasta se diferenciaban de la otra gente en el vestir. Llevaban sombreros negros y abrigos largos de gabardina. Por más que la ley lo prohibiese, muchos llevaban el cabello en rizos por los costados. Una de las diversiones favoritas de los rusos consistía en coger a un judío y cortarle los rizos.

Simón Rabinsky vivía la misma vida que su padre y el padre de su padre habían tenido que aceptar forzosamente dentro de los muros del *ghetto*. El exceso de pobreza les obligaba a regatear interminablemente por unos cuantos kopeks; pero a pesar de lo difícil que se hacía su existencia cotidiana, Simón y los otros judíos se sujetaban en el interior del *ghetto* a una ética comercial extremadamente rígida. No se permitía que nadie destruyera o perjudicara los medios de vida de su prójimo ni que robase o estafase.

La vida de la comunidad giraba alrededor de las Leyes Santas, la sinagoga y el

rabí, que era a la vez maestro, director espiritual, juez y administrador de la comunidad. Todos los rabies de la Demarcación eran grandes eruditos. Poseían una profunda sabiduría y su autoridad era discutida muy raramente.

Dentro del *ghetto* los judíos se gobernaban por sí mismos, bajo la dirección omnipotente de los rabíes. Existían también un centenar de cargos y celadurías laicos diversos Había una veintena de sociedades bíblicas y talmúdicas. Existía una organización encargada de velar por los huérfanos, y una sociedad que pagaba la dote a las muchachas más pobres. Había sociedades que cuidaban de los enfermos, los ancianos y los imposibilitados. Había administradores de contratos de matrimonio y un encargado de convocar la sinagoga, elegido por sus convecinos. Había un tribunal eclesiástico, había lectores de salmos y encargados de administrar los baños rituales. Ciertamente, la comunidad actuaba como una sola persona velando por la existencia de todos.

Los pobres daban a los todavía más pobres y éstos a los todavía más míseros. La caridad era el onceavo mandamiento, el mandamiento no escrito. Había que atender también a los hombres de letras más sobresalientes y a los dirigentes religiosos. No se consentía que se levantasen barreras contra la conquista de la sabiduría.

He aquí una virtud en la cual muchos decían que a Simón Rabinsky, el zapatero, sólo le aventajaba el mismo rabí. En la Demarcación, donde casi todos eran pobres de solemnidad, la medida de la riqueza de un hombre la daban sus conocimientos. Simón servía como diácono de su sinagoga y cada año le elegían para uno o dos de los cargos más importantes de la comunidad. Simón no soñaba en otra cosa sino en engolosinar a sus hijos con las maravillas de la conquista de la mente.

Los judíos decían del Talmud que es un «mar». Aseguraban que su contenido es tan vasto que uno puede leerlo y estudiarlo toda la vida sin volver jamás la vista a ningún otro sitio y sin poder cruzar jamás de una orilla del «mar» a la de enfrente. Los hermanos Rabinsky estudiaban aquella inmensa colección de leyes y costumbres que contenía datos y normas sobre todo, desde el comportamiento en sociedad hasta la higiene personal.

Además de estudiar el Talmud, los hermanos Rabinsky pasaban largas horas leyendo el Pentateuco, los primeros cinco libros de Moisés que constituyeron el Tora y eran considerados la más sagrada de todas las obras.

Aprendían también la Biblia. Aprendían las leyes del Mishnah[9]. Aprendían las leyendas populares, los refranes sabios y los comentarios a la Biblia y al Midrash. Aprendían la Cábala, el libro de la mística, y las canciones, los rezos, las costumbres y los días santos.

Jossi y Yakov estudiaron a los grandes pensadores post-talmúdicos: Moisés Maimónides y Rashi.

Si bien la familia Rabinsky llevaba una existencia penosa, no era una vida

completamente desprovista de esperanza y de alegría.

Siempre había discusiones y debates, un escándalo tentador que comentar o una boda, una defunción, una confirmación, o un nacimiento que celebrar. Había la perspectiva agradable de los días festivos. Los casamenteros estaban ocupados continuamente, y cada semana había la celebración del Sabbath.

Una noche de cada semana, Simón Rabinsky, así como todo otro judío del *ghetto*, se transformaba en un rey. En el *ghetto* sonaba el cuerno tradicional y Simón dejaba las herramientas y se preparaba para su día de contacto con Dios. ¡Cuánto le agradaba el sonido del cuerno! Era el mismo grito que había llamado a su pueblo para el rezo o para la batalla por espacio de cuatro mil años. Simón iba a tomar el baño ritual mientras su virtuosa esposa Rachel encendía las velas y recitaba una bendición.

Luego se ataviaba con las prendas del Sabbath, una larga capa de seda negra y un hermoso sombrero ribeteado le piel, y se marchaba muy ufano a la sinagoga con Jossi en un brazo y Yakov en el otro.

Era tradicional que una familia más pobre que ellos fuera a la casa a participar de la comida del Sabbath. Simón bendecía las velas, bendecía el pan y el vino, y dirigía unas palabras de agradecimiento a Dios.

Rachel servía pescado relleno y tallarines y caldo de pollo, y a mitad de la tarde recorrían el *ghetto* visitando a los enfermos, o recibían visitas en la tienda, pues no tenían otro sitio mejor.

El sábado, Simón Rabinsky rezaba y meditaba y hablaba con sus hijos y revisaba sus lecciones y los conocimientos que habían adquirido y discutía con ellos sobre religión y filosofía.

Mientras se ponía el sol, señalando el final del Sabbath, Simón cantaba la canción del *ghetto*, acompañado de Rachel, Yakov y Jossi: «Alegra a Israel… destierra la desesperación».

Con el final del día retornaban las realidades de su amarga existencia. En la deslucida cueva a la que daban el nombre de tienda y de hogar, Simón Rabinsky se inclinaba sobre su banqueta de trabajo, a la luz de la vela, y sus arrugadas manos guiaban hábilmente el cuchillo, partiendo el cuero. Y entonces Simón exhalaba el mismo lamento que habían pronunciado los judíos desde la cautividad de Babilonia…

*Si yo te olvidare, oh, Jerusalén, haz que mi mano derecha pierda su destreza…, haz que la lengua se me pegue a la bóveda del paladar si no amo a Jerusalén más que a la mayor de mis dichas.*

El rezo traía consuelo, y Simón Rabinsky era un creyente como pocos. Pero ni siquiera una persona tan devota como él podía cerrar los ojos a la miseria que le rodeaba de cerca y de lejos.

—¿Cuánto durará, oh, señor, cuánto durará…? —solía preguntar—. ¿Cuánto

tiempo habremos de vivir en esta oscuridad abismal? —Pero luego sentía el corazón ligero y se exaltaba repitiendo su pasaje favorito del rezo de la Pascua—: *El año próximo en Jerusalén*.

¿Vendría jamás el Mesías para llevarlos allá?

# CAPÍTULO III

Yakov y Jossi salían del seminario y se dirigían a su casa. Jossi caminaba con la cabeza inclinada, profundamente absorto en sus pensamientos, meditando el significado de algunos pasajes del Tora que había estudiado aquella tarde. El joven Yakov corría de puntillas de acá para allá tirando piedras contra varios objetos de la calle. Él siempre llevaba un bolsillo lleno de piedras para el caso de que se topara con algunos camorristas.

Al acercarse a la esquina cercana a su hogar, Yakov cogió a Jossi por la muñeca.

—Esta noche habrá otra reunión en la tienda de Hacohen —le dijo.

—Ya lo he oído —respondió Jossi.

—¿Irás esta vez?

—No.

—Esta noche deberías ir; asistirá un verdadero «Bilu» de Palestina y nos dirigirá la palabra —insistió Yakov.

¡El corazón de Jossi se puso a latir con fuerza! ¡Un verdadero «Bilu» de Palestina! ¡Cuánto le gustaría ver y escuchar a uno que hubiese estado de veras en Palestina! En su interior, Jossi envidiaba a su hermano, que asistía en secreto a las reuniones de los Amantes de Sión. Aquella organización nueva que hablaba de la defensa del *ghetto* y del regreso a la Tierra Santa excitaba su curiosidad. Y ahora ¡un verdadero «Bilu»! No… no cedería a la tentación, por lo menos mientras su padre pusiera reparos a los Amantes de Sión.

Los dos hermanos doblaron la esquina y entraron en la tienda, después de besar el *mezuzah*, un diminuto pergamino con un rezo, clavado en la puerta. Dentro se percibía un fuerte olor a cuero, Simón levantó los ojos, que tenía fijos en su banqueta de trabajo, y sonrió.

—Hola, papá —se apresuraron a saludarle sus hijos, al mismo tiempo que corrían la cortina de la entrada a la pequeña alcoba que había en un rincón de la tienda y les servía de dormitorio.

Por su actitud, Simón adivinó fácilmente que habían comentado algo en secreto, y sabía de sobras los manejos de Yakov, pero no dijo ni una palabra. «Los muchachos han de seguir sus impulsos —decíase Simón—. No quiero imponerles mi voluntad en este asunto, ni quiero decirles nada, a menos que ellos lo digan primero».

Simón podía ser considerado como uno de los judíos más afortunados del *ghetto*. Su familia gozaba de buena salud y él tenía un oficio que, si bien pobremente, le permitía vivir El tanto por ciento de defunciones entre los judíos de la Demarcación era más del doble que el del resto de los habitantes de Rusia.

Pero no eran los judíos los únicos que se morían de hambre. La mayor parte de Rusia, especialmente los campesinos, llevaba una vida mísera. El país naufragaba en

la resaca del feudalismo, se resistía a la industrialización y era explotado por la aristocracia.

Los movimientos pidiendo reformas, pan y tierra se extendían por toda la nación. Como eran los que vivían en peores condiciones, en cualquier organización que combatieran para aliviar la suerte de los infortunados nunca faltaban militantes judíos.

La inquietud se extendía por toda Rusia. Una corriente subterránea que hablaba de revolución iba tomando impulso. Sólo entonces, el Zar Alejandro II instituyó algunas reformas que hubieran debido ser implantadas mucho tiempo atrás. Su primera medida consistió en liberar a los siervos y suavizar algunas de las disposiciones restrictivas contra los judíos. Las nuevas leyes permitían incluso que un número limitado de judíos artesanos y de profesiones liberales vivieran en Moscú. En Besarabia, unos pocos judíos pudieron comprar tierras. Con todo, las reformas fueron migajas mezquinas.

En un esfuerzo desesperado por distraer la atención del pueblo del verdadero camino de la tiranía, los cerebros dirigentes que habla detrás del Zar descubrieron otro modo nuevo de utilizar a las cabezas de turco de siempre que eran los judíos. El odio contra éstos había descansado, en Rusia, en los prejuicios religiosos, la ignorancia y la superstición, unidos a la ciega hostilidad de los campesinos, nacida de verse en una condición inferior. Ahora, el Gobierno ruso decidió emplear deliberadamente el antisemitismo como arma política y puso en marcha una campaña exagerando el número de judíos que militaban en los movimientos que reclamaban pan y tierra y afirmando que todo se reducía a un complot de los judíos anarquistas, los cuales querían apoderarse del gobierno del país en provecho propio.

El Gobierno ruso promovió, protegió y alentó en secreto dicha campaña y dejó sin castigo sangrientos *pogroms* durante los cuales los *ghettos* de la Demarcación fueron saqueados, las mujeres violadas y la sangre corrió libremente. Cuando las turbas asaltaban los *ghettos*, la Policía rusa o se volvía de espaldas o colaboraba activamente con ellas.

El 13 de marzo de 1881, una espantosa catástrofe cayó sobre los judíos. El Zar Alejandro II fue asesinado por medio de una bomba de los revolucionarios, ¡y una de las personas convictas del hecho resultó ser una muchacha judía!

Esto allanó el camino a una serie de años de horrores.

El verdadero poder que se movía detrás del nuevo Zar, Alejandro III, era el siniestro Pobiedonostsev, que manejaba al nuevo soberano, de inteligencia muy menguada, lo mismo que a un niño. A Pobiedonostsev, los principios de pan, igualdad y democracia se le antojaban cosa extremadamente vulgar y se puso a la tarea de aplastarlos despiadadamente.

Con respecto a los judíos, tenía planes especiales. En su calidad de procurador del

Sagrado Sínodo, supo que la Iglesia Griega aprobaba tácitamente su plan, que no era otro que el de procurar la eliminación paulatina de la población judía. Un tercio de ésta desaparecería mediante *pogroms* promovidos por el Gobierno, asolada por el hambre y bajo otras variantes del asesinato; otro tercio desaparecería por la expulsión y el destierro, y otro tercio se convertiría.

Semana de Pascua de 1881. La coronación del Zar Alejandro fue la señal para empezar. Los *pogroms* de Pobiedonostsev se encendieron y propagaron por todas las ciudades de la Demarcación.

Después de los primeros estallidos, Pobiedonostsev se apresuró a redactar una docena de leyes que, o bien tendían a despojar a los judíos de todas las ganancias que hubiesen acumulado anteriormente, o tendían a destruir su misma existencia.

Anonadados por los espantosos acontecimientos de 1881, los prisioneros de la Demarcación buscaban a tientas, desesperadamente, una solución a sus problemas. Un millar de iniciativas surgieron, cada una menos factible que la anterior. En muchos rincones de muchos *ghettos* se oyó la voz nueva de un grupo que se denominaba a sí mismo Hovevey Zion: Amantes de Sión.

Junto con los Amantes de Sión apareció un documento salido de la pluma de Leo Pinsker, que parecía señalar al detalle las causas y la solución del conflicto judío. El documento de Pinsker proclamaba que la autoemancipación sería el único remedio de los judíos.

A finales del 1881, un grupo de estudiantes judíos de Romny saltó fuera de la Demarcación y emprendió el camino de Palestina con una consigna en los labios: «Beth Yakov Legu Venelkha»: «Casa de Jacob, permite que subamos». Aquella atrevida banda de aventureros, cuarenta en total, se hizo popular por todas partes del mundo y fue conocida por las iniciales de su lema, con las cuales se formó la palabra, más o menos deformada, de «Bilu».

Los *Bilus* fundaron una pequeña población agrícola en Palestina, en el Valle de Saron, a la cual dieron el nombre de Rishon le Zion: Primeros a Sión; es decir, los primeros en marchar a Sión.

Entretanto, en Rusia los *pogroms* cobraban día por día un furor más terrible, alcanzando nuevas cumbres de sanguinarias destrucciones la mañana de la Pascua de 1882 en la ciudad de Balta.

Como consecuencia de ello, nuevos grupos de *Bilus* partieron hacia la Tierra Prometida y los Amantes de Sión crecían a grandes saltos en número.

En el Valle de Saron, los *Bilus* fundaron Petah Tikva: la Puerta de la Esperanza.

En Galilea fundaron Rosh Pinna: Piedra Angular.

En Samaria fundaron Zichron Yakov: Recuerdo de Jacob.

Allá por el año 1884, había en Tierra Santa media docena de establecimientos, pequeños y pobres, recién fundados por los *Bilus*, que luchaban por subsistir.

En Zhitomir y en todas las demás ciudades de la Demarcación se celebraban cada noche reuniones clandestinas. Los jóvenes empezaban a rebelarse y a separarse de los antiguos estilos.

Yakov Rabinsky, el menor de los dos hermanos, se había dejado ganar por la nueva ideología. En la alcoba de la tienda, que compartía con su hermano Jossi, se pasaba a menudo largos ratos de la noche despierto, con los ojos fijos en la oscuridad. ¡Qué maravilloso sería poder luchar! ¡Qué maravilloso marcharse de allí y encontrar de verdad la Tierra Santa! Las glorias pasadas de los hebreos llenaban el cerebro del joven. A menudo se imaginaba que estaba luchando al lado de Judas, «el Martillo», mientras los Macabeos expulsaban de Judea a los griegos. Él, Yakov Rabinsky, estaría allí cuando Judas entrase en Jerusalén y renovase la dedicación del Templo.

Yakov Rabinsky estaría allí con Simón Bar Giora, el que impidió durante dieciocho largos meses que Jerusalén cayera en poder de Roma, a despecho de todo el poder de sus legiones. Estaría allí también, encadenado junto a Giora cuando el arrogante guerrero hebreo fuese llevado a Roma, a la cueva de los leones.

Yakov estaría allí con el héroe máximo: Bar Kochba, el azote de los romanos.

Estaría allí en la defensa de Herodium y de Machaerus y de Masada y de Beitar, donde los judíos lucharon hasta el último hombre después de varios años de sitio.

Y de entre todos sus héroes, al que más deseaba encarnar era al rabí Akiva, cuando sufrió el martirio en Cesarea, porque Akiva fue maestro, erudito y combatiente todo en una pieza.

Cuando los Amantes de Sión extendieron sus campañas hasta Zhitomir, Yakov asistió a sus reuniones inmediatamente. La consigna de la autoemancipación sonaba a sus oídos como música. Los Amantes de Sión querían contar entre su número a su hermano Jossi; les interesaba por su gran presencia y por su fuerza; pero Jossi, afanoso de respetar a su padre según lo ordenaba Dios, no se decidía a identificarse con aquellas ideas tan radicales.

Al día siguiente de haber hablado el *Bilu* de Palestina en la cerería de Hacohen, Jossi no pudo resistir más. Quiso que Yakov se lo explicase todo: el aspecto del *Bilu*…, todas las palabras que pronunció…, todos los ademanes que hizo.

—Creo, Jossi, que ya es hora que asistas conmigo a una reunión.

Jossi exhaló un suspiro. Sería la primera vez que contrariaba abiertamente los deseos de su padre.

—Muy bien —dijo en un murmullo, y todo aquel día pidió perdón para sus adentros por el acto que iba a realizar.

Los dos hermanos dijeron a su padre que iban a rezar el *Kaddish*, una oración funeral, a un amigo que había fallecido recientemente…, y corrieron hacia la tienda de Hacohen, el fabricante de velas. Era una tienda pequeña, de planta baja, como la suya propia. Olía a cera y a perfumes suaves. En la calle habían apostado unos

centinelas. A Jossi le sorprendió encontrar en aquel reducido aposento tan gran número de caras conocidas. El orador era un vecino de Odesa y se llamaba Vladimir.

Vladimir no se parecía a ellos ni en el aspecto ni en los ademanes. No llevaba ni barba ni rizos. Calzaba botas y se abrigaba con una chaqueta de cuero negro. Apenas tomó la palabra, Yakov se quedó embelesado, pero en diversos puntos de la tienda se levantaron las voces de media docena de contradictores.

—¿Eres, acaso, el Mesías que ha venido para llevarnos allá? —gritó uno.

—¿Acaso encontraste al Mesías debajo de tu cama cuando te escondiste con motivo del último *pogrom*? —replicó el forastero.

—¿Estás seguro de no ser uno de los espías del Zar?

—Y tú, ¿estás seguro de no ser una de las próximas víctimas del Zar? —replicó Vladimir.

La sala se sosegó. Vladimir hablaba con voz suave. Empezó con una exposición de la historia de los judíos en Polonia y en Rusia, y luego extendió su campo de investigación, incluyendo en el mismo, Austria y Alemania. Después se refirió a las expulsiones de Inglaterra y de Francia…, luego, a las carnicerías de Bray, de York, de Spires y de Worms.

«Camaradas —terminó diciendo—, todas y cada una de las naciones que existen sobre la faz de la tierra nos han escarnecido. Hemos de resurgir nuevamente como nación. Es lo único que puede salvarnos. Pinsker lo ha comprendido así, los Amantes de Sión lo han comprendido así y los *Bilus* lo comprenden así. ¡Debemos reedificar la Casa de Jacob!».

Cuando salían del mitin, a Yakov el corazón le latía con violencia.

—¿Ves, Jossi? ¿Qué te decía yo? Esta noche has visto que hasta el rabí Lipzin estaba presente.

—Tengo que pensarlo —dijo Jossi, en son defensivo.

Pero incluso mientras pronunciaba estas palabras, comprendía que Vladimir tenía razón y Yakov también. Era su único recurso. La calle estaba callada y oscura; los dos hermanos andaban a buen paso. Al llegar a casa, besaron rápidamente el «*mezuzah*» y entraron.

En la banqueta de Simón ardía una vela. El padre estaba de pie al otro lado, vestido con la larga camisa de noche, y con las manos a la espalda.

—Hola, papá —dijeron los muchachos, haciendo ademán de meterse inmediatamente dentro de su alcoba.

—¡Chicos! —ordenó Simón.

Los hijos se acercaron poco a poco a la banqueta. La madre entró en el aposento con los ojos semicerrados, preguntando:

—Simón, ¿están en casa los muchachos?

—Sí, están.

—Diles que no deben andar por las calles hasta tan tarde.

—Sí, mamá —contestó el marido—. Vete a dormir que yo hablaré con ellos.

Entonces miró a Yakov, luego a Jossi y luego otra vez a Yakov.

—Mañana debería decirle a la señora Horowitz que su marido podrá, sin duda alguna, descansar en paz, pues mis hijos han tomado parte esta noche en un «minyan» por su alma.

Jossi no podía mentirle a su padre.

—Nosotros no hemos estado en el «minyan» por Reb Horowitz —murmuró.

Simón Rabinsky levantó las manos al cielo fingiendo sorpresa.

—¡Ah, ya! Debería haberlo comprendido. Estabais cortejando. Hoy precisamente ha venido a la tienda Abraham, el casamentero, y me ha dicho: «Simón Rabinsky, tienes en Jossi un muchacho de todas prendas. Jossi te traerá una hermosa dote de la familia de una chica que podrá considerarse muy afortunada». ¿Os parece posible? Ya quiere formar un *shiddoch* para ti, Jossi.

—No cortejábamos —contestó Jossi, luchando por deshacer el nudo que sentía en la garganta.

—No cortejabais… No estabais en el «minyan»… ¿Habéis ido acaso a la sinagoga a estudiar?

—No, padre —respondió Jossi, con una voz casi inaudible.

Yakov no pudo contenerse por más tiempo.

—¡Hemos asistido al mitin de los Amantes de Sión!

Jossi levantó la vista para mirar temerosamente a su padre, se mordió el labio y movió la cabeza afirmativamente, con las mejillas encarnadas. Yakov parecía contento por haber puesto las cartas boca arriba. Tenía un aire retador. Simón exhaló un suspiro y estuvo unos cinco minutos largos mirando fijamente a sus dos hijos.

—Me da pena —anunció al fin.

—Por eso no se lo dijimos, padre. No queríamos hacerle sufrir —dijo Jossi.

—No me da pena que hayáis ido al mitin de los Amantes de Sión. Lo que me da pena es que los hijos de Simón Rabinsky tengan un tan pobre concepto de su padre que ya no le puedan conceder su confianza.

Ahora hasta Yakov se estremeció de pesar.

—Pero si se lo hubiésemos dicho cabía la posibilidad de que nos prohibiese ir —objetó.

—Dime, Yakov, ¿os he prohibido alguna vez que aumentaseis vuestros conocimientos? ¿Os he prohibido algún libro? Dios me ayude…, incluso cuando se te metió en la cabeza la idea de leer el Nuevo Testamento…, ¿acaso te lo prohibí?

—No, señor —respondió Yakov.

—Creo que hace mucho rato que me debéis una explicación —afirmó el padre.

La luz de la vela parecía casar con el cabello de Jossi, quien subía media cabeza

más que su padre. El joven habló ahora sin tartamudear, pues si bien le costaba mucho tiempo tomar una resolución, en cuanto la había tomado raras veces la modificaba.

—Nosotros no queríamos darle pena porque sabemos la opinión que usted tiene de los Amantes de Sión y de las ideas nuevas. Pero yo me alegro de haber ido esta noche.

—Y yo me alegro de que fueras —replicó su padre.

—El rabí Lipzin desea que me aliste para la defensa del *ghetto* —anunció entonces Jossi.

—El rabí Lipzin se aparta de tantas y tantas tradiciones que ya estoy empezando a preguntarme si es judío —replicó Simón.

—Ahí está el caso, padre —repuso Jossi—. A usted las ideas nuevas le dan miedo. —Era la primera vez que había hablado de aquel modo a su padre y la vergüenza se apoderó de él al momento.

Simón pasó al otro lado del banco, dando un rodeo, apoyó las manos en los hombros de sus hijos, condujo a éstos hacia su alcoba y les pidió que se sentaran cada uno en su cama.

—¿Acaso pensáis que no sé lo que pasa por vuestras cabezas? Ideas nuevas, ciertamente. Cuando yo era muchacho se hablaba ya de autoemancipación y de la defensa del *ghetto* exactamente igual que ahora. Lo que ocurre es que estáis llegando a una crisis por la que pasan todos los judíos…, la crisis de aprender a vivir en paz con el mundo…, de conocer el sitio que le corresponde a uno. Cuando yo era muchacho hasta me dio la idea de convertirme… ¿Os figuráis, pues, que no sé lo que siente uno?

Jossi se quedó pasmado. ¡Su padre había pensado en convertirse!

—¿Qué mal hay en que pensemos en defendernos? ¿Por qué los de nuestra propia raza han de considerar un pecado que queramos mejorar nuestra situación? —preguntó Yakov.

—Tú eres judío —replicó el padre—, y el ser judío trae consigo ciertas obligaciones.

—¿La de esconderme debajo de la cama mientras intentan matarme?

—No levantes la voz delante de nuestro padre —reprendió Jossi.

—Nadie dice que sea cosa fácil ser judío. Nosotros no hemos venido a este mundo para vivir de sus frutos. Hemos sido puestos aquí para guardar las leyes de Dios. Ésta es nuestra misión. Éste es nuestro destino.

—¡Y ésta es nuestra recompensa! —replicó excitado Yakov.

—El Mesías vendrá y nos llevará a nuestro país cuando suene Su hora y sea ésta Su Voluntad —contestó Simón, inalterable—, y no creo que entre en las atribuciones de Yakov Rabinsky la de poner en duda Su sabiduría. Yo creo que lo que le

corresponde a Yakov Rabinsky es vivir según las leyes del Sagrado Tora.

En los ojos de Yakov había lágrimas de cólera.

—Yo no pongo en duda las leyes de Dios —exclamó—, pero sí pongo en duda el buen criterio de algunos de los hombres que interpretan esas leyes.

Se produjo un breve silencio. Jossi tenía un nudo en la garganta. Jamás nadie había hablado tan ásperamente a un padre. Y, sin embargo, en su interior aplaudía calladamente el coraje de su hermano; porque Yakov tenía el valor de formular las mismas preguntas exactas que él no se atrevía a decir.

—Si nosotros hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios —prosiguió Yakov—, entonces el Mesías está dentro de todos nosotros, y el Mesías que llevo en mi interior me aconseja hacer frente y luchar. No cesa de aconsejarme que me vaya a la Tierra Prometida con los Amantes de Sión. He ahí lo que me dice el Mesías, padre.

Simón Rabinsky no cedía fácilmente.

—A lo largo de nuestra historia hemos sufrido una plaga de falsos mesías. Me temo que ahora estáis dando oídos a uno de ellos.

—¿Y cómo reconoceré al verdadero Mesías? —preguntó Yakov en tono de reto.

—El problema no está en si Yakov Rabinsky reconocerá al Mesías. Está en si el Mesías querrá reconocer a Yakov Rabinsky. Si Yakov Rabinsky empieza a apartarse de Sus leyes y a escuchar falsos profetas, entonces el Mesías sabrá con toda certeza que ha dejado de ser un judío. Yo le aconsejaría a Yakov Rabinsky que continuase viviendo como judío, siguiendo el ejemplo que le dan su padre y su pueblo.

## CAPÍTULO IV

—¡Matad a los judíos!

Una piedra entró por la ventana del seminario. El rabí hizo salir precipitadamente a los muchachos por el fondo en busca de la seguridad del sótano. Por las calles, los judíos huían alocados en busca de refugio delante de una turba de más de un millar de estudiantes y cosacos.

—¡Matad a los judíos! —gritaban éstos—. ¡Matad a los judíos!

Se trataba de otro *pogrom* inspirado por Andreev, un jorobado que actuaba de director de un *gymnasium* —un colegio de segunda enseñanza— de la localidad y era la persona de Zhitomir que más se destacaba por su odio a los judíos. Los estudiantes de Andreev recorrían las calles del *ghetto* fanfarroneando, destrozando los escaparates de las tiendas y arrastrando fuera de sus casas a todos los judíos que lograban coger para darles unas palizas despiadadas.

—¡Matad a los judíos…, matad a los judíos…, matad a los judíos!

Yakov y Jossi salieron corriendo del seminario. Utilizando una ruta que sabían por calles apartadas y desiertas, empedradas de guijarros, volaron hacia su casa a fin de proteger a sus padres. Muchas veces tuvieron que agacharse y buscar un escondite, y en todo momento procuraron mantenerse alejados del ruido de los cascos de los caballos cosacos y de los gritos —que helaban la sangre en las venas— de los estudiantes.

Al doblar la esquina y meterse en su calle, se toparon de manos a boca con una docena de granujas tocados con birretes de la Universidad, discípulos de Andreev.

—¡Ahí van dos de ellos!

Yakov y Jossi volvieron la espalda y huyeron, guiando a la traílla de perseguidores lejos de su casa. Los estudiantes aullaban de entusiasmo mientras corrían tras de los dos hermanos. Durante quince minutos, éstos entraron y salieron en zigzag por calles y avenidas hasta que los estudiantes les encerraron en un callejón. Jossi y Yakov esperaron con la espalda contra la pared, sudando a mares y jadeando, mientras los otros formaban un semicírculo que se iba cerrando hacia ellos. ¡Con los ojos en llamas, el jefe del grupo se adelantó empuñando un tubo de hierro y quiso golpear a Jossi!

Jossi paró el golpe, cogió de un zarpazo al estudiante, le hizo dar varias vueltas, lo levantó sobre su cabeza y lo arrojó contra el resto de sus compañeros. Yakov, que llevaba el bolsillo lleno de piedras precisamente para casos semejantes, hizo botar dos sobre las cabezas de dos estudiantes, mandándoles al suelo sin sentido. Los otros se dieron a la fuga y se dispersaron.

Yakov y Jossi corrieron a su casa y abrieron de un empujón la puerta de la tienda.

—¡Mamá! ¡Papá!

La tienda estaba en confusión.

—¡Mamá! ¡Papá!

Encontraron a su madre acurrucada en un rincón, agitada por la histeria. Jossi la sacudió con fuerza.

—¿Dónde está papá?

—¡El Tora! —chilló ella—. ¡El Tora!

En aquel instante, seis manzanas de casas más allá, Simón Rabinsky entraba con pie inseguro en la incendiada sinagoga y se abría paso hacia el fondo de la nave donde estaba la Sagrada Arca. Llegado a ella, descorrió las cortinas, que tenían escritos en su tela los Diez Mandamientos, y cogió el Sefer Tora, el Pergamino de las Leyes de Dios.

Simón apretó el pergamino contra su pecho para protegerlo de las llamas y se encaminó penosamente hacia la puerta. Había sufrido graves quemaduras y se ahogaba. Al salir a la calle, cayó de rodillas.

Veinte de los estudiantes de Andreev le aguardaban.

—¡Matad al judío!

Simón anduvo unos pasos a gatas y se desplomó, cubriendo el Sefer Tora con su cuerpo. Las porras le aplastaron el cráneo. Las botas claveteadas le desgarraron la carne de la cara.

—¡Matad al judío!

En medio de la agonía de la muerte, Simón Rabinsky gritó:

*—¡Oye, oh Israel…, el Señor es nuestro Dios…, el Señor es único!*

Cuando encontraron a Simón Rabinsky era imposible reconocerle. El Sefer Tora, las leyes que Dios había dado a Moisés, lo había quemado la turba.

El *ghetto* entero de Zhitomir lloró su muerte. Había fenecido del modo más noble que un judío podía pasar a la otra vida: protegiendo el Sefer Tora. Le pusieron a descansar eternamente al lado de una docena de víctimas, asesinadas, como él, durante el *pogrom* de Andreev.

Para Rachel Rabinsky, la muerte de su marido no fue sino una tragedia más en una vida que había conocido muy pocas cosas que no fueran penas. Pero esta vez se quedó ya sin fuerzas y sin voluntad. Ni sus hijos conseguían consolarla. Al cabo de un tiempo la llevaron a vivir con unos parientes en otra ciudad.

Jossi y Yakov iban a la sinagoga dos veces al día a rezar el *Kaddish* por su padre. Jossi recordaba cuán gran interés había tenido en vivir como judío a fin de que el Mesías quisiera reconocerle. Toda su misión en la vida habíase centrado en defender las leyes de Dios. Ah, quizá tuviese razón; quizá no estuvieran ellos destinados a vivir de los frutos de la tierra sino a servir de celadores de las leyes de Dios. En medio de sus penas, Jossi trataba de encontrar una razón que justificase la muerte de su padre.

Yakov era distinto. Tenía el corazón rebosante de odio. Incluso mientras se dirigía a la sinagoga para rezar las oraciones por los difuntos, su alma pedía venganza. El fuego de la indignación le corroía por dentro; estaba inquieto y colérico. Repetidas veces iba murmurando que vengaría la muerte brutal sufrida por su padre.

Jossi, sabiendo el estado de espíritu de su hermano, procuraba no perderle ni un momento de vista. Y trataba de consolar y apaciguar a Yakov; pero Yakov estaba inconsolable.

Un mes después de la muerte de Simón Rabinsky, Yakov se deslizó fuera de la tienda, en mitad de la noche, mientras Jossi dormía, después de haber cogido del banco de su padre un largo cuchillo, que se escondió en el cinturón y se aventuró fuera del *ghetto*, encaminándose hacia la escuela donde vivía Andreev, el enemigo implacable de los judíos.

Jossi se despertó instintivamente unos minutos después. Apenas vio que Yakov no estaba allí, vistióse apresuradamente y corrió tras él. Sabía perfectamente la dirección que su hermano habría tomado.

A las cuatro de la madrugada, Yakov Rabinsky levantaba la aldaba de bronce de la puerta de la casa de Andreev. En el mismo instante en que el cabeza loca del jorobado abría, Yakov saltó fuera de las sombras y le hundió el cuchillo en el corazón. Andreev emitió un breve alarido y cayó al suelo, muerto.

Unos instantes después, llegaba Jossi precipitadamente y encontraba a su hermano de pie, como hipnotizado, al lado del cadáver de la víctima. Jossi empujó a Yakov fuera de allí y los dos hermanos emprendieron la fuga.

Todo el día siguiente lo pasaron escondidos en la bodega de la casa del rabí Lipzin. La noticia de que Andreev había perecido asesinado, se extendió rápidamente por Zhitomir. Los cabezas de familia del *ghetto* se reunieron y llegaron a una decisión.

—Tenemos motivos para temer que alguien os conoció —dijo el rabí al regreso —. Unos estudiantes os vieron y se fijaron en el color rojo de tu cabello, Jossi.

Jossi se mordió el labio y no reveló que él sólo había querido evitar el crimen. Yakov no manifestaba ningún remordimiento por la acción que había cometido.

—Lo haría otra vez, y de buena gana —decía.

—Aunque comprendemos muy bien el motivo que os impulsó a levantar vuestra mano contra aquel hombre, no podemos perdonar vuestra acción —puntualizó el rabí —. Podíais muy bien haber desencadenado otro *pogrom*. Por otra parte…, somos judíos y no podemos esperar que un tribunal ruso nos haga justicia. Hemos decidido, pues, que no debéis entregaros.

—De acuerdo, rabí —dijo Jossi.

—Os cortaréis los rizos y vestiréis como «goyim». Os daremos dinero y alimentos para una semana de viaje. Tenéis que abandonar Zhitomir y no regresar

jamás.

En 1884, Yakov y Jossi Rabinsky, de catorce y dieciséis años respectivamente, se convirtieron en un par de fugitivos. Utilizaban los caminos sólo de noche y de día se escondían, marchando en dirección Este hacia Lubny, sobre una distancia de quinientos kilómetros. En Lubny encontraron el *ghetto* sin dificultad y buscaron inmediatamente al rabí, sólo para enterarse de que su fama había llegado antes que ellos. El rabí y los ancianos de Lubny se reunieron y acordaron proporcionar a los dos muchachos dinero y alimentos para otra semana de viaje. Esta vez su destino sería Kharkov, distante unos trescientos kilómetros, donde quizá la policía no les buscase con tanto ahínco. Los de Lubny enviaron aviso por anticipado al rabí de Kharkov de que los hermanos Rabinsky se dirigían allá.

Toda la región se encontraba en estado de alerta, afanosa de localizar a los dos jóvenes judíos, los cuales necesitaron veinte días de moverse con gran cautela para llegar a Kharkov.

Su fama se había extendido por toda la demarcación y su captura se consideraba cada día más como un deber sagrado. Los dos hermanos estuvieron un par de semanas escondidos en los fangosos sótanos de la sinagoga de Kharkov, sin que, aparte del rabí y un reducido número de ancianos, nadie tuviera noticia de su presencia.

Por último, el rabí Solomon les habló en estos términos:

—Ni aquí estáis seguros. Es sólo cuestión de tiempo que os descubran. La policía ha rondado ya por ahí haciendo preguntas. Pero cuando llegue el invierno, será casi imposible viajar. —El rabí exhalo un suspiro y movió la cabeza tristemente—. Hasta hemos probado de procurarnos documentos para sacaros de la demarcación, pero me temo que intentábamos un imposible. La policía os conoce demasiado bien. —Y se interrumpió para dar unos pasos, meditando—. Hemos decidido que no existe sino un solo recurso. Hay en este distrito unas cuantas familias judías que pasan por gentiles y poseen pequeñas propiedades rusticas. Nosotros creemos que lo mejor sería que os escondieseis en casa de una de ellas por lo menos hasta la primavera.

—Rabí Solomon —respondió Jossi—, les agradecemos mucho todo lo que han hecho por nosotros, pero mi hermano y yo nos hemos trazado también un plan.

—¿Cuál es?

—Iremos a Palestina —anunció Yakov.

El buen rabí de quedó de una pieza.

—¿A Palestina? ¿Cómo?

—Tenemos pensada una ruta. Y Dios nos ayudará.

—Dios os ayudará, no cabe duda, pero los hombres jamás hemos de forzarle pidiendo milagros. De aquí al puerto de Odesa hay quinientos kilómetros de mal camino y estamos en la estación fría. Y aun en el caso de que llegaseis a Odesa, sin

documentos, no podríais embarcar.

—No iremos por Odesa.

—Pues no hay otra ruta.

—Tenemos la idea de hacer todo el viaje andando.

El rabí Solomon se quedó boquiabierto.

—Moisés anduvo durante cuarenta años —explicó Yakov—. Nosotros no necesitaremos tanto tiempo.

—Joven, sé muy bien que Moisés anduvo cuarenta años. Pero esto no explica cómo conseguiréis llegar andando a Palestina.

—Le expondré nuestro plan —dijo Jossi—. Marcharemos hacia el Sur. En tal dirección, la policía no nos buscará con tanto ahínco. Saldremos de la Demarcación para internarnos por Georgia; luego cruzaremos las Montañas del Cáucaso y entraremos en Turquía.

—¡Esto es una locura! ¡Es una demencia! ¡Es imposible! ¿Vais a decirme que seréis capaces de salvar más de tres mil kilómetros a pie, en el corazón del invierno, cruzando terrenos extraños y cordilleras de cinco mil metros de altura, sin papeles…, sin conocer el país…, y con la policía en pos de vosotros? ¡Ea, si sois poco más que unos chiquillos!

Yakov fijó en el rabí sus ojos llameantes de pasión.

*—No temas porque Yo estoy contigo. Traeré tu simiente del Éste y te reuniré desde el Oeste. Yo le diré al Norte: «Suelta ya», y al Sur: «No retengas; trae a mis hijos de lejos, y a mis hijas, de los confines de la Tierra».*

Y así vino a suceder que los hermanos Rabinsky, que estaban reclamados por asesinato, huyeron de Kharkov, marchando hacia el Éste y el Sur durante un invierno cruel y durísimo.

Cruzaron de noche por campos de nieve hundiéndose hasta la cintura, doblando sus jóvenes cuerpos para hurtarlos al azote de los vientos ululantes y luchando denodadamente por no quedar entumecidos de frío. Sus intestinos roncaban de hambre. De noche robaban lo que encontraban por el campo y de día se escondían en los bosques.

Durante aquellas noches de tormento, era Yakov quien insuflaba a Jossi el espíritu de la misión que habían de realizar. Era Yakov quien insistía en que dieran otro paso, y otro, y todavía otro, cuando ya no les quedaban ni vestigios de vigor. Y era Jossi el que, con sus músculos poderosos, sostenía en pie el cuerpo de su hermano menor. Y de esta forma, combinando la energía del uno y la del otro, consiguieron continuar vivos y en marcha.

Muchas noches, Jossi tenía que llevar a su hermano a hombros ocho horas completas porque Yakov tenía los pies en carne viva, sangrando, y no podía andar. Muchos días tenía que dormir encima de Yakov para transmitir el calor de su propio

cuerpo al débil organismo de su hermano. A menudo los últimos metros que les faltaban para llegar a un escondite tenían que salvarlos a rastras.

Así siguieron andando, con paso inseguro, con los pies envueltos en trapos como única protección, sobre el hielo y la nieve, un metro tras otro, un kilómetro tras otro, una semana tras otra, siempre hacia el Sur.

En la primavera llegaron a Rostov, y se desplomaron.

Fueron al *ghetto* y allí encontraron albergue y comida. Unos trajes nuevos substituyeron los harapos que les cubrían. Hubieron de descansar varias semanas antes de encontrarse suficientemente repuestos para continuar el viaje.

Muy avanzada la primavera reemprendieron la marcha, plenamente recobrados de la dura prueba del invierno.

Ahora si no tenían que contender con los elementos habían de moverse en cambio con mayor precaución que nunca, porque habían dejado atrás la demarcación y ya no podían contar con la protección, el alimento y el albergue que hasta entonces les habían procurado las comunidades judías. Mientras iban rodeando el Mar Negro hacia el sur de Rostov y se internaban profundamente en Georgia, todo el alimento que consumían tenían que robarlo de los campos y jamás se aventuraron a dejarse ver durante el día.

Al llegar otra vez el invierno, se enfrentaron con la terrible necesidad de escoger entre una de las tres soluciones siguientes: o dejarlo pasar escondidos en Georgia, o emprender la travesía de las Montañas del Cáucaso durante aquellos meses terribles, o… ver de cruzar el Mar Negro en un bote.

Cada una de las tres soluciones entrañaba sus peligros. Y aunque la de atreverse a cruzar las montañas en invierno parecía la más descabellada, su afán por salir de Rusia era tan grande que resolvieron arriesgase a ella.

En Stavropol, al pie de los montes, realizaron una serie de robos hasta que se consideraron bien equipados de ropa y alimentos para emprender el asalto de la cordillera. Y huyeron al Cáucaso tomando la dirección de Armenia, con la policía siguiéndoles la pista.

Durante otro invierno brutal se internaron profundamente en los montes, andando de día, trepando por los peligrosos pasos de noche y viviendo de la rapiña. El primer año les había endurecido y proporcionado experiencia; la obsesión de llegar a Palestina, más firme que nunca, les mantenía en pie y siempre adelante. Para que sus cuerpos no cejaran en el empeño, Yakov iba recitando con voz confusa hora tras hora, pasajes de la Biblia. La última parte de su ruta la cubrieron casi empujados únicamente por el instinto, con la mente embotada, paralizada.

Pero en la primavera operóse el segundo milagro de su renacimiento. Un día se pusieron en pie y por primera vez respiraron el aire de la libertad; habían dejado atrás para siempre a la «Madre Rusia». Al cruzar la frontera y entrar en Turquía, Yakov se

había vuelto y había escupido sobre el suelo ruso.

Ahora podían andar en pleno día; pero se encontraban en un país desconocido, poblado de sones y aromas que les eran extraños y no tenían pasaportes ni otro documento de ninguna clase. Como toda la parte oriental de Turquía era montañosa, avanzaban despacio. Donde no conseguían proporcionarse alimentos robándolos, se los procuraban trabajando de campesinos. El primer procedimiento hizo que les cogieran un par de veces y les metieran en la cárcel por un corto período. Jossi llegó a la conclusión de que tendrían que renunciar al latrocinio. Era demasiado peligroso. Se exponían a que les cogiesen y les entregasen a los rusos.

Mediado el verano, pasaron por la falda del Monte Ararat, aquél en el que se paró el Arca de Noé, y siguieron marchando hacia el Sur.

En todas las poblaciones preguntaban:

—¿Hay judíos aquí?

En algunas los había, y entonces los dos caminantes recibían alimentos, ropas y albergue y luego eran despedidos para que continuasen su camino.

Los judíos que vieron allí eran distintos de todos los que habían conocido hasta entonces. Eran campesinos llenos de ignorancia y supersticiones, pero no obstante, conocían el Tora y guardaban el Sabbath y los Días Santos.

—¿Hay judíos aquí?

—Nosotros lo somos.

—Hemos de ver a vuestro rabí.

—¿A dónde vais, muchachos?

—Vamos a pie a la Tierra Prometida.

Éste era su pasaporte mágico.

—En el pueblo vecino hay una familia judía.

Ni una sola vez les negaron la hospitalidad.

Pasaron dos años. Los hermanos seguían adelante con obstinación, parándose sólo cuando se encontraban agotados o cuando se veían forzados a trabajar para ganarse el sustento.

—¿Hay judíos aquí?

Y cruzaron la frontera de Turquía para internarse en la provincia de Siria, otro país extraño.

En Aleppo pudieron catar por primera vez el mundo árabe. Cruzaron bazares y calles llenas de estiércol y escucharon los canturreos musulmanes descendiendo de los minaretes.

Y continuaron andando hasta que el espejo verde-azul del Mar Mediterráneo se abrió de pronto ante sus ojos y el frío y los vientos de los años recién transcurridos quedaron remplazados por un clima abrasador de cuarenta y nueve grados centígrados. Y descendieron con paso cansado por la costa levantina, vestidos a estilo

árabe.

—¿Hay judíos aquí?

Sí, había judíos, aunque otra vez eran diferentes. Aquéllos vestían y hablaban como los árabes y tenían todo el aspecto de árabes. Sin embargo, conocían el idioma hebreo y el Tora. Lo mismo que los de la Demarcación y los de Turquía, los judíos que parecían árabes abrieron sus puertas a los hermanos Rabinsky sin pararse en interrogatorios y compartieron con ellos sus hogares y sus provisiones. Y les bendijeron como otros antes que ellos les habían bendecido por la santidad de la misión que se habían impuesto.

Y los dos caminantes entraron en el Líbano, cruzando Trípoli y el rústico Beirut. Ya estaban cerca de la Tierra Prometida.

—¿Hay judíos aquí?

Era el año 1888. Habían transcurrido cuarenta meses desde la noche en que Yakov y Jossi huyeron del *ghetto* de Zhitomir. Jossi se había convertido en un gigante enjuto y correoso de un metro ochenta y ocho centímetros de estatura con un armazón de acero. Tenía veinte años y llevaba una barba roja como una llama.

Yakov tenía dieciocho años y también a él le habían endurecido los tres que había durado su travesía, pero seguía siendo de mediana estatura y poseyendo una fisonomía morena y expresiva y continuaba animado por la misma vehemencia que le caracterizaba desde la infancia.

Los dos hermanos estaban de pie sobre un monte. A sus pies se abría un valle. Yakov y Jossi Rabinsky estaban contemplando el Valle de Huleh, en la Galilea septentrional. Jossi Rabinsky sentóse sobre una piedra y lloró. Habían llegado al final de su viaje.

—*Pero vive el Señor que hizo salir y acompañó la simiente de la Casa de Israel en la comarca del Norte y en todas las comarca adonde Yo les había llevado, y ellos vivirán en las tierras que les pertenecen* —recitó Yakov. Luego, apoyando la mano en el hombro de Jossi, exclamó—: ¡Estamos en nuestra Patria, Jossi! ¡Estamos en nuestra Patria!

## CAPÍTULO V

Desde el monte iban examinando el terreno con la mirada. Al otro lado del valle, en el Líbano, se levantaba el orgulloso pico cubierto de nieve del Monte Hermón. Abajo, delante de ellos, extendíanse el lago de Huleh y los cenagales. A la derecha, acurrucada entre los montes, había un poblado árabe. ¡Jossi Rabinsky experimentaba la mayor exaltación de toda su vida! ¡Qué hermoso aspecto tenía desde allí la Tierra Prometida!

Y se aseguró a sí mismo, como suelen hacerlo los jóvenes en ocasiones semejantes, que un día volvería allí y desde aquel mismo sitio contemplaría de nuevo aquel país que era el suyo.

Allí se quedaron un día y una noche y a la mañana siguiente iniciaron el descenso en dirección al poblado árabe, cuyas casas de barro, enjalbegadas con cal y amontonadas en un collado de la montaña, tenían una blancura cegadora bajo los rayos del sol de la mañana. Los campos de cultivo y los huertos de olivos descendían por la ladera hasta los terrenos pantanosos del Lago de Huleh. En los campos, un borrico tiraba de un arado de madera, mientras otros transportaban mieses sobre los lomos. En las viñas las mujeres árabes trabajaban entre las cepas. El poblado estaba lo mismo que había estado, sin duda, mil años atrás.

Pero a cada paso que daban hacia él su belleza disminuía; de tal modo que pronto quedó substituida por un mal olor insoportable. Desde los campos y desde las casas, ojos recelosos observaban a los dos hermanos mientras éstos se internaban por la calle de piso de tierra. Bajo el sol abrasador, la vida se movía perezosamente. La calle estaba llena de estiércol de camello y de asno. Enjambres de moscas gigantes se abatían sobre los dos forasteros. Un perro holgazán se había tendido en el albañal abierto, para refrescarse. Mujeres cubiertas de velos corrían a esconderse dentro de las míseras casas de barro, de una sola habitación, la mitad de las cuales amenazaban ruina; a pesar de lo cual albergaban una docena o más de personas, amén de cerdos, pollos, mulos y cabras.

Los caminantes se pararon junto al pozo del agua de la población. Unas muchachas de porte muy erguido llevaban enormes jarras sobre la cabeza o estaban arrodilladas lavando la ropa y charlando unas con otras.

La aparición de los viajeros provocó un silencio absoluto.

—¿Podemos beber un sorbo de agua? —preguntó Jossi.

Ninguna se atrevió a contestar. Con aire indeciso, los dos hermanos sacaron un cubo de agua, se rociaron los respectivos rostros, llenaron las cantimploras y se alejaron sin entretenerse.

Al cabo de un rato llegaron a una choza destartalada que servía de sala de café y sobre cuyo suelo había varios hombres sentados o tendidos con aire indiferente

mientras sus mujeres araban los campos. Algunos jugaban al chaquete. El aire estaba saturado de una mezcla repugnante de olores formada por el aroma del café espeso, el tabaco, el humo del hachís y los pésimos olores del resto de la población.

—Agradeceríamos que nos orientaran —dijo Jossi.

Al cabo de varios segundos, uno de los árabes se levantó del suelo y les indicó que le siguieran El árabe les alejó del centro del poblado hasta llegar a una corriente de agua, al otro lado de la cual había una pequeña mezquita y un minarete. Al lado de la mezquita y el minarete se levantaba a la sombra una casa de piedra, bien construida y junto a la casa había una habitación que servía de recibidor. Jossi y Yakov fueron acompañados hasta dicha habitación e invitados a entrar y sentarse. Las paredes del aposento estaban encaladas. Unas ventanas convenientemente distribuidas por los gruesos muros, le daban un agradable frescor. Un largo banco adosado a las paredes rodeaba la sala. El banco estaba cubierto de brillantes cojines. De las paredes colgaba una gran variedad de espadas, baratijas y retratos de árabes y de visitantes.

Transcurrido un buen rato, entró un hombre de unos veinticinco años. Se cubría con un lienzo a rayas que le llegaba hasta los tobillos y llevaba en la cabeza un turbante blanco con una cinta negra. Su aspecto indicaba inmediatamente que era un hombre acomodado.

—Soy Kammal, muktar de Abu Yesha —anunció. Y dando una palmada con sus manos llenas de anillos, ordenó que trajesen frutas y café a los forasteros. Cuando sus hermanos salieron para cumplir el mandato, imperó en la habitación un frío silencio; sin romper el cual fueron entrando uno a uno los ancianos del poblado.

Los dos caminantes se quedaron sorprendidos al comprobar que Kammal hablaba un poco el hebreo.

—Esta población está enclavada en el paraje donde dice la tradición que fue enterrado Josué —les explicó—. Ya sabéis, Josué, además de ser un guerrero judío, es también un profeta musulmán.

Luego, siguiendo la costumbre árabe de no hacer nunca una pregunta directa, Kammal se puso a la tarea de descubrir quiénes eran los visitantes y cuál la misión que les traía. Al final aventuró la posibilidad de que los dos muchachos se hubieran extraviado, porque hasta entonces ningún judío se había aventurado por el Huleh.

Jossi explicó que habían entrado por el norte e iban en busca del núcleo judío más cercano. Después de otra media hora de preguntas indirectas, Kammal pareció satisfecho y convencido de que los dos mozos no estaban de exploración buscando tierras por aquel sector. Con ello abandonó, al parecer, un poco la guardia y les explicó que él no era solamente el muktar y el propietario de todo el campo de Abu Yesha, sino también el jefe espiritual y la única persona instruida de la población.

Jossi sintió al momento una vaga simpatía por aquel hombre, sin que hubiera podido decir qué era lo que se la inspiraba. Narróle la larga travesía que habían hecho

por tierras de Rusia y le dijo que deseaban establecerse en la Tierra Santa y dedicarse a cultivar el suelo. Cuando hubieron terminado toda la fruta que les habían servido, Jossi se despidió de su anfitrión.

—Encontraréis judíos a treinta kilómetros de aquí, en dirección sur —le dijo éste —. Andando, podéis llegar allá al caer la noche, si no os apartáis del camino. Es un lugar que se llama Rosh Pinna.

¡Rosh Pinna! ¡Qué alegría! En la Demarcación había oído mentar muchas veces aquel nombre.

—Rosh Pinna está a mitad de camino entre el lago de Huleh y el Mar de Galilea —añadió su informador—. En vuestra ruta pasaréis junto a un gran *tel*[10]. Debajo del *tel* duerme la antigua ciudad de Hazor… Que Dios proteja vuestros pasos.

El camino les sacó fuera de los campos de Abu Yesha y les hizo dar un rodeo evitando las ciénagas de Huleh. Jossi volvió la cabeza para mirar atrás y vio el punto por el que habían entrado a primeras horas de la mañana.

—Volveré —se dijo a sí mismo—. Sé que volveré.

Al mediodía llegaron a la colina levantada por el hombre que Kammal había descrito. Mientras trepaban hacia su cima no dejaban de pensar ni un momento que debajo de ellos estaba enterrada la antigua ciudad de Hazor. Jossi hervía de entusiasmo.

—¿Te das cuenta de que es posible que Josué pusiera el pie en el mismo sitio exacto en que lo tengo yo ahora cuando arrebató la ciudad a los cunanitas? —Y se entretuvo recogiendo trozos de cerámica rota, pues el suelo estaba sembrado de ellos.

Desde el primer momento en que divisó Tierra Santa, Jossi sentía un gozo tan grande que no se daba cuenta ni por casualidad del mal humor que dominaba a Yakov. El hermano menor no quería destruir la dicha del otro y guardaba silencio; pero su malhumor crecía por momentos.

Al atardecer llegaron a Rosh Pinna, la Piedra Angular, el establecimiento más septentrional de los judíos. Su llegada produjo verdadero furor. En un pequeño edificio que servía de sala de reuniones, los dos hermanos hubieron de soportar un diluvio de presuntas. Pero hacía cuarenta meses que habían salido de Zhitomir y lo único que podían asegurar era que los *pogroms* empezados en 1881 habían ganado cada día más en virulencia.

Si bien ambos hermanos disimulaban sus impresiones, Rosh Pinna les desilusionó terriblemente. En vez de unas fincas florecientes lo que encontraron fue un pueblo arruinado. No había sino unas pocas docenas de judíos que vivieran en condiciones medianamente aceptables, no mucho mejores que las de los árabes de Abu Yesha.

—A veces se me antoja que habría sido mejor no movernos de Rusia —manifestó uno de los «*Bilus*»—. Por lo menos en el *ghetto* estábamos entre judíos; teníamos libros para leer, oíamos música, podíamos conversar con otras personas…, había

mujeres. Aquí no hay nada.

—¿Y todas aquellas cosas que escuchábamos en los mítines de los Amantes de Sión…? —decía Jossi.

—Ah, sí, al llegar todos estábamos saturados de grandes ideales. Pero uno los pierde pronto en este país. Miradlo, tan arruinado que no cría nada. Lo poco que tenemos nos lo roban los beduinos; y los turcos se llevan lo que los beduinos han dejado. Si yo estuviera en vuestro pellejo, muchachos, continuaría el viaje hasta Jaffa y embarcaría en el primer buque que saliese para América.

«Una peregrina idea», pensó Jossi.

—Si no fuera por las limosnas de Rothschild, de Hirsch y de Schumann, haría tiempo que habríamos muerto de hambre.

Jossi y Yakov salieron de Rosh Pinna a la mañana siguiente y emprendieron el camino cruzando los montes hacia Safed. Safed era una de las cuatro ciudades sagradas de los judíos. Estaba asentada en un hermoso monte de forma cónica a la entrada de la parte galilea de la comarca del Huleh. Jossi se prometió que allí se desvanecería pronto la desilusión que sufrían porque había familias judías que vivían en aquellos lugares desde dos, tres y hasta cuatro generaciones. Vivían y estudiaban la Cábala, el libro de la mística. Mas…, la penosa sorpresa de Rosh Pinna se repitió en Safed. Los dos hermanos encontraron en la antigua ciudad a unos centenares de judíos ancianos que vivían entregados al estudio, sosteniéndose de las limosnas que les enviaban sus correligionarios de todo el mundo. No soñaban siquiera en volver a levantar la casa de Jacob; no querían otra cosa que vivir pacíficamente en el estudio y la pobreza.

Los hermanos Rabinsky volvieron a emprender la marcha partiendo de Safed a la mañana siguiente y cruzando por el vecino Monte de Canaan, donde se detuvieron para orientarse. Desde Monte Canaan se divisaba un panorama maravilloso. Desde allí veían Safed sobre el monte en forma de cono, y más allá, el Mar de Galilea. Hacia el Norte se veía la cadena montañosa del Huleh, de donde venían ellos. A Jossi le gustaba volver los ojos hacia allá, porque aquél era el suelo que sus pies habían pisado primero. Y se repitió que sí, que algún día…, algún día aquel suelo sería suyo.

Yakov empezaba a manifestar su amargura.

—Todas nuestras vidas, todos nuestros rezos…, y míralo, Jossi.

El hermano mayor puso la mano sobre el hombro del pequeño.

—Mira qué hermoso se ve desde aquí —le dijo—. Te lo aseguro, Yakov, algún día conseguiremos que parezca tan bello mirado desde el pie de la montaña como se ve desde la cima.

—Ya no sé lo que debo creer —murmuró Yakov—. ¡Con esos largos inviernos que hemos pasado, morados de frío, cruzando montañas, y esos veranos abrasadores!

—Alégrate, hombre —animóle Jossi—. Mañana emprenderemos el viaje hacia

Jerusalén.

¡Jerusalén! La mágica palabra levantó el decaído ánimo de Yakov.

A la mañana siguiente, bajaron del Monte Canaan y se dirigieron hacia el Sur por la orilla del Mar de Galilea, penetrando en el Valle de Genossar, dejando atrás Arbel y los Cuernos de Hattin, en la llanura donde en otro tiempo Saladino el Kurdo aplastó a los cruzados en un sangriento combate.

Pero, a medida que iban avanzando, también Jossi se desanimó. Su Tierra Prometida no era un país floreciente que rezumase leche y miel, sino una sucesión de ciénagas semejando llagas del suelo, de montes denudados, de campos pedregosos, de tierra estéril, consecuencia del abandono de mil años de estar en poder de árabes y turcos. Era un terreno despojado de toda riqueza. Era un terreno herido y yermo.

Al cabo de algún tiempo llegaron al Monte Tabor, en el centro de Galilea, y ascendieron a la cima de aquella elevación que había representado un papel tan importante en la historia de su pueblo. Allí fue donde Deborah, la Juana de Arco judía y su general Barakj se escondieron con sus ejércitos para caer luego como una flecha sobre la hueste invasora. Desde la cima del Tabor, su vista alcanzaba hasta muchos kilómetros en todas direcciones. A su alrededor quedaban restos del paso de los cruzados y las ruinas de un pequeño monasterio. Allí fue donde Jesús se transfiguró y estuvo en conversación con Moisés y Elías.

Desde el Tabor, Jossi y Yakov Rabinsky pudieron contemplar por entero el lamentable cuadro: un país estéril, descuidado, moribundo.

Y siguieron andando con el paso cansado y el corazón triste. Las simientes del pasado se extendían por todo su alrededor. Dejaron atrás Monte-Gilboa, donde trabaron batalla Saúl y Jonathan y donde reposa Gedeón…; dejaron atrás Berthel y Jericó…

¡Al internarse por los montes de Judea, sus espíritus se enardecieron de nuevo! Las antiguas terrazas del suelo continuaban todavía desde los tiempos en que cientos de miles de judíos recogían los bienes de la tierra. Riqueza no quedaba ninguna, la erosión había denudado los montes, pero nada podía amortiguar el entusiasmo de los hermanos Rabinsky mientras ascendían más arriba, y más arriba, y más arriba.

Al llegar a la cima de la cresta montañosa, ¡Jossi y Yakov vieron la ciudad de David!

¡Jerusalén! ¡Corazón de sus corazones; sueño de sus sueños! En aquel segundo, todos los años de privaciones, todas las amarguras, todos los sufrimientos quedaron anulados.

Entraron en la antigua ciudad amurallada por la Puerta de Damasco y orientaron sus pasos hacia la poderosa sinagoga de Hurva.

—Ah, si nuestro padre estuviera ahora con nosotros —susurró Jossi.

—*Si yo te olvidara, oh Jerusalén…* —Yakov iba rezando el lamento de los

cautivos.

De la sinagoga fueron a la pared que quedaba de su antiguo gran templo de los judíos. Quedaba dentro del perímetro de la Mezquita de Omar, la Cúpula de la Roca. Aquella pared era el lugar más sagrado de toda la judería.

Cuando por fin pidieron hospitalidad a los judíos, perdieron las ilusiones. Los judíos de Jerusalén pertenecían a la secta Hasidim, eran unos fanáticos ultraortodoxos que interpretaban las Leyes de un modo tan estricto, que sólo era posible guardarlas retirándose por completo del mundo y de la civilización. Hasta en la Demarcación rusa tales grupos se habían aislado del resto del *ghetto*.

Por primera vez desde que abandonaron Zhitomir, a Jossi y a Yakov se les negó la hospitalidad en un hogar judío. Los de Jerusalén no tenían ningún afecto a los «*Bilus*» y a los Amantes de Sión les reprochaban sus poco piadosas ideas.

Entonces los dos muchachos se vieron como intrusos en su propio país. Y se alejaron de Jerusalén aplanados por la tristeza, bajando los montes de Judea en dirección al puerto de Jaffa.

Ese antiguo puerto que había estado en servicio constante desde los tiempos de los fenicios, era otra versión de Beirut, Aleppo o Trípoli: callejuelas estrechas, suciedad, degradación. No obstante, había unos cuantos establecimientos judíos en las cercanías, como los de Rishon de Sión, Rehovot y Petah Tikva. En el mismo Jaffa había algo de comercio judío, así como una agencia para los inmigrantes. En ella supieron los dos hermanos toda la historia completa. En toda la provincia de Palestina del Imperio otomano, no había más allá de cinco mil judíos, la mayoría de los cuales eran ancianos que vivían entregados al estudio y a la oración en las cuatro ciudades santas de Safed, Jerusalén, Hebrón y Tiberíades La docena o cosa así de colonias agrícolas establecidas por judíos, se encontraban todas en una situación desesperada. Si continuaban existiendo lo debían a la filantropía de los judíos europeos ricos, cuales los barones de Hirsch, Rothschild y el multimillonario suizo Schumann. Buena parte del idealismo de los «*Bilus*» se había desvanecido. Una cosa era hablar de la reconstrucción de la Casa de Jacob desde un sótano de la Demarcación y otra muy distinta tener que enfrentarse con la triste realidad de la miseria y la desintegración en que había caído Palestina. Los «*Bilus*» carecían por completo de experiencia en materias agrícolas. Los filántropos les enviaban expertos que les ayudasen; pero éstos enfocaban las explotaciones sobre la base de emplear mano de obra árabe, barata, y de emprender dos o tres cultivos para la exportación: aceitunas, uvas y limones. No se había hecho ningún intento dirigido a que los colonos fuesen los mismos que laborasen los campos y tampoco se había pensado en instaurar una rotación equilibrada de cultivos. En realidad, los judíos habían pasado a formar un cuerpo de capataces.

Tanto los árabes como los turcos —los dueños del poder— robaban

despiadadamente a los judíos. Las cosechas estaban gravadas con impuestos prohibitivos; por todas partes se tropezaba con el obstáculo de las restricciones. Como los judíos se negaban a defenderse, las bandas nómadas de beduinos les llamaban «Hijos de la Muerte».

Había, no obstante, unos centenares de muchachos como los hermanos Rabinsky que moraban en Jaffa y eran los que mantenían vivo el espíritu de los «*Bilus*», pasándose noche tras noche conversando en los cafés árabes. La tarea de regenerar aquel país miserable parecía casi imposible, pero llegaría a realizarse siempre que el número de judíos dedicado a ella fuese mayor y estuvieran animados de un espíritu de lucha. Jossi daba por seguro que tarde o temprano llegarían otros judíos a Palestina, porque en Rusia, era inevitable, habría nuevos *pogroms* y la Demarcación entera estaba en efervescencia.

Todo el mundo notaba la falta de algo; de un algo que no se encontraba en el Tora, ni en el Talmud, ni en el Midrash, ni en el Mishnah. Lo mismo que Yakov y Jossi, la mayoría de los muchachos judíos que se hallaban en Safed habían huido de Rusia para sustraerse al servicio militar, o empujados por la pobreza y la miseria, o por idealistas esperanzas. Los judíos ya establecidos en Palestina les trataban como a «forasteros». Por lo demás, eran vagabundos sin patria.

Hubo de transcurrir un año entero para que llegase la respuesta del rabí Lipzin. Los dos hermanos supieron por ella que su madre había muerto a consecuencia del dolor insondable, inextinguible que la dominaba.

En el espacio de los cuatro o cinco años siguientes, Yakov y Jossi acabaron de hacerse hombres. Trabajaban en los muelles de Jaffa y en los campos de los establecimientos judíos, ora como peones, ora como capataces. Cuando los judíos empezaron a salir fuera de la Jerusalén antigua y amurallada, estimulados y ayudados por el filántropo judío inglés Moisés Montefiore, los hermanos Rabinsky trabajaron de picapedreros. En Jerusalén se construía todo de aquella caliza de singular hermosura arrancada de los montes de Judea.

Yakov y Jossi iban de un trabajo a otro. Poco a poco perdieron el contacto con la profunda educación religiosa que había sido la fuerza dominante en la vida del *ghetto*. Sólo en las festividades más señaladas iban a Jerusalén. Sólo en el Día de la Expiación, el Yom Kippur, volvían los ojos hacia el interior de sí mismos y examinaban sus almas y sus vidas. No, también hacían examen de conciencia en el Día del Juicio —Rosh Hashana—, en el año nuevo. Yakov y Jossi Rabinsky se convirtieron en sendos ejemplares de un nuevo tipo de judío. Eran jóvenes y fuertes; eran hombres libres gozando de una libertad jamás conocida en la Demarcación. Y, sin embargo, ansiaban un objetivo y anhelaban tener contacto con los judíos de Europa. Los años 1891, 1892 y 1893, llegaron y se fueron.

Unos cuantos judíos más vinieron a establecerse en Palestina; a recargar los libros

de cuentas de los filántropos.

Pero mientras Yakov y Jossi llevaban en Tierra Santa una vida aparentemente desprovista de objetivo, en otra parte del mundo tenían lugar unos acontecimientos dramáticos que iban a determinar su destino y el de todos los judíos para siempre.

# CAPÍTULO VI

*FRANCIA, 1894-97*

Los judíos de Francia y de la mayor parte de la Europa occidental vivían en mejores condiciones que los de la Europa oriental. Después de las matanzas y las expulsiones de la Edad Media, el odio a los judíos, tanto en Francia como en Inglaterra, se había despojado de su faceta criminal.

Para los judíos, el día que estalló la Revolución Francesa fue un gran día. Al cabo de mil quinientos años, había por fin una nación en Europa que los aceptaba como a seres humanos iguales a los demás. Francia fue el primer país de Europa que concedió a los judíos la plenitud de derechos de ciudadanía, sin discriminación ninguna. Y su situación mejoró todavía por obra de Napoleón, al declarar éste que el judaísmo era una religión y no una nacionalidad. Mientras los judíos franceses considerasen la característica que les diferenciaba solamente como un credo religioso y fuesen fieles a Francia, habían de gozar de los mismos derechos que los otros franceses.

Los primeros años del siglo XIX señalaron el comienzo de un siglo de oro para los judíos franceses. La comunidad judía produjo una pléyade brillante de médicos, abogados, científicos, poetas, escritores, músicos y hombres de Estado que parecían confirmar el concepto napoleónico de asimilación.

Por supuesto, existían en Francia formas discretas de antisemitismo. Pero la incomodidad de ser judío resultaba mínima. Jamás los judíos de Europa habían conocido una libertad semejante ni ocupado una posición tal en la sociedad. A mediados de siglo habían penetrado profundamente en todos los aspectos de la vida francesa y habían formado la poderosa Alianza Universal como portavoz y brazo filantrópico suyos.

El odio a los judíos es como una enfermedad incurable. Bajo determinadas condiciones democráticas, acaso no florezca bien. Bajo otras condiciones, es posible incluso que parezca que muere; pero jamás desaparece del todo, ni aun en el clima mejor estudiado.

En Francia vivía un joven capitán del Ejército, originario de una familia acomodada. En el año 1893 le llevaron ante un Tribunal Militar bajo la acusación falsa, inventada, de vender secretos a los alemanes. El juicio de aquel hombre sacudió el mundo entero y se convirtió en una mancha imborrable sobre la túnica de la justicia francesa. Aquel hombre fue declarado culpable de traición y sentenciado a cadena perpetua en la Isla del Diablo.

Aquel hombre se llamaba Alfred Dreyfus.

En el crudo invierno de 1894, Alfred Dreyfus fue condenado por un tribunal. En una ceremonia privándole de todos los derechos civiles, hubo de ver cómo le cortaban las charreteras de los hombros, cómo le cruzaban las mejillas a bofetones, cómo le rompían la espada y le arrancaban los botones de la capa. Luego de un ominoso redoblar de tambores, fue denunciado y declarado traidor a Francia. Cuando se lo llevaban para empezar su vida en el penal, gritó: «¡Soy inocente! ¡Viva Francia muchos años!».

Alfred Dreyfus era judío.

La enfermedad dormida del antisemitismo resurgió de nuevo en la nación gala. Excitadas por Edouard Drumont, el pontífice máximo del odio a los judíos, turbas de franceses corrían por las calles de París prorrumpiendo en el grito inmemorial. «¡Mueran los judíos!».

Años después, el gran novelista Emilio Zola se hizo eco del caso Dreyfus. En una carta abierta al presidente de Francia, marcó el extravío de la justicia francesa con el hierro de una prosa inmortal.

Pero un hombre determinado fue testigo de la hora desdichada que hubo de vivir Dreyfus en un juzgado de París. Y a pesar de que Dreyfus fuera más tarde puesto en libertad, aquel hombre no pudo olvidar el grito de: «¡Soy inocente!». Y menos podía olvidar a las turbas parisinas chillando: «¡Mueran los judíos!». Este grito le obsesionaba noche y día.

El hombre que no podía olvidar era Teodoro Herzl.

Teodoro Herzl también era judío. Había nacido en Hungría, pero su familia (una familia acomodada) se trasladó a Austria, y Teodoro se hizo hombre en Viena. Su formación judaica era bastante superficial. Tanto él como su familia, aceptaban convencidos la teoría, entonces muy en boga, de la asimilación.

Herzl era un escritor brillante: ensayista, dramaturgo y periodista, y como muchos espíritus creadores de su escuela, sentíase agitado por una inquietud incesante. Habíase casado con una mujer buena, pero incapaz de ofrecerle el afecto y la comprensión que necesitaba. Afortunadamente para Herzl, la generosa asignación que le pasaba su familia, financiaba sobradamente sus inquietas aventuras.

Herzl se marchó a París y con el tiempo vino a ser el corresponsal en la capital francesa de la poderosa *Nueva Prensa Libre*, de Viena. Herzl sentíase relativamente feliz. París era una ciudad despreocupada, él tenía un buen empleo, y, por lo demás, uno siempre contaba con el maravilloso placer del intercambio de ideas.

Pero ¿qué era realmente lo que le había traído a París? ¿Qué mano invisible lo había acompañado hasta aquella sala del tribunal en aquel día de invierno? ¿Por qué había de ser él precisamente? Herzl no vivía ni pensaba como un judío devoto; mas cuando oyó a la turba al otro lado de los muros gritando: «¡Mueran los judíos!», su vida, así como la de todos los de su raza, quedó cambiada para siempre.

Teodoro Herzl pensó y meditó y sacó la consecuencia de que jamás se conseguiría arrancar de raíz la maldición del antisemitismo. Mientras quedase un judío con vida, quedaría alguna persona que le odiaría. En las profundidades de su acongojada mente, Herzl se preguntaba cuál podría ser el remedio, y llegó a una conclusión, a la misma que habían llegado un millón de judíos antes que él, a la misma que Pinsker había señalado en su panfleto sobre la autoemancipación. Herzl se dijo que únicamente si los judíos volvían a formar un Estado todos los miembros de su pueblo podrían vivir por fin como hombres libres en todos los países. Habían de tener una voz que les representase ante el mundo; habían de tener un Gobierno reconocido que exigiera para ellos el mismo respeto y la misma dignidad de que gozaban los demás hombres.

El documento en que Herzl expresó estas ideas, llevó por título: «El Estado Judío».

Impulsado irresistiblemente por la misión que había descubierto de pronto, Herzl se lanzó a reunir apoyos para sus ideas, sin pensar para nada en sí mismo. Acudió a los filántropos opulentos, riquísimos, que sostenían las colonias judías de Palestina… Y ellos se burlaron de sus ideas, considerándolas una insensatez. Una cosa era la caridad —como judíos que eran dios, daban parte de lo suyo a otros judíos menos afortunados—, pero pensar en la reconstrucción del hogar nacional era una locura.

No obstante, la idea del Estado Judío tomó cuerpo y se extendió por un centenar de naciones. Herzl no había concebido una idea nueva, ni era el único que la sostenía, pero sí hay que reconocer que el impulso dinámico de ese hombre no la dejó perecer. Y pronto empezó a verse rodeado de importantes apoyos. Max Nordau, un húngaro trasplantado a París y aureolado por una fama internacional como escritor, le hizo coro, y lo mismo podemos decir de Wolfsohn, en Alemania, y de De Hass, en Inglaterra. Muchos cristianos que ocupaban cargos elevados manifestaron también su aprobación a la idea.

En el año 1897 se convocó en Basilea, Suiza, una convención de dirigentes judíos de todo el mundo. Fue, sin duda alguna, un parlamento de la judería mundial. Desde la destrucción del segundo Templo no había ocurrido nada comparable. Allí estaban los asimilacionistas; los Amantes de Sión estaban allí. Allí acudieron los judíos ortodoxos, y acudieron también los socialistas. Fuesen cuales fueren sus tendencias, a todos les unía un lazo común, y todos como un solo hombre estaban preparados para sublevarse contra dos mil años de indescriptibles persecuciones. La convención de Basilea propugnó el retorno de los judíos a su país de origen histórico, declarando que sólo con el establecimiento de un Estado judío podrían alcanzar la libertad los judíos del mundo entero.

Aquel movimiento fue bautizado con el nombre de «sionismo».

Mientras en Rusia, Polonia, Rumanía, Austria y Alemania tenían lugar alborotos

antijudíos y mientras en Francia renacían las persecuciones, la convención de Basilea publicó su histórica proclama:

EL OBJETIVO QUE SE PROPONE EL SIONISMO ES CREAR PARA EL PUEBLO JUDÍO UN HOGAR NACIONAL EN PALESTINA GARANTIZADO POR EL DERECHO PUBLICO.

Y Teodoro Herzl escribió en su diario: «En Basilea he establecido yo un Estado Judío. Si esto lo dijese hoy en voz alta, la respuesta que obtendría sería una carcajada universal. Pero dentro de cinco años, como mínimo, o dentro de cincuenta, como máximo, todo el mundo lo reconocerá así».

Después de la declaración formal del sionismo, Teodoro Herzl se lanzó a la ardua tarea como un poseso. Era un dirigente entusiasta e inspiraba su arrebato a todos los que tenía a su alrededor. Consolidó sus soportes, conquistó nuevos adeptos, re unió fondos y formó una organización.

Como objetivo inmediato fijóse el de conseguir un estatuto u otra base legal sobre la cual apoyar el sionismo.

Pero entre los mismos judíos se produjo una escisión. Herzl fue hostigado por algún elemento que consideraba su sionismo «político» impuro. Muchos de los Amantes de Sión se echaron atrás. Una parte del elemento religioso le denunciaba como a un falso Mesías, del mismo modo que otro sector le había ensalzado como a un Mesías verdadero. Con todo, el tren de Herzl no había quien lo descarrilase. Cientos de miles de judíos llevaban en el bolsillo un «shekel» impreso acreditándoles como miembros de aquel movimiento.

Sin contar todavía con un estatuto, Herzl empezó a visitar a jefes de Estado con el fin de exponerles sus ideas.

Trabajó más de lo que le permitían sus fuerzas, arruinó su economía particular, descuidó su familia y malbarató su salud. El sionismo se había convertido en su gran obsesión. Al final obtuvo una entrevista con el Sultán del tambaleante Imperio otomano, Abdul Hamid II, «Abdul el Sentenciado». El viejo déspota cruzó la espada verbal de la discusión con Herzl y le prometió a medias que tomaría en consideración la posibilidad de conceder un estatuto a Palestina, a cambio de un dinero que necesitaba con urgencia. Abdul era un ser corrompido. Sus vastos dominios en el Oriente Medio principiaban en la provincia de Mesopotamia y comprendían Siria, Líbano, Palestina y gran parte de la península de Arabia. Abdul probó de servirse de la propuesta judía para obtener mejores ganancias, y finalmente denegó la petición de Herzl. Su negativa significó un gran fracaso.

En 1903, la situación de los judíos en Rusia llegó de nuevo a un punto crítico. En la ciudad de Kishinev les acusaron otra vez de emplear sangre de cristianos en sus

ritos, y durante la Pascua de aquel mismo año, el Gobierno espoleó en secreto una desalmada degollina que dejó el *ghetto* de Kishinev despoblado.

Al final, Inglaterra pareció mostrarse comprensiva. A principios de siglo, los ingleses iban extendiendo su influencia por el Oriente Medio; constituían ya una fuerza que hacía frente a los otomanos, que estaban en decadencia. Habían sentado sus reales en Egipto, así como en media docena de «sheicatos» de la península de Arabia, y deseaban vivamente granjearse el favor de los judíos del mundo entero a fin de utilizarlo en pro de sus aspiraciones particulares. De ahí que ofreciesen a los sionistas una parte de la península del Sinaí, que sería colonizada por los inmigrantes judíos. Se daba por descontado que dicha parte estaría a las mismas puertas de la Tierra Prometida y que tales puertas se abrirían en cuanto los ingleses fueran dueños de la situación. Era un plan impreciso y mal pergeñado, y Herzl todavía tenía esperanzas de conseguir un estatuto para Palestina; total, que el plan quedó abandonado.

Los nuevos intentos para lograr un estatuto fracasaron. Los *pogroms* cubrían una gran parte de Europa. Herzl estaba convencido de la necesidad de encontrar un refugio momentáneo que suavizase la situación. Los británicos hicieron entonces una segunda proposición. Ofrecieron el territorio africano de Uganda a los sionistas para que fuera colonizado por los judíos. Herzl aceptó sin reparos el presentar la propuesta a la próxima convención.

Pero cuando propuso el plan de Uganda, los sionistas rusos lo combatieron con furor. Fundaban su resistencia en el hecho de que no veían que la Biblia mencionase en ninguna parte el nombre de Uganda.

Veinticinco años seguidos de *pogroms* en Rusia y en Polonia hacían que los judíos huyesen a millares de la Europa oriental. A principios de siglo, cincuenta mil de ellos se habían establecido en Palestina. Abdul Hamid, mirándoles como aliados potenciales de los ingleses, prohibió la inmigración de nuevos elementos procedentes de Rusia, Polonia o Austria.

Pero el imperio del sultán estaba corrompido hasta la médula. Y los sionistas tenían un cuartel general en Inglaterra y un Banco cada vez más poderoso que los respaldaba. Con aquel dinero sobornaban a los funcionarios y las puertas de Palestina permanecían abiertas para todo el que quería entrar.

¡Aquélla fue la primera «*Aliyah*» del éxodo judío!

Junto con el retorno de los exiliados a su Tierra de Promisión, otro acontecimiento importante tenía lugar en el mundo árabe. Después de siglos de vivir subyugados, producíase un movimiento de inquietud entre los árabes, que empezaban a balbucear las primeras frases del nacionalismo. En todo su mundo no existía ni un solo Estado independiente o autónomo.

El nacionalismo árabe partió en principio de los elementos liberales del Líbano

con el carácter de un movimiento progresivo dirigido a instituir reformas que hacían gran falta desde muchísimo tiempo. Tales ideas fueron propagándose, hasta que se celebró en París una primera conferencia y se dio el grito que había de despertar a los durmientes.

Aquellas ideas no solamente asustaron a los colonialistas, sino también a los mismos elementos árabes opresores; de ahí que los jefes de tribu, jeques, dirigentes religiosos y «effendis», o sea, terratenientes, hicieran suyo el bien intencionado movimiento, pero deformando su contenido originario hasta convertirlo en un dogma saturado de odio, al mismo tiempo que cada uno de ellos maniobraba para conseguir el dominio del agonizante Imperio otomano.

¡He aquí el siglo veinte!

Caos en el Oriente Medio. ¡Sionismo! ¡Nacionalismo árabe! ¡Los otomanos van hacia el ocaso y los ingleses ascienden! Tantos elementos hirviendo en un mismo caldero no podían dejar de derramarse por encima de sus bordes.

El cometa de Teodoro Herzl había cruzado por el cielo con una luz y una velocidad cegadoras. Hacía apenas diez años del día en que escuchó el grito de Alfred Dreyfus de: «¡Soy inocente!», cuando cayó fulminado por un ataque cardíaco a la edad de cuarenta y cuatro años.

## CAPÍTULO VII

Por la época en que el movimiento sionista tomó cuerpo, los hermanos Rabinsky eran ya antiguos residentes en Palestina. Conocían casi todos los rincones del país y se habían dedicado a toda clase de trabajos… Y habían perdido la mayor parte de sus ilusiones.

Yakov vivía inquieto y amargado.

Jossi procuraba encontrar en su existencia todo el contento posible. Sabía apreciar la relativa libertad de que gozaban. Además, jamás dejaba de soñar en los terrenos del Valle de Huleh, más arriba de Safed.

Yakov despreciaba tanto a los árabes como a los turcos. Los miraba como a enemigos, lo mismo que había mirado a los cosacos y a los estudiantes del gymnasium. Era muy cierto que los turcos no toleraban los asesinatos, pero contra los judíos todo lo demás parecía justificado. Yakov y Jossi se pasaban muchas noches discutiendo.

—Es cierto, obtendríamos tierras comprándolas legalmente, pero ¿dónde encontraríamos quien las trabajase y con qué lograríamos que los turcos y los beduinos nos dejasen tranquilos?

—Conseguiremos trabajadores cuando los *pogroms* arrecien otra vez —respondía Jossi—. En cuanto a los turcos…, es posible comprarlos. Y en lo tocante a los árabes, hemos de aprender a vivir en paz codo a codo con ellos. Y esto será posible únicamente si les comprendemos.

Yakov se encogía de hombros.

—Una cosa comprende bien un árabe —decía sacudiendo en el aire el puño cerrado—: ¡Esto!

—Algún día te colgarán de una horca —vaticinaba Jossi.

Los dos hermanos se distanciaban paulatinamente. Jossi seguía adicto a sus deseos de paz y comprensión, mientras Yakov continuaba propugnando la acción directa como la mejor réplica a las injusticias cometidas contra los judíos.

A principios del nuevo siglo, Yakov se unió a un grupo de quince hombres que iniciaron una aventura audaz. Una de las fundaciones filantrópicas adquirió un trozo de tierra en el interior del Valle de Jezrael, donde ningún judío había penetrado durante siglos. Allí, los quince precursores establecieron un centro de enseñanza agrícola y una granja experimental. El nuevo establecimiento fue bautizado con el nombre de Sde Tov, Campo de Bondad. Estaba enclavado en un punto extremadamente peligroso, dado que por los cuatro costados no se encontraba otra cosa que poblados árabes y el paraje quedaba a merced de las tribus de beduinos que no vacilaban en asesinar a quien fuese si con ello podían apoderarse de algo que tuviera algún valor.

Allá por el año 1900 había en Palestina cincuenta mil judíos, con lo cual Jossi disfrutaba de un poco más de vida de sociedad. La mayoría de los que habían huido de los *pogroms* no querían saber nada de las míseras colonias agrícolas y se contentaban estableciéndose de mercaderes o comerciantes en Jaffa. Unos cuantos se domiciliaron en la pequeña ciudad portuaria de Haifa. Sin embargo, como llegaban demasiados para dedicarse todos al comercio y como muchos de ellos no poseían otra cosa que las ropas que llevaban, pronto se habló con insistencia de la redención de la tierra.

Los sionistas abrieron su primera oficina para la compra de tierras, la Oficina Colonizadora Sionista, en un hotel desmantelado y sucio de Jaffa que servía de cuartel general de los transeúntes judíos. La Corporación de Inversiones en Palestina, de Rothschild, y la Fundación Schumann procedieron también a comprar con objeto de fundar pueblos nuevos para los «retornados».

A mediados de 1902 la Fundación Schumann se puso en contacto con Jossi Rabinsky y le ofreció el empleo de encargado principal de la compra de tierras. Jossi conocía el país como ningún otro judío y era famoso por el valor con que se internaba por el territorio árabe. Por otra parte poseía la cautela y la astucia necesarias para tratar con los turcos, pues la ley restringía severamente el derecho de los judíos a comprar tierras. También era preciso ser astuto para negociar con los «effendis», es decir con los árabes dueños de las fincas rústicas. Jossi tenía sus dudas acerca de las nuevas colonias. El vivir a costa de las subvenciones de los filántropos y el emplear a los *fellahas* como mano de obra no se le antojaba la manera más indicada de redimir la Tierra Prometida, pero la oportunidad de conseguir tierras para los judíos le decidió a aceptar el empleo.

Otros motivos contribuyeron también a decidirle. De esta forma podría ver más a menudo a Yakov, y, por otra parte, conocería por completo, pulgada a pulgada, todo el suelo de Palestina. Jossi no se cansaba de sumergirse en las glorias pasadas de los judíos, y cada pedazo de Palestina albergaba otro fantasma de la grandeza pasada de su pueblo. Y por último, quería tener ocasión de viajar hasta más allá de Rosh Pinna, el último establecimiento judío, para volver a ver las tierras del Huleh vecinas de Abu Yesha.

Montado sobre su garañón árabe, de blanca capa, tenía en verdad una gallarda y hermosa figura. Contaba ahora unos treinta años, era alto, delgado y musculoso. Su barba de fuego embellecía el vestido y el turbante árabe que llevaba. Cuando penetraba a caballo por los montes de Samaria y a través de las llanuras de Sharon y hacia el interior de Galilea para comprar tierras llevaba invariablemente en los hombros unas bandoleras llenas de balas, y, en la mano, un látigo de cuero.

Unas pocas docenas de poderosas familias de «effendis» poseían la mayor parte del suelo de Palestina. Estas familias exigían a los campesinos unas rentas oscilando

entre la mitad y los tres cuartos de todas sus cosechas y no hacían nada por mejorar la suerte de aquellas pobres almas miserables.

Jossi y los otros compradores de las demás fundaciones sólo podían adquirir campos a precios desmesurados. Los «effendis» vendían a los judíos las propiedades peores, las ciénagas improductivas. No creían que aquel campo sirviera nunca para nada, y en cambio el «oro hebreo» era una ganga llovida del cielo.

Jossi hizo muchos viajes hasta más allá de Rosh Pinna, la última colonia judía, a menudo con objeto de visitar a Kammal, el muktar de Abu Yesha, con el cual acabó por unirle una sincera amistad.

Kammal tenía unos años más que él y era un caso raro entre los «effendis», muchos de los cuales vivían lejos de sus dominios, en lugares de placer tales como Beirut y El Cairo.

No así Kammal. Éste era el dueño de todas las tierras de Abu Yesha y sus alrededores, y era, dentro de sus posesiones, un monarca absoluto. De joven había tenido un amor trágico; se había enamorado de la hija de un «fellaha» indigente; pero el padre de Kammal había desoído las súplicas del hijo para que la chica, que padecía tracoma, recibiera los cuidados médicos que necesitaba. El padre de Kammal argüía que su hijo podía tener cuatro esposas e innumerables concubinas; por tanto, ¿para qué preocuparse por la miserable hija de un «fellaha»? La muchacha quedó ciega a causa de la temida enfermedad y murió antes de haber cumplido los dieciocho años.

Este episodio hizo que Kammal aborreciese a los de su propia clase y dejó en su corazón una cicatriz tan honda que a consecuencia de la misma aquel «effendi» adquirió una conciencia social y se fue a El Cairo, pero no a disfrutar de sus locos placeres sino a estudiar métodos adelantados de cultivo, medidas de higiene y medicina. Al morir su padre, regresó a Abu Yesha decidido a vivir entre su pueblo y a mejorar la mísera situación del mismo.

Kammal defendía una causa perdida. Los turcos se negaron a concederle una escuela; tampoco quisieron facilitarle servicios médicos ni ninguna otra forma de atención sanitaria social. Las condiciones de vida del poblado eran aproximadamente las mismas de mil años atrás. Y lo que más le partía el corazón al joven árabe era el no saber encontrar una aplicación práctica a lo que había aprendido en favor de sus campesinos; eran tan ignorantes y tan atrasados que, simplemente, no podían comprenderle.

Desde que él había pasado a ser el muktar Abu Yesha vivía mejor que ninguna otra población árabe de Galilea; y con todo las condiciones seguían siendo primitivas.

A Kammal le extrañaba la afluencia de judíos a Palestina. Para averiguar su significado cultivó intencionadamente la amistad de Jossi Rabinsky.

Jossi trató de convencerle para que le vendiese un trozo de terreno que no cultivaba, a fin de fundar en el mismo una colonia agrícola; pero Kammal no quiso.

Aquellos judíos le desorientaban. No sabía si podía fiarse de ellos o no, pues, en verdad, no todos eran como Jossi Rabinsky. Por otra parte, no quería ser el primer «effendi» del valle de Huleh que vendiese tierras.

Del mismo modo que Kammal se informó a través de Jossi, éste se enteró de muchas cosas por conducto de aquél. A pesar de su instrucción, Kammal era árabe en cuerpo y alma. Jamás hablaba de la servidumbre a que estaban sometidas sus tres esposas, porque era tradición que la mujer viviese esclava. Kammal se mostraba siempre cortés, pero resultaba un oponente obstinado cuando había que cerrar un trato con él. Jossi se fijaba en su modo de ejercer la autoridad. Aunque amaba a sus gentes, no concebía otra norma de gobierno que no fuese el absolutismo. En cierta ocasión Kammal incluso le consultó acerca de una combinación que se le había ocurrido, una verdadera transacción dolosa que a él le parecía perfectamente legítima.

De labios de Kammal, Jossi aprendió la magnífica y trágica historia del pueblo árabe.

En el siglo séptimo habíase abierto, como un volcán, sobre las indómitas tribus semisalvajes de los beduinos del desierto el dogma del Islam. Inspirados por las divinas enseñanzas de Mahoma, aquellos árabes se lanzaron fuera de sus arenales y, por medio del fuego y la espada, extendieron su evangelio desde los umbrales de China hasta las puertas de París. En el espacio de cien años de santa persuasión cientos de millones de personas de los más diversos pueblos del globo se habían agrupado bajo la bandera del Islam. El corazón y el alma de este conglomerado eran los árabes, unidos por los lazos de una lengua común y una común sumisión a la voluntad de Dios. Durante la meteórica ascensión de la nueva doctrina, los judíos gozaron del mayor aprecio en todo el mundo de lengua árabe.

Una magnífica civilización surgió de los desiertos; una civilización que fue la luz del mundo, mientras el Occidente continuaba sumido en los cenagales del feudalismo. Bagdad y Damasco fueron las Atenas de su tiempo. La cultura musulmana era deslumbrante. Por espacio de cinco siglos lo más avanzado del pensamiento humano, los mayores esfuerzos científicos, los artesanos más geniales pertenecieron al mundo de habla árabe.

Luego vinieron las Guerras Santas de los Cruzados. Después de los cruzados vino un siglo —un centenar de años sin sosiego— de invasiones mongolas. Los mongoles venían en avalancha del Asia, y en la guerra eran tan crueles y sanguinarios que sobrepasaban todos los límites conocidos de la brutalidad. Pirámides de cráneos de árabes remataban los monumentos mongoles.

Los árabes se agotaron de tal modo en diez décadas de luchas que sus ciudades, antes tan poderosas, quedaron diezmadas y una seca podredumbre cayó sobre sus oasis. Aquellas hermosas islas de ricas frutas y de abundancia fueron devoradas por océanos de arena y desgastadas por la erosión. Los árabes se volvieron cada vez más

unos contra otros, siguiéndose una lucha amarga y desesperada durante la cual sangrientas rencillas levantaban al hermano contra el hermano. Divididos interiormente, con las tierras arruinadas y su cultura poco menos que destruida, estaban impreparados para defenderse del desastre final.

El desastre final vino esta vez del brazo de otros musulmanes, los otomanos, que invadieron sus dominios. Aquí principiaron cinco siglos de feudalismo y corrupción.

En medio de la tierra estéril, una gota de agua llegó a tener más valor que el oro y las especias. La existencia más primaria y mezquina costaba una serie de luchas atormentadas, descorazonadoras, que se prolongaban desde la cuna hasta la sepultura. Privado del agua, el árabe se desintegró en la suciedad y en la ignorancia; fue presa de infinidad de enfermedades, y la miseria era universal. Su vida apenas tenía canciones, ni risas, ni gozos. Era un combate incesante por sobrevivir.

En aquella atmósfera el engaño, la traición, el asesinato, las rencillas y las rivalidades vinieron a ser una norma de conducta. Las crueles realidades que habían contribuido a formar el carácter árabe dejaban confusos a los extraños.

La crueldad del hermano contra el hermano era cosa corriente. En algunas partes del mundo árabe, los esclavos se contaban a millares; la pena impuesta a un ladrón consistía en amputarle las manos; la que se imponía a una prostituta consistía en amputarle la nariz y las orejas. Un árabe tenía muy poca compasión de otro árabe. Los *fellahas*, que vivían en una suciedad abismal, y los beduinos, cuya supervivencia era un milagro repetido día tras día, se acogían al único medio de aliviar su mísera existencia: se convirtieron en unos fanáticos del islamismo, del mismo modo que ciertos elementos judíos se habían constituido, llegada la hora de la desgracia, en fanáticos de su fe.

No tenía nada de extraño que los árabes recelasen de todos los extranjeros. El inquieto movimiento de liberación tuvo su origen en las clases gobernantes; los beduinos y los *fellahas* estaban demasiado desmoralizados para tener ni siquiera un concepto de la libertad, para saber lo que era una existencia mejor. Las masas no eran sino peones en el juego de los «effendis» y los «jeques»; no eran sino instrumentos capaces de enloquecer de histeria religiosa a la menor provocación, cualidad que las hacía muy útiles como arma política.

A Jossi Rabinsky le fascinaba el multifacético carácter árabe. Era capaz de pasarse horas enteras por las tiendas de Jaffa observando las interminables discusiones de aquel tormentoso estilo de comerciar. Observaba cómo los árabes gobernaban su vida como si fuera una partida de ajedrez. Cada movimiento lo hacían con el secreto designio de ganar en astucia al adversario con quien estaban tratando. En los cafés y en los garitos Jossi se fijaba en el estallido de las pasiones. Durante sus expediciones en busca de tierras que comprar observaba la ética completamente libre de escrúpulos de los árabes. Y sin embargo le gustaba entrar en un hogar árabe y

notar su inigualable hospitalidad. Pero le confundían los fantásticos razonamientos mediante los cuales condonaban cualquier crimen, excepto el asesinato. La situación de las mujeres le parecía intolerable; las mantenían en una sujeción absoluta; jamás se las veía, jamás se las oía, jamás se las consultaba. Ellas se vengaban a menudo con el puñal o con el veneno. Codicia y libidinosidad, odio y astucia, mafia y violencia, espíritu acogedor y cordialidad, todo ello entraba en aquella fantástica composición que hacía del carácter árabe un misterio tan impenetrable para un extraño.

Kammal introdujo a Jossi Rabinsky en el Corán, el Libro Sagrado de los musulmanes. Jossi se enteró de que Abraham era el padre de los árabes lo mismo que de los judíos. La estirpe de los árabes venía de Ismael, el hijo repudiado de Agar.

Jossi se enteró de que Moisés, el gran legislador judío, era también el mayor profeta de los musulmanes, y de que todos los profetas de la Biblia figuraban también en el Corán. Incluso muchos de los rabíes más eminentes eran considerados como hombres santos del Islam.

Kammal miraba con recelo el retorno de los judíos a la Tierra Prometida. Le asombraba que hubiesen regresado en paz, que comprasen sus tierras legalmente y que hablasen en elevados términos de redención. Kammal, que comprendía la fuerza básica que había promovido el regreso, admitía ante sí mismo que se trataba de una medida justa y equitativa, pero su mente no concebía que con el tiempo los recién llegados no avasallaran y explotasen a los árabes como lo habían hecho todos los que les habían precedido.

Yakov abandonó Sde Tov. La finca experimental no había sido un éxito. El menor de los dos hermanos Rabinsky volvió a rodar de un cabo a otro del país, en un estado de espíritu casi idéntico al de antes de aquella experiencia, tratando de encontrar su puesto.

En 1905 estalló en Rusia la revolución que se venía incubando desde hacía mucho tiempo. Pero fue aplastada.

El fracaso de la revolución de 1905 fue la señal para nuevos *pogroms*. Nuevos y tan terribles que todo el mundo civilizado se horrorizó. Aquellas atrocidades indignaron de tal modo a León Tolstoi que escribió una cáustica condena contra el Zar, su Ministro del Interior, el conde Plehve, y las Centurias Negras, especializadas en asesinar judíos. Pero las Centurias Negras, protegidas por la policía secreta rusa, continuaron los *pogroms* hasta que los judíos huyeron de Rusia por centenares de miles. La mayoría se fueron a América. Algunos marcharon a Palestina.

Los que fueron a la Tierra Prometida pertenecían a una estirpe nueva. No eran refugiados, como los hermanos Rabinsky, ni tenían la idea de hacerse mercaderes. Éstos eran gente joven empapada de las doctrinas del sionismo, saturada de ideales y resuelta a redimir el suelo.

El año 1905 dio entrada a la Segunda Aliyah del éxodo.

## CAPÍTULO VIII

La llegada de la Segunda Aliyah trajo a Palestina el idealismo que tanta falta hacía. Aquellos recién llegados no se contentaban dedicándose al comercio en Jaffa o viviendo de las limosnas de los correligionarios. Sentíanse inflamados por una misión: la de redimir la tierra.

Y partieron en grupos a los terrenos que los «effendis» habían vendido y emprendieron la tarea de secar las ciénagas. Era un trabajo indescriptible. Para muchos de los asentados de antiguo en el país la idea de que los judíos hubieran de trabajar los campos lo mismo que los árabes resultaba inaceptable. En Palestina ellos habían actuado de capataces. Y en la nación de donde procedían no habían trabajado en el campo bajo ningún concepto. De todos los bienes que trajo la Segunda Aliyah el mayor de todos fue quizá la decisión de laborar la tierra con sus propias manos, la conquista del trabajo. El principal portavoz de los hombres nuevos, A. D. Gordon, dignificó el trabajo. Gordon era un hombre maduro, y un hombre de letras, pero dejó de lado la erudición para dedicarse a la tarea, mucho más importante, de cultivar el suelo con sus propias manos.

Aquéllos fueron días de estímulo para Yakov, quien entró en otra finca experimental recién montada en Galilea, llamada Sejera. En Sejera jamás moría el entusiasmo desde que los jóvenes de la Segunda Aliyah se habían puesto a trabajar. Un día Yakov fue a Jaffa a ver a su hermano. Iba con el corazón excitado por una nueva idea. Y se la comunicó a Jossi con aquella exaltada verbosidad tan característica en él.

—Ya sabes tú que las tribus de beduinos emplean la violencia para conseguir que nuestros establecimientos les contraten como guardianes… contra ellos mismos. Pues bien…, en Sejera quisieron hacer lo mismo. Vinieron y pronunciaron mil amenazas diciendo lo que harían si no los contratábamos… Nosotros no les contratamos. Y nos hemos defendido muy bien. Durante un tiempo nos encontramos en una situación precaria, pero les tendimos una trampa y matamos a su jefe. Desde entonces no han vuelto.

»Hemos discutido el asunto a fondo —prosiguió Yakov—. Si podemos defender un establecimiento podemos defenderlos todos. Hemos trazado planes para formar una guardia móvil, y queremos que tú tomes el mando de una de las unidades.

¡Una guardia judía! ¡Vaya idea pasmosa! Jossi estaba entusiasmado. No obstante, respondió con su calma habitual:

—Tengo que meditarlo.

—Pero ¿qué hay que meditar?

—Tú lo presentas demasiado en los términos de negro y blanco, como de costumbre, Yakov. En primer lugar los beduinos no renunciarán sin lucha a esa

importante fuente de ingresos. Luego quedan los turcos. Éstos nos impedirán casi en absoluto que llevemos armas.

—Soy un obtuso —dijo Yakov—. Te necesitamos a ti, Jossi, porque nadie conoce el país mejor que tú, y nadie tiene más experiencia para tratar con unos y con otros, es decir con los árabes y los turcos.

—¡Ah! —exclamó Jossi en tono burlón—. ¿De modo que mi hermanito ha descubierto de pronto que mis años de amistad con los árabes no han sido tiempo completamente perdido?

—¿Qué respondes, Jossi?

—Respondo que lo pensaré. Es posible que cueste mucho trabajo convencer a vuestros agricultores para que se dejen guardar. Hay además otra cosa que me inquieta de veras: si llevamos armas cargadas los otros pueden interpretarlo como que buscamos pelea.

Yakov levantó los brazos al cielo.

—¡Que uno busque pelea porque defiende sus propiedades! Después de veinte años en Palestina sigues pensando como un judío de *ghetto*.

Jossi no quiso alterarse.

—Vivimos aquí en son de paz. Hemos comprado nuestros campos legalmente. Hemos iniciado nuestra colonización sin molestar a nadie. Si ahora empezamos a llevar armas nos pondremos en contradicción con el idealismo fundamental del movimiento sionista… Y no quieras aparentar que no ves riesgo alguno en ello.

—*«Pero él se plantó en medio del terreno y lo defendió… y el Señor le deparó una gran victoria».*

—Siempre con tus citas…

—Me fastidias, Jossi —estalló Yakov—. Claro, hombre…, redimamos la tierra bajo la magnánima protección de los cortagargantas beduinos. Muy bien. Diré a los otros que mi hermano está sumido en profundas meditaciones. La guardia se formará de todos modos, contigo o sin ti. La unidad que queríamos que mandases sale la semana próxima de nuestro campamento base.

—¿A dónde irá?

—A Monte Canaan.

¡Monte Canaan! El corazón de Jossi falló un latido. El mayor de los Rabinsky se humedeció los labios y trató de esconder su excitación.

—Lo pensaré —dijo.

En efecto, Jossi lo pensó. Estaba cansado de comprar tierras para la Fundación Schumann y de establecer nuevas colonias para que viviesen de limosna. Cierto que una docena de judíos armados que tuvieran la cabeza tan loca como Yakov podían causar grandes males. Para una guardia armada hacía falta saber dominar los nervios y poseer una gran dosis de prudencia. Pero la idea de vivir por los alrededores de

Monte Canaan con la posibilidad de pasar muchas horas en el Valle de Huleh resultó una tentación demasiado grande.

Jossi renunció al empleo en la Fundación Schumann y se unió al nuevo grupo cuando sus componentes llegaban a Monte Canaan. Aquellos hombres se llamaban a sí mismos Hashomer: los Guardianes.

La compañía de Jossi prestaría servicio en un círculo que iba desde Monte Canaan y Rosh Pinna, al norte, hasta el Valle de Genossar junto al Mar de Galilea, en el Sur, y, por el Oeste, hasta Safed y Meron.

Jossi sabía que el estallido de un conflicto era sólo cuestión de tiempo. En cuanto los beduinos se enterasen de que habían perdido el empleo, no había duda, darían un golpe. Por ello tramó un plan destinado a evitar disgustos. La más importuna de las tribus beduinas de aquel sector estaba mandada por un viejo desertor y contrabandista llamado Suleimán, que solía establecer su campamento en las colinas que dominaban Abu Yesha. Suleimán exigía una cuarta parte de las cosechas de Rosh Pinna a cambio de su «protección». Al día siguiente de la llegada de los guardianes y antes de que los árabes tuvieran noticia de su presencia, Jossi marchó a caballo, solo y desarmado, hacia el campamento de Suleimán.

Lo encontró a últimas horas de la tarde al otro lado de Abu Yesha, cerca de Tel Hai, hacia la parte del Líbano. Lo formaban unas cuantas tiendas de pieles de cabra esparcidas por las requemadas montañas. Aquellos nómadas incorregibles se tenían a sí mismos por los más puros y libres de todos los árabes y miraban con desprecio a los miserables *fellahas* y a los que vivían en las ciudades. Indudablemente, los beduinos vivían una vida muy dura; pero eran, en efecto, hombres libres, unidos por fuertes lazos tribales y se les podían considerar como los árabes más feroces en la lucha, y los más astutos en el comercio.

La vista del gigante de la barba roja causó una alarma general. Al llegar Jossi, las mujeres, vestidas con negras túnicas beduinas y llevando sartas de monedas en la cara, a manera de máscaras, corrieron a esconderse.

Cuando hubo trotado hasta el centro del campamento, un árabe negro, originario sin duda alguna del Sudán, fue a su encuentro, se presentó como el esclavo personal de Suleimán y le acompañó hacia la mayor de las tiendas, cercana al rebaño mayor de cabras.

El viejo pillastre salió fuera de su cueva de pieles. Llevaba las vestiduras negras y el turbante también negro; de su cinto colgaban dos magníficos puñales con mango de plata. Le faltaba un ojo, y tenía la cara llena de cicatrices a consecuencia de las peleas sostenidas contra hombres armados de cuchillos y contra mujeres armadas de largas uñas. Suleimán y Jossi se midieron recíprocamente de una sola mirada.

Jossi fue invitado a entrar en la tienda. El suelo, de tierra, estaba cubierto de alfombras y cojines. Dueño y visitante se acomodaron a su sabor. Suleimán ordenó al

esclavo que trajese frutas y café al huésped. Luego fumaron los dos de un narguile provisto de largas boquillas y se pasaron media hora hablando de cosas que no les interesaban para nada. Suleimán comprendía que Jossi no era un judío cualquiera y que no le había traído una misión banal.

Al final le preguntó el motivo de su visita. Jossi le informó que los «Hashomer» le remplazarían ahora en su misión de vigilancia, y le dio las gracias por los leales servicios que había prestado hasta aquel momento. El árabe recibió la noticia sin mover el párpado del ojo sano. Jossi le pidió que sellasen un pacto de amistad. Suleimán sonrió y le ofreció la mano.

Bien entrada la noche, Jossi llegó a Rosh Pinna y convocó una reunión de todos los agricultores. El proyecto de protegerse mediante guardianes propios aterró a todos. Estaban seguros de que cuando Suleimán lo supiera les cortaría el cuello. La presencia de Jossi Rabinsky y la promesa de que se quedaría en Rosh Pinna contribuyeron mucho a tranquilizarles.

En el fondo de la sala una muchacha de veinte años miraba y escuchaba a Jossi. Hacía muy poco tiempo que había llegado de Silesia, Polonia. Se llamaba Sarah. Era tan menuda como Jossi alto y recio, y tenía el cabello tan negro como él rojo. Y le miraba y le escuchaba como hechizada.

—Tú eres nueva aquí —le dijo él después de la reunión.

—Sí.

—Yo soy Jossi Rabinsky.

—Todo el mundo le conoce.

Jossi se quedó en Pinna una semana. Estaba seguro de que Suleimán les haría una visita, pero comprendía que el beduino tenía la astucia suficiente para no dar muestras de impaciencia. Por su parte tampoco tenía muchas ganas de que el árabe viniera pronto, pues le gustaba muchísimo ver a Sarah. Sin embargo, cuando estaba en su presencia se quedaba con la lengua pegada al paladar y lleno de timidez, porque desde que había salido de la infancia apenas tuvo trato alguno con muchachas judías Cuanto más Sarah le incitaba y le estimaba, más se encerraba él en su concha. En Rosh Pina todo el mundo, excepto él mismo, sabía que era un hombre señalado.

El día noveno una docena de árabes se deslizaron sigilosamente dentro de Rosh Pinna y se marcharon con varios centenares de libras de cereal. Jossi estaba de guardia y les vio y observó todos sus movimientos. Sin ninguna dificultad hubiera podido cogerles con las manos en la masa, pero para un beduino no era vergüenza ninguna que le sorprendiesen robando. Jossi tenía ideada otra clase de estrategia.

A la mañana siguiente marchó a caballo otra vez al campamento de Suleimán. Ahora iba armado… con su tralla de cuero de más de tres metros de largo. Penetró en el campamento a todo galope, dirigiéndose sin rodeos hacia la tienda de Suleimán, y al llegar a ella desmontó. El esclavo sudanés salió sonriendo amablemente, le dio la

bienvenida y le invitó a entrar. Con el dorso de la mano, como si apartara una mosca que se le hubiese parado en el brazo, Jossi le dio un cachete tan fuerte que le derribó al suelo cuan largo era.

—¡Suleimán! —gritó con voz retumbante para que le oyese todo el campamento —. ¡Salga!

Una docena de parientes surgieron de no se sabía dónde con el rifle en la mano y la sorpresa en el rostro.

—¡Fuera! —volvió a rugir Jossi.

El anciano truhán se tomó un buen rato antes de aparecer a la vista. Por fin salió de la tienda, se puso en jarras y sonrió con una sonrisa cargada de amenazas. Sólo unos tres metros le separaban del visitante.

—¿Quién es el que bala delante de mi tienda como una cabra enferma? —preguntó.

Los hombres de su tribu estallaron en una carcajada incontenible y prolongada. Jossi no apartaba los ojos del árabe ni por un segundo.

—Es Jossi Rabinsky el que bala como una cabra enferma —replicó—, ¡y dice que Suleimán es un ladrón y un embustero!

La sonrisa de los labios del árabe convirtióse en una mueca terrible. Los otros beduinos se quedaron atentos a la menor señal suya para saltar encima del judío y devorarlo.

—Hala —retóle Jossi con voz tranquila—, llame a todos sus sobrinos. Su honor no es mayor que el de un cerdo, y me han dicho que no tiene más bravura que una mujer.

¡No tener más bravura que una mujer! Aquél era el insulto más infamante que podían escuchar sus oídos. Jossi le había desafiado de una manera directa y personal. Suleimán levantó el puño y le amenazó.

—¡Tu madre es la mayor prostituta del mundo entero!

—Vamos, mujerzuela…, sigue hablando —insistió Jossi.

El honor de Suleimán quedaba en entredicho. El árabe sacó del cinto uno de sus puñales de plata y con un alarido capaz de helar la sangre en las venas arremetió contra el gigante de la barba de fuego.

¡El azote de Jossi silbó en el aire!

Y se arrolló a los pies del árabe, lo levantó y le hizo caer con violencia al suelo. Jossi saltó hacia él como un gato y levantando otra vez el látigo abatiólo sobre la espalda de Suleimán con una rapidez y una fuerza tan aterradoras que las montañas devolvieron el eco del golpe.

—¡Somos hermanos! ¡Somos hermanos! —gritó Suleimán pidiendo clemencia al recibir el quinto trallazo.

Jossi increpó a su desesperado enemigo, señalándole con el índice:

—Suleimán, tú me diste tu mano en un trato entre hombres de honor, y luego has faltado a tu palabra. Si tú o tus parientes volvéis a poner el pie en nuestros campos, con este látigo haré tu cuerpo a pedazos y los echaré a los chacales.

Jossi dio media vuelta y sus ojos se fijaron, como taladros, en los de los beduinos. Todos habían quedado demasiado atónitos para hacer ni un solo movimiento. Jamás habían visto a un hombre tan fuerte, tan audaz y tan enojado. Demostrando un desprecio absoluto hacia sus rifles, Jossi les dio la espalda, anduvo hasta donde le esperaba el caballo, montó y se alejó.

Suleimán no se acercó ya nunca más a ningún campo judío.

A la mañana siguiente, cuando Jossi montó a caballo para reunirse con su compañía en Monte Canaan, Sarah le preguntó cuándo volvería. Él murmuró algo acerca de llegarse hasta Rosh Pinna una vez al mes, poco más o menos. Mientras Jossi saltaba sobre su caballo, saludaba y se marchaba al galope, Sarah sintió que se le partía el corazón en dos pedazos. ¡Jamás había existido un hombre como Jossi Rabinsky; ni judío, ni árabe, ni rey que fuese! Y siguiéndole con la mirada mientras se alejaba, juró dedicar el resto de su vida a quererle.

Durante un año Jossi estuvo al mando de su compañía en la demarcación que tenía asignada, con tal habilidad que apenas se produjo el menor incidente. Nunca tuvo necesidad de recurrir a las armas de fuego. Cuando surgía algún contratiempo hacía una visita a los árabes para consultarles el caso amistosamente, y, si procedía, hacerles una advertencia. Si el hecho se repetía… el látigo. El látigo de Jossi Rabinsky llegó a ser tan conocido por toda la Galilea septentrional como su bermeja barba. Los árabes le llamaban «el Rayo».

Semejante existencia resultó demasiado monótona para Yakov. La falta de acción le fastidiaba. Al cabo de seis meses de formar parte de aquel cuerpo de vigilancia se marchó otra vez a peregrinar sin rumbo en busca de algo que llenase su vida.

A Jossi su profesión de guardián del orden no le hacía ni feliz ni desdichado. Le satisfacía más que el dedicarse a comprar tierras, puesto que establecía un importante principio: demostraba que los judíos eran capaces de defenderse a sí mismos, que se defenderían efectivamente y que ya no serían más «hijos de la muerte». Una perspectiva que miraba siempre con agrado era la de la expedición hacia el Norte, durante la cual podía ir a visitar a su amigo Kammal y subir a «su» monte a fin de conservar vivo el sueño que se había forjado.

En secreto, también esperaba con afán el momento de volver a Rosh Pinna. Cuando entraba en dicha población erguía el cuerpo para tener un aire todavía más gallardo y elegante sobre su blanco corcel, y su corazón latía con más violencia porque sabía que Sarah, la muchacha silesiana de los ojos negros, le estaba mirando. Pero en cuanto se trataba de hablar con ella o de tomar una iniciativa, estaba perdido.

Sarah se quedaba perpleja. Simplemente, no lograba quebrar la timidez de Jossi.

Si hubieran estado en el Viejo País el casamentero habría ido a ver al padre de Jossi y lo habría resuelto todo. Aquí no había casamentero; ni siquiera había rabí.

Esta situación se prolongó durante un año.

Un día Jossi se presentó en Pinna inesperadamente. Toda su osadía no le permitió más que preguntar a Sarah si le gustaría ir con él a ver el país que se extendía al norte de la colina, en el Valle de Huleh.

¡Qué emoción! ¡Ningún judío sino Jossi Rabinsky se atrevía a ir tan lejos! Marcharon al galope, dejaron atrás Abu Yesha, emprendieron la ruta cuesta arriba y por fin escalaron la montaña. El camino terminaba en la cima de «su» monte.

—Por aquí entré en Palestina —dijo él dulcemente.

Mientras los ojos de Jossi permanecían fijos en el Valle de Huleh, Sarah no tuvo necesidad de oírle pronunciar ni una palabra más para comprender cuán profundamente amaba aquella tierra. Largo rato estuvieron allí, de pie, inmóviles los dos, contemplando el panorama. Sarah apenas llegaba al pecho de su amado.

Una cálida oleada de amor invadió el ser de la muchacha. He aquí la única manera que aquel hombre sabía de compartir con otra persona sus más íntimos afanes.

—Jossi Rabinsky —murmuró ella—, di por favor, por favor, ¿quieres casarte conmigo?

Jossi se aclaró la garganta y tartamudeó:

—Hem… hem…, pues… qué raro que lo hayas dicho tú. Precisamente ahora iba a proponer yo una cosa parecida.

En Palestina jamás se había celebrado una boda comparable a la de Jossi y Sarah. Llegaron invitados de toda Galilea y hasta de lugares tan distantes como Jaffa, aunque el viaje hasta Safed requería dos días de camino. Estuvieron presentes los miembros de la Guardia, estuvo Yakov, estuvieron los colonos de Rosh Pinna, estuvieron los turcos, estuvo Kammal, y hasta Suleimán estuvo. Todos contemplaron a Jossi y Sarah de pie bajo el dosel haciéndose las promesas de ritual y bebiendo el vino bendito. Jossi aplastó luego la copa con el pie en rememoración de la amargura por la caída del Templo. Hubo comida suficiente para todo un ejército y las danzas y los regocijos y los festejos se prolongaron casi toda la semana.

Cuando hubo partido el último huésped, Jossi se llevó a su esposa a la tienda que tenía en el Monte Canaan y allí consumaron el matrimonio.

De Monte Canaan, Jossi llevó a su esposa a Jaffa donde los sionistas tenían mucho trabajo que hacer. Su fama le ponía en excelentes condiciones para asentar a los recién llegados y para resolver los mil intrincados problemas de aquella tierra singular. Jossi firmó contrato con los sionistas como uno de los principales empleados de la Sociedad Sionista de Asentamiento.

En el año 1909 no se resolvía ningún asunto importante sin antes consultar a

Jossi. Muchos de los judíos de la comunidad (siempre en aumento) de Jaffa querían disponer de mejores alojamientos, mejores condiciones higiénicas y una vida cultural que la vieja ciudad árabe no podía ofrecer. Jossi fue el encargado de comprar una faja de terreno al norte de Jaffa, consistente principalmente en arenales y huertos de naranjos.

En aquel terreno se construyó la primera ciudad totalmente judía que hubo en dos mil años. La pusieron el nombre de Monte de la Primavera: en hebreo Tel Aviv.

## CAPÍTULO IX

Las colonias agrícolas fracasaban miserablemente. Los motivos eran varios. Por una parte, la apatía, la indiferencia total y una falta absoluta de idealismo. Seguían cultivando únicamente frutos para la exportación y continuaban empleando la mano de obra árabe, por su baratura. A pesar de la afluencia de judíos y de la buena disposición de éstos para cultivar la tierra, los sionistas raras veces lograban convencer a las colonias de que les diesen empleo.

En conjunto la situación era desalentadora. Palestina no estaba mucho mejor que cuando los hermanos Rabinsky llegaron allí veinte años atrás. Se notaba cierto molimiento cultural en Tel Aviv, pero todo otro progreso resultaba demasiado minúsculo para que fuera posible medirlo.

La energía y el idealismo importados con la Segunda Aliyah iban a perderse Lo mismo que Yakov y Jossi, los inmigrantes iban de un lugar a otro, cambiando de empleo sin motivo aparente, y sin echar raíces en ninguna parte.

A medida que la Sociedad Sionista de Asentamiento adquiría más y más tierras se hizo evidente la necesidad de un cambio absoluto en la manera de enfocar el problema de la colonización.

Jossi y otros habían deducido hacía mucho tiempo que el cultivo individual era físicamente imposible. Había que tener en cuenta el problema de la defensa, había que tener en cuenta la ignorancia de los judíos en cuestiones agrícolas y, peor que todo ello, había que tener en cuenta las pésimas condiciones en que se encontraba el suelo.

Lo que Jossi quería formar en las tierras recién adquiridas, eran poblaciones cuyos habitantes trabajasen la tierras con las propias manos, que instaurasen cultivos equilibrados a fin de bastarse a sí mismos y que pudiesen defenderse también por sus propios medios.

Lo primero que había que hacer para ello era continuar teniendo el terreno a nombre de la Sociedad Sionista de Asentamiento: toda la tierra judía para todo el pueblo judío. No se toleraría que trabajasen los campos otras personas que no fuesen los mismos judíos; cada judío tendría que realizar las labores por sí mismo y no podría comprar el trabajo de un árabe ni el de otro judío.

El siguiente paso, importantísimo y dramático, se dio cuando una serie de judíos de la Segunda Aliyah se comprometieron a trabajar con el solo objetivo de redimir las tierras sin acordarse para nada de ganancias, provechos o ambiciones particulares. Tal pacto se acercaba, de hecho, al sistema del cultivo comunal que luego otros propugnarían. Allí la granja colectiva no nació como un fruto de determinados credos políticos o sociales; nació de la necesidad de subsistir; era el único recurso posible.

La escena quedaba preparada para un experimento dramático. Corría el año 1909.

La Sociedad Sionista de Asentamiento adquirió cuatro mil *dunams* de tierra más abajo de Tiberíades, en el paraje donde el río Jordán sale del Mar de Galilea. La mayor parte de aquel terreno era marisma o ciénaga. La Sociedad proporcionó el dinero y las provisiones necesarias para pagar un año a una veintena de jóvenes de uno y otro sexo, encargándoles la misión de poner aquellos campos en condiciones de cultivo.

Jossi les acompañó cuando fueron a plantar las tiendas a la orilla del cenagal. El lugar escogido para el emplazamiento lo bautizaron con el nombre de Shoshanna, tomado de las rosas silvestres que crecían por toda la orilla del Mar de Galilea.

El experimento de Shoshanna podía ser muy bien la clave de la colonización futura; fue sin duda alguna el paso más importante dado por los judíos desde el comienzo del éxodo.

De los grandes barracones de tablas que levantaron, uno serviría de comedor comunal y de sala de reuniones, otro hacía de cuadra y almacén de aperos; el tercero servía de albergue para los dieciséis hombres y las cuatro mujeres que formaban el grupo.

Durante el primer invierno, el viento y las inundaciones derrumbaron varias veces los barracones y los caminos se cubrieron de barro de tal modo que los veinte colonizadores pasaron largos intervalos de tiempo completamente aislados del mundo exterior. Y acabaron por verse obligados a trasladarse a un poblado árabe vecino para aguardar a que llegase la primavera y cambiara la situación.

En primavera, cuando se reanudó el trabajo en serio, Jossi volvió a Shoshanna. Era preciso hacer retroceder el cenagal palmo a palmo. Para que absorbieran el agua, plantaron centenares de eucaliptos australianos. Abrieron luego, a brazos, infinidad de acequias de desagüe. Era un trabajo agotador. Trabajaban desde la salida hasta la puesta del sol, y siempre había un tercio del personal enfermo de malaria. El único remedio que tenían contra ella era el sistema árabe de hacerse cortes en los lóbulos de las orejas para que manara la sangre. Los terribles calores del verano los pasaron trabajando con barro hasta la cintura.

Llegado el segundo año, unos trozos de terreno desecado atestiguaban la labor realizada por aquel puñado de personas. Ahora era preciso utilizar pares de borricos que arrastrasen fuera las piedras esparcidas por aquel pedazo de terreno, y había que cortar y quemar los matorrales.

En Tel Aviv, Jossi ponía todo su empeño en lograr que el experimento no tuviese que interrumpirse por falta de subvenciones. Había descubierto un hecho pasmoso. Había descubierto que el afán por levantar un hogar nacional era tan grande que había por lo menos veinte personas dispuestas a realizar aquel trabajo ímprobo, agotador, que partía la espalda sin recibir ningún sueldo.

A pesar de todo, atacaron el problema del cultivo con la misma decisión y la

misma tenacidad que habían atacado el del saneamiento del terreno. Una vez expulsada el agua que encenagaba el suelo, hubo que pensar en traer otra que lo regase. Al principio la traían del río en vasijas metálicas, a lomo de borricos. Luego montaron una noria al estilo árabe, y más tarde probaron de abrir pozos en varios sitios. Por fin levantaron presas de riego y construyeron una red de embalses donde retener el agua de las lluvias de invierno.

Poco a poco, el campo entregaba sus secretos. En muchas de sus visitas, Jossi contenía la respiración de puro asombro, maravillándose de la moral que reinaba en Shoshanna. Aquella gente no poseía otra cosa que lo que llevaba puesto; y ni siquiera aquello, pues se consideraba que hasta las ropas pertenecían a la comunidad. Se alimentaban del modo más sobrio en un comedor común, tenían duchas y retretes comunes y dormían todos bajo el mismo techo. Los árabes y los beduinos observaban el crecimiento lento pero continuo de Shoshanna llenos de pasmo. Cuando los segundos vieron ya una importante extensión de tierra en cultivo, emprendieron la tarea de desalojar de allí a los judíos.

Era imprescindible realizar todas las labores en los campos bajo la protección de guardias armados. Por si no bastara con las enfermedades y el exceso de trabajo, la seguridad personal se convirtió en un verdadero problema. Después de un día de penalidades en los campos, los fatigados colonos tenían que montar guardia la noche entera. No obstante, continuaron en Shoshanna a pesar del aislamiento, del desconocimiento de la agricultura, del peligro de las incursiones, de las ciénagas, del calor asesino, de la malaria y de una docena más de calamidades.

Yakov Rabinsky quiso ir a probar suerte en Shoshanna.

Vino también Joseph Trumpledor. Trumpledor había sido oficial en el Ejército ruso, en el que se hizo famoso por su valor durante la Guerra ruso-japonesa, en la cual perdió un brazo. La llamada del sionismo llevó a Trumpledor a Palestina, y el Destino le condujo a Shoshanna. Con Trumpledor y Yakov encargados de la defensa, las incursiones de los beduinos cesaron pronto.

Pero la vida en común creaba más problemas de los que habían imaginado.

Existía el problema de quién gobernaría la comunidad. El sistema adoptado fue el de una democracia absoluta; pero los judíos eran independientes por naturaleza y jamás dos de ellos pudieron ponerse de acuerdo sobre ningún punto determinado. ¿El gobierno de la comunidad acabaría desembocando en una serie interminable de discusiones y disputéis?

Había el problema de la división del trabajo. Había el de cuidar de la salud, la buena marcha y la educación colectivas. ¿Y cómo resolver el de los que no podían o no querían trabajar la jornada completa? ¿Y el de los que estaban disgustados por los cargos que se les asignaron? ¿Y el de los que protestaban a causa de la comida, o por vivir tan incómodamente? ¿Y el de los choques entre distintos temperamentos?

Pero una cosa parecía imponerse a todas las demás. Cada miembro del personal de Shoshanna odiaba violentamente el conjunto de cosas y circunstancias que habían hecho de él —o de ella— un judío de *ghetto*. Iban a destruir aquellas cosas y aquellas circunstancias; levantarían un hogar nacional, Shoshanna tenía su código ético propio, sus leyes sociales particulares. Los matrimonios y divorcios se regulaban por el consentimiento común. Regían la colonia de tal modo que las antiguas tradiciones no tenían allí ningún valor. Habían arrojado lejos de sí los grilletes del pasado.

La opresión había durado tanto tiempo y el deseo de vencerla era tan grande que allí en Shoshanna tuvo lugar el nacimiento de un verdadero campesinado. Los colonos vestían como campesinos y bailaban la hora a la luz de la hoguera. El cultivo de la tierra y la edificación de una patria habían pasado a ser causas nobles, capaces de constituir el objetivo de la existencia. Con el transcurso del tiempo, los colonos plantaron flores y árboles y arbustos, sembraron prados y levantaron edificios nuevos y hermosos. Construyeron pequeñas villas para las parejas casadas, iniciaron una biblioteca y contrataron a un médico fijo.

Entonces se produjo la rebelión de las mujeres. La acaudilló una muchacha fea y recia llamada Ruth, la cual argüía en las asambleas de la comunidad que las mujeres no habían huido de la Demarcación y mucho menos habían ido a Shoshanna para convertirse en sirvientas. Exigían participar en el trabajo y en las responsabilidades de la explotación en pie de igualdad. Y poco a poco derribaron los antiguos prejuicios y compartieron con los hombres todas las facetas del trabajo, incluso la de arar los campos. Se encargaron también de las gallinas y de los huertos y demostraron poseer la misma habilidad y la misma resistencia que los hombres. Luego aprendieron el manejo de las armas e hicieron guardia por las noches.

Ruth, la dirigente del levantamiento de las mujeres, tenía el ojo puesto en las cinco vacas de leche. Quería ser la encargada de cuidarlas. Pero los votos de los hombres echaban por el suelo su ambición. ¡Las chicas iban ya demasiado lejos! Yakov, el más alborotador del grupo masculino, fue designado para batallar con Ruth. ¡Vaya, aquella mujer sabía sin duda que las vacas eran demasiado peligrosas para que cuidasen de ellas las mujeres! Por lo demás, aquellos cinco animales eran la más preciada y la más mimada de todas las posesiones de la comunidad.

Todos quedaron atónitos cuando vieron que Ruth abandonaba la lucha. ¡Era tan impropio de ella! En todo un mes no abrió los labios para hablar de aquel asunto. En vez de discutir, lo que hacía era marcharse, siempre que tenía ocasión, al pueblo árabe vecino para aprender el arte de ordeñar, y en las horas libres estudiaba todo lo que encontraba a mano sobre el cuidado de las vacas de leche.

Una mañana, Yakov entró en la cuadra después de haber pasado la noche de guardia. ¡Ruth había roto su palabra! Estaba ordeñando a «Jezebel», la mejor de las vacas que poseían.

La comunidad celebró una asamblea especial a fin de sancionar a Ruth por el delito de insubordinación. Pero la rebelde acudió armada de datos, hechos y números demostrativos de que ella sería capaz de aumentar la producción de leche valiéndose de una alimentación adecuada y de un cuidado más racional de los animales. Y acusó a los hombres de ignorancia e intolerancia. Ellos decidieron entonces darle una lección permitiendo, precisamente, que se encargase de la vaquería.

Y Ruth acabó erigiéndose en cuidadora permanente de las vacas. Aumentó su número hasta dejarlo multiplicado por veinticinco y se convirtió en la persona más experta en vacas de leche de toda Palestina.

Yakov y Ruth acabaron casándose, porque se decía que ella era la única persona del mundo capaz de hacerle callar en una discusión. Se amaban muchísimo y fueron extraordinariamente felices.

La mayor crisis se produjo en Shoshanna con el nacimiento de los primeros niños. Las mujeres habían luchado por la igualdad y la habían conseguido, convirtiéndose en elementos importantes para la economía de la explotación. Muchas ocupaban cargos de importancia vital. El punto fue sometido a discusión y originó largos debates. ¿Debían dejar ahora sus empleos y limitarse a cuidar de su hogar? ¿Podría hallarse otro modo de mantener en marcha una familia? Los miembros de la colonia concluyeron que, si tenían todos un mismo sistema de vida, también encontrarían un sistema colectivo de cuidar de los niños.

Y así se implantaron los hogares infantiles. Determinados miembros de la comunidad fueron elegidos para cuidar de los pequeños y vigilados durante el día; con lo cual las mujeres quedaban libres para dedicarse al trabajo Llegada la noche, las familias se reunían. Muchas personas ajenas a la colonia clamaban que tal sistema destruiría la vida de familia, tabla de salvación del pueblo judío a través de largos siglos de persecuciones. A despecho de todos los detractores, en las familias de Shoshanna se establecieron lazos tan fuertes como en las de cualquier otra parte.

Yakov Rabinsky había encontrado, por fin, la felicidad, Shoshanna creció hasta contar con cien miembros y tener más de mil *dunams* de tierra en cultivo. Yakov no tenía dinero, ni siquiera ropas que pudiera llamar suyas. Tenía, en cambio, una mujer puntillosa y con una lengua acerada como un cuchillo que era una de las mejores granjeras de Galilea. Por las tardes, terminados los trabajos del día, él y Ruth paseaban por los prados, cruzaban los jardines o trepaban hasta la cima del otero para contemplar la lozanía de los campos verdes… Yakov se sentía contento y satisfecho.

Shoshanna, el primer *kibbutz* de Palestina, parecía ser la solución que desde tantísimo tiempo aguardaba el sionismo.

## CAPÍTULO X

Una tarde, Jossi regresaba a su casa, después de una asamblea especial habida en el Vaad Halashon, sumido en profundas meditaciones. Habían solicitado su asistencia a causa de la destacada posición que ocupaba en la comunidad.

Fuese la hora que fuere del día o de la noche que volviese de las reuniones, Sarah siempre le tenía el té preparado. Marido y mujer se sentaron en el balcón de su piso —de tres habitaciones— de la calle Hayarkon, que miraba al Mediterráneo. Desde allí, Jossi podía seguir con la mirada la curva de la costa en dirección a Jaffa, en las inmediaciones de Tel Aviv.

—Sarah —dijo, por fin—, he tomado una decisión. Esta noche estuve en el Vaad Halashon y me han pedido que adoptase un nombre hebrero y que hablase hebreo exclusivamente. He oído a Ben Yehuda. Ha llevado a cabo una tarea tremenda modernizando el hebreo.

—Vaya una tontería —replicó Sarah—. Tú mismo me dijiste que en toda la historia del mundo jamás se ha dado el caso de que una lengua resucitase.

—Pero ahora se me ha ocurrido pensar que tampoco se había dado nunca el caso de que un pueblo tratase de resucitar una nación como nosotros estamos tratando de hacerlo. Cuando veo lo que se ha hecho en Shoshanna y en los otros *kibbutzim*…

—Ya que hablas de Shoshanna… Tú quieres tomar un nombre sólo porque tu hermano, que antes se llamaba Yakov Rabinsky, lo ha tomado.

—No digas sandeces.

—¿Y cómo hemos de llamar ahora al antiguo Yakov Rabinsky?

—Akiva. Ha escogido este nombre por ser el del ídolo de su infancia.

—Entonces quizá tú querrás llamarte Jesucristo, por el nombre de tu admirado de la infancia.

—¡Mujer, estás imposible! —estalló Jossi, marchándose, enojado, del balcón.

—Si fueras a la sinagoga alguna vez te enterarías de que el hebrero es un instrumento para comunicarse con Dios —adujo Sarah, siguiéndole.

—Sarah, a veces me pregunto por qué te tomaste el trabajo de venir acá, abandonando Silesia. Si hemos de pensar como una nación, vale más que hablemos como una nación.

—Ya lo hacemos. Nuestro idioma es el *yiddish*.

—El *yiddish* es la lengua de los desterrados. El hebreo es la lengua de todos los judíos.

Sarah extendió el brazo señalando con el dedo al gigante de su marido.

—A mí no me recites propaganda sionista, Jossi. Para mí serás Jossi Rabinsky hasta el día en que yo muera.

—He tomado una decisión, Sarah. Será mejor que repases tu hebreo, porque es lo

que hablaremos desde hoy en adelante.

—¡Vaya estupidez, esta decisión!

A Jossi le había costado algún tiempo aceptar la tesis de Ben Yehuda y los demás. Pero, en efecto, si el deseo de crear y poseer una personalidad nacional era suficientemente fuerte, había de ser posible resucitar una lengua muerta. Ahora bien, Sarah no abandonaba fácilmente sus posiciones. El *yiddish* era el idioma que ella hablaba y el que habló su madre. No tenía intención de volver a convertirse en colegiala a edad adulta.

Una semana entera tuvo Sarah expulsado de su dormitorio a Jossi. Con todo, éste no se doblegó. Durante las tres semanas siguientes, Jossi le habló en hebreo exclusivamente; ella le respondía en *yiddish*.

—Jossi —le llamó ella una noche—, Jossi, ven acá y ayúdame.

—Perdona, mujer —respondió el marido—. En esta casa no hay nadie que se llame Jossi. Si es a mí a quien te diriges —prosiguió—, me llamo Barak. Barak Ben Canaan.

—¡Barak Ben Canaan!

—Sí. He tenido que meditar mucho para encontrar un nombre adecuado. Los árabes solían llamar «rayo» a mi látigo, y esto es lo que significa Barak en hebreo: «rayo». Es, además, el nombre que llevaba el general en jefe de Deborah. Y he tomado el apellido de Canaan porque tengo cariño al Monte Canaan.

La puerta se cerró con fuerte golpe. Jossi gritó con fuerza junto a la misma:

—¡Cuando estaba en Monte Canaan vivía feliz! ¡Entonces no tenía una mujer terca a mi lado! Acostúmbrate a este nombre, Sarah Ben Canaan… ¡Sarah Ben Canaan!

Jossi, ahora Barak, quedó expulsado otra vez de su dormitorio. Durante toda una semana entera, ninguno de los dos adversarios dirigió la palabra al otro.

Una noche, al cabo de un mes de haber estallado las hostilidades, Barak regresó de una ruidosa asamblea celebrada en Jerusalén. Llegó de noche y cansado, y dirigió una mirada a su alrededor con la esperanza de encontrar a Sarah todavía levantada para poder comentar con ella las noticias que traía y beber una taza de té. Pero la puerta del cuarto estaba cerrada. El pobre marido dio un suspiro, se quitó las botas y se tendió en el sofá. Era tan largo que las piernas le colgaban por encima del brazo del mueble. Estaba fatigado, tenía ganas de dormir en su cama, y lamentaba haber principiado el conflicto. Cuando empezaba a dormirse, una raya de luz que aparecía debajo de la puerta del cuarto le despertó. Sarah se le acercó de puntillas, se arrodilló junto a su desarrollada humanidad, y reposando la cabeza sobre su pecho, murmuró en un hebreo perfecto:

—Te amo, Barak Ben Canaan.

Barak Ben Canaan llevaba una vida muy ocupada en la ciudad nueva de Tel Aviv.

Al crecer la comunidad, los judíos de Palestina pasaron a ser conocidos por la definición literal del vocablo —los *yishuv*— y el hebreo resucitó como lengua de los *yishuv*. Barak Ben Canaan había destacado notablemente su personalidad entre los sionistas y también en el seno de la Sociedad Sionista de Asentamiento. Su vida consistía en una ronda constante de reuniones y negociaciones delicadas con los turcos y los árabes. Escribió varios documentos que influyeron notablemente en la orientación de la política a seguir, y acompañado de Sarah, fue muchas veces a Londres, al cuartel general del sionismo, y a Suiza, para asistir a las conferencias internacionales. Sin embargo, Barak no conocía la verdadera felicidad que su hermano Akiva había hallado en Shoshanna. El corazón de Barak estaba siempre al norte del Monte Canaan, en el Valle de Huleh. Sarah era una esposa sabia y cariñosa que anhelaba compensar el afán de su marido por poseer tierras dándole hijos. Pero este anhelo sólo sirvió para proporcionarles amarguras. Durante cinco años consecutivos perdió el embarazo a consecuencia de abortos tempranos. El hecho resultaba más triste si se tiene en cuenta que Barak estaba ya cerca de los cuarenta y cinco años.

En 1908 se produjo la fulminante rebelión de los jóvenes turcos, los cuales depusieron al viejo y corrompido déspota y tirano Abdul Hamit II. Todo el mundo sionista vio con ojos de esperanza cómo le remplazaba Mohamed V en calidad de sultán de los otomanos y jefe espiritual del mundo musulmán.

Pronto supieron, no obstante, que aquel movimiento no facilitaría la concesión de su estatuto. Mohamed V había heredado un Imperio que se derrumbaba y el mundo le designaba con el mote de «el hombre enfermo de Europa».

Desde el comienzo, los ingleses habían manifestado siempre las mayores simpatías hacia los sionistas Barak consideraba perfectamente posible coordinar los intereses judíos y los intereses británicos, al paso que con los turcos no existía base alguna de cooperación. Los británicos habían ofrecido el Sinaí y luego Uganda para asentamiento de colonos judíos. Muchos oficiales ingleses de elevada graduación se manifestaban abiertamente en favor del establecimiento de una patria judía. En Inglaterra tenían el cuartel general los sionistas, y el doctor Chaim Weizmann, un judío nacido en Rusia, había pasado a ser el portavoz mundial del movimiento sionista.

Con el incremento de la hegemonía inglesa en el Oriente Medio y el eclipse innegable de los otomanos, tanto Barak como los *yishuv* y los sionistas se volvieron manifiestamente pro británicos.

Mohamed V había perdido una serie de onerosas guerras balcánicas. Su dignidad de «Sombra de Dios», es decir, de jefe espiritual de los musulmanes, iba declinando y el reino otomano, antiguo de cinco siglos, se tambaleaba, al mismo tiempo que el Imperio todo se acercaba al borde del colapso económico.

Hacía siglos que los zares de Rusia soñaban con poseer unos cuantos puertos en las cálidas aguas del Mediterráneo. Su ambición inmemorial se cifraba en abrirse paso por el Bósforo y los Dardanelos. Viendo inminente el colapso de los otomanos, Rusia tramó una contradanza armada colosal para conseguir, por fin, la realización de sus sueños y hostigó a Turquía con el designio de hacer que los turcos se alinearan al lado de los alemanes. Rusia, deseosa de una guerra contra Turquía, puso a los aliados la condición de que habían de entregarle Constantinopla si querían que entrase en la contienda.

Mohamed V se percataba muy bien de los propósitos del coloso ruso y ponía un cuidado esmeradísimo en evitar la lucha. Sabía que no bastaría con que los rusos se apoderasen de Constantinopla, sino que los ingleses, los franceses y los italianos esperaban impacientes el momento de arrojarse encima del Imperio y repartírselo entre ellos.

¡Y estalló la Primera Guerra Mundial!

Mohamed V no se conquistó el agradecimiento de los rusos ni el de los ingleses desmoronándose Al contrario, los turcos demostraron un espíritu combativo mayor del que nadie les habría pedido. El Ejército ruso tuvo que pararse en seco al probar de cruzar la cordillera del Cáucaso: en el Oriente Medio, los turcos salieron de Palestina, cruzaron el desierto de Sinaí y se plantaron junto a la misma arteria principal del Imperio británico, el Canal de Suez.

McMahon, el comisario británico en Egipto, empezó a hacer promesas a los árabes a condición de que éstos se rebelasen contra los otomanos. Tales promesas implicaban que, en premio a su ayuda, se les concedería la independencia. Los agentes británicos laboraban desesperadamente por organizar una sublevación de los árabes contra los turcos. Persiguiendo tal empeño acudieron al príncipe árabe más influyente Ibn Saud, el poderoso wahabita de Arabia. Pero Ibn Saud decidió esperar hasta estar seguro de qué parte soplaba el viento Entretanto, el mundo árabe en conjunto, o inclinaba su peso en favor de los turcos o hacía un juego de espera.

En el bando de los otomanos, Mohamed V, jefe honorario de todos los musulmanes, lanzaba histéricos llamamientos para que todo el Islam se levantase contra los ingleses en una «guerra santa». A sus llamadas contestaba únicamente el silencio.

Los ingleses llegaron a la conclusión de que la única manera de conseguir aliados entre los árabes, consistía en comprarlos. En consecuencia, el oro inglés corrió abundantemente como cebo. No faltó quien lo mordiera. El gobernador de La Meca ocupaba una posición semiindependiente dentro de la dominación otomana. El gobernador era oficialmente «Custodio de las Plazas Sagradas de Medina y La Meca». El cargo era hereditario y vitalicio y estaba adscrito a la línea de descendientes directos de Mahoma.

El gobernador de La Meca constituía, de todos modos, una figura de poca monta en el mundo árabe. Por lo demás, era un enemigo mortal de Ibn Saud. Cuando los ingleses le hicieron proposiciones, el tal gobernador vio la oportunidad de extender su poder sobre el mundo árabe, si se daba el caso de que Mohamed V y los otomanos se derrumbaban. Por ello y por la propina suplementaria de unos cuantos cientos de miles de libras esterlinas, el gobernador de La Meca se alió a los ingleses. Aquel hombre tenía un hijo llamado Feisal, un caso raro de verdad entre los jefes árabes, un individuo dotado de conciencia social y de visión certera, el cual consintió en ayudar a su padre a conseguir que las tribus árabes «se rebelasen» contra los otomanos.

En un rápido movimiento, el turco Jemal Pachá se hizo dueño de Palestina y sometió a la comunidad judía al imperio del terror.

A Barak Ben Canaan le avisaron con seis horas de tiempo nada más para huir de Palestina. Su nombre y el de su hermano Akiva figuraban en las listas de los condenados al exterminio que tenía la policía turca. La Sociedad Sionista de Asentamiento se vio obligada a cerrar las puertas y la mayor parte de las actividades judías quedaron interrumpidas.

—¿Cuánto tiempo tenemos, amado mío? —preguntó Sarah.

—Al amanecer hemos de estar fuera. No te llevarás sino lo que puedas meter en un bolso. Todo lo demás lo dejaremos aquí.

Sarah se apoyó en la pared y se pasó la mano por el vientre. Estaba en cinta de seis meses y sentía en su cuerpo la vida como no la había sentido en ninguno de los embarazos anteriores. «Cinco abortos», pensó.

—No puedo ir —dijo—. No puedo ir.

Barak se plantó ante ella. Fruncía el ceño y a la luz de la vela, su roja barba parecía una llama.

—Vamos, Sarah. No tenemos tiempo para estas cosas.

La mujer giró sobre sus talones y se echó en brazos de su marido.

—Barak…, oh, Barak… Perderé también este hijo. No puedo, no puedo… ¡No puedo!

Barak Ben Canaan exhaló un profundo suspiro.

—Tienes que venir conmigo. Dios sabe lo que podría ocurrirte si te cogiesen los turcos.

—No quiero perder este hijo.

Barak llenó lentamente su saco de mano y lo cerró.

—Márchate inmediatamente a Shoshanna —le dijo entonces—. Ruth velará por ti… Ten cuidado, no te acerques a sus adoradas vacas… —El gigante depositó un dulce beso en la mejilla de su esposa, que se había puesto de puntillas para abrazarle —. *Shalom*, Sarah. Te amo. —Y volviéndose bruscamente, se alejó a grandes zancadas.

Sarah hizo el peligroso viaje de Tel Aviv a Shoshanna en un carro tirado por asnos, y allí, en compañía de Ruth, aguardó el nacimiento de su hijo.

Akiva y Barak huyeron a El Cairo, donde encontraron a su antiguo amigo Joseph Trumpledor, el combatiente manco. Trumpledor estaba ocupado formando una unidad de judíos de Palestina para integrarla en el Ejército británico.

La unidad de Trumpledor, el Cuerpo de Muleros Judíos, se unió a los Anzacs en una operación colosal. Barak y Akiva estuvieron en el desembarco inglés en Gallípoli, vano intento de abrir los Dardanelos y marchar sobre Constantinopla por el Sur. En la retirada y el desastre que siguieron al desembarco, Akiva recibió una herida en el pecho.

Después del desastre de Gallípoli, el Cuerpo de Muleros Judíos se dispersó. Akiva y Barak se fueron a Inglaterra, donde Zev Jabotinsky, un ardiente sionista, estaba formando una unidad mucho mayor de combatientes judíos, los Regimientos números 3, 39 y 40 de Fusileros Reales, integrando una brigada conocida por «los judeanos».

Akiva, que no se había restablecido todavía por completo de la herida, fue enviado a los Estados Unidos a dar conferencias en favor de la causa de una patria judía, patrocinado por los sionistas americanos, cuyo jefe era Brandeis, un magistrado del Tribunal Supremo.

Cuando descubrieron que Barak Ben Canaan estaba entre los fusileros, le sacaron al momento de las filas anónimas. El doctor Weizmann, portavoz internacional del sionismo, le consideraba una figura demasiado importante para llevar un rifle.

Barak pasó a formar parte del equipo de negociadores sionistas a tiempo para enterarse de otro desastre sufrido por los ingleses en el Oriente Medio. El general Maude había desencadenado un ataque contra el flanco oriental del Imperio otomano. Utilizando Mesopotamia como base de lanzamiento, se proponía bajar a Palestina por el Norte. La ruta de la conquista sería el valle del Tigris y el Éufrates hasta Bagdad, donde describiría un giro y se dirigiría hacia el mar. La legión de Maude avanzó sin contratiempos mientras tuvo enfrente tropas árabes. Su campaña fue calificada de «brillante». Luego, en Kut, los ingleses toparon con una división turca y sufrieron una derrota completa, aniquiladora.

¡Los ingleses se tambaleaban! Los otomanos habían sentado sus reales en la orilla del Canal de Suez y los alemanes habían despedazado el Ejército ruso de primera línea. Los esfuerzos británicos, por promover una rebelión de los árabes contra los otomanos, se habían venido al suelo.

¡Entonces se produjo el golpe final! Los árabes sospecharon que ingleses y franceses estaban tramando un pacto secreto para destrozar el mundo árabe y repartírselo.

El doctor Weizmann y los sionistas creyeron que el momento estaba maduro para

conseguir un tanto en favor del establecimiento de una patria judía. Los ingleses necesitaban desesperadamente simpatía y auxilio. En Alemania, lo mismo que en Austria, los judíos luchaban valientemente defendiendo su tierra natal. Si los sionistas habían de conquistar el apoyo de los judíos del resto del mundo, especialmente de los de América, era preciso tomar una decisión dramática.

Mientras las negociaciones entre los sionistas y los ingleses llegaban a un acuerdo, lord Balfour, el ministro británico de Asuntos Exteriores, escribió una carta a lord Rothschild con la siguiente revelación:

*El Gobierno de Su Majestad mira con simpatía el establecimiento de un hogar nacional para el pueblo judío en Palestina y empleará sus mejores oficios para facilitar la consecución de este objetivo.*

¡Así nació la Declaración Balfour, la Carta Magna del pueblo judío!

# CAPÍTULO XI

La policía de Jemal Pachá encontró a Sarah Ben Canaan en el *kibbutz* de Shoshanna dos semanas antes nada más de que se cumpliera el término para el nacimiento del niño Hasta entonces, Ruth y los demás miembros de la colonia la habían guardado celosamente y habían cuidado de que disfrutase de descanso y comodidad a fin de que el hijo viniera normalmente.

La policía turca no fue tan considerada. Arrancaron a Sarah de su casita en mitad de la noche, la encerraron en un carro cubierto y la llevaron por un camino lleno de fango y de baches al edificio de piedra basáltica en el que había el cuartel de Policía de Tiberíades.

Allá la tuvieron con grilletes y sin dejarla descansar durante veinticuatro horas largas.

*¿Dónde está tu marido?… ¿Cómo logró escapar?… ¿Cómo te comunicas con él?… Tú envías informes por conductos clandestinos; lo sabemos… Haces espionaje en favor de los ingleses. Vamos, mujer, tu marido ha escrito esos papeles en favor de los ingleses, no puedes negarlo… ¿Con qué judíos de Palestina estás en contacto?*

Sarah respondía a las preguntas sin rodeos y sin perder la compostura Admitió que Barak había huido a causa de sus simpatías hacia los ingleses, porque aquello no era un secreto para nadie. Insistió en que ella se había quedado únicamente para dar a luz. Y no quiso admitir ninguna más de las acusaciones que le hacían. Al cabo de veinticuatro horas, Sarah Ben Canaan era la persona más sosegada que había en el despacho del inspector.

Entonces empezaron a amenazarla; todavía Sarah siguió respondiendo calmosa y claramente. Al final la cogieron, la arrastraron hasta un cuarto de aspecto repelente con gruesas paredes de basalto y sin ninguna ventana, iluminado por una pequeña vela puesta sobre una mesa de madera; la tendieron de espaldas, sujetada por cinco policías, le quitaron los zapatos y le azotaron las plantas de los pies con gruesos palos. Mientras la maltrataban de aquel modo, iban repitiendo las mismas preguntas. Y ella repetía las mismas respuestas.

*¡Espía! ¿Cómo envías tus informaciones a Barak Ben Canaan? ¡Habla! Tú estás en contacto con agentes ingleses… ¿Quiénes son?*

El dolor era irresistible. Sarah dejó de pronunciar ni una sola palabra. Apretaba los dientes con fuerza y el sudor inundaba su cuerpo. Su coraje encendía todavía más el furor de los turcos. El látigo le abría las plantas de los pies. La sangre salía a chorros.

—¡Habla! —le chillaban—. ¡Habla!

La víctima temblaba y se retorcía de dolor…

—¡Judía! ¡Espía!

Al final perdió el conocimiento.

Le arrojaron un balde de agua sobre la cara. El interrogatorio y el vapuleo prosiguieron. Sarah se desvaneció de nuevo y de nuevo la hicieron volver en sí. Luego le levantaron los brazos y le pusieron piedras al rojo vivo en los sobacos.

—¡Habla! ¡Habla! ¡Habla!

Los turcos torturaron a Sarah Ben Canaan durante tres días y tres noches, y hasta ellos se asombraron de su capacidad de resistencia para el sufrimiento. Al final la dejaron marchar como tributo a su coraje, pues jamás habían visto a nadie que soportase el dolor con tanta dignidad. Ruth, que había estado aguardando y suplicando en la antesala del cuartel, llevó a Sarah a Shoshanna en un carro tirado por un asno.

Con los primeros dolores del parto, Sarah se permitió el lujo de gritar y gemir. Entonces soltó todos los alaridos que los turcos no le pudieron arrancar. Su cuerpo atormentado se rebelaba convulsivamente.

Los gritos se volvían cada vez más apagados y débiles. Nadie creía que la parturienta pudiese salir de aquel trance.

Pero nació un niño, y Sarah Ben Canaan vivió.

Estuvo semanas enteras oscilando entre la vida y la muerte. Ruth y todos los colonos de Shoshanna la rodearon de todas las pruebas de afecto y de todos los cuidados imaginables. El coraje extraordinario que había mantenido viva a la silesianita de ojos negros bajo los tormentos a que la sometieron los turcos y entre los dolores del parto, la mantuvo viva ahora Su voluntad de volver a ver a Barak era tan fuerte, que la muerte no encontró rendija ninguna por donde introducirse.

Le costó más de un año el reponerse. El restablecimiento fue lento y doloroso. Hubieron de pasar largos meses antes de que pudiera tenerse de pie y andar, y le quedó una leve cojera que no había de perder ya nunca más.

El niño estaba fuerte y sano. Todo el mundo decía que sería otro Barak, porque ya se le veía delgado y alto, si bien tenía la morena fisonomía de Sarah. Terminado el tormento, ésta y Ruth ya no tuvieron que inquietarse sino por el regreso de sus respectivos maridos.

Entretanto, los dos hermanos iban de El Cairo a Gallípoli, de Inglaterra a América. Cada día lo pasaban atormentados por el miedo al peligro que corrían las vidas de Sarah y Ruth. Los relatos de los refugiados que llegaban de Palestina sobre el terror de Jemal Pachá les llenaban de espanto.

A principios de 1917, el Ejército británico salió de Egipto y rechazó a los turcos por la península del Sinaí hasta el umbral de Palestina. En Gaza quedaron parados en seco. Entonces tomó el mando de las fuerzas inglesas el general Allenby y bajo su dirección se reanudó la ofensiva. A finales de 1917, lanzaron un ataque contra Palestina y se apoderaron de Beersheba, y aprovechando el impulso de esta victoria,

desencadenaron una furiosa ofensiva contra las puertas de Gaza, y Gaza cayó. Entonces subieron en punta por la costa con objeto de ocupar Jaffa.

Con la victoriosa campaña de Allenby la rebelión árabe, tanto tiempo esperada, ruidosamente pregonada, pródigamente pagada y sobreestimada en exceso, estalló por fin. Faisal, el hijo del gobernador de La Meca, trajo unas cuantas tribus del desierto cuando se vio claramente que los turcos iban a perder. Con los otomanos corriendo para atrás, los árabes se quitaron la capa de neutralidad a fin de poder participar del botín que se repartirían los vencedores. Los «rebeldes» de Faisal hicieron mucho ruido y hostilizaron una línea férrea que no estaba defendida, aunque sin llegar nunca a inutilizarla. Los «rebeldes» árabes jamás tomaron parte en una batalla de mucha ni de poca importancia.

Entretanto, las fuerzas de Allenby y las de los turcos se aprestaban para librar una batalla en la ciudad de Megiddo, el suelo que había servido de piedra de toque a un centenar de ejércitos de conquista durante un período de tiempo de más de cinco mil años. Megiddo, donde serían encontradas las cuadras de Salomón y donde se decía que había de tener lugar la segunda venida de Cristo. Megiddo dominaba un barranco, situado al norte de la ciudad, que formaba un pasaje natural. Aquel barranco había sido la ruta de los conquistadores desde que el hombre empezó a saber medir el tiempo.

¡Y Megiddo cayó en poder de Allenby!

¡Por Navidad, antes del año de haber asumido el mando, dicho general hacía entrar sus tropas en Jerusalén, liberada de los turcos!

Y los ingleses continuaron avanzando en dirección a Damasco hasta que los turcos quedaron dispersados y lanzados al olvido. La caída de Damasco fue el toque de difuntos de los otomanos.

Pero el Zar de Rusia, que había tenido tanto interés en promover una guerra contra los turcos, no vio realizado su sueño de hacer de Constantinopla una ciudad rusa. El pueblo ruso se había rebelado contra siglos y siglos de ostracismo y el Zar y toda su familia cayeron ante un pelotón de ejecución.

Aun con el Imperio completamente destrozado y saqueado y a pesar de haber perdido la dignidad de «Sombra de Dios» para mil millones de musulmanes, cuando la guerra terminó, Mohamed V estaba en su harén disfrutando de la vida.

Barak Ben Canaan y su hermano Akiva regresaron al hogar. Cuando cruzaban la puerta de entrada a Shoshanna, las rosas estaban en flor, el campo, pintado de verde, hervía de vida y el Jordán corría caudaloso sacando sus aguas del Mar de Galilea.

Cuando marido y mujer se encontraron cara a cara, en la puerta de la casita que ella ocupaba, la larga y abundante barba roja de Barak y los negros cabellos de Sarah estaban poblados de hebras de plata. Él la cogió en brazos con ternura, y en aquel momento todas las penalidades sufridas durante los últimos años se desvanecieron

como por encanto. Su menuda Sarah le tomó de la mano, y cojeando un poco, le guió hacia el interior de villa. Un mocito revoltoso y gallardo de tres años de edad le miró con unos ojazos brillantes y curiosos.

Barak se arrodilló delante del niño y lo levantó en sus poderosos brazos.

—«Hijo mío —murmuraba—, hijo mío».

—Tu hijo… Ari —anunció Sarah.

## CAPÍTULO XII

Cincuenta naciones ratificaron la Declaración Balfour.

En el transcurso de la Primera Guerra Mundial, el terror turco había dejado la población *yishuv* reducida a la mitad. En el velatorio de la contienda estallaba en la Europa oriental una nueva racha de *pogroms*.

Los tiempos que vinieron a continuación fueron de una importancia vital para los *yishuv*, que redoblaron sus actividades. Sobre Palestina se derramaba la Tercera Aliyah, es decir, el alud de los que venían a llenar los huecos de las diezmadas filas de los *yishuv*, huyendo de las persecuciones.

Hacía muchos años que la Sociedad Sionista de Asentamientos tenía el ojo puesto en el Valle de Jezrael, que cerraba toda la Galilea meridional. Dicho valle era en su mayor parte terreno pantanoso, no había allí sino unos escasos y míseros poblados árabes, y en su mayor parte pertenecían a una sola familia «effendi», los Sursuks, que vivía en Beirut. Los turcos no habían permitido a los judíos adquirir tierra en el sector de Jezrael, pero la llegada de los ingleses a Palestina acabó con tales prohibiciones, y Barak Ben Canaan, acompañado de otros dos agentes de compras, fueron a Beirut y compraron un trozo de aquel terreno comprendido entre Haifa y Nazaret. Era la primera vez que se adquiría una extensión de tierra tan considerable y la primera que ello se hacía sin otros recursos que los aportados por los judíos de todo el mundo. El Valle de Jezrael abría grandes oportunidades para el establecimiento de otros *kibbutzim*.

En un generoso gesto, muchos trabajadores de las colonias ya en marcha dejaban sus terrenos florecientes para ayudar al establecimiento de nuevos *kibbutzim*. Akiva y Ruth y su hija, recién nacida, Sharona, abandonaron la relativa comodidad de su amado Shoshanna para ayudar a establecer un nuevo *kibbutz* exactamente al norte de Rosh Pinna. El establecimiento recibió el nombre de Ein Or, Fuente de Luz.

El sueño de Barak Ben Canaan se asentaba por fin, aunque sólo en parte, en la mente de todos los judíos. Y se compraron terrenos muy adentro del Valle de Huleh, cerca de las fronteras del Líbano y de Siria. Incluso roturaron campos en «su» monte y fundaron un *kibbutz*, el poblado de Giladi, en las inmediaciones del mismo. El viejo amigo de Barak, Joseph Trumpledor, fue a Kfar Giladi a encargarse de la seguridad pública.

Tel Aviv y las demás ciudades crecían al mismo ritmo que se incrementaba el cultivo de la tierra. Los judíos empezaron a comprar casas en la parte alta de Haifa, sobre el Monte Carmelo. A medida que las necesidades de los *yishuv* reclamaban más y mayores oficinas y que los elementos religiosos se contagiaban del espíritu de los sionistas para la redención de la tierra, en Jerusalén surgían más y más edificios fuera del recinto amurallado de la Ciudad Vieja.

Por su parte, la administración inglesa realizaba muchas reformas. Construía carreteras; levantaba escuelas y hospitales; creaba tribunales que sabían lo que era la Justicia. El mismo Balfour fue personalmente a Jerusalén y en la cumbre del Monte Scopus puso la primera piedra de una nueva Universidad hebrea.

Los judíos eligieron un cuerpo representativo para gobernar el *Yishuv*. El Yishuv Central era casi un verdadero Gobierno que hablaba en nombre de todos los judíos, negociaba con los árabes y los ingleses y servía de enlace entre la Sociedad Sionista de Asentamiento y los sionistas de todo el mundo. Tanto el Yishuv Central como la Sociedad Sionista de Asentamiento, cada uno por su parte, se trasladaron a sus nuevos edificios centrales levantados en Jerusalén.

Barak Ben Canaan, ciudadano maduro y respetado de todos, fue elegido para el Yishuv Central, cargo que simultaneó con sus tareas por cuenta de los sionistas. Pero al mismo tiempo se producían signos de mal agüero: Palestina se convertía en el centro de un gigantesco juego de potencias.

El primer acto de la fundación lo constituyó la publicación del Convenio secreto Sykes-Picot, por el cual Inglaterra y Francia trataban de repartirse el Medio Oriente. El documento fue descubierto primero en los archivos del Zar por los revolucionarios rusos, los cuales lo publicaron para poner en mal lugar a ingleses y franceses.

El Convenio Sykes-Picot contradecía abiertamente las promesas anteriores de los ingleses garantizando la libertad de los árabes. Éstos se tuvieron por traicionados. A pesar de los esfuerzos británicos por suavizar la situación, más tarde, cuando en la conferencia de San Remo, Inglaterra y Francia cortaron a pedazos el pastel de Oriente Medio y la primera se asignó la parte del león, los temores de los árabes quedaron plenamente justificados. Francia echó la zarpa a la provincia de Siria y a una de las conducciones de petróleo de los ricos campos petrolíferos de Mosul.

Bajo el dominio otomano, la provincia de Siria incluía también Palestina y el Líbano. Francia se creyó, por consiguiente, con derecho a la parte norte de Palestina. Los ingleses se mantuvieron cerradamente intransigentes. También ellos querían disponer de una estación terminal, en Haifa, para el producto de los campos petrolíferos de Mosul, y aducían que habiéndose obligado por la Declaración Balfour y siendo Palestina el sitio donde habría que establecer el hogar nacional judío que prometieron, era preciso que dicho pedazo del desaparecido Imperio otomano continuara bajo su mando.

El resultado fue que los franceses pagaron a varias tribus de árabes sirios para que promoviesen disturbios en Palestina y hasta que no se hubiese señalado perfectamente la línea divisoria, se apoderasen de todas las comarcas septentrionales de la misma que pudieran.

Los judíos que se habían aventurado hasta Kfar Giladi, en el Valle de Huleh, quedaron cogidos en una trampa. Para dar mayor fuerza a las reclamaciones

fronterizas de los franceses, los árabes contratados por éstos atacaron Tel Hai, el monte que Barak y Akiva pisaron al entrar en Palestina.

Joseph Trumpledor, el legendario soldado de fortuna judío, hizo en Tel Hai un derroche de valor. Él murió en el combate, pero Tel Hai resistió y los judíos continuaron en Kfar Giladi, y el Valle de Huleh siguió formando parte del mandato inglés.

El siguiente quebradero de cabeza de los franceses vino de Faisal, el hijo del gobernador de La Meca y jefe de la supuesta rebelión árabe de la Primera Guerra Mundial. Faisal llegó a Damasco, aposentóse allí y se declaró rey de un nuevo y mayor Estado árabe y nuevo jefe espiritual de los musulmanes. Los franceses le expulsaron de Siria. Faisal se trasladó a Bagdad, donde los ingleses le acogieron mucho mejor, premiando a su fiel sirviente con la creación de un nuevo Estado, asentado en la provincia de Mesopotamia. Dicho Estado fue bautizado con el nombre de Irak y Faisal fue proclamado rey del mismo.

Faisal tenía un hermano llamado Abdullah al cual había que premiar también. Sin autorización de la Liga de Naciones, los ingleses formaron otro «país» con parte del mandato de Palestina y nombraron rey a Abdullah. Al nuevo país le dieron el nombre de Transjordania.

Tanto Faisal como Abdullah eran enemigos acérrimos de Ibn Saud, que se había negado a prestar ayuda a los ingleses durante la guerra.

Como se ve, los ingleses se manejaban bien. Tenían sendos títeres en las dos naciones creadas por ellos: Irak y Transjordania. Y poseían Egipto, el Canal de Suez, los campos petrolíferos de Mosul y el mandato de Palestina. Como suplemento a este núcleo principal, tenían una docena de «protectorados» y «sheicatos» diseminados por la península de Arabia.

Conocedores de las enconadas rencillas existentes entre los árabes, los ingleses practicaban el acreditado método de «divide y vencerás». A sus muñecos les tenían contentos y gozosos proporcionándoles automóviles del último modelo y dejando que tuvieran los harenes bien poblados.

Palestina era un caso distinto. Palestina no admitía títeres de Inglaterra. El mundo entero había ratificado la Declaración Balfour. Los artículos del mandato obligaban a los británicos a crear una Patria judía. Por otra parte, los judíos habían puesto a su disposición un organismo elegido democráticamente, el Yishuv Central, que era casi un gobierno, el único organismo democrático de todo el Oriente Medio.

Barak Ben Canaan, el doctor Chaim Weizmann y una docena de dirigentes sionistas iniciaron una histórica negociación con Faisal, erigido entonces en jefe del mundo árabe. Árabes y judíos firmaron un pacto de amistad por el cual cada una de las partes prometía respetar las aspiraciones de la otra. Los árabes saludaban con agrado el retorno de los judíos, reconocían sus derechos históricos sobre Palestina y

sus derechos humanos a tener una Patria. Más todavía, los árabes declaraban claramente que agradecían la cultura y el «oro hebreo» que les traían los judíos. Y todavía más, muchos centros y organismos árabes habían proclamado a los judíos como a sus redentores.

Ni en Palestina ni en ningún otro lugar del mundo árabe había ningún Gobierno representativo. Cuando los ingleses les pidieron que formasen uno, sus discordias intestinas resucitaron de nuevo. Las diversas coaliciones de familias «effendis» representaban en realidad a un porcentaje muy reducido de árabes.

La más poderosa de tales familias era el clan de El Husseini, propietario de tierras en el sector de Jerusalén, y el temor que inspiraban a los otros terratenientes era tan grande que todos los demás formaron un bloque compacto contra ellos; con lo cual resultó perfectamente imposible encontrar fórmula ninguna para estructurar un organismo que representase a los árabes.

El jefe del temido clan de El Husseini era el más perverso y taimado de todos los intrigantes de una parte del mundo pródiga en intrigantes taimados y perversos. Se llamaba Haj Amin el Husseini. Haj Amin, que en otro tiempo había luchado al lado de los turcos, vio ahora el derrumbamiento del Imperio otomano como un buen momento para encaramarse al poder, exactamente igual que lo veían una docena de jefes árabes en una docena de puntos diferentes del trozo de planeta ocupado por los de su raza. El Husseini contaba con el apoyo de un clan de diablos.

El primer paso de Haj Amin consistió en apoderarse de Palestina. La oportunidad se la brindó el ostentar el cargo de Muftí de Jerusalén, considerada por los musulmanes como una de sus ciudades santas y sólo inferior en rango a La Meca y a Medina. Durante el Imperio otomano, el cargo de Muftí era casi honorario. La cabeza del Islam estaba en Constantinopla y desde allí se gobernaba, en realidad, a todos los musulmanes del mundo. Con los otomanos hundidos y estando Palestina gobernada por una potencia cristiana, el cargo de Muftí adquirió de pronto una importancia notable. Los musulmanes de todo el mundo concentraron allí riadas de dinero con objeto de retener en sus manos los Lugares Santos. En otros tiempos, aquellos fondos los administraba Constantinopla; ahora estarían a disposición del Muftí. Los *fellahas* palestinos eran analfabetos en un noventa por ciento. El único medio de comunicación con la masa era el púlpito. Y la tendencia de aquella masa ignorante a dejarse arrebatar por el histerismo a la menor provocación podía convertirse en un arma política.

Un obstáculo nada más se interponía en el camino de Haj Amin para erigirse en Muftí de Jerusalén, y era que la ley musulmana declaraba que para ocupar tal dignidad había que ser descendiente directo de Mahoma. Haj Amin obvió el inconveniente casándose con una muchacha descendiente directa del profeta y considerando que con esto quedaba suficientemente satisfecho el requisito previo.

Así, pues, cuando murió el viejo Muftí, hubo que proceder a una elección para escoger al sucesor. Sabedores los «effendis» de las ambiciones de Haj Amin, concentraron sus votos en otros pretendientes; de forma que Haj ocupó el cuarto lugar por el número de votos obtenidos. Este tropiezo no le preocupaba mucho; el clan de El Husseini se había puesto ya a la tarea de aterrorizar a los tres pretendientes que habían tenido más adeptos y pronto los «persuadió» para que renunciaran al puesto.

Haj Amin el Husseini fue Muftí de Jerusalén por incomparecencia de los designados con preferencia a él.

Y al momento consideró que el retorno de los judíos a su cuna histórica era el mayor tropiezo que podían encontrar sus planes. Con ocasión de la festividad musulmana que conmemora el nacimiento de Moisés, Haj Amin el Husseini excitó hasta el frenesí a una turba de *fellahas*, inoculándoles el odio contra los judíos. El histerismo se apoderó de la chusma aquélla…, ¡y he ahí un *pogrom* en marcha!

Pero el histerismo no fue tan agudo que les incitara a desahogar sus iras sobre las ciudades y los *kibbutzim* donde los judíos habrían estado en condiciones de defenderse, sino que prefirieron degollar ancianos, piadosos e indefensos, en las ciudades santas de Safed, Tiberíades, Hebrón y Jerusalén.

Al producirse el estallido, Ruth se encontraba en Tiberíades, camino de Ein Or, regresando de una visita a Shoshanna. Ella y su hija Sharona cayeron en manos de los amotinados y perecieron asesinadas.

Akiva se quedó inconsolable. Nadie había visto jamás a un hombre destrozado por dolor tan profundo. Barak marchó precipitadamente a Ein Or, cogió a su hermano, se lo llevó a Tel Aviv, y lo mismo que había hecho cuando Akiva era muchacho, cuidó bien de no perderle de vista ni de noche ni de día. Largos meses transcurrieron antes de que Akiva se repusiera algo de su dolor, y aun entonces quedó en su alma una llaga profunda y enconada que no había de sanar nunca más.

Muchas de las colonias judías habían entregado las armas a los ingleses cuando éstos se hicieron cargo del mandato. Si los árabes hubieran acertado a dirigir el golpe contra tales establecimientos habrían hecho en ellos una matanza terrible. Siendo los británicos los responsables del orden, los *yishuv* estaban aguardando que metieran en cintura a los árabes y llevasen a los culpables ante la justicia. Un caso como aquél no habría ocurrido durante el dominio turco, porque con todo lo corrompidos que eran, éstos no toleraban el asesinato.

Una comisión de investigadores declaró que Haj Amin el Husseini era culpable. ¡Y le perdonaron!

Inmediatamente después de haberle perdonado, la Oficina Colonial Británica publicó un Libro Blanco, o declaración política, limitando la inmigración judía al número de personas que «la economía permitiera absorber». Fue entonces cuando, por mano de Winston Churchill, Inglaterra desgajó la mitad del mandato para crear

con él el reino de Transjordania. Para los *yishuv* aquello significaba el final de una era.

Y mientras de labios ingleses se derramaba un chorro de hueras frases de benevolencia, el Yishuv Central y la Sociedad Sionista de Asentamiento convocaron una reunión secreta en Tel Aviv a la que asistieron cincuenta miembros dirigentes del *yishuv*.

El doctor Weizmann vino en avión desde Londres. Barak asistió, y Akiva, que todavía estaba como sumido en trance, asistió también. Allí estuvo Itzak Ben Zvi. Allí estuvo presente un joven recio y bajo de estatura, con unas cejas muy pobladas, uno de los dirigentes de la Segunda Aliyah, llamado Ben Gurión. Eran muchos los que opinaban que aquel sionista vehemente, muy dado a citar pasajes de la Biblia, estaba destinado a ser el dirigente máximo del *yishuv*.

Otro de los asistentes era Avidan, un hombre calvo y macizo, de la Tercera Aliyah. Sólo el mártir Trumpledor le aventajaba en fama como bravo combatiente y se decía que estaba destinado a dirigir las actividades de defensa.

Barak Ben Canaan abrió la sesión. A medida que iba hablando, la habitación subterránea parecía cargarse de una atmósfera tensa y saturada de presagios. Habían llegado a un momento crítico. Barak les recordó las desdichas que cada uno de ellos había tenido que sufrir por el solo hecho de haber nacido judío. Ahora, precisamente en la tierra en la que habían ido a buscar refugio contra las persecuciones, había tenido lugar un *pogrom*.

El doctor Weizmann acaudillaba un grupo que sostenía que los ingleses eran las autoridad establecida y que había que negociar con ellos, abiertamente y por vía legal. La defensa era uno de los servicios que corría a cargo de Inglaterra.

Otro grupo, ultrapacifista, creía que el armar a los judíos no serviría sino para excitar todavía más el ánimo de los árabes y suscitar conflictos.

En cambio, en el extremo opuesto, había los activistas, dirigidos por Akiva, que no pedían sino que se tomaran represalias prontamente y sin compasión, afirmando que la protección y las buenas intenciones inglesas eran cosas ilusorias; los ingleses obraban impulsados única y exclusivamente por su provecho particular. Las negociaciones, las declaraciones de culpabilidad y otras monsergas por el estilo, jamás ocuparían en la mente de los árabes el lugar que llenaría un fusil.

El debate prosiguió acaloradísimo hasta altas horas de la noche sin agotar jamás la incansable capacidad de los judíos para discutir. Unos maldecían a los ingleses y otros los elogiaban. Los pacifistas recomendaban mucha prudencia, mientras los activistas llamaban a Palestina «la Tierra Prometida dos veces», una a los judíos y otra a los árabes.

Situándose entre las dos posiciones extremas, Ben Gurión, Ben Canaan, Avidan y muchos otros recomendaban una posición intermedia, apoyada en el realismo. Si bien

reconocían la necesidad de armarse, se pronunciaban al mismo tiempo en favor de reforzar la posición judía por todos los medios legales.

Con el pensamiento puesto en las conveniencias del *yishuv*, los congregados decidieron armarse calladamente e instruir en secreto una milicia. Aquella fuerza armada serviría única y exclusivamente para un fin: la defensa. Todo el tiempo que conviniese sostener la mencionada fuerza, todas las agencias oficiales del *yishuv* negarían, en público, tener el menor conocimiento de ella, pero secretamente colaborarían cuanto pudiesen a formarla y reforzarla. El silencioso brazo defensivo que iban a crear sería para los judíos un auxiliar invisible para refrenar a los árabes y para negociar con los ingleses.

Avidan fue nombrado jefe de aquella organización secreta a la cual dieron el nombre de Haganah: Ejército Defensivo.

## CAPÍTULO XIII

La Tercera Aliyah penetraba en las tierras recién adquiridas del Valle de Jezrael, en el de Sarón, en Samaria, en los montes de Judea y Galilea e incluso al Sur, hacia el desierto, sacando a la tierra desnuda de su larguísimo letargo. Los nuevos colonos introdujeron la maquinaria pesada e instauraron el cultivo intensivo mediante la rotación de cultivos, el empleo de fertilizantes y el riego. Al cultivo de la uva, los agrios y la aceituna, productos propios para la exportación, añadieron el de los cereales y las hortalizas, el de la fruta y el del lino, y las industrias agropecuarias de la avicultura y las vacas de leche.

En todas partes y en todo momento estaban realizando experimentos a fin de dar con nuevos cultivos y aumentar el rendimiento de los antiguos.

Y se internaron incluso hacia el Mar Muerto. Adquirieron suelos alcalinos que desde hacía cuatro mil años no habían dado sustento ni a un solo ser viviente y los sacaron de su esterilidad y los hicieron producir.

Y formaron estanques para la cría de peces; y el pescado fue una de sus cosechas.

Hacia 1925, más de cincuenta mil judíos, repartidos en un centenar de colonias, trabajaban una extensión de suelo redimido superior al medio millón de *dunams*. Lo mayoría de aquellos hombres vestían el traje azul del *kibbutz*.

Y plantaron un millón de árboles. Dentro de diez, de veinte…, de treinta años, los árboles entonces plantados evitarían la erosión del terreno. El plantar árboles convirtióse en una obsesión entre los *yishuv*, los cuales dejaron tras ellos una estela de bosques en formación por todas partes donde pasaron.

Muchos de los *kibbutzim* nuevos, así como otras diversas colonias, adoptaron el nombre bíblico del lugar de su emplazamiento. De este modo resurgieron nuevamente muchos nombres del viejo terreno, que sonaban al oído como música. Ben Shemen, Hijo del Aceite, y Dagania, Amapola, junto al Mar de Galilea; Ein Ganim, La Fuente de los Jardines; Kfar Yehezkiel, El Pueblo del Profeta Ezequiel; Merhavia, que significa: «Los Anchos Espacios de Dios», y Tel Joseph, la Montaña de José. En la entrada del Valle de Huleh, tan amado de Barak, estaba Ayelet Hashanar, la Estrella de la Mañana. Y todavía se podría citar a Gesher, el Puente, y Givat Hashlosha, el Monte del Árbol, y otros muchos establecimientos que iban fundándose todos los meses.

El movimiento *kibbutz*, nacido como hijo único de la necesidad, convirtióse en la clave de toda la colonización. Los *kibbutzim* estaban en todo momento en situación de absorber un número casi ilimitado de recién llegados.

Sin embargo, no todo el mundo sabía adaptarse a la vida en el *kibbutz*. Muchas mujeres que luchaban por su independencia, en cuanto la habían conquistado la aborrecían. Otros se quejaban de tener que vivir en contacto continuo con los demás,

y otros no estaban de acuerdo con las guarderías infantiles. Si bien todo el *yishuv* apoyaba la idea de la conquista del suelo para la nación y de que los judíos habían de trabajarlo con sus propias manos, la razón principal de que algunos no pudiesen soportar la vida en el *kibbutz* procedía de que en este sistema jamás podían identificarse con un pedazo de tierra al que pudieran llamar suyo. De ahí que en el movimiento *kibbutz* se produjese una escisión, segregándose un grupo que tomó el nombre de movimiento *moshav*. En un *moshav* cada uno trabajaba su pedazo de tierra propio y vivía en su casa, en vez de sujetarse a la vida y al trabajo colectivos. Pero lo mismo que en el *kibbutz*, ciertas funciones dirigentes y determinados servicios estaban centralizados. Además, la maquinaria pesada pertenecía a todo el *moshav*; algunas cosechas fundamentales las cultivaba también todo el *moshav* en comunidad y había una agencia central encargada de todas las compras y todas las ventas de productos.

La diferencia principal entre un *kibbutz* y un *moshav* radicaba en la distinta medida de libertad individual concedida en uno y en otro, y en el hecho de que cada uno viviera en su casa con su familia y cultivase sus campos particulares del modo que mejor le pluguiese. El primer *moshav* se estableció en el Valle de Jezrael y tomó el nombre bíblico de su emplazamiento, Nahalal, la Herencia. Los primeros colonos de Nahalal se enfrentaron con la más tenaz de las ciénagas y realizaron un trabajo de redención de terreno casi milagroso.

El inconveniente que tenía el movimiento *moshav*, mirado en un plano de conjunto, estaba en el hecho de perseguir el beneficio personal y no ser capaz de absorber la masa de recién llegados que podía absorber el *kibbutz*. Sin embargo, ambos movimientos florecieron esplendorosamente.

Y a medida que crecía el *yishuv*, se complicaba más y más la vida de la comunidad. Barak Ben Canaan, ciudadano de gran prestigio, no tenía un momento de reposo. El sionismo formaba una organización bastante compleja, y dentro del *yishuv* coexistían una docena de filosofías políticas diferentes. Después de las revueltas, las negociaciones con los árabes resultaron bastante más delicadas; los tratos con los ingleses, luego que éstos se hubieron apartado de la Declaración Balfour y de los artículos del Mandato, quedaban envueltos en una atmósfera de confusión. De todas partes reclamaban los sensatos consejos de Barak. Aunque no se producían nuevos estallidos contra los judíos, la calma que se respiraba era una calma de mal agüero. Cada nuevo día traía la noticia de una emboscada, una agresión o un robo. En los púlpitos musulmanes las arengas no cesaban ni un momento. La atmósfera estaba cargada; el siniestro Muftí, Haj Amin el Husseini, acechaba entre las sombras.

Un día del año 1924, Barak regresaba a Tel Aviv después de haber pasado una semana difícil en el Yishuv Central de Jerusalén. Siempre le regocijaba poder regresar a su piso de la calle Hayarkon, que daba sobre el Mediterráneo, pero esta vez

al contento habitual añadióse la agradable sorpresa de encontrar a su antiguo amigo Kammal, el muktar de Abu Yesha, aguardándole.

—He pasado muchos años meditando cómo resolver el enredado rompecabezas de mejorar las condiciones de vida de mi pueblo. Me apena tener que confesarlo, pero no hay peores tiranos que los «effendi» árabes. Son gente que no quiere mejorar la suerte de los *fellahas*. Temen que con ello pondrían en peligro los placeres que disfrutan.

Barak escuchaba con vivo interés. Era aquella una confesión tremenda, viniendo de labios de un árabe, y mayormente tratándose de uno tan ilustrado como Kammal.

—He presenciado el retorno de los judíos y he visto los milagros que han hecho con la tierra. Nada tenemos en común en lo tocante a religión, ni a lengua, ni a la manera de enfocar la vida. Ni estoy seguro de si no llegará el día en que los judíos quieran hacerse dueños de todo el suelo de este país. Y sin embargo, los judíos son la única salvación del pueblo árabe. Los judíos sois los únicos, de mil años a esta parte, que habéis traído alguna luz a este rincón del mundo.

—Comprendo que ha de ser penoso para ti reconocerlo, Kammal.

—Déjame que siga, por favor. Si conseguimos vivir en paz y como buenos vecinos, por más que nuestros mundos sean tan distintos el uno del otro, nosotros nos beneficiaremos de la labor que vosotros habéis realizado. No veo otra salida para mi pueblo, Barak, y no sé si ésta es buena o es mala.

—Jamás os hemos dado motivo alguno para dudar de la sinceridad de nuestro deseo de paz.

—No, pero existen poderes más grandes que tú y que yo, los cuales podrían hacer estallar un conflicto entre nosotros, aun contra nuestra voluntad.

«Cuán cierto…, cuán cierto», pensaba Barak.

—Mira, Barak, voy a vender a la Sociedad Sionista de Asentamiento aquellos terrenos del Valle de Huleh que siempre ansiaste. —El corazón de Barak se puso a latir con fuerza—. No se trata de una mera benevolencia. Quiero imponer condiciones. Deberéis permitir que los árabes de Abu Yesha aprendan vuestros métodos de cultivo y vuestras medidas de higiene. Y esto se realizará a través de un proceso lento que exigirá un largo período de tiempo. Quiero que un número determinado de muchachos de Abu Yesha, los que parezcan con más méritos, puedan asistir a vuestra escuela para que aprendan a leer y escribir.

—Se hará como tú dices —aceptó Barak.

—Queda todavía otra condición.

—¿Cuál es?

—Has de estar tú allí.

Barak se puso en pie, frotándose la poblada barba.

—¿Yo? ¿Y por qué yo?

—Mientras estés tú allí, sé que todo el mundo cumplirá lo pactado y que podremos vivir en paz. Tú me has inspirado toda la confianza, ya desde el primer día en que, siendo todavía un muchacho, hace más de treinta años, entraste en Abu Yesha por primera vez.

—Lo pensaré —dijo Barak.

—¿Y qué le responderás a Kammal? —preguntó Sarah.

Barak se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que le responda? Por supuesto, no podemos ir. ¡Qué pena! Hace años que trato de convencerle para que nos venda aquellas tierras. Si ahora no voy yo allí, no las obtendremos jamás.

—Sí, es una lástima —asintió Sarah, sirviendo el té.

Barak se paseaba por la habitación con aire desazonado.

—Después de todo, Sarah —murmuró—, hemos de mirar las cosas tal como son. El Yishuv Central y la Sociedad Sionista de Asentamiento me necesitan. No es lo mismo que si yo regentase una dulcería en la avenida de Allenby.

—Claro que no, cariño —dijo Sarah, con acento comprensivo—. Eres insustituible en tu trabajo. El *yishuv* entero te necesita.

—Sí —continuó él, deambulando de nuevo por la estancia—, y, por otra parte, ya no somos unos jovencitos. Yo tengo más de cincuenta años, y el poner en cultivo aquellas tierras exigiría un trabajo muy rudo, muchísimo.

—Tienes razón, Barak. Somos demasiado viejos para roturar campos. Tú has llenado ya tu parte en el resurgimiento de este país.

—¡Cierto!

Barak se hundió en la butaca exhalando un profundo suspiro. No había logrado convencerse a sí mismo. Sarah, que se había quedado de pie delante de él, le miraba sonriendo.

—Tú te burlas de mí, mujer —la reconvino dulcemente el marido—. ¿Con qué fin?

Ella se le sentó en el regazo. Parecía una muñeca en manos de un gigante. Pero aquellas manazas le acariciaban el cabello con una suavidad sorprendente.

—Estaba pensando en ti y en Ari. Será un trabajo brutal; sufriremos grandes penalidades.

—Ssssstt…, bébete el té.

Barak renunció a su empleo en la Sociedad Sionista de Asentamiento, vendió su piso de Tel Aviv y se puso al frente de veinticinco familias de colonos, partiendo hacia los cenagales de Huleh, donde fundarían un *moshav*. Lo llamaron Yad El, la Mano de Dios.

Plantadas las tiendas más abajo de los campos de Abu Yesha, empezaron a

planear el trabajo. Ningún colonizador se había enfrentado hasta entonces con una tarea tan difícil. El pantano de Huleh era profundo y estaba lleno de descorazonadoras mesas de matorrales inhóspitos y de papirus que alcanzaban los cinco metros de altura. El barro maloliente hervía de serpientes venenosas, bichos repugnantes, ratas y un centenar de otras criaturas. Los osos y los lobos asomaban por las cercanías de aquel aislado campamento. Todo había que traerlo a lomos de caballerías, incluso el agua para beber y para lavar.

Sarah se encargaba del campamento base, de la tienda hospital y de la cocina. Barak dirigía las cuadrillas de trabajo, las cuales atacaban diariamente las charcas, armadas de azadas y picos.

Aquel primer verano, abrasador, lo pasaron trabajando día tras día, semana tras semana, mes tras mes, bajo un calor de treinta y ocho grados centígrados, con agua hasta la cintura, y a veces hasta el cuello, cavando penosamente el barro pegajoso a fin de abrir canales de saneamiento. Los brazos levantaban los machetes para golpear los tallos y troncos de aquella jungla… hasta que ya no tenían fuerzas para seguir levantándolos. Las mujeres trabajaban metidas en el agua lo mismo que los hombres. El pequeño Ari Ben Canaan, un chiquillo de diez años —uno de los tres niños que había en el campamento— iba a vaciar los cubos de cieno y traía agua y alimentos a los trabajadores. La semana tenía siete días laborables. La jornada empezaba al salir el sol y terminaba al ponerse. Y, no obstante, todas las noches encontraban energías para cantar unas cuantas canciones de la tierra y danzar una *hora* antes de entregarse a las seis o siete horas que tenían de descanso.

Por la noche, como de costumbre, había que hacer guardia para protegerse de los ladrones y de los animales silvestres.

Se trabajaba contra reloj con objeto de tener los canales terminados antes de las lluvias de invierno. Si no conseguían drenar el agua, todo el trabajo del verano habría sido en balde. Plantaron centenares de eucaliptos australianos para que chuparan la humedad. Los *kibbutz* y los *moshav* del sector sin ninguna excepción, enviaban cada día en su ayuda a todos los trabajadores de los cuales podían prescindir.

Por la noche, a la luz de las velas, Sarah y Barak se turnaban en la tarea de dar clase a Ari y a los otros dos chiquillos.

Llegaron las lluvias de invierno y poco faltó para que arrastrasen el campamento hacia el centro de las charcas. Después de cada chaparrón corrían hacia los canales de desagüe para cuidar de que el lodo no cerrase el paso del agua.

Hasta un hombre tan firme y resuelto como Barak Ben Canaan empezaba a preguntarse si en aquella ocasión no habrían afrontado una empresa demasiado difícil. Cada vez que fijaba la mirada en Sarah y en Ari, le sangraba el corazón. La mujer y el hijo estaban siempre cubiertos de picadas de insectos, o enfermos de disentería, o sufriendo hambre o sed.

Y lo peor de todo eran los desastres que causaba la malaria. Durante el verano y el invierno primeros, Sarah tuvo cinco ataques y Ari cuatro. Los estremecimientos de frío, la fiebre y el delirio les llevaron al mismo borde de la sepultura. Ari, lo mismo que Sarah, soportaba todas las penalidades y los sufrimientos en silencio.

La charca acabó con los bríos de varias de las familias componentes del grupo, la mitad de la cual abandonó la empresa y regresó a la ciudad en busca de un medio de vida más aceptable.

Yad El tuvo pronto… un cementerio. Dos miembros del grupo murieron de malaria.

Yad El: la Mano de Dios. Podía haber sido la mano de Dios la que les llevó allí; pero serían las manos de los hombres las que desecaran el pantano.

¡Tres años enteros estuvieron luchando por hacerlo retroceder!

Al final tuvieron suficiente terreno saneado para formar veinticinco fincas de doscientas *dunams* cada una. No hubo tiempo para festejar la victoria; era preciso aprovecharlo sembrando, plantando y construyendo viviendas.

El joven Ari Ben Canaan había vencido los efectos de la malaria y de las otras enfermedades y se había puesto recio y fuerte como una roca. A la edad de catorce años hacía ya el trabajo de un hombre.

Cuando se trasladaron a su casita y tuvieron los campos arados y sembrados, Barak halló la recompensa a sus años de trabajo. Sarah le anunció que volvía a estar embarazada.

Al final del cuarto año, dos grandes acontecimientos se produjeron en la vida de Barak Ben Canaan. Sarah le regaló una hija que, como él, tenía el cabello del color de la llama. Y a finales del año recogieron la primera cosecha de Yad El.

Al final, los cansados colonizadores interrumpieron sus trabajos y se tomaron el tiempo necesario para celebrar el triunfo. ¡Qué fiesta hubo! Los miembros de los *kibbutz* y los *moshav* de toda la región que habían prestado ayuda a los de Yad El, vinieron a sumarse a los festejos. Vinieron también los árabes de Abu Yesha. Los jolgorios se prolongaron toda una semana. Todas las noches se bailaba hasta el alba, hasta que los danzarines caían extenuados de gozo. Y todo el mundo iba a ver la tierna hijita de Barak y Sarah. Le habían puesto el nombre de Jordana, en honor el río que corría besando los límites de Yad El.

Mientras proseguían las fiestas, Barak cogió a su hijo Ari, ensilló dos caballos y subieron a Tel Hai, el lugar por donde había entrado a la Tierra Prometida, procedente del Líbano, cuarenta años atrás. Tel Hai, el sepulcro de Joseph Trumpledor era un altar del Yishuv. Y desde arriba del monte, Barak miró al valle, a Yad El, como en otro tiempo dijo que haría.

—A tu madre la traje aquí, antes de casarnos —le dijo a Ari, apoyando el brazo en su hombro—. Algún día verás en este valle una docena de colonias y la tierra

estará verde todo el año.

—Mire, padre, qué hermoso es Yad El visto desde aquí.

Los chorros del riego por aspersión iban girando en semicírculo. Se divisaba una escuela en vías de construcción. Un enorme almacén guardaba una docena de máquinas grandes adquiridas por la comunidad para trabajar la tierra. Había sendas bordeadas de rosales y prados y árboles. Y había también tristeza, pues el cementerio de Yad El había reclamado ya sus derechos sobre cinco miembros del grupo.

Según confiaba Kammal, el establecimiento de Yad El produjo un efecto enorme sobre los árabes de Abu Yesha. La creación del *moshav* fue en sí misma una revelación pasmosa. Barak cumplió fielmente lo pactado, montando escuelas especiales para enseñar a los árabes medidas de higiene, el manejo de la maquinaria pesada y nuevos métodos de cultivo. La escuela estaba abierta para todo muchacho de Abu Yesha que quisiera asistir a ella. Por otra parte, el médico y la enfermera de Yad El acudían a prestar sus auxilios a todos los árabes que los solicitaban.

El hijo preferido de Kammal era un chiquillo que tenía unos años menos que Ari. Casi desde que nació, Kammal habíale inculcado su afán por mejorar las condiciones de vida de los *fellahas*. Dada su condición de futuro muktar de Abu Yesha, Taha pasaba más tiempo en Yad El que en su propio pueblo. Estaba al cuidado directo de la familia Ben Canaan. Taha y Ari se hicieron amigos íntimos.

Mientras Yad El y Abu Yesha vivían en paz, demostrando que árabes y judíos podían estar unos junto a otros, a pesar de las diferencias culturales que los separaban, una especie de manto de miedo parecía descender poco a poco sobre las otras familias «effendi» de Palestina. El espíritu y los progresos de la Tercera Aliyah les amedrentaban.

Al principio, los «effendis» habían vendido a los judíos terrenos pantanosos, improductivos y montes sembrados de piedras y denudados por la erosión, afanosos de hundir la mano en el oro hebreo y convencidos al mismo tiempo de que aquellos terrenos continuarían incultos. Pero los judíos lo revolvieron todo, realizando milagros en lo referente a poner las tierras en cultivo. No solamente habían prosperado las colonias agrícolas sino que por toda Palestina nacían ciudades nuevas.

El ejemplo de los judíos podía terminar siendo pernicioso. ¿Qué ocurriría si los *fellahas* empezaban a pedir escuelas, higiene y servicios médicos? ¿Qué ocurriría si los *fellahas* —¡Dios no lo quisiera!— se encariñaban con el modo de gobernarse de los judíos, por lo que se decidiese a votación, con igualdad de derechos entre hombres y mujeres? ¡Era muy posible que aquello terminara por derrumbar el sistema absolutamente feudal de los «effendis»!

Para contrarrestar el progreso traído por los judíos, los «effendis» tañían la cuerda de la ignorancia, el miedo y el fanatismo religioso de los *fellahas*. Y repetían machaconamente la especie de que los judíos eran unos invasores venidos de

Occidente con la misión de arrebatarles sus campos a los *fellahas*…, sin tener en cuenta que eran ellos mismos, los «effendis», quienes les habían vendido las tierras. De este modo creaban un clima de animosidad, a fin de que los campesinos árabes no entrasen demasiado en contacto con las ideas nuevas.

Después de varios años sin estallar ningún incidente mayor, Haj Amin el Husseini hizo otra maniobra. Esta vez planeó un engaño perverso destinado a enloquecer de rabia a los árabes. Corría el año de 1929.

Los musulmanes veneraban el lugar donde estaba emplazada la Cúpula de la Roca, es decir, la Mezquita de Omar, considerando que había sido en aquel punto donde su profeta Mahoma ascendió a los cielos. En aquel mismo lugar estaba el muro que quedaba en pie del Gran Templo Judío de Jerusalén, destruido por los romanos el año 76. Aquel muro era el más sagrado de todos los lugares sagrados de los judíos. Allí se reunían las personas piadosas a rezar y a llorar las glorias pasadas de Israel. Sus lágrimas fueron lo que le dio el nombre de «Muro de las lamentaciones».

El Muftí hizo circular fotografías amañadas representando a unos judíos preparándose ante el Muro para profanar el lugar santo árabe de la Cúpula de la Roca. Los fanáticos campesinos musulmanes, incitados y apoyados por los «effendis» y por Husseini, iniciaron otra serie de alborotos acompañados de apaleamientos de judíos. También ahora se cebaron en los viejos e indefensos de las ciudades santas. La sangre corría en más abundancia que durante los alborotos inspirados por el Muftí una década antes. Los desórdenes se extendieron hacia las colonias más débiles y por las carreteras, y las víctimas fueron a millares por una y otra parte. También esta vez los ingleses se mostraron impotentes para detener las matanzas.

Cuando todo hubo terminado, enviaron una comisión de investigación. Dicha comisión dictaminó claramente que los árabes habían sido los promotores de los desórdenes. Pero luego, ¡oh, paradoja!, los ingleses continuaron haciendo caso omiso de la Declaración Balfour y de los artículos del Mandato y recomendaron que se restringiese la inmigración y la compra de terrenos por parte de los judíos, a fin de «apaciguar los temores de los árabes».

# CAPÍTULO XIV

El mismo año de las algaradas, 1929, los colonos de Yad El se pusieron de acuerdo con el molinero del poblado árabe de Aata, a unos diez kilómetros de distancia.

Barak encomendó a Ari la misión de llevar el grano a moler. Sarah se oponía a enviar a un muchacho de catorce años solo por aquellos caminos, con la animosidad que habían creado los desórdenes. Barak se mostró intransigente.

—Ni Ari ni Jordana van a vivir acobardados por el miedo como judíos de *ghetto*.

El muchacho saltó sobre el asiento del carrito tirado por un asno, muy orgulloso de la confianza que le demostraban. Y con una docena de sacos en el carro, se puso en marcha camino adelante en dirección a Aata.

Apenas llegado a la población, le vieron una docena de muchachos árabes tendidos cerca de un café, y cuando hubo doblado la esquina, le siguieron hasta el molino.

Sonrojado de gozo al verse una persona tan importante, Ari tramitó el encargo expresándose en un árabe perfecto, aprendido de su buen amigo Taha. El molinero convirtió el grano en harina. Ari entretanto vigilaba atentamente que le llenasen bien los sacos con la harina de su propio grano y no de trigo árabe de inferior calidad. El molinero, que se había prometido un saco de ganancia en el negocio, estaba perplejo ante la sagacidad del muchacho. Luego, Ari emprendió el regreso hacia Yad El.

Los muchachos árabes que habían presenciado todo aquello cerraron trato en pocas palabras con el molinero para venderle la harina que robasen a Ari. Pensaban dejarle a éste con el carro vacío. Acto seguido salieron del pueblo por un atajo, levantaron una barricada en el camino y se escondieron.

Unos momentos después, llegaba Ari y se metía de lleno en la trampa. Cuando los muchachos salieron de su escondite y empezaron a tirarle pedradas, él azotó el asno para que acelerase el paso, pero entonces la barricada se lo cerró. Las pedradas le hicieron saltar del carro y le dejaron tendido en el suelo casi sin conocimiento. Cuatro de los atacantes se le echaron encima y le sujetaron, mientras los otros descargaban los sacos y se los llevaban.

Ari llegó a Yad El muy entrada la noche.

Sarah abrió la puerta, vio su cara cubierta de sangre y sus ropas destrozadas y lanzó un alarido. Él se quedó un momento sin saber qué decir; luego apretó los dientes, echó a correr hacia su habitación y se cerró por dentro. A pesar de las súplicas de su madre, no quiso abrir hasta que Barak hubo regresado de una reunión habida en el *moshav*. Entonces, de pie ante su padre, el muchacho declaró con los labios hinchados y deformados:

—No he sabido cumplir como bueno… He perdido todo el trigo.

—Soy yo quien no ha sabido cumplir como bueno —respondió Barak.

Sarah corrió hacia su hijo y le estrechó entre sus brazos.

—Jamás, nunca jamás enviarás a este chiquillo solo por el mundo. —Y se lo llevó para limpiarlo. Barak no dijo nada.

A la mañana siguiente, Barak salió al campo, cogió a su hijo de la mano y se lo llevó hacia la cuadra.

—He descuidado una parte de tu instrucción —le dijo, cogiendo su antigua tralla, que tenía en un colgadero.

Luego formó un monigote, lo clavó a la valla y le enseñó a su hijo a calcular la distancia, a tomar puntería y a pegar. Al oír el primer estallido, Sarah salió corriendo de la casa con Jordana en brazos.

—¿Te has vuelto loco para enseñar a un chiquillo como ése a manejar la tralla?

—¡Cállate, mujer! —rugió el marido, en un tono que ella no había tenido que escuchar todavía en veinte años de matrimonio—. ¡El hijo de Barak Ben Canaan es un hombre libre! No ha de ser jamás un judío de *ghetto*. Y ahora vete…, nosotros tenemos trabajo.

Ari se entrenó desde la mañana hasta la noche en el manejo de la tralla. El muñeco quedó hecho pedazos. Luego practicó tomando como blanco piedras, botes, botellas, hasta que supo cogerlas con la punta del cuero, o partirlas en dos con un simple gesto de la muñeca.

—Lleva ahora este trigo al molino para que lo muelan.

—Sí, padre —respondió Ari, con sosegado acento.

—Recuerda una cosa, hijo. Tienes en la mano un arma de justicia. No la emplees para satisfacer la cólera ni para vengarte. Úsala únicamente para defenderte.

Ari subió de un salto al carro y emprendió la marcha hacia la salida de Yad El en dirección al camino principal. Sarah se metió en su cuarto y se puso a llorar en silencio mientras su hijo se alejaba.

Barak hizo una cosa que no había hecho en muchos, muchísimos años. Sentóse y se puso a leer la Biblia.

De regreso a Yad El, Ari se encontró otra vez con la emboscada árabe. Ahora tenía los ojos atentos y el cuerpo presto a hurtarse del peligro. Pero, recordando las palabras de su padre, procuraba conservar la calma y la sangre fría. En cuanto las primeras piedras cruzaron por el aire, saltó del carro, fijóse en cuál era el dirigente del grupo atacante y levantando la tralla con la rapidez del rayo, se la enroscó alrededor del cuello y le echó al suelo. Luego desenroscó el arma y levantándola de nuevo propinó a su enemigo un golpe tan fuerte que le partió la carne. Todo sucedió en menos tiempo del necesario para contarlo.

Al ver que el sol empezaba a ponerse y Ari todavía no había regresado, el rostro de Barak Ben Canaan palideció. Temblando de miedo, el padre aguardaba a la

entrada de Yad El. Al ver el carrito bajando por el camino, su faz se dilató en una ancha sonrisa. Ari paró delante de su padre.

—Bien, Ari. ¿Qué tal ha ido el viaje?

—Perfectamente.

—Yo descargaré la harina. Tú sube a ver a tu madre. No sé por qué sería, pero estaba bastante inquieta.

En 1930, los desórdenes habían terminado. Abu Yesha y Yad El habían permanecido completamente al margen de ellos. La mayoría de poblaciones que quedaban fuera de la esfera de influencia del Muftí tampoco participaron en los disturbios.

Ari Ben Canaan se parecía a su padre, no solamente por el tipo, sino por la manera de actuar. Era un temperamento reconcentrado en sí mismo y tenía la manera de proceder callada y tenaz de Barak. Comprendía muy bien cuán útil había de serle aprender todo lo posible de sus vecinos los árabes. Taha fue siempre uno de sus mejores amigos; a los demás árabes les trató en todos los casos con comprensión y afecto.

Ari se enamoró de una muchacha llamada Dafna, cuya familia poseía una hacienda a media milla de allí. Nadie estaba bien seguro de cuándo había empezado el idilio, pero todo el mundo sabía con certeza que Ari y Dafna se casarían, porque ni uno ni otra tenían ojos para las demás personas del sexo opuesto.

Jordana, la pequeña pelirroja, era una chiquilla traviesa y rebelde. En muchos aspectos se la podía señalar como el prototipo de los hijos de los colonos de Palestina. Sus padres, que habían vivido en *ghettos* y habían conocido el miedo y la degradación de ser judíos, estaban decididos a librar a la generación nueva de semejante horror y hacían cuanto podían para dar libertad a los pequeños y para criarlos fuertes.

A los quince años, Ari formaba parte del Haganah, el ejército defensivo secreto. A los trece, Dafna sabía manejar media docena de armas. Porque se trataba de una generación nueva, de un nuevo tipo de judío, de una generación nacida con una tarea a realizar todavía más grande que las realizadas por la Segunda y la Tercera Aliyah.

El Haganah había crecido hasta tener la fuerza suficiente para reprimir los desórdenes promovidos por el Muftí; pero carecía de medios para suprimir de una vez la causa de tales disturbios. Esto sólo podían hacerlo los ingleses.

¡Otra vez vinieron unas comisiones de investigación, y otra vez los árabes escaparon sin castigo!

La timidez inglesa incitaba al Muftí a ser más audaz.

Poco después del cese de los alborotos, Haj Amin el Husseini convocó una conferencia, en Jerusalén, de dirigentes musulmanes, llegados de todas partes del

mundo. Con todos ellos formó una federación de la cual se nombró jefe y proclamó que lucharían para salvar al Islam de ingleses y de judíos.

Ante las soflamas del Muftí, se olvidó la primera época de amistad, se olvidó que los judíos habían elevado la forma de vida de toda la comunidad árabe, se olvidó que Palestina había pasado mil años en el abandono sin que nadie hubiera querido sacarle de su desesperante esterilidad. La destrucción de la Patria judía convirtióse en una misión «sagrada» del panarabismo.

La diatriba siguiente se dirigió contra los ingleses. Al asegurar la independencia a los árabes habían mentido. Ahora apoyaban a los judíos contra los árabes… Y mientras los demagogos de estos últimos se desataban en furiosas acusaciones, los ingleses encajaban todos los golpes en silencio.

El año 1933, con la subida al poder de Adolfo Hitler y los nazis, otra gran calamidad descendió sobre los judíos. Hitler tomó medidas primero contra los que ejercían profesiones liberales. Los más prudentes de éstos salieron al momento de Alemania y muchos buscaron refugio en Palestina.

Una vez más, se confirmaba la necesidad de una Patria Judía y del sionismo. El furor antisemita podía desatarse en cualquier país y en cualquier momento. Herzl lo había comprendido así; todos los judíos lo comprendían.

Los judíos alemanes que huían de la persecución de Hitler eran diferentes de los de los *ghettos* y de los de la Europa oriental. No eran sionistas devotos, sino que se habían identificado en grado sumo con la sociedad alemana. Tampoco eran colonizadores ni mercaderes, sino médicos, abogados, científicos y artesanos.

En 1933, los dirigentes árabes decretaron una huelga general para protestar de la nueva inmigración judía. Hubo incluso el intento de promover nuevas revueltas. Pero ambos intentos fracasaron. La mayoría de los árabes que habían tenido tratos con judíos, continuaron teniéndolos porque se había establecido entre unos y otros una interdependencia económica, y muchas comunidades vivían en tan buena armonía como Yad El y Abu Yesha. Por otra parte, el Haganah estaba preparado para impedir una repetición de los disturbios de 1929.

La solución británica para la huelga general consistió en nuevas conversaciones y nuevas comisiones de indagación. A fin de apaciguar a los árabes y poner fin a sus amenazas ahora los ingleses limitaron definitivamente la inmigración judía y la adquisición de terrenos por parte de los israelíes. En el mismo momento en que el Yishuv necesitaba desesperadamente que se abriesen las puertas a la inmigración los ingleses olvidaron sus promesas.

El Yishuv Central a través del Haganah replicó con la única arma que tenía en sus manos: con la Aliyah Bet.

El Muftí continuó ejerciendo presión sobre los ingleses hasta que éstos enviaron a la Royal Navy a detener los barcos de la Aliyah Bet y a bloquear toda la costa

palestina.

La fuerza de Haj Amin el Husseini iba en aumento cada día. Pronto encontró un poderoso aliado: Adolfo Hitler. Para los alemanes, que tenían sobre el Oriente Medio sus aspiraciones propias, la situación era perfecta. ¿Qué argumento mejor para la propaganda alemana que poder esgrimir el pretexto de que los judíos de Palestina robaban las tierras a los árabes, lo mismo que habían querido hacerse dueños de Alemania? Odio antisemita e imperialismo británico… ¡qué música tan dulce para los oídos del Muftí! Los alemanes tenían buena suerte. Por su parte, Haj Amin el Husseini vio por fin, después de mucho, muchísimo tiempo, el instrumento apropiado para imponer su dominio a todo el mundo árabe.

En El Cairo y en Damasco hizo su aparición el dinero alemán. ¡Los alemanes son vuestros amigos! ¡Las tierras árabes para los hombres árabes! ¡Expulsad a los ingleses y a los judíos sus protegidos! En muchos centros importantes de El Cairo, de Bagdad y de Siria, los árabes estrechaban la mano en señal de amistad a los alemanes.

Mientras la tormenta se formaba paulatinamente, los judíos seguían teniendo en sus manos un naipe de triunfo: ¡el Haganah! Aunque aquel ejército clandestino estaba divorciado oficialmente del Yishuv Central, su existencia y su potencialidad eran un secreto a voces. Los judíos fingían ignorar que existiese, pero los ingleses sabían que existía. Y, más importante aún, el Muftí lo sabía también.

Un ejército que, surgido de la nada, tenía ahora, entre hombres y mujeres, veinticinco mil combatientes. Era casi en absoluto una milicia; apenas tenía unas pocas docenas de jefes «pagados» que no se dedicasen a otra cosa. Aquella fuerza armada disponía de un servicio de información reducido, pero de una eficacia extraordinaria, que contaba no solamente con la colaboración abierta de muchos oficiales ingleses, sino que podía comprar espías árabes casi por nada. Cada ciudad, cada pueblo, cada *kibbutz*, cada *moshav* tenían su unidad del Haganah. Una palabra transmitida mediante una clave secreta habría bastado para lanzar en pocos minutos a miles de hombres y mujeres a empuñar las armas que tenían guardadas en escondites secretos.

Avidan, el cuadrado y calvo jefe del Haganah, había formado y adiestrado cuidadosamente aquel ejército bajo las mismas narices de los ingleses. La organización que había salido de sus manos funcionaba con una eficacia aterradora; tenían una emisora clandestina, proseguía la inmigración ilegal y su servicio de información se ramificaba por todo el mundo. Los agentes del mismo compraban armas en todas partes y las enviaban en secreto al Yishuv.

Las armas entraban en Palestina de cien maneras distintas. Uno de los métodos favoritos consistía en esconderlas entre el equipo pesado para la construcción. El rodillo de una apisonadora a vapor, casi seguro que contenía un centenar de rifles. Cada caja, pieza de maquinaria, o hasta los botes de conservas y las botellas de vino

que entraban en Palestina eran instrumentos potenciales para la introducción de municiones. Los ingleses no habrían podido interrumpir la entrada clandestina de armas y municiones sino registrando hasta la mercancía más insignificante y hay que reconocer que en lugar de hacerlo así muchos de ellos, en los muelles, se volvían de espaldas para facilitar la tarea a los judíos.

Todo el Yishuv colaboraba cuanto podía en aquel tráfico, pero ni de este modo conseguían introducir en el país el armamento pesado que les habría sido preciso, como tampoco la cantidad suficiente de armas pequeñas de primera calidad. La mayor parte de lo que les entraba eran rifles viejos y pistolas que otros países arrinconaban por anticuadas o fuera de serie. Ningún arsenal del mundo contenía tanta variedad de armas diferentes como el del Haganah. Allí había, en mayor o menor cantidad, muestras de todos los modelos de rifle y de pistola conocidos. Además, manufacturaban en secreto un millar de variedades de morteros, armas «Sten» y granadas. El arsenal del Haganah contenía incluso bastones de paseo que podían disparar un solo tiro.

Ya dentro de Palestina, cada mesa escritorio, cada mesa corriente, cada silla, cada nevera, cada sofá, cada cama eran un posible escondite de armas. Cada hogar judío tenía por lo menos una cómoda con fondo falso, un armario disimulado, una puerta invisible o una pared hueca.

Trasladaban las armas de un punto a otro con los coches de viajeros, en sus horas libres, dentro de los cestos de los mercados y debajo de los carros tirados por asnos. El Haganah sacaba partido de la «respetabilidad» inglesa utilizando a los niños para trasladar armas y empleando el mejor escondite de todos: debajo de las faldas de las mujeres.

Durante la formación del Haganah, el *kibbutz* demostró ser no solamente la solución ideal para redimir la tierra, sino también para el problema de la defensa. A causa de su carácter comunal, era el mejor sitio donde instruir jóvenes soldados. Era la cosa más sencilla del mundo introducir una o dos docenas de muchachos entre los tres o cuatrocientos miembros de un *kibbutz*, que los consideraban como unos nuevos componentes de la colectividad. También los *kibbutz* resultaron los lugares más indicados donde esconder las armas grandes y donde fabricar armas pequeñas. Asimismo resultaban los organismos mejor dotados y más apropiados para absorber los inmigrantes ilegales recién entrados en Palestina. Y de entre los miembros de los *kibbutz* salieron los mandos superiores del Haganah.

La gran fuerza del Haganah radicaba en el hecho de que el Yishuv entero aceptase su autoridad sin discusión. Una orden del Haganah era una orden positiva. Avidan y los otros mandos superiores tenían buen cuidado en no emplear sus fuerzas sino en acciones defensivas. En 1933, cuando estalló la huelga general, Avidan advirtió que el Haganah no emprendería la tarea de someter o desalojar a los árabes de Palestina.

«Palestina hemos de conquistarla a copia de sudor». El Haganah era un ejército de contención.

Muchos de sus componentes, sin embargo, creían mejor no tenerlo tan contenido. Los tales eran activistas que se declaraban partidarios de tomar prontas represalias.

Akiva se contaba entre ellos. Figuraba oficialmente como un vaquero del *kibbutz* de Ein Or, pero en realidad era uno de los altos mandos del Haganah y tenía a su cargo la defensa de toda Galilea.

Los años le habían envejecido más que a su hermano Barak. Tenía cara de cansancio; la barba se le había vuelto casi completamente gris. No había podido consolarse jamás de la pérdida de Ruth y de Sharona; aquella amargura le roía las entrañas todos los días de su vida.

Akiva era el jefe tácito de todos los elementos extremistas del Haganah que pedían más acción. A medida que transcurría el tiempo y los desórdenes aumentaban, el grupo de Akiva intensificaba su actuación. Fuera de Palestina se formaban grupos disidentes del Cuerpo general del sionismo para apoyar a los activistas del interior.

Cuando los ingleses sometieron la costa palestina al bloqueo, Akiva no pudo soportarlo más y convocó al instante una reunión de todos los que le apoyaban en el seno del Haganah. Sus partidarios eran todos hombres coléricos como él; pronto hubieron tomado una decisión que sacudió el Yishuv hasta sus mismos cimientos.

En la primavera de 1934, Barak recibió una llamada urgente de Avidan, pidiéndole que fuera a Jerusalén.

—Ha ocurrido un hecho terrible, Barak —le dijo Avidan—. Su hermano Akiva se ha retirado del Haganah seguido de varias docenas de nuestras figuras más destacadas. Centenares de soldados rasos empiezan a inclinarse en favor de los disidentes.

Cuando se hubo repuesto de la sorpresa inicial, Barak dijo con un suspiro:

—Hace años que amenaza con dar un paso semejante. Lo único que me sorprende es que haya podido contenerse hasta ahora. Su sangre no ha dejado de hervir durante decenios, desde que mataron a nuestro padre. Y actualmente, no ha logrado sobreponerse a la muerte de su esposa.

—Ya sabe usted —le contestó Avidan—, que la mitad de mi labor en el Haganah consiste en sujetar a nuestros muchachos. Si les diésemos rienda suelta, mañana mismo habrían declarado ya la guerra a los ingleses. Los sentimientos de Akiva los comparte usted y los comparto yo, pero sus actuaciones pueden destruirnos. Una de las causas que nos han permitido realizar lo que hemos realizado en Palestina está en que, a pesar de nuestras diferencias, hemos actuado perfectamente unidos en todos nuestros tratos con el exterior. Los ingleses y los árabes han tenido que negociar siempre con nosotros como si fuésemos una persona única. Ahora Akiva tiene a sus órdenes una cuadrilla de activistas de genio vivo. Si eligen la táctica del terror, el

Yishuv entero tendrá que hacerse responsable de sus acciones.

Barak emprendió el viaje hacia el Norte, hacia Ein Or, que no estaba lejos de su propio *moshav* de Yad El. Ein Or, como la mayoría de los *kibbutz* más antiguos, habíase convertido en un verdadero jardín. Por su doble condición de ser uno de los miembros de más edad y un fundador de la colonia, Akiva vivía en una pequeña villa independiente, de dos habitaciones, destinada exclusivamente para él y llena de libros. Tenía incluso su aparato de radio y un cuarto de aseo propio: una verdadera excepción en la vida del *kibbutz*. Akiva había puesto en Ein Or el mismo cariño que antes tuvo por Shoshanna. Después de la muerte de Ruth y de la niña, Barak quiso que su hermano fuese a vivir con ellos en Yad El, pero Akiva prefería la vida en un *kibbutz*, y, contra lo que le convenía a su espíritu, se quedó allí, en compañía de sus recuerdos.

Ahora Barak le habló con afecto. Akiva había escuchado ya en otras ocasiones todos aquellos argumentos. La perspectiva de una discusión con su hermano en la que tuviera que exponer claramente sus proyectos e intenciones de ponía inquieto y nervioso.

—De modo que los caballeros del Yishuv Central te han enviado a suplicar por ellos. Están resultando unos maestros en el arte del apaciguamiento.

—Aunque ellos no me lo hubiesen pedido yo habría venido igualmente en seguida de haber tenido noticia de tu alocada decisión —respondió Barak.

Akiva paseaba por el aposento. Barak le observaba con atención. Le veía devorado por el mismo fuego colérico que cuando era muchacho.

—Yo no hago sino una cosa cuya necesidad el mismo Yishuv Central reconoce, pero temen hacerla ellos. Tarde o temprano, sin embargo, hasta ellos tendrán que mirar las realidades de la vida cara a cara. Los ingleses son nuestros enemigos.

—Nosotros no lo creemos así, Akiva. Resumiéndolo todo, bajo el dominio inglés nos hemos desenvuelto bastante bien.

—Entonces, eres tonto.

—En otras ocasiones anduve equivocado. Los ingleses representan el Gobierno constituido de Palestina.

—Y entretanto nos cortan la garganta —burlóse Akiva—. Los caballeros del Yishuv Central se pasean con sus carteras de una conferencia a otra, leen las notitas que han escrito, leen los datos reunidos, se doblan en reverencias, regatean… y, mientras, el Muftí y sus asesinos se salen de madre. ¿Has visto alguna vez que los árabes perdieran el tiempo negociando?

—Nosotros conseguiremos nuestros objetivos legalmente.

—¡Nosotros conseguiremos nuestros objetivos luchando por ellos!

—Pues, si hemos de luchar, lucharemos como un pueblo único. Tú desciendes al mismo nivel del Muftí, organizando una banda de forajidos. ¿No se te ha ocurrido

pensar en las consecuencias que se producirían si los ingleses abandonasen Palestina? Por muy amargos que sean tus sentimientos…, y los míos…, los ingleses siguen siendo el mejor instrumento de que disponemos para llegar a formar un Estado.

Akiva hizo un gesto de disgusto con la mano.

—Conseguiremos formar un Estado del mismo modo que hemos redimido estas tierras… con nuestro sudor y nuestra sangre. Yo no quiero ir a sentarme por ahí esperando las limosnas de los ingleses.

—Por última vez, Akiva…, rectifica tu actitud. Una actitud que sólo servirá para dar a nuestros enemigos la oportunidad de señalarnos con el dedo y exagerar todavía más sus embustes.

—¡Ah, ah! —exclamó Akiva—. ¡Ahora hemos llegado al meollo del asunto! Los judíos han de llevar el juego sujetándose a las normas. ¡Los judíos han de tener siempre la razón de su parte! ¡Los judíos deben pedir y suplicar! ¡Los judíos han de poner la otra mejilla!

—¡Basta ya!

—¡Ah, no, Dios mío! —gritó Akiva—. Haced lo que queráis, ¡pero no luchéis! ¡No querréis que los alemanes, y los árabes, y los ingleses os tengan por chicos malos!

—He dicho que ya basta.

—Barak, judío de *ghetto*. He ahí lo que eres tú y lo que son los del Yishuv Central. Bien, déjame que te diga algo más, querido hermanito. Aquí tienes a un judío que puede estar equivocado, pero que se propone vivir. Adelante pues y que nos crea equivocados todo el maldito mundo.

Barak temblaba de rabia. Para disimularlo permanecía sentado, inmóvil, en su silla. ¿Se equivocaba de verdad Akiva? ¿Cuánto dolor, cuántos sufrimientos y humillaciones había de soportar un hombre antes de decidirse a tomar la revancha?

Barak se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta.

—Diles a los caballeros del Yishuv Central, a Avidan y a todos los negociadorzuelos, que Akiva y los Macabeos tienen un mensaje para los ingleses y los árabes: «¡Ojo por ojo y diente por diente!».

—No vuelvas a poner los pies en mi casa —replicó Barak.

Los dos hermanos se miraron de hito en hito unos momentos. Los ojos de Akiva se llenaron de lágrimas.

—¿No he de volver a poner los pies en tu casa?

Barak permaneció mudo.

—Somos hermanos, Barak. Tú me trajiste aquí, a Palestina, sobre tu espalda.

—Y he tenido que vivir lo suficiente para lamentarlo.

Los labios de Akiva temblaban.

—Soy un judío que no ama menos que tú a Palestina. Tú me condenas porque

sigo los dictados de mi conciencia…

Barak dio unos pasos hacia el centro de la habitación.

—Eres tú, Akiva, y son tus Macabeos los que habéis vuelto al hermano contra el hermano. Desde la infancia te oigo citar los pasajes de la Biblia que mejor se acomodan a tu parecer del momento. Pues bien…, quizá te convendría releer la historia de los Zelotes, los cuales volvieron al hermano contra el hermano, dividieron la unidad de los judíos y acarrearon la destrucción de Jerusalén por mano de los romanos. Vosotros os dais el nombre de Macabeos. Yo os doy el de Zelotes. —Barak se encaminó otra vez hacia la puerta.

—Recuerda una cosa, Barak Ben Canaan —le dijo todavía Akiva—. Nada de lo que nosotros hagamos, sea justo o injusto, podrá compararse a lo que se ha hecho contra el pueblo judío. Nada de lo que hagan los Macabeos podrá ser considerado una injusticia en comparación a mil años de asesinatos.

## CAPÍTULO XV

Yad El se convertía en un jardín del Edén. El *moshav* seguía empujando atrás los cenagales, de tal modo que el terreno no laborable aumentó hasta dar cabida a otro centenar de familias. Ahora tenían una docena de máquinas grandes y una estación experimental. El *moshav* entero cuidaba de los estanques para la cría de peces como una cosecha en común.

Las calles de Yad El estaban verdes todo el año y en primavera y en otoño se abrían con un estallido de colores. Yad El tenía escuela primaria y escuela secundaria, un gran centro de recreo (con piscina, teatro y biblioteca), y un pequeño hospital con dos médicos que prestaban servicio ininterrumpidamente.

¡El mayor de todos los acontecimientos fue cuando trajeron la electricidad! La fiesta que se celebró en todo el Valle de Huleh cuando se encendieron simultáneamente las lámparas eléctricas en Ein Or, Kfar Giladi, Ayelet Hashanar y Yad El fue tan grande que todas las demás fiestas celebradas, comparadas con aquélla, parecían pequeñas.

El mismo año, los judíos de Yad El ayudaron a los árabes de Abu Yesha a instalar agua corriente en sus casas, haciendo de aquél el primer pueblo árabe de Palestina que la tenía. Yad El extendió también unas cuantas bombas eléctricas para riego por los campos de Abu Yesha con objeto de que los árabes vieran la manera de intensificar la producción de la tierra mediante el agua.

En prueba de gratitud y al enterarse de que los judíos buscaban tierras en aquel sector para levantar un poblado nuevo, Kammal regaló varios *dunams* de una ladera de monte a la Sociedad Sionista de Asentamiento.

Ari Ben Canaan era el orgullo del corazón de su padre. A los diecisiete años medía un metro ochenta de estatura y tenía la fuerza de un león. Además del hebreo y el inglés, dominaba el árabe, el alemán, el francés y el *yiddish*, al que Sarah recurría sin darse cuenta en momentos de cólera o de entusiasmo.

Ari adoraba la agricultura.

Junto con Dafna y la mayoría de los adolescentes del *moshav*, formaban una organización juvenil, siguiendo el ejemplo de toda la gente joven del Yishuv, y recorrían todo lo largo y lo ancho de Palestina yendo a visitar los lugares donde se habían librado grandes batallas, en la antigüedad, y el emplazamiento de tumbas y ciudades antiguas. En una de estas excursiones habían subido a Masada, donde los hebreos resistieron durante más de tres años el sitio de los romanos, y en otras exploraron el desierto, siguiendo la ruta de Moisés y las doce tribus. Vestían el pantalón corto y la camisa azul que se habían hecho tradicionales y no pensaban sino en canciones y danzas y en el gran ideal de redimir el suelo de la patria.

Dafna se había vuelto una guapa muchacha, robusta y atractiva y henchida de amor por el hijo de Barak Ben Canaan. Daba la impresión de que Ari y Dafna se casarían jóvenes. O bien formarían una hacienda nueva en Yad El o se marcharían con un grupo de jóvenes a iniciar un nuevo *kibbutz* o un nuevo *moshav*, como solía hacerse muchas veces cuando los chicos habían salido de la edad escolar. Pero a medida que la situación se ponía más difícil en Palestina, Ari y Dafna tenían cada vez me nos tiempo de poder pasear juntos. Ari había demostrado en el Haganah una habilidad y unas dotes de mando fuera de lo común; a pesar de su tierna edad, Avidan le consideraba uno de los soldados que más prometían de toda Palestina. En realidad la mayoría de los soldados más destacados todavía no hablan cumplido los veinte años.

A los diecisiete, Ari había hecho construir fortificaciones defensivas en Yad El, en Ein Or y en media docena de *kibbutzim*, y había desempeñado su cometido tan bien que pasó a trabajar casi exclusivamente para el Haganah.

Al iniciarse la pugna de la inmigración ilegal, con los ingleses, Ari fue destinado a prestar servicio en los lugares donde habían de anclar los barcos de la Aliyah Bet. Su misión consistía en esconder a los inmigrantes clandestinos en los *kibbutzim* y en recoger los visados y los pasaportes de los «turistas» que habían entrado en Palestina.

Cuando tenía uno o dos días libres telefoneaba a Yad El y Dafna se iba a Tel Aviv, aprovechando los vehículos que encontrase a su paso, a reunirse con su amado. Allí escuchaban un concierto de la nueva orquesta filarmónica, formada en gran parte por músicos alemanes (cuya primera actuación fue dirigida por Toscanini), o visitaban las exposiciones de arte, o asistían a las conferencias en el Centro Juvenil, o, simplemente, paseaban por la calle Ben Yehuda o por la avenida Allenby, donde una multitud de gente tomaba café en las mesitas que los establecimientos sacaban a las aceras. O se iban a las playas tranquilas del norte de Tel Aviv. Cada separación les resultaba más y más dolorosa. Pero Ari no deseaba casarse mientras no poseyese un pedazo de terreno y no pudiese edificarse una casa. Aunque, con aquella sucesión interminable de conflictos y desórdenes y siendo sus servicios cada vez más solicitados, parecía ya que tal momento no llegaría jamás. Todas estas dificultades no bastaban para debilitar su mutuo amor, cada día más intenso. Cuando Ari tenía diecinueve años y ella diecisiete, Dafna se había entregado ya a él. Ahora si podían estar unas horas juntos las pasaban descubriendo las maravillas de la mutua posesión.

La tensión iniciada con la Aliyah alemana en 1933 llegó a su punto culminante en 1935, en cual año los judíos consiguieron introducir más inmigrantes que en ninguno de los pasados, tanto legal como ilegalmente. Y así como la Segunda Aliyah había traído ideales y jefes y la Tercera Aliyah trajo colonizadores, la Aliyah alemana trajo al Yishuv un auge cultural y científico nunca visto.

Los «effendis», que no dejaban de observar los continuos progresos de los judíos,

se alarmaron en extremo; tan en extremo como para que sus diversos grupos políticos, en pugna unos con otros, se uniesen por primera vez y, como un todo unificado, presentasen a los ingleses peticiones, definidas, exigiendo que se pusiera punto final a la venta de tierras a los judíos y a toda inmigración judía.

A primeros de 1936 el Yishuv Central solicitó de los ingleses varios millares de visados de entrada que necesitaban los judíos alemanes, cada día más inquietos. Bajo la violenta presión de los árabes, los ingleses le concedieron menos de mil.

Entonces el Muftí, viendo la creciente debilidad de los británicos, dio el paso final para adueñarse de toda Palestina. En la primavera de 1936 promovió una nueva serie de disturbios, los cuales empezaron en Jaffa con la fábula de que los judíos se habían apoderado de todos los árabes de Tel Aviv y los estaban asesinando, y luego se extendieron de una a otra ciudad. Como de costumbre, el mayor número de víctimas lo proporcionaron los judíos ortodoxos, ancianos e indefensos, de las ciudades santas. Inmediatamente después de los primeros estallidos, Haj Amin anunció la formación de un Comité Superior Árabe, presidido por él mismo, el cual cuidaría de «dirigir» otra huelga general árabe de protesta contra la política británica «pro-judía».

Esta vez el Muftí dio el golpe después de prepararlo cuidadosamente. En el mismo instante de anunciar la huelga general, el clan de El Husseini, reforzado por criminales mercenarios, se extendió por toda la comunidad árabe, obligándola a secundar la huelga general y cuidando de que el *boicot* antijudío fuese absoluto. Entonces principió también una racha de asesinatos alevosos y sistemáticos, destinados a suprimir a todos los árabes conocidos por su oposición al Muftí. Aunque la rebelión parecía dirigida contra los judíos y los ingleses, el objetivo principal de la misma era matar a todos los adversarios políticos del Muftí.

Kammal, el muktar de Abu Yesha y antiguo amigo de Barak Ben Canaan hubo de pagar su amistad con el Yishuv. Los mercenarios de Husseini encontraron al maduro muktar rezando arrodillado en la pequeña mezquita contigua al río que había en su pueblo… y le abrieron la garganta.

Manos amigas llevaron al hijo, Taha, a Yad El, a casa de Ben Canaan, donde estaría seguro. La orgía de sangre organizada por el Muftí seguía imponiendo la huelga general y el *boicot* contra los judíos. Privadas de su mercado, las cosechas de los árabes se pudrían en los campos. El puerto de Jaffa y el comercio que le daba vida quedaron en un paro casi absoluto. La huelga tenía agarrotada a la población árabe, carente de toda defensa contra el Muftí. Haj Amin el Husseini utilizó el púlpito una vez más para echar la culpa a los judíos; y mientras las estrecheces de los árabes iban en aumento, su furia y su desesperación crecían al mismo compás. Pronto se atrevieron a atacar colonias, incendiar campos y robar cosechas. Si encontraban a un judío solo y desarmado el asesinato iba seguido inmediatamente de la decapitación, del descuartizamiento, de la extracción de los ojos, es decir, de las brutalidades más

primitivas.

Mientras tenían lugar todas estas atrocidades, Avidan recomendó a todo el Yishuv que supiera contenerse. Hizo notar que la población árabe era víctima de un juego diabólico y sufría grandemente, y que nada se ganaría correspondiendo a sus crueldades con la misma moneda.

Con los Macabeos la historia era muy distinta. Apenas se hubieron separado del Haganah, los ingleses los declararon fuera de la ley y los obligaron a pasar a la clandestinidad. Hasta cierto punto, los ingleses hacían la vista gorda en lo tocante al Haganah, porque sabían la política de contención que se había impuesto y porque el Haganah sólo actuaba en plan defensivo. Por otra parte, jamás luchaba contra ellos, los ingleses. No así los Macabeos. Éstos eran enemigos declarados de los británicos y no tenían el propósito de dominar sus propios impulsos. De ahí que tuvieran que refugiarse en el seno de las tres ciudades mayores: Tel Aviv, Jerusalén y Haifa.

Los seguidores de Akiva procuraban corresponder al terror con el terror, pero su número no era bastante ni contaban con los medios suficientes para saldar las cuentas con los asesinos a sueldo del Muftí. Aunque los dirigentes judíos los repudiaban oficialmente, eran muchos en el Yishuv los que aplaudían las hazañas de los Macabeos.

En cuanto Haj Amin el Husseini tuvo a Palestina cogida por el cuello, siguió adelante y puso en marcha la segunda fase de su plan, publicando un llamamiento redactado en términos de exaltado fanatismo y dirigido a los árabes de todas las naciones que se uniesen a la lucha común por liberar Palestina de las garras del imperialismo británico y del sionismo.

Los bandidos de Husseini corrían por las poblaciones árabes pidiendo combatientes voluntarios para asaltar los establecimientos judíos. Muchos de los asediados *fellahas* no tenían ni asomo de deseo de luchar; pero el terror que les inspiraba el Muftí les impedía negarse.

Fuera de Palestina la llamada del Muftí obtuvo una contestación. Un oficial del ejército iraquí llamado Kawukji vio en la «revuelta» de Palestina la ocasión tanto tiempo esperada para ganar fortuna y poder, convirtiéndose en el brazo militar del Muftí. Kawukji no pensaba sino en sí mismo; su egomanía no conocía límites. Se compró multitud de uniformes nuevos preciosos, adornados de toda suerte de caprichosas condecoraciones y se declaró a sí mismo generalísimo del ejército liberador. Con el dinero que el Muftí había arrancado a los árabes de Palestina, Kawukji se puso a reclutar su ejército fuera del país. De este modo reunió una banda de ladrones, contrabandistas de drogas, tratantes de blancas y otra gente de la misma calaña con el señuelo de las mujeres judías que podrían violar y el «oro hebreo» que saquearían. Formaban la banda más perversa, degenerada y brutal que se haya reunido nunca. Bajo el mando del generalísimo Kawukji entraron por el Líbano a

salvar al gran mártir del Islam, Haj Amin el Husseini.

Kawukji empleaba una táctica sencilla y segura. Montaba una emboscada en una carretera, pero habiéndose asegurado previamente una ruta de retirada, y cuando pasaba un coche de viajeros, un vehículo cualquiera desarmado, o un grupo que por su reducido número no pudiese ofrecer resistencia, los árabes salían a campo libre, los saqueaban y huían.

Kawukji y las cuadrillas del Muftí no tardaron en tener al país aterrorizado. La comunidad árabe estaba indefensa, los ingleses se mostraban ineptos y poco dispuestos para la lucha y los judíos sólo luchaban cuando se trataba de defenderse.

En lugar de aplastar de una vez los ataques de los árabes tomaban unas medidas que resultaban cómicas. Unas pocas veces entraron de improviso en poblaciones sospechosas de dar albergue a los bandidos y les impusieron multas colectivas, e incluso en una o dos ocasiones destruyeron una población. Pero luego se encerraron en una concha defensiva, construyendo más de cincuenta fuertes de hormigón armado que rodeaban toda Palestina y dotándolos de una fuerza de policía. Cada uno de aquellos fuertes ofrecía albergue para un número de soldados que oscilaba desde unos pocos centenares hasta varios miles y había de dominar el sector que lo rodeaba. Los planeó un hombre llamado Taggart y los construyeron los judíos.

Los fuertes de Taggart, rodeando la asediada Palestina, formaban un sistema tan antiguo como el país mismo. En los tiempos bíblicos los judíos utilizaban doce montañas. El fuego encendido en una de ellas era visible desde la otra y el de ésta desde la tercera. Los cruzados adoptaron idéntico sistema, construyendo castillos fortificados de forma que cada uno de ellos fuese visible desde otro o desde una ciudad amurallada. Hasta los judíos establecían ahora las colonias agrícolas de modo que cada una se viese desde la vecina.

De noche los ingleses se encerraban dentro de sus fortificaciones y permanecían quietos. De día sus incursiones carecían de eficacia. Apenas se veía a un convoy suyo saliendo del fuerte la noticia pasaba de unos labios a otros por todo el país. Todo árabe en cualquier situación que se encontrase era un espía en potencia. Cuando los británicos llegaban a su objetivo, el adversario se había evaporado ya como por arte de magia.

No obstante, aun bajo una presión tan increíble, los judíos seguían introduciendo inmigrantes y formando para ellos nuevas colonias agrícolas. El día que había que iniciar un nuevo establecimiento varios centenares de campesinos y de trabajadores de la construcción reuníanse al salir el sol en los terrenos que había que roturar, y en el tiempo comprendido entre la salida y la puesta del sol construían una torre dotada de un reflector, un generador eléctrico y una pequeña empalizada que la rodeaba. Llegada la noche del mismo día quedaba completada la obra y cada uno se marchaba a su colonia, dejando a los nuevos moradores dentro de la empalizada, protegidos por

una reducida guardia del Haganah.

Ari Ben Canaan, cumplidos apenas los veinte años, se hizo un experto en establecimientos de «torre y empalizada». Generalmente era él quien se quedaba al mando de la unidad del Haganah encargada de enseñar a los nuevos colonizadores cómo hacer frente a los intrusos o asaltantes árabes y cómo usar las armas de que les dotaban. Casi todos los establecimientos sufrieron algún ataque por parte de los árabes. La presencia de los miembros del Haganah y la pericia que demostraban en rechazar a los atacantes tenían un efecto tranquilizador sobre los recién llegados. Ni Ari ni ningún otro jefe de una unidad judía perdió jamás un puesto defendido a base de «torre y empalizada».

Cuando había pasado ya varias semanas en uno de tales establecimientos, Ari llevaba su unidad a otra «torre y empalizada» en construcción.

Los nuevos colonos se extendían poco a poco fuera de la pared protectora, roturando las tierras en pequeñas parcelas de una vez. En seguida levantaban edificios sólidos y permanentes, y de un modo gradual formaban poblaciones dotadas de todos los requisitos para merecer el nombre de tales. Si el establecimiento era un *kibbutz*, el primer edificio que se levantaba era la casa de los niños. La construían siempre dentro de la última línea de defensa, a fin de que fuera el último edificio al que pudiesen llegar los asaltantes.

Avidan decía que las colonias iniciadas por el método de «torre y empalizada» venían a confirmar la leyenda bíblica de la reconstrucción de Jerusalén con una mano en la espada y la otra en la paleta. El profeta Nehemías dijo: «… la mitad de mis sirvientes trabajaban en la tarea y la otra mitad tenían la espada en la mano». Y así era como laboraban sus campos y construían sus casas, con un fusilero detrás de cada arado y detrás de cada obrero de la construcción.

Entretanto los árabes se volvieron tan osados que ni los ingleses pudieron seguir ignorando el terror que imponían. Haj Amin y Kawukji les habían puesto en tal terreno que parecían ya una colección de tontos de capirote. Por fin entraron en acción, disolviendo el Comité Superior Árabe y dictando orden de detención contra Haj Amin. El Muftí huyó delante de la policía inglesa y se refugió en la Mezquita de Omar, el santuario más sagrado de los musulmanes en Palestina.

Los ingleses no se atrevieron a penetrar en la mezquita por temor a promover un levantamiento «santo» en todo el mundo musulmán. Después de pasar una semana escondido, Haj Amin, se vistió de mujer y huyó a Jaffa, desde donde un bote le llevó al Líbano.

Cuando el Muftí de Jerusalén abandonó Palestina todo el mundo exhaló un gran suspiro de alivio; y muy especialmente, la comunidad árabe. Los disturbios y los asaltos perdieron virulencia… Y los ingleses recurrieron nuevamente a las indagaciones y a las comisiones de investigación.

Los árabes les hacían el vacío, como no fuera para enviar a unos cuantos de sus miembros más fanáticos a recitar discursos preparados de antemano. Si bien Haj Amin había desaparecido de escena, el clan de los Husseini no permanecía inactivo. Ante las comisiones de investigación, los árabes presentaban reclamaciones cada vez más exageradas contra los judíos, los cuales satisfacían el ochenta y cinco por ciento de todos los impuestos, a pesar de que el Yishuv era menos numeroso que la comunidad árabe.

Y así, después de examinar de nuevo la situación, los ingleses dieron otro viraje y recomendaron que se dividiese Palestina en dos Estados separados. Los árabes se quedarían con la parte del león; a los judíos les correspondería una franja de terreno que comprendería desde Tel Aviv hasta Haifa y aquellos trozos de Galilea que habían puesto en cultivo.

El Yishuv Central, los sionistas del mundo entero y los judíos de Palestina, todos estaban cansados del continuo derramamiento de sangre, del fanatismo siempre en aumento de los árabes y de la traición cada vez más evidente de los ingleses. En otro tiempo el mandato de Palestina había incluido las dos orillas del río Jordán, y ahora los ingleses no ofrecían sino una pizca de aquella extensión. Pero, a pesar de todo, los judíos decidieron aceptar la oferta.

Los ingleses hicieron notar a los árabes que obrarían prudentemente aceptando, dado que el sector concedido a los judíos no podía albergar ya más inmigrantes. Pero los árabes querían, ni más ni menos, que hasta el último judío fuese arrojado al mar. Haj Amin era el tesoro del Islam y la martirizada víctima de la injusticia británica y sionista. Y desde Beirut encendió nuevamente la rebelión.

Taggart, el ideado del sistema de fortificación adoptado por los ingleses, extendió unas alambradas electrificadas a lo largo de toda la frontera libanesa a fin de detener a los mercenarios y a los contrabandistas de armas del Muftí. A intervalos construyó nuevos fuertes de cemento armado, entrelazados con la alambrada.

Uno de tales fuertes se levantaba sobre Abu Yesha y Yad El, en el lugar donde se creía que había sido enterrada la reina Ester, y fue conocido con el nombre de Fort Ester.

El muro Taggart disminuyó la infiltración árabe, pero no bastó para cortarla en absoluto.

El Haganah, que llevaba tanto tiempo reprimiendo sus propios impulsos, empezaba a dar muestras de nerviosismo y la comunidad judía (el Yishuv) empezó a preguntarse cuándo serla que su organismo central permitiría que el Haganah se lanzase a la lucha. Bajo esa precisión, cada día en aumento, Ben Gurión consintió por fin en escuchar un plan ideado por Avidan. A su vez la Sociedad Sionista de Asentamiento adquirió un trozo de terreno en el extremo norte de Galilea, junto a la misma frontera libanesa, en el paraje por donde los servicios de información del

Haganah sospechaban que tenía lugar la mayor parte de las infiltraciones de los árabes.

Poco después de realizada la compra, Avidan citó a Ari Ben Canaan y a otros dos jóvenes que tenían un elevado rango en el Haganah para que acudiesen a su cuartel general secreto en Tel Aviv.

El calvo dirigente de la defensa judía desplegó un mapa y señaló la nueva parcela de terreno. La importancia que tenía para la prolongación de la revuelta árabe era evidente.

—Quiero que vosotros tres asumáis el mando de una unidad que vaya a ese terreno y organice allí un *kibbutz*. Estamos seleccionando a ochenta de nuestros hombres mejores y a veinte mujeres que irán con vosotros. No es preciso que os diga qué es lo que os pido.

Los tres muchachos indicaron con un gesto que se daban por enterados.

—Sabemos que el Muftí dejará todo lo demás para dedicarse a la tarea de desalojaros. Es la primera vez que elegimos el emplazamiento de un *kibbutz*, teniendo en cuenta su valor estratégico.

A Sarah Ben Canaan le dolía el corazón. Hacía años que no había visto a su hijo sin una tralla o un arma al alcance de la mano. Pero la misión que le habían encomendado ahora le daba más miedo que ninguna de las anteriores. Un centenar de los mejores miembros del Yishuv iban a colocarse en una situación suicida. Ari besó a su madre, le secó las lágrimas y con palabra sencilla le aseguró que no pasaría nada. A su padre le estrechó la mano en silencio, porque entre su padre y él no había necesidad de palabras.

Dafna llamó a la puerta y los padres de Ari se despidieron también de la muchacha.

Al cruzar las puertas de Yad El, Dafna y Ari se volvieron para dirigir una breve mirada a los campos y a los amigos que se habían reunido para despedirles. Mientras la joven pareja desaparecía por el camino, Barak rodeó los hombros de Sarah con su brazo y suspiró.

—¡Cuán poca cosa le piden a la vida! —murmuró Sarah—. ¿Cuánto tiempo… cuánto tiempo tendremos que seguir entregando a nuestro hijo?

Barak movió tristemente la voluminosa cabeza y entornó los ojos para recoger una última imagen de Ari y de Dafna.

—Dios pidió a Abraham que le ofreciese el hijo en sacrificio. Supongo que nosotros, los del Yishuv, vivimos bajo aquella sombra. Tendremos que seguir entregando Ari todo el tiempo que Dios lo quiera.

Un centenar de los jóvenes mejores (de ambos sexos) del Yishuv se trasladaron hasta las inmediaciones de la frontera del Líbano, situándose sobre la ruta de los ladrones y los asesinos. Ari Ben Canaan, de veintidós años de edad, era el segundo

jefe.

Bautizaron la colonia con el nombre de Ha Mishmar, el Puesto de Guardia.

## CAPÍTULO XVI

Diez camiones transportando a un centenar de muchachos y muchachas del Haganah y el equipo correspondiente, corrían por la carretera de la costa dejando atrás el último establecimiento judío de Nahariya, en la Galilea septentrional y penetraron en territorio por el que hasta entonces no se había aventurado ningún judío. Un millar de pares de ojos árabes observaban el convoy mientras éste trepaba por las laderas de las montañas de la frontera libanesa, debajo de la línea Taggart.

Al llegar al punto de destino, pararon, señalaron las guardias y descargaron los camiones rápidamente. Los vehículos retrocedieron hasta Nahariya antes de que obscureciese. Los cien muchachos se quedaron solos. Arriba, los montes estaban llenos de cuadrillas de merodeadores árabes. Detrás tenían una docena de poblados árabes hostiles.

Levantaron una pequeña empalizada, se metieron dentro y aguardaron a que pasase la noche.

A la mañana siguiente la noticia había circulado desde Hebrón hasta Beirut. «¡Los judíos han subido a la montaña!». En Beirut, Haj Amin el Husseini hervía de furor. Aquello era un reto descarado. Y juró por las barbas de Alá que arrojaría a los judíos al mar.

Los días siguientes la fuerza del Haganah los pasó trabajando hasta el agotamiento en la tarea de reforzar las defensas del campamento base, al pie del monte, contra el ataque que había de venir. Todas las noches que no tenían guardia, Dafna y Ari caían abrazados en el sueño del agotamiento.

¡La cuarta noche se produjo el ataque!

Los judíos no se habían visto jamás en situación parecida. Durante cuatro horas consecutivas, desde la cima del monte, un millar de fusileros árabes reforzados por ametralladoras derramaron un fuego continuo dentro de la empalizada. Los árabes empleaban por primera vez el fuego de morteros. Ari y sus fuerzas no daban señales de vida, esperando que los árabes intentaran el asalto.

El ataque se produjo cuando los asesinos mercenarios empezaron a deslizarse por el suelo con los cuchillos entre los dientes.

De pronto…

De la empalizada salieron los chorros luminosos de media docena de reflectores barriendo el suelo con sus haces de luz, los árabes fueron cogidos por sorpresa cuando ya estaban muy cerca. Los judíos los sometieron a un fuego mortal. A la primera descarga dejaron sesenta cadáveres árabes sobre el campo.

El terror paralizaba a los musulmanes. Ari condujo a la fuerza del Haganah fuera del refugio de la empalizada en un contraataque feroz que dejó el suelo sembrado de árabes muertos y heridos. Los supervivientes escaparon monte arriba lanzando

alaridos de terror.

Los árabes pasaron una semana sin atacar nuevamente. Nada de todo lo que el Muftí pudiese decir o hacer les decidía a emprender otro asalto. Kawukji no conseguía lanzarlos a la lucha. Aquella primera noche tres muchachos y una chica del Haganah perecieron en el combate. Uno de los muchachos era el comandante en jefe. Ari Ben Canaan pasó a ocupar su puesto.

El grupo de Haganah subía cada día un corto trecho por la ladera de la montaña, con solidaba la posición y aguardaba la noche. Desde sus posiciones de la cumbre, los árabes seguían con la mirada aquellos movimientos; pero jamás atacaban durante las horas del día. Al cabo de una semana, Ari abandonó el primer campamento base, teniendo otro a mitad de camino de la cima del monte.

Los árabes reanudaron sus ataques, aunque, recordando bien la lección de la primera noche, se guardaron muy bien de intentar un asalto directo y se contentaron disparando contra el campamento desde largas distancias.

Ari decidió pasar a la ofensiva mientras el enemigo permanecía indeciso. Al final de la segunda semana dio el golpe. Aguardó a que los árabes estuvieran cansados de disparar toda la noche y a que sus centinelas hubieran relajado la vigilancia. Entonces, al frente de veinticinco hombres escogidos y de diez mujeres, lanzó, al amanecer, un ataque que desalojó a los soñolientos árabes de la cima de la montaña. Ganada aquella posición, los judíos se parapetaron rápidamente, mientras los árabes se rehacían y se reunían para un contraataque. Ari perdió cinco soldados, pero conservó la posición.

Con gran celeridad hizo construir en la cumbre un puesto de vigilancia desde el cual se dominaba todo el sector. Los muchachos judíos aprovechaban las horas del día trabajando febrilmente para convertir aquel punto de apoyo en una verdadera fortaleza.

¡El Muftí estaba loco de furor! Después de cambiar los mandos reunió otra fuerza de un millar de hombres. Éstos se lanzaron al ataque, pero en seguida que llegaron a tiro de la fortificación se dispersaron y huyeron.

¡Los judíos dominaban por primera vez una posición en la cima de un monte y los árabes no lograrían desalojarles de allí!

Pero si los hijos de Mahoma no estaban dispuestos a luchar de cerca, renunciando con ello a poner en fuga a los del Haganah, esto no significaba que tuvieran la idea de dejarles vivir en paz. Los fusiles árabes hostigaban continuamente a las tropas de Ari, que estaban completamente aisladas del resto del Yishuv. El establecimiento más cercano era Nahariya. Todos los abastecimientos, incluso el agua, habían de traerlos con camión a través de territorio enemigo y luego había que subirlos arriba del monte a mano.

A pesar de todas las penalidades. Ha Mishmar se mantuvo firme. Dentro de la

empalizada habían construido unas cuantas chozas toscas y habían empezado a abrir un camino hacia el pie de la montaña. Ari inició el servicio de patrullas nocturnas a lo largo de la línea Taggart a fin de coger a los que se infiltraban y a los que entraban armas. La ruta clandestina de comunicación que tenía el Muftí con Palestina iba quedando cortada.

El noventa por ciento de la fuerza del Haganah lo formaban elementos de los *kibbutz* o de los *moshav*, y el afán de redimir el suelo había arraigado en ellos tan profundamente que no sabían permanecer mucho tiempo en un sitio sin tratar de cultivar algo. Total, ¡que empezaron a cultivar el suelo en Ha Mishmar! Habían puesto el pie allí fingiendo que iban a establecer un *kibbutz*, ¡y por Dios que fundarían realmente uno! El cultivo de la tierra en la ladera de un monte constituía para aquellos muchachos una aventura nueva, y especialmente difícil, no disponiendo de otra agua que la que daban las escasas lluvias. A pesar de todo, se pusieron a la tarea con el mismo ánimo con que habían redimido las charcas del Valle de Jezrael y la denudada Llanura de Sarón. Formaron escalones o terrazas en la ladera del monte y se dirigieron a la Sociedad Sionista de Asentamiento pidiéndole dinero para los aperos de labranza.

El éxito de los tenaces muchachos de Ha Mishmar entusiasmó de tal modo al Yishuv Central y a los jefes del Haganah que ambos organismos decidieron que en lo sucesivo, para establecer algunas de las nuevas colonias agrícolas, elegirían puntos que tuvieran un valor estratégico y contribuyeran a sofocar la revolución árabe.

De este modo un segundo grupo de colonizadores, esta vez judíos ortodoxos, se trasladó a otro punto peligroso muy al interior del Valle de Beth Shean y erigieron un *kibbutz* junto al punto en que se unían la frontera siria y la de Transjordania. Este *kibbutz* recibió el nombre de Tirat Tsvi, el Castillo del rabí Tsvi, y quedó emplazado en medio de una docena de villas y poblados árabes hostiles. También aquí el Muftí trató de desalojarlos. Pero ese grupo de judíos profundamente religiosos no era de la misma especie que los ancianos piadosos de las ciudades santas. Lo mismo que en Ha Mishmar, también en Tirat Tsvi fracasaron los intentos árabes de derrotar a los judíos.

Ari dormía profundamente en su tienda.

—Ari…, ven, ¡rápido!

El joven apartó la manta lejos de sí, cogió el rifle y corrió detrás de los que le habían llamado hacia los campos del mediodía, que estaban nivelando para dedicarlos al cultivo de la viña, y en los que se había reunido un grupo de compañeros. Al verle, todos se volvieron hacia él, mirándole en silencio. Ari cruzó por entre sus amigos, fijando la mirada en el suelo. Lo vio salpicado de sangre. Pronto descubrió también unos pedazos de una blusa azul. Un reguero de sangre partía de allí en dirección a los montes. Ari fijó los ojos en las caras de sus compañeros. Ninguno despegó los labios.

—Dafna —murmuró él.

Dos días después alguien arrojó el cuerpo de la muchacha cerca del campamento. Le habían amputado las orejas, la nariz y las manos. Le habían arrancado los ojos. La habían violado más de un centenar de veces.

Nadie vio llorar a Ari Ben Canaan. Nadie le oyó levantar la voz.

Después del asesinato de Dafna, solía desaparecer durante horas enteras, regresando luego con el rostro lívido y alterado. Pero jamás manifestó ni pasión, ni odio, ni siquiera una cólera muy grande. Jamás volvió a pronunciar delante de nadie el nombre de su amada. Aceptaba su tragedia del modo que el Yishuv había aprendido a aceptar aquellas cosas, sin dejarse arrastrar hacia la violencia sino reafirmándose más todavía en la decisión de no dejarse expulsar de su país. Ari Ben Canaan era un soldado de pies a cabeza. Media docena de poblados árabes vecinos temblaban de miedo esperando un ataque de represalia. Pero el ataque no se produjo.

Los judíos permanecieron en Ha Mishmar, en Tirat Tsvi y en media docena más de establecimientos estratégicamente distribuidos. La nueva táctica obstaculizaba en grado sumo la sublevación organizada por el Muftí, pero no la sofocaba por completo.

En medio de tal confusión presentóse un mayor inglés llamado P. P. Malcolm.

Al mayor P. P Malcolm lo habían destinado al servicio británico de información al estallar la revuelta del Muftí. Era célibe. Vestía con desaliño y despreciaba las tradiciones militares. El protocolo le parecía ridículo. Era un hombre que, si lo juzgaba oportuno, sabía expresar sus sentimientos sin tapujos y hasta con violencia, pero también de pasarse días y días sumido en profundas meditaciones, durante los cuales no se afeitaba ni se peinaba el cabello. Tales períodos de ensimismamiento le venían en los momentos más inesperados, hasta en mitad de un desfile militar; ceremonia que odiaba, juzgándola una manera de malgastar el tiempo. P. P Malcolm tenía una lengua de acero; siempre dejaba pasmados a los que le rodeaban. Era un excéntrico, y los oficiales compañeros suyos le consideraban «un bicho raro».

En lo físico P. P. Malcolm era alto, tenía el rostro enjuto y cojeaba ligeramente. Resumiéndolo todo, era exactamente lo que un oficial británico no debe ser.

Cuando Malcolm llegó a Palestina era pro-árabe, porque estaba de moda que los oficiales británicos lo fuesen. Tales simpatías no duraron mucho. Al cabo de un corto período de tiempo P. P. Malcolm se había convertido en un sionista fanático.

Al igual que muchos de los cristianos que abrazan el sionismo, su adhesión a la nueva doctrina era más viva y furibunda que la de un judío. Malcolm aprendió hebreo tomando lecciones de un rabí y luego pasaba todo el tiempo que tenía libre leyendo la Biblia. Estaba plenamente convencido de que Dios había formado el designio de que los judíos resurgiesen como nación. El mayor inglés estudió al detalle las campañas militares narradas en la Biblia y las tácticas de Josué, de David y especialmente de Gedeón, que era su ídolo personal. Y por último cogió la manía de que había sido la

mano de Dios la que le había llevado a Palestina.

Él, P. P. Malcolm, había sido escogido por el mismo Dios para guiar a los hijos de Israel en su noble misión.

Consecuente con sus ideas, recorrió toda Palestina en un coche destartalado, de segunda mano, y donde no había carreteras ni caminos seguía adelante, fatigando su pierna mala. De este modo visitó todos los lugares donde habían tenido lugar las batallas descritas en la Biblia, con objeto de reconstruir la táctica empleada. Judíos y árabes se quedaban pasmados con frecuencia viendo a aquel sujeto singular cojeando por un camino al mismo tiempo que cantaba un salmo con toda la fuerza de sus pulmones, olvidado de todas las cosas del mundo.

A menudo alguno preguntaba cómo era posible que el mando británico tolerase a Malcolm. El general Charles, comandante de Palestina, reconocía muy simplemente que Malcolm era un genio al mismo tiempo que uno de esos raros ejemplares de militares rebeldes que aparecen de vez en cuando. Malcolm se burlaba de los manuales ingleses sobre el arte de la guerra, no tenía sino desdenes para la estrategia que enseñaban y opinaba que, en su mayor parte, el Ejército británico no era sino una manera de derrochar dinero. Jamás parecía que nadie le derrotase en una discusión, pues por lo visto no se equivocaba nunca y estaba convencido de la infalibilidad de su juicio.

Un atardecer, P. P. Malcolm bajó de su coche porque se le habían reventado dos neumáticos a la vez y se fue andando hasta Yad El. Al penetrar en el perímetro de defensa, una docena de guardias le cortaron el paso. Malcolm les saludó con la mano sonriendo.

—¡Buen trabajo, amigos! —les gritó—. Ahora sed buenecitos y llevadme a presencia de Barak Ben Canaan.

Malcolm paseaba de uno a otro extremo de la sala de estar de Barak. Tenía el aspecto más desaseado aún que de costumbre. Y por espacio de una hora larga le dio una conferencia a Barak Ben Canaan sobre el esplendor y la belleza del sionismo y el destino de la nación hebrea.

—Me gustan los soldados judíos —dijo—. El guerrero hebreo es el mejor de todos, porque lucha y vive compenetrado con sus ideales. Esta tierra es para él un ser real. Vive rodeado por todas partes de grandes glorias pasadas. Sus compañeros del Haganah constituyen, probablemente, el grupo de hombres más educado, de un nivel intelectual más superior y más idealista al mismo tiempo entre todos los que en el mundo entero velan las armas.

»Tomemos al soldado inglés —prosiguió Malcolm—. Es un luchador tozudo, y esto es una gran cualidad Acata la disciplina: otra gran cualidad. Pero aquí terminó todo. Es un hombre estúpido. Bebe demasiado. Dormiría en compañía de un cerdo y a menudo lo hace. Voy a decirle el motivo de haber venido a verle, Ben Canaan. Voy a

tomar el Haganah de ustedes en mis manos y lo convertiré en un cuerpo combativo de primera clase. Tienen ustedes la materia prima mejor que se me haya puesto jamás delante de los ojos.

¡Barak se quedó boquiabierto de asombro y extrañeza!

Malcolm se asomó a la ventana. Veía los irrigadores por aspersión girando en los campos y en la distancia divisaba Abu Yesha acurrucado en los montes debajo del fuerte de la línea Taggart al que se había dado en llamar Fort Ester.

—¿Ve aquella fortificación de allá? Ustedes la llaman Fort Ester; yo la llamo una estupidez. Los árabes no tienen que hacer otra cosa sino rodearla. Los ingleses no aprenderán jamás. —Malcolm se puso a canturrear el Salmo 98, pronunciando las palabras en hebreo y con voz dulce—. He aprendido ciento veintiséis salmos de memoria. Esto me reconforta.

—Mayor Malcolm. ¿Quiere hacer el favor de decirme qué carácter tiene su visita?

—Todo el mundo sabe que Barak Ben Canaan es un hombre justo y sin parcialidades. Francamente, a la mayoría de judíos les gusta demasiado hablar. En el Ejército judío que organizaré yo, no tendrán que pronunciar ni diez palabras. Todo lo que haya que decir lo diré yo.

—Por lo que veo me doy cuenta perfectamente de que a usted le gusta ser el único que hable —afirmó Barak.

—Hummm —refunfuñó Malcolm con la mirada siempre fija en los lozanos campos de Yad El. De súbito giró sobre sus talones y sus ojos aparecieron encendidos por la misma llama ardiente que Barak había visto tan a menudo en los de su hermano Akiva.

—¡Luchar! —gritó—. ¡He ahí lo que debemos hacer…, luchar! La nación judía es toda destino, Ben Canaan, ¡destino!

—En esto estamos de acuerdo sin duda alguna usted y yo… No necesito que me recuerde que nuestra patria es destino.

—Sí lo necesitan…, todos ustedes lo necesitan… mientras se estén así, encerrados en sus establecimientos. Cuando un árabe sale del café y dispara un tiro al azar contra un *kibbutz* desde mil metros de distancia se tiene por un valiente. Ha sonado la hora de poner a prueba a esos paganos sanguinarios. Hebreos, he ahí lo que yo quiero…, soldados hebreos Prepáreme una entrevista con Avidan, la momento. Los ingleses son demasiado estúpidos para comprender mis métodos.

P. P. Malcolm salió de Yad El tan repentinamente como había entrado. Cruzó las puertas cantando un salmo a toda voz y dejó a Barak Ben Canaan rascándose la barba y moviendo la cabeza pensativamente.

Más tarde Barak telefoneaba a Avidan. Hablaron en *yiddish* por si se daba el caso de que la línea estuviese interferida.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Barak—. Se ha presentado aquí como si

fuese el Mesías y me ha espetado un sermón sionista.

—Tenemos algunas noticias de él —respondió Avidan—. Francamente, es un tipo tan raro que no sabemos cómo calificarle.

—¿Merece confianza?

—No lo sabemos.

El mayor P. P. Malcolm pasaba ahora todas sus horas libres entre judíos. Comentaba cándidamente que los oficiales ingleses eran unos idiotas y unos tipos molestos. Al cabo de pocos meses todo el Yishuv le conocía. Pero aunque se relacionaba con los círculos más elevados, la mayoría de los dirigentes le trataban como a un excéntrico inofensivo. «Nuestro inglés loco», le llamaban con afecto.

Pronto se vio claramente, empero, que P. P. Malcolm no estaba loco Cuando se ponía a discutir con interés tenía un poder persuasivo capaz de convencer al diablo de que debía renunciar a llevar cuernos. Muchos miembros del Yishuv habían salido de casa del mayor seguros de haber estado bajo una influencia mágica.

Al cabo de seis meses de evasivas, un día Malcolm entró en el edificio del Yishuv Central en Jerusalén y, sin hacerse anunciar previamente, se metió dentro del despacho de Ben Gurión.

—Ben Gurión —le espetó—. Es usted un tonto de remate. Malgasta el tiempo hablando con sus enemigos y no puede dedicar cinco minutos a un amigo.

Y con esta llana afirmación dio media vuelta y se fue.

La próxima entrevista de Malcolm fue ron el general Charles, el comandante militar. El mayor discutió con el general insistiendo en que le dejase aplicar algunas de sus teorías sobre la lucha contra los árabes, empleando tropas judías El general Charles, como la mayoría de sus oficiales era pro árabe, pero la rebelión del Muftí empezaba a ponerle en ridículo Poco a poco, los ingleses habían entrenado y armado su propia fuerza de policía judía, ignorando las armas del Haganah, que venían a suplementar las suyas propias. Pero hasta entonces hablan fracasado tan estrepitosamente que el general decidió dar vía libre a Malcolm.

El maltrecho coche del mayor se presentó en Ha Mishmar. Los guardias llevaron a Malcolm a presencia de Ari. El gallardo comandante del Haganah estudiaba con extrañeza al flaco inglés que tenía delante.

Malcolm le dio una palmadita en la mejilla.

—Tienes cara de buen chico —le dijo—. Escúchame, obedece mis órdenes, observa lo que yo hago y te convertiré en un soldado de primera clase. Y ahora, enséñame el campamento y las fortificaciones que habéis levantado.

Ari estaba perplejo. Por mutuo acuerdo los ingleses se habían mantenido alejados de Ha Mishmar y habían vuelto la espalda para no ver las patrullas organizadas por Ari. Sin embargo, tomando la cuestión bajo el aspecto legal, tenían derecho indiscutible a entrar cuando quisieran. El mayor Malcolm ignoró por completo las

sospechas de Ari, así como el innegable intento que realizaba para no enseñarle sino la mitad de sus dispositivos.

—¿Dónde está tu tienda, hijo?

Cuando estuvieron dentro de la tienda, P. P. Malcolm se tendió sin perder instante sobre el camastro y se puso a meditar.

—¿Qué busca usted aquí? —le preguntó Ari.

—Dame un mapa, hijo —replicó el mayor, como si no hubiera oído la pregunta. Ari obedeció. P. P. Malcolm se sentó, abrió el mapa y se rascó la descarnada barba—. ¿Dónde está la principal base de asalto de los árabes?

Ari señaló un poblado pequeño situado unos quince kilómetros al interior del Líbano.

—Esta noche lo destruiremos —dijo calmosamente el mayor.

Aquella noche una patrulla formada por ocho hombres y dos mujeres, al mando de Malcolm, salió de Ha Mishmar y se internó en el Líbano. Los judíos se quedaban pasmados viendo la rapidez y la energía con que aquel hombre sabía empujar su débil cuerpo por los empinados y ondulantes caminos de las montañas Ni un momento se paraba a descansar ni a comprobar si habían acertado la dirección. Antes de salir, Malcolm había oído que uno estornudaba y había dicho que aquél no podía acompañarles; luego había advertido que el que se rezagase le daría una tanda de azotes hasta que le faltase poco para perder la vida. Después se puso al frente del grupo cantando un salmo y encareciéndoles la nobleza de su misión.

Cuando estuvieron cerca del objetivo, Malcolm se adelantó solo a reconocer la población. Regresó al cabo de media hora.

—Como ya me figuraba —dijo—, no tienen organizada la defensa. He aquí lo que haremos. —Entonces trazó apresuradamente una especie de plano para señalar las tres o cuatro chozas que juzgaba pertenecientes a los contrabandistas—. Tres de vosotros y yo entraremos en el pueblo, abriremos fuego desde corta distancia y les agasajaremos con la explosión de un par de bombas de mano a fin de disolver un poquito la reunión. Todos huirán a la desbandada. Mi escuadra los empujará hacia esta punta del poblado, donde tú, Ben Canaan, establecerás una emboscada. Haz de modo que puedas traerte un par de prisioneros, porque, no cabe duda, este sector está cosido de escondites llenos de armas.

—Su plan es una locura. No dará resultado —dijo Ari.

—En tal caso os recomiendo que emprendáis en seguida el regreso a Palestina —replicó Malcolm.

Aquélla fue la primera y la última vez que Ari se permitió poner en tela de juicio el acierto de P. P. Malcolm. La confianza en sí mismo de aquel hombre era impresionante.

—No vuelvas a dudar jamás de mi buen criterio, joven —le reprochó.

El plan de Malcolm fue llevado a cabo. El mayor, al frente de una escuadra de cuatro hombres, se dirigió hacia donde suponía que tenían sus centros de reunión los que cruzaban y volvían a cruzar la frontera. Una vez allí arrojaron cuatro bombas dentro de las chozas y a continuación dispararon unas ráfagas de fusilería. De acuerdo con lo que él había previsto, el pánico cundió entre los árabes. Con gran sangre fría, Malcolm empujó a los facinerosos hacia la emboscada de Ari. Todo el episodio no duró más allá de diez minutos.

Luego le presentaron al mayor los dos prisioneros que habían hecho.

—¿En dónde tenéis escondidas las armas? —preguntó Malcolm en árabe al primer prisionero.

El musulmán se encogió de hombros.

Malcolm le dio una bofetada y repitió la pregunta. Esta vez el árabe se deshizo en protestas de inocencia, poniendo por testigo a Alá, que era su juez. Malcolm sacó la pistola con toda la calma y, de un tiro, le agujereó la cabeza. Entonces se dirigió al segundo prisionero.

—¿En dónde tenéis escondidas las armas? —le preguntó.

El segundo árabe reveló el emplazamiento de los escondrijos sin hacerse de rogar.

—Vosotros, hijos e hijas de Judea, habéis aprendido esta noche muchas lecciones valiosas —dijo Malcolm—. Mañana por la mañana os las explicaré. Ahora sólo una cosa: no recurráis jamás a la brutalidad para conseguir informaciones. Id directamente al grano.

La noticia de la incursión de Malcolm tuvo un efecto serenador sobre toda Palestina. Para el Yishuv señaló un momento histórico. Por primera vez los judíos habían salido fuera de sus dominios y habían llevado a cabo una acción de ataque. Muchos creyeron que no había sido demasiado pronto.

Los ingleses pusieron el grito en el cielo. La mayoría pedían el traslado inmediato de P. P. Malcolm. El general Charles no estaba tan seguro de que fuese una medida acertada. Los métodos británicos fracasaban lamentablemente y él comprendía que Malcolm estaba en lo cierto.

Para los asesinos a sueldo del Muftí, para los del clan Husseini y para los musulmanes fanáticos fue un día que invitaba a la meditación. En adelante ya no podrían merodear a su antojo escogiendo los puntos desde los cuales lanzar sus ataques, sin temor a que les saldasen las cuentas.

Ari acompañó a P. P. Malcolm en otra docena de incursiones durante las cuales penetraron profundamente en el Líbano. Cada incursión tuvo más éxito que la anterior. Las cuadrillas de merodeadores, los criminales, los contrabandistas de armas y los mercenarios de Kawukji ya no pudieron seguir desplegando sus actividades con aquella tranquila placidez; las rápidas e implacables incursiones del Haganah las hacían mucho más arriesgadas y mucho menos provechosas. El Muftí ofreció una

recompensa de mil libras esterlinas por la cabeza de P. P. Malcolm.

Cuando éste y los chicos y chicas del Haganah que estaban a sus órdenes hubieron conseguido imponer la paz en la línea Taggart, el mayor trasladó su cuartel al *kibbutz* de Ein Or. Malcolm solicitó del Haganah ciento cincuenta soldados escogidos, especificando que uno de ellos había de ser Ari Ben Canaan a quien apreciaba mucho. En el *kibbutz* de Ein Or, Malcolm formó su Unidad de Asalto.

Cuando tuvo sus ciento cincuenta soldados, escogidos de entre todo el Yishuv, el mayor Malcolm les llevó en un largo paseo militar a Monte Gilboa, donde la tradición señalaba el emplazamiento de la tumba de su ídolo, el gran juez y guerrero hebreo Gedeón. Allí de pie delante de los hombres que tenía bajo su mando, abrió la Biblia y leyó en hebreo:

*«… y Gedeón y los trescientos hombres que iban con él llegaron al límite del campamento al comienzo de la segunda guardia; la cual había entrado en funciones hacía muy poco rato: y se pusieron a tocar los cuernos y rompieron los cántaros que llevaban en las manos. Y las tres compañías tocaban los cuernos, y agujerearon los cántaros y sostuvieron las antorchas en la mano izquierda y los cuernos en la derecha, para soplar en ellos; y gritaron: "¡La espada del Señor y de Gedeón!". Y todos se mantuvieron cala uno en su puesto, rodeando el campamento; y toda la hueste enemiga echó a correr y a gritar, y huyó».*

Malcolm cerró la Biblia y se puso a pasear yendo y viniendo con las manos a la espalda. Al tomar la palabra habló con la mirada perdida en el espacio.

—Gedeón era un hombre listo. Él sabía que los medianitas eran gente ignorante y supersticiosa. Sabía que podía sacar partido de sus miedos primitivos y que el ruido y la noche los amedrentarían. Gedeón sabía todo esto… Y nosotros lo sabemos también.

Los árabes nunca sabían dónde daría el golpe siguiente la Unidad de Asalto. Su antiguo y eficaz sistema de espionaje no servía de nada contra Malcolm. El mayor solía enviar tres unidades distintas en tres direcciones diferentes para confundirlos. Algunas veces dejaba atrás un poblado árabe para luego volver sobre sus pasos y asaltarlo. Otras enviaba un convoy de camiones por la carretera y del convoy saltaba un hombre de trecho en trecho. Durante el día aquellos hombres permanecían escondidos en las alcantarillas de la carretera; por la noche, se reunían.

Cada vez que lanzaba un ataque, el enemigo se llevaba la sensación de estar combatiendo contra un millar de hombres. Jamás falló en su objetivo de sembrar el pánico entre los combatientes que tenía enfrente.

Apoyaba sus operaciones en un factor que sus judíos conocían bien: el suelo de Palestina. Enseñaba a sus tropas el valor estratégico así como el valor histórico de cada vado, de cada monte, de cada árbol, destacando cómo los generales hebreos de

la antigüedad se habían servido del terreno y del perfecto conocimiento que tenían del mismo para sacar ventajas militares.

Ari Ben Canaan, lo mismo que todos los demás componentes de la Unidad, se convirtió en un discípulo adicto de aquel inglés excéntrico Ari tomó parte en un centenar de incursiones contra el enemigo al lado de Malcolm y el mayor inglés jamás cometió el más pequeño error. Era como si concibiese las operaciones por inspiración divina y como si una mano divina le guiase al llevarlas a cabo. Malcolm creó un método intachable para la lucha contra los árabes. En recompensa a la serie ininterrumpida de victorias, el mayor inglés no pedía sino una disciplina de hierro y una sumisión ciega, fanática.

La Unidad de Asalto llegó a inspirar a los árabes un espanto mayor que el que les daba el clan de los Husseini. Ciento cincuenta hombres bastaron para despedazar la rebelión. Los merodeadores empezaron a huir y el gran ejército de liberación de Kawukji retrocedió en desbandada hacia el Líbano. Arrastrado por la desesperación, el Muftí dirigió entonces sus disparos contra la conducción de petróleo que iba desde los campos de Mosul hasta Haifa.

—Veinte millares de esos cabezas de chorlito ingleses no bastarían para defender ésa tubería —sentenció Malcolm—. Nosotros lo lograremos con sólo nuestra Unidad de Asalto. El plan a seguir es muy simple. Cada vez que se produzca una rotura de los tubos la Unidad de Asalto atacará y destruirá la población árabe más cercana a dicha rotura. Con este procedimiento las poblaciones árabes aprenderán, en interés de su propia seguridad, a guardar la conducción contra los merodeadores que intenten destruirla y a no dar cobijo a esos mismos merodeadores. Represalias…, recordadlo, porque los judíos son inferiores en número…, hemos de emplear el principio de las represalias.

Cada golpe que lanzaban los árabes rebotaba sobre su propio rostro. Desde entonces en adelante las represalias pasaron a ser la clave de la defensa judía.

La rebelión árabe se apagó y murió. Había sido un triste y muy oneroso fracaso. Los árabes habían llevado a la bancarrota a toda su comunidad y habían asesinado a sus portavoces más destacados. Tres años de disturbios y derramamientos de sangre les habían llevado al borde de la miseria. En todo aquel tiempo no consiguieron desalojar ni a un solo establecimiento judío, ni impedir que se fundaran y prosperasen otros cincuenta nuevos.

Mientras los árabes prorrumpían en los lamentos de la agonía, Whitehall hizo borrón y cuenta nueva de su gobierno del Mandato.

El mayor P. P. Malcolm recibió aviso de que debía abandonar Palestina, pues ahora su continuado consorcio con los judíos sólo serviría para poner a los ingleses en una situación embarazosa. Malcolm había sido el mejor instrumento en el terreno individual para quebrar lomos de árabe. Los judíos que él entrenó fueron el núcleo de

un gran ejército nuevo; sus brillantes tácticas fueron la Biblia militar de ese ejército.

El mayor P. P. Malcolm había formado a sus judíos en Ein Or para hablarles por última vez La Unidad de Asalto, condecorada con bandas encarnadas sobre el azul de sus ropas campesinas, estaba en posición de firmes. En los ojos de muchos de sus componentes había lágrimas.

Malcolm abrió la Biblia:

*«… Ciñe tu espada más arriba del muslo, oh tú el más poderoso, con tu gloria y tu majestad. Y en tu majestad avanza próspero, fortalecido por la verdad, la humildad y la justicia».*

Leído este trozo el mayor se alejó rápidamente en dirección al coche que le aguardaba. Tenía el corazón destrozado. El Yishuv le había concedido el mayor honor que podía conceder a un no judío. Le llamó «El Amigo».

En seguida que la Unidad de Asalto quedó disuelta, Ari Ben Canaan regresó a Yad El. Parecía que su corazón se había quedado en un monte solitario de la frontera libanesa donde Dafna dormía el sueño eterno junto a otros veinte muchachos y muchachas del Haganah caídos defendiendo Ha Mishmar.

Cuando todo estuvo sosegado y seguro, Taha abandonó Yad El, donde había vivido todo aquel tiempo bajo la protección de la familia de Ben Canaan, para asumir su cargo de muktar de Abu Yesha. Tanto Barak como Sarah se habían dado cuenta que durante los dieciocho meses pasados en su casa, Taha se había enamorado de Jordana, que había cumplido ya los trece años. Entre los árabes no era infrecuente enamorarse de una muchacha mucho más joven Ni Barak ni Sarah abrieron nunca los labios para hablar de aquel caso, confiando y deseando que el muchacho venciera el enamoramiento sin demasiado dolor.

Entretanto llegó a Palestina la nueva administración inglesa, bajo el mando del general Haven-Hurst, Los nuevos gobernantes no tardaron en recoger a todos los antiguos componentes de la Unidad de Asalto ¡para llevarlos ante un tribunal que los sentenció a penas oscilando desde seis meses a cinco años de calabozo! Acusación: ¡tenencia ilícita de armas!

Ari, junto con otros cien miembros del Haganah que habían formado la Unidad de Asalto de Malcolm, fueron encerrados en las mazmorras del presidio de Acre. Muchos de ellos, considerando su situación como una ironía del destino, se pasaban los días cantando marchas del Haganah y canciones de la tierra desde la mañana hasta la noche, sólo para fastidiar a los soldados británicos que montaban la guardia. El presidio de Acre era un viejo castillo de recias murallas, húmedo, monstruoso, lleno de piojos, de ratas, de suciedad y de obscuridad.

Ari salió en libertad en la primavera de 1939. Regresó a su casa de Yad El pálido y flaco.

Cuando le hubo visto, Sarah se fue a llorar en la intimidad sagrada de su cuarto. ¡Pobre hijo suyo! ¿Qué había tenido desde que vino al mundo sino una tralla, un arma y una tragedia continua? Su Dafna había muerto; muchos de sus compañeros habían muerto… ¿Cuánto tiempo tendrían que seguir viviendo de aquel modo? Sarah hacía votos por poder tener a su hijo en Yad El para siempre.

Con Haven-Hurst gobernando Palestina con puño de hierro y sin recatar sus sentimientos abiertamente antijudíos, quedaba preparada la escena para la traición final en que habían de caer los ingleses…

Vino otra comisión investigadora. Y de los tres años de derramamientos de sangre inspirado por el Muftí se cargó la culpa a la inmigración judía.

Whitehall y Chatham House y Neville Chamberlain, su primer ministro y renombrado apaciguador, pasmaron al mundo entero con esa declaración. La víspera de la Segunda Guerra Mundial, el Gobierno inglés publicó un Libro Blanco cerrando la inmigración a los desesperados judíos alemanes y prohibiendo que los de Palestina siguiesen adquiriendo tierras. Los apaciguadores de Múnich, que habían echado a un par de naciones europeas —Checoslovaquia una de ellas— río abajo, hicieron lo mismo con los judíos de Palestina.

# CAPÍTULO XVII

El Libro Blanco conmovió al Yishuv hasta la misma médula: era el golpe más rudo que había recibido jamás. En la víspera de la guerra los británicos encerraban a los judíos de Alemania dentro de las fronteras de ésta.

Los Macabeos, dormidos hasta entonces, resurgieron de pronto a la vida. El Libro Blanco les llevó afiliados a centenares. Su acción se dejó sentir en una serie de incursiones, arrojando bombas contra un club de oficiales ingleses en Jerusalén y aterrorizando a los árabes. También asaltaron un arsenal inglés y tendieron emboscadas a varios convoyes.

El general Haven-Hurst volvió completamente del revés la antigua política de semicooperación con los judíos. La fuerza de policía judía fue disuelta y el Haganah pasó a la clandestinidad. Los dirigentes del Yishuv Central y otros miembros de la Unidad de Asalto fueron llevados a los tribunales y encerrados en la fortaleza de Acre.

Ben Gurión dirigió otra llamada al Yishuv encareciendo a todos que dieran muestras de la misma prudencia y la misma sangre fría que habían tenido en el pasado, y denunció públicamente las tácticas terroristas. Pero incluso mientras él hablaba en aquel tono había en el seno del Haganah elementos que querían salir a luchar a campo abierto. Temiendo que una acción definitiva pudiera acarrear la destrucción del mismo, Avidan se vio obligado a contener una vez más los impulsos de su ejército.

Barak Ben Canaan fue a Londres a reunirse con el doctor Chaim Weizmann y los otros negociadores sionistas a fin de ver si conseguían una rectificación completa del Libro Blanco. Pero los dirigentes de Whitehall, para no soliviantar a los árabes, estaban decididos a no revocar nada de lo dicho.

En Palestina la pandilla de El Husseini volvía a estar muy atareada. Aunque Haj Amin continuara todavía en el exilio, el resto del clan seguía eliminando a la oposición por medio del asesinato. Jemal Husseini, sobrino del Muftí, se apoderó de la dirección del Comité Superior Árabe.

En el interior de Alemania la situación de los judíos era más que desesperada. Las organizaciones sionistas estaban al borde del colapso, pues hasta los judíos alemanes más complacientes eran presa del pánico y no pensaban sino en salir del país.

Los británicos ponían tantos obstáculos a que ciertos judíos saliesen de Palestina como a que entraran en ella los procedentes de Alemania. Se daban cuenta de que todo el que hubiese tenido algún contacto con el Haganah o la Aliyah Bet era un agente en potencia. Cuando Ari recibió órdenes de Avidan para que saliese de Palestina tuvo que hacerlo cruzando la frontera del Líbano por Ha Mishmar, marchando a pie hasta Beirut. Llevaba el pasaporte y el visado de un judío que había

entrado recientemente en Palestina como «turista». En Beirut, Ari embarcó para Marsella. Una semana después aparecía en Berlín en el cuartel general sionista, domiciliado en el número 10 de la Meinekestrasse.

Las órdenes que le habían dado eran: «Saca de Alemania a tantos judíos como puedas».

Cuando llegó a Berlín, el cuartel general del sionismo ofrecía una escena de pánico y caos.

Los alemanes sacaban del mercado de visados todo el provecho que podía rendir. Cuanto más desesperados estaban los judíos tanto más cara se les vendía la libertad Muchas familias entregaban toda su fortuna a cambio del privilegio de poder escapar de Alemania. Se robaba y se falsificaban visados…; los visados significaban la vida. La primera realidad cruel de una situación saturada de crueldades era que pocas naciones del mundo admitían en su seno a los judíos alemanes. Sencillamente, las naciones cerraban sus puertas. Si algunas concedían visados era a condición de que los judíos no fuesen a vivir en ellas.

Ari se encontró ante la dolorosa necesidad de decidir a quiénes había que repartir visados y a quiénes no Cada día tenía que escuchar amenazas, intentos de soborno, súplicas… La norma que se habían impuesto los sionistas era la de sacar con preferencia a los niños. En cuanto a los mayores…, los judíos del exterior se habían pasado cinco años suplicando a sus correligionarios de Alemania que salieran del país.

Junto con los niños había que evacuar a los científicos más importantes, médicos, hombres de letras y artesanos, la flor y nata de la sociedad.

Ari y la Aliyah Bet los sacaban a centenares nada más y eran a millares los que quedaban encerrados en la trampa.

Entonces Ari decidió llevar a cabo una jugada desesperada en un intento de conseguir varios millares de visados a la vez. De este modo, calculaba él, podría sacar a todas las personas que interesaban mayormente y a muchos niños. Previamente avisó a los agentes de la Aliyah Bet en Francia advirtiéndoles que estuviesen preparados para recibir a aquellos millares de exiliados… o para enterarse de que él había desaparecido en un campo de concentración.

Acto seguido entró en negociaciones con nazis de elevada jerarquía a los cuales ofreció la idea de extender permisos de salida en cantidades mayores. Argumentaba con una lógica extraña, pero fascinadora Los ingleses y los alemanes se disputaban el favor de los árabes, decía Ari, y hacía notar que cuantos más judíos entrasen en Palestina más embarazosa seria la situación en que se encontrarían los ingleses.

¡Vaya paradoja que la Aliyah Bet formara equipo con los nazis contra los ingleses! En pocos días Ari tuvo en marcha varias granjas de entrenamiento en el sector de Berlín, bajo la protección de la Gestapo.

Además de los visados que pudo obtener por medio de compra, robo, soborno y de cualquiera otro modo que fuese, Ari organizó bajo las mismas narices de los alemanes una ruta clandestina de salida para sacar de Alemania a las personalidades más importantes del mundo judío; pero esas personas, en su mayoría científicos destacados, sólo marchaban de dos en dos y de tres en tres. Durante el verano de 1939, viendo que se estaba terminando el plazo, Ari se pasaba todas las horas del día y de la noche trabajando sin descanso.

Mientras tanto en Londres, Barak Ben Canaan y los otros negociadores trabajaban también veinticuatro horas diarias. Hablaban con algunos miembros del Parlamento, con los ministros, con todo el que quería escucharles… Pero era inútil que se esforzasen; los ingleses no querían modificar su política de inmigración.

A mediados de agosto, Ari recibió un mensaje de la Aliyah Bet de Francia. «SAL DE ALEMANIA INMEDIATAMENTE».

Ari no hizo caso del aviso y siguió trabajando, porque ahora cada día parecía una carrera contra la muerte.

Llegó otro cable. Esta vez el Haganah le ordenaba salir.

Ari quiso arriesgarse setenta y dos horas más, pues tenía en la mano un paquete de visados para sacar un tren cargado de niños hacia Dinamarca.

Y llegó un tercer cable… y el cuarto.

Mientras el tren cargado de niños cruzaba la frontera danesa, Ari Ben Canaan escapó también de Alemania. Salía cuarenta y ocho horas antes que la Wehrmacht penetrase en Polonia dando comienzo a la Segunda Guerra Mundial.

Ari y Barak Ben Canaan regresaron a Palestina después de haber cumplido sus diferentes misiones. Ambos estaban agotados; los dos iban con el corazón destrozado por la desesperación.

En cuanto estalló la guerra, los dirigentes judíos no necesitaron más de diez minutos para anunciar que camino seguirían.

Ben Gurión encareció al Yishuv que se enrolase en el Ejército británico a fin de combatir contra el enemigo común.

También el Haganah se dirigió a sus miembros en parecidos términos, viendo que la guerra le brindaba una oportunidad para entrenarlos legalmente.

El general Haven-Hurst, comandante militar de Palestina, comunicó a la oficina de Guerra su disconformidad en lo tocante a admitir judíos en el Ejército.

—Si ahora les proporcionamos instrucción militar y les dejamos adquirir experiencia en el combate, será como escupir sobre nuestro propio rostro, porque, con toda seguridad, más tarde tendremos que luchar contra esos mismos judíos.

En el plazo de una semana a partir del momento en que estalló la guerra, ciento treinta mil hombres y mujeres —una cuarta parte de todo el Yishuv— había firmado en las oficinas del Yishuv Central presentándose voluntarios a engrosar el Ejército

británico.

Los árabes, en su mayoría, miraban a los alemanes como a sus «libertadores» y aguardaban su llegada.

Los británicos no podían ignorar el ofrecimiento del Yishuv. Tampoco podían ignorar la advertencia del general Haven-Hurst. La Oficina de Guerra decidió atenerse a un término medio, aceptando a los judíos palestinos, pero manteniéndolos alejados de los destinos en los frentes a fin de que no se entrenaran de verdad en el manejo de las armas ni adquiriesen experiencia en los combates. Los palestinos fueron destinados a unidades auxiliares, a los transportes y a los batallones de Ingenieros. El Yishuv Central protestó enojado contra aquella discriminación, pidiendo igualdad de oportunidades en la lucha contra los germanos.

El Yishuv había presentado un frente compacto, excepción hecha de los Macabeos, que formaban un grupo disidente. Avidan decidió tragarse el orgullo y, mediante una cadena de contactos secretos, solicitó una entrevista con Akiva.

Los dos hombres se encontraron en un sótano del «Restaurante Frankel», de la Avenida del Rey Jorge, de Jerusalén, lleno de pilas de botes de conserva y de botellas, que llegaban hasta la mitad de la altura de las paredes, e iluminado por una sola lámpara eléctrica.

Cuando entró Akiva, acompañado de otros dos Macabeos, Avidan no le tendió la mano. Hacía cinco años largos que no se habían visto. Al cabo de unos momentos, Avidan tomó la palabra:

—He venido, muy simplemente, para pedirle que dicte una tregua con los ingleses hasta que haya terminado la guerra.

Akiva se puso a refunfuñar. Luego escupió su desprecio por los ingleses y su Libro Blanco y su encono contra el Yishuv Central y el Haganah por no haber sabido luchar.

—Por favor, Akiva —le interrumpió Avidan, dominándose los nervios—. Comprendo perfectamente cuáles son sus sentimientos. Sé muy bien cuáles son las diferencias que nos separan a usted y a mí. Pero, a pesar de todo, Alemania es para nosotros un enemigo mucho mayor y significa una amenaza mucho más grande para nuestra existencia que los ingleses.

Akiva se volvió de espaldas a Avidan y se quedó entre las tinieblas, reflexionando. De pronto, dio media vuelta. Sus ojos brillaban como antiguamente.

—¡Ahora es el momento para conseguir que los ingleses revoquen el Libro Blanco! ¡Ahora, ahora mismo, hemos de proclamar nuestro Estado sobre ambas orillas del Jordán! ¡Ahora! ¡Es preciso herir a los malditos ingleses cuando ruedan por el suelo!

—¿Y el proclamar un Estado es tan importante para nosotros que tengamos que hacerlo a costa de contribuir a la victoria de los alemanes?

—¿Y cree usted que los británicos lo pensarán mucho antes de vendernos y traicionarnos de nuevo?

—Yo creo que no tenemos sino una alternativa: luchar contra Alemania.

Akiva se puso a caminar por el reducido espacio libre como un gato nervioso. Sus ojos se llenaron de lágrimas de rabia y sus labios de gruñidos y murmullos que se dirigían a sí mismo. Al final habló con voz baja y temblorosa:

—A pesar de que los ingleses bloqueen nuestra costa negando la entrada a personas sumidas en la desesperación…, a pesar de que hayan creado un *ghetto* dentro de su Ejército para nuestros muchachos…, a pesar de que, con su Libro Blanco, nos hayan vendido…, a pesar de que el Yishuv contribuye con toda su alma y todo su corazón al esfuerzo de guerra mientras los árabes aguardan como buitres dispuestos a lanzarse sobre la presa…, a pesar de todo esto, los ingleses son el menor de nuestros enemigos y hemos de luchar a su lado. Muy bien, Avidan…, los Macabeos decretarán una tregua.

Cuando los dos hombres se estrecharon, por fin, la mano, el aire estaba impregnado de la hostilidad de Akiva.

—¿Cómo está mi hermano? —preguntó el jefe de los Macabeos, humedeciéndose los labios.

—Barak ha regresado recientemente de unas conferencias en Londres.

—Sí…, conferencias…, es lo suyo. ¿Y Sarah y los niños?

—Puede usted enorgullecerse de Ari —afirmó Avidan, reforzando las palabras con un gesto.

—Ah, sí, Ari es un gran muchacho… un gran muchacho… ¿Y… cómo…, cómo… marcha Ein Or en la actualidad?

Avidan bajó los ojos.

—Ein Or y Shoshanna dan fe del cariño y los sudores de los hombres que los levantaron. —Avidan se volvió rápidamente encaminándose hacia la escalerilla de la trampa.

—*Sión será redimido por el juicio* —gritó Akiva desde las sombras del sótano— , *y la destrucción de los transgresores y de los pecadores tendrá lugar a un tiempo y los que se apartan de Dios serán consumidos*. ¡Llegará el día de saldarles las cuentas a los ingleses!

Ari había cambiado. Estaba melancólico a todas horas. Habría sido difícil decir con exactitud cuándo se había producido la transformación. Desde niño usaba armas… Había vivido los días de «la torre y la empalizada»… Ha Mishmar…, la Unidad de Asalto…, la cárcel de Acre… Los días de laborar en Berlín, con el corazón destrozado, por la Aliyah Bet… Y la muerte de Dafna… Ari vivía en Yad El, cultivaba la tierra y quería que le dejasen en paz. Apenas pronunciaba una palabra.

Incluso cuando estalló la guerra, Ari continuó en Yad El. La mayor parte de su

tiempo libre lo pasaba en Abu Yesha con Taha, su amigo de la infancia, que ahora era el muktar.

Un día, varios meses después de haber empezado la contienda, al regresar a casa encontró a Avidan en persona esperándole. Después de comer, Ari, Avidan y Barak se retiraron al saloncito para hablar.

—Supongo que sabes a lo que he venido —dijo Avidan.

—Me lo figuro.

—Permíteme que enfoque el asunto sin rodeos. Hay unas cuantas docenas de muchachos nuestros que creemos deberían colaborar. Los ingleses se han puesto en contacto con el Haganah media docena de veces preguntando por ti. Están dispuestos a darte los galones de oficial.

—No me interesan.

—Tienen gran necesidad de ti, Ari. Estoy seguro de que podríamos darte un destino (podrías pasar, por ejemplo, al Servicio de Información cerca de los árabes) en el que, al mismo tiempo, prestarías grandes servicios al Haganah.

—Eso está muy bien. Yo creía que me destinarían a trasladar basura, como han hecho con las demás tropas del Yishuv. Da gusto saber que soy uno de los judíos buenos.

—No me obligues a convertir la petición en una orden.

—Si lo hiciese usted quizá se llevaría una sorpresa.

Avidan, hombre de una disciplina de hierro, quedó pasmado. Ari Ben Canaan había sido el soldado más incondicional y más digno de confianza de todo el Haganah.

—Me alegro de que se haya planteado claramente el problema —dijo entonces Barak—. Desde su regreso de Berlín este muchacho se está consumiendo por dentro.

—Ari, me temo que tendré que insistir en mi petición.

—¿Para qué tengo que vestir el uniforme británico? ¿Para que luego puedan volver a encerrarme por haber empuñado armas en su servicio?

Barak levantó los brazos al cielo.

—Muy bien, padre… Si usted quiere las cosas claras, ahí va: Hace cinco años, tío Akiva tuvo el valor de señalar cuál era nuestro enemigo.

—¡No vuelvas a mencionar su nombre en esta casa! —rugió Barak.

—Ya era hora de que lo mencionase. De no ser porque no quise tomar partido contra usted, quizá me hubiese unido a los Macabeos.

—Pero, Ari —apresuróse a intervenir Avidan—, hasta Akiva y los Macabeos han decretado una tregua con los ingleses.

El joven se volvió de espaldas y se encaminó hacia la puerta.

—Estaré en casa de Taha jugando al chaquete. Si los alemanes invaden el país, avísenme.

El alud germano se extendía como un trueno por toda Europa.

Los ingleses sufrían un desastre tras otro. ¡Dunquerque! ¡Creta! ¡Grecia! Londres soportaba unos bombardeos despiadados.

Incluso mientras el Yishuv sumaba todas sus energías al esfuerzo bélico inglés tenía que verse despreciado, degradado por los británicos. En el corazón de todos los judíos, hasta en el de los más benévolos, quedó grabada a fuego una serie de acontecimientos horribles.

Un trágico buque fluvial del Danubio, de cincuenta pies de eslora, que llevaba el nombre de «Struma», presentóse un día en Estambul transportando ochocientos judíos desesperados que trataban de huir de Europa. El barco no estaba en buenas condiciones y sus pasajeros se encontraban en situación apuradísima. El Yishuv Central se dirigió a los ingleses, suplicando —suplicando literalmente— que le concediesen visados. Los ingleses se negaron. Es más, ejercieron presión diplomática sobre el Gobierno turco para que hiciera salir al «Struma» de Estambul. La policía turca subió al «Struma», lo remolcó hasta haber cruzado el Bósforo y lo dejó al garete en el Mar Negro, sin alimento, ni agua, ni combustible El «Struma» se hundió. Setecientos noventa y nueve seres humanos perecieron ahogados. Se salvó uno.

Dos destartalados barcos de vapor consiguieron llegar a Palestina con dos mil refugiados. Los ingleses ordenaron sin pérdida de tiempo que los pasajeros fuesen trasladados al «Patria», que los llevaría a San Mauricio, una isla del Éste de África. El «Patria» se hundió ante las costas de Palestina, a la vista de Haifa, y cientos de refugiados parecieron ahogados.

Así continuaron las cosas. Los ingleses seguían ateniéndose al Libro Blanco. ¡Era preciso calmar a los árabes!

La guerra continuaba muy desfavorable para los británicos. A finales de 1941, los judíos palestinos se habían introducido en unidades combatientes a pesar de las prohibiciones del general Haven-Hurst, pues los ingleses se encontraban en situación apurada y los árabes no les proporcionaban ningún soldado. Mientras los árabes permanecían muy tranquilos en sus casas, cincuenta mil hombres, la flor y nata de la judería, llevaban uniforme inglés.

Aplastada la Europa Occidental, las barcazas germanas esperaban en el Canal de la Mancha el momento de iniciar la invasión. ¡Inglaterra estaba de espaldas contra la pared! ¡Y aquél fue su momento de mayor gloria! Los alemanes, que habían vencido a los rusos y a los griegos y a los yugoslavos, se quedaron parados y retrocedieron al llegar la hora de la batalla definitiva con aquellos héroes pálidos y magros: los tenaces ingleses. Temían a los ingleses como no habían temido a ninguno.

Pero del mismo modo que Inglaterra había minado el Imperio otomano, así los

alemanes se preparaban para minar el Imperio británico. El potente Africa Korps de Rommel estaba asestando una serie de golpes que acabarían arrojando a los ingleses del Oriente Medio y abriendo un paso hacia el Oriente y la India.

Haj Amin el Husseini salió del Líbano en busca de pastos más verdes y aterrizó en Bagdad, capital del Irak, que nominalmente era un aliado de Inglaterra, aunque no pasase de serlo nominalmente y nada más. En Bagdad le recibieron como a un gran mártir del Islam. Y el Muftí correspondió preparando un golpe junto con una cuadrilla de oficiales del Ejército iraquí, dirigido a entregar la nación a los germanos. El complot fracasó. Sólo en el último momento acertaron a evitarlo los ingleses enviando a la Legión Árabe a dominar el país.

Haj Amin huyó de nuevo. Esta vez se fue a Alemania, donde Adolfo Hitler le saludó personalmente como a un hermano. Aquellos dos dementes podían utilizarse el uno al otro pensando cada uno en su propio provecho. El Muftí veía en los planes militares germanos una nueva oportunidad para erigirse en dueño de todos los países árabes. Hitler necesitaba al Muftí para poner de manifiesto cuán cálida y tierna amistad podía existir entre alemanes y árabes. En su calidad de agente nazi, el Muftí hablaba continuamente por radio, desde Berlín, dirigiéndose al mundo árabe. Lo que tenía que decir lo había dicho ya antes muchas, muchísimas veces.

«Oh, árabes, levantaos y vengad a vuestros mártires… Yo, Muftí de Palestina, declaro que esta guerra es una guerra contra el yugo de la tiranía británica… Sé cómo odiáis vosotros a los ingleses…, sé que estáis convencidos de que los ingleses y los judíos son enemigos del Islam y complotan contra los preceptos del Corán… Los judíos se apoderarían de nuestras sagradas instituciones islámicas…, incluso aseguran ahora que un templo suyo ocupa el emplazamiento de nuestra muy santa Mezquita de Omar y seguramente la profanarían como lo han probado ya en el pasado… Matad judíos en todas partes donde los encontréis, pues esto agrada a Dios, a la Historia y a la Religión. Esto lava vuestro honor… Dios está con vosotros… ¡Muera Judea!».

Mientras el Muftí hablaba, el mundo árabe parecía beber sus palabras.

Siria y el Líbano estaban en manos de la Francia de Vichy, y el material alemán entraba en ellos como una inundación preparando el camino para la invasión de Palestina y Egipto.

El jefe del Estado Mayor egipcio vendía secretos militares a los alemanes. El rey Faruk de Egipto se negaba a facilitar ni un solo soldado a los británicos para defender el suelo de su país de la invasión alemana. En Irak se incubaban nuevos complots.

El único amigo declarado de los aliados era el viejo déspota Ibn Saud, que se había dejado comprar por los dólares americanos. Pero Ibn Saud no ofreció ni un solo camello al Octavo Ejército inglés, que estaba luchando ya por salvar su propia existencia.

En todo el Oriente Medio, las naciones aliadas no contaban sino con un verdadero

amigo combatiente: ¡El Yishuv!

Rommel, orondo por la victoria de Libia, se había detenido un momento, preparándose para romper el frente y penetrar en Alejandría, donde ya preparaban banderas alemanas para dar la bienvenida a los «libertadores».

En el frente ruso, ¡la Wehrmacht estaba ante las puertas de Stalingrado!

Aquélla fue la hora más tenebrosa para los aliados.

El objetivo primordial de los germanos era el Canal de Suez, Egipto y Palestina: el plexo solar del Imperio Británico. Si lograban romper el frente de Stalingrado, se formaría la otra rama de un movimiento en tenaza; la rama que cruzaría los Montes del Cáucaso y abriría las puertas de la India y el Oriente.

Al final, los ingleses recurrieron al Yishuv Central solicitando que los judíos formasen unidades de guerrilleros a fin de cubrir la retirada británica y hostigar a las fuerzas germanas de ocupación. Aquella fuerza guerrillera se llamó el Palmach. Más tarde se convirtió en el brazo ejecutivo del Haganah.

Una noche, mientras estaban sentados esperando la cena, Ari Ben Canaan anunció, con tranquilo acento:

—Hoy me he alistado en el Ejército británico.

Al día siguiente, Ari se presentó en el *kibbutz* Beth Alonim, la Casa de los Robles, donde muchos jóvenes de toda Palestina se habían reunido para formar el Palmach.

## CAPÍTULO XVIII

El *kibbutz* Beth Alonim estaba al pie del Monte Tabor, en el centro del Valle de Jezrael. Ari recibió en seguida los galones de oficial y quedó encargado de dirigir las operaciones de las unidades guerrilleras, compuestas de muchachos y muchachas la mayoría de los cuales no habían pasado de la adolescencia. La mayor parte de los oficiales eran «veteranos» que, como Ari, tenían poco más o poco menos de los veinticinco años.

Muchos de los que habían pertenecido a la Unidad de Asalto entraron en el Palmach para adiestrar a los más jóvenes en los métodos de lucha del mayor P. P. Malcolm.

Las tropas no llevaban uniforme, no existía jerarquía inferior a la de oficial y se trataba del mismo modo a las muchachas que a los muchachos. A todos se les daba la instrucción militar con el mismo sentido de destino bíblico que Malcolm había inculcado en sus combatientes.

Dos de aquellos soldados mostraron tal aptitud y tales dotes para el mando que se les destinó a mandar unidades bajo las órdenes directas de Ari. Uno de ellos era un fornido *kibbutznik*[11] de Galilea. Se llamaba Zev Gilboa y llevaba un gran bigote negro, que luego pasó a ser el distintivo de todo *palmachnik*[12] varón. El otro era un joven vehemente, un estudiante de Jerusalén que se llamaba David Ben Ami. Ni David ni Zev habían cumplido todavía los veinte años.

Un día, el general Haven-Hurst les hizo una visita. Haven-Hurst era un hombre rubio, alto y delgado que tendría poco más de los cincuenta años. Mientras inspeccionaba el campamento notó perfectamente la frialdad con que aquellos muchachos acogían su presencia. Después de la inspección, ordenó que Ari fuese al cuarto de banderas del campamento.

Cuando Ari entró en la oficina, el muchacho judío y el general inglés se saludaron con una ligera inclinación de cabeza, sin que ninguno de los dos se tomase la molestia de disimular el desagrado que le inspiraba el otro.

—Siéntese, subteniente Ben Canaan —dijo Haven-Hurst—. Debo felicitarle por el trabajo que ha realizado con esas tropas del Palmach.

—Gracias, señor.

—Es el caso que estuve estudiando su ficha… o su historial, si prefiere que lo digamos así. Ha sido usted un hombre muy ocupado.

—Las condiciones del medio en que he vivido y las desdichadas circunstancias de mi nacimiento lo dispusieron así —replicó Ari—. En el fondo de mi corazón, soy un labrador.

Haven-Hurst encajó la reprimenda, permaneciendo exteriormente impasible.

—El objetivo principal que me ha traído hoy a Beth Alonim ha sido el de pedirle

que se ofrezca voluntariamente para una misión particular que le encomendaríamos. Ya sé que usted se alistó con la condición expresa de que se dedicaría a dar instrucción militar a las tropas del Palmach, pero consideramos la tarea a que me refería lo bastante importante para alterar el programa primitivo.

—Soy un soldado del Ejército británico, general Haven-Hurst. Aceptaré cualquier misión que se me confíe.

—Bien. He aquí brevemente en qué consistiría la misma. Los alemanes han realizado en Siria grandes preparativos. Tenemos la sensación de que quizá intenten invadir Palestina esta primavera próxima.

El general hizo una pausa. Ari asintió.

—Nosotros no estamos en guerra con la Francia de Vichy, por lo cual no podemos invadir Siria, pero tenemos suficientes fuerzas de los Franceses Libres para llevar a cabo la empresa, con tal de que dispongamos de un servicio de información impecable. Le hemos elegido a usted para esta misión porque conoce bien Siria y el Líbano, desde los días de Ha Mishmar y también por su dominio del idioma árabe. Queremos que reúna los muchachos que estuvieron en Ha Mishmar con usted y que vuelvan allá para utilizar aquello como base de reconocimientos. Cuando empiece la invasión les asignaremos, además, misiones especiales. El aceptar este encargo significa para usted el ascenso a capitán.

—Veo un problema, señor.

—¿Cuál?

—Los ingleses metieron en la cárcel a un gran número de mis camaradas de Ha Mishmar.

La cara de Haven-Hurst se puso de color carmesí.

—Dispondremos que queden en libertad.

—De acuerdo, señor. Otra cosa todavía, señor. Tengo aquí dos soldados excepcionales. Me gustaría llevármelos conmigo a Ha Mishmar y que pasasen a formar parte del Ejército británico.

—Muy bien —aceptó el general—, lléveselos con usted.

Ari se encaminó hacia la puerta.

—Una invasión de Siria en este momento será un gran acierto estratégico, señor —dijo desde allí—. Le dará espacio sobrado al Ejército británico para retroceder hacia la India.

Haven-Hurst clavó la mirada en el judío.

—Supongo innecesario recordar, Ben Canaan, que algún día usted y yo estaremos en distinto lado de la barricada.

—Estamos ya, señor.

Ari abandonó Beth Alonim acompañado de Zev Gilboa y de David Ben Ami como sargentos suyos y se marchó a Ha Mishmar, en la cima del monte que tan

amargos recuerdos guardaba para él. Allí se reunieron cincuenta miembros del grupo primitivo del Haganah; algunos venidos de diversas partes del mundo, donde estaban sirviendo en las filas inglesas.

Utilizando Ha Mishmar como cuartel general, las patrullas de Ari extendían su radio de acción hasta Damasco. Era preciso tener una cautela extremada, puesto que la invasión había de ser una sorpresa completa. El método básico de Ari era muy sencillo. La mayoría de sus compañeros hablaban perfectamente el árabe y estaban familiarizados con el terreno. En consecuencia, los enviaba de día, vestidos de árabes y ellos se limitaban a recorrer los caminos, reuniendo datos y noticias. Aunque semejante servicio de información se demostró intachable, Ari quería penetrar en el interior de Damasco y de Beirut. Ésta era ya una empresa más peliaguda y Ari consideraba que debía realizarla un hombre solo. El elegido había de saber moverse con toda desenvoltura, sin suscitar la menor sospecha. Ari se puso en contacto con el Haganah y le enviaron un muchacho de diecisiete años llamado Joab Yarkoni.

Yarkoni era un judío marroquí nacido en Casablanca y, ciertamente, podía hacerse pasar por árabe en cualquier parte. Era menudo, tenía unos ojos centelleantes, negros y grandes como platillos de café y un sentido del humor inagotable.

En Casablanca, él y su familia habían vivido en una *mellah*, la versión oriental y africana del *ghetto*. Los judíos orientales y africanos tenían poco en común, culturalmente, con sus congéneres de Rusia o de Alemania. La mayoría descendían de antepasados que habían huido de la Inquisición española. Muchos llevaban todavía apellidos españoles.

En algunos países árabes, los judíos eran tratados con cierta dosis de equidad, casi como a iguales. Claro que ningún judío podía ser completamente igual que un musulmán. Un millar de años atrás, cuando el Islam inundó el mundo, los judíos se contaron entre los ciudadanos árabes que disfrutaban de mayores consideraciones. Eran los médicos de la corte, los filósofos, los artesanos… la cumbre de la sociedad árabe. Con la decadencia del mundo árabe, consiguiente a las guerras contra los mongoles, la decadencia de los judíos fue todavía peor.

Judíos los había en Bagdad, en El Cairo, en Damasco, en Fez, en Kurdistán, en Casablanca, por toda la costa de África y hasta muy al interior de los países del Oriente Medio.

En lo tocante a matar judíos, los musulmanes jamás llegaron a los extremos de los cristianos. Los disturbios de los árabes quedaban siempre contenidos dentro de límites razonables: unas pocas docenas de asesinatos cada vez.

Joab Yarkoni y su familia habían huido de la mellah de Casablanca cuando él era todavía muy joven. Su familia se estableció en un *kibbutz* de Samaria que lindaba con el mar. Dicho *kibbutz* estaba en Cesarea y se llamaba Sdot Yam, Campos del Mar. Eran numerosos los barcos ilegales que anclaban en las playas cercanas a Cesarea, y

allí fue donde Joab empezó a trabajar para la Aliyah Bet como introductor de armas, cuando no contaba sino doce años de edad.

A los quince se asignó él mismo una misión audaz que extendió su fama por todo el Yishuv. Partiendo de Sdot Yam, hizo el viaje con un borriquillo hasta Bagdad, donde robó algunos retoños de las preciosas palmeras datileras iraquíes y los introdujo secretamente en Palestina. Aquellos retoños fueron a parar al *kibbutz* Shoshanna, sobre el Mar de Galilea, y dieron origen a una cosecha de exportación completamente nueva para el Yishuv.

El trabajo que Ari le encomendaba le resultaba fácil al joven Joab, el cual se fue andando hasta Damasco, de allí a Beirut, de esta segunda ciudad a Tiro y de Tiro regresó a Ha Mishmar en sólo tres semanas. Sus informes confirmaron todo lo que ya sabían, amén de que sirvieron para conocer casi con toda exactitud el número de hombres que tenía Vichy en aquel sector.

Las fuerzas francesas libres entraron calladamente en Palestina, subieron hacia Galilea y se desplegaron para la invasión.

Los cincuenta hombres de Ari recibieron el refuerzo de un grupo escogido de cuarenta australianos, expertos en minas, en armas automáticas y en explosivos.

Esa fuerza de noventa hombres se dividió en tres unidades de treinta cada una. Y a cada una de estas tres unidades se le asignó la misión de penetrar en el Líbano y en Siria antes que las fuerzas invasoras y dominar las carreteras y los puentes principales, a fin de evitar un contraataque, hasta que el grueso de las fuerzas hubiera llegado allí.

Al grupo de Ari le encomendaron la misión más peligrosa. Ari tenía que conducir a sus treinta hombres por la costa libanesa hasta las proximidades de una guarnición de soldados de Vichy e impedir a éstos que ocupasen media docena de montes de importancia vital porque desde ellos habrían podido interrumpir el avance de los franceses libres. Ari se llevó con él a Joab, a Zev y a David. El resto de su fuerza lo constituían otros dieciséis judíos y diez australianos.

Su unidad emprendió la marcha veinticuatro horas antes de la invasión, avanzando por la orilla del mar con toda facilidad, pues conocían el camino pulgada a pulgada, y dejando atrás uno tras otro los seis puentes de importancia vital.

A tres millas de la guarnición de franceses de Vichy de Fort Henried, en un puerto de montaña, se detuvieron, minaron las carreteras, plantaron las ametralladoras y esperaron hasta que las fuerzas invasoras llegasen hasta ellos.

Como suele ocurrir muy a menudo en las batallas de mucho volumen, se cometió un error. Cómo, por qué y quién lo haya cometido, importa poco cuando ya está hecho y no tiene remedio. El brazo oriental de la fuerza invasora cruzó de Transjordania a Siria doce horas antes de la señalada. Al avanzar hacia Damasco, dio al traste con el secreto de toda la operación.

Para Ari, aquello representaba tener que sostenerse en el puerto de la montaña doce horas más, aparte de las tres o cuatro que en principio se creyó necesarias para que el grueso del ejército atacante llegase hasta su posición.

Al cabo de pocas horas de haber advertido el movimiento del brazo de ejército que se había precipitado, los de Vichy habían reunido ya en Fort Henried dos batallones con tanques y artillería.

En seguida que los vio venir, Ari comprendió que algo había salido mal y despachó inmediatamente a David y a Zev hacia Palestina en busca de refuerzos.

Las tropas de Vichy que se metieron ciegamente dentro del paso montañoso quedaron pulverizadas por las explosiones de las minas y el fuego cruzado que recibían de ambos lados del monte. Después de retroceder se reunieron de nuevo y atacaron el puerto con fuego de artillería.

Seis horas transcurrieron aún hasta que regresaron David y Zev con un batallón de franceses libres.

Todos los puentes seguían intactos. El adversario no había podido pasar. En el puerto montañoso yacían cuatrocientos soldados de Vichy que habían encontrado la muerte tratando de abrir brecha en la posición de Ari.

De las fuerzas de éste, sólo cinco hombres quedaban con vida cuando llegaron los refuerzos. Él mismo estaba a las puertas de la muerte. Tenía la espalda cosida de metralla, dos balas alojadas en el cuerpo y la pierna y la nariz rotas.

Los franceses libres siguieron adelante a completar la ocupación de Siria.

Para Ari Ben Canaan, la guerra había terminado. Lo llevaron a Palestina, donde se restablecía con gran lentitud. Los ingleses lo ascendieron a mayor y le condecoraron por la heroica defensa del puerto montañoso.

Ari había aportado su contribución a la victoria aliada. Lo mismo había hecho el Yishuv entero.

Miembros del Yishuv formaban parte de las escuadrillas suicidas que tanto colaboraron en la conquista de Tobruk y Bardia. Más tarde, un batallón de palestinos estuvo en la épica defensa de Tobruk.

Los judíos lucharon en Italia, y en Grecia, y en Creta, y en los Países Bajos. En la Royal Air Force sumaban miles. Ellos formaron la patrulla «de la muerte» que recorría la costa del Mediterráneo. La guardia interior evitó que los árabes se apoderasen de Palestina. Lucharon en el desierto tomando parte en la captura de Sidi Barrani, Sollum y Fort Capuzzo.

Varias unidades suicidas judías fueron escogidas por su valor en las campañas de Eritrea y Etiopía. Tres mil miembros del Yishuv se unieron a las Fuerzas Libres de Checoslovaquia, Holanda, Francia… y hasta de Polonia. Una fuerza suicida de judíos fue a destruir la refinería de petróleo de Trípoli… y todos sus miembros perecieron. Los ingleses utilizaban a los judíos para misiones especiales de espionaje. Los judíos

alemanes se ponían uniformes germanos y se introducían a trabajar en el mismo cuartel general de Rommel. Soldados judíos guardaban los campos petrolíferos de Mosul contra los continuos ataques de los árabes, empeñados en interrumpir la producción.

Cuando los ingleses necesitaron espías en los Balcanes, recurrieron a los judíos, entrenándolos como paracaidistas. Los ingleses se decían que todo judío encontraría el apoyo de todos los demás judíos que hubiera en el país sobre el que le dejaran caer. Muchos fueron los que saltaron de los aviones; pocos los que regresaron. Una muchacha, Hanna Senesh, del *kibbutz* de Joab Yarkoni, descendió en Hungría y fue capturada. Y murió mártir sin revelar ni una palabra, a pesar de verse sometida a los más crueles tormentos ideados por los nazis.

El Yishuv se cubrió de gloria. Pero al igual que en la Primera Guerra Mundial, los ingleses glorificaron exageradamente la rebelión de los árabes, en la Segunda procuraron esconder la contribución aportada por el Yishuv. Ningún otro país había participado tan intensamente en la guerra. Mas, el Gobierno inglés no quería que los judíos pudieran apoyarse en estos méritos para insistir luego en sus aspiraciones nacionales. Whitehall y Chatham House hicieron de las gestas de los judíos uno de los secretos de guerra mejor guardados.

Rommel no llegó jamás a Alejandría; los germanos no rompieron las defensas de Stalingrado.

Cuando la marea se volvió en favor de los ingleses, los árabes dejaron de aguardar que los alemanes fuesen a liberarlos, y se apresuraron a «declarar la guerra» a Alemania. El propósito principal de semejante declaración era el de tener voto luego en las conferencias de la paz, cerrando el paso a los sionistas, que no tenían voto ninguno sino únicamente la sangre de sus hijos como prueba de su actuación.

A pesar de la magnífica contribución guerrera de los judíos, los británicos no revocaron el Libro Blanco. No lo revocaron, a pesar de la traición de los árabes y de que jamás hubieran ni levantado un dedo tan siquiera para colaborar a la consecución de la victoria. Ni aun la tétrica noticia del asesinato de seis millones de judíos logró inducir a los ingleses a darles entrada en Palestina.

El Haganah hervía de inquietud. Sus filas estaban pobladas de soldados experimentados. ¡Pero fueron los Macabeos quienes pusieron fin a la tregua! Una serie de estallidos de bombas terroristas estremeció toda Palestina de un extremo a otro y obligó nuevamente a los ingleses a encerrarse dentro de los fuertes de la línea Taggart. Los Macabeos, que ahora sumaban varios miles, destruían una instalación británica tras otra.

El general Haven-Hurst emprendió su persecución. Con rapidez sorprendente, cogió en la trampa a varios centenares de los más destacados y los deportó al Sudán. Pero los guerreros vengadores de Akiva no se arredraban.

Haven-Hurst ordenó que a los Macabeos que cogiesen los azotasen. Los Macabeos replicaron cogiendo soldados ingleses y azotándoles en público.

Algunos Macabeos murieron en la horca. Sus compañeros capturaron soldados ingleses y los colgaron. Una docena de balas y de granadas de los Macabeos hicieron blanco en una docena de oficiales de los que más alardeaban de antisemitismo.

A su vez, los árabes replicaban contra los Macabeos perpetrando violentos y alevosos asesinatos. Tierra Santa se hundía bajo el terror.

El Gobierno yugoslavo había puesto a Haj Amin el Husseini en su lista de criminales de guerra. Haj Amin se había declarado jefe espiritual de los musulmanes yugoslavos que luchaban en el Ejército germano. En Francia le detuvieron. Pero los ingleses querían tenerlo vivo y dispuesto a mover conflictos cuando a ellos les conviniera; en consecuencia, le ayudaron a escapar a Egipto, donde fue recibido como un héroe de los musulmanes. En Palestina, su sobrino Jemal tenía en la mano las riendas de la comunidad árabe.

Una nueva fase de la historia colocaba a los Estados Unidos en primer plano como nuevo poder en el Oriente Medio. Por otra parte, dado que muchas comunidades judías europeas habían sido suprimidas, por un sencillo proceso de eliminación, los judíos y otras personalidades de los Estados Unidos se habían convertido de pronto en los dirigentes del movimiento sionista mundial.

Con el auge de los americanos, los ingleses propusieron que se realizase una investigación conjunta anglo-americana acerca de la situación en Palestina. El comité conjunto procedió a otro examen exhaustivo de los árabes y del Yishuv. Sus componentes visitaron los campos de deportados de Europa. Y llegaron a la única conclusión humana posible: «HAY QUE DAR ENTRADA INMEDIATA EN PALESTINA A CIEN MIL JUDÍOS».

Los ingleses se echaron atrás.

¡Sólo tomarían en cuenta la recomendación si los judíos disolvían inmediatamente el Haganah y el Palmach! ¡Absurdo! Los ingleses encontraron una docena más de motivos para no seguir las recomendaciones de la comisión.

Por su parte, los árabes estaban tan implacables como los Macabeos. Por todo el mundo árabe menudeaban los alborotos y las protestas contra la comisión anglo-americana.

Al fin, el Yishuv Central terminó la paciencia y envió al Haganah y al Palmach a realizar una serie de devastadoras incursiones contra las posiciones británicas.

Entonces los ingleses situaron en Palestina a decenas de miles de soldados de primera línea, convirtiendo el país en un Estado policía. Y en una redada colosal, detuvieron a varios centenares de dirigentes destacados del Yishuv y los encerraron en la cárcel de Latrún.

En un contragolpe magistral, el Haganah voló todos los puentes fronterizos, tanto

de dentro como de fuera de Palestina, en una sola noche.

La Aliyah Bet ponía en un aprieto cada vez mayor el bloqueo inglés.

Finalmente, el ministro británico de Asuntos Exteriores estalló en una soflama antijudía y proclamó que la inmigración quedaba interrumpida definitiva y completamente.

La respuesta se la dieron los Macabeos. Los británicos tenían el cuartel general en el ala derecha del Hotel Rey David, de Jerusalén. Este hotel estaba en la ciudad nueva; su parte posterior y sus jardines miraban a la muralla de la ciudad vieja. Una docena de Macabeos, vestidos de árabe, introdujeron varias docenas de enormes bidones de leche en los sótanos del hotel y los colocaron debajo del ala derecha, debajo del cuartel general inglés. Aquellos bidones estaban llenos de dinamita. Los Macabeos colocaron los aparatos de relojería, despejaron el sector y telefonearon a los ingleses advirtiéndoles que abandonasen el edificio. Los ingleses se burlaron de tal posibilidad. ¡Bah! Esta vez los Macabeos les gastaban una broma. ¡No se atreverían a atacar el cuartel general británico!

A los pocos minutos se produjo una explosión que se oyó por todo lo ancho de Palestina. ¡El ala derecha del Hotel Rey David voló hecha migajas!

## CAPÍTULO XIX

Los técnicos declararon que el «Exodo» estaba reparado y a punto para emprender el viaje hacia Palestina.

Ari señaló como fecha de partida la mañana siguiente a la reunión del Chanukah, para la cual la gerencia del Hotel Dome había destinado la terraza del mismo.

Había cubiertos para trescientos comensales. La pequeña comunidad judía de Chipre y la tripulación del «Exodo» se sentaban alrededor de una larga mesa, en la presidencia. Hubo un gran estallido de regocijo al entrar corriendo los chiquillos a la terraza vestidos con trajes nuevos y recibiendo un diluvio de regalos de los habitantes de Chipre y de los soldados de la guarnición. Cada uno de los chicos se quedó un regalo para sí, y destinó el resto para los que continuaban en el campo de detención de Caraolos. Las mesas rebosaban de comida, y los muchachos daban gritos de regocijo. La terrible prueba de la huelga del hambre pertenecía al pasado; mientras duró soportaron su carga como personas mayores, y justo era que ahora pudiesen comportarse como chiquillos, sin reserva de ninguna clase. Alrededor de la terraza, docenas de griegos llenos de curiosidad y numerosos soldados británicos contemplaban la fiesta.

Karen, que buscaba ansiosamente a Kitty, saltó de contento cuando la vio a cierta distancia junto a la barandilla, en compañía de Mark Parker.

—Venga, Kitty —la llamó—. Aquí hay sitio para usted.

—La fiesta se da en vuestro honor —respondió la enfermera—. Yo me contentaré mirando.

Cuando todos hubieron abierto su respectivo regalo, David Ben Ami se puso en pie en la cabecera de la mesa presidencial. La terraza quedó en silencio. Sólo se oía detrás de él, el susurro incesante del mar formando como un acompañamiento de fondo a sus palabras.

—Esta noche celebraremos el primer día de Chanukah —empezó diciendo David —. Celebramos esta fiesta en honor de Judas Macabeo, de sus valientes hermanos y de su cuadrilla de fieles seguidores que bajaron de los montes de Judea a combatir contra los griegos, que esclavizaban a nuestro pueblo.

Unos cuantos chicos aplaudieron.

—Judas Macabeo dirigía un pequeño grupo de hombres y no tenían verdadero derecho a luchar contra un enemigo tan numeroso y poderoso como los griegos, que dominaban entonces el mundo entero. Pero Judas Macabeo tenía fe. Creía firmemente que el Dios único y verdadero le enseñaría el camino. Judas era un guerrero formidable. Una y otra vez, engañó a los griegos; sus hombres fueron unos combatientes incomparables porque en su corazón anidaba la fe de Dios. Los Macabeos entraron al asalto en Jerusalén, se apoderaron de la ciudad y expulsaron de

Asia Menor a los griegos que dominaban aquel pedazo del mundo.

Aquí se levantó una salva de aplausos ensordecedores.

—Judas entró en el templo y sus guerreros destruyeron el ídolo de Zeus y dedicaron nuevamente el Templo al Dios único y verdadero. El mismo Dios que nos ha ayudado en nuestra batalla contra los ingleses…

Mientras David proseguía, relatando la historia del renacer de la nación judía, Kitty Fremont escuchaba atentamente. Sus ojos se dirigieron hacia Karen, hacia Dov Landau…, luego miró a Mark y en seguida los fijó en el suelo. Después notó la presencia de alguien que se había puesto a su lado. Era el brigadier Bruce Sutherland.

—Esta noche encenderemos la primera vela del Menorah. Cada noche encenderemos otra, hasta que sumen ocho. Damos el nombre de Chanukah a la fiesta de las luces.

David Ben Ami encendió la vela, y los niños estallaron en un coro de «¡Oh!» y «¡Ah!».

—Mañana encenderemos la segunda en alta mar, y pasado mañana encenderemos la tercera en Eretz Israel.

Al llegar aquí, David se cubrió con un gorrito y abrió la Biblia.

*«Él no consentirá que nadie mueva tu pie; Aquél que ha velado por ti, no se dormirá».*

Los ojos de Kitty fueron a posarse en la presidencia de la mesa, parándose en cada uno de sus ocupantes: Zev Gilboa, el labrador de Galilea; Joab Yarkoni, el judío marroquí; David Ben Ami, el estudioso de Jerusalén. En Ari Ben Canaan se detuvieron un momento más. Ahora que tenía ocasión de descansar de la ordalía pasada, los ojos de Ari aparecían hundidos por la fatiga. David dejó la Biblia sobre la mesa y siguió recitando de memoria.

«¡*Mirad*! —exclamó—. ¡*Aquél que veló por Israel no se dormirá ni dormitará jamás*!».

Un escalofrío recorrió todo el ser de Kitty Fremont. Sus ojos permanecían fijos en el fatigado rostro de Ari Ben Canaan. «*Míralo…, el que ha velado por Israel no se dormirá ni dormitará jamás*».

Los ancianos motores del «Exodo» roncaban. El viejo barco se deslizaba hacia el centro del puerto y enfilaba hacia el mar libre, rumbo a Palestina.

Al alba del segundo día divisaron la tierra todos a la vez.

—¡Palestina!

—¡Eretz Israel!

Un estallido histérico de risas, de llantos, de canciones salió de las gargantas de los muchachos.

El «Exodo» entró jadeando en el puerto de Haifa entre una algarabía de sirenas y silbatos que le daban la bienvenida. El saludo se extendió desde Haifa a las

poblaciones vecinas y a los *kibbutzim* y a los *moshavim* hasta llegar a Jerusalén, al edificio del Yishuv Central; y desde allí retornó hasta Haifa.

Veinticinco mil judíos se habían concentrado en los muelles de Haifa para vitorear al desmedrado remolcador. La Orquesta Filarmónica Palestina interpretaba el himno judío: «Hatikvah», la Esperanza.

Grandes lágrimas corrían por las mejillas de Karen Hansen Clement al levantar la vista para mirar a Kitty.

¡El «Exodo» había llegado a la Patria!

# LIBRO TERCERO

## *OJO POR OJO…*

*… tú tendrás que pagar vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura.*

*La palabra de Dios según fue dada a Moisés en el Éxodo*

# CAPÍTULO PRIMERO

Una hilera de autobuses de la cooperativa palestina, llamada «Compañía Egged», esperaba en los muelles a los chiquillos. La solemnidad oficial fue breve y rápida. Los niños subieron a los ómnibus y salieron a toda prisa del sector de los muelles, escoltados por coches blindados británicos. Mientras se perdían de vista, la banda interpretaba himnos y la multitud prorrumpía en vítores.

Karen había abierto la ventanilla y había gritado algo a Kitty; pero con tanto ruido, ésta no la oyó. Los ómnibus desaparecieron y la multitud se dispersó. Quince minutos después, los muelles estaban desiertos, excepto por un grupo de estibadores y unos cuantos soldados ingleses que se hallaban de guardia.

Kitty seguía inmóvil junto a la barandilla del «Exodo», paralizada por la sensación de extranjería que la había invadido de súbito. Le resultaba difícil darse cuenta de donde se encontraba. Fijó la mirada en Haifa. Era una ciudad hermosa, con esa belleza especial de las poblaciones edificadas sobre un monte y junto a una bahía. Cerca de la orilla había el sector árabe con sus continuos apiñamientos de edificios. El sector judío se extendía por toda la ladera, alargada como un enorme dedo, de Monte Carmelo. Kitty volvió la vista hacia la izquierda, poco más allá del núcleo urbano y vio la mole futurista de las edificaciones que servían para almacenar y destilar el petróleo de la inmensa refinería de Haifa, estación terminal de las conducciones que venían de los campos de Mosul. En un muelle cercano divisó una docena de destrozados y míseros barcuchos de la Aliyah Bet que, como el «Exodo», habían conseguido llegar a Palestina.

Zev, David y Joab interrumpieron sus pensamientos al decirle adiós y darle las gracias y expresar su esperanza de que volverían a verla. Luego también ellos desaparecieron y Kitty se quedó sola.

—Bonita ciudad, ¿verdad que sí?

Kitty se volvió. Ari Ben Canaan había estado de pie a su espalda.

—Siempre hacemos entrar a nuestros huéspedes en Palestina por Haifa. Así reciben una primera impresión favorable.

—¿A dónde llevan a los pequeños? —preguntó ella.

—Los distribuirán entre una docena de centros de la Aliyah Juvenil. Algunos de estos centros están en algún *kibbutz*. Otros centros forman poblaciones propias. Dentro de pocos días podré decirle dónde está Karen.

—Se lo agradeceré.

—¿Qué planes tiene, Kitty?

Ella soltó una carcajada sardónica.

—Es lo que me estaba preguntando yo en este mismo momento; junto con otra docena de cosas. Soy una extranjera en esta ciudad, míster Ben Canaan, y por el

instante me siento un tanto desorientada, preguntándome cómo he llegado aquí. Bah, la excelente enfermera Fremont tiene una profesión valiosa en la que siempre falta personal. En algún sitio encontraré colocación.

—¿Por qué no permite que la ayude a situarse?

—Me figuro que estará bastante ocupado. Siempre he sido capaz de desenvolverme.

—Óigame, ahora. Creo que la Aliyah Juvenil le proporcionaría un empleo ideal. La jefe de la organización es una íntima amiga mía. Le prepararé una entrevista con ella en Jerusalén.

—Se lo agradezco en extremo, pero no quisiera molestar.

—Tonterías. No es molestia… Si puede usted soportar mi compañía por unos días, será un placer para mí llevarla luego a Jerusalén. Debo ir primero a Tel Aviv, pero ello no es inconveniente…, así tendré oportunidad de fijar la entrevista.

—No quisiera que se creyese usted obligado a hacer todo esto por mí.

—Será para mí un gran placer hacerlo —aseguró Ari.

Kitty hubiera exhalado de buena gana un suspiro de alivio. El encontrarse sola en un país extraño la ponía nerviosa de veras. Con una franca sonrisa dio las gracias a su acompañante.

—Bien —dijo éste—. El toque de queda que impera en las carreteras nos obligará a pasar esta noche en Haifa. Ponga en un bolso todo lo que necesite para unos cuantos días. Si lleva demasiadas cosas, los ingleses le registrarán las maletas cada cinco minutos. Yo me encargaré de sellar el resto de su equipaje y de hacerlo depositar en la aduana.

Terminadas las formalidades en la aduana, Ari pidió un taxi y ordenó al chofer que los llevase a Monte Carmelo, al sector judío de la ciudad, que se extendía por las alturas de la ladera del monte. Pararon cerca de la cima en una pequeña pensión situada dentro de un bosquecillo de pinos.

—Será mejor que nos alojemos aquí. Conozco a demasiada gente y si nos quedáramos en el centro de la ciudad no me dejarían tranquilo ni un minuto. Ahora descanse un poco. Yo bajaré al llano y me haré con un automóvil. Estaré de regreso para la comida.

Aquella tarde, Ari llevó a Kitty a un restaurante de la cumbre misma del Carmelo, desde el cual se dominaba todo el sector. El panorama que se divisaba abajo le dejaba a uno fascinado. Toda la ladera estaba poblada del verdor del arbolado, de las casas particulares de piedra parda semiescondidas entre el mismo y de grandes casas de vecinos, unas y otras construidas según el estilo árabe cuadrangular. Desde aquella altura la imponente refinería de petróleo no parecía sino un mero punto. A medida que oscurecía encendióse ladera abajo, por la serpenteante carretera que descendía de Har Hacarmel hasta el sector árabe, a la orilla del mar, una áurea cuerda de luces.

Kitty rebosaba de entusiasmo y de gozo por las súbitas muestras de atención de Ari. La sorprendía comprobar el aire moderno de la parte judía de Haifa. ¡Caramba, lo era mucho más que Atenas o Salónica! La sensación de encontrarse en tierra extraña desapareció en buena parte cuando el camarero que les servía se dirigió a ella en inglés y media docena de conocidos de Ari se pararon sucesivamente en su mesa a saludarles.

Mientras tomaban unas copitas de coñac, después de la comida, Kitty se quedó muy seria, contemplando el panorama que se abría a sus pies.

—¿Todavía se pregunta qué hace aquí?

—Bastante. No parece una cosa real.

—Pronto descubrirá usted que somos personas muy civilizadas y que hasta yo sé mostrarme perfectamente cortés… a ratos. Ya sabe, todavía no le he dado las gracias del modo que debía.

—No es preciso que me las dé de palabra. Me las está dando de otro modo muy agradable. Sólo recuerdo otro sitio tan precioso como éste.

—¿No será San Francisco?

—¿Ha estado allí, Ari?

—No. Pero todos los americanos dicen que Haifa les recuerda San Francisco.

Había oscurecido por completo; toda la ladera de Monte Carmelo centelleaba de luces. Una orquestina interpretaba música ligera de sobremesa. Ari sirvió otra copita a Kitty, y brindaron haciendo tintinear las copas.

La música cesó de pronto. Todas las conversaciones se interrumpieron.

Un camión cargado de soldados británicos se paró delante del restaurante. Con una celeridad pasmosa, los militares saltaron al suelo y el establecimiento quedó acordonado. Seis soldados dirigidos por un capitán entraron y pasearon la mirada por el comedor. Luego cruzaron por entre las mesas, parándose en algunas para pedir la documentación a sus ocupantes.

—Esto no es sino una maniobra formularia —susurró Ari—. Pronto se habituará usted a ello.

El capitán que mandaba el destacamento fijó la mirada en la mesa de Ari y luego fue hacia allá.

—¡Caramba, si es Ari Ben Canaan! —dijo con acento sarcástico—. Hace tiempo que no tenemos su retrato en el cuadro de reclamados. Tengo entendido que se fue a dar disgustos a otra parte.

—Buenas noches, sargento —respondió Ari—. Si recordase su nombre le presentaría.

El capitán hizo la mueca de una sonrisa, pero apretando los dientes.

—Yo recuerdo bien el suyo. No le perdemos de vista, Ben Canaan. La celda que ocupó en el presidio de Acre añora a su antiguo inquilino. Quién sabe, quizá esta vez

el Alto Comisario lo piense mejor y en vez de enviarle allá le envíe a la horca.

El capitán hizo un saludo burlesco y se alejó.

—Vaya —comentó Kitty—, hermosa bienvenida a Palestina. El sujeto ése se ha portado en verdad como un grosero.

Ari se inclinó hacia ella para hablarle al oído.

—Es el capitán Allan Bridges. Uno de los mejores amigos con los que cuenta el Haganah. Él nos avisa de todos los movimientos de los árabes y de los ingleses en el sector de Haifa. Ese comportamiento está destinado a engañar a la galería.

Kitty movió la cabeza, estupefacta. La patrulla se marchó llevándose a dos judíos que, por lo visto, no tenían los papeles en orden. La orquesta los persiguió interpretando el «Dios salve al rey».

El camión se alejó y al cabo de un momento todo estuvo como si no hubiera pasado nada. Kitty continuaba un tanto desorientada por la rapidez con que se había presentado la patrulla y por la calma de la gente.

—Al cabo de un tiempo, uno se habitúa a vivir en esta tensión —le dijo Ari, que la estaba observando—. Ya se acostumbrará. Estamos en un país de gente colérica, de genio vivo. Al cabo de un tiempo verá usted que cuando transcurre una semana de calma le parecerá que le falta algo. No se arrepienta de haber venido; a medida que se…

La frase de Ari quedó cortada por una onda explosiva que sacudió el restaurante, resquebrajando algunos platos de encima de las mesas. Un segundo después, vieron una enorme esfera de llamas subiendo amenazadora hacia el cielo. Vinieron en seguida una serie de nuevas explosiones que hicieron temblar el edificio hasta sus mismos fundamentos.

Se levantó una gritería:

—¡La refinería de petróleo! ¡Han alcanzado la refinería! ¡*Es una incursión de los Macabeos*!

Ari cogió a Kitty de la mano.

—Salgamos de aquí. Dentro de diez minutos, todo el Monte Carmelo será un hormiguero de soldados ingleses.

El café se vació en unos segundos. Ari se llevó a Kitty sin perder tiempo. Abajo, el petróleo ardía con loca, furiosa llamarada. La ciudad entera se poblaba de alaridos estridentes de sirenas, de veloces camiones de bomberos y de patrullas británicas.

Kitty estaba despierta en la cama tratando de comprender los repentinos y violentos sucesos que había presenciado. Se alegraba de haber tenido a Ari a su vera. ¿Se acostumbraría de verdad a vivir de aquel modo? Estaba demasiado desorientada para pensarlo detenidamente, pero por el momento se decía que al ir a Palestina había cometido un lamentable error.

A la mañana siguiente, la refinería seguía ardiendo. Una mortaja de espeso humo

cubría todo el sector de Haifa. Corría la noticia de que la explosión había sido otro acto terrorista de los Macabeos. Éste lo había dirigido Ben Moshe —Hijo de Moisés— el comandante de campo lugarteniente de Akiva, quien antes de destacar en las filas de los Macabeos, había sido profesor en la Universidad Hebrea. Aquel ataque había formado parte de un doble golpe de los terroristas. El otro se había abatido sobre el aeródromo de Lidda, en otra parte de Palestina, donde destruyeron sobre el suelo una cantidad de cazas «Spitfire» valorada en seis millones de dólares. Tal acción era la manera particular de los Macabeos de dar la bienvenida al «Exodo».

Ari había podido adquirir un «Fiat» italiano pequeño, modelo 1933. En condiciones normales, la travesía hasta Tel Aviv sólo requería unas pocas horas, pero teniendo en cuenta que jamás había visto que las condiciones fueran normales, Ari se inclinó por salir temprano de Haifa. Cuando hubieron descendido del Carmelo, tomaron la carretera de la costa, que corría por el borde de Samaria. A Kitty la impresionaba el verdor de los *kibbutzim* cercanos al mar. Su color resultaba más brillante en contraste con la aridez de los montes y la llama cegadora del sol. A los pocos minutos de salir de Haifa encontraron la primera barrera en la carretera. Ari había advertido de antemano a Kitty de tal posibilidad. Ella se fijaba en sus reacciones. Al parecer, Ari no estaba nada molesto, aun a pesar de las pullas de muchos soldados que le conocían y se divertían recordándole que la amnistía que disfrutaba era solamente temporal.

Ari se apartó luego de la carretera principal poniendo rumbo hacia las ruinas de Cesarea, a la orilla del mar. Sentados en la antigua escollera despacharon el almuerzo que les habían preparado en la pensión. Ari señaló con la mano el *kibbutz* de Sdot Yam —Campos del Mar— donde vivía Joab Yarkoni y donde él había pasado mucho tiempo con la Aliyah Bet cuando anclaban allí los barcos ilegales, durante los disturbios de 1936-1939. Luego le hizo notar a Kitty que los árabes habían construido su ciudad sobre ruinas; unas romanas, otras de los cruzados. Los árabes eran gente experta en edificar sobre las civilizaciones de otros pueblos, de tal modo que, verdaderamente, en mil años sólo habían levantado en Palestina una población enteramente nueva. De Cesarea se habían llevado algunas de las magníficas estatuas y columnas romanas, que ahora encontraba uno en casas árabes por todos los sectores de los distritos de Sarón y Samaria.

Despachado el almuerzo, siguieron en marcha hacia el Sur, en dirección a Tel Aviv. La circulación era escasa. De tarde en tarde se cruzaban con un ómnibus lleno, bien de judíos, bien de árabes, o con el omnipresente carro tirado por un borrico. Más de tarde en tarde todavía pasaba por su vera, a toda marcha, un convoy inglés anunciado por el chillido incesante de las sirenas. Al cruzar comarcas árabes, Kitty apreciaba el contraste que formaban aquellas poblaciones y aquellos campos con los de los judíos. Las mujeres árabes trabajaban los campos y éstos aparecían pedregosos

y parduscos. Otras mujeres caminaban por la orilla de la carretera aprisionadas dentro de molestos ropajes transportando enormes pesos que oscilaban sobre sus cabezas. Los cafés que había junto a la ruta aparecían llenos de hombres apáticos sentados como estatuas o tendidos y jugando al chaquete. Más allá de Zichron Yakov —Memoria de Jacob— pasaron cerca del primer fuerte de la línea Taggart, con su aspecto agorero y su alambrada protectora rodeándolo. En Hadera, un poco más allá, encontraron otro, y desde allí en adelante parecía que salían del suelo en todas las poblaciones y en todas las encrucijadas de caminos.

Rebasada Hadera, el campo de la periferia de la Llanura de Sarón veíase todavía más lozano y fértil. El coche corría por debajo de enormes arcos formados por los eucaliptos australianos.

—Hace veinticinco años nada más, todo esto que ve eran yermos —explicó Ari.

A primeras horas de la tarde entraron en Tel Aviv: el Monte de la Primavera.

Pegada a la costa mediterránea surgía aquella ciudad, tan blanca que bajo el sol de la tarde cegaba la vista. Tel Aviv era como una capa de natillas sobre un pastel. Ari enfiló el coche por unos bulevares anchos, bordeados de árboles, entre dos filas de casas de alquiler ultramodernas. La ciudad bullía de actividad y movimiento. Kitty se prendó de Tel Aviv desde el primer momento de verlo.

Ari paró en la calle Hayarkon, a la misma orilla del mar, delante del Hotel Gat Rimon.

Mediada la tarde, después del descanso de la siesta, todas las tiendas abrían las puertas nuevamente. Ari y Kitty fueron a pasear por la avenida Allenby Kitty tenía que cambiar algún dinero, comprar algunas cosillas y satisfacer su curiosidad sobre muchos detalles. Pasado el teatro y la plaza Mograbi, la avenida estaba llena de tiendecitas y agitada por los bocinazos, y el correr acelerado de los coches, y por el ir y venir de la gente. Kitty quiso ver hasta la última tienda. En cada una de la docena o más de librerías que había se paraba a contemplar las crípticas letras hebreas. Ari y Kitty anduvieron incansablemente subiendo hacia el Bulevar Rothschild, más allá del centro comercial. Aquí estaba la ciudad antigua donde había empezado Tel Aviv como una barriada de Jaffa. Cuanto más se acercaban a la ciudad árabe, más míseros se veían edificios y tiendas. Al recorrer las calles que ponían en comunicación las dos ciudades, a Kitty le parecía que estaba retrocediendo en el tiempo. A cada paso que daba encontrábase más rodeada de suciedad y de olores de varias clases y las tiendas se hacían más pequeñas y pobres.

Regresaron a Tel Aviv dando un rodeo que les hizo cruzar una plaza de mercado común para árabes y judíos. La estrecha calle era una masa compacta de gente amontonada alrededor de las paradas, regateando. Ari y Kitty volvieron al otro extremo de la avenida Allenby, cruzando otra vez, y ahora en sentido opuesto, la plaza Mograbi y se internaron por otra calle ancha y flanqueada de árboles. Ésta era

la calle Ben Yehuda; a sus aceras se abrían innumerables cafés. Cada uno de ellos tenía su aire peculiar y su clientela distinta. Había el café donde se reunían los abogados; había otro para los políticos socialistas; había el de los artistas, y el de los comerciantes. Había el café frecuentado por los «compañeros de viaje» de los terroristas, y el de ancianos jubilados que se entretenían disputando interminables partidas de ajedrez. Pero todos los cafés de la calle Ben Yehuda estaban llenos de gente y rebosando de charlas y discusiones.

Los vendedores de aquellos periódicos diminutos, de cuatro páginas, pregonaban en hebreo las incursiones de los Macabeos sobre Lidda y la refinería de Haifa, y la llegada del «Exodo». Por la calle iba y venía una continua riada de gente. Pasaban orientales ataviados con los ropajes característicos del Oriente Medio, y pasaban mujeres elegantes vestidas a la última moda de una docena de naciones europeas. La mayor parte de los transeúntes eran, sin embargo, hombres del país vistiendo pantalones color caqui y camisas blancas de cuello abierto. Solían llevar también cadenitas en el cuello con la Estrella de David o bien otro emblema hebreo. Muchos exhibían el negro mostacho, que era la señal distintiva de los nativos. Eran una colección de gente curtida, buena parte de la cual vestía las prendas azules del *kibbutz* y calzaba sandalias. Las mujeres nativas eran altas y angulosas, de seno desarrollado y vestían con gran sencillez. Algunas llevaban pantalones marineros o pantalón corto. Toda su persona emanaba orgullo y agresividad. Hasta en el andar se les notaba.

Luego Ben Yehuda quedó en silencio.

Era el mismo silencio repentino que Kitty recordaba de la noche anterior en el restaurante de Haifa.

Un camión blindado británico, dotado de altavoces, se paró en mitad de la calle. Sobre el vehículo, unos Tommies[13] de apretados labios estaban vigilantes, con las ametralladoras a punto.

«ATENCIÓN, JUDÍOS EL COMANDANTE GENERAL HA ORDENADO UN TOQUE DE QUEDA. AL OSCURECER NO HA DE HABER NINGÚN JUDÍO POR LAS CALLES. ATENCIÓN, JUDÍOS. EL COMANDANTE GENERAL HA ORDENADO UN TOQUE DE QUEDA. AL OSCURECER NO HA DE HABER NINGÚN JUDÍO POR LAS CALLES».

La multitud que contemplaba la escena estalló en una salva de aplausos y en un coro de carcajadas.

—Cuidado, Tommy —gritó uno—. El próximo cruce está minado.

Cuando los camiones hubieron marchado la escena adquirió nuevamente su aspecto normal.

—Regresemos al hotel —pidió Kitty.

—Ya le dije que se acostumbraría a esto de tal modo que al cabo de un mes no

sabrá vivir sin un poco de excitación.

—No me acostumbraré jamás, Ari.

Regresaron al hotel cargados con las compras hechas por Kitty. Después de tomar un cóctel en el bar, pequeño y tranquilo, comieron en la terraza, de cara al mar. Kitty veía el trozo de la línea de la costa donde la ciudad nueva de Tel Aviv se unía con la ciudad antigua de Jaffa, el puerto más viejo del mundo.

—Gracias por el día tan agradable que me ha proporcionado, a pesar de las detenciones de la carretera y de las patrullas inglesas.

—Tendrá que perdonarme —dijo Ari—. Después de comer deberé ausentarme un rato.

—Pero ¿y el toque de queda?

—Esto sólo afecta a los judíos —respondió Ari.

Ari dejó a Kitty y se trasladó de Tel Aviv a la población de Ramat Gan —Jardín del Monte— que era como un suburbio de la primera y contrastaba con los grandes bloques de viviendas de ésta porque Ramat Gan era una población formada por casas unifamiliares dispersas entre céspedes, árboles y jardines. Las casas estaban estucadas y tenían los tejados de tejas rojas, variando por sus dimensiones e importancia desde pequeños chalecitos hasta suntuosas y grandes villas. Ari aparcó el coche y anduvo durante más de media hora a fin de asegurarse bien de que no le seguían.

Luego se encaminó hacia la calle Montefiori y llamó a una grandiosa villa propiedad de un tal doctor Y Tamir. El doctor Tamir abrió la puerta, saludó al visitante con un caluroso apretón de manos y le acompañó al sótano.

La vivienda de Tamir era el cuartel general del Haganah.

El sótano servía de depósito de armas y municiones, y había en él una imprenta en la que estaban imprimiendo unas hojas volantes en árabe, advirtiendo a los de esta raza que se mantuvieran en calma y no alterasen la paz En otro departamento de los sótanos una chica estaba hablando delante de un magnetofón, repitiendo de palabra la misma advertencia contenida en las octavillas. La cinta serviría luego para retransmitirla por la emisora clandestina móvil, Kol Israel: la Voz de Israel. El cuartel general clandestino cuidaba también de la fabricación de granadas de mano y de recoger las armas «Sten», de fabricación casera.

Apenas apareció el doctor Tamir acompañado de Ari todas las actividades cesaron en absoluto. Todos felicitaron al recién llegado por la victoria conseguida en el caso del «Exodo» y todos le dirigieron un fuego graneado de preguntas.

—Luego, luego —suplicó el doctor Tamir.

—He de ver a Avidan —excusóse Ari.

Y se alejó por el pasillo que dejaban las pilas de cajas conteniendo rifles hasta llegar a la puerta de un disimulado despacho, a la que llamó con unos golpecitos.

—¿Quién?

Ari abrió y se quedó de pie delante del labrador, calvo y fornido, que ostentaba el mando supremo del ejército secreto. Avidan, que estaba estudiando unos papeles extendidos sobre la desvencijada mesa que le servía de escritorio, levantó la vista.

—¡Ari! ¡*Shalom*! —Y poniéndose en pie de un salto, le abrazó, le hizo sentar, cerró la puerta y le dio unas palmaditas a la espalda con la fuerza de un martinete—. ¡Cuánto me alegro de verte! Les has jugado una treta superior a los ingleses. ¿Cómo están los muchachos?

—Les he mandado cada cual a su casa.

—Bien. Merecen unos días de descanso. Tómate tú también un permiso.

Viniendo de Avidan era esta una recompensa extraordinaria, pues él no se había ausentado ni un solo día en todo un cuarto de siglo.

—¿Quién es la muchacha que te acompaña? —preguntó luego.

—Una espía árabe. No seas tan metijoso.

—¿Es una amiga nuestra?

—No, no es una amiga. No es ni siquiera una «compañera de viaje».

—¡Qué pena! Una buena cristiana de América nos podría prestar grandes servicios.

—No; no es más que una mujer agradable que mira a los judíos como si estuviera ante una jaula de un parque zoológico. Mañana la llevaré a Jerusalén a ver a Harriet Saltzman por si le da un empleo en la Aliyah Juvenil.

—Entonces, ¿se trata de un asunto personal tuyo?

—No, buen Dios. Y ahora dirige tu curiosidad tan típicamente judía hacia otra parte.

En la habitación hacía un calor sofocante. Avidan sacó un gran pañuelo azul y se secó el sudor de la calva.

—Los Macabeos nos dieron ayer una estupenda bienvenida —comentó Ari—. Me han dicho que la refinería arderá por espacio de una semana. Ha quedado completamente interrumpida la producción.

Avidan movió la cabeza negativamente.

—Ayer tuvieron una buena ocurrencia; pero ¿y anteayer?, ¿y pasado mañana? Por cada incursión acertada lanzan tres que son grandes errores. Cada vez que recurren a la brutalidad o que asesinan sin discriminaciones perjudican a todo el Yishuv. Nosotros somos luego los que tenemos que pagar las acciones de los Macabeos. Mañana el general Haven-Hurst y el Alto Comisario se presentarán en el Yishuv Central y empezarán a pegar puñetazos sobre la mesa de Ben Gurión pidiendo que utilicemos el Haganah para apresar a los autores del desacato. Te juro que hay veces que no sé qué hacer. Hasta el momento los ingleses no han arremetido de veras contra el Haganah, pero si los Macabeos siguen practicando el terrorismo… Han recurrido

incluso al procedimiento de asaltar Bancos a fin de procurarse recursos con que financiar sus operaciones.

—Confío que habrán escogido Bancos ingleses. —Ari encendió un cigarrillo y se puso a pasear por la reducida oficina—. Quién sabe si no ha sonado la hora de que también nosotros organicemos unos cuantos golpes de mano.

—No…, simplemente no podemos poner el Haganah en peligro. Nosotros hemos asumido la misión de defender a todos los judíos. ¡Inmigración ilegal!… Ésa es el arma con la cual luchamos en favor de todos, actualmente. Una gesta como la del «Exodo» tiene mucha más importancia que el volar diez refinerías de Haifa.

—Pero ha de llegar el día en que nos lancemos al ataque, Avidan. O tenemos un ejército, o no lo tenemos.

Avidan cogió unos papeles de encima de la mesa y los puso delante de Ari. Éste los miró uno tras otro: ORDEN DE BATALLA. 6.ª DIVISIÓN AEROTRANSPORTADA. Luego levantó la vista.

—¿Tienen tres brigadas de paracaidistas?

—Sigue leyendo.

CUERPO ACORAZADO REAL, CON LOS MISMOS HÚSARES DEL REY, REGIMIENTO DE WORCESTERSHIRE N.º 53, REGIMIENTO PARK AEROTRANSPORTADO N.º 249, DRAGONES DE LA GUARDIA, LANCEROS REALES, LANCEROS DE LA REINA, EAST SURREY, MIDDLESEX, GORDON HIGHLANDERS, FUSILEROS DEL ULSTER, REGIMIENTO DE HERTFORDSHIRE… La lista de tropas británicas en Palestina no terminaba aquí, ni mucho menos. Ari arrojó las hojas sobre la mesa.

—¿Con quién se enfrentan? ¿Con el Ejército ruso?

—¿No lo ves, Ari? Cada día tengo que repasar esa listita con algún cabeza loca del Palmach. ¿Por qué no hacemos incursiones? ¿Por qué no salimos a luchar abiertamente? ¿Te figuras que me gusta estar en esta situación? Mira, Ari…, ellos tienen aquí el veinte por ciento de las fuerzas de combate de su Ejército. Son cien mil soldados, sin contar la Legión Árabe de Transjordania. Sí, claro, los Macabeos van por ahí volándolo todo, llevándose la fama de valientes y diciendo que nosotros nos escondemos. —Avidan pegó un puñetazo sobre la mesa—. Cielos, yo estoy tratando de organizar un ejército. Todavía no disponemos de diez mil rifles para la lucha, y si el Haganah se hunde, todos nos hundimos al mismo tiempo.

»Ya ves, Ari…, contando nada más que con unos miles de gallos de pelea, los Macabeos poseen una movilidad, pueden esconderse fácilmente. Nosotros tenemos que contenernos, y seguir conteniéndonos. Nosotros no podemos jugárnoslo todo de una sola vez. No podemos. Ni podemos hacerle perder los estribos al general Haven-Hurst. Hay aquí un soldado inglés por cada cinco judíos de cualquier edad.

Ari cogió la lista de tropas británicas destacadas en Palestina y la estudió de

nuevo, en silencio.

—Las redadas inglesas, los acordonamientos, las detenciones, empeoran cada día. Los árabes se fortalecen y los ingleses se vuelven de espaldas por no verlo —concluyó Avidan.

Ari asintió con la cabeza.

—¿A dónde me destina ahora?

—No voy a darte el mando de ninguna fuerza, todavía. Vete a casa, descansa unos días y luego preséntate al Palmach en el *kibbutz* de Ein Or. Quiero que veas cuál es la fuerza que poseemos en cada uno de los asentamientos de Galilea. Queremos saber qué es lo que podemos prometernos que conservaremos y qué es lo que vamos a perder.

—Nunca te había oído hablar de este modo, Avidan.

—La situación no había estado nunca tan mal. En Londres los árabes se han negado incluso a sentarse en la misma mesa de conferencias y a dirigirnos la palabra.

Ari se encaminó hacia la puerta.

—Mis recuerdos a Barak y a Sarah, y dile a Jordana que no pierda la cabeza, teniendo aquí a David Ben Ami. A él y a los otros muchachos los enviaré a Ein Or.

—Mañana estaré en Jerusalén —dijo Ari—. ¿Quieres algo?

—Sí, sácame de debajo tierra diez mil soldados de primera línea y las armas necesarias para equiparlos.

—*Shalom*, Avidan.

—*Shalom*, Ari. Da gusto tenerte aquí en nuestro país.

Ari regresaba a Tel Aviv malhumorado. Hacía unas semanas, en Chipre, había dicho al joven David Ben Ami que el Haganah, el Palmach y la Aliyah Bet realizaban muchas tentativas. Unos planes resultan bien, otros fracasan. Un profesional debería cumplir con su deber sin dejarse dominar por las emociones. Ari Ben Canaan era una máquina. Era un operario osado y eficaz. A veces ganaba; a veces perdía.

Pero también, de tarde en tarde, Ari Ben Canaan miraba la perspectiva con realismo, y casi se le caía el alma a los pies.

«Exodo», refinería de Haifa, una incursión aquí, un ataque allá. Entrar clandestinamente cincuenta rifles costaba un tributo de vidas humanas. Había quien moría en la horca por haber introducido en Palestina un centenar de supervivientes desesperados. Él, Ari, era un enano que estaba luchando contra un gigante. En aquel momento le habría gustado tener la fe de David Ben Ami en la intervención divina. Pero Ari Ben Canaan era un realista.

Kitty Fremont aguardaba en el pequeño bar del vestíbulo el regreso de su cicerone. Ari había estado tan atento que quería esperarle para charlar un ratito y tomar un par de copitas juntos. Pero al entrar en el vestíbulo él fue en seguida al mostrador a buscar su llave.

—¡Ari! —le llamó ella.

La faz del judío manifestaba la misma profunda abstracción del primer día que Kitty le había visto, en Chipre. Entonces le llamó con la mano, pero él parecía no verla ni oiría. La miró unos momentos fijamente y luego se fue hacia la escalera y subió a su cuarto.

# CAPÍTULO II

Dos ómnibus transportando a cincuenta de los chiquillos del «Exodo» dejaron atrás el *tel* de las ruinas de Hazor y se internaron en el Valle de Huleh. Durante todo el trayecto, desde la salida de Haifa y mientras cruzaban la Galilea, los viajeros se apiñaban a las ventanillas, saludando a gritos y con el ademán, y señalando admirados los panoramas de aquella tierra que tantas veces les habían prometido.

—¡Oh, Dov! ¡Todo es tan hermoso! —exclamaba Karen.

El sonido inarticulado de Dov lo interpretó la muchacha como significando que él no veía cosas tan extraordinarias como para armar semejante alboroto.

Los coches se internaron profundamente por el Valle de Huleh, hasta llegar a Yad El, el hogar de Ari Ben Canaan. Aquí partía de la carretera principal una desviación que ascendía por las montañas en dirección a la frontera del Líbano. Al ver el rótulo de la carretera señalando hacia Gan Dafna, los niños, con la sola excepción de Dov Landau, casi estallaban de regocijo anticipado Los coches treparon por la serpenteante carretera y pronto el Valle de Huleh se extendió por entero a la vista, alfombrado con los verdes campos de los *kibbutzim* y los *moshavim*. Los estanques rectangulares para la cría de pescado formaban una docena de pequeños lagos rodeando las charcas, mucho mayores, del Lago de Huleh.

Los vehículos disminuyeron la marcha al entrar en la población árabe de Abu Yesha a mitad de camino de la cima de los montes. Aquí en Abu Yesha los muchachos no advirtieron ni asomo de la frialdad y la hostilidad que habían observado en otras poblaciones árabes. Aquí la gente les saludaba agitando la mano con aire amistoso.

Cuando hubieron dejado atrás Abu Yesha, tramontaron la cumbre de dos mil metros de elevación y siguieron adelante hasta llegar a Gan Dafna: el Jardín de Dafna. Se detuvieron delante del verde prado de cincuenta yardas de ancho por cien de largo que había en el centro del pueblo, edificado por entero en una altiplanicie. El parterre de césped quedaba rodeado por los edificios de la administración y constituía el centro geométrico del poblado que se extendía desde allí hacia los cuatro puntos cardinales. Por todas partes se veían flores, árboles, verdor. Mientras los chicos del «Exodo» saltaban de los coches la orquesta del pueblo los saludaba con una airosa marcha.

En el centro del espacio verde había una estatua de Dafna, la muchacha cuyo nombre ostentaba la población, de tamaño natural. La figura era de bronce, llevaba un fusil en las manos y estaba en actitud de mirar abajo, al Valle de Huleh, lo mismo que debía estar en Ha Mishmar el día que los árabes la mataron.

El fundador del poblado, un hombre menudo y con una pequeña joroba, llamado Lieberman, estaba de pie y fumando una enorme pipa al lado de la estatua de Dafna

para dar la bienvenida a los muchachos que llegaban. Les explicó brevemente que había salido de Alemania en 1934 y que había fundado Gan Dafna en 1940, en aquel terreno regalado generosamente a la Aliyah Juvenil por Kammal, el difunto muktar de Abu Yesha… Luego el doctor Lieberman pasó a saludar individualmente a cada uno de los muchachos, expresándose en media docena de lenguas. Mirándole, Karen tenía la impresión de haberle visto ya en alguna otra parte. Tenía el aspecto y los modales de los profesores de Colonia de cuando ella era niña…, pero hacía tanto tiempo de aquello que no lo podía recordar bien…

Cada muchacho recién llegado fue atendido por un vecino de la población.

—¿Eres tú Karen Clement?

—Sí.

—Yo soy Yona, tu nueva compañera de cuarto —le dijo una judía egipcia un poco mayor que ella. Las dos jóvenes se estrecharon la mano—. Ven, te acompañaré a nuestra habitación. Te gustará vivir aquí.

Karen le gritó a Dov que le vería luego y se marchó con Yona. Cuando hubieron dejado atrás los edificios administrativos y las escuelas se encontraron en un sector poblado de villas que daban a un camino adornado de arbustos.

—Tenemos suerte —dijo Yona—. Nos dan las villas porque somos las mayores.

Karen se detuvo un momento delante de la que le indicaba su compañera, mirándola incrédula; luego entró. En realidad era una vivienda muy sencilla, pero a Karen se le antojó la habitación más preciosa que hubiera visto en toda su existencia. Una cama, una mesa, un ropero y una silla… para ella, completamente suyos.

Hasta bien entrada la tarde Karen no tuvo un momento de ocio. Después de la comida había una función en el teatro al aire libre en honor de los muchachos del «Exodo».

Karen encontró a Dov sobre el césped, cerca de la estatua de Dafna. Por primera vez desde hacía muchísimas semanas le hablan venido ganas de danzar. ¡El aire estaba tan transparente y perfumado, y aquel pueblo era tan hermoso! Ah, se estremecía de dicha. De pie al lado de Dov extendía el brazo indicando a su compañero las apiñadas casas blancas allá abajo, sobre un collado del monte. Arriba, en cambio, tenían el fuerte de la línea Taggart llamado Fort Ester, sobre la frontera libanesa, y en el fondo del valle había dos campos que pertenecían al poblado, lindando con los del *moshav* de Yad El. Allá entre las cumbres del extremo más lejano del Huleh estaba tel Hai, donde había caído Trumpledor, y al otro lado del valle se encontraban Monte Hermón y Siria.

Karen vestía unos pantalones de color pardo aceitunado y una blusa campesina, de cuello alto y calzaba sandalias.

—¡Oh, Dov! —exclamó—. Éste es el día más hermoso de mi vida. Yona es una chica simpatiquísima y me estaba explicando que el doctor Lieberman es el hombre

más agradable de toda la tierra.

Karen se tendió en la hierba, con la mirada perdida en el firmamento y exhaló un suspiro. Dov seguía de pie a su lado, sin decir nada. Entonces la chica se sentó, le cogió la mano y tiró hacia sí para obligarle a sentarse a su vez.

—Déjame ya —dijo él.

Pero Karen insistió y Dov acabó sentándose. Le ponía nervioso que ella le oprimiese la mano y apoyase la cabeza sobre su hombro.

—Por favor, sé feliz, Dov; sé feliz.

Dov hizo un gesto desdeñoso y se apartó un poco.

—Sé feliz, por favor.

—¿A quién le interesa que lo sea?

—A mí —respondió Karen—. Yo me intereso por ti.

—Pues… interésate por ti misma.

—También me intereso por mí misma. —Karen se arrodilló delante del muchacho y le puso las manos sobre los hombros—. ¿No has visto tu cuarto y tu cama? ¿Cuánto tiempo hace que no has dormido en un cuarto como ése? —El contacto de sus manos hizo sonrojar al muchacho, que bajó los ojos—. Piénsalo, Dov. Ya no más campos de personas sin hogar…, no más La Ciotat, no más Caraolos. No más barcos ilegales. Estamos en nuestra patria, Dov, y es más hermosa de lo que yo imaginaba.

Dov se puso en pie y le volvió la espalda.

—Esto está bien para ti. Yo tengo otros planes.

—Por favor, olvídalos —suplicó Karen.

La orquesta estaba tocando; la música llegaba hasta ellos.

—Será mejor que nos vayamos al teatro —dijo entonces la muchacha.

En cuanto Ari y Kitty hubieron salido de Tel Aviv y dejado atrás el enorme campamento británico de Sarafand, la enfermera americana volvió a respirar la atmósfera tensa de Palestina. Al atravesar el poblado exclusivamente árabe de Ramle, sobre la carretera de Jerusalén, había sentido sobre ella y su acompañante la mirada de odio de los habitantes. Ari parecía haber olvidado a los árabes y haber olvidado a Kitty. En todo el día no le había dirigido una docena de palabras.

Más allá de Ramle el coche emprendió la ruta de Bab el Wad, una carretera serpenteante cuyas curvas y recodos se internaban por los montes de Judea. Por los barrancos terrosos, a ambos lados de la carretera, crecían las arboledas que habían plantado los judíos. Los montes presentaban restos de los bancales formados antiguamente en ellos; restos que, sobre el erosionado suelo, parecían el costillaje de un perro hambriento. En otro tiempo aquellas mismas montañas habían sustentado a cientos de miles de personas. Ahora la erosión las había inutilizado por completo. Arriba, en las cumbres, se arracimaban las viviendas en los blancos poblados árabes.

Aquí en Bab el Wad el mágico atractivo de Jerusalén se apoderó del alma de

Kitty. Se decía que nadie podía cruzar por primera vez los montes de Judea y sustraerse al poder avasallador de la ciudad de David. A Kitty la sorprendía experimentar esta sensación con tanta intensidad. A ella la habían educado en el protestantismo positivista del Oeste Medio americano, y lo había aceptado sinceramente, pero sin abrirle lo más íntimo del alma. Cuanto más ascendían por las montañas mayor se hacía su impaciencia. Ahora vivía en las páginas de la Biblia; entre aquellos montes silenciosos y fantásticos se dio cuenta por primera vez de lo que era estar en Tierra Santa.

En la distancia se divisaba la silueta confusa de las ciudadelas de Jerusalén… Kitty se sentía dominada por una especie de exaltación.

Al entrar en la Ciudad Nueva, edificada por los judíos, siguieron por la carretera de Jaffa, el principal centro comercial, lleno de concurridas tiendas, en dirección a la muralla de la Ciudad Vieja. Al llegar a la Puerta de Jaffa, Ari describió una curva, enfilando por el pie de la muralla en dirección a la avenida del Rey David. Al cabo de unos momentos paraba delante del hotel del mismo nombre.

Kitty saltó del coche y se quedó boquiabierta de espanto al ver el ala derecha del edificio completamente mutilada.

—Aquí estaba el cuartel general británico —le dijo Ari—. Los Macabeos transformaron la perspectiva.

El hotel estaba edificando con piedra de Jerusalén. Era grandioso y de estilo un poco recargado, a la manera europea; su vestíbulo era una supuesta reproducción de la Corte del rey David.

Kitty fue la primera de los dos que bajó a almorzar y aguardó en la terraza posterior del hotel que miraba sobre un pequeño valle, hacia la parte de la muralla de la Ciudad Antigua. La terraza daba enfrente de la Torre de David y formaba un cuidado jardín. Mientras ella contemplaba la perspectiva, un cuarteto, a su espalda, interpretaba unas piezas de música.

Ari salió a la terraza y se detuvo de pronto. ¡Qué hermosa estaba Kitty! Jamás la había visto tan elegante. Llevaba un vestido para el cóctel, con la falda un poco volante, muy *chic*, sombrero de alas anchas y guantes blancos. En aquel momento se sintió terriblemente alejado de ella. Kitty era la encarnación de las encantadoras damas de Roma, de París y hasta de Berlín, moradores de un mundo en el que las mujeres se comportaban de un modo que él no comprendía bien. Entre Kitty y Dafna había una diferencia tan grande que no se podía establecer la comparación; pero Kitty era hermosa, no podía negarlo.

—He hablado con Harriet Saltzman —dijo sentándose—. La veremos inmediatamente después del almuerzo.

—Gracias. Jerusalén me entusiasma.

—Esta ciudad tiene un poder misterioso. En su primera visita todo el mundo

queda entusiasmado. Ahí está, por ejemplo, David Ben Ami… David no sabe olvidar un momento su Jerusalén. Ah, de paso, mañana la acompañará a ver lo más interesante de la ciudad. Es el Sabbath. Quiere llevarla a la Ciudad Vieja.

—Ha sido muy gentil acordándose de mí.

Ari la miró fijamente. Le parecía todavía más bella que cuando había entrado en la terraza. Luego desvió los ojos para llamar a un camarero y antes de encargar el menú estuvo unos momentos con la cabeza levantada, mirando al vacío. En aquel momento Kitty experimentó la sensación de que Ari se había impuesto un deber y procuraba cumplirlo sin dejar ninguna laguna.

—¿Le estorbo? —preguntó.

—De ningún modo.

—Desde que regresó de la cita que tenía ayer noche se ha portado usted como si yo no existiese.

—Lo siento, Kitty —excusóse él sin mirarla—. Me figuro que hoy he sido un compañero más bien desagradable.

—¿Ocurre algo malo?

—Ocurren muchas cosas malas, pero no tienen nada que ver con usted, ni conmigo, ni con mis pésimos modales. Permítame que le hable de Harriet Saltzman. Harriet es americana. Tendrá ahora bastante más de ochenta años, sin duda alguna. Si en el Yishuv proclamásemos santos sería la primera santa que tendríamos. ¿Ve aquel monte del otro lado de la Ciudad Vieja?

—¿Allá?

—Aquello es Monte Scopus. Aquellos edificios son el centro médico más moderno de todo el Oriente Medio. El dinero lo proporcionan las Mujeres Sionistas Americanas, una asociación que organizó Harriet después de la Primera Guerra Mundial. La mayoría de los hospitales y centros médicos de Palestina han nacido gracias a la Hadassah, la sociedad fundada por Harriet.

—Ha de ser toda una mujer.

—Sí, lo es. Cuando Hitler subió al poder, Harriet organizó la Aliyah Juvenil. Miles de jóvenes salvaron la vida gracias a ella. Son los que llenan docenas de centros juveniles por toda Palestina. Usted hará muy buenas migas con ella.

—¿Cómo lo sabe?

—Mire, ningún judío que haya estado en Palestina puede marcharse sin dejar su corazón aquí. Yo me figuro que lo mismo pasa con los americanos. Harriet lleva muchos años en esta tierra, pero sigue siendo muy americana.

El cuarteto dejó de tocar.

El silencio descendió sobre Jerusalén. Hasta allí llegaba el grito apagado de un muezín árabe llamado a la oración desde su minarete de la ciudad Vieja. Luego imperó un silencio tan absoluto como Kitty no lo había conocido jamás.

Las campanas del carillón de la torre YMCA, al otro lado de la calle, interpretaron un himno y sus notas inundaron montes y valles. Y luego…, otra vez vino el silencio. La quietud era tan grande que habría sido un sacrilegio hablar. La vida entera, el tiempo infinito parecían parados, inmovilizados en un solo momento.

—¡Qué sensación tan maravillosa! —exclamó Kitty.

—Momentos así son muy raros estos días —comentó Ari—. Me temo que esta calma es engañosa.

En aquel instante vio, de pie en la puerta de la terraza, a un hombre bajito de cutis aceitunado, en quien reconoció a Bar Israel, el enlace de los Macabeos. Bar Israel le hizo una ligera seña con la cabeza y desapareció.

—¿Me perdona un momento? —dijo Ari. Y salió al vestíbulo, acercóse a la tiendecita donde vendían tabaco, compró un paquete de cigarrillos y se entretuvo unos momentos hojeando una revista. Bar Israel se situó a su lado.

—Su tío Akiva está en Jerusalén —le susurró—. Quiere verle.

—Tengo que ir a la Sociedad Sionista de Asentamiento, pero al poco rato estaré libre.

—Reúnase conmigo en el compartimiento ruso —respondió el enlace. Y se alejó a toda prisa por el vestíbulo.

La avenida del Rey Jorge era un ancho bulevar de la Ciudad Nueva festoneado de edificios administrativos, escuelas, templos. En una de sus esquinas se levantaba el largo y espacioso caserón de cuatro pisos de la Sociedad Sionista de Asentamiento. Un largo paseo conducía hasta la puerta principal.

—¡*Shalom,* Ari! —saludó Harriet Saltzman, levantándose de detrás de su mesa escritorio con una agilidad que desmentía sus años. Y poniéndose de puntillas rodeó con sus brazos el cuello del joven y le besó afectuosamente en la mejilla—. ¡Ah, qué faenita les hiciste en Chipre! Eres un buen muchacho.

Kitty los miraba calladamente desde el umbral. La anciana se dirigió a ella.

—De modo que ésta es Katherine Fremont. Ah, hija mía; es usted hermosa de verdad.

—Gracias, mistress Saltzman.

—No me venga con el «mistress Saltzman». Sólo los ingleses y los árabes me llaman así. Cuando me hablan de este modo me siento vieja. Sentaos, sentaos. Voy a pedir que nos traigan el té. ¿O quizá usted preferiría café?

—El té vale de sobras.

—Ya ves, Ari…, qué presencia tienen las muchachas americanas. —Harriet acompañó las palabras con un ademán que pretendía encarecer la belleza de Kitty, al mismo tiempo que sus ojos brillaban con un centelleo malicioso.

—Estoy seguro de que no todas las chicas americanas son tan guapas como Kitty…

—Cállense ya, los dos. Sus palabras me sonrojan.

—Ea, señoritas, ahora no me necesitan. Tengo unas cuantas cosas que hacer y lo aprovecharé para resolverlas. Kitty, si no he venido a buscarla, ¿le sabría mal pedir un taxi para regresar al hotel?

—Vete ya —le dijo la anciana—. Kitty comerá conmigo en mi piso. ¿Qué falta nos haces?

Ari sonrió y salió.

—He ahí un muchacho excelente —afirmó Harriet Saltzman—. Tenemos un sinfín de buenos chicos como Ari. Trabajan en exceso, mueren demasiado jóvenes. —La anciana encendió un cigarrillo y ofreció otro a Kitty—. Y usted, ¿de dónde procede?

—De Indiana.

—Yo de San Francisco.

—Es una ciudad preciosa —dijo Kitty—. La visité una vez con mi marido. Siempre tuve la ilusión de volver allá algún día.

—También la tengo yo —contestó la anciana—. Parece que cada año que pasa añoro más los Estados Unidos. Desde hace quince estoy jurándome que volveré allá una temporada; pero parece que aquí el trabajo no terminará nunca. ¡Con todos esos pobres chiquillos que llegan! Pero echo de menos la Patria. Será que estoy entrando en la senectud, creo yo.

—Imposible.

—Es muy hermoso pertenecer al pueblo judío y trabajar por el renacimiento de una nación judía, pero también es muy bueno ser americana; no lo olvide jamás, señorita. Desde que empezó el episodio del «Exodo» he tenido unas ganas muy grandes de conocerla, Katherine Fremont, y debo confesar que me he llevado una sorpresa tremenda; y advierta que no me admiro fácilmente.

—Me temo que las informaciones que recibían me pintaban con unos colores demasiado románticos.

Detrás de aquella cordialidad que le desarmaba a uno por completo funcionaba empero un cerebro muy perspicaz, y si bien Kitty se sentía completamente a sus anchas en compañía de Harriet Saltzman no dejaba de comprender que la anciana la estaba aquilatando cuidadosamente. Las dos mujeres siguieron tomando el té a pequeños sorbitos y charlando principalmente sobre América. Harriet se puso nostálgica.

—El año que viene me voy allá. Alguna excusa encontraré. Quizá la de efectuar un recorrido recaudando fondos. Siempre estamos haciendo recorridos para recaudar dinero. ¿Sabía que los judíos americanos nos dan más dinero del que dan entre todos los ciudadanos estadounidenses a la Cruz Roja? ¿Y por qué la estaré aburriendo con estas cosas? ¿O sea que quiere trabajar con nosotros?

—Lamento no tener mis credenciales aquí.

—No las necesita. Sabemos todo lo que a usted se refiere.

—¿Eh?

—Sí, ya tenemos media docena de informes en el archivo.

—No sé si debo sentirme halagada u ofendida.

—No se ofenda. Son los tiempos. Hemos de estar seguros de todos y cada uno. Pronto descubrirá que somos aquí una comunidad pequeña y ocurren pocas cosas que no vengan a parar a estos ancianos oídos. El caso es que esta tarde, antes de su llegada, estaba releyendo las referencias que tenemos de usted y me preguntaba cuáles serían los motivos que la han traído acá.

—Soy enfermera y ustedes necesitan enfermeras.

Harriet Saltzman movió la cabeza negativamente.

—Los que no pertenecen a nuestro pueblo no vienen por motivos como éste. Ha de existir otro. ¿Ha venido a Palestina por Ari Ben Canaan?

—No…, aunque, por supuesto, me gusta.

—Ari gusta a un centenar de mujeres, por lo menos. Pero se da el caso de que usted es la que le gusta a él.

—No lo creo así, Harriet.

—Pues… me alegro, Katherine. De Yad El a Indiana hay mucho trecho. Ari es un *sabra* y sólo otro *sabra* puede comprenderle de verdad.

—¿*Sabra*?

—Es el vocablo con que designamos a los nacidos en el país. El *sabra* es el fruto de un cactus silvestre que encontrará por toda Palestina. El *sabra* es duro por fuera…, pero su interior es tierno y dulce.

—He ahí una buena descripción.

—Ni Ari ni los otros *sabras* tienen idea de cómo viven los americanos, del mismo modo que usted no la tiene de cómo han vivido ellos. Permítame que me exprese con toda claridad. Cuando un gentil viene a nosotros, es porque se trata de un amigo. Usted no es una amiga, ni pertenece a nuestro pueblo. Usted es una chica americana que mira con extrañeza a esa gente singular que llevan el nombre de judíos. Entonces, ¿cómo está aquí?

—El caso no encierra misterio. Tengo mucho cariño a una muchacha joven que ha venido con el «Exodo». Nos conocimos en Caraolos. Me temo que sus esfuerzos por reunirse con su padre acabarán en un fracaso. Si no logra encontrar a su padre quiero adoptarla y llevármela a los Estados Unidos.

—Comprendo. Bien, queda usted justificada. Vayamos al grano. Hay una plaza vacante de enfermera principal en una de nuestras Poblaciones Juveniles del norte de Galilea. El director es uno de mis más antiguos y queridos amigos, el doctor Ernest Lieberman. La población se llama Gan Dafna. Tenemos allí cuatrocientos chiquillos,

en su mayor parte criados en los campos de concentración. Necesitan de toda necesidad que alguien vele por ellos. Confío en que usted aceptará el empleo. El sueldo y las condiciones son muy buenos.

—A mí… a mí… me gustaría saber de…

—¿Karen Hansen?

—¿Cómo lo ha sabido?

—Ya le dije que somos una comunidad pequeña. Karen está en Gan Dafna.

—No sé cómo darle las gracias.

—Déselas a Ari. Él es quien lo ha dispuesto todo. Ari la llevará allí. Está muy cerca de su casa. —La anciana apuró la taza de té y se recostó en el respaldo de su asiento—. ¿Puedo darle un consejo, todavía?

—Naturalmente.

—Yo trato con huérfanos desde 1933. El apego que le toman a Palestina es una cosa que quizá a usted le cueste comprender. En cuanto han respirado el aire de la libertad… en cuanto se han saturado del patriotismo que impera aquí, se les hace muy difícil marcharse a otra parte, y de los que se van, si alguno se va, la mayoría no acaba de acostumbrarse a vivir fuera de Palestina. Tienen un amor a la Patria furibundo. Los americanos tienden demasiado a tomar por indiscutibles todas las ventajas de América. Aquí una persona despierta cada día en una atmósfera de inseguridad y de tensión; no sabe si le arrebatarán aquello que representa todos los esfuerzos de su vida. Los judíos viven las veinticuatro horas del día con el pensamiento puesto en su país. Es el punto focal de su vida, el mismo justificante de su existencia.

—¿Quiere decir con esto que quizá no logre persuadir a la muchacha para que me acompañe?

—Quiero que se dé cuenta de que lucha con grandes probabilidades en contra.

Alguien llamaba a la puerta.

—Adelante.

Era David Ben Ami.

—*Shalom*, Harriet. *Shalom*, Kitty. Ari me ha dicho que quizá la encontraría aquí. ¿Acaso las interrumpo?

—No, hemos hablado ya de todo lo que nos interesaba. He destinado a Katherine a Gan Dafna.

—Magnífico. Se me ha ocurrido que sería una buena idea acompañarla por Mea Shearim cuando empiece el Sabbath.

—Una excelente idea, David.

—En tal caso será mejor que nos pongamos en marcha. ¿Quiere acompañarnos, Harriet?

—¿Quieres arrastrar por ahí este viejo saco de huesos? No por tu vida. Cuida de

que Katherine esté en mi piso dentro de un par de horas, a tiempo para comer.

Kitty se puso en pie, estrechó la mano de la anciana, le dio las gracias y se volvió hacia David. El joven se quedó mirándola.

—¿Ocurre algo, David? —preguntó la enfermera.

—Jamás la había visto vestida de gala. Está muy bella. —David se miró a sí mismo con aprensión—. Quizá yo no visto como debería para acompañarla a usted.

—Tonterías. Sólo trataba de impresionar a mi nuevo patrono.

—*Shalom*, chiquillo. Hasta luego.

A Kitty le gustaba que David hubiera ido a buscarla. Se sentía mejor en su compañía que en la de cualquier otro judío. Salieron de la Sociedad Sionista de Asentamiento y cruzaron hacia la calle de los Profetas. Kitty se cogió del brazo de David, pero parecía que era el joven el que había ido a ver cosas notables. Y en efecto, David redescubría nuevamente todo Jerusalén y gozaba como un niño.

—¡Qué hermoso es volver a estar en la patria! —dijo—. ¿Le gusta mi ciudad?

—¿Encontraré palabras? Me subyuga y hasta me espanta un poco.

—Sí, ésta es la sensación que me causa Jerusalén desde que era niño. Nunca deja de estremecerme y de obsesionarme.

—Ha sido usted muy amable destinándome una parte del tiempo que podía dedicar a su familia.

—Todavía no nos hemos reunido todos. Ya sabe usted que tengo seis hermanos. La mayoría pertenecen al Palmach. Y como yo soy el benjamín del grupo, celebraremos una reunión. Todos menos uno… A éste tendré que verle luego a solas.

—¿Está enfermo?

—Es un terrorista. Está con los Macabeos. Mi padre no le permite que entre en casa. Está con Ben Moshe, uno de los jefes. Ben Moshe fue mi profesor en la Universidad Hebrea. —David se paró para señalar en dirección al Monte Scopus, más allá del Centro Médico Hadassah y al otro lado del Valle de Cedrón—. La Universidad está allá.

—Usted la echa mucho de menos, ¿no es cierto?

—Sí, naturalmente. Algún día tendré ocasión de volver.

Mientras empezaba a obscurecer se oyó el sonido ronco de un cuerno.

—¡Sabbath! ¡Sabbath! —El grito se extendió por las calles.

El sonido del antiguo cuerno se oía por todo Jerusalén. David se puso un gorrito y acompañó a Kitty hacia la calle de Mea Shearim: las Cien Puertas de los ultra-ortodoxos.

—Aquí en Mea Shearim podrá mirar dentro de las sinagogas y verá a los hombres rezando de diferentes maneras. Algunos yemenitas rezan meciendo el cuerpo como si estuvieran de camino montados en un camello. Era su manera de replicar cuando a los judíos no se les permitía montar en camellos a fin de que no tuvieran la cabeza a

mayor altura que un musulmán.

—Es impresionante.

—Fíjese en los descendientes de los judíos españoles. Durante la Inquisición simulaban convertirse al catolicismo y rezaban las oraciones latinas en voz alta, pero al final de cada frase susurraban por lo bajo una oración hebrea.

Kitty se quedó muda al entrar en Mea Shearim. La calle estaba formada por viviendas de piedra de dos pisos que se comunicaban unas con otras, todas con barandales de hierro forjado en los balcones.

Los hombres llevaban barba y rizos sobre las orejas, sombreros con ribetes de piel y unos largos abrigos de satén negro. Había yemenitas vestidos a estilo árabe y kurdos y bokharanos y persas con abigarradas sedas. Todo el mundo salía del baño ritual haciendo oscilar el cuerpo con ritmo rápido, como si rezaran meciéndose.

En pocos momentos la calle se vació dentro de las sinagogas; que eran en su mayor parte salas pequeñas, y de las cuales había varias en cada manzana de casas. Había congregaciones de italianos, de afganos, de polacos, de húngaros, de marroquíes… La Mea Shearim se había poblado de canturreos de oraciones, de himnos del Sabbath y de las voces llorosas de los Hasidim que se azotaban hasta llegar al frenesí. Como a las mujeres no se les permitía la entrada en las salas de oración. David y Kitty tenían que contentarse mirando a través de las rejas de las ventanas.

¡Extrañas salas; extraña gente! Kitty se fijaba en grupos de hombres bordeando la histeria que se apiñaban alrededor del Sefer Tora, gimiendo y lamentándose. Veía las caras angélicas de los yemenitas, sentados con las piernas cruzadas sobre cojines, rezando en voz baja. Vio ancianos que echaban el cuerpo atrás y adelante al mismo tiempo que sus labios derramaban un chorro continuo de rezos hebreos leídos con voz monótona en unos ajados libros de oraciones. ¡Qué diferentes eran y qué alejados estaban de los gallardos mozos y de las hermosas mujeres que se veían en Tel Aviv!

—Tenemos judíos de todas clases —le dijo David Ben Ami—. He querido traerla aquí porque sé que Ari no lo habría hecho. El y muchos de los *sabras* les desprecian. Esos hombres nos meten en el gaznate una marca antigua de judaísmo. Son una fuerza reaccionaria, opuesta a lo que nosotros estamos tratando de llevar a cabo. Sin embargo, si uno vive en Jerusalén como yo he vivido, aprende a tolerarlos y a darse cuenta de los horribles acontecimientos que han ocurrido en el pasado para empujar a la gente a un fanatismo tal.

Ari Ben Canaan aguardaba cerca de la Iglesia Griega, en el sector ruso. Oscurecía. Bar Israel apareció como salido de la nada. Ari le siguió hasta una callejuela donde esperaba un taxi. Subieron y Bar Israel sacó un gran pañuelo negro.

—¿Debo someterme a eso?

—Yo tengo toda la confianza en usted, Ari, pero órdenes son órdenes.

Con los ojos cubiertos por el pañuelo Ari tuvo que tenderse en el suelo del coche y Bar Israel le cubrió con una manta. Durante veinte minutos largos el vehículo fue de un lado para otro dando vueltas y zigzags a fin de desorientar a Ari; luego puso rumbo hacia el distrito de Katamon cerca de la antigua colonia germana. El taxi se detuvo. Ari fue ganando rápidamente hacia el interior de una casa y luego introducido en una habitación. Entonces le dijeron que podía quitarse el pañuelo.

El cuarto estaba completamente desnudo salvo por una sola silla y una sola mesa, en la que ardía una vela y sobre la que había una botella y dos vasos. Los ojos de Ari tardaron unos largos momentos en habituarse a la obscuridad. Su tío Akiva estaba frente a él, al lado de la mesa. La barba y el cabello se le habían vuelto blancos como la nieve. Tenía la cara arrugada y el cuerpo inclinado. Ari se le acercó muy despacio y se detuvo a un paso.

—Hola, tío —dijo como saludo.

—¡Ari, hijo mío!

Los dos hombres se abrazaron. El de más edad tenía que hacer un gran esfuerzo para dominar la emoción, que le ponía un nudo en la garganta. Luego Akiva levantó la vela, la acercó a la cara de Ari y sonrió.

—Tienes buen aspecto, Ari. En Chipre hiciste un trabajo excelente.

—Gracias.

—Según me han dicho, has venido con una chica.

—Una mujer americana que nos ayudó. En realidad no es una amiga nuestra. ¿Qué tal se encuentra, tío?

Akiva se encogió de hombros.

—Todo lo bien que es de esperar viviendo escondido. Hace demasiado tiempo que no te veía, Ari…, demasiado tiempo. Más de dos años. Cuando Jordana estudiaba en la Universidad era bonito. La veía todas las semanas. Ahora tendrá cerca de los veinte años. ¿Cómo está? ¿Sigue prendada de aquel chico?

—¿De David Ben Ami? Sí, están muy enamorados. David estaba conmigo en Chipre. Es uno de nuestros jóvenes que más prometen.

—Tiene un hermano Macabeo, ya lo sabes. Ben Moshe le daba lecciones en la Universidad. Quizá algún día tenga ocasión de conocerle.

—Naturalmente.

—Me han dicho que Jordana trabaja en el Palmach.

—Sí, es la encargada de instruir a los muchachos de Gan Dafna y actúa en la radio móvil cuando transmite desde nuestro sector.

—En tal caso ira a menudo por mi *kibbutz*. Verá Ein Or con gran frecuencia.

—Sí.

—¿No dice… no dice nunca qué aspecto tiene?

—Ein Or siempre está precioso.

—Quizá un día pueda verlo. —Akiva se sentó junto a la mesa y llenó, con mano insegura, dos copas de coñac. Ari cogió una de las copas, y brindaron.

—*Le chaim* —dijo el sobrino. Luego añadió—: Ayer estuve con Avidan, tío, y me enseñó el orden de combate de los ingleses. ¿Lo ha visto su gente?

—Tenemos amigos en el Intelligence Service inglés.

Akiva se puso en pie y empezó a pasear muy despacio por la habitación.

—Haven-Hurst se propone barrer mi organización —dijo al cabo de unos instantes—. Los ingleses se han lanzado a la destrucción de los Macabeos. Someten al tormento a nuestros prisioneros, nos llevan a la horca, han desterrado a todos nuestros mandos. Y como si no hubiera bastante con que seamos los únicos que tenemos valor para luchar contra los ingleses, hemos de luchar también contra los traidores que surgen entre nuestro mismo pueblo. Ah, sí, Ari…, sabemos que el Haganah nos ha delatado.

—Esto no es cierto —replicó Ari, pasmado.

—¡Lo es!

—¡No! Hoy mismo en el Yishuv Central, Haven-Hurst pedía que los judíos destruyesen a los Macabeos y ellos se han negado otra vez.

El paso de Akiva cobraba rapidez; su furor iba en aumento.

—¿De dónde crees que sacan las informaciones los ingleses sino del Haganah? Esos cobardes del Yishuv Central dejan que sean los Macabeos quienes den la sangre y la vida. Esos cobardes traicionan, y traicionan. ¡Con astucia, sí! ¡Pero traicionan!

—No tolero estas palabras, tío. Muchos de los que pertenecemos al Haganah morimos de ganas de luchar. Y ellos nos contienen hasta que casi estallamos, pero es que no podemos destruir todo lo que se ha levantado con tanto esfuerzo.

—¡Dilo claro! ¡Nosotros sí destruimos!

Ari apretó los dientes y pegó la lengua al paladar. El viejo seguía acusando. De pronto, se interrumpió y dejó caer los brazos.

—Soy un maestro en armar disputas hasta cuando no quisiera que las hubiese.

—No se preocupe, tío.

—Lo siento, Ari… Ea, bebe otro trago, por favor.

—No, gracias.

Akiva se volvió de espaldas y murmuró:

—¿Cómo está mi hermano?

—Cuando le dejé estaba bien. Ahora se encontrará camino de Londres para tomar parte en las conferencias.

—Sí, mi querido Barak. Él hablará. Él hablará hasta el fin. —Akiva se humedeció los labios, dudando—. ¿Sabe que tú y Jordana venís a verme?

—Creo que sí.

Akiva miró a su sobrino. Su cara expresaba el pesar que roía sus entrañas.

—¿Acaso…, acaso pregunta alguna vez por mí?

—No.

Akiva soltó una breve carcajada de dolor, se dejó caer en la silla y se sirvió más coñac.

—¡Lo que son las cosas! Yo era siempre el que me enfurecía y Barak era siempre el que perdonaba. Ari, empiezo a sentirme muy cansado. Un año, otro año, no sé cuánto durará. Nada puede remediar el mal que nos hemos hecho el uno al otro. Pero su corazón tendría que obligarle a romper este silencio. Ari, tu padre debe perdonarme por el recuerdo de nuestro padre.

## CAPÍTULO III

Un centenar de campanas de las iglesias de la Ciudad Vieja y del Valle de Cedrón y del Monte de los Olivos y de Monte Sión cantaba a coro con el carillón del YMCA. Era domingo en Jerusalén, el Sabbath cristiano.

David Ben Ami llevó a Kitty a la Ciudad Vieja y pasando por la ornamental Puerta de Damasco y por la Vía Dolorosa —el Camino de la Cruz— fueron a la puerta de San Esteban que miraba sobre el Valle de Cedrón y las tumbas de Zacarías, Absalón y María y desde la que se veía el Monte de los Olivos, escenario de la Ascensión.

Recorrieron callejuelas estrechas, cruzaron el bazar árabe, contemplaron las diminutas tiendas y escucharon el griterío de compradores y vendedores. En la Cúpula de la Roca, la Mezquita de Omar, un millar de pares de zapatos cubrían los escalones. Ancianos y barbudos judíos estaban de pie llorando delante del Muro de los Lamentos de su gran templo.

«¡Qué extraño país! —murmuró para sí nuevamente Kitty Fremont—. Aquí, tan lejos, en estos montes pelados, el punto de confluencia de un centenar de civilizaciones en el transcurso de millares de años. ¿Y por qué de entre toda la tierra, por qué este punto, por qué esta calle, por qué este muro, por qué este templo? Romanos y cruzados y griegos y turcos y árabes y sirios y babilonios e ingleses en la ciudad de los maltratados judíos. Una ciudad santa, una ciudad sagrada, una ciudad maldita. Todo lo que hay en el hombre de fuerza y de debilidad, todo lo que tiene de bueno y todo lo que tiene de malo, aquí está personificado. Calvario y Getsemaní. La sala de la Ultima Cena. La última cena de Jesús, una conmemoración de la Pascua Judía…».

David llevó a Kitty al Santo Sepulcro, al lugar de la crucifixión y a la pequeña capilla iluminada con decoradas lámparas colgantes con las velas que ardían perpetuamente sobre la tumba de mármol de Jesucristo. Kitty se arrodilló al lado de la tumba y depositó en ella un beso que se sumó a los millones de besos (que han llegado a desgastar su piedra) de otros tantos millones de peregrinos.

A la mañana siguiente, Ari y Kitty dejaron Jerusalén y continuaron hacia el Norte, penetrando en Galilea. Cruzaron los poblados árabes, insensibles al tiempo, internándose por la alfombra de fertilidad que era el Valle de Jezrael, que los judíos habían transformado de un terreno pantanoso que era antes en la comarca más fértil de todo el Oriente Medio. Cuando la carretera salió de Jezrael para entrar en Nazaret, volvieron a retroceder en el tiempo. En una parte del monte, los campos lozanos de Jezrael; en la otra, los campos secos, requemados por el sol, de los árabes. Nazaret estaba casi igual a como debió de encontrarlo Jesús en su juventud.

Ari paró en el centro de la población. Al bajar del coche alejó de sí a un grupo de pilluelos árabes; pero uno de éstos insistió en sus pretensiones.

—¿Quiere guía?

—No.

—¿Recuerdos? Tengo madera de la Cruz, tela de la Túnica…

—Vete.

—¿Estampas obscenas?

Ari quiso alejarse del chiquillo, pero éste se le cogió a los pantalones.

—Quizá le gustaría mi hermana. Es virgen.

Ari le arrojó una moneda.

—Guarda el coche aún a costa de tu vida.

Nazaret despedía un olor horrible. Las calles estaban llenas de estiércol y de mendigos ciegos que formaban un coro de lamentos. Unos niños descalzos, sucios, andrajosos rodaban por el suelo. Las moscas lo cubrían todo. Kitty se cogía con fuerza al brazo de Ari mientras daban rodeos por el bazar dirigiéndose al sitio que se creía había sido la cocina de María y la carpintería de José.

Al salir de Nazaret, Kitty manifestó su extrañeza: era una población horrible.

—Por lo menos los árabes que viven ahí reciben bien a los visitantes —dijo Ari —. Son cristianos.

—Son cristianos que necesitan un baño.

Pararon de nuevo en Kfar Kanna, en la iglesia donde Cristo realizó su primer milagro: el de convertir el agua en vino. La iglesia estaba enclavada en un poblado árabe bonito, pero ajeno al transcurso del tiempo.

Kitty trataba de digerir todo lo que había visto durante aquellos días. Estaba en un país poco extenso, pero cada uno de cuyos palmos de terreno era morada de fantasmas sangrientos o gloriosos. En ciertos momentos uno se quedaba cohibido por el efluvio sagrado de aquella tierra; en otros, el entusiasmo se convertía en revulsión. En algunos de los lugares santos se quedó muda y como amedrentada; en otros se quedó con la fría sospecha del que contempla un juego de azar en un carnaval. Allí se mezclaban los judíos plañideros de Mea Shearim y la refinería ardiendo. Allí había los agresivos *sabras* de Tel Aviv y los labradores de Jezrael. Lo antiguo y lo nuevo vivían en apretado contacto. En cada esquina se topaba con paradojas y contradicciones.

Era muy entrada la tarde cuando Ari cruzó la puerta exterior de Yad El y paró delante de una casita adornada de flores.

—¡Oh, Ari, qué hermoso es esto! —exclamó Kitty.

La puerta de la casa se abrió y salió Sarah Ben Canaan corriendo.

—¡Ari! ¡Ari! —gritó, arrojándose a sus brazos.

—*Shalom, ema.*

—Ari, Ari, Ari…

—Vamos, no llore, *ema*… Ssitt, no llore, no llore.

Kitty vio al macizo Barak Ben Canaan salir precipitadamente y rodear a su hijo entre sus brazos.

*—Shalom, abba, shalom…*

El viejo gigante no se separaba de su hijo, y dándole repetidas palmadas en la espalda iba diciendo:

—Tienes buen aspecto, Ari, tienes buen aspecto.

Sarah examinó con atención la cara de su hijo.

—Está cansado. ¿No lo ves, Barak, cuán cansado está?

—Estoy muy bien, *ema*. Le presento a mistress Katherine Fremont. Mañana empezará a trabajar en Gan Dafna.

—¿De modo que usted es Katherine Fremont? —exclamó Barak, aprisionando la mano de la enfermera entre sus zarpas de gigante—. Bienvenida a Yad El.

—Ari, eres un tonto incorregible —dijo Sarah—. ¿Por qué no nos telefoneaste diciendo que traías a mistress Fremont? Entren, entren…, se ducharán, se cambiarán de ropas, les prepararé un poco de comida y luego se sentirán mejor. Ah, qué tonto eres, Ari. —Sarah rodeó a Kitty por la cintura y la acompañó hacia la vivienda—. ¡Barak! Entra el equipaje de mistress Fremont.

Jordana Ben Canaan estaba en el teatro al aire libre, delante de los muchachos del «Exodo», recién llegados allí. Era una muchacha alta y erguida, de porte estatuario y piernas bien formadas. Con su mata de rojo pelo descendiéndole suelto hasta más abajo de los hombros, Jordana tenía una belleza a la vez clásica y llamativa. Contaba diecinueve años de edad y pertenecía al Palmach desde que había salido de los estudios universitarios. El Palmach la había destinado a Gan Dafna al mando de la unidad encargada de instruir militarmente a todos los muchachos y muchachas de la población que pasasen de los catorce años. Gan Dafna era, además, uno de los centros principales donde esconder armas y desde donde repartirlas luego sigilosamente por todas las colonias del valle. Por otra parte, Jordana trabajaba también en la emisora móvil y secreta «La Voz de Israel», cuando transmitía desde el Huleh. Jordana vivía en Gan Dafna, en la misma habitación que le servía de oficina.

—Yo soy Jordana Ben Canaan —les dijo a los niños del «Exodo»—. Soy vuestra comandante de aquí, de Gan Dafna. Durante las próximas semanas aprenderéis a recoger informaciones secretas, a llevar mensajes, a limpiar y a manejar armas, practicaréis la esgrima y haremos varias excursiones por el campo. Ahora estáis ya en Palestina, y en lo sucesivo no tendréis que bajar nunca más la cabeza ni dar pábulo al miedo por haber nacido judíos. Trabajaremos intensamente, porque Eretz Israel os necesita. Mañana haremos la primera excursión. Iremos hasta los montes del norte, hasta Tel Hai. Hace casi sesenta años, mi padre entró en Palestina por Tel Hai. Allí es

donde murió nuestro gran héroe Joseph Trumpledor; allí está enterrado y allí, cerca del cementerio hay un gran león de piedra que mira hacia el Huleh, del mismo modo que la estatua de Dafna también mira abajo, al Huleh. Sobre el león están escritas estas palabras: «Es hermoso morir por la Patria». Yo añadiría las siguientes: «Es hermoso tener una patria por la cual morir».

Unos momentos después, cuando entraba en el edificio de la administración, sonó el timbre del teléfono. Jordana levantó el receptor.

—¡*Shalom*! Jordana al aparato.

—¡*Shalom*! ¡Soy *ema*! ¡Ari está en casa!

—¡Ari!

La joven salió corriendo de la oficina y se fue al establo. Unos segundos después, montaba el caballo blanco de su padre que cruzaba la entrada de Gan Dafna como una exhalación. Lanzada al galope por el camino de Abu Yesha, su rojo cabello parecía una llama flotando en el aire que siguiese tras ella.

Al pasar a toda carrera por la calle mayor del poblado árabe, una docena de personas tuvieron que despejar el paso a toda prisa para no ser arrolladas. Los parroquianos del café se volvían a mirarla con una mueca de desprecio. ¡Vaya prostituta descarada había de ser aquella perra pelirroja para atreverse a cruzar sus calles vistiendo pantalón corto! ¡Tenía suerte de ser la hija de Barak y la hermana de Ari!

Ari cogió a Kitty de la mano y la acompañó hacia la puerta.

—Venga —le dijo—. Quiero enseñarle parte de la hacienda antes de que obscurezca.

—¿Ha comido bastante, mistress Fremont?

—Estoy a punto de estallar.

—¿Le parece confortable la habitación?

—Me encuentro estupendamente acomodada, mistress Ben Canaan.

—Bien, no tarden demasiado. La comida estará preparada para cuando Jordana llegue de Gan Dafna. —Sarah y Barak siguieron a la pareja con la mirada, luego se miraron el uno al otro—. Es hermosa. Pero ¿vale para Ari?

—Deja ya de ser una *viddische*, mamá. No te pongas a formar un *shiddoch* para Ari —contestó Barak.

—¿Qué estás diciendo, Barak? ¿No has visto que él la quiere? ¿Todavía no conoces a tu hijo? ¡Ah, está tan cansado!

Ari y Kitty cruzaron el jardín lindante con la pared lateral de la casa hasta llegar a la poco elevada valla de largueros. Ari apoyó el pie sobre el madero y se puso a contemplar los campos del *moshav*. Los surtidores del riego por aspersión iban girando, y las plantas se estremecían bajo el soplo de la brisa del atardecer. La fragancia de las rosas de invierno de Sarah perfumaba el aire. Kitty observaba a su

compañero mientras éste contemplaba los campos. Por primera vez desde que le conocía, Ari parecía perfectamente sosegado y tranquilo. «Son momentos raros en él», pensó Kitty, acordándose del breve período de paz vivido en Jerusalén.

—Me temo que no se parecerá mucho a su Indiana —dijo entonces Ari.

—Vale de sobras.

—Ah…, ustedes no tuvieron que sacar Indiana de una charca.

Ari quería decir mucho más. Quería hablarle a Kitty de cuán grande y profundo era su deseo de volver a casa y trabajar su tierra. Quería suplicarle que comprendiese lo que significaba para su pueblo poseer campos como aquéllos.

Inclinada sobre la valla, Kitty fijaba la mirada en el bello cuadro, en la orgullosa victoria que representaba Yad El. Kitty tenía una hermosura luminosa. Ari hervía en deseos de cogerla y estrecharla entre sus brazos. Pero no hizo ni dijo nada. Luego se alejaron en dirección de los corrales, donde el cacareo de las gallinas y el graznido de un ánade vinieron a herir sus oídos. Ari abrió la puerta y vio que tenía un gozne roto.

—Esto necesita remiendo —dijo—. Hay que remendar un montón de cosas. Yo estoy fuera continuamente y Jordana también. Mi padre tiene que ausentarse una y otra vez para asistir a conferencias. Me temo que la hacienda Ben Canaan ha pasado a depender de la población; todo el *moshav* queda encargado de mantenerla a flote. Algún día estaremos todos reunidos en casa…, entonces verá usted algo bueno.

Ari y la visitante se pararon junto a una pocilga en la que había una cerda tendida en el cieno, roncando, mientras una docena de cerditos glotones se peleaban para cogerse a las tetas.

—Son zebras —dijo Ari.

—Si no conociera de antiguo esta clase de ganado, diría que no son zebras, sino cerdos lo que estoy mirando —respondió Kitty.

—Sssittt…, no hable tan alto. Podría oírnos algún indiscreto. No nos está permitido criar zebras… en el territorio nacional judío. Los niños de Gan Dafna las llaman pelícanos. En los *kibbutz* son más realistas y las llaman camaradas.

Ari y Kitty dejaron atrás las cuadras, el gallinero y el almacén de la maquinaria y salieron hasta la orilla de los campos.

—Desde aquí puede ver Gan Dafna. —Así diciendo, Ari se situó detrás de su amiga, señalando con el brazo en dirección a las montañas contiguas a la frontera libanesa.

—¿Aquellas casas blancas?

—No, aquello es un pueblo árabe llamado Abu Yesha. Mire hacia la derecha del pueblo y mucho más arriba, allá donde se ven aquellos árboles, en la altiplanicie.

—Ah, sí, ahora lo veo. ¡Canastos, si parece que flota arriba de la atmósfera! ¿Qué es aquel edificio que se ve detrás, en la misma cima del monte?

—Fort Ester, un puesto fronterizo de los ingleses. Venga. Quiero enseñarle otra

cosa todavía.

Mientras caminaban a campo traviesa acercábase ya el crepúsculo y el sol se divertía vaciando su paleta de colores sobre las montañas. Pronto llegaron a un espacio de arbolado, en el lindero de los campos, donde un curso de agua se deslizaba rápidamente hacia el Lago de Huleh.

—La gente de color de los Estados Unidos canta hermosos «espirituales» sobre este río —afirmó Ari.

—¿Es el Jordán?

—Sí.

Ari se había acercado a Kitty. Hombre y mujer se miraban con expresión solemne.

—¿Le gusta esto? ¿Le gustan mis padres?

Kitty movió la cabeza afirmativamente y se quedó esperando que él la estrechase entre sus brazos. Las manos de Ari se posaron sobre sus hombros…

—¡Ari! ¡Ari! ¡Ari! —gritó una voz en la distancia.

Ari soltó a Kitty y se volvió. Sobre el fondo del sol poniente, un caballo y un jinete galopaban hacia ellos. Pronto distinguieron bien la figura erguida y el cabello llameante de aquel jinete, que no era jinete sino amazona.

—¡Jordana!

La muchacha detuvo en un corto trecho al caballo, que echaba espuma por la boca, levantó los brazos lanzando un grito de regocijo y se arrojó sobre Ari con tal violencia que ambos rodaron por el suelo. Jordana trepó encima de su hermano y le cubrió la cara de besos.

—Basta ya —protestaba él.

—¡Ari! ¡Te quiero tanto que te comería!

En seguida se puso a hacerle cosquillas y volvieron a rodar forcejeando. Ari tuvo que amarrarla contra el suelo para que se estuviera quieta. Kitty los miraba divertida. De pronto, Jordana vio a la forastera y su cara adquirió una expresión glacial. Ari, acordándose de la presencia de Kitty, sonrió confuso y ayudó a su hermana a ponerse en pie.

—Le presento a mi sobrexcitada hermanita. Creo que me ha confundido con David Ben Ami.

—Hola, Jordana —saludó Kitty—. Como David la ha nombrado muchas veces, me da la impresión de que ya la conocía.

Y le ofreció la mano.

—Usted es Katherine Fremont. También yo la había oído nombrar a usted.

El apretón de manos fue frío. Kitty se quedó pasmada. Jordana se volvió rápidamente, cogió la brida del caballo y echó a caminar hacia la casa. Ari y Kitty la siguieron. Al cabo de unos instantes Jordana volvió la cabeza para preguntar a su

hermano:

—¿Has visto a David?

—Pasa unos días en Jerusalén. Me ha dicho que esta noche te hablará por teléfono y que a fines de semana vendrá acá, a menos que prefieras ir tú a Jerusalén.

—Habiendo llegado esos chiquillos nuevos a Gan Dafna no puedo ir.

Ari guiñó el ojo a Kitty y dirigiéndose a Jordana, prosiguió:

—Ah, te diré incidentalmente que en Tel Aviv hablé con Avidan y me dijo algo de…, veamos si me acuerdo…, ah, sí, de trasladar a David a la Brigada Galilea de Ein Or.

Jordana giró sobre sus talones. Sus azules ojos se abrieron de par en par y estuvo unos momentos sin poder articular ni una sola palabra.

—Ari, ¿lo dices de veras? ¿No te estarás burlando de mí?

Ari se encogió de hombros.

—¡Vaya chica tonta!

—¡Ah, te pegaría! ¿Por qué no me lo dijiste al momento?

—No sabía que fuese una cosa tan importante.

Jordana parecía a punto de arrojarse otra vez encima de Ari para pelear con él, pero, evidentemente, la presencia de Kitty la refrenó.

—¡Qué feliz soy! —exclamó.

Kitty se vio en la necesidad de engullir una comida más; al comprender claramente que su negativa amenazaba con crear un incidente internacional, hasta se esforzó cuanto pudo. Terminada la comida, Sarah trajo otras mesas llenas de manjares diversos para los visitantes que llegarían al poco rato.

Aquella noche casi todos los habitantes de Yad El visitaron el hogar de Ben Canaan para saludar a Ari y satisfacer la curiosidad que había despertado en ellos la presencia de la enfermera americana. Los visitantes hacían excitados comentarios en hebreo entre ellos, hablando en voz baja. Formaban un grupo de gente tosca y acogedora que realizaba un sobreesfuerzo por dar a Kitty la sensación de que estaba en casa de unos aristócratas. Ari no se apartó en toda la velada de la vera de su amiga con objeto de protegerla de un posible torrente de preguntas; pero se quedó maravillado de la naturalidad y soltura con que Kitty sabía producirse en medio del grupo que la asediaba.

A medida que avanzaba la noche, Jordana manifestaba más abiertamente la frialdad que ya en el primer momento le había demostrado a Kitty. Ésta adivinaba perfectamente la hostilidad de la joven judía. Casi le parecía poder leer sus pensamientos…: «¿Qué clase de mujer es ésa que quiere adueñarse de mi hermano?».

Y esto era, por cierto lo que Jordana Ben Canaan pensaba al ver a Kitty comportándose a la perfección para dejar fascinados a los labradores de Yad El. Kitty tenía el mismo aspecto de todas las muelles, blancas e inútiles esposas de los oficiales

ingleses, que se pasaban los días bebiendo té y charlando entre ellas en el «Hotel Rey David».

Era muy tarde cuando se marchó el último huésped y Ari y Barak pudieron hablar a solas. Por largo rato la finca fue el tema de su conversación. A pesar de sus ausencias marchaba satisfactoriamente. El *moshav* cuidaba de que no quedara nada abandonado durante los largos y frecuentes períodos que Ari, Jordana y Barak tenían que pasar fuera.

Barak paseó una mirada por el aposento buscando entre los restos del convite si había quedado alguna botella con algo de coñac. Cuando la hubo encontrado, llenó una copa para su hijo y otra para sí. Entonces se sentaron y estiraron las piernas buscando la mayor comodidad.

—Bien, ¿qué me cuentas de tu mistress Fremont? Todos estallamos de curiosidad.

—Lamento desilusionarles. Está en Palestina porque se interesa mucho por una chica que vino en el «Exodo». Creo que tiene grandes deseos de adoptarla por hija. Y nos hemos hecho amigos.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Me gusta, Ari. Me gusta muchísimo, pero no es de nuestra clase. ¿Hablaste con Avidan en Tel Aviv?

—Sí. Me quedaré en la sección del Palmach de Huleh; probablemente en Ein Or. Quiere que vea cuál es la potencia de cada población.

—Esto está bien. Has pasado tanto tiempo fuera que a *ema* le beneficiará mucho poder cuidarte una temporadita.

—Y usted, padre, ¿qué?

Barak se acarició la roja barba y bebió un sorbito de coñac.

—Avidan me ha pedido que vaya a Londres, a tomar parte en las conferencias.

—Me lo figuraba.

—Por supuesto, es preciso que sigamos refrenándonos y combatiendo para conseguir una victoria política. El Yishuv no puede buscar una solución final en el terreno militar; por lo tanto, yo iré a Londres y veré de añadir mi granito de arena. Me sabe mal tener que confesarlo, pero estoy llegando a la conclusión de que los ingleses nos traicionarán por completo.

Ari se levantó y empezó a pasearse por la estancia. Casi le pesaba que Avidan no le hubiese destinado para otro puesto. Por lo menos cuando tenía las veinticuatro horas del día ocupadas en dar remate a una labor no le quedaba tiempo para pensar en las amargas realidades que amenazaban con aplastar al Yishuv.

—Convendría que fueses a Abu Yesha a entrevistarte con Taha, hijo.

—Me ha sorprendido no verle aquí esta noche. ¿Pasa algo?

—Ni más ni menos que lo que pasa en todo el país. Durante veinte años hemos

vivido en paz con los moradores de Abu Yesha. Mi amistad con Kammal duró medio siglo. Ahora… existe una especie de frialdad. Les conocemos a todos por sus respectivos nombres, hemos visitado sus casas y ellos han asistido a nuestras escuelas. Nos hemos encontrado en la boda… Sí, Ari, son nuestros amigos. Sea lo que fuere lo que se haya torcido hay que enderezarlo.

—Mañana, después de acompañar a Kitty Fremont a Gan Dafna, iré a verle.

Ari se apoyó en las estanterías llenas de clásicos en hebreo, inglés, francés, alemán y ruso. Estuvo unos momentos pasando los dedos sobre los volúmenes atormentado por la duda; luego se volvió de pronto y miró a su padre cara a cara.

—En Jerusalén vi a tío Akiva.

Barak se puso erguido como si hubiera recibido un golpe. Sus labios se entreabrieron un instante movidos por un impulso automático, pero en seguida reprimió las palabras que habrían preguntado por la salud de su hermano.

—No quiero hablar de él bajo este techo —contestó, con calma.

—Ha envejecido mucho. Ya no vivirá mucho tiempo. Y suplica por la memoria de su padre que usted le perdone.

—¡No quiero ni hablar de ello! —gritó Barak, con un temblor en la voz.

—¿No son bastantes quince años de silencio?

Barak enderezó su elevada figura y clavó la mirada en los ojos de su hijo.

—Él volvió a un judío contra otro judío. Y ahora sus Macabeos vuelven a los habitantes de Abu Yesha contra nosotros. Dios quizá le perdone, pero yo nunca le perdonaré… Nunca.

—¡Escúcheme, por favor!

—Buenas noches, Ari.

A la mañana siguiente, Kitty se despidió de la familia Ben Canaan y Ari la llevó por la carretera de montaña que conducía a Gan Dafna. Al pasar por Abu Yesha, Ari se paró un momento para encargar que dijesen a Taha que dentro de una hora, poco más o menos, estaría de regreso.

A medida que el coche trepaba montañas arriba, la impaciencia de Kitty por ver a Karen crecía a cada momento, pero también a cada momento parecía como si Gan Dafna le causase mayor aprensión. Jordana Ben Canaan, ¿estaría representando el papel de una hermana celosa, o habría sido la avanzadilla de una gente que se mostraría hostil debido a las diferencias que la separaban de ellos? Harriet Saltzman habíale advertido que era una extranjera que no tenía nada que hacer en Palestina. Todo el mundo y hasta todas las cosas parecían poner de relieve la diferencia que la distinguían de aquella gente. Jordana la sacaba de quicio. Kitty había tratado de mostrarse cortés y sociable con todo el mundo, pero quizá por debajo de las primeras apariencias había establecido una línea de separación sin saber disimularlo por completo. «Yo soy lo que soy —pensó entonces—, y vengo de un país en donde a la

gente se la juzga por lo que es».

A medida que se internaba en la soledad sentíase abandonada y triste.

—Yo tendré que marcharme en seguida —dijo Ari.

—¿Nos veremos alguna vez? —preguntó Kitty.

—De tarde en tarde. ¿Desea volver a verme, Kitty?

—Sí.

—En tal caso procuraré complacerla.

Doblaron el último recodo y ante sus ojos abrióse la altiplanicie de Gan Dafna. El doctor Lieberman, la orquesta de la población, el personal, el profesorado y los cincuenta chiquillos del «Exodo», todos se habían reunido en el césped del centro, alrededor de la estatua de Dafna. Todos hicieron objeto a Kitty Fremont de una acogida cálida y espontánea. En aquel preciso momento los temores de la enfermera americana se desvanecieron por completo. Karen corrió a su encuentro, la abrazó y le regaló un ramillete de rosas de invierno. Un segundo después, Kitty se vio rodeada de «sus» muchachos del «Exodo». Sin embargo, hasta que Ari hubo desaparecido tuvo la cabeza vuelta atrás, siguiéndole con la mirada.

Terminada la ceremonia de bienvenida, el doctor Lieberman y Karen acompañaron a Kitty hacia una avenida flanqueada de árboles en la que se alineaban las hermosas casitas de dos y tres habitaciones destinadas al personal. A mitad de la avenida se pararon delante de una, revocada de estuco blanco y escondida bajo un diluvio de flores.

Karen subió corriendo al porche para abrir la puerta y se quedó conteniendo el aliento mientras Kitty entraba con paso calmoso.

La combinación de salita y alcoba resultaba muy sencilla, pero de mucho gusto. Los cortinajes y el cobertor de la cama eran de gruesa tela tejida en el Negeb y la habitación quedaba casi llena a rebosar de flores recién cortadas. Los chiquillos del «Exodo» habían colocado de un ángulo a otro de la habitación un papel con unas letras recortadas que decían: «SHALOM, Kitty». Karen corrió hacia la ventana y descorrió la cortina dejando al descubierto una vista panorámica del fondo del valle, situado trescientos metros más abajo. La vivienda constaba, además, de otro cuartito, de un estudio, de una cocina y de un cuarto de baño. Todo estaba convenientemente adornado. Kitty sonrió de buena gana.

—Hala, hala, hala —dijo el doctor Lieberman, apartando a Karen de la puerta—. Ya verás a mistress Fremont más tarde… Hala, hala.

—Adiós, Kitty.

—Adiós, cariño.

—¿Le gusta su alojamiento? —preguntó el doctor Lieberman.

—Estaré muy bien aposentada.

El doctor Lieberman se sentó en el borde de la cama.

—Cuando sus chiquillos del «Exodo» supieron que venía usted a Gan Dafna, se pusieron a trabajar día y noche. Ellos pintaron la casita; ellos hicieron los cortinajes y ellos trajeron las plantas. Todas las plantas de Gan Dafna están en su jardín. ¡Ah, qué alboroto armaron! La quieren en exceso.

Kitty estaba profundamente conmovida.

—No sé por qué.

—Los pequeños conocen por instinto a sus amigos. ¿Le gustaría ver Gan Dafna ahora?

—Sí, me encantaría.

Kitty aventajaba en estatura al doctor Lieberman en toda la longitud de la cabeza. Mientras se dirigían hacia los edificios de la administración, el hombrecito caminaba unas veces con las manos enlazadas sobre la espalda, otra tentándose los bolsillos, buscando cerillas para encender la pipa.

—Yo vine de Alemania en 1933. Me figuro que supe adivinar muy temprano lo que iba a suceder. Mi esposa falleció poco después de haber llegado aquí. Estuve en la Universidad enseñando Humanidades hasta 1940, en cual fecha Harriet Saltzman me pidió que subiera acá a fundar un poblado para la Aliyah Juvenil. Precisamente era ésta la ilusión que acariciaba yo desde hacía varios años. El difunto muktar de Abu Yesha, un hombre generoso de verdad, nos regaló toda esta altiplanicie. Ojalá que las relaciones que teníamos con él sirvieran de modelo a todos los judíos y a todos los árabes. ¿Tiene una cerilla?

—No. lo siento; aquí no traigo ninguna.

—No le importe; fumo demasiado. —Con esto llegaron al césped del centro, desde donde se gozaba de la mejor perspectiva del Valle de Huleh, y el doctor Lieberman anunció—: Los campos de cultivo los tenemos abajo, en el fondo del valle. Es un terreno que nos regaló el *moshav* de Yad El. —Al llegar delante de la estatua se detuvieron—. Ésta es Dafna. Era una muchacha de Yad El que murió formando parte del Haganah. Era la novia de Ari Ben Canaan. Nuestro poblado lleva su nombre.

Kitty sintió el zarpazo de… Sí, los celos. El poder de Dafna perduraba allí hasta en escultura. Veía en el bronce aquel vigor sano y terreno de una Jordana Ben Canaan y de las otras campesinas que habían estado en casa de Ari la noche anterior.

El doctor Lieberman hizo un gesto circular con ambos brazos.

—Por todas direcciones nos encontramos rodeados de historia. Al otro lado del valle puede usted ver Monte Hermón, cerca del cual se halla el emplazamiento de la antigua Dan. Y así podría continuar una hora seguida… Todo está saturado de pasado.

El hombrecito jorobado paseó una cariñosa mirada por aquello que había creado su iniciativa. Luego cogió a Kitty del brazo y continuaron andando.

—Nosotros los judíos hemos creado en Palestina una civilización singular. En casi cualquiera otra parte del mundo, la cultura ha nacido casi siempre en las grandes ciudades. Aquí ha sucedido exactamente al revés. El anhelo eterno del pueblo judío por poseer tierras es tan grande que toda nuestra herencia espiritual nace de ahí. Nuestra música, nuestra poesía, nuestro arte, nuestros eruditos y nuestros soldados proceden del *kibbutz* y del *moshav*. ¿Ve esas villas de los niños?

—Sí.

—Se fijará usted en que todas las ventanas dan a los campos del valle a fin de que lo primero que vean por la mañana y lo último que miren por la noche sea el terreno que les pertenece. La mitad de las enseñanzas que se dan aquí tienen por objetivo la agricultura. De esta población han salido ya varios grupos a empezar *kibbutzim* nuevos, o a unirse a otros ya existentes. En lo tocante a la alimentación nos bastamos a nosotros mismos. Poseemos vacas de leche, aves de corral y ganado. Incluso tejemos gran parte de las telas que usamos. Nos hacemos los muebles y reparamos la maquinaria en talleres propios. Todo esto lo hacen los niños; los cuales se gobiernan a sí mismos. Y hay que señalar que se gobiernan muy bien.

Llegaron al extremo más alejado del espacio verde. Allí, delante mismo de los edificios administrativos, el hermoso césped quedaba interrumpido por una larga trinchera que rodeaba todo el sector. Kitty miró a su alrededor y divisó otras trincheras y un refugio contra las bombas.

—Esto es muy feo —dijo el doctor Lieberman—, y nuestros chiquillos sienten una adoración demasiado grande por los guerreros. Me temo que estas cosas durarán hasta que hayamos conseguido la independencia y podamos asentar nuestra vida en algo más humano que las armas.

Mientras caminaban por la orilla de la trinchera a Kitty la intrigó un curioso fenómeno. Las excavaciones defensivas pasaban cerca de algunos árboles achaparrados. Una de las trincheras la habían abierto tan cerca de las raíces de uno de ellos que éstas habían quedado al descubierto. Al mismo tiempo se apreciaban el talud de la zanja, debajo de la primera capa de tierra, algunas capas de dura piedra y emparedados entre ellas, delgados estratos de tierra, algunos de sólo unas pulgadas de espesor. La naturaleza del suelo hacía que el árbol creciese raquítico; no obstante, sus raíces libraban una lucha tenaz. Corrían por encima, por debajo y por entre la roca en forma de delgadas venas, adquiriendo mayor grosor debajo de la capa de piedra, en todas aquellas partes donde encontraban un poco de tierra que les diese vida.

—Mire cómo lucha ese árbol por su existencia —exclamó Kitty—. Mire cómo trata de clavar las raíces en la roca.

El doctor Lieberman lo contempló, pensativo, durante unos momentos.

—Ese árbol resume la historia de los judíos que han regresado a Palestina —dijo luego.

Ari estaba en pie debajo del elevadísimo techo del salón de Taha, el muktar de Abu Yesha. El joven árabe, su amigo de toda la vida, mordisqueaba un pedazo de fruta que había cogido de un gran cuenco y seguía con la mirada al visitante, que había empezado a pasear por la estancia.

—Para palabras ambiguas basta y sobra con las que se pronuncian en las conferencias de Londres —decía Ari—. Creo que tú y yo podemos hablar claramente.

Taha dejó caer la fruta.

—¿Cómo podría explicártelo, Ari? Hay quien hace presión sobre mí. Yo me he resistido.

—¿Te has resistido? Mira, Taha, estás hablando con Ari Ben Canaan.

—Los tiempos cambian.

—Aguarda un momento. Nuestros pueblos han vivido juntos durante dos series de revueltas. Tú fuiste a la escuela en Yad El. Tú viviste en mi casa bajo la protección de mi padre.

—Sí, conservé la vida gracias a vuestra benevolencia. Ahora pides que mi pueblo la conserve del mismo modo. Vosotros os armáis. ¿No tenemos nosotros derecho a armarnos también? ¿O es que si nos veis con armas no tenéis en nosotros la confianza que hemos tenido en vosotros?

—Ni siquiera eres tú quien está hablando.

—Confío en que en toda mi vida no habré de ver el día en que tú y yo tengamos que luchar el uno contra el otro, pero ya sabes que la pasividad es para nosotros cosa del pasado.

Ari giró sobre sus talones, encolerizado.

—¡Taha! ¿Qué se te ha metido en el cuerpo? Está bien, pues. Quizá te convenga escucharlo de nuevo. Estas casas de piedra de tu pueblo fuimos nosotros quienes las ideamos y las construimos. Si vuestros hijos saben leer y escribir nos lo deben a nosotros. Gracias a nosotros tenéis cloacas y gracias a nosotros vuestros pequeños no mueren antes de cumplir los seis años. Os hemos enseñado a cultivar la tierra de un modo racional y a vivir de un modo decente. Os hemos traído cosas que los de vuestra misma raza no os habían proporcionado en un millar de años. Tu padre lo sabía y tenía la grandeza de alma suficiente para confesar que nadie odia ni explota tanto a un árabe como otro árabe. Y murió porque sabía que vuestra salvación estaba en permanecer al lado de los judíos y porque tuvo la hombría de sostenerlo.

—¿Y me garantizarás tú que los Macabeos no entrarán en Abu Yesha esta noche a matarnos?

—Claro que no te lo puedo garantizar, pero tú sabes bien lo que representan los Macabeos, del mismo modo que sabes lo que representa el Muftí.

—Jamás levantaré mi mano contra Yad El, Ari. Te doy mi palabra.

Ari se marchó sabiendo que Taha había hecho aquella promesa con ánimo de

cumplirla; pero Taha no tenía la recia personalidad de su difunto padre. Kammal. Aun a pesar de haberse cruzado promesas de paz, una grieta habíase abierto entre Yad El y Abu Yesha, igual como se producían otras entre todos los poblados árabes y judíos que habían vivido en paz como buenos vecinos.

Taha siguió con la mirada a su amigo, que había salido de la casa y caminaba por el camino que pasaba junto al río y la mezquita. Después de haber desaparecido la figura de Ari se quedó todavía un buen rato inmóvil. Cada día aumentaba la presión que tenía que resistir; ya se oían voces disidentes hasta en su propio pueblo. Le decían que él era árabe y musulmán y que había de decidirse por los suyos. ¿Cómo podía traicionar a sus amigos, Ari y Barak Ben Canaan? Y, por otra parte, ¿cómo hacer callar las voces que se levantaban a su alrededor?

Él era un hermano de Ari. ¿O no lo era? He ahí la pregunta atormentadora. Su padre, Kammal, le había educado desde la niñez para la misión de gobernar su poblado. Taha sabía que los judíos habían edificado las grandes ciudades, habían construido las carreteras y las escuelas, habían roturado la tierra y eran los más instruidos. ¿Era él realmente su igual? ¿O era quizá, en su propio país, un ciudadano de segunda clase, un lacayo que recogía las migajas, que vivía a la sombra de las realizaciones de los judíos?

Sí, éstos le habían beneficiado. Y su pueblo se había beneficiado todavía más porque su padre comprendió que los judíos podían proporcionarle más bienes que los mismos árabes. Y, sin embargo, ¿podía considerarse un verdadero camarada de aquéllos? ¿Era la igualdad con ellos un hecho real o una mera frase? ¿Acaso más bien que aceptarle sólo le toleraban?

¿Era de veras el hermano igual de Ari Ben Canaan o sólo el pariente pobre? Cada día Taha se planteaba esta pregunta con más frecuencia. Cada vez se respondía con más seguridad. Era hermano de nombre, nada más.

¿Qué había de aquella igualdad que predicaban los judíos? ¿Podía él, siendo árabe, declarar siquiera que había amado a Jordana Ben Canaan calladamente y con el dolor del corazón que nace de un largo silencio? La amaba desde que vivió bajo su mismo techo y ella no era más que una niña de trece años.

¿Hasta qué punto llegaba la igualdad? ¿Aceptarían a Taha y a Jordana como marido y mujer? ¿Asistirían a la boda todos los miembros del *moshav*, los panegiristas de la igualdad?

¿Qué sucedería si él, Taha, se presentase a Jordana y le declarase su amor? Ella le contestaría con un escupitajo, naturalmente.

En su corazón había una sensación desgarradora de inferioridad, a pesar de que la diferencia entre él y los judíos era mucho menor que entre un terrateniente «effendi» y un esclavo «fellaha».

Taha no podía levantar su mano contra Ari, ni confesar nunca su amor a Jordana.

No podía luchar contra sus amigos, no podía oponerse a la fuerza que le rodeaba y le decía que él era árabe y enemigo de los judíos y que tenía que luchar contra éstos lo mismo si tenía razón que si no la tenía.

## CAPÍTULO IV

El doctor Ernest Lieberman, el curioso jorobado, supo convertir su inmenso amor al prójimo en una realidad viviente. Esa realidad se llamaba Gan Dafna. Allí reinaba la misma atmósfera de naturalidad que en un campamento de verano. A los pequeños se les concedía una libertad absoluta de pensamiento y movimientos. Las clases se daban al aire libre y los muchachos asistían a ellas vistiendo pantalón corto y tendidos sobre la hierba, de modo que hasta los estudios académicos tenían lugar en estrecho contacto con la Naturaleza.

Los pequeños del doctor Lieberman habían venido de los abismos hediondos de la tierra: del *ghetto* y de los campos de concentración. No obstante, en Gan Dafna jamás se produjo ningún problema disciplinario grave. La desobediencia no existía, no se oía hablar de robos y la promiscuidad entre los sexos era muy rara. Para los niños, Gan Dafna era la vida misma y se gobernaban y se disciplinaban a sí mismos con un orgullo y una dignidad que manifestaban su manera de reaccionar ante el amor de que eran objeto.

La instrucción y la sagacidad de los muchachos de Gan Dafna alcanzaban niveles difíciles de aceptar como propios de adolescentes. La biblioteca abarcaba obras que iban desde Santo Tomás de Aquino a Freud. No había ningún libro prohibido, ningún tema parecía demasiado vasto. Los muchachos poseían un sentido político superior a sus años.

El principio fundamental que los empleados y los maestros procuraban inculcarles era el de que sus vidas tenían un objetivo.

El personal de Gan Dafna era internacional; comprendía personas de veintidós naciones formando una gama que iba desde los iraníes hasta los curtidos *sabras* criados en los *kibbutz*. Kitty era la única gentil y la única americana del grupo, lo cual resultaba una paradoja y hacía que los demás la mirasen con reserva y afecto. Los temores que había tenido al principio de encontrar un ambiente hostil resultaron infundados. Existía un aire de intelectualismo a causa del cual Gan Dafna semejaba mejor una Universidad que un Orfanato. Y Kitty fue aceptada como miembro de un equipo cuya preocupación primera la constituía el bienestar de los niños. Trabó una excelente amistad con otros miembros del personal y se encontraba perfectamente a gusto en su compañía. El hecho de vivir en una población judía de punta a cabo resultó un problema mucho menor de lo que se había figurado. En Gan Dafna el judaísmo tenía una base nacionalista furibunda más bien que religiosa No se daba una instrucción religiosa formal, ni siquiera tenían sinagoga.

A pesar de las noticias dando cuenta de que las violencias iban en aumento por toda Palestina, los dirigentes de la comunidad consiguieron conservar Gan Dafna libre de tensiones y miedos.

El edificio que albergaba los servicios médicos estaba enclavado en el sector administrativo, hacia el extremo del espacio verde. Entre otras dependencias contaba con una clínica, un hospital de veintidós camas perfectamente equipado y una sala de operaciones. El médico lo compartían con el *moshav* de Yad El y venía todos los días. Tenían dentista, cuatro enfermeras expertas (bajo la dirección de Kitty) y un siquiatra exclusivamente para ellos.

Después de haber revisado minuciosamente el funcionamiento de la clínica y el hospital, Kitty imprimió a sus actividades la eficacia de una máquina. Sometió las visitas a enfermos, las rondas en el hospital y la administración de los tratamientos a un horario riguroso. Exigió y consiguió para su cargo un respeto que dio mucho que hablar. Mantuvo una discreta distancia profesional con sus subordinadas y no consintió que su sección funcionase con la misma falta de convencionalismos que el resto de la población. Kitty cerraba el paso a la familiaridad que la mayoría de los profesores estimulaban. Todo esto resultaba extraño en Gan Dafna, donde se admiraba a Kitty a pesar de no querer admirarla, pues la sección médica era el más eficiente de todos los servicios que tenía el pueblo. Empujados por el deseo de estimular el espíritu de libertad, los judíos se alejaban en exceso muchas veces de la disciplina a la que Kitty Fremont estaba habituada. Pero su manera de gobernar el departamento que le habían encomendado no le atraía ninguna antipatía; antes al contrario, cuando se quitaba el uniforme era la compañera más solicitada de Gan Dafna.

Toda la firmeza que mostraba en el gobierno de su sección se trocaba en blandura cuando se trataba de «sus» chiquillos. Los cincuenta adolescentes del «Exodo» continuaban formando un grupo especial y Kitty Fremont seguía perteneciendo al mismo. Seguía siendo «la madre del “Exodo”». Parecía, pues, cosa natural y lógica que se considerase afectada personalmente por los casos de los dotados de un temperamento más inestable y por su propia iniciativa ayudaba al siquiatra siempre que había que recurrir a la psicoterapia. Con los chicos desequilibrados, Kitty se despojaba de la máscara de frialdad y les proporcionaba todo el calor, todo el afecto que había en su corazón. Gan Dafna en particular y Palestina en general, poseían incalculables virtudes curativas, a pesar de lo cual los horrores del pasado seguían dando lugar a pesadillas, inseguridad y hostilidad, anormalidades éstas que requerían paciencia, habilidad y amor.

Una vez a la semana Kitty y el médico iban por la mañana al poblado de Abu Yesha, a visitar a los árabes. ¡Qué míseros y sucios se veían los pobrecitos niños árabes al lado de los robustos jóvenes de Gan Dafna! ¡Cuán baladíes parecían sus vidas en contraste con el espíritu que animaba la población de la Aliyah Juvenil! Para los niños árabes parecía no haber canciones, ni juegos, ni objetivos. Su existencia era una cosa estática; formaban una nueva generación nacida como en una caravana

interminable que cruzase un desierto sin fin. A Kitty se le revolvía el estómago al entrar en aquellas chozas de una sola habitación, que las personas compartían con los perros, las gallinas y los burros: ocho o diez seres amontonados sobre el mismo suelo de tierra.

Y no obstante, aquella gente no le inspiraba desafecto. Tenían una cordialidad y una gracia que no parecía posible en ellos. También aquellos míseros seres anhelaban cosas mejores. Acabó por trabar amistad con Taha, el joven muktar, quien estaba presente todos los días que abrían el consultorio. Varias veces creyó notar Kitty que Taha quería hablarle de otras cosas, aparte de los problemas sanitarios de la población. Creía notar que al joven le devoraba la inquietud. Pero Taha era árabe: a una mujer sólo se le podía tener confianza en ciertas cosas y jamás le confesó a Kitty los temores que le asaltaban de continuo.

Pasaban los días. El invierno de 1947 se acercaba a su fin.

Karen y Kitty se habían hecho compañeras inseparables. Karen, que había sabido encontrar cierta medida de felicidad hasta en los lugares más tétricos, floreció esplendorosamente en Gan Dafna. De la noche a la mañana habíase convertido en una de las chicas más populares de la población. Los complejos estadios de una temprana madurez la impulsaron a buscar y aceptar cada vez más la guía y el consejo de Kitty. Sin embargo, ésta veía claramente que cada día que pasaban en Gan Dafna apartaba un poco más a Karen de la perspectiva de marcharse a América y procuraba por todos los medios conservar despierto en la mente de la muchacha el interés por aquel lejano país, al mismo tiempo que continuaba la búsqueda de su padre.

Otro problema todavía: Dov Landau. Varias veces estuvo tentada Kitty de interponerse entre él y Karen: la relación entre los dos adolescentes parecía adquirir raíces más hondas. Pero reconociendo que corría el riesgo de unirles todavía más, se abstuvo de intervenir. La devoción de Karen por aquel muchacho la dejaba perpleja, pues Dov no correspondía en la misma moneda, ni en otra ninguna. Era un chico huraño y retraído. Ahora hablaba un poco más, pero, a efectos prácticos, Karen seguía siendo la única persona capaz de sostener una conversación con él.

A Dov se le había metido en la cabeza la obsesión de aprender. Su instrucción había sido casi nula; por lo visto ahora quería lanzarse apasionadamente a corregir la deficiencia. Dispensado de la instrucción militar y del trabajo agrícola, Dov se metía dentro de la cabeza todo lo que podía asimilar. Leía y estudiaba día y noche. Cultivaba su aptitud natural para el arte estudiando anatomía, dibujo, arquitectura y reproducciones. De vez en cuando buscaba una válvula de escape pintando un cuadro; el impulso que le movía salía al exterior en alardes que ponían de manifiesto su talento y su energía. A veces llegaba hasta el borde mismo de romper con su aislamiento y mezclarse con la sociedad de Gan Dafna, sólo para retraerse de nuevo. Vivía encerrado en sí mismo, no tomaba parte en las actividades colectivas y sólo

veía a Karen al salir de las clases.

Kitty expuso el problema al doctor Lieberman. El doctor había visto muchos chicos y chicas como Dov Landau. Había observado que Dov era un muchacho muy despierto que daba pruebas de poseer un talento notable. Y opinó que todo intento que le hiciese objeto de una atención especial tendría efectos contraproducentes. Mientras siguiera mostrándose inofensivo y no empeorase era mejor dejarle en paz.

Al transcurrir las semanas Kitty tuvo la desilusión de no recibir noticias de Ari. La estatua de Dafna y el *moshav* de Yad El, que se veía allá al fondo, se lo recordaban continuamente. De vez en cuando, si pasaba por Yad El, iba a visitar a Sarah Ben Canaan, hasta que se estableció entre ambas una sincera amistad. Jordana tuvo noticia de ello y no hizo ningún esfuerzo por disimular el desagrado que le inspiraba Kitty.

Una noche Kitty entró en su villa y encontró a Jordana de pie delante del espejo sosteniendo ante sí un vestido de cóctel de la ocupante de la vivienda, cuya súbita aparición no la turbó nada.

—Es bonito, si a una le gustan esas cosas —dijo volviendo a colgar el vestido en el armario.

Kitty se acercó al hornillo y puso agua para preparar el té.

—¿A qué debo el honor de esta visita?

Jordana siguió examinando la vivienda, fijándose en los delicados toques de femineidad.

—En el *kibbutz* de Ein Or tenemos cierto número de soldados recibiendo instrucción militar.

—Algo había oído de ello —respondió Kitty.

—Nos faltan instructores. Ea, mirándolo bien, nos falta de todo. Y me han encargado que le pidiese si querría ir allá una vez por semana a dar un curso sobre primeros auxilios e higiene de campaña.

Kitty apartó las cortinas, se quitó los zapatos con una ligera sacudida de la pierna y se sentó en la cama del estudio.

—Preferiría no encargarme de nada que me ponga en contacto con soldados.

—¿Por qué no? —insistió Jordana.

—Bien, figurémonos que tú no sabes aceptar una negativa cortés y que yo prefiero que el Palmach comprenda por sí mismo el motivo.

—¿Qué es lo que hay que comprender?

—Mis sentimientos personales. No quiero complicaciones.

Jordana estalló en una carcajada glacial.

—Ya les dije a los de Ein Or que hablar con usted sería perder el tiempo.

—¿Te es imposible respetar mis sentimientos?

—Mistress Fremont, usted puede trabajar en cualquier parte del mundo y conservar su neutralidad. Pero es curioso que viniera acá si no quiere complicaciones.

¿Cuál es el verdadero motivo que la retiene aquí?

Kitty se levantó de la cama de un salto.

—¡Ninguno que te importe para nada!

La tetera silbaba. Kitty la apartó del fuego con gesto airado.

—Yo sé bien por qué está aquí. Usted quiere a Ari.

—Y tú eres una señorita insolente a la cual me parece que ya he soportado demasiado rato.

Jordana continuó impasible.

—He visto su manera de mirarle.

—Si yo quisiese a Ari tú serías el obstáculo más Ínfimo que podría cruzarse en mi camino.

—A usted misma puede decirse que no le quiere, pero no me lo diga a mí. Usted no es mujer para Ari. Usted no nos tiene afecto.

Kitty se volvió de espaldas y encendió un cigarrillo. Jordana se situó detrás de ella.

—Dafna era la mujer para Ari. Ella le comprendía. Ninguna americana le comprenderá jamás.

Kitty giró sobre sus talones.

—El no correr por ahí con pantalón corto, ni trepar por las laderas de los montes, ni disparar cañones, ni dormir en las trincheras no hace de mí una mujer que desmerezca ni un átomo de ti en femineidad. Ni de ti, ni de esa preciosa estatua. Sé bien lo que te ocurre: me temes.

—¡Qué divertido!

—No vengas a decirme lo que se precisa para ser mujer: no lo sabes, ni lo eres. Tú eres solamente la hembra de Tarzán y te comportas como si estuvieras en la selva. Un cepillo y un peine no serian mal principio para comenzar a enmendarte un poco. —Kitty se apartó de Jordana y abrió el armario de par en par—. Toma, míralo a placer. Esto es lo que llevan las mujeres.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas de rabia. Kitty concluyó fríamente:

—La próxima vez que quieras hablar conmigo puedes ir a mi oficina. Yo no soy una *kibbutznik* y me gusta que respeten mi intimidad.

Jordana se marchó dando un portazo tan fuerte que hizo temblar todo el edificio.

Después de la visita médica de la tarde, Karen fue a la oficina de Kitty y se dejó caer sobre una silla.

—¡Eh! —le dijo Kitty—. ¿Qué tal ha ido hoy?

Karen hizo como que cogía dos ubres imaginarias y realizaba el movimiento de ordeñar.

—Manos débiles. Soy una ordeñadora despreciable —manifestó con tristeza de adolescente—. De veras, Kitty, tengo el corazón destrozado. Debo… debo… debo

hablar con usted.

—Dispara.

—Ahora no. He de asistir a una reunión del Gadna. Estamos limpiando unos fusiles húngaros. ¡Vaya enredo!

—Los fusiles húngaros pueden esperar unos minutos. ¿Qué te atormenta, cariño?

—Yona, mi compañera de habitación. Precisamente cuando nos hacíamos amigas íntimas. La semana próxima ingresa en el Palmach.

Kitty sintió que la dominaba el desaliento. ¿Cuánto tiempo pasaría sin que la propia Karen viniese a decirle que iba a dar el mismo paso?

—Ya sabes —dijo apartando de sí los papeles que había estado examinando—; desde hace algún tiempo se me ocurre a menudo que escasean en exceso las buenas enfermeras y las ayudantes de los médicos… En el Palmach, lo mismo que en las colonias, quiero decir. Tú reuniste muchísima experiencia cuidando de los chiquillos en los campos de deportados y yo tengo una nutrida colección de inestables. ¿Te parecería acertado si yo le pidiese al doctor Lieberman que te dejase trabajar conmigo para que te entrenase como ayudante mía?

—¡Ya lo creo! —Y la faz de Karen se iluminó con una ancha sonrisa.

—Muy bien. Veré de arreglarlo para que abandones los trabajos agrícolas y cada día al salir de clase te presentes inmediatamente en mi oficina.

Karen se puso seria.

—Pues, no sé… No me parece un proceder muy leal para con los otros compañeros.

—Como decimos nosotros, hablando en americano: no perderán una campesina sino que ganarán una enfermera.

—Kitty, tengo que hacerle una confesión terrible. No se lo diga a la Aliyah Juvenil, ni a la Sociedad Sionista de Asentamiento, ni al Movimiento Central del Kibbutz, pero, de veras, soy la peor granjera de Gan Dafna y en cambio ser enfermera me encantaría.

Kitty se puso en pie, se acercó a Karen y le rodeó los hombros con el brazo.

—Si marcha Yona, ¿qué te parece? ¿Te gustaría trasladarte a mi villa y vivir conmigo?

La instantánea expresión de felicidad que apareció en el rostro de la muchacha era toda la respuesta que Kitty necesitaba.

Kitty abandonó la vivienda del doctor Lieberman cuanto antes para correr a comunicar la buena noticia a Karen. El doctor Lieberman había considerado que su deber consistía en manifestar afecto y no en dictar leyes y había decidido que la causa no perdería nada con una campesina menos y una enfermera más.

Al dejar a Karen cruzó el césped y se detuvo delante de la estación de Dafna. Tenía la sensación de haber humillado a Dafna aquella noche, la sensación de haber

conseguido la victoria. Teniendo a Karen a su lado podría evitar que se convirtiese en una *sabra* agresiva y colérica. Kitty sabía que la vida había de tener un objetivo. Pero un exceso de objetivo amenazaba con destruir la femineidad. Kitty había herido a Jordana en un punto débil y lo sabía. Desde la cuna a Jordana le habían señalado una misión que cumplir sin discutirla, a costa de su dicha personal, de su carrera y de su femineidad. Jordana desconocía la manera de competir con las mujeres elegantes venidas a Palestina desde Europa o América. Odiaba a Kitty de tanto como habría querido parecérsele. Y Kitty lo sabía.

—¿Kitty? —llamó una voz en la oscuridad.

—Aquí estoy.

—Espero no haberla asustado.

Era Ari. Mientras se acercaba ella volvió a experimentar la sensación, ya familiar, de haber quedado sin iniciativa ni energías.

—Lamento no haber podido subir a verla. ¿Le transmitió Jordana mis encargos?

—¿Jordana? Ah, sí, naturalmente —mintió Kitty.

—¿Qué tal se encuentra aquí?

—Perfectamente.

—He subido a preguntarle si le gustaría salir mañana de campo. Un grupo del Palmach irá a escalar el Monte Tabor. Será un espectáculo que valdrá la pena no perderse. ¿Querrá ir conmigo?

—Sí, con gran placer.

## CAPÍTULO V

Ari y Kitty llegaron al *kibbutz* de Beth Alonim —la Casa de los Robles— al pie del Monte Tabor, poco después del alba. Era el *kibbutz* en el que había nacido el Palmach durante la guerra y el lugar donde Ari entrenaba a los soldados.

El Tabor era una cosa rara: le faltaba altura para ser una verdadera montaña, pero le sobraba mucha para considerarlo un montículo. Se levantaba en medio de la llanura de un modo súbito, como un gran dedo pulgar que hubiese perforado la tierra.

Después de desayunar en el *kibbutz* Ari hizo un par de paquetes de comida, cogió las cantimploras y las mantas y escogió un «Sten» del arsenal. Proyectaba subir antes que el grupo, aprovechando las horas menos calurosas de la mañana. El aire estaba fresco, infundía energías y a Kitty la había conquistado el espíritu de aventura. Atravesaron el poblado árabe de Dabburiya en la parte de la base del Tabor opuesta a Beth Alonim e iniciaron la ascensión por un estrecho sendero. A los pocos momentos pudieron ver Nazaret, acurrucada sobre los montes, a varios kilómetros de distancia. El aire seguía fresco, lo cual les permitía caminar a buen paso; pero Kitty comprobó que la primera perspectiva la había engañado. El Tabor subía a más de seiscientos metros de altura; la jornada sería larga de verdad. A medida que aumentaba la distancia entre ellos y el poblado de Dabburiya, éste se iba empequeñeciendo; empezaba a tener un aspecto raro.

Ari se detuvo de pronto, prestando atención.

—¿Qué ocurre?

—Hay cabras. ¿No percibe el olor?

Kitty venteó el aire.

—No, no percibo nada.

Ari entornó los ojos, escudriñando con la mirada el sendero que seguía adelante y que describía un recodo para desaparecer de la vista formando una pendiente suave.

—Serán beduinos, probablemente. En el *kibbutz* tuvimos noticia de que se acercaban hacia esta parte. Habrán llegado esta noche. Sigamos en marcha.

Al otro lado del recodo descubrieron una docena de tiendas de piel de cabra distribuidas longitudinalmente por la ladera y un rebaño de cabras negras paciendo entre ellas. Dos nómadas armados de rifles fueron a su encuentro. Ari les habló en árabe; luego les siguió hacia la tienda mayor, que era, evidentemente, la del *sheik*. Kitty se fijaba bien en todo lo que tenía a su alrededor. Aquella gente parecía la hez de la humanidad. Las mujeres vivían encajonadas dentro de varias capas de tela negra… y de suciedad. El olor de las cabras no lo había percibido; el de las mujeres lo percibía sobradamente. Sobre sus caras colgaban, en función de velos, cadenas de monedas otomanas. Los niños iban vestidos con pringosos harapos.

De la tienda salió un individuo canoso que intercambió varios saludos con Ari.

Cuando hubieron hablado unos momentos, éste susurró a Kitty:

—Tenemos que entrar, de lo contrario se daría por ofendido. Sea usted buena chica y coma todo lo que le ofrezcan. En todo caso más tarde podrá vomitarlo.

El interior de la tienda despedía un hedor todavía más fuerte. Sentáronse sobre unas alfombras de lana tejida con pelo de cabra y hablaron de varias cosas sin importancia. Al *sheik* le impresionó que Kitty hubiese venido de América y manifestó que en otro tiempo había sido dueño de una fotografía de mistress Roosevelt.

Trajeron unos platos de comida. A Kitty le metieron en la mano una pierna de cordero cubierta de médula mezclada con arroz. Mientras ella daba unos mordiscos, el *sheik* la observaba con aire expectante. Kitty consiguió fingir una sonrisa y movió la cabeza afirmativamente para encarecer cuán delicioso encontraba aquel manjar. Sirvieron luego frutas sin lavar y la comida terminó con un café espeso y tan dulce que revolvía el estómago, servido en unas tazas en las que la suciedad había formado una gruesa costra. Los comensales se secaron las manos en los pantalones y los labios en las mangas y después de otro ratito de conversación Ari pidió permiso para continuar su camino.

Cuando hubieron dejado atrás el campamento, Kitty exhaló un largo y ruidoso suspiro.

—Me dan mucha lástima —dijo.

—No, por favor, no les compadezca. Están convencidos de ser los hombres más libres de la tierra. ¿No vio cuando era niña *La Canción del Desierto*?

—Sí, pero ahora sé que el autor no había visto nunca un campamento de beduinos. Y, diga, ¿de qué estaban hablando ustedes dos?

—Le he dicho que esta noche se portase bien y no intentara ir a la captura de un botín de sortijas y relojes del Palmach.

—¿Y qué más?

—Él quería comprarla a usted. Me ha ofrecido seis camellos.

—¡Vaya, con el viejo diablo! ¿Y usted qué le ha contestado?

—Yo le he dicho que todo el mundo podía ver que usted vale diez camellos. —Ari levantó los ojos hacia el sol, que se remontaba en el firmamento—. Desde ahora en adelante hará calor. Mejor sería que nos quitásemos las gruesas ropas que llevamos e hiciésemos un paquete con ellas.

Kitty se quedó con los pantalones cortos azules de rigor que había cogido de los almacenes de Gan Dafna.

—Caramba, parece una *sabra,* ni más ni menos.

A medida que avanzaban por el sendero que serpenteaba por la cara sur del Monte Tabor y que el sol caía más vertical, los dos caminantes iban empapándose de sudor. El sendero quedaba interrumpido a menudo y entonces veíanse obligados a subir escalando. Las robustas manos de Ari ayudaban a Kitty en los taludes más abruptos.

A media tarde habían ganado la cota de los seiscientos metros.

La cima del Tabor formaba una gran meseta circular cuyo borde sur abría a sus ojos todo el Valle de Jezrael, un panorama impresionante. Kitty podía seguir el curso del Jezrael, los campos rectangulares, las manchas verdes que rodeaban los establecimientos judíos y los blancos apiñamientos de los poblados árabes hasta llegar al Monte Carmelo y al Mediterráneo. En la dirección opuesta se veía perfectamente el Mar de Galilea, de modo que tenían ante sus ojos toda la anchura de Palestina. Con los anteojos de campo y siguiendo la dirección que le señalaba Ari, Kitty enfocó Ein Or, donde Saúl encontró a la bruja, y la cima pelada de Monte Gilboa, donde estaba enterrado Gedeón y donde perecieron Saúl y Jonathan luchando contra los filisteos.

*—Y vosotros, montes de Gilboa, no admitáis el rocío sobre vuestras cumbres, no admitáis sobre vosotros la lluvia, ni los campos de ofrendas: porque allí es arrojado alevosamente el escudo del poderoso, el escudo de Saúl…*

Kitty bajó los anteojos.

—Caramba, Ari, está usted poético.

—Efectos de la altura. ¡Desde aquí se ve todo tan alejado! Mire hacia allá: en el Valle de Beth Shean. El *tel* de Beth Shean guarda la ciudad civilizada más antigua del mundo. David sabe más que yo de estas cosas. Hay centenares de *tels* por toda Palestina. David dice que si empezásemos ahora a excavarlos, cuando habríamos terminado nuestras ciudades actuales serían ya montones de ruinas. Ya ve usted, Palestina es el puente de la historia y en este momento se encuentra usted aquí en mitad de ese puente. El Tabor ha servido de campo de batalla desde los tiempos en que los hombres fabricaban hachas de piedra. Aquí los hebreos hicieron frente a los romanos; y en las batallas entre árabes y cruzados cambió de manos cincuenta veces. Aquí se escondió Deborah con su ejército para caer luego sobre los cananitas. Es el campo de batalla de los siglos… ¿Sabe usted qué solemos decir nosotros?… Pues que Moisés habría obrado cuerdamente si hubiese tenido a las doce tribus otros cuarenta años en marcha y hubiese buscado un sitio mejor.

Ari y Kitty cruzaron la planicie, internándose por un bosque de pinos cubierto de recuerdos de los romanos, los bizantinos, los cruzados y los árabes. Mosaicos, trozos de vajilla; aquí un muro, allá una piedra…

Dos conventos, uno ortodoxo griego y el otro católico romano, se levantaban cerca del paraje donde es creencia que Cristo se transfiguro y habló con Moisés y Elías.

Pasado el bosque llegaron al punto más alto del Tabor. Las ruinas de una fortaleza de los cruzados y las de un castillo sarraceno ocupaban el lugar. Escogiendo un camino por entre los derribos y las paredes que seguían en pie, treparon al baluarte oriental, que asomaba sobre la ladera de la montaña y al cual se había dado el nombre

de Muro de los Vientos del Éste. Desde allí se divisaba en toda su extensión el Mar de Galilea, junto con los Cuernos de Hattin, donde Saladillo el Kurdo destrozó las fuerzas de los cruzados.

El viento agitaba el cabello de Kitty, de pie sobre el muro y el aire empezó a refrescar de nuevo. Ari y Kitty se sentaron y pasaron todavía una hora allí, durante la cual el primero fue señalando algunos de los innumerables puntos citados en las páginas históricas de la Biblia. Por fin retrocedieron hasta el punto en que la arboleda lindaba con las ruinas de los bosques y se pusieron otra vez las prendas de más abrigo. Ari extendió las mantas y Kitty se tendió sobre la suya, dichosa y fatigada.

—Ha sido un día maravilloso, Ari, pero me pasaré una semana con los miembros doloridos.

Ari se incorporó a medias, apoyándose en un codo, para contemplarla. Otra vez sentía encenderse en su pecho el deseo; y sin embargo guardó silencio.

Al atardecer empezaron a llegar a la cima los muchachos del Palmach en grupos de tres y de cuatro. Había entre ellos orientales y africanos de piel aceitunada; había rubios recién inmigrados a Israel. Había también muchas chicas, la mayoría de ellas de porte erguido y pecho turgente. Había los *sabras* con sus grandes bigotes y su aire agresivo. Iba a celebrarse una reunión. Los grupos del Palmach tenían que entrenarse dispersos en pequeñas unidades por los *kibbutzim* a fin de pasar inadvertidos. Aquella reunión daría oportunidad de volverse a ver a los amigos de la ciudad o de un mismo asentamiento y serviría para que los enamorados estuviesen unas horas juntos. Los muchachos se saludaban calurosamente, dándose cariñosos abrazos, palmadas en la espalda y besos. Formaban un animado grupo de jóvenes cuya edad no estaba muy lejos o pasaba poco de los veinte años.

Joab Yarkoni y Zev Gilboa habían ido al saber que Kitty estaría allí y ella se sintió profundamente complacida.

También estaban David y Jordana, que se ponía frenética al ver las atenciones que su prometido tenía para Kitty. No obstante, supo callarse, porque no quería provocar una escena desagradable.

Al llegar el crepúsculo se habían reunido allí casi un par de centenares de jóvenes soldados del Palmach. Unos cavaron un hoyo junto al muro del castillo; otros fueron a recoger leña para encender una fogata que durase toda la noche y otros desollaron tres corderos y los prepararon para asarlos. El sol se hundió detrás del Valle de Jezrael; elevóse hacia el cielo la llama de la fogata, los corderos fueron colocados sobre los hoyos llenos de brasas y las parejas se reunieron formando un ancho círculo alrededor de la lumbre. Kitty, la dignataria visitante, tuvo que ocupar, quieras que no, el puesto de honor, rodeada de Joab, Zev y Ari.

Poco después las canciones volaban sobre la altiplanicie que coronaba el Monte Tabor. Eran las mismas canciones que Kitty había oído cantar a los niños de Gan

Dafna. Himnos que hablaban de los surtidores que regaban la tierra y de las bellezas de Galilea y de Judea. Himnos que cantaban la soledad y la hermosura del desierto del Negeb y las marchas marciales de los antiguos Guardianes, del Haganah y del Palmach. Una de las canciones afirmaba que el rey David todavía caminaba por los campos de Israel.

Joab estaba sentado con las piernas cruzadas, teniendo ante sí un tambor de arcilla cocida con parche de piel de cabra sobre el cual llevaba, con las puntas de los dedos y la parte posterior de las palmas de las manos, el ritmo de una antigua melodía hebrea que otro muchacho interpretaba con una flauta de caña. Varias muchachas orientales bailaban, meciéndose con los mismos giros lentos, ondulantes, sensuales de las danzas que habían de bailarse en el palacio de Salomón.

A cada nueva canción y a cada nueva danza el grupo se animaba más.

—¡Jordana! —gritó alguno—. ¡Queremos a Jordana!

La muchacha entró dentro del círculo, saludada por una salva de aplausos y de gritos de entusiasmo. Un acordeón interpreto una tonada popular húngara, todos los del círculo lo acompañaron dando palmadas y Jordana dio la vuelta escogiendo bailarines para unas *czardas* desenfrenadas. Luego rindió uno por uno a todos los que fueron haciendo pareja con ella, mientras su rojo cabello bailaba también furiosamente delante de su cara, enmarcada por la lengua de fuego de la llama. El acordeón aceleró el ritmo y los espectadores aceleraron el compás de las palmadas hasta que la misma Jordana se detuvo, exhausta.

Entonces media docena de jóvenes salieron al centro a iniciar una *hora*, la danza de los campesinos judíos. La anilla de bailarines creció y creció, hasta que todo el mundo estuvo en pie y se formó otra rodeando a la primera. Joab y Ari metieron a Kitty en el círculo, el cual se movía en una dirección, se paraba el tiempo en que los danzarines daban un salto repentino y luego rodaba en dirección opuesta.

Hacía cuatro horas que cantaban y bailaban y no se veía señal alguna de que fueran a terminar. David y Jordana se marcharon calladamente hacia el castillo y erraron por sus habitaciones hasta que el ruido de la música y del tambor se apagaron casi por completo. Por fin llegaron a una pequeña celda del Muro de los Vientos del Éste, desde la cual no se oía otra cosa que el que soplaba sobre el Valle de Jezrael. David tendió la manta sobre el suelo.

—¡David! ¡David! —exclamaba Jordana—. ¡Te amo tanto!

—Jordana…

El susurro del joven estremeció todo su cuerpo y toda su alma. El viento cesó y hasta sus oídos llegó el ritmo de una música frenética…

—David…, David…, David… —susurraba repetidamente la muchacha.

Y David repetía una y otra vez el nombre de ella.

A las cuatro de la madrugada sirvieron el cordero, acompañado de café árabe muy

caliente. A Kitty le concedieron el honor de la primera tajada. El furor de los cantos y los bailes se había calmado un poco; muchas parejas estaban tendidas, abrazándose. El cordero tenía un sabor riquísimo.

Joab volvió a tocar el tambor y la flauta de caña le siguió iniciando una melodía tan antigua como la tierra misma. Una chica nacida en el lejano Yemen se puso a cantar con una voz impregnada de la melancolía y el misticismo del idioma hebreo, sacando su canto de las mismas páginas de la Biblia. Su voz subyugadora entonaba un Salmo de David.

Kitty Fremont iba mirando aquellas caras a la claridad agonizante de la lumbre.

¿Qué clase de ejército era aquél? ¿Qué clase de ejército sin uniforme ni jerarquías? ¿Qué clase de ejército en el que las mujeres luchaban con fusil y bayoneta al lado de los hombres? ¿Quiénes eran aquellos jóvenes leones de Judea?

Al fijar la mirada en la faz de Ari Ben Canaan un escalofrío recorrió todo su ser. Una revelación pasmosa, electrizante, cruzó por su cerebro.

Aquél no era un ejército de seres mortales.

¡Aquéllos eran los antiguos hebreos! ¡Ante sí tenía las caras de Dan, de Rubén, de Judá, de Efraim! ¡Todos ellos eran Sansones y Deborahs y Joabs y Saúles!

¡Eran el ejército de Israel y ninguna fuerza de la tierra podría contenerles, porque el poder de Dios estaba con ellos!

# CAPÍTULO VI

*LONDRES*
*INSTITUTO DE RELACIONES INTERNACIONALES*
*CHATHAM HOUSE*

Cecil Bradshaw, el regordete experto sobre cuestiones del Oriente Medio, había estado estudiando los informes de conjunto de una variedad de fuentes. Tres días había pasado tratando de sacar conclusiones de aquellos resúmenes. La Oficina de Colonias, el Ministerio y hasta el número 10 de Downing Street, todos estaban presionando. El mandato de Palestina se encontraba en un atascadero. Era preciso formular una política de nuevo cuño. La experiencia de Bradshaw sobre los problemas de aquel sector abarcaba un período de treinta y siete años. Durante aquel tiempo había celebrado un centenar de conferencias con los sionistas y con los árabes. Como la mayoría de la oficialidad, Bradshaw creía firmemente que los intereses británicos exigían una política favorable a los árabes. De vez en cuando había logrado encubrir los chantajes y amenazas de éstos. Pero ahora era imposible; los árabes habían perdido la cabeza por completo. Las conferencias que tenían lugar durante aquellos días en Londres iban a terminar en un fracaso.

*Resulta evidente que desde su exilio de El Cairo, Haj Amin, el Muftí, dirige el Comité Árabe Superior de Palestina. El no haber querido procesar al Muftí, como criminal de guerra, por temor a los disturbios de carácter religioso, se ha convertido en una fuente de sinsabores. La actitud de los árabes ha llegado a extremos injustificables. Se niegan a sentarse a la misma mesa que los judíos a menos que se acepten de antemano las condiciones previas que quieren imponer.*

Cecil Bradshaw había tomado parte en la Conferencia de San Remo, en la que ingleses y franceses se repartieron el Oriente Medio y ocupaba su puesto cuando fueron redactados los artículos del Mandato y cuando se publicó la Declaración Balfour. Bradshaw trabajó con el grupo de Churchill que partió en dos pedazos el mandato de Palestina para crear el reino de Transjordania. En todos aquellos años, durante todos los disturbios organizados por el Muftí, jamás había tenido que enfrentarse con una cuadrilla de guerrilleros del temple de los Macabeos, Los terroristas judíos luchaban con una convicción aterradora.

*Una y otra vez hemos requerido al Yishuv Central y a la comunidad judía para que ayudasen a las autoridades británicas en la tarea de aplastar a la cuadrilla de*

*bandidos que actúan bajo el nombre de los Macabeos. Mientras el Yishuv proclama que no tiene autoridad ninguna sobre esos elementos y condena públicamente sus acciones, se sabe que un gran sector de pueblo judío aprueba en secreto sus delictivas hazañas. En este aspecto no hemos conseguido ni la menor cooperación. Las actividades de los Macabeos han llegado a tal punto que estimamos necesario evacuar de Palestina todo el personal británico cuya presencia no sea absolutamente necesaria y las familias de dicho personal.*

Bradshaw releyó los informes sobre la creciente ola de terrorismo que sacudía Tierra Santa desde uno a otro extremo.

*Además de los destructores ataques de los facinerosos con ira la refinería de Haifa, a consecuencia de los cuales quedó interrumpida la producción por espacio de dos semanas y de la incursión en el aeródromo de Lidda, en la que destruyeron una escuadrilla de aviones de caza, ha habido diez emboscadas de mayor consideración en las carreteras y quince asaltos contra instalaciones inglesas. Cada vez recogemos más pruebas de que en el Haganah y en su brazo ejecutivo, el Palmach, cunde la desazón y hasta es posible que hayan participado en algunos de los ataques más recientes.*

Los barquichuelos que hacían aguas, verdaderas chozas flotantes de la Aliyah Bet, llevaban a Palestina cargas de inmigrantes ilegales.

*Desde el incidente del «Exodo» y a pesar de que hayamos reforzado nuestras patrullas navales, las actividades de la Aliyah Bet han experimentado un notable incremento. Entre los barcos «América», «San Miguel», «Ulloa», «Abril», «Susannah» y «San Filipo» han transportado ocho mil inmigrantes ilegales procedentes de los campos de personas desplazadas de Europa. Tenemos motivos fundados para creer que otros dos barcos han burlado el bloqueo y llegado a la costa palestina. Nuestras embajadas y nuestros consulados en las naciones del Mediterráneo nos informan de que la Aliyah Bet está equipando otros cinco buques por lo menos a fin de intentar otros viajes a Palestina en un futuro próximo.*

El mando británico tenía en Palestina poderosas fuerzas. Veintidós fuertes, de ostentosa presencia formaban los nudos de una red que cubría todo el diminuto país. Por si fuera poco tenían los fuertes de las fronteras, tales como Fort Ester, una fuerza de policía regular y la Legión Árabe de Transjordania. Sumadas a los fuertes de Taggart, los ingleses sostenían grandes bases en Atlit, sector de Haifa, los barracones Schneller en Jerusalén y el inmenso campamento de Sarafand en las afueras de Tel Aviv.

*En los meses próximos pasados hemos desencadenado las Operaciones Noé, Ark, Lobster, Mackerel, Cautious, Lonesome, Octopus, Cantonment y Harp a fin de tener al Yishuv bajo una presión constante. Estas operaciones tenían por objeto principal proporcionar una cortina de humo continuada enmascarando los registros y los acordonamientos en busca de armas y de inmigrantes ilegales, así como los contraataques lanzados en aquellos lugares donde se habían producido asaltos contra nuestras fuerzas. El éxito no ha sido excesivo a causa de la organización perfecta existente entre los judíos y la cooperación incondicional de todos y cada uno de ellos en el Yishuv. Tiestos de flores, archivos, estufas, refrigeradores, falsas patas de mesa y otro millar de cosas les sirven para esconder armas, haciendo casi imposible el despojarles de ellas. Por lo demás, las mujeres y los niños se prestan gustosos a trasladarlas de una parte a otra. Nuestros esfuerzos por conseguir informadores entre los mismos judíos han fracasado estrepitosamente. En cambio los judíos no sólo compran informadores árabes sino que reciben avisos e informaciones de elementos del mando británico que simpatizan con ellos. Los judíos fabrican armas de características improvisadas y los fusiles «Sten», las minas terrestres y las granadas salen de sus manos cada día más perfectos e ingeniosos. Durante un reciente intento de descubrir una instalación para la manufactura de armas en un* kibbutz *las mujeres arrojaron agua hirviente contra nuestros soldados…*

Los quebraderos de cabeza de Bradshaw no procedían solamente de los tropiezos en el gobierno del mandato. Otros factores ajenos al mismo aumentaban la carga que pesaba sobre sus hombros. En Inglaterra la gente soportaba las penalidades de la austeridad y la economía iba por muy mal camino. El mantener la guarnición de Palestina suponía un gasto enorme. Además, los ingleses estaban cansados de ver correr la sangre. En la escena política mundial los sionistas americanos se habían encaramado definitivamente en el carro de Truman y tenían un magnífico aliado en el Presidente.

*A consecuencia de nuestra incapacidad para seguir la recomendación del Comité Anglo-americano aconsejando que dejáramos entrar diez mil judíos en Palestina, el prestigio que teníamos entre nuestros aliados ha disminuido notablemente. Otra cosa que también hunde mucho nuestro prestigio es la humillación que significa para nosotros la incesante actividad terrorista de los Macabeos. La autoridad inglesa jamás había recibido un golpe tan rudo como el que recibió últimamente al ser secuestrado un juez británico que estaba dictando sentencia contra un terrorista judío.*

Cecil Bradshaw se quitó las gafas, secóse los enrojecidos ojos y movió la cabeza

tristemente. ¡Qué lío! Y volvió a repasar una vez más los informes. Jemal Husseini, el sobrino del Muftí, estaba barriendo nuevamente la oposición en el interior de Palestina por medio del asesinato. El Haganah, por medio de la Aliyah Bet y los Macabeos a las órdenes de Akiva habían llevado la situación a un extremo imposible. Habían llegado a colgar a soldados británicos y dar azotainas en plena calle a oficiales de la misma nacionalidad en represalia de los castigos que los ingleses les imponían a ellos. Los judíos que habían predicado y practicado la norma de refrenarse durante las dos tandas de disturbios ocurridas antes de la guerra, manifestaban ahora menos paciencia ante los actos de agresión de los árabes.

En los círculos oficiales se decía que a Cecil Bradshaw se le había rebajado la barriga de tanto luchar contra los judíos después del incidente del «Exodo». El mandato de Palestina se aproximaba a su término. Y sin embargo, el pequeño país ocupaba una posición de importancia económica y estratégica enormes. Era el mismo eje del Imperio. La base naval y la refinería de Haifa y la situación del país en relación a la arteria central de Suez imponían la necesidad ineludible de conservar Palestina bajo el poder de Inglaterra.

El zumbador del sistema de intercomunicación instalado en la mesa escritorio de Bradshaw se puso a sonar.

—El general Tevor-Browne ha llegado.

Bradshaw y Tevor-Browne intercambiaron unas frías frases de saludo. Tevor-Browne era uno de los pocos elementos projudíos que uno encontraba en los círculos oficiales. Él era el que había predicho el fin del mandato en aquella misma oficina al principio del incidente del «Exodo» y el que, ya antes de que los muchachos declarasen la huelga del hambre, había sostenido que era preciso dejar partir el barco. Tevor-Browne había creído siempre que eran los judíos y no los árabes los que merecían el apoyo inglés, y ello por la sencilla razón de que los judíos eran aliados fieles con los cuales se podía contar y los árabes no. Él se había manifestado en favor de hacer de Palestina una nación judía que formase parte de la Commonwealth.

Las opiniones de Tevor-Browne no consiguieron hacer mella ninguna en Bradshaw, ni en el grupo de Chatham House, ni en la Oficina de Colonias. Ni aun en estos momentos tenían aquellos tres poderes el valor de rectificar su terrible equivocación, sino que se mostraban dispuestos a hundirse con ella. El miedo a las amenazas árabes sobre los campos de petróleo y el Canal de Suez se imponía sobre todo lo demás.

—Estuve leyendo estos sumarios —dijo Bradshaw.

Tevor-Browne encendió un cigarro.

—Sí, muy interesantes. En verdad que los judíos no nos hacen el favor de retroceder hasta hundirse en el mar.

Bradshaw hizo tamborilear los gordinflones dedos sobre la mesa, molesto por el

aire de «ya se lo dije yo» de su interlocutor. Éste añadió:

—Dentro de unas semanas tendré que proponer a alguno para un premio.

—No le pido indirectas zahirientes, sir Clarence. Yo quería hablar con usted acerca de la conveniencia de retener a Haven-Hurst en su puesto. Creo que ha llegado la hora de mostrarse más duro con los judíos.

—Haven-Hurst es la persona indicada para esto… a menos que desee usted conseguir los servicios de unos cuantos generales alemanes de las SS encerrados como criminales de guerra. Usted sabe muy bien que todavía tenemos en Palestina un Gobierno Civil… Hay allá un alto comisario.

Bradshaw se puso de color carmesí bajo aquellos insultos, pero consiguió dominarse el genio, un genio que se volvía más pronto e inflamable cada día.

—Opino que ha llegado el momento de investir a Haven-Hurst de mayor autoridad. —Y con estas palabras entregó una hoja de papel a Tevor-Browne.

Era una carta dirigida al comandante británico de Palestina, general Sir Arnold Haven-Hurst, KBE, CB, DSO, MC[14]. «La situación ha degenerado hasta extremos tales que si usted no puede indicarnos medios adecuados para conseguir una normalización inmediata yo me veré obligado a recomendar que se lleve el asunto a las Naciones Unidas».

—Bien dicho, Bradshaw —comentó Tevor-Browne—. Estoy seguro de que, si a usted le gustan mucho las historias de horrores, Haven-Hurst podrá hacerle indicaciones altamente interesantes.

*SAFED, PALESTINA*

Después del incidente del «Exodo» llegó pronta y calladamente la orden pasando al brigadier Bruce Sutherland a la reserva. Sutherland se trasladó a Palestina y establecióse en Monte Canaan, cerca de Safed, la antigua ciudad de la Galilea septentrional situada a la entrada del Valle de Huleh.

Bruce Sutherland creía haber encontrado por fin un poco de paz y un intervalo de sosiego después de los años de tormento que venía soportando desde la muerte de su madre. Ahora por primera vez le era dado dormir por las noches sin el sobresalto del miedo. Sutherland adquirió una pequeña y preciosa villa en Monte Canaan a tres millas del Safed propiamente dicho. Allá se respiraba el aire más puro de toda Palestina y una brisa fresca que soplaba constantemente impedía que el calor del verano hiciera sentir todo su efecto sobre aquella comarca. Su casita estaba revocada de estuco blanco y tenía el tejado de tejas rojas y el suelo de granito. Contaba con grandes aberturas permitiendo la circulación del aire y estaba amueblada y decorada con mucho gusto a estilo mediterráneo. Detrás del patio posterior se extendía una parcela de cuatro *dunams* de terreno nivelado que él convirtió en un lozano jardín

coronado por cuatrocientos rosales de Galilea.

Desde el jardín, Safed, al otro lado del valle, ofrecía un panorama embriagador. Vista desde allí, la ciudad tenía la forma de un cono perfecto. En la ancha base del monte en que se asentaba empezaban varios caminos de ondulante trazado que trepaban hasta la acrópolis de lo alto de la cumbre, a unos mil metros sobre el nivel del mar. Lo mismo que muchas de las cimas montañosas de Palestina, la acrópolis de Safed había sido una ciudadela de los hebreos cuando, en la antigüedad, se sublevaron contra los griegos y los romanos.

Bruce Sutherland empleaba los días en su jardín, considerado como el mejor de Palestina, en excursiones a los lugares santos, estudiando hebreo y árabe, o simplemente vagabundeando sin objetivo por el laberinto de callejuelas que formaban Safed. La ciudad tenía un hechizo inmarcesible. Parecía agarrarse a la ladera del monte, con sus estrechas calles orientales subiendo en espiral hacia la acrópolis sin plan alguno prefijado y con sus casas igualmente amontonadas al azar. Cada morada tenía una forma y una distribución propias; sus rejas y sus barandas de hierro labrado, sus ventanas de formas singulares y sus balcones, todo peculiar de cada una y distinto a las demás; pero todas se apiñaban sobre los angostos pasajes añadiendo a la población un encanto poderoso y extraño.

El barrio judío, que ocupaba una décima parte de la ciudad, lo habitaban gentes piadosas y extremadamente pobres que se resignaban a vivir de las escasas limosnas de sus correligionarios. Safed era el centro de la Cábala, la ciencia del misticismo judío. Aquí los ancianos se pasaban la vida en la plegaria y el estudio y formaban un cuadro tan policromo como la misma ciudad. Deambulaban por delante de las filas de tiendecitas vistiendo exóticos trajes orientales y desgarrados restos de lo que en otro tiempo fueron majestuosas sedas. Eran un grupo de gente bondadosa y pacífica. Los Cabalistas de Safed eran los que habían sufrido más a manos de los mercenarios del Muftí porque eran los menos capaces de defenderse.

Su historia los acreditaba como el grupo judío que había permanecido más tiempo, ininterrumpidamente, en Tierra Santa. Los cruzados desterraron a los judíos; pero después de su derrota los cabalistas volvieron inmediatamente a Safed y ya no se habían movido más de allí. En el cementerio había tumbas de los grandes sabios del cabalismo con inscripciones datando de cuatrocientos y quinientos años atrás. Los cabalistas estaban convencidos de que todo el que fuese enterrado en Safed iría directamente al Gan Eden —al Jardín del Edén—, ¡tan puro era el aire que se respiraba en aquella ciudad!

Sutherland nunca se cansaba de recorrer las retorcidas callejuelas llenas de pequeñas sinagogas, ni de observar a la gente, ni de saturarse del folklore y de las leyendas de los rabíes y hasta de la misma Cábala.

En el sector árabe se veían las míseras chozas que uno encuentra en toda

población sarracena de cualquier parte del mundo. Sin embargo, las excelencias del clima y la belleza panorámica de Safed atraían a muchas familias «effendis» que se construían allí espléndidas mansiones. Así como en Monte Canaan uno encontraba hermosas casas y lujosos establecimientos para los judíos, el sector árabe de Safed tenía los mismos para los musulmanes opulentos. Sutherland contaba con amigos en ambos lugares.

Confirmando la fama que tenían los árabes de saber construir encima de las ruinas de otros pueblos, en los barrios árabes de Safed veíanse muchos restos de moradas medievales convertidos en viviendas para los moradores actuales. La muestra más bella de semejante arquitectura era la Mezquita de las Hijas de Jacob, sobre las ruinas de un convento de los cruzados húngaros.

Pero la joya de la corona de Safed era la acrópolis. Los caminos que subían en sinuoso trazado hacia la cumbre dejaban atrás el antiguo castillo de los Caballeros Templarios y las ruinas de un fuerte hebreo. La cumbre propiamente dicha se levantaba en el centro de un bosque de pinos en medio de una alfombra de flores silvestres y proporcionaba una hermosa perspectiva que iba desde el Mar de Galilea, en el sur, hasta el Lago de Huleh en el norte, en cual región uno podía seguir con la mirada el ondulante curso del río Jordán. En el horizonte se divisaba Monte Hermón, y hacia la parte del oeste se veían tocios los montes y valles de Galilea del lado de acá del Meron.

Los antiguos hebreos subían una vez al año a encender una hoguera en aquel monte. La señal era vista y transmitida desde todas las alturas, indicando el principio de los Días Santos. Cuando todavía no había calendarios la fecha de la celebración de los Días Santos la calculaban los rabíes más destacados y las fogatas se encendían una tras otra empezando en Jerusalén y pasando al Tabor, al Gilboa, al Safed y así sucesivamente hasta Babilonia, donde se hallaban los judíos en cautividad.

Una sola nota discordante alteraba la belleza, la poesía visual, por todo lo demás absolutamente perfectas: en las afueras de Safed, sobre la carretera que subía a Monte Canaan se levantaba un enorme y feo baluarte de cemento armado de la línea Taggart. Aquel fortín era visible también desde la villa de Sutherland.

Sutherland llevó sus correrías hacia el norte para conocer el *tel* de Hazor y recorrer la frontera libanesa a fin de visitar el sitio donde estaba enterrada Ester junto al fuerte y el lugar donde descansaba Josué, en Abu Yesha. La casualidad le llevó también a Gan Dafna y le hizo trabar amistad con el doctor Lieberman y con Kitty Fremont. Tanto Kitty como Sutherland agradecieron la oportunidad de renovar el ligero contacto tenido en Chipre. Sutherland se sintió dichoso al poder constituirse en el santo patrón de los chiquillos. Kitty aprovechó la ocasión para pedirle que le permitiese ir con los muchachos más desequilibrados a visitar su villa y la población de Safed. Poco tiempo se precisó para que entre el general y la enfermera se

estableciesen firmes lazos de amistad.

Una tarde que Sutherland regresaba de Gran Dafna tuvo la sorpresa de encontrar a su antiguo ayudante, el mayor Fred Caldwell, aguardándole.

—¿Cuánto tiempo lleva en Palestina, Freddie?

—He llegado hace poco.

—¿A dónde le han destinado?

—Al cuartel general de Jerusalén, en Información. Actúo de enlace con la División de Investigación Criminal. Por cierto que últimamente han tenido un disgusto mayúsculo. Parece que algunos de los nuestros han estado colaborando con el Haganah y hasta con los Macabeos, si es usted capaz de imaginárselo.

Sutherland se lo imaginaba sin ninguna dificultad.

—Lo cierto, señor, es que mi visita de hoy no es únicamente una visita de cortesía, por más que ya tenía yo intención de subir a ver cómo estaba usted. El general Haven-Hurst me ha pedido que le viese yo personalmente, pues que en tiempos pasados trabajé a sus órdenes.

—¿Ah, sí?

—Como usted sabe, estamos llevando a cabo la «Operación Folly», que consiste en evacuar de Palestina a todos los ingleses cuya presencia aquí no es absolutamente necesaria.

—Había oído que la daban el nombre de «Operación Folly[15]» —dijo Sutherland.

Freddie acogió el juego de palabras con una sonrisa cortés y carraspeó.

—El general Haven-Hurst quería saber qué planes tiene usted.

—No tengo ninguno. Ésta es mi casa y aquí me quedo.

Freddie se puso a golpear ligeramente la mesa con las puntas de los dedos.

—Lo que tenía que decirle, señor, es que el general Haven-Hurst quiere que quede bien sentado que una vez evacuado el personal cuya presencia no sea necesaria él no podrá responder en modo alguno de la seguridad personal de usted. De continuar aquí podría crearnos un verdadero problema.

El discursito de Caldwell dejaba entrever claramente otras implicaciones: Haven-Hurst conocía las simpatías de Sutherland y temía que colaborase con el Haganah. Por ello le aconsejaba, efectivamente, que saliese del país.

—Dígale al general Haven-Hurst que agradezco mucho su interés y que comprendo perfectamente cuál es su posición exacta.

Freddie quería insistir. Sutherland se levantó apresuradamente, le dio las gracias por la visita y le acompañó hacia el paseo donde le esperaba un sargento con un coche militar. Como de costumbre, Caldwell había cumplido pésimamente el encargo. Su manera de comunicar el consejo de Haven-Hurst había sido torpe de veras.

Sutherland volvió a entrar en la vivienda y se puso a meditar el asunto.

Realmente, su seguridad personal corría peligro. Los Macabeos podían cebarse fácilmente en un brigadier inglés retirado que tenía amigos entre los árabes y vivía solo en Monte Canaan; aunque era muy probable que lo pensasen dos veces antes de atentar contra su vida. Por parte del Haganah no corría riesgo alguno. Tenía algún contacto con ellos y además de que eran gente que sabía distinguir no practicaban el asesinato. Mirando ahora a la trinchera de enfrente, uno no podía adivinar de qué sería capaz El Husseini: Sutherland tenía amigos entre los judíos y algunos quizá perteneciesen, sin que él lo supiera, a los Macabeos.

Bruce Sutherland salió al jardín. Estaba lleno a rebosar de rosas tempranas de primavera. Luego su mirada se dirigió hacia Safed, al otro lado del valle. Allí, en aquella villa, había encontrado la paz y el sosiego. Los odiosos sueños que le atormentaban habían desaparecido. No, no se marcharía ni mañana… ni nunca.

El coche de Caldwell entraba en el Fuerte Taggart momentos después de haber partido de la villa de Sutherland. Los cuatro muros exteriores albergaban las oficinas y los barracones. El patio interior servía de punto de concentración y de aparcadero para los coches. Alguien salió al encuentro de Caldwell pidiéndole que se presentase en las oficinas del CID.

—¿Se va usted a Jerusalén esta noche, mayor Caldwell? —le preguntó el inspector de la División de Investigación Criminal.

Freddie dirigió una mirada al reloj.

—Sí, éste era mi plan. Y si me marchase ahora, en seguida, podríamos estar de regreso antes del atardecer.

—Estupendo. Tengo aquí a un muchacho judío que quisiera llevar al CID de Jerusalén para que lo interroguen. Es un prisionero Macabeo… muy peligroso. Existe la posibilidad de que sus compañeros sepan que está encerrado aquí y vigilen por si le trasladamos por medio de algún convoy. Por esto sería menos expuesto llevarle en el coche de usted.

—Con mucho gusto.

—Traed al muchacho judío.

Dos robustos soldados trajeron a un chico de catorce a quince años atado de pies y manos con recias cadenas. Una mordaza le cubría la boca y en su cara quedaban las huellas del interrogatorio de «tercer grado» a que le había sometido el CID. El inspector se acercó a él y dijo, dirigiéndose al mayor:

—Que no le engañe la cara de angelito de Ben Solomón. Es un granujita rubio.

—¿Ben Solomón? No recuerdo ese nombre.

—Le cogimos anoche en el asalto al cuartelillo de policía de Safed. Intentaban robar armas. Mató a dos policías con una granada. Ah, sí, ciertamente, eres un perrito judío rabioso, ¿verdad?

Ben Solomón continuaba impasible. Sus ojos miraban al inspector despidiendo

llamas de desprecio.

—No le quite la mordaza, mayor Caldwell, si no quiere que se le ponga a cantar salmos. Es un granujita fanático.

La mirada firme y despectiva del muchacho ponía nervioso al inspector, quien, dando un paso hacia él, le pegó un puñetazo sobre la boca, arrojando con violencia contra el suelo aquel cuerpo infantil cubierto de sangre y sujeto con cadenas.

—Sacadle de aquí —ordenó secamente el inspector, con voz nerviosa.

Los soldados empujaron al muchacho hasta tenerlo tendido en la parte trasera del coche. Un soldado armado sentóse detrás, vigilándole; Caldwell se sentó al lado del chofer, y de esta guisa salieron del Fuerte Taggart.

—Cochino granuja —refunfuñaba el chofer—. Ah, sí, mayor Caldwell, deberían darnos unas cuantas semanas de carta blanca para saldarles las cuentas a esos judíos. Esto es lo que deberían hacer; se lo aseguro.

—A un compañero mío lo mataron la semana pasada —dijo el soldado que iba en el asiento trasero—. Y en verdad que era un excelente muchacho. Tenía esposa y un hijo pequeño. Los Macabeos le atravesaron la cabeza de parte a parte, ¡vaya si lo hicieron!

Al entrar en el Valle de Beth Shean los tres hombres se sintieron más tranquilos; ahora estaban en territorio completamente árabe; el peligro de un ataque había desaparecido y no les amenazaría de nuevo hasta llegar a los alrededores de Jerusalén.

Caldwell volvió la cara hacia atrás para mirar al prisionero tendido en el suelo. El fermento del odio hervía en su estómago. Detestaba a Bruce Sutherland. Su corazón le decía con toda certeza que Sutherland ayudaba al Haganah. Sutherland amaba a los judíos. Sutherland había permitido de intento que ocurriese la catástrofe de Chipre.

Al cerebro de Caldwell vino el recuerdo de aquel día que estaba él junto a las alambradas del campo de Caraolos y una judía gorda se puso a escupirle.

Otra vez volvió a mirar al chiquillo tendido en el suelo. El guardia estaba sentado en mitad del asiento, con un pie sobre la cabeza de Ben Solomón, y se reía divertido.

—¡Judío cochino! —murmuró Caldwell en voz baja.

En la imaginación veía todo un desfile de judíos. Veía a los tipos barbudos de la Whitechapel de Londres y le parecía percibir el olor a curtidos. Veía la fila de casas de empeños… Veía a los judíos curvados sobre sus banquetas murmurando oraciones. Veía a los niños judíos camino de su escuela, con las cabezas cubiertas con aquellos gorros negros.

Ahora el coche se dirigía hacia la ciudad exclusivamente árabe de Nablus.

Caldwell sonrió recordando el club de oficiales y las bromas antisemitas. Veía a su madre acompañándole a casa de un arrogante médico judío…

«Y se figuran que Hitler hacía mal —pensaba Caldwell—. Hitler sabía cómo

había que ajustar las cuentas. Cochina suerte que la guerra terminase antes de que hubiera acabado con todos». Caldwell se acordaba de cuando entró en Bergen-Belsen con Sutherland. A Sutherland aquel cuadro le daba náuseas. A Caldwell no, ¡claro que no! ¡Cuantos más judíos muertos, mejor!

En aquel momento entraban en un poblado árabe conocido por su hostilidad contra el Yishuv. Era una de las fortalezas de los Husseini.

—Pare el coche —ordenó Caldwell—. Ahora escúchenme un poco. Vamos a echar fuera del auto a ese perro judío.

—Pero, mayor, le asesinarán —dijo el guardia.

—Confieso que los judíos me encienden la sangre, señor —dijo por su parte el chofer—, pero hemos asumido la responsabilidad de entregar el prisionero. La tenemos, no cabe duda.

—¡Cállense! —gritó Caldwell con un ladrido semihistérico—. He dicho que lo arrojamos fuera del coche. Ustedes dos jurarán que un grupo de Macabeos nos ha cortado el paso en la carretera y se lo ha llevado. Si abren la boca en otro sentido van a dar con sus huesos en una trinchera. ¿Hablo claro?

Los dos soldados, viendo la llama de demencia que brillaba en los ojos de Caldwell, se limitaron a mover la cabeza afirmativamente.

A Ben Solomón le fueron quitadas las cadenas. Al llegar delante del café el coche disminuyó la marcha. El muchacho saltó a la calle de un empujón y el auto escapó a toda velocidad hacia Jerusalén.

Todo ocurrió como Fred Caldwell había previsto. Una hora después, Ben Solomón estaba sin vida. Lo habían mutilado. Lo habían decapitado. Y veinte árabes, riendo a carcajadas, se retrataron en grupo alrededor del que tenía la cabeza, cogiéndola por el cabello. Aquella fotografía sirvió para enviarla luego como advertencia de lo que les ocurriría tarde o temprano a todos los judíos.

El mayor Fred Caldwell había cometido un error funesto.

Uno de los árabes presentes en aquel café, que vio como arrojaban al muchacho fuera del coche, era un elemento de los Macabeos.

El general sir Arnold Haven-Hurst, KBE, CB, DSO, MC. estaba furioso. Paseaba a grandes zancadas por su cuartel del compartimiento Schneller de Jerusalén; y de pronto cogió de un zarpazo la carta de Cecil Bradshaw, que tenía sobre la mesa escritorio y la leyó de nuevo.

*La situación ha degenerado hasta extremos tales que si usted no puede indicarnos medios adecuados para conseguir una normalización inmediata, yo me veré obligado a recomendar que se lleve el asunto a las Naciones Unidas.*

¡A las Naciones Unidas, nada menos! El alto y rubio general dio un bufido,

arrugó la carta entre sus dedos y la arrojó al suelo. Una semana atrás Haven-Hurst había ordenado un *boicot* contra todas las plazas comerciales judías.

He ahí el premio que le daban por cinco años de combatir a los judíos. Durante la Segunda Guerra Mundial había advertido a la Home Office que no admitiesen judíos en el ejército británico; pero no le hicieron caso. Ahora, hala, a perder el mandato de Palestina. Haven-Hurst se sentó y se puso a trabajar en una respuesta a la carta de Bradshaw.

*Propongo la adopción inmediata de las medidas siguientes, que a mi entender normalizarían la situación de Palestina.*

1. *Suspensión de todos los Tribunales civiles quedando el comandante militar facultado para imponer multas, castigos y sentencias de cárcel.*
2. *Disolver el Yishuv Central; disolver la Sociedad Sionista de Asentamiento y todas las demás organizaciones judías.*
3. *Suspensión de todos los periódicos y publicaciones judíos.*
4. *Rápida y callada eliminación de unos sesenta dirigentes principales del Yishuv. Haj Amin el Husseini ha utilizado este método con éxito contra su oposición política. De la puesta en práctica de esta fase podrían encargarse nuestros confederados árabes.*
5. *Utilizar sin restricciones la Legión de Transjordania.*
6. *Encarcelar a varios centenares de dirigentes de segunda fila del Yishuv y desterrarlos en seguida a lejanas colonias de África.*
7. *Conceder al comandante militar el derecho de destruir todo* kibbutz, moshav, *poblado o barrio de una ciudad donde se encuentren armas. Proceder a un cribado de la población entera del país y deportar inmediatamente a todos los que hayan inmigrado de un modo ilegal.*
8. *Imponer multas colectivas sobre toda la población judía por cada acción terrorista de los Macabeos y señalar dichas mullas tan elevadas que los judíos empiecen a cooperar en la busca y captura de esos bandidos.*
9. *Ofrecer cuantiosas recompensas por toda información que se nos proporcione sobre los terroristas más audaces de los Macabeos, agentes de la Aliyah Bet, jefes del Haganah, etc.*
10. *Colgar o ejecutar inmediatamente a todo terrorista Macabeo en el mismo sitio de su captura.*
11. *Organizar una serie de boicots contra los negocios judíos y contra sus productos agrícolas y cortar todas las importaciones y exportaciones de los judíos. Llevar un control completo de todos los movimientos de los vehículos judíos.*
12. *Destruir el Palmach mediante ataques a los* kibbutzim *que se sepa que albergan*

*sus miembros.*

*Mis fuerzas se han visto obligadas a operar bajo circunstancias dificilísimas. Hemos tenido que sujetarnos a las normas recibidas y abstenernos de emplear en toda su extensión y eficacia nuestro poder. En cambio los Macabeos, el Haganah, el Palmach y la Aliyah Bet no se sujetan a ninguna norma y nos atacan tomando, ciertamente, nuestra moderación por debilidad. Si se me permite emplear sin limitaciones todo mi poder yo garantizo que restauraré el orden en poco tiempo.*

*General sir Arnold Haven-Hurst*
*KBE, CB, DSO, MC.*

*CHATHAM HOUSE,*
*INSTITUTO DE RELACIONES EXTERIORES,*
*LONDRES*

El rostro de Cecil Bradshaw tenía una palidez enfermiza cuando el general Tevor-Browne llegó por fin a su despacho.

—Bien, Bradshaw, usted pidió a Haven-Hurst que le expusiera su programa. Ahí lo tiene.

—¿Se habrá vuelto loco ese hombre? Buen Dios, su informe suena de un modo parecido a la «Solución Final» de Adolfo Hitler. —Bradshaw cogió el informe de doce puntos de Haven-Hurst y movió la cabeza negativamente—. Dios sabe que nosotros queremos conservar Palestina en nuestro poder, pero ¿recurrir al asesinato, al incendio de poblaciones, a matar a la gente de hambre, a llevarla a la horca? Yo no puedo recomendar una política tan bestial. Y ni que yo la recomendase no sé si en el Ejército británico habría suficiente número de gente dispuesta a llevarla a cabo. Toda mi vida me he pronunciado por el sostenimiento del Imperio, sir Clarence, y en más de una ocasión hemos tenido que tomar medidas crueles e injustas para salvaguardarnos. Pero también creo en Dios. No, no retendremos Palestina en nuestro poder por estos medios. Yo me lavo las manos en cuanto a los propósitos de Haven-Hurst. Que otro acepte si quiere sus proposiciones…, yo no quiero.

Cecil Bradshaw cogió el «Informe Haven-Hurst», lo estrujó entre sus manos, lo puso sobre el gran cenicero que tenía en la mesa, le acercó una cerilla y contempló como lo consumía la llama.

—A Dios gracias, tenemos el coraje de responder de nuestros pecados —murmuró.

El problema del mandato de Palestina fue llevado abiertamente a las Naciones Unidas.

# CAPÍTULO VII

Corrían los últimos días de la primavera de 1947 y Ari Ben Canaan desapareció de la vida de Kitty Fremont, la cual no volvió a verle ni a saber de él después de la excursión a Monte Tabor. Si Ari había dado algún encargo a Jordana, ésta no se los había transmitido. Kitty y Jordana apenas se dirigían la palabra. Kitty procuraba ser tolerante, pero Jordana se portaba de modo que hasta esto resultaba difícil.

La solución del mandato de Palestina había sido confiada a las Naciones Unidas por si ellas eran capaces de desenmarañar el problema. Por aquellos días, el mecanismo de la organización internacional se ocupaba de formar un comité de naciones pequeñas y neutrales que quedaría encargado de investigar el problema y redactar unas proposiciones para la Asamblea General. El Yishuv Central y los sionistas de todo el mundo aceptaban la mediación de las Naciones Unidas. En cambio los árabes empleaban amenazas, *boicots*, chantajes y toda clase de presiones que encontraban a mano a fin de evitar que el destino de Palestina se resolviese mediante un juicio imparcial.

En Gan Dafna aceleraban la instrucción militar del Gadna. El Poblado Juvenil se convirtió en un depósito principal de armas. Allá llevaban fusiles y más fusiles y cuando los chiquillos los habían limpiado los repartían en secreto, utilizando los camiones del poblado, por todas las colonias del Huleh, o los entregaban al Palmach. Karen tuvo que salir repetidas veces en esta misión de repartir armas clandestinamente. Tanto ella como los otros muchachos aceptaban la designación sin protestas ni indagaciones. A Kitty se le subía el corazón a la garganta cada vez que Karen salía del pueblo, pero no le quedaba otro recurso que el de guardar silencio.

Por su parte, Karen seguía insistiendo para que realizasen pesquisas a fin de dar con el paradero de su padre; pero todo era en vano. Aquella brillante esperanza concebida en La Ciotat se desvanecía.

La muchacha seguía en contacto con los Hansen, de Dinamarca. Cada semana les escribía y cada semana recibía carta, y a veces un paquete, de Copenhague. Meta y Aage Hansen habían renunciado a toda esperanza de que volviese con ellos. En las cartas de Karen se notaba algo que parecía indicar que hasta en el caso de no encontrar a su padre la habían perdido para siempre. Karen estaba perfectamente identificada con Palestina y con su condición de muchacha judía. La única persona que tenía algún poder sobre ella era Kitty Fremont.

Dov Landau presentaba extrañas mutaciones. En ciertos momentos parecía salir de su reclusión y entonces sus relaciones con Karen adquirían mayor profundidad. Luego la misma audacia de haber salido a plena luz empujábale a recluirse de nuevo en su concha. Siempre que era capaz de reflexionar sobre su propia actitud se reprochaba airadamente la conducta que seguía con respecto a Karen. Luego la

fidelidad que le manifestaba la muchacha le inducía a compadecerse de sí mismo y entonces odiaba y amaba a Karen, todo a la vez. Comprendía que no debía contaminarla con su contacto y al mismo tiempo se resistía a cortar aquel único lazo que le unía al resto de la humanidad. Cuando se hundía de nuevo en la amargura solía pasarse a menudo horas enteras contemplando el número azul tatuado en su antebrazo. Entonces se entregaba a sus libros y a sus pinturas con una concentración salvaje, aislando de sí a todos los seres vivientes. Pero siempre, cuando se acercaba al fondo de su misantropía, Karen conseguía sacarle de ella. Su exasperación jamás era tan grande que supiera dirigirla contra Karen.

En el tiempo que llevaba en Gan Dafna, Kitty Fremont se había convertido en una de las personas más importantes del pueblo. El doctor Lieberman descansaba en ella cada vez más. Por su condición de extranjera que miraba a los judíos con simpatía, se encontraba muchas veces en situación de ejercer esa influencia exterior de la persona «que no pertenece a la familia». La amistad del doctor Lieberman le proporcionaba mayores compensaciones que ninguna de las que hubiera tenido anteriormente. Kitty se había integrado perfectamente en la vida de Gan Dafna; realizaba un trabajo espléndido con los chiquillos desequilibrados. Sin embargo, todavía quedaba una barrera que la separaba de los demás. Ella se sabía responsable en parte de que existiese tal barrera, pero lo prefería de este modo.

Kitty se encontraba más a gusto con Bruce Sutherland que con los habitantes de Gan Dafna. Con Sutherland se encontraba en su propio elemento, de tal modo que aguardaba con impaciencia creciente la llegada de los días que podría pasar con Karen en la villa del brigadier. Cuando estaba con Sutherland volvía a darse cuenta de la diferencia existente entre ella y los judíos.

Harriet Saltzman vino un par de veces a Gan Dafna. En ambas ocasiones insistió y suplicó a Kitty que se encargara de la dirección de uno de los centros de la Aliyah Juvenil del sector de Tel Aviv. Kitty tenía una gracia especial para organizar y una constancia inquebrantable para mantener una organización en marcha. Estas cualidades añadidas a su profunda y extensa experiencia y a su habilidad, eran precisamente lo que hacía falta en algunos puntos no tan bien dirigidos como Gan Dafna. Harriet Saltzman calculaba además, muy sensatamente, que la influencia «exterior» de una Kitty Fremont beneficiaría en grado sumo a un centro de la Aliyah Juvenil.

Kitty rehusó. Se había acomodado a la vida de Gan Dafna, donde Karen se sentía perfectamente en su casa. Además ella no trataba de abrirse paso en la Aliyah Juvenil, ni tenía aspiraciones de otra clase.

Sin embargo, el motivo principal de su negativa era que no quería ocupar un puesto en el que tuviera que responder algún día de las actividades del Gadna y de la distribución de armas, dos cosas que le conferirían la condición de beligerante. Kitty

se adhería firmemente a su posición de neutralidad. Su trabajo continuaría teniendo un carácter profesional y no político.

Para Karen Clement, Kitty Fremont era como una hermana mayor que la criaba sin el auxilio de los padres. Kitty se había hecho indispensable a la muchacha, de cuya vida se iba desvaneciendo la sombra de los Hansen de Dinamarca, al mismo tiempo que las indagaciones realizadas para encontrar a su padre continuaban fracasando por completo. Con ello, no quedaba sino Dov, y Dov no daba nada. Kitty hacía todo lo posible para que Karen dependiese de ella, para que la necesitase. Quería que la necesitase tanto que esta necesidad llegara a vencer al enemigo oculto, el poder de atracción de Eretz Israel.

Con el transcurso de las semanas llegaban y pasaban los días festivos.

En Gan Dafna habían celebrado a finales de invierno el Tuv b'Shevat, un Día del Árbol, para perpetuar la fanática afición de los judíos a plantar árboles.

En el mes de marzo hubo el Día de los Héroes. Jordana Ben Canaan llevó a las tropas del Gadna en una excursión por las sierras limítrofes hasta Tel Hai, por donde Barak y Akiva habían entrado en Palestina, viniendo del Líbano. Aquel paraje se consideraba ahora terreno sagrado. Soldados del Palmach se reunieron con los jóvenes soldados del Gadna sobre el sepulcro de Trumpledor, para rendir homenaje a los héroes recientes.

Vino el brillante festival del Purim, y Gan Dafna estalló en un derroche de trajes raros o tradicionales y de carrozas y de guirnaldas que convertían la fiesta en un carnaval. Se narró a los muchachos la historia del Purim, se les explicó de qué modo había salvado a los judíos, entonces en poder del imperio persa, la reina Ester. El malvado Haman, el amalecita, planeaba la destrucción de los judíos, pero Ester le desenmascaro, salvando así a su pueblo. El sepulcro de Ester estaba en la frontera en las inmediaciones de Fort Ester, en cual lugar se celebró parte de la solemnidad. Para los chicos de Gan Dafna la historia del Purim era una cosa real, pues la mayoría de ellos habían sido víctimas de un Haman de última hora llamado Adolfo Hitler.

Vino y se fue la Pascua.

La festividad de Lag Ba Omer tenía lugar durante la luna llena, treinta días después de celebrada la Pascua y con el tiempo tomó el carácter de conmemoración del segundo levantamiento de los judíos contra los romanos. En tal fecha se rendía homenaje a los grandes sabios enterrados en la ciudad de Tiberíades, así como en Safed y en Meron. Se veneraban las tumbas de Moisés Maimónides, el filósofo y médico inmortal; de los rabíes Hiya, Eliezer y Kahana, y la del gran revolucionario, el rabí Akiva. Se veneraba también la del rabí Meir, el que hacía milagros. Todas estas tumbas estaban en Tiberíades, donde comenzaba el festival y desde donde se trasladaba a Safed. De Safed los piadosos marchaban, formando una gran comitiva, a Meron y a los sepulcros de Johanan, el que hacia sandalias, de Hillel y de Shammai.

En Meron todavía quedaba en pie parte de la antigua sinagoga, conservando su puerta, que según se afirmaba había de dar la bienvenida al Mesías.

De todos los rabíes que se veneraban en el Lag Ba Omer el mirado con más reverencia era Simón Bar Yohai. Bar Yohai despreció los edictos de los romanos prohibiendo el judaísmo y huyó al poblado de Peki'in, donde vivió en una cueva y donde el Señor le proveyó con un algarrobo que le proporcionaba alimento y un arroyo que le suministraba agua. Diecisiete años vivió escondido de este modo. Y un día de cada año iba a Meron a enseñar el Tora, prohibido por los romanos, a sus discípulos. Tanto los cristianos como los musulmanes aseguran que sus religiones han podido existir gracias a aquellos rabíes que, en secreto, conservaron vivo el judaísmo. Sin el judaísmo y sin el Sagrado Tora, ni la Cristiandad ni el Islam habrían sobrevivido, porque sus raíces estaban en el Tora y las doctrinas judaicas constituían su propia vida y su propia sangre.

Durante el tiempo que vivió escondido, Bar Yohai escribió el *Zohar* —el Esplendor— que fue el libro clásico del misticismo de la Cábala. Fieles hasidianos y orientales convergían en las ciudades santas de Tiberíades y Safed desde todos los puntos de Palestina y seguían luego hacia Meron donde pasarían varios días y noches rezando, cantando, danzando y alabando a Simón Bar Yohai.

Llegado el mes de mayo cesaron las lluvias y el Valle de Huleh y los montes de Siria y el Líbano se pintaron de un verde esplendoroso y los valles se llenaron de alfombras de flores silvestres y los capullos de las rosas galileas de primavera estallaron en una magnífica gama de rojos, blancos y anaranjados y Gan Dafna se preparó una vez más para celebrar una festividad. Era hora de celebrar el Shabaot, la venida de los primeros frutos del nuevo año.

Todas las festividades relacionadas con la agricultura penetraban muy hondo en los corazones de los judíos de Palestina. En Gan Dafna se había establecido la tradición de que para el Shabaot llegaran delegaciones de todo el Huleh a tomar parte en las fiestas de los muchachos.

Y Gan Dafna volvió a tomar el aspecto de un carnaval a medida que llegaban los camiones del moshav de Yad El cargados de campesinos. Con ellos vino también Sarah Ben Canaan.

Vino gente del lejano *kibbutz* de Kfar Giladi enclavado arriba, en la frontera del Líbano. Vinieron otros del *kibbutz* de Ayelet Hashanar, a la orilla del lago y otros de Ein Or. Vinieron de Dan, en la frontera siria y de Manara, en la cima de los montes.

El doctor Lieberman manifestó a Harriet Saltzman y a Kitty la desilusión que le producía ver que la delegación árabe de Abu Yesha quedaba reducida a la mitad de los delegados que Taha solía enviar. El significado era obvio y entristecedor.

Kitty procuró ver todos los camiones a medida que llegaban. Confiaba en que Ari asistiría a la fiesta y no podía disimular su desencanto. A su vez Jordana observaba a

Kitty con una sonrisa cínica en los labios.

Llegaron también unos cuantos soldados de Fort Ester. Formaban parte del número de «amigos» que se encargaban de avisar al poblado siempre que había en perspectiva un registro a la busca de armas.

El día estuvo lleno de diversiones. Hubo contiendas atléticas y en las salas de clase y en los laboratorios había mesas con manjares para los visitantes. Se bailó la *hora* sobre el césped y las mesas dispuestas al aire libre se doblaban bajo el peso de los alimentos amontonados en ellas.

A la puesta del sol todo el mundo se trasladó al teatro al aire libre, excavado en una ladera del monte y enclavado en el centro de un pinar. El teatro en sí estaba lleno a rebosar y todavía varios centenares de espectadores se sentaban en los prados de su alrededor. Al llegar las sombras se encendieron una infinidad de luces de colores colgando de los hilos tendidos entres los pinos.

La orquesta de Gan Dafna interpretó «Hatikvah» —la Esperanza— y el doctor Lieberman pronunció unas breves palabras de bienvenida, ordenando a continuación el comienzo del desfile de Shabaot. Luego volvió a su palco, que compartía con Kitty, Sutherland y Harriet Saltzman.

Karen abría la marcha. En el mismo instante de verla, Kitty sintió que el miedo le oprimía el corazón. Karen montaba a horcajadas un caballo blanco y empuñaba el asta de la bandera que lucía la Estrella azul de David sobre campo blanco. Llevaba pantalones largos color azul obscuro, una blusa campesina de bordados y los pies calzados con sandalias. Habíase peinado el abundante cabello castaño en dos trenzas que colgaban sobre su pecho.

Kitty se cogió a los brazos de su butaca. ¡Karen parecía la genuina encarnación del espíritu de los judíos!

«¿La he perdido? ¿La he perdido?». El viento agitó la bandera y el caballo se encabritó un momento, pero la muchacha lo dominó al instante. «Se me ha ido de las manos lo mismo que se fue de las manos de los Hansen», pensó Kitty.

Harriet Saltzman estaba mirando a la enfermera y ésta bajó los ojos.

Karen salió del círculo de luz; el desfile siguió su curso. Los cinco tractores de Gan Dafna, limpiados esmeradamente, lanzaban destellos luminosos. Cada uno arrastraba una plataforma cargada de frutas, hortalizas y cereales cosechados en los campos de la población.

Pasaron *jeeps* y camiones y camionetas escondidos bajo un diluvio de flores. Pasaron otros camiones llevando muchachos ataviados con prendas campesinas, empuñando rastrillos, azadas, hoces y aperos movidos a motor.

Las vacas, cubiertas materialmente de cintas y flores, abrían el desfile del ganado. Los caballos brillaban; la cola y las crines se las habían peinado en trenzas. Pasaron luego los rebaños de ovejas y cabras, seguidos de los perros, los gatos, un mono,

ratitas blancas y otros animalitos de capricho que sus propietarios llevaban en cariñosa exhibición.

Desfilaron chiquillos sosteniendo telas de fibras que ellos habían cultivado, hilado y tejido, y mostrando periódicos impresos por ellos, así como cestas, vajilla y otros objetos de arte que habían salido de sus manos. Desfilaron también sus equipos atléticos.

Concluido el desfile los espectadores prorrumpieron en una salva de aplausos y de vítores que duró un buen rato y siempre en ascenso.

La secretaria del doctor Lieberman vino, se colocó disimuladamente a su lado y le murmuró algo al oído.

—Perdónenme, por favor —pidió él a sus invitados—. Tengo que ir al teléfono; se trata de una conferencia muy importante.

—¡Vuelva en seguida! —le gritó Harriet Saltzman.

Las luces de los árboles se apagaron dejando el paraje en una obscuridad completa durante el corto instante que tardó en encenderse un foco del escenario. Descorrióse el telón, se oyó un redoble de tambor y una flauta de caña interpretó una antigua melodía. Los chiquillos se pusieron a representar la Canción de Ruth. Se trataba de una pantomima bordada sobre el fondo plañidero de los dos instrumentos citados.

Los trajes que llevaban eran auténticos. Las danzas tenían los mismos movimientos lentos y sensuales de los días de Ruth y Noemi. A continuación salieron unos actores que bailaron dando saltos salvajes y manifestando una pasión semejante a la de los danzarines que Kitty había visto en la cima del Monte Tabor.

«¡Cómo entregan su vida toda a resucitar el pasado! —se dijo—. ¡Cómo se entregan a reconquistar las antiguas glorias de Israel!».

Karen subió al escenario y a un gesto suyo se produjo un silencio expectante, mientras ella se ponía a danzar, interpretando el papel de Ruth. Sus movimientos narraban la sencilla y sublime historia de la muchacha moabita y su suegra caminando hacia Beth-Lehem: la Casa del Pan. La historia del amor y del Dios único venía repitiéndose en el Shabaot desde los días de los antiguos Macabeos.

Ruth había sido una mujer gentil en la tierra de los judíos. Y sin embargo, Ruth era una antepasada del rey David.

Los ojos de Kitty no se apartaban un momento de Karen mientras la muchacha interpretaba las palabras de Ruth a Noemi afirmando que iría con ella al país de los hebreos.

*«Adonde tú vayas, allá iré yo, y en donde tú mores, allá moraré yo. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios, mi Dios».*

Kitty se sentía más desalentada que nunca. ¿Conseguiría apartar a Karen de todo aquello? Ella, Kitty Fremont, era la extranjera. Era una gentil en medio de los

hebreos; pero no podía decir como Ruth había dicho: «*Tu pueblo será mi pueblo*». ¿Significaría esto que había de renunciar a Karen?

En aquel instante la secretaria del doctor Lieberman le daba unos leves golpecitos en el hombro.

—¿Tendría la bondad de ir en seguida al despacho del director? —le dijo en voz baja.

El camino estaba oscuro; era preciso andar con cuidado para no meterse en una zanja. Kitty encendió su pila de bolsillo, y cruzó el césped, pasando por la vera de la estatua de Dafna. Detrás se oía el latido del tambor y el llanto de la flauta. Guiada por aquella sola luz, Kitty entró a toda prisa en el edificio y abrió la puerta de la oficina del doctor Lieberman.

—Buen Dios —exclamó sorprendida al ver la expresión del doctor—. ¿Qué ocurre? Tiene usted una cara como si…

—Han encontrado al padre de Karen —murmuró él.

## CAPÍTULO VIII

Al día siguiente Bruce Sutherland llevó a Kitty y a Karen a Tel Aviv. Kitty utilizaba el pretexto de que tenía que comprar algunas cosas que le hacían falta desde mucho tiempo y quería además ser quien enseñase a Karen las primeras perspectivas de la gran ciudad. Llegaron poco antes del mediodía y se hospedaron en el Hotel Gat Rimon de la calle Hayarkon, sobre el Mediterráneo. Después del almuerzo, Sutherland se excusó y marchó. Como durante las horas de la siesta las tiendas permanecían cerradas, Kitty y Karen fueron a corretear por la arenosa playa que se extendía abajo, delante del hotel y luego se libraron del calor mediante un refrescante baño.

A las tres Kitty llamó a un taxi y se fueron a Jaffa, pues un profesor de Gan Dafna había encargado algunas compras importantes de artículos árabes y persas de cobre y latón. Por su parte Kitty quería adquirir algunas cosillas para su morada. El taxi les llevó a una calle estrecha y sinuosa del centro del mercado de quincalla de Jaffa. La fila de tiendas era como una sucesión de dentelladas en el muro construido por los cruzados. Las dos mujeres se pararon delante de uno de aquellos agujeros en la muralla, guardado por un sujeto obeso que dormía sentado en el umbral, con un rojo fez cubriéndole los ojos. Kitty y Karen examinaron la tienda. Tenía menos de dos metros de anchura y poco más de profundidad y contenía una confusión de botes, sartenes, platos, jarros, vasos, urnas, candelabros y qué sé yo cuántas cosas más, muchas de ellas colgando del techo. Hacía diez años cuando menos que el suelo estaba sin barrer.

El obeso árabe percibió la presencia de las parroquianas y despertó de su sueño para invitarlas con galante ademán a que entrasen en sus dominios. Luego sacó unas piezas de metal del interior de dos cajas y ofreció éstas como asiento, y a continuación gritó a su hijo mayor que preparase café para las honorables huéspedes de la casa. Llegó el café. Kitty y Karen bebieron unos sorbitos intercambiando corteses sonrisas con el tendero. El hijo, verdadero retrato de la estupidez, se había quedado de pie junto a la puerta. Media docena de espectadores se reunieron en la calle para seguir las incidencias del trato. Sin embargo, todos los intentos por iniciar la conversación iban fracasando uno tras otro. Los sonidos inarticulados, los gestos y los ademanes ocupaban el lugar del lenguaje corriente. Mientras Karen hablaba danés, francés, alemán, inglés y hebreo, y Kitty hablaba inglés, español y un poco de griego, el árabe sólo se expresaba en su lengua. Al final envió a su hijo en busca del intérprete del mercado, que a los pocos minutos hizo su aparición en la tienda. El inglés que hablaba el intérprete era bastante chapurreado, pero el hombre tenía conciencia de su deber, y las gestiones de compras comenzaron.

Kitty y Karen se pusieron a ojear por la tienda levantando el polvo de las

encostradas antigüedades, algunas de las cuales aparecían recubiertas de una capa de polvo y mugre acumulada sobre ellas en cien años, como prueba incontestable de su autenticidad. Después de cuarenta minutos de una inspección femenilmente concienzuda no quedaba en toda la tienda ni un solo objeto que, bien el padre, bien el hijo no hubiesen mostrado a las compradoras. Las cuales centraron su interés en un par de vasos, tres cafeteras árabes de largo pico, que eran de una delicadeza exquisita y una bandeja persa muy grande con miles de figuras grabadas a mano representando una leyenda entera. Kitty preguntó cuánto costaría todo aquello una vez limpió y pulido y llevado al hotel. La turba de la calle se apiñó un poco más hacia la tienda en cuanto vieron que el dueño y el intérprete se enzarzaban en una ruidosa discusión.

El intérprete se volvió y en su pésimo inglés dijo:

—A míster Akim se le parte el corazón. ¡Desprenderse de estos tesoros! Jura por Alá que la bandeja tiene trescientos años.

—¿Y cuánto costaría reparar el destrozado corazón de míster Akim? —preguntó Kitty.

—En honor a su hija, tan hermosa, míster Akim le hace a usted un precio especial, señora. Por todo, dieciséis libras esterlinas.

—Es un robo —le susurró Kitty a Karen.

—No irá usted a pagarle lo que pide —replicó Karen con vehemencia—. ¿Quiere amargarle el día privándole del placer de regatear?

—No, no; yo lo cojo y marcho a escape —insistió Kitty—. En los Estados Unidos esa bandeja nada más costaría de tres a cuatrocientos dólares.

—¡Kitty! ¡Por favor! —gritó Karen disgustada. Cuando dio un paso colocándose delante de Kitty, la sonrisa desapareció del rostro de Akim—. Nueve libras esterlinas y ni un *grush* más —anunció con firmeza Karen.

El intérprete trasladó la contraoferta a míster Akim. Míster Akim se dio por ofendido y se puso a lanzar grandes gemidos de angustia. Él tenía una familia numerosa que alimentar. Otra vez la gente abusaba de su buen corazón. Los artículos que aquellas señoras de ojo experto habían elegido eran antigüedades auténticas; ellas lo sabían y él lo juraba por su honor, por el honor de su padre y por las barbas de Alá. Trece libras.

—Doce y no damos más.

Akim se quejó entre sollozos asegurando que le estafaban, pero él era un pobrecito árabe y siendo así, ¿qué podía hacer? Era un juguete en las manos de aquellas dos inteligentes damas. Doce y media.

Trato hecho.

El regateo había terminado; dentro y fuera de la tienda florecían las sonrisas. Luego vinieron los largos y ceremoniosos apretones de manos. Akim bendijo a Kitty, a Karen y a toda la descendencia que vendría después. Kitty dejó su nombre y el del

hotel y advirtió al tendero que le pagaría en el momento en que le entregase, en el hotel, los géneros, limpios y pulidos. A continuación dio una propina al intérprete, otra al hijo con cara de tonto y ella y Karen salieron.

Caminando por la calle del mercado las dos mujeres se maravillaban de la gran cantidad de artículos que era posible amontonar en aquellas reducidísimas tiendas y de la gran cantidad de porquería que podía acumularse sobre una sola calle. Cuando llegaban al final de la misma, un hombre con aspecto de sabra acercóse a Karen, habló con ella unas palabras en hebreo y luego se alejó a buen paso.

—¿Qué quería?

—Ha visto por mi uniforme que soy judía y me ha preguntado si usted es inglesa. Yo le he dicho quién es usted y él me ha aconsejado que regresemos a Tel Aviv. Es posible que se produzcan desórdenes.

Kitty volvió la cabeza para mirar calle abajo; pero el hombre había desaparecido.

—Sería un Macabeo —dijo Karen.

—Marchémonos de aquí.

Mientras no estuvieron fuera de Jaffa, Kitty creía sentir que el corazón se le había subido a la garganta. El taxi las llevó al cruce de la Avenida Allenby con el Bulevar Rothschild. La Avenida Allenby estaba llena de tiendas nuevas y el Bulevar Rothschild era una calle muy ancha con un hermoso paseo central, en la que se alineaban varias grandes casas de inquilinos blancas, ultramodernas de tres pisos de altura. Aquello formaba un notable contraste con el mercado de baratijas de Jaffa. Los coches y los autobuses pasaban en riada continua y la gente andaba con el paso presuroso característico de las grandes ciudades.

—¡Qué emocionante es esto! —exclamó Karen—. Estoy contentísima de haber podido venir. Casi me cuesta creer que aquí todo el mundo, camareros, conductores de autobuses, vendedores…, todos son judíos. Ellos levantaron esta ciudad entera…, una ciudad judía. Usted no sabe lo que significa, ¿verdad que no?… Una ciudad en la que todo pertenece a los judíos.

Las palabras de la muchacha disgustaron a Kitty.

—En América hay judíos muy importantes, Karen, y son muy felices y muy americanos.

—Pero no es lo mismo que vivir en un país judío. No es lo mismo que saber con toda certeza que vayas a donde vayas y hagas lo que hagas queda todavía un rincón del mundo que te pertenece y en el que te quieren bien.

Kitty revolvió el interior del bolso y sacó un trozo de papel.

—¿Hacia dónde caerá esta dirección?

Karen dirigió una mirada al papel.

—Dos manzanas más allá. ¿Cuándo aprenderá usted a leer hebreo?

—Me temo que nunca. —Y luego añadió apresuradamente—: Ayer me astillé dos

dientes probando de pronunciar unas cuantas palabras.

Encontraron la dirección. Era una tienda de ropas.

—¿Qué quiere comprar? —preguntó Karen.

—Voy a proveerte de un guardarropa decente. Es una sorpresa que te reservábamos el brigadier Sutherland y yo.

Karen se paró en seco.

—No puedo aceptar —dijo.

—¿Qué te pasa, querida?

—Lo que llevo no deja nada que desear.

—Esto está muy bien para Gan Dafna… —contestó Kitty.

—Tengo toda la ropa que necesito —insistió Karen.

«A veces habla en el mismo tono que Jordana Ben Canaan», pensó Kitty.

—Karen, no debemos olvidar que eres una señorita. No traicionarás la causa aunque de vez en cuando te pongas alguna prenda bonita.

—Estoy muy orgullosa de…

—¡Oh, cállate! —atajóla resueltamente Kitty—. Cada día te expresas más como una *sabra*. Cuando estés lejos de Gan Dafna conmigo has de querer que Bruce y yo nos sintamos orgullosos de ti.

Kitty parecía enojada y había hablado en un tono que no admitía réplica. Karen se mordió el labio y cedió. Al mismo tiempo contemplaba por el rabillo del ojo los vestidos de falda larga de los maniquíes de los escaparates.

—No me habré portado lealmente con las otras chicas —dijo entonces realizando un último esfuerzo.

—Esconderemos los vestidos debajo de los rifles, si esto te ha de hacer feliz.

Unos momentos después saltaba de gozo delante del espejo, constituyéndose en la maniquí única de un gran desfile de modas, extraordinariamente dichosa y contentísima de que Kitty hubiese impuesto su autoridad. ¡Aquellos vestidos tenían una finura tan grande, un aspecto tan maravilloso! ¿Cuánto tiempo hacía que no llevaba prendas hermosas? Desde que salió de Dinamarca, tan largo tiempo que ya casi lo había olvidado. Kitty contemplaba satisfecha la transformación de Karen, quien se convertía de una campesina en una adolescente pulcra y atildada. Recorrieron toda la Avenida Allenby sin dejar de hacer compras y al llegar a la Plaza Mograbi se internaron por la calle Ben Yehuda cargadas de paquetes. En el primer café que encontraron por la acera se detuvieron y se sentaron. Karen tomó un mantecado con soda y se entregó a la contemplación del espectáculo que ofrecía la calle con su continuo ir y venir de gente.

—Éste es el día más hermoso que recuerdo —afirmó llevándose una cucharada de mantecado a la boca—. Sería perfecto si Dov y Ari estuviesen aquí.

«Es adorable», pensó Kitty. Sentía su corazón tan rebosante de bondad que sólo

deseaba hacer felices a los demás.

Karen medicaba mientras sorbía el resto del mantecado.

—A veces pienso que hemos escogido un par de limones.

—¿Nosotras?

—Sí, ¿no comprende? Usted y Ari. Yo y Dov.

—No sé qué diablos te da la impresión de que existe aleo entre míster Ben Canaan y yo; pero te aseguro que te equivocas del todo, del todo, del todo.

—¡Ja, ja, ja! —respondió la muchacha—. ¿Y es por esto que volvía la cabeza a cada camión que llegaba ayer antes de la celebración? ¿A quién buscaba con la mirada si no a Ari Ben Canaan?

—¡Hummm! —refunfuñó Kitty bebiendo un sorbo de café para disimular su confusión.

Karen añadió, secándose los labios y con un encogimiento de hombros:

—Cielos, todo el mundo puede ver claramente que está enamorada de él.

Kitty entornó los párpados con fingido enojo para mirar a la muchacha.

—Oye, señorita Sabelotodo…

—Niéguelo y me pongo a correr calle arriba y calle abajo gritándolo en hebreo.

Kitty levantó los brazos al cielo.

—Está visto que no puedo vencer. Algún día comprenderás que para nosotras las mujeres de treinta años un hombre puede poseer mucho atractivo sin que ello entrañe ninguna complicación seria. Yo aprecio a Ari, pero lamento tener que defraudar tus románticas suposiciones.

Karen miró a su protectora con una expresión que decía claramente que no la había convencido. Luego dio un suspiro, se acercó a ella, la cogió del brazo como si fuera a comunicarle un gran secreto y, poniendo la cara de grave seriedad propia de una adolescente, le dijo:

—Ari tiene necesidad de usted; puedo asegurárselo.

Kitty acarició la mano de su amiguita y le arregló un cabello rebelde que se había salido de la trenza.

—Ah, ojalá tuviera yo dieciséis años y las cosas fueran tan puras y tan poco complicadas. No, Karen, Ari Ben Canaan viene de una raza de superhombres cuya moneda principal es la confianza en sí mismos. Ari Ben Canaan no ha tenido necesidad de nadie ya desde el día que le salió un diente mordiendo la tralla de cuero de su padre. Su sangre está compuesta de corpusculitos de hielo y de acero y su corazón de una bomba parecida al motor de aquel ómnibus que ves allí. Esa colección de cosas le mantiene por encima y más allá de toda emoción humana.

Y se quedó callada, completamente inmóvil, con los ojos fijos en un punto del espacio.

—Usted está enamorada de él.

—Sí —respondió Kitty en un suspiro—, y lo que tú has dicho es cierto. Nos ha tocado un par de limones. Será mejor que nos vayamos al hotel. Quiero que te vistas en mi honor y te pongas como una princesa. Bruce y yo te guardamos una sorpresa. Queremos ponerte de largo.

Cuando Sutherland fue a recogerlas para la comida. Karen tenía ciertamente el aspecto de una princesa. La sorpresa consistió en asistir a la función de una compañía francesa de ballet en jira artística que representaba *El Lago de los Cisnes* en el Teatro Nacional Habima, acompañada por la Orquesta Filarmónica Palestina.

Karen estuvo todo el rato sentada en el mismo borde de su butaca, con el cuerpo inclinado adelante como para acercarse más, concentrando toda su atención en los movimientos de la primera bailarina mientras ésta evolucionaba en los alados pasos del papel que interpretaba en aquel cuento de hadas. La belleza subyugadora, avasalladora de la partitura llenaba su cerebro.

«¡Qué hermoso es!», exclamaba para sus adentros. Casi había olvidado que quedasen en el mundo cosas tales como el ballet. ¡Qué dichosa era teniendo a Kitty Fremont! El escenario estaba bañado en una luz azul y la música subía en crescendo hasta el estallido final, con la tormenta y con Sigfrido derrotando al malvado Von Rotbart y las hermosas doncellas cisnes convirtiéndose en mujeres. Por las mejillas de Karen se deslizaban gruesas lágrimas de felicidad.

Kitty se fijaba más en su amiguita que en el ballet. Se daba cuenta de que había despertado en la muchacha algo que permanecía dormido. Quizá estuviese redescubriendo que en el mundo en que antiguamente vivió había cosas tan importantes como el verdor de los campos de Galilea. Y en su interior renovó la decisión de mantener aquella llama siempre viva en el pecho de Karen, pues si bien los judíos se habían adueñado de gran parte de su espíritu, quedaba todavía una buena porción de la cual no se apoderarían jamás.

Mañana Karen vería a su padre y su mundo se inclinaría hacia otra dirección. Hoy Kitty había conseguido una pequeña victoria.

Regresaron tarde al hotel. Karen estallaba de felicidad. Entró abriendo la puerta de par en par y se puso a danzar por el vestíbulo. Los oficiales ingleses arqueaban las cejas. Kitty le ordenó que subiese a prepararse para irse a la cama y ella se acercó al bar acompañada de Sutherland para tomar una copita.

—¿No le ha hablado de su padre todavía?

—No.

—¿Querrá que las acompañe?

—Preferiría… ir sola.

—Naturalmente.

—Pero aguárdenos, por favor.

—Las aguardaré.

Kitty se puso en pie y dio un beso en la mejilla a Sutherland.

—Buenas noches, Bruce.

Karen continuaba bailando en su cuarto cuando llegó Kitty.

—¿No ha visto a Odette en la última escena? —dijo la muchacha, imitando los pasos.

—Es tarde y tú estás rendida.

—¡Oh, qué día, qué día! —exclamó, dejándose caer sobre su cama.

Kitty entró en el cuarto de baño a cambiarse de ropa. Desde allí oía a la adolescente tarareando las melodías del «ballet».

—Ah, Dios mío —murmuró para sí—. ¿Por qué se ha de ver en este caso? —Y se cogía las manos, temblando—. Dale fuerzas, Señor…, por piedad, dale fuerzas.

Tendida en su cama en medio de la oscuridad, Kitty seguía con los ojos completamente abiertos. Oyendo que Karen se revolvía dirigió la vista hacia la cama de la muchacha. Karen se levantó, arrodillóse junto al lecho de Kitty y apoyó la cabeza sobre el seno de su protectora.

—¡Cuánto la quiero, Kitty, cuánto la quiero! No podría amar más a mi propia madre.

Kitty volvió la cabeza al otro lado y le dijo con voz estremecida, acariciándole el cabello:

—Será mejor que te duermas. Mañana tendremos un día muy ocupado.

Kitty permaneció despierta, fumando un cigarrillo tras otro. De vez en cuando paseaba por el cuarto. Cada vez que miraba a la muchacha dormida sentía un peso en el corazón. Mucho después de la media noche estaba sentada a la ventana escuchando el rumor de las olas y contemplando el cuadro que ofrecía Jaffa, en la curva de la línea de la costa. Eran las cuatro cuando se sumió por fin en un sueño inquieto, agitado.

Por la mañana la agobiaba una extraña depresión, tenía la faz demacrada y debajo de sus ojos se notaban los círculos oscuros del insomnio. Una docena de veces trató de abordar el tema. El desayuno, en la terraza, transcurrió en silencio. Kitty bebía el caté a pequeños sorbos.

—¿Dónde está el brigadier Sutherland? —preguntó Karen.

—Ha tenido que salir a unos asuntos. Más tarde, pero esta misma mañana, se reunirá con nosotras.

—¿Qué haremos hoy?

—Pues… muchas cosas distintas.

—Kitty… se trata de algo relativo a mi padre, ¿verdad?

Kitty bajó los ojos.

—Creo que lo supe desde el primer momento.

—Yo no me propuse engañarte, cariño… yo…

—¿Qué hay?… por favor… ¿qué ocurre?…

—Está muy enfermo, muy enfermo.

Karen se llevó el dedo a la boca.

—Quiero verle.

—No te conocerá, Karen.

La muchacha irguió el cuerpo y fijó la mirada a lo lejos, sobre el mar.

—¡Tanto tiempo esperando este día!

—Niña…

—Desde hace unos dos años, cuando supe que la guerra estaba terminando, cada noche me he acostado con el mismo sueño. Tendida en la cama me figuraba que nos volvíamos a reunir los dos. Sabía qué figura tendría él y qué nos diríamos. En el campo de Caraolos, en Chipre, todos aquellos meses, cada noche soñaba lo mismo… Mi padre y yo… Mire… siempre estuve convencida de que vivía y… me representaba una y otra vez el mismo cuadro.

—Cállate… Karen. No será como tú lo habías soñado.

La muchacha temblaba de pies a cabeza. Las palmas de las manos se le habían humedecido.

—Lléveme adonde esté —pidió, abandonando la silla de un salto.

Kitty la cogió por los brazos y se los oprimió, con tuerza.

—Debes prepararte para un golpe terrible.

—Por favor… por favor, vayamos.

—Procura recordarlo…, pase lo que pase…, veas lo que veas…, yo estaré allí a tu lado. Yo estaré contigo, Karen. ¿Lo recordarás?

—Sí… Lo recordaré.

El médico se había sentado de cara a las dos visitantes.

—Su padre sufrió la tortura en manos de la Gestapo, Karen —dijo—. En los primeros tiempos de la guerra querían hacerle trabajar para ellos y recurrieron a la brutalidad. Al final tuvieron que dejarlo. Su padre era incapaz de ayudarles ni bajo la amenaza del peligro en que ponía a su madre y a sus hermanos de usted.

—Ahora lo recuerdo —dijo la muchacha—. Ahora recuerdo que dejaron de llegar las cartas a Dinamarca y que yo tuve miedo de preguntarle a Aage lo que había sido de mi familia.

—A él le enviaron a Theresienstadt, Checoslovaquia, y a su madre y a sus hermanos…

—Estoy enterada de lo que les pasó.

—A su padre le enviaron a Theresienstadt en la confianza de que cambiaría de parecer. Al terminar la guerra su padre tuvo noticia de la suerte que habían corrido su esposa y sus hijos, y se consideró culpable por haber esperado demasiado a salir de Alemania, dejando que su familia quedase cogida en una trampa. La noticia del

destino que habían sufrido, sumado a los años de torturas, desequilibró su mente.

—¿Mejorará?

El doctor miró a Kitty.

—Sufre una depresión psicótica…, una melancolía extrema.

—¿Qué significa esto? —pregunto Karen.

—Su padre no sanará.

—No lo creo —exclamó ella—. Quiero verle.

—¿Lo recuerda algo?

—Muy poco.

—Sería mucho mejor mantener el recuerdo que conserve de él que verle ahora.

—Debe verle, doctor, por penosa que sea la escena. Esta incógnita no puede quedar en el aire —afirmó Kitty.

El médico las guió por un pasillo y se detuvo delante de una puerta. Una enfermera abrió. El médico sujetó la puerta dejando paso a las dos visitantes.

Karen entró en una habitación con aire de celda. En el cuarto había una silla, una mesita y una cama. Karen paseó la mirada por aquella celda durante un momento; luego se quedó rígida. Allí, en un rincón, había un hombre sentado en el suelo. Iba descalzo y despeinado. Tenía la espalda apoyada contra la pared, los brazos rodeando las rodillas y los ojos fijos, sin expresión, sin mirar, en la pared opuesta.

Karen dio un paso hacia él. Vio su barba crecida…, vio su cara llena de cicatrices… Pero, de pronto, el martilleo del corazón de la muchacha se moderó. «Todo esto es una equivocación —pensó—, este hombre es un extraño…, no es mi padre…, no puede serlo… ¡Esto es una equivocación! ¡Una equivocación!». Y la dominaba un imperioso afán de dar media vuelta y ponerse a gritar:

«*… ¿No ven?, ustedes se han equivocado. Ése no es Johann Clement, no es mi padre. Mi padre está en alguna otra parte, está vivo y sigue buscándome…*».

Karen continuaba de pie delante del hombre sentado en el suelo, mirándole para asegurarse. Sus ojos seguían fijos en aquellos ojos dementes. Hacia tanto tiempo…, tantísimo tiempo, que no podía recordar. Pero el hombre con el cual había soñado siempre que volvería a reunirse no era aquél.

*Era un hogar del fuego y el aroma del tabaco de la pipa. Había allí un perro lanoso. Se llamaba «Maximilian». En el cuarto contiguo lloraba un niño. «Miriam, atiende a Han. Yo estoy leyendo un cuento a mi niña y no puedo dejarlo».*

Karen Hansen Clement se arrodilló despacio delante de aquel montón de carne sin pensamiento.

*La casa de la abuelita en Bonn siempre olía a pastelillos recién sacados del horno. Abuelita se pasaba la semana preparando pasteles para cuando llegase toda la familia, el domingo.*

El pobre loco continuaba con la mirada fija en la pared de enfrente, como si

estuviera solo en el cuarto.

*¡Mira qué graciosos son los monos del zoo de Colonia! Colonia tiene el más maravilloso de todos los parques zoológicos. ¿Cuándo volverá el Carnaval?*

Karen examinaba al hombre desde los pies descalzos hasta la herida frente…, nada de lo que veía se parecía a su padre…

*«¡Judía! ¡Judía! ¡Judía!», gritaba la turba mientras ella entraba corriendo en casa con la cara llena de sangre. «Vamos, vamos, Karen, no llores. Papá no permitirá que te hagan daño».*

Karen extendió la mano y acarició la mejilla del hombre.

—¡Papá! —dijo.

El demente no se movió ni reaccionó en modo alguno.

*Allí en la estación había un tren y multitud de niños por todas partes y hablaban de ir a Dinamarca, pero ella estaba cansada. «Adiós, papá», había dicho. «Mira, toma mi muñeca. Ella cuidará de ti». Ahora estaba en la plataforma del vagón, mirando a su papá abajo en el andén y su papá se volvía chiquito, chiquito…*

—¡Papá! ¡Papá! —gritó Karen—. ¡Papá, soy Karen! Soy su hija. Ahora ya soy mayor, papá. ¿No me recuerda?

En el umbral, el doctor detuvo a Kitty, que temblaba de pies a cabeza.

—Por favor, permítame que la consuele —gimió Kitty.

—Deje que apure su cáliz —replicó el médico.

Y ahora los recuerdos llenaban la mente de Karen.

—… ¡Sí! ¡Sí! ¡Es mi padre! ¡Es mi padre!… ¡Papá! —gritó, arrojándole los brazos al cuello—. Hábleme, por favor… Por favor, dígame algo. ¡Se lo ruego…, se lo ruego!

Aquella carne que en otro tiempo había sido el ser humano llamado Johann Clement parpadeó. Una repentina expresión de curiosidad asomó en su rostro al notar que otra persona se abrazaba a él. La expresión se mantuvo en su cara un momento emocionante, como si él, a su manera, hiciese un esfuerzo por dejar que penetrase algo en su oscuridad… Pero luego su faz volvió a quedar sin expresión, sin vida.

—¡Papá! —gritaba Karen—. ¡Papá!

Y su voz resonaba en el cuarto vacío y por el largo corredor repetida por el eco: «¡Papá!».

Los brazos vigorosos del doctor la obligaron a deshacer el abrazo de los suyos y la condujeron cariñosamente fuera de la habitación. Entornaron la puerta, cerraron con llave y Johann Clement desapareció de la vista de Karen… para siempre. Sollozando de dolor, la muchacha se refugió en los brazos de Kitty.

—¡Ni siquiera me ha conocido! ¡Oh, Dios mío…, Dios mío…! ¿Por qué no me conoce? ¡Dímelo, Dios, dímelo!

—Cálmate, niña, cálmate. Kitty está aquí. Kitty está contigo.

—¡No me deje, no me deje nunca, Kitty!
—No, niña… Kitty no te dejará nunca…, nunca.

# CAPÍTULO IX

La noticia de la aparición del padre de Karen se extendió por Gan Dafna ya antes del regreso de la muchacha y de Kitty. En Dov Landau produjo una tremenda conmoción. Por primera vez desde que su hermano Mundek le estrechaba en sus brazos en un nido subterráneo del *ghetto* de Varsovia, Dov Landau fue capaz de sentir compasión por otra persona que no fuese él mismo. La pena que le inspiró Karen Clement fue, por fin, el rayo de luz que vino a iluminar las negruras de su mundo interior.

Karen era la única persona en quien se confiaba y a quien quería. ¿Por qué de entre toda la gente de la tierra había de ocurrirle a ella aquella desgracia? ¿Cuántas veces en aquel hediondo campo de Caraolos le habla explicado Karen su fe sencilla, todopoderosa? Ahora Karen sufría y su desesperación afligía profundamente a Dov.

¿Qué le quedaba a su amiga? Sólo él y mistress Fremont. ¿Qué era él para ella? Una piedra de molino…, nada. Había veces que se proponía odiar a mistress Fremont, pero no lo conseguía sabiendo lo buena que era con Karen. Eliminado de la escena el padre de la muchacha, quizá mistress Fremont se la llevase a América.

Pero él, Dov, sería un obstáculo en el camino. Sabía que Karen no querría abandonarle. La mente de Dov no veía sino una conducta a seguir.

Los Macabeos tenían en Gan Dafna un agente secreto que cuidaba de reclutar adeptos. Era un joven llamado Mordecai. Por él logró saber Dov dónde y cómo establecer contacto con la organización clandestina. En Gan Dafna las villas del profesorado no se cerraban nunca. Una noche, Dov esperó a que todos estuvieran comiendo, saqueó varias moradas, robó unas cuantas joyas de oro y huyó a Jerusalén.

Bruce Sutherland fue directamente a ver al doctor Lieberman y le hizo prometer que pediría insistentemente a Kitty que llevase a Karen a su villa, donde pasaría un par de semanas para reponerse del golpe recibido.

Karen soportó su dolor con la misma dignidad y el mismo coraje que la habían sostenido a través de una vida saturada de tragedia. Kitty Fremont fue cauta y no se apartó ni un momento de su lado.

El hado del padre de Karen y la desaparición de Dov Landau se combinaban para proporcionarle a Kitty una bien triste victoria. La enfermera creía que a su debido tiempo conseguiría llevarse a la muchacha a los Estados Unidos. Estando en la villa de Sutherland, Kitty pensaba continuamente en esta posibilidad y en muchas ocasiones se detestaba a sí misma viendo que la tragedia de Karen le servía de consuelo a ella, pero no conseguía desviar el curso de sus pensamientos. Desde el día en que vio a Karen en la tienda de Caraolos su vida entera había girado alrededor de la muchacha.

Un día, después del almuerzo, Ari Ben Canaan fue a la villa de Sutherland y se quedó en el estudio aguardando, mientras el criado iba a la terraza del patio a buscar a su amo. Bruce se excusó con las dos mujeres y las dejó tomando el sol. Ari y Bruce estuvieron unas dos horas hablando para ultimar su negocio.

—Tengo aquí a unas amigas de usted —dijo Sutherland, cuando se hubieron puesto completamente de acuerdo—. Kitty Fremont pasa aquí una quincena, acompañada de aquella jovencita apellidada Clement.

—Ya me habían dicho que usted y Kitty se han hecho grandes amigos —respondió Ari.

—Sí; considero que Kitty Fremont es una de las mujeres de más valía que haya conocido en mi vida. Debería usted subir a Gan Dafna y ver la labor que ha realizado con algunos de los muchachos que llevaron allá. Hay uno que seis meses atrás ni siquiera hablaba y ahora no sólo ha salido ya de su ostracismo sino que empieza a tocar la trompeta para la banda de la escuela.

—También me he enterado de esto —respondió Ari.

—Yo le pedí con insistencia que viniese y se trajese a la chica que dije, la Clement. Es una muchacha que ahora ha encontrado a su padre, pero el pobre hombre sufre una demencia total e incurable. Para la niña, no hay que decirlo, el golpe ha sido terrible. Salga conmigo al jardín.

—Lo siento. Tengo que hacer algunas cosas…

—Bah, no me venga con excusas. —Y le cogió del brazo y le llevó fuera.

Kitty no había visto a Ari desde el día de la excursión a Monte Tabor. La impresión que le hizo en el primer momento de verle la alarmó. Ari no había cuidado lo bastante de sí mismo.

Kitty consideró que Ari expresaba su condolencia a Karen con una dulzura sorprendente. Manifestaba por ella una ternura que por lo visto reservaba para los de su propio pueblo. A Kitty no la había tratado nunca de aquel modo. ¿Sería porque a Karen la consideraba uno de los suyos?, se preguntaba Kitty. Luego se enfadaba consigo misma. Le parecía que empezaba ya a buscar en cada palabra y en cada situación un significado relacionado con la condición de judía de Karen. Ahora quizá imaginaba significados que no existían.

Kitty y Ari se pusieron a pasear por el jardín de rosales de Sutherland.

—¿Cómo está Karen? —preguntó Ari.

—Es una muchacha fuerte y valerosa —respondió Kitty—. Ha tenido que vivir una experiencia trastornadora, pero se va recobrando muy satisfactoriamente.

Ari volvió la cabeza en dirección a donde estaban Karen y Sutherland jugando a las damas.

—Es una chiquilla encantadora —dijo, con el acento de la sinceridad.

Sus palabras sorprendieron a Kitty. Nunca había notado en su voz aquella

afectuosa vehemencia; hasta se había preguntado si las cosas bellas impresionaban alguna vez a Ari. Se detuvieron al final del sendero, junto a la valla de piedra que rodeaba el jardín. Al otro lado de la pared comenzaba el valle y más allá se levantaba Safed. Kitty se sentó sobre la pared contemplando el panorama de Galilea. Su acompañante encendió dos cigarrillos, uno para sí y otro para ella.

—Ari, jamás le había pedido un favor personal. Ahora voy a pedirle uno.

—Con toda libertad.

—Con el tiempo, Karen se sobrepondrá a la desgracia de su padre, pero hay otra cosa a la cual no se sobrepondrá nunca. Dov Landau ha huido de Gan Dafna. Suponemos que se ha ido a Jerusalén a engrosar las filas de los Macabeos. Como usted sabe, Karen había tomado a ese chico como una cruzada suya particular. Ahora la pérdida de su padre ha hecho más terrible la pérdida de Dov. Esta segunda desgracia le corroe el corazón. Quisiera que usted buscase a Dov y nos lo trajese de nuevo a Gan Dafna. Sé que las relaciones que tiene usted le permiten localizarlo. Y si le convence de que Karen le necesita, él volverla de buena gana.

Ari miró a Kitty con curiosidad, al mismo tiempo que sus labios expulsaban, soplando suavemente, una bocanada de humo.

—Creo que no la entiendo ni poco ni mucho. Ahora la muchacha le pertenece a usted por entero. Dov, la única persona que podría cruzarse en su camino, ha abandonado el campo.

Kitty le miró sin pestañear.

—Lo que usted ha dicho debería ofenderme; pero no me ofende, porque es verdad. Sin embargo, yo no puedo fundar mi felicidad sobre la desdicha de Karen. No puedo llevármela a mi país si antes no ha quedado resuelto el asunto ése con Dov.

—Su actitud es digna de encomio.

—No se trata de un propósito honorable, Ari. Karen es una chica sensata en todos los aspectos menos en lo tocante a ese muchacho. Todos tenemos nuestros puntos débiles, supongo yo. Pero este punto débil lo superará mejor si Dov está en Gan Dafna. Teniéndole lejos, con los Macabeos, irá sublimando su imagen hasta verla mucho mejor de lo que es.

—Perdóneme si tiendo a las especulaciones sencillas, Kitty. Es usted una mujer astuta.

—Amo a esa chica con un amor que no tiene nada de malo ni de artero.

—Usted quiere asegurarse bien de que no tenga otro refugio que usted.

—Yo quiero asegurarme de que sepa que tiene otro refugio mejor. Quizá usted no lo crea, pero si yo supiera que le conviene más quedarse en Palestina, aquí se quedaría.

—Quizá sí que lo creo.

—¿Podrá decirme con toda sinceridad que obro mal al pensar en llevármela a los

Estados Unidos?

—No…, no obra mal —respondió Ari.

—Pues tráiganos a Dov.

Hubo un largo rato de silencio; luego Ari apagó el cigarrillo contra la pared. Moviendo los dedos con gesto inconsciente, separó el papel, dispersó el tabaco por el suelo y luego, hizo del papel una bolita y se la puso en el bolsillo. P. P. Malcolm le había enseñado a no dejar nunca la huella de una colilla. Las colillas eran como rótulos de carretera para los árabes que iban a la caza de soldados enemigos.

—No puedo.

—Sí, puede. Dov le tiene mucho respeto.

—Puedo encontrarle, naturalmente. Puedo incluso llevármelo a Gan Dafna por la fuerza y decirle: «Quieto ahí, chiquillo; esas señoras no quieren que te pase nada». Dov Landau ha tomado una decisión personal que todo judío de Palestina tiene que tomar de acuerdo con su propia conciencia. Los sentimientos que le impulsan a uno en este o en el otro sentido son muy vivos y poderosos. A causa de una decisión semejante mi padre y mi tío no se han dirigido la palabra desde hace quince años. Todas las fibras del ser de Dov Landau claman pidiendo venganza. Le empuja una fuerza tal que sólo Dios, o una bala pueden detenerle.

—Se expresa usted como justificando a los terroristas.

—A veces estoy completamente de acuerdo con ellos. A veces los detesto. De todos modos, no quisiera ser el juez de sus acciones. ¿Quién es usted, o quién soy yo para afirmar que la conducta de Dov Landau no está justificada? Ya sabe el mal que le han hecho. En cambio usted se equivoca totalmente respecto a otro punto. Si Dov vuelve acá sólo conseguiremos que aumente los pesares de esa chica. Dov tiene que seguir el camino que él mismo haya elegido.

Kitty saltó de la pared y se sacudió el polvo de la falda. Luego echaron a caminar en dirección a la puerta del jardín.

—Tiene razón, Ari —dijo, por fin, la enfermera.

Cuando se acercaban al coche, Sutherland se reunió con ellos.

—¿Estará usted mucho tiempo por aquí, Ben Canaan? —preguntó.

—Tengo que resolver unos asuntos en Safed. Será mejor que los despache en seguida.

—¿Por qué no regresa después y come con nosotros?

—Pues, yo…

—Acepte, por favor —pidió Kitty.

—Está bien. Gracias.

—De acuerdo. En cuanto haya terminado lo que tiene que hacer en Safed regrese sin tardanza.

Sutherland y Kitty le hicieron adiós con la mano mientras descendía por la ladera,

dejando atrás el fuerte Taggart y desaparecía de la vista.

—*El que guarda Israel no debe dormir ni descansar* —dijo la mujer.

—Buen Dios, Kitty. ¿Se ha dado usted a citar pasajes de la Biblia?

El brigadier y la enfermera abrieron la puerta y se encaminaron hacia el patio.

—Se le ve agotado.

—Yo creo que tiene un aspecto excelente, tomando en cuenta que trabaja ciento diez horas semanales —contradijo Sutherland.

—No había visto nunca una entrega tan absoluta… ¿O lo llamaría usted fanatismo? Me ha sorprendido verle aquí, Bruce. No sabía que usted estuviese mezclado en estos asuntos.

Sutherland llenó la pipa de tabaco.

—En realidad no tengo una participación activa. El Haganah vino a pedirme que hiciera un cálculo aproximado de la potencia de los ejércitos árabes que hay fuera de Palestina. Simplemente, querían conocer un punto de vista profesional, desapasionado. Veamos, Kitty, ¿no le parece que ya es hora de ser sincera consigo misma sobre esta cuestión?

—Ya le dije que no quiero inclinarme por ninguno de los dos bandos.

—Me temo que usted sigue la política del avestruz. Usted se ha sentado en el centro de un campo de batalla y ha dicho «No le den a mi casa, que he bajado las persianas».

—Me marcharé, Bruce.

—Entonces vale la pena que se marche pronto. Si se figura que podrá continuar mucho tiempo como hasta ahora es que vive en el paraíso de los tontos.

—No sé decidirme por completo todavía. He de esperar un tiempo más; hasta que Karen se haya repuesto de todos estos trastornos.

—¿Y es ésta la única razón?

Kitty movió la cabeza negativamente.

—Creo que me da miedo librar la batalla definitiva. En ciertos momentos estoy segura de haber vencido el apego de Palestina de esa muchacha… En otras ocasiones, y una de ellas es ésta, me aterra el pensar en hacer la prueba.

Desde la villa de Sutherland, antes de comer, podían ver la luna llena, enorme, suspendida sobre la ciudad.

—«*Tres grandes dones ha concedido el Señor a Israel, pero cada uno de ellos ha de ser conquistado con el sufrimiento. Uno de dichos dones es la Tierra de Israel.*» —dijo Sutherland—. Éstas fueron las palabras de Bar Yohai, hace dos mil años. Yo diría que fue un hombre sabio.

—Y puesto que habla de sabios —intervino Ari—, mañana me voy al mar de Galilea. ¿No ha estado nunca allá, Kitty?

—No. Me temo que mis viajes han sido más bien limitados.

—Debería verlo, no cabe duda. Y mejor que fuera pronto. Dentro de pocas semanas hará demasiado calor.

—¿Por qué no la lleva usted? —apresuróse a sugerir Karen. Sus palabras originaron un silencio embarazoso.

—Es…, es una excelente idea —respondió Ari al cabo de unos momentos—. Podría resolver todas las cuestiones que tengo pendientes y tomarme unos días de vacaciones. ¿Por qué no vamos todos, los cuatro?

—A mí no me interesa —dijo Karen—. Fui allá un par de veces con el Gadna.

Bruce Sutherland cogió el asidero que le arrojaba la muchacha.

—Ni a mí, amiguito. Habré visto el lago una docena de veces.

—¿Por qué no va usted con Ari? —insistió la adolescente, dirigiéndose a su amiga.

—Creo que debo quedarme aquí contigo —respondió Kitty.

—Tonterías —remachó por su parte Sutherland—. Karen y yo nos lo pasamos muy bien solos. Más aún, será un placer para nosotros librarnos de usted por unos cuantos días. Esto sin mencionar el hecho de que el aspecto de Ari indica que le sentaría muy bien un poco de descanso.

Kitty se puso a reír.

—Ari, aquí yo huelo un complot secreto. Parece que tenemos un par de casamenteros tratando de concertar un *shiddoch*.

—¡Óiganla! —gritó Karen, con entusiasmo.

—Canastos, en el fondo yo soy una *sabra*. ¡Ay, que le veo cogido en la trampa, Ari!

—Por mí, encantado —respondió él.

## CAPÍTULO X

A la mañana siguiente, muy temprano, Ari y Kitty partieron en coche hacia el Mar de Galilea y al poco rato penetraban en el Valle de Genezaret, que limitaba con sus costas septentrionales. Al otro lado del lago, las montañas de Siria levantaban su mole parda sobre aquella depresión del Globo; el aire, cálido y bochornoso, estaba completamente inmóvil.

«Éste es el mar del mismo Dios», pensó Kitty. Una vez más estaba a solas con Ari Ben Canaan y otra vez experimentaba la misma sensación de encontrarse en un país lejano al paso del tiempo que le había asaltado en las montañas de Judea. «¿Por qué noto en mí una receptividad mayor cuando estoy con Ari?», se preguntó.

Por la orilla del mar, Ari la llevó a las ruinas de la sinagoga de Cafarnaúm. Aquel suelo había sostenido los pies de Jesús, aquellas piedras habían oído sus enseñanzas y habían sido mudos testigos de sus curaciones. A la mente de Kitty acudían palabras que creía haber olvidado. *Jesús caminaba por la orilla del Mar de Galilea y vio a dos hermanos, Simón llamado Pedro y su hermano Andrés, echando una red al mar… Y entraron en Cafarnaúm y, siendo sábado, Él fue sin tardanza a la Sinagoga y se puso a enseñar*.

Era como si Él no se hubiese marchado todavía… A la orilla del agua los pescadores arrojaban sus redes al mar…, un pequeño rebaño de cabras negras pacía no lejos de allí… Los siglos no habían transcurrido.

Desde la sinagoga Ari la llevó a la iglesia construida sobre el punto en que tuvo lugar el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, a corta distancia de Cafarnaúm. Cubría el suelo de la iglesia un mosaico bizantino representando cormoranes, garzas reales, ánades y otras aves silvestres que seguían habitando en el lago.

Luego subieron al Monte de las Bienaventuranzas, hasta una capillita sobre la colina donde Jesús predicó el Sermón de la Montaña.

*Bienaventurados los que sufren persecución por defender la justicia: porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados vosotros cuando los hombres os difamen y os persigan y os cubran de falsas acusaciones por amor a Mí. Regocijaos, llenaos de inmensa alegría, porque grande será vuestra recompensa en el Cielo: pues así persiguieron ellos a los profetas que existieron antes que vosotros.*

Éstas fueron las palabras que Él pronunció desde aquel sitio. Y mientras estaba contemplando aquellos lugares sagrados del cristianismo, un extraño pensamiento vino a turbar la mente de Kitty: el de que Ari Ben Canaan y David Ben Ami y hasta su misma Karen parecían vivir profundamente compenetrados con todo aquello; más compenetrados de lo que ella podría sentirse nunca.

Después atravesaron a toda marcha el pueblo árabe de Magdala, cuna de María

Magdalena, y pasaron por el pie de los Cuernos de Hattin, que guardaban el sepulcro de Jetró, suegro de Moisés y principal profeta de los drusos. Pero la atención de Kitty no se ocupaba sino de la tormenta desencadenada en su propia mente.

El automóvil se alejó de las llanuras de Hattin para internarse por un campo horizontal en el que un estallido escarlata vino a herir sus ojos. Verdaderamente, aquello era una alfombra de flores silvestres.

—¡Oh, qué rojo! —exclamó Kitty—. Pare un momento, Ari.

Ari paró después de arrimar el coche al borde de la carretera; Kitty saltó fuera y arrancó una flor. Al contemplarla de cerca el asombro le hacía entornar los ojos.

—Jamás había visto cosa semejante —dijo, con voz estremecida.

—Los antiguos Macabeos vivían en unas cuevas de estos alrededores. Es el único lugar del mundo donde crece esta flor. La llaman Sangre de los Macabeos.

Kitty la examinó minuciosamente. Tenía el aspecto de pequeñas gotitas de sangre. Después la dejó caer con gesto vivo y se secó las manos en la falda.

¡Aquella tierra y todo lo que contenía se imponían a su espíritu! Hasta las flores cuidaban de que uno no pudiera olvidar ni por un momento. Era una obsesión, un imperativo que se levantaba del seno de la tierra, que instilaba en el alma la misma atmósfera; era como una condena, como un tormento.

Kitty Fremont estaba asustada. Comprendía que tendría que marchar de Palestina inmediatamente; cuanto más quería resistir la influencia de aquel país tanto más profunda huella dejaba en su alma. La sentía por todo su alrededor, encima, debajo; era una presión que la oprimía, la anonadaba.

Entraron en Tiberíades por el norte, cruzando el suburbio judío moderno de Kiryat Samuel —Villa de Samuel—, dejaron atrás otro fuerte de la línea Taggart y descendieron de los montes hasta el nivel del agua, penetrando en la Ciudad Vieja. Los edificios eran en su mayor parte de basalto negro y las colinas estaban llenas de sepulcros y cavernas de grandes hombres hebreos de la antigüedad.

Después de cruzar la ciudad se detuvieron en el «Hotel Galileo», cerca del mar. El mediodía era muy caluroso. Kitty comía sin apetito el silúrido de su almuerzo; apenas pronunciaba una palabra. Se arrepentía de haber ido.

—Todavía no la he llevado a lo más sagrado de lo sagrado —le dijo Ari.

—¿Dónde está eso?

—Es el *kibbutz* de Shoshanna. Allí nací yo.

Kitty sonrió. Sospechaba que Ari había adivinado la tormenta que turbaba su espíritu y procuraba alegrarla.

—¿Y en qué punto exacto se encuentra tan gran santuario?

—A pocas millas de aquí, por la carretera, allá donde el río Jordán desemboca en el mar. Aunque, según me han dicho, faltó poco para que naciese en el cuartelillo de la Policía turca de esta ciudad. En invierno esto está lleno de turistas. Y aunque ahora

lo más riguroso del verano haya pasado ya, ¿no podríamos tomar un baño? Tenemos todo el lago entero para nosotros.

—Parece una idea buena de verdad —asintió Kitty.

Delante del hotel, una larga escollera de piedra de basalto se internaba unos cuarenta metros en el lago. Terminado el almuerzo, Ari estuvo en el muelle, preparado para el baño, antes que Kitty. Ésta se sorprendió a sí misma observando el cuerpo de su compañero mientras se dirigía hacia él. Se le veía esbelto, delgado, pero fuerte y vigoroso. Ari la llamó con el ademán.

—¡Eh! —gritóle ella—. ¿Se ha tirado ya?

—La estaba esperando.

—¿Qué profundidad tiene en la punta de la escollera?

—Unos tres metros. ¿Es capaz de llegar hasta la almadía?

—Esto equivale a retarme a una carrera.

Kitty dejó caer el albornoz y se puso el gorro de baño. Ari la examinó con la misma franqueza que ella le había inspeccionado a él. El cuerpo de su amiga no tenía la angulosa robustez de una *sabra*, sino que tendía más a las suaves redondeces que son de esperar en una mujer americana.

Sus ojos se encontraron por un momento; los dos sintieron un poco de vergüenza.

Kitty tomó carrera y saltó al agua. Ari la siguió, llevándose una enorme sorpresa al ver que, poniendo en juego todas sus energías, lo máximo que podía conseguir era alcanzarla y ganarle la delantera por unas pocas brazadas. Kitty nadaba practicando un elegante *crawl* y braceando con una regularidad que le obligaron a él a realizar un verdadero esfuerzo. Subieron a la almadía riendo y jadeando.

—Me ha dejado pasmado.

—Olvidé decírselo, pero…

—Ya sé, ya sé. Formó parte del equipo de nadadores de su colegio.

Kitty se tendió de espaldas, con una profunda inspiración de contento. El agua, fresca, agradable, parecía haberla lavado de su malhumor.

Hasta mediada la tarde no regresaron al hotel para tomar unos cócteles en la terraza y luego retirarse a descansar en sus respectivas habitaciones antes de la comida.

Ari, que durante las últimas semanas había descansado muy poco, se durmió casi en el mismo instante de tenderse en la cama. En el cuarto contiguo, Kitty paseaba incesantemente. Habíase sosegado mucho de la agitación de la mañana, pero la tempestad emotiva sufrida habíala dejado fatigada y seguía temiendo un poco al poder místico de aquella tierra. Ansiaba volver a una existencia normal, sana, planeada. Y se convencía a sí misma de que esa misma terapia era lo que Karen necesitaba más que ninguna otra cosa. En consecuencia, resolvió abordar la cuestión con Karen sin más demora.

A última hora de la tarde el aire había refrescado agradablemente. Kitty decidió empezar a vestirse para la comida; abrió el armario y con gesto pausado, cogió uno de los tres vestidos colgados en su interior. Era el mismo que Jordana Ben Canaan tuvo en sus manos el día que sostuvieron aquella discusión. Kitty recordaba cómo la había mirado Ari en la escollera. Le había gustado que la mirase de aquel modo. El vestido que iba a ponerse era como un guante sin cintas ni cordones, que se adaptaba a su cuerpo haciendo resaltar el seno.

No hubo ojo masculino que no se levantara al paso de Kitty, ni aletas de nariz que no se estremecieran al percibir su perfume. Ari, que la vio al cruzar el vestíbulo, se quedó paralizado. Sólo cuando ella llegó junto a él se dio cuenta de pronto de que la estaba mirando fijamente, como hipnotizado y al momento recobró el uso de la voz.

—Le reservaba una sorpresa —dijo—. Hay un concierto en el *kibbutz* de Ein Gev, al otro lado del lago. En cuanto hayamos comido nos iremos allá.

—¿Estará bien que lleve este vestido?

—Pues…, sí…, sí, estará muy bien.

El disco de la luna —que la noche anterior estuvo en su pleno— salió a lucir por ellos casi entero asomando, con magnitud enorme, increíble, detrás de las montañas de Siria apenas su canoa a motor se hubo separado del muelle, trazando un gran reguero de luz sobre las quietas aguas.

—¡Cuán quieto está el mar! —exclamó Kitty.

—Pero es engañoso. Cuando Dios se encoleriza, en unos minutos lo convierte en un océano.

Media hora después habían atravesado el lago y atracaban en los muelles del *kibbutz* de Ein Gev —la Fuente del Paso de la Montaña—. Ein Gev representaba una prueba audaz. Estaba al mismo pie de las montañas de Siria, aislado del resto de Palestina. Sus campos llegaban hasta los mojones que señalaban la línea de la frontera y arriba del monte, suspendido del *kibbutz*, había un poblado sirio. Ein Gev lo habían fundado en 1937 unos inmigrantes de la Aliyah alemana; desde allí la mirada dominaba estratégicamente todo el Mar de Galilea.

Cerca del mismo se encontraba la depresión del río Yarmuk, que hacía de frontera entre Siria y Transjordania. Aquella depresión había sido una de las cunas de la Humanidad. Los arados de los labradores levantaban todos los días restos de otras civilizaciones, algunas de ellas prehistóricas. Habían encontrado arados toscos y cerámica con millares de años de antigüedad, demostrando que aquella tierra había sido cultivada y que también allí había vivido el hombre en sociedad.

Sobre la misma frontera, entre Ein Gev y las montañas sirias, se levantaba un montículo en forma de columna. Se llamaba Sussita: el caballo. En la cima de Sussita se encontraban las ruinas de una de las nueve ciudades fortificadas que tenían los romanos en Palestina. Sussita seguía aún dominando todo el sector.

Siendo los alemanes gente industriosa y como muchos de ellos antes de ir a colonizar un trozo de Palestina habían sido músicos, se les ocurrió una idea para aumentar los recursos del *kibbutz*, hasta entonces procedentes únicamente de la agricultura y del pescado. Formaron una orquesta y compraron un par de lanchas con las cuales llevaban a los turistas de invierno de Tiberíades a este lado del lago a escuchar los conciertos. La idea resultó muy acertada y la costumbre se extendió de tal modo que no había turista que visitase Palestina que no fuese a Ein Gev. De momento construyeron una gran sala descubierta, dentro de un bosque que crecía a la orilla del lago, trazando planes adicionales para convertirla en años venideros en un edificio cubierto.

Ari extendió una manta sobre la hierba cerca del límite de la sala; ambos se tendieron en ella, de cara al cielo, mirando cómo se empequeñecía la enorme luna de Lag Ba Omer y cómo se remontaba en el firmamento, dejando espacio para millones de estrellas. A medida que la orquesta interpretaba una pieza de Beethoven, Kitty iba sintiéndose libre de la tensión que la había dominado. Vivía un momento sublime, perfecto. Hubiera sido imposible imaginar un escenario más hermoso para aquella música. Parecía casi irreal. Habría querido que durase indefinidamente.

Terminó el concierto. Ari la cogió de la mano y se la llevó lejos de la multitud, por un sendero que bordeaba el lago. El aire estaba quieto, saturado de olor de pino y la superficie del lago parecía un bruñido espejo. A la orilla del agua había un banco formado por tres losas de piedra arrancadas de un templo antiguo. La pareja se sentó; ambos fijaban la mirada en las luces parpadeantes de Tiberíades.

El cuerpo de Ari rozó un instante el de Kitty. Ésta se volvió para mirarle. ¡Qué guapo era Ari Ben Canaan! Y le invadió de pronto el deseo de abrazarle, de acariciarle la mejilla, de pasarle la mano por el cabello. Quería pedirle que no trabajase tanto. Quería pedirle que le abriese el corazón. Quería explicarle las sensaciones que experimentaba cuando le tenía a su vera y suplicarle que no se portase como un extraño, que buscase algo que pudieran poseer en común. Pero Ari Ben Canaan era, efectivamente, un extraño y ella no se atrevía a manifestar que experimentase aquellas sensaciones.

El Mar de Galilea se agitaba; sus olas se abatían contra la costa. Un repentino soplo de viento meció los juncos de la orilla del agua. Kitty Fremont se apartó de Ari.

Un escalofrío recorrió su cuerpo al sentir en el hombro la mano del judío.

—Está helada —le dijo él, ofreciéndole el chal. Kitty se abrigó los hombros. Y se miraron con una larga mirada.

Ari se puso en pie de súbito, diciendo:

—Parece que vuelve la lancha. Será mejor que nos marchemos.

Cuando la embarcación emprendía el regreso, el Mar de Galilea, unos momentos antes tan liso, se puso picado, sufriendo la brusca mutación a que Ari se había

referido. Chorros de espuma se levantaban por encima de la borda y les salpicaban. Ari rodeó con el brazo los hombros de Kitty y la atrajo hacia sí para protegerla del agua. Kitty estuvo toda la travesía con los ojos cerrados y la cabeza reclinada sobre su pecho, escuchando los latidos de su corazón.

El camino desde el muelle hasta el hotel lo hicieron cogidos de la mano. Debajo de un sauce cuyas ramas se extendían formando como una sombrilla gigante, notablemente inclinada hacia la superficie del agua, Kitty se detuvo y quiso decir algo; pero la voz se le quebró y las palabras no quisieron salir de sus labios.

Ari le acarició el húmedo cabello, apartándoselo de la frente. Luego la cogió con gran dulzura por los hombros y la atrajo hacia sí, mientras los músculos de su cara se ponían tensos de emoción.

—Béseme, Ari, se lo ruego —murmuró ella.

Del fuego de su pasión, sofocado durante tantos meses, se levantaron de pronto llamas de éxtasis que les sumergieron en su seno todo el tiempo que duró aquel primer abrazo.

«¡Qué bien se está en sus brazos! ¡Qué fuerte es!». Kitty no había conocido nunca un momento como aquél con ningún hombre, ni siquiera con Tom Fremont. Se besaron, se volvieron a besar repetidamente; ella se arrimaba contra él, sintiendo, agradecida, el vigor de sus brazos. Luego se separaron y echaron a andar a buen paso y en silencio hacia el hotel.

Kitty estaba delante de la puerta de su cuarto, como atontada. Ari hizo ademán de continuar hacia su habitación. Ella le cogió por la mano y le hizo volver. Se quedaron un momento mirándose sin despegar los labios. Kitty hizo un signo afirmativo con la cabeza y entró rápidamente en su habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Un segundo después se desnudaba en la oscuridad, se ponía el camisón de noche y salía a su balcón, desde donde podía ver la luz del cuarto vecino. Hasta su oído llegaban las pisadas nerviosas de Ari, yendo y viniendo por la estancia. La luz se apagó. Kitty retrocedió hacia las tinieblas. Al cabo de un instante vio a Ari de pie en el balcón.

—Te quiero —le dijo él.

Ella se arrojó a sus brazos y le estrechó con fuerza, temblando de deseo. Ari le cubrió de besos la boca, las mejillas, el cuello… Kitty le devolvía beso por beso, caricia por caricia, con un abandono que no había experimentado jamás. Ari la levantó en vilo, la llevó a la cama, la depositó sobre la misma y se arrodilló a su lado. Kitty se sentía desmayada. Sus manos se cogían a las sábanas. Sollozaba, se estremecía.

Ari libró su hombro de la cinta del camisón y le acarició el pecho.

Y entonces, con repentina violencia, ella se libró de su abrazo y se alejó de la cama con paso inseguro.

—¡No! —exclamó.

Ari se quedó paralizado.

Los ojos de Kitty se llenaron de lágrimas. Ahora se apoyaba en la pared y realizaba un esfuerzo tremendo por dominar el temblor que agitaba su ser. Luego se dejó caer sobre una silla. Largos momentos transcurrieron antes de que se mitigase el temblor y su respiración volviera a la normalidad. Ari estaba de pie ante ella, con la cabeza inclinada, mirándola.

—Usted debe de odiarme —dijo ella por fin.

Ari no respondió. Kitty levantó la vista hacia la imponente figura que tenía ante sí y por su rostro adivinó cuán profunda herida le había causado.

—Vamos, Ari…, dígalo. Diga algo.

Él siguió sin hablar.

Kitty se levantó lentamente y le miró cara a cara.

—Esto no lo quiero, Ari. No quiero ser seducida. Me figuro que me he dejado dominar por el hechizo de la luna…

—Jamás habría creído que estaba haciendo el amor a una Virgen renuente —respondió él.

—Ari, por favor.

—Yo no tengo tiempo para jueguecitos y palabras. Soy un hombre adulto y usted es una mujer adulta.

—Lo define usted muy bien.

—Saldré por la puerta, si no le sabe mal —concluyó Ari.

El seco portazo que rubricó la escena hizo estremecer a Kitty, que se quedó largo rato con la cara pegada a los cristales del balcón y la mirada fija en el lago. El Mar de Galilea estaba colérico; la luna desaparecía detrás de una nube negra, siniestra.

Kitty estaba aturdida. ¿Por qué había huido de él de aquel modo? Jamás había deseado a nadie con tal ardor; jamás había perdido tan por completo el dominio de sí misma. Habíase aterrorizado de su propia temeridad. Y se decía que Ari Ben Canaan no la quería de veras. Sólo lo que buscaba de ella era una noche de amor. Hasta entonces nadie la había tratado así.

Luego se le antojó que de lo que había huido había sido del propio sentimiento que Ari le inspiraba, del nuevo deseo que encendía en su ser y que podía inducirla a quedarse en Palestina. Debía cuidar de que aquella situación no se repitiese jamás. Se marcharía con Karen, ¡nada sería capaz de detenerla! Ari le daba miedo; lo comprendía; Ari podía derrotarla. Si llegaba a manifestarle la más ligera prueba de un amor verdadero, quizá ella no tuviese fuerzas para oponerse…, pero, ahora, el recuerdo de la frialdad glacial de que había hecho gala la reafirmaba en la decisión de resistir, dejándola tranquilizada, aunque —¡oh, perversa paradoja!— resentida al mismo tiempo.

Kitty se tendió en la cama y se sumió en el sueño del agotamiento. El viento del lago azotaba la ventana.

Por la mañana todo estaba en calma de nuevo.

Kitty rechazó las mantas y saltó de la cama. Veía ante sí todos los acontecimientos de la noche anterior. Y se sonrojó. Ahora nada parecía ya tan terrible, aunque no dejaba de causarle una viva desazón. Había suscitado una escena que Ari habría juzgado, sin duda, tan terriblemente melodramática como infantil. Todo, todo había sido culpa suya y lo corregiría presentando sus excusas francamente y sin subterfugios. Tomada esta decisión, se vistió a toda prisa y bajó al comedor, esperando la llegada de Ari. Meditaba con calma las palabras que emplearía para pedir perdón.

Después de tomarse el café con toda prisa, siguió aguardando.

Transcurrió media hora. Ari no se presentaba. Kitty apagó el tercer cigarrillo y se acercó al mostrador.

—¿Ha visto a míster Ben Canaan esta mañana? —le preguntó al dependiente.

—Míster Ben Canaan se ha ido a las seis.

—¿No ha dicho a dónde iba?

—Míster Ben Canaan nunca dice a dónde va.

—¿Dejó acaso algún recado para mí?

El dependiente se volvió y le señaló la casilla de la llave. Estaba vacía.

—Sí, ya veo… Bien…, muchas gracias.

## CAPÍTULO XI

Dov Landau encontró habitación en un destartalado hotel de cuarta categoría de la calle de Le Chain, en la Ciudad Vieja de Jerusalén. Siguiendo las instrucciones que le habían dado, se fue al «Café Saladino» de la carretera de Nablus, cerca de la Puerta de Damasco y dejó su nombre y el del hotel para que los transmitieran a Bar Israel.

Luego vendió las sortijas y los brazaletes de oro que había robado al personal de Gan Dafna y se entregó a la tarea de estudiar Jerusalén. Para el antiguo ratón de *ghetto* y maestro de latrocinios, Jerusalén resultaba una materia sencillísima. Al cabo de tres días conocía todas las calles y callejuelas de la Ciudad Vieja y los distritos comerciales que la rodeaban. Su aguda mirada sabía descubrir y sus hábiles manos coger suficientes objetos de valor para atender a su sostenimiento. El problema de escapar por las angostas callejuelas y los concurridos bazares resultaba para él ridículamente fácil.

Dov invertía gran parte de su dinero en libros y material artístico. Solía recorrer con frecuencia la Carretera de Jaffa revolviendo las numerosas librerías en busca de textos de arte, dibujo y arquitectura.

Luego se encerraba en la habitación con sus libros, su material de arte y una regular provisión de frutas secas y de bebidas sin alcohol, esperando que los Macabeos se pusieran en contacto con él. Estudiaba a la luz de una vela, sin prestar atención al tráfago que habría podido observar desde la ventana, que daba a la calle de Le Chain, la cual unía los sectores judío y árabe yendo hasta la Cúpula de la Roca y el Muro de los Lamentos. Leía hasta que le ardían los ojos y no podía seguir más; entonces se tendía en la cama con el libro sobre el pecho y el pensamiento puesto en Karen Clement. Hasta entonces no se había dado cuenta de cómo la echaría de menos, ni de que la añoranza pudiera hacerle sentir un verdadero dolor físico. Había vivido tanto tiempo cerca de Karen que había olvidado cómo era la vida alejado de ella. Rememoraba todos los momentos pasados en su compañía. Recordaba los días de Caraolos y los del «Exodo», cuando dormía entre sus brazos en la bodega del barco. Recordaba cuán hermosa y feliz la había visto el primer día pasado en Gan Dafna. Recordaba su faz expresiva y cariñosa, su caricia suave y el acero de su voz cuando se enfadaba.

Dov se sentaba en el borde de la cama y esbozaba un centenar de retratos de Karen. La dibujaba en todas las actitudes que podía recordarla; pero todos los dibujos terminaban estrujados entre sus manos y arrojados al suelo, pues ningún retrato lograba manifestar cuán hermosa la veían los ojos de Dov.

Dos semanas pasó el muchacho en aquella habitación, saliendo únicamente cuando le era imprescindible.

Al fin de la segunda semana, necesitando dinero, salía para pignorar unos anillos.

Al llegar a la entrada del edificio vio a un hombre aguardando en la sombra. Dov empuñó la pistola, dentro del bolsillo y siguió adelante, preparado para girar sobre sus talones al primer sonido.

—No te muevas. No te vuelvas —le ordenó una voz desde la sombra.

Dov detuvo el paso, estremecido.

—Tú buscaste una entrevista con Bar Israel. ¿Qué quieres?

—Lo sabes de sobras.

—¿Cómo te llamas?

—Landau. Dov Landau.

—¿De dónde vienes?

—De Gan Dafna.

—¿Quién te envía?

—Mordecai.

—¿Cómo entraste en Palestina?

—Con el «Exodo».

—Sigue andando hacia la calle y no te vuelvas. Más tarde nos pondremos en contacto contigo.

Después de este incidente Dov se llenó de una inquietud tal que estuvo a punto de mandarlo todo a paseo y volverse a Gan Dafna. Añoraba terriblemente a Karen. Empezó una docena de cartas, pero las fue desgarrando todas. «Resolvámoslo de una vez…, resolvámoslo de una vez», se decía y repetía Dov.

Se acostó, se puso a leer y empezó a invadirle el sueño. Entonces se levantó a encender velas nuevas: si se dormía por completo y le asaltaban las viejas pesadillas no quería despertar en una habitación oscura.

Llamaron con un golpe seco.

Dov se levantó de un salto, cogió la pistola y se situó junto a la cerrada puerta.

—Son tus amigos —dijo una voz en el pasillo. Dov la reconoció como la misma que le había hablado desde las sombras y abrió. No vio a nadie.

—Ponte de cara a la pared —mandóle la voz desde la oscuridad.

Dov obedeció. Sentía, a su espalda, la presencia de dos hombres. Le vendaron los ojos y dos pares de manos le guiaron por las escaleras, le subieron a un coche que aguardaba y le hicieron tender en la parte trasera del mismo, cubriéndole con una manta. El coche arrancó y salió de la Ciudad Vieja.

Dov concentró su atención en adivinar a dónde le llevaban. El auto viró hacia la calle del Rey Salomón, siguió la Vía Dolorosa y salió por la Puerta de San Esteban. Para Dov Landau, acostumbrado a encontrar su destino por un centenar de rutas diferentes en la oscuridad absoluta de las cloacas de Varsovia, aquello era un juego de niños.

El conductor puso una marcha corta para ascender por una montaña. Dov calculó

que estarían más allá del Sepulcro de la Virgen, camino del Monte de los Olivos. Ahora la carretera era lisa. Y Dov dedujo que pasaban por la vera de la Universidad Hebrea y el Centro Médico Hadassah, en Monte Scopus.

Después de otros diez minutos de marcha, el coche se paró.

Dov calculó acertadamente que se encontraban en el sector de Sanhedriya, cerca de las Tumbas del Sanedrín, el Tribunal Supremo de los antiguos hebreos, compuesto de rabíes, casi en el mismo lugar donde se levantaba una edificación.

Entonces le introdujeron dentro de una casa, le guiaron hasta un cuarto lleno de humo de tabaco y le hicieron sentar. Dov percibía claramente la presencia de cinco o seis personas cuando menos. Allí pasó dos horas de dura prueba. Desde todas partes de la habitación le disparaban infinidad de preguntas; de tal modo que el sudor empezaba a cubrir su cuerpo. Pero a medida que se prolongaba el interrogatorio el muchacho iba atando cabos. Mediante sus infalibles fuentes de información los Macabeos habían tenido noticia de sus extraordinarias habilidades como falsificador y le necesitaban con urgencia. Era obvio, le habían traído a presencia de los miembros de mayor rango dentro de la organización, quizá de los dirigentes máximos. Al final quedaron persuadidos de que Dov poseía las cualidades y merecía la confianza necesarias para ingresar en los Macabeos.

—Delante de ti hay una cortina —le dijo una voz—. Pasa las manos al otro lado.

Dov pasó las manos a través de la tela. En una le pusieron una pistola; en otra la Biblia. Luego repitió el juramento de los Macabeos:

—Yo, Dov Landau, entrego mi cuerpo, mi alma y todo mi ser a los Defensores de la Libertad de los Macabeos. Obedeceré todas y cada una de las órdenes que reciba, sin discusión. Me subordinaré en absoluto a la autoridad que tenga por encima de mí. Ni bajo el tormento, ni por salvar la vida revelaré nunca el nombre de un compañero Macabeo como tampoco ninguno de los secretos que me hayan confiado. Combatiré contra los enemigos del pueblo judío hasta que no quede en mi cuerpo ni un solo aliento de vida. No abandonaré esta lucha sagrada hasta ver restablecido un Estado judío en ambas orillas del Jordán, como corresponde a mi pueblo por derecho histórico. Mi norma de conducta con mis enemigos será la de: Vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, quemadura por quemadura. Todo lo cual juro por los nombres de Abraham, Isaac y Jacob, de Sarah, Rebecca y Leah, de los profetas y de todos los judíos que han muerto asesinados y por el de los valientes hermanos y hermanas míos que han perecido en defensa de la libertad.

Pronunciado el juramento, le quitaron la venda de los ojos, apagaron las velas del Menorah que tenía delante y encendieron las lámparas de la habitación. Dov fijó su mirada en la de seis hombres y dos mujeres de torvos semblantes. Allí estaba el anciano Akiva en persona, Ben Moshe, su jefe de operaciones, que había perdido un hermano luchando en el Ejército británico durante la guerra y una hermana luchando

en el Palmach, y Nahum Ben Ami, que tenía seis hermanos en el Palmach. Aquellos hombres y aquellas mujeres se habían agrupado porque no sabían ni querían refrenarse como exigía el Yishuv.

El anciano Akiva se puso delante de Dov.

—Nos serás muy útil, Dov Landau. Por esto te hemos aceptado sin someterte al período de entrenamiento que solemos imponer.

—Yo no he ingresado para hacer dibujos —protestó secamente Dov.

—Tú harás lo que te manden —replicóle Ben Moshe.

—Dov, ahora eres un Macabeo —le dijo Akiva—. Tienes derecho a escoger el nombre de un héroe hebreo. ¿Has pensado alguno?

—Giora —respondió el muchacho.

En la habitación sonaron unas carcajadas. Dov rechinó los dientes.

—¿Giora, has dicho? —contestó Akiva—. Me temo que otros te han ganado la delantera.

—¿Y si le llamásemos Giora Menor hasta que sepa convertirse en Giora Mayor? —propuso Nahum Ben Ami.

—No tardaré en ser Giora Mayor, si me dan ocasión.

—Tú vas a montar una instalación para falsificar documentos y viajaras con nosotros —le dijo Ben Moshe—. Si te portas bien y haces lo que te manden es posible que te dejemos participar de vez en cuando en un asalto.

El mayor Fred Caldwell estaba jugando al bridge en el salón principal del Club Británico de Oficiales, domiciliado en la Casa Goldsmith de Jerusalén. A Freddie se le hacía difícil concentrar la atención en el juego; su mente se volvía hacia el cuartel general del CID para ocuparse de la muchacha Macabea que habían estado interrogando durante tres días consecutivos. Se llamaba Ayala, tenía algo más de veinte años y era singularmente hermosa. En la Universidad había ostentado el rango de músico mayor. Bien, hermosa lo era antes de empezar el interrogatorio, por lo menos. Ayala había sumado su nombre a la lista de judíos tercos y había desafiado al CID. Como la mayoría de Macabeos detenidos se pasaba el tiempo citando trozos de la Biblia, prediciendo la condenación eterna de sus enemigos, o proclamando la justicia de su causa.

Aquella mañana los ingleses habían acabado la paciencia y Ayala había sido sometida al interrogatorio de tercer grado.

—Usted juega, Freddie —le dijo su contrincante desde el otro lado de la mesa.

Fred Caldwell se apresuró a mirar las cartas.

—Perdóneme —dijo, echando un naipe que no le convenía jugar.

Su mente veía al inspector de pie sobre Ayala, azotándola con una gruesa porra de goma. Oía el sonido sordo y continuado de los golpes que llovían repetidamente sobre la faz de la muchacha hasta romperle la nariz, amoratarle los ojos e hincharle

los párpados de tal forma que casi no podía abrirlos y deformarle e hincharle los labios. No obstante, Ayala no cedía.

Freddie se lo decía claramente a sí mismo: le importaba un comino que no cediese nunca; la idea de destrozar aquella cara de judía le encantaba.

Un ordenanza se acercó caminando junto a la mesa.

—Usted perdone, mayor Caldwell. Le llaman por teléfono, señor.

—Excúsenme, compañeros —dijo Freddie dejando los naipes sobre la mesa y encaminándose hacia la cabina telefónica del otro lado del salón. Una vez allí cogió el aparato—. Caldwell al habla.

—Hola, mayor. Aquí el sargento de guardia del CID. El inspector Parkington me ha pedido que le telefonease inmediatamente. Dice que la muchacha Macabea está dispuesta a declarar y cree conveniente que venga usted sin demora al cuartel general.

—Al momento —respondió Freddie.

—El inspector Parkington ha enviado ya un coche a recogerle, señor. Dentro de unos minutos estará ahí.

Caldwell volvió a la mesa de juego.

—Lo siento, amigos. Tengo que marcharme. Me llama el deber.

—Mala suerte, Freddie.

«¡Qué mala suerte ni qué canastos!», pensó él. Estaba aguardando aquel momento. Salió a la calle. Los guardias le saludaron. Un coche se paró junto a la acera, el soldado conductor abandonó el volante, saltó y le preguntó, saludando:

—¿El mayor Caldwell?

—Yo mismo, muchacho.

—Su coche del CID, señor.

El soldado abrió la portezuela del asiento trasero. Freddie subió; el soldado corrió a empuñar el volante otra vez y arrancaron. Dos manzanas más allá, en una encrucijada, paró el coche junto al bordillo. Tres hombres abrieron las portezuelas, subieron al auto y volvieron a cerrar. Todo había sucedido en poco más de un segundo. El coche volvía a ganar velocidad.

El miedo agarrotaba la garganta de Caldwell. Dando un chillido, el mayor intentó saltar por encima de Ben Moshe. El Macabeo que se había sentado delante se volvió y le golpeó con el cañón de una pistola. Ben Moshe le cogió por el cuello de la camisa y le hizo caer de nuevo sobre el asiento. El Macabeo que guiaba el coche se quitó la gorra militar y miró al espejo.

A Caldwell se le salían los ojos de las órbitas de terror.

—¡Quiero saber qué significa todo esto!

—Parece trastornado, mayor Caldwell —le dijo fríamente Ben Moshe.

—Paren el coche y déjenme salir al momento, ¿me oyen?

—¿Debemos dejarle salir arrojándole fuera, del mismo modo que arrojó usted a

un muchacho de catorce años llamado Ben Solomón, en un pueblo árabe? Ya ve usted, mayor Caldwell, el fantasma de Ben Solomón vino a vernos desde su tumba y nos pidió que castigásemos al culpable.

El sudor descendía sobre los ojos de Caldwell.

—Esto es un embuste… un embuste… un embuste…

Ben Moshe puso algo sobre el regazo del secuestrado y lo iluminó con el chorro de luz de su pila de mano. Era una fotografía de Ben Solomón, el muchacho decapitado.

Caldwell se puso a sollozar pidiendo misericordia. Luego se derrumbó de miedo y empezó a vomitar.

—Parece que el mayor Caldwell está en disposición de hablar. Antes de saldar la cuenta de Ben Solomón no estará de más que nos lo llevemos a nuestro centro y le permitamos prestar declaración.

Caldwell reveló todo lo que sabía acerca de los planes del Ejército inglés y de las actividades del CID y luego firmó una confesión declarándose autor del asesinato del muchacho.

Tres días después del secuestro encontraron el cadáver del mayor Caldwell sobre Monte Sión, junto a la Puerta de Dung, en la Ciudad Vieja. Sujetados con alfileres sobre sus ropas alguien había colocado el retrato de Ben Solomón y una fotocopia de la confesión del mayor, cruzada por las palabras: *Ojo por ojo, diente por diente*.

El mayor Fred Caldwell sufrió la misma suerte que Sisera, el Cananita, encontró en manos de Jael al huir del teatro de la batalla librada contra Deborah y Barak.

## CAPÍTULO XII

El asesinato de represalia del mayor Fred Caldwell destrozó los nervios de mucha gente. Nadie parecía discutir si estaba justificado o no, pero el método de los Macabeos resultaba más expeditivo de lo que muchos podían tolerar.

En Inglaterra el público se sentía disconforme con la situación creada y presionaba al Gobierno laborista para que abandonase el mandato. En el interior de Palestina la guarnición británica estaba furiosa y preocupada a la vez.

Dos días después de que apareciera el cadáver de Caldwell junto a la Puerta de Dung, una prisionera Macabea, la muchacha llamada Avala, murió de hemorragia interna a causa de las palizas recibidas durante el interrogatorio. Cuando los Macabeos se enteraron de la muerte de Ayala desencadenaron dos semanas de rabiosas represalias. Los ataques de los terroristas sacudían todo Jerusalén. El último día, como remate a los asaltos realizados anteriormente, lanzaron un temerario ataque a la luz del sol contra la sede de la División de Investigación Criminal.

Durante la «Quincena Infernal», como se dio en llamar a la tanda de violencias de los Macabeos, Dov Landau había desplegado un valor sin límites que espantaba incluso a los más avezados de sus compañeros. Salió cuatro veces; la última como uno de los dirigentes del asalto final contra el CID. Durante aquella «Quincena Infernal» Giora Menor dio pie a una leyenda que hacía de su nombre sinónimo de temeridad salvaje.

Palestina contenía el aliento esperando el próximo golpe. En el primer momento el general Arnold Haven-Hurst se quedó petrificado, pero en seguida reaccionó contra el Yishuv aplicando la ley marcial y valiéndose de acordonamientos, registros, asaltos y hasta de ejecuciones fulminantes, en una campaña que paralizó casi por completo el ritmo de la industria y del comercio. La «Operación Calamar», puesta en marcha por él, abarcaba toda Palestina.

El asesinato de Caldwell, la «Quincena Infernal» y el asalto al CID eran otras afrentas claras a la autoridad de los ingleses. Y mientras los Macabeos daban curso a su ira, la Aliyah Bet traía otros tres barcos clandestinos a las costas de Palestina. Si bien las expediciones de inmigrantes ilegales no resultaban tan espectaculares, poseían en realidad tanto poder destructor como las actividades de los terroristas. Los soldados británicos patrullaban por las calles de Jerusalén y por las carreteras principales con los nervios en tensión, esperando a cada momento caer en una emboscada.

Poco después llegaría la delegación de las Naciones Unidas. Haven-Hurst decidió dejar impotente al Yishuv antes de que los representantes de la Organización Internacional estuvieran allí para verlo. En primer lugar se procuró una lista de oficiales y soldados conocidos por sus acciones antijudías. Cuando hubo examinado

personalmente la lista en cuestión eligió los seis nombres de peor fama: dos oficiales y cuatro números de tropa; los hizo traer a su cuartel de los Barracones Schneller y les encargó una misión, cuyo riguroso secreto les exigió bajo juramento. Cinco días se pasaron organizando el golpe. El sexto. Haven-Hurst lanzó el último y desesperado ataque.

Los seis hombres se disfrazaron de árabes. Un par de ellos iba por la avenida del Rey Jorge sobre un camión cargado con dos toneladas de dinamita, marchando en dirección al edificio de la Sociedad Sionista de Asentamiento. El camión se paró a poca distancia de la puerta de la valla, encarado derechamente hacia la puerta principal del edificio, que se abría al final de un largo y recto paseo. El chofer vestido de árabe inmovilizó el volante, puso una marcha y abrió la válvula de estrangulación… Luego él y su compañero saltaron del vehículo y desaparecieron.

El camión cruzó la calle y la puerta de la valla y recorrió el paseo. Al llegar al extremo del mismo pareció desviarse, pero luego subió sobre el bordillo y chocó precisamente contra la puerta principal. La explosión fue espantosa. El edificio quedó en ruinas.

En el mismo momento otro par de hombres ocupando otro camión intentaban idéntica maniobra con el edificio del Yishuv Central, situado a un par de manzanas de allí. En aquellos instantes se celebraba una reunión y el edificio albergaba a casi todos los dirigentes del Yishuv.

El camión salió disparado contra el inmueble; pero en el último momento tenía que subir un bordillo y al chocar contra el mismo se desvió lo suficiente para errar el objetivo e ir a volar una casa de vecinos.

Los cuatro soldados se dieron a la fuga en dos coches conducidos respectivamente por los dos restantes miembros del equipo seleccionado. Ambos automóviles huyeron hacia el santuario de Transjordania, que estaba en manos de los ingleses.

El general Haven-Hurst había intentado borrar de un solo golpe la dirección y la representación del Yishuv. En la Sociedad Sionista de Asentamiento hubo cien muertos. Una de las victimas fue Harriet Saltzman, la anciana de ochenta y cuatro años dirigente de la Aliyah Juvenil. En el Yishuv Central no murió nadie.

Momentos después de las explosiones, los servicios de información del Haganah y de los Macabeos se pusieron en acción por todos los ámbitos de Palestina buscando a los culpables. Al final del día ambas organizaciones habían identificado a los seis «árabes» como soldados británicos y habían visto además que la iniciativa había partido de Haven-Hurst; aunque no podían presentar pruebas concluyentes de ello. La jugada desesperada del comandante militar inglés tuvo un efecto contrario al deseado: en vez de destruir la dirección del Yishuv unió a los judíos de Palestina como nunca lo habían estado y reunió en una sola las fuerzas armadas del Haganah y de los

Macabeos. El Haganah había conseguido una copia del «Informe Haven-Hurst». Con ella y con la prueba fehaciente de las cargas de dinamita los judíos supieron, si es que no lo sabían aún, que el general se había lanzado a destruirlos. Avidan envió a Zev Gilboa a Jerusalén en busca de Bar Israel para pedirle que le preparase una entrevista con los jefes de los Macabeos. La medida era casi única; no tenía otro precedente que la entrevista de principios de la Segunda Guerra Mundial, cuando Avidan le pidió a Akiva que durante la campaña suspendiesen las actividades terroristas.

La reunión tuvo lugar a la una de la madrugada, al aire libre, cerca de la carretera de Jerusalén, en el paraje donde estuvo acampada antiguamente la Décima Legión Romana. Eran cuatro los presentes: Akiva y Ben Moshe, por los Macabeos; Avidan, por el Haganah y Zev Gilboa por el brazo armado del Haganah, es decir, por el Palmach.

Los representantes de las dos organizaciones no perdieron tiempo en apretones de manos ni en cortesías sino que se situaron unos ante otros en medio de la obscuridad, llenos de mutua desconfianza. A pesar de la proximidad del verano, el aire de la madrugada estaba frío.

—He solicitado esta reunión con ustedes a fin de ver si existe una base para que nuestras respectivas fuerzas cooperen más estrechamente —explicó Avidan.

—¿Quiere decir con ello que pretende que nos sometamos a sus órdenes? —inquirió con recelo Ben Moshe.

—Hace mucho tiempo que abandoné la idea de tratar de gobernar el grupo de ustedes —contestó Avidan—. Se me ocurre nada más que los tiempos reclaman un esfuerzo máximo. Ustedes poseen una fuerza notable dentro las tres ciudades y pueden operar con mayor libertad de movimientos que nosotros.

—¡He aquí pues de lo que se trata! —estalló Akiva—. Quiere que hagamos el trabajo peligroso que les correspondería a ustedes.

—Deje que exponga su idea por entero, Akiva —le indicó su jefe de operaciones.

—Es una idea que no me gusta, Ben Moshe. Yo no estaba de acuerdo con esta reunión. Esa gente nos traicionó en tiempos pasados y volverá a traicionarnos.

Las palabras del viejo tuvieron la virtud de teñir de sudor la calva cabeza de Avidan.

—Esta noche consiento en soportar sus insultos, Akiva, porque lo que nos jugamos es demasiado importante. Sé que a pesar de las diferencias que nos separan, usted es judío y ama a Eretz Israel, y en ello confío —replicó Avidan al mismo tiempo que le entregaba la copia del «Informe Haven-Hurst».

El anciano entregó el papel a Ben Moshe, quien lo leyó a la luz de la pila eléctrica.

—Hace catorce años dije que los ingleses eran enemigos nuestros. Entonces ustedes no me creyeron —murmuró Akiva.

—No he venido a sostener discusiones políticas con ustedes. ¿Quieren o no quieren cooperar con nosotros? —inquirió Avidan.

—Lo intentaremos —respondió Ben Moshe.

Después de este encuentro entraron en funciones inmediatamente unos comités de enlace que se pusieron a planear una acción conjunta de los Macabeos y el Haganah. Dos semanas después de las explosiones los ingleses recibieron la respuesta a la destrucción del edificio de la Sociedad Sionista de Asentamiento y al intento de destruir el Yishuv Central.

En una sola noche el Haganah destrozó por completo el sistema ferroviario interrumpiendo todo el tránsito, tanto de entrada como de salida, de Palestina.

La noche siguiente los Macabeos irrumpieron en seis embajadas y consulados británicos de diferentes naciones mediterráneas y destruyeron los archivos utilizados en la lucha contra la Aliyah Bet.

El Palmach, órgano del Haganah, destrozó la conducción de petróleo de Mosul en quince puntos.

Después de todo lo dicho, los Macabeos planearon el golpe final: la eliminación del general sir Arnold Haven-Hurst. Los espías Macabeos vigilaban el compartimiento Schneller veinticuatro horas diarias, tomando nota de todo movimiento de encada y de salida, fijándose en todos los coches y camiones y trazando el plano del compartimiento entero.

Al cabo de cuatro días de observación la tarea empezó a parecerles imposible. Haven-Hurst vivía encerrado en el centro de una fortaleza rodeada de millares de soldados y no se permitía el acceso a las proximidades de donde se encontraba sino al personal británico. Cuando salía de su retiro lo hacía en secreto y acompañado de una escolta de coches tan numerosa que los Macabeos habrían tenido que sacrificar un centenar de hombres para atacarla.

Pero luego descubrieron el primer punto flaco.

Vieron que tres veces por semana un automóvil civil salía del compartimiento Schneller a la una de la noche para regresar antes de nacer el día. El chofer, único ocupante del coche, vestía traje de paisano. La regularidad de las idas y venidas de aquel automóvil a unas horas tan intempestivas lo hizo sospechoso.

El equipo de los Macabeos se puso a la tarea para descubrir quien fuese el propietario del vehículo. Y resultó que estaba registrado a nombre de una opulenta familia árabe. De ahí dedujeron que el coche acaso perteneciese a un árabe que trabajase con los ingleses, lo cual lo habría indicado como un recurso para acercarse al general.

Otros cuidaban entretanto de recopilar y estudiar la formación, los hábitos y las costumbres de Haven-Hurst. Los Macabeos sabían que era un hombre ambicioso y que había tenido gran acierto al casarse, pues el matrimonio le había proporcionado

dinero y una situación social. Y él jamás había puesto en peligro ninguna de las dos cosas. En su vida social Haven-Hurst era tenido por el epítome del caballero correcto; es decir, le consideraban personaje aburridísimo.

Buceando por debajo de aquella superficie aparentemente circunspecta, los Macabeos descubrieron que Haven-Hurst había tenido no una sino varias aventuras extramatrimoniales. Entre las filas de los Macabeos había hombres que años atrás habían servido en el Ejército británico bajo el mando de Haven-Hurst y recordaban que los rumores del campamento siempre le atribuían alguna concubina.

Con ello surgió la teoría de que era muy posible que el general se hubiese sentido demasiado solo encerrado en el compartimiento, pues en atención a su matrimonio y a su jerarquía no se habría atrevido a traerse una mujer al campamento. Cabía por lo tanto la posibilidad de que saliese a reunirse con una amante. Poco a poco tomó cuerpo la idea de que Haven-Hurst era un ocupante no visto de aquel automóvil misterioso, que le llevaría a la vera de una mujer.

Esa idea les parecía inverosímil hasta a los mismos Macabeos; sin embargo, mientras no se hubiera averiguado cuál era la misión del coche misterioso, no era prudente desecharla. ¿Quién podría ser la querida de Arnold Haven-Hurst? No circulaba en este sentido ningún rumor que pudiera servir de base para una indagación. Ninguna judía se habría atrevido a tener relaciones con él; inglesas no las había a su disposición… La eliminatoria dejaba solamente la posibilidad de una mujer árabe.

El intento de seguir el coche habría expuesto a los Macabeos a poner sobre aviso a la presa. En cambio, no habría sido empresa difícil tender una emboscada a un coche solo viajando a tales horas de la noche; pero el mando decidió que si cabía la más remota posibilidad de que Haven-Hurst lo ocupase sería mejor descubrir a dónde le llevaba y sorprenderle en una situación comprometida.

Entonces dirigieron sus pesquisas hacia la otra parte: los propietarios del automóvil, los cuales resultaban ser una familia «effendi» en la que había una joven que por su belleza, su instrucción y su formación podía atraer poderosamente a un hombre como Haven-Hurst. Los trozos del rompecabezas empezaban a tomar una figura.

Los Macabeos establecieron una vigilancia sobre la casa de la familia árabe y siguieron todos los pasos de la muchacha. La segunda noche trajo la recompensa a su perseverancia. La muchacha salió a las doce de su casa y se dirigió a otra situada en el lujoso barrio árabe de El Baq’a, de Jerusalén, cerca de la carretera Belén-Hebrón. Media hora más tarde llegaba el coche misterioso, paraba delante del mismo edificio… y los Macabeos pudieron divisar por una fracción de segundo la figura del general Arnold Haven-Hurst saltando precipitadamente de la portezuela trasera del vehículo para acudir a la cita.

A las tres de aquella misma madrugada una voz en la oscuridad despertó al general repitiendo un pasaje de la Biblia capaz de helarle la sangre en las venas: «¡*Alabado seas, Señor, por haber vengado a Israel*!».

El inglés saltó de la cama. La joven árabe se puso a chillar… Las balas de los Macabeos barrieron la habitación.

Unas horas después el cuartel general británico recibía una llamada telefónica de los Macabeos, anunciándoles dónde encontrarían a su difunto comandante. El comunicante les advirtió que habían tenido la precaución de fotografiar cuidadosamente la situación del general en el momento de su muerte y que si ellos, los ingleses, tomaban represalias indebidas contra el Yishuv aquellas fotografías serían publicadas.

En el cuartel general tuvieron muy en cuenta el efecto que produciría un escándalo tal como el de que uno de sus generales hubiera muerto en la cama de una querida árabe y decidieron correr un velo sobre la cuestión anunciando públicamente que Haven-Hurst había perecido en un accidente de automóvil.

Los Macabeos estuvieron de acuerdo; efectivamente, había ocurrido así.

Desaparecido de la escena el general, las actividades terroristas declinaron. La inminencia de la llegada de la Comisión de las Naciones Unidas tendió sobre el país una calma intranquila.

A finales de junio de 1947 la Comisión Especial de las Naciones Unidas para Palestina, conocida por UNSCOP, llegó a Haifa. Sus miembros representaban a los países siguientes: Suecia, Holanda, Canadá, Australia, Guatemala, Uruguay, Perú, Checoslovaquia, Yugoslavia, Irán y la India.

Las probabilidades contra los judíos eran muchas. Irán era una nación musulmana. La india tenía mucha población musulmana; su delegado en aquella Comisión era musulmán y representante de la Commonwealth británica. Checoslovaquia y Yugoslavia, miembros del bloque soviético, podían mostrar en su historia una larga tradición antijudía. Los representantes de Sudamérica —Uruguay, Perú y Guatemala— cabía la posibilidad de que se dejaran influenciar.

Sólo a Suecia y a Holanda se las podía considerar perfectamente imparciales.

A pesar de todo, el Yishuv acogió bien a la UNSCOP.

Los árabes se opusieron a la presencia de las Naciones Unidas, declararon la huelga general en el interior de Palestina, organizaron manifestaciones y llenaron el aire de votos y amenazas. Fuera de Palestina, en los países árabes, estallaron disturbios y sangrientos *pogroms* contra los judíos que moraban allí.

El Yishuv reclamó una vez más los servicios del viejo combatiente y negociador Barak Ben Canaan, el cual, junto con Ben Gurión y el doctor Weizmann, pasó a constituir un comité asesor de la UNSCOP.

## CAPÍTULO XIII

Kitty y Karen regresaron a Gan Dafna. Kitty esperaba el momento oportuno para plantearle la cuestión a la muchacha. Cuando llegó la carta de Dov Landau decidió no aguardar más.

Kitty derramó sobre la cabeza de Karen un buen chorro de agua con zumo de limón, exprimióle el cabello y le frotó enérgicamente la cabeza con una gran toalla.

—¡Puá! —exclamó la chica, cogiendo una punta de la toalla para limpiarse los ojos de jabón.

En la tetera hervía el agua. Karen se ató la toalla a la cabeza, levantóse y preparó el té. Kitty estaba sentada ante la mesa de la cocina arreglándose las uñas, dándoles con todo cuidado, como último toque, una capa de esmalte.

—¿Qué le pasa? —preguntó Karen con una ingenua franqueza que la desarmaba.

—Buen Dios, ni siquiera mis pensamientos puedo tener en secreto.

—Algo malo le ocurre. Desde que regresó de la excursión al Mar de Galilea no está en su centro. ¿Sucedió algo entre usted y Ari?

—Entre Ari y yo sucedieron muchas cosas, Karen, pero no es esto lo que me tiene intranquila. Mira, Karen, hemos de hablar un buen rato de nosotras, de nuestro futuro. Y creo que haríamos bien empezando ahora mismo.

—No lo entiendo.

Kitty movió las manos para que se secara el esmalte. Luego se puso en pie y encendió un cigarrillo con gesto torpe.

—¿Te das cuenta de lo mucho que significas para mí; de lo mucho que te quiero?

—Creo que sí —contestó en un murmullo la muchacha.

—Desde el primer día que te vi, en Caraolos, he deseado que fueses hija mía.

—También lo he deseado yo, Kitty.

—En tal caso supongo que me creerás si te digo que he meditado mucho sobre nuestra situación y que lo que pienso hacer es lo que más nos conviene a las dos. Debes tener fe en mí.

—La tengo…, usted ya lo sabe.

—Te resultará un poco duro aceptar por completo todo lo que voy a decirte. También a mí me resulta penoso abordar este tema, porque aprecio de veras a muchos de los chiquillos que hay aquí y porque me había encariñado con Gan Dafna. Pero, Karen, quiero llevarte conmigo a la Patria, a los Estados Unidos.

La muchacha miró a Kitty como si acabase de recibir un cachete. Por unos momentos ni siquiera supo comprender y creer si lo había entendido bien.

—¿A la Patria? Pero…, pero…, ¡si mi Patria es ésta! Yo no tengo otra.

—Quiero que estés conmigo. Siempre.

—También yo lo quiero, Kitty. Es lo que más deseo en el mundo. ¡Qué raro!

—¿Qué es lo que te parece raro, cariño?

—Cuando usted dice que la Patria son los Estados Unidos.

—Pero, Karen, yo soy americana y echo de menos mi Patria.

Karen se mordió el labio para contener las lágrimas.

—Vaya, es curioso, ¿verdad que sí? Yo pensaba que continuaríamos siempre como estamos. Usted seguiría viviendo en Gan Dafna y…

—¿Y tú ingresarías en el Palmach… y luego te irías a un *kibbutz*, allá en una frontera?

—Creo que me lo figuraba así.

—Son muchas las cosas de aquí que he aprendido a querer, pero éste no es mi país, ni sus habitantes son mis compatriotas.

—Imagino que he sido una egoísta —dijo Karen—. Jamás se me había ocurrido que usted pudiese añorar su Patria, ni que pudiese pedir nada para sí.

—Nadie me había dedicado nunca un elogio tan delicado.

Karen sirvió dos tazas de té y probó de pensar. Kitty lo era todo para ella…, pero ¿marcharse?

—Yo no sé expresarlo claramente, Kitty, pero desde que, en Dinamarca, aprendí a leer siempre me he preguntado qué hay en eso de ser judía. Y todavía no sé la respuesta. Únicamente sé que aquí tengo algo que es mío… que nadie me podrá arrebatar. Y sea esto lo que fuere es la cosa más importante del mundo. Quizá algún día tenga palabras para expresarlo…, pero no puedo marcharme de Palestina.

—Sea lo que sea lo que aquí tienes, seguirás poseyéndolo. Los judíos de América, y me figuro que los de todas partes, poseen lo mismo que tienes tú aquí. El marcharte no cambiará esta realidad.

—Pero son exiliados.

—No, niña… ¿No comprendes que los judíos de América aman a su país?

—Los judíos de Alemania también lo amaban.

—¡Basta ya! —gritó de repente Kitty—. ¡Nosotros no somos como aquella gente y yo no tolero las mentiras con que os llenan la cabeza! —Dominando rápidamente su arrebato, prosiguió—: Hay judíos en América que aman a su país tan profundamente que preferirían morir antes que ver en América lo que ocurrió en Alemania. —Kitty se había situado detrás de la silla de Karen y le había puesto la mano sobre el hombro—. ¿No piensas que yo comprendo bien cuán penoso resulta esto para ti? ¿Me crees capaz de hacer algo que pudiera perjudicarte?

—No —susurró Karen.

Kitty se puso delante de la muchacha y se arrodilló, apoyándose en su regazo.

—Oh, Karen. Tú ni siquiera conoces el significado de la palabra paz. En toda tu vida no has podido pasear a la luz del sol libre de miedo. ¿Crees que aquí mejorará tu suerte? ¿Crees acaso que ha de mejorar jamás? Karen, yo quiero que sigas siendo

judía, quiero que sigas amando a tu Patria; pero también quiero otras cosas para ti.

Karen apartaba sus ojos de los de Kitty. Ésta insistió:

—Si te quedas aquí te pasarás la vida entera con un arma en las manos. Te volverás dura y cínica como Ari y Jordana.

—Imagino que no obré bien al confiar en que usted se quedaría…

—Vente conmigo, Karen. Veamos si podemos vivir las dos lejos de aquí. Nos necesitamos mutuamente. Ambas hemos sufrido ya más de la cuenta.

—No sé si puedo marcharme…, no lo sé. Sencillamente, no sé si puedo —gimió la muchacha con voz entrecortada.

—Oh, Karen… Yo quiero verte con falda plisada yendo a ver un partido de fútbol en un «Ford» descubierto. Quiero oír el timbre del teléfono y oírte luego a ti riendo y conversando con tu galán. Te quiero llena de deliciosas intrascendencias, como le corresponde a una adolescente y no con un fusil en la mano o repartiendo municiones en secreto. Son muchas las cosas que no has probado y por lo menos tienes que saber que están en el mundo, antes de tomar una decisión final. Te lo ruego, Karen…, te lo ruego.

Karen estaba pálida. Apartándose de Kitty preguntó:

—¿Y qué será de Dov?

Kitty sacó del bolsillo la carta del fugitivo y se la entregó.

—Sobre mi mesa he encontrado esto. No sé cómo habrá llegado allí:

*Mistress Fremont:*

*Esta carta la ha escrito en realidad una persona que sabe expresarse en inglés mucho mejor que yo, pero yo la copio a fin de que usted conozca que es mi letra. Debido a ciertos motivos que ya sabe, la recibirá por un conducto especial. Estos días tengo muchísimo trabajo. Estoy con unos amigos. Son los primeros que tengo desde hace mucho tiempo; son amigos de verdad. Ahora que he hallado una colocación definitiva, quiero escribirle para manifestarle cuánto me alegra no encontrarme ya en Gan Dafna, no seguir en un sitio en el que todo el mundo, incluidas usted y Karen Clement, me daban asco. Escribo para comunicarle que ya no volveré a ver jamás a Karen Clement, pues estoy muy ocupado y en compañía de amigos de verdad. No quiero que Karen Clement se figure que volveré ni que me preocuparé lo más mínimo de ella. No es más que una chiquilla Aquí tengo una verdadera mujer de mi misma edad y vivimos juntos y todo lo demás. ¿Por qué no se van a los Estados Unidos usted y Karen Clement, teniendo en cuenta que éste no es el sitio donde a ella le corresponde estar?*

Dov Landau

Kitty cogió la carta de la mano de Karen y la hizo pedazos.

—Le diré al doctor Lieberman que renuncio a mi empleo y tan pronto como lo tengamos todo solucionado compraremos dos pasajes para América.

—De acuerdo, Kitty. Iré con usted —respondió Karen.

## CAPÍTULO XIV

El Alto Mando de los Macabeos cambiaba de cuartel general cada pocas semanas. Después de la «Quincena Infernal» y del asesinato de Arnold Haven-Hurst, Ben Moshe y Akiva consideran prudente salir de Jerusalén durante un tiempo. Los Macabeos eran una pequeña organización que contaba con unos pocos centenares de miembros en servicio permanente, unos millares de miembros en servicio ocasional y unos millares más de simpatizantes. Habiendo tenido que someterse a un continuo traslado, el mando del cuartel general había quedado reducido a media docena de individuos. Ahora la situación se había puesto tan peligrosa que este grupo se dividió todavía y no fueron sino cuatro los que se trasladaron a Tel Aviv. Estos cuatro eran: Akiva, Ben Moshe, Nahum Ben Ami, hermano de David, y Giora Menor, o sea, Dov Landau. Dov se había convertido en el favorito de Akiva y se había introducido en el círculo más elevado del mando de los Macabeos por su fama de valiente en los asaltos y por los excelentes servicios que prestaban sus habilidades de falsificador.

Estos cuatro se trasladaron a unas habitaciones subterráneas propiedad de un correligionario, en la carretera de Bene Berak, cerca de la Estación Central de Autobuses y del mercado viejo, en un sitio de mucho movimiento. Alrededor de la casa distribuyeron un servicio de vigilancia y se prepararon una vía de escape para caso de urgencia. Parecía ideal… y hubiera podido ser peor.

Hacía quince años que Akiva burlaba todas las pesquisas del CID y del Servicio de Información británico. Durante la Segunda Guerra Mundial hubo un período de amnistía y vivió en libertad, pero todo el resto del tiempo estuvo reclamado por las autoridades. Siempre se había librado de la persecución; siempre había eludido las trampas que le preparaban. Era la persona por la captura de la cual se ofrecía una recompensa mayor; los ingleses darían un premio de varios miles de libras esterlinas a quien se lo entregase.

Por pura coincidencia el CID estaba observando los movimientos de otra casa de vecinos de la carretera de Bene Berak, tres puertas más allá del cuartel general de los Macabeos. Sus agentes seguían los pasos de una banda de contrabandistas que tenía allí un almacén de mercancías entradas por el puerto de Jaffa sin pasar por la aduana y los espías apostados en un edificio del otro lado de la calle se fijaron en el sospechoso piquete de vigilantes que se veía a todas horas cerca del sótano en donde se habían establecido los jefes Macabeos. Entonces, con una lente telescópica, los fueron fotografiando a todos. A dos de ellos los reconocieron como militantes Macabeos. De este modo, persiguiendo a unos contrabandistas, dieron con la madriguera de los terroristas. La larga experiencia que tenían con los Macabeos les indujo a dar el golpe sin pérdida de tiempo. Lo organizaron rápidamente y entraron en acción de modo que cogieran a los otros por sorpresa. Todavía no tenían idea de

que fueran a asaltar el mismo cuartel general de los terroristas.

Dov estaba en una de las tres habitaciones que formaban el piso subterráneo, sin otra compañía que la de Akiva, falsificando un pasaporte para El Salvador. Nahum y Ben Moshe habían salido a ponerse en contacto con Zev Gilboa, el enlace del Haganah y el Palmach.

—Bien, bien, Giora Menor —dijo Akiva entrando en la habitación donde estaba trabajando el muchacho—. ¿Cómo has conseguido hacer desistir a Ben Moshe de llevarte consigo para el negocio que ha de resolver hoy?

—Tengo que terminar este pasaporte —refunfuñó Dov.

Akiva dirigió una mirada al reloj y se tendió en un catre, detrás del muchacho.

—Deberían regresar dentro de pocos minutos.

—No me fío del Haganah —dijo Dov.

—Por el momento tenemos que fiarnos aunque nos pese —replicó el anciano.

Dov levantó el pasaporte hacia la luz para examinar los raspados y ver si era posible descubrirlos a través de las marcas de agua y del sello. Había hecho un buen trabajo. Ni un experto habría sabido localizar en qué puntos había modificado el nombre y la descripción del primitivo poseedor del documento. Después se inclinó sobre el papel, estampó la firma de un funcionario de El Salvador y dejó la pluma. Luego se levantó y se puso a pasear nerviosamente por la reducida habitación haciendo restallar los dedos y parándose con frecuencia a mirar si la tinta se había secado va.

—No seas tan impaciente, Giora Menor. Pronto descubrirás que lo peor de la vida en la clandestinidad es el tener que esperar. ¿Y qué esperamos?, me pregunto a menudo.

—No es la primera vez que vivo en la clandestinidad —apresuróse a declarar Dov.

—En efecto, no lo es —asintió Akiva, incorporándose en el catre y desperezándose—. Esperar, esperar, esperar —repitió—. Eres muy joven, Dov. Deberías aprender a no estar tan serio y a no ser tan vehemente. Éste ha sido uno de mis defectos: siempre fui demasiado vehemente. Siempre trabajé noche y día por la causa.

—Parece raro oír esas palabras en labios de Akiva —observó el muchacho.

—Un viejo empieza a ver muchas cosas. Sólo esperamos la posibilidad de seguir esperando. Si nos cogen, lo mejor que podemos alcanzar es el exilio o la cárcel. La horca y el tormento son cosas corrientes en esta época. Por esto te decía… no seas tan serio. Entre los Macabeos hay muchas jóvenes guapas a las que encantaría tener amistad con nuestro Giora Menor. Diviértete mientras estás a tiempo.

—No me interesa —respondió con firmeza Dov.

—Ah, ah —exclamó el anciano dispuesto a sacarle de sus casillas—; quizá ya

tienes una chica y no nos lo habías dicho.

—La tuve en otro tiempo; pero ya no —respondió el joven.

—Tendré que decirle a Ben Moshe que te busque otra y podrás salir y divertirte.

—No quiero ninguna y quiero permanecer aquí en el cuartel general. Es donde más importa estar.

El viejo volvió a tenderse, meditando. Al final dijo:

—¡Cuánto te equivocas, Giora Menor! ¡Cuánto te equivocas! Donde más importa estar es en un sitio donde por la mañana despiertes y veas tus campos y trabajes en ellos, y por la noche te reúnas con una persona a quien ames y que te ame.

«El viejo se pone sentimental otra vez», pensó Dov. Luego probó con el papel, vio que estaba seco y colocó la fotografía en su sitio. Mientras Akiva dormitaba en el catre, Dov reanudó el paseo por la habitación. Ahora que había enviado la carta a mistress Fremont su estado de espíritu era peor. Quería salir a tomar parte en acciones violentas. Un ataque, y otro, y otro. Más tarde o más temprano le cogerían los ingleses, le ahorcarían y habría terminado todo. Nadie sabía que su extraordinaria bravura se debía a que tanto se le daba. Casi habría rogado que le alcanzase una bala enemiga. Por las noches le atormentaban unas pesadillas horribles y no tenía a Karen allí para interponerse entre él y la puerta de la cámara de gas. Ahora mistress Fremont se la llevaría a los Estados Unidos. Sería un gran acierto. Y él seguiría tomando parte en continuos asaltos, hasta que le cogiesen; porque vivir sin Karen no valía la pena.

Fuera, en la calle, cincuenta policías británicos en traje de paisano se habían mezclado con la gente cerca de la estación de autobuses. En el momento oportuno realizaron un rápido movimiento, apoderándose de los vigilantes Macabeos y llevándoselos de allí antes de que pudieran dar ninguna señal de aviso. Luego acordonaron toda la manzana de edificios.

Quince policías armados de escopetas, gases lacrimógenos, hachas y martillos bajaron al piso del sótano y se apostaron junto a la puerta.

Llamaron.

Akiva abrió los ojos, soñoliento.

—Serán Ben Moshe y Nahum. Ábreles, Dov.

El muchacho colocó la cadena de la puerta en su puesto y entreabrió ligeramente. Un martillo se abatió al momento contra la puerta, abriéndola de par en par.

—¡Británicos! —aulló Dov.

¡Akiva y Giora Menor capturados!

¡La noticia estaba en todos los labios de Palestina! ¡El legendario Akiva, que había burlado a los ingleses durante más de una década, estaba ahora en sus manos!

—¡Traición! —gritaban los Macabeos. Y señalaban como culpable al Haganah. Ben Moshe y Nahum Ben Ami habían estado reunidos con Zev Gilboa. Bien Gilboa, bien otra persona del Haganah, los había seguido después para conocer el

emplazamiento de su cuartel general. ¿De qué otro modo lo habrían descubierto? Las dos facciones volvían a estar enemistadas. Los Macabeos lanzaban un millar de acusaciones. Circulaban cien rumores destinados a explicar de qué forma había llevado a cabo el Haganah la supuesta venta.

El Alto Comisario inglés para Palestina dio los pasos pertinentes para que se celebrase el juicio cuanto antes y se dictase pronto una sentencia que desmoralizara a los Macabeos. Suponía que el pronto castigo de Akiva restauraría la autoridad británica y reduciría las actividades de los terroristas, pues el viejo había sido durante mucho tiempo la fuerza espiritual que movía a éstos.

En consecuencia, el Alto Comisario preparó un juicio secreto. En atención a su propia seguridad, no se publicó el nombre del juez. Akiva y Giora Menor fueron sentenciados a morir en la horca antes de transcurridos quince días de su captura.

Ambos fueron encerrados en el impenetrable presidio de Acre.

Con su impaciencia, el Alto Comisario había cometido un error tremendo: había impedido que los periodistas presenciaran el juicio. Y se daba el caso de que, particularmente en los Estados Unidos, los Macabeos tenían amigos influyentes y contaban con ayuda financiera. En los estallidos de pasión que se sucedieron, la inocencia o la culpabilidad de Akiva y de Giora Menor pasaron a segundo término. Lo mismo que cuando el incidente del «Exodo», la sentencia contra aquellos dos hombres sirvió para provocar y poner de relieve ante el mundo, violentas manifestaciones de protesta contra el mandato inglés. El pasado de Dov en el *ghetto* de Varsovia y en Auschwitz fue sacado a la luz y publicado, originando en toda Europa una oleada de simpatía, al paso que el hecho de haberse celebrado el juicio en secreto levantaba otra de indignación. Los retratos de Akiva, el anciano de ochenta años y de Giora Menor, el adolescente de dieciocho, se apoderaban de la imaginación de los lectores. Los periodistas pedían que les dejasen ver a los dos sentenciados.

Cecil Bradshaw se encontraba en Palestina con la UNSCOP. Escarmentado por lo ocurrido en el caso del «Exodo», Bradshaw se apresuró a conferenciar con el Alto Comisario y a pedir instrucciones a Londres. El incidente constituía una fuente de mala voluntad hacia los ingleses y ello en un momento delicado, estando en Palestina la Comisión de las Naciones Unidas. En vez de cortar las actividades de los Macabeos, el incidente podía dar origen a una nueva oleada de terror. Bradshaw y el Alto Comisario decidieron apresurarse a demostrar al mundo que la justicia inglesa sabía ser misericordiosa. Tomando como pretexto la extrema vejez de Akiva y la extrema juventud de Giora Menor, anunciaron que les permitirían pedir clemencia y que se les indultaría la pena de muerte. Esta medida disipó la tormenta de protestas.

El Alto Comisario y Bradshaw en persona fueron al presidio de Acre a ver a los sentenciados y a comunicarles la buena noticia. Dov y Akiva fueron llevados al cuarto de guardia, donde los dos funcionarios ingleses les expusieron llanamente la

proposición.

—Nosotros somos personas razonables —dijo el comisario—. Hemos redactado estas peticiones para que ustedes las firmen. Oficialmente son peticiones de indulto. Sin embargo, entre nosotros, no son sino una formalidad… una salida, si ustedes quieren.

—Ahora firmen esas peticiones —añadió Bradshaw—, y nosotros, por nuestra parte, corresponderemos como caballeros. Les sacaremos del país; cumplirán ustedes una corta condena en una de las colonias de África y dentro de pocos años todo estará resuelto.

—No le entiendo bien —respondió Akiva—. ¿Por qué hemos de cumplir una condena en África? Nosotros no hemos cometido ningún crimen. No hacemos otra cosa que luchar en defensa de nuestros derechos históricos y naturales. ¿Desde cuándo ha sido un crimen que un soldado luche por su país? Nosotros somos prisioneros de guerra. Ustedes no tienen derecho a aplicarnos ninguna sentencia. Estamos en país ocupado.

El Alto Comisario empezó a sudar. El viejo sería tozudo. Aquel tema lo había oído recitar ya en otras ocasiones a otros Macabeos.

—Mire, Akiva. Aquí no se trata de meternos en discusiones políticas. Se trata de sus vidas. O firman ustedes estas peticiones, o nosotros aplicamos la sentencia.

Akiva miró a los dos hombres y vio la ansiedad pintada claramente en su rostro. Comprendía muy bien que los dos ingleses trataban de sacar alguna ventaja o de corregir un error.

—Ea, tú, muchacho —dijo Bradshaw, dirigiéndose a Dov—. Tú no querrás colgar de la horca, ¿verdad que no? Firma tú primero y Akiva firmará después. —Bradshaw empujó el papel hacia el otro lado de la mesa y sacó la pluma.

Dov se quedó unos instantes contemplando el documento.

Luego escupió sobre él.

Akiva clavó los ojos en los dos desencantados y casi espantados ingleses.

—*Tu propia boca te condena* —les espetó.

El gesto de Akiva y de Giora Menor rechazando las peticiones de indulto fue publicada a grandes titulares como una protesta dramática contra los británicos. Decenas de miles de individuos del Yishuv que hasta entonces no habían tenido ninguna simpatía por los Macabeos se sintieron arrastrados por aquella acción. El viejo y el muchacho se convirtieron de la noche a la mañana en el símbolo de la resistencia judía.

En lugar de desbandar a los Macabeos, los británicos iban camino de crear un par de mártires. Y ahora no podían elegir; no les quedaba otro recurso que el de fijar el día del cumplimiento de la sentencia, dentro de diez fechas.

En Palestina la tensión crecía por momentos. Los ataques de los Macabeos y del

Haganah se habían interrumpido, pero el país conocía que estaba descansando sobre un barril de pólvora provisto de una mecha muy corta.

La ciudad de Acre, completamente árabe, estaba situada en la punta septentrional de una arqueada bahía, con Haifa en la punta meridional. Su presidio era una monstruosidad edificada sobre unas ruinas de los cruzados. Levantábase a lo largo de un dique de contención del mar que iba desde el suburbio norte, donde se encontraba el mencionado presidio, hasta el extremo opuesto de la ciudad. Ahmad el Jazzar —el Carnicero— lo había convertido en fortaleza otomana y en tiempos de Napoleón había resistido al emperador. Era un conglomerado de parapetos, calabozos, fosos desecados, patios y recios muros. Los ingleses lo habían convertido a su vez en uno de los presidios más temidos de todo el sistema penal del Imperio británico.

Dov y Akiva ocupaban unas reducidas celdas del ala septentrional. Suelo, techo y paredes de las mismas, todo era de piedra viva. El espacio de que disponían medía dos metros de ancho por tres de largo. El muro exterior tenía un grosor de cinco metros. Las celdas no tenían luz y tampoco retrete. En ellas se respiraba a todas horas un fuerte olor a moho. Ambas puertas estaban hechas de una sólida plancha de hierro, con un pequeño orificio para mirar, que se cubría o se descubría desde el exterior. Sólo había otra abertura: una estrecha rendija de cinco centímetros de ancho por veinticinco de altura abierta en el muro exterior, por la cual entraba un delgado rayo de luz. Por ella podía ver Dov las copas de unos árboles y la cresta del Monte de Napoleón, que señalaba el punto más avanzado ocupado por el ejército imperial cuando pretendió ir a la conquista de la India.

Akiva resistía mal. El techo y los muros chorreaban y la pegajosa humedad se filtraba hasta sus ancianas e inflamadas articulaciones, haciéndole sufrir horrores.

Dos o tres veces al día iban a verles funcionarios británicos, siempre proponiéndoles o suplicándoles una fórmula de compromiso que les dispensara de colgarles. Dov se limitaba a ignorarles. Akiva les despedía con una sarta de citas de la Biblia zumbando en sus oídos.

Faltaban seis días para la fecha de la ejecución. Akiva y Dov fueron trasladados a las celdas de los condenados a muerte, contiguas a la estancia donde estaba la horca. Estas estancias se hallaban en otra ala del edificio y no eran sino una celda enrejada corriente: cuatro paredes de hormigón y un profundo agujero en el suelo, cerrado por una trampa, debajo de una polea con radios de acero que sostenía la cuerda. Para comprobar el buen funcionamiento del dispositivo, utilizaban un saco de arena del peso de un hombre; los guardias manejaban la palanca que bajaba la trampa y el saco caía haciendo rechinar la polea.

Dov y Akiva llevaban por vestido pantalones y camisas color grana, el traje inglés tradicional para los que han de ser colgados.

## CAPÍTULO XV

Era la una de la madrugada. Bruce Sutherland dormitaba en su biblioteca con la cabeza inclinada sobre un libro. De pronto unos golpes secos en la puerta le hicieron levantar la cabeza vivamente. Su criado introdujo a Karen Clement en la habitación.

Sutherland se frotó los ojos.

—¿Qué demonios estás haciendo a estas horas de la noche?

Karen temblaba.

—¿Sabe Kitty que estás aquí?

Karen movió la cabeza negativamente.

Sutherland la guió hasta una silla y la hizo sentar. La muchacha estaba pálida y agitada.

—¿Has cenado, Karen?

—No tengo hambre —respondió ella.

—Tráigale un *sandwich* y leche —ordenó el brigadier a su criado—. Y ahora, señorita, veamos, ¿qué sucede?

—Quiero ver a Dov Landau. De todas las personas que conozco usted es la única que puede ayudarme.

Sutherland dio un bufido y empezó a pasear por la habitación con las manos cogidas a la espalda.

—Hasta en el caso de que pudiera ayudarte, esto sólo serviría para hacerte sufrir más. Tú y Kitty saldréis de Palestina dentro de pocas semanas. ¿Por qué no tratas de olvidarle, niña?

—Se lo ruego —insistió la muchacha—. Sé perfectamente por qué no trato de olvidarle. Desde que le cogieron no pienso sino en él. Debo verle una vez más. Por favor, general Sutherland, por favor, ayúdeme.

—Haré lo que pueda —prometió el brigadier—. Primero permite que llame a Kitty y le diga que estás aquí. Habrá perdido la cabeza, no cabe duda, al no encontrarte. Has cometido una imprudencia cruzando por terreno árabe como has tenido que cruzar.

A la mañana siguiente Sutherland telefoneó a Jerusalén. Al Alto Comisario le faltó tiempo para acceder a la petición. Los ingleses seguían tratando de lograr que Dov y Akiva cambiasen de parecer y estaban dispuestos a echar mano de todos los recursos. Era posible que la visita de Karen quebrase la armadura de arrogancia y desdén dentro de la cual se había encerrado Dov. La entrevista quedó arreglada rápidamente. Kitty salió de Gan Dafna y en Safed se reunió con Sutherland y Karen. Desde allí partieron los tres en coche hacia Nariyah, en la costa. Allí una escolta del cuartelillo de policía les acompañó directamente al presidio de Acre, donde fueron introducidos en el despacho del cuarto de guardia.

Karen había hecho todo el camino como en trance. Ahora, dentro de la prisión, la realidad le parecía todavía más irreal.

El guardián se acercó.

—A sus órdenes, señorita.

—Sería mejor que yo fuese contigo —propuso Kitty.

—Quiero verle a solas —objetó la muchacha con firmeza.

Delante del despacho del oficial un par de guardias armados esperaban a Karen. La guiaron a través de una serie de puertas de hierro hacia un inmenso patio rodeado de ventanas enrejadas. Los ojos de los encarcelados la miraban de soslayo. En el profundo patio el eco repetía unos maullidos de gato. Karen seguía adelante sin desviar la mirada ni a derecha ni a izquierda. Ahora subían por una estrecha escalera el ala de los condenados a muerte. Dejaron atrás un emplazamiento de ametralladoras defendido por una alambrada y llegaron a otra puerta guardada por dos soldados con la bayoneta calada.

Karen fue introducida en una reducida celda. La puerta se cerró tras ella El soldado que se quedó de vigilancia abrió una mirilla de la pared que medía unos pocos centímetros de ancho y de alto.

—Hablará con él por esta rendija, niña —le dijo.

Karen asintió con un movimiento de cabeza y acercó la faz a la abertura. Al otro lado se veían las dos celdas. En la primera estaba Akiva y en la otra Dov, los dos con sus trajes escarlata. Dov estaba tendido de espaldas, mirando al techo. Karen vio como entraba un soldado y le abría la celda.

—¡Arriba, Landau! —oyó que le gritaba—. Han venido a verte.

Dov cogió un libro que tenía en el suelo, lo abrió y se puso a leer.

—Tienes visita.

Dov volvió la página.

—Digo que tienes visita.

—No estoy visible para ninguno de sus bien intencionados embajadores. Dígales que yo he dicho que se vayan al…

—No es ninguno de los nuestros. Es de los tuyos. Es una muchacha Landau.

Las manos de Dov se cerraron con fuerza sobre el libro; su corazón emprendió un galope desbocado.

—Dígale que estoy ocupado.

El guardián se encogió de hombros y se acercó a la mirilla.

—Dice que no quiere ver a nadie.

—¡Dov! —gritó entonces Karen—. ¡Dov!

Su voz retumbaba en la celda de la muerte.

—¡Dov! ¡Soy yo, Karen!

Akiva miraba frenético hacia la celda de Dov. Este hizo rechinar los dientes y

volvió otra página.

—¡Dov! ¡Dov! ¡Dov!

—Háblale, muchacho —gritó Akiva—, no te vayas a la tumba en medio del silencio a que mi hermano me ha condenado a mí. Háblale, muchacho.

Dov dejó el libro en el suelo y se levantó del camastro. Con un ademán indicó al guardia que le abriese la puerta de la celda. Luego se acercó a la rendija del muro y miró. Sólo podía ver el rostro de la visitante.

Karen se encontró con la vista fija en los ojos, fríos, azules, enojados de Dov.

—No quiero más tretas —le dijo él con acidez—. Si te han enviado a suplicar, puedes dar media vuelta y marcharte. Yo no quiero solicitar la clemencia de esos malnacidos.

—No me hables así, Dov.

—Sé que te han enviado ellos.

—Te juro que nadie me ha pedido que viniese. Te lo juro.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Quería verte una vez más.

Dov apretó los dientes y consiguió dominarse. ¿Por qué se le habría ocurrido venir? ¡Ah!, se moría de ganas de acariciar le la mejilla.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, muy bien.

Hubo un largo silencio.

—Dov, lo que escribiste a Kitty, ¿lo decías de veras, o sólo lo pusiste porque…?

—Lo decía de veras.

—Quería saberlo.

—Pues ahora ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé. Dov… yo… yo me marcharé pronto de Eretz Israel. Me voy a América.

Dov se encogió de hombros.

—Veo que no debía venir. Me sabe mal haberte molestado.

—No me molestas. Comprendo que lo has hecho con buena intención. Me gustaría de veras ver a mi novia, pero ella es Macabea y no puede venir. Es de mi edad, ya sabes.

—Sí, ya lo sé.

—De todos modos, tú eres una muchacha buena, Karen… y…, pues… sí…, vete a América y olvida todos estos líos de aquí. Y buena suerte.

—Creo que será mejor que me marche —susurró ella.

Karen levantó la cabeza de la mirilla. La expresión de Dov no cambiaba.

—¡Karen!

La muchacha se volvió al momento.

—Pues… nada más que para demostrar que somos amigos…, eh…, podríamos damos la mano, si el guardia dice que no hay inconveniente.

Karen metió la mano por la abertura. Dov la estrechó dentro de la suya, apretó la frente contra la pared y cerró los ojos.

Entonces Karen tiró de la mano de Dov hacia esta parte del muro.

—No —dijo él—, no… —Pero no pudo resistir.

La muchacha se la besó, la apretó contra la mejilla y contra los labios y la llenó de lágrimas. Un momento después Karen ya no estaba allí.

La puerta de la celda se cerró tras él con un ruido metálico. Dov se dejó caer en el lecho. No recordaba que en toda su vida hubiese derramado una lágrima. Pero ahora nada podía detenerlas. Se puso de espaldas a la puerta para que los guardias y Akiva no le viesen la cara y su corazón se deshizo en un llanto silencioso.

Barak Ben Canaan era uno de los asesores judíos que acompañaban a la UNSCOP en su viaje de inspección e investigación por Palestina. El Yishuv mostraba con orgullo sus conquistas en el aspecto de roturación de terrenos, de rehabilitación de los sin hogar… exhibía los progresos de los *kibbutzim*, las fábricas y las ciudades que había construido… A los delegados de la UNSCOP les impresionaba profundamente el tremendo contraste que se notaba entre la comunidad judía y la comunidad árabe. Después de las giras de inspección empezaron las averiguaciones formales, permitiendo que cada una de las partes expusiera su punto de vista.

Ben Gurión, Weizmann, Barak Ben Canaan y los demás dirigentes del Yishuv defendieron con gran tino la moralidad y la justicia de la causa judía.

En el bando de los árabes, en cambio, el Comité Superior Árabe, a remolque de la familia Husseini, promovía manifestaciones de hostilidad contra las Naciones Unidas. A la Comisión se le negó la entrada en muchas de las ciudades árabes, donde las condiciones de trabajo en fábricas y talleres eran tan míseras y primitivas que revolvían el estómago. Cuando empezaron las averiguaciones formales, los árabes, oficialmente, les hicieron el vacío.

La UNSCOP vio con claridad meridiana que en Palestina no cabían términos medios. Fundándose en una justicia estricta, las Naciones Unidas tenían que recomendar la formación de un hogar judío; pero había que tener en cuenta las amenazas de los árabes.

Los judíos habían aceptado hacía ya mucho tiempo la teoría del convenio y la participación; no obstante, temían que por aquel camino no fuese a crearse un *ghetto* territorial parecido a la Demarcación rusa.

Terminadas las giras y las indagaciones, la UNSCOP se dispuso a partir, retirándose a Ginebra donde analizaría los datos reunidos, mientras una subcomisión examinaba los campos de personas desplazadas, en Europa, que todavía albergaban a un cuarto de millón de judíos desesperados. Luego presentarían sus recomendaciones

a la Asamblea General de las Naciones Unidas. Barak Ben Canaan aceptó una vez más el encargo de marcharse a Ginebra a fin de continuar en su papel consultivo.

Antes de la partida regresó a Yad El a pasar unos días al lado de Sarah, la cual, a pesar de sus frecuentes ausencias, no había sabido acostumbrarse a estar separada de su marido. Tampoco se acostumbraba a tener a sus hijos, Ari y Jordana, lejos del hogar.

Ari y David Ben Ami estaban en el cercano *kibbutz* de Ein Or, el cuartel general del Palmach en el Huleh. Ambos fueron a Yad El, adonde vino Jordana desde Gan Dafna, para una comida de despedida.

Barak se mostró preocupado toda la tarde. Habló poco de la UNSCOP, del inminente viaje que emprendería y apenas se refirió a los apremiantes acontecimiento políticos. Fue una reunión triste.

—Os supongo enterados de que Kitty se marcha de Palestina —dijo Jordana al final del ágape.

—No, no lo sabía —respondió Ari disimulando su sorpresa.

—Sí. Se lo ha comunicado ya al doctor Lieberman. Se lleva consigo a Karen Clement. Ya sabía yo que a la primera señal de peligro huiría.

—¿Y por qué no ha de marcharse? —exclamó Ari—. Ella es americana y si vino a Palestina fue a causa de la chica que dijiste.

—Nunca nos ha sido útil para nada —soltó Jordana.

—Esto no es cierto —contradijo David, en defensa de la ausente.

—No te pongas siempre de su parte, David.

—Es una mujer muy agradable —declaró Sarah Ben Canaan—, y yo la aprecio. Cuando pasaba por aquí, muchas veces entraba a saludarme. Se ha portado muy bien con los chiquillos, y ellos la adoran.

—Es mejor que se vaya —insistió Jordana—, lástima que se lleve a aquella chica; pero la tiene tan mimada que nadie se imaginaría que es una muchacha judía.

Ari se levantó y salió de la casa.

—¿Por qué este empeño en herir a tu hermano? —increpóla Sarah con enojo—. Sabes muy bien el afecto que siente por ella. Y sabes que Kitty es una persona excelente.

—La olvidó ya por completo —aseguró Jordana.

—¿Quién eres tú para opinar sobre lo que encierre el corazón de un hombre? —intervino Barak.

David cogió a su amada de la mano.

—Me prometiste que daríamos un paseo a caballo.

—¿Tú también te pones de su parte, David?

—Aprecio a Kitty Fremont. Ven, vámonos a pasear.

Jordana salió de la estancia y David la siguió.

—Déjales que marchen, Sarah —dijo Barak—. David le calmará los nervios. Me temo que nuestra hija tiene celos, muchos celos, de mistress Fremont. Quizá llegue el día en que nuestras chicas puedan dedicarse a ser mujeres.

Barak jugaba con la cucharilla del té. Sarah se situó detrás de su asiento, descansando la mejilla sobre su espesa mata de rojo cabello.

—Barak, tú no puedes marcharte así. Debes hablar; de lo contrario lo lamentarás hasta el día de tu muerte.

—Voy a buscar a nuestro hijo —respondió el hombrón dando unas palmaditas sobre la mano de su esposa.

Cuando Barak llegó hasta él, Ari estaba en el huerto mirando hacia los montes en dirección a Gan Dafna.

—¿Tanto la quieres, hijo?

Ari se encogió de hombros evasivamente.

—Hasta yo le tengo afecto —añadió su padre.

—¿Qué importa? Ella viene de un mundo lleno de medias de seda y de perfumes y se vuelve otra vez allá.

Barak cogió a su hijo del brazo y se pusieron a caminar campo a través hasta la orilla del río Jordán, que lamía las márgenes de sus campos. Desde allí vieron a Jordana y a David alejándose a caballo y oyeron las carcajadas de la primera.

—¿No ves? A Jordana ya se le ha pasado. ¿Qué tal van los asuntos del Palmach en Ein Or?

—Como siempre, padre. Los muchachos y las chicas son excelentes, pero suman muy pocos y nos faltan elementos de combate. No podemos prometernos que ganaremos una guerra contra siete ejércitos.

Mientras el sol comenzaba a descender sobre los montes del Líbano, por las inmediaciones de Fort Ester, los surtidores de riego empezaban a girar sobre los campos. Padre e hijo se quedaron mirando el terreno largo rato. Ambos se preguntaban, cada uno por su parte, si llegaría el día en que todas sus preocupaciones se redujesen a remendar una valla o labrar la tierra.

—Volvamos a casa —dijo Ari—. *Ema* está sola.

E hizo ademán de regresar. Entonces sintió sobre el hombro la enorme mano de su padre. Y se volvió otra vez.

—Me marcho a Ginebra dentro de dos días. Y me voy con un pesar que nunca había conocido. Desde hace quince años falta alguien en nuestra mesa. Fui orgulloso y terco, pero he pagado el precio del orgullo con el sufrimiento. Ahora vivo en un infierno. Ari, hijo mío, no permitas que mi hermano Akiva cuelgue del extremo de una soga británica.

## CAPÍTULO XVI

La víspera de la marcha de la UNSCOP, Jerusalén estaba en efervescencia. En el sector árabe una oratoria inflamada rebotaba sobre los murmullos confusos y salvajes de las turbas. La ciudad estaba dividida en sectores fortificados, rodeada de alambradas y guardada por «Tommies» parapetados detrás de una muralla de fusiles.

Ari Ben Canaan corría por Jerusalén, yendo de un sector a otro por todos los lugares que solía frecuentar Bar Israel, el enlace de los Macabeos. Bar Israel parecía haber desaparecido. Desde la captura de Akiva y Giora Menor no había habido contacto alguno entre los suyos y el Haganah. Sin embargo, Ari no estaba completamente falto de fuentes de información y acabó por descubrir que Bar Israel vivía en un cuarto del distrito de El Katamon.

Ari se encaminó sin rodeos hacia el aposento que le indicaron y, prescindiendo de toda clase de convenciones, empujó la puerta. Bar Israel estaba jugando al ajedrez. Al oír que entraba alguien levantó la cabeza, pero al ver a Ari se puso otra vez a estudiar el tablero.

—Salga —ordenó Ari al otro ajedrecista. Y después de acompañarle hasta la puerta, cerró—. Usted sabía de sobras que yo le buscaba.

—¡Claro, como que ha dejado cartas de amor repartidas por todo Jerusalén!

—Entonces, ¿cómo no se ha puesto al habla conmigo? Hace veinticuatro horas que estoy en la ciudad.

—Ha entrado en escena de un modo muy teatral. Diga ahora, ¿qué quiere?

—Llévame a presencia de Ben Moshe.

—Ya no jugamos más con ustedes. Nos disgusta que un comandante del Haganah sepa dónde tenemos el cuartel.

—Ahora no está hablando con un comandante del Haganah. Habla con Ari Ben Canaan, sobrino de Akiva.

—Ari, personalmente tengo confianza en usted, pero órdenes son órdenes.

Ari levantó a Bar Israel de un zarpazo sacándolo de la silla; el tablero de ajedrez rodó por el suelo. Cogiendo luego al pequeño oriental por las solapas, le sacudió como si fuera un saco vacío.

—¡O me lleva a presencia de Ben Moshe o le retuerzo el pescuezo!

Ben Moshe estaba sentado ante su mesa en el cuartel general de los Macabeos, emplazado entonces en la colonia griega. A su lado tenía a Nahum Ben Ami. Los dos miraban de hito en hito y con ojos furiosos a Bar Israel y Ari Ben Canaan.

—Todos conocemos a Ari —gimió Bar Israel—. He pensado que podía exponerme.

—¡Sal! —le gritó Ben Moshe con una mueca, al pobre hombre, que sudaba de

angustia—. Después saldaremos cuentas contigo. Ahora que ya está aquí, Ben Canaan, diga lo que quiere.

—Quiero saber qué plan de acción tienen acerca de Akiva y el muchacho.

—¿Plan de acción? Pues, ninguno, naturalmente. ¿Qué podríamos hacer?

—¡Miente! —exclamó Ari.

—Los planes que tengamos no le importan para nada en absoluto —replicó Nahum.

Ari pegó un puñetazo tan fuerte sobre la mesa que faltó poco para que astillara la tabla.

—¡Me importan mucho! ¡Akiva es mi tío!

Ben Moshe continuó con su imperturbabilidad glacial.

—Ya estamos hartos de cooperar con traidores.

Ari se abalanzó hacia él hasta que su cara estuvo a pocos centímetros de la de Moshe.

—Le odio desde el fondo de mi corazón, Ben Moshe, y le odio desde el fondo de mi alma, Nahum Ben Ami. Pero no me marcharé hasta que sepa sus planes.

—Está pidiendo que le alojemos una bala en el cerebro.

—¡Cállese, Nahum, o le hago pedazos! —ordenó Ari.

Ben Moshe se quitó las gafas, las limpió y se las volvió a poner.

—Vaya, Ari, tiene usted una manera muy simpática de persuadir al prójimo —dijo—. Nos proponemos entrar en el presidio de Acre y sacar de allí a su tío y a Giora Menor.

—Es lo que me figuraba. ¿Cuándo?

—Pasado mañana.

—Yo iré con ustedes.

Nahum se puso a protestar, pero Ben Moshe levantó la mano imponiéndole silencio.

—¿Me da palabra de que el Haganah no sabe que está aquí?

—Se la doy.

—¿Qué vale su palabra? —adujo Nahum.

—Yo acepto la palabra de un Ben Canaan.

—A mí todavía no me gusta —dijo Nahum.

—Es una pena, pues. Por supuesto, usted ya sabe lo que esto significa, Ari. Hemos movilizado todas nuestras posibilidades. Usted ha estado en el presidio de Acre…, ya sabe cómo es. Si consiguiéramos llevar a cabo esta hazaña habríamos quebrado los lomos de los ingleses.

—Acre es una ciudad completamente árabe. El presidio es la mejor fortaleza que poseen en Palestina. Déjeme ver sus planes.

Ben Moshe abrió el cajón de la mesa y sacó un legajo de croquis. Del interior de

Acre nada había sido pasado por alto; había un plano general de la ciudad, los accesos al presidio, las rutas de huida. Por lo que Ari podía juzgar, los croquis del interior de la prisión eran perfectos. Tenían que haber sido dibujados por antiguos prisioneros. Los emplazamientos de los guardianes, el arsenal, el centro principal de comunicaciones, todo figuraba anotado en los mapas.

Ari estudió el horario prefijado para el ataque. Era una obra maestra. En ella se emplearían con mucho ingenio explosivos poderosos, granadas y minas terrestres; todo fabricado por los Macabeos.

—¿Qué le parece, Ari?

—Todo perfecto, hasta un determinado punto. Veo de qué modo entrarán y de qué modo sacarán a los prisioneros; pero esta forma de escapar de Acre… —Ari movió la cabeza negativamente—, no puede tener éxito.

—No podemos escondernos cómodamente en el *kibbutz* más próximo —atajó Nahum Ben Ami.

—Sabemos que la posibilidad de escapar por completo es muy menguada —convino Ben Moshe.

—No es menguada. Es nula. Por supuesto, ya sé que ustedes, los Macabeos, se enorgullecen de llevar su heroísmo hasta la muerte. Que es adónde irán, a menos que establezcan mejores planes para la huida.

—Ya sé lo que propondrá ahora —intervino Nahum—, propondrá que cooperemos con el Haganah y los *kibbutzim*…

—Esto es exactamente lo que voy a proponer. Si no lo hacen así van a tener una nueva colección de mártires. Ben Moshe, usted es valiente, pero no es un loco. Tal como está planteada actualmente la cuestión tienen un dos por ciento de posibilidades de huir. Si me permiten establecer un plan más completo, sus posibilidades ascenderán hasta el cincuenta por ciento.

—No se fíe —advirtió Nahum—; lo arregla con demasiada facilidad.

—Continúe, Ari.

Ari extendió el mapa principal sobre la mesa.

—Yo propongo que pasen diez o quince minutos más dentro del presidio y los empleen en libertar a todos los reclusos que haya. Éstos se dispersarán en veinte direcciones distintas, obligando a los ingleses a perseguirles, con lo cual debilitaremos la fuerza del enemigo.

Ben Moshe asintió con un movimiento de cabeza.

—Por lo demás, nuestros propios grupos deberán fraccionarse también en pequeñas unidades y cada una huirá de Acre en una dirección distinta. Yo me llevaré conmigo a Akiva y usted se llevará al muchacho.

—Prosiga —alentó entonces Nahum Ben Ami. A medida que iba escuchando iba comprendiendo que Ari había concebido un proyecto acertado.

—Yo escogeré la ruta de Kfar Masaryk. Al llegar a ese punto cambiaré de medio de transporte para despistarles y aprovecharé caminos secundarios para subir a Monte Carmelo al sur de Haifa. Tengo amigos en el poblado druso de Dalivat el Karmil. A los ingleses ni se les ocurrirá ir a ver lo que hay por allí.

—Parece buena idea —admitió Nahum—. Los drusos son dignos de confianza… Más que algunos judíos que yo conozco.

Ari pasó por alto el insulto.

—La segunda unidad, en la que irá Dov Landau, subirá por la carretera de la costa hasta Nariyah, donde se dispersará. Puedo preparar refugios en media docena de *kibbutzim* de la comarca. Propongo que a Landau le lleven al *kibbutz* de Mishmar, en la frontera libanesa. Yo tomé parte en la fundación de Mishmar; el sector en cuestión está lleno de cuevas. Su hermano David estuvo conmigo en Mishmar durante la Segunda Guerra Mundial. Nosotros lo hemos aprovechado durante muchos años como escondite de nuestros dirigentes. Allí Landau estará completamente fuera de peligro.

Ben Moshe estaba inmóvil como una estatua, repasando los planes que ellos se habían trazado. Comprendía que sin los escondites que le ofrecía Ari la tarea que se habían impuesto no pasaba de ser una expedición suicida y dramática. Con la ayuda de Ari había una posibilidad. ¿Podía arriesgarse a una cooperación?

—Adelante, Ari…, indique las vías de escape. Me meto en eso sólo porque usted se llama Ben Canaan.

Faltaban cuatro días para el Día D.

Cuatro días separaban a Giora Menor y Akiva de la soga. La UNSCOP salió de Lidda para Ginebra. Toda Palestina se daba cuenta de aquella calma densa, amenazadora. Las manifestaciones árabes cesaron. Los ataques de los Macabeos cesaron. La ciudad era un campamento armado inundado de policía secreta inglesa.

Tres días solamente para el Día D.

Akiva y Giora Menor rechazaron una intervención de última instancia procedente del Primer Ministro de la Gran Bretaña.

Día D.

Día de mercado en Acre. Al despuntar el alba, desde veinte poblaciones de Galilea convergía hacia la ciudad una gran multitud. Los lugares donde se celebraba el mercado estaban abarrotados de asnos, carros y géneros. Las carreteras estaban llenas de caminantes.

Judíos orientales y africanos, miembros de los Macabeos vestidos de árabes, penetraron en la ciudad mezclados con las muchedumbres que iban al mercado. Cada uno de aquellos hombres y cada una de aquellas mujeres llevaba unos cuantos

cartuchos de dinamita, fulminantes, mecha, detonadores y armas cortas, todo escondido debajo de sus largos ropajes. Los Macabeos se dispersaban y se confundían por los puestos cercanos al presidio y por todo el atestado bazar.

Las once. Faltaban dos horas para la Hora H.

Doscientos hombres y cincuenta mujeres afiliados a los Macabeos y vestidos de árabes, se habían dispersado por Acre.

Las once y quince. La Hora H menos una y cuarenta y cinco minutos.

En el interior del presidio cambiaron las guardias. Cuatro colaboradores Macabeos que había entre ellos aguardaban preparados.

Las once treinta. Una hora y treinta minutos para la Hora H.

Fuera de Acre, en el Monte de Napoleón, se reunía una segunda unidad de los Macabeos. Tres camiones de hombres vistiendo el uniforme de los soldados británicos penetraron en Acre y aparcaron a lo largo del dique marítimo cerca del penal. Los «soldados» formaron inmediatamente grupos de cuatro hombres y se pusieron a rondar por las calles como si estuvieran de patrulla. Y como además de aquellos habla tantos otros soldados, nadie les prestó ninguna atención.

Las doce en punto. Sesenta minutos para la Hora H.

Ari Ben Canaan, vestido de comandante inglés, entró en Acre a bordo de un automóvil militar. Su chofer paró el coche en el dique, ante la parte del presidio que miraba al oeste. Ari se fue andando hasta el extremo norte del muro; allí se detuvo y se apoyó en un viejo y herrumbroso cañón turco. Luego encendió un cigarrillo y se puso a contemplar las olas que golpeaban, a sus pies, el muro marítimo. La espuma revoloteaba alrededor de las rocas desgastadas por las aguas.

Las doce y cinco. La Hora H menos cincuenta y cinco minutos.

Una a una las tiendas de Acre cerraban para las dos horas de interrupción de mediodía. El sol calentaba más, abatiéndose con fuerza sobre los árabes refugiados en los cafés, los cuales empezaban a dormitar en la misma medida que los plañideros lamentos de Radio El Cairo ganaban en intensidad. Los soldados británicos estaban sofocados y atontados por el calor.

Las doce y diez. La Hora H menos cincuenta minutos.

Un pregonero musulmán subió las largas escaleras del minarete de la Mezquita de el Jazzar. El pregonero empezó a vocear en medio del silencio y los musulmanes se agruparon en el patio y en el interior de la inmensa casa de oración rematada por una cúpula blanca, arrodillándose de cara a la dirección en donde estaba la ciudad de la Meca.

Las doce y doce. La Hora H menos cuarenta y ocho minutos.

Mientras el calor sumía en un letargo lo mismo a los árabes que a los soldados ingleses, los Macabeos se acercaban a los puntos de concentración previamente fijados. En grupos de dos o tres marchaban por las angostas calles, llenas de estiércol,

sin objetivo aparente, hacia los puntos de reunión.

El grupo número uno se reunió en el «Café Abu Christos» (Padre de Cristo). El establecimiento daba al puerto y los parroquianos se entretenían viendo a los muchachos que se sumergían en el agua para dar caza a una moneda de las llamadas *grush*. Desde allí se veía toda la extensión de la bahía y allá al final, la ciudad de Haifa.

Un segundo y numeroso grupo se reunió en la mezquita, arrodillándose en la periferia de la masa de creyentes congregada en el patio y sumándose a las plegarias de los árabes.

La tercera unidad se situó en el Khan, una gran plaza utilizada desde hacía más de cien años como punto de descanso y centro de transacciones de las caravanas. Los componentes de este grupo se mezclaron con los camellos y los asnos y con los centenares de árabes concurrentes al mercado, que se habían tendido en el suelo a reposar.

El grupo número cuatro se reunió en los muelles, junto a la flota pesquera.

El grupo quinto se reunió en la Puerta del Interior, sobre el muro marítimo.

Simultáneamente los cien Macabeos disfrazados de soldados británicos pasaban a ocupar sus posiciones. Beneficiándose de la mayor libertad de movimientos que les concedía el uniforme, subían a los tejados de las casas y bloqueaban calles y carreteras de modo que dominasen todas las vías de entrada o salida de Acre.

Las doce cuarenta y cinco. La Hora H menos quince minuto.

Los soldados que bloqueaban el penal ocupaban sus posiciones. Las unidades apostadas sobre la carretera, fuera de Acre, estaban también en sus puestos.

La fuerza de asalto, los doscientos cincuenta Macabeos disfrazados de árabes, salieron en pequeños grupos de sus puntos de concentración, convergiendo hacia la base de ataque.

Ben Moshe y Ben Ami llegaron los primeros. Desde su emplazamiento veían cómo se reunía su gente. Miraban arriba, a los tejados y veían a sus soldados listos para actuar. Y miraban hacia el interior del penal, donde uno de los cuatro colaboradores «internos» les señalaba que todo estaba a punto.

Ari Ben Canaan se encaminó hacia la punta del baluarte, tiró el cigarrillo y se dirigió rápidamente a la base de asalto. El chofer le seguía a pocos pasos con el coche.

La base de asalto era una casa de baños públicos llamada Hamman El-Basha, que databa de ciento veinte años atrás. Aquel edificio, levantado por El Jazzar, estaba adosado al muro meridional del presidio de Acre. En la parte trasera del mismo había un patio utilizado para tomar baños de sol. Una escalera única llevaba al tejado del edificio y al mismo muro de la prisión. Los Macabeos habían descubierto que desde los diversos puestos de guardia del interior de la prisión los ingleses podían divisar

todo posible intento de acceso y descubrir todo movimiento que se produjese alrededor del penal… salvo por un punto: la casa de baños y el muro meridional. Y por ahí era por donde darían el golpe.

La una. Hora H.

El sol hundía la ciudad de Acre en la somnolencia.

Agitados por la emoción, Ben Canaan y Ben Ami inspiraron profundamente y dieron la señal. El asalto al penal de Acre estaba en marcha.

Ari Ben Canaan mandaba la primera fuerza de choque, compuesta de cincuenta hombres. Éstos penetraron en la casa de baños, lanzándose rápidamente hacia el patio posterior. El grupo iba provisto de cartuchos de dinamita.

Los árabes que ocupaban los cuartos de baños calientes los miraban completamente atónitos. El terror hizo presa en ellos, y en un segundo toda la casa fue una confusión de árabes mojados que intentaban escapar a la desbandada. Entonces entró un segundo grupo que los concentró a todos en una habitación llena de vapor a fin de que no pudieran huir y dar la voz de alarma.

En el exterior, Ben Moshe recibió la señal de que Ari había llegado al patio trasero y de que todos los árabes quedaban inmovilizados.

Entretanto, los hombres de Ari subían las escaleras a escape y cruzaban el tejado para colocar las cargas de dinamita en el muro meridional de la prisión. Con gran rapidez y pericia se sacaron de debajo de las ropas los explosivos, la mecha y los fulminantes y los colocaron en los lugares más indicados. Luego retrocedieron hacia el abrigo del patio y se tendieron.

La una quince.

Una explosión ensordecedora sacudió todo Acre. El aire se pobló de piedras que volaban. Pasaron dos minutos largos antes de que el polvo se posara dejando al descubierto una enorme brecha en el muro del presidio.

Al producirse la explosión, los cuatro hombres del interior cumplieron las misiones que les habían asignado. El primero arrojó una granada contra el cuadro telefónico, interrumpiendo toda comunicación por este medio. El segundo hizo lo mismo con el cuadro principal de distribución de la energía eléctrica, cortando la corriente e inutilizando con ello el sistema de alarma. El otro se apoderó del guardián de las llaves, y el cuarto corrió hacia la brecha a fin de guiar a los Macabeos que entrarían por ella.

Los hombres de Ari penetraron en alud. El primer objetivo de la mitad de la fuerza lo constituía el arsenal. En pocos momentos todos estuvieron equipados con armas potentes.

La segunda sección del grupo aisló los barracones principales de la guardia con objeto de que los soldados concentrados en ellos no pudieran salir a reforzar a los que hubiese por el presidio.

Desde el exterior, Ben Moshe iba lanzando hacia el penal grupos de diez y de veinte hombres. Cada grupo sabía exactamente qué objetivo tenía que atacar. Los guardias eran desalojados a punta de pistola de sus puestos y los Macabeos corrían por los viejos pasillos con los fusiles «Sten» llameando y las granadas barriendo todos los obstáculos. Con la precisión de un plan meticulosamente preparado, se abrieron en abanico, alcanzaron sus objetivos y dominaron el interior del penal de Acre seis minutos después, nada más, de haberse producido la brecha en el muro.

En el exterior, la fuerza de cobertura permanecía quieta, aguardando el contrataque de la guarnición británica. Los soldados y los policías de paisano que pululaban por la ciudad se vieron detenidos por los Macabeos que desde tejados y callejuelas tenían dominados todos los accesos.

Cuando los doscientos asaltantes estuvieron dentro de la fortaleza se lanzaron a reventar las puertas de las celdas y a libertar a los encarcelados. Algunos cuidaban de dirigir a los fugitivos, tanto árabes como judíos, hacia la brecha practicada en la muralla. Acre no tardó en llenarse de presidiarios que corrían en todas direcciones.

A la cabeza de cinco hombres y del llavero que llevaban cautivo, Ari se lanzó hacia las celdas de los condenados y el cuarto de las ejecuciones. El llavero empezó a abrir. Desde el interior los cuatro guardias que vigilaban constantemente a los dos condenados se pusieron a disparar contra la puerta de hierro. Ari ordenó con un ademán a sus compañeros que se apartasen, lanzó contra la puerta una mina magnética y se echó al suelo. La puerta saltó fuera de sus goznes. Entonces Ari fue hasta el umbral y arrojó una granada dentro. Los guardias corrieron a refugiarse en el cuarto de las ejecuciones.

El grupo entró sin demora, los inmovilizó y abrió las puertas de las celdas. Akiva y Dov Landau fueron sacados a toda prisa, cruzando por el tejado de la casa de baños y por el interior de la misma para salir fuera.

Dov Landau subió a un camión lleno de hombres. Ben Moshe dio la señal de partida y el vehículo marchó velozmente en dirección a Nahariya. Dos minutos después el automóvil militar paró ante Ari y Akiva, y luego que hubieron subido huyó en otra dirección.

Ben Moshe tocó un silbato haciendo señal a los Macabeos para que iniciaran las operaciones de retirada. Habían transcurrido veintiún minutos solamente desde la voladura del muro.

Algunas unidades de las guarniciones británicas, confundidas y desorientadas, intentaron converger sobre la zona del presidio de Acre, pero encontraron el paso cortado por las minas terrestres, las barricadas y los fuegos cruzados de los Macabeos. Por toda la población, desorganizadas unidades británicas trataban de perseguir a los trescientos inquilinos del penal que habían quedado en libertad.

El camión que llevaba a Dov Landau corría por la carretera de la costa. Los

ingleses lo habían descubierto y habían lanzado contra él a una fuerza motorizada que superaba a la que iba en el camión en la proporción de diez a uno. El vehículo paró en la población judía de Nahariya. Nahum Ben Ami huyó con Dov hacia el *kibbutz* de Ha Mishmar, situado sobre la frontera libanesa, mientras los demás ocupantes se desplegaban como un piquete de retaguardia destinado a detener a los perseguidores. Aquellos Macabeos consiguieron contener a los ingleses el tiempo suficiente para que Nahum Ben Ami pudiera llevar a Dov a lugar seguro, pero fue una acción suicida: los componentes del grupo, diecisiete, entre hombres y mujeres, perdieron la vida.

Akiva y Ari ocupaban el asiento trasero del coche militar. Delante iban el chofer y otro Macabeo. El automóvil salió a toda marcha del sector de Acre enfilando por una carretera interior hacia el *kibbutz* de Kfar Masaryk. En el Monte Napoleón un combatiente de una barricada Macabea les hizo señal de que parasen y luego les dijo que saliesen de la carretera principal, que estaba minada en previsión de un contraataque británico. Aquel grupo cerraba el paso a dos compañías que trataban de marchar hacia Acre.

Ari tomó una resolución inmediata.

—Chofer. ¿Se atrevería a correr por esos campos y dejar atrás a la unidad inglesa?

—Vamos a verlo.

El coche salió de la carretera y empezó a roncar y dar topetazos por un campo con objeto de rodear el terreno de combate.

De este modo consiguieron situarse a retaguardia de las dos compañías británicas. El chofer volvió a virar para regresar nuevamente a la carretera. Una docena de soldados echaron a correr hacia el automóvil, sin dejar de disparar sus armas. En el mismo momento en que el coche pisaba otra vez el asfalto un chorro de balas le hizo colear de un lado para otro. Ari cogió a su tío y le obligó a tenderse sobre el suelo del vehículo. Las balas silbaban y gemían por todo su alrededor. Las ruedas rodaban furiosamente, cavando el barro en busca de un punto de apoyo. Al ver que las balas seguían lloviendo, el chofer puso marcha atrás. Dos soldados con fusiles ametralladores estaban ya casi encima de ellos. Ari disparó por la ventanilla trasera. Uno de los dos se desplomó. El otro replicó con un chorro de fuego mortífero. Ari vio las rojas llamas saliendo de la boca del fusil.

Akiva lanzó un alarido.

El fusil del soldado escupió otra ráfaga.

Ari cayó encima de Akiva en el preciso momento que el coche subía nuevamente a la carretera y se alejaba raudo.

—¿Están bien ahí detrás?

—Nos han tocado a los dos.

Ari se levantó y examinó su pierna derecha, tentándose la cara interior de la misma. La tenía dormida. La bala había penetrado profundamente. No se producía

una hemorragia fuerte ni un dolor muy vivo, sólo una sensación de quemadura.

Entonces se arrodilló, puso a su tío boca arriba y le abrió la camisa. El estómago de Akiva presentaba un enorme boquete.

—¿Cómo está? —preguntaron de delante.

—Mal… muy mal.

Akiva conservaba el conocimiento.

—Ari —dijo atrayendo a su sobrino hacia sí—, ¿saldré de ésta?

—No, tío.

—Entonces, llévame a un sitio escondido…, ¿comprendes?

—Comprendo —dijo Ari.

El coche llegó a Kfar Masaryk donde una docena de *kibbutzniks* aguardaban preparados para esconder el coche y proporcionarles un camión con el cual continuar la fuga. Cuando le sacaron del coche, Akiva estaba inconsciente y cubierto de sangre. Ari dedicó un momento a derramar sulfamidas sobre la herida de su pierna y a sujetársela con un vendaje. Los dos Macabeos que le acompañaban se lo llevaron aparte.

—Si seguimos adelante el anciano no lo resistirá. Debe quedarse aquí y recibir tratamiento médico.

—No —respondió Ari.

—¿Está usted loco?

—Escúchenme. A mi tío no le queda ninguna posibilidad de vida. Y suponiendo que tuviese alguna, si le dejásemos aquí le encontrarían los ingleses. Si le dejamos y muere, todo Palestina se enterará. Aparte de nosotros nadie ha de saber que Akiva no ha escapado. Los ingleses no han de enterarse de su muerte.

Los dos Macabeos hicieron un signo indicando que le comprendían y subieron a la cabina del camión. Ari y Akiva fueron instalados en la caja. Ari empezaba a sentir un fuerte dolor en la pierna.

El camión se dirigió hacia el sur desde más abajo de Haifa y emprendió el ascenso de las estrechas carreteras que trepaban por la ladera de Monte Carmelo. Mientras el vehículo daba saltos por aquella ruta deficiente y tomaba a buena marcha los peligrosos virajes, Ari tenía a su tío en el regazo. El vehículo se remontó más y más arriba de Monte Carmelo, hasta llegar a un territorio donde sólo vivían unos cuantos drusas aislados del mundo.

Akiva abrió los ojos y trató de hablar, pero no le fue posible. Al reconocer a Ari le sonrió… y luego se quedó exánime en sus brazos.

El camión se detuvo en una espesura de matorrales dos kilómetros antes de llegar al poblado de la montaña de Daliyat el Karmil. Mussa, un soldado druso del Haganah, esperaba con un carro tirado de su asno.

Ari bajó del camión y se frotó la pierna. Iba empapado de la sangre de Akiva.

Mussa se precipitó hacia él.

—Yo no necesito nada —dijo Ari—. Coge a mi tío. Ha muerto.

El fatigado y anciano cuerpo de Akiva fue trasladado del camión al carrito.

—Vosotros dos sois Macabeos —les dijo Ari a quienes les habían transportado—. No reveléis a nadie sino a Ben Moshe o a Nahum que Akiva ha muerto. Ahora llevaos de aquí el camión y limpiadlo. Mussa y yo enterraremos a mi tío.

El camión partió a buena marcha.

Ari se encaramó al carrito. Dejando a un lado el pueblo subieron a la cresta meridional, el punto más alto de Monte Carmelo. Al atardecer entraban en un pequeño bosque que guardaba el altar del mayor de todos los profetas hebreos: Elías. Sobre aquel suelo era donde Elías había demostrado el poder de Dios contra los sacerdotes de Jezebel, servidores de Baal.

El altar del profeta miraba hacia el Valle de Jezrael. Un valle constituido en prenda eterna de que la tierra no había sido olvidada.

Mussa y Ari cavaron una fosa profunda cerca del altar de Elías.

—Quitémosle ese traje rojo —propuso Ari.

Cuando le hubieron librado de las vestiduras de condenado a la horca, lo depositaron dentro de la fosa, llenaron ésta de tierra y la cubrieron luego con ramas. Mussa se fue a donde había dejado el carrito, y allí aguardó el regreso de Ari.

Ari estuvo largo rato arrodillado sobre la tumba de Akiva. Yakov Rabinsky había nacido colérico y había muerto amargado.

Al cabo de tantos años de tormento, por fin había podido encontrar la paz. Aquí gozaría de un reposo que durante la vida había huido siempre de su vera y podría dormir eternamente mirando abajo, a las tierras de los judíos. Ari pensó: «Algún día el mundo entero sabrá dónde descansa Akiva y todos los judíos mirarán este lugar como un santuario».

—Adiós, tío —dijo en voz alta—. Ni siquiera he tenido ocasión de decirle que su hermano le perdona.

Al ponerse en pie no pudo sostenerse. Mussa corrió hacia él a tiempo que se derrumbaba sobre el suelo lanzando un grito de dolor.

## CAPÍTULO XVII

Kitty y el doctor Lieberman repasaban algunos asuntos en el despacho del segundo. Ambos estaban tristes y malhumorados.

—Ojalá supiera qué palabras pronunciar para convencerla de que debe quedarse —dijo el doctor Lieberman.

—Gracias —respondió Kitty—. Ahora que ha llegado el momento, siento en el pecho un vacío muy grande. No me daba cuenta de cuán unida estaba a Gan Dafna. Me he pasado la mayor parte de la noche levantada examinando esos legajos. A juzgar por sus historiales algunos de los muchachos que figuran en las listas han realizado notables progresos.

—La echarán de menos.

—Lo sé. Y yo les echaré de menos a ellos. Durante los pocos días que faltan procuraré ponerlo todo en orden. Hay unos cuantos casos especiales que querría examinar con usted personalmente.

—Sí, por supuesto.

Kitty se puso en pie para salir.

—No se olvide de estar en el comedor media hora antes, esta noche.

—Preferiría que no hiciesen nada. No creo que sea momento para fiestas de despedida.

El hombrecito jorobado levantó las manos al cielo.

—Todo el mundo ha insistido. ¿Qué podía hacer yo?

Kitty fue hasta la puerta y abrió.

—¿Cómo está Karen?

—Muy trastornada. Ha estado igual desde que vio a Dov en la prisión. Ayer, cuando se enteró del asalto al penal de Acre, me dio una noche malísima. Quizá sepa pronto si Dov consiguió escapar o no. Con las penas que ha pasado esa pobre niña habría para llenar la vida de una persona mayor. Acaso me cueste algún tiempo, doctor Lieberman, pero en América yo cuidaré de que sea muy feliz.

—Me gustaría poder decirle de corazón que creo que se equivoca al dejarnos. Pero no puedo decírselo.

Kitty salió del despacho y recorrió el pasillo pensando en la noticia que había electrizado al mundo. Los Macabeos habían perdido treinta miembros —entre hombres y mujeres— que perecieron y otros quince que cayeron prisioneros. Nadie sabía cuántos heridos se habrían refugiado en diversos escondites. Ben Moshe había muerto en la lucha. Parecía un precio muy elevado por dos vidas… Lo parecía hasta que uno se ponía a considerar que no se trataba precisamente de dos vidas. El asalto había constituido un golpe demoledor para la poca moral y el escaso deseo de continuar en Palestina que les quedaban a los ingleses.

Kitty se detuvo ante la puerta de Jordana. Le desagradaba la idea de verse delante de la joven pelirroja. Pero llamó.

—¿Quién?

Kitty entró. Jordana, que estaba trabajando en su mesa, levantó la vista con expresión glacial.

—Estaba preguntándome, Jordana… ¿Sabrías acaso si Dov Landau consiguió escapar ayer? Lo digo porque, como Karen está tan encariñada con aquel muchacho, se tranquilizaría mucho si…

—No lo sé.

Kitty dio unos pasos para salir, pero en el último segundo volvió la cabeza de nuevo.

—Ari no me da una lista de los asaltos en los que participa.

—Pensé que quizá lo supieras.

—¿Cómo podría saberlo? Fue una acción de los Macabeos.

—Vosotros siempre encontráis manera de conseguir noticias sobre aquello que os interesa saber.

—Aunque las supiera no se las diría, mistress Fremont. Mire usted, no quisiera que se le cruzase ningún obstáculo en el camino cuando vaya a tomar el avión para marcharse de Palestina.

—Sería mucho más bonito que nos separásemos como buenas amigas, pero no parece que quieras darme oportunidad ni para esto.

Y volviéndose rápidamente salió de la oficina y se encaminó hacia la puerta principal del edificio. A sus oídos llegaban los gritos de entusiasmo y de triunfo del campo de deportes, donde se disputaba un partido de fútbol. Sobre el césped central unos chiquillos de los más jovencitos jugaban al marro, mientras otros mayores estaban tendidos, estudiando.

Kitty se dijo que en Gan Dafna nunca dejaban de abrirse las flores, y que su perfume saturaba eternamente la atmósfera.

Después de bajar los escalones del edificio administrativo cruzó el césped hasta más allá de las trincheras, parándose al lado de la estatua de Dafna. Esta vez no tenía celos de la novia difunta de Ari, sino que miró —como aquélla miraba para siempre, invariablemente— abajo, al Valle de Huleh y experimentó de pronto una penosa sensación de soledad.

—*Shalom, Giveret* Kitty —le gritaron unos muchachos que pasaban corriendo. Uno de los tales fue hasta ella y le rodeó la cintura con los brazos. Kitty le acarició el cabello y le envió otra vez con sus compañeros.

Mientras caminaba hacia el hospital, sentíase terriblemente abatida. El marchar de Dafna le resultaría mucho más penoso de lo que nunca se había figurado.

En su despacho se puso a repasar el archivo, dejando irnos legajos y cogiendo

otros.

Le parecía raro que no hubiese experimentado aquella sensación de sufrir una pérdida grande cuando se marchó del orfanato de Salónica. ¡Ella que jamás había pretendido convertirse en una «amiga» de los judíos de Gan Dafna! ¿Por qué en aquellos momentos semejaba que todo se le echaba encima a la vez?

Quizá fuese porque la marcha significaba el final de una aventura. Echaría de menos a Ari Ben Canaan y se acordaría de él durante mucho tiempo, quizá toda la vida. Pero con el paso de los meses todo se normalizaría, la existencia se desarrollaría según una norma y ella podría proporcionar a Karen todos los regalos de la vida que deseaba para la muchacha. Pasarían juntas unos días agradabilísimos, unas vacaciones maravillosas. Karen volvería a tomar lecciones de danza. Con el tiempo la figura de Ari se volvería confusa y el recuerdo de Palestina se borraría paulatinamente.

Kitty reflexionaba y concluía pensando que era natural que estuviera triste. Siempre da pena abandonar un trabajo y marcharse de un sitio donde uno ha vivido durante algún tiempo.

Y se puso a leer las notas que ella misma había redactado respecto a unos cuantos de «sus» chiquillos. ¿Debía considerarlos como sujetos impersonales de determinados procedimientos terapéuticos prescritos, o eran pequeños seres humanos sin amparo que dependían de ella? ¿Tenía derecho a levantarlos primero y luego, simplemente, volver a dejarlos caer, o la ligaba a ellos un deber más prolongado, ajeno a los deseos que en otros aspectos pudiera concebir?

Kitty quiso cerrar el paso a esta índole de pensamientos. Abrió el cajón de la mesa y sacó su pasaporte. Al lado del suyo propio estaba el que los ingleses habían librado a Karen. En el cajón había también dos billetes. Estación de partida: Lidda… Destino: Nueva York.

Mark Parker regresaría de Oriente para reunirse con ella en San Francisco. Querido Mark…, ¿había existido alguna vez un amigo más incondicional? Él la ayudaría a establecerse en San Francisco. Kitty estaba enamorada del sector de la Bahía. Podrían vivir en Marin County, sobre el Puente de la Puerta de Oro, o en Berkeley, cerca de la Universidad. Estarían cerca del teatro, del ballet, del país de ensueño de San Francisco.

Kitty cerró el cajón de la mesa.

Recogió de nuevo fichas y papeles y se puso a colocarlos otra vez en el armario. Por supuesto, hacía bien marchándose…, sí, por supuesto. Hasta el doctor Lieberman lo confesaba. ¿Qué les debía a los chiquillos de allí? Lo que allí tenía era un empleo, nada más y nada menos.

Kitty cerró el cajón del armario que le servía de archivo y suspiró. Y hasta mientras procuraba justificarse ante sí misma, la sombra de la duda empezaba a

deslizarse dentro de su mente. Su conducta, ¿venía determinada por la convicción de que aquello era lo que más le convenía a Karen? ¿U obedecía a los mandatos egoístas del amor que la muchacha le inspiraba?

En aquel momento, Kitty volvió la cabeza hacia el otro lado ¡y se quedó con la boca abierta del susto! De pie en el umbral de la puerta había un árabe. Vestía de manera rara. Llevaba un traje occidental de estambre rayado que le caía pésimamente. Se tocaba con un rojo fez atado por una tela blanca, a causa del cual parecía tener la cabeza cuadrada. Su espeso y negro mostacho terminaba en afiladas puntas untadas de vaselina.

—No quería asustarla —le dijo el árabe—. ¿Me permite entrar?

—Ciertamente —respondió Kitty sorprendida de oírle hablar en inglés.

Daba por descontado que habría venido de algún pueblo vecino por causa de algún enfermo.

El desconocido cerró la puerta tras de sí.

—¿Es usted mistress Fremont?

—Sí.

—Yo soy Mussa. Soy druso. ¿Sabe quiénes son los drusos?

Kitty estaba más o menos enterada de que eran una secta islámica que vivía en algunas poblaciones de Monte Carmelo y que eran amigos de los judíos.

—¿No está muy lejos de su casa?

—Pertenezco al Haganah.

Kitty se puso en pie de un salto, instintivamente, dando un grito:

—¡Ari!

—Está escondido en Daliyat el Karmil, mi pueblo. Él fue quien dirigió el asalto al penal de Acre. Le ruega que vaya a verle.

El corazón de Kitty había emprendido una carrera loca.

—Está muy mal herido —añadió Mussa—. ¿Vendrá usted?

—Sí —respondió ella.

—No coja medicamentos. Hemos de tener mucha cautela. Hay muchos controles ingleses por las carreteras y si nos encontrasen medicamentos sospecharían. Ari dice que llenemos el camión de chiquillos. Mañana se celebra una boda drusa. A los ingleses les diremos que llevamos a los niños a presenciar la ceremonia. Tengo un camión a punto. Reúna inmediatamente quince chiquillos y dígales que se traigan colchonetas.

—Dentro de diez minutos estaremos preparados para partir —dijo Kitty y salió corriendo hacia la oficina del doctor Lieberman.

De Gan Dafna al pueblo de Mussa había ochenta kilómetros, la mayor parte por estrechas carreteras de montañas del norte de Galilea. El viejo camión avanzaba despacio. Mientras jadeaba monte arriba los chicos que iban en la caja,

entusiasmados por la inesperada fiesta, cantaban con toda la fuerza de sus pulmones. Sólo Karen, sentada en la cabina al lado de Kitty, sabía el verdadero motivo del viaje.

Kitty sondeó a Mussa tratando de obtener noticias. Todo lo que pudo averiguar fue que veinticuatro horas antes Ari había recibido una herida en la pierna, que no podía andar y que sufría mucho. Mussa no sabía nada de Dov Landau ni dijo nada de la muerte de Akiva.

A pesar de sus recomendaciones, Kitty había hecho un paquetito con unos cuantos elementos para curas de urgencia —sulfamidas, vendas y yodina— y lo había puesto en el compartimiento de los guantes considerando que aquello no podía llamar la atención.

Dos veces en la vida nada más había sentido el miedo verdadero, terrible y profundo. Una fue en Chicago, en la sala de espera del ala del Hospital Infantil reservada a los casos de poliomielitis, durante los tres días y las tres noches que duró la crisis de Sandra. Volvió a sentir el zarpazo del miedo cuando aguardaba, en el «Hotel Dome», las noticias sobre el curso de la huelga del hambre en el «Exodo».

Ahora también tenía miedo. No se fijaba ni en los cantos de los niños ni en los esfuerzos de Karen por tranquilizarla. La ansiedad ofuscaba su mente.

Cerraba los ojos y sus labios repetían calladamente una y otra vez estas palabras: «Oh, Tú, seas el que fueres, Dios que velas por Israel, conserva la vida de Ari…, te lo ruego, consérvale la vida».

Transcurrió una hora; dos; tres…

Los nervios habían sumido a Kitty en un estado rayano en el agotamiento. Ahora apoyaba la cabeza en el hombro de Karen y cerraba los ojos.

El camión tomó rezongando el viraje de Kfar Masaryk, utilizando las rutas que Ari había seguido al huir de Acre. A medida que subían hacia Monte Carmelo las carreteras hormigueaban de soldados.

En un control de carretera les hicieron parar.

—Son unos chiquillos de Gan Dafna —explicó el chofer—. Mañana celebramos una boda en Daliyat.

—Abajo todo el mundo —ordenaron los ingleses, poniéndose inmediatamente a inspeccionar el vehículo con toda minuciosidad. Las colchonetas las desataron y las examinaron con cuidado; dos las abrieron a cuchilladas. Luego se metieron debajo del camión por si encontraban algo escondido allí, e incluso sacaron de su llanta el neumático de la rueda de recambio. Después repasaron el motor y registraron a los niños. En total, la inspección duró cerca de una hora.

Al llegar al pie del Monte Carmelo hubieron de sufrir un segundo registro británico. Cuando Mussa emprendió el ascenso por los continuados recodos de las laderas, Kitty estaba completamente exhausta.

—Todos los poblados drusos están situados en puntos muy altos. Somos una

minoría y necesitamos lugares elevados para defendernos de los ataques de los musulmanes —explicó Mussa—. Dentro de pocos minutos estaremos en Daliyat.

Cuando llegaron a las afueras y se internaron por las angostas calles, Kitty se reanimó prontamente.

Daliyat el Karmil parecía asentado sobre el tejado del mundo.

Comparado con la suciedad y el abandono de la mayoría de las poblaciones árabes, Daliyat el Karmil tenía una blancura deslumbradora y una limpieza impecable. Muchos de sus habitantes masculinos llevaban bigote y algunos vestían a la europea. Usaban una especie de turbantes algo distintos a los de los demás árabes, pero la diferencia más impresionante la ofrecía su aire digno y arrogante y un aspecto peculiar que parecía señalarles como a guerreros feroces.

Las mujeres eran extraordinariamente hermosas y los niños tenían los ojos brillantes y los cuerpos robustos. Aquéllas llevaban ropas de colores vivos y se cubrían la cabeza con unos paños blancos.

Daliyat bullía con centenares de visitantes que se habían dado cita para la boda desde todas las poblaciones drusas del Monte Carmelo, a los cuales se sumaban los judíos de los *kibbutz* y los que habían venido de las ciudades, algunas tan alejadas como Haifa.

El camión pasó de largo por delante de la casa de recepciones del pueblo, donde se habían apiñado infinidad de huéspedes masculinos que iban a felicitar al novio y a los ancianos de la población. En la ladera, a lo largo de la casa de recepción, habían construido una terraza en la que dispusieron una mesa de veinticinco metros de longitud llena de frutas, arroz, cordero aderezado con salsa fuerte, vinos, coñacs y calabacines rellenos. Una procesión continua de mujeres iba y venía de la mesa, meciendo platos de comida sobre sus cabezas.

Mussa paró el camión más allá de la casa de recepciones. Media docena de vecinos del pueblo fueron a saludar a los chiquillos. Éstos descargaron la caja del camión y marcharon con sus colchonetas hacia el punto donde tenían que acampar para volver luego y sumarse a las celebraciones.

Mussa, Kitty y Karen continuaron con el camión hacia la calle del centro. Aquí los danzarines drusos, ataviados con camisas de seda plateada y unos gorros bordados multicolores, estaban a mitad de uno de sus animados números. Formaban una larga línea recta, cada uno apoyando las manos en los hombros de sus dos vecinos y sin deformar ni un momento la línea, daban grandes saltos, con el cuerpo perfectamente rígido, utilizando únicamente los pies como muelle. Delante de la línea el mejor danzarín druso de Palestina, un individuo llamado Nissim, estaba girando vertiginosamente con un cuchillo en la boca y otro en cada mano.

Allí cerca, en el santuario, un versificador narraba una historia, improvisando extemporáneos cantos. Cada verso del cántico era repetido por el centenar de

hombres que le rodeaban. A medida que avanzaba en su historia, el coro repetía cada nuevo verso con voz más fuerte y al llegar al final la mitad de los presentes sacaron sendas pistolas y las dispararon al aire.

Mussa hizo salir el camión de la calle principal y lo introdujo por otra más angosta y de mucha pendiente, poniendo la marcha más corta y apretando el pedal del freno mientras el vehículo se deslizaba cuesta abajo.

Al llegar al fondo paró el motor. La calle siguiente era demasiado empinada para intentar recorrerla con el camión. Los tres ocupantes de la cabina saltaron sin demora. Kitty cogió la pequeña provisión para curas de urgencia y siguió a Mussa, el cual la acompañó más allá de la primera manzana de edificios hasta que se encontraron lejos del alocado bullicio del centro de la población.

Al llegar a la última casa se detuvieron. La guardaba un pequeño piquete de drusos de aspecto feroz, completamente armados.

Mussa abrió la puerta. Kitty inspiró profundamente y entró. Dentro, ante una puerta interior, había otro par de guardias. Kitty se volvió hacia Karen.

—Quédate aquí. Si te necesito te llamaré. Mussa, entre conmigo, por favor.

El cuarto estaba oscuro; la gran altura del techo y el tener el suelo de pavimento lo hacían helado. Se oyó un gemido. Kitty se acercó rápidamente a la ventana y abrió los postigos de par en par, dejando paso a un chorro de luz.

Ari yacía en una cama de matrimonio con cabecera de latón. Sus manos se crispaban sobre dos de los travesaños, que, al retorcerse atormentado por el dolor, había doblado. Kitty bajó la sábana que le cubría. Sus ropas y el colchón aparecían manchados de sangre.

—Ayúdeme a quitarle los pantalones —ordenó.

Mussa se irguió, pasmado.

—No se moleste —le dijo ella entonces—. Basta con que no me estorbe. Si le necesito ya se lo diré.

Kitty cortó con cuidado los pantalones del herido y le examinó. Ari tenía buen color y su pulso parecía relativamente firme. Entonces comparó las dos piernas. En la mala no se notaba una hinchazón anormal ni parecía que el herido hubiese perdido una cantidad excesiva de sangre.

Ahora que sabía que Ari estaba vivo y no parecía encontrarse en peligro inmediato, Kitty actuaba con presteza y seguridad, conocedora de su terreno.

—Mussa, tráigame jabón, agua y toallas limpias. Quiero examinar la herida con más detalle.

Kitty se lavó las manos y limpió con cuidado los alrededores de la herida. El muslo de Ari había perdido color y la sangre rezumaba del enconado punto por donde había entrado la bala.

Ari abrió los ojos parpadeando.

—¿Kitty?

—Sí, estoy aquí.

—Gracias a Dios.

—¿Qué se ha hecho con esa herida?

—Ayer me eché unas sulfamidas. Me había puesto un vendaje de contención, pero no parecía que sangrase mucho.

—Voy a explorarle la herida. Le dolerá.

—Adelante.

Mientras Kitty le tentó la hinchazón, Ari no pudo contener los gemidos y un sudor frío invadió todo su cuerpo. Otra vez se cogió a los barrotes metálicos e hizo temblar la cama con sus estremecimientos. Kitty retiró la mano con presteza. Los temblores siguieron agitando el cuerpo de Ari durante tres minutos. Kitty le secó la cara con una toalla.

—¿Puede hablar, Ari?

—Ya se me pasa —respondió él—. Viene y se va. Vaya, cuánto teatro hago por una herida en la pierna. En Cook County ¿también se encontró con casos como el mío?

Kitty sonrió al ver que se acordaba de lo que le dijo en cierta ocasión.

—Ah, sí, de vez en cuando el marido de alguna señora pescaba al amiguito con las manos en la masa y luego nos los dejaban en la puerta de los casos de urgencia.

—¿Qué tengo?

—No puedo decirlo con toda seguridad. Las balas son caprichosas; no se puede calcular la trayectoria que habrán seguido. Su pulso y su respiración son normales; no hay *shock*. La pierna no la tiene hinchada, excepto en el área inmediata a la herida.

—¿Qué significa todo eso?

—Yo diría que significa que no ha tenido una hemorragia interna. La bala no ha roto ninguna arteria importante. Tampoco descubro ninguna infección. Hasta aseguraría que estuvo usted muy afortunado…, si bien ese dolor que sufre me preocupa mucho.

—Cada pocas horas he tenido un desmayo —explicó Ari.

—Resista. Quiero volver a tentarle la herida.

Ari resistió cuanto pudo, pero no fue capaz de soportar el examen más de unos segundos. Se puso a chillar, se sentó de un empujón, abrió la boca en un grito y se desplomó nuevamente.

—¡La condenada me está matando!

Y se cogió a las sábanas y se puso boca abajo, sacudido por los estremecimientos.

Diez minutos pasó temblando convulsivamente; luego quedó exhausto.

—Kitty, ¿qué es esto? Por amor de Dios, yo ya no puedo resistir mucho más…

—Después de recibir el balazo, ¿pudo andar ni que fuese unos pasos nada más?

—Sí ¿Qué tengo, Kitty? ¿Por qué me ha de doler tan terriblemente?

Kitty movió la cabeza con desaliento.

—No soy médico. No puedo decirlo con seguridad. Quizá me equivoque por completo.

—Dígame lo que ha descubierto —pidió el herido.

—De acuerdo. He ahí mi opinión: la bala entró por la mitad exterior del muslo, dando en el hueso, pero sin romperlo, pues en caso de haberlo roto no habría podido andar, ni pasar hacia la cara interna, donde probablemente habría destrozado alguna arteria.

—¿Qué hizo, pues?

—Creo que dio en el hueso y o bien partió un pedacito del mismo o bien lo astilló. Ésta es una de las causas de los dolores que le atormentan. Supongo que la bala se desvió otra vez hacia la superficie y acaso esté alojada rozando un nervio.

—¿Qué ocurrirá?

—Es preciso extraerla. De otro modo el dolor le matará o le paralizaría. Por lo demás, no hay que pensar en que baje usted de esta montaña; el viaje podría dar origen a una hemorragia… o a otros mil accidentes, Dios sabe cuáles. Es preciso que suba aquí un doctor en el intervalo de pocas horas… o, de lo contrario, se encontrará usted en una situación desesperada. La bala ha de salir.

Ari desvió los ojos en dirección a Mussa. Kitty volvió la cabeza para mirar por un instante al árabe, pero al momento fijó de nuevo la mirada en el rostro de Ari.

—Por toda Galilea hay ocultos heridos del asalto de ayer —afirmó Mussa—. En estos momentos los ingleses vigilan de cerca a todos los médicos judíos de Palestina. Si trato de traer uno aquí para que le asista a usted, no cabe la menor duda, los ingleses seguirán tras él.

La enfermera volvió a mirar a uno y luego a otro; después se enderezó y encendió un cigarrillo.

—En tal caso, será mejor que se entregue inmediatamente y de este modo contará con la asistencia médica que necesita.

Ari hizo un signo con la cabeza a Mussa y el árabe salió del cuarto.

—Kitty —dijo entonces. Ella se acercó a la cabecera de la cama. Ari le cogió la mano—. Si me prenden me ahorcarán. Tiene que actuar usted.

A Kitty se le secó la garganta. Apartóse del herido, se apoyó contra la pared y probó de pensar. Ahora Ari estaba calmado; sus ojos la miraban fijamente.

—No puedo. No soy médico.

—Tiene que hacerlo.

—No tengo el instrumental requerido…

—Tiene que hacerlo.

—No puedo…, no puedo. ¿No ve que sería tan doloroso…? Podría provocarle un

*shock* Tengo miedo, Ari.

Y se desplomó sobre una silla. Recordó que Ari había dirigido el asalto y pensó que tenía razón en lo tocante al destino que le aguardaba si caía en manos de los ingleses. Se acordó de Dov… y de lo que Karen había sufrido por él. Sabía que era la única esperanza de Ari; porque el no hacer nada equivalía igualmente a coquetear con la muerte. Y mordiéndose los cerrados puños se levantó, decidida. Sobre la cómoda había una botella de coñac.

—Bébasela —dijo, entregándola al herido—. Cuando la haya vaciado le daremos otra. Emborráchese…, coja una borrachera tan grande como pueda, porque le haré sufrir horriblemente.

—Gracias, Kitty…

Kitty abrió la puerta con gesto vivo.

—¡Mussa!

—Diga.

—¿Dónde podemos proveernos de algunas cosas de farmacia?

—En el *kibbutz* de Yagur.

—¿Cuánto tiempo tardará un hombre en ir y volver?

—El ir no es problema. Al volver… no puede utilizar las carreteras, por lo cual no puede subir a ningún coche. Regresar a pie por las montañas exigirá varias horas. Quizá no llegue hasta bien entrada la noche.

—Mire, haré una lista de lo que necesito. Usted envíe a un hombre al *kibbutz* que ha dicho tan pronto como le sea posible.

Kitty reflexionó. Cabía la posibilidad de que el mensajero regresara aquella noche o no regresara nunca. El botiquín de un *kibbutz* podía contener o no algún anestésico, pero no podían exponerse al riesgo de aguardar. Por ello puso en la lista un par de litros de suero, unos frasquitos de penicilina, morfina, vendas, un termómetro y algunos otros instrumentos. Mussa despachó a uno de los guardias para Yagur.

—Karen, necesitaré que me ayudes, pero será una tarea penosa de verdad.

—Soy capaz de todo.

—Buena chica. Mussa, ¿tienen algo en cuestión de medicamentos?

—Unas cuantas cosas, no mucho.

—Muy bien. Tendremos que valernos de lo que hemos traído nosotras. ¿Tienen una buena pila eléctrica y… quizá unas hojas de afeitar nuevas o un cuchillito que corte mucho?

—Sí, esto lo encontraremos.

—Muy bien, pues, de acuerdo. Hiervan las hojas de afeitar y el cuchillito durante media hora.

Mussa salió a dar la orden.

—Ahora coloquen unas mantas en el suelo. La cama se mueve demasiado. Será

preciso sujetar con fuerza al herido. Cuando le pongamos en el suelo, tú, Karen, quitarás esa ropa sucia y cambiarás la cama. Usted, Mussa, le proporcionará unas sábanas limpias.

—¿Algo más? —preguntó el druso.

—Sí, necesitaremos el concurso de seis u ocho hombres para bajarle y tenerle bien sujeto.

Todo se dispuso según las indicaciones de Kitty. Mientras extendían las mantas sobre el suelo, Ari seguía bebiendo copiosamente. Cuatro drusos le cogieron y le sacaron de la cama con todo el cuidado posible. Karen quitó rápidamente las sábanas manchadas de sangre y volvió a dejar la cama preparada. Trajeron las hojas y el cuchillo. Kitty se lavó las manos, limpió el área de la herida y la pintó de yodina. Luego esperó hasta que Ari se puso a murmurar palabras incoherentes, en cual momento le colocó una almohada debajo de la cabeza y le puso un pañuelo en la boca para que pudiese morderlo.

—Muy bien —dijo—. Estoy a punto. Sujétenle y empezaremos.

Uno de los hombres sujetó la cabeza de Ari, dos se encargaron del brazo derecho, otros dos del izquierdo, dos le sujetaron la pierna buena y otro la mala. Entre los ocho drusos le tenían amarrado sólidamente contra el suelo. Kitty estaba a la vera del grupo con la pila, el coñac y los pobres elementos de que disponía para su trabajo. Luego se arrodilló y acercó la cara a la herida. Karen la iluminaba con la pila.

Kitty cogió una hoja de afeitar e hizo seña a los hombres para que estuviesen preparados. Luego la puso en contacto con el muslo, tomó la dirección en que quería dar el corte y con un movimiento rápido y enérgico, hundió la hoja en la carne, abriéndola en un corte de dos pulgadas sobre el orificio del proyectil. Ari dio una sacudida violenta. De su nariz salía moco y los ojos se le inundaron de lágrimas de agonía. Los que le sujetaban le amarraron todavía con más fuerza.

Karen, viendo cómo desaparecía el color de los labios de Kitty y cómo los ojos empezaban a rodarle por las órbitas, cogió a su amiga por el cabello, le hizo levantar la cara y le llenó la boca de coñac. Kitty se atragantó un momento; después, habiendo recobrado un poco la presencia de ánimo, bebió por propia iniciativa otro trago. Ari puso los ojos en blanco y se sumergió en la bendita paz de la inconsciencia.

Karen volvió a dirigir el chorro de luz sobre la zona operatoria. Mientras con una mano mantenía los labios de la incisión separados, Kitty hundió en la carne los dedos pulgar y medio de la otra buscando la bala. Por fin una de las uñas rozó un objeto duro. Haciendo un último esfuerzo consiguió cogerlo y lo sacó, Era la bala.

Kitty se sentó en el suelo, levantando el trozo de plomo entre los dedos, lo miró un momento y echóse a reír. Los ocho hombres drusos soltaron también la carcajada. Ahora Kitty se deshacía en sollozos histéricos.

—Mussa —ordenó Karen—, vuelvan a colocarle en la cama; pronto. Procure que

nada toque la herida.

Ella, por su parte, ayudó a Kitty a ponerse en pie y a continuación la sentó en una silla. En seguida le quitó el proyectil de las manos y se las limpió. Hecho esto cubrió la herida con polvos antisépticos y la protegió con un vendaje poco apretado. Acto seguido lavó a Ari con una esponja. Kitty continuaba derrumbada sobre la silla, sollozando.

Karen hizo salir a todo el mundo de la habitación, llenó otra copa para Kitty y la dejó sola.

Kitty apuró el coñac y se acercó al herido para tomarle el pulso. A continuación le abrió los ojos y se fijó en el color de su cara.

Sí…, saldría de aquélla sin novedad…

Entonces dejó caer la cabeza sobre el pecho de su amado.

—Ari…, Ari…, Ari… —murmuraba entre sollozos.

# CAPÍTULO XVIII

Ari seguía agitado por un sufrimiento insoportable. Las medicinas no llegaban nunca. Kitty no podía dejarle ni por un segundo. Varias veces tuvo que llamar a Mussa pidiéndole que trajese hombres para impedir que se revolviese por la cama, con peligro de infectarse la herida abierta.

Arriba del monte, en el centro de la población, los bailes, los cantos y las risas no habían cesado. La novia, que había pasado todo el día encerrada, iba a salir ahora de su reclusión. El novio, vestido con una chaqueta corta y luciendo sombrero de copa, fue a buscarla por una calle sembrada de flores montado en un caballo blanco, entre dos hileras de drusos armados de fusiles.

Después de la ceremonia, muchos de los visitantes judíos, junto con los chiquillos de Gan Dafna, encendieron una fogata y hubo más canciones y se bailó la *hora*. Hubo bailes hebreos al son del tambor y la flauta y los danzarines drusos también lucieron sus habilidades en el centro del corro.

Karen no se movía de la sala contigua a la habitación de Ari y durante la noche pasada entró varias veces a relevar a Kitty. La mañana las encontró a las dos agotadas por la falta de descanso y la prolongada tensión nerviosa. Sentada sobre el borde de la cama, Kitty se levantaba con sobresalto cada vez que Ari gemía o se movía.

Las medicinas no habían llegado aún.

—Será mejor que lleve usted los chiquillos a Gan Dafna —le dijo Kitty a Mussa —. ¿No hay ninguno más que hable inglés?

—Sí. Le traeré y le haré quedar aquí.

—Perfecto. ¿Podría montar otra cama, o un catre o algo en que yo pueda reposar? Tendré que pasar algún tiempo a la vera del herido.

—Lo resolveremos.

Entonces Kitty salió al aposento vecino, donde Karen dormitaba sobre un banco y le acarició la mejilla con ternura. Karen se incorporó, frotándose los ojos.

—¿Está bien Ari?

—No. Sufre muchísimo. Quiero que te vuelvas con los muchachos a Yad El esta misma mañana.

—Pero, Kitty…

—No discutas. Dile al doctor Lieberman que tendré que continuar aquí hasta que las cosas se hayan normalizado.

—Pasado mañana hablamos de salir de Palestina —recordóle Karen.

Kitty movió la cabeza negativamente.

—Anula el viaje. Más tarde podremos organizarlo de nuevo. Yo tengo que quedarme hasta que encuentren a otra persona capacitada para atender a Ari. Y no sé cuánto tardarán.

Karen abrazó a Kitty y se dispuso a salir.

—Karen. Ve a Safed, ¿quieres?, y dile a Bruce Sutherland dónde me encuentro. Pídele si quiere ir a Haifa a reunirse conmigo. Dile que se aloje en el mayor hotel. Sea el que sea, yo le encontraré. Pídele que me traiga ropa.

Hacia el mediodía los centenares de asistentes a la fiesta empezaron a marcharse de Daliyat el Karmil. Los drusos regresaban a sus poblados de las alturas y los judíos se volvían a los *kibbutz* y a Haifa. Mussa llevó los chiquillos a Gan Dafna, con el camión.

Cuando hubo partido todo el mundo, los drusos relajaron la guardia montada cerca de Ari. El que hablaba inglés se acomodó en la habitación contigua.

Kitty Fremont estaba sola con Ari en aquel extraño lugar. En el primer momento de calma que tuvo su mente vio en toda su magnitud aquellos recientes acontecimientos.

—Dios Todopoderoso —susurró, de pie junto a la cama y con la mirada fija en Ari—. ¿Qué acabo de hacer?

Tantos meses de luchar contra él, toda aquella resistencia laboriosamente levantada se habían venido abajo en un segundo; en aquel segundo demente que la había enviado corriendo a la vera de su amado. Y ahora, en ese momento, el poder que Ari tenía sobre ella le daba miedo.

A última hora de la tarde llegó el mensajero que había ido al *kibbutz* de Yagur, trayendo las medicinas. Había regresado por las montañas, teniendo que permanecer escondido muchas horas. Por todas partes rondaban patrullas inglesas buscando heridos del asalto al penal de Acre.

Kitty administró en seguida un litro de suero a Ari y le llenó de penicilina para precaverse de la infección, que le parecía inevitable dadas las circunstancias en que lo había operado. Luego le renovó el vendaje y le inyectó morfina para mitigar los sufrimientos que le destrozaban.

Durante los dos días y las dos noches siguientes, Kitty tuvo al herido bajo los efectos de la morfina con objeto de cerrar el paso al dolor. Minuto a minuto seguía los progresos del paciente. La incisión empezaba a cerrarse y no parecía que se produjese una crisis muy fuerte. Ari estaba despierto unos momentos nada más, que aprovechaban para suministrarle algún alimento, pero incluso entonces tenía los sentidos demasiado embotados para darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor. El coraje de Kitty y sus dotes de enfermera tenían maravillados a los drusos. A las mujeres sobre todo las encantaba oír la energía con que daba órdenes a los hombres.

Cuando Kitty comprendió que Ari estaba fuera de peligro, que lo único que se necesitaba entonces era tiempo, volvió a sentirse invadida por la duda y atormentada por la ansiedad; el problema de abandonar Gan Dafna ocupaba de nuevo su mente.

Otra vez meditaba y se preguntaba si tenía derecho a dejar a los pequeños de Gan

Dafna, que la necesitaban. ¿Dónde estaba la línea que señalaba el límite entre el profesionalismo y el deber de humanidad? ¿Y qué podía decir de Karen? ¿No era posible que la muchacha se marchase con ella sólo por miedo a perderla?

De todos los pensamientos que obsesionaban a Kitty, el peor de todos era uno que no podía someter a discusión. Ya otra vez se había visto mezclada con aquella gente contra su voluntad: en Chipre había decidido no trabajar con ellos… y vio a Karen. Ahora parecía haberse repetido el caso: la víspera de partir para América hubo de correr al lado de Ari. ¿Era esto una coincidencia, o acaso había un poder superior que marcaba los rumbos de su destino? Si por un lado su arraigado sentido común se negaba a dar entrada a semejante fantasía, por otro aquella idea la atormentaba continuamente. El poder de Palestina la espantaba.

Bajo los cuidados de Kitty, Ari mejoraba rápidamente. Su enfermera se decía que era un hombre notable. Los sufrimientos que había tenido que soportar habrían sido capaces de quitar la vida a un ser humano corriente. Al final del cuarto día redujo casi a la nada la dosis de morfina. También había interrumpido ya la administración de penicilina, segura de que la herida sanaba satisfactoriamente y no habría infección.

La mañana del quinto día, Ari se despertó hambriento, con grandes ganas de afeitarse y lavarse y de un humor excelente. A medida que él resurgía con renovada vitalidad, su enfermera se encerraba en una concha, adoptando una actitud fría, impersonal, profesional. Daba órdenes en tono seco, como un sargento mayor, prescribiendo el tratamiento de la semana próxima como si el herido fuese un hombre a quien no hubiese visto nunca.

—A fines de esta semana confío que ya no será preciso administrarle ninguna droga. Quiero que empiece a mover la pierna, con la que tiene que hacer todo el ejercicio que le sea posible. De todos modos procure que la incisión no soporte demasiada fuerza, porque todavía no está bien cerrada.

—¿Cuánto tiempo tardaré en poder andar?

—Sin un examen con Rayos X no puedo decirlo. Me inclino a creer que el hueso no tenía sino una grieta, sin que llegase a astillarse. Si se hubiera astillado seguiría usted sufriendo mucho. De todas formas puedo afirmar sin temor a equivocarme que pasará un mes cuando menos sin poder ir a ninguna parte.

Ari silbó entre dientes, al mismo tiempo que ella le arreglaba la sábana.

—Salgo a dar un paseo —dijo Kitty—. Volveré dentro de media hora.

—Kitty. Un momento nada más. Yo…, pues…, mire, ha sido muy buena conmigo. Me ha cuidado como un ángel. Pero desde esta mañana parece enojada. ¿Tiene alguna queja? ¿Me he portado mal en algo?

—Estoy cansada; estoy agotada. He pasado cinco noches en vela. Lo lamento, pero no me siento en condiciones de divertirle cantando y bailando.

—No es eso. Hay algo más. Se arrepiente de haber venido, ¿verdad?

—Sí, me arrepiento —respondió ella, en voz baja.

—¿Me odia?

—¿Odiarle, Ari? ¿No he demostrado de un modo bastante claro lo que siento por usted? Por favor, estoy cansada…

—¿Qué le pasa? Dígamelo…

—Me desprecio a mí misma por tenerle afecto a usted… ¿Quiere saber algo más?

—A veces resulta usted una mujer terriblemente complicada. Kitty Fremont.

—Supongo que sí.

—Usted y yo, ¿por qué nos habremos de enfrentar siempre sin abandonar la guardia, prestos a blandir el arma… y a huir corriendo?

Kitty le miró fijamente por unos momentos.

—Quizá porque yo no sé adaptarme a su norma sencilla y sin artificios de «tú me gustas y yo te gusto; vámonos, pues, a la cama». Página cuatrocientos cuarenta y cuatro del manual del Palmach: los chicos y las chicas no deben dar pruebas de timidez o recato. Mujeres de Palestina, sed expeditivas. Si amáis a un hombre, acostaos con él.

—No somos hipócritas.

—Y yo no soy de ideas tan adelantadas como Jordana o su Inmortal Dafna.

—¡Cállese! —gritó Ari—. ¿Cómo se atreve a insinuar que mi hermana y Dafna han sido unas… abandonadas? Jordana no ha amado sino a un hombre en toda la vida. ¿Es pecado darle amor si no sabe si al final de la semana seguirán los dos con vida? ¿No se le ha ocurrido que yo habría preferido vivir tranquilo en Yad El con mi Dafna a verla destrozada por las pandillas árabes?

—Yo no considero que haya entregado mi vida a una elevada misión. Mi caso es muy simple, Ari. Es preciso que el hombre a quien yo ame me necesite.

—Dejémoslo ya —replicó él—. ¿No he demostrado claramente que la necesito?

Kitty prorrumpió en una breve y amarga carcajada.

—Sí, usted me necesita, Ari. En Chipre me necesitaba para sacar de Caraolos documentos falsificados; ahora me ha necesitado nuevamente… para sacarle una bala del cuerpo. Es notable la penetración de su mente. Hasta medio muerto y rabiando de dolor ha sido capaz de tener en cuenta todas las circunstancias. Supo imaginar la manera de proceder…, había que cargar el camión de chiquillos para alejar las sospechas. Usted no me ha necesitado a mí, Ari; usted ha necesitado únicamente a una persona capaz de burlar la vigilancia que los ingleses han establecido en las carreteras.

»No se lo reprocho —prosiguió al cabo de un momento—. Soy yo la tonta de remate. Cada uno de nosotros tiene que arrastrar su cruz, y creo que usted es la mía. Pero, simplemente, yo no sé llevar mi cruz con la cara impasible y la despreocupación de una *sabra*.

—¿Y por eso es necesario que me trate como a un animal?

—Sí, porque lo es. Usted es un animal mecánico, demasiado obsesionado por la segunda venida de los israelíes a la Tierra Prometida para que se le pueda considerar un verdadero ser humano. Usted no sabe lo que es amar; sólo sabe luchar. Pues, bien, ahí estoy luchando contra *usted*, Hermano Ben Canaan, y voy a vencerle y voy a olvidarle —Ari guardó silencio mientras ella se acercaba a la cama y se quedaba de pie ante él, con los ojos llenos de lágrimas de rabia—. Llegará el gran día en que necesitará de veras a una persona. Y será terrible, porque usted no posee la facultad de pedir ayuda de una manera convincente.

—¿Por qué no sale a dar el paseo que decía?

—En seguidita salgo y pasearé mucho rato. La buena mera Fremont ha terminado la contrata. Dentro de pocos días tendrá aquí a alguna persona del Palmach que le cuide. Hasta entonces resistirá perfectamente.

Y dando media vuelta se fue hacia la puerta y abrió.

—Kitty, ¿cómo es esa gran imagen de hombre que se ha forjado?… ¿Qué quiere usted?

—Quiero un hombre que sepa lo que es llorar. Le compadezco, Ari Ben Canaan.

Kitty se marchó de Daliyat el Karmil aquella misma mañana.

## CAPÍTULO XIX

Bruce Sutherland esperaba en el «Hotel Sión» de Haifa desde hacía dos días. A Kitty le pareció que jamás había sentido tanta alegría al ver a una persona. Después de comer, Sutherland la llevó a Har Hacarmel, el sector judío de la ciudad, que se extendía por las laderas del Monte Carmelo.

Entraron en un club de noche que daba sobre la Carretera Panorámica, desde donde se veían, abajo, la ciudad, el puerto y un trozo de bahía que llegaba hasta Acre y más allá, es decir, hasta las montañas del Líbano.

—¿Cómo está la muchacha?

—Mucho mejor, gracias. Bruce. Le agradezco que haya venido. —Kitty paseó la mirada por el panorama—. Subí a este Har Hacarmel la primera noche que estuve en Palestina. Me acompañó Ari. Creo que dijimos algo sobre el vivir en una tensión constante.

—Los judíos de aquí han aprendido a vivir a la sombra de las armas del mismo modo que ustedes los americanos viven pendientes del *baseball*. El hábito ha hecho de ellos una gente bregada y endurecida.

—Este país me ha puesto de un modo que ya no soy capaz de razonar con lógica. Cuanto más lo intento más me siento prisionera de mis sentimientos, así como de unas fuerzas inexplicables. Tengo que salir de aquí antes de que esto anule por completo mi personalidad.

—Kitty, sabemos que Dov Landau está a salvo. Está escondido en Ha Mishmar. Todavía no se lo he dicho a Karen.

—Supongo que debe hacerlo. ¿Qué sucederá, Bruce?

—¿Quién lo sabe?

—¿Cree usted que las Naciones Unidas cederán a la presión de los árabes?

—Habrá guerra.

Del estrado de la orquesta vinieron unos toques de atención. Un maestro de ceremonias salió a escena, explicó unas historias en hebreo y luego presentó a un *sabra* joven y de buena estatura, vistiendo la camisa blanca tradicional de cuello abierto, que llevaba una cadenita de la que colgaba un medallón con la Estrella de David y un bigote negro y poblado. El joven rasgueaba una guitarra y cantó una canción de un patriotismo apasionado que hablaba en encendidas frases del regreso de los judíos a su Tierra Prometida.

—Debo saber lo que ocurrirá en Gan Dafna.

—Los árabes pueden formar un ejército de cincuenta mil palestinos y quizá veinte mil irregulares del otro lado de la frontera. Un sujeto llamado Kawukji, que mandaba a los irregulares en los disturbios del 1936 al 1939, está ocupado ahora reuniendo otra cuadrilla de degolladores. Es más fácil entrar armas para los árabes que para los

hebreos, pues los primeros tienen la ventaja de encontrarse rodeados de territorios amigos.

—¿Y los demás, Bruce? —inquirió Kitty.

—¿Los demás? Egipto e Irak tienen cada una un ejército de cincuenta mil hombres. El ejército egipcio quedará reforzado con soldados de la Arabia Saudí. Entre Siria y el Líbano pondrán en campaña otros veinte mil hombres. Arabia tiene la Legión Árabe; soldados escogidos armados con las armas más modernas. Según lo que se estima en el día de hoy, los árabes no cuentan con ejércitos de primera categoría; sin embargo, tienen muchas unidades modernas, con artillería, armamento diverso y aviación.

—Usted hizo de consejero del Haganah, Bruce. ¿Qué les dijo?

—Les recomendé que formasen una línea defensiva entre Tel Aviv y Haifa y que probasen de conservar aquella franja de terreno. Tampoco la otra cara de la medalla tiene nada de bonita, Kitty. Los judíos tienen de cuatro a cinco mil soldados del Palmach y, sobre el papel, un ejército del Haganah de cincuenta mil hombres; pero sólo poseen diez mil fusiles. Los Macabeos pueden movilizar a irnos mil hombres, y no más, armados de armas cortas. No tienen artillería; su aviación consiste en tres «Piper Cubs», y su marina la forman esos barcuchos que trajeron inmigrantes ilegales y que guardan arrinconados en Haifa. Los judíos están en inferioridad según una proporción de cuarenta por uno en soldados, de cien por uno en número de habitantes, de mil por uno en equipo y de diez mil por uno en terreno. El Haganah ha desechado mis recomendaciones así como los consejos de todos los técnicos militares de retirarse detrás de una línea de defensa sólida. Están dispuestos a librar la batalla en cada *moshav*, en cada *kibbutz*, en cada población. Esto significa que en Gan Dafna también habrá lucha. ¿Quiere que le explique más detalles?

Kitty respondió con voz temblorosa:

—No, ya he oído bastantes. ¿No es raro, Bruce? Una noche, estando en la cima de Monte Tabor con los jóvenes del Palmach tuve la sensación de que eran invencibles… de que eran los soldados de Dios. La luz de los fuegos de campamento y la luz de la luna obran en mí efectos extraños.

—En mí también, Kitty. Todo lo que he aprendido en mi vida militar me asegura que los judíos no pueden vencer. Y no obstante, cuando ves lo que han hecho con esta tierra, no eres realista si no crees en milagros.

—Oh, Bruce… Ojalá pudiera compartir su opinión.

—¡Ah, qué ejército tienen los judíos! Chicos y muchachas sin fusiles, ni jerarquía, ni uniforme, y sin sueldo. El jefe máximo del Palmach tiene unos treinta años y sus tres comandantes de brigada están por debajo de los veinticinco. Pero hay cosas, en las que ningún militar profesional confía, que los árabes habrán de tener muy en cuenta. Los judíos están dispuestos a perder hasta el último hombre y la

última mujer y el último niño para conservar lo que poseen aquí. ¿Cuánta sangre están dispuestos a derramar los árabes?

—¿Pueden vencer? ¿Lo cree de veras?

—Llámelo intervención divina, si usted quiere, o quizá… digamos que los judíos tienen demasiados Ari Ben Canaan.

Kitty regresó a Gan Dafna al día siguiente y tuvo la sorpresa de encontrar a Jordana Ben Canaan esperándola en su despacho. La pelirroja *sabra* parecía inquieta y cohibida.

—¿Qué quieres, Jordana? —le preguntó fríamente—. Voy a estar muy ocupada.

—Nos hemos enterado de lo que ha hecho usted por Ari —murmuró la joven con palabra torpe—, y he querido expresarle mi profundo agradecimiento.

—Parece que vuestro servicio de información vuelve a recoger noticias. Lamento haber tenido que retardar mi partida.

Jordana parpadeó, pero no contestó nada.

—No lo mires como un favor personal —añadió Kitty—. Habría hecho lo mismo por un perro herido.

Kitty volvió a renovar sus planes para marchar. Entonces el doctor Lieberman la convenció de que se quedase todavía unas semanas más. Había llegado personal nuevo y era preciso entrenarlo para que después supiera gobernar a otros cien niños que la Aliyah Bet había podido introducir clandestinamente en Palestina. Muchos de los chiquillos recién llegados habían pasado más de dos años en campos de concentración y estaban en malas condiciones físicas y espirituales. Los judíos se apresuraron a levantar nuevos albergues donde cobijarles.

Kitty se formó una vez más el plan para la salida. Ya no faltaban sino dos días para que ella y Karen abandonaran Gan Dafna y Palestina.

A fines de agosto de 1947 la UNSCOP anunció desde Ginebra sus dos planes: el de mayor alcance y el de menor alcance. Cada uno de ellos propugnaba la participación de Palestina en dos entidades separadas: una para los árabes y otra para los judíos. Y Jerusalén quedaría convertida en un territorio internacional. La recta intención quedaba fuera de duda, pues aquel organismo creado por la Naciones Unidas se pronunciaba porque se reanudase inmediatamente la inmigración de judíos procedentes de los campos de desplazados de Europa al ritmo de seis mil al mes y porque los judíos pudiesen volver a comprar tierras.

Éstos habían solicitado que se incluyera en su territorio nacional el desierto del Negeb. Los árabes poseían millones de kilómetros cuadrados de tierras baldías que roturar. Los judíos pedían aquellos pocos millares con la esperanza de ponerlos en cultivo. La comisión de las Naciones Unidas se mostró conforme.

Cansados por un siglo de angustias y traiciones, el Yishuv Central y los sionistas

de todo el mundo anunciaron que aceptaban el compromiso. El sector que les habían adjudicado, aun incluyendo el desierto del Negeb, era un aborto de Estado. Formaba tres franjas de territorio unidas una con otra por estrechos pasillos, semejando un trozo de salchicha. A los árabes les correspondían también tres franjas de terreno —mayores en extensión— también unidas por pasillos. Los judíos perdían su ciudad eterna: Jerusalén. Conservaban el Sarón y los trozos de Galilea que habían limpiado de charcas. El Negeb era un terreno abandonado. Pero ¿de qué habría servido seguir luchando? Aquel arreglo era una monstruosidad, y a pesar de todo aceptaron.

Los judíos contestaron.

También contestaron los árabes. Éstos dijeron que la partición significaría la guerra.

A despecho de las amenazas de los árabes, la UNSCOP decidió presentar el plan a la Asamblea General de las Naciones Unidas, en Nueva York, a mediados de setiembre.

Todos los detalles habían sido tenidos en cuenta. Había llegado otra vez la víspera de la partida de Kitty y Karen. Al amanecer, Bruce Sutherland las llevaría en coche al aeropuerto de Lidda, y por la tarde saldrían en avión para Roma. Los pesados baúles los habían enviado ya, anticipadamente, por barco. La villa estaba a punto de quedar desocupada.

Kitty se hallaba sentada en su despacho con los últimos legajos en la mano, disponiéndose a ordenarlos en el archivo. Ya no le quedaba otra cosa que hacer sino colocarlos en el armario, cerrarlo y cruzar aquella puerta… para siempre.

Abrió el primer legajo y repasó las notas escritas por su propia mano.

MINNA (SE DESCONOCE EL APELLIDO), AÑOS 7. Minna nació en el campo de concentración de Auschwitz. No se sabe quién fue su padre ni quién fue su madre. Suponemos que es polaca. La Aliyah Bet la introdujo ilegalmente en Palestina a primeros de año. Cuando la trajeron a Gan Dafna estaba muy débil y enferma y presentaba muchos trastornos.

ROBERT DUBUAY, AÑOS 16. De nacionalidad francesa. Las tropas británicas le encontraron en el campo de concentración de Bergen-Belsen. Entonces tenía trece años y pesaba veintiséis kilos. Había sido testigo ocular de la muerte de su padre, su madre y un hermano. A una hermana suya, que luego se suicidó, la habían forzado a servir de prostituta para los soldados alemanes. Robert manifiesta tendencias hostiles y…

SAMUEL KASNOWITZ, AÑOS 12. De nacionalidad estoniana. Que se sepa no ha sobrevivido ningún otro miembro de su familia. Samuel estuvo escondido en los sótanos de la vivienda de una familia cristiana hasta que se vio obligado a huir a un bosque donde pasó dos años viviendo solo.

ROBERTO PUCCELLI, AÑOS 13. De nacionalidad rumana. No se le conoce familia. Hallado en Dachau.

HANS BELMAN, AÑOS 10. De nacionalidad holandesa. No se le conoce familia. Hallado en Auschwitz. Escondido por unos cristianos.

La lista seguía y seguía… «No quedaron otros supervivientes».

«… Esta chica sueña con frecuencia algo que es común a quienes estuvieron en Auschwitz. Sueña que hace la maleta. Sabemos que esto es un signo de muerte, porque a los ocupantes del campo que querían trasladar a las cámaras de gas de Birkenau, la noche anterior les hacían arreglar la maleta».

«El soñar un humo maloliente es como un recuerdo del olor a carne quemada procedente de los crematorios».

Incontinencia nocturna de orina.

Hostilidad manifiesta.

Sueños de pesadilla.

Beligerancia.

Kitty repasó la copia de la carta que tiempo atrás había escrito a Harriet Saltzman.

*Querida amiga:*

*Me pregunta usted cuál es en mi opinión el denominador común que une a esos chicos tan próximos a la psicopatía, y la causa de que consigamos con ellos unos restablecimientos tan rápidos y unos resultados tan brillantes. Mire usted, creo que la respuesta la sabe ya, y mejor que yo. Me la dio usted misma la primera vez que la vi en Jerusalén. La droga maravillosa se llama «Eretz Israel». Aquí el espíritu tiene una fuerza que casi no parece natural. Estos chicos sólo desean vivir y luchar por su país. Jamás había visto tanta energía ni tanta pasión entre personas adultas, y mucho menos entre chiquillos…*

Kitty Fremont cerró los legajos.

Luego se puso en pie y paseó la mirada por la oficina durante largos momentos; después apagó la luz con gesto vivo y cerró la puerta tras de sí.

Ya fuera del edificio se detuvo un instante. En el monte, a mitad de camino de Fort Ester, se veía un fuego de campamento. Los chiquillos del Gadna, los soldados de diez, doce y catorce años estarían cantando y bailando una *hora*.

Kitty dirigió el chorro de luz de su pila hacia el suelo y cruzó el césped, en el que habían abierto nuevas trincheras. Al lado de las casas de los niños estaban instalando grandes cobertizos para las granadas.

La estatua de Dafna seguía montando la guardia eternamente.

—*Shalom, Giveret* Kitty —le gritaron un grupo de muchachos corriendo hacia el

salón de recreo.

Kitty entró en su villa. Las maletas estaban alineadas junto a la puerta y señaladas con las etiquetas correspondientes. La estancia aparecía despojada de los pequeños toques personales con que ella y Karen la habían adornado.

—Karen. ¿Estás ahí, cariño?

Sobre la mesa de la cocina había una nota.

*Querida Kitty:*

*Los amigos han querido encender un fuego de campamento de despedida. No regresaré tarde. Con todo mi amor*

Karen

Kitty encendió un cigarrillo y se puso a caminar a grandes zancadas por la habitación. Después cerró los cortinajes para no ver las luces del fondo del valle. En un momento dado se sorprendió sosteniendo en la mano las cortinas que sus chiquillos habían hecho para ella. Diez de aquellos muchachos se habían ido ya de Gan Dafna para incorporarse al Palmach, el triste y minúsculo ejército de los judíos.

Allí dentro se ahogaba. Salió al porche. Los capullos de las rosas perfumaban el aire. Kitty descendió por el sendero flanqueado de villas rodeadas de parterres, vallas y árboles. Al llegar al final del camino iba a retroceder, pero se sintió atraída por la luz de la villa del doctor Lieberman.

«Pobre viejo», pensó. Su hijo y su hija habían abandonado la Universidad y ambos estaban en la Brigada del Negeb del Palmach, lejos de su padre. Kitty fue hasta la puerta y llamó. El ama de llaves, tan vieja y tan rara como el mismo doctor Lieberman, la acompañó hasta el cuarto de estudio de éste. El hombrecito jorobado estaba absorto traduciendo una frase de hebreo antiguo escrita sobre un cacharro, mientras la radio, puesta muy bajo, le proporcionaba como música de fondo una sinfonía de Schumann. El doctor Lieberman levantó los ojos y al ver a Kitty dejó la lupa sobre la mesa.

—*Shalom* —le dijo Kitty.

El jorobado sonrió. Era la primera vez que ella le saludaba en hebreo.

—*Shalom*, Kitty —respondió él—. Es esta una palabra hermosa para que la utilicen los buenos amigos al decirse adiós.

—Sí, *shalom* es una palabra hermosa para decirse adiós, y es también una excelente manera que tienen los buenos amigos de decirse «hola».

—Kitty, querida mía…

—Sí, doctor Lieberman… *Shalom*… Me quedo en Gan Dafna. Mi puesto está aquí.

# LIBRO CUARTO

## *DESPIERTA EN GLORIA*

*Sé misericordioso conmigo, oh, Dios, sé misericordioso conmigo, porque mi alma ha confiado en Ti; sí, en la sombra de tus alas buscaré yo mi refugio, hasta que estas calamidades hayan pasado.*

*Él enviará su auxilio desde el Cielo y me salvará: Él ha repudiado al que quería engullirme… Dios ha de enviarme su misericordia y su verdad.*

*Mi alma mora entre leones: y yo yazgo hasta entre aquéllos que están en llamas, hasta entre los hijos de los hombres, cuyos dientes son lanzas y flechas, y su lengua es una afilada espada.*

*Ellos han preparado una red para mis pasos: mi alma está abatida: han cavado un abismo delante de mí, en medio del cual han caído ellos mismos… Despierta, mi gloria… Yo haré nacer la aurora…*

*Quincuagésimo séptimo salmo de David.*

# CAPÍTULO PRIMERO

*OTOÑO DE 1947*
*NACIONES UNIDAS*
*FLUSHING MEADOW, NUEVA YORK*

Ante la conciencia del hombre quedó planteado el caso, viejo de seis mil años, del pueblo judío.

Chaim Weizmann, de los Sionistas Mundiales, y el anciano estadista Barak Ben Canaan encabezaban una delegación de doce miembros que se trasladaron a Flushing Meadow para el momento definitivo. Aquel grupo de hombres sazonados por largos años de desencantos y adversidades no se hacía ilusiones.

El piso que el doctor Weizmann tenía en el centro de Manhattan sirvió de cuartel general oficioso de la comisión. A los delegados les habían encomendado la misión de ganar votos. Weizmann se encargó de la tarea de movilizar a los judíos de todo el mundo para que llamasen la atención de sus respectivos Gobiernos y los presionaran cuanto les fuese posible.

Barak Ben Canaan trabajaba calladamente entre bastidores. Su tarea consistía en calcular por adelantado la composición y fuerza de los equipos que se iban sucediendo, analizar y subsanar los puntos débiles, maniobrar ante cualquier cambio repentino y redistribuir las tareas de sus hombres para hacerle frente, y estimular los debates internos de la comisión.

Después de los primeros escarceos, la partición de Palestina fue incluida en el orden del día.

Los árabes fueron a Lake Succes seguros del triunfo. Habían conseguido que el Estado musulmán del Afganistán y el reino feudal del Yemen fuesen admitidos como miembros de las Naciones Unidas, con lo cual el bloque de votos árabe-musulmanes de la Asamblea General ascendía a once. Once naciones que durante la Segunda Guerra Mundial habían permanecido calladas hasta el último momento, y entonces rompieron las hostilidades contra los germanos sólo para hacer méritos y poder ingresar en las Naciones Unidas. El Yishuv, que había contribuido tan espléndidamente en favor de la causa aliada, no tenía voto.

Los árabes utilizaban sus once votos para colgarlos como un cebo ante los ojos de los delegados de las naciones más pequeñas. A cambio de que éstos votaran contra la partición, ellos prometían el soborno de sus votos a los que aspiraban a alguno de los jugosos empleos en las N. U.

Por otra parte los árabes sacaban también partido de la guerra fría existente entre los dos colosos: los Estados Unidos y la Unión Soviética, sirviéndose hábilmente del uno para obtener concesiones del otro. Desde el principio se vio con toda claridad que

para que el proyecto de partición prosperase necesitaría el visto bueno de estas dos naciones. Hasta entonces Rusia y los Estados Unidos jamás habían apoyado ambas a la vez una misma proposición, y era poco probable que lo hiciesen ahora.

Para que el plan de partición saliese aprobado se necesitaba una mayoría que reuniese los dos tercios de los votos de la Asamblea. Por lo tanto el Yishuv necesitaba veintidós votos sólo para neutralizar los once del bloque árabe-musulmán. A partir de ahí, tenían que conseguir dos votos por cada uno que lograran los árabes. Matemáticamente hablando, estos últimos no necesitaban sino media docena más para dar al traste con la partición. Contando con el petróleo como elemento adicional para concertar tratos, les resultaba muy fácil conseguirlos.

La Prensa mundial no árabe solía pronunciarse en favor de la partición. Además Juan Smuts, de África del Sur, y Juan Masaryk, el gran liberal de Checoslovaquia, se habían puesto al frente de la línea de combate. Con los daneses, los noruegos y unos pocos más se podía contar hasta el fin. El sentimiento en pro de la partición era el predominante, pero la simpatía no bastaba para ganar la pelea.

De pronto los Cuatro Grandes, los poderosos, abandonaron al Yishuv.

Francia, que había apoyado descaradamente la inmigración ilegal, adoptó de súbito una actitud de cautela. El malestar cundía entre los árabes de las colonias francesas de Marruecos, Argelia y Túnez. Si Francia votaba por la partición, su voto podía ser el fulminante que provocase un estallido entre ellos.

A la Unión Soviética la movían unos motivos distintos. Hacía más de dos décadas que en Rusia el sionismo estaba fuera de la ley. Los rusos se hallaban empeñados en un programa destinado a suprimir el judaísmo por medio de un proceso abrasivo lento. Si bien sobre el papel garantizaban la libertad religiosa, en la realidad no había tal. No existía en Rusia Prensa judía, ni teatro, ni escuelas, ni vida de comunidad de los judíos. El número de sinagogas era muy limitado: en todo Moscú no había más que una. A ningún miembro de una sinagoga se le permitía ingresar en el Partido Comunista. Por estos medios esperaban los rusos poder eliminar el judaísmo del alma de las generaciones nuevas. Y como el sionismo y la partición de Palestina podían servir para recordar a los judíos rusos que eran judíos, los bolcheviques se opondrían a la partición. Y la Unión Soviética arrastraba tras de sí a todo el poderoso bloque eslavo.

Pero el contratiempo más descorazonador de todos se lo proporcionó al Yishuv la actitud adoptada por los Estados Unidos. El presidente, la Prensa y el pueblo, todos simpatizaban con la causa judía, pero la política internacional situaba a los Estados Unidos en una posición equívoca.

Apoyar la partición equivalía a quebrar la piedra angular del mundo occidental, rompiendo la solidaridad angloamericana. Gran Bretaña todavía dominaba el Oriente Medio; y la política exterior americana estaba ligada a la inglesa. Votar en pro de la

partición significaría desairar públicamente a la Gran Bretaña.

Otro factor más importante aún pesaba sobre los Estados Unidos. Si triunfaba la partición, los árabes amenazaban con desencadenar una guerra. Si estallaban las hostilidades las Naciones Unidas se verían en el caso de tener que imponer la paz por la fuerza, y la Unión Soviética o sus satélites podrían situar soldados en el Oriente Medio como parte integrante de una fuerza internacional. Esto les daba un miedo terrible a los americanos y era lo que les hacía repudiar la partición.

El golpe más severo lo asestó, de todos modos, la Gran Bretaña. Cuando llevaron el problema del mandato a las Naciones Unidas los británicos pensaban que el organismo internacional no encontraría una solución, por lo cual les rogaría a ellos que continuaran en Palestina. Entonces fue cuando entró en funciones la UNSCOP, fue allá, investigó y tomó una decisión que equivalía a censurar la labor de gobierno de los ingleses. Por lo demás el mundo entero se había enterado de que el ejército de cien mil hombres que tenían allí no había sabido someter a los arrojados judíos del Haganah, el Palmach, los Macabeos y la Aliyah Bet, lo cual era un terrible golpe para el prestigio británico.

Gran Bretaña había de conservar su posición dominante en el Medio Oriente, por lo cual tenía que salvar la faz ante los árabes desechando la partición. Inglaterra sacaba partido del miedo a la presencia de soldados rusos en el Oriente Medio anunciando que en agosto de 1948 retiraría su guarnición. Por añadidura, declaraba que no utilizaría las fuerzas que tenía en Palestina para imponer una decisión de las Naciones Unidas. Desconcertando de este modo a los Estados Unidos, Gran Bretaña inducía a los países de la Commonwealth a que se abstuvieran de votar y presionaba a todas las naciones pequeñas de Europa unidas a ella en el terreno de la economía.

El resto del cuadro aparecía igualmente negro para el Yishuv. Bélgica, Holanda y Luxemburgo se doblegaban a las imposiciones de los ingleses. Otros pequeños países con los cuales contaba el Yishuv empezaban a echarse atrás.

La posición de las naciones asiáticas era variable. Cambiaban de parecer e inclinaban sus votos ora en favor de uno ora en favor de otro a cada minuto que pasaba. Sin embargo, parecía que los asiáticos se pondrían de parte de los árabes como un gesto dirigido contra las potencias occidentales, expresándoles el odio que sentían hacia el imperialismo colonial y como prueba de que aceptaban la tesis árabe de que los judíos eran los representantes del Occidente en una parte del mundo donde no tenían nada que hacer.

Grecia tenía una profunda antipatía a los árabes, pero en Egipto vivían ciento cincuenta mil súbditos griegos. Y Egipto hizo saber con dolorosa claridad cuál sería el destino de aquélla minoría si los griegos votaban por la partición.

Etiopía no le tenía gran cariño a Egipto, pero estaba unida a él geográfica y económicamente.

Rómulo, de las Filipinas, se pronunciaba contra la partición.

Las naciones de la América del Centro y del Sur representaban un tercio de los cincuenta y siete votos de las Naciones Unidas. La mayoría de dichas naciones miraban el caso con completa indiferencia, eran neutrales. El Yishuv quería que Jerusalén fuese la capital del Estado judío; tenía la sensación de que sin Jerusalén un Estado judío sería lo mismo que un cuerpo sin corazón. Las naciones centro y sudamericanas eran predominantemente católicas. Y el Vaticano quería que Jerusalén fuese una ciudad internacional. Si el Yishuv hacía presión por conseguir Jerusalén se exponía a perder aquel importantísimo bloque de votos.

A pesar de todo, el Yishuv siguió trabajando, esperando que se produciría el milagro que tanto necesitaban. Durante los meses de setiembre y octubre, el doctor Weizmann y Barak Ben Canaan fueron el alma que sostenía a la delegación. Los frecuentes cambios de frente de las naciones amigas jamás les hicieron desesperar, jamás les precipitaron a cometer errores en la estrategia.

El arma más poderosa que poseía el Yishuv era la verdad. La verdad que la UNSCOP había encontrado en Palestina, o sea, que Palestina era un Estado gobernado tirana, policialmente; la verdad vista a través de la cortina de las mentiras árabes, de la incapacidad de los árabes por salir de la Edad Media ni en el terreno económico, ni en el político, ni en el social; la verdad aparente y clara en las ciudades judías, nacidas de entre la arena, y en los campos judíos, surgidos de la desolación; la verdad de la industria y la ingeniosidad; la verdad —implícita en los campos de desplazados— del imperativo humano del caso judío.

Granados, de Guatemala; Lester Pearson, del Canadá; Evatt, de Australia; Masary, de Checoslovaquia; Smuts, de África del Sur; Fabregat, del Uruguay y un buen grupo de figuras de me nos relieve representando a las naciones pequeñas no permitirían que la verdad muriese en Flushing Meadow.

Por fin, en el mes de noviembre de 1947, empezó a producirse «El Milagro de Lake Succes».

Primero vio la luz una declaración, expresada en términos cautísimos, de los Estados Unidos apoyando el «principio» de la partición.

Luego vino una decisión que estremeció al mundo. Después de más de dos décadas de tener al sionismo fuera de la ley, la Unión Soviética realizó uno de sus asombrosos cambios de frente y se declaró en pro de la partición. La noticia se dio a la publicidad después de un conciliábulo secreto del bloque eslavo, y Vichinsky discurseó en apasionados tonos sobre los ríos de sangre judía derramada y sobre la justicia de crear una Patria judía.

Detrás de su máscara de humanitarismo los rusos habían realizado una astuta maniobra política. En primer lugar, desconfiaban abiertamente de los árabes. Comprendían, además, que toda la cólera árabe no era sino un recurso verbal, y que

Rusia podía votar hoy por la partición y mañana sobornar a todos los árabes que hiciera falta. Entretanto la estrategia soviética se dirigía a marcar a Inglaterra con el estigma de nación tiránica, al mismo tiempo que daba un paso que quizá le abriese a Rusia la posibilidad de poner pie en el Oriente Medio. Rusia sabía que votando por la partición obligaba a los Estados Unidos a seguir el ejemplo, si no querían perder ante el mundo la fama de amigos de la justicia. Lo cual, por añadidura, tendría la virtud de provocar una grieta en la solidaridad anglo-americana. Finalmente, la Unión Soviética procedía así con el afán de conquistar un gran prestigio mediante su «humanitaria» declaración. Y de este modo, sin pretenderlo, el Yishuv encontró en su cama a un extraño compañero.

Mientras las dos grandes potencias mundiales publicaban sus declaraciones, cuidadosamente formuladas, los pasillos de las Naciones Unidas se poblaban de rumores que maduraban hora por hora.

Aquella partida colosal de ajedrez seguía su curso. Granados y Pearson se constituyeron en las figuras clave de los dramáticos momentos. Después de muchas gestiones consiguieron el portentoso resultado de concertar una reunión entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, los cuales salieron de la conferencia publicando una electrizante declaración conjunta que apoyaba abiertamente la tesis de la partición.

Los árabes se lanzaron a una última trinchera, pretendiendo impedir que la resolución llegase a la Asamblea General. Pronto se vio claro que tendría lugar una votación que sería como una piedra de toque. Para llevar el asunto a la Asamblea General sólo se precisaba el voto de la mayoría, pero aquel voto indicaría la fuerza de cada uno de los bandos. La votación tuvo lugar y la resolución pasó a la Asamblea General…, pero el techo amenazaba desplomarse sobre el Yishuv. El recuento arrojó veinticinco votos a favor, trece en contra, diecisiete abstenciones y dos ausencias. Si en la votación última del proyecto se conservaba la misma proporción, el Yishuv no lograría los dos tercios que necesitaba. Francia, Bélgica, Luxemburgo, Holanda y Nueva Zelanda se habían abstenido. Paraguay y las Filipinas estuvieron ausentes.

Los árabes vieron que muchos votos «seguros» en favor de la partición habían abandonado a los judíos y que éstos no lograban el número necesario. Confiando que todavía conseguirían uno o dos más para su postura, cambiaron entonces de táctica y presionaron para que la Asamblea General debatiera el problema cuanto antes.

*MIÉRCOLES, 27 DE NOVIEMBRE DE 1947*

Las discusiones finales se sucedían con furia. La delegación del Yishuv se sentaba en el sitio que le habían asignado en la Asamblea; todos sus miembros tenían el aire del condenado que aguardaba al verdugo. La sacudida de la votación de sondeo les

había quebrantado hasta lo más íntimo. Mientras proseguían las discusiones, las perspectivas se ponían más negras a cada hora que pasaba.

Grecia, que se esperaba que por su amistad con los Estados Unidos se abstendría, declaróse abiertamente contra la partición, temiendo las represalias de los egipcios contra los súbditos griegos.

Las Filipinas, que se esperaba que siguiesen a los Estadas Unidos, se pronunciaron en contra otra vez.

Haití se encontró de pronto sin instrucciones. Liberia se refugió al otro lado de la valla y Siam se lanzó en brazos de los árabes.

Para los judíos fue el «Miércoles Negro».

A medida que avanzaba el día los amigos del Yishuv emplearon cada vez más la táctica desesperada de consumir tiempo hablando a fin de que no lo hubiera para votar. El día siguiente era el Día de Acción de Gracias americano, y sería festivo. Con ello dispondrían de veinticuatro horas más para ir a la caza de los votos requeridos. El derroche oratorio continuó pues hasta que se aplazó la sesión.

La delegación del Yishuv se reunió sin pérdida de tiempo en conciliábulo. Todo el mundo hablaba a la vez.

—¡Silencio! —rugió Barak Ben Canaan—. Tenemos veinticuatro horas de tiempo. No nos dejemos llevar por el pánico.

El doctor Weizmann entró muy excitado en el cuarto.

—Acabo de recibir un mensaje de París comunicándome que León Blum está intercediendo personalmente a fin de conseguir el voto de Francia. En París la opinión en favor de la partición se extiende como una avalancha.

Era una buena noticia, porque el antiguo primer ministro judío de Francia seguía poseyendo una fuerza considerable.

—¿No podríamos acudir a los Estados Unidos para que metieran a Grecia y a las Filipinas en cintura?

El delegado que estaba en contacto con los americanos movió la cabeza negativamente.

—Truman ha dado órdenes tajantes en el sentido de que los Estados Unidos no presionarán a ninguna delegación. Y no habrá quien los saque de esta actitud.

—¡Vaya momento para volverse honorables!

Sonó el teléfono. Weizmann cogió el receptor.

—Bien…, bien… —decía. Luego, tapando el micrófono con la mano, explicó a sus compañeros—: Es Samuel que habla desde el centro de la ciudad… Bien, *Shalom*… —Y dejó el aparato—. Los etíopes han decidido abstenerse —anunció.

Bajo la presión de Egipto, su vecino, se esperaba que Etiopía votase contra la partición. La decisión de abstenerse demostraba un valor enorme por parte de Haile Selassie.

Un periodista vecino de la delegación del Yishuv llamó a la puerta y entró.

—He creído que a ustedes, señores, les gustaría saber que en Siam ha habido una revolución y el delegado siamés ha sido desautorizado.

Un alarido de gozo celebró la pérdida de otro voto que habían sufrido los árabes.

Barak hizo un rápido recuento mental de las naciones representadas —se las sabía de memoria— y calculó los votos para uno y otro bando.

—Pues, si Haití y Liberia se pronuncian por nosotros y no® da su voto Francia, y no perdemos ni un centímetro, acaso salgamos victoriosos, pero con muchas penas.

La ventaja era demasiado insignificante para sentirse satisfechos. Con aire preocupado y voz nerviosa se distribuyeron las tareas finales. A tales alturas no se podían permitir el lujo de perder ni un solo voto.

Llamaron a la puerta y entró el campeón de su causa, Granados, de Guatemala. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—El presidente de Chile ha enviado instrucciones personales a su delegación ordenando que se abstengan. La delegación ha dimitido en señal de protesta.

—¡Imposible! —gritó el doctor Weizmann—. El presidente lo es también honorario de los sionistas chilenos.

La descarnada realidad, la falta de esperanza que ofrecía la situación les dejó abatidos a todos. ¿Quién sabía las presiones a que se había visto sometido el presidente de Chile? ¿Quién sabía qué tuercas entrarían en acción durante las veinticuatro horas siguientes?

*VIERNES, 29 DE NOVIEMBRE DE 1947*

El mazo golpeó la mesa. La Asamblea General de las Naciones Unidas abrió la sesión.

—Las naciones representantes votarán nominalmente sobre la propuesta de partición. Para que ésta prospere se necesita una mayoría de dos tercios. Los delegados contestarán de una de estas tres formas: a favor, en contra, o se abstiene.

Un silencio solemne descendió sobre la sala.

—Afganistán.

—Afganistán vota en contra.

El Yishuv había perdido el primer voto. Barak tomó nota en un cuaderno.

—Argentina.

—El Gobierno de la Argentina desea abstenerse.

—Hemos de limitar las abstenciones —susurró Barak—; pueden hundirnos.

—Australia.

Todo el mundo estiró el cuello mientras Evatt se disponía a pronunciar el primer voto de una nación de la Commonwealth británica.

—Australia vota en favor de la partición.

Se levantó un murmullo de especulaciones. Weizmann se acercó al oído de Barak.

—¿Cree posible una pauta general en la Commonwealth?

—Tendremos que ir contando sus votos a medida que se produzcan… No podemos adelantar opiniones.

—Bélgica.

—Bélgica vota por la partición.

—Brasil.

—Brasil se pronuncia por la partición.

Las naciones sudamericanas se presentaban unidas. Ahora, a la llamada siguiente se publicaría un voto de importancia vital. Si la Unión Soviética escondía algún engaño en la bocamanga, el mundo lo sabría en seguida, porque la nación que iban a llamar era Rusia Blanca.

—Bielorrusia.

—La Rusia Blanca vota en favor de la partición.

Los judíos exhalaron al unísono un suspiro de alivio. El bloque eslavo seguiría en masa. La perspectiva era brillante.

—Canadá.

Lester Pearson se puso en pie y dijo con voz firme:

—El Canadá vota en favor de la partición.

La segunda de las naciones de la Commonwealth se había pronunciado en contra de la Gran Bretaña.

—Chile.

Otro delegado se levantó en lugar del jefe de la delegación, el cual había resignado su cargo como protesta por la orden de abstenerse.

—Chile ha recibido orden de abstenerse —dijo muy despacio.

—China.

China, que estaba haciendo piruetas para convertirse en la potencia hegemónica de Asia, temía indisponerse con los musulmanes de la India y el Pakistán.

—China se abstiene.

Fue un golpe serio para el Yishuv.

—Costa Rica.

El delegado de Costa Rica había recibido la visita de los árabes, quienes intentaron sobornarle prometiendo ayudarle a conseguir un importante cargo dentro de las Naciones Unidas. Al votar se puso en pie, mirando a la delegación egipcia.

—Costa Rica vota en favor de la partición.

El hombre que no se había dejado comprar se sentó son riendo.

—Cuba.

—Cuba vota contra la partición.

Éste fue un golpe completamente inesperado para el Yishuv.

—Checoslovaquia.

—Checoslovaquia vota en favor de la partición —respondió Juan Masaryk.

—Dinamarca se pronuncia por la partición.

—La República Dominicana se pronuncia por la partición.

—Egipto.

—¡Egipto vota en contra y no se considerará obligado por este atropello!

El mazo volvió a golpear la mesa y el orden, alterado por el colérico desplante de Egipto, retornó poco a poco.

—Ecuador.

—Ecuador vota en favor.

—Etiopía… se abstiene.

¡Fue una bomba! Las caras de todos los delegados árabes se volvieron para mirar al etíope con expresión de pasmo. El delegado sirio movió el puño con aire amenazador.

—Francia.

El primero de los cuatro grandes, la renuente Francia había de pronunciarse. Una abstención podía resultar desastrosa para el Yishuv, viniendo de aquella parte. ¿Habían conseguido imponerse Blum y el pueblo francés?

Parodi se puso en pie con gesto calmoso y anunció con voz vibrante de satisfacción:

—La República francesa vota en favor de la partición.

Se levantó un murmullo expectante. ¡Era la primera señal de que la gente se había dado cuenta de que el milagro podía convertirse en una realidad!

—Guatemala.

Granados, el campeón de la partición, tomó la palabra.

—A favor —dijo.

—Grecia.

—Grecia vota contra la partición.

En el último momento los griegos se habían doblegado al chantaje egipcio.

—Haití.

Haití era un voto clave que dos días atrás se había quedado de pronto sin instrucciones.

—El Gobierno de Haití acaba de enviar instrucciones para que esta delegación vote en favor de la partición.

—Honduras.

—Honduras desea abstenerse.

—Islandia.

—Islandia vota por la partición.

La república más antigua del mundo laboraba por el advenimiento de la más joven.

—India.

—La India vota contra la partición.

—Irán.

—Irán vota en contra.

—Irak.

—¡Irak vota en contra, y jamás reconoceremos a los judíos! El día de hoy dará origen a nuevos derramamientos de sangre. ¡Votamos en contra!

—Líbano.

—El Líbano vota contra la partición —dijo Malik.

—¿Cómo están los votos? —le preguntó Weizmann a Barak.

—Quince a favor, ocho en contra y siete abstenciones.

No era un resultado demasiado alentador. Hasta el momento a los judíos les faltaba un voto para alcanzar los dos tercios, y las paralizantes abstenciones alcanzaban un nivel demasiado alto.

—¿Qué le parece, Barak?

—Lo sabremos cuando les llegue el turno a los tres Estados sudamericanos que faltan.

—Creo que ya podríamos empezar a ganar ventaja. Hemos llegado casi a la mitad de la lista y no demostramos demasiada fuerza —comentó Weizmann.

—Liberia.

—Liberia vota por la partición.

—Luxemburgo.

Otro pequeño país oprimido dentro de la esfera económica Inglesa.

—Luxemburgo vota a favor de la partición.

Los británicos habían recibido otra repulsa. Ahora el Yishuv superaba en un voto los dos tercios.

—Méjico.

—Méjico se abstiene.

La delegación entera del Yishuv sintió decaer su ánimo.

—Holanda.

—Holanda vota a favor.

—Nueva Zelanda.

—Nueva Zelanda vota a favor.

—Nicaragua… a favor.

—Noruega… a favor.

—Paraguay.

—El Paraguay acaba de recibir instrucciones ordenando que no se abstenga…

sino que vote a favor de la partición.

—Perú.

—El Perú se pronuncia por la partición.

—Filipinas.

El mundo se quedó quieto y sin aliento un minuto largo. Rómulo había sido llamado a su país y no estaba en Flushing Meadow. El substituto se puso en pie.

—¡Las Filipinas votan por la partición!

¡La sorpresa se tradujo en un rugido atronador! Los miembros de la delegación judía se miraban unos a otros con expresión de pasmo.

—Santo Dios —dijo Barak—, creo que lo hemos conseguido.

—Polonia.

—Polonia vota en favor de la partición.

Los judíos empezaban a ganar ventaja. Polonia había pagado una pequeña indemnización por los años de persecuciones.

Siam no estaba representado.

—Arabia Saudí.

El árabe vestido de blanco que la representaba se puso a gritar contra la partición con una voz saturada de odio.

—Suecia.

—Suecia está por la partición.

Ahora los árabes se encontraban de espaldas a la pared, acogiéndose a su último refugio.

—¡Siria, contra!

—Turquía vota contra la partición.

Barak dio una ojeada a la lista de votos emitidos. A los árabes les quedaba todavía un aliento de vida. Ahora tenían doce votos y todavía podían dar otro como seguro. Un simple cambio de última hora que se produjese podía desbaratarlo todo.

—Ucrania.

—A favor.

—Unión Sudafricana.

—A favor.

—Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Vichinsky se puso en pie.

—La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas vota a favor de la partición.

—Reino Unido de la Gran Bretaña.

La sala quedó en silencio. El delegado británico se levantó y dirigió una mirada por toda la estancia. Estaba lívido. En aquel momento de prueba se encontraba solo. Las naciones de la Commonwealth le habían abandonado. Francia le había abandonado. Los Estados Unidos de América le habían abandonado.

—El Gobierno de Su Majestad desea abstenerse —dijo con voz entrecortada.

—Estados Unidos de América.

—Los Estados Unidos de América votan por la partición.

Había terminado la consulta. Apenas depositado el último voto, los periodistas se lanzaron hacia los teléfonos para esparcir la noticia por todo el mundo. El Yemen dio a los árabes su voto decimotercero. Yugoslavia se abstuvo en deferencia a su numerosa minoría musulmana. El profesor Fabregat, del Uruguay, y el delegado de Venezuela dieron los votos vigesimosegundo y vigesimotercero respectivamente, favorable al plan de partición.

En Tel Aviv la algazara que se armó no tuvo límites.

En último análisis los judíos habían conseguido una victoria aplastante. Los árabes habían obtenido trece votos, pero once de ellos pertenecían a naciones de su raza o, al menos, de su religión. El decimosegundo lo habían arrancado a Grecia mediante coacciones. El decimotercero, Cuba, representaba la única nación de toda la faz de la tierra a la que los árabes habían podido convencer por la sola fuerza de los argumentos.

Los hombres que habían ganado la batalla en Flushing Meadow y presenciado la realización del milagro eran realistas. Los judíos de Tel Aviv sólo se entregaron al alborozo en el primer momento. Ben Gurión y los demás dirigentes del Yishuv sabían que habría de producirse un milagro mucho mayor para que el Estado judío consiguiera la independencia. Porque en los labios de los árabes estallaba como un trueno el grito de:

—¡Muera Judea!

## CAPÍTULO II

KUWATLI, PRESIDENTE DE SIRIA: ¡*Viviremos o moriremos con Palestina*!

«AL KULTA», PERIÓDICO DE EL CAIRO: *Quinientos mil iraquíes se preparan para esta guerra santa. Ciento cincuenta mil sirios se lanzarán contra las fronteras de Palestina y el poderoso ejército egipcio arrojará a los judíos al mar si se atreven a proclamar su Estado*.

JAMIL MARDAM, PRIMER MINISTRO DE SIRIA: *Dejad ya de hablar, mis hermanos musulmanes. Levantaos y barred la plaga judía*.

IBN SAUD, REY DE LA ARABIA SAUDÍ: *Los árabes somos cincuenta millones. ¿Qué importa si perdemos diez millones matando a todos los judíos? La recompensa vale tal sacrificio*.

SELEH HARB PASHA, DE LA JUVENTUD MUSULMANA: *¡Desenvainad las espadas contra los judíos! ¡Mueran todos ellos! ¡La victoria es nuestra!*.

SHEIK HASSAN AL BANNAH, DE LA HERMANDAD MUSULMANA: *¡Todos los árabes deben levantarse y aniquilar a los judíos! Hemos de llenar el mar con sus cadáveres*.

AKRAM YAUYTAR, PORTAVOZ DEL MUFTÍ: *Cincuenta millones de árabes lucharán hasta la última gota de sangre*.

HAJ AMIN EL HUSSEINI, MUFTÍ DE JERUSALÉN: *¡Hermanos musulmanes, yo declaro la guerra santa! ¡Matad a los judíos! Matadlos a todos*.

AZZAM PASHA, SECRETARIO GENERAL DE LA LIGA ÁRABE: *Ésta será una guerra de exterminio, una carnicería fenomenal, de la cual se hablará en el futuro como de las de los mongoles*.

Otros dirigentes árabes, así como la Prensa y la radio de todo el mundo musulmán, se expresaban en términos igualmente adecuados como respuesta a la partición de Palestina decidida en las Naciones Unidas.

El primero de diciembre de 1947, un día después de tener lugar la votación en las Naciones Unidas, el doctor Khalidi, del Comité Superior Árabe en Palestina, decretó una huelga general en el transcurso de la cual inflamadas turbas provocaron terribles desórdenes, cruzando hacia el centro comercial judío de Jerusalén donde lo quemaron y lo saquearon todo en presencia de las tropas inglesas, que no movieron pie ni mano

para evitarlo.

En Aleppo, en Aden y por todo el mundo musulmán, otras turbas, excitadas por sus jefes, penetraron en los *ghettos* judíos con el corazón dispuesto al asesinato, las violaciones y el pillaje.

En lugar de reunir una fuerza internacional de policía que llenase la solución de continuidad, las Naciones Unidas se atascaron en la formación de comisiones y en una serie interminable de conversaciones. El organismo internacional parecía dispuesto a imaginarse que sería posible imponer la partición sin empuñar ni un solo fusil.

Los judíos eran más realistas. Su futuro Estado disponía ya de una base legal inalterable, pero si intentaban proclamarlo cuando los ingleses se hubieran marchado, tendrían que enfrentarse solos con las hordas árabes.

Medio millón de personas mal armadas, ¿podría contener el alud de cincuenta millones de árabes enloquecidos de odio? Y no sólo tendrían que hacer frente a los árabes del interior de Palestina, en una lucha en la que se verían acosados desde cien puntos distintos, sino también a los ejércitos regulares de las naciones vecinas.

Chaim Weizmann se puso a organizar los grupos sionistas de todo el mundo para que emprendieran campañas de recogida de fondos con objeto de comprar armas.

Barak Ben Canaan se quedó en Lake Succes como jefe de la delegación del Yishuv, para discutir los detalles de la partición y buscar quien les proporcionase armas.

El gran interrogante fue entonces: «¿Proclamarán su independencia los judíos?».

Los árabes no pensaban aguardar hasta mayo para saberlo. Si bien no movilizaron sus ejércitos regulares, se pusieron en seguida a reclutar varios «Ejércitos de Liberación» formados por supuestos voluntarios y entraron montañas de armas para sus hermanos de Palestina.

Haj Amin el Husseini, el agente nazi, había puesto manos a la obra, fijando su cuartel general en Damasco. Había quien cuidaba de extraer dinero a todos los árabes del Oriente Medio para los «voluntarios» de Palestina. Kawukji, el maleante que estuvo a las órdenes del Muftí en las revueltas de 1936-1939, recibió otra vez el nombramiento de «generalísimo». Kawukji había tenido que huir del Irak cuando se descubrió la parte que había tomado en el golpe destinado a entregar el país a los alemanes y había pasado la guerra en Alemania, donde adquirió una esposa. Lo mismo que al Muftí, los ingleses le habían perdonado y no había tenido que presentarse ante el Tribunal que lo habría juzgado por crímenes de guerra.

Los agentes de Kawukji arrebañaron los bajos fondos de Damasco, Beirut y Bagdad, reclutando la hez de la tierra: ladrones, asesinos, bandidos, contrabandistas de drogas y tratantes de blancas, a los cuales bautizaron pintorescamente con la denominación de «Fuerzas del Yarmuk», sacada de una batalla que los árabes hablan

ganado siglos atrás. Aquellos «voluntarios» de Kawukji fueron entrenados por oficiales del ejército sirio, también «voluntarios». Casi inmediatamente las fuerzas de Kawukji empezaron a cruzar con mucho sigilo las fronteras de Siria, el Líbano y Jordania, internándose en las poblaciones árabes de Palestina. La base principal quedó establecida en Nablus, en un sector de Samaria predominantemente árabe, al norte de Jerusalén.

Entretanto los judíos continuaban sin saber cómo procurarse armas. Los ingleses seguían bloqueando la costa palestina, e incluso se negaban a dejar entrar inmigrantes de los campos de detención de Caraolos, donde los agentes de la Aliyah Bet estaban acelerando la instrucción militar de los internados.

Los delegados del Yishuv revolvían el mundo entero desesperadamente en busca de armas.

Entonces se publicó la calamitosa noticia de que los Estados Unidos habían declarado «en cuarentena» a los dos bandos, decretando un *boicot* de armamentos para todo el Oriente Medio. Aquel *boicot* fue en realidad un factor favorable a los árabes, los cuales conseguían cuantas armas deseaban.

Al perfilar el orden de batalla el Yishuv Central se vio ante el hecho irrebatible de que no disponía sino de los cuatro mil combatientes del Palmach completamente armados e instruidos. Los Macabeos podían reunir otro millar de hombres, pero sólo se podía contar con ellos para una cooperación limitada.

Sin embargo, Avidan se beneficiaba de algunos factores. Tenía en el Haganah varios millares de hombres de reserva, entrenados en el combate durante la Segunda Guerra Mundial. Tenía un sistema de defensa de las colonias y establecimientos judíos organizado a lo largo de veinte años, y disponía de un excelente servicio de información. Como factores opuestos, hay que citar que los árabes poseían una superioridad espantosa en hombres y material, aumentada continuamente por infiltraciones de las tropas regulares, sedientas de sangre, de Kawukji. Además, los árabes contaban con por lo menos un excelente jefe militar: Abdul Kadar, primo del Muftí.

Y por si los judíos no tuvieran bastantes frentes a los que acudir, quedaba el factor adicional de los ingleses. Whitehall confiaba en que el Yishuv iría a pedirle socorro, abandonando la idea de la partición y suplicando que los ingleses continuaran en su suelo. Pero los judíos no estaban dispuestos a pagar el auxilio a tan alto precio.

En teoría, al retirarse, los ingleses habían de entregar los fuertes de la línea Taggart a aquél de los dos bandos que tuviera una población más numerosa en el sector donde estuviera emplazado cada fuerte. Pero mientras iban retirándose de un sector tras otro, el comandante inglés entregaba a menudo aquellos puntos clave a los árabes hasta en los casos en que correspondían a los judíos.

En las filas de las «Fuerzas del Yarmuk» y en otras organizaciones de

«voluntarios para la guerra de liberación» empezaron a aparecer antiguos soldados nazis. Entonces los judíos decretaron la movilización general, y el Haganah salió plenamente a la luz del día por primera vez desde su existencia.

No tardaron mucho en dejarse oír los primeros tiros. En el Valle de Huleh los moradores árabes, acompañados de tropas irregulares, dispararon contra los establecimientos comunales de Ein Zeitim, Biriya y Ami Ad, pero aquellos ataques apenas pasaban de ligeras manifestaciones de hostilidad y fueron rechazados.

La actividad aumentaba todos los días. En las carreteras continuas emboscadas ponían en gran peligro el transporte, cuerda vital de los judíos, especialmente en las cercanías o por el interior de una población árabe.

En las ciudades tenían lugar acciones más violentas todavía. En Jerusalén los estallidos de las bombas poblaban el aire de cascotes voladores. Los árabes disparaban desde las sagradas murallas de la Ciudad Vieja; la ciudad estaba dividida en zonas de batalla y si alguno pasaba de una a otra era con riesgo de su vida. En las calles que ponían en comunicación Tel Aviv con Jaffa aparecieron parapetos y barricadas.

En Haifa tuvo lugar el peor incidente ocurrido hasta el momento. En respuesta a los asaltos de los Macabeos los árabes irrumpieron en la refinería donde trabajaban hermanos suyos junto con judíos, y más de cincuenta de éstos murieron en la acción.

Abdul Kadar supo organizar a los árabes de una forma que Kawukji y Safwat, en el norte, no conseguían. Kadar, operando en los alrededores de Jerusalén, trazó un plan magistral basado en el hecho de dar por sabido que ni los árabes palestinos ni las tropas irregulares poseían la organización ni la pericia necesarias para sostener un ataque prolongado. Comprendía también que los judíos resistirían desesperadamente en todos sus asentamientos, haciendo derramar mucha sangre a los árabes. Y él necesitaba precisamente victorias fáciles para dar ánimo a los suyos. De ahí que fundara su actuación sobre una doble táctica. En primer lugar, aislaría a las comunidades judías y las tendría sitiadas hasta que muriesen de hambre. En segundo lugar desencadenaría una serie de golpes de mano contra el transporte, según el procedimiento de atacar y huir en seguida.

La estrategia de Kadar resultó efectiva. Los árabes gozaban de libertad de movimientos, mientras que los judíos se veían obligados a defender posiciones fijas. Cada día aumentaba el número de los asentamientos judíos que quedaban sitiados.

Entonces Abdul Kadar centró sus esfuerzos en Jerusalén. La carretera de Jerusalén a Tel Aviv corría por entre las peligrosas montañas de Judea y en su trayecto encontraba diversos poblados árabes, algunos de los cuales dominaban alturas de gran valor estratégico. Kadar pretendía dejar aislados y rendir por hombre a los cien mil judíos de la Jerusalén nueva. Aquello sería un golpe de muerte para el Yishuv.

Para neutralizar su acción, el Yishuv empleaba coches blindados provisionales que protegiesen convoyes formados por mayor número de vehículos. Sin embargo, tales convoyes resultaban muy vulnerables, y la carretera de Jerusalén pronto quedó flanqueada de vehículos destrozados. En el interior de la ciudad empezaron a escasear las provisiones, la gente tenía que trasladarse de un lado a otro en autobuses blindados y las balas de fusil llegaban hasta los lugares de juego de los niños.

Con la fuerza de los árabes creciendo día por día tanto en armas como en tropas irregulares, y viendo que no se presentaba ningún alivio en perspectiva para los judíos, Abdul Kadar se contentaba jugando a la espera durante el invierno, diciéndose que en primavera iría desmochando uno por uno los asentamientos, muertos de hambre y de trío.

Los dirigentes del Yishuv se dirigieron a los ingleses para pedirles que patrullaran por la carretera Jerusalén-Tel Aviv, fundándose en el argumento de que era inhumano matar de hambre a una población civil. Los ingleses se negaron.

En aquel primer gambito, la rápida acción de los árabes, dirigidos por un jefe inteligente, puso a los judíos en inferioridad. El Haganah cursó la orden de que cada *kibbutz* y cada *moshav* se convirtiesen en un Tobruk en miniatura. Los judíos habían comprado su tierra con sangre y si los árabes querían arrebatársela, también con sangre tendrían que pagarla.

La batalla de las carreteras abrió la primera fase de la guerra. La decisión de proclamar o no la independencia continuaba en el platillo de la balanza.

Ari Ben Canaan se recobraba muy lentamente de su herida. Ello le creaba un problema al jefe máximo, Avidan, que quería darle el mando de una de las tres brigadas del Palmach. Eran éstas la Brigada Hamita —la «Punta de lanza»— que cubría la Galilea, los Montañeros de Judea, y, en el sur, los Ratones del Desierto.

Los mandos del Palmach, desde comandantes de brigada para abajo, eran jóvenes de menos de treinta años, a menudo bastante tercos, que se consideraban a sí mismos un cuerpo escogido. La columna vertebral de aquel minúsculo ejército la formaban muchachos de ambos sexos de los *kibbutzim*, acostumbrados a la vida comunal, que practicaban incluso en el terreno militar. A menudo se sentían contrarios a la política del Yishuv Central y con bastante frecuencia aceptaban sin entusiasmo la autoridad del Haganah.

Ari Ben Canaan tenía una experiencia superior a sus años. Comprendía la necesidad de una estrategia de conjunto, de obedecer en cada caso las órdenes de los superiores, en lugar de librar una colección de guerras particulares. Por su sumisión a la autoridad, nacida de la conciencia de formar parte de un equipo, Ari sería el comandante ideal para una brigada del Palmach. Pero todavía no estaba lo bastante fuerte para cargar tamaño peso sobre sus hombros. Cada brigada había de cubrir un extenso sector de accidentado terreno. El Palmach vivía en condiciones

extremadamente duras. Y la pierna de Ari todavía estaba demasiado débil.

Ante ello, Avidan le nombró comandante de uno de los puntos vitales de Palestina; su propio Valle de Huleh. Su mando se extendía desde el extremo norte del Mar de Galilea, incluyendo Safed, y continuaba valle arriba por una franja de terreno que formaba como un enorme dedo limitado por las fronteras de Siria y el Líbano. Ligeramente al sur, otro país árabe, Transjordania, lo limitaba por el río Yarmuk.

El sector de Ari era uno de los puntos principales de entrada de las tropas irregulares de Kawukji. Si estallaba abiertamente la guerra y los ejércitos árabes invadían Palestina, el Valle de Huleh constituiría ciertamente uno de los primeros objetivos. Los árabes intentarían reunir allí sus fuerzas de ataque. Y si tomaban el Valle lo utilizarían como base desde la cual capturar toda la Galilea y dividir a los judíos en dos grupos, cortando entre Haifa y Tel Aviv.

En aquel sector había una docena o más de *kibbutzim* establecidos ya de mucho tiempo, unos cuantos *moshavs*, incluyendo su propio Yad El y algunas poblaciones cuyos rudos labradores sabrían atender debidamente a los irregulares y a los árabes palestinos. Los establecimientos del fondo del valle estaban demasiado cerca unos de otros para que los árabes pudieran recurrir sin dificultad a sus tácticas de aislarlos y sitiarlos.

Los montes de la frontera del Líbano presentaban otro problema. Allí el punto clave era Fort Ester. Según el acuerdo con los ingleses, Fort Ester había de pasar a manos de los judíos por ser ellos los que habitaban en mayor número el Huleh Con Fort Ester en manos del Haganah, Ari dominaría fácilmente la frontera.

Ari había establecido su cuartel general en Ein Or —la Fuente de Luz—, el *kibbutz* en cuya fundación había colaborado su tío Akiva. Tenía a sus órdenes unos centenares de soldados de la Brigada Punta de Lanza, y a David, Zev Gilboa y Joab Yarkoni como ayudantes. El Haganah contaba con una sólida organización en cada uno de aquellos asentamientos: todos sus habitantes se habían alistado y poseían una instrucción perfecta.

Su gran problema era el mismo que el de todos los judíos de Palestina: la falta de armas. Los comandantes de los diversos establecimientos le molestaban todos los días pidiéndole fusiles. Él no tenía ninguno; Avidan tampoco tenía ninguno.

En el sector dependiente de Ari había dos puntos débiles que saltaban a la vista: Gan Dafna y Safed. Ari creía que cuando le entregasen Fort Ester estaría en condiciones de proteger a los chiquillos de Gan Dafna. Y mientras la carretera que pasaba por Abu Yesha yendo al poblado de los chiquillos permaneciese abierta, no amenazaría ningún peligro serio.

Safed era un verdadero quebradero de cabeza. Ningún comandante de Palestina tenía otro mayor. Cuando los judíos tomaron la decisión de retener todos los asentamientos costase lo que costase, hicieron unas cuantas excepciones

considerando algunos puntos concretos como insostenibles. Safed fue uno de ellos.

Aquella ciudad era una isla perdida en medio de un mar de cuarenta mil árabes repartidos por los poblados que la rodeaban. Dentro de Safed el número de musulmanes doblaba el de judíos y la mayoría de éstos eran cabalistas que no sabían nada de luchas ni combates. En resumen, dentro de Safed el Haganah no disponía sino de un par de centenares de hombres capacitados para luchar y enfrentarse con más de dos mil árabes e irregulares.

El Muftí había escogido a Safed como uno de sus primeros objetivos, introduciendo allí a varios centenares de hombres armados que no esperaban sino la retirada de los ingleses.

Desde el punto de vista de la estrategia interior, los judíos se encontraban en una situación todavía más adversa. Los tres puntos clave de la ciudad estarían en manos de sus enemigos: la comisaría de policía, situada exactamente encima del sector judío, la acrópolis, en la parte más alta de la ciudad, y el fuerte Taggart en Monte Canaan, todo sería entregado a los árabes.

En armas los árabes tenían las suficientes para hacer la guerra meses enteros. Los judíos tenían cuarenta fusiles, cuarenta y dos «Sten» de fabricación casera, una ametralladora y un mortero, además de unos centenares de bombas también de fabricación casera. Brevemente, podían armar menos de cien hombres.

Safed parecía tan indefensible que hasta los mismos ingleses pidieron a Ari que les permitiera evacuar a los judíos.

Remez, el propietario del hotel y comandante del Haganah, paseaba de uno a otro lado por delante de la mesa de Ari. Sentado calladamente en un ángulo, Sutherland iba chupando un cigarro puro.

—¿Qué? —preguntó Ari por fin.

Remez se apoyó en la mesa.

—Queremos quedarnos en Safed, Ari. Queremos combatir hasta el último hombre. Hemos tomado este acuerdo.

—Bien. Me alegro.

—Denos más armas.

Ari se puso en pie de un salto, muy enojado.

—Usted, Sutherland, dirija sus oraciones a Cristo; usted, Remez, récele a Confucio, y yo imploraré el favor de Alá. Quizá lluevan los rifles sobre nosotros como el maná del cielo.

—¿Tienen confianza en el mayor Hawks? —preguntó Sutherland, refiriéndose al comandante británico del sector.

—Hawks ha sido siempre un buen amigo nuestro —contestó Ari.

—Pues bien, en este caso —repuso Sutherland—, quizá sería conveniente que escuchasen sus consejos. Si ustedes evacuan Safed, él garantiza que los ingleses les

protegerán. En caso contrario lo que les garantiza es que en cuanto haya retirado sus tropas habrá una carnicería espantosa.

Ari exhaló un largo suspiro.

—¿No le ha dicho cuándo se marcharán?

—No; todavía no lo sabe.

—Mientras Hawks permanezca en Safed podemos estar relativamente tranquilos. Quizá la situación tome un aspecto mejor antes de su partida.

—Hawks quizá tenga el corazón en donde debe tenerlo, pero sus propios comandantes le atan las manos —comentó Sutherland.

—Los árabes han empezado a hostilizarnos ya y atacan nuestros convoyes —anunció Remez.

—¿Sí? ¿Y van a huir ustedes al primer tiro?

Remez le miró cara a cara.

—Ari —le dijo—, yo nací en Safed. He vivido allí toda mi vida. Todavía hoy creo recordar la cantilena de los barrios árabes tal como la oíamos en 1929. Entonces no supimos lo que significaba hasta que vimos aquellas turbas enloquecidas irrumpiendo en nuestro sector. Eran amigos nuestros…, pero estaban dementes. Veo aún a los pobres cabalistas arrastrados a la calle para cortarles la cabeza. Entonces yo no era sino un niño. En 1936 volvimos a oír el sonsonete de los árabes… Esta vez ya sabíamos lo que significaba. Tres años estuvimos corriendo a escondernos en el viejo fuerte turco en cuanto oíamos un ruido más fuerte que los habituales viniendo de los barrios árabes. Ahora queremos permanecer en nuestro puesto. No volveremos a huir; no huirán ni los ancianos. Esta vez no saldrán demasiado bien librados, créame… Pero, Ari, hasta en lo que se nos puede pedir hay un límite.

Ari sintió haber hablado a Remez en tono un poco cáustico. Sí, en efecto, la decisión de quedarse en Safed exigía un coraje tremendo.

—Vuélvase, Remez. Procure que todo continúe en calma. Puede confiar en que el mayor Hawks cuidará de que la situación no se le vaya de las manos. Entretanto yo le concederé un derecho preferente sobre todo lo que me suministren.

Cuando los otros hubieron salido Ari se sentó y rechinó los dientes. ¿Qué podía hacer él? Quizá podría enviar cincuenta soldados del Palmach, cuando se marchasen los ingleses. Poco más que nada. ¿Qué podía hacer nadie? En Palestina había doscientos Safed. Cincuenta hombres acá, diez allá. Si Kawukji, Safwat y Kadar hubieran sabido cuán desesperada era la situación de los judíos, habrían lanzado ataques frontales por toda Palestina. Sencillamente, los judíos no disponían de municiones suficientes para hacer trente a unos ataques sostenidos y resueltos. Ari temía que apenas los árabes iniciaran uno se enterarían de la pobreza en armas de los judíos y luego desencadenarían un alud de asaltos.

David Ben Ami llegó a una jira de inspección a los establecimientos más

septentrionales.

—*Shalom*, Ari —dijo—. Por la carretera he encontrado a Remez y a Sutherland. Remez parece un poco asustado.

—Tiene razón sobrada para estarlo. Bien, ¿has descubierto alguna cosa de interés?

—Los árabes han empezado a hostigar Kfar Giladi y Metulla. Kfar Szold teme que los sirios realicen alguna intentona. Todo el mundo está preparado para la resistencia; todas las defensas las han construido protegiendo las casas de los niños. Todos piden armas.

—Armas… ¿Y qué otras noticias traes? ¿De dónde parten la£ acciones de hostigamiento?

—De Aata.

—¡Vaya con la buena gente de Aata! —exclamó Ari—. Apenas los ingleses se marchen será mi primer objetivo. Cuando era niño, en cierta ocasión en que llevaba grano al molino, me dieron una paliza. Desde entonces están pidiendo pelea. Me figuro que la mitad de los hombres de Kawukji cruzan por Aata.

—O por Abu Yesha —dijo David.

Ari levantó la vista enojado. David sabía que le había herido en una fibra muy sensible.

—En Abu Yesha tengo amigos de confianza —afirmó el primero.

—En tal caso deberían haberte informado de que los irregulares se infiltran por allí.

Ari no respondió.

—Ari, me has dicho muchas veces que mi debilidad estriba en que permito que el sentimiento me enturbie el criterio. Sé cuánto aprecias a los de Abu Yesha, pero tienes que ir allá y hablarle claro al muktar.

Ari se puso en pie y se alejó diciendo:

—Tendré que hablar con Taha.

David cogió los despachos de encima de la mesa, los examinó un momento y los dejó en su sitio. Luego se fue al lado de Ari y se puso a mirar por la ventana en dirección a Jerusalén. Sentíase invadido por una oleada de malhumor.

Ari le dio una palmadita en el hombro.

—Todo terminará bien.

David movió la cabeza lentamente.

—En Jerusalén la situación se está poniendo desesperada —dijo con voz triste y monótona—. A los convoyes cada vez les cuesta más trabajo abrirse paso. Si todo continúa así, dentro de pocas semanas se morirán de hambre.

Ari sabía cuánto le afectaba a David el asedio de su adorada ciudad.

—Tú quieres irte a Jerusalén, ¿no es cierto?

—Sí —respondió David—, pero no quiero dejarte en un apuro.

—Si consideras que debes ir, naturalmente, te relevaré.

—Gracias, Ari. ¿Podrás arreglarte sin mí?

—Claro…, tan pronto como esta maldita pierna deje de fastidiarme. Mira, David…, yo no querría que te marchases.

—Me quedaré hasta que tú estés completamente restablecido.

—Gracias. Y de paso, ¿cuánto tiempo hace que no has visto a Jordana?

—Varias semanas.

—¿Por qué no te vas mañana a Gan Dafna a ver cómo está la situación por allí? Quédate unos cuantos días y realiza un examen a fondo.

David sonrió.

—Tienes una manera tan agradable de convencerle a uno…

Llamaron a la puerta de la oficina de Kitty.

—Adelante —respondió ella.

Jordana Ben Canaan entró.

—Me gustaría hablar un momento con usted, si no está demasiado ocupada, mistress Fremont.

—Muy bien.

—Esta mañana subirá David Ben Ami a inspeccionar nuestras defensas. Nos gustaría tener luego una reunión del personal.

—Asistiré —respondió Kitty.

—Mistress Fremont. Antes de la reunión he querido hablar con usted. Como ya sabe, soy el comandante de este puesto; en el futuro usted y yo tendremos que actuar en estrecha colaboración. Quiero manifestar que usted me inspira una confianza absoluta. Es más, considero una gran suerte para Gan Dafna el tenerla entre nosotros.

Kitty miró a Jordana con curiosidad.

—Creo —continuó ésta— que para la moral de toda la población sería mucho mejor que dejáramos de lado nuestros sentimientos particulares.

—Tienes razón.

—Estupendo. Me alegra que estemos de acuerdo.

—Jordana, ¿cuál es exactamente la situación en que nos encontramos aquí?

—De momento no corremos demasiado peligro. Por supuesto, todos respiraremos más a gusto cuando Fort Ester pase a manos del Haganah.

—Supongamos que sobreviene algún contratiempo y Fort Ester pasa a manos de los árabes. Y… supongamos que nos cierran la carretera que atraviesa Abu Yesha.

—Entonces la perspectiva se volverá muy desagradable.

Kitty se levantó y se puso a caminar por el aposento.

—Comprende, por favor, que no quiero mezclarme en asuntos militares, pero mirando la cuestión con realismo… es posible que quedemos sitiados.

—Existe tal posibilidad —convino Jordana.

—Aquí tenemos muchos niños pequeños. ¿No podríamos discutir planes para evacuarlos junto con algunos de los chiquillos más jóvenes?

—¿Y a dónde los evacuaremos?

—No lo sé. A un *kibbutz* o a un *moshav* más seguros.

—Yo tampoco lo sé, mistress Fremont. Un *kibbutz* más seguro no pasa de ser una expresión muy relativa. Palestina tiene menos de ochenta kilómetros de anchura. No hay en ella un *kibbutz* seguro. Cada día quedan sitiados nuevos establecimientos.

—En este caso quizá podríamos llevarlos a una ciudad.

—Jerusalén está casi completamente aislada. En Haifa y entre Tel Aviv y Jaffa es donde se lucha con más furia de toda Palestina.

—Entonces…, ¿no hay a dónde ir?

Jordana no respondió. No era preciso.

## CAPÍTULO III

*NOCHEBUENA DE 1947*

El suelo estaba cubierto de barro pegajoso, el aire estaba frío y la primera nieve del invierno descendía pausadamente sobre Gan Dafna. Kitty atravesó a buen paso el espacio verde en dirección al paseo formado por las villas. Su aliento originaba una colección de pequeñas nubecillas.

—¡*Shalom, Giveret* Kitty! —le gritó el doctor Lieberman.

—*Shalom*, doctor.

Kitty subió las escaleras corriendo y se refugió en el agradable calorcillo del interior de la vivienda. Karen le tenía preparada una taza de humeante té.

—¡Brrrr! —exclamó Kitty—. Fuera está helando.

La estancia tenía un aspecto alegre. Karen la había decorado con piñas de pino, cintas y un buen alarde de imaginación. Incluso había conseguido permiso para cortar un arbolito y lo había llenado de borlas de algodón en rama y recortes de papel.

Kitty se sentó en la cama, quitóse las zapatillas de una sacudida y se puso otras forradas de piel. El té tenía un sabor delicioso.

Karen estaba junto a la ventana mirando cómo caía la nieve.

—Yo creo que la primera nieve que cae es la cosa más hermosa del mundo —dijo.

—No te lo parecerá tanto si nos reducen la ración de combustible.

—Todo el día estuve pensando en Dinamarca y en los Hansen. En Dinamarca la Navidad es maravillosa. ¿No ha visto el paquete que me han enviado?

Kitty se acercó a la muchacha, le rodeó los hombros con el brazo y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—La Navidad vuelve nostálgicas a las personas.

—¿Se encuentra muy sola, Kitty?

—Desde la muerte de Tom y de Sandra, la Navidad ha sido para mí una cosa que habría querido olvidar… Pero ahora ya no.

—Espero que sea feliz, Kitty.

—Lo soy… aunque de otro modo. He aprendido que es imposible ser cristiano sin ser judío en espíritu. Mira, Karen, toda la vida hice cosas para justificar algo que encontraba a faltar en mí misma. Ahora siento por primera vez que soy capaz de hacer el bien sin reservas y sin esperar la recompensa.

—¿Sabe una cosa? A los otros no se la puedo decir porque no me comprenderían, pero aquí me siento muy cerca de Jesús —afirmó Karen.

—También yo, cariño.

La muchacha dirigió la mirada a su reloj y exhaló un suspiro.

—Debo comer temprano. Esta noche estoy de guardia.

—Abrígate bien. Fuera hace mucho frío. Yo te aguardaré trabajando en unas historias clínicas.

Karen se vistió con prendas gruesas y calientes. Kitty le anudó el cabello y se lo sujetó convenientemente para colocarle el gorro —parecido a una media— del Palmach, de forma que le tapase las orejas.

Del exterior entró de pronto un coro de voces que cantaban.

—¿Qué significa eso? —preguntó Kitty.

—Es en su obsequio —respondió Karen—. Hace dos semanas que ensayan en secreto.

La enfermera se asomó a la ventana. Delante de la casita cincuenta de sus chiquillos, cada uno con una vela en la mano, cantaban un villancico de Navidad.

Kitty se puso el abrigo y salió al porche con Karen. Detrás de los niños, abajo, a más de setecientos metros de profundidad, veía las luces de los establecimientos del valle. Las puertas de las villas se abrieron una por una apareciendo en ellas espectadores curiosos. Kitty no entendía las palabras, pero la melodía era muy antigua.

—Felices Navidades, Kitty —le dijo Karen.

Las lágrimas corrían por las mejillas de la enfermera.

—Jamás pensé que había de llegar el día en que oiría «Noche Callada» cantada en hebreo. Es el regalo de Navidad más hermoso que he recibido en toda mi vida.

A Karen le asignaron un puesto en las trincheras exteriores, más allá de las puertas de Gan Dafna. La muchacha salió de la población siguiendo la carretera hasta un lugar donde las fortificaciones miraban sobre el fondo del valle.

—¡Alto!

Karen se detuvo.

—¿Quién va?

—Karen Clement.

—¿Cuál es la consigna?

—*Chag sameach*.

Karen relevó al centinela, bajó a la trinchera, colocó un cargador de balas en la recámara del fusil, hizo correr el cerrojo y se puso los mitones.

«Es bonito estar de guardia», pensó mirando a través de la madeja de alambre espinoso en dirección a Abu Yesha. Era bonito estar allí a campo libre, sola, sin otra cosa que hacer durante cuatro horas sino pensar y mirar abajo, al Valle de Huleh. Hasta ella llegaban, flotando por la quieta atmósfera invernal, las voces apagadas de los chiquillos en la villa de Kitty. Era una Navidad maravillosa, maravillosa de veras.

Las voces callaron pronto; por todas partes imperaba el silencio. Cada vez nevaba más intensamente. Una alfombra blanca se depositaba sobre la ladera de la montaña.

Karen percibió un movimiento a su espalda, entre los árboles, y se volvió con gesto rápido para escudriñar la obscuridad con la mirada. Notaba la presencia de un ser viviente. Quedóse completamente inmóvil, vigilando. ¡Sí! ¡Algo había allí entre los árboles! Una sombra… «Quizá es un chacal hambriento», pensó.

Karen quitó el seguro del fusil, se llevó el arma al hombro y apuntó. La sombra se acercaba.

—¡Alto! —ordenó con voz tajante.

La figura se detuvo.

—¿Cuál es la consigna?

—¡Karen! —grito una voz.

—¡Dov!

La muchacha saltó fuera de la trinchera y echó a correr por la nieve hacia el muchacho. Él corrió hacia ella y se arrojaron el uno en los brazos del otro.

—¡Dov! ¡Dov! ¡No puedo creer que seas tú!

Regresaron inmediatamente a la trinchera. Karen forzaba la vista para distinguir los rasgos de su cara.

—Dov… No sé qué decir…

—Hace una hora que llegué —explicóle él—. Y aguardé delante de tu casita hasta que tú saliste para entrar de guardia. Entonces te seguí hacia acá.

Karen miró a su alrededor sobresaltada.

—¡Te expones demasiado! ¡Tienes que esconderte de los ingleses!

—Ahora ya no hay peligro, Karen, ya no hay peligro. Los ingleses no pueden hacerme ningún daño.

Los dedos de Karen temblaban al tocarle el rostro en la obscuridad.

—Estás frío, Dov. Ni siquiera llevas un suéter. Debes de helarte.

—No…, no… Me siento muy bien.

La nieve caía dentro de la trinchera. De pronto apareció la luna y pudieron verse.

—Estaba escondido en las cuevas de las afueras de Mishmar.

—Ya lo sé.

—Pensaba… pensaba que tú estabas en América.

—No pudimos ir.

—Imagino que te preguntarás lo que hago aquí, Karen… Yo… yo quiero volver a Gan Dafna, pero al marcharme me llevé unos relojes y unas sortijas y me figuro que me tendrán por un ladrón.

—¡Oh, no, Dov! Con tal que estés vivo y sin peligro lo demás no importa.

—Mira… Restituiré el valor a todos los perjudicados.

—No importa. Nadie está resentido contigo.

Dov se sentó en la trinchera y bajó la cabeza.

—Todo el tiempo que pasé en el presidio de Acre y todo el que pasé en las cuevas

estuve haciéndome reflexiones a mí mismo. Pensaba: «Nadie está enfurecido contra ti, Dov. Eres tú, Dov, el que estás furioso… furioso contra ti mismo». Cuando te vi en Acre, entonces me dije… que no quería morir. No quería morir ni quería matar a nadie.

—Oh, Dov…

—Karen…, yo jamás tuve otra novia. Yo… yo te lo dije solamente para que te marcharas.

—Ya lo sé.

—¿Lo has sabido siempre? ¿De veras?

—Me convencía a mí misma de que era así, Dov, porque quería creer que tú me amabas.

—He ahí lo más maravilloso de ti, Karen: sabes convencerte de que una cosa es cierta y me convences a mí también. Yo quería volver a Gan Dafna y portarme de modo que tú estuvieras orgullosa de mí. Quería que pudieras estar orgullosa de mí, aun cuando creía que te habías marchado.

Karen bajó los ojos.

—Por ti sería capaz de todo —murmuró entonces el muchacho.

Karen levantó la mano y le tocó la mejilla.

—Estás muy frío, Dov. Vete a mi casa, te lo ruego. A Kitty puedes contárselo todo. Comprende bien nuestros sentimientos. En cuanto yo salga de guardia nos iremos a ver al doctor Lieberman. Ten cuidado. El santo y seña es «Felices fiestas».

—Karen. Todo este tiempo he pensado muchísimo en ti. Jamás haré nada malo, ni nada que pueda darte pena.

—Ya lo sé.

—¿Puedo besarte?

—Sí.

—Te amo, Karen —confesó Dov, echando a correr inmediatamente hacia las puertas de Gan Dafna.

—La ley internacional —le decía muy enojado Barak Ben Canaan al delegado de los Estados Unidos—, es una cosa que el malo ignora y el probo se niega a imponer por la fuerza.

Las frases, por bien concebidas que estuvieran, ya no importaban para nada. Si el quince de mayo los judíos declaraban su independencia tendrían que hacer frente, solos, a siete ejércitos árabes.

Los irregulares de Kawukji y los árabes de Palestina, bajo el mando de Safwat y Kadar intensificaban sus actividades.

Y llegó el año 1948, el año decisivo.

Durante los primeros meses, mientras los británicos desmantelaban sus colosales establecimientos militares, retirándose de una posición a otra, el ritmo de la lucha iba

en *in crescendo* y los árabes se volvían cada vez más audaces.

## *GALILEA*

Los irregulares sitiaron el *kibbutz* Manara, en lo alto de los montes, cerca de la frontera libanesa. Media docena de posiciones judías dispersas quedaron aisladas del mundo exterior.

Los árabes lanzaron siete ataques frontales contra Ein Zeitim —la Fuente de los Olivos—, pero todos los asaltos fueron rechazados.

Los paisanos sirios empezaron a tomar parte en la lucha. Cruzaban la frontera de Palestina y atacaban los establecimientos septentrionales más avanzados del *kibbutz* de Dan y Kfar Szold. El mayor Hawks, el comandante británico envió fuerzas que ayudaran a repeler a los sirios hasta el otro lado de la frontera.

Los árabes de Aata, ayudados de nuevo por paisanos sirios e irregulares, atacaron las montañas de Lahavot Habashan —las Llamas del Beshan.

Ramat Naftalí (nombre que le venía de una de las doce tribus del antiguo Israel) sufrió un ataque.

En Safed, mientras esperaban que el mayor Hawks retirase sus fuerzas, los árabes intensificaban su actividad. El bloqueo empezaba a surtir efecto; el agua y los alimentos empezaban a escasear en la ciudad de los cabalistas. Los convoyes llegaban a los barrios judíos sólo cuando los británicos los ayudaban a circular.

## *HAIFA*

El puerto clave de Palestina constituía un objetivo de primera magnitud para ambos bandos. Por el momento, el sector de los muelles continuaba en manos de los ingleses, que lo necesitaban imprescindiblemente para realizar su retirada.

En Haifa los judíos disponían de una de sus mejores posiciones de toda Palestina. Era Har Hacarmel, situado sobre el sector árabe. El comandante británico, amigo declarado de los árabes, no cesaba de obligar a los judíos a retirarse de las posiciones estratégicas que habían conquistado.

Los Macabeos hacían rodar unas bombas cilíndricas ladera abajo del Monte Carmelo hasta el sector árabe. También consiguieron tender una emboscada a un gran convoy de armas que venía del Líbano y matar a su comandante.

Todas las transacciones normales entre los dos sectores habían cesado. Amin Azaddin, un oficial de la Legión Árabe, llegó y asumió el mando de las fuerzas irregulares, siempre en aumento.

Los ingleses tenían inmovilizados a los judíos con objeto de que los otros tuvieran

tiempo de reunir la fuerza suficiente para lanzar un ataque contra Har Hacarmel.

*EL SARÓN*

Esta llanura central, escena de las grandes batallas de los cruzados, era el área más poblada de establecimientos judíos. Pero también se encontraba frente a la comarca árabe más populosa de Samaria, conocida por el «Triángulo». Si bien ambos bandos estaban allí en guardia constante, aquella parte continuaba gozando de una relativa calma.

*TEL AVIV-JAFFA*

Entre las dos ciudades contiguas había surgido un campo de batalla. La lucha callejera y de patrullas se prolongaba en el centro de las líneas del Haganah. Uno y otro bando lanzaban constantes incursiones. Los árabes utilizaban un minarete como punto de observación y hostigamiento, y la posición ocupada por las tropas británicas impedía que los judíos pudiesen atacarlo.

*EL SUR*

En el extenso desierto del Negeb los establecimientos judíos eran escasos y estaban muy distanciados unos de otros. Los árabes tenían allí dos grandes bases, Beersheba y Gaza, que participaban de la fama de Sansón, y estaban en condiciones de someter a los establecimientos judíos a un asedio terrible que acabaría rindiéndolos por hambre. Cada uno de dichos establecimientos consiguió de momento organizar su defensa, pero en aquel sector los árabes se mostraban arrojados y la presión aumentaba constantemente. Entonces nacieron las fuerzas aéreas judías. Las componían dos «Piper Cub» para servicios de enlace. Otro «Piper Cub» aterrizó luego dentro de Jerusalén, la ciudad sitiada. Aquellos aparatos realizaron sus primeras misiones de bombardeo arrojando granadas por las ventanillas.

*JERUSALÉN*

Abdul Kadar apretaba la argolla sobre la garganta de la Jerusalén judía. La Bab el Wad, la ondulante y vulnerable carretera que discurría por las montañas de Judea, quedó cortada irremediablemente. Los judíos sólo conseguían pasar organizando

grandes convoyes, y entonces salvaban el obstáculo a costa de elevadas pérdidas. Los ingleses se negaron en redondo a mantener las carreteras abiertas.

Fuera de Jerusalén, en la parte sur, los judíos tenían cuatro establecimientos aislados en los Montes Hebrón, sobre la carretera de Belén. Tales establecimientos, gobernados por judíos ortodoxos, llevaban el nombre de grupo de Etzion. Estaban en una posición tan mala y vulnerable como Safed. El grupo de Etzion se encontraba completamente fuera de la Palestina judía. Para hacer más graves las circunstancias, la Legión Árabe de Transjordania, amparándose bajo el tenue disfraz de ser una fuerza británica, cortó la carretera que unía los mentados establecimientos con Jerusalén.

Dentro de esta ciudad la falta de agua y de alimentos había llegado a un punto crítico. Los bombardeos, los tiroteos, el tener que viajar en coches blindados y la lucha abierta había pasado a ser la orden del día.

El furor llegó a su punto culminante cuando los árabes cogieron en una emboscada un convoy de la Cruz Roja procedente del Centro Médico Hadassah, en Monte Scopus, asesinaron a setenta y siete médicos judíos desarmados y partieron sus cadáveres en pedazos. Tampoco esta vez las tropas inglesas intervinieron para nada.

Zev Gilboa se presentó en la oficina de Ari para hacerse cargo de la tarea de recibir Fort Ester de manos de los británicos.

—Estamos preparados para ir a ocuparlo —dijo.

—Bien. No estará de más que subas con el coche hasta el fuerte. El mayor Hawks dijo que entregaría la plaza a los mayoritarios. Oye, ¿es verdad lo que me han dicho que tú y Liora vais a tener otro hijo?

—Pues sí; es cierto.

—Tendré que cortar los permisos de fin de semana si no sabes dejar de buscarte quebraderos de cabeza —le reprendió Ari sonriendo.

Zev salió corriendo, subió de un salto a la cabina del camión, movió las palancas y se alejó del *kibbutz* de Ein Or. Transportaba veinte chicos y chicas del Palmach que iban a ocupar Fort Ester. Después de correr un rato por la arteria principal emprendió el camino por las carreteras de montaña que conducían hacia la frontera libanesa, donde se levantaba el fuerte citado.

Se acordaba de la última visita que hizo a su *kibbutz*, Sde Shimshon —el Campo de Sansón—, Liora le había dicho que esperaba otro hijo. ¡Estupenda noticia! Cuando no estaba de servicio, Zev trabajaba de pastor… Pero aquellos tiempos parecían ya muy lejanos. ¡Qué hermoso seria llevarse a sus hijos consigo y tumbarse por las laderas de los contornos, vigilando el rebaño!

De pronto desterró de su mente tales pensamientos; había mucho trabajo que hacer. Cuando tuvieran Fort Ester en sus manos debería librar al *kibbutz* de Manara del sitio que lo estrangulaba y enviar patrullas que vigilasen la frontera libanesa para

cortar la entrada de irregulares.

La gran fortaleza de cemento armado dominaba todo el Valle de Huleh. Ciertamente, sería un alivio poder enarbolar la Estrella de David en su cima.

Mientras el vehículo empezaba a trepar por las cerradas curvas de la carretera de montaña, el grupo que iba en la caja se puso a cantar. Zev miró el reloj. Faltaban quince minutos para la hora pactada. El camión dobló el último recodo. En el horizonte, a unos kilómetros de distancia, apareció el enorme edificio cuadrado. Allá abajo se veía el racimo de Abu Yesha, en el collado del monte y la altiplanicie verde de Gan Dafna.

Al llegar a unos centenares de metros de Fort Ester, Zev percibió algo extraño. Aminoró la marcha y se asomo a la ventanilla. Si los ingleses se retiraban era raro que no se notase movimiento alguno por los alrededores. Zev levantó la vista hacia el torreón del centinela, donde estaba emplazaba la ametralladora. Su ojo divisó la bandera de los irregulares de Kawukji en la cima de la torre, en el mismo momento en que del fuerte salía un chorro de balas de ametralladora.

—¡Dispersaos!

Sus soldados corrieron a buscar donde parapetarse. El camión se incendió. Zev hizo retroceder rápidamente a sus hombres hasta que estuvieron fuera del alcance de los proyectiles; entonces se reunieron y empezaron a descender a marchas forzadas hacia Ein Or.

Cuando Ari recibió la noticia de que los ingleses habían entregado Fort Ester a los árabes, marchó precipitadamente hacia el fuerte Taggart en la cima de Monte Canaan, y entró sin hacer antesala en el despacho del comandante británico, el mayor Hawks, un hombre de cuerpo recio y fisonomía morena. En el momento de entrar el enojado Ben Canaan, el mayor tenía la cara marchita por falta de descanso.

—¡So Judas! —le gritó Ari con rabia.

—No ha sido culpa mía —explicó Hawks casi lloriqueando—. Debe creerme.

—No, no puedo. Y menos diciéndolo usted.

Hawks se cogió la cabeza con ambas manos.

—Anoche a las diez recibí un aviso del cuartel general de Jerusalén. Me ordenaron que retirase mis hombres de Fort Ester inmediatamente.

—¡Podía avisarme!

—No pude —murmuró Hawks—. No pude. Todavía soy soldado, Ben Canaan. No… no he dormido en toda la noche. Esta mañana he telefoneado a Jerusalén para suplicarles que me permitiesen volver a Fort Ester a ocuparlo de nuevo.

Ari miraba al inglés con ojo colérico y expresión despectiva.

—Sea lo que fuere lo que usted piense de mí, seguramente tiene razón.

Ari seguía mirándole fijamente. El mayor añadió:

—De acuerdo, tómelo como usted quiera… No hay excusa.

—Ha vendido su vida, Hawks. Imagino que no es el primer soldado que se ha tragado la conciencia.

—¿De qué sirve discutir? Lo hecho, hecho está.

—Esto quizá le acredite de buen soldado, Hawks, pero yo le compadezco. Es usted el que tendrá que vivir con el sitio de Gan Dafna sobre su conciencia; suponiendo que le quede alguna.

Hawks palideció.

—¡No van a dejar a los niños en el monte! ¡Deben sacarlos de allí!

—Tenía que pensar en ello. Sin Fort Ester nosotros hemos de conservar Gan Dafna o perder todo el Valle de Huleh.

—Mire, Ari…, yo me encargo de llevar a los niños a lugar seguro.

—No hay lugar seguro adonde ir.

Bajo la mirada de Ari, Hawks se puso a pegar puñetazos sobre la mesa y a murmurar en voz baja. Había colocado Gan Dafna en una posición suicida. Sería inútil ahora increparle más. Evidentemente, le dolía en el alma haber tenido que obrar como había obrado.

Mientras iba de camino, el cerebro de Ari había elaborado un proyecto, del cual lo menos que podía decirse era que resultaría bastante arriesgado, pero que a la larga quizá salvase la posición clave de Gan Dafna.

—Voy a darle la oportunidad de remediar parte del mal que ha hecho —dijo inclinándose sobre la mesa de Hawks.

—¿Qué puedo hacer ahora, Ben Canaan?

—En su calidad de comandante del sector tiene perfecto derecho a ir a Gan Dafna y aconsejarnos que evacuemos.

—Sí, pero…

—Pues hágalo. Suba mañana a Gan Dafna con cincuenta camiones. Mande que le precedan y le sigan numerosos coches blindados. Si alguien le pregunta lo que hace conteste que pretende evacuar los niños.

—No le entiendo. ¿Evacuarán?

—No. Pero lo demás déjelo de mi cuenta. Usted suba con el convoy que digo.

Hawks no se empeñó en saber qué provecto había concebido Ari. Siguiendo las instrucciones de éste, fue a Gan Dafna con un convoy de cincuenta camiones escoltado por coches oruga y automóviles blindados. Aquella procesión, que cubría casi un kilómetro, partió del fuerte Taggart camino del Huleh pasando por el centro de seis poblados árabes y emprendió la ruta montaña arriba por Abu Yesha, a la vista de las fuerzas irregulares que habían ocupado Fort Ester. El convoy llegó a Gan Dafna a eso del mediodía. El mayor Hawks procedió a la formalidad de aconsejar al doctor Lieberman que abandonase la plaza; y éste, asesorado por Ari, rechazó oficialmente la indicación. Después del almuerzo, el convoy abandonó Gan Dafna y

regresó a su base de Safed.

Entretanto Ari «confió» a varios de los árabes amigos que tenía en Abu Yesha que el mayor Hawks había dejado en Gan Dafna toneladas de armas, incluyendo ametralladoras y morteros.

—Al fin y al cabo —decía con aire de estar revelando el mayor secreto—, todo el mundo sabe que Hawks era un gran amigo de los judíos, y dentro de sus posibilidades ha querido hacer algo por compensar el daño de que los árabes hayan ocupado Fort Ester.

La semilla había sido echada. Al cabo de unas horas se había extendido por todas partes el rumor de que Gan Dafna era inexpugnable. Los chiquillos que moraban allí estaban armados hasta los dientes. El mismo hecho de que no los evacuasen daba consistencia a esta invención. Los árabes sabían que si los judíos se hubiesen visto en un verdadero peligro, la primera medida que habrían tomado habría sido la de llevar los niños a otra parte.

En seguida que la «potencia» de Gan Dafna hubo adquirido la categoría de verdad irrebatible y demostrado cuán buenos frutos podía dar, Ari hizo una visita al dueño de Abu Yesha. Fue a ver a su antiguo amigo Taha, el muktar que vivía en la casa de piedra a la orilla del río.

Por muy enconados que estuviesen los resentimientos, en la casa de un árabe había que recibir a los forasteros con agrado. Era una costumbre ancestral. Pero a pesar de que Taha fuese llenando todas las fórmulas de la hospitalidad, Ari percibía una frialdad que hasta entonces no había notado jamás en su amigo.

El judío y el árabe comieron juntos y la conversación versó sobre temas intrascendentes. Cuando el primero comprendió que se había rendido el culto debido a los convencionalismos, se refirió al motivo de su visita.

—Ha llegado el momento —dijo— de que conozca cuáles son tus sentimientos.

—Estos días mis sentimientos importan muy poco.

—Me temo que tendré que hablar ahora como comandante del sector del Haganah, Taha.

—Te di mi palabra de que Abu Yesha permanecería neutral.

Ari se levantó de la mesa mirando a Taha de hito en hito y pronunció unas palabras duras de verdad para los oídos de un árabe:

—Me diste tu palabra, pero has faltado a ella.

Taha le miró, encendido repentinamente por la ira.

—¡Si, sabemos que los hombres de Kawukji han pasado a manadas por Abu Yesha!

—¿Y qué esperas de mí? —estalló Taha—. ¿Debo decirles que hagan el favor de no entrar más por aquí? Yo no les llamé.

—Yo, tampoco. Mira, amigo mío…, hubo un tiempo en que tú y yo no nos hablábamos de este modo.

—Los tiempos cambiaron, Ari.

Ari se acercó a la ventana y se puso a mirar la mezquita, que se levantaba al otro lado del río.

—¿Te acuerdas de las noches que tú y yo acampábamos allá?

—De eso hace mucho tiempo.

—Quizá yo tenga una memoria demasiado fiel. Durante los disturbios solíamos comentarlo; decíamos cuán ridículo era que los demás combatiesen. Con sangre hicimos el juramento de ser eternamente hermanos. Esta noche pasada, Taha, estuve en vela pensando las palabras que iba a decirte hoy. Empecé recordando todo lo que tú y yo hemos hecho juntos.

—El sentimentalismo no se te da bien, Ari.

—Tampoco se me da bien el dirigirte amenazas. Mohamed Kassi y los otros ocupantes de Fort Ester pertenecen a la misma calaña de los que asesinaron a tu padre mientras estaba arrodillado, rezando. Apenas los ingleses se marchen del sector, bajará de Fort Ester y querrá que cortes la carretera que va a Gan Dafna. Si tú se lo permites armará a tu gente con fusiles y te ordenará que ataques Yad El.

—Bien, ¿y qué esperas de mí?

—Y tú, ¿qué esperas de mí? —replicó Ari.

Se hizo un silencio de plomo.

—Tú eres el muktar de Abu Yesha. Puedes conservar a tu gente unida bajo tu mando, como la tuvo tu padre. Es preciso que dejes de tener tratos con los irregulares.

—¿O qué?

—O serás tratado como enemigo.

—¿O *qué*, Ari?

—Serás responsable de la destrucción de Abu Yesha.

Ni el mismo Ari ni Taha creían por completo las palabras del primero. Ari estaba cansado; se acercó y puso la mano sobre el hombro de su amigo.

—Por favor —dijo—, ayúdame.

—Soy árabe —respondió Taha.

—Eres un ser humano. Distingues lo justo de lo injusto.

—¡Soy un *cochino* árabe!

—Serás tú quien piense esto de ti mismo.

—¿Vas a decirme que soy tu hermano?

—Lo has sido siempre —respondió Ari.

—Si soy tu hermano, entonces dame a Jordana. Sí, esto es…, dámela, permite que la lleve a mi cama. Que sea la madre de mis hijos.

El puño de Ari se levantó súbitamente y se abatió sobre la mandíbula de Taha. El

árabe salió despedido y cayó sobre las manos y las rodillas. Se levantó al momento y, con gesto instintivo, se lanzó contra Ari desenvainando la daga.

Ari permaneció inmóvil, sin hacer ningún movimiento por defenderse. Taha levantó el arma; luego se quedó como paralizado, giró sobre sus talones y la arrojó lejos de sí. El acero chocó sonoramente sobre las losas del suelo.

—¿Qué he hecho? —murmuró Ari. Y se acercó a Taha con una expresión de cara que valía como un largo discurso pidiendo perdón.

—Me has dicho todo lo que necesitaba saber. Sal de mi casa, judío.

## CAPÍTULO IV

Un cambio terrible se había operado en Flushing Meadow. Previendo que sería necesaria una intervención armada para imponer la partición y temiendo que Rusia formaría parte inevitablemente de la fuerza internacional que se organizase, los Estados Unidos habían anunciado su propósito de cambiar de postura y dejar de defender el plan aprobado.

El Yishuv emprendió una campaña desesperada con objeto de volver a cambiar la actitud derrotista de los americanos. Estando en mitad de estas importantes maniobras, Barak Ben Canaan recibió un cable urgente ordenándole que fuese a Francia al momento. Dada la importancia del trabajo que quedaba en Flushing Meadow, la orden le causó gran extrañeza, a pesar de lo cual salió, en avión, sin pérdida de tiempo.

Otros dos agentes del Yishuv se reunieron con él. Le habían llamado para tomar parte en las negociaciones ultrasecretas para una compra de armas de necesidad vital. El Yishuv había calculado que, dado el rumbo que tomaban los acontecimientos en Flushing Meadow, lo más necesario de momento era adquirir armas, y había decidido que Barak era mío de los hombres más indicados para aquel menester. Había sido su amigo Juan Masaryk, de Checoslovaquia, quien les había informado acerca de un determinado número de puntos donde podrían abastecerse en una docena de naciones de Europa.

Después de varias semanas de conversaciones delicadas y confidenciales, quedaron cerrados los tratos. Ahora el problema estaba en cómo introducir las armas en Palestina, todavía sometida al bloqueo inglés.

El primer paso consistiría en adquirir un avión suficientemente grande para transportar las armas. En Viena, un agente de la Aliyah Bet encontró un anticuado «Liberator» americano de bombardeo, sobrante, y lo compraron a nombre de la Compañía Alpina de Transportes Aéreos, S. A.

La medida siguiente consistió en buscar una tripulación. Escogieron a seis judíos, cuatro sudafricanos y dos americanos, que habían volado durante la guerra y les hicieron jurar que guardarían el secreto.

Finalmente, la tarea más difícil era la de organizar en el reducido espacio de Palestina un campo de aterrizaje sin que lo descubrieran los ingleses. Después de pensarlo mucho escogieron una base de cazas que los británicos habían utilizado durante la guerra en el Valle de Jezrael. Dicho campo se encontraba en una comarca absolutamente judía y ofrecía las mayores posibilidades de que el «Liberator» pudiera aterrizar y despegar en seguida para volver a salir.

Entretanto, en el interior de Europa se procedía a reunir las armas con el mismo secreto con que se guardaba la verdadera identidad de la Compañía Alpina de

Transportes Aéreos, S. A.

Era una carrera contra el reloj. Habían de pasar dos semanas antes de que pudiera salir de Europa el primer cargamento de armas. El interrogante estaba en si sería o no demasiado tarde.

Hasta el momento y como por milagro, no había caído ningún establecimiento judío; pero los convoyes quedaban destrozados por las carreteras, las conducciones de agua del desierto del Negeb habían sido cortadas, en algunos lugares los colonos resistían alimentándose de mondas de patatas y aceitunas.

El punto focal de la lucha estaba en Jerusalén, donde la táctica de aislar los núcleos judíos y vencerlos por hambre empezaba a dar fruto. La ruta de Bab el Wad, viniendo de Tel Aviv, estaba sembrada de restos de camiones incendiados. Sólo unos convoyes numerosísimos organizados a costa de gran derroche de hombres y material alejaban el momento del desastre en Jerusalén.

Los irregulares de Kawukji violaban la ciudad con fuego de artillería. Era la primera vez en la historia que Jerusalén sufría un bombardeo.

Kawukji, Safwat y Kadar necesitaban urgentemente una victoria. Los árabes palestinos empezaban a inquietarse al ver que no se producían los «grandes triunfos» que les habían prometido.

Fue Kawukji, el singular generalísimo de las «Fuerzas de Yarmuk» sometidas al Muftí, quien decidió conferirse el honor de capturar el primer establecimiento judío. Para ello escogió cuidadosamente su objetivo, no deseando tener que cascar aquella primera vez una nuez demasiado dura.

En consecuencia, eligió un punto que le parecía débil. Tirat Tsvi —el castillo del rabí Tsvi— fue el establecimiento judío al que se reservó el honor de ser el primero que se rindiera. El *kibbutz* de Tirat Tsvi lo habían fundado los judíos ortodoxos, muchos de los cuales habían cursado la «licenciatura» en los campos de concentración. Estaba enclavado en la parte sur del Valle de Beth Shean. Precisamente, lo habían erigido allí de intento, a fin de neutralizar un sector que, de otro modo, no habría tenido ninguna población judía. Al sur del *kibbutz* estaba el «Triángulo», el sector de Palestina completamente árabe. A tiro de fusil se hallaban las orillas del Jordán. Un poco hacia el norte, la ciudad árabe, y hostil, de Beth Shean completaba el cerco del establecimiento judío.

Tirat Tsvi era uno de los puestos avanzados que guardaban el Valle del Jordán, enclavado más hacia el norte.

Kawukji estaba encantado por lo bien que habían sabido elegir. Los judíos religiosos de aquel *kibbutz* se derrumbarían ante los primeros asaltos en masa. Convencido de ello, el truhán concentró centenares de árabes en la base de Nablus, dentro del Triángulo, y marchó hacia el norte a dar el asalto.

Kawukji anunció su victoria por adelantado; llegó a publicarse aún antes de que

hubiera tenido lugar ningún ataque. Cuando colocó a sus soldados en posición, las mujeres árabes de Beth Shean fueron a situarse a las orillas del campo de batalla, provistas de sacos y otros recipientes, con la idea de correr detrás de las tropas y dejar limpio el *kibbutz*.

El ataque se produjo un amanecer nublado. Los judíos tenían ciento sesenta y siete combatientes en edad de luchar, entre hombres y mujeres, metidos dentro de las trincheras o situados detrás de unas rústicas barricadas que daban frente a la posición árabe. A los niños los habían escondido en un edificio situado en el mismo centro del poblado. El armamento más pesado que poseían los defensores era un único mortero de cincuenta milímetros.

Sonó el cuerno. Los oficiales de la Legión Árabe con los sables desenvainados dirigían la carga. Detrás de ellos, los irregulares se derramaban por el campo abierto en un ataque frontal masivo realizado con la intención de subyugar el *kibbutz* por medio de una superioridad numérica aplastante.

Los judíos aguardaron hasta que la fuerza árabe estuvo a menos de veinte metros; entonces, a una señal, abrieron fuego, mandando una nutrida granizada de balas que tumbó a los enemigos como si segara trigo maduro.

Las fuerzas atacantes lanzaron al asalto una segunda, una tercera y una cuarta oleadas, abarcando siempre todo el frente. Los judíos continuaron haciendo fuego disciplinadamente, destrozando cada uno de aquellos aludes en el preciso momento en que los pies de los que iban en cabeza de los mismos pisaban el suelo del *kibbutz*.

El campo quedó cubierto de cadáveres. Los heridos gritaban:

—¡Somos hermanos! ¡Tened misericordia, en nombre de Alá!

Los demás retrocedieron corriendo hasta encontrarse fuera del alcance de los proyectiles y emprendieron una desorganizada retirada. ¡Kawukji les había prometido una victoria fácil y abundante botín! ¡Les había dicho que aquel puñado de judíos ortodoxos huirían con sólo verles! Ellos no se habían figurado que pudiera librarse una batalla como aquélla. Las mujeres que les habían seguido empezaron también a huir.

Los oficiales de la Legión Árabe reunieron a la tropa en desbandada y pusieron fin a la fuga disparando contra los que escapaban Cuando hubieron reorganizado a sus hombres quisieron lanzar otro asalto contra el *kibbutz*, pero los corazones de los irregulares no estaban para nuevas aventuras.

Dentro de Tirat Tsvi los judíos estaban en situación apuradísima. No les quedaban municiones para contener otra carga, si los árabes volvían en crecido número y prolongaban el ataque. Por otra parte, si los árabes cambiaban de táctica y recurrían a un ataque lento acompañado de un movimiento envolvente, ellos no tendrían recursos para contenerles. Después de una breve discusión, resolvieron emplear una medida desesperada. La mayor parte de las municiones las entregaron a una veintena de

tiradores selectos. Los demás se retiraron a la casa de los niños, donde pensaban ofrecer una última resistencia, defendiéndose a la bayoneta, con palos y valiéndose de las uñas y los dientes. Con los anteojos de campo observaban la masa de árabes y veían que había tropas suficientes para irrumpir en el *kibbutz*.

Esta vez los atacantes se acercaban al campo más despacio; algunos oficiales de la Legión les empujaban adelante, amenazándoles con las pistolas.

De súbito, los cielos se deshicieron en un inesperado chaparrón. En pocos minutos el campo quedó convertido en una profunda y pegajosa charca de barro. La carga de los árabes en lugar de cobrar impulso empezó a perderlo, lo mismo que les había pasado a las carrozas cananitas al emprender el ataque contra Deborah.

Apenas los primeros oficiales de la Legión llegaron al *kibbutz*, los tiradores selectos empezaron a eliminarlos. Las nobles «Fuerzas del Yarmuk» de Kawukji consideraron que ya tenían bastante por aquel día.

El desastre de Tirat Tsvi puso frenético a Kawukji. Para salvar la faz tenía que ganar una victoria cuanto antes. Esta vez decidió perseguir una pieza mayor.

Desde un punto de vista puramente estratégico, la carretera entre Tel Aviv y Haifa era más importante para el Yishuv que la de Jerusalén. Si conseguían cortar la línea Tel Aviv-Haifa, dividirían en dos el dispositivo judío, separando la Galilea del Sarón. Las poblaciones árabes situadas junto a la carretera obligaban a los judíos a emplear alternativamente desvíos interiores con objeto de mantener en activo el transporte entre las dos ciudades. Una de las carreteras secundarias de mayor importancia en este sentido era la del *kibbutz* Mishmar Haemek —el Centinela del Valle—. Mishmar Haemek pasó a ser el objetivo de Kawukji en su ambicioso proyecto de separar Tel Aviv de Haifa.

Esta vez decidió no repetir los errores de Tirat Tsvi. Reunió a más de mil hombres y les situó por los montes que rodeaban el *kibbutz* dotándoles de cañones de montaña de 75 milímetros.

Cuando tuvo Mishmar Haemek sitiado, abrió fuego de barrera de artillería brutal. Los judíos no disponían sino de una ametralladora para replicar.

Después de un día de martilleo, los ingleses negociaron una tregua, entraron en el *kibbutz* y aconsejaron a los judíos que lo abandonasen. Al ver que éstos se negaban, se volvieron y se lavaron las manos de lo que pudiera ocurrir. Kawukji supo por los ingleses que la potencia de los judíos en el interior del *kibbutz* era relativamente escasa. Lo que no sabía, por no disponer de un servicio de información, era que el Valle de Emek se había convertido en un hormiguero de hombres que recibían instrucción militar. En el transcurso de la segunda noche, dos batallones enteros del Haganah, todos sus componentes bien armados de fusiles, se deslizaron en secreto dentro del establecimiento.

El tercer día, Kawukji emprendió el ataque.

Pero en lugar de echarse encima de un *kibbutz* miedoso y acobardado, sus hombres se metieron dentro del campo de acción de un par de batallones de soldados bien entrenados y deseosos de combatir, que les estaban esperando. La ofensiva quedó hecha cisco.

Entonces Kawukji reagrupó a sus hombres y quiso emprender una ofensiva continua. Los resultados fueron igualmente negativos. Montó nuevos ataques; a cada uno que se sucedía los irregulares manifestaban menos inclinación a la lucha. Avanzaban de mala gana y en cuanto la resistencia se endurecía, se retiraban.

Hacia el final del día, Kawukji perdió el control de sus tropas, las cuales empezaron a desertar del campo de batalla.

Los judíos, que desde el *kibbutz* estaban viendo lo que ocurría, salieron a perseguir a los árabes. He ahí un acontecimiento completamente inesperado. Los musulmanes tuvieron una sorpresa tan grande al ver a los judíos cargando contra ellos que huyeron todos sin excepción, perseguidos por los del Haganah, que les pisaban los talones. Aquella batalla móvil abarcó kilómetros enteros, llegando hasta Megiddo, escenario de un centenar de batallas libradas durante el transcurso de los tiempos. Aquí, en el suelo de los históricos combates de Armagedón, los judíos destrozaron por completo las fuerzas de Kawukji. La carnicería sólo terminó con la intervención de los ingleses, los cuales impusieron una tregua a los contendientes.

Los judíos habían conseguido la primera victoria real y verdadera de su Guerra de Liberación.

En el pasillo de Jerusalén, la Brigada de Montañeros del Palmach llevaba a cabo un trabajo de titanes para mantener abierta la carretera. Aquel grupo de adolescentes, dirigidos por mandos que no llegaban a los treinta años, patrullaban por las profundas cañadas y los parajes solitarios de Judea, dando feroces golpes de mano por sorpresa en los poblados árabes, al mismo tiempo que hacían cruzar los convoyes de un sector a otro. Con frecuencia actuaban durante las veinticuatro horas del día hasta quedar embotados de cansancio; no obstante, siempre era posible convencerles para que hiciesen una patrulla más, realizasen una incursión más o emprendiesen una expedición más por aquellas agrestes comarcas.

—¡En esta hondonada el Rey David vivió también como un guerrillero!

Los ojos inyectados en sangre de los jóvenes del Palmach daban testimonio de fatiga, mientras sus dueños se enardecían de nuevo para realizar todavía otro esfuerzo.

—¡Recordadlo, estáis luchando en el lugar donde nació Sansón!

—¡En este valle, David salió al encuentro de Goliat!

—¡Aquí, Josué mandó al sol que se parase!

Por la noche, aquellos jóvenes guerreros escuchaban la lectura de pasajes de la Biblia que les citaban como fuente de inspiración para los esfuerzos sobrehumanos

que el próximo día exigirían de ellos. Aquí, en el territorio de Kadar, la lucha era dura e incesante, y los árabes, guiados por un cabecilla enérgico, tenían confianza en sí mismos.

En Tel Aviv se había formado un convoy colosal con el que querían realizar otro intento masivo para salvar a Jerusalén. La tarea de la Brigada de Montañeros consistía en apoderarse del pueblo árabe de Kastel, construido sobre un fuerte de los cruzados que dominaba una de las principales alturas de la carretera.

El asalto a Kastel fue la primera acción ofensiva judía de toda la Guerra de Liberación. La brigada lanzó un ataque temerario, trepando a rastras por la traicionera pendiente bajo el manto protector de la oscuridad. Llegaron al pico del Kastel ensangrentados y rendidos y, no obstante, trabaron un combate cuerpo a cuerpo y expulsaron a los árabes.

La hazaña de Kastel levantó el decaído espíritu del Yishuv. Inmediatamente después de la victoria, el convoy mastodóntico de Tel Aviv se abrió paso palmo a palmo por el Bab el Wad y serpenteó hacia Nueva Jerusalén, llevando nuevamente un alivio vital a los sitiados judíos.

Kawukji llamó a Mohamed Kassi, el comandante de los irregulares de Huleh, aposentado en Fort Ester, al cuartel general de Nablus.

Estaba frenético; quería conseguir una victoria a toda costa. Durante meses enteros había redactado un comunicado tras otro vanagloriándose de una sucesión ininterrumpida de triunfos. Como general del Muftí, Kawukji había alimentado el sueño de mandar un ejército árabe que se extendiese desde las fronteras de Turquía hasta el Peñón de Gibraltar. Acusaba a la «intervención británica» de haberle impedido conquistar ni un solo establecimiento judío. Cuando los ingleses se retiraron del sector del Huleh no le quedó pretexto alguno en el que escudarse.

Kawukji besó a Mohamed Kassi en ambas mejillas según el estilo acostumbrado y los dos jefes militares se pusieron a charlar a largas parrafadas de sus respectivas y gloriosas victorias. Kassi explicó cómo había «conquistado» Fort Ester, y Kawukji explicó de qué modo había debilitado Tirat Tsvi y Mishmar Haemek empleando tácticas que le habían proporcionado brillantes éxitos.

—He recibido un mensaje de Su Santidad, el Muftí, que está en Damasco —dijo Kawukji—. El 15 de mayo, el día siguiente de terminar el mandato inglés, Haj Amin el Husseini quiere regresar en triunfo a Palestina.

—¡Ah, qué magnífico día será para el Islam! —exclamó Mohamed Kassi, moviendo la cabeza afirmativamente.

—Su Santidad ha elegido Safed como residencia provisional, hasta que los sionistas hayan sido exterminados por completo. Ahora que el mayor Hawks, el entrañable amigo de los judíos, se ha marchado de Safed, en una semana seremos dueños absolutos de la ciudad.

—¡Me encanta escuchar semejante noticia!

—De todas formas —prosiguió Kawukji—, Safed no será un punto verdaderamente seguro e indicado para el regreso de su santidad mientras quede ni un solo judío en el Valle de Huleh. Ahora tienen un puñal apuntando a nuestra espalda. Debemos eliminarlos.

Mohamed Kassi se puso ligeramente pálido.

—El Huleh, creo yo, está bajo su mando, hermano mío —añadió el otro—. Quiero que se apodere de Gan Dafna inmediatamente. En cuanto caiga Gan Dafna, tendremos a todos los sionistas del Huleh cogidos por el cuello.

—Generalísimo, permítame asegurarle que todos y cada uno de mis voluntarios son hombres dotados del coraje de un león y entregados a la noble causa de aplastar el sionismo. Todos han jurado luchar hasta su última gota de sangre.

—Bien. Nos cuestan un dólar al mes cada uno, solamente en concepto de sueldo.

Kassi se acarició la barba y levantó el dedo índice, adornado por una gruesa sortija.

—¡Pero, caramba! ¡Todo el mundo sabe que el mayor Hawks dejó en Gan Dafna tres mil fusiles, un centenar de ametralladoras y varias docenas de morteros de gran calibre!

Kawukji se puso en pie de un salto.

—¡Usted se arredra delante de unos chiquillos!

—Juro por las barbas de Alá que los judíos enviaron allá un millar de hombres del Palmach de refuerzo. Los vi con mis propios ojos.

Kawukji le dio un par de bofetadas en pleno rostro.

—¡O abre usted las puertas de Gan Dafna y arrasa la población hasta el suelo y se lava las manos con sangre judía, o yo me encargo de colgar su carroña al aire libre para que le devoren los buitres!

# CAPÍTULO V

La primera medida de Mohamed Kassi consistió en enviar un centenar de sus hombres a Abu Yesha. Inmediatamente varios habitantes de la población fueron al *kibbutz* de Ein Or a informar a Ari de lo que sucedía. Ari sabía que, en su mayor parte, los vecinos de Abu Yesha estaban con los judíos y aguardó a que hicieran algo.

A los árabes de Abu Yesha les molestaba la presencia de los irregulares. Durante muchas décadas habían vivido como buenos vecinos con los habitantes de Yad El; las casas que tenían las habían construido los judíos. No guardaban rencor alguno a éstos, no deseaban la guerra y volvían los ojos hacia Taha, su muktar, esperando que los llamase para expulsar a los hombres de Kassi.

Taha se encerraba en un extraño silencio, sin pronunciarse ni en pro ni en contra de la llegada de tropas irregulares Cuando los ancianos de Abu Yesha le instaban a que reuniese el pueblo, Taha se negaba a discutir el asunto. Su silencio selló el hado de la población, puesto que los *fellahas* no eran capaces de hacer nada sin un jefe que les guiase y se sometieron calladamente a la ocupación.

Kassi supo sacar partido sin tardanza del consentimiento tácito de Taha. Mientras éste seguía encerrado en el silencio, los hombres del primero se volvían cada día más audaces e ingobernables. La carretera hacia Gan Dafna quedó cortada. El hecho despertó indignación en Abu Yesha, pero fue una indignación que no pasó de unas quejas y unos comentarios de particular a particular. Luego, los irregulares cogieron a diez árabes del pueblo llevando alimentos a Gan Dafna. Kassi los hizo matar, mandó que los decapitaran y sus cabezas fueron colocadas en la plaza a guisa de advertencia. Desde aquel momento, Abu Yesha quedó completamente sometido.

Ari se había equivocado. Estaba seguro de que los moradores de Abu Yesha obligarían a Taha a intervenir, mayormente estando en juego la seguridad de Gan Dafna. Al no haber actuado y haber consentido que los irregulares cortasen la carretera le colocaban en una situación terrible.

Cortada la carretera, los atronadores cañones de montaña de Kassi empezaron a disparar todo el día desde Fort Ester contra Dafna.

Los judíos se habían preparado para esta contingencia desde el primer día que fundaron el establecimiento. Todo el mundo conocía su deber. Todos se adaptaron rápida y calladamente a la grave situación.

A todos los niños de más de diez años se les asignó una participación activa en la defensa del poblado. El depósito del agua lo habían protegido con sacos de arena y los generadores eléctricos, los instrumentos quirúrgicos y los medicamentos, el arsenal y las reservas alimenticias, habíanlos instalado en refugios subterráneos.

En aquellos húmedos refugios la vida seguía su ritmo normal. Las clases, las comidas, las funciones habituales continuaron debajo del suelo. Los dormitorios eran

una especie de barracones construidos con trozos de tubos de conducción de agua de cuatro metros de diámetro, hechos de hormigón armado, enterrados profundamente en el suelo y cubiertos con una gruesa capa de tierra y con sacos de arena.

Cuando cesaba el bombardeo, los niños y el personal salían al exterior a desentumecer los agarrotados músculos, a jugar y a cuidar de los prados y jardines.

Al cabo de una semana el personal había conseguido que pareciese como si el silbido y las explosiones de los obuses fueran meramente una más de las pequeñas incomodidades del vivir cotidiano.

Abajo, en Ein Or, Ari estudiaba el problema. Todos los asentamientos tenían que confiar en su propio sistema de defensa, pero Gan Dafna albergaba a seiscientos niños y se encontraba en el punto más vulnerable, debajo mismo de Fort Ester. Tenían comida para un mes; el abastecimiento de agua estaba asegurado, si un obús no reventaba el depósito. El combustible sería un problema. En las montañas, de noche, hacía un frío extremado y Ari sabía que el doctor Lieberman preferiría morir helado antes que cortar ninguno de sus preciosos árboles para encender fuego. La comunicación con Gan Dafna se realizaba desde Yad El mediante luces parpadeantes; los árabes habían cortado la línea telefónica. La villa de los niños había quedado tan completamente aislada que la única manera de llegar a ella consistía en trepar con gran riesgo y enorme fatiga por la cara occidental de la montaña hasta más de setecientos metros ascensión que era preciso realizar de noche.

Con todo, lo que más le preocupaba a Ari no era el problema de las comunicaciones y del aprovisionamiento. Lo que le preocupaba era el peligro de una matanza en masa. Él no sabía hasta cuándo sería posible explotar el mito de las «armas» de Gan Dafna.

Arrebañando toda la zona de su mando, podía entregar a los de Gan Dafna una docena de fusiles españoles fabricados en 1880, veintitrés fusiles «Sten» de fabricación casera y un obsoleto antitanque húngaro con cinco cargas.

Zev Gilboa y veinte soldados de refuerzo del Palmach recibieron orden de ir a entregar el nuevo equipo. Los miembros de la patrulla de Zev actuarían al mismo tiempo de mulos de carga. El antitanque tuvieron que desmontarlo y transportarlo en piezas. La patrulla se puso en marcha bajo la protección de la oscuridad y, penando toda la noche, ascendieron la empinada ladera occidental del monte.

En un punto crucial tuvieron que pasar a pocos metros de los límites de Abu Yesha, por una ligera depresión de trescientos de longitud que tuvieron que salvar a rastras, avanzando solamente unos pocos centímetros de una vez. Oían, veían y olían a los irregulares de Kassi.

El aspecto de Gan Dafna daba pena. Muchos edificios mostraban impactos de la artillería; el parterre central había quedado deshecho y la estatua de Dafna había caído de su pedestal. Sin embargo, la moral de los pequeños continuaba

sorprendentemente elevada y el sistema de seguridad resultaba muy eficaz. A Zev le divirtió ver al menudito doctor Lieberman salir a dar la bienvenida a la patrulla con una pistola atada a la cintura. Grandes suspiros de alivio acogieron la llegada de los veinte hombres de refuerzo del Palmach.

Kassi continuó el bombardeo durante otros diez días. Los cañones de montaña derribaban los edificios uno a uno. Gan Dafna tuvo sus primeras bajas cuando estalló un obús cerca de la entrada de un refugio y mató a dos niños.

Pero Kawukji quería acción. Kassi hizo dos o tres intentos indecisos. Cada vez sus hombres cayeron en una emboscada y murieron, porque Zev había extendido las defensas de Gan Dafna hasta las mismas puertas de Fort Ester. Los chicos y chicas del Palmach se escondían cerca del fuerte y cerca de Abu Yesha a fin de observar todos los movimientos de los árabes.

Entretanto, Ari recibió un correo del cuartel general del Haganah en Tel Aviv y reunió al momento a los comandantes de los establecimientos. En Tel Aviv habían tomado una decisión de gran trascendencia con respecto a los niños de los asentamientos fronterizos. Recomendaban que los llevasen a todos al sector Sarón-Tel Aviv, cerca del mar, donde la situación no era tan crítica y donde todas las casas particulares, todos los *kibbutz* y todos los *moshav* estaban dispuestos a recibirles en su seno. Entre líneas se leía perfectamente que el Haganah consideraba la situación tan apurada que, incluso, había pensado en la posibilidad de evacuar a los niños por mar para salvarlos de la matanza, si los árabes rompían las líneas.

Pero no se trataba de una orden. Cada *kibbutz* y cada *moshav* había de tomar la decisión por sí mismo. Si por una parte los labradores lucharían con más ardor teniendo a los niños al lado, por otra una matanza en masa sería un horrible espectáculo que contemplar.

La evacuación de los chiquillos les resultaba doblemente dolorosa a los colonos: aparte de la separación en sí parecía un símbolo anunciador de que luego también ellos tendrían que retirarse. La mayoría habían ido allá huyendo de horribles persecuciones; sus granjas representaban la última línea de retirada. Fuera de Palestina, la esperanza se había terminado.

Cada establecimiento tomó la resolución que mejor le acomodó. Algunos de los antiguos y más arraigados, simplemente, se negaron a dejar partir a sus pequeños. Otros hicieron voto de resistir y morir todos juntos; no querían que sus hijos conociesen el significado de la palabra «retirada». Otros, situados en las montañas y sufriendo ya grandes penalidades, consiguieron sacar a sus pequeños para que los evacuasen.

La responsabilidad acerca de lo que pudiese ocurrir en Gan Dafna pesaba sobre todos a la vez.

Los espías de Ari comunicaban que Kawukji estaba presionando más de la cuenta

a Mohamed Kassi para que emprendiera el asalto de Gan Dafna. En la población de los niños el alimento empezaba a escasear y el combustible faltaba casi por completo. Debido a unos cuantos impactos muy próximos, en el depósito de agua se habían abierto unas cuantas grietas por las cuales se perdía el líquido. Aunque nadie se quejaba las penalidades de tener que vivir bajo tierra empezaban a deprimir el ánimo de la comunidad.

Los comandantes del Valle de Huleh estuvieron de acuerdo en que era preciso sacar de Gan Dafna a los chiquillos más jóvenes. El único problema estaba en ¿cómo? Pactar una tregua encerraba dos peligros. En primer lugar, Kassi no la respetaría; en segundo, sería una prueba de debilidad que le darían al comandante árabe y que luego pagarían a un elevado precio. Y si Ari trataba de poner un convoy en marcha o si lanzaba un ataque frontal en masa contra Abu Yesha, amén de que para ello tendría que reunir toda la fuerza diseminada por el Valle de Huleh, no podría prometerse sino un cincuenta por ciento de probabilidades de éxito. Ahora no estaba en juego la sola contingencia de ganar o perder una batalla. Fracasar sería sinónimo de condenar a muerte a los pequeños.

Como en tantas ocasiones anteriores, Ari quedó encargado de estudiar un recurso que contrarrestase un sinfín de factores adversos. Y como no se podía elegir, otra vez concibió un plan fantástico, más audaz que ninguno de los que había puesto en práctica durante toda su vida.

Después de organizar los detalles de su plan, Ari encomendó a David la misión de movilizar un destacamento de trabajo y él por su parte emprendió la marcha hacia Gan Dafna. La ascensión por la ladera del monte fue un tormento continuo, palmo tras palmo de terreno y minuto tras minuto de tiempo. La pierna le dolía horrores y le falló diversas veces. Como contrapartida a ese inconveniente, podría citarse su perfecto conocimiento del terreno, por el cual había trepado una docena de veces en su adolescencia. Llegó a Gan Dafna al amanecer y sin darse un momento de reposo mandó reunir a los jefes de sección en el refugio de la comandancia del puesto. Zev, Jordana, el doctor Lieberman y Kitty estaban entre ellos.

—Hay aquí doscientos cincuenta niños menores de doce años —les dijo Ari, sin introducción ni prefacio alguno—. Mañana por la noche los evacuaremos.

Sus ojos recorrieron la docena de rostros sorprendidos que le miraban.

—En el *moshav* de Yad El se está reuniendo en estos instantes un destacamento de trabajo —prosiguió—. Esta noche, David Ben Ami subirá con cuatrocientos hombres reunidos de todos los establecimientos del Huleh, por la ladera occidental de la montaña. Si todo sale de acuerdo con el plan trazado y los árabes no les descubren, mañana al despuntar el día tendrán que estar aquí. Mañana noche, doscientos cincuenta de dichos hombres transportarán un niño cada uno montaña abajo. Los ciento cincuenta restantes actuarán de fuerza de protección. Quizá deba añadir que

esa fuerza de protección estará dotada con todas las armas pesadas automáticas del Valle de Huleh.

Los oyentes congregados en el refugio le miraban como si estuviera loco. Nadie hizo el menor movimiento ni pronunció una sola palabra por espacio de un minuto largo. Finalmente, Zev Gilboa se puso en pie.

—Quizá no te haya entendido bien, Ari. ¿Proyectas realmente transportar montaña abajo doscientos cincuenta niños durante la noche?

—En efecto.

—Se trata de un descenso peligroso incluso para un hombre sin impedimenta a plena luz del día —hizo notar el doctor Lieberman—. Transportando a un niño de noche…, no cabe duda, algunos se caerían.

—Es un riesgo que hay que correr.

—Pero, Ari —insistió Zev—, habrán de pasar muy cerca de Abu Yesha. Es seguro que los hombres de Kassi les descubrirán.

—Tomaremos todas las precauciones para que no sean descubiertos.

Todos se pusieron a protestar a la vez.

—¡Silencio! —gritó Ari—. Esto no es un foro. Y no han de hablar de lo dicho aquí con nadie. No quiero pánicos. Ahora salgan todos. Yo tengo mucho trabajo.

Durante el día el bombardeo desde Fort Ester era particularmente intenso. Ari trabajó sucesivamente con todos los jefes de sección a fin de completar hasta los menores detalles de la evacuación y establecer un horario detallado hasta el minuto de las diligencias a realizar.

Cada una de las doce personas que conocían el proyecto se quedó con el corazón angustiado por el temor. Eran un millar de detalles que podían echar a perder el plan entero. Uno cualquiera de los que formarían parte de la caravana podía resbalar y ocasionar un movimiento de pánico… Los perros de Abu Yesha podían oírles o percibir por el olfato su presencia y ponerse a ladrar… Kassi podía advertir la maniobra y lanzarse simultáneamente contra todos los establecimientos del Huleh, sabiendo que estaban sin armas pesadas…

Sin embargo, todos comprendían que Ari apenas podía encontrar otro procedimiento que el que se le había ocurrido. Porque, al fin y al cabo, dentro de una semana o de diez días, Gan Dafna se encontraría en situación desesperada.

A medida que avanzaba la tarde, David Ben Ami, al mando del destacamento de trabajo de Yad El, envió un mensaje cifrado mediante luces comunicando que, en cuanto hubiese oscurecido, se pondría en camino.

Los cuatrocientos voluntarios se pasaron la noche trepando montaña arriba y aparecieron por la periferia de Gan Dafna antes de despuntar el día, agotados por la ascensión y el nerviosismo. Ari fue a reunirse con ellos en las afueras y los escondió por los bosques. No quería que las tropas de Kassi los descubrieran, ni quería que se

levantara un alud de especulaciones en el interior de Gan Dafna.

De este modo, los cuatrocientos expedicionarios pasaron el día entero en el bosque. A las seis menos diez minutos de la tarde, cuarenta minutos antes exactamente de ponerse el sol, empezaron los trabajos a todo ritmo para poner en práctica la operación proyectada.

A los chicos que había que evacuar se les dio una comida a las seis menos cinco; en la leche de cada uno habían disuelto unos polvos narcóticos. A las seis y cuarto los acostaron en sus refugios dentro de los trozos de tubo de conducción de agua enterrados en el suelo. Los dejaron cantando a coro hasta que el somnífero produjo su efecto y quedaron hundidos en una profunda modorra.

A las seis y treinta y dos, el sol empezó a ponerse detrás de Fort Ester.

A las seis cuarenta, Ari reunió a todo el personal fuera de los barracones de los niños.

—Pongan todos la mayor atención —les dijo, con aire grave—. Dentro de pocos minutos vamos a empezar la evacuación de los niños más jóvenes. Les llamaré uno a uno a ustedes por su nombre y a cada uno se le asignará una misión que cumplir. Todo ha sido fijado con gran meticulosidad y aprovechando el tiempo hasta el minuto, de modo que cualquier variación pondría en peligro las vidas de los niños y de sus guardianes, así como las de ustedes. No quiero discusiones ni preguntas. Toda negligencia o falta de cooperación será sancionada de un modo expeditivo.

A las seis cuarenta y cinco, Jordana Ben Canaan rodeó Gan Dafna de una guardia formada por todos los demás niños Esta guardia era cuatro veces más numerosa que de costumbre, a fin de asegurarse de que no se produjesen infiltraciones árabes que pudieran descubrir los movimientos que tenían lugar en el interior. Zev Gilboa y sus veinte soldados del Palmach destacados en la villa de los niños se marcharon hacia los montes en una misión especial de cobertura.

En cuanto hubieron tomado todas las precauciones alrededor de Gan Dafna, veinte miembros del personal bajaron a los refugios a vestir a los chiquillos dormidos con las prendas de más abrigo que tenían. Kitty pasaba de uno a otro para cerciorarse de que todos hubieran quedado bajo los efectos de la droga. Sobre la boca de cada uno colocaron una tira de esparadrapo adhesivo con objeto de que no pudieran gritar ni en sueños. A las siete treinta, los inconscientes chiquillos estaban vestidos y preparados. Entonces Ari trajo el destacamento de trabajo que había permanecido escondido en los bosques.

Los hombres se colocaron en cadena hasta los barracones y sacaron uno a uno los cuerpecitos dormidos. Cosiendo tiras de cuero y de tela habían formado una especie de asientos improvisados que se colocaban a la espalda y que les permitían transportar a los niños como si fueran paquetes. De este modo podrían servirse de ambas manos para empuñar el rifle y para cogerse adonde conviniera durante el

descenso.

A las ocho treinta se pasó revista de los doscientos cincuenta hombres, uno por uno, y de sus cargas dormidas para comprobar si los niños quedaban atados sólidamente. Luego la hilera se puso en marcha hacia la puerta principal donde la fuerza protectora —los ciento cincuenta hombres provistos de armas automáticas— estaban esperando. Guiados por Ari, que iba delante, se encaminaron hacia el lugar donde principiaba la rápida pendiente, en la ladera de la montaña. Hombres y niños desaparecieron uno después de otro, hasta que el último de ellos se hundió en las tinieblas de la noche.

Los que quedaban se habían agrupado en silencio a la entrada de Gan Dafna. Ahora no podían hacer nada sino esperar hasta mañana. Y empezaron a marcharse a sus refugios, donde pasarían la noche sin cerrar los ojos, temblando por los niños y por la suerte de aquel extraño convoy.

Cuando todos hubieron marchado, Kitty Fremont se quedó sola más de una hora en la puerta principal, con la mirada perdida en la oscuridad.

—La noche será muy larga —dijo una voz detrás de ella—. Más vale que entre y se libre del frío.

Kitty se volvió. Jordana estaba a su lado. Por primera vez desde que se conocían, Kitty se alegró sinceramente de ver a la *sabra* pelirroja. Desde que había tomado la decisión de continuar allí cada día la admiraba más. La hermana de Ari era quizá la persona que más había contribuido a conservar Gan Dafna en calma. A los pequeños les había instilado una confianza contagiosa y ahora se portaban como bravos veteranos de cien batallas. A través de las duras pruebas a que les había sometido el cierre de la carretera, Jordana había sabido dominarse siempre y actuar con tranquila eficacia. La carga era tremenda para una mujer que no llegaba todavía a los veinte años, pero Jordana poseía esa cualidad propia de los jefes natos que da a los que les rodean una profunda sensación de seguridad.

—Sí, será realmente una noche muy larga —respondió Kitty.

—En tal caso podemos hacernos compañía mutuamente —dijo Jordana—. Le revelaré un secreto. En el barracón del comandante tengo escondida media botella de coñac. Me parece que nunca mejor que esta noche para vaciarla del todo. ¿Por qué no me espera en mi refugio? Ahora tengo que relevar la guardia; dentro de media hora estoy con usted.

Kitty no se movía. Jordana la cogió por el brazo.

—Venga —le dijo con dulzura—. De momento no podemos hacer nada.

Kitty aguardó sentada fumando un cigarrillo tras otro, hasta que Jordana regresó por fin al puesto de mando. La joven se había quitado el pardo gorro de punto del Haganah y las largas trenzas escarlata le caían sobre los hombros. Para librarse del frío se frotaba las manos primero y luego se las llevaba a las mejillas. El coñac lo

tenía escondido en una especie de alacena abierta en el talud de tierra, que contenía diversos objetos. Jordana sacó la botella, la limpió y sirvió un buen vaso para Kitty y otro para sí.

—*Le chaim* —brindó, bebiendo un sorbo—. Es bueno.

—¿Cuánto tardarán en pasar cerca de Abu Yesha?

—Por lo menos hasta después de media noche —respondió Jordana.

—Todo el rato me estoy diciendo una y otra vez que llegarán a su destino sin contratiempo. Luego empiezo a pensar en los mil que pueden surgir.

—Es imposible no pensar en ello —admitió Jordana—, pero ahora todo está en las manos de Dios.

—¿Dios? Sí, Dios deja ver aquí de un modo especial la intervención de su mano —convino Kitty.

—Si no se vuelve religiosa en Palestina, no sé dónde se volverá. No recuerdo momento alguno en que nos haya sostenido otra cosa que no fuera la fe. En realidad casi no tenemos nada más en qué apoyarnos.

En labios de Jordana Ben Canaan aquellas palabras sonaban extrañas…, aunque no del todo. Exteriormente Jordana no parecía albergar en su pecho una fe profunda…, pero ¿qué otra cosa podía infundirle el valor de subsistir bajo aquella tensión constante si no era la fe?

—Kitty —dijo de pronto la joven—, debo hacerle una confesión. He deseado vivamente que fuésemos amigas.

—¿Cómo es eso, Jordana?

—Porque he visto en usted una cosa… una cosa sobre la que estaba completamente equivocada. La he visto actuar con los chiquillos y sé lo que hizo por Ari. Cuando decidió quedarse comprendí… comprendí que una mujer como usted puede tener tanto coraje como… la gente de nuestra especie. Yo estaba habituada a pensar que el ser femenina era un signo de debilidad.

—Gracias, Jordana —respondió Kitty con una fugaz sonrisa—, pero me temo que un poco de fe o de valor o de lo que sea que ustedes poseen, en estos precisos momentos me prestaría muy buenos servicios. Me siento como si fuera a desplomarme.

Kitty encendió un cigarrillo y Jordana le llenó otro vaso de coñac.

—Estuve pensando… —añadió—; estuve pensando que sería usted la mujer indicada para Ari.

Kitty movió la cabeza negativamente.

—Como dice el refrán, Ari y yo somos dos personas excelentes, pero que no están hechas la una para la otra.

—Es una pena, Kitty.

La enfermera dirigió una mirada a su reloj. Por los planes discutidos durante el

día sabía que en aquellos momentos la larga columna de hombres se estaría acercando al primero de los descensos casi verticales. Para facilitarlo bajarían uno a uno, sirviéndose de cuerdas. La caída tenía unos doce metros. Desde ahí y por espacio de un centenar de metros más tendrían que resbalar sobre tierra suelta.

—Háblame de ti y de David —pidió vivamente Kitty.

Los ojos de Jordana se iluminaron.

—Ah, mi David… mi dulce, mi admirable David.

—¿Dónde os conocisteis por primera vez?

—En la Universidad Hebrea. Le conocí el segundo día de estar allí. Yo le vi, él me vio, nos enamoramos el uno del otro en aquel preciso momento, y nuestro amor jamás se ha debilitado.

—Así ocurrió entre mi difunto marido y yo —explicó Kitty.

—Por supuesto, me costó todo aquel primer curso darle a comprender que estaba enamorado de mi.

—A mí me costó más tiempo todavía —declaró Kitty sonriendo.

—Sí, a veces los hombres son muy torpes en estas cosas. Pero en verano él ya sabía bien quién era su mujer. Salimos juntos en una expedición arqueológica por el desierto del Negeb. Tratábamos de encontrar la ruta exacta de Moisés y las Doce Tribus en las llanuras de Zin y Parán.

—Me han dicho que aquello es muy desolado.

—No, lo cierto es que guarda las ruinas de centenares de ciudades nabateas. Las cisternas todavía contienen agua. Si a uno le acompaña la suerte puede encontrar toda clase de antigüedades.

—Parece muy interesante.

—Lo es, pero es también una tarea extraordinariamente penosa. A David le gusta excavar buscando ruinas. Por todas parles percibe el pasado glorioso de nuestro pueblo rodeándonos… Lo mismo les ocurre a muchos otros…, de ahí que no se pueda separar jamás a los judíos de su tierra. David ha trazado unos planes formidables. Después de la guerra volveremos los dos a la Universidad. Yo conseguiré mi título de maestra y David el doctorado, y luego excavaremos una ciudad hebrea grande, muy grande. Quiero abrir Hazor, aquí mismo, en el Valle de Huleh. Naturalmente, esto son sueños y nada más. Para hacerlos realidad se necesitarían cantidades de dinero… y paz. —Al llegar a este punto soltó una carcajada irónica—. La paz, por supuesto, es meramente una palabra abstracta, una ilusión. Me gustaría saber cómo es la paz.

—Quizá te pareciese demasiado sosa.

—No lo sé —respondió Jordana con un deje de cansancio en su voz juvenil—. Al menos por una vez en mi existencia me gustaría ver cómo lleva la gente una vida normal.

—¿Quieres viajar?

—¿Viajar? No. Yo haré lo que David haga. Yo voy adonde David va. Pero, Kitty, me gustaría salir una vez del país. Siempre me han dicho que la vida entera empieza y acaba en Palestina. Pero… de cuando en cuando siento que me ahogo. Muchas de mis amistades han salido de aquí. Parece que nosotros, los *sabras*, somos una raza extraña nacida para luchar. No sabemos acomodarnos a vivir en otros sitios. Tarde o temprano todos vuelven… ¡Pero aquí la gente envejece tan pronto! —Jordana se interrumpió de súbito—. Será el coñac —explicó—. Como usted sabe, los *sabras* no podemos beber nada en absoluto.

Kitty le sonrió y por primera vez se compadeció de aquella muchacha. Luego apagó la colilla del cigarrillo y volvió a dirigir una mirada al reloj. Los minutos transcurrían lentamente.

—¿Dónde estarán ahora?

—Todavía descenderán la primera peña. Necesitan dos horas cuando menos para bajar todos.

Kitty exhaló un débil suspiro. Jordana fijaba los ojos en la nada.

—¿En qué piensas?

—En David… y en los niños. Aquel primer verano en el desierto encontramos una tumba de más de cuatro mil años de antigüedad. Conseguimos sacar un esqueleto de niño, perfecto. Quizá muriera tratando de llegar a la Tierra Prometida. Mirándolo, David se puso a llorar. Él es así. Su corazón sangra día y noche por el sitio de Jerusalén. Sé que hará una tontería. Lo sé… ¿Por qué no se acuesta, Kitty? Tardaremos muchas horas en saber algo.

Kitty apuró el coñac, se tendió sobre el catre y cerró los ojos. Mentalmente veía la larga hilera de hombres, bajados mediante sogas con los niños colgando inertes de sus espaldas. Luego veía unos soldados árabes irregulares de ojo duro como el pedernal acechando a la columna, espiando sus movimientos…, aguardando a que se acercaran, a que cayeran en una trampa.

Era imposible dormir.

—Creo que me iré al refugio del doctor Lieberman a ver cómo lo pasan ellos.

Kitty se puso la chaqueta forrada de lana y salió al exterior. Los cañones habían permanecido callados toda la tarde. Entonces se le ocurrió un pensamiento alarmante: quizá Mohamed Kassi sabía algo y había sacado a sus hombres de Fort Ester. Aquella situación no le gustaba. La luna era demasiado brillante. La noche era demasiado clara y silenciosa. Ari hubiera tenido que esperar una noche de niebla para llevarse a los niños. Kitty levantó la mirada hacia lo alto del monte y divisó la silueta de Fort Ester. «Les habrán visto, no cabe duda», pensó.

Luego entró en uno de los barracones del personal. El doctor Lieberman y todos sus demás ayudantes estaban sentados en el borde de los camastros con los ojos fijos

en el vacío, embotados por la tensión nerviosa. Nadie pronunciaba una palabra. El ambiente resultaba tan mórbido que Kitty no pudo resistirlo y salió fuera otra vez.

Karen y Dov estaban de centinela.

Kitty se volvió al refugio de la comandancia y vio que Jordana se había marchado. Entonces se tendió nuevamente en el catre y se cubrió las piernas con una manta. Una vez más acudió a su cerebro la visión de los hombres bajando por la montaña. El día la había dejado exhausta. Se puso a dormitar. Pasaban las horas…

*Las doce… la una*. Kitty se revolvía en el lecho. Su cerebro se llenaba de pesadillas. Veía a la horda de Kassi cargando contra la columna, los sables lanzando destellos y los labios alaridos. Los guardias habían muerto bajo sus golpes y los árabes se habían apoderado de los niños y cavado una profunda fosa donde echarlos…

Kitty se incorporó en el catre bañada por un sudor frío y con el corazón galopando furiosamente. Movía la cabeza tristemente y temblaba de pies a cabeza. Entonces llegó un sonido hasta ella. Inclinó la cabeza y escuchó. ¡El terror abría desmesuradamente sus ojos!

¡Era el sonido de unos disparos lejanos!

Kitty se levantó tambaleándose. ¡Sí! Eran disparos…, ¡viniendo de la parte de Abu Yesha! ¡No era un sueño! ¡La columna había sido descubierta!

Jordana entró en el momento en que Kitty se lanzaba hacia la puerta.

—¡Déjame que vaya! —chilló.

—¡No, Kitty, no!

—¡Están matando a mis niños! ¡Asesinos! ¡Asesinos!

Jordana sacó toda su fuerza para sujetar a Kitty contra la pared, pero la enfermera estaba loca y dando un tremendo tirón se le fue de las manos. La muchacha la cogió nuevamente, la hizo girar sobre sus talones y mediante un fuerte empujón en la espalda la arrojó al suelo sollozando.

—¡Escúcheme! Los disparos que oye vienen de Zev Gilboa y sus hombres, que están simulando un ataque para distraer al enemigo. Atacan por la puerta opuesta de Abu Yesha a fin de alejar a los hombres de Kassi de la ruta de la columna.

—¡Mientes!

—Es cierto, se lo juro. Me mandaron que no dijese nada antes de producirse el ataque. Al entrar aquí, viéndola dormida he salido para avisar a los otros.

Jordana se arrodilló, ayudó a Kitty a levantarse y la acompañó al camastro.

—Todavía queda un poco de coñac. Bébaselo.

Kitty lo tragó haciendo un esfuerzo, y procuró recobrar el dominio de sí misma.

—Lamento haber tenido que golpearla —excusóse Jordana.

—¡No!… Has hecho lo que debías.

La joven se sentó al lado de Kitty, le acarició la mano y le frotó el pescuezo.

Como una niña desamparada, Kitty apoyó la cabeza sobre el hombro de Jordana y lloró calladamente hasta que se hubo desahogado por completo. Luego se levantó y se puso las prendas de abrigo.

—Karen y Dov saldrán pronto de guardia. Me voy a mi barracón a prepararles el té.

Las horas de la oscuridad se arrastraban lentamente… Era una noche sin fin. Allá entre las tinieblas los hombres de la columna pasaban por las cercanías de Abu Yesha arrastrándose sobre el vientre mientras el Palmach atacaba por la parte opuesta de la población. Luego se alejaban rápidamente montaña abajo… abajo.

*Las dos. Las tres*. A esta hora los que aguardaban, incluida Jordana Ben Canaan, continuaban sentados, sin palabras, sin pensamientos, en el silencio de la confusión. A las cinco y cuarto salieron de los barracones. La mañana estaba fría. Una tersa y delgada capa de hielo cubría el césped. Todos cruzaron la puerta de entrada y se fueron al puesto de centinela situado sobre la misma ladera de la montaña.

La oscuridad se iba de los campos y las luces del valle se apagaban una tras otra a medida que la aurora, de un gris herrumbroso, dejaba al descubierto el fondo del mismo.

El centinela miraba con los anteojos de campaña por si descubría al pie del monte algún signo de vida. No se veía ninguno.

—¡Miren!

El centinela extendía el brazo. Todos dirigieron la mirada hacia el *moshav* de Yad El, donde una luz de señales estaba transmitiendo puntos y rayas.

—¿Qué dice? ¿Qué significa?

—Dice… X 1416…

Por un momento imperó la confusión. Desde abajo repitieron el mensaje: X 1416.

—¡Están a salvo! —anunció Jordana Ben Canaan—. *Pero levanta tú tu vara, y extiende tu mano sobre el mar, y divídelo: y tus hijos de Israel pasarán a pie enjuto por en medio del mar*. Exodo, catorce, dieciséis.

Y miró a Kitty sonriendo alborozada.

## CAPÍTULO VI

Cuatro días después de haber evacuado a los niños más jóvenes de Gan Dafna, una serie de informaciones se filtraron hasta Ari. Los comandantes de los establecimientos le comunicaban que la presión árabe iba disminuyendo. Cuando supo por conducto de unos amigos de Abu Yesha que Kassi había retirado la mitad del centenar de hombres que tenía en la población, ordenándoles que volvieran a Fort Ester, comprendió que el ataque contra Gan Dafna estallaría cualquier día.

Entonces reunió veinte hombres más, los últimos que podía cercenar de los diversos establecimientos de toda Galilea, y volvió a subir hasta Gan Dafna con objeto de asumir personalmente el mando de la posición.

Contaba en total con cuarenta soldados del Palmach, unos treinta elementos aptos para la lucha entre el personal administrativo y el profesorado de Gan Dafna, y los jovencitos del Gadna adiestrados por Jordana, en número de unos doscientos. Su arsenal lo formaban ciento cincuenta fusiles anticuados o «Sten» de fabricación casera, dos ametralladoras, unos centenares de granadas, minas y bombas incendiarias y el obsoleto cañón antitanque húngaro, con sus cinco cargas de munición.

Los informes de los agentes de espionaje indicaban que Mohamed Kassi disponía de ochocientos irregulares con munición ilimitada y apoyo de artillería, reforzados quizá por otros varios centenares de árabes de Aata y otras poblaciones hostiles de la frontera libanesa.

En el aspecto de las municiones Ari tenía un problema crítico. Sabía que en cuanto se produjese un ataque había que desbaratarlo inmediatamente. Su única ventaja estaba en lo bien que conocía al enemigo. Mohamed Kassi, el salteador de caminos iraquí, no había recibido nunca una verdadera instrucción militar. Kawukji le había reclutado bajo la promesa de aventuras y botín. Ari no consideraba que los hombres de Kassi sobresaliesen por su valor, pero les creía capaces de enardecerse hasta el frenesí, y sabía que si en una batalla se veían victoriosos se comportarían como una horda de asesinos. Ari proyectaba utilizar como aliados la ignorancia y la falta de imaginación de los árabes. Fundó su plan defensivo en la presunción de que Kassi intentaría realizar un asalto directo y frontal según la línea más recta y corta viniendo de Fort Ester. Desde que empezó a medirse con ellos, siendo un muchacho todavía, Ari había visto invariablemente que los irregulares árabes siempre recurrían al ataque frontal. De ahí que concentrara todas sus defensas en un solo punto.

El punto clave de la defensa de Ari era un barranco en forma de embudo que conducía a Gan Dafna. Si podía conseguir que Kassi se metiera dentro tenía una posibilidad de triunfo. Zev Gilboa cuidaba de apostar patrullas por entre las peñas y la maleza contiguas a Fort Ester con objeto de observar. Sus informes habían

confirmado que Kassi estaba concentrando hombres.

Tres días después de llegar Ari a Gan Dafna un joven enlace acudió al puesto de mando con la noticia de que los hombres de Kassi, en número próximo a los mil, habían salido del fuerte y empezaban a descender por el monte. Antes de dos minutos se había dado el toque de «alarma negra» y todos los hombres, mujeres y niños de Gan Dafna ocuparon sus puestos y aguardaron.

Un profundo collado de los montes podía esconder a los hombres de Kassi hasta que llegaran a un otero directamente encima de Gan Dafna, a unos seiscientos metros de la parte septentrional de la población y a doscientos del estratégico barranco que conducía a su interior como un embudo.

Los hombres de Ari se escondieron en las posiciones que tenían preparadas, se quedaron callados y aguardaron.

Por encima de la cumbre del otero las cabezas empezaban a asomar. En el intervalo de pocos minutos el paraje hervía de irregulares. Éstos interrumpieron su avance para fijar la mirada en la población, sumida en un silencio de mal agüero. Hasta el momento no se había disparado un tiro ni por uno ni por otro bando.

Desde la torre del vigía de Fort Ester, Mohamed Kassi miraba el cuadro con unos potentes anteojos de campaña y sonreía viendo a su horda situada encima mismo de Gan Dafna El hecho de que los judíos no hubiesen disparado ni un solo tiro para repelerles aumentaba su confianza de que lograran desbordar la plaza. En el fuerte un cañón lanzó un disparo indicando que tenía que empezar el ataque.

Desde Gan Dafna oían las arengas y las conversaciones en árabe que los oficiales dirigían a sus hombres. Sin embargo, en el otero todavía no se movía nadie. La calma de la población les desorientaba. La mayoría se habían puesto a gritar señalando hacia el poblado. Su cólera y sus maldiciones formaban un crescendo incesante e histérico.

—Están tratando de excitarse hasta sacar espumarajos de heroísmo —comentó Ari.

Las disciplinadas fuerzas de los judíos no dejaban ver ni sus armas ni sus rostros, aunque a cada uno de sus hombres le costaba un esfuerzo dominarse ante el incalificable atropello de los árabes.

Después de varios minutos de proferir insultos se produjo en el otero una súbita erupción de irregulares que se lanzaban cuesta abajo animándose con alaridos horribles, mientras los sables y bayonetas centelleaban y trazaban sobre el fondo del cielo la silueta de un bosque de aceros.

La primera fase de la defensa de Ari pasaría ahora por la prueba de la experiencia. Todas las noches había enviado patrullas a colocar minas terrestres que se podían hacer estallar desde el interior de Gan Dafna. Las minas formaban un pasillo y estaban colocadas de modo que al estallar empujaran a los árabes hacia el centro del

barranco.

Zev Gilboa, situado en la posición más avanzada, aguardo hasta que la carga de los árabes hubo cobrado todo su impulso. Cuando la horda atacante hubo llegado al campo minado, Zev levanto una banderola verde. Desde dentro de Gan Dafna, Ari hizo estallar las minas.

Veinte artefactos, diez en cada lado del barranco, saltaron a la vez. El estampido estremeció toda la ladera. Las minas estallaban a la vera de la turba, la cual se apiñó y empujó hacia el fondo del barranco.

A uno y otro lado del mismo había colocado Ari los cuarenta hombres del Palmach, las dos ametralladoras y todas las granadas y bombas incendiarias del arsenal. Cuando los árabes pasaban por el fondo, delante de sus posiciones, los del Palmach abrieron un fuego cruzado con las dos ametralladoras, convirtiendo el barranco en el sangriento escenario de una especie de caza de gansos. Las bombas incendiarias vomitaban llamas que transformaban a muchos irregulares en antorchas humanas, al mismo tiempo que los soldados palestinos arrojaban sobre ellos un torrente de granadas.

Para colmar la medida los del Palmach prendieron fuego a una serie de tracas, al mismo tiempo que unos altavoces colgados de los árboles lanzaban al aire el estampido de unas explosiones grabadas en cintas magnetofónicas. El continuo retumbar de las explosiones reales y de las reproducciones formaba un trueno ensordecedor, paralizante.

Dentro de Fort Ester, Mohamed Kassi gritaba frenéticamente a los artilleros ordenándoles que barrieran las márgenes del barranco. Los excitados artilleros se pusieron a disparar mandando la mitad de los obuses al centro de la masa de sus propios hombres. Por fin consiguieron silenciar una ametralladora del Palmach.

La fuerza avanzada árabe había quedado hecha picadillo. No obstante, los que venían detrás seguían abocándose hacia el barranco. Les habían excitado y enfurecido hasta tal extremo que ahora continuaban adelante, aunque con el impulso del hombre alocado por el miedo.

La segunda ametralladora dejó de disparar cuando tuvo el cañón casi al rojo. Los del Palmach abandonaron sus posiciones a ambos lados del barranco y se refugiaron otra vez en Gan Dafna delante de la oleada, todavía no contenida, de asaltantes. Éstos llegaron a unas cien yardas de la población en grupos desorganizados de hombres que lanzaban alaridos dementes. David Ben Ami quitó la funda del antitanque húngaro, protegido por una barricada de sacos de arena. Los proyectiles del mismo los habían modificado de forma que ahora cada uno de ellos contenía unas dos mil balas de fusil. Si el arma funcionaba satisfactoriamente produciría el efecto de todo un batallón disparando a un mismo tiempo.

El apiñado grupo de enfurecidos árabes que iba en cabeza llegó a cincuenta

metros… a cuarenta… a treinta… a veinte…

El sudor inundaba la cara de David Ben Ami mientras tomaba la puntería para disparar a cero.

Diez metros…

—¡Primer disparo!

El viejo cañón antitanque saltó, levantándose del suelo, y escupió un diluvio de balas sobre los rostros de los asaltantes. De entre la humareda salían unos alaridos que helaban la sangre. Mientras volvía a cargar, David divisó a través del humo montones de hombres caídos al suelo, allí, a pocos metros, muertos o heridos, y a otros que retrocedían cegados, tambaleándose.

Detrás de la primera, llegó la segunda oleada.

—¡Segundo disparo!

La segunda oleada cayó segada por la guadaña de la muerte.

—¡Tercer disparo!

El tubo del cañón reventó; el arma quedó inutilizada, pero había realizado ya su trabajo. En tres disparos los botes de proyectiles habían producido cerca de doscientas bajas. El ataque había perdido su empuje.

Los árabes todavía quisieron intentar un último asalto. Un centenar de ellos llegó nuevamente hasta la periferia de Gan Dafna, para topar allí con el fuego graneado de los jovencitos de Jordana Ben Canaan, apostados en las trincheras.

Los supervivientes retrocedían ahora, atontados y chorreando sangre, por el barranco lleno de cadáveres. Mientras los árabes se retiraban, Zev Gilboa gritó a los soldados del Palmach que le siguieran. Así lanzó a sus cuarenta hombres contra varios centenares de árabes que huían a toda prisa, persiguiéndoles otero arriba y por la pendiente opuesta.

—¡Ah, pobre loco sentenciado por Dios! —gritó Ari que estaba mirando con los anteojos de campaña—. Intentará apoderarse de Fort Ester. Yo le había dicho que se detuviera en la cima del otero.

—¿Qué diablos le ocurre a Zev? —refunfuñó David entre dientes.

—Ven —le gritó Ari—. Veamos si conseguimos detenerle.

Con frases precipitadas, Ari ordenó a Jordana que los pequeños del Gadna recogiesen las armas dé los árabes que encontrasen por el campo de batalla y luego se retirasen dentro de Gan Dafna.

Su plan había dado buenos frutos. En quince minutos había dilapidado todos los medios de defensa con que contaba, pero la mitad aproximadamente de los hombres de Kassi habían muerto o estaban heridos.

Cuando Mohamed Kassi vio a sus soldados subiendo a todo escape hacia el fuerte, en el interior del mismo imperó la confusión. En aquel momento Zev Gilboa se encontraba veinticinco metros más adelante que el resto de los soldados del

Palmach. Los tiradores de Fort Ester abrieron fuego sobre sus propios compañeros a fin de detener a los judíos que los perseguían. De los árabes, unos pocos, pudieron entrar en el fuerte; pero los que se encontraban demasiado cerca de los perseguidores quedaron cerrados fuera y recibieron los disparos de los de dentro. Zev había cruzado las alambradas más exteriores y se hallaba solamente a cuarenta metros del fuerte.

—¡Cubríos! —gritó a sus soldados. Y lanzándose al suelo se puso a disparar su «Sten» contra el fuerte hasta que los soldados del Palmach estuvieron fuera del área batida por el mismo.

Viendo luego que su ataque no servía para nada, Zev se volvió y trató de arrastrarse ladera abajo. Del fuerte salió una salva de disparos. Alguna bala le alcanzó y le tumbó en medio de la alambrada, en cuyas mallas quedó aprisionado.

Sus compañeros del Palmach, que se habían parapetado ya, se preparaban a salir intentando rescatarle cuando Ari y David llegaron donde estaban ellos.

—Es Zev —les dijeron—. Ha quedado cogido en la alambrada.

Ari, que se había refugiado detrás de un pedazo de roca, asomó la cabeza. Se encontraba a unos cien metros de Zev y tenía ante sí campo libre. En algunos puntos podría parapetarse detrás de grandes piedras, pero especialmente cerca de su camarada quedaría completamente al descubierto.

De pronto los de Fort Ester dejaron de disparar. Sobrevino un silencio absoluto.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó David.

—Utilizan a nuestro amigo como cebo. Ven que no puede moverse y confían en que nosotros iremos allá y probaremos de llevárnoslo.

—¡Granujas! ¿Por qué no le matan de una vez y ponen fin a este tormento?

—¿No lo comprendes, David? Zev ha perdido el fusil, está desarmado; ellos aguardarán hasta que nosotros nos vayamos, y entonces verán si pueden cogerle vivo. En tal caso se vengarían en él por todos los hombres que hoy han perdido.

—¡Ah, Dios mío! —gimió David. Pero cuando saltaba fuera del abrigo del improvisado parapeto, Ari le cogió y le hizo retroceder.

—Que me den un par de granadas —dijo al mismo tiempo—. Bien. Tú, David, llévate a los soldados hacia Gan Dafna otra vez.

—Ari, no intentarás ir solo allá arriba…

—¡Haz lo que te mandan, maldita sea!

David se volvió en silencio e hizo la señal de que había que emprender la retirada. Al mirar atrás vio que Ari corría agachado montaña arriba en dirección a Zev.

Los árabes le seguían con la mirada. Sabían que alguno intentaría llegar hasta el herido y se preparaban para aguardar a que estuviera bastante cerca para alcanzarle también a él. De este modo los judíos enviarían luego a otro… y a otro.

Ari se puso en pie, echó a correr velozmente y se tumbó detrás de una piedra. Los árabes no dispararon.

Luego se arrastró nuevamente hasta llegar a otro punto protegido, distante unos veinte metros de donde se encontraba Zev enredado en el alambre. Se figuraba que los árabes esperarían hasta que estuviera junto a Zev y ofreciese un blanco seguro.

—¡Vuélvete…! —le gritó Zev—. ¡Vuélvete!

Ari asomó la cabeza por la punta de la roca. Veía perfectamente a su amigo. La sangre manaba en abundancia de su cara y de su estómago. Estaba enredado en el alambre de tal modo que no podía salir. Ari levantó los ojos hacia Fort Ester. Veía los destellos que el sol arrancaba a los cañones de los rifles apuntados en dirección a Zev.

—¡Vuélvete! —gritó éste de nuevo—. Tengo los intestinos colgando fuera del cuerpo. No duraré ni diez minutos… ¡Vuélvete!

Ari cogió las granadas que llevaba en el cinto.

—Zev. ¡Voy a echarte unas granadas! —le gritó en alemán. A continuación colocó las agujas de seguridad de forma que no pudieran estallar, se puso en pie repentinamente y le arrojó las dos. Una cayó a su misma vera.

Zev la recogió y la guardó apretándola contra su destrozado estómago.

—Ya lo tengo… ¡Ahora vuélvete!

Ari echó a correr velozmente montaña abajo, cogiendo a los árabes de sorpresa; ellos esperaban que subiría hasta donde estaba el herido. Cuando abrieron fuego ya estaba fuera de su alcance, camino de Gan Dafna.

Ahora Zev Gilboa se encontraba solo; la vida escapaba gota a gota de su cuerpo. Los árabes aguardaron media hora, vigilando que no les jugasen una treta y esperando que algún judío subiese a buscarle. Pero sobre todo querían cogerle vivo.

Las puertas de Fort Ester se abrieron. Unos treinta árabes salieron corriendo y rodearon al herido.

Zev sacó el alfiler del seguro de la granada, la sostuvo junto a su cabeza y dejó que cayera el percutor.

Ari oyó la explosión y se detuvo. Una palidez de muerte invadió su cara; sus piernas se doblaron bajo el peso del cuerpo. Todas sus entrañas se estremecieron… Luego continuó a rastras la marcha hacia Gan Dafna.

Ari estaba sentado en el refugio del puesto de mando. Estaba solo. Tenía el rostro como la cera; sólo el temblor de los músculos de las mejillas indicaba que quedaba vida en su cuerpo. Sus ojos rodeados por sendos círculos oscuros tenían una mirada apagada.

Los judíos habían perdido veinticuatro personas: once muchachos del Palmach, tres chicas compañeras de éstos, seis miembros del profesorado y cuatro chiquillos. Heridos tenían veintidós. Mohamed Kassi había perdido cuatrocientos dieciocho hombres, muertos, y ciento setenta heridos.

Los judíos habían recogido armas en cantidad suficiente para hacer improbable todo nuevo ataque contra Gan Dafna. Pero los árabes seguían dueños de Fort Ester y

dominaban la carretera que pasaba por Abu Yesha.

Kitty Fremont entró en el refugio. También ella se encontraba al borde del agotamiento.

—Los heridos árabes han sido transportados todos a Abu Yesha, excepto los que usted quería someter a interrogatorio.

Ari asintió con un movimiento de cabeza.

—Y nuestros heridos, ¿cómo están?

—De los niños hay dos que no parece puedan salir de este trance. Los demás se restablecerán sin contratiempo. Tome… le he traído coñac —dijo Kitty.

—Gracias… gracias…

Ari bebió un sorbo y se quedó callado.

—Le he traído también lo que pertenecía a Zev Gilboa. No hay mucho… sólo unas cuantas cosas de uso personal.

—Un *kibbutznik* no tiene nunca grandes posesiones. Todo, incluso su misma vida, pertenece a otra entidad —respondió él con un deje de ironía.

—Yo apreciaba a Zev —afirmó Kitty—. Anoche me contaba que confiaba poder volver algún día a cuidar de sus ovejas. De todos modos… su esposa quizá quiera guardar esos objetos. Ya sabe usted que va a tener otro hijo.

—¡Zev era un loco maldito! —gritó Ari con una mueca—. Nadie le mandaba que probase de apoderarse del fuerte.

Aquí se calló. Al cabo de un momento cogió el pañuelo que envolvía las escasas posesiones de Zev.

—Liora es una buena chica. Es fuerte y sabrá sobreponerse a su desgracia. —Con estas palabras Ari echó aquellos objetos dentro de la estufa de petróleo—. Me será muy difícil encontrar quien substituya a Zev.

Kitty semicerró los ojos.

—¿Esto es todo lo que estaba usted pensando…? ¿Que le será muy difícil encontrar quien le substituya?

Ari se puso en pie y encendió un cigarrillo.

—Hombres como Zev no se dan como la fruta en los árboles.

—¿No tiene cariño a nada ni a nadie?

—Dígame, Kitty. ¿Qué hizo el comandante de su esposo cuando mataron a éste en Guadalcanal? ¿Mandó celebrar funerales?

—Yo pensaría que en el presente caso existe una ligera diferencia. Usted conocía a Zev desde niño. Su mujer es de Yad El. Se crió dos casas más allá de la de usted.

—¿Qué quiere que haga?

—¡Llorar por esa pobre muchacha!

La fisonomía de Ari se contrajo durante un segundo y sus labios temblaron; luego sus rasgos quedaron inmóviles, rígidos.

—No es cosa nueva ver morir a un hombre en una batalla. Váyase…

## CAPÍTULO VII

El sitio de Safed había empezado exactamente al día siguiente de haberse votado la partición, el 29 de noviembre de 1947. Cuando los ingleses abandonaron Safed en la primavera de 1948, según se esperaba, entregaron a los árabes los tres puntos clave: el cuartel general de la policía situado encima mismo de los barrios judíos; la acrópolis, que dominaba toda la ciudad, y el Fuerte Taggart en Monte Canaan, en las afueras de la misma.

Safed tenía la forma de un cono invertido. El sector judío ocupaba aproximadamente una octava parte del cono y estaba enclavado de tal forma que los árabes lo encerraban por arriba, por abajo y por ambos lados. Los judíos no contaban sino con unos doscientos hombres del Haganah, y éstos no habían completado su instrucción militar. Su negativa a evacuar y la decisión de combatir hasta perder el último hombre respondían al espíritu y la tradición de los antiguos hebreos. Los cabalistas de Safed, los menos capaces entre todos los judíos de defenderse a sí mismos, habían constituido uno de los primeros blancos de los disturbios organizados por el Muftí. En otras ocasiones habían visto las degollinas llevadas a cabo por las turbas árabes y se habían amilanado. Ahora habían decidido morir resistiendo. El barrio judío, prensado entre la red de serpenteantes callejuelas, vivía sostenido por un espíritu pasmoso. Un día después de marcharse los ingleses, Ari introdujo en Safed a Joab Yarkoni al mando de treinta muchachos y veinte chicas del Palmach. Su llegada fue acogida con gran algazara. Las tropas de Yarkoni estaban agotadas por la larga travesía realizada por terreno hostil y el hambre las atormentaba. Por primera vez durante siglos los cabalistas rompieron el sábado preparando una comida caliente para aquellos hombres de refuerzo.

Deseando garantizar en Safed una capital provisional para el Muftí, Kawukji ordenó a los regulares que asaltaran el barrio judío. Los árabes intentaron unas cuantas salidas, pero fueron rechazados, y pronto comprendieron que sólo tomarían el barrio mediante una lucha casa por casa, cuarto por cuarto, y reconsiderando la situación volvieron a la táctica del hostigamiento y del asedio.

Remez y Joab Yarkoni eran los dos jefes de los judíos. El brigadier Sutherland había dejado su villa de Monte Canaan para convertirse en el único huésped del hotel de Remez. Aunque de vez en cuando acudían a él pidiendo consejo, Sutherland reconocía que los judíos se desenvolvían bastante bien sin su ayuda.

Remez emprendió como primera tarea la de establecer una zona de fuego bien delimitada. Como los barrios judío y árabe estaban empotrados el uno en el otro, las patrullas árabes se filtraban con gran facilidad dentro del sector judío, obligándole con ello a dispersar sus ya poco densas fuerzas defensivas. Remez quería disponer de un espacio libre que separase sus fuerzas de las del adversario. Con este fin Yarkoni

introdujo una patrulla en el sector árabe, ocupó una docena de casas limítrofes y empezó a disparar desde ellas. Luego se retiró. Cada vez que los otros ocupaban de nuevo aquellos edificios, Yarkoni reanudaba el ataque, apoderándose siempre de las mismas casas. Por fin los árabes las volaron con dinamita para evitar que los judíos las utilizaran. Era exactamente lo que Remez quería. Con ello quedaba entre los dos sectores un espacio libre que ofrecía a los judíos mejor visibilidad y les facilitaba la defensa.

Conseguido esto, Remez y Yarkoni estudiaron el próximo paso. Yarkoni empezó a hostigar a los árabes durante las veinticuatro horas del día. Cada día enviaba tres o cuatro patrullas dentro del sector árabe para que se deslizaran por el laberinto de callejuelas o se movieran por encima de los tejados. Tales patrullas daban repentinos golpes de mano, cada vez en un sitio distinto, y huían. Siempre que los árabes concentraban a sus hombres en una base fuerte, los judíos se enteraban por conducto de sus espías y de este modo sabían dónde asestar el golpe exactamente y qué lugares evitar. Las patrullas judías diurnas, cual un boxeador inquietante, tenían a los árabes en una zozobra continua.

Pero lo que volvía locos de verdad a los árabes eran las patrullas nocturnas del Palmach. Yarkoni había vivido en Marruecos y conocía a su enemigo. El árabe era un hombre supersticioso que le tenía un miedo irracional a la oscuridad. Yarkoni aprovechaba las tinieblas como tropas de refuerzo. Con el simple recurso de hacer estallar petardos, las patrullas nocturnas del Palmach tenían a la población árabe aturdida por el pánico.

Remez y Yarkoni admitían que tales tácticas no eran otra cosa que medidas desesperadas. Ellos carecían de fuerza suficiente para infligir un verdadero quebranto al enemigo, y la tremenda superioridad de los árabes en número, posición y armamento empezaba a pesar en exceso sobre su espíritu. El soldado que el Haganah o el Palmach perdían no había quien lo substituyese. Casi tan difícil como esto resultaba remplazar la comida consumida. La munición era tan escasa que se imponían multas a los soldados del Haganah y del Palmach que malgastasen una bala.

A pesar de que ahora llevasen la peor parte en la lucha, los judíos seguían dueños íntegramente de todo su barrio, y el sorprendente espíritu que los sostenía no había descendido de nivel. En la actualidad el único contacto que tenían con el mundo exterior se lo proporcionaba un solo aparato de radio; a pesar de lo cual las escuelas continuaban funcionando normalmente, el pequeño periódico no perdía ni una edición y los devotos no perdían ni un minuto de sinagoga. Las cartas que sacaban las patrullas las franqueaban con sellos dibujados a mano, y el Yishuv las hacía llegar a su destino cualquiera que fuese el punto de Palestina que indicase la dirección.

El asedio se prolongó todo el invierno y durante la primavera. Finalmente un día

Yarkoni se reunió con Sutherland y Remez para examinar juntos la amarga realidad. Los judíos habían perdido a cincuenta de sus combatientes mejores, no les quedaban ya sino cuatro sacos de harina y no tenían municiones ni para resistir cinco días. Yarkoni no disponía ni de petardos para sus patrullas. Los árabes se habían dado cuenta de aquella debilidad y se mostraban cada vez más audaces.

—Le prometí a Ari que no le molestaría con nuestros problemas, pero me temo que habré de ir a Ein Or para hablar con él —decidió Yarkoni. Y aquella misma noche se deslizó fuera de Safed y se fue al cuartel general de Ari.

Allí dio un informe completo de la situación. Como conclusión dijo:

—Lamento tener que molestarte, pero dentro de tres días nos veremos precisados a empezar a comer ratas.

Ari profirió un sonido inarticulado. La resistencia de Safed había sido una fuente de inspiración para todos los judíos. Safed era actualmente mucho más que una posición estratégica, era otro símbolo de gallardo desafío y tenía un valor incalculable.

—Si pudiéramos lograr una victoria en Safed es posible que aplastásemos la moral árabe en toda Galilea.

—Ari, cada vez que vamos a disparar una bala hemos de entablar un debate sobre si conviene o no gastarla.

—Tengo una idea —dijo Ari—. Ven conmigo.

Como primera providencia, Ari organizó una patrulla nocturna que llevaría algunos refuerzos alimenticios a Safed, y luego acompañó a Joab al almacén que servía de armero. En un cuarto interior enseñó al marroquí un artefacto de raro aspecto hecho de hierro colado, pernos y tuercas.

—¿Qué diablos es esto? —inquirió Joab.

—Chico, estás contemplando un «Davidka».

—¿Un Davidka?

—Sí…, un pequeño David, realizado por el ingenio judío.

Joab se rascaba la mejilla. Uno habría dicho que en ciertos aspectos aquello tenía el aire de un arma… de no se sabía qué especie. Sin embargo… en ninguna otra parte existía nada parecido; Joab estaba seguro de ello.

—¿Para qué sirve esto?

—Me han dicho que dispara proyectiles de mortero.

—¿Cómo?

—Maldito si lo sé. Todavía no lo hemos probado. He recibido un informe de Jerusalén asegurando que ha dado muy buenos resultados.

—¿Para los judíos o para los árabes?

—Mira, Joab, te diré lo que voy a hacer. Estuve guardando el arma para el momento oportuno. Es tuya, llévatela a Safed.

Joab dio una vuelta alrededor de aquel extraño mecanismo.

—¡De qué cosas hemos de echar mano para ganar una guerra! —murmuró.

La patrulla nocturna encargada de introducir raciones de urgencia en Safed transportó también el «Davidka» y treinta libras de municiones. Apenas llegado, Joab reunió a los jefes del Haganah y del Palmach, y todo el resto de la noche se lo pasaron haciendo conjeturas acerca de cómo funcionaría aquel ingenio. Diez eran los reunidos y diez fueron las opiniones dispares expresadas.

Al fin uno de los presentes tuvo la ocurrencia de llamar al brigadier Sutherland. Fueron al hotel, le despertaron y casi se lo llevaron a rastras al puesto de mando. El brigadier contemplaba el «Davidka» con expresión incrédula.

—Sólo un judío es capaz de haber compuesto un instrumento como éste —concluyó.

—Me han dicho que en Jerusalén dio muy buenos resultados —excusóse Joab.

Sutherland probó todas las palancas, manijas y mecanismos de puntería y al cabo de una hora tenían ideada una manera de disparar el ingenio, que acaso fuera acertada… o acaso no lo fuera.

A la mañana siguiente llevaron el «Davidka» a un espacio libre y lo apuntaron en dirección al cuartel de policía —en poder de los árabes— y de unas cuantas casas vecinas que éstos utilizaban para tirotear a los judíos.

Los proyectiles del «Davidka» no eran menos raros que el artefacto que tenía que dispararlos. Tenían la forma de un martillo macho, la cabeza del cual era un cilindro de hierro cargado de dinamita y equipado con fulminantes. El grueso mango suponían que se adaptaba al tubo del mortero. Se figuraban que, al disparar, el mango saldría empujado con tal fuerza que arrastraría la desproporcionada carga de dinamita hacia el objetivo. Sutherland veía al proyectil volando un trecho de pocos metros, estallando casi a sus pies.

—Si esa cabeza destructora se cae del tubo, como yo espero muy confiadamente —dijo—, es probable que aniquilemos a toda la población judía de Safed.

—En tal caso propongo que nos sirvamos de cuerdas para dispararlo desde una distancia prudencial —indicó Remez.

—¿Cómo lo apuntaremos? —preguntó Yarkoni.

—Apuntar esta monstruosidad no servirá de mucho. Basta con inclinarla en dirección al enemigo y rogar a Dios que todo salga lo mejor posible.

El rabí principal, muchos cabalistas y sus esposas se habían congregado junto al «Davidka» y sostenían una interminable discusión acerca si aquel objeto señalaría el día de la sentencia colectiva. Al final el rabí rezó unas bendiciones especiales sobre el arma y rogó al Mesías que tuviese misericordia de todos ellos, porque, en verdad, habían sido buenos y guardado los Mandamientos.

—Terminemos de una vez —dijo Remez con voz pesimista.

Los cabalistas se retiraron a lugar seguro. Los otros colocaron unos fulminantes dentro del tubo, sacaron un cartucho y colocaron el largo mango dentro del mismo. El cilindro de dinamita se bamboleaba amenazadoramente sobre el extremo del tubo. Después ataron una larga cuerda al mecanismo de disparo. Todo el mundo se puso a cubierto; el lugar quedó en silencio.

—¡Disparad! —ordenó Yarkoni con voz entrecortada.

Remez tiró de la cuerda y ocurrió un extraño fenómeno. El «Pequeño David» disparó efectivamente.

El mango salió silbando de dentro del tubo y el cubo de dinamita se puso a girar trazando un arco de modo que el mango se situó en la parte delantera, y así subió monte arriba. Mientras rodaba por el aire, viéndose cada vez más pequeño, producía un silbido repelente. Fue a caer dentro de unas casas cercanas al cuartel de policía.

Sutherland se había quedado con la boca abierta.

El mostacho de Yarkoni parecía acercarse a la nariz.

A Remez se le salían los ojos de las órbitas.

Los viejos cabalistas interrumpieron sus oraciones para mirar atónitos.

El proyectil estalló con el bramido de un trueno, sacudiendo la ciudad hasta sus mismos fundamentos. Daba la impresión de haber hecho pedazos la mitad por lo menos de la ladera del monte.

Los espectadores permanecieron unos momentos silenciosos, como petrificados. Luego hubo otro estallido, pero éste fue dé gritos, abrazos, besos, oraciones y alborozo.

—¡Por Júpiter…! —fue todo lo que Sutherland supo exclamar—. ¡Por Júpiter!

Los soldados del Palmach formaron la anilla de una *hora* y se pusieron a bailar alrededor del «Pequeño David».

—Vamos, vamos. ¡Disparemos otro!

Desde los barrios árabes oían la alegre algazara de los judíos, y sabían su causa. Con el sonido de la bomba voladora hubiera habido bastante para infundirle a uno un espanto de muerte; no hablemos ya de la explosión. Ni los árabes palestinos ni los irregulares tenían deseo alguno de vivir una experiencia semejante; cada vez que el «Pequeño David» disparaba le seguía una escena de desolación. Los árabes temblaban de terror mientras los judíos se tomaban la revancha de unos cuantos años del siglo de tormentos sufrido.

Joab Yarkoni envió noticias a Ari comunicándole que el «Davidka» tenía a los árabes en un torbellino de confusión. Ari presintió que aquello les brindaba una oportunidad y decidió realizar un arriesgado intento para sacarle el máximo partido. Llevándose a unos pocos hombres de cada establecimiento consiguió formar un par de compañías del Haganah y las introdujo en Safed de noche, trayendo más municiones para el «Davidka».

Sssuiss… ¡*buum*!

El cubo de pernos y su silbadora bomba estaban destrozando la ciudad. Sssuiss… ¡*buum*!

El tercer día después de la llegada del «Davidka» a Safed, los cielos se abrieron en un copioso aguacero. Entonces Ari inventó la mayor patraña de una guerra en la que las patrañas eran un arma de combate. Hizo que Remez reuniera a todos los espías árabes y les dirigió un breve discurso.

—Por si ustedes no lo sabían, hermanos —les dijo, hablándoles en árabe—, tenemos un arma secreta. No estoy autorizado para revelar la naturaleza de esta arma nueva, pero sí puedo recordarles lo que todos ustedes ya saben y es que después de una explosión nuclear siempre vienen lluvias. ¿Es preciso decir más?

Al cabo de unos minutos los espías habían extendido por todas partes la noticia de que el «Pequeño David» era un arma secreta. Al cabo de una hora todas las bocas árabes de Safed habían repetido la espantosa afirmación: ¡*Los judíos tienen la bomba atómica*!

Sssuiss… ¡*buum*! El «Pequeño David» seguía rugiendo, la lluvia se convertía en diluvio y el pánico se extendía por todas partes. Al cabo de dos horas los árabes que huían de Safed embotellaban todas las carreteras que salían de la ciudad.

Ari Ben Canaan dirigió un ataque del Haganah realizado con trescientos hombres. Fue una acción más espontánea que calculada, y los irregulares, apoyados por un puñado de enfurecidos árabes de Safed, rechazaron a los judíos que intentaban tomar la acrópolis. Ari sufrió elevadas pérdidas, pero la población de Safed continuó huyendo.

Tres días después, con la ciudad casi desierta de población civil árabe, Ari Ben Canaan, Remez y Joab Yarkoni dirigieron un ataque mejor planeado y lanzado en tres direcciones, mediante el cual tomaron la acrópolis.

Ahora habían cambiado las tornas. Los judíos se habían situado en la parte alta, encima del cuartel árabe de policía. Ahora aquéllos que durante varias décadas habían atormentado y asesinado a los cabalistas lanzando contra ellos turbas frenéticas tenían ocasión de continuar en su sitio y presentar batalla; pero prefirieron huir de las iras de los judíos. El cuartel de policía cayó, y Ari salió inmediatamente de la ciudad a fin de bloquear el enorme Fuerte Taggart de Monte Canaan, la más firme de todas las posiciones que ocupaban los árabes. Al llegar allá vio al momento que sus ocupantes habían abandonado el fuerte, una posición que le habría sido imposible tomar. Con aquella fortaleza en sus manos la conquista de la ciudad era completa.

La victoria de los judíos en Safed dejó pasmado a todo el mundo. La posición vulnerable cuya defensa se tenía por imposible no solamente había sido defendida sino que sus defensores se habían hecho dueños de la ciudad… con sólo unos pocos centenares de combatientes y un arma estrambótica llamada el «Pequeño David».

Surgieron muchas teorías y se trabaron grandes discusiones acerca de cómo se había producido aquella victoria. Hasta los mismos cabalistas de Safed se dividían en opiniones distintas. El rabí Haim, perteneciente a la Ashkenazim, o escuela europea, estaba completamente seguro de una intervención divina, según la predice el libro de Job:

*Cuando él esté a punto de llenar la tripa, Dios enviará sobre él el furor de su ira, y lloverá sobre él mientras esté comiendo. Y él huirá del arma de hierro…*

El rabí Meir, de la escuela sefardí, u oriental, contradecía a su colega Haim, si bien daba igualmente por descontada la intervención divina, según se describe en Ezequiel:

*Tus paredes se estremecerán a su ruido… y él cruzará tus puertas como entran los hombres en una ciudad en la que se ha abierto una brecha… y tu potente guarnición caerá al suelo.*

Bruce Sutherland se volvió a su villa de Monte Canaan. Los árabes la habían saqueado. Habían pisoteado su hermoso jardín de rosales, arrasándolos hasta el suelo, y lo habían robado todo, hasta las empuñaduras de las puertas. A Sutherland tal desgracia no le trastornó; todo sería reconstruido. Acompañado de Yarkoni y Remez, salió al patio trasero y se puso a contemplar el valle y luego Safed. Después los tres hombres bebieron una buena dosis de coñac y se echaron a reír.

Ni ellos ni nadie más se daba cuenta todavía de ello, pero la huida de la población de Safed había abierto un nuevo y trágico capítulo: había iniciado la creación de refugiados árabes.

En algún punto de Galilea, un vetusto «Liberator» de bombardeo pilotado por una tripulación de voluntarios sudafricanos y americanos, miraba hacia el suelo buscando un par de reflectores azules.

Localizados los reflectores, el bombardero aterrizó a ciegas, guiado únicamente por unos chorros de luz que señalaban la posición del campo. El aparato saltaba rudamente sobre la pista llena de baches y poco a poco detuvo la marcha. La tripulación paró los motores sin perder instante.

Enjambres de gente rodearon el aparato y lo libraron de su carga: la primera provisión de armas modernas. Fusiles, ametralladoras, morteros y toneladas y toneladas de munición salían del vientre, de la cola y de los depósitos de bombas del aparato, convertidos en almacén.

Los grupos de trabajo dejaron el «Liberator» vacío en pocos minutos. Una docena de camiones cargados de armas se dispersaron luego en todas direcciones. En una docena de *kibbutzim* los muchachitos del Gadna aguardaban, dispuestos a limpiar las armas y llevarlas a los asentamientos sitiados. El aeroplano describió un arco de ciento ochenta grados, despegó en un corto trecho de terreno y regresó a Europa a buscar otro cargamento similar.

Por la mañana vinieron unos soldados británicos a investigar lo que hubiera de cierto en las reclamaciones de los árabes, los cuales aseguraban haber oído un avión aterrizando en aquel sector. No pudiendo encontrar signo alguno de la presencia del aparato, los ingleses quedaron convencidos de que la imaginación de los árabes había sufrido un nuevo extravío.

Cuando hubieron llegado el cuarto y el quinto cargamentos de armas, los judíos empezaron a cosechar victorias. Tiberíades, sobre el Mar de Galilea, había caído en su poder. El enorme Fuerte Gesher de la línea Taggart había sido tomado por ellos, y había rechazado todos los asaltos de los irregulares iraquíes.

Con la caída de Safed, los judíos desencadenaron su primera ofensiva bien coordinada, la «Operación Escoba de Hierro», dirigida a limpiar Galilea de poblaciones hostiles. En dicha operación intervenían en primer término unos *jeeps* provistos de ametralladoras que irrumpían en las poblaciones y ponían a los árabes en fuga. Safed había iniciado una grieta en la moral árabe, dando una buena base psicológica a la operación.

Al contar ya con una veintena de triunfos locales en su haber, y sabiéndose en condiciones de montar una ofensiva victoriosa, el Haganah fijó su objetivo en el importantísimo puerto de Haifa.

El Haganah descendía por la ladera de Monte Carmelo en un ataque formando cuatro puntas, cada una de ellas dirigida contra un punto fuerte de los árabes. Las tropas árabes, compuestas de soldados del país e irregulares sirios, libaneses e iraquíes, montaron una sólida defensa y al principio lograron contener a los atacantes. Los británicos, que seguían dominando el sector de los muelles, concertaban una tregua tras otra entre los contendientes con objeto de detener las ofensivas judías, y algunas veces arrebataron a los asaltantes puntos ventajosos que habían conquistado con duro esfuerzo.

Los árabes seguían resistiendo bien la firme presión de los judíos. Luego, en el momento en que la lucha llegaba a su apogeo, el comandante árabe y todo su Estado Mayor se fugaron calladamente. La resistencia perdió moral y se derrumbó por completo. Los británicos concertaron una nueva tregua en el momento en que los judíos penetraban ya en el sector árabe.

Y entonces ocurrió un hecho insólito. Entre el asombro general, los árabes anunciaron que toda su población deseaba marcharse. El procedimiento siguió la curiosa pauta de Safed y de muchas otras localidades. Resultaba un extraño espectáculo ver a la población árabe entera huyendo hacia la frontera libanesa, sin que nadie la persiguiese.

Acre, una ciudad exclusivamente árabe, hormiguero de refugiados, cayó en poder del Haganah después de una tímida defensa que sólo duró tres días. Esta sicosis se propagó a la ciudad árabe de Jaffa, donde los Macabeos, ocupando el centro del

frente de ataque, se apoderaron del puerto más antiguo del mundo… y los árabes de Jaffa huyeron.

En el pasillo de Jerusalén, Abdul Kadar consiguió expulsar a los judíos de la altura clave de Kastel, pero el Haganah y el Palmach contraatacaron inmediatamente y expulsaron a su vez a los árabes. Kadar reagrupó su gente para realizar otra tentativa contra Kastel, y murió en el intento. La pérdida del único comandante capacitado que tenían significó un gran golpe para los árabes y contribuyó mucho a desmoralizarlos.

Llegó mayo de 1948. A los ingleses no les quedaban sino dos semanas para completar la evacuación y abandonar el mandato.

En las fronteras, los ejércitos vengativos de Siria, Yemen, Líbano, Transjordania, Egipto y Arabia Saudí estaban preparados esperando el momento de cruzar y aplastar a los victoriosos judíos.

La hora de la decisión —proclamar o no al Estado de Israel— estaba a punto de sonar.

## CAPÍTULO VIII

Entre noviembre de 1947 y mayo de 1948, el Yishuv había dado un espectáculo inconcebible al luchar con éxito contra fuerzas inmensamente superiores con poco más que nada. Durante aquel período de tiempo los judíos habían convertido el Haganah, de una unidad clandestina de defensa, en el núcleo de un verdadero ejército. Habían instruido más soldados y nuevos mandos y habían organizado escuelas de táctica y de operaciones, así como los abastecimientos y transportes y el centenar de otros detalles que señalaban la conversión de la guerra de guerrillas en guerra organizada según un plan de conjunto.

La primera fuerza aérea formada por los pilotos de los «Piper Cub», que arrojaban granadas por las ventanillas, había crecido hasta incluir unos cuantos «Spitfire» pilotados por judíos que habían votado con las fuerzas aéreas americanas, inglesas y sudafricanas. La Armada habíase iniciado con los esmirriados vaporcitos que traían inmigrantes clandestinos y ahora comprendía unas cuantas corbetas y unas cuantas lanchas rápidas.

Desde el principio los judíos habían apreciado la importancia de la organización, la información y el mando único. Cada día adquirían más experiencia, y las victorias conseguidas aumentaban su confianza. Habían demostrado que sabían organizar y coordinar acciones de pequeño alcance: los convoyes a Jerusalén, la «Operación Escoba de Hierro», y otras acciones locales.

Habían aceptado el reto y habían triunfado. Sin embargo, sabían que habían ganado una guerra pequeña nada más, y contra un enemigo que no tenía un deseo exagerado de luchar. Los árabes no habían contado con una buena organización ni con jefes capaces, ni tuvieron nervio para combates largos y sostenidos. El desastre árabe demostraba que se necesita algo más que tópicos para infundirle a un hombre el espíritu y el valor de poner su vida en el envite.

Los cargamentos de armas pequeñas traídos en avión habían contribuido a salvar al Yishuv. A medida que se acercaba la hora de la decisión cobraba cuerpo la realidad innegable de que aquellas armas tendrían que hacer frente a unos ejércitos regulares equipados con tanques, artillería y fuerzas aéreas modernas.

Los que creían que los países árabes se entregaban a una baladronada despertaron rudamente al ver que la Legión Árabe de Transjordania violaba descaradamente todo concepto del honor. La Legión operaba en Palestina como fuerza de policía británica. Y esa «fuerza de policía británica» inició una acción abierta contra los establecimientos del Grupo Etzion, situados junto a la carretera de Jerusalén.

Las cuatro poblaciones del Grupo Etzion estaban bajo el mando de los judíos ortodoxos, los cuales decidieron quedarse en sus puestos y luchar, siguiendo el ejemplo de todos los núcleos del Yishuv. Dirigida por oficiales ingleses, la Legión

Árabe de Transjordania bombardeó sin piedad los cuatro establecimientos aislándolos por completo de toda posible ayuda exterior.

El *kibbutz* Etzion fue el primer objetivo que se fijaron los atacantes Después de demoler sus edificios, la Legión atacó aquel establecimiento agotado por el asedio y el hambre. Los judíos ortodoxos del *kibbutz* resistieron firmemente hasta que hubieron disparado el último cartucho, y sólo entonces se rindieron. Los paisanos árabes que seguían a la Legión entraron en tromba y asesinaron a casi todos los supervivientes. La Legión intentó poner fin a la degollina, pero cuando todo hubo terminado no quedaban sino cuatro judíos con vida.

El Haganah dirigió inmediatamente un llamamiento a la Cruz Roja Internacional para que supervisara la rendición de los otros establecimientos del grupo, los cuales estaban a punto también de agotar las municiones. Gracias a esta medida se evitó que en ellos se cometieran otros asesinatos en masa.

En el desierto del Negeb, cerca del Mar Muerto, la Legión Árabe de Transjordania emprendió otro ataque.

Esta vez se lanzaron contra un *kibbutz* que los judíos habían formado en el punto más bajo y más cálido de la Tierra. Se llamaba Beth Ha-Arava: la Casa del Yermo. En verano estaban allí a cincuenta grados centígrados a la sombra. Cuando los judíos fueron a establecerse en aquel lugar, su suelo alcalino no había producido un ser viviente en ningún momento de la Historia. Los judíos lavaron el suelo parcela por parcela para librarlo de sales, y mediante este laborioso proceso, junto con la construcción de acequias, pantanos y cisternas para recoger el agua de lluvia, formaron una granja moderna.

Teniendo a los judíos más próximos a ciento cincuenta kilómetros de distancia y enfrentándose a fuerzas incalculablemente superiores, Beth Ha-Arava se rindió a la Legión Árabe, y mientras sus habitantes abandonaban la Casa del Yermo, los últimos en salir aplicaban una antorcha a todos los edificios y a los campos, incendiando todo aquello que habían levantado con sobrehumano esfuerzo.

Y de este modo los árabes pudieron apuntarse por fin unas victorias: Beth Ha-Arava y la sangrienta conquista del Grupo Etzion.

La noche del trece de mayo del 1948, el Alto Comisario británico en Palestina salió calladamente de la Jerusalén agitada por la batalla. La «Union Jack», símbolo allí del poder mal empleado, bajó del asta… para siempre.

*14 DE MAYO DE 1948*

En Tel Aviv los dirigentes del Yishuv y los del sionismo internacional se reunieron en casa de Meier Dizengoff, fundador y primer alcalde de la ciudad. Delante de la casa unos guardias armados con fusiles «Sten» contenían a la ansiosa

multitud.

El Cairo, Nueva York, Jerusalén, París, Londres y Washington, el mundo entero tenía los ojos vueltos hacia aquella morada.

«Ésta es Kol Israel» —la Voz de Israel—, dijo pausadamente el locutor desde la estación emisora. «Acaban de entregarme un documento relativo al final del mandato británico, que voy a leerles».

—¡Silencio! ¡Silencio! —ordenaba el doctor Lieberman al enjambre de chiquillos que se habían congregado en su casa—. ¡Silencio!

«… La Tierra de Israel —decía la voz de la radio—, fue la cuna del pueblo judío. Aquí se formó su personalidad religiosa, espiritual y nacional. Aquí consiguió la independencia y creó una cultura de trascendencia nacional y universal. Aquí el pueblo judío escribió y entregó al mundo la Biblia».

Bruce Sutherland y Joab Yarkoni, que se encontraban en el hotel de Remez, interrumpieron la partida de ajedrez y, junto con Remez, se pusieron a escuchar fascinados.

«… Exiliado de la Tierra de Israel, el pueblo judío continuó fiel a la misma en todos los países por los que tuvo que dispersarse, sin cesar nunca de rezar y confiar en el regreso a su país de origen y en la restauración de su libertad nacional».

En París los parásitos de la radio aumentaban hasta cegar la voz, al mismo tiempo que Barak Ben Canaan y los otros agentes del Yishuv hacían girar con mano frenética los botones de mando y golpeaban el receptor.

«… Impulsados por esta asociación histórica, los judíos luchar ron durante todo el transcurso de los siglos por regresar al país de sus padres y volver a formar una nación. En décadas recientes regresaron un buen número al solar de sus mayores; roturaron los yermos, resucitaron el idioma, edificaron ciudades y villas y establecieron una comunidad que ha crecido sin cesar, dotada de una vida económica y cultural propia. Buscaban la paz, pero estaban dispuestos a defenderse. Y trajeron los beneficios del progreso a todos los habitantes…».

En Safed, los cabalistas escuchaban con la esperanza de oír palabras que confirmasen las antiguas profecías. En el pasillo de Jerusalén los soldados de la Brigada de Montañeros del Palmach, rendidos de cansancio, escuchaban también, y en los aislados y asediados establecimientos del requemado desierto del Negeb escuchaban igualmente.

«… Este derecho quedó reconocido por la Declaración Balfour del dos de noviembre de 1917 y reafirmado por el mandato de la Liga de Naciones, que era un reconocimiento internacional explícito…».

En Ein Or, David Ben Ami entró precipitadamente en la oficina del comandante. Ari se llevó el dedo a los labios y señaló el aparato de radio.

«… El reciente holocausto que devoró en Europa a millones de judíos demostró

nuevamente la necesidad…».

En Yad El, Sarah Ben Canaan escuchaba y recordaba la primera vez que había visto entrar a Barak en Rosh Pinna sobre un corcel árabe blanco con su gran barba roja cayendo como una cascada sobre la túnica.

«… Restablecimiento del Estado judío, que abriría las puertas a todos los de nuestro pueblo y nos situaría en pie de igualdad entre la familia de las naciones…».

Dov y Karen se cogían de la mano calladamente en el comedor y escuchaban el altavoz.

«… Durante la Segunda Guerra Mundial, el pueblo judío de Palestina aportó su contribución plena a la lucha… El veintinueve de noviembre de 1947 la Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó una resolución requiriendo el establecimiento de un Estado judío en Palestina… El derecho del pueblo judío a proclamar su Estado independiente es indiscutible. Es el derecho natural del pueblo judío a vivir, a semejanza de las demás naciones, una existencia independiente como Estado soberano.

»…Por todo lo cual proclamamos el establecimiento del Estado judío de Palestina, que llevará el nombre de Estado de Israel».

Kitty Fremont sintió que su corazón daba un brinco; Jordana sonrió.

«… El Estado de Israel tendrá sus puertas abiertas para todos los judíos de todas las naciones por las cuales se encuentran dispersos que quieran inmigrar; promoverá el desarrollo del país en beneficio de todos sus habitantes; se basará en los principios de libertad, justicia y paz según las concibieron los profetas de Israel; proclamará la igualdad social y política de todos sus ciudadanos sin distinción de religión, raza o sexo; garantizará la libertad de religión, conciencia, enseñanza y cultura, salvaguardará los lugares sagrados de todas las religiones, y mantendrá fielmente los principios de la Carta de las Naciones Unidas…

»…Aun en medio de una agresión alevosa, nosotros dirigimos un llamamiento a los habitantes árabes del Estado de Israel invitándoles a conservar la paz y a llenar su parte en el desenvolvimiento del Estado, sobre la base de una plena e igual ciudadanía, con la debida representación en sus organismos e instituciones…

»…Nosotros ofrecemos nuestra mano en paz y buena vecindad a todos los Estados limítrofes y a sus pueblos, y les invitamos a colaborar…

»…Con la confianza puesta en Dios Todopoderoso, redactamos la presente declaración en esta primera sesión del Consejo Provisional del Estado, sobre el suelo de la Patria, en la ciudad de Tel Aviv, en la víspera del sábado, el cinco de Iyar de 5708, catorce de mayo de 1948».

Después de dos mil años, el Estado de Israel renacía otra vez.

Al cabo de pocas horas y por boca del presidente Truman, los Estados Unidos fueron la primera nación del mundo que reconoció al Estado de Israel.

En el mismo momento en que las multitudes de Tel Aviv bailaban la *hora* por las calles, aviones egipcios de bombardeo despegaron rumbo a dicha ciudad con ánimo de destruirla y los ejércitos del mundo árabe cruzaron las fronteras del recién nacido Estado.

# CAPÍTULO IX

Mientras cada uno de los ejércitos árabes violaba las fronteras de Israel, todos se jactaban de inmediatos triunfos y se ponían a publicar gloriosos comunicados describiendo imaginarios hechos de armas. Los árabes revelaron que tenían un «plan magistral» para arrojar a los judíos al mar. Si existía un plan tan supremo no había un jefe militar supremo, pues cada nación árabe tenía su idea propia acerca de quién había de dirigir los ejércitos y de quién había de gobernar luego Palestina. Bagdad y El Cairo reclamaban, cada una por su parte, la jefatura del mundo árabe y de un «Estado superior árabe»; Arabia Saudí la reclamaba también, alegando que en su suelo radicaban las ciudades santas de Medina y La Meca; Jordania aspiraba a ser dueña de Palestina por formar parte del mandato, y Siria jamás se había apeado de la tesis de que Palestina era la parte meridional de una provincia otomana. Y de este modo… los árabes «unidos» atacaron.

*DESIERTO DE NEGEB*

Una fuerza agresiva egipcia anunciada a bombo y platillos partió de sus bases en el Sinaí pasando por la población árabe de Gaza y siguiendo por la costa. La primera de las dos columnas que formaban los egipcios, apoyada por tanques, carros blindados, artillería y aviación moderna, avanzaba por la carretera de la costa, paralela a la vía del ferrocarril, camino de Tel Aviv, la capital provisional de los judíos. Los egipcios estaban seguros de que ante su fuerza espantosa, aterradora, los judíos huirían a la desbandada.

En el primer *kibbutz*, Nirim, atacaron de frente y fueron rechazados. En el segundo y tercer establecimientos que toparon por el camino encontraron la misma tenaz resistencia. Aquel inesperado contratiempo hizo que el Estado Mayor egipcio reconsiderase la situación. El fruto de tal examen fue que decidieron pasar de largo por los puntos de mayor resistencia y continuar subiendo por la costa. Sin embargo, como esta medida les ponía en peligro de extender en exceso sus líneas de aprovisionamiento y de dejar su retaguardia abierta a los ataques de las bolsas judías que quedaban detrás, se veían en la necesidad imperiosa de pararse y combatir en ciertas plazas claves.

La artillería egipcia arrasaba los establecimientos judíos hasta el suelo, mientras los aviones los destrozaban con sus bombas. Después de encarnizados combates los egipcios se apoderaron de tres núcleos. No obstante, la mayoría de éstos resistieron y fueron dejados a la espalda de aquel ejército invasor.

El establecimiento más estratégicamente situado de la línea de avance de los

egipcios era el *kibbutz* Negba —Puerta del Desierto— que estaba emplazado cerca del cruce de la carretera que iba en dirección Norte, hacia Tel Aviv, y otra lateral que penetraba hacia el interior. Aquélla era una de las posiciones que los egipcios tenían que conquistar.

A menos de dos kilómetros del *kibbutz* de Negba se levantaba el Fuerte Taggart de Suweidan —el Monstruo del Monte— que los ingleses habían entregado a los árabes. Desde el fuerte estaban en condiciones de aniquilar el *kibbutz*. En cambio los de Negba no poseían arma ninguna que alcanzase el fuerte.

Los campesinos de Negba comprendían la importancia vital que tenía el cruce por ellos ocupado para los invasores. Sabían también que no eran invencibles… y sabían qué era lo que podían esperar. No obstante, resolvieron quedarse en su puesto y combatir. A despecho de que los cañones de Suweidan asolaban hasta el último edificio, de que la ración de agua llegó a reducirse a unas gotas diarias y las alimenticias disminuyeron hasta el nivel del hambre, Negba siguió resistiendo. Un asalto sucedía a otro, y cada vez los judíos rechazaban a los atacantes. Durante un ataque encabezado por tanques, los judíos no tenían ya sino cinco proyectiles antitanques, y con ellos destrozaron cuatro de los monstruos de acero que les asaltaban. Negba tuvo a los egipcios en jaque semanas y semanas. Se negaba a rendirse. Luchaba como habían luchado los judíos de Masada; fue el primer símbolo de gallardía del nuevo Estado.

La columna egipcia de la costa sufrió en Suweidan elevadas pérdidas, pero, por supuesto, continuó su marcha, llegando a una proximidad peligrosa de Tel Aviv.

En Isdud, a treinta y dos kilómetros nada más de la capital, los judíos endurecieron su resistencia. Las armas y los nuevos inmigrantes que desembarcaban en los muelles eran enviados sin pérdida de tiempo a Isdud a cerrar el paso a la columna egipcia.

Los egipcios se detuvieron con objeto de reagruparse, renovar sus provisiones y ponerse a punto para una última arremetida, que les había de llevar al centro del mismo Tel Aviv.

Entretanto la segunda columna invasora giraba hacia el interior, marchando por el Desierto del Negeb. Mientras avanzaban sin la menor oposición por las ciudades árabes de Beersheba, Hebrón y Belén, Radio El Cairo y la Prensa egipcia pregonaban «victoria tras victoria».

Se tenía la intención de que esta segunda columna participase en la «gloriosa» conquista de Jerusalén, lanzando un ataque desde el sur, sincronizado con el de la Legión Árabe. Pero los egipcios decidieron no compartir el honor con nadie y fueron a la conquista de Jerusalén ellos solos.

Después de concentrarse en Belén, asaltaron Ramat Rahel —el Monte de Raquel — punto avanzado judío que defendía el acceso meridional a Nueva Jerusalén y lugar

donde en otro tiempo Raquel lloró por los hijos exiliados de Israel.

Los campesinos de Ramat Rahel resistieron el ataque egipcio hasta que ya no les fue posible y entonces se replegaron lentamente hacia Jerusalén. Al llegar a los suburbios meridionales de la ciudad, encontraron unos refuerzos del Haganah, se reagruparon y se lanzaron de nuevo hacia su *kibbutz* expulsando a los egipcios y persiguiéndoles hasta Belén.

## *JERUSALÉN*

Cuando los ingleses salieron de Jerusalén, el Haganah se apresuró a ocupar los sectores que habían ocupado aquéllos y a lanzar ataques contra los ocupados por los irregulares de Kawukji. La lucha consistía en combates calle por calle; los niños del Gadna actuaban de enlaces y muchos hombres en traje de trabajo iban al frente de las fuerzas atacantes.

El segundo objetivo perseguido por el Haganah consistía en apoderarse de un suburbio que separaba a los judíos de Monte Scopus de los de Jerusalén Nueva. Logrado esto, llegó el momento de tomar una decisión de mayor alcance. Ahora los judíos estaban en situación de adueñarse de la Ciudad Vieja de Jerusalén. Con la Ciudad Vieja en sus manos tendrían un frente estratégico sólido. Sin ella, eran vulnerables. Motivos de política internacional, el miedo a perjudicar los Santos Lugares y fuertes presiones exteriores, les indujeron a dejar en paz la Ciudad Vieja, a pesar de que dentro de sus murallas había un barrio habitado por varios miles de judíos piadosos.

A requerimiento de los monjes, los judíos abandonaron un puesto de observación que tenían en la torre de una iglesia armenia dentro de la Ciudad Vieja. Apenas ellos lo hubieron dejado, los irregulares corrieron a ocupar aquel mismo puesto y se negaron a marcharse. No obstante este hecho, los judíos continuaron creyendo que los árabes no osarían atacar la Ciudad Vieja, lugar sagrado para tres religiones y seguirían el ejemplo establecido por ellos en aquel suelo, el más santo del mundo.

En tal momento el Haganah tuvo que presenciar y soportar la última muestra de alevosía. Glubb Pachá, el inglés que mandaba la Legión Árabe, había prometido solemnemente que, cuando los ingleses evacuaran, la Legión regresaría a Jordania. Pero cuando los ingleses salieron de Jerusalén, la Legión Árabe entró apresuradamente en la ciudad, violando con el mayor descaro la promesa hecha. Y no sólo entró sino que desencadenó ataques mediante los cuales pudo arrebatar parte de lo conquistado anteriormente por el Haganah. La defensa del suburbio que unía la Jerusalén Nueva con Monte Scopus había sido confiada a los Macabeos, quienes lo perdieron ante las fuerzas de la Legión, dejando así aisladas a las fuerzas de dicho monte. ¡Entonces Glubb ordenó a la Legión Árabe que atacase la Ciudad Vieja!

Después de tantos años de tratar con los árabes, los judíos ya no se hacían ilusiones, pero aquel ataque al más sagrado de todos los santuarios de la Humanidad, representaba el colmo. Para cerrar el paso a la Legión Árabe no había sino unos cuantos miles de judíos ultraortodoxos que no moverían un dedo en su propia defensa. Los del exterior introdujeron en la Ciudad Vieja todas las fuerzas del Haganah de que pudieron prescindir, a las cuales siguieron también varios centenares de enfurecidos voluntarios Macabeos. Una vez dentro de la Ciudad Vieja aquellas fuerzas no tenían escapatoria posible.

*EL PASILLO DE JERUSALÉN*

La carretera de Jerusalén a Tel Aviv continuaba siendo testigo de las mayores luchas de la campaña. Los Montañeros del Palmach habían limpiado media docena de alturas de los Montes de Judea. El Kastel estaba firmemente en sus manos y luego habían asaltado y ganado Comb, Suba y el número suficiente de puntos clave para mantener abierto el traicionero y vulnerable Bab el Wad.

Entonces se produjo la mancha más negra en el historial de los judíos. A los Macabeos les habían entregado para su ocupación el poblado árabe de Neve Sadij. Por una extraña e inexplicable sucesión de acontecimientos estalló el pánico entre los soldados Macabeos, los cuales se pusieron a disparar locamente sin que hubiera necesidad alguna de ello. Una vez iniciado, fue imposible poner fin al tiroteo. Más de doscientas personas de la población civil árabe murieron acribilladas. Con la carnicería de Neve Sadij, los Macabeos, cuya aportación había resultado tan valiosa, grabaron sobre la joven nación un estigma. Se necesitarían varias décadas para borrarlo.

Si bien la Brigada de Montañeros había abierto el paso de Bab el Wad, los ingleses facilitaron a los árabes la tarea de bloquear Jerusalén entregando a la Legión el fuerte Taggart de Latrún. Latrún, que otrora había sido un penal británico honrado en el transcurso del tiempo con la presencia de todos los dirigentes del Yishuv, estaba asentado sólidamente en un cruce de la carretera, cerrando la entrada de Bab el Wad.

De ahí que se convirtiera en el objetivo más importante de los israelíes. En un intento desesperado de coger el fuerte se formó precipitadamente una brigada especial, compuesta en su mayor parte por inmigrantes libertados de los campos de detención de Chipre y otros lugares. Los oficiales que la mandaban estaban igualmente impreparados para una operación de cierta envergadura. Armada e instruida a toda prisa, aquella brigada fue llevada al pasillo, y probó de lanzar un asalto nocturno contra Latrún. Habían planeado mal la operación, y la ejecutaron peor. La disciplinada Legión Árabe rechazó el asalto.

Otros dos lanzados por la brigada especial en noches sucesivas toparon con la

misma falta de éxito. Entonces la Brigada de Montañeros, a pesar de encontrarse demasiado dispersa, en su intento de cubrir la larga extensión que mediaba entre Bab el Wad y Jerusalén, lanzó un ataque contra Latrún y casi consiguió tomar la plaza, si bien no podía decirse que la hubiera tomado por completo.

En esta situación, fue destinado al pasillo de Jerusalén un coronel del Ejército Americano llamado Mickey Marcus, que utilizaba el nombre de guerra de Stone (Piedra), incorporado al Ejército Israelita. Los judíos necesitaban urgentemente el auxilio de su experiencia en el terreno de la táctica y la organización, y los esfuerzos de Marcus empezaron pronto a rendir fruto. En poco tiempo reorganizó los transportes y amplió aquélla caballería mecanizada que venían a ser los *jeeps* que los israelíes habían empleado en la «Operación Escoba de Hierro». Marcus dedicó principalmente su atención a formar una unidad bien entrenada y perfectamente dirigida, capaz de realizar un movimiento estratégico en el cuello de botella de Latrún. Cuando estaba a punto de conseguir su objetivo, una gran tragedia descendió sobre Israel: le mataron.

Jerusalén continuó cercado.

*VALLE DE HULEH-MAR DE GALILEA*

El Ejército Sirio penetró en Palestina por la parte oriental del Mar de Galilea y el río Jordán en varias columnas precedidas de tanques y apoyadas por la aviación.

La primera escogió como objetivo los tres establecimientos comunales más antiguos de Palestina: el bloque formado por Shoshanna, cuna de Ari Ben Canaan, Dagania A y Dagania B, por donde entraba el Jordán, procedente de Galilea.

Los judíos estaban tan faltos de soldados en aquel sector que se pasaban los días haciendo circular camiones de Tiberíades a los establecimientos mencionados y viceversa a fin de que los sirios creyesen que traían refuerzos en hombres y armas.

Viendo cuán pocos elementos de combate tenían a su disposición, los campesinos del *bloque* de Shoshanna nombraron una delegación para que fuera a entrevistarse con Ari Ben Canaan. En realidad los tres establecimientos quedaban fuera del sector de su mando, pero los delegados se proponían pulsar la cuerda del sentimiento y aprovechar el afecto que Ari tuviese por el lugar donde había nacido. Ari estaba sobradamente ocupado haciendo frente a Kassi en Gan Dafna y en Safed y cerrando el paso a otra columna siria, y tuvo que decir a los comisionados que sólo una cosa podía salvarles: la furia. Les aconsejó que preparasen «cócteles Molotov» y permitiesen que los sirios entraran dentro de las poblaciones. Si algo podía levantar a los judíos, lanzándolos a una defensa sobrehumana, era la presencia de los árabes en su adorado suelo.

Los sirios se dirigieron primero contra Dagania A. Los mandos del Haganah

ordenaron a los defensores que se abstuvieran de hacer fuego hasta que los tanques que iban en cabeza estuvieran en el mismo centro del poblado. La vista de los monstruos sirios entre sus rosales enfureció a los *kibbutzniks* hasta tal punto que arrojaron contra ellos, desde una distancia de pocos pies, una barrera de botellas incendiarias, con tal precisión que inutilizaron los tanques atacantes. La infantería siria que seguía detrás de éstos no era enemigo para aquellos valientes. Huyó a toda prisa, perseguida por el furor de los judíos y no reanudó el ataque.

La segunda columna siria se dirigió más al sur, hacia los valles de Jordán y de Beth Shean, consiguiendo conquistar Shaar Hagolan y el *kibbutz* de Massada, donde corría el Yarmuk. Cuando los judíos contraatacaron, los sirios incendiaron las poblaciones, arrasándolas hasta el suelo, saquearon todo lo que podían llevarse y huyeron. Los judíos se mantuvieron firmes en el fuerte de Gesher, que habían ocupado anteriormente, así como en todos los demás asentamientos del Jordán y de Beth Shean.

La tercera columna vino de la parte del Jordán hacia el sector del Valle de Huleh, que estaba al mando de Ari Ben Canaan, y desbordó y conquistó Mishmar Hayarden, el Vigía del Jordán. Luego los sirios se reagruparon para dar el empujón final, que había de llevarles hasta el centro del Huleh a fin de enlazar con los irregulares de Kawukji, procedentes del Líbano. Pero Yad El, Ayelet Hashanar, Kfar Szold, Dan y los demás aguerridos establecimientos se mantuvieron firmes y resistieron, soportando pacientemente el fuego artillero —que ellos no podían devolver— y luchando luego como tigres en cuanto los sirios se ponían a tiro de fusil. En Ayelet Hashanar un tirador consiguió derribar un aeroplano sirio, hazaña cuya paternidad se atribuyeron luego todos los *kibbutzniks* del asentamiento.

En la parte opuesta, los libaneses hostigaban los establecimientos judíos de los montes y también a Metulla. Sin embargo los libaneses, en su mayoría árabes cristianos, tenían algunos jefes que simpatizaban con el sionismo y no estaban muy deseosos de luchar. Habían entrado en la guerra principalmente por miedo a las represalias de otras naciones árabes y a fin de poner su pincelada en el «cuadro de la unidad». La primera vez que toparon con una resistencia enconada pareció que los libaneses se desvanecían como fuerza de combate.

Ari había conseguido cerrar el paso a unas fuerzas árabes que convergían sobre el Huleh, y en cuanto recibió un nuevo envío de armas pasó rápidamente a la ofensiva, desarrollando un plan de defensa y ataque simultáneos. Los establecimientos que no se encontraban sujetos al asalto del enemigo, en vez de esperar inactivos la llegada de éste organizaban ataques y tomaban objetivos. Con este método Ari consiguió tener continuamente en jaque a los sirios y poder trasladar armas y hombres a las plazas sujetas a una presión más fuerte, aligerando así su carga. Organizó las comunicaciones y los transportes de tal forma que el Huleh se convirtió en uno de los

sectores más fuertes de Israel. El único objetivo de mayor consideración que le faltaba alcanzar ahora era Fort Ester.

Toda la invasión siria quedó desarticulada. Exceptuando Mishmar Hayarden y una o dos pequeñas victorias más, había sido un fracaso absoluto. Los sirios decidieron concentrar el ataque en un solo *kibbutz* buscando una compensación a sus derrotas. Ein Gev, en la costa oriental del Mar de Galilea, el centro de los conciertos de invierno, fue elegido.

Los sirios dominaban las alturas de tres de sus cuatro flancos. El cuarto flanco lo formaba el mar. Los sirios eran dueños de la montaña de Sussita (el Caballo), parecida a una columna, antigua ciudadela romana que se levantaba al lado mismo del *kibbutz*. Ein Gev quedaba completamente aislado de todo contacto con el exterior, a excepción del que se establecía de noche, en bote, con Tiberíades, a través del lago.

Mientras los cañones sirios bombardeaban el *kibbutz* sin descanso, los judíos tenían que vivir bajo tierra, donde continuaban funcionando las escuelas, se editaba un periódico y hasta se daban conciertos. Por las noches salían de sus refugios a cultivar los campos. La resistencia de Ein Gev sólo tenía igual en la de Negba, en el Desierto del Negeb.

Todos los edificios quedaron en ruinas. Los sirios incendiaron los campos. Privados de toda arma capaz de replicar, los judíos estaban sometidos a un castigo brutal.

Después de varias semanas de tamaño martilleo, los sirios lanzaron su asalto, bajando en número de millares de su elevada posición. Trescientos *kibbutzniks* en edad de luchar sostuvieron el choque, disparando disciplinadamente una descarga tras otra, mientras los tiradores selectos iban eliminando a los oficiales sirios. Sin embargo, los atacantes se rehacían una y otra vez y rechazaban a los judíos hacia el mar. Con todo, los defensores no se entregaban. Sólo les quedaban veinte cargadores cuando, por fin, el ataque sirio se desarticuló. Ein Gev había resistido, se mantenía en pie y con él se mantenía en pie el derecho de los judíos sobre el Mar de Galilea.

### *SARÓN, TEL AVIV, EL «TRIANGULO»*

El «Triángulo» era una gran extensión de terreno de Samaria delimitado por las ciudades exclusivamente árabes de Jenín, Tulkarm y Ramallah. Nablus, la que había sido base de los irregulares de Kawukji, pasó a serlo del Ejército Iraquí. Los iraquíes habían realizado un desdichado intento de cruzar el Jordán e internarse en Valle de Beth Shean, pero, habiendo sufrido elevadas pérdidas, se habían aposentado en la Samaria árabe.

Al otro lado del «Triángulo», en el Oeste, se encontraba el Valle de Sarón. Era un sector muy vulnerable, pues los judíos no poseían sino una estrecha faja de tierras a

lo largo de la carretera Tel Aviv-Haifa con una anchura de dieciséis kilómetros desde el «Triángulo» hasta el mar. Si los otros conseguían cruzar cortarían Israel en dos.

Sin embargo, los iraquíes manifestaban una notable aversión a combatir. Cuando los judíos realizaron en la ciudad de Jenín unos intentos mal organizados, los oficiales iraquíes huyeron y si las tropas no escaparon fue porque se encontraban encadenadas en sus posesiones. El solo pensamiento de atacar el Valle de Sarón, tan denso de establecimientos judíos, les repugnaba; no querían saber nada de semejante cosa.

Antes de recibir equipo antiaéreo que alejara nuevos ataques, Tel Aviv sufrió severas incursiones de la aviación. La Prensa árabe extremó el caso hasta afirmar que los bombarderos egipcios habían arrasado por completo la ciudad.

Los judíos consiguieron poner en vuelo unos cuantos aparatos y obtuvieron una notable victoria al rechazar a un crucero egipcio que había venido a cañonear Tel Aviv.

*GALILEA OCCIDENTAL*

Seis meses habían transcurrido y los irregulares de Kawukji todavía habían de tomar el primer establecimiento judío. Su jefe trasladó el cuartel general al sector predominantemente árabe de la Galilea central, en los alrededores de Nazaret, y una vez allí se puso a esperar que se produjese la reunión —que nunca vino— de los sirios, libaneses e iraquíes. En el sector de Nazaret había muchos árabes cristianos que no querían saber nada de guerras y que le pidieron repetidas veces que abandonara el fuerte de la línea Taggart.

La mayor parte de la Galilea occidental la habían limpiado los judíos antes de la invasión de los Ejércitos árabes. Haifa se había entregado y la Brigada Hanita de la «Operación Escoba de Hierro» había eliminado muchas poblaciones hostiles. Con la caída de Acre los judíos quedaban dueños por entero del terreno hasta la frontera libanesa. Salvo por las fuerzas de Kawukji, en el centro, Galilea estaba libre de enemigos.

El anunciado «plan magistral» de los árabes se había convertido en un fracaso completo. El recién nacido Estado Judío había resistido y superado el primer golpe de la invasión. Por todo lo largo y lo ancho del mundo los técnicos militares movían la cabeza con el aire de quien no acaba de comprenderlo. Los judíos habían sostenido una guerra civil en innumerables frentes, y luego habían ganado otra guerra en situación de terrible desventaja, luchando en otra docena de frentes contra ejércitos regulares.

Las victorias árabes podían contarse con los dedos de la mano. El mayor éxito habíalo cosechado la Legión, que continuaba dueña de Latrún, clave del bloqueo de

Jerusalén. El resto de los ejércitos combinados árabes no había capturado sino un puñado de asentamientos, sin ninguna ciudad ni población de importancia. Únicamente habían conseguido situarse a una distancia relativamente corta de Tel Aviv.

Lar armas entraban a chorro en Israel; la organización militar de los judíos mejoraba cada día. El mismo día que proclamaron el Estado Judío nacieron seis nuevos asentamientos y mientras tenía lugar la invasión nuevos inmigrantes fundaban otras colonias. Una nación tras otra, todas iban reconociendo al Estado de Israel.

Fueron Ein Gev y Negba y el centenar de asentamientos que no quisieron entregarse; fueron los *palmachniks*, que luchaban días y días sin alimento y sin agua, los nuevos inmigrantes que corrían hacia los frentes de batalla, el valor temerario que con vertía el heroísmo más arrebatado en una cosa corriente y vulgar… fue todo esto lo que detuvo a los árabes.

Y hubo más todavía. La inspiración divina, el destino anunciado por los profetas de la antigüedad, la herencia del pueblo que había combatido por su libertad en épocas remotas, la tradición del rey David, de Bar Giora y de Bar Kochba, una energía y una fe que brotaban de una fuente invisible… También estos factores detuvieron a los árabes.

## CAPÍTULO X

Barak Ben Canaan había concluido diversas negociaciones para la compra de armas así como varias misiones diplomáticas en Europa. Había enfermado de ansiedad y suplicado que le dejaran volver a Israel. Ahora, cumplidos ya los ochenta años, sus energías habían disminuido considerablemente, aunque él no quisiera reconocerlo.

Por fin se trasladó a Nápoles con objeto de embarcar para Palestina. En Nápoles fueron a verle unos judíos que tenían un centro en la ciudad. Eran en su mayor parte agentes de la Aliyah Bet que se ocupaban de disolver los campos de desplazados de Italia al ritmo máximo que permitían los barcos que lograban procurarse. El potencial humano de aquellos campos hacía muchísima falta en Israel. Tan pronto como llegaban allá los inmigrantes que estaban en edad militar se incorporaban urgentemente a los centros de instrucción y una buena parte de los demás eran enviados a las fronteras a construir fortificaciones defensivas.

La llegada de Barak dio pretexto para una reunión de los agentes de la Aliyah Bet en Nápoles, y el aceite de la media noche ardió en el centro israelita. Después de saborear varias copitas de coñac todo el mundo quiso escuchar y volver a oír repetidamente a Barak explicando «el milagro de Lake Succes» y los convenios secretos recién concluidos para la adquisición de armas.

Luego los comentarios versaron sobre el tema de la guerra. El asedio de Jerusalén originaba un desencanto general; se tenía noticia de que un nuevo intento para apoderarse de Latrún había fracasado como los anteriores. Nadie sabía cuánto tiempo podrían seguir resistiendo las cien mil personas civiles de la Ciudad Santa.

Hacia las dos de la madrugada la conversación giró alrededor de la pequeña guerra particular que los judíos estaban librando en el mismo Nápoles por un barco llamado «Vesubio», una embarcación italiana movida a motor que desplazaba cuatro mil toneladas. Lo habían contratado los sirios para transportar armas hacia Tiro (también llamada Sour). Su carga, adquirida por toda Europa, incluía diez mil rifles, un millón de cargadores, mil ametralladoras, mil morteros y otra diversidad de armas.

Un mes atrás el «Vesubio» estaba a punto para zarpar de Nápoles, pero por conducto de un agente de aduanas amigo, los israelíes se enteraron de su existencia y de la mercancía que transportaba y sus hombres-rana se echaron al agua, se sumergieron y colocaron unas minas magnéticas en sus flancos. Las minas practicaron tres hermosos agujeros en el casco del barco, pero no consiguieron que la explosión se propagase a las municiones que contenía, como esperaban los que realizaron la hazaña. El «Vesubio» no se hundió por completo; sólo se sumergió parcialmente. Desde aquel instante se convirtió en el centro de un complicado juego como entre el gato y el ratón.

El coronel sirio Fawdzi, encargado de llevar al punto de destino aquel cargamento, valorado en varios millones de dólares, hizo sacar el barco a flote y cuidó de que lo llevaran al dique seco y taponaran los agujeros. Luego trajo cincuenta estudiantes árabes de Roma y de París para que vigilasen los alrededores y substituyó los doce hombres de la tripulación, poniendo en su puesto a marineros árabes. De nacionalidad italiana no quedaron sino tres individuos, pertenecientes los tres a la compañía armadora: el capitán, el oficial primero y el oficial segundo. Sin embargo, el capitán le tenía una antipatía insuperable al pomposo coronel Fawdzi y se puso de acuerdo en secreto con los judíos para ayudarles, a condición de que no volvieran a causar daños al barco. Y otra vez recibieron aviso los judíos de que el «Vesubio» estaba listo para partir.

Los israelíes no podían consentir que las armas llegasen a Tiro…, pero ¿cómo detener el barco? Habían prometido a los dos oficiales italianos y al capitán que no lo hundirían en el puerto, y una vez en alta mar la Armada Israelí, compuesta por tres corbetas, no lograría ni localizarlo.

A Barak Ben Canaan le impresionó profundamente lo delicado de la situación y le intrigó mucho aquel problema, tan complicado como los que había tenido que estudiar y resolver en muchas ocasiones anteriores. Y una vez más concibió lo inconcebible. Al despuntar el día había estructurado ya hasta el menor detalle una de sus fantásticas estratagemas.

Dos días después el «Vesubio» abandonaba el puerto de Nápoles. Apenas salido a mar libre, el coronel Fawdzi tomó la precaución suplementaria de relevar al segundo oficial de sus funciones de operador de radio. Sin embargo los complotados no tenían necesidad de ponerse en contacto por medio de las ondas. Los israelíes conocían con toda exactitud el instante de la partida del «Vesubio» y apenas estuvo en marcha un cúter de aduanas italiano corrió hacia él, haciendo sonar la sirena con toda su potencia.

Fawdzi que no sabía italiano, corrió hacia la timonera a preguntar al capitán qué significaba aquello.

El capitán se encogió de hombros y respondió:

—¿Quién sabe?

—¡Eh, los del «Vesubio»! —retumbó el altavoz—. ¡Prepárense para ser abordados!

Echaron una escalera de cuerda y veinte hombres vistiendo el uniforme del servicio de aduanas italiano pasaron rápidamente del cúter al barco mercante.

—¡Quiero saber qué significa todo esto! —chilló el coronel Fawdzi.

El jefe del grupo de abordaje, un gigante con una gran barba roja y blanca, notablemente parecido a Barak Ben Canaan, dio un paso adelante y le respondió en árabe:

—Hemos tenido noticia de que un miembro de su tripulación colocó una bomba de relojería en una de las bodegas.

—¡Imposible! —gritó Fawdzi.

—Ha querido el azar que supiéramos que los judíos le sobornaron —afirmó el jefe con acento de sinceridad—. Hemos de despejar el sector del puerto antes de que el barco estalle.

Fawdzi se quedó turbado. Él no tenía ningún deseo de volar con el «Vesubio», ni le gustaba salir del puerto llevando a bordo aquel extraño grupo de «funcionarios de aduanas» italianos. Por otra parte, tampoco podía demostrar cobardía pidiendo que le sacaran del barco.

—Haga formar a la tripulación —indicó el hombre de la abundante barba—. Nosotros descubriremos al culpable y él nos dirá dónde ha colocado la bomba.

Una vez reunida la tripulación árabe, la llevaron a la crujía con objeto de proceder a un «interrogatorio». Mientras tenía lugar el interrogatorio el «Vesubio» salió del límite de las tres millas y el cúter de aduanas regresó a Nápoles. Entonces los agentes de la Aliyah Bet, que habían actuado disfrazados de empleados de aduanas, sacaron las pistolas y encerraron a Fawdzi y a su tripulación. Más avanzado el día, cuando se encontraron a una distancia mayor, sacaron a la tripulación árabe de su encierro, les dieron una brújula, un mapa y un bote de remos y les dejaron a la deriva. El coronel Fawdzi continuó a bordo, encerrado en su camarote. Los israelíes se hicieron cargo del buque, el cual siguió mar adentro.

Treinta y seis horas después dos corbetas que enarbolaban una bandera con la calavera y los dos huesos cruzados salieron al encuentro del «Vesubio», se colocaron una a cada lado del mercante, lo aligeraron del cargamento y del grupo de «aduaneros» y se alejaron a toda prisa, después de haber inutilizado la emisora de radio. Entonces el «Vesubio» regresó a Nápoles.

El coronel Fawdzi, echando espumarajos de rabia, pidió una investigación a fondo de aquel acto de piratería. El servicio de aduanas italiano, acusado por los árabes de haber prestado a los judíos un guardacostas y unos uniformes, dijo que no sabía nada de aquel asunto. Siguiendo la costumbre árabe de no reconocer jamás un fracaso, la tripulación del mercante se acogió al recurso de la fantasía, con lo cual sus doce miembros explicaron doce historias diferentes. Otros funcionarios del Gobierno italiano llegaron a la conclusión de que si realmente había tenido lugar un acto de piratería, ellos no lo apreciaban así en modo alguno, pues el capitán del buque, y los dos oficiales, primero y segundo, juraban que la tripulación árabe había abandonado la embarcación al descubrir que en la bodega había explosivos.

El numeroso grupo de abogados que intervino en el asunto lo puso en poco tiempo tan enmarañado con una serie de explicaciones contradictorias, que resultaba completamente imposible desentrañar la realidad de los hechos. Los israelíes de

Nápoles añadieron la última pincelada de confusión propalando la especie de que en realidad se trataba de un buque judío que los árabes habían robado y que Fawdzi era un espía judío.

El coronel, por su parte, siguió el único camino que le quedaba. Montó la comedia de un complicado suicidio y desapareció, sin que volviera a saberse nada de él y sin que, por lo visto, nadie le echase de menos.

Dos días después de la transferencia de las armas, las dos corbetas, que ahora enarbolaban la bandera de la Estrella de David, desembarcaban a Barak en Palestina, donde fue recibido triunfalmente.

## CAPÍTULO XI

Ari Ben Canaan recibió la orden de presentarse en Tel Aviv. El cuartel general estaba en una pensión de Ramat Gan. Ari se llevó una sorpresa. La Estrella de David ondeaba en la cima del edificio y por todas partes se veían guardias con el uniforme del nuevo ejército de Israel. La policía de seguridad requería la presentación de pases identificadores antes de permitir la entrada en el edificio. Fuera del mismo había un centenar de *jeeps* y motocicletas y el bullicio y el ajetreo del personal militar no cesaban ni un momento.

Dentro, el cuadro telefónico zumbaba constantemente. Dirigido por su acompañante, Ari cruzó los cuartos de operaciones, tapizados de grandes mapas en relieve en los cuales se habían señalado las líneas de batalla, y el centro de mensajes donde una batería de radio establecía comunicación con los frentes y los establecimientos. Mientras paseaba la mirada por su alrededor, Ari se decía que aquello era muy distinto a las oficinas eventuales, dotadas de una sola mesa escritorio, que había tenido el Haganah.

Avidan, el antiguo jefe máximo del Haganah, había entregado el mando oficial a los jefes jóvenes, de veinte años y pico o de poco más de treinta, que poseían una experiencia adquirida como oficiales del Ejército Británico, durante la guerra, o que se habían formado —como en el caso de Ari— en largos años de luchas con los árabes. Avidan actuaba ahora como enlace entre el Ejército y el Gobierno provisional y, si bien no tenía ningún cargo oficial, seguía siendo una verdadera potencia en la política, por su condición de «comandante retirado».

El saludo que dedicó a Ari fue muy caluroso. Ari no habría sabido descifrar si Avidan estaba cansado o si acababa de levantarse, si estaba triste o si se sentía feliz, porque aquel hombre tenía siempre la misma expresión solemne. Al entrar en su despacho y con objeto de que nadie les interrumpiera, Avidan ordenó que aplazasen todas las llamadas telefónicas y todas las visitas.

—Esto parece unos almacenes de lujo —comentó Ari.

—No se parece demasiado a lo que teníamos en los viejos tiempos —reconoció Avidan—. Hasta a mí se me hace difícil adaptarme a ello. Muchas mañanas vengo con el coche, convencido de que encontraré a los ingleses irrumpiendo en el local para encerrarnos a todos en el presidio de Acre.

—Ninguno de nosotros esperaba que usted se retirase.

—La tarea de dirigir el ejército que ahora tenemos, así como la guerra que hemos de sostener, corresponde a un hombre joven. A mí, que he llegado ya a la ancianidad, dejadme que discuta de política.

—¿Cómo va la guerra? —preguntó Ari.

—Jerusalén… Latrún. Allí está nuestro problema. No podremos continuar

resistiendo mucho tiempo en el interior de la Ciudad Vieja. Y Dios sabe cuánto se sostendrá la Nueva si no logramos establecer comunicación con ella. De todas formas… es innegable, tú has realizado una gran labor en el sector que pusimos bajo tu mando.

—La suerte nos ha protegido.

—Lo de Safed no fue un azar, ni se debe al azar la magnífica conducta de los chiquillos de Gan Dafna. No seas modesto, Ari. También en Ben Shemen tenemos niños asediados… y los iraquíes no se atreven a lanzarse contra ellos. Pero Kawukji está en la Galilea central… y queremos librarnos de su asquerosa presencia. He ahí el motivo de llamarte. Quiero ampliar la zona situada bajo tu mando y quiero que te pongas al frente de la operación. Dentro de pocas semanas podremos enviarte un batallón de refuerzo, además de material de guerra moderno.

—¿Cómo se figura usted el plan?

—Si tomásemos Nazaret, me parece que lo resolveríamos todo. Entonces seríamos dueños de toda Galilea; dominaríamos todas las carreteras desde el Éste al Oeste.

—¿Qué haríamos con los poblados árabes que hay en aquella región?

—Como sabes, la mayoría son cristianos. Han enviado ya delegaciones a entrevistarse con nosotros y pidieron a Kawukji que se marchase. No cabe duda, no les interesa en modo alguno luchar.

—Estupendo.

—Pero antes de proceder al planeamiento de esta operación queremos que tengas tu sector completamente seguro, Ari.

—¿Fort Ester? —preguntó Ben Canaan.

Avidan hizo un signo afirmativo.

—Para tomar Fort Ester necesito artillería; recordará que se lo escribí. Por lo menos tres o cuatro «Davidkas».

—¿Por qué no pides oro?

—Mire, hay un par de poblaciones fronterizas que guardan las vías de acceso al fuerte. Simplemente, sin unas cuantas piezas de largo alcance yo no puedo acercarme a la posición.

—Muy bien, te las enviaré.

Avidan se puso en pie bruscamente y empezó a pasear por la habitación. A su espalda había un gran mapa de las zonas de combate. Ari no se libraba de la extrañeza que le había causado que Avidan le llamase a Tel Aviv; tenía la impresión de que se trataba de algo más que de planear una nueva operación. Ahora adivinaba que Avidan iba a enfocar el tema principal.

—Ari —dijo pausadamente aquel hombre recio y calvo—, hace dos semanas te dimos la orden de que te apoderases de Abu Yesha.

—¿De modo que el motivo de haberme llamado aquí es éste?

—He creído mejor discutir la cuestión contigo antes de que pase de unas manos a otras, como una pelota, en una reunión general de mandos.

—Yo le envié un informe explicándole que no creía que Abu Yesha represente ningún peligro.

—Pero nosotros no compartimos tu parecer.

—En mi calidad de comandante del sector, me creo en mejor situación para juzgar.

—No te obstines. Abu Yesha sirve de base a Mohamed Kassi; los irregulares lo utilizan como punto de entrada y cierra la carretera que sube a Gan Dafna.

Ari se irguió y desvió la mirada.

—Tú y yo hace demasiado tiempo que nos conocemos para que podamos engañarnos —le recordó Avidan.

Ari continuó callado por un momento.

—Conozco a los habitantes de Abu Yesha desde que aprendí a hablar y a caminar —dijo luego—. Hemos asistido los unos a las bodas de los otros; nos hemos encontrado en las ceremonias funerales. Nosotros construimos sus casas y ellos nos regalaron el terreno donde fundamos Gan Dafna.

—Sé todo lo que me cuentas, Ari. Docenas de establecimientos nuestros se encuentran en el mismo caso. Sin embargo, ahora estamos luchando por nuestras vidas. No hemos sido nosotros quienes han pedido a los ejércitos árabes que nos invadan.

—¡Pero yo conozco a la gente de aquel pueblo —gritó Ari—, y no son enemigos nuestros! No son sino un puñado de labradores honrados que lo único que piden en este mundo es que les dejen en paz.

—¡Ari! —atajóle vivamente Avidan—. Hay en Palestina poblaciones árabes que han tenido el valor de oponerse a Kawukji y a los ejércitos invasores. Los habitantes de Abu Yesha han tomado el partido que les ha parecido bien tomar. Es la pasión lo que te induce a sostener que no nos son hostiles. Es preciso que vayan…

—¡Al diablo! —dijo Ari levantándose con ánimo de salir.

—No te marches —le pidió calmosamente Avidan—. Por favor, no te marches. —El recio campesino tenía ahora un aire cansado. Los hombros se le caían—. A los árabes de Palestina les hemos suplicado mil veces que se mantuvieran al margen de esta lucha. Nadie quiere expulsarlos de sus hogares. Nadie ha molestado a las poblaciones que se han portado lealmente. Pero las demás no nos han permitido elegir. Sirven de arsenales y de campos de entrenamiento, de bases de ataque contra nuestros convoyes y de puntos de apoyo desde los cuales pretenden rendir por hambre nuestros establecimientos. A causa de ellas en estos momentos cien mil personas civiles de Jerusalén se están muriendo de hambre. Hemos pasado semanas

enteras discutiendo este tema. No tenemos otra alternativa que la de matar o morir.

Ari se acercó a la ventana y encendió un cigarrillo, mirando malhumorado al exterior. Avidan tenía razón; le constaba. Los establecimientos judíos, a diferencia de los árabes, no habían tenido la facultad de escoger. A los judíos no les quedaba otro recurso que el de resistir y morir…, luchar hasta la última bala y ser asesinados en masa.

—Me sería muy fácil nombrar en tu puesto a otro que se en cargase de tomar Abu Yesha. Pero no quiero hacerlo así. Si te sientes moralmente incapacitado para realizar lo que se te pide te dejo en libertad de solicitar que te trasladen a otro sector.

—¿A cuál? ¿A otro Abu Yesha, pero con distinto nombre?

—Antes de que contestes quiero recordártelo… Te conozco desde niño. Has sido un combatiente desde que cumpliste los quince años. No contamos con suficientes hombres de tu calibre. Y en todos estos años no sé que jamás desobedecieras una orden.

Ari se apartó de la ventana. Los rasgos de su cara manifestaban pesar, tristeza y resignación. Sentándose, murmuró:

—Haré lo que deba hacerse.

—Prepara las operaciones —le mandó Avidan con voz tranquila.

Ari meneó la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

—Ah, de paso, ahora eres el *coronel* Ben Canaan.

Ari estalló en una carcajada breve y sarcástica.

—Lo lamento, créeme, lo lamento de veras —le dijo Avidan.

El coronel Ari Ben Canaan, su oficial ejecutivo y su ayudante, mayores Ben Ami y Joab Yarkoni, respectivamente, trazaban los planes de la Operación Purim para la captura de Fort Ester y la supresión de Abu Yesha como base árabe. Con ello el Valle de Huleh quedaría bien seguro en sus manos.

La artillería que Avidan le había prometido no llegaba; pero lo cierto es que Ari jamás la esperó. Trajo de Safed el «Pequeño David» y reunió lo necesario para cincuenta disparos.

Sin contar con artillería no había ni que pensar en lanzar un ataque frontal contra Fort Ester desde Gan Dafna. Kassi todavía tenía en el sector unos cuatrocientos hombres, disponía en el fuerte de un armamento superior y de una posición estratégica inmejorable. Por lo demás Ari sabía que librando una batalla defensiva desde el interior de la fortaleza de cemento, los hombres de Kassi darían mejor cuenta de sí mismos.

Tres eran las poblaciones que Ari había de tener presentes para llevar a cabo la operación. La primera era Abu Yesha, situada sobre la ruta de Fort Ester. Las entradas de éste las protegían otros dos poblados situados arriba de los montes, en la frontera con el Líbano. Kassi había situado en ambos una guarnición. Ari proyectaba atacar el

fuerte por la parte trasera del mismo, para lo cual había de dejar a retaguardia los dos pueblos citados.

Los atacantes se dirigieron hacia Fort Ester en tres columnas. Ari tomó el mando directo de la primera. Cuando hubo obscurecido treparon por unos caminos de cabras hasta la frontera libanesa, llevando consigo el «Davidka» y sus municiones. Se habían fijado el objetivo de situarse en las inmediaciones del primero de aquellos dos poblados. La marcha sería dura y peligrosa. Tenían que dar un gran rodeo, recorriendo muchos kilómetros más para poder situarse en la parte opuesta del pueblo sin ser descubiertos. Para ello habían de contender con la obscuridad, la montaña y el peso del mortero y de las municiones. Treinta y cinco hombres y quince muchachas transportaban la carga. Otros cincuenta hombres actuaban de fuerza de protección.

Aunque la pierna seguía atormentándole, Ari empujó su columna montaña arriba a un paso brutalmente forzado. Si no querían que la operación entera se viniera al suelo como un castillo de naipes, tenían que llegar a su objetivo antes de clarear el día.

Llegaron a la cumbre de la montaña a las cuatro de la madrugada. Estaban agotados, pero no podían pensar en descansar y continuaron a un paso insostenible por la cresta del monte hacia la primera de las dos poblaciones antes mencionadas. Dando un gran rodeo se pusieron en contacto con una patrulla de una tribu beduina amiga encargada de vigilar la población. Los beduinos le dijeron a Ari que el sector estaba libre de obstáculos.

Ari guió apresuradamente a sus hombres hasta las ruinas de un pequeño castillo de los cruzados situado a dos millas de la población. Mientras iba despuntando el día los judíos se acomodaban de modo que no fueran vistos, derrumbándose vencidos por el cansancio. Todo aquel día lo pasaron escondidos, con los beduinos asumiendo el servicio de vigilancia.

La noche siguiente las otras dos columnas salieron de sus cuarteles de Ein Or. El mayor David Ben Ami condujo a sus hombres por la ruta ahora ya familiar de la cara más empinada del monte, camino de Gan Dafna. Llegaron al establecimiento al despuntar el día y se refugiaron en los bosques.

La última columna, dirigida por el mayor Joab Yarkoni, siguió los pasos de la de Ari, subiendo por los caminos de cabras y trazando un ancho círculo. Sus hombres se movían con más rapidez puesto que no llevaban el impedimento del «Davidka» y sus municiones. En cambio habían de recorrer una distancia mayor, puesto que tenían que dejar atrás la primera población (en cuyas cercanías estaban escondidos los hombres de Ari) y también Fort Ester y tenían que situarse en las inmediaciones del segundo poblado. También en este caso los beduinos salieron al encuentro de la columna de Yarkoni y la guiaron, sin que nadie la descubriera, hacia su objetivo.

Al anochecer del segundo día, Ari envió al jefe de los beduinos al poblado más

próximo con un ultimátum intimando la rendición. Al mismo tiempo él sacaba a sus hombres del castillo de los cruzados y se acercaba sigilosamente. El muktar y los ochenta soldados de Kassi que estaban con él creyeron que se trataba de una fanfarronada: era imposible que hubiera subido ni un solo judío por la montaña y se hubiese situado a su espalda sin que ellos le viesen. El beduino regresó anunciando que los del poblado necesitaban unos argumentos convincentes y Ari hizo disparar dos proyectiles del «Davidka».

Dos docenas de aquellas chozas de barro quedaron arrasadas. Y los árabes quedaron convencidos. Al segundo disparo los oficiales de las tropas irregulares corrían delante de un grupo que huía a la desbandada cruzando la frontera libanesa. Detrás se levantaba una floración de banderas blancas. Ari actuó rápidamente. Después de despachar a un reducido destacamento de sus fuerzas hacia la población para conservarla bajo su dominio, corrió hacia el segundo poblado, contra el que Yarkoni estaba ya lanzando un ataque.

Después de la llegada de Ari, veinte minutos de lucha y tres disparos del «Davidka» bastaron para que la población se rindiera y otro centenar de hombres de Kassi huyeran al Líbano. El terrible «Pequeño David» había ejecutado una vez más la tarea de sembrar la destrucción y el terror. Las dos poblaciones habían caído con una rapidez tal que los de Fort Ester no se dieron cuenta tan siquiera. Supusieron que los estampidos lejanos del «Davidka» y el tiroteo que se oía procedían de sus propios hombres, que estarían disparando por placer.

Al amanecer del tercer día, David Ben Ami sacó a su columna del escondite donde se había refugiado en Gan Dafna y montó una emboscada en las afueras de Abu Yesha, en cuya población tenía Kassi otro centenar de hombres. Con los de Ben Ami situados de forma que cortasen el paso a todo posible refuerzo de Abu Yesha, las fuerzas de Ari y de Yarkoni avanzaron hacia la parte trasera de Fort Ester. Cuando el «Pequeño David» abrió fuego, Kassi sólo tenía en el fuerte a un centenar de hombres; los demás estaban en el Líbano o en Abu Yesha. Uno tras otro los cubos de dinamita silbaban y chisporroteaban por el aire, yendo a estallar contra la construcción de cemento. Cada proyectil se aproximaba más al blanco: la puerta de hierro de la parte trasera. Con el vigésimo disparo, la puerta saltó fuera de sus goznes. Los cinco proyectiles siguientes cayeron en el patio del fuerte.

Ari Ben Canaan salió con la primera oleada de atacantes. Avanzaban reptando sobre el vientre, bajo un techo de ráfagas de ametralladora cruzadas por los disparos intermitentes del «Davidka».

Los daños que había sufrido verdaderamente Fort Ester eran meramente superficiales, pero lo súbito del ataque y el tronar de las explosiones fueron algo más de lo que Kassi y sus poco aguerridos combatientes podían resistir y replicaron con una defensa débil, esperando que les llegasen refuerzos. Los únicos que les quedaban

salieron de Abu Yesha y se metieron de cabeza en la emboscada de David Ben Ami. Kassi lo vio con sus anteojos de campaña. Estaba aislado… Los judíos habían llegado a la puerta trasera… Sobre Fort Ester se levantó la bandera blanca de la rendición.

Yarkoni entró en el fuerte con veinte hombres, desarmó a los árabes y los envió en rebaño hacia el Líbano. Kassi, ahora perfectamente dócil y tres de sus oficiales pasaron al calabozo. Y la Estrella de David se remontó sobre la cima de la fortaleza. Ari marchó con los demás hombres carretera abajo hacia el punto en que David había establecido la emboscada. Todo estaba dispuesto para la fase final, que había de consistir en eliminar Abu Yesha como base de los árabes.

Los habitantes de la población habían oído y contemplado el combate. Sabían sin duda que ahora les tocaba el turno a ellos. Ari les envió una comisión de tregua para que comunicara a los que continuasen en la población que tenían veinte minutos para evacuar y si no se marchaban habrían de hacer frente a las consecuencias. Desde la altura en que se encontraba veía a muchos de aquellos hombres, con los cuales le unía una amistad de toda la vida, alejándose de Abu Yesha con paso tardo, camino del Líbano; aquel espectáculo le destrozaba las entrañas.

Transcurrió media hora, una hora.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —le dijo David.

—Quiero…, quiero estar seguro de que hayan salido todos.

—Hace media hora que no sale nadie, Ari. Todos los que querían marchar han marchado ya.

Ari dio media vuelta y se alejó de sus tropas, que estaban aguardando. David le siguió.

—Yo asumiré el mando —dijo éste.

—De acuerdo —murmuró Ari.

Y se quedó solo en la ladera del monte. David condujo a los soldados hacia el collado sobre el que se acurrucaba Abu Yesha. Al oír los primeros disparos, Ari se puso intensamente pálido. A medida que se acercaban a los barrios extremos, David desplegaba sus fuerzas. Se oía el tableteo de las ametralladoras y las descargas de la fusilería. Los judíos se habían echado al suelo y avanzaban por escuadras: una tras otra.

En el interior de Abu Yesha un centenar de árabes acaudillados por Taha habían decidido resistir hasta el último aliento. La lucha presentaba una característica singular en aquella guerra: los judíos tenían una clara superioridad en hombres y armas. A la barrera mortífera del fuego de las armas automáticas seguía un diluvio de granadas contra las posiciones avanzadas árabes. La primera ametralladora de los defensores enmudeció y mientras éstos retrocedían, los judíos asentaron su pie en el mismo Abu Yesha.

David Ben Ami dirigía la batalla organizando sus fuerzas en patrullas que

avanzaban calle por calle, casa por casa, eliminando todas las bolsas de resistencia. El avance resultaba lento y oneroso; aquellas casas eran de piedra, no de barro y los que se habían quedado en ellas luchaban incluso cuerpo a cuerpo.

El día iba siguiendo su curso. Ari Ben Canaan no se movía de la ladera. A sus oídos llegaba el ruido incesante de los disparos, el estallido de las granadas y hasta los gritos de los heridos y los moribundos.

Los árabes de Abu Yesha retrocedían de una posición a otra a medida que aquel ataque implacable iba cortando toda comunicación entre los diversos grupos defensores y hasta entre los combatientes solitarios. Finalmente, todos los que quedaban en pie se encontraron acosados en una sola calle del extremo de la población. Más de setenta y cinco árabes habían muerto luchando hasta la última gota de sangre en la defensa más dramática de una población sostenida por los de su raza. Había sido un combate trágico; ni árabes ni judíos lo habían deseado.

Los ocho hombres últimos tuvieron que refugiarse en el último baluarte: la hermosa casa de piedra del muktar, emplazada cerca del río, enfrente de la mezquita. David mandó que trajesen el «Davidka». La casa fue derruida. Los ocho árabes, entre los que se contaba Taha, murieron.

Anochecía casi cuando David Ben Ami subió en busca de Ari. Estaba cansado de la batalla.

—Se acabó —le dijo a su amigo.

Ari le miró con ojos apagados, pero no respondió.

—Había unos cien hombres aproximadamente. Han muerto todos. Nosotros hemos perdido… catorce muchachos y tres chicas. Arriba en Gan Dafna hay una docena de heridos.

Ari, que parecía no haberle oído, se puso a caminar monte abajo, en dirección al poblado.

—¿Qué será de sus campos? —susurró—. ¿Qué será de ellos?… ¿Dónde irán?…

David le puso la mano sobre el hombro.

—No bajes, Ari.

Ben Canaan fijó la mirada en aquel pequeño mar de tejados planos. Estaba tan silencioso…

—La casa a la orilla del río…

—No —interrumpióle David—. Procura recordarla tal como estaba antes.

—¿Qué será de ellos? —insistió Ari—. Son mis amigos.

—Estamos esperando la orden —le recordó David.

Ari le miró, semicerró los ojos y movió la cabeza lentamente.

—En este caso, la daré yo —dijo David.

—No —murmuró Ari—, yo la daré. —Y dirigió una última mirada a la población —. Destruid Abu Yesha —ordenó.

## CAPÍTULO XII

David dormía en brazos de Jordana.

La joven oprimía contra su pecho la cabeza de su amado. Ella no podía dormir. Tenía los ojos muy abiertos, fijos en la oscuridad.

Ari le había concedido un permiso a fin de que pudiera marcharse a Tel Aviv en compañía de David y pasaran juntos el fin de semana. Un día…, dos… y luego sólo el Señor sabía cuánto tardaría en volverle a ver; si volvía a verle alguna vez. En su corazón, Jordana sabía desde el principio que David se presentaría voluntario para aquella misión. Desde el comienzo del asedio se roía las entrañas pensando en su Jerusalén. Cada vez que ella le miraba a los ojos veía en ellos una expresión ausente, de tristeza y de dolor.

David se agitó en sueños. Jordana le besó en la frente con ternura, le pasó los dedos por el cabello. Él sonrió sin despertarse y se quedó sosegado de nuevo.

Para una *sabra* no estaría bien decirle a su amado que enfermaba de inquietud por él. Una *sabra* sólo debía sonreír y darle ánimo y esconder el miedo en su corazón. Jordana sentía que el temor le arrebataba las fuerzas. Oprimía a David contra sí y anhelaba poder tenerlo de aquel modo durante una noche sin fin.

El conflicto había empezado el día que votaron en pro de la partición. Al día siguiente, el Comité Superior Árabe decretaba una huelga general que culminó en el incendio y el saqueo del centro comercial judío de Jerusalén. Mientras las turbas árabes perdían el freno, los soldados ingleses permanecían inactivos.

El sitio de la ciudad empezó casi inmediatamente, pues Abdul Kadar utilizaba las poblaciones árabes de lo largo de la carretera para cerrar el paso a los convoyes judíos procedentes de Tel Aviv. Mientras las titánicas batallas del pasillo se enconaban por las alturas, el Kastel y las otras poblaciones, los judíos de Jerusalén sufrían frío, hambre y sed y soportaban el cañoneo directo de las fuerzas de Kadar y Kawukji. Al mismo tiempo que los Montañeros del Palmach combatían por mantener abierta la carretera, el Yishuv organizaba convoyes que avanzaban penosamente por el Bab el Wad. Hasta que los montes de Judea quedaron sembrados de destrozos.

Dentro de la ciudad, la lucha empezó en forma de bombardeos y emboscadas y al poco rato se encendió en una guerra en gran escala. El Haganah arrasó un enorme campo de fuego que se extendía desde el «Hotel Rey David» hasta la muralla de la Ciudad Vieja, donde se apiñaban los irregulares. A la extensión de ruinas resultantes se le dio el nombre de Bevingrado. Los problemas que se le echaban encima al comandante del Haganah en Jerusalén se salían de la esfera estrictamente militar. Llevaba la carga de una numerosa población civil a la que había que alimentar y proteger mientras durase el sitio. Otro terrible contratiempo que tenía que soportar lo

constituía el hecho de que una buena parte de aquella población la formasen judíos ultraortodoxos y fanáticos, los cuales no sólo se negaban a combatir sino que obstaculizaban los esfuerzos del Haganah por protegerles. Eran los mismos problemas que habían atormentado en el antiguo Israel a los comandantes de Jerusalén. Durante el sitio que los romanos impusieron a la ciudad, la división provocada por los zelotes precipitó su caída y abrió el paso a los sitiadores, quienes organizaron una carnicería en la que murieron seiscientos mil judíos. En aquella ocasión los moradores de la Ciudad Santa habían resistido a los romanos por espacio de tres años; no era probable que pudiesen repetir la gesta.

Agravando el problema de los judíos ultraortodoxos y fanáticos que se negaban a luchar, los Macabeos sólo cooperaban a ratos y, gran parte del tiempo, se dedicaban a guerrear por su cuenta. Cuando apoyaban al Haganah no lo hacían con un entusiasmo muy notable. La Brigada de Montañeros del Palmach cubría un territorio demasiado extenso, en las montañas, tenía sus fuerzas demasiado dispersas y no aceptaba sino con desgana las órdenes del comandante del Haganah, desde Jerusalén. Todo ello empeoraba una situación ya desesperada que el comandante del Haganah se veía impotente por remediar.

La hermosa ciudad empezó a mostrar las cicatrices de la batalla; por sus calles corría la sangre. Los egipcios atacaban por el sur, cañoneando la población con la artillería y bombardeándola desde el aire. La Legión Árabe utilizaba los muros sagrados de la Ciudad Vieja como empalizada. Las bajas se producían a millares. Y otra vez la resistencia de los judíos se caracterizó principalmente por un valor y una ingeniosidad nada comunes. Otra vez el «Davidka» hizo un trabajo extraordinario. Para que los árabes se figurasen que tenían varios, lo iban trasladando de un sitio a otro.

Fuera de Jerusalén, cuando la Legión Árabe tomó el fuerte de Latrún, sus mandos prometieron que conservarían el juego de bombas de agua en actividad a fin de que la población civil no muriese de sed.

En vez de cumplir la palabra, los árabes volaron la instalación y cortaron el suministro de agua. Se sabía que en Jerusalén había cisternas que databan de dos y tres mil años atrás. Los judíos las localizaron, abrieron sus cubiertas y hallaron como por milagro que seguían conteniendo agua. Mientras no se construyesen unas tuberías de urgencia, aquellas cisternas eran lo único que salvaba a los judíos de perecer de sed.

Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses, y Jerusalén seguía resistiendo. Cada casa devino un campo de batalla. Hombres, mujeres y niños se aprestaban todos los días a la lucha con un ánimo gallardo y retador que nada conseguía abatir.

El corazón de David Ben Ami penaba por Jerusalén. El sitio que sufría la Ciudad

Santa estaba presente en la mente del joven noche y día.

David abrió los ojos.

—¿Por qué no duermes? —le preguntó a Jordana.

—Me queda tiempo sobrado para dormir cuando estoy lejos de ti —respondió la joven.

Él la besó y le dijo que la amaba.

—Oh, David…, mi David.

Jordana quería suplicarle que no pidiese aquel destino. Quería llorar a lágrima viva y decirle que si le ocurría algo ella no podría continuar viviendo. Pero exigió a su lengua que permaneciese inmóvil, según sabía que le ordenaba el deber. De los seis hermanos de su amado uno había muerto en el *kibbutz* de Nirim, luchando contra los egipcios y otro estaba agonizando a consecuencia de las heridas recibidas yendo con un convoy destinado a socorrer a Negba, en el desierto del Negeb. Nahum, el hermano de David que pertenecía a los Macabeos, había entrado por su propia voluntad en la Ciudad Vieja.

David oía los acelerados latidos del corazón de Jordana.

—Ámame, David…, ámame —le suplicó la joven.

Las turbas árabes habían irrumpido en la Ciudad Vieja de Jerusalén, detrás de la Legión, lanzándose a destruir una veintena de sinagogas y lugares santos, así como a revolver y saquear todos los hogares judíos que tuvieron que rendirse.

Los judíos piadosos y defensores del Haganah y los Macabeos iban retrocediendo más y más, hasta que sólo les quedaron dos edificios, uno de los cuales era la Sinagoga de Hurva. Era cuestión de días únicamente que fuesen barridos todos.

La luz del día despertó a Jordana. La joven se estiró y runruneó de contento, porque el amor había dejado satisfecho su cuerpo. Uno de sus brazos se extendió buscando a David. Pero David ya no estaba allí.

Jordana abrió los ojos alarmada. Y entonces le vio de pie a su vera. El joven vestía por primera vez el uniforme del Ejército de Israel. Jordana sonrió, apoyando nuevamente la cabeza en la almohada. David se arrodilló a su lado y acarició su cabello, que era como una cascada de color escarlata.

—Hace una hora que te estoy contemplando —le dijo—. Cuando duermes estas hermosa de verdad.

Ella le cogió, abrió los brazos, atrayéndolo hacia sí, y le besó.

—*Shalom*, mayor Ben Ami —le susurró al oído, besándolo otra vez con gran ternura.

—Es tarde, cariño. Tengo que marcharme —dijo él.

—Me visto en un momento.

—¿Y por qué no me marcho ahora sin que me acompañes? Creo que sería mejor

así.

Jordana sintió que se le paraba el corazón. Por una fracción de segundo tuvo la idea de retenerle; luego se apresuró a disimular la terrible conmoción sufrida.

—Claro que sí, amor mío —respondió, sonriente.

—Jordana…, Jordana… Te amo.

—*Shalom*, David. Vete pronto…, por favor.

Jordana se volvió de cara a la pared, sintió el beso que él le dio en la mejilla y luego oyó cómo se cerraba la puerta.

—David…, David —murmuró—. Vuelve a mi lado, te lo ruego.

Avidan llevó en coche al mayor Ben Ami hasta la vivienda que Ben Zion, el jefe de operaciones, tenía cerca del cuartel general. El general Ben Zion, un hombre de treinta y un años, era también de Jerusalén. Su ayudante, el mayor Alterman, estaba allí cuando llegaron los visitantes.

Después de los saludos y de dar el pésame a David por la muerte de su hermano en Nirim, Alterman dijo:

—Según nos ha informado Avidan tiene usted algo muy interesante que comunicarnos.

—Sí —respondió pausadamente David—. Desde que se votó la partición tengo en la mente, día y noche, el «lamento de los desterrados»: «Si yo te olvidare, oh, Jerusalén…».

Ben Zion asintió con un movimiento de cabeza. Compartía los sentimientos de David respecto a la Ciudad Santa. Su esposa, sus hijos y sus padres estaban allí.

David prosiguió:

—Dominamos la carretera de un modo bastante efectivo hasta Latrún. Más allá de Latrún, en el Bab el Wad, el Palmach ha despejado la mayor parte de alturas.

—Todos sabemos que Latrún es el principal obstáculo con que tropezamos —afirmó vivamente Alterman.

—Déjenle que termine —ordenó Ben Zion.

—Yo estuve pensando… Aquel sector, los alrededores de Latrún, lo conozco como la sonrisa de mi madre. Hace casi seis meses que recorro el terreno mentalmente, palmo a palmo. Y estoy completamente seguro de que es posible ir a Jerusalén sin pasar por Latrún.

El asombro impuso unos minutos de silencio.

—¿Qué quiere decir concretamente? —inquirió Ben Zion.

—Si se traza un arco, evitando Latrún, desde una carretera a la otra sólo hay dieciséis kilómetros.

—Pero esos dieciséis kilómetros no son otra cosa que una línea en el mapa. No existe camino de ninguna clase. Es imposible cruzar aquellas fragosas alturas.

—Hay un camino —afirmó David.

—Pero, David, ¿de qué estás hablando? —preguntó Avidan.

—En buena parte del trecho existe una antigua calzada romana. Data de dos mil años atrás y está completamente cubierta de maleza, tierras que se han corrido y arrastres de las aguas; pero no importa, la calzada está allí. Su piso corre por aquellos barracones en un trecho de ocho kilómetros. Sé tan cierto como que estoy aquí entre ustedes que sabría seguir la hondonada por toda la distancia en que no hay camino.

David se acercó al mapa y trazó un semicírculo que unía las carreteras, rodeando Latrún.

Avidan y Ben Zion se quedaron un buen rato con la vista fija en el mapa. Alterman tenía una expresión cínica. Avidan, que ya estaba un poco al corriente de aquellos planes por conducto de Ari Ben Canaan, había adoptado un aire crítico.

—David —le dijo fríamente—, supongamos que logras encontrar la supuesta calzada romana que dices y concedamos que consigues dar con un camino de cabras por la hondonada. ¿Qué pasa luego? Todavía estás lejos, muy lejos de aliviar el sitio de Jerusalén.

—Lo que yo propongo —replicó el joven, sin vacilar— es que construyamos otra carretera sobre la calzada y eliminaremos la necesidad de capturar Latrún, porque tendremos el recurso de rodearlo.

—Vamos, David —intervino Ben Zion—. Si hemos de atenernos a la ruta que has trazado en el mapa, tendríamos que construir ese camino ante las mismas narices de la Legión Árabe, apostada en Latrún.

—Exactamente —dijo David—. No necesitamos mucho más que un sendero; la anchura precisa para un solo camión, únicamente. Josué consiguió en Latrún que el sol se parase. Quizá nosotros consigamos que se paren las noches. Si un destacamento de trabajo emprende la tarea desde Jerusalén y otro desde Tel Aviv y laboramos de noche y a la callada, sé que en un mes habremos completado el desvío. En cuanto a la Legión Árabe, saben ustedes muy bien que Glubb no la sacará de Latrún para que entable la lucha. Precisamente la tiene allí con objeto de preservarla de una batalla en toda regla.

—No estamos seguros de ello —contradijo Alterman—. Podría intentar apoderarse del desvío.

—Si Glubb está dispuesto a comprometer su Legión en una batalla, ¿por qué no ha atacado desde el Triángulo, probando de cortar Israel en dos?

Ninguno supo contestar la pregunta. Había que presumir que David estaba en lo cierto. Los mandos militares opinaban que Glubb tenía también sus fuerzas excesivamente desparramadas y no quería luchar fuera de los sectores de Jerusalén, el pasillo y Latrún. Por lo demás, los israelíes habrían acogido gozosos la posibilidad de batallar contra la Legión en campo abierto.

Ben Zion y Avidan guardaban silencio, meditando aturdidos la proposición de

David.

—¿Qué quiere? —le preguntó, por fin, el primero.

—Concédame un *jeep* y una noche para hacer el recorrido.

Avidan estaba preocupado. En los primeros tiempos del Haganah, cada vez que tenían una baja sufría horriblemente. Era como si hubiese perdido un hijo o una hija. En una comunidad reducida y en la que unos se relacionaban íntimamente con los otros como era el antiguo Yishuv, toda pérdida humana se convertía en una tragedia personal. Ahora, con motivo de la guerra, las bajas de los judíos sumaban millares, alcanzaban cifras alarmantes para una nación tan pequeña. Y la mayoría de ellas se producían entre lo mejor de la juventud del país, así de uno como de otro sexo. Avidan estaba pensando que ninguna nación, fuese grande o pequeña, podía permitirse el lujo de derrochar hombres como David Ben Ami. La tarea que éste quería cargar sobre sus propios hombros se parecía mucho a un suicidio. Cabía incluso la posibilidad de que el mismo deseo de que hubiera una vía de acceso a Jerusalén le hiciese creer que existía realmente.

—Un *jeep* y veinticuatro horas… —suplicó nuevamente David.

Avidan miró a Ben Zion. Alterman movió la cabeza tristemente. Lo que pretendía David era imposible. La tragedia de Jerusalén pesaba sobre todos los corazones; Jerusalén era el mismo latido vital, el aliento del judaísmo y no obstante… Ben Zion hasta se preguntaba si no había sido una locura ya desde el primer momento el pretender que la ciudad siguiera en sus manos.

Avidan se decía que los padres de David habían sufrido más que suficiente. Un hijo muerto, otro moribundo y un tercero dirigiendo la escuadra suicida de los Macabeos dentro de las murallas de la Ciudad Vieja.

David miraba ora al uno ora al otro con expresión vehemente.

—¡Deben darme una oportunidad! —exclamó.

Llamaron a la puerta. Alterman cogió el comunicado que traían y lo entregó a Ben Zion. La sangre se retiró del rostro del jefe de operaciones, el cual pasó el papel a Avidan. Ninguno de los presentes recordaba haber visto jamás que el curtido luchador perdiera la compostura; sin embargo ahora, mientras leía, la mano le temblaba y sus ojos se inundaban de lágrimas. Con voz quebrada, anunció:

—La Ciudad Vieja acaba de rendirse.

—¡No! —gritó Alterman.

David se desplomó sobre una silla.

Ben Zion cerró los puños y rechinó los dientes.

—¡Sin Jerusalén no puede haber nación judía! —gritó. Y volviéndose hacia David—: ¡Corra a Jerusalén, David…, corra!

Cuando Moisés condujo las tribus de Israel hasta las orillas del Mar Rojo, pidió que saliera un hombre dotado de tanta fe en Dios que quisiera ser el primero en

arrojarse al mar. El primero que dio un paso al frente se llamaba Nahshon. Y «Nahshon» fue el nombre clave de la aventura que emprendía David Ben Ami.

Al oscurecer, éste salió de Rehovot, al sur de Tel Aviv y puso rumbo hacia Judea. Al llegar al pie de los montes cercanos a Latrún dejó la carretera y se internó por los accidentados montes llenos de pedruscos y cortados por tajos y barrancos. A David Ben Ami le empujaba una obsesión, aunque su afán quedaba moderado por la clara conciencia que tenía de la gravedad del empeño y gobernado por lo meticulosamente que conocía el terreno que pisaba.

El *jeep* se revolvía, brincaba y se rebelaba contra el tormento que ningún otro instrumento mecánico hubiera podido resistir. Al llegar cerca de Latrún, David puso la marcha más corta y avanzó lenta y cautelosamente. Estaba muy expuesto a encontrarse con una patrulla de la Legión.

Sus ojos y su instinto se aguzaban divisando el fuerte allá en la distancia, mientras metía el vehículo cuesta abajo por una pendiente muy peligrosa, en busca de la calzada romana enterrada debajo de los arrastres de muchos siglos siguiendo contornos de la tierra y las peñas desnudas por la erosión. En la confluencia de dos cañadas paró el *jeep* y arrancó unas piedras del suelo. Su tamaño y su forma le convencieron de que la calzada pasaba por allí. Cuando hubo identificado la dirección general del camino que utilizaban las legiones romanas, se encontró en condiciones de recorrerlo a mayor velocidad.

De este modo trazó un ancho círculo evitando el paso por Latrún, pero exigiendo al vehículo y a sí mismo un esfuerzo despiadado. Fueron muchas las ocasiones en que paró el motor y se quedó escuchando en un silencio glacial, por si volvía a oír un ruido que se había imaginado percibir procedente del enemigo. Numerosas veces se arrastró sobre el vientre en la oscuridad por los rocosos y áridos tajos con objeto de comprobar si no se había apartado de la ruta. Aquellos dieciséis kilómetros le parecían los más largos que hubiera recorrido en toda su vida. La noche discurría mucho más de prisa de lo que él hubiera deseado y a medida que se acercaba a su fin aumentaba el peligro de topar con una patrulla.

Ben Zion y Avidan llegaron al amanecer cargados de sueño por una noche pasada en vela, esperando y llenos de aprensión. Ahora comprendían que el intento de David Ben Ami era una locura; el corazón les decía que no le volverían a ver nunca más.

Sonó el teléfono. Avidan cogió el receptor y escuchó.

—Son los del departamento de claves —dijo—. Han recibido hace un momento un mensaje de Jerusalén.

—¿Cómo dice?

—I 358.

Los dos corrieron a buscar la Biblia. Ben Zion exhaló un largo suspiro de alivio al leer:

—«Isaías: capítulo treinta y cinco, versículo octavo: *Y allí habrá un camino principal…, no habrá ningún león, ninguna bestia feroz subirá a tal lugar…, pero los redimidos recorrerán aquel camino*…».

¡Nahshon había llegado a Jerusalén! David Ben Ami había encontrado un desvío que permitía dejar Latrún a un lado. A Jerusalén le quedaba todavía una posibilidad.

En Jerusalén, miles de voluntarios que habían jurado guardar el secreto, salieron de la ciudad y se pusieron a la tarea de abrir un camino por el escabroso terreno, siguiendo la ruta que David encontrara. Éste regresó a Tel Aviv, donde un segundo cuerpo de voluntarios emprendió el trabajo desde el otro extremo con objeto de reunirse con los de Jerusalén.

Las dos brigadas permanecían escondidas durante el día y trabajaban de noche ante las mismas barbas de la Legión Árabe, estacionada en Latrún. Trabajaban en medio de un silencio febril, transportando a brazos los capachos de tierra. Las dos brigadas avanzaban paso a paso, una en dirección a la otra, por tajos y barrancos, siguiendo la antigua ruta romana. David Ben Ami solicitó que le trasladaran permanentemente a Jerusalén y lo obtuvo.

Jordana sufría una crisis nerviosa continua desde que se separó de él en Tel Aviv; a pesar de lo cual regresó a Gan Dafna, donde había que realizar un trabajo ímprobo reconstruyendo la destrozada población.

La mayoría de los edificios habían sufrido daños a consecuencia de los obuses de la artillería. Los niños más jóvenes, que antes habían evacuado, volvían a estar allí. Como la villa de Kitty no había quedado demasiado destrozada, Jordana se aposentó en ella, en compañía de Kitty y de Karen. Entre la *sabra* y la enfermera americana habíase establecido una sólida amistad. Jordana se veía con ánimo de confiar a Kitty muchas cosas que no habría osado contar a otras personas por miedo a demostrar debilidad.

Cuando Jordana regresó a Tel Aviv y a pesar de que ella quisiera esconderlo bajo una máscara de aspereza, Kitty se dio cuenta perfectamente de su estado de espíritu. Una noche, dos semanas después de haberse separado de David, estaba sentada en el comedor en compañía de Kitty engullendo un tentempié de última hora remojado con unos sorbos de té y mientras Kitty iba charlando, cuando se puso de súbito intensamente pálida, se levantó a toda prisa y salió corriendo de la habitación. La enfermera echó a correr tras ella y la alcanzó fuera de la villa en el preciso momento en que se desplomaba sobre el suelo. Kitty la cogió, la sostuvo y mitad acompañándola mitad llevándola, la condujo hasta su oficina. Allí la hizo tenderse sobre el catre y le dio a beber, quieras que no, unos tragos de coñac.

Diez minutos transcurrieron antes de que Jordana volviese parcialmente en sí y tratara de sentarse. Kitty la obligó a tenderse otra vez. Cuando hubo recuperado por

completo el uso de sus facultades, la joven sacudió la cabeza con expresión incrédula.

—¿Qué te ha pasado? —inquirió Kitty.

—No lo sé. Jamás me había ocurrido una cosa parecida. Estaba escuchándola a usted y de repente me he quedado sin verla ni oírla; el mundo se ha puesto oscuro y un temblor frío ha recorrido mi cuerpo.

—Sigue…

—He oído… el alarido de David…, un grito horrible.

—Bien, bien, escúchame, señorita. Todos estos días has vivido sufriendo una tensión tan grande que estás a punto de estallar. Quiero que te tomes algún descanso. Vete a Yad El al lado de tu madre…

Jordana se puso en pie de un salto, gritando:

—¡No!

—¡Siéntate! —le replicó Kitty, con un grito imperativo.

—Es una tontería. Debería avergonzarme de mi conducta.

—Tu conducta es completamente normal. Y no llegarías a ese estado si de vez en cuando te desahogases un poco y soltases unas lagrimitas, en vez de esforzarte por reprimir tus sentimientos dentro de ti.

—¡Qué descontento estaría David de mí si supiera que me porto de este modo!

—¡Oh, basta ya, Jordana! Maldito sea ese orgullo de *sabra* que tienes. Voy a darte un sedante y quiero que te acuestes en seguida.

—¡No! —rechazó la joven, al mismo tiempo que escapaba corriendo de la habitación.

Kitty exhaló un suspiro resignado. ¿Qué podía hacer una por una muchacha que se figuraba que la menor muestra de emoción había de ser tomada por signo de debilidad? Los largos años de tensión y de lucha habían endurecido el pellejo de los *sabras* y los habían dotado de un orgullo incomprensiblemente feroz.

Tres días después de este incidente, Kitty entraba en su villa, al atardecer, después de enviar a Karen al lado de Dov. Jordana estaba redactando unos informes. Kitty se sentó delante de la mesa escritorio. Jordana levantó la vista y sonrió; pero al observar la expresión de la faz de su amiga se puso seria. La enfermera le quitó la pluma de la mano.

Ambas permanecieron unos momentos sin pronunciar palabra.

—David ha muerto —adivinó luego Jordana.

—Sí.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó la joven judía con acento monótono que no dejaba traslucir ninguna emoción.

—Ari ha telefoneado hace unos momentos. Los detalles no están claros. Parece que David organizó un grupo con unos cuantos del Palmach, unos cuantos Macabeos y unos cuantos del Haganah. No tenía ninguna autorización para ello… Por lo que se

deduce, había estado contemplando las murallas de la Ciudad Vieja y no pudo resistir aquella visión. El y su grupo se lanzaron al ataque intentando reconquistar la Ciudad Vieja. Se apoderaron de Monte Sión, pero…

—Continúe —pidió Jordana.

—No tenían ninguna probabilidad. Era un empeño suicida.

Jordana no hizo ningún movimiento; no parpadeó tan siquiera.

—¿Qué puedo hacer? ¿Qué debo decir? —suplicó Kitty.

La muchacha se levantó sacando el mentón con aire de reto:

—No se apure por mí —respondió con voz vibrante.

Si Jordana Ben Canaan derramó lágrimas por su David, nadie las vio jamás. Ella y su dolor fueron a esconderse en las ruinas de Abu Yesha. Allí pasó cuatro días y cuatro noches sentada, sin moverse, sin comer, sin beber. Después regresó a Gan Dafna. Como Ari había hecho con su amada, tampoco ella volvió a pronunciar nunca más el nombre de David.

Una noche, al cabo de un mes de haber encontrado David Ben Ami el camino de Jerusalén, quedó terminada la «Carretera de Burma», el rodeo que evitaba el paso por Latrún. Un convoy recorrió aquella ruta y el asedio de Jerusalén hubo terminado para siempre jamás.

Hasta aquel momento nadie había sabido con certeza si Israel viviría. En el instante mágico en que los trabajadores de Jerusalén estrecharon las manos de los de Tel Aviv, los judíos pudieron afirmar que habían ganado su Guerra de Liberación.

# CAPÍTULO XIII

Aunque había que arrostrar todavía muchos meses de lucha extremadamente dura y sangrienta, la apertura de la «Carretera de Burma» vino a levantar el espíritu de los judíos en un momento en que tenían mucha necesidad de ello.

Cuando hubieron detenido la primera invasión de los ejércitos árabes, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas logró concertar una tregua temporal, muy bien recibida por cierto por ambos bandos. Evidentemente, los árabes tenían que remozar sus mandos y reorganizarse. Al fracasar en su intento de invadir todo el país habían perdido el prestigio ante los ojos del mundo. Por su parte, los israelíes necesitaban tiempo para introducir en Palestina más armas y aumentar su capacidad operativa.

El Gobierno provisional no dominaba en absoluto la situación, puesto que el Palmach, los ultraortodoxos y los Macabeos sólo cooperaban hasta cierto punto. En honor del Palmach debe decirse que cuando se vio ante el peligro de ser expulsado de los frentes por no haber acatado las órdenes del mando central, entregó su cuerpo escogido e ingresó en masa en el Ejército de Israel. De parecida forma, los Macabeos organizaron batallones especiales dentro del Ejército israelita, si bien insistiendo en conservar su oficialidad propia. Pero nada pudo cambiar la actitud intransigente de los fanáticos, que continuaron esperando el Mesías, obstinados en su interpretación literal de la Biblia.

En el preciso momento en que la unión de esos elementos dispares parecía ya una realidad, prodújose un trágico acontecimiento que apartó para siempre a los Macabeos. Sus simpatizantes de América habían adquirido grandes cantidades de las armas que tanto necesitaban, además de un aeroplano de transporte, al que bautizaron con el nombre de «Akiva». Junto con las armas iban a ofrecer varios centenares de voluntarios dispuestos a incorporarse a los batallones Macabeos. Pero las condiciones de la tregua imponían que ninguno de los dos bandos se rearmase ni reforzarse sus posiciones. Era esta una condición de la cual tanto los árabes como los judíos hacían caso omiso. En su afán por superar al enemigo, ambos bandos se entregaban secretamente a un trasiego febril de hombres y de armas.

Los israelíes de Europa se enteraron de la existencia del «Akiva». El Gobierno provisional pidió que le fueran entregados lo mismo el aparato que las armas que transportaba. El Gobierno provisional argüía que ahora Israel era una nación, que conducía una sola guerra y que, en fin de cuentas, los batallones Macabeos formaban parte del Ejército de Israel. Los Macabeos disentían. Ellos querían conservar su personalidad y decían que aquellas armas habían sido compradas expresamente para que las empuñaran sus afiliados.

El Gobierno quiso utilizar en su favor el hecho de que la entrada de armas significase una violación de la tregua, aduciendo que si se encargaban ellos de tal

misión las probabilidades de introducir en secreto el cargamento del «Akiva» serían un cien por cien mejores que si la intentaban los Macabeos por su cuenta y riesgo. Los otros replicaron que ellos no tenían por qué acatar la orden de tregua, pues eran independientes de todo mando central. Con esto volvió a encenderse la enconada discusión; el Gobierno provisional, afirmando que no podía existir sino una autoridad central y los Macabeos sosteniendo lo contrario.

Entretanto, el «Akiva» despegó de Europa con su cargamento de armas y de voluntarios. El Gobierno, que necesitaba de toda necesidad tanto las unas como los otros, se vio en el caso de tener que ordenar a los Macabeos que hicieran regresar al aeroplano sin aterrizar. Los Macabeos se enfurecieron.

Cuando el «Akiva», desafiando el mandato, penetró en el cielo de Palestina, el aeródromo estaba atestado de funcionarios del Gobierno, de Macabeos y de observadores de las Naciones Unidas. El Gobierno envió un último aviso por radio al aparato, ordenándole que regresara a Europa. El «Akiva» se negó. Entonces el Gobierno provisional hizo salir unos cazas que derribaron el aparato rebelde.

La lucha estalló entre el Ejército y las fuerzas de los Macabeos, los cuales, furiosos y despechados, retiraron sus batallones del seno de aquél. Ambos bandos se llenaron mutuamente de improperios, acusaciones y más acusaciones hasta que lo que hubiera sido de justicia y de verdad en el «incidente del "Akiva"», quedó sumergido en un mar de insultos y reproches. El resentimiento que todo ello originó en las filas de los Macabeos se hizo indeleble.

Pero el incidente sirvió al final para clarificar la atmósfera Durante los años del mandato británico, los Macabeos habían contribuido a expulsar a los ingleses, hostigándoles continuamente En cambio, una vez fuera los británicos, las tácticas terroristas carecían ya de finalidad práctica y sus adeptos demostraban palmariamente que eran incapaces de acatar la disciplina indispensable en un Ejército organizado. Con ello su valor como fuerza combatiente quedaba en entredicho. La única gran victoria de que podían jactarse habíanla obtenido en Jaffa, una ciudad que se había quedado sin moral. En muchos otros sitios fracasaron. Por otra parte, la carnicería que hicieron en Neve Sadij seguía siendo la gran mancha que afeaba el historial judío. Los Macabeos eran grandes activistas dotados de un arrojo individual enorme; pero por su misma naturaleza repudiaban toda clase de autoridad. Después del incidente del «Akiva» quedaron reducidos a un grupo político rabioso, desafiante, cuya tesis fundamental sostenida que la fuerza resuelve todos los problemas.

Transcurrió un mes de conversaciones con uno y otro bando. El conde Bernadotte y su ayudante americano, Ralph Bunche, enviados por las Naciones Unidas, no conseguían llevar a las dos partes a un acuerdo. No podían quebrar en un mes lo que se había formado durante treinta años. Mientras, en la Galilea central, Kawukji había violado la tregua continuamente. Ahora los egipcios faltaban a su palabra reanudando

la lucha antes de expirar el plazo.

Cometieron un tremendo error, porque con ello desencadenaron una nueva campaña de los israelíes. Si a los técnicos militares de todo el mundo les dejó pasmados que los judíos fuesen capaces de desarticular la invasión, más pasmados se quedaron ahora al ver al Ejército de Israel emprendiendo la ofensiva.

La nueva fase de la guerra se inició con el bombardeo de El Cairo, Damasco y Amman, llevado a cabo por los aviones israelíes como una advertencia a los árabes de que desistieran de acciones semejantes contra Tel Aviv y Jerusalén. Los árabes ya no volvieron a bombardear desde el aire ninguna ciudad judía. Las corbetas israelíes tomaron parte en la lucha cañoneando Tiro, en el Líbano, uno de los puertos clave para la entrada de armas.

En el *kibbutz* de Ein Gev, sobre el Mar de Galilea, los campesinos, que habían estado varios meses sitiados y rechazado un ataque sirio, pasaron ahora a la ofensiva. En una audaz maniobra nocturna, subieron a la montaña de Sussi y expulsaron de ella a los sirios.

En la Galilea central, Ari Ben Canaan se lanzó en persecución de Kawukji y a la conquista de Nazaret. Empleando a sus tropas hasta el límite de su resistencia y utilizando con lúcida brillantez el material de que disponía, superó por completo a los irregulares, tanto en capacidad de maniobra como en ardor combativo. El general favorito del Muftí sufrió un castigo muy saludable y perdió Nazaret, Con la caída de Nazaret, las poblaciones árabes, hostiles de la Galilea central, se derrumbaron y Kawukji emprendió la fuga hacia la frontera libanesa. Los israelíes dominaban toda la Galilea y sus vías de comunicación.

En el Bab el Wad y en el pasillo de Jerusalén, la Brigada de Montañeros ensanchó el espacio ocupado y empezó a marchar hacia el sur, en dirección a Belén.

En el desierto del Negeb, los israelíes tenían en jaque continuo a los egipcios. En la antigüedad, Sansón encendió las colas de un millar de zorras y las soltó hacia los campos de los filisteos. Ahora, unas unidades rapidísimas de *jeeps* armados de ametralladoras y llevando el nombre de «Zorras de Sansón» lanzaban feroces ataques contra las líneas de abastecimiento de los egipcios y contra las poblaciones árabes. El *kibbutz* de Negba se vio libre del terrible sitio que venía soportando.

Pero donde los judíos alcanzaron su éxito más espectacular fue en el Valle de Sarón, mirando al Triángulo. Empleando a fondo las unidades de *jeeps* y llevando al frente la antigua Brigada Hanita del Palmach, los judíos penetraron en Lidda y Ramle, dos ciudades árabes que habían hecho imposible el tránsito hacia Jerusalén. Después de apoderarse del aeropuerto de Lidda, el mayor de Palestina, doblaron hacia el Triángulo Samaritano, realizando una maniobra destinada a rodear Latrún. Durante la marcha hicieron retroceder a las fuerzas iraquíes y levantaron el sitio de Ben Shemen, otro poblado de niños. Cuando quedaba casi completado el círculo

alrededor de Latrún, los árabes, al unísono, pidieron a grandes voces una segunda tregua.

Todas las victorias israelíes se habían producido en el intervalo de diez días.

Mientras Bernadotte y Bunche dirigían las conversaciones de la segunda tregua, el mundo árabe estaba fuera de sí. Abdullah, rey de Transjordania, fue el primero que supo ver claro y entró en negociaciones secretas con el Gobierno provisional, comprometiéndose a tener la Legión intacta, sin participar en las hostilidades. Con ello, los israelíes podrían dedicar toda su atención a los egipcios. A cambio, los israelíes se comprometían a no emprender ninguna acción contra la Ciudad Vieja ni contra el Triángulo Samaritano, dominado por la Legión.

El truhán de Kawukji volvió a romper la tregua atacando desde el Líbano. Pero en seguida que hubo terminado esta segunda tregua, la «Operación Hiram», nombre tomado del rey del Líbano citado en la Biblia, convirtió en humo, de una vez para siempre, los sueños de Kawukji y el Muftí. El ejército israelita cruzó la frontera del Líbano pisando los talones a los irregulares, que huían a la desbandada. En las poblaciones libanesas se levantaba un despliegue de banderas blancas de rendición. Bandeado Kawukji, los judíos se replegaron hacia sus propias fronteras, a pesar de que no hubieran encontrado muchos obstáculos para continuar hasta Beirut y Damasco.

Despejada la Galilea, tranquilo el Sarón y habiendo prometido a Abdullah que no atacarían las posiciones en manos de Jordania, el ejército judío dirigió toda su atención hacia los egipcios.

El mundo árabe andaba a la greña por encontrar una explicación a la serie de victorias israelíes. Abdullah de Transjordania acusaba públicamente al Irak del fracaso de los árabes: el Irak no había sabido atacar desde el Triángulo cortando a los judíos por la mitad; en general los iraquíes no habían hecho sino el ridículo. Por su parte el Irak, que soñaba con estructurar y gobernar una Gran Nación Árabe en su «Creciente Fértil», echaba la culpa a lo dilatado de sus líneas de abastecimiento. Los sirios eran los más chillones. Éstos les cargaban el muerto al imperialismo americano y al occidental. Los de la Arabia Saudí, que habían combatido dentro de las filas del ejército egipcio, les daban la culpa a casi todos; en su capítulo de reproches mencionaban, uno tras otro, a todos los demás países árabes. Los egipcios acusaban a Transjordania de haberlos vendido mediante el pacto de Abdullah con los judíos. De todas formas, uno de los frutos secundarios más espectaculares de la Guerra de Liberación fue el arte con que la Prensa y la radio egipcias sabían transformar las derrotas de su ejército en victorias. El público egipcio vivía convencido de que sus soldados estaban ganando la guerra. Los libaneses y los yemenitas permanecían callados. Hay que decir en primer lugar que aquella lucha no les interesaba en exceso.

El mito de la unidad árabe se deshizo a medida que los judíos iban propinando

derrotas a las fuerzas combinadas. Los besos, los apretones de manos y los votos de hermandad eterna de los primeros momentos se trocaron en centellear de puñales, en arengas incendiarias y, finalmente, en asesinato. Abdullah acabó por morir a manos de unos musulmanes fanáticos cuando salía de rezar sus oraciones en la Mezquita de Omar, de la Ciudad Vieja. Faruk fue derribado del trono por una camarilla de militaristas que recitaban las páginas de un *Mein Kampf* en versión árabe. La intriga y el asesinato, los dos grandes recursos políticos de los árabes, dominaban la escena en absoluto.

En el desierto del Negeb, el Ejército de Israel, que había alcanzado su plenitud en el sentido de la composición y la coordinación, hizo que la guerra llegase a sus fases finales. Cayó Suweidan, el Monstruo del Monte, el tormento de los judíos del *kibbutz* de Negba. En Suweidan fue donde los egipcios ofrecieron un mayor alarde de valor.

Una bolsa egipcia que había quedado muy atrás, en Faluja, y que había sufrido el sitio de los judíos, fue evacuada después de unas conversaciones de tregua. Uno de los oficiales egipcios que se hallaban en ella era un capitán joven que luego había de acaudillar el destronamiento de Faruk. Se llamaba Gamal Abdel Nasser.

El crucero «Faruk», orgullo de la Armada egipcia, había tratado de bombardear una posición pocas horas antes de la tregua, a fin de conseguir unas ventajas tácticas. Unos botes israelíes a motor, llenos de dinamita, lanzados al agua y apuntados contra los flancos del buque lo hundieron fácilmente.

Beersheba —las Siete Fuentes, la ciudad del Padre Abraham— cayó en otoño de 1948, con ocasión de un ataque por sorpresa de los israelíes. Los egipcios se pegaron al terreno y construyeron una fortificación defensiva profunda y bien emplazada con objeto de montar una resistencia más abajo de Beersheba. Las defensas de la misma parecían impenetrables. Los judíos echaron mano una vez más de su perfecto e íntimo conocimiento del terreno, gracias a lo cual encontraron un antiguo camino de los nabateos, abierto un millar de años atrás, que les permitió rodear las defensas egipcias y atacarlas por la espalda.

A partir de aquel momento aquello fue un descalabro continuo para los árabes. El ejército de Israel perseguía a los egipcios en huida sin dejar de causarles grandes pérdidas. Eludiendo el sector de Gaza, los fugitivos se internaron en el mismo Sinaí.

*El Señor ha puesto en su centro el espíritu de la perversidad, y ellos han sido causa de que desde allí en adelante el Egipto se haya extraviado en todas sus obras, lo mismo que un borracho da traspiés cuando vomita. No deberá haber para Egipto ningún trabajo que pueda hacer la cabeza o la cola, o la rama de palma o el junco puedan hacer. En aquel día los egipcios serán como mujeres; y temblarán de temor al ver la mano del Señor de los Ejércitos blandiéndose sobre ellos.*

¡Las palabras de Isaías se habían cumplido!

En el Canal de Suez el desastre de los egipcios y la posibilidad de que Israel penetrara hasta las proximidades del canal alarmaron a los ingleses, los cuales pidieron a los judíos que se parasen, si no querían enfrentarse con el Ejército británico. A guisa de advertencia hicieron remontar cierto número de cazas «Spitfire» para que ametrallasen a los israelíes. Hasta cierto punto parecía muy puesto en razón que los últimos disparos de la Guerra de Liberación los recibieran los ingleses. La Fuerza Aérea Israelita abatió seis aviones británicos de caza. Luego los israelíes cedieron a la presión internacional permitiendo que los egipcios escaparan. El destrozado ejército egipcio se reagrupó, marchó hacia El Cairo y, con una audacia fantástica, representó la comedia de un «desfile de la victoria».

¡La Guerra de Liberación se convertía en un capítulo más de la Historia!

Las conversaciones de tregua habían durado meses enteros. Las discusiones acerca de cómo se habían producido aquellos acontecimientos durarían siglos. Los técnicos se quedaban desorientados y los realistas pasmados.

El pueblo árabe de Palestina había aceptado hacía tiempo el regreso de los judíos y estaba dispuesto a vivir en paz y beneficiándose de los progresos introducidos en el país después de un millar de años estériles. El pueblo, sencillamente, no quería luchar; jamás lo había querido. El pueblo había de soportar las traiciones de sus dirigentes, que eran los primeros en escapar en cuanto se avecinaba un momento de peligro. El coraje árabe se reducía al frenesí momentáneo de las turbas aturdidas por las frases de agitación que no podían comprender y mucho menos creer. Eran víctimas de polémicas racistas y temían con horror a un «sionismo» militante que no existió jamás. Los dirigentes árabes explotaban su ignorancia en provecho de sus egoístas propósitos.

Algunos ejércitos, en conjunto, y algunas personas en particular, lucharon con valor. La mayoría no. Les habían prometido victorias fáciles, botín y mujeres. Habíanse incitado unos a otros con la ilusión de una unidad árabe inexistente. Innegablemente, la «causa» no calaba tan hondo como para que valiera la pena derramar sangre por ella.

En cambio, jamás se puso en duda la cuestión de si los judíos estaban prestos a morir por Israel. Porque al final quedaron solos, y con sangre y coraje conquistaron lo que la conciencia del mundo les había otorgado como de ley.

Y de este modo, la Estrella de David, abatida durante más de dos mil años, brilló nuevamente desde Elath a Metulla, para no volver a ponerse nunca más.

Como consecuencia de la Guerra de Liberación surgió uno de los problemas más espinosos y más ampliamente debatidos del siglo: el de los refugiados árabes. Todos los intentos de examinar y discutir lo que había que hacer con aquella gente naufragaron en un mar de argumentos, acusaciones, confusiones, nacionalismos y alusiones. El caso llegó a ponerse tan complicado que se convirtió en una bomba

política retardada.

Barak Ben Canaan fue llamado una vez más para que prestara sus servicios al país. El Gobierno de Israel le encargó que hiciera un estudio completo de aquella situación aparentemente insoluble. Barak procedió a un análisis minucioso, depurado, y sus datos llenaron varios centenares de páginas. En un reducido sumario arrojó la más clara luz sobre lo que parecía un problema intrincado e irremediable.

## RESUMEN DE LA SITUACIÓN DE LOS REFUGIADOS ÁRABES

*La consecuencia secundaria de la Guerra de Liberación sobre la que mayor publicidad se ha hecho ha sido el problema de los refugiados árabes de Palestina, el cual ha pasado a ser el arma política más poderosa del arsenal árabe.*

*Los árabes han puesto un empeño extraordinario en describir el pleito de esas víctimas de la guerra y por lograr que los campos de refugiados funcionen de una manera modélica, a fin de mostrar a los ojos del mundo la crueldad judía. Ciertamente, todo el que visite a aquellos desgraciados seres se sentirá conmovido por su problema.*

*Los árabes desearían convencer al mundo de que el problema de los refugiados de Palestina es único. Nada más alejado de la verdad. Todas las guerras que ha movido el hombre han dejado personas desplazadas, sin hogar, refugiadas. Actualmente, en Europa y en Asia, cinco años después de la Segunda Guerra Mundial, el número de desplazados asciende a las decenas de millón. Es ello una consecuencia insoslayable de la guerra.*

*Pero si los dirigentes árabes hubiesen obedecido la decisión del Alto Tribunal internacional y se hubieran atenido a la ley, el problema de los refugiados árabes no habría existido. Esos resultados fueron el fruto directo de una guerra de agresión promovida por los árabes con objeto de destruir el pueblo de Israel.*

*El problema de los refugiados de Palestina lo han creado los árabes mismos.*

*Después de tener lugar, en noviembre de 1947, la votación en que se decidió partir el suelo de Palestina, el Yishuv suplicó a los árabes que vivían en la parte que se le adjudicó que adoptasen una actitud pacífica, amistosa y de respeto para los derechos irrebatibles del pueblo judío.*

*A pesar de estar sufriendo entonces una agresión alevosa, el Estado de Israel, en su Declaración de Independencia, tendió la mano cordialmente a sus vecinos árabes, aun en aquel momento en que éstos violaban sus fronteras.*

*Los árabes respondieron a esta actitud de respeto a la ley, y al ofrecimiento de buena amistad, pregonando en voz alta su intención de asesinar a todo el pueblo judío y destruir el Estado de Israel.*

*Se ha dado el extraño fenómeno de que la mayoría de los árabes de Palestina*

*huyeran ya antes de la invasión. Jaffa, Haifa y Galilea dieron la mayor parte de los refugiados en unos momentos en que apenas se luchaba.*

*La primera causa de tal fenómeno está en que los árabes palestinos tenían un miedo atroz. Durante varias décadas unos dirigentes contaminados por el racismo habían sembrado en su mente la idea de que serían asesinados en masa. Esos dirigentes se aprovechaban del analfabetismo, la superstición y la devoción religiosa fanática de los fellahas. Jamás se preocuparon de los intereses públicos sino de sus propias ambiciones personales. Y traicionaron por completo al pueblo. El miedo ciego y la ignorancia fueron los causantes de la primera oleada de fugitivos. ¿Se fundamentaba tal miedo en algún hecho? ¡No! En un solo lugar, Neve Sadij, había habido una carnicería imperdonable de personas inocentes. Por lo demás, nadie molestó lo más mínimo a ninguno de los árabes que se quedaron en Palestina. Los israelíes no perjudicaron bajo ninguna forma ni pretexto a ninguna población árabe que se mantuviera en paz.*

*Con respecto a Neve Sadij debemos añadir que ese ejemplo único de un exceso cometido por los judíos —en el calor de la guerra, recordémoslo— palidece al lado de la larga lista de matanzas organizadas por los árabes a lo largo de un período de treinta años de paz nominal.*

*La segunda causa importante de que haya surgido el problema de los refugiados está en el hecho absolutamente demostrable documentalmente de que los jefes árabes querían que la población civil abandonase Palestina para tener en ello un recurso político y un arma militar.*

*Los generales árabes se habían trazado el plan de aniquilar al pueblo judío y no les interesaba la presencia en el país de una población civil árabe numerosa que obstaculizase su libertad de movimientos.*

*Por su parte, los políticos deseaban poder señalar lo inhumanos que son los judíos presentando al mundo a los refugiados árabes «forzados» a huir de sus hogares. Por último, también la lucha en sí contribuyó a crear el problema de los refugiados. Las pocas poblaciones árabes que tomaron las armas contra el Estado de Israel fueron atacadas y sus moradores expulsados de ellas. No hay que presentar excusas por haber procedido así.*

*Existen pruebas documentadas de que a los árabes les prometieron que regresarían a sus casas detrás de las tropas árabes victoriosas y entonces podrían saquear a mansalva el destruido Estado de Israel. Nadie puede poner en duda la hostilidad que los países árabes han manifestado contra Israel desde la guerra: violando los acuerdos internacionales, han bloqueado el Canal de Suez, han hecho el boicot a las empresas, han exigido dinero, mediante amenazas, a las firmas extranjeras, han entrado a saco en los establecimientos fronterizos y han amenazado continuamente con volver a entrar en un segundo intento de destruir Israel. A la luz*

*de estos hechos es inconcebible que Israel pueda ni tan sólo tomar en consideración la idea de proceder al reasentamiento de una minoría hostil, cuyo objetivo consiste en destruir el Estado. Y ahora llegamos al hecho más horroroso en lo que a los refugiados árabes se refiere*. Las naciones árabes no quieren a estos hermanos suyos. *Les tienen en jaulas como animales y les hacen sufrir, buscando en ello un arma política. En Gaza, para citar un ejemplo, las carreteras están minadas y vigiladas a fin de que los refugiados no puedan huir hacia Egipto.*

*Las Naciones Unidas han creado un fondo de doscientos millones de dólares para el reasentamiento de los refugiados de Palestina. En los siete millones de millas cuadradas que posee el mundo árabe hay mucho terreno baldío, fértil, excelente. En el Valle del Tigris y el Éufrates, por ejemplo, se encuentra parte del suelo más rico e inculto del mundo, y no lo habitan sino un puñado de beduinos. En dicho terreno cabrían no sólo el medio millón de refugiados árabes sino todavía otros diez millones más.*

*No se ha gastado aún ni una pequeña moneda de todo el dinero destinado al reasentamiento.*

*Por su parte, Israel, una tierra nada fértil, de cuyas siete mil millas cuadradas la mitad son desierto, ha acogido en su seno a medio millón de judíos refugiados de los países árabes y está dispuesto a admitir otro número igual.*

*Los árabes arguyen que los refugiados palestinos no quieren que les acomoden en otra parte sino que les devuelvan las tierras que poseían en Palestina. Esto es una pura estupidez. Los árabes han derramado lágrimas de cocodrilo sobre el gran amor que tienen esos pobres fellahas a los hogares que perdieron.*

*La verdad es que los fellahas de Palestina fueron víctimas de unos hombres que los utilizaron como instrumento, los abandonaron, y vuelven a jugar con ellos otra vez. Manteniéndoles encerrados, alimentándoles de sentimientos vengativos, los emplean para mantener el odio contra Israel en el punto de ebullición.*

*Si los árabes de Palestina hubiesen amado tanto su terreno no habría sido posible echarlos de él, y mucho menos habrían huido sin un motivo real. Los árabes tenían poco con qué vivir y mucho menos por lo cual luchar. Su conducta no ha sido la del hombre que ama su tierra.*

El hombre que ama su tierra, como los árabes dicen amarla, resiste y muere por ella.

*Los árabes le dicen al mundo que el Estado de Israel tiene proyectos expansionistas. Sería interesante saber de qué modo puede expansionarse una nación de menos de un millón de habitantes contra un conjunto de cincuenta millones.*

El pueblo árabe necesita un siglo de paz.

*El pueblo árabe necesita una dirección; pero no la de los «cheiques» del desierto que poseen millares de esclavos, ni la de los religiosos fanáticos, saturados de odio,*

*ni la de las camarillas militares, ni la de los hombres cuya mentalidad continúa de lleno en la Edad Media. El pueblo árabe necesita dirigentes que le proporcionen libertades civiles, educación, cuidados médicos, reformas agrarias e igualdad.*

*Necesita dirigentes que hagan frente a los problemas verdaderos de la ignorancia, el analfabetismo y las epidemias en lugar de agitar ante sus ojos la bandera chillona de un nacionalismo a ultranza y promover la idea malvada de que la destrucción de Israel será el remedio que cure todos sus males.*

*Por desgracia, cuando surge algún dirigente árabe ilustrado acaban, generalmente, asesinándole. Los árabes, ni quieren que se reacomode a sus refugiados, ni quieren que se resuelva su situación, ni quieren la paz.*

*En estos momentos Israel representa el instrumento más eficaz para sacar al pueblo árabe de la Edad Oscura.*

*Sólo cuando el pueblo árabe encuentre unos dirigentes dispuestos a estrechar la mano que se les tiende cordialmente empezará a resolver los problemas que le han tenido sumido en una miseria absoluta moral y física.*

BARAK BEN CANAAN

# LIBRO QUINTO

## *CON ALAS COMO LAS ÁGUILAS*

*Una voz clamó en el desierto: Preparad los caminos del Señor, construid bien recta en el desierto una senda para nuestro Dios.*

*Aquéllos que sirven al Señor renovarán sus fuerzas; se remontarán con alas como las águilas.*

*Isaías*

# CAPÍTULO PRIMERO

*NOME: ALASKA*
*FINALES DE 1948*

Toda la flota volante de las Líneas Aéreas del Círculo Ártico consistía en tres aviones de transporte sobrantes del Ejército, que Stretch Thompson había comprado a crédito.

Stretch había servido en Alaska durante la guerra, conquistando la fama de ser un joven de mente fecunda e imaginación sin límites siempre que se tratase de idear algún medio de zafarse del trabajo honrado. En Alaska las noches eran largas; a Stretch Thompson le concedían mucho tiempo para pensar. Y la mayor parte del tiempo que empleaba pensando, Stretch lo dedicaba al estudio de la manera de explotar las inmensas riquezas del país sin necesidad de doblar la espalda. Cuanto más largas se hacían las noches, más se estiraba Stretch[16], y… y más pensaba. Y una noche dio en el clavo.

¡Cangrejos!

La costa entera estaba cubierta de un manto intacto de cangrejos reales de Alaska, de unos doce centímetros de diámetro. Vaya, con un poquitín de empeño conseguiría que el público de América se pirrase por los cangrejos reales. En un año conseguiría darles la categoría de una golosina comparable a la langosta del Maine, a la tortuga de Maryland o a las almejas *cherry-stone*. Enviaría aquellos crustáceos gigantes a los Estados Unidos por avión y protegidos con hielo. Los mayoristas se los disputarían ansiosos. Y él sería conocido por Stretch Thompson, el rey del Cangrejo Real.

Las cosas no salieron exactamente igual como Stretch las había planeado. Por lo visto el género humano no había evolucionado lo suficiente para saber apreciar sus cangrejos reales. Al parecer los gastos que reportaba la amortización de un avión, el coste de la gasolina y el sueldo de un piloto siempre importaban más que lo que podía obtenerse de los cangrejos. No obstante, Stretch no era hombre que se diera fácilmente por vencido. Falseando hábilmente los libros de contabilidad y empleando una copiosa dosis de jarabe de pico se quitaba de encima a los acreedores y, para bien o para mal, era propietario de una línea aérea. Transportando alambre, filete y goma de mascar, conseguía tener los tres aparatos de la Compañía en vuelo. Y siempre que las cosas se ponían más negras salía por arte de magia una contrata de transporte que le daba nuevo aliento.

Uno de los puntales de la ininterrumpida buena suerte de Stretch era su piloto jefe —a veces su piloto único— Foster J. Mac Williams, conocido por «Tex». Foster J. había volado sobre el «Hump» durante la guerra y, para decirlo con las mismas palabras de Stretch, era «el mejor piloto del diablo que cualquier cochina línea aérea

hubiese tenido jamás». Las hazañas de Foster J. Mac Williams eran tales que en Nome nadie habría apostado a que no fuese capaz de aterrizar con un «C-47» sobre la cumbre de un iceberg en medio de una tormenta de nieve… y estando borracho. La verdad era que en varias ocasiones Stretch se esforzó por reunir el dinero suficiente para que la apuesta valiera la pena, pero siempre ocurrió algo: o bien la tormenta amainó, o Foster no pudo emborracharse todo lo preciso.

Mac Williams era un vagabundo. Le gustaba volar. Desdeñaba el juego de niños de hacerlo sobre rutas fijas, el sujetarse a un horario y el pilotar aviones de primera clase. Todo esto era demasiado soso Los riesgos de volar por el Círculo Ártico le satisfacían en extremo.

Un día Mac Williams entró en la choza del final de la pista de aterrizaje, que servía de oficina, de centro de contratación y de vivienda de Stretch Thompson.

—Maldita sea, Stretch —dijo—, ahí fuera hace un frío que se cortaría en cubitos.

La cara de Stretch tenía la expresión del gato de la fábula que se comió el canario.

—Foster —respondió—, ¿te gustaría marcharte a un clima más cálido y cobrar todo lo que te debo de una sola vez?

—Usted siempre ha sido un pésimo humorista.

—No bromeo, Tex. Nunca lo adivinarías…

—¿Qué?

—Adivínalo.

Foster se encogió de hombros.

—Ha vendido la línea aérea.

—Exacto.

El piloto se quedó boquiabierto.

—¿Quién ha sido capaz de comprar ese montón de chatarra?

—No les pedí que me explicaran la historia de su vida. Supe que su cheque sería pagado; a mí me bastó con esto y aquella mujer no escribió nada más.

—Vaya, hombre, nunca me lo habría figurado. Lo celebro, Stretch, porque de todos modos ya me estaba cansando de este corral de pollos. ¿Cuánto calcula que me debe?

—Con la bonificación que te concedo, cuatro billetes de los grandes.

Foster J. Mac Williams lanzó un silbido.

—Con esto podré procurarme un mar de whisky de primera calidad. Voy a hacer la travesía desde aquí hasta Sudamérica borracho y tendido en la cama. Porque ahora me voy a Sudamérica, Stretch. Me enrolaré en alguna de las Compañías que operan por allá. Me han dicho que transportan dinamita al otro lado de los Andes y que pagan muy bien.

—Pero es que… el trato incluye una pequeña condición —puntualizó Stretch.

—Me lo figuraba.

—La entrega de los aparatos a los nuevos propietarios tenemos que hacerla a domicilio. He contratado a dos pilotos para los aviones número uno y número dos… Y ahora no encuentro a nadie más.

—Esto quiere decir que sólo yo soy lo suficientemente loco para pilotar el número tres. Bueno, de acuerdo. ¿Dónde debo entregarlo?

—En Israel.

—¿Dónde?

—En Israel.

—Nunca había oído nombrar ese lugar.

—Yo mismo estaba buscándolo en el mapa cuando tú has entrado.

Stretch Thompson y Foster J. Mac Williams escudriñaron de cabo a rabo el mapamundi. Después de media hora de esforzarse en vano, Tex movió la cabeza negativamente.

—Stretch, me figuro que se la han dado con queso.

Dueño y empleado se fueron a Nome y siguieron los bares preguntando hacia dónde podría caer Israel. Una o dos personas habían oído mentar alguna vez aquel nombre. Stretch empezaba a sudar, a pesar del frío, cuando alguno le aconsejó que fuesen a despertar al bibliotecario.

—¡Eso es Palestina! —gritó enojado el buen hombre—. Y las doce de la noche no son horas para venir a llamar a mi puerta.

Después de otra búsqueda en el mapa acabaron por localizarlo.

Foster meneó la cabeza.

—Maldita sea, Stretch —dijo—. Eso es más pequeño que un iceberg de los grandes. Soy capaz de volar por encima y no verlo.

Tres semanas después Foster J. Mac Williams aterrizaba con el aparato número tres de las Líneas Aéreas del Círculo Ártico en el aeródromo de Lidda. Stretch Thompson, que había llegado una semana antes, fue a recibirle y le acompañó a un despacho que lucía un rótulo con las siguientes palabras: LÍNEAS AÉREAS CENTRALES DE PALESTINA. S. A. THOMPSON, DIRECTOR GENERAL.

Foster J. Mac Williams se dijo que allí había gato encerrado.

—¿Qué tal ha ido el viaje, amigo mío? Te aseguro que estoy muy contento de verte.

—Estupendo. Y ahora, si me paga lo que me debe, «amigo mío», me iré sin demora a París. He pescado por casualidad una verdadera alhaja y antes de un mes haré la travesía hasta Río de Janeiro.

—Claro, claro —respondió Stretch—. Tengo el cheque ahí, en la caja de caudales.

Stretch observaba atentamente a Foster Mac Williams. Los ojos de éste parecían salirse de las órbitas.

—¡Cuatro mil quinientos, y sin ningún descuento!

—Los cinco billetes de más son para demostrarte que Stretch Thompson no es un avaro indecente —explicóle.

—Usted es un gran hombre… siempre lo he dicho.

—¿Sabes, Tex? Éste es un país muy interesante. Aquí casi todo el mundo es judío. Hace una semana que estoy y no consigo acostumbrarme.

Foster no le quería preguntar a Stretch por qué estaba allí…, pero se lo preguntó.

—El rótulo de la puerta te lo dice claramente. Líneas Aéreas Centrales de Palestina. Yo mismo escogí el nombre. Verás, como esa gente no sabía lo que era dirigir una línea aérea de primera clase, insistieron en que me quedase. Pero lo primero que yo les dije… sí, les dije: «Señores, si quieren un servicio excelente han de contar con un piloto jefe de categoría superior, y yo tengo el mejor de todos los malditos pilotos de cualquier cochina línea aérea…».

—Le veré luego —dijo Foster, poniéndose en pie rápidamente.

—¿Qué se te quema?

—Me voy a París.

—Tengo que hacerte una proposición.

—No me interesa.

—Ten la delicadeza de escucharme.

—Le escucho, pero no me quedo el género. Yo me voy a París ni que sea a nado.

—He ahí el caso. Como te decía, aquí todos son judíos. Y compraron la antigua Compañía del Círculo Ártico a fin de traer a unos cuantos judíos más. Amigo, según me cuentan los hay a montones por el mundo, y todos quieren venir acá. Nosotros no hemos de hacer otra cosa que cargarlos y traerlos. ¿No lo entiendes? Cada viaje, lleno hasta los topes. Y dinero al canto… tanto por cada. Esto es un sueño, amigo Tex. Quédate conmigo y nadarás en la abundancia. Ya me conoces, Tex…, no soy tacaño.

—Sé muy bien en lo que nadaría. Le enviaré una postal desde Río.

—Está bien, Foster. Ha sido un placer conocerte.

—Vamos, Stretch, no se enfade.

—¿Quién se enfada, veamos, quién se enfada?

—Hemos vivido mucho tiempo juntos en Nome.

—Claro, claro… hermosos tiempos. A mí se me helaba la nariz.

—Ea, vengan esos cinco —concluyó Foster.

El otro le estrechó la mano sin entusiasmo.

—Vaya, ¿qué le pasa, Stretch? Se porta usted como si yo le amenazase con un puñal.

—Te hablaré claro, Foster. Estoy en un aprieto. Hemos recibido aviso urgente de que un puñado de los judíos que te decía se encuentran concentrados en un lugar llamado Aden, esperando que vayamos a buscarles. Yo tenía contratados a unos

pilotos, pero se han acobardado y me han dejado en la estacada.

—Esto es un cuento de miedo. Usted no me engaña. Yo me voy a París.

—Claro —asintió Stretch—. Vete a París. Si yo estuviera en tu lugar haría lo mismo. No te lo reprocho. Los otros pilotos que tenía huyeron como gatos escaldados cuando supieron que había peligro de que los árabes disparasen contra ellos.

Foster, que andaba ya en dirección a la puerta, se paró y se volvió.

—Tienes razón, Foster —prosiguió el otro—. ¿Para qué ha de exponerse uno a que le salten la tapa de los sesos? Ésta es una empresa arriesgada de verdad…; más arriesgada que volar por encima del Hump o transportar dinamita al otro lado de los Andes.

Foster J. Mac Williams se humedeció los labios. Stretch hizo un poco más de teatro, aunque veía perfectamente que el piloto había tragado ya el cebo.

—Le diré lo que voy a hacer, Stretch. Haré este primer viaje sólo para sacarle a usted del apuro. Para cuando regrese será mejor que se haya procurado otros pilotos. Y, diga, ¿dónde diablos está eso de Aden?

—Maldito si lo sé.

—Pues cojamos un mapa y busquémoslo.

Al despegar del aeródromo de Lidda, Foster J. Mac Williams, el vagabundo piloto de las Líneas Aéreas Centrales de Palestina, anteriormente Círculo Ártico, abría la puerta a una fantasía sacada de las páginas de *Las Mil y Una Noches* y adaptada al siglo veinte.

Siguiendo a lo largo del Mar Rojo, Foster voló hacia el protectorado inglés de Aden, al extremo de la península de Arabia.

La historia de su viaje empezaba en realidad tres mil años antes de venir Foster al mundo, en la antigua Saba. En los tiempos de la reina de Saba, la parte meridional de la península de Arabia era un país inmensamente rico. Sus habitantes habían aprendido el arte de construir acequias, pantanos y cisternas a fin de recoger y almacenar el agua, y con ella habían creado un jardín.

Después del viaje de la reina, que fue a ver a Salomón, algunos súbditos de éste marcharon de Israel para asentarse en Saba, abriendo caminos por el desierto, siguiendo la orilla del Mar Rojo, y fundando una colonia. Todo esto ocurría en los tiempos bíblicos, siglos antes de la destrucción del Primer Gran Templo.

Durante cientos de años, los judíos de Saba vivieron y prosperaron. Su colonia medró, formaron sus poblaciones propias y se integraron perfectamente en las complejidades de la vida tribal. Con el tiempo tuvieron gran influencia en la corte y fueron los ciudadanos que más destacaron.

Luego vinieron los años terribles en que las arenas fueron devorando como un cáncer el terreno fértil; los barrancos se secaron y la lluvia desaparecía engullida por la tierra requemada. Hombres y bestias envejecían, se apergaminaban bajo el sol

inclemente, y la lucha por apagar la sed era la lucha por conservar la vida. La fecunda Saba y sus Estados vecinos se desintegraron en una serie de tribus, llenas de celos y atormentadas por el odio, que se pasaban el tiempo guerreando continuamente unas contra otras.

Cuando el Islam comenzó a extender por el mundo su dominación, los judíos de la religión antigua gozaban de libertad y respeto en lo tocante a sus creencias y manera de vivir. El mismo Mahoma, al escribir las leyes que todos los musulmanes habían de seguir, ordenó que se tratara bien a los judíos.

Pero este trato de igualdad duró poco tiempo. Lo mismo que en todas las naciones musulmanas, los ciudadanos que no profesaban la religión de Mahoma eran despreciados y considerados como infieles. Sin embargo, a su manera, los árabes tenían a los judíos un respeto renuente y, también a su manera, les concedían un razonable nivel de tolerancia. Sus matanzas eran más bien un súbito estallido de violencia, jamás el genocidio calculado que se realizaba en Europa. Los árabes estaban demasiado enzarzados intrigando unos contra otros para preocuparse en exceso de los pobres y dóciles judíos asentados en el país llamado Yemen y a los cuales los siglos de ostracismo habían privado de toda virtud guerrera.

Como en todas las naciones árabes, tales judíos eran considerados ciudadanos de segunda clase. Contra ellos existían las leyes represivas habituales, la desigualdad de contribuciones, las persecuciones, y se les negaban los derechos civiles concedidos a los musulmanes. La intensidad de las persecuciones variaba según el gobernante que hubiera en cada país en un determinado momento.

Una ley formal prohibía a los judíos levantar la voz delante de un musulmán, edificar casas más altas que la de un musulmán, tocar a un musulmán, o adelantarle por la derecha. Los judíos no podían montar sobre un camello, porque el que montase tendría la cabeza más alta que la de un musulmán. Esta medida resultaba particularmente severa en un país en que el camello representaba el principal instrumento para el transporte. Los judíos vivían en *mellahas*, que eran la versión oriental del *ghetto* europeo.

El mundo caminaba y progresaba. Pero en el Yemen el tiempo permanecía estático. El Yemen continuaba tan primitivo como la selva y tan remoto e inaccesible como Nepal o la Mongolia Exterior. Allí no había ningún hospital, ninguna escuela, ningún periódico ni otra publicación impresa, como tampoco radios, teléfonos o carreteras.

Era una nación asentada sobre desiertos y montañas malditas, unidas solamente por los senderos de las caravanas de camellos. Las ciudades se escondían en los montes, a cuatro mil metros de altura, rodeadas de centenares de miles de kilómetros cuadrados de terreno yermo. El analfabetismo estaba en una proporción de casi el cien por cien. Retrógrado, abandonado, salvaje y carente de mapas y planos, las

fronteras de aquel país se hallaban por definir aún.

Gobernaba el Yemen un Imán, pariente de Mahoma y representante personal de Alá, el Misericordioso, el Compasivo. El Imán era un soberano absoluto. Él regía los destinos de todos sus súbditos. Era el dueño del oro y de la cosecha, única, de café; no tenía que dar cuenta de sus actos ante ningún gabinete. Ni tenía que proporcionar ningún servicio civil o social a sus vasallos. Se conservaba en el poder mediante el recurso de mantener equilibrada hábilmente la fuerza respectiva de las diferentes tribus, y estaba ocupado continuamente en aplastar a una tribu o en ayudar a otra en medio de las peleas y las rencillas cada día en aumento. Conservaba a las tribus hostiles bajo su mando secuestrando a sus componentes y guardándolos como rehenes. Tenía centenares de esclavos. Sentado con las piernas cruzadas y aire pomposo, administraba justicia ateniéndose únicamente a sus antojos, mandando cortar la nariz a las prostitutas y las manos a los ladrones. Despreciaba la civilización y hacía todo cuanto estaba a su alcance para cerrarle la entrada en su reino, aunque de vez en cuando se veía obligado a ceder por temor a su poderosa vecina del norte, la Arabia Saudí, que se entregaba de lleno a las intrigas internacionales.

El miedo que le inspiraba al Imán la civilización procedía en parte del deseo de la civilización de subyugar su país. A pesar de su alejamiento, estaba situado en una esquina del mundo que formaba el portal de paso al Oriente por el camino del Mar Rojo. De vez en cuando, a medida que las naciones anhelantes de expansión colonial ponían sus ojos en él, el Yemen se convertía en un campo de batalla.

En relación a los judíos, el Imán solía asumir tradicionalmente el papel de déspota benévolo. Mientras aquéllos no quisieran librarse de su servidumbre, podían contar con cierto grado de protección. El Imán obraba con prudencia: los judíos eran los mejores artesanos y técnicos del país. La orfebrería, la joyería, la acuñación de moneda, el trabajo del cuero, la carpintería, la zapatería y un centenar más de oficios que los árabes jamás habían conocido a fondo pasaban de padres a hijos a través de generaciones de judíos. Los árabes, o se dedicaban a la agricultura, o acudían a engrosar las bandas errantes de beduinos. Así, pues, su habilidad les valía a los judíos cierto grado de protección.

Era increíble que los judíos del Yemen hubiesen continuado adictos a su fe, porque durante tres mil años no habían tenido ningún contacto con el resto del mundo. Habrían vivido mucho mejor abrazando el Islam. Sin embargo, a través de tantos siglos de aislamiento, los judíos del Yemen seguían el Tora, guardaban los mandamientos, el sábado y las otras fiestas. Eran muchos los que no sabían leer ni escribir en árabe; pero todos conocían el hebreo. No había imprenta; todos los libros sagrados estaban escritos a mano, con gran pulcritud, y se transmitían de una generación a otra.

Con gran frecuencia tenían que sufrir presiones directas para que dejaran el

judaísmo y se convirtieran al islamismo; pero ellos se resistían. Cuando el Imán comenzó a arrebatarles los niños huérfanos para convertirlos, los judíos adoptaron la costumbre de casar inmediatamente a los que hubiese, fuese cual fuere su edad. Así se daba el caso de niños de pocos meses que ya tenían marido o mujer, según el caso.

Por su apariencia física, por su traje, por su ademán y por su espíritu, a los judíos yemenitas de los tiempos actuales se les podía confundir con los profetas de la antigüedad. Lo mismo que en los días bíblicos, seguían practicando la poligamia. Creían en el mal de ojo, en los vientos malos y en una gran variedad de demonios, contra los cuales llevaban amuletos protectores. Creían en la Biblia, interpretándola de un modo absolutamente literal.

A través de los años, los judíos yemenitas jamás dejaron de volver la mirada hacia Jerusalén. Pasaban los siglos, y ellos seguían esperando, paciente y devotamente, que Él les enviara aviso para «subir allá». De tarde en tarde pequeños grupos o individuos solos conseguían salir del Yemen y regresaban a Palestina, donde establecían una reducida comunidad.

¡Y de pronto el aviso llegó, según habían anunciado los profetas!

Yemen declaró la guerra a Israel en seguida de proclamarse la independencia del nuevo país y envió una fuerza simbólica a luchar en el Ejército egipcio. Esta medida sirvió para que los judíos se dieran cuenta de que Israel había renacido. Los rabíes explicaron a los fieles que aquello era un mensaje de Dios. ¡El rey David había regresado a Jerusalén! ¡El largo tiempo de espera tocaba a su fin! ¡Los Haham —los Sabios— les ordenaron que se pusieran en pie y que fueran a la Tierra Prometida sobre las alas del águila!

Cuando el primer movimiento de agitación llegó a oídos de los judíos de Israel, la Guerra de Liberación todavía ardía con furia. Se sabía poco del número de yemenitas y menos todavía de cómo podrían sacarlos de allá ni qué hacer con ellos.

El jefe de los Haham se presentó al Imán, el Todo Misericordia, pidiéndole que diese permiso a los judíos para partir. Teniendo en cuenta un buen número de motivos políticos y económicos, el Imán creyó mejor retenerlos. El rabí le aseguró que haría bien repasando los capítulos del Exodo, según los narra el Antiguo Testamento.

El Imán se quedó sentado, con las piernas cruzadas, en su harén, y se pasó varios días pensando. El rabí había acertado con el punto flaco. El recuerdo de las Diez Plagas no se alejaba de la mente del Imán. Poco antes de presentarse a él el decano de los rabíes, una epidemia de fiebre tifoidea se había llevado al otro mundo a la cuarta parte de sus vasallos. El Imán decidió que aquello había sido un aviso de Alá.

Y consintió en que los judíos se marchasen, pero a condición de que todas sus propiedades pasaran a él, de que le pagaran un elevado impuesto por cada persona que salía y de que se quedaran varios centenares de artesanos como rehenes y con objeto de enseñar sus oficios a los musulmanes.

Los judíos del Yemen dejaron detrás sus hogares y sus campos, cogieron todo lo que podían transportar y emprendieron la travesía por las escabrosas montañas (donde la muerte les acechaba a cada paso), bajo un sol de plomo, y por los inmensos páramos yermos, barridos por vientos que corrían a más de cien kilómetros por hora.

Aquel pueblo reducido y afable, de cutis color aceituna y fisonomía delicada, se encaminó hacia el límite del Protectorado Occidental. Los hombres usaban turbante y llevaban los mismos trajes de telas rayadas que se llevaron en el palacio de Salomón. Las mujeres vestían ropajes negros con ribete blanco, transportaban a los niños a la espalda, sujetos con unas tiras de tela o cuero. Mientras andaban sin descanso en confirmación de la antigua profecía, eran presa fácil para las tribus árabes, que se apoderaban de sus menguadas posesiones como pago del derecho de paso.

Los protectorados de la península de Arabia consistían en un conjunto de reinos árabes, grandes y pequeños, *sheicatos* y tribus de beduinos que poblaban las costas del Mar Rojo desde el Golfo de Aden, hacia el Mar de Arabia y el Golfo Pérsico. Los ingleses controlaban aquellos terrenos a través de un centenar de convenios, pagando tributo en armas o en dinero a las tribus por el derecho a explotar el petróleo. En compensación, procuraban ahogar las rencillas, proteger a los individuos y garantizar el derecho de paso.

El punto clave de todas aquellas posesiones era Aden, una Colonia de la Corona, en el Protectorado Occidental. El puerto de Aden era un punto de paso del Éste al Oeste, en el que moraban griegos, británicos, árabes y judíos, revueltos en una mezcla de suciedad oriental, exotismo asiático, rigidez inglesa, rasgos de progreso industrial y la algarabía de un puerto concurridísimo. En fin, un lugar tan interesante como desagradable.

El puerto de Aden era la meta del éxodo yemenita. Al principio, los ingleses no sabían qué hacer con aquella gente que penetraba por su frontera en caravanas que parecían salidas de las mismas páginas de la Biblia. Todavía seguían en mala relación con los judíos a causa del Mandato, pero no podían sentir odio contra los yemenitas. De ahí que les dieran permiso condicionado para que entrasen y acamparan, con tal de que los israelíes vinieran a sacarlos de allí.

Según llegaban del Yemen, vestidos de harapos, sucios y medio muertos de hambre y sed, tenían una figura trágica. Los árabes les hablan robado casi todo lo que traían. Pero cada uno de aquellos hombres continuaba poseyendo su Biblia, y cada pueblo llevaba el Sagrado Tora de su sinagoga.

En Hashed, cerca del puerto de Aden, se montó un campamento a toda prisa. Los israelíes cubrieron la frontera entre el Protectorado Occidental y el Yemen. En seguida que se recibió noticia de que se acercaba otro grupo, corrieron a esperarle en la frontera con vehículos preparados para trasladarlos a Hashed. Pero en Hashed faltaba personal y escaseaban las provisiones. La organización montada no lograba

satisfacer ni de mucho las necesidades de las multitudes que cruzaban la frontera.

Por lo demás, los agentes del servicio de inmigración tenían que hacer frente a la dificultad suplementaria de haber de tratar con una gente semiprimitiva. Para los yemenitas, cosas tales como los grifos de agua, los cuartos de aseo y las lámparas eléctricas, eran incomprensibles. Formaban una comunidad que en el espacio de unas horas se ponía de pronto en contacto con casi tres mil años de progreso. Los vehículos de motor, las medicinas, las prendas occidentales y otro millar de cosas les causaban extrañeza y espanto. Vivían una experiencia amedrentadora.

Las mujeres se ponían a chillar cuando los médicos y las enfermeras intentaban quitarles las ropas llenas de mugre, cambiándoselas por otras limpias. Se negaban a consentir que examinaran sus cuerpos por si sufrían llagas o enfermedades, y se rebelaban contra las inyecciones y las vacunas. Y libraban una lucha continua contra los empleados que querían llevarse temporalmente a los pequeños que necesitaban cuidados urgentes a causa de la desnutrición.

Por fortuna se encontró una solución parcial que evitó que los médicos y el personal a sus órdenes fracasaran por completo. Los empleados del campo, en su mayoría israelíes familiarizados con la Biblia, aprendieron pronto el recurso de acudir a los rabíes yemenitas citándoles pasajes adecuados del Libro sagrado, con cuyo recurso conseguían casi todo lo que se proponían. Con tal que estuviera escrito en «el Libro», los yemenitas accedían.

El campo de Hashed crecía y las noticias que se recibían de la frontera del Protectorado Occidental todavía anunciaban la llegada de nuevos contingentes. Según el convenio establecido con los británicos, el Gobierno Provisional de Israel había de sacar de Aden a los judíos allí concentrados. Así fue como las Líneas Aéreas del Círculo Ártico se convirtieron en Centrales de Palestina, y cómo, sin saberlo, Foster J. Mac Williams confirmó una antiquísima profecía, bajando del cielo con la primera de las grandes «águilas».

El primer grupo de yemenitas cogió su Tora y sus botellas de agua y marchó hacia el aeropuerto. Al ver el avión, aquellas gentes ignorantes movían la cabeza con aire de personas enteradas: Dios les había enviado el águila tal como lo prometió. Pero cuando les pidieron que subieran, se negaron. El rabí del grupo hizo notar que era sábado. Entonces empezó una viva discusión. El jefe del campo de Hashed explicó que, con los millares de personas que aguardaban para ir a Israel, era injusto retener al águila ni un solo día. Ningún argumento consiguió hacerles romper el sábado. Se sentaron impertérritos debajo de las alas y se negaron a moverse de allí. Habiendo esperado tres mil años, podían esperar todavía un día más.

Foster J. Mac Williams dirigió una mirada a las extrañas criaturas que tenía ante sus ojos, escuchó las discusiones que sostenían en su dialecto gutural y líquido, lanzó un breve juramento contra Stretch Thompson y se fue a la ciudad, donde se

emborrachó a conciencia.

A la mañana siguiente le despertaron y le llevaron al puerto. Sufría una jaqueca horrible, producto de haber mezclado *ouzo* griego, vino de arroz y whisky escocés. Foster vio cómo los yemenitas subían al aparato llevando su Tora y sus botellas de agua.

—Jesús —comentó al ver aquella procesión.

—Capitán Mac Williams —llamó una voz a su espalda. Foster se volvió y se encontró delante de una *sabra* alta y bien formada, que dijo llamarse Hanna. Tendría de veinticuatro a veinticinco años, vestía las prendas azules tradicionales del *kibbutz* y calzaba sandalias—. Iré con usted en el avión para cuidar de los viajeros.

En aquel momento Foster empezó a pensar que el viaje se ponía interesante. A la muchacha no parecía importarle que el piloto la mirase de pies a cabeza con gran detención.

—¿Tiene que darme alguna indicación especial? Quiero decir que, como es el primer ensayo que hacemos…

—¡No, caramba! Basta con que tenga a esos patitos alejados de la cabina del piloto. Por supuesto, usted concretamente puede entrar… siempre que quiera. Y llámeme «Tex».

Foster estaba presenciando la operación de embarque. La línea de yemenitas parecía interminable.

—¡Eh! ¿Hasta cuántos van a subir? ¿Cuántos se figura que caben?

—Hemos hecho una lista de ciento cuarenta.

—¿Qué? ¿Están locos? ¡El cacharro no podrá despegar! Vamos, Hanna, corra usted a ver a quien sea el que mande a esa gente que suba para que saque la mitad.

—Capitán Mac Williams —suplicó la muchacha—, esa gente pesa muy poco.

—Menos pesan los cacahuetes. Lo cual no quiere decir que yo pueda llevar un billón.

—Por favor… Le prometo que no le causarán ninguna molestia.

—Tiene razón, ya lo creo. ¡Como que al llegar al final de la pista habríamos muerto ya todos!

—Capitán Mac Williams… Nos encontramos en una situación desesperada. Los ingleses nos han ordenado que salgamos de Aden. Y esos hermanos nuestros entran por la frontera todos los días a centenares.

Foster refunfuñó y estudió las tablas de carga. Mientras hacía sus cálculos, los empleados israelíes contenían el aliento. Foster cometió el error de mirarse en los ojos de Hanna. Volvió a calcular, falseó un poco la cifra y acabó por admitir que si les acompañaba la suerte el viejo aeroplano cogería el impulso necesario para elevarse en el aire. Una vez en lo alto, él cuidaría de mantenerlo allí… fuese como fuere.

—¡Al diablo; que suban! —dijo—. Al fin y al cabo es el primer y último viaje

que hago yo.

El director del campo le entregó la notificación final. El aeroplano contenía ciento cuarenta y dos yemenitas. Hanna cargó el alimento y las demás provisiones y él subió por la escalerilla.

¡El hedor hirió su olfato!

—No hemos tenido tiempo de bañarlos a todos —excusóse Hanna—. No sabíamos cuándo llegaría usted.

Foster metió la cabeza en el departamento grande. Estaba abarrotado de aquellos seres menudos, sentados en el suelo, con las piernas cruzadas y el corazón angustiado por el miedo. El olor que despedían era horrible.

Foster entró en el departamento, entornó la puerta y la cerró. En aquella atmósfera sin ventilación, el calor, de setenta y un grados centígrados, multiplicaba la intensidad de los hedores. Foster se abría paso centímetro a centímetro. Al llegar a la cabina del piloto su cara ofrecía un tono de verde realmente interesante. Abrió la ventanilla, pero en vez de entrar un chorro de aire lo que entró fue una bocanada de calor. Foster puso los motores en movimiento. El aparato tomaba impulso por la pista, y él sacaba la cabeza fuera y vomitaba. Mientras disparaba el avión pista abajo, consiguiendo que tomara viento en el último palmo, las arcadas continuaban sacudiendo su cuerpo. Entre el zumo de un limón que iba chupando al mismo tiempo que hacía todo lo posible por ganar altura y la entrada de aire nuevo y fresco, su estómago se apaciguó por fin.

El aire estaba agitado; si intentaba hacerle ganar altura el aeroplano cabeceaba exageradamente. Foster «dobló la esquina» en el Estrecho de Bab el Mandeb, subiendo luego en línea recta sobre el centro del Mar Rojo, teniendo a un lado la Arabia Saudí, y al otro Egipto.

Hanna entró en la cabina. También ella tenía el rostro de color verde.

—¿No puede hacer de modo que el aparato deje de saltar? Ahí dentro todos vomitan.

Foster cortó la calefacción del departamento mayor.

—Vuelva allá y abra las escotillas de ventilación. Yo procuraré remontarme un poco más. El aire frío les reanimará.

Tenía una jaqueca tan fuerte que le partía el cráneo. ¿Por qué había permitido que Stretch Thompson le metiera en aquel lío?

Al cabo de media hora Hanna volvió a su lado.

—Todos se quejan de que se están helando. Y yo también.

—Usted ha escogido. Si vuelvo a dar la calefacción empezarán de nuevo a vomitar.

—Pues que se hielen —murmuró Hanna. Y volvió a su puesto entre los pasajeros.

Al cabo de unos momentos entraba corriendo en la cabina dando chillidos y

gritando en hebreo.

—¡Dígalo en inglés!

Hanna señaló con el índice hacia el departamento de los pasajeros.

—Fuego. ¡Han encendido fuego para calentarse!

El aeroplano funcionaba con el piloto automático. Foster salió empujando cuerpos a derecha e izquierda. En el centro del suelo ardía una pequeña lumbre. Foster la apagó pisoteándola furioso. Luego volvió al lado de Hanna, que estaba medio desmayada junto a la puerta del compartimiento.

—¿Sabe hablar a esa gente?

—Sí… En hebreo…

Foster le metió en las manos el micrófono de intercomunicación.

—¡Dígales que el primero que se mueva de su sitio saltará a tomar un baño en el Mar Rojo!

Los yemenitas no habían oído jamás un altavoz. Al escuchar las palabras de Hanna todos señalaron hacia el techo, gritando y encogiéndose, aterrorizados.

—¿Qué diablos les ocurre? ¿Qué les ha dicho?

—Es que no habían oído nunca ningún aparato parlante. Ahora creen que es Dios que les da órdenes.

—Estupendo. No les saque de su error.

Durante unas cuantas horas, el vuelo transcurrió sin novedad. Hubo unos cuantos incidentes sin importancia, nada suficientemente grave para poner en peligro el aparato. Foster había empezado a descansar cuando oyó otra ruidosa conmoción en el departamento principal.

—Dios mío —suspiró cerrando los ojos—. Desde hoy en adelante seré un buen cristiano. Pero haz que termine este día.

Hanna entró a verle.

—No me atrevo a preguntar —murmuró Foster.

—Será el padrino de un niño, Tex —le dijo ella.

—¿Qué?

—Acaba de nacer uno.

—¡No, no, no!

—No se apure —le calmó Hanna—. Para ellas el dar a luz no tiene nada de particular. Madre e hijo descansan satisfactoriamente.

El piloto cerró los ojos y quiso tragarse el nudo que sentía en la garganta.

Ningún otro incidente ocurrió durante una hora. A Foster tanta normalidad se le hacía sospechosa. Los menudos yemenitas se habían habituado al ruido de los motores del «águila» y empezaron a dormirse uno tras otro, fatigados por las pruebas pasadas. Hanna le trajo a Foster un tazón de caldo y los dos jóvenes se pusieron a comentar entre grandes carcajadas los acontecimientos del día. Foster hizo a su

compañera de viaje un sinfín de preguntas acerca de los yemenitas y de la guerra.

—¿Dónde estamos ahora? —inquirió ella.

Foster, piloto, copiloto, encargado del rumbo y operador de radio, todo de una pieza, levantó la vista hacia el mapa.

—Pronto trazaremos un arco y subiremos por el golfo de Akaba. Al bajar he visto en el desierto las líneas de batalla.

—Confío que la guerra terminará en breve.

—Sí, la guerra es dura. Y, diga, ¿cómo diablos se dejó meter en un trabajo como éste? Por mucho que le paguen, deberían darle otro tanto.

Hanna sonrió.

—No cobro nada en absoluto.

—¿No cobra?

—No. Me enviaron acá designada para este puesto. Es posible que vaya con esta gente a fundar un establecimiento, o acaso continúe haciendo la travesía…

—No la comprendo ni poco ni mucho.

—Es difícil explicarlo. Algunas veces las personas que no pertenecen a nuestro pueblo no saben hacerse idea de los sentimientos que nos animan a nosotros. Para nosotros el dinero no significa nada; en cambio, el hacer entrar a nuestros hermanos en Israel lo significa todo. Otro día se lo explicaré mejor.

Foster se encogió de hombros. Acaecían a su alrededor un montón de cosas raras. «Bah, no importa», se dijo. Valía la pena haber hecho aquel viaje; pero de vuelos semejantes, con uno bastaba. Al cabo de un rato extendió la mano señalando al frente y dijo:

—Aquello es Israel.

Hanna echó a correr.

—¿Qué diantre está usted haciendo?

—Por favor, déjeme que se lo comunique, Tex. Han estado esperando este momento durante… miles de años.

—¡Son capaces de partir el avión en pedazos!

—Yo me encargo de que permanezcan en calma; se lo prometo.

—Bueno pues; adelante.

Foster puso otra vez el piloto automático y salió al departamento posterior para asegurarse de que aquella gente no haría estallar el avión. Hanna les anunció la gran nueva.

Una fantástica escena de alegría siguió a las palabras de la joven. Lágrimas, cantos, risas, oraciones, gritos de gozo…, danzas…, abrazos.

—Dios mío —maravillóse Foster—, no se armó tanto alboroto cuando vencimos al Georgia Tech en la Copa del Algodón.

Una yemenita le cogió la mano y se la besó. Foster retrocedió y se hizo cargo

nuevamente de los mandos. Los pasajeros continuaron entregados a sus cantos y sus regocijos sin cesar un momento hasta Lidda. Cuando el avión rodó sobre el extremo de la pista el estrépito que armaban los judíos ahogaba el ruido de los motores.

Foster contempló cómo salían del aparato, caían de rodillas y besaban el suelo de Israel con lágrimas en los ojos.

—Adiós, Tex —le dijo Hanna—. Lamento que se marche; pero que se divierta mucho en París.

Foster J. Mac Williams bajó calmosamente del aeroplano, mirando aquella animada escena. Varias ambulancias y muchos coches de viajeros estaban aguardando. Docenas de muchachas vestidas como Hanna se mezclaban con los recién llegados, calmándoles y uniéndose a su regocijo. Al pie de la escalerilla, Foster se quedó inmóvil. Un sentimiento nuevo y extraño le caldeaba el corazón.

Ni siquiera vio a Stretch Thompson que corría a su encuentro.

—¡Estupendo viaje, Foster, hijito! ¿Qué tal se ha portado la vieja barca?

—¿Eh?

—¡Que cómo ha volado el cacharro!

—Como un águila.

Media docena de empleados del servicio de inmigración estrecharon la mano de Foster y le dieron palmaditas a la espalda.

—¿Cómo se han portado los pasajeros?

—¿Ha sido un vuelo normal?

Foster se encogió de hombros.

—Normal —dijo—. Completamente normal.

Stretch se lo llevó lejos de la escena de regocijo. El piloto se detuvo a mirar atrás un segundo. Hanna le hizo un ademán con la mano; él respondió del mismo modo.

—Bien, Foster, ahora puedes marcharte a París, si quieres. El nuevo personal ha llegado ya, y ponemos en servicio otro avión.

—Si se encuentra en un apuro, Stretch, puedo hacer otro viaje. Claro que sería el último.

Stretch se rascó la cabeza.

—No sé… Bien, quizá pueda contratarte para uno más, y así probarás qué tal funciona el nuevo aparato.

«¡Le cogí! —se decía entusiasmado Stretch—. ¡Le cogí al grandísimo majadero!».

Estaban en el comienzo de la «Operación Alfombra Mágica».

Stretch Thompson, el antiguo rey del Cangrejo Real, trajo pilotos hábiles y arrojados de los que habían tendido el puente aéreo hasta Berlín. Cada nuevo piloto y cada tripulación que entraba en servicio se entregaban en cuerpo y alma a la misión de conducir yemenitas a la Tierra Prometida.

Los aviones estuvieron muchas veces en peligro de partirse en pedazos. Y, sin embargo, no se perdió ni uno, a pesar de exigirles un rendimiento superior al que podían prestar y de la falta de personal para atenderlos. Los pilotos de la «Alfombra Mágica» empezaron a creer que mientras transportaban yemenitas una fuerza divina sostenía los aparatos.

Foster J. Mac Williams no se marchó a París. Continuó en la línea de Aden hasta que hubieron transportado a todos los judíos yemenitas, y luego se enroló en la «Operación Ali-Babá», cuyo objetivo era trasladar por vía aérea, desde Bagdad, a los judíos iraquíes. Trabajaba más horas y más intensamente que ningún otro piloto en toda la historia de la aviación. En cuanto su avión se posaba en Lidda con un cargamento de inmigrantes, él se concedía unas horas de sueño en el mismo aeropuerto mientras le repasaban y abastecían el aparato. Apenas terminada esta tarea, despegaba de nuevo. En pocos años Foster desempeñó cuatrocientas misiones, cubriendo millones de kilómetros e introduciendo en Israel cerca de cincuenta mil judíos.

Y continuó jurando cada vez que aquel viaje era el último, hasta que se casó con Hanna y alquiló un piso en Tel Aviv.

La «Alfombra Mágica» fue sólo el comienzo. Luego acudieron inmigrantes del Kurdistán, de Irak, de Turquía.

Una tribu guerrera judía perdida en Hadhramaut, en el Protectorado Oriental, se abrió camino hasta Aden luchando.

Vinieron también de los campos de personas desplazadas de Europa.

Los judíos llegaban a Israel procedentes de Francia, Italia, Yugoslavia, Checoslovaquia, Rumanía, Bulgaria, Grecia, Escandinavia.

Salían de los *mellahas* de todo lo ancho del África del Norte: Marruecos, Argelia, Túnez y Egipto.

En África del Sur la opulenta comunidad judía y los sionistas más ardientes del mundo se fueron a Israel.

Venían de China y de la India, donde se habían establecido tres mil años atrás.

Venían de Australia, del Canadá y de Inglaterra.

Venían de la Argentina.

Unos atravesaban a pie desiertos abrasadores.

Otros entraban con los desvencijados aviones del servicio aéreo.

Otros llegaban apiñados en los departamentos de los transportes de ganado.

Otros llegaban en barcos de lujo.

Acudieron de setenta y cuatro naciones diferentes.

Los dispersados, los exiliados, los repudiados se congregaban en el único rincón de la tierra donde la palabra judío no era un insulto.

# CAPÍTULO II

Lo que había sido una que otra gota se convirtió en un chorro y luego en un diluvio de gente.

El éxodo hizo que la población de Israel se duplicase en poco tiempo y que en seguida empezara a triplicarse. La economía, ya desequilibrada por la guerra, se hundía bajo el alud de inmigrantes, infinidad de los cuales traían poco más que las ropas que llevaban puestas. Muchos eran viejos; otros muchos, enfermos; otros muchos, analfabetos; pero fuesen como fuesen, sin que importara el peso suplementario que significasen para el país, a ningún judío se le cerraron las puertas de Israel.

Israel se convirtió en un crisol, en una olla a presión, pues se llenó de gente procedente de todos los rincones de la Tierra y acostumbrada a vivir según muy variadas condiciones de vida.

Desde Galilea hasta el Negeb, ciudades de tiendas de campaña y poblados de chozas hechas con arrugadas planchas de hojalata surgieron del suelo, afeando el panorama. Cientos de miles de personas vivían «debajo de la lona», en chozas improvisadas, desquiciando los servicios médicos, educativos y de abastecimientos.

Y no obstante, en todo el país se respiraba una atmósfera de optimismo. Desde el momento en que pisaban el suelo de Israel, aquéllos que habían vivido despreciados, pisoteados, disfrutaban de una libertad y una consideración humana que la mayoría jamás habían conocido, y el verse iguales a sus semejantes les infundía un valor y una decisión que no tenían equivalente en toda la historia de la humanidad.

Cada día surgían nuevos establecimientos agrícolas. Los inmigrantes se lanzaron a luchar contra el desierto y los páramos con el mismo ardor que los primeros colonizadores habían puesto en combatir las ciénagas.

Las ciudades y los pueblos parecían brotar del seno de la tierra.

Los sudafricanos, los sudamericanos y los canadienses invertían grandes sumas en la industria. Se construyeron tantas fábricas que la potencia industrial del país alcanzó pronto el nivel de los más altos en África y Asia. La investigación científica en general y la médica y la agrícola en particular llegaron a estudios muy adelantados.

Tel Aviv se extendió hasta formar una bulliciosa metrópoli de un cuarto de millón de habitantes, y Haifa se convirtió en uno de los puertos más importantes del Mediterráneo. En ambas ciudades floreció la industria pesada. Nueva Jerusalén, el centro supremo y la sede educativa de la nueva nación, se extendía por los montes.

Productos químicos, drogas, medicinas, minería, ingeniería, manufactura de prendas de vestir y de zapatos… La lista de las nuevas actividades y los nuevos productos incluía miles de capítulos. Montaban coches; construían carrocerías.

Fabricaban neumáticos y tendían cables. Una red de carreteras cubría la nación.

Construir, construir, construir… La gente necesitaba hogares. Las líneas de los rascacielos de acero y cemento avanzaban hacia los suburbios casi hora por hora. ¡El cantar del martillo, la música del taladro, el retumbar del mezclador de hormigón, la llama del soplete no paraban un momento en Israel!

Las artes florecían. La calle Herzl y la avenida Allenby estaban sembradas de librerías. En cada *kibbutz*, en cada *moshav*, en cada casa particular abundaban los estantes llenos de libros escritos en una docena de lenguas. Músicos, pintores, escritores interpretaban aquella sociedad nueva y dinámica en palabras, sobre la tela y en melodías.

Desde Metulla a Elath; desde Jerusalén a Tel Aviv, por todas partes se respiraba la atmósfera electrizante propia de una ciudad en crecimiento vertiginoso.

No obstante, la vida era de una dureza brutal. Israel era un país pobre, de suelo poco fértil, y cada paso adelante había que conseguirlo a costa de sudores. Los operarios hacían largas y agotadoras jornadas por un sueldo mísero. Los obreros de los establecimientos agrícolas, roturando el suelo, trabajaban en condiciones casi insoportables. Todos los ciudadanos contribuían hasta el límite de su capacidad a subvenir a los gastos que significaban los inmigrantes entrados continuamente. Bregando, sangrando, poniendo en juego el cuerpo y la mente, los judíos lograban que su diminuta nación viviese y creciese.

Los aparatos de una línea aérea nacional se remontaron hacia el cielo.

Una Marina mercante que enarbolaba la Estrella de David empezó a surcar todos los mares del mundo.

Aquel pueblo caminaba adelante con una decisión que arrastraba consigo todas las simpatías del mundo civilizado. La joven Israel se alzaba como un faro para la humanidad, demostrando cuánto se podía conseguir con fuerza de voluntad y amor. Allí nadie trabajaba por rodear su propia vida de comodidades: todo era para mañana, para los niños, para los nuevos inmigrantes que llegaban. Y sobre la estela de este arrebato, la generación joven y curtida de los sabras dio lugar a otra generación que no había de saber jamás lo que era verse humillado por haber nacido judío.

Israel fue un capítulo épico de la historia del hombre.

El desierto del Negeb se llevaba la mitad del suelo de Israel. Era en su mayor parte un yermo, ciertos sectores del cual se parecían a la superficie de la luna. Así ocurría con los de Parán y Zin por donde había cruzado errante Moisés en busca de la tierra Prometida. Era una inmensidad abrasada y desolada en cuyos campos pizarrosos interminables, en cuyas cañadas y cañones, todo denudado por la erosión, el calor alcanzaba los cincuenta y un grados centígrados. Uno encontraba en él kilómetros y kilómetros de altiplanicies rocosas que no habrían podido dar vida ni a una sola hoja de hierba. Ningún ser viviente, ni un buitre tan siquiera, se atrevía a

internarse por allí.

El desierto del Negeb desafiaba la honrilla de Israel. ¡Y los israelíes se lanzaron al desierto! Vivían bajo el sol despiadado y fundaban establecimientos sobre la roca desnuda. Hacían lo que había hecho Moisés: sacaban agua de las peñas. Y con el agua florecía la vida.

También se dedicaron a buscar minerales. Del Mar Muerto sacaban potasa. Las minas de cobre del Rey Salomón, silenciosas durante una eternidad, tuvieron que volver a fundir el verde mineral. Hallaron trazas de petróleo. Descubrieron una montaña de hierro. Beersheba, el acceso septentrional del desierto, se convirtió en una ciudad floreciente con un rascacielos levantado de la noche a la mañana.

La mayor esperanza del Negeb era Elath, en la punta meridional, sobre el Golfo de Akaba. Cuando llegaron las tropas israelíes, al final de la Guerra de Liberación, constaba de un par de chozas de barro. Pero Israel soñaba con construir allí un puerto que, algún día, cuando los egipcios levantaran el bloqueo del Golfo de Akaba, serviría para establecer una comunicación directa con el Oriente. De momento trabajaban ya, preparándose para cuando llegara ese día.

Allí, al desierto del Negeb, es adonde pidió voluntariamente que le destinasen Ari Ben Canaan, después de la Guerra de Liberación. Y le señalaron la tarea de conocer palmo a palmo aquel sector de importancia estratégica vital, enclavado entre tres enemigos declarados: Egipto, Jordania y Arabia Saudí.

Ari hizo pasar soldados por aquellos asesinos campos pizarrosos, cruzando los barrancos por lugares que no estaban destinados a la pisada del hombre. Ideó un entretenimiento tan duro y brutal que pocos ejércitos del mundo habrían podido igualarlo. Todos los aspirantes a oficiales pasaban unos días bajo el mando de Ari con objeto de sufrir unas pruebas de resistencia física de las más terribles que un ser humano puede soportar.

Las tropas permanentes de Ari fueron conocidas por «las Fieras del Negeb». Eran una estirpe tosca y arrojada de ratones del desierto que odiaban el Negeb cuando estaban en él y lo añoraban cuando se encontraban lejos. Veinte descensos en paracaídas, cien kilómetros de marchas forzadas, reparación de la carretera y combates cuerpo a cuerpo, todo formaba parte de las experiencias que hacían que las «Fieras del Desierto» fuesen hombres entre los hombres. Sólo los más curtidos llenaban las condiciones requeridas. El Ejército de Israel no concedía medallas al valor (se consideraba que un soldado cualquiera era tan valiente como el más bravo de sus compañeros), pero a los que llevaban el escudo de las «Fieras del Desierto» se les tenía un respeto especial.

Ari estableció su base en Elath, y vio cómo aquel rincón se convertía en una villa de un millar de audaces colonizadores. Trajeron el agua; las minas de cobre entraron en plena actividad. Con los esfuerzos de los judíos por reforzar su punto de apoyo

meridional, los senderos se convirtieron en carreteras.

Corría la voz de que el coronel Ari Ben Canaan era un hombre muy retraído. Por lo visto no reía nunca y era muy raro que dulcificara su ceñuda expresión. Parecía que una escondida pena, que un callado anhelo le roían las entrañas, impulsándole a exigir de sí mismo y de sus tropas esfuerzos que casi estaban fuera de la capacidad del hombre. Durante dos largos años no quiso salir del desierto.

A Kitty Fremont la designaban con el nombre de «la Amiga», título que hasta el momento no habían conferido sino a P. P. Malcolm, el fundador de la Brigada de Asalto. Después de la Guerra de Liberación, Kitty empezó a ocuparse de los inmigrantes y pronto fue el mejor auxiliar que tenía la Sociedad Sionista de Asentamientos para resolver cualquier conflicto.

En enero de 1949, en el comienzo de la «Operación Alfombra Mágica», le habían pedido que abandonase Gan Dafna y se fuese a Aden a organizar los servicios médicos del compartimiento de niños del campo de Hashed. Kitty demostró poseer dotes mágicas para aquel trabajo. Hizo surgir el orden del caos. Era firme en sus órdenes, pero tierna en el trato dado a los jovencitos que habían salido del Yemen. En cuestión de pocos meses se convirtió en uno de los funcionarios más imprescindibles de la Sociedad Sionista de Asentamiento.

De Aden pasó a Bagdad a colaborar en el traslado de los judíos. La operación tenía doble envergadura que en el caso de los yemenitas. Cuando en el Irak lo tuvo todo perfectamente organizado, se fue a Marruecos, donde los judíos salían a decenas de miles de las *mellahas* de Casablanca para «subir» a Israel.

Kitty corría de un lugar a otro a medida que se iban formando las Aliyahs del éxodo. Realizaba precipitadas visitas, viajando en avión, a los campos europeos de personas desplazadas, a fin de resolver atascamientos, y revolvía toda Europa para procurarse personal y suministros. Cuando la riada de inmigrantes empezó a disminuir, la llamaron de nuevo a Jerusalén, donde la Sociedad Sionista de Asentamiento le dio un elevado cargo como dirigente de la Aliyah Juvenil.

Primero había ayudado a traer a los pequeños; ahora emprendía la tarea de integrarlos en la compleja sociedad de Israel. Poblaciones como la de Gan Dafna ofrecían la mejor solución al problema, pero resultaban insuficientes para albergar al gran número de chiquillos que llegaban. A los más crecidos los instruía el Ejército, que resultó ser el mejor instrumento de integración de todo el país, y cuidaba además, entre otras cosas, de enseñar a cada soldado que ingresaba en sus filas a leer y escribir en hebreo.

En la actualidad Kitty Fremont hablaba ya el hebreo con toda soltura. Lo mismo volaba con Foster J. Mac Williams y un pasaje de muchachos tuberculosos que iba a visitar un *kibbutz* contiguo a la frontera. «*Shalom, Giveret* Kitty» equivalía a un santo y seña en un centenar de lugares que albergaban a sus chiquillos.

Y entonces ocurrió algo que Kitty notó que le alegraba el corazón y se lo destrozaba a un tiempo. Empezaba a ver a los muchachos y muchachas que había atendido en Gan Dama, que se habían casado y se habían marchado a los diversos establecimientos. Algunos habían estado en sus brazos, casi en pañales, en el campo de Chipre y a bordo del «Exodo», y ahora ya tenían hijos. Kitty había visto crecer y perfeccionarse el servicio de la Aliyah Juvenil hasta llegar a poseer la capacidad de hacer frente a cualquier contingencia. Kitty había contribuido a estructurar el mecanismo administrativo de la misma y a entrenar al personal, desde los primeros balbuceos dictados por la inexperiencia hasta constituir una organización que funcionaba como una perfecta máquina.

Y ahora se daba cuenta de súbito y con dolor en el corazón de que la tarea ya estaba hecha. Ni Karen ni Israel necesitaban ya su concurso. Y Kitty decidió marcharse para siempre.

## CAPÍTULO III

Barak Ben Canaan había cumplido los ochenta y cinco años.

Habíase retirado de los negocios públicos y se contentaba dirigiendo la marcha de su hacienda de Yad El. Daba satisfacción a lo que había deseado durante medio siglo. Aun a tan avanzada edad continuaba conservando su vigor, gozando de una mente despierta y de sobradas energías físicas para resistir una jornada completa de trabajo en el campo. Tenía la enorme barba casi completamente blanca, aunque todavía conservaba rastros de su rojo fuego antiguo, y su mano seguía cerrándose con la fuerza de unas tenazas. Los años que siguieron a la Guerra de Liberación le proporcionaron grandes satisfacciones. Por fin disponía de tiempo para dedicarlo a sí mismo y a Sarah.

Sin embargo, su felicidad quedaba nublada por la desdicha que afligía a Jordana y a su hermano Ari. Jordana no había sabido sobreponerse a la muerte de David Ben Ami. Se mostraba inquieta y rebelde. Había viajado una temporada por Francia y tenido unos pocos amoríos, que sólo sirvieron al final para acrecentar su amargura. Por último regresó a Jerusalén, la ciudad de David, y volvió a la Universidad; pero seguía sintiendo en su pecho un vacío eterno.

Ari se había marchado del Negeb. Barak sabía el motivo de aquel exilio, pero no tenía ocasión de ponerse en contacto con su hijo.

Fue precisamente en su ochenta y cinco cumpleaños cuando Barak empezó a sufrir del estómago. Aguardó varias semanas sin quejarse. A su modo de ver, era muy lógico que le atormentasen algún dolor y alguna molestia. Pero a los dolores siguió una tosecilla fastidiosa que no fue posible esconder a Sarah. Ésta insistió en que fuesen a consultar a un médico, pero Barak no le hizo caso. Si alguna vez prometió hacerlo siempre encontró manera de dejarlo para otra ocasión.

En esto recibió una llamada telefónica de Ben Gurión, que le pidió que fuera a Haifa en compañía de Sarah con motivo de celebrarse el tercer Día de la Independencia, advirtiéndole que tendría que ocupar un puesto en el estrado presidencial. El viejo combatiente no quiso rechazar un honor tan grande y prometió ir. Sarah aprovechó la oportunidad del viaje como palanca para hacerle prometer que se sometería a un examen médico general. Con este motivo salieron para Haifa cinco días antes del de la celebración, y Barak fue a un hospital a que le viesen los médicos. Allí estuvo hasta la víspera de la fiesta.

—¿Qué te han dicho? —le preguntó su esposa.

Barak se puso a reír.

—Indigestión y sobra de años. Me han recetado unas píldoras.

Sarah trató de extremar la cuestión.

—Vamos, chiquilla. Estamos aquí para celebrar el Día de la Independencia.

En Haifa había desembocado durante todo el día una riada de gente, llegada a pie, en coche, en avión y en tren. La ciudad estallaba de tanta muchedumbre. En el hotel, el cuarto de Barak había sido todo el día un continuo ir y venir de personas que entraban a presentarle sus respetos.

A primeras horas de la noche las fiestas comenzaron con un desfile de antorchas organizado por grupos de jóvenes, que pasaron delante del césped de City Hall en Har Hacarmel. Después de los discursos de rigor se disparó en Monte Carmelo un castillo de fuegos artificiales.

Decenas de miles de personas colmaban la Calle Herzl en toda su longitud. Los altavoces llenaban el aire de música y a cada pocos pasos se formaban anillas de danzarines bailando la *hora*. La calle era un torbellino de pies, de música y de color. Barak y Sarah entraron en las anillas y bailaron la *hora* en medio de estruendosos aplausos.

También fueron invitados como huéspedes de honor del Instituto Técnico, donde se hallaba reunida la «Hermandad del Fuego», es decir, los combatientes del Palmach que habían actuado durante los disturbios. Una gran fogata se elevó hacia el cielo y los yemenitas danzaron, y danzaron los árabes drusos, y asaron un cordero y sirvieron café, y un coro cantó canciones bíblicas y orientales. Por todo el patio del Instituto Técnico chicos y chicas de los establecimientos dormían abrazados. La «Hermandad del Fuego» bailó y cantó hasta que empezó a clarear el alba.

Sarah y Barak se fueron al hotel a descansar. En las calles continuaban las danzas hasta a plena luz del nuevo día. Horas después los dos esposos recorrían en coche abierto y saludados por salvas de aplausos y vivas la rula que había de seguir el desfile hasta la tribuna de honor, donde se situaron al lado del Presidente.

Con las banderas desplegadas como las antiguas tribus, pasó por delante de Barak el Nuevo Israel: los yemenitas, transformados en soldados orgullosos y marciales, y los *sabras* —chicos y chicas— de aventajada estatura, y los aviadores de África del Sur y de América, y los luchadores que habían venido de todos los rincones del mundo. Las unidades selectas de paracaidistas desfilaban con sus boinas rojas, seguidas de los guardianes de la frontera con sus uniformes verdes. Abajo trepidaban los tanques; arriba roncaban los aviones… De pronto, el corazón de Barak dejó de latir por un segundo mientras la ovación subía en un nuevo crescendo cuando los barbudos y curtidos componentes de «Las Fieras del Negeb» saludaron al padre de su comandante.

Después del desfile hubo nuevos discursos, reuniones y festejos. Cuando Barak y Sarah partieron para Yad El dos días después, las calles todavía bullían de danzarines.

Apenas llegados a su casa, Barak sufrió un largo y agotador espasmo de tos, como si hasta entonces la hubiera retenido a copia de un extraordinario esfuerzo de voluntad por no perderse los festejos y se dejó caer sin fuerzas en su sillón. Sarah le

trajo unos medicamentos.

—Ya te advertí que sería demasiado ajetreo —le reprendió—. Deberías empezar a darte cuenta de que eres viejo y a obrar en consecuencia.

Pero el pensamiento de Barak continuaba fijo en los atezados jóvenes que tomaban parte en el desfile.

—El ejército de Israel… —murmuró.

—Voy a prepararte una taza de té —le dijo cariñosamente Sarah, acariciándole el cabello.

Barak la cogió por la muñeca y la obligó a sentarse en su regazo. Ella apoyó la cabeza en su hombro y le miró con ojos interrogativos. Él desvió la mirada.

—Ahora que han terminado los festejos —dijo Sarah—, explícame lo que te dijeron realmente los doctores.

—Nunca he sabido mentirte demasiado bien —respondió el marido.

—No haré ninguna escena, te lo prometo.

—Comprende, por favor, que estoy preparado —le dijo Barak—. Creo que lo adiviné desde el primer momento.

Sarah profirió un grito breve y se mordió el labio.

Barak movió la cabeza pausadamente en un gesto afirmativo.

—Conviene que envíes a buscar a nuestros hijos, Ari y Jordana.

—¿Cáncer?

—Sí.

—¿Te queda mucho?

—Unos meses nada más… Unos meses maravillosos.

Costaba trabajo hacerse de Barak otra imagen que no fuese la de un gigante. Ahora, empero, en el intervalo de unas semanas, su cuerpo manifestaba ostentosamente su avanzada edad. De su poderoso armazón había desaparecido la carne; la espalda se le doblaba y el cutis se la había vuelto pálido. Sufría intensamente, pero lo disimulaba bien y se negó en redondo a que le trasladasen a un hospital.

Habían colocado su lecho junto a una ventana, de modo que pudiera pasar los días contemplando sus campos y recorriendo con la mirada los montes hasta la frontera del Líbano. Cuando llegó Ari le encontró allí, con los ojos vueltos tristemente hacia el lugar en donde estuvo (y ya no estaba) Abu Yesha.

—*Shalom, abba* —le saludó Ari, abrazándole—. He venido tan de prisa como he podido.

—*Shalom*, Ari. Deja que te mire, hijo. Hace tanto tiempo…, más de dos años. Pensaba verte en los festejos con tus tropas.

—Los egipcios quisieron hacer de las suyas en Nitzana. Tuvimos que dejarles sentir nuestras represalias.

Barak examinaba con la mirada a su hijo. El sol del desierto le había bronceado; se le veía vigoroso como un león.

—El Negeb te sienta bien —le dijo.

—¿Qué son esas tonterías que me ha contado *ema*?

—No te sientas obligado a darme ánimo, Ari. Soy lo bastante viejo para recibir la visita de la muerte con buen semblante.

Ari se sirvió una copa de coñac y encendió un cigarrillo, mientras Barak seguía observándole. Los ojos del anciano se inundaron de lágrimas.

—Estos últimos tiempos he sido muy feliz; excepto al pensar en ti y en Jordana. ¡Ah, ojalá pudiera marcharme sabiendo que os dejo dichosos!

Ari bebió un sorbo y desvió la mirada. Barak le cogió la mano.

—Me han dicho que si te decidieses a salir del desierto podrías llegar un día a jefe del Estado Mayor del Ejército de Israel.

—En el Negeb hay mucho trabajo que hacer, padre. Alguien tiene que encargarse de llevarlo a cabo. Los egipcios están formando cuadrillas de *fedayeen*, de asesinos que se proponen cruzar la frontera y asaltar nuestros establecimientos.

—Pero tú no eres feliz, Ari.

—¿Feliz? Usted ya me conoce, padre. No está en mi modo de ser entregarme a manifestaciones de regocijo como los inmigrantes recién llegados.

—¿Por qué te has mantenido alejado de tu madre y de mí durante dos años?

—Lamento haber obrado así.

—Mira, Ari, estos dos años últimos he podido permitirme por primera vez en la vida el lujo de sentarme a pensar sin nada que me lo estorbase. Es un gran placer para un hombre meditar en paz. Y durante las últimas semanas todavía he tenido más tiempo. Mi mente se ha ocupado de todo. Sé que no he sido un buen padre. No me he portado bien contigo y con Jordana.

—Vamos…, no quiero que diga tonterías. No se ponga sentimental por mi causa.

—No, lo que digo es cierto. Ahora parece que lo veo tan claramente… Tú y Jordana…, yo he podido dedicaros tan poco tiempo… Y lo mismo debo decir respecto a Sarah… Ari, en una familia esto no conviene.

—Padre…, por favor. Ningún hijo ha gozado del amor y la comprensión que he disfrutado yo. Quizá todos los padres piensan que podrían haber hecho más.

Barak movió la cabeza negativamente.

—Siendo todavía un niño eras ya un hombre. A los doce años te colocabas a mi lado para roturar esos terrenos pantanosos. Desde que te puse el látigo en la mano, pudiste prescindir de mí.

—Si habla de ese modo no quiero seguir escuchándole. En este país vivimos pensando en lo que podemos hacer para el mañana. Así ha vivido usted, y así vivo yo ahora. No le permito que se atormente. Hemos tenido que llevar esta clase de

existencia porque no podíamos elegir otra.

—Esto es lo que trato de decirte yo también, Ari. Me digo: «¿Qué otro recurso teníamos? ¿Un *ghetto*? ¿Un campo de concentración? ¿Las cámaras de exterminio?». Y me repito que todo es peor que esto. Sin embargo, la libertad que gozamos… ¡la pagamos a un precio tan alto! Nos gusta con tal pasión que hemos creado una raza de Tarzanes judíos para defenderla. No hemos podido daros otra cosa que una vida de continuos derramamientos de sangre ni otra herencia que una lucha incesante, siempre teniendo el mar a la espalda.

—Ningún sacrificio es demasiado grande por Israel —afirmó Ari.

—Lo es… si veo la tristeza pintada en los ojos de mi hijo.

—No fue usted quien le quitó David Ben Ami a Jordana. Éste es el precio que hay que pagar por haber nacido judío. ¿No es mejor morir por la patria que perecer, como pereció su padre de usted, a manos de la chusma, en el *ghetto*?

—Pero de la tristeza que amarga a mi hijo tengo la culpa yo. —Barak se humedeció los labios con la lengua y estiró el cuello—. Jordana y Kitty Fremont se han hecho muy amigas.

Al oír pronunciar aquel nombre, Ari tuvo un sobresalto.

—Kitty es una santa. Cuando se encuentra en el Huleh siempre viene a visitarnos. Es una lástima que no la hayas visto.

—Padre…, yo…

—¿No comprendes que en los ojos de aquella mujer yo veo que te ama apasionadamente? ¿Y éste es el modo como un hombre corresponde al amor, escondiéndose en el desierto? ¡Sí, Ari! Lleguemos al fondo del asunto. Tú huiste y te escondiste de ella. Confiésalo. Confiésamelo a mí y confiésatelo a ti mismo.

Ari dio unos pasos alejándose de la cama.

—¿Qué cosa tan terrible guardas en el pecho que te impide correr al lado de esa mujer y decirle que tu corazón sufre por ella?

Ari sentía en la espalda el fuego de la mirada de su padre y se volvió lentamente, con los ojos bajos.

—Una vez me dijo que tendría que necesitarla tan terriblemente que me arrastrase a sus pies.

—¡Pues arrástrate!

—¡No puedo! ¡No sé! ¿No comprende, padre, que… yo jamás sería como ella quiere que sea un hombre?

Barak suspiró tristemente.

—Y ahí es en lo que yo no he cumplido mi deber contigo, Ari. Mira, hijo, yo me habría arrastrado a los pies de tu madre un millón de veces. Lo habría hecho porque la necesito para vivir. Ella es mi fuerza. Dios me perdone, Ari, pues he contribuido a la formación de una estirpe de hombres y mujeres que se niegan a conocer el

significado de las lágrimas y de la humildad.

—Esto me dijo ella una vez —susurró el hijo.

—Tú has tomado la ternura por debilidad. Has tomado las lágrimas por un deshonor. Te has convencido a ti mismo de que el buscar apoyo en otra persona es una rendición. Eres tan ciego que no sabes amar.

—Por lo tanto, si no sé no puedo hacerlo —exclamó Ari, casi en un grito.

—Y yo te compadezco, Ari. Te compadezco, y me compadezco a mí.

Al día siguiente Ari transportó a su padre en brazos hasta donde les esperaba el coche y lo llevó a Tel Hai, al mismo sitio por el cual él y su hermano Akiva habían entrado en Palestina hacia más de medio siglo.

Allí, en Tel Hai, se encontraban las tumbas de los Guardianes, los primeros judíos que habían usado armas a principios de siglo, corriendo de un lado para otro en defensa de los establecimientos hebreos contra los ataques de los beduinos. Barak recordaba que había sido actuando de Guardián que había conocido a Sarah en Rosh Pinna.

Las lápidas sepulcrales de los difuntos formaban dos filas. Quedaba una docena de parcelas para los que habían formado parte de aquel cuerpo y todavía seguían con vida. Los restos de Akiva habían sido traídos de Punta de Elías para que descansaran en este sitio de honor. La parcela contigua a la que ocupaba Akiva estaba reservada para Barak.

Ari llevó a su padre al otro lado de las tumbas, allá donde un enorme león tallado en piedra contemplaba el valle, abajo, como el símbolo de un rey protegiendo el Dais. En la base de la estatua se leían estas palabras: «ES HERMOSO MORIR POR LA PATRIA».

Barak volvió los ojos hacia el valle. Por todas partes se veían establecimientos. En el fondo, frente a ellos, surgía una ciudad formada por millares de colonos nuevos. Padre e hijo permanecieron en Tel Hai hasta que llegó el crepúsculo y vieron cómo se iban encendiendo las luces, cercando el valle con una fortaleza de decisión. Yad El —la Mano de Dios— estaba en el centro. Mucho más abajo, en Gonen, se había formado una población nueva, habitada por chiquillos valerosos; vivían en tiendas a pocos metros de la frontera siria. También en Gonen se encendieron las luces.

—Es hermoso tener una patria por la cual morir —dijo Barak.

Transportado por su hijo abandonó la montaña.

Dos días después la muerte le visitó durante el sueño. Fue llevado otra vez a Tel Hai y enterrado al lado de su hermano Akiva.

## CAPÍTULO IV

En las últimas fases de la Guerra de Liberación, Dov Landau se incorporó al Ejército de Israel, tomando parte en la Operación «Diez Plagas» contra los egipcios. Su bravura en la conquista de Suweidan le valió un ascenso. Luego pasó varios meses en el desierto, formando parte de «Las Fieras del Negeb», del coronel Ben Canaan. Ari reconoció el talento innegable del muchacho y le envió al Norte con objeto de que le sometieran a una prueba. Realizada ésta, el Ejército pidió a Dov que marchase al Instituto Técnico de Haifa a seguir unos cursos especializados, cuyo fin consistía en convertir en realidad los ambiciosos proyectos de irrigación que había de servir para poner en cultivo el Negeb. Dov se portó como un alumno brillante.

Había salido por completo de su antiguo y obscuro retraimiento; ahora tenía un carácter afectuoso y lleno de buen humor y una comprensión especial para los que sufrían. Aunque seguía siendo más bien corto de estatura y conservaba su fisonomía intensamente sensitiva, Dov se había hecho un guapo joven. El y Karen se amaban tiernamente.

Su idilio se veía atormentado por separaciones constantes, por la incertidumbre y, no sería preciso decirlo, por aquella eterna tensión en medio de la cual se desenvolvían sus vidas. El país se encontraba en una agitación incesante y ellos también; cada uno tenía deberes distintos e igualmente importantes. Su caso no era nuevo ni mucho menos en Israel; había sido el caso de Ari y Dafna; el de David y Jordana. Cada vez que se veían aumentaban al unísono el deseo y el desencanto. Dov, que adoraba a Karen, resultó el más fuerte de los dos.

Al cumplir los veinticinco años era capitán del Cuerpo de Ingenieros y se le consideraba uno de los oficiales que más prometían en su especialidad. Repartía su tiempo estudiando en el Instituto Técnico y en el Instituto Weizmann de Investigaciones, de Rehovot.

Después de la Guerra de Liberación, Karen marchó de Gan Dafna y también ingresó en el Ejército, donde continuó estudiando para enfermera. Al lado de Kitty había adquirido mucha experiencia, gracias a lo cual podría terminar pronto su preparación básica. La profesión le gustaba. Quería seguir algún día el mismo camino que su protectora, especializándose en el cuidado de los niños. La habían destinado a un hospital del Sarón. Estuvo afortunada, puesto que de este modo podía llegarse hasta Jerusalén a ver a Kitty cuando ésta se encontraba en la ciudad y trasladarse con frecuencia al lado de Dov en Haifa.

Después de haber sido una hermosa joven, Karen Hansen Clement se convirtió en una mujer magnífica. Era la misma perfección, con la dulzura y la afabilidad que habían caracterizado su juventud siguiéndola en la madurez.

En las profundidades del pensamiento de Kitty despertaba alguna vez la idea de que Karen quizá consintiera en marcharse con ella a los Estados Unidos. Pero esto no eran sino alucinaciones del deseo. En momentos más realistas comprendía que Karen no la necesitaba. Había llenado su misión respecto a la muchacha, lo mismo que la había llenado ya con respecto a Israel. Ahora Karen formaba parte integrante de Israel; estaba demasiado arraigada en aquella tierra para soñar en poder arrancarla de ella. Y, por su parte, Kitty veía que tampoco ella necesitaba ahora a Karen. En otro tiempo creyó que jamás podría separarse de aquella muchacha. Aquel vacío, el hambre de afecto que satisfacía en Karen, lo habían llenado los años de generosa entrega a «sus niños».

No solamente conocía que podía alejarse de Karen, sino que se atrevía a confiar en que aún llegarían el día y el lugar en que gozase de nuevo de una existencia normal y de la verdadera felicidad.

No, ni pensando en Karen, ni pensando en sí misma le daba ningún miedo salir de Israel. Pero si tenía miedo por algo… tenía miedo por Israel precisamente.

Los árabes aguardaban en sus fronteras, lamiéndose las heridas y esperando el momento de saltar sobre la pequeña nación y destruirla en aquella «segunda vuelta» que tanto venían anunciando.

Los dirigentes árabes entregaban armas a sus masas en vez de darles rejas de arado. Los pocos que veían la luz de Israel y querían entronizar la paz caían asesinados. La Prensa, la radio, los dirigentes y los púlpitos musulmanes, todo volvía a repetir las antiguas arengas.

El pueblo árabe, ya bastante desangrado por jefes obstinados y caprichosos, tuvo que desangrarse más todavía, reuniendo centenares de millones de dólares con los cuales comprar armas.

La situación de los refugiados fue objeto de tantas tergiversaciones que acabó por constituirse en un problema insoluble.

Nasser, el antiguo capitán que estuvo sitiado en la bolsa de Faluja, inflamaba al mundo árabe como un Hitler en potencia.

Egipto cerraba el canal de Suez a los barcos israelíes y a los de otras naciones que traían mercancías a Israel, violando las leyes internacionales.

También bloquearon los árabes el golfo de Akaba a fin de impedir que los judíos aprovechasen el puerto de Elath.

La Legión de Jordania faltó descaradamente al convenio de tregua no cumpliendo la condición pactada de que los judíos habían de tener libre acceso a la Jerusalén Vieja para poder ir a rezar ante su más sagrado santuario: el Muro del Templo de Salomón.

Todas las naciones árabes se negaban a reconocer la existencia de Israel; todas las naciones árabes juraban destruir Israel.

Y en este punto tuvo lugar la acción más perversa. Los árabes, particularmente los egipcios de la franja de Gaza, organizaron cuadrillas de *fedayeen*, cuya misión consistía en asesinar israelíes. Tales cuadrillas cruzaban la frontera de noche para matar personas, incendiar campos, cortar tuberías de agua, destruir… Los atormentados refugiados palestinos, enfurecidos por las predicaciones de unos jefes sembradores de odio, proporcionaban parte de la materia prima para aquellas cuadrillas.

Encima de todas sus otras cargas y conflictos, Israel tuvo que adoptar una posición realista y atenerse al siguiente axioma:

«Cuando Hitler dijo que se disponía a exterminar a los judíos, el mundo no le creyó. Cuando los árabes dicen lo mismo, nosotros, los de Israel, sí les creemos».

La instrucción militar se hizo obligatoria, lo mismo para las chicas que para los muchachos. Todos los hijos de Israel aprendían a muy temprana edad el manejo de las armas. Todos los hombres hasta la edad de cuarenta y cinco tenían que dedicar un mes de cada año a recibir instrucción militar. Israel pasó a ser la milicia en pie de guerra mejor organizada para un rendimiento efectivo y, proporcionalmente a su población, más numerosa del mundo.

Los *fedayeen*, tristemente famosos, seguían cometiendo una serie ininterrumpida de atrocidades. Con el bombardeo de las casas de niños de los establecimientos fronterizos consiguieron hundirse en una nueva sima de iniquidad.

Llegó el instante en que a Israel no le quedó otro camino que el de la represalia. Su Ejército hizo el juramento de matar diez por cada uno de los suyos que cayese. Por desgracia, el único lenguaje que los árabes parecían comprender, la única medida capaz de detenerles por la ruta emprendida, era ésta: la represalia.

Una de las medidas defensivas adoptadas fue la creación del Nahal. El Nahal consistía en la fundación de numerosos establecimientos militarizados en los puntos estratégicos. Muchos grupos de muchachos y muchachas ingresaron en el Ejército con objeto de entrenarse a actuar en conjunto, como una unidad. Después de recibida la instrucción precisa eran enviados a la frontera a levantar establecimientos de finalidad mixta, combinando el cultivo de la tierra con la labor de defensa del terreno. El formar una muralla de carne en las fronteras israelíes fue una réplica parcial al terror de los *fedayeen*. Los establecimientos creados por aquellos adolescentes estaban a pocos metros de la línea fronteriza; aquellos muchachos de menos de veinte años vivían en la misma boca del enemigo.

Las condiciones de vida en la frontera eran de una dureza brutal. Los jóvenes soldados-campesinos recibían un sueldo de treinta dólares anuales. Si a mano derecha les aguardaba la muerte, a mano izquierda les esperaba un suelo estéril. Y no obstante —un milagro más de la nación de los milagros— la juventud de Israel se mostraba dispuesta a pasar la vida entera en los establecimientos fronterizos, a los cuales

acudía calladamente, sin ademanes heroicos. Igual que Jordana y Ari y David y Joab y Zev… Era su deber. Vivían sin pensar en ningún provecho material para ellos mismos, sino en el mañana y en el bien de Israel.

La zona más dura y peligrosa de la frontera era la correspondiente a la franja de Gaza, la cinta de terreno que quedó al final de la guerra metida en el cuerpo de Israel como una frontera abortada. La antigua Gaza, cuyas puertas había arrancado y transportado Sansón, tenía ahora puertas nuevas: eran las de los campos de refugiados. Los pobrecitos árabes podían revolcarse en el abandono para que se derramasen luego sobre ellos las limosnas de todo el mundo y los administradores egipcios de las mismas tuvieran ocasión de rellenarles el corazón de odio. Gaza era la base principal y el campo de entrenamiento de los *fedayeen* que adiestraban los egipcios.

Fue en aquel lugar, a menos de diez kilómetros de la guarida del enemigo, donde veinte muchachos y dieciséis chicas fundaron un asentamiento del Nahal.

Le dieron el nombre de Nahal Midbar: el Río del Desierto.

Una de las dieciséis muchachas era la enfermera Karen Hansen Clement.

Habiendo terminado sus estudios en el Instituto Weizmann, a Dov le trasladaron al Valle de Huleh a trabajar en un grandioso proyecto de distribución de aguas. Antes de incorporarse a su nuevo puesto consiguió un permiso de cinco días gracias al cual podría ver a Karen. Hacía seis semanas, desde que ella se marchó con su grupo, que estaban separados.

Dov necesitó un día entero para llegar a aquel lejano paraje del desierto del Negeb. Una simple pista sin firme se desviaba de la carretera principal a lo largo de la franja de Gaza, en una extensión de cuatro kilómetros, hasta llegar al establecimiento.

En su mayor parte, Nahal Midbar continuaba siendo un poblado de tiendas de campaña. Sólo habían construido un barracón que servía de comedor, un cobertizo para los aperos y un par de torres desde donde hacer guardia. El depósito de agua y los tubos de irrigación estaban casi terminados y colocados. Estas escasas edificaciones se levantaban en el centro de un rincón de mundo barrido por los vientos, requemado, desolado, que parecía el fin de la tierra. Y estaba, ciertamente, en el límite de la nada… En el horizonte se divisaba la silueta siniestra de Gaza. De cara al enemigo habían abierto trincheras y extendido alambradas.

El arado revolvía los primeros *dunams* de tierra. Dov se paró en la entrada para contemplar el panorama. Nahal Midbar deprimía el ánimo. Pero de pronto se convirtió a sus ojos en el jardín más maravilloso del mundo: vio a Karen que salía de la tienda hospital y echaba a correr hacia él.

—¡Dov! ¡Dov! —gritaba la muchacha, corriendo por el otero pardo y desnudo para arrojarse en sus brazos.

Los dos jóvenes se estrecharon con fuerza. Sus corazones latían aceleradamente

por el entusiasmo y el gozo de sentirse tan cerca el uno del otro.

Luego, cogidos de la mano, Karen acompañó a Dov al depósito de agua. El muchacho se lavó la sudorosa cara y bebió un largo trago. Después Karen se lo llevó lejos del establecimiento por un sendero que conducía al otro lado de la prominencia, a un lugar donde quedaban unas ruinas de los nabateos. Aquel puesto, el más avanzado, situado sobre la misma línea de la frontera, era el punto de cita favorito de los chicos y chicas solteros.

Karen indicó al centinela que quería relevarle un rato. Éste fue comprensivo y se marchó. Dov y Karen se internaron por entre las ruinas hasta llegar al recinto de un antiguo templo, donde aguardaron hasta que el centinela hubo desaparecido de la vista. Karen observó el terreno a través de la alambrada. Todo estaba en calma.

Entonces dejaron los rifles apoyados en la pared y se abrazaron y besaron.

—¡Oh, Dov! ¡Por fin!

—Me moría de añoranza —le dijo él.

Ignorando el sol abrasador del mediodía del desierto, ignorándolo todo menos su mutua presencia, se besaron una y mil veces. Se sentaron en el suelo en un rincón elegido por Dov, Karen se acurrucó entre sus brazos y él mezcló los besos con las caricias. Ella se embriagaba de felicidad.

De pronto las manos del joven quedaron inmóviles. Dov se limitaba ahora a mirarla amorosamente.

—He de darte una noticia maravillosa —le dijo.

—¿Puede haber algo más maravilloso que este minuto? —respondió ella levantando los ojos.

—Siéntate —ordenóle su amado queriendo excitar su curiosidad.

—¿De qué se trata, Dov?

—¿Sabías que me habían destinado al equipo que se ocupa de las aguas del Huleh?

—Sí, naturalmente.

—Pues bien, ayer me llamaron. No quieren que continúe allí sino hasta el final del verano solamente… Luego quieren que me marche a América a cursar estudios superiores. ¡Me enviarán al Instituto Tecnológico de Massachusetts!

Karen parpadeó.

—¿Te envían a América? ¿A estudiar?

—Sí…, por dos años. No podía esperar; me faltaba tiempo para venir acá a decírtelo.

La muchacha hizo un esfuerzo heroico por sonreír… y al momento:

—Estupendo, Dov. ¡Qué contenta estoy! O sea que te marcharás dentro de seis o siete meses.

—Todavía no les he contestado —puntualizó él—. Quería discutirlo contigo

primero.

—Dos años no son una eternidad —aseguró Karen—. Mira, cuando regreses, este *kibbutz* ya estará terminado. Tendremos dos mil *dunams* de terreno en cultivo, una biblioteca y una casa de los niños llena de rorros.

—Espera un poco… —interrumpióla Dov—. Yo no me voy a América ni a ninguna otra parte sin ti. Nos casaremos ahora, en seguida. Por supuesto, en América lo pasaremos un poco mal. La pensión que me concederán será un tanto reducida. Tendré que trabajar después de las clases; pero tú puedes terminar los cursillos de enfermera y me ayudarás también. Entre los dos saldremos adelante.

Karen se quedó callada. Al levantar la vista vio las alturas de Gaza en la distancia, y las trincheras y las torres de los vigías…

—No puedo abandonar Nahal Midbar —murmuró—. Esto no está sino en sus comienzos. Los muchachos trabajan veinte horas al día.

—Karen…, es preciso que lo dejes.

—No, no puedo, Dov. Si yo me marchase, la estancia aquí se les haría mucho más penosa a todos los demás.

—Es preciso. Yo no me iré sin ti. ¿No comprendes cuánta importancia tienen estos estudios? Dentro de dos años volveré sabiendo todo lo que hay que saber acerca de canales colectores, drenajes y tuberías… Será una cosa perfecta… Viviremos los dos aquí en Nahal Midbar y yo trabajaré por las cercanías, en el desierto. Entregaré mi salario al *kibbutz*. Karen…, entonces yo le daré a Israel un provecho cincuenta veces mayor que el que le doy ahora.

La muchacha se puso en pie y le volvió la espalda.

—Esto es cierto por lo que a ti respecta. Conviene que vayas a América. Mi presencia, en cambio, es más necesaria aquí, ahora.

Dov se puso pálido y abatido.

—Yo creía darte una alegría…

Karen le miró frente a frente.

—Sabes muy bien que tú tienes que marcharte y yo tengo que quedarme.

—¡No, maldita sea! ¡Yo no puedo pasar dos años lejos de ti! ¡Si ya no puedo resistir la separación ni siquiera por dos días!

Y se puso en pie y la estrechó en sus brazos, besándola apasionadamente. Después, como arrepentido de su arrebato, la soltó súbitamente.

—¿Qué haremos, Dov, qué haremos? —musitó Karen, con voz desolada.

Kitty había recorrido la mayor parte de Israel y conocido los establecimientos más precarios. Al emprender el viaje hacia Nahal Midbar sabía que se iba al mismo borde del infierno; sin embargo, a pesar de haberse preparado para lo peor, cuando vio la realidad —un horno plantado en el sendero de las enfurecidas hordas árabes— se quedó con el corazón oprimido.

Karen la acompañó por todas partes, mostrándole con orgullo lo que habían hecho en el transcurso de tres meses. Había ahora unas cuantas chozas más, de madera y unos cuantos *dunams* más de terreno arado, pero el panorama continuaba siendo descorazonador. Chicos y muchachas trabajando hasta la extenuación durante el día y pasando las noches de centinela.

—Si logramos proporcionarnos el agua necesaria, dentro de pocos años verá usted árboles y flores por todas partes.

Para librarse del sol se refugiaron en la tienda hospital de Karen y bebieron un vaso de agua. Kitty dirigió la mirada hacia el exterior. Alambradas y trincheras… Allá en los campos, algunos jóvenes trabajaban bajo el sol implacable mientras otros andaban detrás de ellos con el rifle al hombro, guardándoles. Una mano en la espada y otra en el arado. De este modo habían reconstruido los muros de Jerusalén. Kitty miró a Karen. ¡Cuán joven; cuán hermosa! Con pocos años de vivir allí representaría muchos más de los que tendría.

—¿De modo que proyecta volverse de veras a su país? Me cuesta creerlo —aseguró Karen.

—Les he dicho que quiero tomarme un año de vacaciones. Estos últimos tiempos he añorado mucho mi patria. Y ahora, no estando tú conmigo… En fin, quiero descansar una temporada. Acaso vuelva, no estoy segura.

—¿Cuándo se marcha?

—Después de Pascua.

—¿Tan pronto? Me quedaré muy triste sin usted, Kitty.

—Ahora eres ya una mujer, Karen. Tienes una vida propia.

—No sé imaginarme lejos de usted.

—Oh, nos escribiremos. Siempre estaremos compenetradas. Quién sabe, después de haber vivido cuatro años en este volcán, acaso el resto del mundo me parezca demasiado soso.

—Debe volver, Kitty.

La enfermera sonrió.

—El tiempo lo dirá. ¿Cómo está Dov? Me han dicho que ha terminado los estudios.

Karen no quiso explicarle que le habían pedido que fuese a perfeccionarse a los Estados Unidos, sabiendo que Kitty se pondría de parte del muchacho.

—Le han enviado al Lago de Huleh. Están ultimando un proyecto para abrir unos canales que vacíen el lago entero en el Mar de Galilea para aprovechar su fondo como tierra de labor.

—Dov se ha convertido en un joven muy importante. Me han hablado de él y en términos grandemente elogiosos. ¿Podrá venir a verte por Pascua?

—No parece probable.

Kitty chasqueó los dedos.

—¡Ove! Se me ha ocurrido una idea estupenda Jordana me ha pedido que vaya a pasar la Pascua en Yad El y le he prometido ir. Dov trabaja no lejos de allí. ¿Por qué no vienes tú a Yad El?

—En verdad, la Pascua debería pasarla en mi *kibbutz*.

—Aquí pasarás muchas. Sería un regalo de despedida que me harías a mí.

—Iré —contestó Karen, sonriendo.

—Magnífico. Y di, ¿cómo está tu enamorado?

—Muy bien… —murmuró la joven, tristemente.

—¿Os habéis peleado?

—No. No quiere pelearse conmigo. Oh, Kitty, Dov es tan fastidiosamente noble que, a veces, me dan ganas de chillar.

—Comprendo —dijo Kitty, arqueando las cejas—. Eres ya toda una mujer de dieciocho años.

—Simplemente, no sé qué hacer. Kitty, yo…, yo me vuelvo loca pensando en él y luego, cada vez que nos vemos, él se siente demasiado caballero. Es… es posible que le envíen muy lejos de aquí. Acaso pasen dos años antes de que podamos casarnos. Yo creo que voy a partirme en pedazos.

—Le amas mucho, ¿verdad?

—Le añoro tanto que temo morir. ¿Es una cosa horrible que hable de este modo?

—No, querida. Amar a una persona tan intensamente es la cosa más hermosa del mundo.

—Kitty…, ¡le deseo con una pasión tan grande!… ¿Está mal esto?

¿Estaba mal? Kitty se veía de pie al lado de una cama dando por supuesto, con las palabras que acababa de dirigir a Ari, que Jordana era casi una ramera por haber robado unos momentos de placer con David Ben Ami. ¿Estuvo mal aquello? ¡Ah, cuántas veces se había arrepentido de sus frases! Hacía tres años que David había muerto, y Jordana todavía seguía penando desconsoladamente. A pesar de la concha de agresividad característica de los *sabras* bajo la cual se escondía Jordana caminaba hacia el sepulcro con el corazón destrozado. ¿Estaba mal? ¿Cuántos días de mañana conocerían Dov y Karen? La enfurecida turba de más allá de las alambradas, ¿consentiría que viviesen?

Karen…, su niña preciosa…

—Amale, Karen —le dijo—. Amale con todo el amor que hay en tu ser.

—¡Oh, Kitty!

—Sí, cariño. Amale.

—¡El tiene tanto miedo!…

—Pues, ayúdale a que lo pierda. Tú eres su mujer y esto ha de ser así.

Kitty sentía un vacío dentro del pecho. Había renunciado a su Karen para

siempre. Entonces sintió sobre el hombro la mano de la muchacha.

—Y usted, ¿no podría ayudar a Ari?

A la mención de este nombre el corazón de Kitty dejó de latir por unos segundos.

—No puede hablarse de amor cuando una persona ama, pero la otra no.

Las dos mujeres quedaron calladas un buen rato. Kitty se acercó a la puerta de la tienda y miró al exterior. Por el aire volaba un enjambre de moscas. Dando media vuelta bruscamente, la enfermera se puso delante de Karen.

—No puedo marchar sin decirte que me pesa en el alma que te hayas venido a este lugar.

—Es preciso defender las fronteras. Y la actitud de dejar que lo hagan los demás resulta demasiado cómoda.

—Hace tres meses que existe Nahal Midbar y ya tenéis en vuestro cementerio a un chico y una chica asesinados por los *fedayeen*.

—Nosotros no lo miramos así, Kitty. Hemos perdido dos, pero han venido a engrosar el *kibbutz* otros cincuenta y, animados por nuestro ejemplo, otros cincuenta más han fundado un nuevo establecimiento a cinco kilómetros de aquí. Dentro de un año tendremos una casa de los niños y un millar de *dunams* de terreno en cultivo.

—Y, dentro de un año, tú empezarás a ser vieja. Trabajarás dieciocho horas al día y pasarás las noches en las trincheras. Y todo el provecho que tú y Dov sacaréis de esto será una sola habitación de tres metros de largo por dos de ancho. Ni las ropas que llevaras puestas te pertenecerán.

—Se equivoca, Kitty. Dov y yo lo tendremos todo.

—Sí, hasta un cuarto de millón de árabes atacados de locura asesina a punto de cogeros por la garganta.

—No podemos indisponernos con esa pobre gente —declaró Karen—. Ahí están, día tras día, un mes tras otro, encerrados lo mismo que animales, viendo cómo nuestros campos se ponen verdes.

Kitty se dejó caer sobre un camastro y hundió la cara entre las manos.

—Escúcheme, Kitty…

—No puedo.

—Por favor…, por favor, escúcheme. Usted sabe que ya cuando era una niña, allá en Dinamarca, me preguntaba por qué había nacido judía. Ahora sé la respuesta. Dios no nos escogió porque fuésemos débiles ni porque huyésemos del peligro. Nosotros hemos soportado asesinatos, sufrimientos y humillaciones durante seis mil años y, a pesar de todo, hemos conservado la fe. Hemos sobrevivido a todos los que trataron de destruirnos. ¿No lo comprende, Kitty?… Este pequeño país lo escogieron para nosotros porque es la encrucijada del mundo y está en el límite de los yermos de la Humanidad. Aquí es donde Dios quiere que esté su pueblo…, en la frontera, sosteniendo y guardando sus Mandamientos, que son la piedra angular de la

existencia moral del hombre. ¿En qué otro sitio podemos estar?

—¡Israel se encuentra arrinconado, de espaldas contra la pared! —exclamó Kitty—. Siempre ha estado así y siempre seguirá igual… Siempre junto a una horda de salvajes empeñados en destruiros.

—¡Oh, no, Kitty, no! Israel es el puente entre la oscuridad y la luz.

Y de pronto, Kitty lo vio tan claramente…, con tan hermosa claridad… Ésta era, pues, la respuesta: ¡Israel, el puente entre la oscuridad y la luz!

# CAPÍTULO V

De todas las noches una es la más importante para un judío, y esa noche es la de la festividad religiosa de la Pascua. La Pascua se celebra en conmemoración del día en que el pueblo hebreo se vio libre de la esclavitud en Egipto. Los egipcios, sus primeros opresores, habían pasado a ser el símbolo de todos los opresores sufridos por todos los judíos en todas las épocas.

El punto cenital de la solemnidad corresponde a la víspera de la Pascua, cuando se celebra el Seder —la Fiesta de la Liberación— dando gracias por la libertad conseguida y en prenda de esperanza para aquéllos que todavía no la han alcanzado. Para los desterrados y los dispersados por el mundo, antes del renacimiento del Estado de Israel, el Seder terminaba siempre con los palabras: «*… el año próximo en Jerusalén*».

El Haggadah, un libro especial de rezos, narraciones y cantos pascuales, parte del cual fue escrito hace tres mil años, constituye la lectura requerida por la acción. Y el cabeza de familia recita la historia de la salida de Egipto.

El Seder representaba el momento culminante del año. La dueña de la casa tenía que prepararlo con un mes de anterioridad. Había que eliminar toda suciedad. Había que preparar adornos y alimentos especiales para la Pascua. Por todo Israel había febriles preparativos para la solemnidad. En los establecimientos comunales la mesa del Seder acogería a centenares de personas. Otros hogares tendrían Seders más modestos y sencillos. A medida que se acercaba la Pascua, la alegre impaciencia despertada por la gran festividad crecía y crecía hasta amenazar con un estallido.

En la villa de Ben Canaan, en Yad El, este año el Seder sería una fiesta relativamente pobre. Con todo, Sarah tenía que sujetarse al pie de la letra a los ritos y a las tradiciones prescritas. Era un deber de amor y no habría consentido que le privaran de cumplirlo. La villa quedó, por dentro y por fuera, como una tacita de plata. El día del banquete las habitaciones aparecieron llenas de rosas de Galilea. El Menorah, el candelabro ritual, lo había frotado y bruñido hasta que despidió un brillo cegador. Había preparado centenares de pastelillos y dulces propios para la Pascua. Todos los platos especiales estaban a punto y la misma Sarah lucía sus mejores galas.

La víspera, Kitty y Sutherland salieron en coche de la villa de éste, dirigiéndose a Yad El.

—La idea de marcharse de Israel es inadmisible —decía el brigadier retirado—. No sé acomodarme a ella.

—Lo he pensado mucho, Bruce. Es mejor. En América solemos decir: «¡Aléjate de los amigos mientras ríen!».

—¿Cree de veras que la inmigración está ya en descenso?

—Digamos que la primera avenida ha terminado. Quedan pequeñas comunidades

judías, como por ejemplo la polaca, encerradas en Europa y que desean salir. A los judíos de Egipto sospechamos que se les puede caer el cielo encima en cualquier momento. Pero lo que realmente importa es que contamos con personal y medios para hacer frente a cualquier contingencia.

—Para las contingencias de poca monta, querrá usted decir —puntualizó Sutherland—. Pero ¿y para las de un volumen enorme?

—No le entiendo.

—Los Estados Unidos tienen seis millones de judíos y los rusos, cuatro. ¿Qué hacemos con ellos?

Kitty meditó profundamente.

—La mayoría de los judíos llegados de los Estados Unidos pertenecen a una de estas dos categorías: o son idealistas, como los de los primeros tiempos de la colonización, o neuróticos que buscan un asilo inexistente. No creo que llegue el día en que los judíos americanos tengan que venir a Israel huyendo del miedo o de las persecuciones. Y si ha de llegar ese día, no querría yo vivir para verlo. En cuanto a los rusos, se cuenta una historia extraña y llena de intriga de la cual son pocas las personas que tienen noticia.

—Está excitando mi curiosidad —dijo Sutherland.

—Ya sabe usted que los rusos han procurado asimilarse a los judíos sumergiéndoles en un baño de teorías y hablándoles de la evolución. Han intentado hacerles olvidar su personalidad colectiva dejando que a los viejos se los llevara la muerte y catequizando a los jóvenes ya desde la cuna. Usted sabe, por supuesto, que en Rusia el antisemitismo todavía está en efervescencia.

—Algo me han dicho de ello.

—El hecho que voy a contarle, un hecho fantástico, ocurrió durante las últimas festividades religiosas más solemnes, prueba de que los soviets han fracasado miserablemente en su empeño. Verá usted: el embajador de Israel fue a la única sinagoga que toleran en Moscú. ¡Y después de treinta años de silencio, treinta mil judíos llenaron las calles sólo por ver y tocar al embajador! Sí, de Rusia llegará algún día una Aliyah grande.

Esta historia impresionó profundamente a Sutherland, quien quedó silencioso. Era la vieja historia de siempre, el concepto que cruzaba tan a menudo por su mente: … *el judío jamás olvida su identidad*. Llega inevitablemente el día de la verdad; el día en que tiene que erguirse y declararse judío. Y se acordó de su propia, de su adorada madre…

El coche dejó la carretera principal para internarse por el *moshav* de Yad El. Sarah Ben Canaan salió corriendo de la casa para darles la bienvenida. Hubo abrazos y felicitaciones por la festividad.

—¿Somos los primeros?

—No, Dov ha llegado antes. Entren ya, entren…, entren.

Dov salió a recibirles a la puerta. Después de estrechar la mano a Sutherland, abrazó a Kitty calurosamente. Ella le apartó hasta donde le permitía la longitud de sus brazos, a fin de observarle mejor.

—¡*Mayor* Dov Landau! ¡Cada vez que te veo estás más guapo!…

El muchacho se sonrojó.

Sutherland estaba en el salón examinando las rosas de Sarah con suma envidia.

—¿Dónde están los otros? —preguntó Kitty.

—Jordana salió anoche para Haifa. Dijo que regresaría pronto —respondió Sarah.

—Karen me escribió que saldría de Nadah Midbar un día antes —anunció Dov—. Es decir, tenía que salir ayer. Se concede tiempo sobrado para llegar aquí. Se habrá quedado a pasar la noche en Haifa. De todos modos, acaso tenga que andar a pie viendo si la lleva alguien hasta más allá de Safed.

—No te inquietes —dijo Sutherland—. Llegará a tiempo para celebrar el Seder.

Kitty tuvo una desilusión al ver que Karen no se encontraba allí todavía, pero no quiso manifestarla delante de los demás. El transporte estaba imposible y muy particularmente en los días festivos.

—¿Puedo ayudarla en algo? —le preguntó a Sarah.

—Siéntese y repose. Desde la oficina del *moshav* han llamado ya una docena de veces preguntando por usted. Todos sus chiquillos del Valle de Huleh saben que viene y han anunciado que antes del Seder vendrían a verla.

Sarah entró apresuradamente en la cocina. Kitty se volvió hacia Dov.

—Tengo excelentes informes de ti, Dov.

El joven se encogió de hombros.

—No seas modesto. Tengo entendido que estás estudiando un proyecto para aprovechar las aguas del Jordán.

—Si los sirios nos lo permitiesen, que no lo permitirán. Es chocante, Siria y Jordania se beneficiarían con ese plan diez veces más que nosotros. Pero si con él Israel ha de ganar una onza más de agua, ellas dos se oponen.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Sutherland.

—Tenemos que desviar el curso del río en una longitud de unos pocos kilómetros y los árabes dicen que lo hacemos con finalidades defensivas, a pesar de que nosotros aceptamos que envíen observadores. Bah, acabaremos por resolverlo.

Dov inspiró profundamente. Estaba preocupado, se veía a la legua, y Sutherland presintió que quería hablar a solas con Kitty; por lo cual se fue al otro extremo del salón y se ensimismó examinando las estanterías llenas de libros.

—Kitty, deseaba hablarle de Karen, antes de que llegue ella —dijo Dov.

—Sí, naturalmente.

—Es muy terca.

—Ya lo sé. Estuve en Nahal Midbar hace unas semanas. Hablamos largo rato.

—¿Le dijo que se me ofrece la oportunidad de ir a estudiar a los Estados Unidos?

—No me lo dijo, pero, de todas formas, ya lo sabía. Mira, chico, llevo tanto tiempo en Israel que ya tengo montado mi servicio particular de espionaje.

—Yo no sé qué hacer. Karen es fiel a su *kibbutz*. Me temo que se negará a dejarlo. Y yo…, yo no puedo dejarla a ella dos años enteros.

—Veré de convencerla —prometió Kitty, sonriendo—. Va cediendo por momentos. Ya verás, Dov. Todo saldrá a pedir de boca.

La puerta principal se abrió de golpe, dando paso a Jordana, quien entró con los brazos abiertos y el rojo cabello flotando al aire.

—¡*Shalom* a todo el mundo!

Kitty le dio un abrazo.

—¡*Ema*! —gritó entonces la joven—. Venga acá. ¡Le traigo una sorpresa!

Sarah salió de la cocina al mismo tiempo que Ari cruzaba la puerta.

—¡Ari!

Y, llevándose el pañuelo a los ojos para secarse las lágrimas de felicidad, corrió a abrazarle.

—¡Ari! ¡Ah, Jordana, eres un diablo de cabello rojo! ¿Por qué no me dijiste que vendría mi hijo?

—Bah, nos pareció que tendría suficiente comida preparada para atender a un comensal más —dijo Ari, abrazándola.

—¡Sois un par de demonios! —reprendió la madre, amenazándoles con el índice y volviendo a llevarse el pañuelo a los ojos—. Pero, deja que te mire, hijo. Tienes el aire cansado. Trabajas en exceso.

Madre e hijo se abrazaron otra vez y se pusieron a reír.

En aquel momento Ari advirtió la presencia de Kitty Fremont.

Un silencio penoso imperó en la estancia mientras los dos se miraban largo rato y fijamente. Jordana, que había tenido buen cuidado de preparar la entrevista, miraba ora al uno ora al otro.

Kitty se puso en pie pausadamente e inclinó la cabeza en un saludo.

—*Shalom*, Ari —dijo, en voz baja.

—*Shalom* —murmuró él.

—Quedan ustedes dueños de la casa —dijo Jordana, cogiendo a su madre del brazo y llevándosela prestamente a la cocina.

Dov estrechó la mano de Ari.

—*Shalom*, brigadier Ben Canaan.

Kitty observaba a Dov. Los ojos del muchacho brillaban de admiración viendo en Ari al jefe casi legendario de «las Fieras».

—*Shalom*, Dov. Tienes muy buen aspecto. Me han dicho que nos traerás agua del

desierto.

—Lo intentaremos con todas nuestras fuerzas, brigadier.

Sutherland y Ari se estrecharon la mano.

—Recibí su carta, Sutherland, y me encantará que venga a Elath[17] a vernos siempre que guste.

—Tengo muchísimas ganas de conocer el Negeb por mí mismo. Quizá podamos combinar una fecha.

—Magnífico. ¿Y qué tal prospera su jardín?

—Pues, debo decirle que las rosas de su madre son las primeras que me han dado envidia. Le aseguro, amigo, que no le permitiré volverse a Elath sin pasar una tarde en mi villa.

Otra vez se produjo un silencio penoso cuando Sutherland paseó la mirada de Ari a Kitty. Ésta no había apartado la suya de la faz del nuevo brigadier. Entonces Sutherland se acercó a Dov y se lo llevó fuera.

—Vamos, mayor Landau, tiene que explicarme cómo se proponen vaciar el Lago de Huleh en el Mar de Galilea. Vea que es toda una empresa…

Ari y Kitty se habían quedado solos.

—Tiene buen aspecto —dijo ella, por fin.

—También usted.

Y una vez más volvió el silencio.

—Yo…, humm…, ¿cómo está mi amiguita Karen? ¿Vendrá?

—Sí, vendrá. La esperamos de un momento a otro.

—¿Le gustaría…, le gustaría dar un paseo? Fuera hace mucho fresco.

—Sí. ¿Por qué no salimos un poco? —respondió Kitty.

Andando sin pronunciar una sola palabra, cruzaron la valla, siguieron por el límite de los campos y dejaron atrás el huerto de los olivos hasta llegar a la orilla del río Jordán. En todo se veía y se olía el retorno de la primavera. Ari encendió dos cigarrillos y dio uno a Kitty.

Estaba más hermosa de lo que se la pintaba la memoria.

Ella se dio cuenta de que Ari la miraba fijamente.

—De veras…, de veras que me da vergüenza. Nunca estuve en Elath. El comandante de Beersheba me ha ofrecido una docena de veces llevarme en avión. Supongo que debería ver cómo está aquello.

—El agua y las montañas son muy hermosas.

—¿Crece la población?

—Sería la que crecería más rápidamente del mundo si pudiéramos romper el bloqueo y abrir el puerto al tráfico con Oriente.

—Ari —dijo Kitty, en tono muy serio—, ¿qué tal está allá la situación?

—Lo mismo que ha estado siempre…, como siempre estará…

—El peligro de las cuadrillas de *fedayeen* crece, ¿no es cierto?

—Aquellos pobres diablos no son los que realmente nos preocupan. Ahora los árabes se reúnen con la idea de avasallar todo el Oriente Medio, partiendo del Sinaí. Si queremos sobrevivir habremos de ser nosotros quien pegue primero. —Ari sonrió —. Mis muchachos dicen que deberíamos cruzar la frontera, ir al Monte Sinaí y devolverle a Dios los Diez Mandamientos…, porque todo esto nos ha dado ya bastantes disgustos.

Kitty estuvo largo rato con los ojos fijos en la rumorosa corriente. Luego, dando un suspiro que no era de alivio, explicó:

—Pensando en Karen me devora la inquietud. Está en la franja de Gaza…, en Nahal Midbar.

—Feo emplazamiento —murmuró Ari—. Pero hay allí un grupo de muchachos de temple. Saldrán adelante.

Kitty se dijo para sus adentros que aquélla era la respuesta propia de Ari.

—Me han dicho que usted se vuelve a América.

Ella hizo un signo afirmativo.

—Se ha convertido en una mujer famosa.

—Más que nada, en una curiosidad —respondió ella.

—Es usted modesta.

—Estoy segura de que Israel sobrevivirá sin mí.

—¿Por qué se va?

—Ya ve usted a Dov…, ahora el mayor Dov Landau. Es un joven de gran valía. Karen queda en buenas manos. No sé…, quizá sea solamente que no quiero agotar las simpatías que me tienen aquí. Acaso no me haya compenetrado todavía por completo con este país. Puede que añore mi tierra. Las razones y las sinrazones son muchas. En resumen, quiero tener un año libre para pasarlo pensando…, sin hacer otra cosa que pensar.

—Es posible que obre muy cuerdamente. Es bueno poder pensar sin el apremio que impone la vida cotidiana. Fue éste un placer que mi padre no pudo permitirse sino los dos últimos años de su vida.

Pareció que, de repente, se quedaban los dos sin palabras.

—Será mejor que regresemos a casa —dijo Kitty—. Quiero estar allí cuando llegue Karen. Por otra parte, espero la visita de unos cuantos de mis niños.

—Un momento, Kitty…, por favor.

—Diga.

—Permita que le manifieste mi agradecimiento por haber concedido su amistad a mi hermana. Una amistad que a ella le ha hecho mucho bien. Su desasosiego me tenía preocupado.

—Jordana es muy desdichada… Nadie puede llegar a saber cuánto amaba a

David.

—¿Cuándo se tranquilizará?

—No lo sé, Ari. Pero llevo tanto tiempo aquí que me he vuelto una optimista incorregible. Jordana volverá a encontrar algún día la felicidad.

Entre los dos quedó flotando la pregunta no formulada, el interrogante inexpresado. Algún día, en el futuro, él y ella, ¿encontrarían también la felicidad?

—Será mejor que nos volvamos —dijo Kitty.

Durante toda la mañana y toda la tarde vinieron de Gan Dafna y de una docena de establecimientos dispersos por todo el Huleh una multitud de jóvenes, «los niños» de Kitty, a ver a su enfermera. Los habitantes de Yad El acudieron a visitar a Ari. De la villa de los Ben Canaan entraba y salía una riada constante de gente. Todos recordaban la primera vez que vieron a Kitty, altanera y cohibida a un tiempo. Ahora en cambio les hablaba en la lengua de ellos y ellos la miraban con admiración.

Muchos jóvenes habían recorrido largas distancias para pasar unos minutos a su lado. Algunos se habían casado recientemente y le presentaban a su esposa, o al marido. Casi todos vestían el uniforme del Ejército de Israel.

A medida que pasaba la tarde la tardanza de Karen empezaba a inquietar a Kitty. Dov salió varias veces hasta la carretera principal por ver si llegaba. Hacia la puesta del sol todos los visitantes se habían marchado, yendo a prepararse para celebrar el Seder donde correspondiese a cada uno.

—¿Dónde demonios estará esa chica? —exclamó Kitty, con rudeza, intentando disimular su zozobra bajo una máscara de enojo.

—Se habrá rezagado un poco, probablemente —respondió Dov.

—Lo menos que podía hacer era telefonear avisándonos de que venía con retraso. Por lo común suele atinar en estas cosas —replicó Kitty.

—Calma, Kitty —intervino Sutherland—; ya sabe usted que para conseguir hoy una conferencia telefónica sería preciso un acta del Parlamento.

Ari veía claramente la desazón que atormentaba a Kitty.

—Mire…, me voy corriendo a la oficina del *moshav* y pondré una conferencia con derecho preferente a su *kibbutz*. Quizá allá sepan si tenía intención de hacer alguna escala por el camino y podamos averiguar dónde se encuentra ahora.

—Se lo agradeceré mucho —contestó Kitty.

Poco después de haber salido Ari, entró Sarah anunciando que los que quisieran examinar la mesa del Seder podían hacerlo, porque ya estaba puesta. Aquél era su momento de triunfo, rematando un mes de trabajo. La buena mujer abrió la puerta del comedor y los huéspedes, movidos hasta cierto punto por el egoísmo, entraron de puntillas y prorrumpieron en un coro de «¡ohs!» y «¡ahs!». Realmente, la mesa estaba preparada para un Banquete de la Liberación.

Los vasos y los cubiertos de plata —utilizados sólo una vez al año, con motivo de

aquella fiesta— lanzaban destellos. En el centro de la mesa brillaban los candelabros. Junto a ellos había un cubilete grande y muy adornado al que llamaban «la copa de Elías». La ponían allí y la llenaban de vino como una invitación al profeta. Cuando viniese a beber de la copa, vendría como precursor del Mesías.

Delante de cada comensal había unos vasos especiales para vino y otros de plata, que habría que llenar cuatro veces durante el Seder en recuerdo de las cuatro promesas de Dios: multiplicar los hijos de Israel, liberarlos, redimirlos y sacarlos de Egipto. El vino era un símbolo de regocijo; lo beberían también durante el relato de las Diez Plagas con las cuales castigó Dios al Faraón, y al cantar la Canción de Miriam, que narraba cómo se cerraron las aguas del Mar Rojo sobre el ejército egipcio.

En la silla presidencial había un cojín para que la persona que relataría la historia del éxodo estuviese cómoda. En tiempos antiguos sólo podían recostarse en el asiento los hombres libres; los esclavos tenían que estar sentados en una postura rígida.

En el centro de la mesa, cerca de los candelabros, había el plato de oro del Seder, con los alimentos simbólicos. Aquel plato contenía *matzos*, el pan ácimo que les recordaba que los Hijos de Israel hubieron de salir de Egipto tan de prisa que no pudieron poner levadura al pan. Contenía un huevo, simbolizando la libertad de la ofrenda; berros, aludiendo a la llegada de la primavera, y la canilla de la pierna de un cordero, recordando las ofrendas a Dios en el Gran Templo. Había también una mezcla de nueces y cachitos cúbicos de manzana, y *maror*, o sea, hierbas amargas. La mezcla simbolizaba el mortero que los egipcios les obligaban a mezclar para construir edificios de ladrillo, y las hierbas les recordaban la amargura de la esclavitud.

Sarah los expulsó a todos, y regresaron al salón. Al entrar en el mismo fue Jordana la primera que vio a su hermano. Ari se apoyaba en el marco de la puerta; estaba pálido y sus ojos expresaban una profunda turbación. Un instante después todos le miraban fijamente. Ari trató de hablar y no lo consiguió. Un segundo más y todos supieron lo que ocurría.

—¡Karen! ¿Dónde está? —gritó Kitty.

Ari bajó la cabeza. Le temblaban los labios.

—Ha muerto. Ayer la asesinó una cuadrilla de *fedayeen* de Gaza.

Kitty exhaló un grito de angustia y se desplomó.

Kitty abrió los ojos parpadeando. Bruce y Jordana estaban arrodillados junto a ella. Al entronizarse de nuevo el recuerdo en su mente, sus ojos amenazaron con salirse de las órbitas y volvió la cabeza al otro lado, sollozando y repitiendo:

—Mi niña… mi niña…

Luego se incorporó lentamente. Jordana y Sutherland permanecían mudos de estupor. La pena alteraba sus rostros; les tenía como atontados.

—Karen ha muerto… Karen ha muerto…

—¡Ojalá hubiera podido morir yo en su lugar! —exclamó Jordana.

Kitty hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—Tiéndase…, por favor, tiéndase —le recomendó Sutherland.

—No —respondió Kitty—. No. —Y apartándose de su amigo, añadió—: Debo ver a Dov. Debo ir a su lado.

Salió con paso inseguro de la habitación y encontró a Dov sentado en un rincón de otro aposento, con los ojos hundidos y la cara contorsionada por la pena. Kitty se precipitó hacia él y le estrechó entre sus brazos.

—Dov…, mi pobre Dov —exclamó llorando.

El muchacho escondió el rostro en su seno, sollozando desconsoladamente. Kitty le rodeó con sus brazos. Las lágrimas del uno se mezclaron con las del otro, hasta que la oscuridad descendió sobre la villa de los Ben Canaan y no le quedaron ya más lágrimas a nadie.

—Permaneceré a tu lado, Dov… Yo te cuidaré —prometió Kitty—. Venceremos esta desgracia, Dov.

El joven se puso en pie temblando de pies a cabeza.

—No me dejaré abatir, Kitty —dijo—. Seguiré adelante. Quiero que ella se sienta orgullosa de mí.

—Te lo ruego, Dov. Que esta desdicha no te haga volver a los caminos que seguiste antes.

—No —respondió él—. He reflexionado mucho. No puedo odiar a sus asesinos porque ella no sabía odiarles. No sabía odiar a ningún ser viviente. Decíamos…, decía ella, que con odio jamás podríamos vencer…

Sarah Ben Canaan apareció en la puerta.

—Sé que todos tenemos el corazón destrozado —dijo con voz quebrada—, pero deberíamos continuar siguiendo el ritual del Seder.

Kitty miró a Dov. El muchacho movió la cabeza asintiendo.

Entraron en el comedor formando una procesión trágica. Jordana detuvo a Kitty antes de cruzar la puerta, y le dijo:

—Ari está solo en la cuadra. ¿Quiere ir a buscarle?

Kitty salió de la vivienda. Veía las luces de las otras casas del *moshav*. Habían empezado a celebrar el Seder. En aquel mismo instante, los padres contaban a sus respectivas familias la historia del éxodo, vieja de muchos siglos, según la habían contado en el pasado los padres que les precedieron y la contarían los que vendrían, durante todas las eternidades futuras. Empezó a lloviznar. Kitty aceleró el paso en dirección a la luz oscilante de la linterna de la cuadra. Al entrar miró en su derredor. Ari estaba sentado con la espalda recostada en una bala de heno. Kitty se situó detrás de él y le tocó en el hombro.

—Ari, el Seder está a punto de empezar.

Pero cuando él se volvió hacia ella y levantó la vista. Kitty retrocedió unos pasos como si hubiera recibido un golpe material. Le sorprendía ver pintado en la cara de Ari un sufrimiento tan intenso como jamás lo hubiese visto en ningún ser humano. Los ojos de Ari Ben Canaan rezumaban dolor. Aunque estaban vueltos hacia ella no parecían verla. Ari se puso de cara a Kitty. Su rostro, sus manos, sus hombros aparecían caídos, abatidos por la derrota.

—Ari… hemos de celebrar el Seder…

—Toda mi vida… toda mi vida… he visto cómo mataban a todos los que yo amaba… Ahora ya han muerto todos…, todos…

Estas palabras salían de las profundidades insondables de una desesperación irresistible. Kitty se quedaba pasmada, casi asustada al ver el sentimiento materializado de una manera tangible en aquella figura atormentada, y ahora desconocida, que tenía ante sí.

—Yo he muerto con ellos. He muerto un millar de veces. En mi interior ya no queda nada…, estoy vacío.

—Ari… Ari…

—¿Por qué hemos de enviar a sitios tales a jóvenes así, casi niños? Aquella chiquilla preciosa… aquel ángel. ¿Por qué… por qué han tenido que matarla a ella también…?

Ari se puso en pie como un beodo. Toda la energía, todo el dominio que hicieron de él el legendario Ari Ben Canaan habían desaparecido. Ahora no era sino el armazón, cansado y vencido, de un hombre.

—¿Por qué hemos de conquistar el derecho a vivir una y otra vez, cada día de nuevo, cada vez que vuelve a salir el sol?

Los años de tensión, los años de lucha, los años de dominar el corazón destrozado salían en atropellado chorro. Ari levantó hacia el cielo su cara contorsionada por el dolor, agitando el puño por encima de la cabeza.

—¡Dios! ¡Dios! ¿Por qué no nos dejan en paz? *¿Por qué no nos dejan vivir*?

—¡Oh, Ari… Ari! —exclamó Kitty—. ¡Cuánto daño te hice! ¿Cómo no lo comprendí? Cuánto habrás sufrido, Ari, amor mío. ¿Podrás perdonarme alguna vez el mal que te he hecho?

Ari estaba exhausto, seco. Andando junto a la barra de un pesebre murmuró:

—Estoy fuera de mí. Por favor, no cuentes a nadie nada de lo que has visto.

—Conviene que entremos. Nos están aguardando —dijo ella.

—¡Kitty!

Ari Ben Canaan se acercó andando muy lentamente hasta encontrarse delante de Kitty. Y mirándola fijamente a los ojos cayó de rodillas, le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza contra su cuerpo.

Ari Ben Canaan lloraba.

¡Sonido extraño y terrible el de sus sollozos! En aquel momento su alma se derramaba al exterior, llorando por todas las veces en su vida que no había osado llorar. Sollozaba con un pesar sin límites.

Kitty apretaba la cabeza de Ari contra su cuerpo.

—¡No me dejes! —gritó él.

¡Ah, cuán vivamente había deseado ella escuchar tales palabras! «Sí», pensó, «me quedaré. Me quedaré hoy y unos cuantos días de mañana más, porque ahora me necesitas, Ari. Pero aunque, por primera vez en tu vida, derrames lágrimas de humildad, te avergüenzas de ellas. Ahora me necesitas, pero mañana… mañana volverás a ser el Ari Ben Canaan de siempre. Serás el compendio de los fuertes y retadores Ari Ben Canaan que se familiarizan con la tragedia. Y entonces… entonces ya no me necesitarás».

Kitty le ayudó a ponerse en pie y le secó las lágrimas. Ari estaba sin fuerzas. Kitty le pasó su brazo por encima de los hombros y le sostuvo firmemente.

—No tengas miedo, Ari. Puedes apoyarte en mí.

Salieron de la cuadra andando muy despacio. A través de la ventana vieron a Sarah encendiendo las velas y recitando una bendición.

Ari se detuvo, se soltó y se enderezó, mostrándose de nuevo erguido y fuerte.

Otra vez —¡tan pronto!— volvía a ser Ari Ben Canaan.

—Antes que entremos, Kitty, debo decirte una cosa. Debo decirte que jamás amé a Dafna como te amo a ti. Ya sabes qué clase de vida tendrás que compartir conmigo.

—Lo sé, Ari.

—Yo no soy como otros hombres… Puede ser que pasen años…, quizá transcurra toda la vida sin que vuelva a decirte que tú eres para mí antes que todas las cosas… antes que las necesidades de este país. ¿Serás capaz de comprenderlo?

—Lo comprenderé siempre.

Todo el mundo entró en el comedor. Los hombres se cubrieron la cabeza con unos gorros.

Estaban reunidos Dov, Jordana, Ari, Kitty, Sutherland y Sarah. Todos sentían el corazón estallar de pena. Cuando Ari se dirigía a la cabecera de la mesa para ocupar el puesto de Barak, Sutherland le tomó por el brazo.

—Si no ha de tomarlo a ofensa —le dijo—, yo soy el judío varón de más edad entre los presentes. ¿Puedo dirigir el Seder?

—Nos honrará mucho —respondió Ari.

Sutherland se fue al extremo de la mesa, al puesto del cabeza de familia. Todos se sentaron y abrieron su ejemplar del Haggadah. Con un leve movimiento Sutherland indicó a Dov que empezase.

Dov carraspeó para aclararse la voz y leyó:

*—¿Por qué esta noche es distinta de todas las demás del año?*

*Esta noche es distinta porque celebramos el momento más importante de la historia de nuestro pueblo. Esta noche celebramos su marcha victoriosa desde la esclavitud a la libertad.*



LEON URIS (Baltimore, 1924 - Nueva York, 2003). Novelista estadounidense, creador de una literatura convencional y ligera, muy seguido por el gran público. Hijo de inmigrantes polacos judíos, estudió en su ciudad natal y en Virginia, pero sus problemas con el inglés, le hicieron abandonar sus estudios, alistándose con diecisiete años en los Marines, y participando en la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico.

Finalizada la contienda trabajó como chófer pero, a partir de 1950 ya se dedicó por completo a la literatura. Su primera novela publicada, *Battle Cry* (1953), fue muy bien recibida y se utilizó para una película para la que él escribió el guión.

Sus siguientes novelas que, por lo general tenían como tema la guerra, también fueron exitosas. Pero fue con *Exodo* (1958), novela escrita por encargo y también llevada al cine, con la que alcanzó renombre internacional.

Después de la exhibición del film llegaron a venderse veinte millones de ejemplares del libro que, sin duda, contribuyó a la causa sionista, ya que es la historia de los judíos que emigran de todas partes del mundo para ir a fundar el estado de Israel. Otros títulos destacados de su obra son: *Mila 18* (1961), *Topaz* (1967), *QB VII* (1970), *Trinidad* (1976), *El peregrino* (1984) y *Redención* (1995).

# NOTAS

[1] Criminal Investigation Department (Departamento de Investigación Criminal). (N. del T.) <<

[2] Miembro del Palmach. (N. del T.) <<

[3] La fiera domada. (N. del T.) <<

[4] His Majesty’s Ship. Barco de Su Majestad. (N. del T.) <<

[5] Fuerzas Judías de Su Majestad en Chipre. (N. del T.) <<



[6] Matanzas de judíos llevadas a cabo por las turbas enfurecidas a causa del odio racial, o religioso, o de las supersticiones. (N. del T.) <<



[7] El lector recordará que en la Segunda Guerra Mundial se daba el nombre de Panzer a las divisiones acorazadas alemanas. (N. del T.) <<

[8] Este fragmento forma parte del precepto que ordenaba conceder cada cincuenta años el derecho de redimir las tierras a los que se habían desprendido de ellas. He ahí los dos versículos en que traduce el mismo trozo el ilustre Prelado don Felipe Sco: 23. La tierra no se venderá tampoco para siempre: porque mía es, y vosotros sois extranjeros y colonos míos. 24. Por lo cual toda región de vuestra posesión será vendida bajo condición de redención. (N. del T.) <<

[9] O Mismá. (N. del T.) <<

[10] Tel en hebreo: monte. (N. del T.) <<

[11] Miembro de un kibbutz. (N. del T.) <<

[12] Miembro del Palmach. (N. del T.) <<

[13] Apodo popular que se da a los soldados ingleses. (N. del T.) <<

[14] Estos cuatro grupos de iniciales significan respectivamente: Caballero del Imperio británico, Caballero de la Orden del Baño, Orden de Servicios Distinguidos y Cruz Militar. (N. del T.) <<



[15] Folly significa locura. Con el juego de palabras Sutherland quiere expresar que dicha operación le parece una locura. (N. del T.) <<

[16] Stretch significa «estirón». (N. del T.) <<

[17] O Ellat. (N. del T.) <<